

NARRATIVA COMPLETA

EDGAR ALLAN POE

Edgar A. Poe: su vida y sus obras

...algún maestro desventurado a quien la inexorable Fatalidad ha perseguido encarnizada, cada vez más encarnizada, hasta que sus cantos no tengan más que un solo estribillo, hasta que los cantos fúnebres de su Esperanza hayan adoptado este melancólico estribillo: «¡Nunca! ¡Nunca más!»

EDGAR A. POE, *El cuervo*

*En su trono de bronce el Destino se burla,
de amarga hiel empapando su esponja,
y la Necesidad es para ellos tenaza.*

THÉOPHILE GAUTIER, *Tinieblas*

I

En estos últimos tiempos compareció ante nuestros tribunales un desdichado cuya frente estaba marcada por un raro y singular tatuaje. ¡Desafortunado! Llevaba él así encima de sus ojos la etiqueta de su vida, como un libro su título, y el interrogatorio demostró que aquel extraño rótulo era cruelmente verídico. Hay en la historia literaria destinos análogos, verdaderas condenas, hombres que llevan las palabras «mala suerte» escritas en caracteres misteriosos sobre las arrugas sinuosas de su frente. El ángel ciego de la expiación se ha apoderado de ellos y los azota con uno y otro brazo para ejemplo edificante de los demás. En vano su vida revela talento, virtudes, gracia: la sociedad tiene para ellos un anatema especial y acusa en ellos las lesiones que les ha causado. ¿Qué no hizo Hoffmann para desarmar al Destino, y qué no realizó Balzac para conjurar la fortuna? ¿Existe, pues, una Providencia diabólica que prepara la desgracia desde la cuna, que arroja con premeditación naturalezas espirituales y angélicas en medios hostiles, como a mártires en los circos? ¿Existen, pues, almas santas y destinadas al altar, condenadas a ir hacia la muerte y hacia la gloria a través de sus propias ruinas? La pesadilla de las Tinieblas, ¿asesiará eternamente a esas almas elegidas? En vano se agitan, en vano se forman para el mundo, para sus previsiones y asechanzas; perfeccionarán la prudencia, taparán todas las salidas, acolcharán las ventanas contra los proyectiles del azar; pero el Diablo entrará por el agujero de la cerradura. Una

perfección será la falla de su coraza, y una cualidad superlativa, el germen de su condenación.

*Para romperla, el águila, desde lo alto del cielo,
sobre su frente al aire soltará la tortuga,
pues ellos deben perecer fatalmente.*

Su destino está escrito en toda su contextura, brilla con siniestro resplandor en sus miradas y en sus gestos, circula por sus arterias con cada uno de sus glóbulos sanguíneos.

Un célebre escritor de nuestro tiempo ha escrito un libro para demostrar que el poeta no podía encontrar buen acomodo ni en una sociedad democrática ni en una aristocrática, no más en una república que en una monarquía absoluta o templada. ¿Quién ha sabido, pues, replicarle perentoriamente? Yo aporto hoy una nueva leyenda en apoyo de su tesis y añado un nuevo santo al martirologio; debo escribir la historia de uno de esos ilustres desventurados, demasiado rica en poesía y pasión, que ha venido, después de tantos otros, a hacer en este bajo mundo el rudo aprendizaje del genio entre las almas inferiores.

¡Lamentable tragedia la vida de Edgar A. Poe! ¡Su muerte, horrible desenlace, cuyo horror aumenta con su trivialidad! De todos los documentos que he leído he sacado la convicción de que los Estados Unidos sólo fueron para Poe una vasta cárcel, que él recorría con la agitación febril de un ser creado para respirar en un mundo más elevado que el de una barbarie alumbrada con gas, y que su vida interior, espiritual, de poeta, o incluso de borracho, no era más que un esfuerzo perpetuo para huir de la influencia de esa atmósfera antipática. Implacable dictadura la de la opinión de las sociedades democráticas; no imploréis de ella ni caridad ni indulgencia, ni flexibilidad alguna en la aplicación de sus leyes a los casos múltiples y complejos de la vida moral. Diríase que del amor impío a la libertad ha nacido una nueva tiranía: la tiranía de las bestias, o zoocracia, que por su insensibilidad feroz se asemeja al ídolo de Juggernaut. Un biógrafo nos dirá seriamente —bienintencionado es el buen hombre— que Poe, de haber querido regularizar su genio y aplicar sus facultades creadoras de una manera más apropiada al suelo americano, hubiese podido llegar a ser un autor de dinero (a money making author). Otro —éste un cínico ingenuo—, que, por bello que sea el genio de Poe, más le hubiera valido tener sólo talento, ya que el talento se cotiza más fácilmente que el genio. Otro, que ha dirigido diarios y revistas, un amigo del poeta, confiesa que resultaba difícil utilizarle, y que se veía uno obligado a pagarle menos que a otros, porque escribía con un estilo demasiado por encima del vulgo. «¡Qué tufo a trastienda!», como decía Joseph de Maistre.

Algunos se han atrevido a más, y uniendo la falta de inteligencia más abrumadora de su genio a la ferocidad de la hipocresía burguesa, le han insultado a porfía, y después

de su repentina desaparición, han vapuleado ásperamente ese cadáver; en especial, el señor Rufus Griswold, que, para aprovechar aquí la frase vengativa del señor George Graham, ha cometido así una infamia inmortal. Poe, experimentando quizá el siniestro presentimiento de un final repentino, había designado a los señores Griswold y Willis para ordenar sus obras, escribir su vida y restaurar su memoria. Ese pedagogo-vampiro ha difamado ampliamente a su amigo en un enorme artículo mediocre y rencoroso, que precisamente encabeza la edición póstuma de sus obras. ¿No existe, pues, en América una disposición que prohíba a los perros la entrada en los cementerios? En cuanto al señor Willis, ha demostrado, por el contrario, que la benevolencia y el decoro van siempre de consuno con el verdadero talento, y que la caridad con nuestros semejantes, que es un deber moral, es también uno de los mandamientos del gusto.

Hablad de Poe con un americano: confesará acaso su genio, y hasta puede que se muestre orgulloso de él; pero en tono sardónico, superior, que deja traslucir al hombre positivo, os hablará de la vida disoluta del poeta, de su aliento alcoholizado que hubiera ardido con la llama de una vela, sus hábitos de vagabundo. Os dirá que era un ser errante y heteróclito, un planeta desorbitado que rondaba sin cesar desde Baltimore a Nueva York, desde Nueva York a Filadelfia, desde Filadelfia a Boston, desde Boston a Baltimore, desde Baltimore a Richmond. Y si, con el corazón conmovido por esos preludios de una historia desconsoladora, dais a entender que tal vez no sea solamente culpable el individuo, y que debe de ser difícil pensar y escribir cómodamente en un país donde hay millones de soberanos —un país sin capital, hablando con propiedad, y sin aristocracia—, entonces veréis sus ojos desorbitarse y despedir rayos, la baba del patriotismo doliente subir a sus labios, y América, por su boca, lanzar injurias a Europa, su vieja madre, y a la filosofía de los antiguos días.

Repite que, por mi parte, he adquirido la convicción de que Edgar A. Poe y su patria no estaban al mismo nivel. Los Estados Unidos son un país gigantesco e infantil, envidioso, naturalmente, del viejo continente. Orgulloso de su desarrollo material, anormal y casi monstruoso, ese recién llegado a la Historia tiene una fe ingenua en la omnipotencia de la industria; está convencido, como algunos desdichados entre nosotros, de que acabará por tragarse al Diablo. ¡Tienen allá un valor tan grande el tiempo y el dinero! La actividad material, exagerada hasta adquirir las proporciones de una manía nacional, deja en los espíritus muy poco sitio para las cosas no terrenas. Poe, que era de buena casta —y que, por lo demás, declaraba que la gran desgracia de su país era no poseer una aristocracia racial, dado, decía él, que en un pueblo sin aristocracia el culto de lo Bello sólo puede corromperse, aminorarse y desaparecer; que acusaba en sus conciudadanos, hasta en su lujo enfático y costoso, todos los síntomas del mal gusto característico de los advenedizos; que consideraba el Progreso, la gran idea moderna, como un éxtasis de papanatas, y que denominaba los perfeccionamientos de la mansión humana cicatrices y abominaciones rectangulares—, Poe era allá un cerebro singularmente solitario. No creía más que en lo inmutable, en lo eterno, en el self-same,

y gozaba —¡cruel privilegio en una sociedad enamorada de sí misma!— de ese grande y recto sentido a lo Maquiavelo que marcha ante el sabio como una columna luminosa a través del desierto de la Historia. ¿Qué hubiera pensado, qué hubiera escrito el infortunado, si hubiese oído a la teóloga del sentimiento suprimir el Infierno por amor al género humano, al filósofo de la cifra proponer un sistema de seguros, una suscripción de cinco céntimos por cabeza ¡para la supresión de la guerra y la abolición de la pena de muerte y de la ortografía, esas dos locuras correlativas!, y a tantos y tantos otros enfermos que escriben, «con la oreja inclinada hacia el viento», fantasías giratorias, tan flatulentas como el elemento que se las dicta? Si añadís a esta visión impecable de la verdad, auténtica dolencia en ciertas circunstancias, una delicadeza exquisita de sentidos a la que atormentaría una nota falsa, una finura de gusto a la que todo, excepto la exacta proporción, sublevara, un amor insaciable a lo Bello, que había adquirido la potencia de pasión morbosa, no os extrañará que para un hombre semejante la vida llegara a ser un infierno y que haya acabado mal; os admirará que haya él podido durar tanto tiempo.

II

La familia de Poe era una de las más respetables de Baltimore. Su abuelo materno había servido como quarter-master-general en la guerra de la Independencia, y La Fayette le dispensaba una gran estimación y amistad.

Este, a raíz de su último viaje a los Estados Unidos, quiso ver a la viuda del general y testimoniarle su gratitud por los servicios que le había hecho su marido. El bisabuelo se había casado con una hija del almirante inglés MacBride, que estaba emparentado con las más nobles casas de Inglaterra. David Poe, padre de Edgar e hijo del general, se enamoró perdidamente de una actriz inglesa, Isabel Arnold, célebre por su belleza; se fugó y se casó con ella. Para unir más íntimamente su destino al de ella, se hizo actor y apareció con su mujer en diferentes teatros, en las principales ciudades de la Unión. Los esposos murieron en Richmond, casi al mismo tiempo, dejando en el abandono y en la penuria más completos a tres criaturas, una de las cuales era Edgar.

Edgar A. Poe había nacido en Baltimore, en 1813. Doy esta fecha de acuerdo con su propia afirmación, pues él se elevó contra la aseveración de Griswold, que sitúa su nacimiento en 1811. Si alguna vez el espíritu novelesco, para servirme de una frase de nuestro poeta, ha presidido un nacimiento —¡espíritu siniestro y tempestuoso!—, ciertamente, presidió el suyo. Poe fue, en verdad, hijo de la pasión y de la aventura. Un rico negociante de la ciudad, mister Allan, se entusiasmó con aquel lindo e infortunado a quien la Naturaleza había dotado de un aspecto encantador, y como no tenía hijos, le adoptó. El niño se llamó, pues, de allí en adelante Edgar Allan Poe. Fue así criado en una grata holgura y con la esperanza legítima de una de esas fortunas que dan al

carácter una soberbia certeza. Sus padres adoptivos se lo llevaron en un viaje que hicieron a Inglaterra, Escocia e Irlanda, y antes de regresar a su país le dejaron en casa del doctor Bransby, que dirigía un importante centro de enseñanza en Stoke-Newington, cerca de Londres. Poe ha descrito en *William Wilson* aquella extraña casa, construida en el viejo estilo isabelino, y también sus impresiones de colegial.

Volvió a Richmond en 1822 y prosiguió sus estudios en América bajo la dirección de los mejores profesores del lugar. En la Universidad de Charlottesville, donde ingresó en 1825, se distinguió no sólo por una inteligencia casi milagrosa, sino también por una profusión casi siniestra de pasiones —una precocidad realmente americana— que fue, por último, la causa de su expulsión. Conviene señalar de paso que Poe había demostrado ya, en Charlottesville, una aptitud de las más notables para las ciencias físicas y matemáticas. Más tarde la empleará con frecuencia en sus extraños cuentos, y obtendrá de ella medios absolutamente inesperados. Pero tengo razones para creer que no es a ese orden de composiciones a las que él daba más importancia, y que —quizá precisamente a causa de esa aptitud precoz— las consideraba como fáciles juegos de manos, comparándolas con las obras de pura fantasía. Unas desdichadas deudas de juego originaron una desavenencia pasajera entre él y su padre adoptivo, y Edgar —hecho de los más curiosos y que prueba, pese a lo que se ha dicho, una dosis de caballerosidad muy grande en su impresionable cerebro— concibió el proyecto de tomar parte en las guerras de los helenos y de ir a luchar contra los turcos. Partió, pues, hacia Grecia. ¿Qué fue de él en Oriente? ¿Qué hizo allí? ¿Estudió las costas clásicas del Mediterráneo? ¿Por qué le encontramos nuevamente en San Petersburgo, sin pasaporte, comprometido, y en qué clase de asunto, obligado a recurrir al ministro americano, Henry Middleton, para librarse de la sanción rusa y volver a su casa? Se ignora; existe ahí una laguna que él sólo hubiese podido llenar. La vida de Edgar A. Poe, su juventud, sus aventuras en Rusia y su correspondencia han sido anunciadas largo tiempo por los periódicos americanos, pero no han aparecido nunca.

De regreso en América, en 1829, expresó el deseo de ingresar en la escuela militar de West-Point; fue admitido, en efecto, y allí, como en otras partes, dio pruebas de una inteligencia admirablemente dotada, pero indisciplinable, siendo, al cabo de unos meses, expulsado. Al mismo tiempo ocurría en su familia adoptiva un suceso que debía tener las más graves consecuencias sobre su vida entera. La señora Allan, por quien parece él haber sentido un afecto verdaderamente filial, falleció, y el señor Allan se casó con una mujer muy joven. Y en esta época tuvo lugar una desavenencia doméstica, una historia rara y tenebrosa que no puedo contar, porque no ha sido claramente explicada por ningún biógrafo. No es, por tanto, extraño que él se haya separado definitivamente del señor Allan, y que éste, que tuvo hijos de su segundo matrimonio, le haya excluido por completo de su testamento.

Poco tiempo después de haber abandonado Richmond, Poe publicó un pequeño tomo de poesías; fue realmente una aurora brillante. Para quien sabe sentir la poesía

inglesa, hay ya en él un acento extraterreno, la serenidad en la melancolía, la deliciosa solemnidad, la experiencia precoz —iba a decir, creo, la experiencia innata— que caracterizan a los grandes poetas.

La miseria le hizo ser soldado una temporada, y es de suponer que empleó los pesados ocios de la vida de guarnición en preparar los materiales de sus futuras composiciones, composiciones extrañas que parecen haber sido creadas para demostrarnos que la singularidad es una de las partes integrantes de lo Bello. Al volver a la vida literaria, el único elemento en que pueden respirar ciertos seres déclassés, Poe fenecía en una extrema miseria, cuando un azar feliz le hizo mejorar. El propietario de una revista acababa de fundar dos premios: uno, para el mejor cuento; otro, para el mejor poema. Una letra singularmente bella atrajo la mirada de Mr. Kennedy, que presidía el jurado, y le dio deseos de examinar por sí mismo los manuscritos. Y sucedió que Poe había ganado los dos premios, aunque sólo uno le fue entregado. El presidente del jurado sintió la curiosidad de ver al desconocido. El director del diario le llevó a un joven de una belleza chocante, andrajoso, abrochado hasta la barbilla, y que tenía el aspecto de un caballero tan orgulloso como hambriento. Kennedy se portó bien. Presentó a Poe a un señor, Thomas White, que fundaba en Richmond el Southern Literary Messenger. El señor White era un hombre audaz, pero sin ningún talento literario; necesitaba un ayudante. Poe se encontró así, muy joven —a los veintidós años—, director de una revista cuyo destino descansaba por entero en él. El creó esa prosperidad. El Southern Literary Messenger reconoció desde entonces que era a aquel excéntrico maldito, a aquel borracho incorregible, a quien debía su público y su fructuosa notoriedad. En ese magazine es donde aparecieron por primera vez la Aventura sin par de un tal Hans Pfaall y otros varios cuentos que los lectores verán ahora desfilar ante sus ojos. Durante cerca de dos años, Edgar A. Poe, con un maravilloso ardor, asombró a su público con una serie de composiciones de un nuevo género y con artículos críticos cuya viveza, claridad y severidad razonadas estaban hechas realmente para atraer las miradas. Aquellos artículos se ocupaban de libros de todo género, y la sólida cultura que el joven había adquirido le sirvió de mucho. Conviene saber que aquella tarea considerable la realizaba él por quinientos dólares; es decir, por dos mil setecientos francos al año. Inmediatamente —dice Griswold, lo cual quiere decir; «¡Se creía, pues, rico el muy imbécil!»— se casó con una muchacha bella, encantadora, de un carácter amable y heroico, pero que no tenía un céntimo —añade el propio Griswold en un tono de desdén—. Era la señorita Virginia Clemm, una prima suya.

Pese a los servicios hechos a su diario, el señor White riñó con Poe al cabo de dos años, aproximadamente. El motivo de esa ruptura estuvo, sin duda, en los ataques de hipocondría y en las crisis alcohólicas del poeta, accidentes característicos que ensombrecían su cielo espiritual, como esas nubes lúgubres que dan de pronto al paisaje más romántico un aire de melancolía en apariencia irreparable. A partir de entonces,

veremos trasladar su tienda al desventurado, como un hombre del desierto, y transportar su ligero petate a las principales ciudades de la Unión. Dirigió en todas partes revistas o colaboró en ellas de una manera brillante. Difundió con deslumbradora rapidez artículos críticos, filosóficos y cuentos henchidos de magia, que aparecieron reunidos bajo el título de *Tales of the Grotesque and the Arabesque*, título notable e intencionado, pues los adornos grotescos y arabescos rechazan la figura humana, y ya se verá que por muchos conceptos la literatura de Poe es extra o sobrehumana. Sabremos, por notas ofensivas y escandalosas insertadas en los periódicos, que Mr. Poe y su mujer se encuentran enfermos de peligro en Fordham y en una absoluta miseria. Poco tiempo después de la muerte de la señora Poe, el poeta sufrió los primeros ataques de delirium tremens. Una nueva nota apareció de repente en un diario —ésta más que cruel—, en la que se acusa su desprecio y su asco del mundo, creándole uno de esos procesos tendenciosos, verdaderas requisitorias de la opinión, contra los cuales tuvo él siempre que defenderse, una de las luchas más estérilmente fatigosas que conozco.

Sin duda, ganaba dinero, y sus trabajos literarios le permitían casi vivir. Pero poseo pruebas de que él tenía que vencer sin cesar repugnantes dificultades. Soñó, como tantos otros escritores, con una revista suya, quiso estar en su casa, y el hecho es que había sufrido lo bastante para desear con ardor aquel cobijo definitivo de su pensamiento. A fin de alcanzar ese resultado y conseguir una suma de dinero suficiente, tuvo que recurrir a las lectures. Ya se sabe lo que son esas lectures, una especie de especulación, el Colegio de Francia puesto a disposición de todos los literatos, pues el autor no publica su lecture sino después de haber sacado de ella todos los ingresos que puede producir. Poe había dado ya en Nueva York una lecture de «Eureka», su poema cosmogónico, que había promovido incluso grandes discusiones. Pensó aquella vez dar lectures en su tierra natal, Virginia. Contaba, como escribió a Willis, con hacer una gira por el Oeste y el Sur y confiaba en el concurso de sus amigos literarios y de sus antiguas amistades de colegio y de West-Point. Visitó, pues, las principales ciudades de Virginia y Richmond contempló de nuevo a aquel a quien había conocido allí tan joven, tan pobre, tan derrotado. Todos los que no habían visto a Poe desde el tiempo de su oscuridad acudieron en masa para examinar a su ilustre compatriota. Y él apareció apuesto, elegante, correcto, como el genio. Hasta creo que desde hacía algún tiempo había él llevado su condescendencia al extremo de hacer que le admitiesen en una sociedad de templanza. Escogió un tema tan amplio como elevado: El principio de la poesía, y lo desarrolló con esa lucidez que es uno de sus privilegios. Creía, como verdadero poeta que era, que la finalidad de la poesía es de la misma naturaleza que su principio, y que no debe fijarse en otra cosa más que en sí misma.

La buena acogida que le dispensaron inundó su pobre corazón de orgullo y de gozo; se mostraba de tal modo encantado, que hablaba de establecerse definitivamente en Richmond y de acabar su vida en los lugares que su infancia le había hecho dilectos. Sin embargo, tenía asuntos en Nueva York, y partió el 4 de octubre, quejándose de

escalofríos y de debilidad. Como siguiera sintiéndose bastante mal, al llegar a Baltimore, el 6, por la noche, hizo llevar su equipaje al embarcadero, desde donde debía dirigirse a Filadelfia, y entró en una taberna para tomar un excitante cualquiera. Allí, por desgracia, se encontró con antiguos amigos y se detuvo más de la cuenta. A la mañana siguiente, en las pálidas tinieblas del alba, fue encontrado un cadáver en la vía pública. ¿Debe decirse así? No, un cuerpo vivo aún, pero que la muerte había marcado ya con su real sello. Sobre aquel cuerpo, cuyo nombre se ignoraba, no se hallaron ni papeles ni dinero, y lo transportaron a un hospital. Allí murió Poe, la noche misma del domingo 7 de octubre de 1849, a la edad de treinta y siete años, vencido por el delirium tremens, ese terrible visitante que había ya atacado su cerebro una o dos veces. Así desapareció de este mundo uno de los más grandes héroes literarios, el hombre que había escrito en *El gato negro* estas palabras fatídicas: «¿Qué enfermedad es comparable al alcohol?»

Esa muerte es casi un suicidio, un suicidio preparado desde hacía largo tiempo. Cuando menos, provocó el escándalo. Fue grande el clamor, y la virtud dio salida a su canto enfático, libre y voluntariamente. Las oraciones fúnebres más indulgentes tuvieron que dejar sitio a la inevitable moral burguesa, que se cuidó de no perder una ocasión tan admirable. Mr. Griswold difamó; Mr. Willis, sinceramente afligido, se comportó más que decorosamente. ¡Ay! El que había franqueado las alturas más arduas de la estética, sumiéndose en los abismos menos explorados del intelecto humano; el que, a través de una vida que se asemeja a una tempestad sin calma, había encontrado medios nuevos, procedimientos desconocidos para asombrar la imaginación, para seducir los espíritus sedientos de Belleza, acababa de morir en unas horas en un lecho del hospital. ¡Qué destino! ¡Y tanta grandeza y tanto infortunio para levantar un torbellino de fraseología burguesa, para convertirse en pasto y tema de los periodistas virtuosos!

Ut declamatio fiars!

Estos espectáculos no son nuevos; es raro que un sepulcro reciente e ilustre no sea un lugar de cita de escándalo. Por otra parte, la sociedad no ama a esos rabiosos desventurados, y ya sea porque perturbaban sus fiestas o ya sea porque los considere de buena fe como remordimientos, tiene ella, a no dudar, razón. ¿Quién no recuerda las declamaciones parisienses a raíz de la muerte de Balzac, que murió, empero, de manera correcta? Y en fecha más reciente aún —hace hoy, 26 de enero, un año justo—, cuando un escritor de una honradez admirable, de una elevada inteligencia, y siempre lúcido, fue discretamente, sin molestar a nadie —tan discretamente, que su discreción parecía desprecio—, a exhalar su alma en la calle más negra que pudo encontrar, ¡qué asqueantes homilías, qué asesinato refinado! Un periodista célebre, a quien Jesús no enseñara nunca maneras generosas, encontró la aventura lo bastante jovial para celebrarla con un burdo retruécano. Entre la nutrida enumeración de los derechos del hombre que la sabiduría del siglo XIX repite tan a menudo y con tanta complacencia, se

han olvidado dos asaz importantes, que son: el derecho a contradecirse y el derecho a marcharse.

Pero la sociedad mira al que se va como a un insolente; castigaría de buena gana ciertos despojos fúnebres, como aquel infeliz soldado atacado de vampirismo a quien la vista de un cadáver exasperaba hasta el frenesí. Y con todo, puede decirse que, bajo la presión de determinadas circunstancias, después de un serio examen de ciertas incompatibilidades, con firmes creencias en ciertos dogmas y metempsicosis; puede decirse, sin énfasis y sin juego de palabras, que el suicidio es a veces el acto más razonable de la vida. Y así se forma una compañía de fantasmas, ya numerosa, que nos visita familiarmente, y en la que cada miembro viene a ensalzarnos su reposo actual y a confiarnos sus persuasiones.

Confesemos, no obstante, que el lúgubre fin del autor de *Eureka* suscitó algunas consoladoras excepciones, sin lo cual sería cosa de desesperarse y el mundo resultaría insufrible. Mr. Willis, como ya he dicho, habló con honradez, y hasta con emoción, de las buenas relaciones que había mantenido siempre con Poe. Los señores John Neal y George Graham llamaron al señor Griswold al orden. El señor Longfellow —y ello es tanto más meritorio cuanto que Poe le había maltratado cruelmente— supo alabar de una manera digna de un poeta su elevada potencia como poeta y como prosista. Un desconocido escribió que la América literaria había perdido su cabeza más poderosa.

Pero el corazón partido, el corazón desgarrado, el corazón traspasado por siete puñales, fue el de la señora Clemm. Edgar era a la vez su hijo y su hija. «¡Rudo destino —dice Willis, de quien tomo estos detalles casi textualmente—, rudo destino el que ella velaba y protegía! Porque Edgar A. Poe era un hombre embarazoso; aparte de que escribía con una fastidiosa dificultad y con un estilo demasiado por encima del nivel intelectual corriente para poderle pagar caro, estaba siempre atosigado por apuros monetarios, y con frecuencia él y su mujer enferma carecían de las cosas más precisas en la vida.» Un día, Willis vio entrar en su despacho a una mujer, vieja, dulce, seria. Era la señora Clemm. Buscaba trabajo para su querido Edgar. El biógrafo dice que se sintió hondamente emocionado no sólo por el elogio perfecto, por la exacta apreciación que hizo ella del talento de su hijo, sino también por todo su aspecto exterior, por su voz suave y triste, por sus maneras un poco anticuadas, pero bellas y nobles. «Y durante varios años —añade— hemos visto a esa infatigable servidora del genio, pobre y mal vestida, de diario en diario para vender unas veces un poema, otras un artículo, diciendo en ocasiones que estaba enfermo —única aplicación, única razón, invariable disculpa que ella daba cuando su hijo se hallaba atacado momentáneamente de una de esas esterilidades que conocen los escritores nerviosos—, sin permitir nunca que sus labios soltassen una palabra que pudiera ser interpretada como una duda, como una falta de confianza en el genio y en la voluntad de su bienamado.» Cuando su hija murió, ella se consagró al superviviente de la destrozada batalla con un ardor maternal acrecentado, vivió con él, le cuidó, le vigiló, defendiéndole contra la vida y contra él

mismo. «En verdad —termina Willis con una elevada e imparcial razón—, si la abnegación de la mujer, nacida con un primer amor y mantenida por la pasión humana, glorifica y consagra su objeto, ¿qué no dice en favor del que le inspiró una abnegación como ésta, pura, desinteresada y santa como un centinela divino?» Los detractores de Poe hubieran debido, en efecto, darse cuenta de que hay seducciones tan poderosas, que no pueden ser sino virtudes.

Es de imaginar lo terrible que fue la noticia para la desdichada mujer. Escribió una carta a Willis, de la cual son estas líneas:

«He sabido esta mañana la muerte de mi bienamado Eddie... ¿Puede usted comunicarme algunos detalles, algunas circunstancias?... ¡Oh, no deje a su pobre amiga en esta amarga aflicción!... Dígale al señor X que venga a verme; tengo que participarle un encargo de mi pobre Eddie... No necesito rogarle que anuncie usted su muerte, y que hable bien de él. Sé que lo hará. Pero recalque usted bien el hijo afectuoso que era para mí, su pobre madre desolada...»

Esta mujer se me aparece grande y más que noble. Herida por un golpe irreparable, sólo piensa en la reputación del que lo era todo para ella, y no basta para contestarle con decir que era un genio; es preciso que sepan que era un hombre recto y afectuoso. Es evidente que esa madre —antorchas y hogar encendidos por un rayo del más alto cielo— ha sido dada como ejemplo a nuestras razas, muy poco preocupadas de la abnegación, del heroísmo y de todo cuanto es más que el deber. ¿No era justo inscribir a la cabeza de las obras del poeta el nombre de la que fue el sol moral de su vida? Aromará en su gloria el nombre de la mujer cuya ternura sabía curar sus llagas, y cuya imagen volará sin cesar por encima del martirologio de la literatura.

III

La vida de Poe, sus costumbres, sus modales, su ser físico, todo lo que constituye el conjunto de su personalidad, se nos aparece como algo tenebroso y brillante a la vez. Su persona era singular, seductora, y, como sus obras, estaba marcada por un indefinible sello de melancolía. Por lo demás, él se hallaba notablemente dotado en todos los sentidos. De joven había demostrado una rara aptitud para todos los ejercicios físicos, y aun siendo pequeño de estatura, con pies y manos femeniles, mostrando todo su ser ese carácter de delicadeza femenina, era más que robusto y capaz de maravillosas pruebas de fuerza. En su juventud ganó una apuesta como nadador que supera la medida ordinaria de lo posible. Diríase que la Naturaleza da a aquellos de quienes quiere conseguir grandes cosas un temperamento enérgico, así como da una poderosa vitalidad a los árboles encargados de simbolizar el duelo y el dolor. Esos hombres, de apariencia a veces enfermiza, están forjados como atletas, son aptos para la orgía y para el trabajo, prontos a los excesos y capaces de asombrosas sobriedades.

Hay algunos puntos relativos a Edgar A. Poe sobre los cuales existe un acuerdo unánime, como, por ejemplo, su elevada distinción natural, su elocuencia y su belleza, de la que, según dicen, se sentía un tanto vanidoso.

Sus maneras, mezcla singular de altivez y de dulzura exquisita, estaban llenas de firmeza. Su fisonomía, sus andares, sus gestos, sus movimientos de cabeza, todo le señalaba, máxime en sus días buenos, como un ser elegido. Toda su persona respiraba una solemnidad penetrante. Estaba, en realidad, marcado por la Naturaleza, como esas figuras de viandantes que atraen la mirada del observador y preocupan su memoria. El propio pedante y agrio Griswold confiesa que, cuando fue a visitar a Poe y le encontró pálido y enfermo aún por la muerte y la enfermedad de su mujer, se sintió conmovido en alto grado no sólo por la perfección de sus modales, sino también por su fisonomía aristocrática, por la atmósfera perfumada de su habitación, muy modestamente amueblada. Griswold ignora que el poeta posee más que todos los otros hombres ese maravilloso privilegio, atribuido a la mujer parisense y a la española, de saber adornarse con nada, y que Poe, enamorado de lo Bello en todas las cosas, hubiese encontrado el arte de transformar una choza en un palacio de nueva clase. ¿No ha escrito, con el talento más original y curioso, proyectos de mobiliarios, planos de casas de campo, de jardines y de reformas de paisajes?

Existe una carta encantadora de la señora Frances Osgood, que fue una de las amigas de Poe, y que nos da sobre sus costumbres, sobre su persona y sobre su vida doméstica los más curiosos detalles. Esta dama, que era también un escritora distinguida, niega valientemente todos los vicios y todas las faltas achacados al poeta.

«Con los hombres —dice a Griswold—, quizá fuese como usted le describe, y como hombre puede usted tener razón. Pero yo afirmo el hecho de que con las mujeres era muy distinto, y de que nunca ha habido mujer alguna que haya conocido a Mr. Poe que no haya experimentado hacia él un profundo interés. Siempre se me apareció como un modelo de elegancia, de distinción y de generosidad...

«La primera vez que nos vimos fue en Astor House. Willis me había dado en casa El cuervo, sobre el cual el autor, me dijo, deseaba conocer mi opinión. La música misteriosa y sobrenatural de ese poema extraño me penetró tan intimamente, que, cuando supe que Poe deseaba serme presentado, experimenté un sentimiento singular que se asemejaba al espanto. Apareció él con su bella y orgullosa cabeza, sus ojos sombríos que lanzaban una luz elegida, una luz de sentimiento y de pensamiento; con sus maneras que eran una mezcla intraducible de altivez y de suavidad. Me saludó, tranquilo, serio, casi frío; pero bajo aquella frialdad vibraba una simpatía tan marcada, que no pude por menos de sentirme impresionada a fondo. A partir de aquel momento, hasta su muerte, fuimos amigos..., y sé que en sus últimas palabras tuve mi parte de recuerdo, y que él me dio, antes que su razón fuese derrocada de su trono de soberana, una prueba suprema de su fiel amistad.

«Era, sobre todo en su interior, a la vez sencillo y poético, donde el carácter de Edgar A. Poe se mostraba para mí bajo su mejor aspecto. Bromista, afectuoso, ingenioso; tan pronto dócil como indómito, lo mismo que un niño mimado, tenía siempre para su joven, dulce y adorada mujer, y para todos los que acudían, aun en medio de sus más fatigosas labores literarias, una palabra amable, una sonrisa benévolas, atenciones graciosas y corteses. Se pasaba horas interminables ante su mesa, bajo el retrato de su Leonora, la amada y la muerta, siempre asiduo, siempre resignado y fijando con su admirable letra las brillantes fantasías que cruzaban su asombroso cerebro, sin cesar en alerta. Recuerdo haberle visto una mañana más alegre y jovial que de costumbre. Virginia, su dulce mujer, me había rogado que fuese a verlos, y me era imposible resistir sus ruegos... Le encontré trabajando en la serie de artículos que ha publicado bajo el título *The Literature of New York*. "Vea usted —me dijo, desplegando con una risa triunfal varios pequeños rollos de papel (escribía sobre tiras estrechas, sin duda para adaptar su copia a la justificación de los diarios)—; voy a mostrarle por la diferencia de tamaños los diversos grados de estimación que tengo por cada miembro de su especie literaria. En cada uno de estos papeles, uno de ustedes es vapuleado y discutido particularmente. ¡Ven aquí, Virginia, y ayúdame!" Y los desplegaron todos, uno por uno. Al final había uno que parecía interminable. Virginia, riendo, retrocedía hasta un extremo de la habitación, cogiéndolo por una punta, y su marido hacia otro rincón, con la otra punta. "¿Y quién es el afortunado —dije— que ha juzgado usted digno de esa incommensurable ternura?" "¿Ustedes la oyen? ¡Como si su vanidoso corazoncito no le hubiese ya dicho que es ella!"

«Cuando me vi obligada a viajar por motivos de salud, sostuve una correspondencia regular con Poe, obedeciendo en esto a las vivas instancias de su mujer, quien creía que podía yo tener sobre él una influencia y un ascendiente saludables... En cuanto al amor y a la confianza que existían entre su mujer y él, y que eran para mí un espectáculo delicioso, no podría hablar de ellos con la convicción y el calor suficientes. No menciono algunos pequeños episodios poéticos a los cuales le impulsó su temperamento novelesco. Creo que era la única mujer a quien él amó de verdad...»

En las novelas cortas de Poe no hay nunca amor. Al menos, Ligeia, Leonora, no son, hablando con propiedad, historias de amor, ya que la idea principal sobre la que gira la obra es otra por completo. Acaso él creía que la prosa no es lengua a la altura de ese singular y casi intraducible sentimiento; porque sus poesías, en cambio, están fuertemente saturadas de él. La divina pasión aparece en ellas, magnífica, estrellada, velada siempre por una irremediable melancolía. En sus artículos habla a veces del amor como de una cosa cuyo nombre hace temblar la pluma. En *The Domain of Arnheim* afirmará que las cuatro condiciones elementales de la felicidad son: la vida al aire libre, el amor de una mujer, el desapego de toda ambición y la creación de una nueva Belleza. Lo que corrobora la idea de la señora Frances Osgood referente al aspecto caballeresco de Poe por las mujeres es que, pese a su prodigioso talento para lo grotesco y lo horrible,

no haya en toda su obra un solo pasaje que se refiera a la lujuria, ni siquiera a los goces sensuales. Sus retratos de mujeres están, por decirlo así, aureolados; brillan en el seno de un vapor sobrenatural y están pintados con la manera enfática de un adorador. En cuanto a los pequeños episodios novelescos, ¿puede a uno extrañarle que un ser tan nervioso, cuya sed por lo Bello era quizá su rasgo principal, haya cultivado a veces, con un ardor apasionado, la galantería, esa flor volcánica, almizclada, para quien el cerebro vehemente de los poetas es un terreno predilecto?

De su singular belleza personal, a la que se refieren varios biógrafos, el espíritu puede, creo yo, hacerse una idea aproximada recurriendo a todas las nociones vagas, características, contenidas en la palabra romántica, palabra que sirve generalmente para representar los géneros de belleza que consisten sobre todo en la expresión. Poe tenía una frente amplia, dominadora, en la que ciertas protuberancias revelaban las facultades desbordantes que están encargadas de representar —construcción, comparación, causalidad— y donde predominaban en un orgullo tranquilo el sentido de la idealidad, el sentido estético por excelencia. Sin embargo, pese a esos dones, o aun a causa de esos privilegios exorbitantes, aquella cabeza, vista de perfil, no presentaba tal vez un aspecto agradable. Como en todas las cosas excesivas por un sentido, un déficit podía originarse de la abundancia, una pobreza de la usurpación. Tenía unos ojos grandes, sombríos y luminosos a la vez, de un color incierto y tenebroso, tendiendo al violeta; la nariz, noble y sólida; la boca, fina y triste, aunque levemente sonriente; el cutis, moreno claro; el rostro, de ordinario, pálido; la fisonomía, un poco distraída e imperceptiblemente velada por una melancolía habitual.

Su conversación era de las más notables y con un fondo sustancioso. No era eso que se llama un charlista presuntuoso —cosa horrible—, y, además, su palabra, como su pluma, tenía horror a lo convencional; pero una amplia cultura, un rico vocabulario, profundos estudios, impresiones recogidas en varios países, hacían de su palabra una enseñanza. Su elocuencia, esencialmente poética, llena de método y moviéndose, empero, fuera de todo método conocido, arsenal de imágenes sacadas de un mundo poco frecuentado por la mayoría de los espíritus; un arte prodigioso para deducir de una proposición evidente y en absoluto aceptable nociones secretas y nuevas, para abrir sorprendentes perspectivas; en una palabra, el don de extasiar, de hacer pensar, de hacer soñar, de arrancar las almas del fango de la rutina: tales cosas eran sus deslumbradoras facultades, de las que muchas personas han conservado recuerdo. Pero sucedía a veces —eso cuentan, al menos— que el poeta, complaciéndose en un capricho destructor, arrastraba de nuevo con brusquedad a sus amigos a la tierra por obra de un cinismo desconsolador y derrocaba, brutal, su obra, henchida de espiritualidad. Hay, por lo demás, que señalar una cosa: que era muy poco exigente en la elección de sus oyentes, y creo que el lector encontrará sin dificultad en la Historia otras inteligencias grandes y originales para quienes toda compañía era buena. Ciertos espíritus, solitarios en medio

de la multitud, y que se nutren en el monólogo, prescinden de la delicadeza en materia de público. Es, en suma, una especie de fraternidad basada en el desprecio.

De esa embriaguez —celebrada y reprochada con una insistencia que podría hacer creer que todos los escritores de los Estados Unidos, excepto Poe, son ángeles de sobriedad— hay que hablar, no obstante. Existen varias versiones plausibles, y ninguna excluye las otras. Ante todo, estoy obligado a hacer observar que Willis y la señora Osgood afirman que una cantidad muy pequeña de vino o de licor bastaba para perturbar por completo su organismo. Es, por cierto, fácil de suponer que un hombre tan verdaderamente solitario, tan profundamente desdichado, y que pudo considerar con frecuencia todo el sistema social como una paradoja y una impostura; un hombre que, acosado por un destino inexorable, repetía a menudo que la sociedad no implica más que un tropel de miserables (Griswold refiere esto tan escandalizado como un hombre que puede pensar lo mismo, pero que no lo dirá nunca); es natural, digo, suponer que ese poeta, muy infantil en los azares de la vida libre, con el cerebro cercado por un trabajo áspero y continuo, haya buscado algunas veces una voluptuosidad de olvido en las botellas. Rencores literarios, vértigos del infinito, dolores hogareños, insultos de la miseria.

Poe huía de todo ello en la negrura, como de una tumba preparatoria, de la borrachera. Pero, por buena que parezca semejante explicación, no la encuentro lo bastante amplia, y desconfío de ella a causa de su deplorable simplicidad.

He sabido que él no bebía como un ansioso, sino como un bárbaro, con una actividad y una economía de tiempo totalmente americanas, como si realizase una función homicida, como si tuviese algo en él que matar, a worm that would not die. Se cuenta, además, que un día, en el momento de volver a casarse (habían corrido las amonestaciones, y cuando le felicitaban por aquel enlace que le aportaba las más elevadas condiciones de felicidad y de bienestar, habría él dicho: «Es posible que hayan corrido las amonestaciones; pero fíjense bien en esto: ¡no me casaré!»), fue con una borrachera atroz a escandalizar en la vecindad de la que debía ser su mujer, recurriendo así a su vicio para librarse de un perjurio hacia la pobre muerta, cuya imagen vivía siempre en él y a quien había cantado a maravilla en su *Annabel Lee*. Considero, pues, en un gran número de casos el hecho infinitamente precioso de premeditación como es sabido y comprobado.

Leo, por otra parte, en un largo artículo de *Southern Literary Messenger* —esa misma revista cuya fortuna había él iniciado— que jamás la pureza y la perfección de su estilo, jamás la claridad de su pensamiento y su ardor en el trabajo fueron alterados por esa terrible costumbre; que la confección de la mayoría de sus excelentes trozos precedió o siguió a alguna de sus crisis; que después de la publicación de *Eureka* se entregó lamentablemente a su inclinación, y que en Nueva York, la mañana misma en que aparecía *El cuervo*, cuando el nombre del poeta estaba en todas las bocas, él cruzaba Broadway tambaleándose de un modo bochornoso. Observen ustedes que las palabras

precedido o seguido implican que la embriaguez podía servir de excitante lo mismo que de descanso.

Ahora bien: es indudable que —parecidas a esas impresiones fugaces y chocantes, tanto más chocantes en sus reapariciones cuanto más fugaces son, que siguen a veces a un síntoma exterior, especie de advertencia como el sonido de una campana, una nota musical o un perfume olvidado, las cuales son también seguidas de un suceso análogo a otro suceso ya conocido y que ocupaba el mismo lugar en una cadena anteriormente revelada; semejantes a esos singulares sueños periódicos que se repiten cuando dormimos— existen en la borrachera no sólo encadenamientos de sueños, sino una serie de razonamientos que necesitan, para reproducirse, del medio que les ha dado origen. Si el lector me ha atendido sin repugnancia habrá adivinado ya mi conclusión: creo que en muchos casos —no en todos, ciertamente— la embriaguez de Poe era un medio mnemotécnico, un método de trabajo, método enérgico y mortal, pero apropiado a su naturaleza apasionada. El poeta había aprendido a beber, como un escritor escrupuloso se ejercita llenando cuadernos de notas. No podía resistir el deseo de hallar de nuevo las visiones maravillosas o aterradoras, las concepciones sutiles que había encontrado en una tempestad precedente: eran viejas amistades que le atraían, imperativas, y para reanudar su relación con ellas tomaba el camino más peligroso, pero el más directo. Una parte de lo que hoy produce nuestro goce es lo que le mató.

IV

De las obras de ese singular genio poco tengo que decir; el público mostrará lo que de ellas piensa. Me sería difícil quizás, pero no imposible, esclarecer su método, explicar su procedimiento, sobre todo en la parte de sus obras cuyo principal efecto reside en un análisis bien manejado. Podría yo introducir al lector en los misterios de su fabricación, extenderme largamente sobre esa porción de genio americano que le hace regocijarse de una dificultad vencida, de un enigma explicado, de un tour de force realizado; que le impulsa a divertirse con una voluptuosidad infantil y casi perversa en el mundo de las probabilidades y de las conjeturas, y a crear mentiras a las cuales su arte sutil presta una vida verdadera. Nadie negará que Poe es un prestidigitador maravilloso, y sé que otorgaba sobre todo su estimación a otra parte de sus obras. Tengo que hacer algunas observaciones más importantes, muy breves, en suma.

No es por sus milagros materiales, que le han dado, empero, su fama, por lo que él conquistará la admiración de las gentes que piensan, sino por su amor a lo Bello, por su conocimiento de las condiciones armónicas de la belleza, por su poesía profunda y gimiente, siquiera trabajada, transparente y correcta como una joya de cristal; por su admirable estilo, puro y singular —apretado como las mallas de una cota—, complaciente y minucioso —y cuya más ligera intención sirve para llevar suavemente al

lector hacia un fin deseado—, y, en fin, sobre todo, por ese genio especialísimo, por ese temperamento único que le ha permitido pintar y explicar de una manera impecable, sorprendente, terrible, la excepción en el orden moral. Diderot, para escoger un ejemplo entre cientos, es un autor sanguíneo. Poe es el escritor de los nervios, e incluso de algo más, y el mejor que yo conozco.

En él, toda entrada en materia es atrayente sin violencia, como un torbellino. Su solemnidad sorprende y mantiene el espíritu alerta. Percibe uno en seguida que se trata de algo serio. Y lentamente, poco a poco, se desenvuelve una historia cuyo interés todo se basa sobre una imperceptible desviación del intelecto, sobre una hipótesis audaz, sobre una dosificación imprudente de la Naturaleza en la amalgama de las facultades. El lector, apresado por el vértigo, se ve obligado a seguir al autor en sus atractivas deducciones.

Ningún hombre, lo repito, ha contado con mayor magia las excepciones de la vida humana y de la Naturaleza, los ardores de curiosidad de la convalecencia, los finales de estación cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, en que el viento del Sur ablanda y afloja los nervios como las cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas que no provienen del corazón; la alucinación dejando lo primero sitio a la duda, y muy pronto convencida y razonadora como un libro; lo absurdo instalándose en la inteligencia y rigiéndola como una lógica espantosa, la histeria usurpando el sitio de la voluntad, la contradicción asentada entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacorde hasta el punto de expresar el dolor con la risa. Él analiza lo que hay de más fugaz, sopesa lo imponderable y describe en una forma minuciosa y científica, cuyos efectos son terribles, toda esa parte imaginaria que flota en torno al hombre nervioso y le hace acabar mal.

El ardor mismo con que se arroja a lo grotesco por amor a lo grotesco, a lo horrible por amor a lo horrible, me sirve para comprobar la sinceridad de su obra y la unión del hombre con el poeta. He observado ya que en varios hombres ese ardor era con frecuencia el resultado de una amplia energía vital inocupada, a veces de una obstinada castidad y también de una profunda sensibilidad contenida. La voluptuosidad sobrenatural que el hombre puede experimentar viendo correr su propia sangre; los movimientos repentinos, violentos, inútiles; los fuertes gritos lanzados al aire, sin que el espíritu mande a la garganta, son fenómenos a situar en el mismo orden.

En el seno de esta literatura en que el aire está enrarecido, el espíritu puede experimentar esa gran angustia, ese miedo pronto a las lágrimas y ese malestar del corazón que residen en los lugares inmensos y singulares. Pero la admiración es más fuerte, ¡y, además, el arte es tan grande! Los fondos y los accesorios son en ella apropiados al sentimiento de los personajes. Soledad de la Naturaleza o agitación de las ciudades, todo está descrito en ella nerviosa y fantásticamente. Como a nuestro Eugene Delacroix, que ha elevado su arte a la altura de la poesía grande, a Edgar A. Poe le complace agitar sus figuras sobre fondos violáceos y verdosos en que se revelan la

fosforescencia de la podredumbre y el olor de la tormenta. La naturaleza que llaman inanimada participa de la naturaleza de los seres vivos, y, como ellos, se estremece con un temblor sobrenatural y galvánico. El espacio se ahonda por el opio; el opio da en él un sentido mágico a todos los tonos, y hace vibrar todos los ruidos con una sonoridad más significativa. A veces, lejanías magníficas, henchidas de luz y de color, se abren de repente en sus paisajes, y se ve aparecer en el fondo de sus horizontes ciudades orientales y arquitecturas vaporizadas por la distancia, donde el sol lanza lluvias de oro.

Los personajes de Poe, o más bien el personaje de Poe —el hombre de facultades sobreagudizadas, el hombre de nervios relajados, el hombre cuya voluntad ardorosa y paciente lanza un reto a las dificultades, aquel cuya mirada se clava con la rigidez de una espada sobre objetos que se agrandan a medida que él los mira— es Poe mismo. Y sus mujeres, todas dolientes y luminosas, muriendo de males extraños y hablando con una voz que parece música, son él también, o, cuando menos, por sus raras aspiraciones, por su saber, por su melancolía incurable, participan mucho de la naturaleza de su creador. En cuanto a su mujer ideal, a su Titánida, se revela bajo diferentes retratos, esparcidos en sus poesías demasiado escasas, retratos, o, mejor, modos de sentir la belleza, que el temperamento del autor aproxima y confunde en una unidad vaga, pero sensible, en la que vive más delicadamente acaso que en otra parte ese amor insaciable de lo Bello, que es su gran título; es decir, el resumen de los títulos que él posee al efecto y al respecto de los poetas.

Si tengo nueva ocasión, como espero, de hablar de este lírico, haré el análisis de sus opiniones filosóficas y literarias, así como, en general, de las obras cuya traducción completa tendría pocas probabilidades de éxito entre un público que prefiere con mucho la diversión y la emoción a la más importante verdad filosófica.

CHARLES BAUDELAIRE

Método de composición¹

Philosophy of composition, 1846

En una nota que en estos momentos tengo a la vista, Charles Dickens dice lo siguiente, refiriéndose a un análisis que efectué del mecanismo de *Barnaby Rudge*: "¿Saben, dicho sea de paso, que Godwin escribió su *Caleb Williams* al revés? Comenzó enmarañando la materia del segundo libro y luego, para componer el primero, pensó en los medios de justificar todo lo que había hecho".

Se me hace difícil creer que fuera ése precisamente el modo de composición de Godwin; por otra parte, lo que él mismo confiesa no está de acuerdo en manera alguna con la idea de Dickens. Pero el autor de *Caleb Williams* era un autor demasiado entendido para no percibir las ventajas que se pueden lograr con algún procedimiento semejante.

Si algo hay evidente es que un plan cualquiera que sea digno de este nombre ha de haber sido trazado con vistas al desenlace antes que la pluma ataque el papel. Sólo si se tiene continuamente presente la idea del desenlace podemos conferir a un plan su indispensable apariencia de lógica y de causalidad, procurando que todas las incidencias y en especial el tono general tienda a desarrollar la intención establecida.

Creo que existe un radical error en el método que se emplea por lo general para construir un cuento. Algunas veces, la historia nos proporciona una tesis; otras veces, el escritor se inspira en un caso contemporáneo o bien, en el mejor de los casos, se las arregla para combinar los hechos sorprendentes que han de tratar simplemente la base de su narración, proponiéndose introducir las descripciones, el diálogo o bien su comentario personal donde quiera que un resquicio en el tejido de la acción brinde la ocasión de hacerlo.

A mi modo de ver, la primera de todas las consideraciones debe ser la de un efecto que se pretende causar. Teniendo siempre a la vista la originalidad (porque se traiciona a sí mismo quien se atreve a prescindir de un medio de interés tan evidente), yo me digo, ante todo: entre los innumerables efectos o impresiones que es capaz de recibir el corazón, la inteligencia o, hablando en términos más generales, el alma, ¿cuál será el único que yo deba elegir en el caso presente?

¹ Esta es una de las aportaciones críticas más difundidas del escritor bostoniano y, aunque no forma parte de su obra narrativa, sirva como introducción y posible aclaración sobre su actitud a la hora de abordar la elaboración de sus relatos, muy distante de la extendida y maniquea (hay críticos que se regodean en escrutar las penurias y calamidades sufridas por aquellos escritores que catalogan de "malditos") que defiende una creatividad debida a impulsos de inspiración (cuando no a delirios precursores de la escritura automática auspiciados por el exceso de alcohol o láudano) y más cercana a aquella que defiende que el genio es un porcentaje nimio de inspiración y el resto... de transpiración.

Habiendo ya elegido un tema novelesco y, a continuación, un vigoroso efecto que producir, indago si vale más evidenciarlo mediante los incidentes o bien el tono o bien por los incidentes vulgares y un tono particular o bien por una singularidad equivalente de tono y de incidentes; luego, busco a mi alrededor, o acaso mejor en mí mismo, las combinaciones de acontecimientos o de temas que pueden ser más adecuados para crear el efecto en cuestión.

He pensado a menudo cuán interesante sería un artículo escrito por un autor que quisiera y que pudiera describir, paso a paso, la marcha progresiva seguida en cualquiera de sus obras hasta llegar al término definitivo de su realización.

Me sería imposible explicar por qué no se ha ofrecido nunca al público un trabajo semejante; pero quizá la vanidad de los autores haya sido la causa más poderosa que justifique esa laguna literaria. Muchos escritores, especialmente los poetas, prefieren dejar creer a la gente que escriben gracias a una especie de sutil frenesí o de intuición extática; experimentarían verdaderos escalofríos si tuvieran que permitir al público echar una ojeada tras el telón, para contemplar los trabajosos y vacilantes embriones de pensamientos. La verdadera decisión se adopta en el último momento, ¡a tanta idea entrevista!, a veces sólo como en un relámpago y que durante tanto tiempo se resiste a mostrarse a plena luz, el pensamiento plenamente maduro pero desecharlo por ser de índole inabordable, la elección prudente y los arrepentimientos, las dolorosas raspaduras y las interpolación. Es, en suma, los rodamientos y las cadenas, los artificios para los cambios de decoración, las escaleras y los escotillones, las plumas de gallo, el colorete, los lunares y todos los aceites que en el noventa y nueve por ciento de los casos son lo peculiar del histrión literario.

Por lo demás, no se me escapa que no es frecuente el caso en que un autor se halle en buena disposición para reemprender el camino por donde llegó a su desenlace.

Generalmente, las ideas surgieron mezcladas; luego fueron seguidas y finalmente olvidadas de la misma manera.

En cuanto a mí, no comparto la repugnancia de que acabo de hablar, ni encuentro la menor dificultad en recordar la marcha progresiva de todas mis composiciones. Puesto que el interés de este análisis o reconstrucción, que se ha considerado como un desiderátum en literatura, es enteramente independiente de cualquier supuesto ideal en lo analizado, no se me podrá censurar que salte a las conveniencias si revelo aquí el *modus operandi* con que logré construir una de mis obras. Escojo para ello *El cuervo* debido a que es la más conocida de todas. Consiste mi propósito en demostrar que ningún punto de la composición puede atribuirse a la intuición ni al azar; y que aquélla avanzó hacia su terminación, paso a paso, con la misma exactitud y la lógica rigurosa propias de un problema matemático.

Puesto que no responde directamente a la cuestión poética, prescindamos de la circunstancia, si lo prefieren, la necesidad, de que nació la intención de escribir un poema tal que satisficiera al propio tiempo el gusto popular y el gusto crítico.

Mi análisis comienza, por tanto, a partir de esa intención.

La consideración primordial fue ésta: la dimensión. Si una obra literaria es demasiado extensa para ser leída en una sola sesión, debemos resignarnos a quedar privados del efecto, soberanamente decisivo, de la unidad de impresión; porque cuando son necesarias dos sesiones se interponen entre ellas los asuntos del mundo, y todo lo que denominamos el conjunto o la totalidad queda destruido automáticamente. Pero, habida cuenta de que *coeteris paribus*, ningún poeta puede renunciar a todo lo que contribuye a servir su propósito, queda examinar si acaso hallaremos en la extensión alguna ventaja, cual fuere, que compense la pérdida de unidad aludida. Por el momento, respondo negativamente. Lo que solemos considerar un poema extenso en realidad no es más que una sucesión de poemas cortos, es decir, de efectos poéticos breves. Es inútil sostener que un poema no es tal sino en cuanto eleva el alma y te reporta una excitación intensa: por una necesidad psíquica, todas las excitaciones intensas son de corta duración. Por eso, al menos la mitad del "Paraíso perdido" no es más que pura prosa: hay en él una serie de excitaciones poéticas salpicadas inevitablemente de depresiones. En conjunto, la obra toda, a causa de su extensión excesiva, carece de aquel elemento artístico tan decisivamente importante: totalidad o unidad de efecto.

En lo que se refiere a las dimensiones hay, evidentemente, un límite positivo para todas las obras literarias: el límite de una sola sesión. Ciertamente, en ciertos géneros de prosa, como *Robinson Crusoe*, no se exige la unidad, por lo que aquel límite puede ser traspasado: sin embargo, nunca será conveniente traspasarlo en un poema. En el mismo límite, la extensión de un poema debe hallarse en relación matemática con el mérito del mismo, esto es, con la elevación o la excitación que comporta; dicho de otro modo, con la cantidad de auténtico efecto poético con que pueda impresionar las almas. Esta regla sólo tiene una condición restrictiva, a saber: que una relativa duración es absolutamente indispensable para causar un efecto, cualquiera que fuere.

Teniendo muy presentes en mí ánimo estas consideraciones, así como aquel grado de excitación que nos situaba por encima del gusto popular y por debajo del gusto crítico, concebí ante todo una idea sobre la extensión idónea para el poema proyectado: unos cien versos aproximadamente. En realidad cuenta exactamente ciento ocho.

Mi pensamiento se fijó seguidamente en la elevación de una impresión o de un efecto que causar. Aquí creo que conviene observar que, a través de este trabajo de construcción, tuve siempre presente la voluntad de lograr una obra universalmente apreciable.

Me alejaría demasiado de mi objeto inmediato presente si me entretuviese en demostrar un punto en que he insistido muchas veces: que lo bello es el único ámbito legítimo de la poesía. Con todo, diré unas palabras para presentar mi verdadero pensamiento, que algunos amigos míos se han apresurado demasiado a disimular. El placer a la vez más intenso, más elevado y más puro no se encuentra —según creo—

más que en la contemplación de lo bello. Cuando los hombres hablan de belleza no entienden precisamente una cualidad, como se supone, sino una impresión: en suma, tienen presente la violenta y pura elevación del alma —no del intelecto ni del corazón— que ya he descrito y que resulta de la contemplación de lo bello. Ahora bien, yo considero la belleza como el ámbito de la poesía, porque es una regla evidente del arte que los efectos deben brotar necesariamente de causas directas, que los objetos deben ser alcanzados con los medios más apropiados para ello —ya que ningún hombre ha sido aún bastante necio para negar que la elevación singular de que estoy tratando se halle más fácilmente al alcance de la poesía. En cambio, el objeto verdad, o satisfacción del intelecto, y el objeto pasión, o excitación del corazón, son mucho más fáciles de alcanzar por medio de la prosa aunque, en cierta medida, queden también al alcance de la poesía.

En resumen, la verdad requiere una precisión, y la pasión una familiaridad (los hombres verdaderamente apasionados me comprenderán) radicalmente contrarias a aquella belleza, que no es sino la excitación —debo repetirlo— o el embriagador arroabamiento del alma.

De todo lo dicho hasta el presente no puede en modo alguno deducirse que la pasión ni la verdad no puedan ser introducidas en un poema, incluso con beneficio para éste; ya que pueden servir para aclarar o para potenciar el efecto global, como las disonancias por contraste. Pero el auténtico artista se esforzará siempre en reducirlas a un papel propicio al objeto principal que se pretenda, y además en rodearlas, tanto como pueda, de la nube de belleza que es atmósfera y esencia de la poesía. En consecuencia, considerando lo bello como mi terreno propio, me pregunté entonces: ¿cuál es el tono para su manifestación más alta? Éste había de ser el tema de mi siguiente meditación. Ahora bien, toda la experiencia humana coincide en que ese tono es el de la tristeza. Cualquiera que sea su parentesco, la belleza, en su desarrollo supremo, induce a las lágrimas, inevitablemente, a las almas sensibles. Así, pues, la melancolía es el más idóneo de los tonos poéticos.

Una vez determinados así la dimensión, el terreno y el tono de mi trabajo, me dediqué a la busca de alguna curiosidad artística e incitante, que pudiera actuar como clave en la construcción del poema: de algún eje sobre el que toda la máquina hubiera de girar; empleando para ello el sistema de la introducción ordinaria. Reflexionando detenidamente sobre todos los efectos de arte conocidos o, más propiamente, sobre todo los medios de efecto —entendiendo este término en su sentido escénico—, no podía escapárseme que ninguno había sido empleado con tanta frecuencia como el estribillo. La universalidad de éste bastaba para convencerme acerca de su intrínseco valor, evitándome la necesidad de someterlo a un análisis. En cualquier caso, yo no lo consideraba sino en cuanto susceptible de perfeccionamiento; y pronto advertí que se encontraba aún en un estado primitivo. Tal como habitualmente se emplea, el estribillo no sólo queda limitado a las composiciones líricas, sino que la fuerza de la impresión que debe causar depende del vigor de la monotonía en el sonido y en la idea. Solamente

se logra el placer mediante la sensación de identidad o de repetición. Entonces yo resolví variar el efecto, con el fin de acrecentarlo, permaneciendo en general fiel a la monotonía del sonido, pero alterando continuamente el de la idea: es decir, me propuse causar una serie continua de efectos nuevos con una serie de variadas aplicaciones del estribillo, dejando que éste fuese casi siempre parecido.

Habiendo ya fijado estos puntos, me preocupé por la naturaleza de mi estribillo: puesto que su aplicación tenía que ser variada con frecuencia, era evidente que el estribillo en cuestión había de ser breve, pues hubiera sido una dificultad insuperable variar frecuentemente las aplicaciones de una frase un poco extensa. Por supuesto, la facilidad de variación estaría proporcionada a la brevedad de una frase. Ello me condujo seguidamente a adoptar como estribillo ideal una única palabra. Entonces me absorbió la cuestión sobre el carácter de aquella palabra. Habiendo decidido que habría un estribillo, la división del poema en estancias resultaba un corolario necesario, pues el estribillo constituye la conclusión de cada estrofa. No admitía duda para mí que semejante conclusión o término, para poseer fuerza, debía ser necesariamente sonora y susceptible de un énfasis prolongado: aquellas consideraciones me condujeron inevitablemente a la *o* larga, que es la vocal más sonora, asociada a la *r*, porque ésta es la consonante más vigorosa.

Ya tenía bien determinado el sonido del estribillo. A continuación era preciso elegir una palabra que lo contuviese y, al propio tiempo, estuviese en el acuerdo más armonioso posible con la melancolía que yo había adoptado como tono general del poema. En una búsqueda semejante, hubiera sido imposible no dar con la palabra *nevermore* (nunca más). En realidad, fue la primera que se me ocurrió.

El siguiente fue éste: ¿cuál será el pretexto útil para emplear continuamente la palabra *nevermore*? Al advertir la dificultad que se me planteaba para hallar una razón válida de esa repetición continua, no dejé de observar que surgía tan sólo de que dicha palabra, repetida tan cerca y monótonamente, había de ser proferida por un ser humano: en resumen, la dificultad consistía en conciliar la monotonía aludida con el ejercicio de la razón en la criatura llamada a repetir la palabra. Surgió entonces la posibilidad de una criatura no razonable y, sin embargo, dotada de palabra: como lógico, lo primero que pensé fue un loro; sin embargo, éste fue reemplazado al punto por un cuervo, que también está dotado de palabra y además resulta infinitamente más acorde con el tono deseado en el poema.

Así, pues, había llegado por fin a la concepción de un cuervo. ¡El cuervo, ave de mal agüero!, repitiendo obstinadamente la palabra *nevermore* al final de cada estancia en un poema de tono melancólico y una extensión de unos cien versos aproximadamente. Entonces, sin perder de vista el superlativo o la perfección en todos los puntos, me pregunté: entre todos los temas melancólicos, ¿cuál lo es más, según lo entiende universalmente la humanidad? Respuesta inevitable: ¡la muerte! Y, ¿cuándo ese asunto, el más triste de todos, resulta ser también el más poético? Segundo lo ya explicado con

bastante amplitud, la respuesta puede colegirse fácilmente: cuando se alie íntimamente con la belleza. Luego la muerte de una mujer hermosa es, sin disputa de ninguna clase, el tema más poético del mundo; y queda igualmente fuera de duda que la boca más apta para desarrollar el tema es precisamente la del amante privado de su tesoro.

Tenía que combinar entonces aquellas dos ideas: un amante que llora a su amada perdida. Y un cuervo que repite continuamente la palabra *nevermore*. No sólo tenía que combinarlas, sino además variar cada vez la aplicación de la palabra que se repetía: pero el único medio posible para semejante combinación consistía en imaginar un cuervo que aplicase la palabra para responder a las preguntas del amante. Entonces me percaté de la facilidad que se me ofrecía para el efecto de que mi poema había de depender: es decir, el efecto que debía producirse mediante la variedad en la aplicación del estribillo.

Comprendí que podía hacer formular la primera pregunta por el amante, a la que respondería el cuervo: *nevermore*; que de esta primera pregunta podía hacer una especie de lugar común, de la segunda algo menos común, de la tercera algo menos común todavía, y así sucesivamente, hasta que por último el amante, arrancado de su indolencia por la índole melancólica de la palabra, su frecuente repetición y la fama siniestra del pájaro, se encontrase presa de una agitación supersticiosa y lanzase locamente preguntas del todo diversas, pero apasionadamente interesantes para su corazón: unas preguntas donde se diesen a medias la superstición y la singular desesperación que halla un placer en su propia tortura, no sólo por creer el amante en la índole profética o diabólica del ave (que, según le demuestra la razón, no hace más que repetir algo aprendido mecánicamente), sino por experimentar un placer inusitado al formularlas de aquel modo, recibiendo en el *nevermore* siempre esperado una herida reincidente, tanto más deliciosa por insoportable.

Viendo semejante facilidad que se me ofrecía o, mejor dicho, que se me imponía en el transcurso de mi trabajo, decidí primero la pregunta final, la pregunta definitiva, para la que el *nevermore* sería la última respuesta, a su vez: la más desesperada, llena de dolor y de horror que concebirse pueda.

Aquí puedo afirmar que mi poema había encontrado su comienzo por el fin, como debieran comenzar todas las obras de arte: entonces, precisamente en este punto de mis meditaciones, tomé por vez primera la pluma, para componer la siguiente estancia:

¡Profeta! Aire, gente de mal agüero! ¡Ave o demonio, pero profeta siempre!

Por ese cielo tendido sobre nuestras cabezas, por ese Dios que ambos adoramos,

di a esta alma cargada de dolor si en el Paraíso lejano

podrá besar a una joven santa que los ángeles llaman Leonor,

besar a una preciosa y radiante joven que los ángeles llaman Leonor".

El cuervo dijo: "¡Nunca más!"

Sólo entonces escribí esta estancia: primero, para fijar el grado supremo y poder de este modo, más fácilmente, variar y graduar, según su gravedad y su importancia, las preguntas anteriores del amante; y en segundo término, para decidir definitivamente el ritmo, el metro, la extensión y la disposición general de la estrofa, así como graduar las que debieran anteceder, de modo que ninguna aventajase a ésta en su efecto rítmico. Si, en el trabajo de composición que debía subseguir, yo hubiera sido tan imprudente como para escribir estancias más vigorosas, me hubiera dedicado a debilitarlas, conscientemente y sin ninguna vacilación, de modo que no contrarrestasen el efecto de *crescendo*.

Podría decir también aquí algo sobre la versificación. Mi primer objeto era, como siempre, la originalidad. Una de las cosas que me resultan más inexplicables del mundo es cómo ha sido descuidada la originalidad en la versificación. Aun reconociendo que en el ritmo puro exista poca posibilidad de variación, es evidente que las variedades en materia de metro y estancia son infinitas: sin embargo, durante siglos, ningún hombre hizo nunca en versificación nada original, ni siquiera ha parecido desearlo.

Lo cierto es que la originalidad —exceptuando los espíritus de una fuerza insólita— no es en manera alguna, como suponen muchos, cuestión de instinto o de intuición. Por lo general, para encontrarla hay que buscarla trabajosamente; y aunque sea un positivo mérito de la más alta categoría, el espíritu de invención no participa tanto como el de negación para aportarnos los medios idóneos de alcanzarla.

Ni qué decir tiene que yo no pretendo haber sido original en el ritmo o en el metro de *El cuervo*. El primero es troqueo; el otro se compone de un verso octómetro acataléctico, alternando con un heptámetro cataléctico que, al repetirse, se convierte en estribillo en el quinto verso, y finaliza con un tetrámetro cataléctico. Para expresarme sin pedantería, los pies empleados, que son troqueos, consisten en una sílaba larga seguida de una breve; el primer verso de la estancia se compone de ocho pies de esa índole; el segundo, de siete y medio; el tercero, de ocho; el cuarto, de siete y medio; el quinto, también de siete y medio; el sexto, de tres y medio. Ahora bien, si se consideran aisladamente cada uno de esos versos habían sido ya empleados, de manera que la originalidad de *El cuervo* consiste en haberlos combinado en la misma estancia: hasta el presente no se había intentado nada que pudiera parecerse, ni siquiera de lejos, a semejante combinación. El efecto de esa combinación original se potencia mediante algunos otros efectos inusitados y absolutamente nuevos, obtenidos por una aplicación más amplia de la rima y de la aliteración.

El punto siguiente que considerar era el modo de establecer la comunicación entre el amante y el cuervo: el primer grado de la cuestión consistía, naturalmente, en el lugar. Pudiera parecer que debiese brotar espontáneamente la idea de una selva o de una llanura; pero siempre he estimado que para el efecto de un suceso aislado es absolutamente necesario un espacio estrecho: le presta el vigor que un marco añade a la pintura. Además, ofrece la ventaja moral indudable de concentrar la atención en un

pequeño ámbito; ni que decir tiene que esta ventaja no debe confundirse con la que se obtenga de la mera unidad de lugar.

En consecuencia, decidí situar al amante en su habitación, en una habitación que había santificado con los recuerdos de la que había vivido allí. La habitación se describiría como ricamente amueblada: con objeto de satisfacer las ideas que ya expuse acerca de la belleza, en cuanto única tesis verdadera de la poesía.

Habiendo determinado así el lugar, era preciso introducir entonces el ave: la idea de que ésta penetrarse por la ventana resultaba inevitable. Que al amante supusiera, en el primer momento, que el aleteo del pájaro contra el postigo fuese una llamada a su puerta era una idea brotada de mi deseo de aumentar la curiosidad del lector, obligándole a aguardar; pero también del deseo de colocar el efecto incidental de la puerta abierta de par en par por el amante, que no halla más que oscuridad, y que por ello puede adoptar en parte la ilusión de que el espíritu de su amada ha venido a llamar... Hice que la noche fuera tempestuosa, primero para explicar que el cuervo buscarse la hospitalidad; también para crear el contraste con la serenidad material reinante en el interior de la habitación.

Así, también, hice posarse el ave sobre el busto de Palas para establecer el contraste entre su plumaje y el mármol. Se comprende que la idea del busto ha sido suscitada únicamente por el ave; que fuese precisamente un busto de Palas se debió en primer lugar a la relación íntima con la erudición del amante y en segundo término a causa de la propia sonoridad del nombre de Palas.

Hacia mediados del poema, exploté igualmente la fuerza del contraste con el objeto de profundizar la que sería la impresión final. Por eso, conferí a la entrada del cuervo un matiz fantástico, casi lindante con lo cómico, al menos hasta donde mi asunto lo permitía. El cuervo penetra con un tumultuoso aleteo.

*No hizo ni la menor reverencia, no se detuvo, no vaciló ni un minuto;
pero con el aire de un señor o de una dama, colgóse sobre la puerta de mi habitación.*

En las dos estancias siguientes, el propósito se manifiesta aun más:

*Entonces aquel pájaro de ébano, que por la gravedad de su postura y la severidad
de su fisonomía inducía a mi triste imaginación a sonreír:
"Aunque tu cabeza", le dije, "no lleve ni capote ni cimera,
ciertamente no eres un cobarde, lúgubre y antiguo cuervo partido de las riberas de la noche.
¡Dime cuál es tu nombre señorial en las riberas de la noche plutónica".
El cuervo dijo: "¡Nunca más!".
Me maravilló que aquel desgraciado volátil entendiera tan fácilmente la palabra,
si bien su respuesta no tuvo mucho sentido y no me sirvió de mucho;*

*porque hemos de convenir en que nunca más fue dado a un hombre vivo
el ver a un ave encima de la puerta de su habitación,
a un ave o una bestia sobre un busto esculpido encima de la puerta de su habitación,
llamarse un nombre tal como "¡Nunca más!".*

Preparado así el efecto del desenlace, me apresuro a abandonar el tono fingido y adoptar el serio, más profundo: este cambio de tono se inicia en el primer verso de la estancia que sigue a la que acabo de citar:

Mas el cuervo, posado solitariamente en el busto plácido, no profirió..., etc.

A partir de este momento, el amante ya no bromea; ya no ve nada ficticio en el comportamiento del ave. Habla de ella en los términos de una triste, desgraciada, siniestra, enjuta y augural ave de los tiempos antiguos y siente los ojos ardientes que le abrasan hasta el fondo del corazón. Esa transición de su pensamiento y esa imaginación del amante tienen como finalidad predisponer al lector a otras análogas, conduciendo el espíritu hacia una posición propicia para el desenlace, que sobrevendrá tan rápida y directamente como sea posible. Con el desenlace propiamente dicho, expresado en el *jamás* del cuervo en respuesta a la última pregunta del amante —¿encontrará a su amada en el otro mundo?—, puede considerarse concluido el poema en su fase más clara y natural, la de simple narración. Hasta el presente, todo se ha mantenido en los límites de lo explicable y lo real.

Un cuervo ha aprendido mecánicamente la única palabra *jamás*; habiendo huido de su propietario, la furia de la tempestad le obliga, a medianoche, a pedir refugio en una ventana donde aún brilla una luz: la ventana de un estudiante que, divertido por el incidente, le pregunta en broma su nombre, sin esperar respuesta. Pero el cuervo, al ser interrogado, responde con su palabra habitual, *nunca más*: palabra que inmediatamente suscita un eco melancólico en el corazón del estudiante; y éste, expresando en voz alta los pensamientos que aquella circunstancia le sugiere, se emociona ante la repetición del *jamás*. El estudiante se entrega a las suposiciones que el caso le inspira; mas el ardor del corazón humano no tarda en inclinarle a martirizarse, así mismo y también por una especie de superstición a formularle preguntas que la respuesta inevitable, el intolerable "*nunca más*", le proporcione la más horrible secuela de sufrimiento, en cuanto amante solitario. La narración en lo que he designado como su primera fase o fase natural, halla su conclusión precisamente en esa tendencia del corazón a la tortura, llevada hasta el último extremo: hasta aquí, no se ha mostrado nada que pase los límites de la realidad.

Pero, en los temas manejados de esta manera, por mucha que sea la habilidad del artista y mucho el lujo de incidentes con que se adornen, siempre quedan cierta rudeza y cierta desnudez que dañan la mirada de la persona sensible. Dos elementos se exigen eternamente: por una parte, cierta suma de complejidad, dicho con mayor propiedad, de combinación; por otra cierta cantidad de espíritu sugestivo, algo así como una vena

subterránea de pensamiento, invisible e indefinido. Esta última cualidad es la que le confiere a la obra de arte el aire opulento que a menudo cometemos la estupidez de confundir con el ideal. Lo que transmuta en prosa —y prosa de la más baja estofa—, la pretendida poesía de los que se denominan trascendentalistas, es justamente el exceso en la expresión del sentido que sólo debe quedar insinuado, la manía de convertir la corriente subterránea de una obra en la otra corriente, visible en la superficie.

Convencido de ello, añadí las dos estancias que concluyen el poema, porque su calidad sugestiva había de penetrar en toda la narración antecedente. La corriente subterránea del pensamiento se muestra por primera vez en estos versos:

Arranca tu pico de mi corazón y precipita tu espectro lejos de mi puerta.

El cuervo dijo: "Nunca más".

Quiero subrayar que la expresión "de mi corazón" encierra la primera expresión poética. Estas palabras, con la correspondiente respuesta, *jamás*, disponen el espíritu a buscar un sentido moral en toda la narración que se ha desarrollado anteriormente.

Entonces el lector comienza a considerar el cuervo como un ser emblemático pero sólo en el último verso de la última estancia puede ver con nitidez la intención de hacer del cuervo el símbolo del recuerdo fúnebre y eterno.

*Y el cuervo, inmutable, sigue instalado, siempre instalado
sobre el busto plácido de Palas, justo encima de la puerta de mi habitación;
y sus ojos parecen los ojos de un demonio que medita;
y la luz de la lámpara, que le chorrea encima, proyecta su sombra en el suelo;
y mi alma, fuera del círculo de aquella sombra que yace flotando en el suelo,
no podrá elevarse ya más, ¡nunca más!*

Metzengerstein

Metzangerstein, 1932

*Pestis eram vivus
moriens tua mor ero.*

MARTÍN LUTERO

El horror y la fatalidad han estado al acecho en todas las edades. ¿Para qué, entonces, atribuir una fecha a la historia que he de contar? Baste decir que en la época de que hablo existía en el interior de Hungría una firme aunque oculta creencia en las doctrinas de la metempsícosis. Nada diré de las doctrinas mismas, de su falsedad o su probabilidad. Afirmo, sin embargo, que mucha de nuestra incredulidad (como lo dísela Bruyère de nuestra infelicidad) *vient de ne pouvoir être seuls*².

Pero, en algunos puntos, la superstición húngara se aproximaba mucho a lo absurdo. Diferían en esto por completo de sus autoridades orientales. He aquí un ejemplo: El *alma* —afirmaban (según lo hace notar un agudo e inteligente parisense)— *nedemeure qu'une seule fois dans un corps sensible: au reste, un cheval, un chien, un homme même, n'est que la ressemblance peu tangible de ces animaux.*

Las familias de Berlitzing y Metzengerstein hallábanse enemistadas desde hacía siglos. Jamás hubo dos casas tan ilustres separadas por una hostilidad tan letal. El origen de aquel odio parecía residir en las palabras de una antigua profecía: «Un augusto nombre sufrirá una terrible caída cuando, como el jinete en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe sobre la inmortalidad de Berlitzing».

Las palabras en sí significaban poco o nada. Pero causas aún más triviales han tenido —y no hace mucho— consecuencias memorables. Además, los dominios de las casas rivales eran contiguos y ejercían desde hacía mucho una influencia rival en los negocios del Gobierno. Los vecinos inmediatos son pocas veces amigos, y los habitantes del castillo de Berlitzing podían contemplar, desde sus encumbrados contrafuertes, las ventanas del palacio de Metzengerstein. La más que feudal magnificencia de este último se prestaba muy poco a mitigar los irritables sentimientos de los Berlitzing, menos antiguos y menos acaudalados. ¿Cómo maravillarse entonces de que las tontas palabras de una profecía lograran hacer estallar y mantener vivo el antagonismo entre dos familias ya predispuestas a querellarse por todas las razones de un orgullo hereditario?

² En L'an deux mille quatre cents quarante, Mercier defiende seriamente la doctrina de la metempsicosis, y J. d'Israeli afirma que «no hay ningún sistema tan sencillo y que repugne menos a la inteligencia. Se dice asimismo que el coronel Ethan Allen, «el muchacho de las Montañas Verdes», era asimismo un firme convencido de la metempsicosis.

La profecía parecía entrañar —si entrañaba alguna cosa— el triunfo final de la casa más poderosa, y los más débiles y menos influyentes la recordaban con amargo resentimiento.

Wilhelm, conde de Berlifitzing, aunque de augusta ascendencia, era, en el tiempo de nuestra narración, un anciano inválido y chocho que sólo se hacía notar por una excesiva cuanto inveterada antipatía personal hacia la familia de su rival, y por un amor apasionado hacia la equitación y la caza, a cuyos peligros ni sus achaques corporales ni su incapacidad mental le impedían dedicarse diariamente.

Frederick, barón de Metzengerstein, no había llegado, en cambio a la mayoría de edad. Su padre, el ministro G..., había muerto joven, y su madre, lady Mary, lo siguió muy pronto. En aquellos días, Frederick tenía dieciocho años. No es ésta mucha edad en las ciudades; pero en una soledad, y en una soledad tan magnífica como la de aquel antiguo principado, el péndulo vibra con un sentido más profundo.

Debido a las peculiares circunstancias que rodeaban la administración de su padre, el joven barón heredó sus vastas posesiones inmediatamente después de muerto aquél. Pocas veces se había visto a un noble húngaro dueño de semejantes bienes. Sus castillos eran incontables. El más esplendoroso, el más amplio era el palacio Metzengerstein. La línea limítrofe de sus dominios no había sido trazada nunca claramente, pero su parque principal comprendía un circuito de cincuenta millas.

En un hombre tan joven, cuyo carácter era ya de sobra conocido, semejante herencia permitía prever fácilmente su conducta venidera. En efecto, durante los tres primeros días, el comportamiento del heredero sobrepasó todo lo imaginable y excedió las esperanzas de sus más entusiastas admiradores. Vergonzosas orgías, flagrantes traiciones, atrocidades inauditas, hicieron comprender rápidamente a sus temblorosos vasallos que ninguna sumisión servil de su parte y ningún resto de conciencia por parte del amo proporcionarían en adelante garantía alguna contra las garras despiadadas de aquel pequeño Calígula. Durante la noche del cuarto día estalló un incendio en las caballerizas del castillo de Berlifitzing, y la opinión unánime agregó la acusación de incendiario a la ya horrorosa lista de los delitos y enormidades del barón.

Empero, durante el tumulto ocasionado por lo sucedido, el joven aristócrata hallábase aparentemente sumergido en la meditación en un vasto y desolado aposento del palacio solariego de Metzengerstein. Las ricas aunque desvaídas colgaderas que cubrían lúgub्रemente las paredes representaban imágenes sombrías y majestuosas de mil ilustres antepasados. Aquí, sacerdotes de manto de armiño y dignatarios pontificios, familiarmente sentados junto al autócrata y al soberano, oponían su veto a los deseos de un rey temporal, o contenían con el *fiat* de la supremacía papal el cetro rebelde del archienemigo. Allí, las atezadas y gigantescas figuras de los príncipes de Metzengerstein, montados en robustos corceles de guerra, que pisoteaban al enemigo caído, hacían sobresaltar al más sereno contemplador con su expresión vigorosa; otra

vez aquí, las figuras voluptuosas, como de cisnes, de las damas de antaño, flotaban en el laberinto de una danza irreal, al compás de una imaginaria melodía.

Pero mientras el barón escuchaba o fingía escuchar el creciente tumulto en las caballerizas de Berlifitzing —y quizá meditaba algún nuevo acto, aún más audaz—, sus ojos se volvían distraídamente hacia la imagen de un enorme caballo, pintado con un color que no era natural, y que aparecía en las tapicerías como perteneciente a un sarraceno, antecesor de la familia de su rival. En el fondo de la escena, el caballo permanecía inmóvil y estatuario, mientras aún más lejos su derribado jinete perecía bajo el puñal de un Metzengerstein.

En los labios de Frederick se dibujó una diabólica sonrisa, al darse cuenta de lo que sus ojos habían estado contemplando inconscientemente. No pudo, sin embargo, apartarlos de allí. Antes bien, una ansiedad inexplicable pareció caer cerro un velo fúnebre sobre sus sentidos. Le resultaba difícil conciliar sus soñolientas e incoherentes sensaciones con la certidumbre de estar despierto. Cuanto más miraba, más absorbente se hacía aquel encantamiento y más imposible parecía que alguna vez pudiera alejar sus ojos de la fascinación de aquella tapicería. Pero como afuera el tumulto era cada vez más violento, logró, por fin, concentrar penosamente su atención en los rojizos resplandores que las incendiadas caballerizas proyectaban, sobre las ventanas del aposento.

Con todo, su nueva actitud no duró mucho y sus ojos volvieron a posarse mecánicamente en el muro. Para su indescriptible horror y asombro, la cabeza del gigantesco corcel parecía haber cambiado, entretanto, de posición. El cuello del animal, antes arqueado como si la compasión lo hiciera inclinarse sobre el postrado cuerpo de su amo, tendíase ahora en dirección al barón. Los ojos, antes invisibles, mostraban una expresión energética y humana, brillando con un extraño resplandor rojizo como de fuego; y los abiertos belfos de aquel caballo, aparentemente enfurecido, dejaban a la vista sus sepulcrales y repugnantes dientes.

Estupefacto de terror, el joven aristócrata se encaminó, tambaleante, hacia la puerta. En el momento de abrirla, un destello de luz roja, inundando el aposento, proyectó claramente su sombra contra la temblorosa tapicería, y Frederick se estremeció al percibir que aquella sombra (mientras él permanecía titubeando en el umbral) asumía la exacta posición y llenaba completamente el contorno del triunfante matador del sarraceno Berlifitzing.

Para calmar la depresión de su espíritu, el barón corrió al aire libre. En la puerta principal del palacio encontró a tres escuderos. Con gran dificultad, y a riesgo de sus vidas, los hombres trataban de calmar los convulsivos saltos de un gigantesco caballo de color de fuego.

—¿De quién es este caballo? ¿Dónde lo encontrasteis? —demandó el joven, con voz tan sombría como colérica, al darse cuenta de que el misterioso corcel de la tapicería era la réplica exacta del furioso animal que estaba contemplando.

—Es vuestro, sire —repuso uno de los escuderos—, o, por lo menos, no sabemos que nadie lo reclame. Lo atrapamos cuando huía, echando humo y espumante de rabia, de las caballerizas incendiadas del conde de Berlifitzing. Suponiendo que era uno de los caballos extranjeros del conde, fuimos a devolverlo a sus hombres. Pero éstos negaron haber visto nunca al animal, lo cual es raro, pues bien se ve que escapó por muy poco de perecer en las llamas.

—Las letras W. V. B. están claramente marcadas en su frente —interrumpió otro escudero—. Como es natural, pensamos que eran las iniciales de Wilhelm Von Berlifitzing, pero en el castillo insisten en negar que el caballo les pertenezca.

—¡Extraño, muy extraño! —dijo el joven barón con aire pensativo, y sin cuidarse, al parecer, del sentido de sus palabras—. En efecto, es un caballo notable, un caballo prodigioso... aunque, como observáis justamente, tan peligroso como intratable... Pues bien, dejádmelo —agregó, luego de una pausa—. Quizá un jinete como Frederick de Metzengerstein sepa domar hasta el diablo de las caballerizas de Berlifitzing.

—Os engañáis, señor; este caballo, como creo haberos dicho, no proviene de las caballadas del conde. Si tal hubiera sido el caso, conocemos demasiado bien nuestro deber para traerlo a presencia de alguien de vuestra familia.

—¡Cierto! —observó secamente el barón.

En ese mismo instante, uno de los pájares de su antecámara vino corriendo desde el palacio, con el rostro empurpurado. Habló al oído de su amo para informarle de la repentina desaparición de una pequeña parte de las tapicerías en cierto aposento, y agregó numerosos detalles tan precisos como completos. Como hablaba en voz muy baja, la excitada curiosidad de los escuderos quedó insatisfecha.

Mientras duró el relato del pájaro, el joven Frederick pareció agitado por encontradas emociones. Pronto, sin embargo, recobró la compostura, y mientras se difundía en su rostro una expresión de resuelta malignidad, dio perentorias órdenes para que el aposento en cuestión fuera inmediatamente cerrado y se le entregara al punto la llave.

—¿Habéis oído la noticia de la lamentable muerte del viejo cazador Berlifitzing? —dijo uno de sus vasallos al barón, quien después de la partida del pájaro seguía mirándolos botes y las arremetidas del enorme caballo que acababa de adoptar como suyo, i.e. redoblaba su furia mientras lo llevaban por la larga avenida que unía el palacio con las caballerizas de los Metzengerstein.

—¡No! —exclamó el barón, volviéndose bruscamente hacia el que había hablado—. ¿Muerto, dices?

—Por cierto que sí, sire, y pienso que para el noble que ostenta vuestro nombre no será una noticia desagradable.

Una rápida sonrisa pasó por el rostro del barón.

—¿Cómo murió?

—Entre las llamas, esforzándose por salvar una parte de sus caballos de caza favoritos.

—¡Re...al...mente! —exclamó el barón, pronunciando cada sílaba como si una apasionante idea se apoderara en ese momento de él.

—¡Realmente! —repitió el vasallo.

—¡Terrible! —dijo serenamente el joven, y se volvió en silencio al palacio.

Desde aquel día, una notable alteración se manifestó en la conducta exterior del disoluto barón Frederick de Metzengerstein. Su comportamiento decepcionó todas las expectativas, y se mostró en completo desacuerdo con las esperanzas de muchas damas, madres de hijas casaderas; al mismo tiempo, sus hábitos y manera de ser siguieron diferenciándose más que nunca de los de la aristocracia circundante. Jamás se le veía fuera de los límites de sus dominios, y en aquellas vastas extensiones parecía andar sin un solo amigo —a menos que aquel extraño, impetuoso corcel de ígneo color, que montaba continuamente, tuviera algún misterioso derecho a ser considerado como su amigo.

Durante largo tiempo, empero, llegaron a palacio las invitaciones de los nobles vinculados con su casa. «¿Honrará el barón nuestras fiestas con su presencia?» «¿Vendrá el barón a cazar con nosotros el jabalí?» Las altaneras y lacónicas respuestas eran siempre: «Metzengerstein no irá a la caza», o «Metzengerstein no concurrirá».

Aquellos repetidos insultos no podían ser tolerados por una aristocracia igualmente altiva. Las invitaciones se hicieron menos cordiales y frecuentes, hasta que cesaron por completo. Incluso se oyó a la viuda del infortunado conde Berlitzing expresar la esperanza de que «el barón tuviera que quedarse en su casa cuando no deseara estar en ella, ya que desdenaba la sociedad de sus pares, y que cabalgara cuando no quisiera cabalgar, puesto que prefería la compañía de un caballo». Aquellas palabras eran sólo el estallido de un rencor hereditario, y servían apenas para probar el poco sentido que tienen nuestras frases cuando queremos que sean especialmente energéticas.

Los más caritativos, sin embargo, atribuían aquel cambio en la conducta del joven noble a la natural tristeza de un hijo por la prematura pérdida de sus padres; ni que decir que echaban al olvido su odiosa y desatada conducta en el breve período inmediato a aquellas muertes. No faltaban quienes presumían en el barón un concepto excesivamente altanero de la dignidad. Otros —entre los cuales cabe mencionar al médico de la familia— no vacilaban en hablar de una melancolía morbosa y mala salud hereditaria; mientras la multitud hacía correr oscuros rumores de naturaleza aún más equívoca.

Por cierto que el obstinado afecto del joven hacia aquel caballo de reciente adquisición —afecto que parecía acendrarse a cada nueva prueba que daba el animal de sus brotes y demoníacas tendencias terminó por parecer tan odioso como anormal aojos de todos los hombres de buen sentido. Bajo el resplandor del mediodía, en la oscuridad nocturna, enfermo o sano, con buen tiempo o en plena tempestad, el joven Metzengerstein parecía clavado en la montura del colosal caballo, cuya intratable fieraza se acordaba tan bien con su propia manera de ser.

Agregábanse además ciertas circunstancias que, unidas a los últimos sucesos, conferían un carácter extraterreno y portentoso a la manía del jinete y a las posibilidades del caballo. Habíase medido cuidadosamente la longitud de alguno de sus saltos, que excedían de manera asombrosa las más descabelladas conjeturas. El barón no había dado ningún *nombre* a su caballo, a pesar de que todos los otros de su propiedad los tenían. Su caballeriza, además, fue instalada lejos de las otras, y sólo su amo osaba penetrar allí y acercarse al animal para darle de comer y ocuparse de su cuidado. Era asimismo de observar que, aunque los tres escuderos que se habían apoderado del caballo cuando escapaba del incendio en la casa de los Berlifitzing, lo habían contenido por medio de una cadena y un lazo, ninguno podía afirmar con certeza que en el curso de la peligrosa lucha, o en algún momento más tarde, hubiera apoyado la mano en el cuerpo de la bestia. Si bien los casos de inteligencia extraordinaria en la conducta de un caballo lleno de bríos no tienen por qué provocar una atención fuera de lo común, ciertas circunstancias se imponían por la fuerza aun a los más escépticos y flemáticos; se afirmó incluso que en ciertas ocasiones la boquiabierta multitud que contemplaba a aquel animal había retrocedido horrorizada ante el profundo e impresionante significado de la terrible apariencia del corcel; ciertas ocasiones en que aun el joven Metzengerstein palidecía y se echaba atrás, evitando la viva, la interrogante mirada de aquellos ojos que parecían humanos.

Empero, en el séquito del barón nadie ponía en duda el ardoroso extraordinario efecto que las fogosas características de su caballo provocaban en el joven aristócrata; nadie, a menos que mencionemos a un insignificante pajecillo contrahecho, que interponía su fealdad en todas partes y cuyas opiniones carecían por completo de importancia. Este paje (si vale la pena mencionarlo) tenía el descaro de afirmar que su amo jamás se instalaba en la montura sin un estremecimiento tan imperceptible como inexplicable, y que al volver de sus largas y habituales cabalgatas, cada rasgo de su rostro aparecía deformado por una expresión de triunfante malignidad.

Una noche tempestuosa, al despertar de un pesado sueño, Metzengerstein bajó como un maníaco de su aposento y, montando a caballo con extraordinaria prisa, se lanzó a las profundidades de la floresta. Una conducta tan habitual en él no llamó especialmente la atención, pero sus domésticos esperaron con intensa ansiedad su retorno cuando, después de algunas horas de ausencia, las murallas del magnífico y sumptuoso palacio de los Metzengerstein comenzaron a agrietarse y a temblar hasta sus cimientos, envueltas en la furia ingobernable de un incendio.

Aquellas lívidas y densas llamaradas fueron descubiertas demasiado tarde; tan terrible era su avance que, comprendiendo la imposibilidad de salvar la menor parte del edificio, la muchedumbre se concentró cerca del mismo, envuelta en silencioso y patético asombro. Pero pronto un nuevo y espantoso suceso reclamó el interés de la multitud, probando cuánto más intensa es la excitación que provoca la contemplación

del sufrimiento humano, que los más espantosos espectáculos que pueda proporcionarla materia inanimada.

Por la larga avenida de antiguos robles que llegaba desde la floresta a la entrada principal del palacio se vio venir un caballo dando enormes saltos, semejante al verdadero Demonio de la Tempestad, y sobre el cual había un jinete sin sombrero y con las ropas revueltas.

Veíase claramente que aquella carrera no dependía de la voluntad del caballero. La agonía que se reflejaba en su rostro, la convulsiva lucha de todo su cuerpo, daban pruebas de sus esfuerzos sobrehumanos; pero ningún sonido, salvo un solo alarido, escapó de sus lacerados labios, que se había mordido una y otra vez en la intensidad de su terror. Transcurrió un instante, y el resonar de los cascos se oyó clara y agudamente sobre el rugir de las llamas y el aullar de los vientos; pasó otro instante y, con un sólo salto que le hizo franquear el portón y el foso, el corcel penetró en la escalinata del palacio llevando siempre a su jinete y desapareciendo en el torbellino de aquel caótico fuego.

La furia de la tempestad cesó de inmediato, siendo sucedida por una profunda y sorda calma. Blancas llamas envolvían aún el palacio como una mortaja, mientras en la serena atmósfera brillaba un resplandor sobrenatural que llegaba hasta muy lejos; entonces una nube de humo se posó pesadamente sobre las murallas, mostrando distintamente la colossal figura de... un caballo.

El duque de L'Omelette

The Duc de L'Omlette, 1832

Y pasó al punto a un clima más fresco.

COWPER

Keats sucumbió a una crítica. ¡Quién murió de una *Andrómaca*?³ ¡Almas innobles! El duque De L'Omelette pereció de un verderón. *L'histoire en est brève*. ¡Ayúdame, espíritu de Apicio!

Una jaula de oro llevó al pequeño vagabundo alado, enamorado, derretido, indolente, desde su hogar en el lejano Perú a la Chaussée d'Antin; de su regia dueña, La Bellísima, al duque De L'Omelette; y seis pares del reino transportaron el dichoso pájaro.

Aquella noche el duque debía cenar a solas. En la intimidad de su despacho reclinábase lánguidamente sobre aquella otomana por la cual había sacrificado su lealtad al pujar más que su rey en la subasta... la famosa otomana de Cadêt.

El duque hunde el rostro en la almohada. ¡Suena el reloj! Incapaz de contener sus sentimientos, su Gracia come una aceituna. En ese instante ábrese la puerta a los dulces sones de una música y, ¡oh maravilla!, el más delicado de los pájaros aparece ante el más enamorado de los hombres. Pero, ¿qué inexpresable espanto se difunde en las facciones del duque? "Horreur! ↗ chien ↗ Baptiste! ↗ L'oiseau! ah, bon Dieu! cet oiseau modeste que tu as déshabillé de ses plumes, et que tu as servi sans papier!" Sería superfluo agregar nada: el duque expira en un paroxismo de asco.

—¡Ja, ja, ja! —dijo su Gracia, tres días después de su fallecimiento.

—¡Je, je, je! —repuso suavemente el diablo, enderezándose con un aire de *hauteur*.

—Vamos, supongo que esto no es en serio —observó De L'Omelette— . He pecado, *c'est vrai*, pero, querido señor... ¡supongo que no tendrá la intención de llevar a la práctica tan bárbaras amenazas!

—¿Tan qué? —dijo su Majestad— . ¡Vamos, señor, desnúdese!

—¿Desnudarme? ¡Muy bonito en verdad? ¡No, señor, no me desnudaré! ¿Quién es usted para que yo, duque De L'Omelette, príncipe de Foie-Gras, apenas mayor de edad, autor de la *Mazurquiada* y miembro de la Academia, tenga que quitarme obedientemente los mejores pantalones jamás cortados por Bourdon, la más bonita *robe de chambre* salida

³ Montfleury. El autor del *Parnasse Réformé* le hace decir en el Hades: *L'homme donc qui voudrais savoir ce dont je suis mort, qu'il ne demande pas s'il fût de fièvre ou de podagre ou d'autre chose, mais qu'il entende que ce fût de "L'Andromache"*.

de manos de Rombèrt, por no decir nada de los *papillotes* y para no mencionar la molestia que me representaría quitarme los guantes?

—¿Que quién soy? ¡Ah, es verdad! Soy Baal-Zebub, príncipe de la Mosca. Acabo de sacarte de un ataúd de palo de rosa incrustado de marfil. Estabas extrañamente perfumado y tenías, una etiqueta como si te hubieran facturado. Te mandaba Belial, mi inspector de cementerios. En cuanto a esos Pantalones que dices cortados por Bourdon, son un excelente par de calzoncillos de lino, y tu *robe de chambre* es una mortaja de no pequeñas dimensiones.

—¡Caballero —replicó el duque—, no me dejo insultar impunemente! ¡Aprovecharé la primera oportunidad para vengarme de esta afrenta! ¡Oirá usted hablar de mí! ¡Entretanto... *au revoir*!

Y el duque se inclinaba, antes de apartarse de la satánica presencia, cuando se vio interrumpido y devuelto a su sitio por un guardián. En vista de ello, su Gracia se frotó los ojos, bostezó, encogióse de hombros y reflexionó. Luego de quedar satisfecho sobre su identidad, echó una mirada a vuelo de pájaro sobre los alrededores.

El aposento era soberbio a un punto tal, que De L'Omelette lo declaró *bien comme il faut*. No tanto por su largo o su ancho, sino por su altura... ¡ah, qué espantosa altura! No había techo... ciertamente no lo había... Solamente una densa masa atorbellinada de nubes de color de fuego. Su Gracia sintió que la cabeza le daba vueltas al mirar hacia arriba. Desde lo alto colgaba una cadena de un metal desconocido de color rojo sangre; su extremidad superior se perdía, como la ciudad de Boston, *parmi les nuages*. En su extremo inferior se balanceaba un enorme fanal. El duque comprendió que se trataba de un rubí; pero de ese rubí emanaba una luz tan intensa, tan fija, como jamás fue adorada en Persia, o imaginada por Gheber, o soñada por un musulmán cuando, intoxicado de opio, cae tambaleándose en un lecho de amapolas, la espalda contra las flores y el rostro vuelto al dios Apolo. El duque murmuró un suave juramento, decididamente aprobatorio.

Los ángulos del aposento se curvaban formando nichos. Tres de ellos aparecían ocupados por estatuas de proporciones gigantescas. Su hermosura era griega, su deformación egipcia, su *tout ensemble* francés. En el cuarto nicho, la estatua aparecía velada y no era colosal. Veíase empero un tobillo ahusado, un pie con sandalia. De L'Omelette llevó su mano al corazón, cerró los ojos, volvió a abrirlas y sorprendió a su satánica majestad... cuando se sonrojaba.

¡Pero aquellas pinturas! ¡Kupris! ¡Astarté! ¡Astoreth! ¡Mil y la misma! ¡Y Rafael las ha contemplado! Sí, Rafael estuvo aquí: ¡acaso no pintó la ... ? ¿Y no se condenó a causa de ello? ¡Las pinturas, las pinturas! ¡Oh lujo, oh amor! ¿Quién, contemplando aquellas bellezas prohibidas, tendría ojos para las exquisitas obras que, en sus marcos de oro, salpican como estrellas las paredes de jacinto y de pórvido?

Empero, el corazón del duque desfallece. No se siente, como lo suponéis, marcado por la magnificencia, ni embriagado por el intenso perfume de los innumerables

incensarios. *C'est vrai que de toutes ces choses il a pensé beaucoup mais!* El duque De L'Omelette está aterrado. ¡A través de la cárdena visión que le ofrece la sola ventana sin cortinas se divisa el más espantoso de los fuegos!

Le pauvre Duc! No podía impedirse imaginar que las admirables, las volúptuosas, las inmortales melodías que invadían aquel salón, a medida que pasaban filtrándose y trasmutándose por la alquimia de las encantadas ventanas, eran los gemidos y los alaridos de los condenados sin esperanza. ¡Y allí, allí, sobre la otomana! ¿Quién está ahí? ¡Es él, *el petit-maître*... no, la Deidad... sentado como si estuviera esculpido en mármol, *et qui sourit*, con su pálido rostro, *si amèrement*!

Mais il faut agir... vale decir que un francés no se desmaya nunca de golpe. Además, a su Gracia le repugna una escena... De L'Omelette ha recobrado todo su dominio. Ha visto unos floretes sobre la mesa y unas dagas. El duque ha estudiado con B...; *il avait tué ses six hommes*. Por lo tanto, *il peut s'échapper*. Mide dos armas y, con inimitable gracia, ofrece la elección a su Majestad. *Horreur!* ¡Su Majestad no sabe esgrima!

Mais il joue! ¡Feliz idea! Su Gracia tuvo siempre una excelente memoria. Alguna vez hojeó *Le Diable*, del abate *Gualtier*. Allí se dice que *le Diable n'ose pas refuser un jeu d'écarté*.

¡Pero las probabilidades... las probabilidades! Remotísimas, desesperadas, es verdad; empero, apenas más desesperadas que el duque mismo. Además, ¿no está en el secreto? ¿No ha leído al Pére Le Brun? ¿No era miembro del Club Vingt-et-un? *Si je perds* dice® *je serai deux fois perdu...* quedará dos veces condenado... *voilà tout!* (Y aquí su Gracia se encogió de hombros.) *Si je gagne, je reviendrai á mes ortolons... que les cartes soient préparées!*

Su Gracia era todo cuidado, todo atención; su Majestad, todo confianza. Un espectador hubiera pensado en Francisco y en Carlos. Su Gracia pensaba en su juego. Su Majestad no pensaba: barajaba. El duque cortó.

Distribuyéreronse las cartas. Diose vuelta la primera. ¡El rey! ¡Pero no... era la reina! Su Majestad maldijo sus vestimentas masculinas. De L'Omelette se llevó la mano al corazón.

Jugaron. El duque contaba. Había terminado la mano. Su Majestad contaba lentamente, sonriendo, bebiendo vino. El duque escamoteó una carta.

—*C'est á vous de faire* —dijo su Majestad, cortando—. Su Gracia se inclinó, barajó las cartas y levantóse *en présentant le Roi*.

Su Majestad pareció apesadumbrado.

Si Alejandro no hubiese sido Alejandro, hubiera querido ser Diógenes, y el duque aseguró a su antagonista mientras se despedía de él, *que s'il n'eût été De L'Omelette il n'aurait point d'objection d'être le Diable*.

Cuento de Jerusalén

A Tale of Jerusalem, 1832

*Intensos rigidam in frontem ascendere canos
passus erat...*

LUGANO

—Corramos hacia las murallas —dijo Abel-Phittim a Buzi-Ben-Leví y Simeón el Fariseo, el décimo día del mes de Taammuz del año del mundo tres mil novecientos cuarenta y uno—; corramos hacia las murallas que están cerca de la puerta de Benjamín, en la ciudad de David, que dominan el campamento de los incircuncisos; porque es la hora cuarta de la cuarta vela y el sol ha salido; y los idólatras, cumpliendo la promesa de Pompeyo, deben de estar esperándonos con los corderos para el sacrificio.

Simeón, Abel-Phittim y Buzi-Ben-Leví eran los gizbarims o sub-recaudadores de las ofrendas, en la santa ciudad de Jerusalén.

—Tienes razón —replicó el fariseo—, corramos; porque esta generosidad es inusitada en los gentiles; y la inconstancia ha sido siempre una virtud de los adoradores de Baal.

—Que no son constantes y que son traidores es tan cierto como el Pentateuco —dijo Buzi-Ben-Leví—; pero eso sólo se refiere al pueblo de Adonai.

¿Se ha visto alguna vez que los ammonitas luchasen en contra de sus propios intereses? Pienso que no son muy generosos al darnos corderos para el altar del Señor, a cambio de treinta siclos de plata por cabeza.

—Sin embargo olvidas, Ben-Leví —contestó Abel-Phittim— que el romano Pompeyo, que es el impío que ahora asedia la ciudad del Altísimo, no está seguro de que no destinemos los corderos comprados para el altar para el sustento del cuerpo, más bien que para el del espíritu.

—Pero ¡por las cinco puntas de mi barba! —gritó el fariseo, que era miembro de la secta de los Magulladores (un pequeño grupo de santos cuyo modo de *magullarse* y destrozarse los pies contra el pavimento era desde antiguo una espina y un reproche para los devotos menos celosos, un obstáculo para los caminantes menos iluminados—, ¡por las cinco puntas de mi barba, que, como sacerdote, no puedo cortar!, ¿hemos vivido para ver el día en que un blasfemo e idólatra romano nos va a acusar de saciar los apetitos de la carne con los elementos más santos y consagrados? ¿Hemos vivido para ver el día en que...?

—Dejemos de considerar los motivos del filisteo —interrumpió Abel-Phittim—, porque ahora nos aprovechamos por primera vez de su avaricia o de su generosidad; pero vayamos de prisa hacia las murallas, no sea que nos falten las ofrendas para el altar, cuyo fuego nunca podrá extinguir la lluvia del cielo, y cuyos pilares de humo no podrá abatir ninguna tempestad.

El punto de la ciudad hacia el que se apresuraban nuestros dignos gizbarims, y que tenía el nombre de su arquitecto, el rey David, era considerado como el barrio mejor fortificado de Jerusalén; estaba situado sobre la escarpada y alta colina de Sión. Allí un foso ancho, profundo y circular, cavado en la sólida roca, era defendido por una muralla de gran fortaleza, erigida sobre su borde interior. Esta muralla estaba adornada, a espacios regulares, por torres cuadradas de mármol blanco; la más baja era de sesenta codos y la más alta de ciento veinte. Pero, cerca de la puerta de Benjamín, la muralla estaba interrumpida al borde del foso. Por el contrario, entre el nivel de la zanja y la base de aquélla se levantaba perpendicularmente una roca de doscientos cincuenta codos de altura, que formaba parte del escarpado del monte Moriah. Así, cuando Simeón y sus compañeros llegaron a la cima de la torre Adoni-Bezek —la más alta de todas las que rodean Jerusalén, y lugar señalado para parlamentar con el ejército sitiador—, vieron abajo el campamento enemigo desde una altura superior en muchos pies a la pirámide de Cheops, y en algunos al templo de Belus.

—Verdaderamente —suspiró el fariseo, mientras sentía vértigo al mirar hacia abajo—, los incircuncisos son como las arenas a la orilla del mar o las langostas en el desierto. El valle del Rey ha llegado a ser el valle de Adommin.

—Y sin embargo —añadió Ben-Leví—, no te será posible señalarme un filisteo; no, ni uno solo, desde Aleph hasta Tau, desde el desierto hasta las murallas, que parezca mayor que la letra Jod.

—¡Bajad la cesta con los siclos de plata! —gritó entonces un soldado romano con una voz ronca y áspera que parecía salir de las regiones de Plutón—; bajad la cesta con esa maldita moneda que estropea la boca de un noble romano cuando la pronuncia. ¿Así mostráis vuestra gratitud a nuestro jefe Pompeyo, quien, condescendiente, ha consentido en escuchar vuestras inoportunidades idólatras? El dios Febo, que es un verdadero dios, ha emprendido su marcha en el carro hace una hora, y ¿no debíais estar sobre las murallas a la salida del sol? ¡Aedepol! ¿Pensáis que nosotros, los conquistadores de la tierra, no tenemos nada más que hacer que traficar en cada muralla de la tierra con los perros? ¡Bajad el cesto! Os lo repito, y mirad bien que vuestro fraude tenga el brillo y el peso exactos.

—¡El Elohim! —gritó el fariseo, mientras los recios acentos del centurión retumbaban por el precipicio y venían a morir contra el templo—. ¡El Elohim! ¿Quién es el dios Febo? ¿A quién invoca el blasfemo? Tú, Buzi-Ben-Leví, que eres experto en las leyes de los gentiles y que has vivido entre los que se manchan con los teraphims, ¿es de Nergal de quien habla el idólatra o de Ashimah o de Nibhaz o de Tartak o de

Adramalech o de Anamalech o de Succoth-benith o de Dagón o de Belial o de Baal-Perith o de Baal-Peor o de Baal-Zebub?

—Ciertamente, no se trata de ninguno de éstos; pero anda con cuidado y no dejes que se deslice la cuerda demasiado rápidamente entre tus dedos, porque podría engancharse en aquella roca saliente que hay allá abajo y tirarías desgraciadamente las cosas santas del templo.

Por medio de un rudo mecanismo, la pesada cesta fue descendida cuidadosamente entre la multitud, y desde su altísimo pináculo veían a los romanos arremolinarse en torno a ella; pero a causa de la gran altura y de la niebla predominante no podían distinguir claramente sus operaciones.

Ya había pasado media hora.

—Llegaremos tarde —suspiró el fariseo, mirando al abismo entonces—; llegaremos demasiado tarde. Seremos echados de nuestro empleo por los katholim.

—Nunca —respondió Abel-Phittim—, nunca más volveremos a festejarnos con la grasa de la tierra; nunca más nuestras barbas serán perfumadas con incienso; nunca más el fino lino del templo ceñirá nuestros riñones.

—¡Raca! —juró Ben-Leví—. ¡Raca! ¿Tienen intención de robarnos el dinero del mercado? ¡Oh, santo Moisés!, ¿están pensando los siclos del tabernáculo?

—¡Por fin han hecho la señal! —gritó el fariseo—. ¡Por fin han hecho la señal! ¡Tira, Abel-Phittim! ¡Y tú, Buzi-Ben-Leví, ayuda también, porque los filisteos retienen aún el cesto, o, de lo contrario, el Señor ha ablandado sus corazones y les ha hecho poner en él un cordero de buen peso!

Y los gizbarims tiraban, mientras se balanceaba el cesto pesadamente entre la niebla, que seguía haciéndose más densa.

—¡Maldición! —así exclamó al cabo de una hora Ben-Leví, cuando vio un poco confusamente un objeto en el extremo de la cuerda—. ¡Maldición! Es un carnero de los pastos de Enjedí, y tan arrugado como el valle de Josafat.

—Es el primer parido del rebaño —dijo Abel-Phittim—, lo conozco por el balido y la inocencia de sus miembros. Sus ojos son más bellos que las joyas del pectoral, y su carne es como la miel de Ebrón.

—Es un ternero cebado de los pastos de Basham —dijo el fariseo—. ¡Los gentiles se han portado a las mil maravillas con nosotros! ¡Unamos nuestras voces en un salmo! ¡Con el sistro y con el salterio, con el arpa y la trompeta, con la cítara y el sacabuche!

Cuando el cesto llegó a unos pocos pies de distancia de los gizbarims, un ronco gruñido descubrió a sus oídos un cerdo de un gran tamaño.

—¡Vamos, El Emanu! —exclamaron lentamente los tres, con los ojos levantados al cielo.

Y cuando soltaron la bestia, se escapó corriendo por entre los filisteos.

—¡El Emanu! ¡Dios sea con nosotros! ¡Ésa es la carne innombrable!

Pérdida de aliento

Loss of breath, 1832

(Una historia que no es de “Blackwood” ni lo ha sido nunca)

¡Oh, no respires!, etc.

Melodías de Moore

—¡Oh, tú, desgraciada! ¡Oh, tu, zorra! ¡Oh, tú, víbora! —le dije a mi mujer a la mañana siguiente de nuestra boda—. ¡Oh, tú, bruja! ¡Oh, tú, espanto! ¡Tú, bocazas! ¡Apestas a iniquidad! ¡Oh, tú, quintaesencia de todo lo que es abominable! Tú... tú...

En ese momento la agarré por el cuello, me puse de puntillas, y acercando mi boca a su oído estaba a punto de dirigirle un nuevo epíteto oprobioso, que inevitablemente la hubiera convencido, de haberlo podido pronunciar, de su insignificancia, cuando con gran horror y asombro descubrí que *yo había perdido la respiración*.

Las frases “me he quedado sin respiración”, “he perdido el aliento”, aparecen con bastante frecuencia en las conversaciones normales; pero jamás se me hubiera podido ocurrir el pensar que el terrible accidente al que me refiero pudiera de hecho *bona fide* ocurrir. Imagínense ustedes, es decir, si son ustedes personas imaginativas; imagínense, digo, mi asombro, mi consternación, mi desesperación.

Tengo una virtud, no obstante, que nunca me ha abandonado del todo. Incluso en mis más ingobernables estados de ánimo, mantengo aún mi sentido de la propiedad, *et le chemin des passions me conduit*, como a Lord Edouard en “Julie”, *á la philosophie véritable*.

Aunque al principio no pude verificar hasta qué punto me había afectado aquel suceso, decidí ocultárselo a toda costa a mi mujer hasta que ulteriores experiencias me revelaran la extensión de mi asombrosa calamidad. Por lo tanto, alterando al instante la expresión de mi cara, y sustituyendo mis congestionadas y distorsionadas facciones por un gesto de traviesa y coqueta benignidad, le di a mi dama una palmadita en una mejilla y un beso en la otra, y sin pronunciar una sílaba (*demonios; no podía!*) la dejé asombrada por mi extraño comportamiento, y salí haciendo las piruetas de un *pas de zephyr*.

Imagíneme entonces a salvo en mi *boudoir* privado, un terrible ejemplo de las malas consecuencias de la irascibilidad: vivo, pero con todas las características de los muertos; muerto, pero con todas las inclinaciones de los vivos. Una verdadera anomalía sobre la faz de la tierra, totalmente calmado pero sin respiración.

¡Sí! Sin respiración. Hablo en serio al afirmar que carecía por completo de respiración. No hubiera podido mover ni una pluma con ella, aunque mi vida hubiera estado en juego, ni siquiera hubiera podido empañar la delicadeza de un espejo. ¡Cruel destino! Aun así hallé algo de consuelo a mi primer paroxismo de dolor. Descubrí, después de mucho probar, que mi capacidad de hablar que, a la vista de mi incapacidad para continuar la conversación con mi esposa, había creído desaparecida por completo, estaba sólo parcialmente disminuida, y descubrí que si en el transcurso de aquella interesante crisis hubiera intentado hablar con un tono singularmente profundo y gutural, podría haber seguido comunicándole mis sentimientos a ella; y que este tono de voz (el gutural) no depende, por lo que pude ver, de la corriente de aire provocada por la respiración, sino de ciertos movimientos espasmódicos de los músculos de la garganta.

Dejándome caer sobre una Silla estuve durante cierto tiempo sumido en la meditación. Mis reflexiones no eran, no cabe duda, precisamente consoladoras. Un millar de imágenes vagas y lacrimosas se apoderaron de mi alma, e incluso pasó por mi imaginación la idea del suicidio; pero es una característica de la perversidad de la naturaleza humana el rechazar lo obvio y lo inmediato a cambio de lo equívoco y lo lejano. Así, pues, me eché a temblar ante la idea de mi auto-asesinato, considerándola decididamente una atrocidad, mientras la gata runruneaba a todo meter sobre la alfombra, y el mismo perro de aguas jadeaba con gran asiduidad debajo de la mesa, atribuyéndole ambos un gran valor a la fuerza de sus pulmones, y haciéndolo todo con el evidente propósito de burlarse de mi incapacidad.

Oprimido por un tumultuoso alud de vagas esperanzas y miedos, oí por fin los pasos de mi esposa que descendía por la escalera. Estando ya seguro de su ausencia, volví con el corazón palpitante a la escena de mi desastre.

Cerrando cuidadosamente la puerta desde dentro, inicié una intensa búsqueda. Era posible, pensaba yo, que oculto en algún oscuro rincón o escondido en algún cajón o armario pudiera encontrar aquel objeto perdido que buscaba. Tal vez tuviera forma vaporosa, incluso era posible que fuera tangible. La mayor parte de los filósofos son muy poco filosóficos con respecto a muchos aspectos de la filosofía. No obstante, William Godwin⁴ dice en su “Mandeville” que “las únicas realidades son las cosas invisibles”, y esto, como estarán todos ustedes de acuerdo, era un caso típico. Me gustaría que el lector juicioso lo pensara bien antes de afirmar que tal aseveración contiene una injustificada cantidad de lo absurdo. Anaxágoras, como todos recordarán,

⁴ William Godwin (1756-1836). Novelista y teórico anarquista inglés, autor de *Investigación sobre la justicia política* (1793) que establece los principios de un anarquismo pacífico. Fruto de su matrimonio con la también novelista y teórica Mary Wollstonecraft (1759-1797), precursora del feminismo con obras como *Los derechos de la mujer* (1792) –y que moriría durante el parto–, es el nacimiento de la novelista Mary Wollstonecraft Shelley, autora del conocido *Frankenstein o el nuevo Prometeo* (1818).

mantenía que la nieve es negra, y desde entonces he tenido ocasión de comprobar que esto es cierto.

Durante largo tiempo continué investigando con gran ardor, pero la despreciable recompensa que obtuve mi perseverancia no fue más que una dentadura postiza, dos pares de caderas, un ojo y cierto número de *billets-doux* que el señor Windenough había mandado a mi esposa. Tal vez sea oportuno señalar que esta confirmación de las inclinaciones que mi dama sentía por el señor W. me produjeron poco desasosiego. Que la señora Lackobreath admirara algo tan distinto de mí era un mal natural y necesario. Yo soy, como todo el mundo sabe, de aspecto robusto y corpulento, siendo, al mismo tiempo, de estatura un tanto baja. ¿A quién puede entonces extrañar que aquel conocido mío, delgado como una espingarda y de una estatura que ha llegado a convertirse en proverbial, encontrara gran estima a los ojos de la señora Lackobreath? Sin ser correspondido, no obstante.

Mi trabajo, como ya había dicho antes, resultó infructuoso. Armario tras armario, cajón tras cajón, rincón tras rincón, fueron examinados sin conseguir nada. No obstante, en una ocasión, me pareció haber encontrado lo que buscaba, habiendo roto accidentalmente, al hurgar en una cómoda, una botella de aceite de los Arcángeles de Grandjean, el cual, siendo como es un agradable perfume, me tomo aquí la libertad de recomendarles.

Con un gran peso en el corazón volví a mi *Boudoir* para buscar allí algún método para eludir la agudeza de mi esposa hasta que pudiera hacer los arreglos necesarios antes de abandonar el piáis, porque a este respecto ya había tomado una decisión. En un clima extraño, siendo un desconocido, tal vez podría, con un cierto margen de seguridad, intentar ocultar mi desgraciada calamidad: una calamidad calculada, más aún incluso que la miseria, para privamos de los afectos de la multitud y para traer sobre el pobre desgraciado la muy merecida indignación de la gente feliz y virtuosa. Mis dudas duraron poco. Siendo por naturaleza un hombre de decisiones rápidas, me grabé en la memoria la tragedia completa de "Metamora". Tuve la buena suerte de recordar que en la acentuación de este drama o, al menos, en la parte correspondiente al héroe, los tonos de voz que eran para mí inalcanzables, resultaban innecesarios, y que el tono que debía prevalecer monótonamente a todo lo largo de la obra era el gutural profundo.

Practiqué durante algún tiempo a la orilla de un pantano muy frecuentado. En este caso, no obstante, careciendo de toda referencia a que Demóstenes hubiera hecho algo similar, y más bien llevado por una idea particular y conscientemente mía. Cubiertas así mis defensas, decidí hacer creer a mi esposa que me había visto súbitamente asaltado por una gran pasión por el escenario. En esto mi éxito tuvo las proporciones de un milagro; y me encontré en libertad de replicar a todas sus preguntas o sugerencias con algún pasaje de la tragedia en mis tonos más sepulcrales y parecidos al croar de una rana, lo que, según pude observar, se podía aplicar a casi cualquier circunstancia con buenos resultados. No obstante, no se debe suponer que al recitar los dichos pasajes

prescindía de mirar con los ojos entrecerrados, de enseñar los dientes, de mover mis rodillas, de arrastrar los pies o de hacer cualquiera de esas gracias innominables que ahora se consideran con justicia características de un actor popular. Desde luego hablaron de ponerme la camisa de fuerza, pero, ¡bendito sea Dios!, jamás sospecharon que me hubiera quedado sin respiración.

Finalmente, habiendo puesto en orden mis asuntos, me senté a muy temprana hora de la mañana en el correo que iba a..., dejando entrever, entre mis amistades, que asuntos de la mayor importancia requerían mi inmediata presencia en aquella ciudad.

El coche estaba absolutamente atestado, pero en la incierta penumbra no había forma de distinguir las facciones de mis compañeros de viaje. Sin oponer ninguna resistencia acepté el ser colocado entre dos caballeros de colosales proporciones; mientras que un tercero, una talla mayor, excusándose por la libertad que iba a tomarse, se arrojó sobre mi cuerpo a todo lo largo que era y, durmiéndose al instante, ahogó todas mis protestas en un ronquido que hubiera hecho enrojecer de vergüenza a los bramidos del toro de Phalaris. Afortunadamente, el estado de mis facultades respiratorias convertían la muerte por asfixia en un accidente totalmente fuera de la cuestión.

No obstante, al ir aumentando la luz al acercarnos a la ciudad, mi torturador se levantó, y ajustándose el cuello de la camisa, me dio las gracias muy amistosamente por mi amabilidad. Viendo que yo permanecía inmóvil (todos mis miembros estaban dislocados y mi cabeza vuelta hacia un lado), empezó a sentir cierta aprensión, y despertando al resto de los pasajeros les comunicó con tono muy decidido que en su opinión les habían metido durante la noche a un hombre muerto a cambio de un hombre vivo y responsable, que además era su compañero de viaje; al llegar aquí me dio un puñetazo en el ojo derecho, a modo de demostración de la veracidad de sus palabras.

A raíz de esto todos creyeron su deber tirarme de la oreja uno por uno (había nueve en total). Un joven médico, habiendo aplicado un espejo de bolsillo a mi boca, y al encontrarme carente de respiración, afirmó que lo que había dicho mi perseguidor era cierto; y todo el grupo expresó su determinación de no aguantar pacíficamente tales imposiciones en el futuro y de no dar un solo paso más de momento con un cadáver a cuestas.

En consecuencia, fui arrojado fuera bajo la señal del "Crow" (taberna por delante de la cual pasaba casualmente el coche en aquel momento), sin más contratiempos que la fractura de mis dos brazos, por encima de los cuales pasó la rueda trasera izquierda del vehículo. También debo hacer justicia al conductor y decir aquí que no se le olvidó tirar detrás de mí el mayor de mis baúles, que cayó desgraciadamente sobre mi cabeza y me fracturó el cráneo de una forma a la vez interesante y extraordinaria.

El dueño del "Crow", que es un hombre hospitalario, al verificar que había en mi baúl más que suficiente para indemnizarle por cualquier molestia que pudiera tomarse,

mandó buscar a un cirujano amigo suyo, y me puso en sus manos, junto con una factura y un recibo por diez dólares.

El comprador me llevó a sus habitaciones y empezó inmediatamente con las operaciones. Una vez que hubo cortado mis orejas, no obstante, descubrió señales de vida. Hizo sonar entonces la campana y mandó a buscar a un farmacéutico de la vecindad para consultarle. Por si sus sospechas con respecto a mi estado resultaban finalmente confirmadas, él, mientras tanto, realizó una incisión en mi estómago, guardándose varias vísceras para hacer la disección en privado.

El farmacéutico tenía la impresión de que yo estaba muerto de verdad. Yo intenté refutar esta idea pateando y agitándome con todas mis fuerzas, y haciendo todo tipo de furiosas contorsiones, ya que las operaciones del quirófano me habían devuelto en cierta medida a la posesión de mis facultades. No obstante, todos mis esfuerzos fueron atribuidos a los efectos de una nueva pila galvánica, con la cual el farmacéutico, que es un hombre realmente informado, realizó diversos experimentos curiosos, en los cuales, debido a la parte que yo jugaba en ellos, no pude evitar el sentirme profundamente interesado. No obstante, era para mí una fuente de gran mortificación el que, a pesar de haber hecho varios intentos por hablar, mis poderes en ese sentido estuvieran tan disminuidos que ni siquiera podía abrir la boca; mucho menos, por lo tanto, dar la réplica a algunas ingeniosas pero fantásticas teorías, a las cuales, en otras circunstancias, mi profundo conocimiento de la patología Hipocrática podría haber suministrado una rápida refutación.

Incapaz de llegar a ninguna conclusión, los dos hombres decidieron conservarme para ulteriores exámenes. Fui trasladado a una buhardilla, y una vez que la mujer del cirujano me hubo puesto calzoncillos y calcetines, y el propio cirujano me hubo atado las manos y la mandíbula con un pañuelo de bolsillo, cerraron la puerta desde fuera y se fueron a toda prisa a comer, dejándome solo y sumido en el silencio y la meditación.

Descubrí entonces, con gran satisfacción, que podría haber hablado de no haber tenido la mandíbula atada con el pañuelo. Consolándome con esta idea estaba recitando mentalmente algunos pasajes de la "Omnipresencia de la Deidad", como tengo por costumbre hacer antes de entregarme al sueño, cuando dos gatos de temperamento veraz y vituperable que acababan de entrar por un agujero de la pared, saltaron haciendo una cabriola *a la Catalani* y, aterrizando cada uno a un lado de mi cara, se enzarzaron en una indecorosa discusión por la negligible posesión de mi nariz.

Pero, al igual que la pérdida de sus orejas, supuso el ascenso al trono de Cirus, el Magián o Mige-gush de Persia, y al igual que la pérdida de su nariz, dio a Zopyrus la posesión de Babilonia, así la pérdida de unas pocas onzas de mis facciones, resultaron ser la salvación de mi cuerpo. Excitado por el dolor y ardiente de indignación, rompí al primer intento mis ataduras y el vendaje. Mientras cruzaba el cuarto, dirigí una mirada de desprecio a los beligerantes, y abriendo la ventana, con gran horror y desilusión por su parte, me precipité por ella, con gran destreza.

El ladrón de correos W..., con quien yo tenía singular parecido, estaba en aquel momento en tránsito desde la cárcel de la ciudad al cadalso erigido para su ejecución en los suburbios. Su extrema debilidad y su perenne mala salud le habían supuesto el privilegio de ir sin esposas, y vestido con su traje de ahorcado, muy similar al mío; yacía cuan largo era en el fondo del carro del verdugo (que casualmente estaba bajo las ventanas del cirujano en el momento de mi caída), sin más guardia que el conductor, que iba dormido, y dos reclutas del sexto de infantería, que estaban borrachos: Quiso mi mala suerte que cayera de pie al interior del vehículo. W..., que era un individuo con grandes reflejos, vio su oportunidad. Saltando inmediatamente, salió del carro, y metiéndose por una callejuela, se perdió de vista en un abrir y cerrar de ojos. Los reclutas, despertados por la agitación, fueron incapaces de captar la transacción. Viendo, no obstante, a un hombre exactamente igual que el felón de pie en medio del carro ante sus ojos, llegaron a la conclusión de que el muy sinvergüenza (refiriéndose a W...) estaba intentando escapar (así fue como se expresaron), y después de comunicarse el uno al otro esta opinión, echaron un trago de aguardiente cada uno, y después me derribaron con las culatas de sus mosqueteros.

No tardamos mucho en llegar a nuestro destino. Por supuesto, no había nada que decir en mi defensa. Mi destino inevitable era ser colgado. Me resigné a ello por lo tanto, con una sensación medio estúpida, medio sarcástica. Siendo poco cínico, sentía aproximadamente lo mismo que sentiría un perro. El verdugo, no obstante, ajustó el lazo alrededor de mi cuello. La trampilla se abrió.

Me abstendré de describir mis sensaciones en la horca, aunque sin duda podría hablar al respecto, y es un tema sobre el que nadie ha sabido hablar con propiedad. De hecho, para escribir acerca de semejante tema, es necesario haber sido ahorcado. Los autores deberían limitarse a hablar de temas sobre los que han tenido experiencia. Así fue como Marco Antonio compuso un tratado acerca de cómo emborracharse.

Podía, no obstante, mencionar, aunque sólo sea de pasada, que no me sobrevino la muerte. Mi cuerpo estaba allí, pero no temía respiración que perder, aun colgado, y si no hubiera sido por el nudo que había bajo mi oreja izquierda (que, por la textura, parecía ser de procedencia militar), me atrevería a decir que do hubiera experimentado casi ninguna molestia. En cuanto al tirón que sufrió mi cuello con la caída, resultó simplemente un correctivo para la torcedura que me había producido el caballero gordo del coche.

No obstante, y con muy buenos motivos, hice todo lo que pude porque la multitud presenciara un espectáculo digno de las molestias que se habían tomado. Según dicen, mis convulsiones fueron extraordinarias. Mis espasmos hubieran sido difíciles de superar. El populacho pedía un *encoré*. Varios caballeros se desmayaron, y una gran multitud de damas tuvieron que ser llevadas a sus casas con ataques de histeria. Pinxit se aprovechó de la oportunidad para retocar, a partir de un bosquejo que hizo allí mismo, su admirable cuadro de el Marsyas siendo desollado vivo.

Cuando ya les hube procurado suficiente diversión, consideraron que sería lo más adecuado quitar mi cuerpo de la horca, tanto más cuanto que el verdadero reo había sido capturado y reconocido entre tanto, hecho que yo tuve la mala suerte de no conocer.

Por supuesto que todo el mundo manifestó gran simpatía por mí, y ya que nadie reclamó mí cuerpo, se ordenó que fuera enterrado en un panteón público.

Allí, después de un intervalo de tiempo adecuado, fui depositado. El sacristán se fue y me quedé solo. Una frase del "Descontento", de Marston:

*"La muerte es un buen muchacho,
y siempre tiene las puertas abiertas..."*

me pareció en aquel momento una abominable mentira.

No obstante, arranqué la tapa de mi ataúd y salí. Aquel lugar era tremadamente siniestro y húmedo, me empecé a sentir repleto de *ennui*. A modo de entretenimiento, anduve a ciegas entre los numerosos ataúdes, dispuestos en orden a mi alrededor. Los bajaba uno por uno, y abriéndolos, me dedicaba a especular acerca de las muestras de mortalidad que habitaba en su interior.

Esto monologaba yo, tropezando con un cadáver congestionado, hinchado y rotundo:

«Esto ha sido, sin duda, en el más amplio sentido de la palabra, un hombre infeliz, desafortunado. Ha sido su terrible suerte el no poder andar normalmente, sino anadear, pasar por la vida no como un ser humano, sino como un elefante; no como un hombre, sino como un rinoceronte.

»Sus intentos de moverse en la vida han sido abortados, sus movimientos circungiratorios, un palpable fracaso. Intentando dar un paso hacia adelante ha tenido la desgracia de dar dos a la derecha y tres a la izquierda. Sus estudios se limitan a la poesía de Crabbe. No puede haber tenido ni idea de lo maravilloso de una *pirouette*. Para él, un *pos de papillon* no ha sido más que un concepto en abstracto. Jamás ha llegado a la cumbre de una colina. Jamás ha podido divisar desde lo alto de un campanario la gloria de ninguna metrópolis. El calor ha sido su enemigo mortal. En los días de perros, sus días han sido los días de un perro. En ellos ha soñado con llamas y ahogos, con montañas y más montañas, con Pellón sobre Ossa. Siempre le faltaba la respiración, en una palabra, le faltaba la respiración. Le parecía extravagante tocar instrumentos de viento. Él fue el inventor de los abanicos semovientes, las velas de viento y los ventiladores. Patrocinó a Du Pont, el fabricante de fuelles, y murió miserablemente al intentar fumarse un cigarro. Su caso era uno por el que yo sentía gran interés, y con el que simpatizaba en gran medida.

«Pero aquí —dije yo—, aquí, arrastrando despectivamente de su receptáculo una forma alta, delgada y de aspecto peculiar, cuya notable apariencia me hizo sentir una

indeseada sensación de familiaridad, aquí hay un desgraciado que no tiene derecho a esperar ninguna commiseración terrena».

Al decir esto, y para conseguir una más clara visión del individuo, le sujeté por la nariz con el pulgar y el índice, y haciéndole asumir sobre el suelo la posición de sentado, le mantuve así, con mi brazo extendido, mientras continuaba mi soliloquio.

“Que no tiene derecho —repetí— a esperar ninguna commiseración terrena. En efecto, ¿a quién se le podría ocurrir tener compasión de una sombra? Lo que es más, ¿acaso no ha disfrutado él ya de una parte más que suficiente de los bienes de la mortalidad? Él fue el origen de los monumentos elevados, altas torres, pararrayos, álamos de Italia. Su tratado acerca de “Tonos y Sombras” le ha inmortalizado. Editó con distinguida habilidad la última edición de “Al sur en el Bones”. Fue joven a la Universidad y estudió Ciencias Neumáticas. Después volvió a casa, hablaba incesantemente y tocaba la trompa. Favorecía el uso de la gaita. El capitán Barclay, que caminó contra el Tiempo, fue incapaz de caminar contra él. Windham y Allbreath eran sus escritores favoritos. Su artista favorito, Phiz. Murió gloriosamente mientras inhalaba gas, *levique flatu conrupitur*, como la *fama pudicitiae* en Hieronymus⁵. Era indiscutiblemente un...

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve? —me interrumpió el objeto de mi animadversión, jadeando y arrancándose con un esfuerzo desesperado la venda que rodeaba sus mandíbulas—. ¿Cómo se atreve, Sr. Lackobreath a ser tan infernalmente cruel como para pellizarme la nariz de esa manera? ¿Acaso no vio usted que me habían sujetado la mandíbula, y tiene usted que saber, si es que sabe algo, que tengo que disponer de una enorme cantidad de aire? No obstante, si es que no lo sabe, síntese y lo verá. En mi situación, es realmente un gran descanso el poder abrir la boca, el poder explayarse, poder comunicar con una persona como usted, que no se considera obligado a interrumpir a cada momento el hilo del discurso de un caballero. Las interrupciones son muy molestas, y deberían sin duda ser abolidas, ¿no le parece?... No conteste, se lo ruego, conque hable una persona a la vez es suficiente. Cuando yo haya acabado, podrá empezar usted. ¿Cómo demonios, señor, ha llegado usted aquí? Ni una palabra, se lo ruego... por mi parte, yo llevo aquí algún tiempo. ¡un terrible accidente! ¿Habrá oído hablar de ello, supongo? ¡Catastrófica calamidad! Pasaba yo por debajo de sus ventanas, hace poco tiempo, en la época en la que tema usted la manía del teatro, y, ¡horrible ocurrencia! Habrá oído usted decir eso de coger aire, ¿eh? ¡Silencio hasta que yo se lo diga! ¡Pues yo cogí el aire de alguna otra persona! Siempre tuve demasiado del mío, y me encontré con Blab en la esquina de la calle y no me dio la oportunidad de decir ni una palabra, no conseguí meter una sílaba ni de costado, en consecuencia tuve un ataque de epilepsia... Blab se escapó... ¡malditos sean los idiotas!... me dieron por muerto y me metieron en este lugar... ¡todo muy bonito!... He oído todo lo que ha dicho acerca

⁵ Tenera res in feminis fama pudicitiae, et quasi flos pulcherrimus citoad marcescit auram, levique flatu corrupitur, maxime, etc. (*Hieronymus and Salviniam*).

de mí... No había ni una sola palabra cierta en todo ello... ¡Horrible!... ¡Maravilloso!... ¡Repugnante!... ¡Odioso!... ¡Incomprensible!... etcétera, etcétera... etcétera... etcétera... Resulta imposible concebir mi asombro ante un discurso tan inesperado, o el júbilo con el que gradualmente me fui convenciendo de que el aire tan afortunadamente cogido por aquel caballero (al que pronto identifiqué con mi vecino Windenough) era de hecho la expiración que se me había perdido a mí durante la conversación con mi esposa. El tiempo, el lugar y las circunstancias convertían aquello en algo más allá de toda posibilidad de discusión. No obstante, no solté inmediatamente la proboscide del Sr. W..., al menos no durante el largo período de tiempo durante el cual el inventor de los álamos italianos continuó favoreciéndome con sus explicaciones.

En este sentido, mis actos estaban dominados por esa prudencia habitual que ha sido siempre mi característica predominante. Reflexioné que podía haber aún muchas dificultades en el camino de mi preservación, que sólo grandes esfuerzos por mi parte podrían llevarme a superar. Muchas personas, consideré, son dadas a valorar las comodidades que tienen en sus manos, por poco valiosas que puedan resultar a su propietario, por muy molestas u onerosas que sean, en razón directa a las ventajas que puedan obtener los demás de su posesión, o ellos mismos de su abandona ¿No sería tal vez éste el caso del Sr. Windenough? Al manifestar mi interés por esa respiración que en aquel momento estaba deseando perder de vista, ¿no estaría acaso poniéndome a merced de los ataques de su avaricia? Hay muchos seres ruines en este mundo, recordé con un suspiro, que no tendrían escrúpulos en jugar con ventaja incluso contra el vecino de al lado, y (este comentario es de Epictetus) es precisamente en esos momentos en que los hombres están más deseosos de librarse de la carga de sus propias calamidades, en los que se sienten menos dispuestos a aliviar la carga de los demás.

Basándome en consideraciones similares a ésta, y manteniendo aún bien sujetada la nariz del Sr. W..., me pareció propio lanzar mi respuesta.

—¡Monstruo! —empecé con un tono de la más profunda indignación—. ¡Monstruo! E idiota con doble respiración... ¿os atrevéis acaso, digo, vos, a quien los cielos han castigado por vuestras iniquidades con una doble respiración... Osáis vos, insisto, dirigiros a mí con el tono familiar con el que os dirigiríais a un conocido?... “Miento” ¡El cielo me valga! Y “estese callado”. ¡Cómo no! ¡Bonita conversación, sin duda, para un caballero que disfruta de una sola respiración! Y todo esto, además, cuando yo tengo en mis manos la posibilidad de aliviar la calamidad que usted, con tanta justicia, sufre; de recortar lo superfino de su desgraciada respiración.

Al igual que Brutus, hice una pausa en espera de respuesta, con la cual, como si fuera un tomado, me abrumó inmediatamente el Sr. Windenough. Protesta tras protesta, y excusa tras excusa. No existía ningún término que no estuviera dispuesto a aceptar, y yo no dejé de sacar ventaja de ninguno de ellos.

Una vez resueltos los preliminares, aquel conocido mío me dio la respiración, por lo cual (después de examinarla cuidadosamente) le di un recibo.

Soy consciente de que para muchos yo seré culpable de hablar de una manera tan prosaica de una transacción tan impalpable. Posiblemente piensen que debería haber narrado con más detalle y minuciosidad un hecho por medio del cual, y esto es muy cierto, se podría arrojar mucha luz sobre una interesante rama de la filosofía física.

Lamento no poder responder a todo esto. Tan sólo me puedo permitir dar una pequeña pista a modo de respuesta. Dadas las circunstancias... aunque pensándolo mejor creo que será mucho más seguro decir lo menos posible acerca de un asunto tan delicado, tan delicadas, repito, que en aquel momento incluían los intereses de una tercera persona, en cuyo sulfuroso resentimiento no tengo, de momento, ninguna gana de incurrir.

No tardamos gran cosa, una vez hechos los arreglos precisos, en escaparnos de los sótanos del sepulcro. La fuerza conjunta de nuestras resucitadas voces se hizo rápidamente evidente. Scissors, el editor Whig, reeditó un tratado acerca de "La naturaleza y origen de los ruidos subterráneos". En las columnas de una gaceta democrática apareció una respuesta, luego, una contrarréplica, una refutación y una justificación. Tan sólo, después de haber abierto el panteón para decidir cuál de los dos tenía razón, la aparición del Sr. Windenough y mía demostró a ambos que estaban totalmente equivocados.

Bon-Bon

Bon-Bon, 1832

En cuanto se había pasado el dintel de la pequeña casa que habitaba nuestro filósofo, en un callejón sin salida llamado Lefévre de Ruán, se veía una habitación profunda, baja de techo, de antigua construcción. En un rincón se hallaba la cama del metafísico. Un juego de cortinas y un canapé a la griega la rodeaban clásica y cómodamente. En el ángulo opuesto yacían libros. Una gran chimenea se erigía frente por frente de la puerta. A la derecha, en un armario entreabierto, se podía ver una batería formidable de botellas etiquetadas.

En este lugar, una noche del invierno de 17..., hacia la una, Pedro Bon-Bon, habiendo escuchado durante algún tiempo las palabras de sus vecinos y las alusiones a sus singularidades, los puso a todos en la puerta, corrió el cerrojo echando pestes, y se echó malhumorado en su viejo y cómodo sillón de cuero, cerca del fuego de la chimenea.

Era una noche terrible, como sólo se ven cada cien años. Nevaba furiosamente y toda la casa oscilaba bajo las ráfagas de la tormenta. El viento silbaba por los intersticios de los tabiques y se abismaba rabiosamente en la chimenea, doblando y desdoblando las ropas de la cama o desordenando los papeles que dormían junto a los libros.

El metafísico no estaba en absoluto de humor. Notaba aquella agitación angustiosa que produce la furia de una noche de tempestad. Llamó más cerca de sí a su gran perro negro, y como se había sentado en el sillón con cierto malestar no pudo abstenerse de echar una mirada recelosa hacia los rincones apartados de la estancia, de donde las llamas rojas de la chimenea no llegaban a expulsar completamente las tinieblas. Terminado ese examen, cuyo objeto exacto le hubiera sido imposible explicar, se puso ante una mesita llena de libros y de papeles, y se dedicó a la corrección de un voluminoso manuscrito que tenía que entregar al día siguiente.

Bon-Bon trabajaba desde hacía algún tiempo cuando «No tengo prisa, señor Bon-Bon» murmuró de golpe, desde el fondo de la estancia, una voz humilde.

—¡Diablos! —exclamó nuestro héroe, sobresaltándose en su asiento, echando al suelo la mesita y mirando estupefacto a su alrededor.

—Eso es —replicó, con calma, la voz.

—¿Quién es, eso? ¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? —vociferó el metafísico. Su mirada se había posado en algo que estaba extendido sobre la cama.

—Decía —dijo el intruso, sin inquietarse por las interrogaciones—, decía que puede usted disponer de su tiempo, que el asunto que me ha traído aquí no es urgente, en una palabra, que puedo perfectamente esperar a que haya usted terminado su Exposición.

—¿Mi exposición? Bien, pero, por Dios. ¿Cómo sabe usted, cómo ha llegado usted a saber que yo escribía una Exposición?

—¡Pst! —respondió el intruso con voz baja.

Se levantó rápidamente del lecho y dio un paso hacia Bon-Bon, al acercarse, la lámpara de hierro que colgaba del techo empezó a oscilar dando grandes sacudidas.

Nuestro filósofo, más que estupefacto, no se abstuvo de examinar el traje y la apariencia del forastero. Las formas de su persona, delgada, pero de una altura mayor que la habitual, saltaban a los ojos por lo detalladas, gracias a un traje negro y gastado que le ceñía el cuerpo y que parecía ser, por el corte, del pasado siglo. El vestido había sido cortado para alguien menos grande que su actual poseedor. En las muñecas y en los tobillos se notaba la carne. Un par de brillantes hebillas en los zapatos contrastaban con la extremada pobreza de lo restante. De la cabeza le colgaba una coleta terriblemente larga. Unas gafas verdes, con cristales al lado, protegían sus ojos de la luz e impedían a Bon-Bon el discernir su forma y su color. En toda la persona del forastero no había ni la apariencia de una camisa. Pero una corbata blanca, estrecha, estaba anudada cuidadosamente alrededor de su cuello, sus puntas colgaban ceremoniosamente, rectas y paralelas. Esa corbata daba al forastero el aire de un clérigo. La verdad es que otros detalles, ya fuese su empaque, ya sus maneras, hubiesen podido servir para confirmar esa idea. En su oreja izquierda llevaba un instrumento parecido al «stilus» de los antiguos. Del bolsillo de su traje asomaba un librito negro, con cierre de acero, puesto, accidentalmente o no, de modo que se vieran las palabras «Ritual Católico», impresas en letras blancas sobre el lomo. La fisonomía del intruso era saturniana, de una palidez intensa y cadavérica. Las comisuras de sus labios se inclinaban hacia abajo con una expresión de humildad muy sumisa. Tuvo también una manera de juntar las manos, cuando avanzó hacia nuestro filósofo, un suspiro y una mirada de tal beatitud que hubiese sido difícil no recibirlle bien.

Toda huella de ira desapareció de la fisonomía de Bon-Bon, quien, una vez hubo terminado el examen del desconocido, le estrechó cordialmente la mano y le condujo a un sillón.

Se equivocaría quien atribuyera el cambio visible que se había producido en las disposiciones de Bon-Bon, a alguna causa común. En verdad, Pedro Bon-Bon, según lo que he podido averiguar por mi cuenta, era el menos capaz de todos los hombres de dejarse imponer por una presencia extraña. Un observador, tan preciso como él, de los hombres y de las cosas, no hubiese dejado de descubrir inmediatamente la verdadera calidad del personaje que venía a reclamar su hospitalidad. Por no decir nada más, los pies de su visitante eran de extraña conformación, y mantenía sobre su cabeza un sombrero de altura notable. En la parte posterior de sus calzones se podía observar algo que se agitaba, las oscilaciones súbitas de los faldones de su frac eran un hecho palpable. Júzguese, pues, con qué sentimiento de satisfacción, Bon-Bon se encontraba de golpe ante un personaje por el que sentía respeto. Pero nuestro filósofo era demasiado

diplomático para dejar escapar el menor indicio de las sospechas que le agitaban. No entraba en sus miras el parecer que tenía conciencia del honor que se le hacía tan de improviso. Tenía la intención de hacer hablar a su huésped, de sacarle alguna importante noción ética, de escribir ese informe en la obra que iba a publicar y de beneficiar con el a la humanidad al paso que el mismo se inmortalizaba. Añado que la elevada edad del visitante y sus trabajos de ciencia moral, podían muy bien haberle procurado el conocimiento de alguna verdad nueva.

Impulsado por estos profundos motivos, el filósofo rogó a su huésped que se sentara mientras el mismo se apresuraba a echar algunos troncos de leña al fuego y a colocar sobre la mesa vuelta a poner en pie unas botellas de vino. Acabados estos preparativos, empujó su sillón enfrente de su visitante, se sentó en él y esperó a que el otro empezara la conversación.

Pero los planes más hábilmente urdidos se frustran con frecuencia cuando se trata de aplicarlos. A las primeras palabras del intruso, Bon-Bon se quedó pasmado.

—¡Veo que usted no me conoce, Bon-Bon! —dijo el hombre vestido de negro—. ¡Jajajá, jejé, jijijí, jojó, jujujú!

Y el diablo, abandonando su aire de santidad, abrió de oreja a oreja su boca, para enseñar unos dientes quebrados parecidos a colmillos, y, echando su cabeza hacia atrás, se rió insolentemente. El perro negro, acurrucándose sobre su barriga, le hizo coro y el gato, huyendo de un salto, se puso a maullar en un rincón de la sala.

Bon-Bon no hizo nada parecido. Era demasiado hombre de mundo como para reír como el perro o aullar de miedo como su gato. Todo lo más, experimentaba alguna estupefacción al ver las letras blancas de las palabras *Ritual católico* en el libro de su huésped, cómo cambiaron, súbitamente, de color y de forma, para convertirse en las palabras *Registro de condenados*.

Tan extraña circunstancia dio a su respuesta el tono de turbación que no hubiese tenido en ningún otro caso.

—A decir verdad, señor —dijo el filósofo—, yo creo que usted es, el..., es decir, que yo creo, me imagino, tengo la idea muy contusa del honor notable...

—Oh, muy bien —interrumpió el intruso—, no diga más, ya veo lo que es —y, quitándose las gafas verdes, limpió cuidadosamente los cristales y se las puso en el bolsillo.

El incidente del libio había sorprendido a Bon-Bon, pero lo que entonces vio le sorprendió todavía más.

Al levantar la cabeza, curioso por saber de qué color tenía los ojos su huésped, descubrió que no eran negros, ni grises, ni castaños, ni azules, ni de ningún otro color celeste, terrestre o marítimo. En una palabra, Bon-Bon vio que su huésped no tenía ojos, ni apariencia de haberlos poseído en época anterior, porque en el lugar donde debieran hallarse normalmente, no había, me veo obligado a decirlo, sino un montón de carne muerta.

La respuesta que recibió ante su sorpresa fue a la vez rápida, y satisfactoria.

—¿Ojos, mi querido Bon-Bon, ojos ha dicho usted? Oh, ya entiendo. Las historias necias que de mí se explican le han dado a usted ideas falsas sobre mi rostro. ¡Ojos, vamos! Los ojos, estimado Bon-Bon, están muy bien en su lugar, aquí, en la frente, me dirá usted. Muy cierto, la frente de un gusanillo. Según usted, esos instrumentos de óptica son indispensables, y, sin embargo, le voy a convencer de que mi visión es ¿más penetrante que la de usted? He ahí una gata, una gata que percibo en el rincón, una gata muy linda. Mírela, obsérvela bien. Ahora, Bon-Bon, respóndame ¿ve usted los pensamientos, digo, los pensamientos que se engendran en este momento en su cerebro? Esa es la cuestión. Usted no los ve. Ella cree que admiramos la longitud de su cola y la profundidad de su espíritu. Ella acaba de decir que yo soy el más distinguido de los eclesiásticos y usted el más superficial de los metafísicos. Ya ve usted que no soy del todo ciego. Para personas de mi profesión, los ojos, como usted los entiende, serían un engorro. A cada instante se expondrían a ser reventados por alguna vara de atizar el fuego. Para usted esas maquinitas ópticas son muy necesarias. Vea de utilizarlas bien. Pero mi visión es el alma.

En aquel momento, el huésped se sirvió vino y escanciando un chorro a Bon-Bon, le invitó a beber sin cumplidos.

—Un buen libro, Bon-Bon —dijo, golpeando, con aire de protector, la espalda del filósofo.

Éste dejó su vaso, después de haber seguido al pie de la letra las órdenes de su huésped.

—Un buen libro, a fe mía; es un libro, según mi corazón; no obstante, la manera como ha dividido usted el asunto podría ser retocada. Varios de sus principios me recuerdan a Aristóteles. Este filósofo fue uno de mis amigos más íntimos. Yo le amaba tanto por su horrible carácter como por la desenvoltura con que cometía sus yerros. No hay sino la verdad sólida en todos sus escritos, y es la que yo le soplé por compasión hacia su necesidad. Supongo, Bon-Bon que usted sabe perfectamente a qué divina verdad moral hago alusión.

—Yo ignoraba...

—¿Verdaderamente? No, pero fui yo quien dijo a Aristóteles que al estornudar los hombres eliminan por la nariz el exceso de ideas.

—Lo cual es —aquí a Bon-Bon le entró hipo—, indudablemente, el caso.

El filósofo escanció otro vaso de vino y ofreció una toma de rapé a su visitante.

—Estaba también Platón —siguió el visitante, declinando modestamente la tabaquera y el cumplido que ella implicaba—, por quien yo sentí, durante algún tiempo, una afición de amigo.

—¿Ha frecuentado usted a Platón, mi querido anfitrión?

—¡Ah, pero me olvidaba; mil excusas! Me encontró en Atenas un día, en el Partenón, y me dijo que no sabía qué hacer, que buscaba una idea desde hacía una eternidad. Yo le

rogué que escribiera Ό vovζ εοτω ανλοζ. Me dijo que lo haría y se fue a su casa. Yo partí para las pirámides. Pero mi conciencia me reprochaba de haber revelado una verdad, ni a un amigo. Me apresuré a volver a Atenas y llegué en el momento en que mi filósofo escribía la palabra ανλοζ. Dándole un papirote a la lamda, la puse al revés, de modo que hoy se lee Όvoζ εοτω ανλοζ. Ésta es, como usted sabe, la sentencia más fundamental de la metafísica platónica.

—¿Ha estado usted en Roma? —preguntó el filósofo, mientras terminaba la segunda botella e iba a buscar otra.

—Una vez solamente, Bon-Bon —dijo hablando gravemente, como un libro—. Hubo una época en la que se produjo, en Roma, una anarquía de 5 años, durante los cuales la República, privada de todos sus jefes, no tuvo otros magistrados que los tribunos del pueblo, que no poseían legalmente ningún poder ejecutivo. En aquella época, y sólo en ella, estuve yo en Roma. Yo no he tenido, pues, en la tierra ninguna relación con los filósofos latinos.

—¿Qué piensa usted —un hipo—, qué piensa usted —un hipo— de Epicuro?

—Lo que pienso de Epicuro? —dijo el diablo sorprendido. ¡Espero que no tenga nada que reprocharle a Epicuro! ¡Lo que pienso de Epicuro! ¿Es a mí a quien habla, caballero? Yo soy Epicuro. Yo soy el que ha escrito, desde el primero al último, los 300 tratados reflejados por Diógenes Laercio.

—Eso es una mentira —dijo el metafísico, a quien el vino se le había subido a la cabeza.

—Muy bien, muy bien, señor —dijo el huésped, aparentemente muy halagado—; perfectamente bien.

—Eso es una mentira —repitió, sentenciosamente, el filósofo—. Eso —un hipo— es una mentira.

—Ah, bien; como usted quiera —dijo el diablo, en tono conciliador.

Y Bon-Bon, después de haberle cantado las verdades a Su Majestad, juzgó a propósito terminar la segunda botella.

—Como le decía, como le hacía observar hace unos instantes, en el libro que tiene usted ahí, Bon-Bon, ciertas proposiciones son muy atrevidas. Por ejemplo, ¿qué diablos quiere decir con todo su farragoso texto sobre el alma? Por favor diga caballero ¿qué es el alma?

—El alma —un hipo— el alma —respondió el metafísico transportándose a su manuscrito— es, indudablemente...

—No, señor.

—... sin ninguna contradicción.

—No, señor.

— ... incontestablemente.

— No, señor.

... es, sin dudarlo...

—No, señor.

—... —un hipó.

—No, señor.

—...y sin...

—No, señor, el alma no es nada que se parezca a eso.

Aquí, el filósofo, furioso, se dio prisa por acabar con una tercera botella.

—Bueno, señor, diga entonces ¿qué es el alma?

—No es ni esto, ni esto, señor Bon-Bon —replicó el intruso meditando—. Yo he saboreado... es decir, he conocido a almas malas y a otras pasables.

El intruso hizo chasquear la lengua y habiendo dejado caer inconscientemente su mano sobre el volumen de su bolsillo, fue presa de un violento acceso de estornudos.

Continuó:

—Hubo el alma de Cratino, pasable. Aristófanes, ¡una alma de ramo de flores...! Platón, exquisita. No el Platón de usted, sino Platón, el poeta cómico. Su Platón hubiese revuelto el estómago de Cerberus. ¡Qué horror! Despues, veamos, hubo Noevius y Andrónico, y Plauto y Terencio. Luego, Lucilio y Cátulo, y Naso y Quinto Flaccus, ese querido Quinto, como yo le llamaba cuando me cantaba un *Saeculare* para mi diversión particular, mientras que, por pura farsa, yo lo asaba clavado en mi espelón. Pero a esos latinos les hace falta montante. Un buen griego, bien gordo, vale por una docena de ellos y, además, no se pasa puesto en conserva. No se puede, ciertamente, decir lo mismo de los Quírites... Probemos de nuevo su vino.

Bon-Bon se había resignado ya a no sorprenderse de nada y ocupóse de traer las botellas pedidas. Notó, no obstante, un ruido que vagaba por la estancia como el de la agitación de una cola. A ello no prestó el filósofo atención alguna y, aunque el huésped se conducía de una manera muy indecente, se con tentó con dar una patada al perro, para que se estuviera quieto.

El intruso continuó:

—Yo encontré que Horacio tenía mucho del gusto de Aristóteles. Ya sabe usted que a mí me gusta la variedad. En cuanto a Terencio, no hubiera podido distinguirlo de Menandro. Naso, con gran sorpresa mía, no era sino un Nicandro adulterado. Virgilio me recordó mucho a Teócrito, Marcial me pareció Aquiloquio y Tito Livio era positivamente Polibio y no otro.

Bon-Bon hipó de nuevo.

—Pero si tengo una debilidad, señor Bon-Bon, si tengo una debilidad es para los filósofos. Sin embargo, deje que le explique que no puede cualquier diablo..., ¡hum!..., que no puede cualquier hombre saber escoger a un buen filósofo. Los largos no valen nada, y los mejores, si no se les descansa convenientemente, tienden a oler a rancio, por culpa, quizá, de la bilis.

—¿Si no se les descansa?

—Hablo de su esqueleto.

—¿Qué pensará usted —otro hipo— de un médico?

—¡Oh, no me hable de ellos! ¡Pf!, sólo he conocido uno ese pícaro de Hipócrates. Olía a carne pútrida, ¡oh, oh! Me resfrió lavándole en la Estigia y después me contagié del cólera.

—Ese, ese —un hipo— ese miserable —exclamó Bon-Bon—, ese aborto —un hipo— de Silena.

El filósofo se secó una lágrima.

—Después de todo —continuó el visitante—, si un buen diablo..., un hombre correcto, digo, quiere vivir, por fuerza ha de tener más de un talento. Entre nosotros, una buena cara es muestra de aptitudes diplomáticas.

—¿Cómo dice?

—A veces estamos mal de provisiones. Es preciso que usted lo sepa, en un clima abrasador como el nuestro, raramente es posible conservar un alma viva mas de dos o tres horas. Y después de la muerte, a menos que se escabechen inmediatamente —y un alma escabechada nada vale—, empiezan a oler ¿Comprende usted? Cuando las almas nos vienen por vía ordinaria, siempre es de temer que se averíen.

—¡Dios mío! —un hipo— ¿Pero cómo se las arregla?

Aquí, la lámpara de hierro empezó a dar vueltas con violencia y el diablo se estremeció en su sillón. Con un suave suspiro volvió a tomar su fisonomía habitual; después dijo simplemente a Bon-Bon con voz apagada:

—Quiero decirle una cosa, Bon-Bon: no se ha de jurar.

Bon-Bon quiso mostrar que había comprendido perfectamente y se conformó. Bebió un buen trago y el visitante dijo:

—Hay varias maneras de salir de apuros. La mayoría de nosotros se muere de hambre. Algunos se avalanzan sobre las almas escabechadas. Por mi parte, yo me las procuro vivas. He descubierto que entonces ellas se conservan perfectamente.

—Pero ¿y el cuerpo? —un hipo—, ¿y el cuerpo?

—¡El cuerpo! ¿Qué pasa con el cuerpo? ¡Oh! ¡Ah! ¡Ya comprendo! ¿El cuerpo? ¡La transacción no le concierne! En mi época hice innumerables compras de ese género y el cuerpo no sufrió jamás. Hubo Caín, y Nemrod, y Nerón, y Calígula, y Denys, y Pisístrato y otros muchos, que, al final de sus vidas, no han sabido lo que era una alma. Y, no obstante caballero, esos hombres constituyán el ornato de la sociedad. Pero, vamos a ver, ¿no conoce usted a X igual que yo? ¿Acaso no se encuentra en posesión de todas sus facultades mentales y corporales? ¿Quién compone epigramas más acerados? ¿Quién razona más espiritualmente? Vea; tengo el documento en el bolsillo —y, diciendo estas palabras, sacó una cartera de cuero y extrajo de ella cierto número de papeles.

Mientras los estaba hojeando, Bon-Bon percibió principios de nombres como Maqui, Maza, Robesp, Geor, Calig, Elisab.

El intruso llegó, por fin, a una tira estrecha de amarillento pergamino y se dispuso a leer en voz alta:

«Por consideración a ciertos dones espirituales difíciles de especificar, y, además a mil lujes de oro, yo, de 1 año y un mes de edad, transmito por la presente, al portador, todos mis derechos y títulos de propiedad de la sombra llamada mi alma.

Firmado: X »

Aquí pronuncio un nombre que no me creo autorizado a escribir entero.

—Un hombre inteligente —continuó el visitante—, pero como usted, señor Bon-Bon, se equivocaba sobre la naturaleza del alma. ¡Jaja, jeje, juju! ¿Concibe usted una sombra guisada?

—¡Una sombra —hipo— guisada! —exclamó nuestro héroe cuyo espíritu se iluminaba poco a poco con los discursos del ya pesado invitado—. Que me cuelguen —un hipo— si soy un —un hipo— tan tonto. ¿Mi alma a usted señor? —un hipo.

—¿Su alma, señor Bon-Bon?

—Si, señor —un hipo—, mi alma es...

—¿Qué caballero?

—No es ni más ni menos que una sombra, señor.

—¿Acaso quiere decir...?

—Si, señor mi alma es —un hipo—, sí, señor.

—Yo no tengo intención...

—Mi alma es —un hipo— particularmente propia para —un hipo— ser preparada...

—¿Dónde, señor?

—En el horno.

—¡Ah!

—En salsa.

—¡Eh!

—Como guisado.

—¿De veras?

—Para hacer estofados y fricandós. Y vea, yo soy buen chico y se la quiero ceder —un hipo— barato —y el filósofo dio un golpecito en la barriga de su invitado.

—No pensaba en ello —dijo este, levantándose de su butaca.

El metafísico miró a su visitante con los ojos muy abiertos.

—No tengo, por el momento —dijo el invitado.

—Y —un hipo—, ¿y bien, qué?

—No dispongo de fondos.

—¿Cómo-o-o?

—Por otra parte, sería poco delicado...

—¿Caballero?

—Que me prevaliera.

—...—un hipo.

—Del estado asqueroso, e indigno de un hombre decente, en el que usted se halla.

Aquí el visitante se inclinó y desapareció de una manera poco explicable.

Y cuando Bon-Bon intentó lanzar una botella a la cabeza del Malo, tocó la fina cadena que colgaba del techo y sostenía la lámpara. Y, lámpara y Bon-Bon, rodaron por el suelo.

Manuscrito hallado en una botella

Manuscript found in a bottle, 1833

*Qui n'a plus qu'un moment à vivre
N'a plus rien à dissimuler.*

AUINAULT – Atys

De mi país y mi familia poco tengo que decir. Un trato injusto y el paso de los años me han alejado de uno y malquistado con la otra. Mi patrimonio me permitió recibir una educación poco común y una inclinación contemplativa permitió que convirtiera en metódicos los conocimientos diligentemente adquiridos en tempranos estudios. Pero por sobre todas las cosas me proporcionaba gran placer el estudio de los moralistas alemanes; no por una desatinada admiración a su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis rígidos hábitos mentales me permitían detectar sus falsedades. A menudo se me ha reprochado la aridez de mi talento; la falta de imaginación se me ha imputado como un crimen; y el escepticismo de mis opiniones me ha hecho notorio en todo momento. En realidad, temo que una fuerte inclinación por la filosofía física haya teñido mi mente con un error muy común en esta época: hablo de la costumbre de referir sucesos, aun los menos susceptibles de dicha referencia, a los principios de esa disciplina. En definitiva, no creo que nadie haya menos propenso que yo a alejarse de los severos límites de la verdad, dejándose llevar por el ignes fatui de la superstición. Me ha parecido conveniente sentar esta premisa, para que la historia increíble que debo narrar no sea considerada el desvarío de una imaginación desbocada, sino la experiencia auténtica de una mente para quien los ensueños de la fantasía han sido letra muerta y nulidad.

Después de muchos años de viajar por el extranjero, en el año 18... me embarqué en el puerto de Batavia, en la próspera y populosa isla de Java, en un crucero por el archipiélago de las islas Sonda. iba en calidad de pasajero, sólo inducido por una especie de nerviosa inquietud que me acosaba como un espíritu malévolο.

Nuestro hermoso navío, de unas cuatrocientas toneladas, había sido construido en Bombay en madera de teca de Malabar con remaches de cobre. Transportaba una carga de algodón en rama y aceite, de las islas Laquevidas. También llevábamos a bordo fibra de corteza de coco, azúcar morena de las Islas Orientales, manteca clarificada de leche de búfalo, granos de cacao y algunos cajones de opio. La carga había sido mal estibada y el barco escoraba.

Zarpamos apenas impulsados por una leve brisa, y durante muchos días permanecimos cerca de la costa oriental de Java, sin otro incidente que quebrara la

monotonía de nuestro curso que el ocasional encuentro con los pequeños barquitos de dos mástiles del archipiélago al que nos dirigíamos.

Una tarde, apoyado sobre el pasamanos de la borda de popa, vi hacia el noroeste una nube muy singular y aislada. Era notable, no sólo por su color, sino por ser la primera que veíamos desde nuestra partida de Batavia. La observé con atención hasta la puesta del sol, cuando de repente se extendió hacia este y oeste, ciñendo el horizonte con una angosta franja de vapor y adquiriendo la forma de una larga línea de playa. Pronto atrajo mi atención la coloración de un tono rojo oscuro de la luna, y la extraña apariencia del mar. Éste sufría una rápida transformación y el agua parecía más transparente que de costumbre. Pese a que alcanzaba a ver claramente el fondo, al echar la sonda comprobé que el barco navegaba a quince brazas de profundidad. Entonces el aire se pasó intolerablemente caluroso y cargado de exhalaciones en espiral, similares a las que surgen del hierro al rojo. A medida que fue cayendo la noche, desapareció todo vestigio de brisa y resultaba imposible concebir una calma mayor. Sobre la toldilla ardía la llama de una vela sin el más imperceptible movimiento, y un largo cabello, sostenido entre dos dedos, colgaba sin que se advirtiera la menor vibración. Sin embargo, el capitán dijo que no percibía indicación alguna de peligro, pero como navegábamos a la deriva en dirección a la costa, ordenó arriar las velas y echar el ancla. No apostó vigías y la tripulación, compuesta en su mayoría por malayos, se tendió deliberadamente sobre cubierta. Yo bajé... sobrecogido por un mal presentimiento. En verdad, todas las apariencias me advertían la inminencia de un simún. Transmití mis temores al capitán, pero él no prestó atención a mis palabras y se alejó sin dignarse a responderme. Sin embargo, mi inquietud me impedía dormir y alrededor de medianoche subí a cubierta. Al apoyar el pie sobre el último peldaño de la escalera de cámara me sobresaltó un ruido fuerte e intenso, semejante al producido por el giro veloz de la rueda de un molino, y antes de que pudiera averiguar su significado, percibí una vibración en el centro del barco. Instantes después se desplomó sobre nosotros un furioso mar de espuma que, pasando por sobre el puente, barrió la cubierta de proa a popa.

La extrema violencia de la ráfaga fue, en gran medida, la salvación del barco. Aunque totalmente cubierto por el agua, como sus mástiles habían volado por la borda, después de un minuto se enderezó pesadamente, salió a la superficie, y luego de vacilar algunos instantes bajo la presión de la tempestad, se enderezó por fin.

Me resultaría imposible explicar qué milagro me salvó de la destrucción. Aturdido por el choque del agua, al volver en mí, me encontré estrujado entre el mástil de popa y el timón. Me puse de pie con gran dificultad y, al mirar, mareado, a mi alrededor, mi primera impresión fue que nos encontrábamos entre arrecifes, tan tremendo e inimaginable era el remolino de olas enormes y llenas de espuma en que estábamos sumidos. Instantes después oí la voz de un anciano sueco que había embarcado poco antes de que el barco zarpara. Lo llamé con todas mis fuerzas y al rato se me acercó tambaleante. No tardamos en descubrir que éramos los únicos sobrevivientes. Con

excepción de nosotros, las olas acababan de barrer con todo lo que se hallaba en cubierta; el capitán, y los oficiales debían haber muerto mientras dormían, porque los camarotes estaban totalmente anegados. Sin ayuda era poco lo que podíamos hacer por la seguridad del barco y nos paralizó la convicción de que no tardaríamos en zozobrar. Por cierto que el primer embate del huracán destrozó el cable del ancla, porque de no ser así nos habríamos hundido instantáneamente. Navegábamos a una velocidad tremenda, y las olas rompían sobre nosotros. El maderamen de popa estaba hecho añicos y todo el barco había sufrido gravísimas averías; pero comprobamos con júbilo que las bombas no estaban atascadas y que el lastre no parecía haberse descentrado. La primera ráfaga había amainado, y la violencia del viento ya no entrañaba gran peligro; pero la posibilidad de que cesara por completo nos aterrorizaba, convencidos de que, en medio del oleaje siguiente, sin duda, moriríamos. Pero no parecía probable que el justificado temor se convirtiera en una pronta realidad. Durante cinco días y noches completos —en los cuales nuestro único alimento consistió en una pequeña cantidad de melaza que trabajosamente logramos procuramos en el castillo de proa— la carcasa del barco avanzó a una velocidad imposible de calcular, impulsada por sucesivas ráfagas que, sin igualar la violencia del primitivo Simún, eran más aterrizzantes que cualquier otra tempestad vivida por mí en el pasado. Con pequeñas variantes, durante los primeros cuatro días, nuestro curso fue sudeste, y debimos haber costeado Nueva Holanda. Al quinto día el frío era intenso, pese a que el viento había girado un punto hacia el norte. El sol nacía con una enfermiza coloración amarillenta y trepaba apenas unos grados sobre el horizonte, sin irradiar una decidida luminosidad. No había nubes a la vista, y sin embargo el viento arreciaba y soplaban con furia despareja e irregular. Alrededor de mediodía —aproximadamente, porque sólo podíamos adivinar la hora— volvió a llamarnos la atención la apariencia del sol. No irradiaba lo que con propiedad podríamos llamar luz, sino un resplandor opaco y lúgubre, sin reflejos, como si todos sus rayos estuvieran polarizados. Justo antes de hundirse en el mar turbante su fuego central se apagó de modo abrupto, como por obra de un poder inexplicable. Quedó sólo reducido a un aro plateado y pálido que se sumergía de prisa en el mar insondable.

Esperamos en vano la llegada del sexto día —ese día que para mí no ha llegado y que para el sueco no llegó nunca—. A partir de aquel momento quedamos sumidos en una profunda oscuridad, a tal punto que no hubiéramos podido ver un objeto a veinte pasos del barco. La noche eterna continuó envolviéndonos, ni siquiera atenuada por la fosforescencia brillante del mar a la que nos habíamos acostumbrado en los trópicos. También observamos que, aunque la tempestad continuaba rugiendo con interminable violencia, ya no conservaba su apariencia habitual de olas ni de espuma con las que antes nos envolvía. A nuestro alrededor todo era espanto, profunda oscuridad y un negro y sofocante desierto de ébano. Un terror supersticioso fue creciendo en el espíritu del viejo sueco, y mi propia alma estaba envuelta en un silencioso asombro. Abandonarnos todo intento de atender el barco, por considerarlo inútil, y nos

aseguramos lo mejor posible a la base del palo de mesana, clavando con amargura la mirada en el océano inmenso. No habría manera de calcular el tiempo ni de prever nuestra posición. Sin embargo teníamos plena conciencia de haber avanzado más hacia el sur que cualquier otro navegante anterior y nos asombró no encontrar los habituales impedimentos de hielo. Mientras tanto, cada instante amenazaba con ser el último de nuestras vidas... olas enormes, como montañas se precipitaban para abatirnos. El oleaje sobrepasaba todo lo que yo hubiera imaginado, y fue un milagro que no zozobráramos instantáneamente. Mi acompañante hablaba de la liviandad de nuestro cargamento y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro barco; pero yo no podía menos que sentir la absoluta inutilidad de la esperanza misma, y me preparaba melancólicamente para una muerte que, en mi opinión nada podía demorar ya más de una hora, porque con cada nudo que el barco recorría, el mar negro y tenebroso adquiría más violencia. Por momentos jadeábamos para respirar, elevados a una altura superior a la del albatros... y otras veces nos mareaba la velocidad de nuestro descenso a un infierno acuoso donde el aire se estancaba y ningún sonido turbaba el sopor del "kraken".

Nos encontrábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un repentino grito de mi compañero resonó horriblemente en la noche. "¡Mire, mire!" exclamó, chillando junto a mi oído, "¡Dios Todopoderoso! ¡Mire! ¡Mire!". Mientras hablaba percibí el resplandor de una luz mortecina y rojiza que recorría los costados del inmenso abismo en que nos encontrábamos, arrojando cierto brillo sobre nuestra cubierta. Al levantar la mirada, contemplé un espectáculo que me heló la sangre. A una altura tremenda, directamente encima de nosotros y al borde mismo del precipicio líquido, flotaba un gigantesco navío, de quizás cuatro mil toneladas. Pese a estar en la cresta de una ola que lo sobrepasaba más de cien veces en altura, su tamaño excedía el de cualquier barco de línea o de la compañía de Islas Orientales. Su enorme casco era de un negro profundo y sucio y no lo adornaban los acostumbrados mascarones de los navíos. Una sola hilera de cañones de bronce asomaba por las portañas abiertas, y sus relucientes superficies reflejaban las luces de innumerables linternas de combate que se balanceaban de un lado al otro en las jarcias. Pero lo que más asombro y estupefacción nos provocó fue que en medio de ese mar sobrenatural y de ese huracán ingobernable, navegara con todas las velas desplegadas. Al verlo por primera vez sólo distinguimos su proa y poco a poco fue alzándose sobre el sombrío y horrible torbellino. Durante un momento de intenso terror se detuvo sobre el vertiginoso pináculo, como si contemplara su propia sublimidad después se estremeció, vaciló y... se precipitó sobre nosotros.

En ese instante, no sé qué repentino dominio de mí mismo surgió de mi espíritu. A los tropezones, retrocedí todo lo que pude hacia popa y allí esperé sin temor la catástrofe. Nuestro propio barco había abandonado por fin la lucha y se hundía de proa en el mar. En consecuencia, recibió el impacto de la masa descendente en la parte ya sumergida de su estructura y el resultado inevitable fue que me vi lanzado con violencia irresistible contra los obenques del barco desconocido.

En el momento en que caí, la nave viró y se escoró, y supuse que la consiguiente confusión había impedido que la tripulación reparara en mi presencia. Me dirigí sin dificultad y sin ser visto hasta la escotilla principal, que se encontraba parcialmente abierta, y pronto encontré la oportunidad de ocultarme en la bodega. No podría explicar por qué lo hice. Tal vez el principal motivo haya sido la indefinible sensación de temor que, desde el primer instante, me provocaron los tripulantes de ese navío. No estaba dispuesto a confiarne a personas que, a primera vista me producían una vaga extrañeza, duda y aprensión. Por lo tanto consideré conveniente encontrar un escondite en la bodega. Lo logré moviendo una pequeña porción de la armazón, y así me aseguré un refugio conveniente entre las enormes cuadernas del buque.

Apenas había completado mi trabajo cuando el sonido de pasos en la bodega me obligó a hacer uso de él. Junto a mí escondite pasó un hombre que avanzaba con pasos débiles y andar inseguro. No alcancé a verle el rostro, pero tuve oportunidad de observar su apariencia general. Todo en él denotaba poca firmeza y una avanzada edad. Bajo el peso de los años le temblaban las rodillas, y su cuerpo parecía agobiado por una gran carga. Murmuraba en voz baja, como hablando consigo mismo, pronunciaba palabras entrecortadas en un idioma que yo no comprendía y empezó a tantear una pila de instrumentos de aspecto singular y de viejas cartas de navegación que había en un rincón. Su actitud era una extraña mezcla de la terquedad de la segunda infancia y la solemne dignidad de un Dios. Por fin subió nuevamente a cubierta y no lo volví a ver.

* * *

Un sentimiento que no puedo definir se ha posesionado de mi alma; es una sensación que no admite análisis, frente a la cual las experiencias de épocas pasadas resultan inadecuadas y cuya clave, me temo, no me será ofrecida por el futuro. Para una mente como la mía, esta última consideración es una tortura. Sé que nunca, nunca, me daré por satisfecho con respecto a la naturaleza de mis conceptos. Y sin embargo no debe asombrarme que esos conceptos sean indefinidos, puesto que tienen su origen en fuentes totalmente nuevas. Un nuevo sentido... una nueva entidad se incorpora a mi alma.

* * *

Hace ya mucho tiempo que recorrió la cubierta de este barco terrible, y creo que los rayos de mi destino se están concentrando en un foco. ¡Qué hombres incomprensibles! Envueltos en meditaciones cuya especie no alcanzo a adivinar, pasan a mi lado sin percibir mi presencia. Ocultarme sería una locura, porque esta gente no quiere ver. Hace pocos minutos pasé directamente frente a los ojos del segundo oficial; no hace mucho que me aventuré a entrar a la cabina privada del capitán, donde tomé los elementos con

que ahora escribo y he escrito lo anterior. De vez en cuando continuaré escribiendo este diario. Es posible que no pueda encontrar la oportunidad de darlo a conocer al mundo, pero trataré de lograrlo. A último momento, introduciré el mensaje en una botella y la arrojaré al mar.

* * *

Ha ocurrido un incidente que me proporciona nuevos motivos de meditación. ¿Ocurren estas cosas por fuerza de un azar sin gobierno? Me había aventurado a cubierta donde estaba tendido, sin llamar la atención, entre una pila de flechaduras y viejas velas, en el fondo de una balandra. Mientras meditaba en lo singular de mi destino, inadvertidamente tomé un pincel mojado en brea y pinté los bordes de una vela arrastradera cuidadosamente doblada sobre un barril, a mi lado. La vela ha sido izada y las marcas irreflexivas que hice con el pincel se despliegan formando la palabra DESCUBRIMIENTO.

* * *

Últimamente he hecho muchas observaciones sobre la estructura del navío. Aunque bien armado, no creo que sea un barco de guerra. Sus jarcias, construcción y equipo en general, contradicen una suposición semejante. Alcanzo a percibir con facilidad lo que el navío no es, pero me temo no poder afirmar lo que es. Ignoro por qué, pero al observar su extraño modelo y la forma singular de sus mástiles, su enorme tamaño y su excesivo velamen, su proa severamente sencilla y su popa anticuada, de repente cruza por mi mente una sensación de cosas familiares y con esas sombras imprecisas del recuerdo siempre se mezcla la memoria de viejas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

* * *

He estado estudiando el maderamen de la nave. Ha sido construida con un material que me resulta desconocido. Las características peculiares de la madera me dan la impresión de que no es apropiada para el propósito al que se la aplicara. Me refiero a su extrema porosidad, independientemente considerada de los daños ocasionados por los gusanos, que son una consecuencia de navegar por estos mares, y de la podredumbre provocada por los años. Tal vez la mía parezca una observación excesivamente insólita, pero esta madera posee todas las características del roble español, en el caso de que el roble español fuera dilatado por medios artificiales.

Al leer la frase anterior, viene a mi memoria el apotegma que un viejo lobo de mar holandés repetía siempre que alguien ponía en duda su veracidad. «Tan seguro es, como

que hay un mar donde el barco mismo crece en tamaño, como el cuerpo viviente del marino."

* * *

Hace una hora tuve la osadía de mezclarme con un grupo de tripulantes. No me prestaron la menor atención y, aunque estaba parado en medio de todos ellos, parecían absolutamente ignorantes de mi presencia. Lo mismo que el primero que vi en la bodega, todos daban señales de tener una edad avanzada. Les temblaban las rodillas achacosas; la decrepitud les inclinaba los hombros; el viento estremecía sus pieles arrugadas; sus voces eran bajas, trémulas y quebradas; en sus ojos brillaba el lagrimeo de la vejez y la tempestad agitaba terriblemente sus cabellos grises. Alrededor de ellos, por toda la cubierta, yacían desparramados instrumentos matemáticos de la más pintoresca y antiguada construcción.

* * *

Hace un tiempo mencioné que había sido izada un ala del trinquete. Desde entonces, desbocado por el viento, el barco ha continuado su aterradora carrera hacia el sur, con todas las velas desplegadas desde la punta de los mástiles hasta los botalones inferiores, hundiendo a cada instante sus penoles en el más espantoso infierno de agua que pueda concebir la mente de un hombre. Acabo de abandonar la cubierta, donde me resulta imposible mantenerme en pie, pese a que la tripulación parece experimentar pocos inconvenientes. Se me antoja un milagro de milagros que nuestra enorme masa no sea definitivamente devorada por el mar. Sin duda estamos condenados a flotar indefinidamente al borde de la eternidad sin precipitamos por fin en el abismo. Remontamos olas mil veces más gigantescas que las que he visto en mi vida, por las que nos deslizamos con la facilidad de una gaviota; y las aguas colosales alzan su cabeza por sobre nosotros como demonios de las profundidades, pero como demonios limitados a la simple amenaza y a quienes les está prohibido destruir. Todo me lleva a atribuir esta continua huida del desastre a la única causa natural que puede producir ese efecto. Debo suponer que el barco navega dentro de la influencia de una corriente poderosa, o de un impetuoso mar de fondo.

* * *

He visto al capitán cara a cara, en su propia cabina, pero, tal como esperaba, no me prestó la menor atención. Aunque para un observador casual no haya en su apariencia nada que puede diferenciarlo, en más o en menos, de un hombre común, al asombro con que lo contemplé se mezcló un sentimiento de incontenible reverencia y de respeto.

Tiene aproximadamente mi estatura, es decir cinco pies y ocho pulgadas. Su cuerpo es sólido y bien proporcionado, ni robusto ni particularmente notable en ningún sentido. Pero es la singularidad de la expresión que reina en su rostro... es la intensa, la maravillosa, la emocionada evidencia de una vejez tan absoluta, tan extrema, lo que excita en mi espíritu una sensación... un sentimiento inefable. Su frente, aunque poco arrugada, parece soportar el sello de una miríada de años. Sus cabellos grises son una historia del pasado, y sus ojos, aún más grises, son sibilas del futuro. El piso de la cabina estaba cubierto de extraños pliegos de papel unidos entre sí por broches de hierro, y de arruinados instrumentos científicos y obsoletas cartas de navegación en desuso. Con la cabeza apoyada en las manos, el capitán contemplaba con mirada inquieta un papel que supuse sería una concesión y que, en todo caso, llevaba la firma de un monarca. Murmuraba para sí, igual que el primer tripulante a quien vi en la bodega, sílabas obstinadas de un idioma extranjero, y aunque se encontraba muy cerca de mí, su voz parecía llegar a mis oídos desde una milla de distancia.

* * *

El barco y todo su contenido está impregnado por el espíritu de la Vejez. Los tripulantes se deslizan de aquí para allá como fantasmas de siglos ya enterrados; sus miradas reflejan inquietud y ansiedad, y cuando el extraño resplandor de las linternas de combate ilumina sus dedos, siento lo que no he sentido nunca, pese a haber comerciado la vida entera en antigüedades y absorbido las sombras de columnas caídas en Baalbek, en Tadmor y en Persépolis, hasta que mi propia alma se convirtió en una ruina.

* * *

Al mirar a mi alrededor, me avergüenzan mis anteriores aprensiones. Si temblé ante la ráfaga que nos ha perseguido hasta ahora, ¿cómo no horrorizarme ante un asalto de viento y mar para definir los cuales las palabras tomado y simún resultan triviales e ineficaces? En la vecindad inmediata del navío reina la negrura de la noche eterna y un caos de agua sin espuma; pero aproximadamente a una legua a cada lado de nosotros alcanzan a verse, oscuramente y a intervalos, imponentes murallas de hielo que se alzan hacia el cielo desolado y que parecen las paredes del universo.

* * *

Como imaginaba, el barco sin duda está en una corriente; si así se puede llamar con propiedad a una marea que aullando y chillando entre las blancas paredes de hielo se precipita hacia el sur con la velocidad con que cae una catarata.

* * *

Presumo que es absolutamente imposible concebir el horror de mis sensaciones; sin embargo la curiosidad por penetrar en los misterios de estas regiones horribles predomina sobre mi desesperación y me reconciliará con la más odiosa apariencia de la muerte. Es evidente que nos precipitamos hacia algún conocimiento apasionante, un secreto imposible de compartir, cuyo descubrimiento lleva en sí la destrucción. Tal vez esta corriente nos conduzca hacia el mismo polo sur. Debo confesar que una suposición en apariencia tan extravagante tiene todas las probabilidades a su favor.

* * *

La tripulación recorre la cubierta con pasos inquietos y trémulos; pero en sus semblantes la ansiedad de la esperanza supera a la apatía de la desesperación.

Mientras tanto, seguimos navegando con viento de popa y como llevamos todas las velas desplegadas, por momentos el barco se eleva por sobre el mar. ¡Oh, horror de horrores! De repente el hielo se abre a derecha e izquierda y giramos vertiginosamente en inmensos círculos concéntricos, rodeando una y otra vez los bordes de un gigantesco anfiteatro, el ápice de cuyas paredes se pierde en la oscuridad y la distancia. ¡Pero me queda poco tiempo para meditar en mi destino! Los círculos se estrechan con rapidez... nos precipitamos furiosamente en la vorágine... y entre el rugir, el aullar y el atronar del océano y de la tempestad el barco trepida... ¡Oh, Dios!... ¡y se hunde ... !

El Manuscrito hallado en una botella fue publicado por primera vez en 1831. Muchos años más tarde tuve ocasión de ver los mapas de Mercator, en los cuales se ve al océano precipitarse en el abismo norte del polo, siendo absorbido por las entrañas de la tierra; Incluso el polo está representado por una roca negra elevándose a prodigiosa altura. E. A. P.

La cita

The assignation, 1834

Venecia

*¡Espérame allá! Yo iré a encontrarte
En el profundo valle.*

(HENRY KING, obispo de Chichester,
Funerales en la muerte de su esposa).

¡Hombre infeliz y misterioso, deslumbrado por el brillo de tu propia imaginación y ardiendo en las llamas de tu propia juventud! ¡De nuevo te contemplo con la imaginación! ¡Una vez más tu figura se alza ante mí! No; no como tú eres en el frío valle de la sombra, sino como deberías ser, disfrutando de una vida de magnífica meditación en aquella ciudad de oscuras visiones, tú, Venecia, Elíseo amado de las estrellas, allí donde los amplios ventanales de los palacios paladianos descubren en profundas y amargas miradas los secretos de sus silenciosas aguas. ¡Sí! lo repito como tú deberías ser. Existen seguramente otros mundos distintos de éste; otros pensamientos que los pensamientos de la multitud y otras especulaciones que las especulaciones de los sofistas. ¿Quién, entonces, podría poner obstáculo a tu conducta? ¿Quién podrá censurarte por tus horas visionarias o denunciar aquellas ocupaciones tuyas como una pérdida inútil de tiempo, que no eran sino desbordamientos de tu inagotable energía?

Fue en Venecia, bajo el arco cubierto del Ponte di Sospiri, donde me encontré por tercera o cuarta vez con la persona de quien hablo. Sólo muy confusamente recuerdo las circunstancias de aquel encuentro. Sin embargo, recuerdo (¡ah! ¿cómo podría olvidarlo?) la profunda medianoche, el Puente de los Suspiros, la belleza femenina y el romántico ensueño que parecía cernirse sobre el estrecho canal.

Era una noche de insólita oscuridad. En el gran reloj de la Piazza habían dado las cinco de la madrugada italiana. La plaza del Campanile estaba silenciosa y desierta y las luces del viejo Palacio Ducal iban desvaneciéndose rápidamente. Regresaba a mi casa desde la Piazetta, por el gran canal. Pero cuando mi góndola llegó a la desembocadura del canal de San Marcos, una voz femenina estalló de pronto en el profundo silencio de la noche con un grito salvaje, histérico y prolongado. Sobresaltado por aquel sonido, me puse de pie, mientras el gondolero dejaba su único remo, que se perdió en las aguas oscuras sin posibilidad alguna de recuperarlo, quedando, por tanto, abandonados al curso de la corriente que va desde el canal más grande al pequeño. Como un enorme cóndor de plumas negras, nuestra embarcación iba derivando hacia el Puente de los

Suspiros, cuando un millar de antorchas que flameaban en las ventanas y descendían la escalinata del Palacio Ducal, convirtieron de pronto toda aquella profunda oscuridad en un día lívido y sobrenatural.

Un niño, deslizándose de los brazos de su propia madre, había caído desde una ventana superior de la alta estructura al fondo del oscuro y profundo canal. Las tranquilas aguas se habían cerrado plácidamente sobre su víctima; y aunque mi góndola era la única embarcación a la vista, muchos decididos nadadores se habían lanzado a la corriente y buscaban en vano sobre la superficie el tesoro que sólo podía encontrarse, ¡ay!, sólo podía encontrarse en el abismo. Sobre el ancho rellano de losas negras a la entrada del palacio y unos cuantos escalones por encima del agua, se alzaba una figura que nadie de los que entonces la vieron han podido olvidar jamás. Era la marquesa Afrodita, la adoración de toda Venecia —la más bella de las bellas, la más hermosa allí donde todas son bellas—; pero, sin embargo, joven esposa de un viejo e intrigante Mentoni y madre de aquella bella criatura, su primer y único hijo, que ahora en las profundidades del agua cenagosa estaría pensando con el corazón angustiado en las dulces caricias de ella y agotando su pequeña existencia en esfuerzos desesperados para pronunciar su nombre.

Ella estaba sola. Sus pies pequeños y plateados centelleaban en el negro espejo de mármol que tenían debajo. Su cabello, medio suelto del peinado de baile, se enroscaba entre una profusión de diamantes, rodeando su cabeza clásica, en bucles como los de la joven Jacinta. Una túnica de gasa, de una blancura nívea, parecía ser lo único que cubría su delicado cuerpo; pero el aire veraniego y de la medianoche era cálido, pesado y tranquilo, y ningún movimiento en la estatuaría forma agitaba ni siquiera los pliegues de aquella túnica tenue, que caía sobre ella como el pesado ropaje marmóreo cae sobre Niobe. Sin embargo —parece extraño decirlo—, sus ojos grandes y brillantes no se volvieron hacia aquella tumba donde su más brillante esperanza yacía enterrada, sino que estaban fijos en una dirección completamente distinta.

La prisión de la vieja república es, coco yo, el edificio más importante de toda Venecia; pero ¿cómo podía aquella mujer mirarlo tan fijamente entonces, cuando debajo yacía enterrado su único hijo? Allá en la oscuridad, también en aquel oscuro nicho que está precisamente frente a su ventana, ¿qué podía haber, pues, en sus sombras, en sus cornisas solemnes, que la marquesa de Mentoni no hubiera podido admirar un millar de veces antes? ¡Tonterías! ¿Quien no recuerda que en Ocasiones como aquélla, el ojo, como un espejo roto, multiplica la imagen del dolor y ve en innumerables sitios distantes lo que está al alcance de la mano?

Algunos escalones por encima de la marquesa, y bajo el arco de la puerta del desembarcadero, se hallaba de pie, completamente vestida, la figura, semejante a la de un sátiro, del mismo Mentoni. Estaba ocasionalmente ocupado en rasguear una guitarra y parecía algo molesto con la misma muerte, y a intervalos daba órdenes para recuperar a su hijo. Estupefacto y espantado, no era capaz de moverme de la postura que había

adoptado al oír el grito, y debía de presentar a los ojos del agitado grupo un aspecto de aparecido cuando, con el semblante pálido y los miembros rígidos, flotaba ante ellas en aquella fúnebre góndola.

Todos los esfuerzos resultaron inútiles. Muchos de los que se habían mostrado más enérgicos en la busca acabaron cediendo a sus esfuerzos y desistieron ante un sombrío desaliento. Las esperanzas de salvar al niño eran muy débiles. ¿Cuánto menos serían las de la madre? Pero de pronto, de aquel oscuro sitio del que he hablado antes y que formaba parte de la prisión de la vieja república frente a la ventana de la marquesa, una figura embozada en una capa surgió a los rayos de luz proyectados por las antorchas, y deteniéndose un momento sobre el borde del muro, se arrojó de cabeza al canal. Cuando un instante después reapareció con el niño en sus brazos, todavía vivo y respirando, sobre el enlosado de mármol junto a la marquesa, su capa, con el peso del agua que la empapaba, se desprendió, cayendo en pliegues a sus pies, y los espectadores, maravillosamente sorprendidos, descubrieron la graciosa persona de un hombre joven, cuyo nombre tenía gran resonancia en Europa.

El salvador no dijo una palabra. Pero ¿y la marquesa? ... ¿Cogerá al niño? ¿Lo estrechará contra su corazón? ¿Lo cubrirá de caricias? Pero, ¡ay! los brazos de otro son los que han tomado al niño del extranjero —los brazos de otro se lo han llevado dentro del palacio. ¿Y la marquesa, repetimos? . . . Sus labios, sus hermosos labios, tiemblan. Las lágrimas afluyen a sus ojos, aquellos ojos que como el canto de Plinio son "suaves y casi líquidos". Sí, las lágrimas invaden sus ojos. Toda la mujer se estremece desde lo más hondo de su ser y la estatua vuelve a la vida. La palidez de su semblante, la turgencia de su pecho níveo, la misma pureza de sus pies de mármol, los vemos cubrirse de pronto de un incontrolable carmín y un delicado estremecimiento sacude su delicado cuerpo como el suave viento de Nápoles agita los plateados lirios entre la hierba.

¿Por qué se sonró de aquel modo la dama? Para esta pregunta no existe respuesta, a no ser que su corazón maternal se haya olvidado de poner en sus menudos pies unas chinelas y sobre sus hombros venecianos un ropaje mas conveniente. ¿Qué otra razón posible podría haber sido la causa de su sonrojo? ¿A qué, sino a esto, podría deberse la mirada de aquellos ojos que parecían suplicar apurados? ¿Cuál, en otro caso, sería el origen del desacostumbrado palpitar de su pecho o la convulsiva agitación de su mano, de aquella mano que de modo accidental quedó en la del extranjero mientras Mentoni volvía a entrar en el palacio? ¿Qué razón podía tener el tono apagado, singularmente quedo, de su voz, cuando susurró estas palabras sin sentido, que la dama pronunció apresuradamente al despedirse?

—"Me has vencido dijo ella, si es que el murmullo del agua no me engaño—; tú has vencido. Una hora después del amanecer nos encontraremos. ¡Que así sea!

El tumulto había cesado; se habían apagado las luces en el interior del palacio y el extranjero, a quien entonces reconocí, permanecía solo sobre las losas. Se estremeció con una incontenible agitación y sus ojos miraron en torno del canal, buscando una góndola.

Yo no podía menos de ofrecerle el servicio de la mía y él aceptó con cortesía. Después de conseguir un nuevo remo en el desembarcadero, seguimos por el canal hasta su residencia, mientras él rápidamente recobraba el dominio de sí mismo y hablaba de nuestro ligero encuentro anterior, aparentemente en términos de gran cordialidad.

Existen algunos temas sobre los que me complazco en ser minucioso. La persona del extranjero (y permítaseme nombrar con este título a quien para todo el mundo era todavía un extranjero); la persona del extranjero era uno de estos temas. En estatura, podía haber sido considerado más bien por debajo de la estatura media, aunque en los momentos de intensa pasión su figura realmente crecía, y puede darse crédito a esta afirmación. La ligera y casi delgada simetría de su persona prometía más aquella decidida actividad que había demostrado en el Puente de los Suspiros que esa otra fuerza hercúlea de la que se sabe había hecho gala sin esfuerzo alguno en otra ocasión de más peligrosa necesidad. Su boca y su barbilla eran las de una deidad; sus ojos, extraños, grandes y fluidos; sus tonos variaban desde el más brillante castaño al más intenso azabache. Su cabello era negro y rizado, y su frente, de una anchura inusitada, brillaba en ocasiones con el brillo intenso del marfil. El conjunto de sus facciones tenía una regularidad clásica jamás igualada, excepto en el caso del emperador Cómodo. Con todo, su semblante era uno de esos que todos los hombres vemos en algún momento de nuestras vidas y que no volvemos a ver jamás. No tenía ninguna peculiaridad es decir, no tenía ninguna expresión predominante para que quedara fija en la memoria; una expresión, vista y olvidada en un instante, pero olvidada con un vago e incesante deseo de recordarla de nuevo. No es que el espíritu de cada pasión fugaz dejara en cualquier ocasión su clara imagen sobre el espejo de aquella cara, sino que aquel espejo, como los espejos auténticos no retenía vestigio de la pasión cuando ésta se había desvanecido.

Al dejarle la noche de nuestra aventura el me pidió, de un modo que me pareció apremiante, que fuera a visitarle muy temprano a la mañana siguiente. Poco después del amanecer, me encontré, como habíamos convenido, en su Palazzo una de esos enormes edificios de una sombría y, con todo fantástica pompa, que se alzaba sobre las aguas del Gran Canal, en las cercanías del Rialto. Fui conducido, subiendo una ancha y curva escalera de mosaico a una estancia cuyo resplandor sin igual me sorprendió al abrir la puerta con un verdadero resplandor dejándome ciego y aturrido ante su lujo.

Sabía que mi amigo era rico. Se había hablado de sus posesiones en términos que yo me había aventurado a llamar ridículamente exagerados. Pero cuando miraba a mi alrededor veía que la riqueza de cualquier persona en Europa no podía haber suministrado los medios para la principesca magnificencia que lucía y resplandecía por doquier.

Aunque, como he dicho, había amanecido, la habitación todavía continuaba brillantemente iluminada. De esta circunstancia, como del aire de agotamiento de mi amigo, deduje que éste no se había acostado en toda la noche. En la arquitectura y decoración de la cámara se advertía un propósito evidente de asombrar y admirar. Se

había prestado atención a eso que en decoración se llama conservación o armonía de las normas nacionales. El ojo vagaba de un lugar a otro, sin detenerse en ninguno; ni en las grotescas pinturas griegas, ni en las esculturas de los mejores tiempos italianos, ni en las enormes tallas del arte más primitivo de los egipcios. Ricos tapices, por todas partes temblaban por la vibración de una música tenue y melancólica, cuyo origen no se podía descubrir. Los sentidos se saturaban de perfumes mezclados y contradictorios que se exhalaban de incensarios extrañamente labrados, junto con multitud de llamas y lenguas de fuego color esmeralda y violeta. Los rayos del recién salido sol se reflejaban en el conjunto a través de las ventanas, que sólo tenían una sola lámina de vidrio color carmesí. Brillando aquí y allá, con múltiples irisaciones, y entre cortinas que caían en pliegues desde las cornisas como cataratas de plata fundida, los rayos de gloria natural, mezclados al fin caprichosamente con la luz artificial, se esparcían confusamente en suaves tonalidades sobre una alfombra de rico oro de Chile de aspecto líquido.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!...—rió el propietario cuando entré en la habitación, indicándome que me sentara y haciéndolo él mismo cuan largo era sobre una otomana —. Veo —dijo, dándose cuenta de que yo no podía encajar del todo la holgura de tan singular acogida—; veo que usted está sorprendido de mi estancia, de mis estatuas, de mis cuadros, de la originalidad de conceptos en lo que se refiere a arquitectura y tapices. Completamente borracho por mi magnificencia, ¿eh? Pero perdóneme, mi querido señor (aquí su tono se hizo más cordial), perdóneme por mis risas poco caritativas. ¡Parecía usted tan asombrado! Además, hay cosas tan cómicas, que una persona no tiene más remedio que reír o morirse. Morir riendo debe de ser la muerte más gloriosa de todas. Sir Thomas More, un hombre muy educado, como usted recordará, murió riendo. También en las *Absurdities*, de la *Ravisius Textor*, hay una larga lista de personas que tuvieron el mismo magnífico final. Sabe usted —continuó pensativamente— que en Esparta, al oeste de la ciudadela, entre un caos de ruinas apenas visibles, existe una especie de zócalo sobre el cual todavía son visibles las letras:

A A E M

Indudablemente, forman parte de la palabra completa:

LEAAEMA

Ahora bien, en Esparta había un millar de templos y capillas dedicados a un millar de divinidades diferentes. ¡Qué extraño resulta que el altar de la Risa sea el que ha sobrevivido a todos los demás! Pero en el presente ejemplo prosiguió con una singular alteración de voz y expresión yo no tengo derecho a reírme a su costa. Es muy natural que usted se haya asombrado. Europa no puede producir algo tan hermoso como esto: mi pequeño salón real. Las demás habitaciones no son de ningún modo semejantes a

éstas, sino simples ejemplos de la insípida moda. Ésta es mejor que la moda, ¿verdad'? Sin embargo, si llegara a conocerse, es seguro que despertaría una rabiosa envidia en muchos, que para conseguirlo no tendrían inconveniente en desprenderse de su patrimonio. Por eso lo he guardado contra el riesgo de una profanación. Con una única excepción; usted es el único ser humano, además de mi criado y yo mismo, que ha sido admitido en los misterios de estos recintos imperiales, desde que han sido adornados como usted puede ver.

Me incliné en señal de reconocimiento, pues la abrumadora sensación de esplendor, de perfume y música, junto con la inesperada excentricidad de su lenguaje y maneras, me previno de expresar en palabras el reconocimiento de lo que podía considerarse como un cumplido.

—Aquí —prosiguió levantándose y a apoyándose en mi brazo para recorrer la habitación— hay pinturas que van desde los griegos a Cimbane, y desde Cimbane hasta nuestros días. Muchos han sido seleccionados como usted ve, sin tener mucho en cuenta las opiniones de la virtud. Son todos, sin embargo, una tapicería adecuada para una cámara como ésta. Hay también algunas obras maestras de grandes desconocidos y algunos bocetos sin acabar de artistas famosos en su día, cuyo nombre la perspicacia de las academias ha dejado para el silencio para mí... ¿Qué le parece —dijo, volviéndose bruscamente mientras hablaba— esta *Madonna della Pietá*?

—Es un Guido auténtico —exclamé con todo el entusiasmo propio de mi temperamento, pues ya había estado observando detenidamente su incomparable belleza—. Es un Guido auténtico! ¿Cómo ha podido conseguirlo? Sin ningún género de dudas, esto significa en pintura lo que la *Venus* en la escultura.

—¡Ah! —dijo él pensativamente. ¡La *Venus*! ¡La hermosa *Venus*? ¡La *Venus* de los Médicis? ¡La de la cabeza diminuta y el cabello dorado? Parte de su brazo izquierdo (y aquí su voz descendió tanto que le oía con dificultad) y todo el brazo derecho están restaurados, y la coquetería de este brazo derecho, es, creo yo, la quintaesencia de la afectación. ¡A mí deme usted a Canova! El Apolo también es una copia, de esto no cabe duda. Y puede que yo sea necio y ciego, pero no puedo ver por ninguna parte la jactanciosa inspiración del Apolo. No puedo remediarlo, compadézcarme, pero prefiero el Antinoo. ¿No fue Sócrates quien dijo que el escultor encuentra su estatua en el bloque de mármol? Entonces Miguel Ángel no fue muy original en su pareado:

"Non ha l'attimo artista alcun concetto

Che un marmo solo in se non circonscriva".

Se ha observado, o debería ser observado, que en las maneras del verdadero caballero encontramos una diferencia de las del hombre vulgar, sin ser capaces de precisar con exactitud en qué consiste tal diferencia. Pudiendo aplicarse esta observación al modo de ser de mi amigo, sentí que en aquella venturosa mañana podía aplicarse aún más fecundamente a su temperamento y carácter moral. No puedo definir

mejor aquella peculiaridad de espíritu que parecía colocarle tan esencialmente aparte de todos los demás seres humanos sino denominándolo un hábito de pensamientos intensos y continuos que prevalecía aun en sus acciones más insignificantes — entrometiéndose en sus momentos de alegría e interviniendo en sus relámpagos de la misma como las serpientes que brotan de los ojos de las máscaras sonrientes que rodean los templos de Persépolis.

No pude, sin embargo, menos de observar repetidamente, a través del tono medio de ligereza y solemnidad en el que en seguida se refería a asuntos de poca importancia, cierto aire trepidante, un poco de fervor nervioso en sus actos y en sus palabras, una inquieta excitabilidad en sus maneras, que me pareció a veces incomprendible y en algunas ocasiones me llenó de alarma. Además, frecuentemente solía detenerse en medio de una frase cuyo comienzo había olvidado aparentemente y parecía escuchar con la más profunda atención como si esperara de un momento a otro la llegada de un visitante u oyera ruidos que sólo debían haber existido en su imaginación.

Fue durante una de aquellas ausencias o pausas de aparente abstracción, al volver yo una página de la bella tragedia Orfeo, del poeta y erudito político Politian (la primera tragedia italiana pura), cuyo libro reposaba junto a mí en una otomana, cuando encontré un pasaje subrayado con lápiz. Era un pasaje hacia el final del tercer acto: un pasaje de la mayor exaltación personal un pasaje que aunque manchado de impureza, no puede leer ningún hombre sin un estremecimiento y ninguna mujer sin lanzar un suspiro. Toda la página estaba salpicada de lágrimas recientes, y entremedias había una hoja intercalada con los siguientes versos ingleses, escritos con una letra tan distinta a la peculiar de mi amigo, que tuve alguna dificultad en reconocerla como suya.

*Tú fuiste para mí, oh amor,
todo lo que mi espíritu anhelaba,
isla verde en el mar, fuente y santuario,
con guirnaldas de frutas y de flores,
oh amor, que fueron mías.*

*¡Ah hermoso sueño, por hermoso efímero!
¡Ab estrellada Esperanza que surgiste
para pronto morir! Una voz del futuro me reclama:
— ¡Adelante! ¡Adelante! —. Mas se cierne
sobre el pasado (¡negro abismo!) mi alma
medrosa, inmóvil, muda.*

*¡Ay, ya no está conmigo
la luz de mi existencia!
«Ya nunca... nunca... nunca»
(así murmura el mar solemne
a las arenas de la playa),
ya nunca el árbol roto dará flores
ni el águila muriente alzará su vuelo.*

*Hoy mis días son vanos
y mis nocturnos sueños
andan allá donde tus ojos grises
miran, donde pisan tus plantas,
joh, en qué danzas etéreas, a la orilla
de itálicos arroyos!*

*¡Ay, en qué aciago día
por el mar te llevaron
robándote al amor, para entregarte
a caducos blasones mancillados!
¡Robándote a mi amor, a nuestra tierra
donde lloran los sauces en la niebla!*

Que aquellos versos estuvieran escritos en inglés, lengua que no creía yo que conociera mi amigo, me produjo una gran sorpresa. Sabía perfectamente la extensión de sus conocimientos y del singular placer que él tomaba en ocultarlos de la observación, para que me asombrara ante cualquier descubrimiento similar, pero el sitio donde estaban fechados me produjo, tengo que confesarlo un poco de asombro. Había sido escrito originariamente Londres y después cuidadosamente borrado, aunque no lo suficiente como para que pudiera ocultarse a una mirada observadora. Repito que este nombre me produjo no poco asombro, pues recordaba muy bien que en una conversación anterior con mi amigo le había preguntado en particular si se había

encontrado alguna vez en Londres con la marquesa de Mentoni, la cual había residido unos años de su matrimonio en aquella ciudad, y que su respuesta, si no me equivoco, me dio a entender que él nunca había visitado la capital de la Gran Bretaña. Puedo mencionar también que en más de una ocasión había llegado a mis oídos que (sin prestar desde luego crédito a una noticia que parecía tan poco verosímil) la persona de quien hablo era inglés no sólo por nacimiento, sino también por educación.

—Hay un cuadro —dijo él sin darse cuenta de que yo había advertido la tragedia —, hay un cuadro que usted no ha visto.

Y descorriendo un tapiz, dejó al descubierto un retrato de cuerpo entero de la marquesa Afrodita.

El arte humano no podía haber llegado a más en la pintura de su belleza sobrehumana. La misma figura etérea que había yo visto de pie la noche anterior en las escaleras del Palacio Ducal, se encontraba ante mí una vez más. Pero en la expresión de aquel rostro, que brillaba de sonrisa por todas partes, se escondía (incomprensible anomalía) ese tinte incierto de melancolía que siempre será inseparable de la perfección de la belleza. Su brazo derecho se doblaba sobre su pecho y con el izquierdo señalaba a un vaso curiosamente adornado. Sólo uno de sus pies de hada era visible; tocando apenas la tierra, y apenas discernible en la brillante atmósfera que parecía rodear y enmarcar su belleza, flotaban un par de alas delicadamente imaginadas. Mi mirada se posó en la pintura de la figura de mi amigo y temblaron instintivamente en mis labios las vigorosas palabras del Bussy d'Ambois de Champan:

Está erguido

Como una estatua romana. ¡Y así permanecerá

Hasta que la muerte lo haya vuelto mármol!

¡Vamos! dijo él finalmente, volviéndose hacia una mesa de plata maciza ricamente labrada, sobre la que se veían unas cuantas copas de cristal fantásticamente talladas, junto con dos grandes vasos decorados con el mismo y extraordinario modelo que el del fondo del retrato y llenos de lo que suponía ser vino de Johannisberger—. ¡Vamos! —dijo él bruscamente—. ¡Bebamos! Es muy pronto, pero bebamos. En realidad es muy temprano —continuó pensativo, al tiempo que un querubín daba la hora con un pesado martillo de oro y hacía resonar en la estancia la hora primera después de amanecer—. Es muy temprano. ¡Bebamos! Bebamos en homenaje a ese espléndido sol que estas brillantes lámparas y estos incensarios pretenden nominar!

Y luego de brindar conmigo, se bebió rápida y sucesivamente varias copas de vino.

—Soñar continuó, volviendo a adoptar el tono de su conversación inconexa, mientras levantaba uno de los magníficos vasos a la luz de un incensario soñar ha sido el objetivo de mi vida y para eso he hecho construir este retiro : para soñar. ¿Podía haber levantado uno mejor en el corazón de Venecia? Mire usted a su alrededor: es verdad que

parece una mezcolanza de ornamentos arquitectónicos. La castidad jónica se ve ofendida por los designios antediluvianos, y las esfinges de Egipto se tienden sobre tapices de oro. Pero el aspecto que esto ofrece sólo puede resultar incongruente para los apocados. La unidad de lugar, y especialmente la de tiempo, son los espantajos que aterrorizan a los hombres en la contemplación de la magnificencia. En un tiempo yo mismo fui un decorador: pero aquella sublimación de la tontería acabó por cansar mi alma. Todo esto que me rodea es lo adecuado para llenar mis propósitos. Como esos incensarios árabes, mi espíritu se retuerce en el fuego, y el carácter delirante de todo este escenario esta diseñado para las más extrañas visiones de esta tierra de auténticos suenos, hacia la cual yo estoy ahora rápidamente partiendo después, se detuvo de pronto, inclino la cabeza sobre su pecho y pareció escuchar un sonido que yo no podía oír. Al final se irguió, miró hacia arriba y recitó los versos del obispo de Chichester:

Espérame allá! Yo iré a encontrarte

En el profundo valle.

Un momento después, confesó el poder del vino, arrojándose todo lo largo que era sobre una otomana.

Entonces se oyeron pasos rápidos en la escalera, seguidos de un fuerte golpe en la puerta.

Me dirigí inmediatamente hacia allí para evitar una segunda repetición, cuando un paje de la casa de Mentoni se precipitó en la habitación y balbució con voz agotada por la emoción algunas incoherentes palabras.

¡Mi señora, mi señora! ¡Envenenada! ¡Envenenada! ¡Oh hermosa Afrodita!

Aturdido, volé hacia la otomana e intenté levantar al durmiente para darle la sorprendente noticia, pero sus miembros estaban rígidos, sus labios estaban lívidos sus ojos, hasta hacía unos momentos brillantes, parecían sellados por la muerte. Tambaleándome, retrocedí hasta la mesa; mi mano se deslizó sobre una copa rajada y ennegrecida, y la conciencia de la total y terrible verdad sobrecogió repentinamente mi alma.

Berenice

Berenice, 1835

*Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicae visitarem,
Curas meas aliquantulum fore levatas.*

EBN ZAIAT

La desdicha es muy variada. La desgracia cunde multiforme en la tierra. Desplegada por el ancho horizonte, como el arco iris, sus colores son tan variados como los de éste, a la vez tan distintos y tan íntimamente unidos. ¡Desplegada por el ancho horizonte como el arco iris! ¿Cómo es que de la belleza ha derivado un tipo de fealdad; de la alianza y la paz, un símil del dolor? Igual que en la ética el mal es consecuencia del bien, en realidad de la alegría nace la tristeza. O la memoria de la dicha pasada es la angustia de hoy, o las agonías que son se originan en los éxtasis que *pudieron haber sido*.

Mi nombre de pila es Egaeus; no diré mi apellido. Sin embargo, no hay en este país torres más venerables que las de mi sombría y lúgubre mansión. Nuestro linaje ha sido llamado raza de visionarios; y en muchos sorprendentes detalles, en el carácter de la mansión familiar, en los frescos del salón principal, en los tapices de las alcobas, en los relieves de algunos pilares de la sala de armas, pero sobre todo en la galería de cuadros antiguos, en el estilo de la biblioteca, y, por último, en la naturaleza muy peculiar de los libros, hay elementos suficientes para justificar esta creencia.

Los recuerdos de mis primeros años se relacionan con esta mansión y con sus libros, de los que ya no volveré a hablar. Allí murió mi madre. Allí nací yo. Pero es inútil decir que no había vivido antes, que el alma no conoce una existencia previa. ¿Lo negáis? No discutiremos este punto. Yo estoy convencido, pero no intento convencer. Sin embargo, hay un recuerdo de formas etéreas, de ojos espirituales y expresivos, de sonidos musicales y tristes, un recuerdo que no puedo marginar; una memoria como una sombra, vaga, variable, indefinida, vacilante; y como una sombra también por la imposibilidad de librarme de ella mientras brille la luz de mi razón.

En esa mansión nací yo. Al despertar de repente de la larga noche de lo que parecía, sin serlo, la no-existencia, a regiones de hadas, a un palacio de imaginación, a los extraños dominios del pensamiento y de la erudición monásticos, no es extraño que mirase a mi alrededor con ojos asombrados y ardientes, que malgastara mi niñez entre libros y disipara mi juventud en ensueños; pero sí es extraño que pasaran los años y el apogeo de la madurez me encontrara viviendo aun en la mansión de mis antepasados; es asombrosa la parálisis que cayó sobre las fuentes de mi vida, asombrosa la inversión completa en el carácter de mis pensamientos más comunes. Las realidades del mundo

terrestre me afectaron como visiones, sólo como visiones, mientras las extrañas ideas del mundo de los sueños, por el contrario, se tornaron no en materia de mi existencia cotidiana, sino realmente en mi cínica y total existencia.

Berenice y yo éramos primos y crecimos juntos en la mansión de nuestros antepasados. Pero crecimos de modo distinto: yo, enfermizo, envuelto en tristeza; ella, ágil, graciosa, llena de fuerza; suyos eran los paseos por la colina; míos, los estudios del claustro; yo, viviendo encerrado en mí mismo, entregado en cuerpo y alma a la intensa y penosa meditación; ella, vagando sin preocuparse de la vida, sin pensar en las sombras del camino ni en el silencioso vuelo de las horas de alas negras. ¡Berenice! Invoco su nombre... ¡Berenice! Y ante este sonido se commueven mil tumultuosos recuerdos de las grises ruinas. ¡Ah, acude vívida su imagen a mí, como en sus primeros días de alegría y de dicha! ¡Oh encantadora y fantástica belleza! ¡Oh sélfide entre los arbustos de Arnheim! ¡Oh náyade entre sus fuentes! Y entonces, entonces todo es misterio y terror, y una historia que no se debe contar. La enfermedad —una enfermedad mortal— cayó sobre ella como el simún, y, mientras yo la contemplaba, el espíritu del cambio la arrasó, penetrando en su mente, en sus costumbres y en su carácter, y de la forma más sutil y terrible llegó a alterar incluso su identidad. ¡Ay! La fuerza destructora iba y venía, y la víctima..., ¿dónde estaba? Yo no la conocía, o, al menos, ya no la reconocía como Berenice.

Entre la numerosa serie de enfermedades provocadas por aquella primera y fatal, que desencadenó una revolución tan horrible en el ser moral y físico de mi prima, hay que mencionar como la más angustiosa y obstinada una clase de epilepsia que con frecuencia terminaba en *catalepsia*, estado muy parecido a la extinción de la vida, del cual, en la mayoría de los casos, se despertaba de forma brusca y repentina. Mientras tanto, mi propia enfermedad —pues me han dicho que no debería darle otro nombre—, mi propia enfermedad, digo, crecía con extrema rapidez, asumiendo un carácter monomaníaco de una especie nueva y extraordinaria, que se hacía más fuerte cada hora que pasaba y, por fin, tuvo sobre mí un incomprendible ascendiente. Esta monomanía, si así tengo que llamarla, consistía en una morbosa irritabilidad de esas propiedades de la mente que la ciencia psicológica designa con la palabra *atención*. Es más que probable que no me explique; pero temo, en realidad, que no haya forma posible de trasmitir a la inteligencia del lector corriente una idea de esa nerviosa *intensidad de interés* con que en mi caso las facultades de meditación (por no hablar en términos técnicos) actuaban y se concentraban en la contemplación de los objetos más comunes del universo.

Reflexionar largas, infatigables horas con la atención fija en alguna nota trivial, en los márgenes de un libro o en su tipografía; estar absorto durante buena parte de un día de verano en una sombra extraña que caía oblicuamente sobre el tapiz o sobre la puerta; perderme toda una noche observando la tranquila llama de una lámpara o los resoldos del fuego; soñar días enteros con el perfume de una flor; repetir monótonamente una palabra común hasta que el sonido, gracias a la continua repetición, dejaba de suscitar

en mi mente alguna idea; perder todo sentido del movimiento o de la existencia física, mediante una absoluta y obstinada quietud del cuerpo, mucho tiempo mantenida: éstas eran algunas de las extravagancias más comunes y menos perniciosas provocadas por un estado de las facultades mentales, en realidad no único, pero capaz de desafiar cualquier tipo de análisis o explicación.

Pero no se me entienda mal. La excesiva, intensa y morbosa atención, excitada así por objetos triviales en sí, no tiene que confundirse con la tendencia a la meditación, común en todos los hombres, y a la que se entregan de forma particular las personas de una imaginación inquieta. Tampoco era, como pudo suponerse al principio, una situación grave ni la exageración de esa tendencia, sino primaria y esencialmente distinta, diferente. En un caso, el soñador o el fanático, interesado por un objeto normalmente no trivial, lo pierde poco a poco de vista en un bosque de deducciones y sugerencias que surgen de él, hasta que, al final de una ensueño *llena muchas veces de voluptuosidad, el incitamentum* o primera causa de sus meditaciones desaparece completamente y queda olvidado. En mi caso, el objeto primario era *invariablemente trivial*, aunque adquiría, mediante mi visión perturbada, una importancia refleja e irreal. Pocas deducciones, si había alguna, surgían, y esas pocas volvían pertinazmente al objeto original como a su centro. Las meditaciones *nunca* eran agradables, y al final de la ensueño, la primera causa, lejos de perderse de vista, había alcanzado ese interés sobrenaturalmente exagerado que constituía el rasgo primordial de la enfermedad. En una palabra, las facultades que más ejercía la mente en mi caso eran, como ya he dicho, las de la *atención*; mientras que en el caso del soñador son las de la *especulación*.

Mis libros, en esa época, si no servían realmente para aumentar el trastorno, compartían en gran medida, como se verá, por su carácter imaginativo e inconexo, las características peculiares del trastorno mismo. Puedo recordar, entre otros, el tratado del noble italiano Coelius Secundus Curio, *De amplitudine beati regni Dei* [La grandeza del reino santo de Dios]; la gran obra de San Agustín, *De civitate Dei* [La ciudad de Dios], y la de Tertuliano, *De carne Christi* [La carne de Cristo], cuya sentencia paradójica: *Mortuus est Dei filius: credibile est quia ineptum est; et sepultus resurrexit: certum est quia impossibile est*, ocupó durante muchas semanas de inútil y laboriosa investigación todo mi tiempo.

Así se verá que, arrancada, de su equilibrio sólo por cosas triviales, mi razón se parecía a ese peñasco Marino del que nos habla Ptolomeo Hefestión, que resistía firme los ataques de la violencia humana y la furia más feroz de las aguas y de los vientos, pero temblaba a simple contacto de la flor llamada asfódelo. Y aunque para un observador desapercibido pudiera parecer fuera de toda duda que la alteración producida en la condición *moral* de Berenice por su desgraciada enfermedad me habría proporcionado muchos temas para el ejercicio de esa meditación intensa y anormal, cuya naturaleza me ha costado bastante explicar, sin embargo no era éste el caso. En los intervalos lúcidos de mi mal, la calamidad de Berenice me daba lástima, y,

profundamente conmovido por la ruina total de su hermosa y dulce vida, no dejaba de meditar con frecuencia, amargamente, en los prodigiosos mecanismos por los que había llegado a producirse una revolución tan repentina y extraña. Pero estas reflexiones no compartían la idiosincrasia de mi enfermedad, y eran como las que se hubieran presentado, en circunstancias semejantes, al común de los mortales. Fiel a su propio carácter, mi trastorno se recreaba en los cambios de menor importancia, pero más llamativos, producidos en la constitución *física* de Berenice, en la extraña y espantosa deformación de su identidad personal.

En los días más brillantes de su belleza incomparable no la amé. En la extraña anomalía de mi existencia, mis sentimientos *nunca venían* del corazón, y mis pasiones siempre venían de la mente. En los brumosos amaneceres, en las sombras entrelazadas del bosque al mediodía y en el silencio de mi biblioteca por la noche ella había flotado ante mis ojos, y yo la había visto, no como la Berenice viva y palpitante, sino como la Berenice de un sueño; no como una moradora de la tierra, sino como su abstracción; no como algo para admirar, sino para analizar; no como un objeto de amor, sino como tema de la más abstrusa aunque inconexa especulación. Y *ahora*, ahora temblaba en su presencia y palidecía cuando se acercaba; sin embargo, lamentando amargamente su decadencia y su ruina, recordé que me había amado mucho tiempo, y que, en un momento aciago, le hablé de matrimonio.

Y cuando, por fin, se acercaba la fecha de nuestro matrimonio, una tarde de invierno, en uno de esos días intempestivamente cálidos, tranquilos y brumosos, que constituyen la nodriza de la bella Alcíone estaba yo sentado (y creía encontrarme solo) en el gabinete interior de la biblioteca y, al levantar los ojos, vi a Berenice ante mí.

¿Fue mi imaginación excitada, la influencia de la atmósfera brumosa, la incierta luz crepuscular del aposento, los vestidos grises que envolvían su figura los que le dieron un contorno tan vacilante e indefinido? No sabría decirlo. Ella no dijo una palabra, y yo por nada del mundo hubiera podido pronunciar una sílaba. Un escalofrío helado cruzó mi cuerpo; me oprimió una sensación de insufrible ansiedad; una curiosidad devoradora invadió mi alma, y, reclinándome en la silla, me quedé un rato sin aliento, inmóvil, con mis ojos clavados en su persona. ¡Ay! Su delgadez era extrema, y ni la menor huella de su ser anterior se mostraba en una sola línea del contorno. Mi ardiente mirada cayó por fin sobre su rostro.

La frente era alta, muy pálida, y extrañamente serena; lo que en un tiempo fuera cabello negro azabache caía parcialmente sobre la frente y sombreaba las sienes hundidas con innumerables rizos de un color rubio reluciente, que contrastaban discordantes, por su matiz fantástico, con la melancolía de su rostro. Sus ojos no tenían brillo y parecían sin pupilas; y esquivé involuntariamente su mirada vidriosa para contemplar sus labios, finos y contraídos. Se entreabrieron; y en una sonrisa de expresión peculiar los dientes de la desconocida Berenice se revelaron lentamente a mis ojos. ¡Quiera Dios que nunca los hubiera visto o que, después de verlos, hubiera muerto!

El golpe de una puerta al cerrarse me distrajo, y, al levantar la vista, descubrí que mi prima había salido del aposento. Pero de los desordenados aposentos de mi cerebro, ¡ay!, no había salido ni se podía apartar el blanco y horrible *espectro* de los dientes. Ni una mota en su superficie, ni una sombra en el esmalte, ni una mella en sus bordes había en los dientes de esa sonrisa fugaz que no se grabara en mi memoria. Ahora los veía con más claridad que un momento *antes*. ¡Los dientes! ¡Los dientes! Estaban aquí, y allí, y en todas partes, visibles y palpables ante mí, largos, finos y excesivamente blancos, con los pálidos labios contrayéndose a su alrededor, como en el mismo instante en que habían empezado a crecer. Entonces llegó toda la furia de mi *monomanía*, y yo luché en vano contra su extraña e irresistible influencia. Entre los muchos objetos del mundo externo sólo pensaba en los dientes. Los anhelaba con un deseo frenético. Todos las demás preocupaciones y los demás intereses quedaron supeditados a esa contemplación. Ellos, ellos eran los únicos que estaban presentes a mi mirada mental, y en su insustituible individualidad llegaron a ser la esencia de mi vida intelectual. Los examiné bajo todos los aspectos. Los vi desde todas las perspectivas. Analicé sus características. Estudié sus peculiaridades. Me fijé en su conformación. Pensé en los cambios de su naturaleza. Me estremecí al atribuirles, en la imaginación, un poder sensible y consciente y, aun sin la ayuda de los labios, una capacidad de expresión moral. De mademoiselle Sallé se ha dicho con razón *que tous ses pas étaient des sentiments*, y de Berenice yo creía seriamente que *toutes ses dents étaient des idées*. *Des idées!* ¡Ah, este absurdo pensamiento me destruyó! *Des idées!* ¡Ah, por eso los codiciaba tan desesperadamente! Sentí que sólo su posesión me podría devolver la paz, devolviéndome la razón.

Y la tarde cayó sobre mí; y vino la oscuridad, duró y se fue, y amaneció el nuevo día, y las brumas de una segunda noche se acumularon alrededor, y yo seguía inmóvil, sentado, en aquella habitación solitaria; y seguí sumido en la meditación, y el *fantasma* de los dientes mantenía su terrible dominio, como si, con una claridad viva y horrible, flotara entre las cambiantes luces y sombras de la habitación. Al fin irrumpió en mis sueños un grito de horror y consternación; y después, tras una pausa, el ruido de voces preocupadas, mezcladas con apagados gemidos de dolor y de pena. Me levanté de mi asiento y, abriendo las puertas de la biblioteca, vi en la antesala a una criada, deshecha en lágrimas, quien me dijo que Berenice ya no existía. Había sufrido un ataque de epilepsia por la mañana temprano, y ahora, al caer la noche, ya estaba preparada la tumba para recibir a su ocupante, y terminados los preparativos del entierro.

Me encontré sentado en la biblioteca, y de nuevo solo. Parecía que había despertado de un sueño confuso y excitante. Sabía que era medianoche y que desde la puesta del sol Berenice estaba enterrada. Pero no tenía una idea exacta, o por los menos definida, de ese melancólico período intermedio. Sin embargo, el recuerdo de ese intervalo estaba lleno de horror, horror más horrible por ser vago, terror más terrible por ser ambiguo. Era una página espantosa en la historia de mi existencia, escrita con recuerdos siniestros, horrorosos, ininteligibles. Luché por descifrarlos, pero fue en vano; mientras tanto,

como el espíritu de un sonido lejano, un agudo y penetrante grito de mujer parecía sonar en mis oídos. Yo había hecho algo. Pero, ¿qué era? Me hice la pregunta en voz alta y los susurrantes ecos de la habitación me contestaron: *¿Qué era?*

En la mesa, a mi lado, brillaba una lámpara y cerca de ella había una pequeña caja. No tenía un aspecto llamativo, y yo la había visto antes, pues pertenecía al médico de la familia. Pero, ¿cómo había llegado *allí*, a mi mesa y por qué me estremecí al fijarme en ella? No merecía la pena tener en cuenta estas cosas, y por fin mis ojos cayeron sobre las páginas abiertas de un libro y sobre una frase subrayada. Eran las extrañas pero sencillas palabras del poeta Ebn Zaiat: «*Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicae visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas*». ¿Por qué, al leerlas, se me pusieron los pelos de punta y se me heló la sangre en las venas?

Sonó un suave golpe en la puerta de la biblioteca y, pálido como habitante de una tumba, un criado entró de puntillas. Había en sus ojos un espantoso terror y me habló con una voz quebrada, ronca y muy baja. ¿Qué dijo? Oí unas frases entrecortadas. Hablaba de un grito salvaje que había turbado el silencio de la noche, y de la servidumbre reunida para averiguar de dónde procedía, y su voz recobró un tono espeluznante, claro, cuando me habló, susurrando, de una tumba profanada, de un cadáver envuelto en la mortaja y desfigurado, pero que aún respiraba, aún palpitaba, ¡aún vivía!

Señaló mis ropas: estaban manchadas de barro y de sangre. No contesté nada; me tomó suavemente la mano: tenía huellas de uñas humanas. Dirigió mi atención a un objeto que había en la pared; lo miré durante unos minutos: era una pala. Con un grito corrí hacia la mesa y agarré la caja. Pero no pude abrirla, y por mi temblor se me escapó de las manos, y se cayó al suelo, y se rompió en pedazos; y entre éstos, entrechocando, rodaron unos instrumentos de cirugía dental, mezclados con treinta y dos diminutos objetos blancos, de marfil, que se desparramaron por el suelo.

Morella

Morella, 1835

*El mismo, por si mismo únicamente,
eternamente uno, y solo.*

PLATÓN, *Symposium*

Consideraba yo a mi amiga Morella con un sentimiento de profundo, aunque muy singular afecto. Habiéndola conocido casualmente hace muchos años, mi alma, desde nuestro primer encuentro, ardió con un fuego que no había conocido antes jamás; pero no era ese fuego el de Eros, y representó para mi espíritu un amargo tormento la convicción gradual de que no podría definir su insólito carácter ni regular su vaga intensidad. Sin embargo, nos tratamos, y el destino nos unió ante el altar; jamás hablé de pasión, ni pensé en el amor. Ella, aun así, huía de la sociedad, y dedicándose a mí, me hizo feliz. Asombrarse es una felicidad, y una felicidad es soñar.

La erudición de Morella era profunda. Como espero mostrar, sus talentos no eran de orden vulgar, y su potencia mental era gigantesca. Lo percibí, y en muchas materias fui su discípulo. No obstante, pronto comprendí que, quizá a causa de haberse educado en Pressburgo ponía ella ante mí un gran número de esas obras místicas que se consideran generalmente como la simple escoria de la literatura alemana. Esas obras, no puedo imaginar por qué razón, constituyán su estudio favorito y constante, y si en el transcurso del tiempo llegó a ser el mío también, hay que atribuirlo a la simple, pero eficaz influencia del hábito y del ejemplo.

Con todo esto, si no me equivoco, pero tiene que ver mi razón. Mis convicciones, o caigo en un error, no estaban en modo alguno basadas en el ideal, y no se descubriría, como no me equivoque por completo, ningún tinte del misticismo de mis lecturas, ya fuese en mis actos o ya fuese en mis pensamientos.

Persuadido de esto, me abandoné sin reserva a la dirección de mi esposa, y me adentré con firme corazón en el laberinto de sus estudios. Y entonces —cuando, sumiéndome en páginas aborrecibles, sentía un espíritu aborrecible encenderse dentro de mí— venía Morella a colocar su mano fría en la mía, y hurgando las cenizas de una filosofía muerta, extraía de ellas algunas graves y singulares palabras que, dado su extraño sentido, ardían por sí mismas sobre mi memoria. Y entonces, hora tras hora, permanecía al lado de ella, sumiéndome en la música de su voz, hasta que se infestaba de terror su melodía, y una sombra caía sobre mi alma, y palidecía yo, y me estremecía

interiormente ante aquellos tonos sobrenaturales. Y así, el gozo se desvanecía en el horror, y lo más bello se tornaba horrendo, como Hinnom se convirtió en Gehena.⁶

Resulta innecesario expresar el carácter exacto de estas disquisiciones que, brotando de los volúmenes que he mencionado, constituyeron durante tanto tiempo casi el único tema de conversación entre Morella y yo.

Los enterados de lo que se puede llamar moral teológica las concebirán fácilmente, y los ignorantes poco comprenderían, en todo caso. El vehemente panteísmo de Fichte, la palingenesia modificada de los pitagóricos, y por encima de todo, las doctrinas de la Identidad tal como las presenta Schelling, solían ser los puntos de discusión que ofrecían mayor belleza a la imaginativa Morella. Esta identidad llamada personal, la define con precisión misteriose Locke, creo, diciendo que consiste en la cordura del ser racional. Y como por persona entendemos una esencia inteligente, dotada de razón, y como hay una conciencia que acompaña siempre al pensamiento, es ésta la que nos hace a todos ser eso que llamamos nosotros mismos, diferenciándonos así de otros seres pensantes y dándonos nuestra identidad personal. Pero el *principium individuationis* —la noción de esa identidad que en la muerte se pierde o no para siempre— fue para mí en todo tiempo una consideración de intenso interés, no sólo por la naturaleza pasmosa y emocionante de sus consecuencias, sino por la manera especial y agitada como la mencionaba Morella.

Pero realmente había llegado ahora un momento en que el misterio del carácter de mi esposa me oprimía como un hechizo. No podía soportar por más tiempo el contacto de sus pálidos dedos, ni el tono profundo de su palabra musical, ni el brillo de sus melancólicos ojos. Y ella sabía todo esto, pero no me reconvenía.

Parecía tener conciencia de mi debilidad o de mi locura, y sonriendo, las llamaba el Destino. Parecía también tener conciencia de la causa, para mí desconocida, de aquel gradual desvío de mi afecto; pero no me daba explicación alguna ni aludía a su naturaleza. Sin embargo, era ella mujer, y se consumía por días. Con el tiempo, se fijó una mancha roja constantemente sobre sus mejillas, y las venas azules de su pálida frente se hicieron prominentes. Llegó un instante en que mi naturaleza se deshacía en compasión; pero al siguiente encontraba yo la mirada de sus ojos pensativos, y entonces sentíase mal mi alma y experimentaba el vértigo de quien tiene la mirada sumida en algún aterrador e insondable abismo.

¿Diré que anhelaba ya con un deseo fervoroso y devorador el momento de la muerte de Morella? Así era; pero el frágil espíritu se aferró en su envoltura de barro durante muchos días, muchas semanas y muchos meses tediosos, hasta que mis nervios torturados lograron triunfar sobre mi mente, y me sentí enfurecido por aquel retraso, y con un corazón demoníaco, maldije los días, las horas, los minutos amargos, que

⁶ Del latín gehenna, del hebreo Ge Hinnom. Como se sabe, Hinnom es el nombre del valle al sudeste de Jerusalén, famoso por el bárbaro culto a Moloch. Y como también se sabe, Oehena es la denominación del Infierno en la Biblia.

parecían alargarse y alargarse a medida que declinaba aquella delicada vida, como sombras en la agonía de la tarde.

Pero una noche de otoño, cuando permanecía quieto el viento en el cielo, Morella me llamó a su lado. Había una oscura bruma sobre toda la tierra, un calor fosforescente sobre las aguas, y entre el rico follaje de la selva de octubre, hubiérase dicho que caía del firmamento un arco iris.

—Éste es el día de los días —dijo ella, cuando me acerqué—; un día entre todos los días para vivir o morir. Es un día hermoso para los hijos de la tierra y de la vida, jah, y más hermoso para las hijas del cielo y de la muerte!

Besé su frente, y ella prosiguió:

—Voy a morir, y a pesar de todo, viviré.

—¡Morella!

—No han existido nunca días en que hubieses podido amarme; pero a la que aborreciste en vida la adorarás en la muerte.

—¡Morella!

—Repite que voy a morir. Pero hay en mí una prenda de ese afecto, jah, cuan pequeño!, que has sentido por mí, por Morella. Y cuando parta mi espíritu, el hijo vivirá, el hijo tuyo, el de Morella. Pero tus días serán días de dolor, de ese dolor que es la más duradera de las impresiones, como el ciprés es el más duradero de los árboles. Porque han pasado las horas de tu felicidad, y no se coge dos veces la alegría en una vida, como las rosas de Paestum dos veces en un año. Tú no jugarás ya más con el tiempo el juego del Teyo; pero, siéndote desconocidos el mirto y el vino, llevarás contigo sobre la tierra tu sudario, como hace el musulmán en la Meca.

—¡Morella! —exclamé—. ¡Morella! ¿cómo sabes esto?

Pero ella volvió su rostro sobre la almohada, un leve temblor recorrió sus miembros, y ya no oí más su voz.

Sin embargo, como había predicho ella, su hijo —el que había dado a luz al morir, y que no respiró hasta que cesó de alentar su madre—, su hijo, una niña, vivió. Y creció extrañamente en estatura y en inteligencia, y era de una semejanza perfecta con la que había desaparecido, y la amé con un amor más ferviente del que creí me sería posible sentir por ningún habitante de la Tierra.

Pero, antes de que pasase mucho tiempo, se ensombreció el cielo de aquel puro afecto, y la tristeza, el horror, la aflicción, pasaron veloces como nubes. He dicho que la niña creció extrañamente en estatura y en inteligencia. Extraño, en verdad, fue el rápido crecimiento de su tamaño corporal; pero terribles, joh, terribles!, fueron los tumultuosos pensamientos que se amontonaron sobre mí mientras espiaba el desarrollo de su ser intelectual. ¿Podía ser de otra manera, cuando descubría yo a diario en las concepciones de la niña las potencias adultas y las facultades de la mujer, cuando las lecciones de la experiencia se desprendían de los labios de la infancia y cuando veía a cada hora la sabiduría o las pasiones de la madurez centellear en sus grandes y pensativos ojos?

Como digo, cuando apareció evidente todo eso ante mis sentidos aterrados, cuando no le fue ya posible a mi alma ocultárselo más, ni a mis facultades estremecidas rechazar aquella certeza, ¿cómo puede extrañar que unas sospechas de naturaleza espantosa y emocionante se deslizaran en mi espíritu, o que mis pensamientos se volvieran, despavoridos, hacia los cuentos extraños y las impresionantes teorías de la enterrada Morella? Arranqué a la curiosidad del mundo un ser a quien el Destino me mandaba adorar, y en el severo aislamiento de mi hogar, vigilé con una ansiedad mortal cuanto concernía a la criatura amada.

Y mientras los años transcurrían, y mientras día tras día contemplaba yo su santo, su apacible, su elocuente rostro, mientras examinaba sus formas que maduraban, descubría día tras día nuevos puntos de semejanza en la hija con su madre, la melancólica y la muerta. Y a cada hora aumentaban aquellas sombras de semejanza, más plenas, más definidas, más inquietantes y más atrozmente terribles en su aspecto. Pues que su sonrisa se pareciese a la de su madre podía yo sufrirlo, aunque luego me hiciera estremecer aquella identidad demasiado perfecta; que sus ojos se pareciesen a los de Morella podía soportarlo, aunque, además, penetraran harto a menudo en las profundidades de mi alma con el intenso e impresionante pensamiento de la propia Morella. Y en el contorno de su alta frente, en los bucles de su sedosa cabellera, en sus pálidos dedos que se sepultaban dentro de ella, en el triste tono bajo y musical de su palabra, y por encima de todo —¡oh, por encima de todo!— en las frases y expresiones de la muerta sobre los labios de la amada, de la viva, encontraba yo pasto para un horrendo pensamiento devorador, para un gusano que no quería perecer.

Así pasaron dos lustros de su vida, y hasta ahora mi hija permanecía sin nombre sobre la tierra. «Hija mía» y «amor mío» eran las denominaciones dictadas habitualmente por el afecto paterno, y el severo aislamiento de sus días impedía toda relación. El nombre de Morella había muerto con ella. No hablé nunca de la madre a la hija; érame imposible hacerlo. En realidad, durante el breve período de su existencia, la última no había recibido ninguna impresión del mundo exterior, excepto las que la hubieran proporcionado los estrechos límites de su retiro.

Pero, por último, se ofreció a mi mente la ceremonia del bautismo en aquel estado de desaliento y de excitación, como la presente liberación de los terrores de mi destino. Y en la pila bautismal dudé respecto al nombre. Y se agolparon a mis labios muchos nombres de sabiduría y belleza, de los tiempos antiguos, y de los modernos, de mi país y de los países extranjeros, con otros muchos, muchos delicados de nobleza, de felicidad y de bondad. ¿Qué me impulsó entonces a agitar el recuerdo de la muerta enterrada? ¿Qué demonio me incitó a suspirar aquel sonido cuyo recuerdo real hacía refluir mi sangre a torrentes desde las sienes al corazón? ¿Qué espíritu perverso habló desde las reconditeces de mi alma, cuando, entre aquellos oscuros corredores, y en el silencio de la noche, musité al oído del santo hombre las sílabas «Morella»? ¿Qué ser más demoníaco retorció los rasgos de mi hija, y los cubrió con los tintes de la muerte cuando

estremeciéndose ante aquel nombre apenas audible, volvió sus límpidos ojos desde el suelo hacia el cielo, y cayendo prosternada sobre las losas negras de nuestra cripta ancestral, respondió: «¡Aquí estoy!»?

Estas simples y cortas sílabas cayeron claras, fríamente claras, en mis oídos, y desde allí, como plomo fundido, se precipitaron silbando en mi cerebro. Años, años enteros pueden pasar; pero el recuerdo de esa época, ¡jamás! No desconocía yo, por cierto, las flores y la vid; pero el abeto y el ciprés proyectaron su sombra sobre mí noche y día. Y no conservé noción alguna de tiempo o de lugar, y se desvanecieron en el cielo las estrellas de mi destino, y desde entonces se ensombreció la tierra, y sus figuras pasaron junto a mí como sombras fugaces, y entre ellas sólo vi una: Morella. Los vientos del firmamento suspiraban un único sonido en mis oídos, y las olas en el mar murmuraban eternamente: «Morella.» Pero ella murió, y con mis propias manos la llevé a la tumba; y reí con una risa larga y amarga al no encontrar vestigios de la primera Morella en la cripta donde enterré la segunda.

Los leones

Lionizing, 1835

...Todo el mundo caminaba maravillado sobre los diez dedos de sus pies.

Sátiras del Obispo Hall

Yo soy, es decir, fui un gran hombre; pero no soy ni el autor de *Junius*, ni el «hombre de la máscara», porque mi nombre, según creo, es Robert Jones y nací en algún lugar de la ciudad de Fum-Fudge.

El primer acto de mi vida consistió en cogerme la nariz con las dos manos. Mi madre lo vio y me llamó «genio»; mi padre lloró de alegría y me regaló un tratado de Nasología. Lo conocí bien a fondo antes de que me pusieran pantalones.

Por entonces comencé a vislumbrar cuál era para mí el camino del saber, y muy pronto llegué a comprender que, con tal de que un hombre tuviese una nariz bastante notable, podía, con sólo seguir su dirección, llegar a obtener el señorío de la moda. Pero mi atención no se limitaba solamente a las teorías. Cada mañana yo le propinaba a mi «proboscis» un par de tirones y me tragaba media docena de dramas.

Cuando llegué a la mayoría de edad, mi padre me preguntó un día si quería ir con él a su despacho.

—Hijo mío —me dijo en cuanto tomamos asiento—, ¿cuál es el fin principal de tu existencia?

—Padre, el estudio de la Nasología —le respondí.

—¿Y qué es la Nasología, Robert? —preguntó.

—Padre —respondí—, es la ciencia de las narices.

—¿Y puedes decirme, hijo, qué significa una nariz?

—La nariz, padre mío —respondí, muy sereno—, ha sido definida de formas muy diversas por casi un millar de diferentes autores...

Me detuve y extraje mi reloj del bolsillo para añadir a continuación:

—Ahora son poco más o menos las doce del día. Tendremos tiempo para recorrerlos todos antes de que sea medianoche. Así, pues, veamos, para comenzar: la nariz, según Bartolinus, es esa protuberancia, esa corcova, esa excrescencia que...

—Basta, Robert —interrumpió el bondadoso viejo—, me siento anonadado, asombrado, por la gran extensión de tu saber, realmente asombrado por mi vida...

Y al decir esto, se llevó una mano al corazón. Luego dijo:

—Ven aquí.

Acto seguido me tomó por el brazo, añadiendo:

—Tu educación puede considerarse ya terminada... Es ya hora de que te las arregles tú solo, y no podrás hacer nada mejor que seguir la dirección de tu nariz, así, así y así...

Y al pronunciar estas últimas palabras me echó a puntapiés, escaleras abajo, hasta la calle, concluyendo:

—¡De forma que vete de mi casa y que Dios te bendiga!

Como sentía en mi interior la inspiración «divina», aquel incidente me pareció más feliz que desgraciado. Resolví, pues, seguir el consejo paternal. Decidí seguir a mi nariz. Allí mismo le apliqué un tirón o dos, y escribí acto seguido un folleto sobre Nasología.

Todo Fum-Fudge se conmovió.

«¡Genio maravilloso!», dijo el *Quarterly*.

«¡Soberbio fisiólogo!», comentaba el *Westminster*.

«¡Inteligente compañero!», decía el *Foreign*.

«¡Excelente escritor!», dijo el *Edinburgh*.

«¡Profundo pensador!», dictaminó el *Dublin*.

«¡Gran hombre!», publicaba el *Bentley*.

«¡Alma divina!», aseguraba el *Fraser*.

«¡Uno de los nuestros!», aseveraba *Blackwood*.

—¿Quién será? —preguntó la señora Bas-Bleu.

—¿Quién será? —preguntó también la gruesa señorita Bas-Bleu.

—¿Dónde se encuentra? —inquirió la pequeña señorita Bas-Bleu.

Pero yo no hice caso de aquella gente y subí al taller de un artista.

Estaba pintando el retrato de la duquesa de Bendita Sea Mi Alma quien posaba pacientemente; el marqués de Así guardaba el perrillo de lanas de la duquesa; el marqués Esto Y Lo Otro jugueteaba con el frasquito de sales de la duquesa, y Su Alteza Real No Me Toques se inclinaba sobre el respaldo de la silla de la duquesa.

Me aproximé al artista y alcé la nariz.

—¡Oh, qué hermosura! —suspiró la excelentísima señora.

—¡Vaya! —murmuró el marqués.

—¡Oh, qué indecencia! —gimió el conde.

—¡Oh, abominable! —gruñó Su Alteza Real.

—¿Cuánto quiere usted por su nariz? —preguntó el artista.

—¡Por su nariz! —gritó la excelentísima señora.

—Mil libras —respondí, tomando asiento.

—¡Magnífico! —replicó el artista, extasiado.

—Mil libras —repetí yo.

—¿Me la garantiza usted? —preguntó, volviendo mi nariz hacia la luz.

—Se la garantizo —contesté, expulsando por la nariz una fuerte racha de viento.

—¿Es completamente original? —inquirió el artista.

—¡Hum! —murmuré yo, volviéndola hacia arriba.

—¿No se ha tomado ninguna copia de ella? —preguntó el artista, examinándola con un microscopio.

—Ninguna —dijo yo, dándole un suave tirón.

—¡Admirable! —exclamó desarmado totalmente por la belleza de aquella maniobra.

—Mil libras —dije yo.

—¿Mil libras? —interrogó él.

—Exactamente —respondí.

—¿Un millar de libras? —volvió a preguntar.

—Eso es —dije.

—Las tendrá usted —respondió—. ¡Qué obra maestra!

Y a continuación allí mismo me extendió un cheque y tomó un boceto de mi nariz. Alquilé habitaciones en Jermyh Street y envié a Su Majestad la noventa y nueve edición de la Nasología, con un retrato de mi «proboscis». Aquel infeliz de Príncipe de Gales me invitó a comer.

Todos los que asistimos al banquete éramos hombres de moda, muy solicitados.

Allí estaba un Platónico moderno. Citaba a Porfirio, a Jámlico, a Plotino, a Proclo, a Jercles, a Máximo Tirio y a Siriano.

Estaba allí un apóstol de la perfección humana; hablaba de Turgot, Price, Priestley, Condorcet, de Stael y del «Ambicioso Estudiante de Mala Salud».

Estaba el señor Paradoja Positiva. Sostenía que todos los locos son filósofos y todos los filósofos locos.

Estaba Estético Ethix. Hablaba del fuego, de la unidad y de los átomos; del alma doble y del alma preexistente; de afinidad y discordancia; de la inteligencia primitiva y de la homeomería.

Estaba Teólogos Teología. Hablaba de Eusebio y Arriano; de la Herejía y del Concilio de Nicea; del puseísmo y del consustancialismo; de Homusios y Homououisios.

Estaba Fricassé du Rocher de Concake. Mencionaba el Muritón o Lengua a la Escarlata; coliflores con salsa *velouté*, ternera a la Saint Menehoul; escabeche a la Saint Florentin; y de las jaleas de naranja *en mosaïques*.

Estaba Borrachín del Vaso Lleno. Se refirió al Latour y al Markbrünen; al Espumoso y al Chambertin; al Richebourg y al Saint George; al Haubrion, al Leonville, y al Medoc; al Barac y al Preignac; al Grave y al Saint Peray. Movió la cabeza al hablar del Clos de Vougeot, y ya, cerrándosele los ojos, estableció la diferencia entre el Jerez y el Amontillado.

Estaba el señor Tintonlintino de Florencia. Discutió acerca de Cimabue, Arpino, Carpaccio y Argostino, de la tristeza de Caravaggio, de la amenidad de Albano, de los colores de Ticiano, de las matronas holandesas de Rubens, y de las jocosidades de Jan Steen.

Estaba el presidente de la Universidad de Fum-Fudge. Era de opinión que la Luna se llamaba Bendis en Tracia; Bubastis en Egipto; Diana en Roma, y Artemis en Grecia.

Estaba el Gran Turco de Estambul. No podía menos de pensar que los ángeles eran caballos, pollos y toros; que en el sexto cielo todo el mundo tiene mil cabezas; y que la Tierra estaba sostenida por una vaca de color azul celeste con incalculable cantidad de cuernos verdes.

Estaba Delfínus Políglota. Contó lo que había sido de las ochenta y tres tragedias perdidas de Esquilo; de las cincuenta y cuatro oraciones de Iseo; de los trescientos noventa y un discursos de Lisias; de los ciento ochenta tratados de Teofrasto; del octavo libro acerca de las Secciones Cónicas de Apolonio; de los himnos y Ditirambos de Píndaro; y de las cuarenta y cinco tragedias de Hornero el Joven.

Allí estaba Fernando Fitz-Fósil Feldespato. Nos informó acerca del fuego central y de las formaciones terciarias; acerca de los aeriformes, fluidiformes y solidiformes; acerca del cuarzo y de la greda; del esquisto y de la turmalina; del yeso y de la marga; del talco y el calcáreo; de la blenda y la hornablenda; de la micacita y la malaquita; de la cianita y la lepidocita; de la hematites y la tremolita; del antimonio y la calcedonia; del manganeso y de todo lo que ustedes quieran.

Estaba yo. Hablé de mí; de mí, de mí, de mí..., de Nasología, de mi folleto, de mí. Alcé la nariz altivamente y hablé de mí.

—¡Hombre maravilloso y agudo! —dijo el príncipe.

—¡Soberbio! —exclamaron sus invitados.

Y a la mañana siguiente. Su Excelencia la duquesa de Bendita Sea Mi Alma, vino a visitarme.

—¿Vendrá usted a casa de Almack, adorable criatura? —me preguntó, aplicándose un suave golpecito en la mejilla.

—Palabra de honor que iré —respondí.

—¿Con nariz y todo?

—Tan cierto como que estoy vivo —contesté.

—Pues bien, aquí está mi tarjeta, vida mía. ¿Puedo decir que irá usted?

—Querida duquesa, con todo mi corazón.

—¡No diga usted eso! Pero, ¿vendrá con toda su nariz?

—Sin que le falte nada, mi amor —dije yo.

Y aplicando un par de tirones a mi nariz, me encontré en casa de Almack.

Las salas estaban completamente abarrotadas.

—¡Ya viene! —gritó alguien en la escalera.

—¡Ya viene! —dijo alguien más cerca.

—¡Ya viene! —dijo alguien más cerca todavía.

—¡Ha venido! —exclamó la duquesa—. ¡Aquí está mi cariño!

Y asíéndome fuertemente con ambas manos, me besó tres veces en la nariz.

Acto seguido se produjo una gran sensación.

—*Diavolo!* —exclamó el conde Capricornutti.

—¡Dios nos guarde! —rezongó don Stiletto.

—¡Mil diablos! —exclamó el príncipe De Grenouille.

—*Tausend Teufel!* —refunfuñó el Elector de Bluddennuf.

No pude contenerme. Me puse furioso. Me volví bruscamente hacia Bluddennuf.

—¡Caballero, es usted un mandril! —le dije.

—¡Caballero! —replicó él, tras ligera pausa—. *Donner und Biltzen!*

Aquello era lo que yo deseaba. Cambiamos nuestras tarjetas. En la Granja del Yeso, a la mañana siguiente, le arranqué la nariz de un disparo. Y él acudió a mis amigos.

—*Bête!* —dijo el primero.

—¡Estúpido! —exclamó el segundo.

—¡Mastuerzo! —dijo el tercero.

—¡Asno! —dijo el cuarto.

—¡Badulaque! —gritó el quinto.

—¡Mentecato! —vociferó el sexto.

—¡Fuera de aquí! —ordenó el séptimo.

Al escuchar aquello me sentí abochornado y acudí a mi padre.

—Padre, ¿cuál es el principal fin de mi existencia? —le pregunté.

—Hijo mío —respondió—, sigue siendo el estudio de la Nasología; pero al convertir en blanco de tiro la nariz del Elector te has pasado de la raya. Tienes una hermosa nariz, verdad es; pero ahora, Bluddennuf ya no tiene ninguna. Tú has sido reprobado y él se ha convertido en el héroe del día. Te concederé que en Fum-Fudge la grandeza de un hombre de moda está en proporción con el tamaño de su «proboscis»... Pero, ¡cielos!, no hay manera de competir con un hombre de moda que no tiene «proboscis» en absoluto.

La incomparable aventura de un tal Hans Pfall

The unparalleled adventures of one Hans Pfall, 1835

*Con el corazón lleno de furiosas fantasías,
de las que soy el amo,
Con una lanza ardiente y un caballo de aire,
Errando voy por el desierto.*

(La canción de Tomás el loco)

Según los informes que llegan de Rotterdam, esta ciudad parece hallarse en alto grado de excitación intelectual. Han ocurrido allí fenómenos tan inesperados, tan novedosos, tan diferentes de las opiniones ordinarias, que no cabe duda de que a esta altura toda Europa debe estar revolucionada, la física conmovida, y la razón y la astronomía dándose de puñadas.

Parece ser que el día... de... (ignoro la fecha exacta), una vasta multitud se había reunido, por razones que no se mencionan, en la gran plaza de la Bolsa de la muy ordenada ciudad de Rotterdam. La temperatura era excesivamente tibia para la estación y apenas se movía una hoja; la multitud no perdía su buen humor por el hecho de recibir algún amistoso chaparrón de cuando en cuando, proveniente de las enormes nubes blancas profusamente suspendidas en la bóveda azul del firmamento. Hacia mediodía, sin embargo, se advirtió una notable agitación entre los presentes; restalló el parloteo de diez mil lenguas; un segundo más tarde, diez mil caras estaban vueltas hacia el cielo, diez mil pipas caían simultáneamente de la comisura de diez mil bocas, y un grito sólo comparable al rugido del Niágara resonaba larga, poderosa y furiosamente a través de la ciudad y los alrededores de Rotterdam.

No tardó en descubrirse la razón de este alboroto. Por detrás de la enorme masa de una de las nubes perfectamente delineadas que va hemos mencionado, vióse surgir con toda claridad, en un espacio abierto de cielo azul, una sustancia extraña, heterogénea pero aparentemente sólida, de forma tan singular, de composición tan caprichosa, que escapaba por completo a la comprensión, aunque no a la admiración de la muchedumbre de robustos burgueses que desde abajo la contemplaban boquiabiertos. Qué podía ser? En nombre de todos los diablos de Rotterdam, ¿qué pronosticaba aquella aparición? Nadie lo sabía; nadie podía imaginarlo; nadie, ni siquiera el burgomaestre, Mynheer Superbus Von Underduk, tenía la menor clave para desenredar el misterio. Así, pues, ya que no cabía hacer nada más razonable, todos ellos volvieron a colocarse cuidadosamente la pipa a un lado de la boca y, mientras mantenían los ojos fijamente clavados en el fenómeno, fumaron, descansaron, se contonearon como ánades,

gruñendo significativamente, y luego volvieron a contonearse, gruñeron, descansaron y, finalmente... fumaron otra vez.

Entretanto el objeto de tanta curiosidad y tanto humo descendía más y más hacia aquella excelente ciudad. Pocos minutos después se encontraba lo bastante próximo para que se lo distinguiera claramente. Parecía ser... ¡Sí, indudablemente era una especie de globo! Pero un globo como jamás se había visto antes en Rotterdam. Pues, permítaseme preguntar, ¿se ha visto alguna vez un globo íntegramente fabricado con periódicos sucios? No en Holanda, por cierto; y, sin embargo, bajo las mismísimas narices del pueblo —o, mejor dicho, a cierta distancia sobre sus narices— veíase el globo en cuestión, corno lo sé por los mejores testimonios, compuesto del aludido material que a nadie se le hubiera ocurrido jamás para semejante propósito. Aquello constituía un egregio insulto al buen sentido de los burgueses de Rotterdam.

Con respecto a la forma del raro fenómeno, todavía era más reprendible, pues consistía nada menos que en un enorme gorro de cascabeles al revés. Y esta similitud se vio notablemente aumentada cuando, al observarlo más de cerca, la muchedumbre descubrió una gran borla n campanilla colgando de su punta y, en el borde superior o base del cono, un círculo de pequeños instrumentos que semejaban cascabeles y que tintineaban continuamente haciendo oír la torada de Betty Martin. Pero aún había algo peor. Colgando de cintas azules en la extremidad de esta fantástica máquina, veíase, a modo de naveccilla, un enorme sombrero de castor parduzco, de ala extraordinariamente ancha y de copa hemisférica, con cinta negra y hebilla de plata. No deja de ser notable que muchos ciudadanos de Rotterdam juraran haber visto can anterioridad dicho sombrero, y que la entera muchedumbre pareciera contemplarlo familiarmente, mientras la señora Grettel Pfaall, al distinguirlo, profería una exclamación de jubilosa sorpresa, declarando que el sombrero era idéntica al de su honrada marido en persona.

Ahora bien, esta circunstancia merecía tenerse en cuenta, pues Pfaall, en unión de tres camaradas, había desaparecido de Rotterdam cinco años atrás de manera tate súbita cama inexplicable, y hasta la fecha de esta narración todas las tentativas por encontrarlos habían fracasado. Es verdad que se descubrieron algunos huesos que parecían humanos, mezclados con un montón de restos de rara aspecto, en un lugar muy retirado al este de la ciudad; y algunos llegaron al punto de imaginar que en aquel sitio labia tenido lugar un horrible asesinato, del que Hans Pfaall y sus amigos habían sido seguramente las víctimas. Pero no nos alejemos de nuestro tema.

El globo (pues ya no cabía duda de que lo era) hallábase a unas cien pies del suelo, permitiendo a la muchedumbre contemplar con bastante detalle la persona de su ocupante. Por cierto que se trataba de un ser sumamente singular. No debía de tener más de dos pies de estatura, pero, aun siendo tan pequeño, no hubiera podido mantenerse en equilibrio en una naveccilla tan precaria, de no ser por un aro que le llegaba a la altura del pecho y se hallaba sujeto al cordaje del globo. El cuerpo del hombrecillo era excesivamente ancho, dando a toda su persona un aire de redondez

singularmente absurdo. Sus pies, claro está, resultaban invisibles. Las manos eran enormemente anchas. Tenía cabello gris, recogido atrás en una coleta. La nariz era prodigiosamente larga, ganchuda y rubicunda; los ojos, grandes, brillantes y agudos; aunque arrugados por la edad, el mentón y las mejillas eran generosos, gordezuelos y dobles, pero en ninguna parte de su cabeza se alcanzaba a descubrir la menor señal de orejas. Este extraño y diminuto caballero vestía un amplio capote de raso celeste y calzones muy ajustados haciendo juego, sujetos con hebillas de plata en las rodillas. Su chaqueta era de un tejido amarillo brillante; un gorro de tafetán blanco le caía garbosamente a un lado de la cabeza. Y, para completar su atavío, un pañuelo rojo sangre envolvía su garganta, volcándose sobre el pecho en un elegante lazo de extraordinarias dimensiones.

Habiendo bajado, como ya dije, a unos cien pies del suelo, el anciano y menudo caballero se vio acometido por un intenso temblor, y no pareció nada dispuesto a continuar su descenso aterra firma. Arrojando con gran dificultad una cantidad de arena contenida en una bolsa de tela que extrajo penosamente, logró mantener estacionario el globo. Procedió entonces, con gran agitación y prisa, a extraer de un bolsillo de su capote una respetable cartera de tafilete. La sopesó con desconfianza, mientras la miraba lleno de sorpresa, pues su peso parecía dejarlo estupefacto. Finalmente la abrió y, sacando de ella una enorme carta atada con una cinta roja, que ostentaba un sello de cera del mismo color, la dejó caer exactamente a los pies del burgomaestre, Mynheer Superbus Von Underduk.

Su Excelencia se inclinó para recogerla. Pero el aeronauta, siempre muy agitado y sin que nada más lo detuviera por lo visto en Rotterdam, procedió a efectuar activamente los preparativos de partida, y, como para ello era necesario soltar parte del lastre a fin de ganar altura, dejó caer media docena de sacos de arena sin preocuparse de vaciar su contenido, y todos ellos cayeron infortunadamente sobre las espaldas del burgomaestre, arrojándolo al suelo no menos de media docena de veces, a la vista de todos los habitantes de Rotterdam. No debe suponerse, empero, que el gran Underduk dejó pasar impunemente esta impertinencia del diminuto caballero. Se afirma, por el contrario, que en el curso de su media docena de caídas, emitió no menos de media docena de furiosas bocanadas de humo de la pipa, a la cual se mantuvo aferrado con todas sus fuerzas y a la cual está dispuesto a seguir aferrado (Dios mediante) hasta el día de su fallecimiento.

En el ínterin el globo remontó como una alondra y, alejándose sobre la ciudad, terminó por perderse serenamente detrás de una nube similar a aquella de la cual había emergido tan divinamente, borrándose para las miradas de los buenos ciudadanos de Rotterdam. La atención se concentró, por lo tanto, en la carta, cuyo descenso y consecuencias habían resultado tan subversivas para la persona y la dignidad de su excelencia Von Underduk. Este funcionario no había descuidado en medio de sus movimientos giratorios la importante tarea de apoderarse de la carta, la cual, luego de atenta inspección, resultó haber caído en las manos más apropiadas, por cuanto

hallábase dirigida al mismo burgomaestre y al profesor Rubadub, en sus calidades oficiales de presidente y vicepresidente del Colegio de Astronomía de Rotterdam. Los susodichos dignatarios no tardaron en abrirla y hallaron que contenía la siguiente extraordinaria e importantísima comunicación:

«A sus Excelencias Von Underduk y Rubadub, Presidente y Vicepresidente del Colegio de Astrónomos del Estado, en la ciudad de Rotterdam.

»Vuestras Excelencias han de acordarse quizá de un humilde artesano llamado Hans Pfaall, de profesión remendón de fuelles, quien, junto con otras tres personas, desapareció de Rotterdam hace aproximadamente cinco años, de una manera que debió considerarse entonces como inexplicable. Empero, si place a vuestras Excelencias, yo, autor de esta comunicación, soy el aludido Hans Pfaall en persona. Mis conciudadanos saben bien que durante cuarenta años residí en la pequeña casa de ladrillos emplazada al comienzo de la callejuela denominada Sauerkraut, donde vivía en la época de mi desaparición. Mis antepasados residieron igualmente en ella durante tiempos inmemoriales, siguiendo como yo la respetable y por cierto lucrativa profesión de remendón de fuelles; pues, a decir verdad, hasta estos últimos años, en que las gentes han perdido la cabeza con la política, ningún honesto ciudadano de Rotterdam podía desear o merecer un oficio mejor que el mío. El crédito era amplio, jamás faltaba trabajo y no había carencia ni de dinero ni de buena voluntad. Pero, como estaba diciendo, no tardamos en sentir los efectos de la libertad, los grandes discursos, el radicalismo y demás cosas por el estilo. Personas que habían sido los mejores clientes del mundo ya no tenían un momento libre para pensar en nosotros. Todo su tiempo se les iba en lecturas acerca de las revoluciones, para mantenerse al día en las cuestiones intelectuales y el espíritu de la época. Si había que avivar un fuego, bastaba un periódico viejo para apantallarlo, y, a medida que el gobierno se iba debilitando, no dudo de que el cuero y el hierro adquirían durabilidad proporcional, pues en poco tiempo no hubo en todo Rotterdam un par de fuelles que necesitaran una costura o los servicios de un martillo.

»Imposible soportar semejante estado de cosas. No tardé en verme pobre como una rata; como tenía mujer e hijos que alimentar, mis cargas se hicieron intolerables, y pasaba hora tras hora reflexionando sobre el método más conveniente para quitarme la vida. Los acreedores, entretanto, me dejaban poco tiempo de ocio. Mi casa estaba literalmente asediada de la mañana a la noche. Tres de ellos, en particular, me fastidiaban insoportablemente, montando guardia ante mi puerta y amenazándome con la justicia. Juré que de los tres me vengaría de la manera más terrible, si alguna vez tenía la suerte de que cayeran en mis manos; y creo que tan sólo el placer que me daba pensar en mi venganza me impidió llevar a la práctica mi plan de suicidio y hacerme saltar la tapa de los sesos con un trabuco. Me pareció que lo mejor era disimular mi cólera y engañar a los tres acreedores con promesas y bellas palabras, hasta que un vuelco del destino me diera oportunidad de cumplir mi venganza.

»Un día, después de escaparme sin ser visto por ellos, y sintiéndome más abatido que de costumbre, pasé largo tiempo errando por sombrías callejuelas, sin objeto alguno, hasta que la casualidad me hizo tropezar con el puesto de un librero. Viendo una silla destinada a uso de los clientes, me dejé caer en ella y, sin saber por qué, abrí el primer volumen que se hallaba al alcance de mi mano. Resultó ser un folleto que contenía un breve tratado de astronomía especulativa, escrito por el profesor Encke, de Berlín, o por un francés de nombre parecido. Tenía yo algunas nociones superficiales sobre el tema y me fui absorbiendo más y más en el contenido del libro, leyéndolo dos veces seguidas antes de darme cuenta de lo que sucedía en torno de mí. Como empezaba a oscurecer, encaminé mis pasos a casa. Pero el tratado (unido a un descubrimiento de neumática que un primo mío de Nantes me había comunicado recientemente con gran secreto) había producido en mí una impresión indeleble y, a medida que recorría las oscuras calles, daban vueltas en mi memoria los extraños y a veces incomprensibles razonamientos del autor.

»Algunos pasajes habían impresionado extraordinariamente mi imaginación. Cuanto más meditaba, más intenso se hacía el interés que habían despertado en mí. Lo limitado de mi educación en general, y más especialmente de los temas vinculados con la filosofía natural, lejos de hacerme desconfiar de mi capacidad para comprender lo que había leído, o inducirme a poner en duda las vagas nociones que había extraído de mi lectura, sirvió tan sólo de nuevo estímulo a la imaginación, y fui lo bastante vano, o quizás lo bastante razonable para preguntarme si aquellas torpes ideas, propias de una mente mal regulada, no poseerían en realidad la fuerza, la realidad y todas las propiedades inherentes al instinto o a la intuición.

»Era ya tarde cuando llegué a casa, y me acosté en seguida. Mi mente, sin embargo, estaba demasiado excitada para poder dormir, y pasé toda la noche sumido en meditaciones. Levantándome muy temprano al otro día, volví al puesto del librero y gasté el poco dinero que tenía en la compra de algunos volúmenes sobre mecánica y astronomía práctica. Una vez que hube regresado felizmente a casa con ellos, consagré todos mis momentos libres a su estudio y pronto hice progresos tales en dichas ciencias, que me parecieron suficientes para llevar a la práctica cierto designio que el diablo o mí genio protector me habían inspirado.

»A lo largo de este período me esforcé todo lo posible con conciliarme la benevolencia de los tres acreedores que tantos disgustos me habían dado. Lo conseguí finalmente, en parte con la venta de mis muebles, que sirvió para cubrir la mitad de mi deuda, y, en parte, con la promesa de pagar el saldo apenas se realizara un proyecto que, según les dije, tenía en vista, y para el cual solicitaba su ayuda. Como se trataba de hombres ignorantes, no me costó mucho conseguir que se unieran a mis propósitos.

»Así dispuesto todo, logré, con ayuda de mi mujer y actuando con el mayor secreto y precaución, vender todos los bienes que me quedaban, y pedir prestadas pequeñas sumas, con diversos pretextos y sin preocuparme (lo confieso avergonzado) por la forma

en que las devolvería; pude reunir así una cantidad bastante considerable de dinero en efectivo. Comencé entonces a comprar, de tiempo en tiempo, piezas de una excelente batista, de doce yardas cada una, hilo de bramante, barniz de caucho, un canasto de mimbre grande y profundo, hecho a medida, y varios otros artículos requeridos para la construcción .y aparejamiento de un globo de extraordinarias dimensiones. Di instrucciones a mi mujer para que lo confeccionara lo antes posible, explicándole la forma en que debía proceder. Entretanto tejí el bramante hasta formar una red de dimensiones suficientes, le agregué un aro y el cordaje necesario, y adquirí numerosos instrumentos y materiales para hacer experimentos en las regiones más altas de la atmósfera. Me las arreglé luego para llevar de noche, a un lugar distante al este de Rotterdam, cinco cascos forrados de hierro, con capacidad para unos cincuenta galones cada uno, y otro aún más grande, seis tubos de estaño de tres pulgadas de diámetro y diez pies de largo, de forma especial; una cantidad de cierta sustancia metálica, o semimetálica, que no nombraré, y una docena de damajuanas de un ácido sumamente común. El gas producido por estas sustancias no ha sido logrado por nadie más que yo, o, por lo menos, no ha sido nunca aplicado a propósitos similares. Sólo puedo decir aquí que es uno de los constituyentes del ázoe, tanto tiempo considerado como irreductible, y que tiene una densidad 37,4 veces menor que la del hidrógeno. Es insípido, pero no inodoro; en estado puro arde con una llama verdosa, y su efecto es instantáneamente letal para la vida animal. No tendría inconvenientes en revelar este secreto si no fuera que pertenece (como ya he insinuado) a un habitante de Nantes, en Francia, que me lo comunicó reservadamente. La misma persona, por completo ajena a mis intenciones, me dio a conocer un método para fabricar globos mediante la membrana de cierto animal, que no deja pasar la menor partícula del gas encerrado en ella. Descubrí, sin embargo, que dicho tejido resultaría sumamente caro, y llegué a creer que la batista, con una capa de barniz de caucho, serviría tan bien como aquél. Menciono esta circunstancia porque me parece probable que la persona en cuestión intente un vuelo en un globo equipado con el nuevo gas y el aludido material, y no quiero privarlo del honor de su muy singular invención.

»Me ocupé secretamente de cavar agujeros en las partes donde pensaba colocar cada uno de los cascos más pequeños durante la inflación del globo; los agujeros constituían un círculo de veinticinco pies de diámetro. En el centro, lugar destinado al casco más grande, cavé asimismo otro pozo. En cada uno de los agujeros menores deposité un bote que contenía cincuenta libras de pólvora de cañón, y en el más grande un barril de ciento cincuenta libras. Conecté debidamente los .botes y el barril con ayuda de contactos, y, luego de colocar en uno de los botes el extremo de una mecha de unos cuatro pies de largo, rellené el agujero y puse el casco encima, cuidando que el otro extremo de la mecha sobresaliera apenas una pulgada del suelo y resultara casi invisible detrás del casco. Rellené luego los restantes agujeros y sobre cada uno coloqué los barriles correspondientes.

»Fuera de los artículos enumerados, llevé secretamente al depósito uno de los aparatos perfeccionados de Grimm, para la condensación del aire atmosférico. Descubrí, sin embargo, que esta máquina requería diversas transformaciones antes de que se adaptara a las finalidades a que pensaba destinárla. Pero, con mucho trabajo e inflexible perseverancia, logré finalmente completar felizmente todos mis preparativos. Muy pronto el globo estuvo terminado. Contendría más de cuarenta mil pies cúbicos de gas y podría remontarse fácilmente con todos mis implementos, y, si maniobraba hábilmente, con ciento setenta y cinco libras de lastre. Le había aplicado tres capas de barniz, encontrando que la batista tenía todas las cualidades de la seda, siendo tan resistente como ésta y mucho menos cara.

»Una vez todo listo, logré que mi mujer jurara guardar el secreto de todas mis acciones desde el día en que habla visitado por primera vez el puesto de libros. Prometiéndole, volver tan pronto como las circunstancias lo permitieran, le di el poco dinero que me había quedado y me despedí de ella. No me preocupaba su suerte, pues era lo que la gente califica de mujer fuera de lo común, capaz de arreglárselas en el mundo sin mi ayuda: Creo, además, que siempre me consideró como un holgazán, como un simple complemento, sólo capaz de fabricar casullas en el aire, y que no dejaba de alegrarla verse libre de mí. Era noche oscura cuando le dije adiós, y, llevando conmigo, como aides de camp, a los tres acreedores que tanto me habían hecho sufrir, transportamos el globo, con la barquilla y los aparejos, al depósito de que he hablado, eligiendo para ello un camino retirado. Encontramos todo perfectamente dispuesto y, de inmediato, me puse a trabajar.

»Era el primero de abril. La noche, como he dicho, estaba oscura; no se veía una sola estrella y una llovizna que cala a intervalos nos molestaba muchísimo. Pero lo que más ansiedad me inspiraba era el globo, el cual, a pesar de su espesa capa de barniz, comenzaba a pesar demasiado a causa de la humedad; podía ocurrir asimismo que la pólvora se estropeara. Estimulé, pues, a mis tres acreedores para que trabajaran diligentemente, ocupándolos en amontonar hielo en torno al casco central y en remover el ácido contenido en los otros. No cesaban de importunarme con preguntas sobre lo que pensaba hacer con todos aquellos aparatos y se mostraban sumamente disgustados por el extenuante trabajo a que los sometía. No alcanzaban a darse cuenta, según afirmaban, de las ventajas resultantes de calarse hasta los huesos nada más que para tomar parte en aquellos horribles conjuros. Empecé a tranquilizarme y seguí trabajando con todas mis fuerzas, porque creo verdaderamente que aquellos imbéciles estaban convencidos de que había pactado con el diablo, y que lo que estaba haciendo no tenía nada de bueno. Y mucho temía por eso que me abandonaran. Pude convencerlos, sin embargo, mediante promesas de pago completo, tan pronto hubiera dado término al asunto que tenía entre manos. Como es natural, interpretaron a su modo mis palabras, imaginándose, sin duda, que de todas maneras yo terminaría por obtener una gran cantidad de dinero en efectivo, y con tal de que les pagara lo que les

debía, más una pequeña cantidad suplementaria por los servicios prestados, estoy seguro de que poco se preocupaban de cuanto ocurriera luego a mi alma o a mi cuerpo.

»Después de cuatro horas y media consideré que el globo estaba suficientemente inflado. Até entonces la barquilla, instalando en ella todos mis instrumentos: un telescopio, un barómetro con importantes modificaciones, un termómetro, un electrómetro, una brújula, un compás, un cronómetro, una campana, una bocina, etcétera; como también un globo de cristal, cuidadosamente obturado, y el aparato condensador; algo de cal viva, una barra de cera para sellos, una gran cantidad de agua y muchas provisiones, tales como pemmican, que posee mucho valor nutritivo en poco volumen. Metí asimismo en la barquilla una pareja de palomas y un gato.

»Se acercaba el amanecer y consideré que había llegado el momento de partir. Dejando caer un cigarro encendido como por casualidad, aproveché el momento de agacharme a recogerlo para encender secretamente el trozo de mecha que, como ya he dicho, sobresalía ligeramente del borde inferior de uno de los cascos menores. La maniobra no fue advertida por ninguno de los tres acreedores; entonces, saltando a la barquilla, corté la única soga que me ataba a la tierra y tuve el gusto de ver que el globo remontaba vuelo con extraordinaria rapidez, arrastrando sin el menor esfuerzo ciento setenta y cinco libras de lastre, del cual habría podido llevar mucho más. En el momento de abandonar la tierra el barómetro marcaba treinta pulgadas y el termómetro centígrado accusaba diecinueve grados.

»Apenas había alcanzado una altura de cincuenta yardas cuando, rugiendo y serpenteando tras de mí de la manera más horrorosa, se alzó un huracán de fuego, cascajo, maderas ardiendo, metal incandescente y miembros humanos destrozados que me llenó de espanto y me hizo caer en el fondo de la barquilla, temblando de terror. Me daba cuenta de que había exagerado la carga de la mina y que todavía me faltaba sufrir las consecuencias mayores de su voladura. En efecto, menos de un segundo después sentí que toda la sangre del cuerpo se me acumulaba en las sienes, y en ese momento una conmoción que jamás olvidaré reventó en la noche y pareció rajar de lado a lado el firmamento. Cuando más tarde tuve tiempo para reflexionar no dejé de atribuir la extremada violencia de la explosión, por lo que a mí respecta, a su verdadera causa, o sea, a hallarme situado inmediatamente encima de donde se había producido, en la línea de su máxima fuerza. Pero en aquel momento sólo pensé en salvar la vida. El globo empezó por caer, luego se dilató furiosamente y se puso a girar como un torbellino con vertiginosa rapidez, y finalmente, balanceándose y sacudiéndose como un borracho, me lanzó por encima del borde de la barquilla y me dejó colgando, a una espantosa altura, cabeza abajo y con el rostro mirando hacia afuera, suspendido de una fina cuerda que accidentalmente colgaba de un agujero cerca del fondo de la barquilla de mimbre, y en el cual, al caer, mi pie izquierdo quedó enganchado de la manera más providencial.

»Sería imposible, completamente imposible, formarse una idea adecuada del horror de mi situación. Traté de respirar, jadeando, mientras un estremecimiento comparable al

de un acceso de calentura recorría mi cuerpo. Sentí que los ojos se me salían de las órbitas, una náusea horrorosa me envolvió, y acabé por perder completamente el sentido.

»No podría decir cuánto tiempo permanecí en este estado. Debió de ser mucho, sin embargo, pues cuando recobré parcialmente el sentimiento de la existencia advertí que estaba amaneciendo y que el globo volaba a prodigiosa altura sobre un océano absolutamente desierto, sin la menor señal de tierra en cualquiera de los límites del vasto horizonte. Empero, mis sensaciones al volver del desmayo no eran tan angustiosas como cabía suponer. Había mucho de locura en el tranquilo examen que me puse a hacer de mi situación. Levanté las manos a la altura de los ojos, preguntándome asombrado cuál podía ser la causa de que tuviera tan hinchadas las venas y tan horriblemente negras las uñas. Examiné luego cuidadosamente mí cabeza, sacudiéndola repetidas veces, hasta que me convencí de que no la tenía del tamaño del globo como había sospechado por un momento. Tanteé después los bolsillos de mis calzones y, al notar que me faltaban unas tabletas y un palillero, traté de explicarme su desaparición, y al no conseguirlo me sentí inexpresablemente preocupado. Me pareció notar entonces una gran molestia en el tobillo izquierdo y una vaga conciencia de mi situación comenzó a dibujarse en mi mente. Pero, por extraño que parezca, no me asombré ni me horroricé. Si alguna emoción sentí fue una traviesa satisfacción ante la astucia que iba a desplegar para librarme de aquella posición en que me hallaba, y en ningún momento puse en duda que lo lograría sin inconvenientes.

»Pasé varios minutos sumido en profunda meditación. Me acuerdo muy bien de que apretaba los labios, apoyaba un dedo en la nariz y hacía todas las gesticulaciones propias de los hombres que, cómodamente instalados en sus sillones, reflexionan sobre cuestiones importantes e intrincadas. Luego de haber concentrado suficientemente mis ideas, procedí con gran cuidado y atención a ponerme las manos a la espalda y a soltar la gran hebilla de hierro del cinturón de mis pantalones. Dicha hebilla tenía tres dientes que, por hallarse herrumbrados, giraban dificultosamente en su eje. Después de bastante trabajo conseguí colocarlos en ángulo recto con el plano de la hebilla y noté satisfecho que permanecían firmes en esa posición. Teniendo entre los dientes dicho instrumento, me puse a desatar el nudo de mi corbata. Debí descansar varias veces antes de conseguirlo, pero finalmente lo logré. Até entonces la hebilla a una de las puntas de la corbata y me sujeté el otro extremo a la cintura para más seguridad. Enderezándome luego con un prodigioso despliegue de energía muscular, logré en la primera tentativa lanzar la hebilla de manera que cayese en la barquilla; tal como lo había anticipado, se enganchó en el borde circular de la cesta de mimbre.

»Mi cuerpo se encontraba ahora inclinado hacia el lado de la barquilla en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, pero no debe entenderse por esto que me hallara sólo a cuarenta y cinco grados por debajo de la vertical. Lejos de ello, seguía casi paralelo al plano del horizonte, pues mi cambio de posición había determinado que la barquilla se

desplazara a su vez hacia afuera, creándome una situación extremadamente peligrosa. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que si al caer hubiera quedado con la cara vuelta hacia el globo y no hacia afuera como estaba, o bien si la cuerda de la cual me hallaba suspendido hubiese colgado del borde superior de la barquilla y no de un agujero cerca del fondo, en cualquiera de los dos casos me hubiera sido imposible llevar a cabo lo que acababa de hacer, y las revelaciones que siguen se hubieran perdido para la posteridad. Razones no me faltaban, pues, para sentirme agradecido, aunque, a decir verdad, estaba aún demasiado aturdido para sentir gran cosa, y seguí colgado durante un cuarto de hora, por lo menos, de aquella extraordinaria manera, sin hacer ningún nuevo esfuerzo y en un tranquilo estado de estúpido goce. Pero esto no tardó en cesar y se vio reemplazado por el horror, la angustia y la sensación de total abandono y desastre. Lo que ocurría era que la sangre acumulada en los vasos de mi cabeza y garganta, que hasta entonces me había exaltado delirantemente, empezaba a retirarse a sus canales naturales, y que la lucidez que ahora se agregaba a mi conciencia del peligro sólo servía para privarme de la entereza y el coraje necesarios para enfrentarlo. Por suerte, esta debilidad no duró mucho. El espíritu de la desesperación acudió a tiempo para rescatarme, y mientras gritaba y luchaba como un desesperado me enderezé convulsivamente hasta alcanzar con una mano el tan ansiado borde y, aferrándome a él con todas mis fuerzas, conseguí pasar mi cuerpo por encima y caer de cabeza y temblando en la barquilla.

»Pasó algún tiempo antes de que me recobrara lo suficiente para ocuparme del manejo del globo. Después de examinarlo atentamente, descubrí con gran alivio que no había sufrido el menor daño. Los instrumentos estaban a salvo y no se había perdido ni el lastre ni las provisiones. Por lo demás, los había asegurado tan bien en sus respectivos lugares, que hubiese sido imposible que se estropearan. Miré mi reloj y vi que eran las seis de la mañana. Ascendíamos rápidamente y el barómetro indicaba una altitud de tres millas y tres cuartos. En el océano, inmediatamente por debajo de mí, aparecía un pequeño objeto negro de forma ligeramente oblonga, que tendría el tamaño de una pieza de dominó, y que en todo sentido se le parecía mucho. Asésté hacia él mi telescopio y no tardé en ver claramente que se trataba de un navío de guerra británico de noventa y cuatro cañones que orzaba con rumbo al oeste-sudoeste, cabeceando duramente. Fuera de este barco sólo se veía el océano, el cielo y el sol que acababa de levantarse.

»Ya es tiempo de que explique a Vuestras Excelencias el objeto de mi viaje. Vuestras Excelencias recordarán que ciertas penosas circunstancias en Rotterdam me habían arrastrado finalmente a la decisión de suicidarme. La vida no me disgustaba por sí misma sino a causa de las insoportables angustias derivadas de mi situación. En esta disposición de ánimo, deseoso de vivir y a la vez cansado de la vida, el tratado adquirido en la librería, junto con el oportuno descubrimiento de mi primo de Nantes, abrieron una ventana a mi imaginación. Finalmente me decidí. Resolví partir, pero

seguir viviendo; abandonar este mundo, pero continuar existiendo... En suma, para dejar de lado los enigmas: resolví, pasara lo que pasara, abrirme camino hasta la luna. Y para que no se me suponga más loco de lo que realmente soy, procederé a detallar le mejor posible las consideraciones que me indujeron a creer que un designio semejante, aunque lleno de dificultades y de peligros, no estaba más allá de lo posible para un espíritu osado.

»El primer problema a tener en cuenta era la distancia de la tierra a la luna. El intervalo medio entre los centros de ambos planetas equivale a 59,9643 veces el radio ecuatorial de la tierra; vale decir unas 237.000 millas. Digo el intervalo medio, pero debe tenerse en cuenta que como la órbita de la luna está constituida por una elipse cuya excentricidad no baja de 0,05484 del semieje mayor de la elipse, y el centro de la tierra se halla situado en su foco, si me era posible de alguna manera llegar a la luna en su perigeo, la distancia mencionada más arriba se vería disminuida. Dejando por ahora de lado esa posibilidad, de todas maneras había que deducir de las 237.000 millas el radio de la tierra, o sea, 4.000, y el de la luna, 1.080, con lo cual, en circunstancias ordinarias, quedarían por franquear 231.920 millas.

»Me dije que esta distancia no era tan extraordinaria. Viajando por tierra, se la ha recorrido varias veces a un promedio de setenta millas por hora, y cabe prever que se alcanzarán velocidades muy superiores. Pero incluso así no me llevaría más de ciento sesenta y un días alcanzar la superficie de la luna. Varios detalles, empero, me inducían a creer que mí promedio de velocidad sobrepasaría probablemente en mucho el de sesenta millas horarias, y, como dichas consideraciones me impresionaron profundamente, no dejaré de mencionarlas en detalle más adelante.

»El siguiente punto a considerar era mucho más importante. Conforme a las indicaciones del barómetro, se observa que a una altura de 1.000 pies sobre el nivel del mar hemos dejado abajo una trigésima parte de la masa atmosférica total; que a los 10.600 pies hemos subido a un tercio de la misma, que a los 18.000 pies, que es aproximadamente la elevación del Cotopaxi, sobrepasamos la mitad de la masa material —o, por lo menos, ponderable— del aire que corresponde a nuestro globo. Se calcula asimismo que a una altitud que no exceda la centésima parte del diámetro terrestre —vale decir, que no exceda de ochenta millas—, el enrarecimiento del aire sería tan excesivo que la vida animal no podría resistirlo, y, además, que los instrumentos más sensibles de que disponemos para asegurarnos de la presencia de la atmósfera resultarían inadecuados a esa altura.

»No dejé de reparar, sin embargo, en que estos últimos cálculos se fundan por entero en nuestro conocimiento experimental de las propiedades del aire y de las leyes mecánicas que regulan su dilatación y su compresión en lo que cabe llamar, hablando comparativamente, la vecindad inmediata de la tierra; y que al mismo tiempo se da por sentado que la vida animal es esencialmente incapaz de modificación a cualquier distancia inalcanzable desde la superficie. Ahora bien, partiendo de tales datos, todos

estos razonamientos tienen que ser simplemente analógicos. La mayor altura jamás alcanzada por el hombre es de 25.000 pies en la expedición aeronáutica de Gay-Lussac y Biot. Se trata de una altura moderada, aun si se la compara con las ochenta millas en cuestión, y no pude dejar de pensar que la cosa se prestaba a la duda y a las más amplias especulaciones.

»De hecho, al ascender a cualquier altitud dada, la cantidad de aire ponderable sobrepasada al seguir ascendiendo no se halla en proporción con la altura adicional alcanzada (como puede deducirse claramente de lo ya dicho), sino en una proporción decreciente constante. Resulta claro, pues, que por más alto que ascendamos no podemos, literalmente hablando, llegar a un límite más allá del cual no haya atmósfera. Mi opinión era que debía existir, aunque pudiera ser que se hallara en un estado de infinita rarefacción.

»Por otra parte, sabia que no faltaban argumentos para probar la existencia de un límite real y definido de la atmósfera más allá del cual no habría absolutamente nada de aire. Pero una circunstancia descuidada por los sostenedores de dicha teoría me pareció, si no capaz de refutarla por entero, digna, al menos, de ser considerada seriamente. Al comparar los intervalos entre las sucesivas llegadas del cometa de Encke a su perihelio, y después de tener debidamente en cuenta todas las perturbaciones ocasionadas por la atracción de los planetas, parece ser que los períodos están disminuyendo gradualmente; vale decir que el eje mayor de la elipse trazado por el cometa se está acortando en un lento pero regular proceso de reducción. Ahora bien, esto debería suceder así si suponemos que el cometa experimenta una resistencia par parte de un medio etéreo excesivamente rarefacto que ocupa la zona de su órbita, ya que semejante medie, al retardar la velocidad del cometa, debe aumentar su fuerza centrípeta debilitando la centrífuga. En otras palabras, la atracción del sol estaría alcanzando cada vez más intensidad y el cometa iría aproximándose a él a cada revolución. No parece haber otra manera de explicar la variación aludida.

»Hay más: Se observa que el diámetro real de la nebulosidad del cometa se contrae rápidamente al acercarse al sol y se dilata con igual rapidez al alejarse hacia su afelio. ¿No me hallaba justificado al suponer, con Valz, que esta aparente condensación de volumen se origina por la compresión del aludido media etéreo, y que se va densificando proporcionalmente a su proximidad al sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular y que se denomina luz zodiacal era también un asunto digno de atención. Esta radiación tan visible en los trópicos, y que no puede confundirse con ningún resplandor meteórico, se extiende oblicuamente desde el horizonte, siguiendo, por lo general, la dirección del ecuador solar. Tuve la impresión de que provenía de una atmósfera enrarecida que se dilataba a partir del sol, por lo menos hasta más allá de la órbita de Venus, y en mi opinión a muchísima mayor distancia. No podía creer que este medio ambiente se limitara a la zona de la elipse del cometa o a la vecindad inmediata del sol. Fácil era, por el contrario, imaginarla ocupando la entera región de nuestro

sistema planetario, condensada en lo que llamamos atmósfera en los planetas, y quizá modificada en algunos de ellos por razones puramente geológicas; vale decir, modificada o alterada en sus proporciones (o su naturaleza esencial) por materias volatilizadas emanantes de dichos planetas.

»Una vez adoptado este punto de vista, ya no vacilé. Descontando que hallaría a mi paso una atmósfera esencialmente análoga a la de la superficie de la tierra, pensé que con ayuda del muy ingenioso aparato de Grimm sería posible condensarla en cantidad suficiente para las necesidades de la respiración. Esto eliminaría el obstáculo principal de un viaje a la luna. Había gastado dinero y mucho trabajo en adaptar el instrumento al fin requerido, y tenía plena confianza en su aplicación si me era dado cumplir el viaje dentro de cualquier período razonable. Y esto me trae a la cuestión de la velocidad con que podría efectuarlo.

»Verdad es que los globos, en la primera etapa de sus ascensiones, se remontaban a velocidad relativamente moderada. Ahora bien, la fuerza de elevación reside por completo en el peso superior del aire atmosférico comparado con el del gas del globo; cuando el aeróstato adquiere mayor altura y, por consiguiente, arriba a capas atmosféricas cuya densidad disminuye rápidamente, no parece probable ni razonable que la velocidad original vaya acelerándose. Pero, por otra parte, no tenía noticias de que en ninguna ascensión conocida se hubiese advertido una disminución en la velocidad absoluta del ascenso; sin embargo, tal hubiera debido ser el caso, aunque más no fuera por el escape del gas en globos de construcción defectuosa, aislados con una simple capa de barniz. Me pareció, pues, que las consecuencias de dicho escape de gas debían ser suficientes para contrabalancear el efecto de la aceleración lograda por la mayor distancia del globo al centro de gravedad. Consideré que, si hallaba a mi paso el medio ambiente que había imaginado, y si éste resultaba esencialmente lo que denominamos aire atmosférico, no se produciría mayor diferencia en la fuerza ascendente por causa de su extremado enrarecimiento, ya que el gas de mi globo no sólo se hallaría sujeto al mismo enrarecimiento (con cuyo objeto le permitiría que escapara en cantidad suficiente para evitar una explosión), sino que, siendo lo que era, continuaría mostrándose específicamente más liviano que cualquier compuesto de nitrógeno y oxígeno. Había, pues, una posibilidad —y muy grande— de que en ningún momento de mi ascenso alcanzara un punto donde los pesos unidos de mi inmenso globo, el gas inconcebiblemente ligero que lo llenaba, la barquilla y su contenido lograran igualar el peso de la masa atmosférica desplazada por el aeróstato; y fácilmente se comprenderá que sólo el caso contrario hubiera podido detener mi ascensión. Mas aun en este caso era posible aligerar el globo de casi trescientas libras arrojando el lastre y otros pesos. Entretanto, la fuerza de gravedad seguiría disminuyendo continuamente en proporción al cuadrado de las distancias; y así, con una velocidad prodigiosamente acelerada, llegaría, por fin, a esas alejadas regiones donde la fuerza de atracción de la tierra sería superada por la de la luna.

»Había otra dificultad que me producía alguna inquietud. Se ha observado que en las ascensiones en globo a alturas considerables, aparte de la dificultad respiratoria, se producen fenómenos sumamente penosos en todo el organismo, acompañados frecuentemente de hemorragias de nariz y otros síntomas alarmantes, que se van agudizando a medida que aumenta la altura. No dejaba de preocuparme este aspecto. ¿No podía ocurrir que dichos síntomas continuaran en aumento hasta provocar la muerte? Pero llegué a la conclusión de que no. Su origen debía buscarse en la progresiva disminución de la presión atmosférica usual sobre la superficie del cuerpo y la consiguiente dilatación de los vasos sanguíneos superficiales; no se trataba de una desorganización capital del sistema orgánico, como en el caso de la dificultad respiratoria, donde la densidad atmosférica resulta químicamente insuficiente para la debida renovación de la sangre en un ventrículo del corazón. A menos que faltara esta renovación, no veía razón alguna para que la vida no pudiera mantenerse, incluso en el vacío; pues la expansión y compresión del pecho, llamadas vulgarmente respiración, son acciones puramente musculares, y causa, no efecto, de la respiración. En una palabra, supuse que así como el cuerpo llegaría a habituarse a la falta de presión atmosférica, del mismo modo las sensaciones dolorosas irían disminuyendo; para soportarlas mientras duraran confiaba en la férrea resistencia de mi constitución.

»Así, aunque no todas, he detallado algunas de las consideraciones que me indujeron a proyectar un viaje a la luna. Procederé ahora, si así place a vuestras Excelencias, a comunicaros los resultados de una tentativa cuya concepción parece tan audaz, y que en todo caso no tiene paralelo en los anales de la humanidad.

»Habiendo alcanzado la altitud antes mencionada —vale decir, tres millas y tres cuartos— arrojé por la barquilla una cantidad de plumas, descubriendo que aun ascendía con suficiente velocidad, por lo cual no era necesario privarme de lastre. Me alegré de esto, pues deseaba guardar conmigo todo el peso posible por la sencilla razón de que no tenía ninguna seguridad sobre la fuerza de atracción o la densidad atmosférica de la luna. Hasta ese momento no sentía molestias físicas, respiraba con entera libertad y no me dolía la cabeza. El gato descansaba tranquilamente sobre mi chaqueta, que me había quitado, y contemplaba las palomas con un aire de nonchalance. En cuanto a éstas, atadas por una pata para que no volaran, ocupábanse activamente de picotear los granos de arroz que les había echado en el fondo de la barquilla.

»A las seis y veinte el barómetro acusó una altitud de 26.400 pies, o sea casi cinco millas. El panorama parecía ilimitado. En realidad, resultaba fácil calcular, con ayuda de la trigonometría esférica, el ámbito terrestre que mis ojos alcanzaban. La superficie convexa de un segmento de esfera es a la superficie total de la esfera lo que el senovero del segmento al diámetro de la esfera. Ahora bien, en este caso, el senovero —vale decir el espesor del segmento por debajo de mí— era aproximadamente igual a mi elevación, o a la elevación del punto de vista sobre la superficie. «De cinco a ocho millas» expresaría, pues, la proporción del área terrestre que se ofrecía a mis miradas. En otras

palabras, estaba contemplando una decimosextava parte de la superficie total del globo. El mar aparecía sereno como un espejo, aunque el telescopio me permitió advertir que se hallaba sumamente encrespado. Ya no se veía el navío, que al parecer había derivado hacia el este. Empecé a sentir fuertes dolores de cabeza a intervalos, especialmente en la región de los oídos, aunque seguía respirando con bastante libertad. El gato y las palomas no parecían sentir molestias.

»A las siete menos veinte el globo entró en una región de densas nubes, que me ocasionaron serias dificultades, dañando mi aparato condensador y empapándome hasta los huesos; fue éste, por cierto, un singular rencontre, pues jamás había creído posible que semejante nube estuviera a tal altura. Me pareció conveniente soltar dos pedazos de cinco libras de lastre, conservando un peso de ciento sesenta y cinco libras. Gracias a esto no tardé en sobrevolar la zona de las nubes, y al punto percibí que mi velocidad ascensional había aumentado considerablemente. Pocos segundos después de salir de la nube, un relámpago vivísimo la recorrió de extremo a extremo, incendiándola en toda su extensión como si se tratara de una masa de carbón ardiente. Esto ocurría, como se sabe, a plena luz del día. Imposible imaginar la sublimidad que hubiese asumido el mismo fenómeno en caso de producirse en las tinieblas de la noche. Sólo el infierno hubiera podido proporcionar una imagen adecuada. Tal como lo vi, el espectáculo hizo que el cabello se me erizara mientras miraba los abiertos abismos, dejando descender la imaginación para que vagara por las extrañas galerías abovedadas, los encendidos golfos y los rojos y espantosos precipicios de aquel terrible e insondable incendio. Me había salvado por muy poco. Si el globo hubiese permanecido un momento más dentro de la nube, es decir, si la humedad de la misma no me hubiera decidido a soltar lastre, probablemente no hubiera escapado a la destrucción. Esta clase de peligros, aunque poco se piensa en ellos, son quizás los mayores que deben afrontar los globos. Pero ahora me encontraba a una altitud demasiado grande como para que el riesgo volviera a presentarse.

»Subíamos rápidamente, y a las siete en punto el barómetro indicó nueve millas y media. Empecé a experimentar una gran dificultad respiratoria. La cabeza me dolía muchísimo y, al sentir algo húmedo en las mejillas, descubrí que era sangre que me salía en cantidad por los oídos. Mis ojos me preocuparon también mucho. Al pasarme la mano por ellos me pareció que me sobresalían de las órbitas; veía como distorsionados los objetos que contenía el globo, y a éste mismo. Los síntomas excedían lo que había supuesto y me produjeron alguna alarma. En este momento; obrando con la mayor imprudencia e insensatez, arrojé tres piezas de cinco libras de lastre. La velocidad acelerada del ascenso me llevó demasiado rápidamente y sin la gradación necesaria a una capa altamente enrarecida de la atmósfera, y estuve a punto de ser fatal para mi expedición y para mí mismo. Súbitamente me sentí presa de un espasmo que duró más de cinco minutos, y aun después de haber cedido en cierta medida, seguí respirando a largos intervalos, jadeando de la manera más penosa, mientras sangraba copiosamente

por la nariz y los oídos, y hasta ligeramente por los ojos. Las palomas parecían sufrir mucho y luchaban por escapar, mientras el gato maullaba desesperadamente y, con la lengua afuera, moviéase tambaleando de un lado a otro de la barquilla, como si estuviera envenenado. Demasiado tarde descubrí la imprudencia que había cometido al soltar el lastre. Supuse que moriría en pocos minutos. Los sufrimientos físicos que experimentaba contribuían además a incapacitarme casi por completo para hacer el menor esfuerzo en procura de salvación. Poca capacidad de reflexión me quedaba, y la violencia del dolor de cabeza parecía crecer por instantes. Me di cuenta de que los sentidos no tardarían en abandonarme, y ya había aferrado una de las sogas correspondientes a la válvula de escape, con la idea de intentar el descenso, cuando el recuerdo de la broma que les había jugado a mis tres acreedores, y sus posibles consecuencias para mí, me detuvieron por el momento. Me dejé caer en el fondo de la barquilla, luchando por recuperar mis facultades. Lo conseguí hasta el punto de pensar en la conveniencia de sangrarme. Como no tenía lanceta, me vi precisado a arreglármelas de la mejor manera posible, cosa que al final logré cortándome una vena del brazo izquierdo con mi cortaplumas.

»Apenas había empezado a correr la sangre cuando noté un sensible alivio. Luego de perder aproximadamente el contenido de media jofaina de dimensiones ordinarias, la mayoría de los síntomas más alarmantes desaparecieron por completo. De todos modos no me pareció prudente enderezarme en seguida, sino que, después de atarme el brazo lo mejor que pude, seguí descansando un cuarto de hora. Pasado este plazo me levanté, sintiéndome tan libre de dolores como lo había estado en la primera parte de la ascensión. No obstante seguía teniendo grandísimas dificultades para respirar, y comprendí que pronto habría llegado el momento de utilizar mi condensador. En el ínterin miré a la gata, que había vuelto a instalarse cómodamente sobre mi chaqueta, y descubrí con infinita sorpresa que había aprovechado la oportunidad de mi indisposición para dar a luz tres gatitos. Esto constituía un aumento completamente inesperado en el número de pasajeros del globo, pero no me desagradó que hubiera ocurrido; me proporcionaba la oportunidad de poner a prueba la verdad de una conjeta que, más que cualquier otra, me había impulsado a efectuar la ascensión. Había imaginado que la resistencia habitual a la presión atmosférica en la superficie de la tierra era la causa de los sufrimientos por los que pasa toda vida a cierta distancia de esa superficie. Si los gatitos mostraban síntomas equivalentes a los de la madre, debería considerar como fracasada mi teoría, pero si no era así, entendería el hecho como una vigorosa confirmación de aquella idea.

»A las ocho de la mañana había alcanzado una altitud de diecisiete millas sobre el nivel del mar. Así, pues, era evidente que mi velocidad ascensional no sólo iba en aumento, sino que dicho aumento hubiera sido verificable aunque no hubiese tirado el lastre como lo había hecho. Los dolores de cabeza y de oídos volvieron a intervalos y con mucha violencia, y por momentos seguí sangrando por la nariz; pero, en general,

sufría mucho menos de lo que podía esperarse. Mi respiración, empero, se volvía más y más difícil, y cada inspiración determinaba un desagradable movimiento espasmódico del pecho. Desempaqueé, pues, el aparato condensador y lo alisté para su uso inmediato.

»A esta altura de mi ascensión el panorama que ofrecía la tierra era magnífico. Hacia el oeste, el norte y el sur, hasta donde alcanzaban mis ojos, se extendía la superficie ilimitada de un océano en aparente calma, que por momentos iba adquiriendo una tonalidad más y más azul. A grandísima distancia hacia el este, aunque discernibles con toda claridad, veíase las Islas Británicas, la costa atlántica de Francia y España, con una pequeña porción de la parte septentrional del continente africano. Era imposible advertir la menor señal de edificios aislados, y las más orgullosas ciudades de la humanidad se habían borrado completamente de la faz de la tierra.

»Lo que más me asombró del aspecto de las cosas de abajo fue la aparente concavidad de la superficie del globo. Bastante irreflexivamente había esperado contemplar su verdadera convexidad a medida que subiera, pero no tardé en explicarme aquella contradicción. Una línea tirada perpendicularmente desde mi posición a la tierra hubiera formado la perpendicular de un triángulo rectángulo, cuya base se hubiera extendido desde el ángulo recto hasta el horizonte, y la hipotenusa desde el horizonte hasta mi posición. Pero mi lectura era poco o nada en comparación con la perspectiva que abarcaba. En otras palabras, la base y la hipotenusa del supuesto triángulo hubieran sido en este caso tan largas, comparadas con la perpendicular, que las dos primeras hubieran podido considerarse casi paralelas. De esta manera el horizonte del aeronauta aparece siempre como si estuviera al nivel de la barquilla. Pero, como el punto situado inmediatamente debajo de él le parece estar —y está— a gran distancia, da también la impresión de hallarse a gran distancia por debajo del horizonte. De ahí la aparente concavidad, que habrá de mantenerse hasta que la elevación alcance una proporción tan grande con el panorama, que el aparente paralelismo de la base y la hipotenusa desaparezca.

»A esta altura las palomas parecían sufrir mucho. Me decidí, pues, a ponerlas en libertad. Desaté primero una, bonitamente moteada de gris, y la posé sobre el borde de la barquilla. Se mostró muy inquieta; miraba ansiosamente a todas partes, agitando las alas y arrullando suavemente, pero no pude persuadirla de que se soltara del borde. Por fin la agarré, arrojándola a unas seis yardas del globo. Pero, contra lo que esperaba, no mostró ningún deseo de descender, sino que luchó con todas sus fuerzas por volver, mientras lanzaba fuertes y penetrantes chillidos. Logró por fin alcanzar su posición anterior, mas apenas lo había hecho cuando apoyó la cabeza en el pecho y cayó muerta en la barquilla.

»La otra fue más afortunada, pues para impedir que siguiera el ejemplo de su compañera y regresara al globo, la tiré hacia abajo con todas mis fuerzas, y tuve el placer de verla continuar su descenso con gran rapidez, haciendo uso de sus alas de la manera más natural. Muy pronto se perdió de vista, y no dudo de que llegó sana y salva a casa.

La gata, que parecía haberse recobrado muy bien de su trance, procedió a comerse con gran apetito la paloma muerta, y se durmió luego satisfechísima. Sus gatitos parecían sumamente vivaces y no mostraban la menor señal de malestar.

»A las ocho y cuarto, como me era ya imposible inspirar aire sin los más intolerables dolores, procedí a ajustar a la barquilla la instalación correspondiente al condensador. Dicho aparato requiere algunas explicaciones, y vuestras Excelencias deberán tener presente que mi finalidad, en primer término, consistía en aislarme y aislar completamente la barquilla de la atmósfera altamente enrarecida en la cual me encontraba, a fin de introducir en el interior de mi compartimento, y por medio de mi condensador, una cantidad de la referida atmósfera suficientemente condensada para poder respirarla. Con esta finalidad en vista, había preparado una envoltura o saco muy fuerte, perfectamente impermeable y flexible. Toda la barquilla quedaba contenida dentro de este saco. Vale decir que, luego de tenderlo por debajo del fondo de la cesta de mimbre y hacerlo subir por los lados, lo extendí a lo largo de las cuerdas hasta el borde superior o aro al cual estaba atada la red del globo. Una vez levantado el saco, cerrando por completo todos los lados y el fondo, había que asegurar su abertura o boca, pasando la tela sobre el aro de la red o, en otras palabras, entre la red y el aro. Pero si la red quedaba separada del aro para permitir dicho pasó, ¿cómo se sostendría entretanto la barquilla? Pues bien, la red no estaba atada de manera fija al aro, sino sujetá a éste mediante una serie de presillas o lazos. Por tanto, sólo había que desatar unos cuantos de estos lazos por vez, dejando la barquilla suspendida de los restantes. Insertada así una porción de tela que constituía la parte superior del saco, volví a ajustar los lazos, ya no al aro, pues ello hubiera sido imposible desde el momento que ahora intervenía la tela, sino a una serie de grandes botones asegurados en la tela misma, a unos tres pies por debajo de la abertura del saco; los intervalos entre los botones correspondían a los intervalos entre los lazos. Hecho esto, aflojé otra cantidad de lazos del aro, introduje una nueva porción de la tela y los lazos sueltos fueron a su vez conectados con sus botones correspondientes. De esta manera pude insertar toda la parte superior del saco entre la red y el aro. Como es natural, este último cayó entonces dentro de la barquilla, mientras el peso de ésta quedaba sostenido tan sólo por la fuerza de los botones.

»A primera vista este dispositivo podría parecer inadecuado, pero no era así, pues los botones eran fortísimos y estaban tan cerca uno del otro que sólo les tocaba soportar individualmente un pequeño peso. Aunque la barquilla y su contenido hubiesen sido tres veces más pesados, no me habría sentido tranquilo.

»Procedí luego a levantar otra vez el aro por dentro de la envoltura de goma elástica y lo inserté casi a su altura anterior por medio de tres soportes muy livianos preparados al efecto. Hice esto, como se comprenderá, a fin de mantener distendido el saco en su terminación, de modo que la parte inferior de la red conservara su posición normal. Sólo me faltaba ahora cerrar la abertura del saco, y lo hice rápidamente, juntando los pliegues

de la tela y retorciéndolos apretadamente desde dentro por medio de una especie de tourniquet fijo.

»A los lados de este envoltorio ajustado a la barquilla había tres cristales espesos pero muy transparentes, por los cuales podía ver sin la menor dificultad en todas las direcciones horizontales. En la parte del saco que constituía el fondo había una cuarta ventanilla del mismo género, que correspondía a una pequeña abertura en el piso de la barquilla. Esto me permitía ver hacia abajo, pero, en cambio, no había podido ajustar un dispositivo similar en la parte superior, dada la forma en que se cerraba el saco y las arrugas que formaba, por lo cual no podía esperar ver los objetos situados en el cenit. De todas maneras la cosa no tenía importancia, pues aun en el caso de haber colocado una mirilla en lo alto, el globo mismo me hubiera impedido hacer uso de ella.

»A un pie por debajo de una de las mirillas laterales había un orificio circular, de tres pulgadas de diámetro, en el cual había fijado una rosca de bronce. A esta rosca se atornillaba el largo tubo del condensador, cuyo cuerpo principal se encontraba, naturalmente, dentro de la cámara de caucho. Por medio del vacío practicado en la máquina, dicho tubo absorbía una cierta cantidad de atmósfera circundante y la introducía en estado de condensación en la cámara de caucho, donde se mezclaba con el aire enrarecido ya existente. Una vez que la operación se había repetido varias veces, la cámara quedaba llena de aire respirable. Pero, como en un espacio tan reducido no podía tardar en viciarse a causa de su continuo contacto con los pulmones, se lo expulsaba con ayuda de una pequeña válvula situada en el fondo de la barquilla; el aire más denso se proyectaba de inmediato a la enrarecida atmósfera exterior. Para evitar el inconveniente de que se produjera un vacío total en la cámara, esta purificación no se cumplía de una vez, sino progresivamente; para ello la válvula se abría unos pocos segundos y volvía a cerrarse, hasta que uno o dos impulsos de la bomba del condensador reemplazaban el volumen de la atmósfera desalojada. Por vía de experimento instalé a la gata y sus gatitos en una pequeña cesta que suspendí fuera de la barquilla por medio de un sostén en el fondo de ésta, al lado de la válvula de escape, que me servía para alimentarlos toda vez que fuera necesario. Esta instalación, que dejé terminada antes de cerrar la abertura de la cámara, me dio algún trabajo, pues debí emplear una de las perchas que he mencionado, a la cual até un gancho. Tan pronto un aire más denso ocupó la cámara, el aro y las pétigas dejaron de ser necesarias, pues la expansión de aquella atmósfera encerrada distendía fuertemente las paredes de caucho.

»Cuando hube terminado estos arreglos y llenado la cámara como acabo de explicar, eran las nueve menos diez. Todo el tiempo que pasé así ocupado sufria una terrible opresión respiratoria, y me arrepentí amargamente de la negligencia o, mejor, de la temeridad que me había hecho dejar para último momento una cuestión tan importante. Mas apenas estuvo terminada, comencé a cosechar los beneficios de mi invención. Volví a respirar libre y fácilmente. Me alegró asimismo descubrir que los violentos dolores que me habían atormentado hasta ese momento se mitigaban casi completamente. Todo lo

que me quedaba era una leve jaqueca, acompañada de una sensación de plenitud o hinchazón en las muñecas, los tobillos y la garganta. Parecía, pues, evidente que gran parte de las molestias derivadas de la falta de presión atmosférica habían desaparecido tal como lo esperara, y que muchos de los dolores padecidos en las últimas horas debían atribuirse a los efectos de una respiración deficiente.

»A las nueve menos veinte, es decir, muy poco antes de cerrar la abertura de la cámara, el mercurio llegó a su límite y dejó de funcionar el barómetro, que, como ya he dicho, era especialmente largo. Indicaba en ese momento una altitud de 132.000 pies, o sea veinticinco millas, vale decir que me era dado contemplar una superficie terrestre no menor de la trescientas veinteava parte de su área total. A las nueve perdí de vista las tierras al este, no sin antes advertir que el globo derivaba rápidamente hacia el nornoroeste. El océano por debajo de mi conservaba su aparente concavidad, aunque mi visión se veía estorbada con frecuencia por las masas de nubes que flotaban de un lado a otro.

»A las nueve y media hice el experimento de arrojar un puñado de plumas por la válvula. No flotaron como había esperado, sino que cayeron verticalmente como una bala y en masa, a extraordinaria velocidad, perdiéndose de vista en un segundo. Al principio no supe qué pensar de tan extraordinario fenómeno, pues no podía creer que mi velocidad ascensional hubiera alcanzado una aceleración repentina tan prodigiosa. Pero no tardó en ocurrírseme que la atmósfera se hallaba ahora demasiado rarificada para sostener una mera pluma, y que, por lo tanto, caían a toda velocidad; lo que me había sorprendido eran las velocidades unidas de su descenso y mi elevación.

»A las diez hallé que no tenía que ocuparme mayormente de nada. Todo marchaba bien y estaba convencido de que el globo subía con una rapidez creciente, aunque ya no tenía instrumentos para asegurarme de su progresión. No sentía dolores ni molestias de ninguna clase, y estaba de mejor humor que en ningún momento desde mi partida de Rotterdam; me ocupé, pues, de observar los diversos instrumentos y de regenerar la atmósfera de la cámara. Decidí repetirlo cada cuarenta minutos, más para mantener mi buen estado físico que porque la renovación fuese absolutamente necesaria. Entretanto no pude impedirme anticipar el futuro. Mi fantasía corría a gusto por las fantásticas y quiméricas regiones lunares. Sintiéndose por una vez libre de cadenas, la imaginación erraba entre las cambiantes maravillas de una tierra sombría e inestable. Había de pronto vetustas y antiquísimas florestas, vertiginosos precipicios y cataratas que se precipitaban con estruendo en abismos sin fondo. Llegaba luego a las calmas soledades del mediodía, donde jamás soplabía una brisa, donde vastas praderas de amapolas y esbeltas flores semejantes a lirios se extendían a la distancia, silenciosas e inmóviles por siempre. Y luego recorría otra lejana región, donde había un lago oscuro y vago, limitado por nubes. Pero no sólo estas fantasías se posesionaban de mi mente. Horrores de naturaleza mucho más torva y espantosa hacían su aparición en mi pensamiento, estremeciendo lo más hondo de mi alma con la mera suposición de su posibilidad. Pero

no permitía que esto durara demasiado tiempo, pensando sensatamente que los peligros reales y palpables de mi viaje eran suficientes para concentrar por entero mi atención.

»A las cinco de la tarde, mientras me ocupaba de regenerar la atmósfera de la cámara, aproveché la oportunidad para observar a la gata y sus gatitos a través de la válvula. Me pareció que la gata volvía a sufrir mucho, y no vacilé en atribuirlo a la dificultad que experimentaba para respirar; en cuanto a mi experimento con los gatitos, tuvo un resultado sumamente extraño. Como es natural, había esperado que mostraran algún malestar, aunque en grado menor que su madre, y ello hubiese bastado para confirmar mí opinión sobre —la resistencia habitual a la presión atmosférica. No estaba preparado para descubrir, al examinarlos atentamente, que gozaban de una excelente salud y que respiraban con toda soltura y perfecta regularidad, sin dar la menor señal de sufrimiento. No me quedó otra explicación posible que ir aún más allá de mi teoría y suponer que la atmósfera altamente rarificada que los envolvía no era quizá (como había dado por sentado) químicamente suficiente para la vida animal, y que una persona nacida en ese medio pudría acaso inhalarla sin el menor inconveniente, mientras que al descender a los estratos más densas, en las proximidades de la tierra, soportaría torturas de naturaleza similar a las que yo acababa de padecer. Nunca he dejada de lamentar que un torpe accidente me privara en ese momento de mi pequeña familia de gatos, impidiéndome adelantar en el conocimiento del problema en cuestión. Al pasar la mano por la válvula, con un tazón de agua para la gata, se me enganchó la manga de la camisa en el lazo que sostenía la pequeña cesta y lo desprendió instantáneamente del botón donde estaba tomada. Si la cesta se hubiera desvanecido en el aire, no habría dejado de verla con mayor rapidez. No creo que haya pasado más de un décimo de segunda entre el instante en que se soltó y su desaparición. Mis buenos deseos la siguieron hasta tierra, pero, naturalmente, no tenía la menor esperanza de que la gata o sus hijos vivieran para contar lo que les había ocurrido.

»A las seis, noté que una gran porción del sector visible de la tierra se hallaba envuelta en espesa oscuridad, que siguió avanzando con gran rapidez hasta que, a las siete menos tinca, toda la superficie a la vista quedó cubierta por las tinieblas de la noche. Pero pasó mucho tiempo hasta que los rayos del sol poniente dejaron de iluminar el globo, y esta circunstancia, aunque claramente prevista, no dejó de producirme gran placer. Era evidente que por la mañana contemplaría el astro rey muchas horas antes que los ciudadanos de Rotterdam, a pesar de que se hallaban situados mucho más al este, y que así, día tras día, en proporción a la altura alcanzada, gozaría más y más tiempo de la luz solar. Me decidí por entonces a llevar un diario de viaje, registrando la crónica diaria de veinticuatro horas continuas, es decir, sin tomar en consideración el intervalo de oscuridad.

»A las diez, sintiendo sueño, resolví acostarme por el resto de la noche; pene entonces se me presentó una dificultad que, por más obvia que parezca, había escapado a mi atención. hasta el momento de que hablo. Si me ponía a dormir, como pensaba,

¿cómo regenerar entretanto la atmósfera de la cámara? Imposible respirar en ella por más de una hora, y, aunque este término pudiera extenderse a una hora y cuarto, se seguirían las más desastrosas consecuencias. La consideración de este dilema me preocupó seriamente, y apenas se me creerá si digo que, después de todos los peligros que había enfrentado, el asunto me pareció tan grave como para renunciar a toda esperanza de llevar a buen fin mi designio y decidirme a iniciar el descenso.

»Mi vacilación, empero, fue sólo momentánea. Reflexioné que el hombre es esclavo de la costumbre y que en la rutina de su existencia hay muchas cosas que se consideran esenciales, y que lo son tan sólo porque se han convertido en hábitos. Ciento que no podía pasarme sin dormir; pero fácilmente me acostumbraría, sin inconveniente alguno, a despertar de hora en hora en el curso de mi descanso. Sólo se requerirían cinco minutos como máximo para renovar por completo la atmósfera de la cámara, y la única dificultad consistía en hallar un método que me permitiera despertar cada vez en el momento requerido.

»Confieso que esta cuestión me resultó sumamente difícil. Conocía, por supuesto, la historia del estudiante que, para evitar quedarse dormido sobre el libro, tenía en la mano una bola de cobre, cuya caída en un recipiente del mismo metal colocado en el suelo provocaba un estrépito suficiente para despertarlo si se dejaba vencer por la modorra. Pero mi caso era muy distinto y no me permitía acudir a ningún expediente parecido; no se trataba de mantenerme despierto, sino de despertar a intervalos regulares. Al final di con un medio que, por simple que fuera, me pareció en aquel momento de tanta importancia como la invención del telescopio, la máquina de vapor o la imprenta.

»Necesario es señalar en primer término que, a la altura alcanzada, el globo continuaba su ascensión vertical de la manera más serena, y que la barquilla lo acompañaba con una estabilidad tan perfecta que hubiera resultado imposible registrar en ella la más leve oscilación. Esta circunstancia me favoreció grandemente para la ejecución de mi proyecto. La provisión de agua se hallaba contenida en cuñetes de cinco galones cada uno, atados firmemente en el interior de la barquilla. Solté uno de ellos y, tomando dos sogas, las até a través del borde de mimbre de la barquilla, paralelamente y a un pie de distancia entre sí, para que formaran una especie de soporte sobre el cual puse el cuñete y lo fijé en posición horizontal.

»A unas ocho pulgadas por debajo de las cuerdas, y a cuatro pies del fondo de la barquilla, instalé otro soporte, pero éste de madera fina, utilizando el único trozo que llevaba a bordo. Coloqué sobre él, justamente debajo de uno de los extremos del cuñete, un pequeño pichel de barro. Practiqué luego un agujero en el extremo correspondiente del cuñete, al que adapté un tapón cónico de madera blanda. Empecé a ajustar y a aflojar el tapón hasta que, luego de algunas pruebas, conseguí el punto necesario para que el agua, rezumando del orificio y cayendo en el pichel de abajo, lo llenara hasta el

borde en sesenta minutos. Esto último pude calcularlo fácilmente, observando hasta dónde se llenaba el recipiente en un período dado.

»Hecho esto, lo que queda por decir es obvio. Instalé mi cama en el piso de la barquilla, de modo tal que mi cabeza quedaba exactamente bajo la boca del pichel. Al cumplirse una hora, el pichel se llenaba por completo, y al empezar a volcarse lo hacia por la boca, situada ligeramente más abajo que el borde. Ni que decir que el agua, cayendo desde una altura de cuatro pies, me daba en la cara y me despertaba instantáneamente del más profundo sueño.

»Eran ya las once cuando completé mis preparativos y me acosté en seguida, lleno de confianza en la eficacia de mi invento. No me defraudó, por cierto. Puntualmente fui despertado cada sesenta minutos por mi fiel cronómetro, y en cada oportunidad no olvidé vaciar el pichel en la boca del cuñete, a la vez que me ocupaba del condensador. Estas interrupciones regulares en mí sueño me causaron menos molestias de las que había previsto, y cuando me levanté al día siguiente eran ya las siete y el sol se hallaba a varios grados sobre la línea del horizonte.

»3 de abril.—El globo había alcanzado una inmensa altitud y la convexidad de la tierra podía verse con toda claridad. Por debajo de mí, en el océano, había un grupo de pequeñas manchas negras, indudablemente islas. Por encima, el cielo era de un negro azabache y se veían brillar las estrellas; esto ocurría desde el primer día de vuelo. Muy lejos, hacia el norte, percibí una línea muy fina, blanca y sumamente brillante, en el borde mismo del horizonte, y no vacilé en suponer que se trataba del borde austral de los hielos del mar polar. Mi curiosidad se avivó, pues confiaba en avanzar más hacia el norte, y quizás en un momento dado quedara colocado justamente sobre el polo. Lamenté que mi grandísima elevación impidiera en este caso hacer observaciones detalladas; pero de todas maneras cabía cerciorarse de muchas cosas.

»Nada de extraordinario ocurrió durante el día. Los instrumentos funcionaron perfectamente y el globo continuó su ascenso sin que se notara la menor vibración. Hacía mucho frío, que me obligó a ponerme un abrigado gabán. Cuando la oscuridad cubrió la tierra me acosté, aunque la luz del sol siguió brillando largas horas en mí vecindad inmediata. El reloj de agua se mostró puntual y dormí hasta la mañana siguiente, con las interrupciones periódicas ya señaladas.

»4 de abril.—Me levanté lleno de salud y buen ánimo y quedé asombrado al ver el extraño cambio que se había producido en el aspecto del océano. En vez del azul profundo que mostraba el día anterior, era ahora de un blanco grisáceo y de un brillo insopportable. La convexidad del océano era tan marcada; que la masa de agua más distante parecía estar cayendo bruscamente en el abismo del horizonte; por un momento me quedé escuchando si se percibían los ecos de aquella inmensa catarata. Las islas no eran ya visibles; no podría decir si habían quedado por debajo del horizonte, hacia el sur, o si la creciente elevación impedía distinguirlas. Me inclinaba, sin embargo, a esta última hipótesis. El borde de hielo al norte se divisaba cada vez con mayor claridad. El

frío disminuyó sensiblemente. No ocurrió nada de importancia y pasé el día leyendo, pues había tenido la precaución de proveerme de libros.

»5 de abril.—Asistí al singular fenómeno de la salida del sol, mientras casi toda la superficie visible de la tierra seguía envuelta en tinieblas. Pero luego la luz se extendió sobre la superficie y otra vez distinguí la línea del hielo hacia el norte. Se veía muy claramente y su coloración era mucho más oscura que la de las aguas oceánicas. No cabía dudar de que me estaba aproximando a gran velocidad. Me pareció distinguir nuevamente una línea de tierra hacia el este y también otra al oeste, pero sin seguridad. Tiempo moderado. Nada importante sucedió durante el día. Me acosté temprano.

»6 de abril.—Tuve la sorpresa de descubrir el borde de hielo a una distancia bastante moderada, mientras un inmenso campo helado se extendía hasta el horizonte. Era evidente que si el globo mantenía su rumbo actual, no tardaría en situarse sobre el océano polar ártico, y daba casi por descontado que podría distinguir el polo. Durante todo el día continuamos aproximándonos a la zona del hielo. Al anochecer los límites de mi horizonte se ampliaron súbitamente, lo cual se debía, sin duda, a la forma esferoidal achataada de la tierra, y a mi llegada a la parte más chata en las vecindades del círculo ártico. Cuando la oscuridad terminó de envolvernos me acosté lleno de ansiedad, temeroso de que pasáramos por encima de lo que tanto deseaba observar sin que fuera posible hacerlo.

»7 de abril.—Me levanté temprano y con gran alegría pude observar finalmente el Polo Norte, pues no podía dudar de que lo era. Estaba allí, justamente debajo del aeróstato; pero, ¡ay! , la altitud alcanzada por éste era tan enorme que nada podía distinguirse en detalle. A juzgar por la progresión de las cifras indicadoras de las distintas altitudes en los diferentes períodos desde las seis a. m. del dos de abril hasta las nueve menos veinte a. m. del mismo día (hora en la cual el barómetro llegó a su límite), podía inferirse que en este momento, a las cuatro de la mañana del siete de abril, el globo había alcanzado . una altitud no menor de 7.254 millas sobre el nivel del mar. Esta elevación puede parecer inmensa, pero el cálculo sobre el cual la había basado era probablemente muy inferior a la verdad. Sea como fuere, en ese instante me era dado contemplar la totalidad del diámetro mayor de la tierra; todo el hemisferio norte se extendía por debajo de mí como una carta en proyección ortográfica; el gran círculo del ecuador constituía el límite de mi horizonte. Empero, vuestras Excelencias pueden fácilmente imaginar que las regiones hasta hoy inexploradas que se extienden más allá del círculo polar ártico, si bien se hallaban situadas debajo del globo y, por tanto, sin la menor deformación, eran demasiado pequeñas relativamente y estaban a una distancia demasiado enorme del punto de vista como para que mi examen alcanzara una gran precisión.

»Lo que pude ver, empero, fue tan singular como excitante. Al norte del enorme borde de hielos ya mencionado, y que de manera general puede ser calificado como el límite de los descubrimientos humanos en esas regiones, continúa extendiéndose una

capa de hielo ininterrumpida (o poco menos). En su primera parte, la superficie es muy llana, hasta terminar en una planicie total y, finalmente, en una concavidad que llega hasta el mismo polo, formando un centro circular claramente definido, cuyo diámetro aparente subtendía con respecto al globo un ángulo de unos sesenta y cinco segundos, y cuya coloración sombría, de intensidad variable, era más oscura que cualquier otro punto del hemisferio visible, llegando en partes a la negrura más absoluta. Fuera de esto, poco alcanzaba a divisarse. Hacia mediodía, el centro circular había disminuido en circunferencia, y a las siete p. m. lo perdí de vista, pues el globo sobrepasó el borde occidental del hielo y flotó rápidamente en dirección del ecuador.

»8 de abril.—Noté una sensible disminución en el diámetro aparente de la tierra, aparte de una alteración en su color y su apariencia general. Toda el área visible participaba en grados diferentes de una coloración amarillo pálido, que en ciertas partes Legaba a tener una brillantez que hacía daño a la vista. Mi radio visual se veis, además, considerablemente estorbado, pues la densa atmósfera contigua a la tierra estaba cargada de nubes, entre cuyas masas sólo alcanzaba a divisar aquí y allá jirones de la tierra. Estas dificultades para la visión directa me habían venido molestando más o menos durante las últimas cuarenta y ocho horas, pero mi enorme altitud actual hacía que las masas de nubes se juntaran, por así decirlo, y el obstáculo se volvía más y más palpable en proporción a mi ascenso. Pude notar fácilmente, empero, que el globo sobrevolaba la serie de los grandes lagos de Norteamérica, y que seguía un curso hacia el sur que pronto me aproximaría a los trópicos. Esta circunstancia no dejó de llenarme de satisfacción y la saludé como un augurio favorable de mi triunfo final. Por cierto que la dirección seguida hasta ahora me había inquietado mucho, pues era evidente que si se mantenía por más tiempo no me darla posibilidad alguna de llegar a la luna, cuya órbita se halla inclinada con respecto a la eclíptica en un ángulo de tan sólo $5^{\circ} 8' 48''$. Por más raro que parezca, sólo en los últimos días empecé a comprender el gran error que había cometido al no tomar como punto de partida desde la tierra algún lugar en el plano de la elipse lunar.

»9 de abril.—El diámetro terrestre apareció hoy grandemente disminuido, y —el color de la superficie adquiría de hora en hora un matiz más amarillento. El globo mantuvo su rumbo al sur y llegó a las nueve p. m. al borde septentrional del golfo de México.

»10 de abril.—Hacia las cinco de la mañana fui bruscamente despertado por un estrépito, semejante a un terrible crujido, que no alcancé a explicarme. Duró muy poco, pero me bastó oírlo para comprender que no se parecía a nada que hubiera escuchado previamente en la tierra. Inútil decir que me alarmé muchísimo, atribuyendo aquel ruido a la explosión del globo. Examiné atentamente los instrumentos sin descubrir nada anormal. Pasé gran parte del día meditando sobre un hecho tan extraordinario, pero no me fue posible arribar a ninguna explicación. Me acosté insatisfecho, en un estado de gran ansiedad y agitación.

»11 de abril.—Descubrí una sorprendente disminución en el diámetro aparente de la tierra y un considerable aumento, observable por primera vez, del de la luna, que alcanzaría su plenitud pocos días más tarde. A esta altura se requería una prolongada y extenuante labor para condensar suficiente aire atmosférico respirable en la cámara.

»12 de abril.—Una singular alteración se produjo en la dirección del globo, y, aunque la había anticipado en todos sus detalles, me causó la más grande de las alegrías. Habiendo alcanzado, en su rumbo anterior, el paralelo veinte de latitud sur, el globo cambió súbitamente de dirección, volviéndose en ángulo agudo hacia el este, y así continuó durante el día, manteniéndose muy cerca del plano exacto de la elipse lunar. Merece señalarse que, como consecuencia de este cambio de ruta, se produjo una perceptible oscilación de la barquilla, la cual se mantuvo con mayor o menor intensidad durante muchas horas.

»13 de abril.—Volví a alarmarme seriamente por la repetición del violento ruido crujiente que tanto me había aterrorizado el día 10. Pensé mucho en esto, sin alcanzar una conclusión satisfactoria. El diámetro aparente de la tierra decreció muchísimo y subtendía desde el globo un ángulo de poco más de veinticinco grados. No se veía la luna, por hallarse casi en mi cenit. Seguimos en el plano de la elipse, pero avanzando muy poco hacia el este.

»14 de abril.—Rapidísimo decrecimiento del diámetro de la tierra. Hoy me sentí fuertemente impresionado por la idea de que el globo recorrería la línea de los ápsides hacia el punto del perigeo; en otras palabras, que seguía la ruta directa que lo llevaría inmediatamente a la luna en aquella parte de su órbita más cercana a la tierra. La luna misma se hallaba inmediatamente sobre mí y, por lo tanto, oculta a mis ojos. Tuve que trabajar dura y continuamente para condensar la atmósfera.

»15 de abril.—Ni siquiera los perfiles de los continentes y los mares podían trazarse ya con claridad en la superficie de la tierra. Hacia las doce escuché por tercera vez el horroroso sonido que tanto me había asombrado. Pero ahora continuaba cada vez con más intensidad. Por fin, mientras estupefacto y aterrado aguardaba de segundo en segundo no sé qué espantoso aniquilamiento, la barquilla vibró violentamente y una masa gigantesca e inflamada de un material que no pude distinguir pasó con un fragor de cien mil truenos a poca distancia del globo.

»Cuando mi temor y mi estupefacción se hubieron disipado un tanto, poco me costó imaginar que se trataba de algún enorme fragmento volcánico proyectado desde aquel mundo al cual me acercaba rápidamente; con toda probabilidad era una de esas extrañas masas que suelen recogerse en la tierra y que a falta de mejor explicación se denominan meteoritos.

»16 de abril.—Mirando hacia arriba lo mejor posible, es decir, por todas las ventanillas alternativamente, contemplé con grandísima alegría una pequeña parte del disco de la luna que sobresalía por todas partes de la enorme circunferencia de mi globo. Una intensa agitación se posesionó de mí, pues pocas dudas me quedaban de que

pronto llegaría al término de mi peligroso viaje. El trabajo ocasionado por el condensador había alcanzado un punto máximo y casi no me concedía un momento de descanso. A esta altura no podía pensar en dormir. Me sentía muy enfermo, y todo mi cuerpo temblaba a causa del agotamiento. Era imposible que una naturaleza humana pudiese soportar por mucho más tiempo un sufrimiento tan grande. Durante el brevísimos intervalos de oscuridad, un meteorito pasó nuevamente cerca del globo, y la frecuencia de estos fenómenos me causó no poca aprensión.

»17 de abril.—Esta mañana hizo época en mi viaje. Se recordará que el 13 la tierra subtendía un ángulo de veinticinco grados. El 14, el ángulo disminuyó mucho; el 15 se observó un descenso aún más notable, y al acostarme, la noche del 16, verifiqué que el ángulo no pasaba de los siete grados y quince minutos. ¡Cuál habrá sido entonces mi asombro al despertar de un breve y penoso sueño, en la mañana de este día, y descubrir que la superficie por debajo de mí había aumentado súbita y asombrosamente de volumen, al punto de que su diámetro aparente subtendía un ángulo no menor de treinta y nueve grados! Me quedé como fulminado. Ninguna palabra podría expresar el infinito, el absoluto horror y estupefacción que me poseyeron y me abrumaron. Sentí que me temblaban las rodillas, que me castañeteaban los dientes, mientras se me erizaba el cabello. ¡Entonces... el globo había reventado! Fue la primera idea que corrió por mi mente. ¡El globo había reventado... y estábamos cayendo, cayendo, con la más impetuosa e incalculable velocidad! ¡A juzgar por la inmensa distancia tan rápidamente recorrida, no pasarían más de diez minutos antes de llegar a la superficie del orbe y hundirme en la destrucción!

»Pero, a la larga, la reflexión vino en mi auxilio. Me serené, reflexioné y empecé a dudar. Aquello era imposible. De ninguna manera podía haber descendido a . semejante velocidad. Además, si bien me estaba acercando a la superficie situada por debajo, no cabía duda de que la velocidad del descenso era infinitamente menor de la que había imaginado. Esta consideración sirvió para calmar la perturbación de mis facultades y logré finalmente enfrentar el fenómeno desde un punto de vista racional. Comprendí que el asombro me había privado w gran medida de mis sentidos, pues no había sido capaz de apreciar la enorme diferencia entre aquella superficie situada por debajo de mí y la de la madre tierra. Esta última se hallaba ahora sobre mi cabeza, completamente oculta por el globo, mientras la luna —la luna en toda su gloria— se tendía debajo de mí y a mis pies.

»El estupor y la sorpresa que me había producido aquel extraordinario cambio de situaciones fueron quizá lo menos explicable de mi aventura, pues el bouleverserment en cuestión no sólo era tan natural como inevitable, sino que lo había previsto mucho antes, sabiendo que debería producirse cuando llegara al punto exacto del viaje donde la atracción del planeta fuera superada por la atracción del satélite —o, más precisamente, cuando la gravitación del globo hacia la tierra fuese menos poderosa que su gravitación hacia la luna. Ocurrió, sin duda, que desperté de un profundo sueño con todos los

sentidos embotados, viéndome frente a un fenómeno que, si bien previsto, no lo estaba en ese momento mismo. En cuanto a mí cambio de posición, debió producirse de manera tan gradual como serena; de haber estado despierto en el momento en que tuvo lugar, es dudoso que me hubiera dado cuenta por alguna señal interna, vale decir por alguna irregularidad o trastorno de mi persona o de mis instrumentos.

»Resulta casi inútil decir que, apenas hube comprendido la verdad y superada el terror que había absorbido todas las facultades de mi espíritu, concentré por completo mi atención en la apariencia física de la luna. Se extendía por debajo de mi como un mapa, y, aunque comprendí que se hallaba aún a considerable distancia, los detalles de su superficie se me ofrecían con una claridad tan asombrosa como inexplicable. La ausencia total de océanos o mares e incluso de lagos y ríos me pareció a primera vista el rasgo más extraordinario de sus características geológicas. Y, sin embargo, por raro que parezca, advertí vastas regiones llanas de carácter decididamente aluvial, si bien la mayor parte del hemisferio se hallaba cubierto de innumerables montañas volcánicas de forma cónica que daban una impresión de protuberancias artificiales antes que naturales. La más alta no pasaba de tres millas y tres cuartos, pero un mapa de los distritos volcánicos de los Campos Flegreos proporcionaría a vuestras Excelencias una idea más clara de aquella superficie general que cualquier descripción insuficiente intentada aquí. La mayoría de aquellos volcanes estaban en erupción y me dieron a entender terriblemente su furia y su potencia con los repetidos truenos de los mal llamados meteoritos, que subían en línea recta hasta el globo con una frecuencia más y más aterradora.

»18 de abril.—Comprobé hoy un enorme aumento de la masa lunar, y la velocidad evidentemente acelerada de mi descenso comenzó a llenarme de alarma. Se recordará que en las primeras etapas de mis especulaciones sobre la posibilidad de llegar a la luna, había contado en mis cálculos con la existencia de una atmósfera alrededor de ésta, cuya densidad fuera proporcionada a la masa del planeta; todo ello a pesar de las numerosas teorías contrarias, y cabe agregar, de la incredulidad general sobre la existencia de una atmósfera lunar. Pero además de lo que ya he indicado a propósito del cometa de Encke y la luz zodiacal, mi opinión se había visto vigorizada por ciertas observaciones de Mr. Schroeter, de Lilienthal. Este sabio observó la luna de dos días y medio, poco después de ponerse el sol, antes de que la parte oscurecida se hiciera visible, y continuó observándola hasta que fue perceptible. Los dos cuernos parecían afilarse en una ligera prolongación y mostraban su extremo débilmente iluminado por los rayos del sol antes de que cualquier parte del hemisferio en sombras fuera visible. Poco después, todo el borde sombrío se aclaró. Esta prolongación de los cuernos más allá del semicírculo debía provenir, según pensé, de la refracción de los rayos solares por la atmósfera de la luna. Calculé también que la altura de la atmósfera (capaz de refractar en el hemisferio en sombras suficiente luz para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la tierra cuando la luna se halla a unos 32° de su conjunción) era de 1.356 pies; de

acuerdo con ello, supuse que la altura máxima capaz de refractar los rayos solares debía ser de 5.376 pies.

»Mis ideas sobre este tópico se habían visto asimismo confirmadas por un pasaje del volumen ochenta y dos de las Actas Filosóficas, donde se afirma que durante una occultación de los satélites de Júpiter por la luna, el tercero desapareció después de haber sido indiscernible durante uno o dos segundos, y que el cuarto dejó de ser visible cerca del limbo.

»Está de más decir que confiaba plenamente en la resistencia o, mejor dicho, en el sostén de una atmósfera cuya densidad había supuesto, a fin de llegar sano y salvo a la luna. Si al fin y al cabo me había equivocado, no podía esperar otra cosa que terminar mi aventura haciéndome mil pedazos contra la rugosa superficie del satélite. No me faltaban razones para sentirme aterrorizado. La distancia que me separaba de la luna era comparativamente insignificante, en tanto que el trabajo que me daba el condensador no había disminuido en absoluto y no advertía la menor indicación de que el enrarecimiento del aire comenzara a disminuir.

»19 de abril.—Esta mañana, para mi gran alegría, cuando la superficie de la luna estaba aterradoraamente cerca y mis temores llegaban a su colmo noté, a las nueve, que la bomba del condensador daba señales evidentes de una alteración en la atmósfera. A las diez, tenía ya razones para creer que la densidad había aumentado considerablemente. A las once, poco trabajo se requería en el aparato, y a las doce, después de vacilar un rato, me atreví a soltar el torniquete y, notando que nada desagradable ocurría, abrí finalmente la cámara de goma y la arrollé a los lados de la barquilla.

»Como cabía esperar, un violento dolor de cabeza acompañado de espasmos fue la inmediata consecuencia de tan precipitado y peligroso experimento. Pero aquellos trastornos y la dificultad para respirar no eran tan grandes como para hacer peligrar mi vida, y decidí soportarlos lo mejor posible, en la seguridad de que desaparecerían apenas llegáramos a las capas inferiores más densas. Empero nuestra aproximación a la luna continuaba a una enorme velocidad, y pronto me di cuenta, con alarma, de que si bien no me había engañado al suponer una atmósfera de densidad proporcionada a la masa del satélite, me había equivocado al creer que dicha densidad, aun la más próxima a la superficie, sería capaz de sostener el gran peso de la barquilla del aeróstato. Así debería haber sido y en grado igual que en la superficie terrestre, suponiendo la pesantez de los cuerpos en razón de la condensación atmosférica en cada planeta. Pero no era así, sin embargo, como bien se veía por mi precipitada caída; y el por qué de ello sólo puede explicarse con referencia a las posibles perturbaciones geológicas a las cuales ya me he referido.

»Sea como fuere, estaba muy cerca del planeta, bajando a una velocidad terrible. No perdí un instante, pues, en tirar por la borda el lastre, luego los cuñetes de agua, el aparato condensador y la cámara de caucho, y por fin todo lo que contenía la barquilla. Pero de nada me sirvió. Continuaba descendiendo a una terrible velocidad y me hallaba

a penas a media milla del suelo. Como último recurso, y después de arrojar mi chaqueta, sombrero y botas, acabé cortando la barquilla misma, que era sumamente pesada; y así, colgado con ambas manos de la red, tuve apenas tiempo de observar que toda la región hasta donde alcanzaban mis miradas estaba densamente poblada de pequeñas construcciones, antes de caer de cabeza en el corazón de una fantástica ciudad, en el centro de una enorme multitud de pequeños y feísimos seres que, en vez de preocuparse en lo más mínimo por auxiliarme, se quedaron como un montón de idiotas, sonriendo de la manera más ridícula y mirando de reojo al globo y a mí mismo. Alejándome desdenosamente de ellos, alcé los ojos al cielo para contemplar la tierra que tan poco antes había abandonado, acaso para siempre, y la vi como un enorme y sombrío escudo de bronce, de dos grados de diámetro, inmóvil en el cielo y guarnecida en uno de sus bordes con una medialuna del oro más brillante. Imposible descubrir la más leve señal de continentes o mares; el globo aparecía lleno de manchas variables, y se advertían, como si fuesen fajas, las zonas tropicales y ecuatoriales.

»Así, con permiso de vuestras Excelencias, luego de una serie de grandes angustias, peligros jamás oídos y escapatorias sin paralela, llegué por fin sano y salvo, a los diecinueve días de mí partida de Rotterdam, al fin del más extraordinario de los viajes, y el más memorable jamás cumplido, comprendido a imaginado por ningún habitante de la tierra. Pero mis aventuras están aún por relatar. Y bien imaginarán vuestras Excelencias que, después de una residencia de cinco años en un planeta no sólo muy interesante por sus características propias, sino doblemente interesante por su intima conexión, en calidad de satélite; coa el mundo habitado por el hombre, me halla en posesión de conocimientos destinados confidencialmente al Colegio de Astrónomos del Estado, y harto más importante que los detalles, por maravillosos que sean, del viaje tan felizmente concluido.

»He aquí, en una palabra, la cuestión. Tengo muchas, muchísimas cosas que daría a conocer con el mayor gusto; mucho que decir del clima del planeta; de sus maravillosas alternancias de calor y frío; de la ardiente y despiadada luz solar que dura una quincena, y la frigidez más que polar que domina en la siguiente; del constante traspaso de humedad, por destilación semejante a la que se practica al vacío, desde el punto situado debajo del sol al punto más alejado del mismo; de una zona variable de agua corriente; de las gentes en sí; de sus maneras, costumbres e instituciones políticas; de su peculiar constitución física; de su fealdad; de su falta de orejas, apéndices inútiles en una atmósfera a tal punto modificada; de su consiguiente ignorancia del uso y las propiedades del lenguaje; de sus ingeniosos medios de intercomunicación, que lo reemplazan; de la incomprensible conexión entre cada individuo de la luna con algún individuo de la tierra, conexión análoga y sometida a la de las esferas del planeta y el satélite, y por medio de la cual la vida y los destinos de los habitantes del uno están entretejidos con la vida y los destinos de los habitantes del otro; y, por sobre todo, con permiso de vuestras Excelencias, de los negros y horrendos misterios existentes en las

regiones exteriores de la luna, regiones que, debido a la casi milagrosa concordancia de la rotación del satélite sobre su eje con su revolución sideral en torno a la tierra, jamás han sido expuestas, y nunca lo serán si Dios quiere, al escrutinio de los telescopios humanos. Todo esto y más, mucho más, me sería grato detallar. Pero, para ser breve, debo recibir mi recompensa. Ansío volver a mi familia y a mi hogar, y, como precio de la luz que está en mi mano arrojar sobre importantísimas ramas de la ciencia física y metafísica, me permito solicitar, por intermedio de vuestra honorable corporación, que me sea perdonado el crimen que cometí al partir de Rotterdam, o sea la muerte de mis acreedores. Tal es el motivo de esta comunicación. Su portador, un habitante de la luna a quien he persuadido y adiestrado para que sea mi mensajero en la tierra, esperará la decisión que plazca a vuestras excelencias, y retornará trayéndome el perdón solicitado, si es posible obtenerlo.

»Tengo el honor de saludar respetuosamente a vuestras excelencias.

»Vuestro humilde servidor,

Hans Pfaall.»

Se afirma que, al concluir la lectura de este extraordinario documento, el profesor Rubadub dejó caer al suelo su pipa, en el colmo de la sorpresa, mientras Mynheer Superbus Von Underduk, luego de quitarse los anteojos, limpiarlos y ponérselos en el bolsillo, olvidaba su dignidad al punto de girar tres veces sobre sus talones, en una quintaesencia de asombro y admiración. No cabía la menor duda: el perdón sería acordado. Así lo decidió redondamente el profesor Rubadub, y así lo pensó finalmente el ilustre Von Underduk, mientras tomaba del brazo a su colega y, sin decir palabra, se lo llevaba a su casa para deliberar sobre las medidas que convendría adoptar. Ya en la puerta de la casa del burgomaestre, el profesor se atrevió a decir que, como el mensajero había considerado prudente desaparecer —asustado mortalmente, sin duda, por la salvaje apariencia de los burgueses de Rotterdam—, de muy poco serviría el perdón, ya que sólo un selenita se atrevería a intentar un viaje semejante. El burgomaestre convino en la verdad de esta observación, y el asunto quedó finiquitado. Pero no pasó lo mismo con los rumores y las conjeturas. Una vez publicada, la carta dio origen a toda clase de murmuraciones y pareceres. Algunos que se pasaban de listos quedaron en ridículo al afirmar que aquello era una superchería. Pero entre gentes así, todo lo que excede el nivel de su comprensión es siempre una superchería. Por mi parte no alcancé a imaginar en qué se fundaban para sostener semejante acusación. Veamos lo que decían:

Primero: Que ciertos bromistas de Rotterdam tenían especial antipatía a ciertos burgomaestres y astrónomos.

Segundo: Que un enano de extraño aspecto, de profesión malabarista, a quien le faltaban las orejas por haberle sido cortadas en castigo de algún delito, había desaparecido de su casa, en la vecina ciudad de Brujas.

Tercero: Que los periódicos que forraban por completo el pequeño, globo eran periódicos holandeses y, por tanto, no podían proceder de la luna. Eran papeles sucios,

sumamente sucios, y Gluck, el impresor hubiera Jurado por la Biblia que habían sido impresos en Rotterdam.

Cuarto: Que el muy malvado borracho de Hans Pfaall en persona, y los tres holgazanes que llama sus acreedores, habían sido vistos no hace más de dos o tres días en una taberna de los suburbios, al regresar con dinero en los bolsillos de un viaje de ultramar.

Finalmente: Que existía una opinión general, o que debería serlo, según la cual el Colegio de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, al igual que todos los otros colegios parecidos del mundo —para no mencionar a los colegios y astrónomos en general—, no era ni mejor, ni más grande, ni más sabio de lo que hubiera debido ser.

Sombra

Shadow — A parable, 1935

*En verdad, aunque yo marche a través
del valle de la Sombra...*

Salmos de DAVID

Vosotros que me leéis, vosotros estáis todavía entre los vivos pero yo que escribo, yo habré hace ya mucho tiempo partido para la región de las sombras. Porque, en verdad, extrañas cosas sucederán, muchas cosas secretas serán reveladas, y bien de siglos pasarán antes de que estas notas sean vistas por los hombres. Y cuando las hayan visto, los unos no creerán, otros dudarán, y bien pocos de entre ellos encontrarán materia de meditación en los caracteres que yo grabo sobre estas tabletas con un punzón de hierro.

El año había sido un año de terror, lleno de sentimientos más intensos que el terror, sentimientos para los cuales no hay nombre en la tierra. Porque muchos prodigios y signos habían tenido lugar, y de todos lados sobre la tierra y el mar, las alas negras de la Peste se habían desplegado ampliamente. Aquellos sin embargo que eran sabios en conocer las estrellas no ignoraban que los cielos tenían un aspecto de desgracia. Y para mí, entre otros, el griego Oinos, era evidente que alcanzábamos el retorno de este setecientos noventa y cuatro año en el que, a la entrada del Carnero, el planeta Júpiter hace su conjunción con el rojo anillo del terrible Saturno. El espíritu particular de los cielos, si no me equivoco grandemente, manifestaba su potencia no solamente sobre el globo físico de la tierra sino también sobre las almas, los pensamientos y las meditaciones de la humanidad.

Una noche, éramos siete en el fondo de un noble palacio, en una oscura ciudad llamada Ptolemais, sentados alrededor de unos frascos de un vino púrpura de Chios. Y nuestra estancia no tenía otra entrada que una alta puerta de bronce. Y la puerta había sido trabajada por el artesano Corinnos, era de una rara manufactura y cerraba por dentro. Paralelamente, negros tapices, protegiendo aquella cámara melancólica, nos ahorraba el aspecto de la luna, de las estrellas lúgubres y de las calles despobladas. Pero el presentimiento y el recuerdo del Azote no habían podido ser excluidos tan fácilmente. Había alrededor de nosotros, cerca de nosotros, cosas de las cuales no puedo dar cuenta fácilmente —cosas materiales y espirituales—, una pesadez en la atmósfera —una sensación de ahogo, una angustia—, y, por encima de todo, esa terrible manera de vivir que subsiste en las personas nerviosas cuando los sentidos están cruelmente vivos y despiertos y las facultades del espíritu permanecen embotadas y sin fuerza. Un peso mortal nos agobiaba. Se extendía sobre nuestros miembros, sobre el amueblado de la

sala, sobre los vasos en los cuales bebíamos, y todas las cosas parecían oprimidas y postradas en este aniquilamiento. Todo, excepto las llamas de las siete lámparas de hierro que iluminaban nuestra orgía. Se alargaban en delgadas redes de luz, inmutables, quemando pálidas e inmóviles; y, en la mesa de ébano alrededor de la cual estábamos sentados, y que su brillo transformaba en espejo, cada uno de los invitados contemplaba la palidez de su propia cara y el relumbre inquieto de los ojos apagados de sus camaradas. Sin embargo, desplegábamos nuestras risas y estábamos alegres a nuestra manera —una manera histérica— y cantábamos canciones de Anacreonte —que no son sino una locura— y bebíamos largamente —aunque la púrpura del vino nos recordaba la púrpura de la sangre—. Mas había en la habitación un octavo personaje, el joven Zoilus. Muerto, tendido a lo largo y amortajado, él era el genio y el demonio de la escena. ¡Ay! Él no tomaba parte en nuestra diversión, salvo que su rostro, convulso por el mal, y sus ojos, en los cuales la Muerte no había apagado sino a medias el fuego de la peste, parecían prestar a nuestra alegría tanto interés como los muertos son capaces de participar en la alegría de aquellos que deben morir. Pese a que yo, Oinos, sintiese los ojos del difunto fijos en mí, me esforzaba sin embargo en no comprender la amargura de su expresión y miraba obstinadamente a las profundidades del espejo de ébano y cantaba con voz alta y sonora las canciones del poeta de Teos. Pero gradualmente mi canto fue cesando y los ecos, rodando a lo lejos entre las negras tapicerías de la sala, se hicieron débiles, intintos, y se desvanecieron. Y he aquí que del fondo de esos tapices negros se alzó una sombra, oscura, indefinida. Una sombra parecida a aquella que la luna, cuando está baja en el cielo, es capaz de dibujar tras el cuerpo de un hombre. Pero no era la sombra ni de un hombre ni de un Dios ni de ningún ser conocido. Y temblando un instante entre las tapicerías, se quedó al fin, visible y derecha, sobre la superficie de la puerta de bronce. Pero la sombra era vaga, sin forma, indefinida. Aquella no era la sombra ni de un hombre ni de un dios, no era la sombra ni de un dios de Grecia, ni la de un dios de Caldea, ni tampoco la de ningún dios egipcio. Y la sombra reposaba sobre la puerta de bronce y bajo la cornisa y no se movía y no pronunciaba ni una palabra, pero, fijándose cada vez más, permaneció inmóvil. Y la puerta sobre la cual la sombra reposaba estaba, si mal no recuerdo, contra los pies del joven Zoilus amortajado. Pero nosotros, los siete compañeros, habiendo visto la sombra, viendo como salía de entre los tapices, no osábamos contemplarla fijamente. Bajábamos los ojos y seguíamos contemplándonos en las profundidades del espejo de ébano. Y a la larga, yo, Oinos, me atreví a pronunciar unas palabras en voz baja y pregunté a la sombra su morada y su nombre. Y la sombra respondió:

—Yo soy SOMBRA y mi morada está al lado de las Catacumbas de Ptolemais, y muy cerca de esas sombras planas infernales que rodean al impuro canal de Caronte.

Y entonces, los siete, nos incorporamos horrorizados de nuestros asientos y quedamos temblorosos, estremecidos, espantados. Porque el timbre de la voz de una sombra no era el timbre de un solo individuo, sino el de una multitud de seres. Y

aquella voz, variando sus inflexiones de sílaba en sílaba, caía confusamente en nuestras orejas imitando los acentos conocidos y familiares de mil y mil amigos desaparecidos.

El rey Peste

(Historia que contiene una alegoría)

King Pest the first. A tale containing an allegory, 1835

Los dioses sufren y autorizan muy bien entre los reyes cosas que les horrorizan en los caminos de la canalla.

Ferrex y Parrex, BUCKHURST

Alrededor de la medianoche, durante una noche del mes de octubre, bajo el reinado caballeresco de Eduardo III, dos marineros pertenecientes a la tripulación del Free-and-Easy, goleta de comercio que hacía el servicio entre l'Ecluse (Bélgica) y el Támesis, y que a la sazón estaba al ancla en este río, fueron muy maravillados al encontrarse sentados en la sala de una taberna de la parroquia dc San Andrés, en Londres, taberna en cuya enseña lucía el nombre del Alegre lobo de mar.

La sala, aunque mal construida, ennegrecida por el humo, baja de techo, y semejante por otra parte a todos los chamizos de aquella época, era sin embargo, en opinión de grotescos grupos de bebedores diseminados aquí y allá, lo suficientemente bien apropiada para el cometido al cual estaba destinada. De entre aquellos grupos, nuestros dos marineros formaban, creo, el más interesante e incluso el más notable. Aquel que parecía ser el de más edad, y al que su compañero llamaba con el característico nombre de Legs⁷, era también y con mucho el más alto de los dos. Podía muy bien tener seis pies y medio y la inclinación habitual de sus hombros parecía la consecuencia obligada de una estatura tan prodigiosa. Su exceso en altura era sin embargo compensado por unas deficiencias en otros aspectos. Era excesivamente flaco y hubiera podido, tal como afirmaban sus camaradas, cuando estaba borracho, sustituir a la driza de la cabeza del mástil, y, cuando estaba sobrio, al cuchillo del foque. Pero evidentemente estas bromas y otras análogas no habían nunca producido efecto alguno sobre los músculos tensos del lobo de mar. Con sus pómulos salientes, su gran nariz de halcón, su mentón huidizo, su mandíbula inferior deprimida y sus enormes ojos protuberantes, la expresión de su fisonomía, aunque teñida de una especie de indiferencia obstinada hacia todas las cosas, no era sin embargo menos solemne y seria y se situaba más allá de toda imitación y de toda descripción.

El marinero más joven era, en toda su apariencia, extranjero, y, al revés y a la recíproca de su compañero. Un par de piernas arqueadas y gordezuelas soportaban su persona pesada y abombada, y sus brazos singularmente cortos y gruesos, terminados

⁷ Piernas.

por unos puños más que ordinarios, pendían y se balanceaban a sus costados como los alerones de una tortuga de mar. Unos ojos pequeños, de un color impreciso, centelleaban, profundamente hundidos, en su cabeza. Su nariz estaba metida dentro de la masa de carne que rodeaba su cara redonda, llena y empurpurada, y su grueso labio superior se reposaba complacientemente sobre el inferior, todavía más grueso, con aire de satisfacción personal aumentado por la costumbre que tenía el propietario de dichos labios de ir lamiéndoselos de rato en rato. Contemplaba evidentemente a su compañero de a bordo con un sentimiento mitad de admiración, mitad de burla, y, a veces, cuando lo contemplaba de cara, tenía el aspecto de un sol empurpurado contemplado, antes de ponerse, en la cima de las rocas de Ben-Nevis.

Mientras, las peregrinaciones de la digna pareja por las distintas tabernas de la vecindad durante las primeras horas de la noche habían sido variadas y habían estado llenas de acontecimientos. Pero los fondos, incluso los más vastos, no son eternos y era ya con los bolsillos vacíos que nuestros dos amigos se habían aventurado dentro de la taberna en cuestión.

En el momento preciso en que comienza esta historia, Legs y su compañero Hugh Tarpaulin estaban sentados, cada cual con los codos apoyados en la amplia mesa de roble, en mitad de la sala, con las mejillas entre las manos. Al amparo de un gran botellón de *humming-stuff* no pagado, miraban de reojo las palabras siniestras: No hay tiza⁸ —que no sin asombro ni indignación por parte de ambos aparecían escritas sobre la puerta con caracteres de tiza— esa imprudente tiza que osaba declararse ausente. Y no es que la facultad de descifrar los caracteres escritos —facultad considerada entre la gente llana de aquellos tiempos como un poco menos cabalística que el arte de trazarlos — hubiese podido, en estricta justicia, ser imputada a los dos discípulos del mar. Pero había, por decir la verdad, un cierto retorcimiento en el aire de las letras —y en el conjunto mismo de ellas no sé qué indescriptible aspecto— que presagiaba, en la opinión de los dos marinos, una condenada sacudida y un tiempo muy feo, y que les decidieron de golpe, siguiendo el lenguaje metafórico de Legs, a cuidar de las bombas de achique, a ceñir todo el trapo y a huir delante del viento. En consecuencia, habiendo consumido lo que en la botella quedaba de cerveza, sólidamente agarrados a sus cortos justillos, finalmente tomaron impulso y se lanzaron hacia la calle. Tarpaulin, es verdad, entró dos veces en la chimenea, al tomarla por la puerta, pero al fin su fuga se efectuó felizmente y, una media hora después de la medianoche, nuestros dos héroes habían equilibrado su paso y caminaban formando eses bien precisas a lo largo de una callejuela oscura en dirección a la escalera de San Andrés, ardientemente perseguidos por la tabernera del Alegre lobo de mar.

Muchos años antes de que transcurriera esta historia, lo mismo que muchos años después de que hubiera transcurrido, toda Inglaterra, pero más particularmente la

⁸ No se fía.

metrópoli, vibraba periódicamente al grito siniestro de «¡La Peste!». La City estaba en gran parte despoblada y, en aquellos horribles barrios vecinos al Támesis, entre aquellas callejuelas y negros pasajes, estrechos e inmundos, que el Demonio de la Peste había elegido, se suponía entonces, como lugar de su natalicio, no se podía sino encontrar, pavoneándose, más que al Espanto, al Terror y a la Superstición.

Por orden del Rey, aquellos barrios estaban condenados, prohibida a toda persona, bajo pena de muerte, penetrar en sus espantosas soledades. Sin embargo, ni el decreto del monarca ni las enormes barreras alzadas a la entrada de las calles, ni tampoco la perspectiva de aquella repugnante muerte, que, casi seguro, engullía al miserable al que ningún peligro podía apartar de la aventura, no impedía que las habitaciones desamuebladas y deshabitadas fueran despojadas por la mano de una rapiña nocturna, del hierro, del cobre, de los plomos, en fin de todo artículo que pudiera convertirse en objeto de un lucro cualquiera.

Se pudo particularmente constatar, a cada invierno, a la apertura anual de las barreras, que las cerraduras, los cerrojos y las cavas secretas no habían protegido más que mediocremente aquellas amplias provisiones de vinos y licores que, vistos los riesgos, varios de los comerciantes que tenían tienda en la vecindad, se habían resignado, durante el período de exilio, a confiar a garantía tan insuficiente.

Pero, entre el pueblo aterrorizado, muy pocas gentes atribuían aquellos hechos a la acción de manos humanas. Los Espíritus y los Goblins de la peste, los Demonios de la fiebre, tales eran para las clases populares los verdaderos autores de la desgracia. Y se contaban sin cesar unos cuentos para helar la sangre en las venas que, a la larga, toda aquella masa de edificios condenados fue rodeada del terror como por un sudario. Y hasta el mismo ladrón, a menudo espantado por el horror supersticioso que sus propias depreciaciones había creado, dejaba el amplio circuito del barrio maldito, lo abandonaba a las tinieblas, al silencio, a la peste y a la muerte.

Fue a través de una de esas temibles barreras de las que he hablado, y las cuales indicaban que la región situada más allá estaba condenada, por donde Legs y el digno Hugh Tarpaulin, que desembocaron frente a ella saliendo de una calleja, donde su carrera quedó repentinamente interrumpida. No era cuestión de volver sobre sus pasos y tampoco había tiempo que perder, pues aquellos que les daban caza les iban pisando los talones. Para dos marineros de pura sangre, trepar por el basto andamiaje no era más que un juego y, exasperados por la doble excitación de la carrera y de los licores, saltaron resueltamente al otro lado y, luego, reemprendieron su ebria carrera con gritos y aullidos, se perdieron pronto en aquellas profundidades complicadas y malsanas.

Si no hubiesen estado borrachos hasta el punto de haber perdido su sentido moral, sus pasos vacilantes habrían sido paralizados por los horrores de su situación. El aire era frío y brumoso. Entre el césped alto y vigoroso que les subía hasta los tobillos, los adoquines sueltos yacían en un espantoso desorden. Casas enteras derruidas taponaban las calles. Las miasmas más fétidas y deletéreas reinaban por todas partes y, gracias a

aquella pálida luz que, incluso a medianoche, emana siempre de una atmósfera vaporosa y pestilencial, se habría podido distinguir, yaciendo en las aceras y en las calles, pudriéndose en las habitaciones sin ventanas, la carroña de diversos ladrones nocturnos detenida por la mano de la peste en la perpetración de su fechoría.

Pero no sería el poder de las imágenes, de las sensaciones y los obstáculos de cualquier naturaleza, las que detendrían la carrera de aquellos dos hombres que, naturalmente bravos, y sobre todo aquella noche, llenos hasta los bordes de coraje y de *humming-stuff*, se habrían intrépidamente arrojado, todo lo derecho que su estado les hubiera permitido, en las mismas fauces de la Muerte. Adelante, adelante iba siempre el siniestro Legs, resonaban los ecos de ese desierto solemne de gritos semejantes al terrible aullido de guerra de los indios; y con él, siempre a su lado, trotaba el barrigudo Tarpaulin, agarrado al justillo de su camarada, más ágil, y sobre pasando incluso a este último en sus valerosos esfuerzos vocales mediante mugidos de bajo extraídos de las profundidades de sus pulmones estentóreos.

Evidentemente habían alcanzado la plaza fuerte de la peste. A cada paso o a cada caída, su carrera se hacía más horrible y más infecta, los caminos más estrechos y más embrollados. Grandes piedras y vigas caían de cuando en cuando de los tejados descalabrados y daban testimonio, mediante sus caídas pesadas y funestas, de la prodigiosa altura de las casas circundantes. Y, cuando les era menester hacer un esfuerzo energético para abrirse paso entre los frecuentes montones de escombros, no era raro que sus manos cayeran sobre un esqueleto o se metieran entre un amasijo de carnes descompuestas.

De golpe, los dos marineros tropezaron contra un amplio edificio de siniestra apariencia. Un grito más agudo que de costumbre surgió del gaznate del exasperado Legs y fue respondido desde el interior por una explosión rápida, sucesiva, de gritos salvajes, demoniacos, casi unos estallidos de risa. Sin asustarse de aquellos sonidos que, por su naturaleza, en semejante lugar, en un momento así, hubieran solidificado la sangre en pechos menos irreparablemente incendiados, nuestros dos borrachos se lanzaron con la cabeza gacha contra la puerta, la derribaron, y se abatieron en mitad del suelo con una oleada de imprecaciones.

La sala en la cual cayeron resultó ser el almacén de un empresario de pompas fúnebres. Pero una trampilla, abierta en un rincón del suelo, cerca de la puerta, daba a una letanía de cavas cuyas profundidades, como lo proclamó un tintineo de botellas que se rompián, estaban bien surtidas de su habitual contenido. En medio de la sala, había una mesa puesta —y en medio de la mesa, por lo que parecía, un gigantesco bol lleno de punch—, con botellas de vinos y licores compitiendo con potes, jarras y frascos de toda forma y de toda especie, todo desparramado en profusión sobre la mesa. Y alrededor de ella, sobre caballetes fúnebres, se sentaba una sociedad de seis personas. Voy a intentar describirlas una a una.

Frente a la puerta de entrada, y un poco más arriba que sus compañeros, estaba sentado un personaje el cual parecía presidir la fiesta. Era un ser descarnado, de gran talla, y Legs se quedó estupefacto al encontrarse frente a alguien más flaco que él. Su cara era tan amarilla como el azafrán, pero ninguno de sus rasgos, a excepción de uno solo, no era lo suficientemente notable como para merecer una descripción particular. Ese rasgo único consistía en una frente tan anormalmente y tan feamente alta que se hubiese dicho era un bonete o una corona de carne superpuesta a su cabeza natural. Su boca rechinante estaba plegada por una expresión depectral afabilidad, y sus ojos, como los ojos de cualquier persona sentada a la mesa, brillaban con ese singular barniz que procura los humos de la embriaguez. Este caballero estaba vestido de pies a cabeza con un manto de terciopelo de seda negra, ricamente bordado, que flotaba negligentemente al rededor de su talle a la manera de una capa española. Su cabeza estaba abundantemente erizada de esas plumas con las que adornan los carruajes funerarios y que él balanceaba de un lado al otro con un aire de consumada afectación; en su mano derecha sostenía un gran fémur humano, con el cual acababa de golpear, por lo que parecía, a uno de los miembros de la asamblea para pedirle una canción.

Frente a él, con la espalda vuelta hacia la puerta, había una dama cuya extraordinaria fisonomía no le cedía en nada. Aunque tan alta como el personaje que acabamos de describir, la dama no tenía derecho alguno a quejarse de una delgadez anormal ya que, evidentemente, estaba en el último período de la hidropesía y por su aspecto se parecía mucho a la enorme barrica de cerveza de Octubre que se alzaba, desfondada por arriba, justo a su lado, en un rincón de la cámara. Su cara era singularmente redonda, roja y llena, y, la misma particularidad, o más bien la ausencia de particularidad que ya he mencionado en el caso del presidente, marcaba su fisonomía, es decir, que un solo rasgo de su cara merecía una caracterización especial. El hecho es que el clarividente Tarpaulin vio en seguida que la misma observación podía aplicarse a todas las personas allí reunidas; cada cual parecía haber acaparado para él solo un pedazo de fisonomía. En la dama en cuestión, ese pedazo era la boca. Una boca que comenzaba en la oreja derecha y que corría hasta la oreja izquierda dibujando un abismo terrorífico de forma que sus muy cortos colgantes de oreja se hundían a cada instante en la sima. Sin embargo, la dama se veía que desplegaba todos sus esfuerzos para conservar la boca cerrada y darse un aire de dignidad. Su atuendo consistía en un sudario recién almidonado y planchado, con un cuellecito plisado en muselina de batista.

A su derecha estaba sentada una dama joven y minúscula a la cual la obesa parecía patrocinar. Esta delicada y pequeña criatura dejaba ver en el temblor de sus dedos corroídos, en el tono lívido de sus labios y en la ligera mancha héctica que sombreaba su tez, por otra parte ya plúmbea, manifestaba los síntomas evidentes de una tisis desenfrenada. Un aire de alta distinción, sin embargo, se extendía por toda su persona; llevaba de manera graciosa y del todo desenvuelta una amplia y hermosa mortaja del

más fino lino de las Indias. Sus cabellos caían en bucles sobre su cuello. Una dulce sonrisa lucía en su boca. Pero su nariz, extremadamente larga, delgada, sinuosa, flexible y purulenta, colgaba demasiado más abajo que su labio inferior. Y esta trompa, pese a la forma delicada con la que ella la desplazaba de vez en cuando, moviéndola de derecha a izquierda con su lengua, daba a su fisonomía una expresión un tanto equívoca.

Al otro lado, a la izquierda de la dama hidrópica, estaba sentado un hombre viejo y bajito, hinchado, asmático y gotoso. Sus mejillas reposaban sobre sus hombros como dos enormes botas de vino de Oporto. Con sus brazos cruzados y una de sus piernas envuelta en vendajes y reposando sobre la mesa, parecía mirarse a sí mismo como si tuviera derecho a alguna consideración. Extraía evidentemente mucho orgullo de cada pulgada de su envoltura personal, pero experimentaba un placer más especial todavía al atraer las miradas por su color tan vistoso. Certo es que sobre todo ese vestido no debía haberle costado mucho dinero y que era de una naturaleza tal que le caía bien, pues no era sino una de esas fundas de seda curiosamente bordadas que en Inglaterra, y en otros lugares también, cuelgan en lugares bien visibles por encima de las casas de las grandes familias ausentes.

A su lado, a la derecha del presidente, se sentaba un caballero con grandes medias blancas y un calzón de algodón. Todo su ser se sacudía de una forma risible por culpa de un tic nervioso que Tarpaulin denominaba las angustias de la embriaguez. Sus mandíbulas, recién afeitadas, estaban estrechamente apretadas con un vendaje de muselina y sus brazos, ligados de la misma forma por las muñecas, no le permitían servirse libremente de los licores que había en la mesa, una precaución necesaria, en opinión de Legs, dado el carácter embrutecido de su cara de biberón. Sin embargo, un par de orejas prodigiosas, que sin duda era imposible disimular, surgían en el espacio y, de vez en cuando, se las veía como sacudidas por un espasmo al son de cada tapón que se hacía saltar de las botellas.

El sexto y último, sentado frente al biberón, tenía un aire singularmente tieso y, estando afectado de parálisis, hablando seriamente, debería sentirse muy poco a gusto dentro de su incómoda vestimenta. Estaba ataviado (atavío quizás único en su género) con un hermoso ataúd de caoba completamente nuevo. La parte alta se abría como una tapa y caía sobre su cabeza como un capuchón; dándole a toda la cara una fisonomía de indescriptible interés. Unas bocamangas aparecían practicadas a ambos costados, tanto por comodidad como por elegancia. Pero este atavío sin embargo impedía al desdichado cualquier movimiento y le obligaba a mantenerse quieto en su sitio, lo mismo que a sus compañeros, y, como quiera que estaba apoyado contra su catafalco e inclinado según un ángulo de cuarenta y cinco grados, sus dos grandes ojos a flor de cabeza giraban y asaeteaban hacia el techo sus terribles globos blancuzcos, como en un absoluto asombro de su propia enormidad.

Delante de cada convidado estaba puesto medio cráneo, del cual se servía a guisa de copa. Por encima de sus cabezas pendía un esqueleto humano, por medio de una cuerda

atada a una de sus piernas y fijada a una argolla del techo. La otra pierna, que no estaba sujetada, surgía del cuerpo en ángulo recto, haciendo danzar y piruetear a toda la carcasa temblorosa cada vez que un soplo de viento se abría paso en la sala. El cráneo de la espantosa cosa colgante contenía una cantidad de carbón encendido que arrojaba sobre toda la escena un resplandor vacilante pero vivo, iluminando los féretros y todo el material del empresario de pompas fúnebres que aparecía apilado a gran altura en la habitación, contra las ventanas, impidiendo que ningún rayo de luz pudiese escapar a la calle.

A la vista de esta extraordinaria asamblea y su decorado todavía más extraordinario, nuestros dos marinos no se condujeron con todo el decoro que hubiera cabido esperar de ambos. Legs, apoyándose contra el muro cerca del que se encontraba, dejó caer su mandíbula inferior aún más bajo de lo que acostumbraba y desplegó sus grandes ojos sobre el panorama que a ellos se ofrecía; mientras, Hugh Tarpaulin, se agachaba un poco para poner su nariz al nivel de la mesa y, poniéndose las manos sobre las rodillas, estalló en una risa inmoderada e intempestiva, es decir, en un largo, ruidoso y ensordecedor rugido.

Mientras, sin ultrajarse ante una conducta tan prodigiosamente grosera, el gran presidente sonrió muy graciosamente a nuestros intrusos —les hizo con su cabeza de plumas negras una señal llena de dignidad— y, levantándose, tomó a cada uno de ellos por el brazo y los condujo hacia un asiento que las otras personas de la compañía acababan de prepararles. Legs no ofreció la menor resistencia y se sentó donde le indicaban mientras que el galante Hugh, apartando el caballete de un lado de la mesa, fue a instalarse al lado de la damisela tísica, con gran alegría, y sirviéndose un cráneo de vino tinto se lo tragó en honor de una más íntima relación. Pero, ante esta presunción, el rígido gentleman del ataúd pareció singularmente exasperado, y la cosa hubiese podido dar lugar a las más serias consecuencias si el presidente no hubiese, en aquel momento, picado sobre la mesa con su cetro para atraer la atención de todos los asistentes al discurso siguiente:

—La feliz ocasión que se nos ofrece nos impone el deber de...

—¡Quieto ahí! —le interrumpió Legs con aire de gran seriedad—, quieto ahí un poco, te digo, y dinos primero quién eres y qué hacéis aquí, vestidos como feos demonios y zampándoos el retuercetripas de nuestro honesto camarada Will Wimble el enterrador y todas sus provisiones que tenía guardadas para el invierno.

Ante esta imperdonable muestra de mala educación, toda la extraña sociedad se incorporó a medias sobre sus pies y profirió un montón de gritos diabólicos, parecidos a aquellos primeros que habían atraído la atención de los dos marineros. El presidente, no obstante, fue el primero en recuperar su sangre fría y, finalmente, volviéndose hacia Legs, con gran dignidad, reemprendió su discurso:

—Será con perfecta aquiescencia que satisfaremos una curiosidad razonable por parte de unos huéspedes tan ilustres, pese a que ellos no hayan sido invitados. Sabed

pues que yo soy el monarca de este imperio y que reino —aquí sin menoscabo alguno con este título: el Rey Peste I.

«Esta sala que ustedes suponen muy injuriosamente ser la tienda de Will Wimble, el empresario de pompas fúnebres, un hombre al que no conocemos, y cuya apelación plebeya no había oído jamás, antes de esta noche, despellejado nuestras reales orejas, esta sala, digo, es la Sala del Trono de nuestro Palacio, consagrada a los consejos de nuestro reino y a otros destinos de un orden sacro y superior.

»La noble dama sentada frente a Nos es la Reina Peste, nuestra Serénísima Esposa. Los otros personajes ilustres que ustedes contemplan son nuestra familia y llevan la marca del origen real en sus nombres respectivos: Su Gracia el Archiduque Pest-Ífero, Su Gracia el Duque Pest-Ilencial, Su Gracia el Duque Tem-Pestuoso y Su Alteza Serenísima la Archiduquesa Ana-Peste.

»En lo que respecta —siguió— a vuestra pregunta, relativa a los asuntos que nos traíamos aquí en consejo, nos sería ocioso responder que tales asuntos conciernen a nuestro interés real y privado y, así pues concerniéndonos a nosotros mismos, no tienen en absoluto importancia si no es para nosotros. Pero, en consideración al trato que ustedes podrían reivindicar en su calidad de huéspedes y de extranjeros, no desdeñaremos decirles que estamos aquí esta noche —preparados por profundas búsquedas y cuidadosas investigaciones— para examinar, analizar y determinar perentoriamente el espíritu indefinible, las incomprensibles cualidades y la naturaleza de estos inestimables tesoros de la boca, vinos, cervezas y licores de esta excelente metrópoli, para, al hacerlo así, no solamente alcanzar nuestro objeto sino también para aumentar la verdadera prosperidad de este soberano que no es de este mundo, que reina sobre todos nosotros, cuyos dominios no tienen límites, y cuyo nombre es: ¡la Muerte!».

—¡Cuyo nombre es Davy Jones! —exclamó Tarpaulin sirviendo a la dama sentada a su lado un cráneo lleno de licor y sirviéndose otro para él.

—¡Profano granuja! —dijo el presidente volviendo su atención hacia el digno Hugh —, ¡profano y execrable guasón! Nos, hemos dicho que en razón de esos derechos que en absoluto nos sentimos inclinados a violar, incluso en tu sucia persona, Nos condescendemos a responder a tus groseras e intempestivas preguntas. Sin embargo, creemos que, vista vuestra profana intrusión en nuestro consejo, es nuestro deber condenarlos, a ti y a tu compañero, a cada uno un galón de black-strap —que beberéis a la prosperidad de nuestro reino—, de un solo trago, y de rodillas, tras lo cual seréis libres, el uno y el otro, de seguir vuestro camino o de quedarnos con nosotros y compartir los privilegios de nuestra mesa, según vuestro gusto personal y respectivo.

—Tal cosaería de la más absoluta imposibilidad —replicó Legs, a quien los grandes aires y la dignidad del rey Peste I habían sin duda inspirado algunos sentimientos de respeto, y que se había levantado y apoyado contra la mesa mientras el monarca hablaba—, pues, si le plugo a Su Majestad, no veo cómo sería posible meter en mi cala ni

la cuarta parte de ese licor del cual acaba de hablar Su Majestad. No voy a hablarle de todas las mercancías que desde esta mañana hemos cargado a nuestro bordo a modo de lastre, ni le mencionaré tampoco los diversos ales⁹ y licores que hemos embarcado esta noche en distintos puertos, pero si precisaré que, por el momento, tengo un fuerte cargamento de *humming-stuff*, tomado y debidamente pagado en la enseña dcl Alegre lobo de mar. Vuestra Majestad querrá pues ser lo bastante graciosa para tomar con buena voluntad este hecho, porque yo no quiero de forma alguna beber ni una gota más, y menos aún de una gota de esa sucia agua de sentina que responde al nombre de black-strap.

—¡Amarra eso! —interrumpió Tarpaulin, tan asombrado por lo largo del speech de su camarada como por la naturaleza de su negativa—. ¡Amarra eso, marinero de agua dulce! ¡Muy pronto habrás soltado el mango, Legs, te lo digo yo! Mi quilla todavía es ligera, mientras que la tuya, lo confieso, me parece un poco escorada. Y, en cuanto a tu parte de carga, pues muy bien, antes que quitarle un solo grano, yo ya encontraré lugar para ella a mi bordo, pero...

—Ese arreglo —le interrumpió el presidente— está en completo desacuerdo con los términos de la sentencia o condena, ya que su naturaleza es médica y por lo tanto inconmutable y sin apelación. Las condiciones que os hemos expuesto serán cumplidas al pie de la letra y sin un minuto de vacilación, pues de lo contrario Nos decretaremos que seáis atados juntos por el cuello y los talones, y debidamente ahogados como rebeldes en la barrica de cerveza de Octubre que veis allí.

—¡Qué sentencia! ¡Menuda sentencia! ¡Equitativa, juiciosa sentencia! ¡Un glorioso decreto! ¡Una muy digna, muy irreprochable y muy santa condena! —exclamaron a la vez todos los miembros de la familia Peste. El rey hizo plegar su frente en innumerables arrugas; el hombrecito gotoso resopló como un fuelle; la dama de la mortaja de lino hizo ondular su nariz a derecha e izquierda, el caballero del calzón convulsionó sus orejas; la dama del sudario abrió las fauces como un pez en la agonía; y el hombre del ataúd de caoba pareció todavía más tieso y rodó los ojos hacia el techo.

—¡Jo, jo! —tronó Tarpaulin ahogándose de risa y sin miramientos ante la agitación general—. ¡Jo, jo, jo! ¡Jo, jo! Yo decía, cuando el señor Rey Peste nos condenaba, que en cuanto a la cuestión de dos o tres galones más o menos de black-strap que esa bagatela no era nada para un buen y sólido barco como yo, incluso aunque estuviera bien cargado. Pero cuando se trata de beber a la salud del Diablo (¡al que Dios absuelva!) y ponerme de rodillas delante de la villana Majestad que tenemos ahí, lo que yo sé, tan bien como sé que soy un pecador, ¡es que no soy Tim Hurlygurly el follador! En cuanto al por qué no lo sea, es algo que sobrepasa los medios de mi inteligencia...

No le fue posible acabar tranquilamente su discurso, pues, al nombre de Tim Hurlygurly todos los convidados saltaron de sus asientos.

⁹ El ale es un tipo de cerveza inglesa, negra y amarga.

—¡Traición! —gritó Su Majestad el Rey Peste I.

—¡Traición! —gritó el pequeño hombre de la gota.

—¡Traición! —croó la Archiduquesa Ana Peste.

—¡Traición! —marmoteó el gentleman de las mandíbulas atadas.

—¡Traición! —gruñó el hombre del ataúd.

—¡Traición! ¡Traición a Su Majestad! —gritó la mujer de la enorme bocaza mientras cogía por la parte posterior de sus calzones al infeliz Tarpaulin, que en ese momento precisamente se estaba llenado de licor un cráneo, y lo levantaba vivamente en el aire y lo metía sin más ceremonia dentro del enorme barril desfondado y lleno de su cerveza favorita. Agitándose de aquí para allá durante unos segundos, como una manzana en un bote de ponche, desapareció finalmente en el torbellino de espuma que sus esfuerzos habían naturalmente levantado en el líquido ya de por sí altamente espumoso.

Pero el gran marinero no vio con resignación el chasco de su camarada. Precipitando al Rey Peste a través de la trampa abierta, el valiente Legs la cerró violentamente a continuación con un juramento, y corrió al centro de la sala. Allí, agarrando el esqueleto colgado encima de la mesa, tiró de él con tanta energía que consiguió arrancarlo al tiempo que se apagaban los últimos rayos de luz, y lo arrojó contra el hombrecillo gordo rompiéndole el cerebro. Precipitándose luego con todas sus fuerzas contra el fatal tonel lleno de cerveza de Octubre y de Hugh Tarpaulin, lo volcó en un instante y lo hizo rodar. Surgió de él un diluvio de licor tan furioso, tan impetuoso, tan invasor, que la sala fue inundada de un muro al otro mientras la mesa se derrumbaba con todo su contenido, los caballetes caían, el lebrillo de punch se precipitaba contra la chimenea y las damas se convulsionaban en sendos ataques de nervios. Pilas de artículos fúnebres se debatían de un lado a otro. Los frascos, las jarras, las gruesas botellas vestidas de junquillo se confundían en un espantoso revoltijo mientras las garrafas con su faldón de mimbre chocaban desesperadamente contra los bocoyes acorazados de cuerda. El hombre de las angustias quedó ahogado al momento, el gentleman paralítico navegaba hacia mar adentro en su ataúd, y el victorioso Legs, cogiendo por el talle a la gordona dama del sudario, se precipitó con ella a la calle, y puso rumbo bien derecho en dirección al Free-and-Easy, ciñendo bien el viento y remolcando al temible Tarpaulin, quien, habiendo estornudado tres o cuatro veces, jadeaba y resoplaba tras él en compañía de la Archiduquesa Ana Peste.

Cuatro bestias en una

El hombre cameleopardo

Four best in one, 1936

Chacun a ses vertus.

"Xerxes" (Crebillón)

Antíoco Epífanes es generalmente visto como el Gog del profeta Ezequiel. Este honor es, empero, más propiamente atribuido a Cambises, el hijo de Ciro. Y ciertamente el carácter del monarca sirio no necesita ningún otro ornamento. Su acceso al trono, o mejor dicho, su usurpación de la soberanía, unos ciento setenta años antes de Cristo; su intento de saquear el templo de Diana en Efeso; su implacable hostilidad hacia los Judíos; su profanación al Santo de los Santos; y su miserable muerte en Tebas, luego de un tumultuoso reinado de once años, son circunstancias bastante relevantes, y generalmente han sido mucho más reportadas por los historiadores de esta época, que su impía, vil, cruel, tonta y antojadiza conjunción de hechos que hicieron el sumatoria de su vida privada y reputación.

Vamos a suponer, amado lector, que estamos ahora en el año tres mil ochocientos treinta, y vamos, por unos minutos, a imaginarnos a nosotros mismos dentro de una de las más grotescas habitaciones humanas, la remarcable ciudad de Antioquía. Se asegura que en Siria y otras naciones, hubo dieciséis ciudades con el mismo nombre, aparte de la que estoy aludiendo particularmente. Pero la nuestra es aquella denominada Antioquía Epidafne, por su vecindad con el pequeño pueblo de Dafne, donde tenemos un templo dedicada a tal divinidad. Fue construido por (hay, sin embargo, alguna disputa sobre esta materia) Seleuco Nicanor, el primer rey del país después de la muerte de Alejandro Magno, en memoria de Antíoco, su padre, y se convirtió inmediatamente en residencia de la monarquía siria. En los tiempos florecientes del Imperio Romano, fue una usual estación del prefecto de las provincias de Medio Oriente; y muchos de los emperadores pasaron aquí gran parte de sus tiempos. Pero percibo que hemos llegado a la ciudad misma. Pero, ascendamos por su almenaje, y lancemos nuestra vista sobre el pueblo y los vecinos.

¿Qué río ancho y rápido es que fuerza su camino, con innumerables saltos, a través de las salvajes montañas, y finalmente a través de las salvajes construcciones?

Es el Orontes, y es la única traza de agua a la vista, con la excepción del Mediterráneo, que se expande, como un ancho espejo, a través de doce millas hacia el sur. Todos han visto el Mediterráneo, pero déjenme decirles, hay algunos que han dado miradas furtivas sobre Antioquía. Estos, unos pocos, como usted y yo, han tenido, al

mismo tiempo, las ventajas de una moderna educación. Por consiguiente desisten de reconocer el mar, y prestan completa atención a la masa de casas que permanecen bajo nuestro. Ustedes recordarán que es el año del mundo tres mil ochocientos treinta. Donde más tarde, por ejemplo, en el año de nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y cinco, no tendríamos tal extraordinario espectáculo. En el Siglo Diecinueve Antioquía está —o mejor tendríamos que decir, estará— e un lamentable estado de decaimiento. Ha estado, para esta época, totalmente destruída, en de tres diferentes períodos, por tres terremotos sucesivos. Por consiguiente, al decir verdad, lo poco que pudo haber quedado, será encontrado en un estado tan desolado y ruinoso que el patriarca debería mudar su residencia a Damasco. Esto está bien. Veo que aprovecha mi consejo, y dedica la mayoría de su tiempo a reconocer los lugares para

... *Satisfacer vuestros ojos*

Con las memorias y las cosas famosas

Que más honran a esta ciudad.

Le pido perdón; había olvidado que Shakespeare no florecería hasta dentro de diecisiete siglos y medio. Pero ¿la apariencia de Epidaphne no me justifica en llamarla grotesca?

"Está bien fortificada; y a este respecto, está tan en deuda con la naturaleza como con el arte."

Muy cierto.

"Hay un gran número de palacios estatales."

Los hay.

"Y los numerosos templos, suntuosos y magníficos, pueden ser tranquilamente comparados con los más laudados de la antigüedad."

Todo esto tengo que admitirlo. Aún tenemos una infinidad de chozas de barro, y caramancheles abominables. No podemos sino percibir abundancia de suciedad en cada esquina, y, no sería por el poderoso humo de idólatras inciensos, no tendría duda que encontraríamos una intolerable pestilencia. ¿Alguna vez vio calles tan insufriblemente estrechas, o casas tan milagrosamente altas? ¡Qué lóbrega se ven sus sombras proyectadas sobre el piso! Es que si no fuera que las lámparas pendientes de las interminables columnatas son mantenidas encendidas aún de día, tendríamos sin duda la oscuridad del Egipto en el tiempo de la desolación.

"¡Ciertamente es un lugar extraño! ¿Cuál es el significado particular de todas estas singulares construcciones? ¡Mire! Son torres encima de otras, y todas apuntan hacia lo que yo tomo por el Palacio Real."

Este es el nuevo Templo del Sol, que es adorado en Siria bajo el título de Elah Gabalah. Más adelante, un notorio Emperador Romano instituiría su culto en Roma, y consecuentemente tomó del mismo su apodo: Heliogábalo. Me atrevo a decirle que eche

un vistazo a la divinidad dentro del templo. No necesitará mirar hacia arriba, al cielo; su arca no está arriba, al menos no el arca adorada por los sirios. Esta deidad es encontrada en el interior de aquella construcción. Es adorada bajo la figura de un gran pilar que está en la punta de un cono o pirámide, donde se connota el fuego.

"¡Escucha! ¿Quién puede de aquellos ridículos seres, estar, medio desnudo, con su rostro pintado, gritando y gesticulando al gentío?"

Algunos son charlatanes de feria. Otros pertenecen a la raza de los filósofos. La mayoría, empero, aquellos especialmente que machacan al populacho con palos, son los principales cortesanos del palacio, ejecutando como tarea pesada, alguna laudable vis cómica del rey.

"¿Pero, qué tenemos aquí? ¡Cielos! ¡El pueblo es abarrotado junto a bestias salvajes! ¡Qué terrible espectáculo, de peligrosa extravagancia!"

Terrible, con su permiso; pero no tanto como para ser peligroso. Cada animal si usted se toma la molestia de observar, está siguiendo, muy tranquilamente, a su amo. Algunos pocos son guiados con sogas alrededor del cuello, pero estos son mayormente los menos o solamente especies tímidas. El león, el tigre, y el leopardo están enteramente sin ningún freno. Todos han sido entrenado sin dificultad para la presente profesión, y siguen a sus respectivos dueños como si fueran una especie de valets-de-chambre. Es verdad, hay ocasiones en las que la Naturaleza se asegura sus dominios violados, pero por entonces si un hombre era devorado o si un toro consagrado era sacrificado, eran circunstancias de muy poca monta para ser menos que inferiores en Epimanes.

"¿Pero, qué extraordinario tumulto escucho? Seguramente este es un ruido alto para la ciudad. Debe ser el principio de alguna conmoción de inusual interés."

Si, indudablemente. El rey ha ordenado algún espectáculo novel, algunas exhibiciones de gladiadores en el hipódromo, o quizás la masacre de los prisioneros escitas, o la incendio de su nuevo palacio, o la demolición de algún enorme templo, o tal vez la muerte en la hoguera de algunos judíos. Los gritos se acrecientan. Los alaridos de risas ascienden a los cielos. El aire se vuelve disonante con instrumentos de viento, y horrible con el clamor de un millón de gargantas. Dejémoslo descender, por amor a la diversión, y veamos que pasa. ¡Pero cuidado! Aquí estamos en la calle principal, la calle de Timarco. Un mar de gente viene por esta vía, y encontraremos una gran dificultad en detener la ola. Ellos vienen desbordando el callejón desde la calle Heracles, que desemboca directamente en el palacio. Por consiguiente, debe ser probable que el Rey esté entre los alborotadores. Si, escucho los gritos del líder proclamando su advenimiento en la pomposa fraseología del Este. Debemos echar un vistazo a esta persona cuando pase por el templo de Ashimah. Podemos salvaguardarnos en el vestíbulo del santuario; él estará aquí enseguida. En mientras podemos examinar esta imagen. ¿Qué es? ¡Oh! Es el dios Ashimah en persona. Tú lo percibes, sin embargo, que no es un cordero, ni una cabra ni un sátiro ni tampoco el dios Pan de los Arcadianos. Aún todas estas apariencias han sido dadas, pido perdón, serán dadas, por los

entendidos de futuras épocas, al dios Ashimah de los sirios. Ponlo en tus lentes, y dime que es. ¿Qué es?

"¡Dios bendito! ¡Es como un mono!"

Cierto, como un babuino; pero de ninguna manera es menos que una deidad. Su nombre es una derivación del griego Simia, (¡que grandes tontos son los arqueólogos!) ¡Pero mira! ¡Mira! Aquel pilluelo harapiento que corre a toda prisa. ¿A dónde va? ¿Por qué está llorando? ¿Qué es lo que dice? ¡Oh! ¡Dice que el rey está viniendo triunfante; que está vestido de protocolo; que acaba de dar muerte, con sus propias manos, a un centenar de israelitas encadenados! A raíz de esta hazaña, el mendigo está loándolo hasta los cielos. ¡Escucha! Aquí viene una tropa. Han hecho un himno latino sobre el valor del rey, y lo están cantando a medida que marchan.

Mille, mille, mille,

Mille, mille, mille,

Decollavimus, unus homo!

Mille, mille, mille, mille, decollavimus!

Mille, mille, mille,

Vivat qui mille mille occidit!

Tantum vini habet nemo

Quantum sanguinis effudit!

Lo que puede ser interpretado como:

¡Ciento, ciento, ciento,

Ciento, ciento, ciento,

Nosotros, con un guerrero, hemos matado!

¡Ciento, ciento, ciento, ciento, cantamos ciento de nuevo!

¡Viva! Cantemos

Larga vida a nuestro rey,

Quien golpea a un centenar tan valiente

¡Viva! Bramemos,

Él nos ha dado más

Galones de sangre

Que todas las jarras de vino de Siria!

"¿Puedes escuchar el sonido de las trompetas?"

Si: ¡el rey está llegando! ¡Mira! La gente está pasmada de admiración, y abren sus ojos al cielo en reverencia. ¡Él viene, está viniendo, aquí está!

"¿Quién? ¿Dónde? ¿El rey? No puedo verlo, no puedo decir que lo esté percibiendo." Entonces tú debes estar ciego.

"Es muy posible. No veo nada más que un tumultuoso tropel de idiotas y locos, que se postran ante un gigantesco cameleopardo, y se esfuerzan para darle un beso en las patas del animal. ¡Mira! La bestia acaba de patear a uno de los de la chusma, luego a otro y a otro. Ciertamente no puedo dejar de admirar al animal por la excelente utilización que hace de sus patas."

¡Gentuza! ¡Por qué estos son los ciudadanos nobles y libres de Epidaphne! ¿A qué bestias te refieres? Te cuidado que no seas oído por casualidad. ¿No percibes que el animal tiene el rostro de un hombre? ¡Por qué, mi querido señor, este cameleopardo no es otro que Antíoco Epífanes, Antíoco el Ilustre, Rey de Siria, el más potente de todos los autócratas del Oriente! Es verdad, que también es nombrado, a veces, como Antíoco Epimanes, Antíoco el loco, pero es a causa de que toda la gente no tiene la capacidad de apreciar sus méritos. Es también cierto que en este momento está camuflado bajo la piel de una bestia, y está haciendo su mejor intento por interpretar el rol de un cameleopardo; pero esto lo hace para el mejor mantenimiento de su dignidad real. Además, el monarca posee una gigantesca estatura, y sus vestiduras, por consiguiente, no son nunca indecorosas ni tampoco muy grandes. Nosotros podemos, sin embargo, presumir que podría haberlas adoptado por alguna ocasión especial. Tal, si me permites, la masacre del centenar de judíos. ¡Con que dignidad superior, el monarca deambula en cuatro patas! Su cola es sujetada, como tu puedes percibir, por sus dos concubinas principales, Elina y Argelais; y su presencia sería mucho más agradable si no fuera por las protuberancias de sus ojos, que parecen ciertamente arrancar fuera de su cabeza, y el excéntrico color de su rostro es indescriptible a causa de la gran cantidad de vino que ha ingerido. Sigámosle al hipódromo, adónde se está encaminando, y escuchemos el cántico triunfal que acaba de comenzar:

¿Quién es el Rey sino Epífanes?

Dilo si lo sabes

¿Quién es el Rey sino Epífanes?

¡Bravo! ¡bravo!

No hay nadie como Epífanes,

No, no hay nadie como él.

¡Así que destruye el templo,

Y póstrate al sol!

¡Una buena y vigorosa canción! El populacho lo vitorea como el 'Príncipe de los Poetas', también como 'Gloria del Oriente', 'Placer del Universo' y como 'Más Admirable de los Cameleopardos'. Ellos han entonado su efusión, ¿los escuchas? Ahora lo cantan de nuevo. Cuando arriba al hipódromo, será coronado con la corona de los poetas, anticipadamente por su victoria en las próximas Olimpiadas.

"¡Pero, buen Júpiter! ¿Qué sucede con la multitud a nuestras espaldas?"

¿Qué dices? ¡Oh, ah! Ya veo, mi amigo. Es bueno que hables a tiempo. Vayamos a un lugar seguro lo más rápido posible. ¡Aquí! Ocultémonos bajo el arco de este acueducto, y te diré en un momento acerca del origen de esta commoción. Se volvió como lo había anticipado. La singular apariencia del cameleopardo y la cabeza de un hombre, hubieron, en apariencia, realizado alguna ofensa a las nociones de diversión decente, en general, por los animales salvajes domesticados en la ciudad. Como resultado se ha desatado un motín, y, como es usual en estos casos, todos los esfuerzos humanos son inútiles para mitigar a la turba. Varios de los sirios han sido devorados; pero la voz general de los patriotas cuadrúmanos parece ser la de comer al cameleopardo. 'El Príncipe de los Poetas', por consiguiente, debe correr por su vida. Sus cortesanos le han dejado solo, y sus concubinas han seguido tal excelente ejemplo. 'El Placer del Universo' ¡qué arte para tal triste predica! 'Gloria del Oriente' ¡qué arte para qué peligro de masticación! En consecuencia nunca miró tan lastimosamente su cola; iba a ser arrastrado indudablemente hacia el fango, y no había nadie que le ayude. No mires detrás tuyo a esta inevitable degradación; pero ten coraje, emplea tus piernas con vigor, ¡y vete del hipódromo! Recuerda a este Antíoco Epífanes. Antíoco el Ilustre, también 'Príncipe de los Poetas', 'Gloria del Oriente', 'Placer del Universo', y el 'Más Admirable de los Cameleopardos'. ¡Cielos! Qué rapidez estás desplegando! ¡Qué capacidad de huida que demuestras! ¡Corre, Príncipe! ¡Bravo, Epífanes! Bien hecho, Cameleopardo. ¡Glorioso Antíoco! ¡Corre! ¡Brinca! ¡Vuela! ¡Cómo una flecha lanzada de una catapulta, él escapa del hipódromo! ¡Cabriola! ¡Grita! ¡Está ahí! Esto es bueno; por que has sido 'Gloria del Oriente', y has sido el segundo en alcanzar las puertas del Anfiteatro, ya que no hay cachorro de oso en Epidaphne que no hubiese roído tu osamenta. Salgamos, ¡marchémonos!, ya que no podremos con nuestros oídos modernos siquiera soportar el vasto estruendo que está por comenzar para celebrar el escape del rey. ¡Escucha! Ya ha comenzado. ¡Mira! Toda la ciudad está revuelta.

"¡Seguro, esta es la ciudad más populosa del este! ¡Qué cantidad de gente! ¡Qué conglomeración de personas de todas las edades! ¡Qué multiplicidad de sectas y naciones! ¡Qué variedad de vestimentas! ¡Qué Babel de lenguajes! ¡Qué rugidos de bestias! ¡Qué tintineo de instrumentos! ¡Qué parcela de filósofos!"

Vamos, debemos irnos.

"¡Espera un momento! Veo una vasta barahúnda en el hipódromo; ¿cuál es el significado de esto?, te suplico me digas."

¿Eso? ¡Oh, no es nada! Los nobles y los ciudadanos libres de Epidafne estando, como ellos declararon, satisfechos con la fe, valor, sabiduría y divinidad de su rey, y teniendo ocasión de presenciar, además, su reciente agilidad sobrehumana, piensan que deben ceñirle la frente (en añadidura a su corona poética) con el lauro de la victoria en la carrera pedestre, un lauro que es evidente que él deberá obtener durante las próximos Juegos Olímpicos, y que, por consiguiente, está consiguiendo anticipadamente.

El jugador de ajedrez de Maelzel

Maezel's chess-player, 1836

Tal vez ninguna exhibición de esta clase haya llamado tanto la atención general como el Jugador de Ajedrez de Maelzel. En cualquier parte donde haya sido visto ha sido objeto de gran curiosidad para todas las personas que piensan. Sin embargo, la cuestión de su *modus operandi* está aún sin aclarar. No se ha escrito nada sobre este tema que pueda considerarse como decisivo; y, de hecho, encontramos en todas partes hombres dotados del genio mecánico, de una gran utilidad general y de inteligencia discriminativa, que no tiene escrúpulos en afirmar que el autómata es *une pure machine* cuyos movimientos no tienen relación alguna con la actividad humana, y que, por consiguiente, es incomparablemente el más asombroso de los inventos de la humanidad. Y esto sería indudable si tuvieran razón en lo que suponen. Aceptando esta hipótesis, sería muy absurdo comparar el Jugador de Ajedrez con otra cosa cualquiera semejante, moderna o antigua. Sin embargo, han existido muchos y magníficos autómatas. En las *Cartas sobre la magia natural*, de Brewster, encontramos una relación de los más importantes. Entre ellos se puede mencionar, como habiendo existido sin ninguna duda, en primer lugar, la carroza inventada por M. Camus para diversión de Luis XIV, cuando éste era niño. Se llevaba una mesa cuadrada de unas seis pulgadas a su habitación y se preparaba para la exhibición. Sobre esta mesa se colocaba un carroaje de seis pulgadas de largo, de madera, tirado por dos caballos hechos del mismo material. Una de las ventanas estaba bajada, y así se veía una dama en el asiento posterior. Un cochero empuñaba las riendas en el pescante, y un lacayo y un paje ocupaban sus puestos. Monsieur Camus tocaba entonces un resorte; inmediatamente el cochero agitaba su látigo y los caballos avanzaban de una manera natural a lo largo del borde de la mesa, arrastrando tras de sí el carroaje. Cuando habían recorrido todo el camino posible en aquella dirección, describían un brusco giro hacia la izquierda y el vehículo seguía su viaje en ángulo recto, a lo largo del borde de la mesa. La carroza seguía así hasta llegar frente al sillón del joven príncipe. Entonces se detenía, el paje descendía y abría la puerta, la dama bajaba y hacía una petición a su soberano. Luego volvía a subir. El paje levantaba el estribo, cerraba la puerta y ocupaba su lugar. El cochero hacía moverse a sus caballos y la carroza volvía hacia su primera posición.

Merece también una información el mago de monsieur Maillardet. Transcribimos la siguiente nota de las *Cartas* antes mencionadas del doctor B. B., quien ha sacado principalmente su información de la *Edimburgh Encyclopaedia*:

"Una de las piezas mecánicas más populares que hayamos visto es el Mago construido por monsieur Maillardet, especializado en responder a ciertas preguntas.

Una figura, con vestimenta de mago, aparece sentada junto a un muro, con una varita en una mano y un libro en la otra. Cierto número de preguntas, previamente preparadas, se hallan inscritas en unos medallones ovalados, y una vez que el espectador separa las elegidas para las que solicita una respuesta, después de haberlas guardado en un cajón destinado a este fin, se cierra el cajón mediante un resorte hasta que aparece la respuesta. El mago se levanta entonces de su asiento y hace una inclinación, con su varilla describe unos círculos, y consultando su libro como si estuviera preocupado por profundos pensamientos, levanta la varilla a la altura de su rostro. Fingiendo que reflexiona así sobre la pregunta propuesta, levanta la varilla y golpea con ella el muro sobre su cabeza; entonces se abren las dos hojas de una puerta y muestran una respuesta apropiada a la pregunta. La puerta se cierra de nuevo, el mago vuelve a su posición primera y el cajón se abre para devolver el medallón. Hay veinte medallones; todos contienen diferentes preguntas, a las que el mago da respuestas asombrosamente oportunas. Los medallones están hechos con placas de bronce de forma elíptica, y todos se parecen mucho. Algunos medallones llevan una pregunta inscrita en ambas caras y las respuestas que entonces da el mago son dos. Si el cajón se cierra sin contener ningún medallón, el mago se levanta, consulta su libro, menea la cabeza y se vuelve a sentar; la puerta permanece cerrada y el cajón aparece vacío. Si se colocan dos medallones juntos en el cajón, sólo hay una respuesta para el que está debajo. Cuando la máquina está preparada, el movimiento continúa durante una hora, más o menos, y el autómata puede responder a unas cincuenta personas. El inventor afirmaba que los medios por los que actuaban los diferentes medallones sobre la máquina para dar respuestas apropiadas a las preguntas eran muy sencillos.

El Pato de Vaucanson aún era más notable. Su volumen era natural, e imitaba tan perfectamente a los animales vivos que los espectadores creían que lo estaba. Dice Brewster que ejecutaba todos los movimientos naturales y gestos; comía y bebía ávidamente, realizaba todos los movimientos de cabeza y garganta peculiares del pato, y, a semejanza de éste, enturbiaba el agua que bebía con el pico. Lanzaba también el graznido del animal con la misma naturalidad. En su estructura anatómica, el artista había realizado la más alta perfección. Cada hueso del pato real tenía su equivalente en el autómata, y hasta las alas eran anatómicamente exactas. Cada cavidad, apófisis y curvatura estaban imitadas, y cada hueso actuaba con movimientos propios. Cuando ponían trigo ante él, el animal alargaba el cuello para picotearlo, lo tragaba y lo digería¹⁰.

Si esas máquinas son tan ingeniosas, ¿qué podemos pensar de la *máquina calculadora* de míster Babbage? ¿Qué podemos pensar de un ingenio de madera y metal que, aparte de poder calcular las tablas astronómicas y de navegación, puede certificar la verdad matemática de sus operaciones y corregir sus posibles errores? ¿Qué podemos pensar de una máquina que no sólo puede realizar todo esto, sino que también imprime sus

¹⁰ Bajo el epígrafe *Androides*, de la Enciclopedia de Edimburgo, puede hallarse una referencia completa de los principales autómatas de los tiempos antiguos y modernos. (N. del A.)

resultados, elaborados nada más que han sido obtenidos, y sin la menor intervención de la inteligencia de hombre? Tal vez se pueda decir que una máquina como la que hemos descrito sea mucho mejor que el Jugador de Ajedrez de Maelzel. Ni mucho menos; es completamente inferior, siempre que admitamos que el Jugador de Ajedrez es una *pura máquina* y que realiza sus operaciones sin ninguna intervención inmediata del hombre (cosa que sólo podría ser admitida por un instante). Los cálculos aritméticos y algebraicos, por su naturaleza, son fijos y determinados. Aceptados ciertos *datos*, se siguen ciertos resultados, necesaria e inevitablemente. Estos resultados son independientes, y no son influidos por nada excepto por sus *datos* originarios. Y la cuestión que hay que resolver procede o deberá proceder, hasta su última determinación, por una sucesión de pasos infalibles que no pueden cambiar ni ser objeto de modificación. Admitido esto, podemos fácilmente concebir la *posibilidad* de construir una pieza de mecanismo que tomando su punto de partida en los *datos* de la cuestión que hay que resolver, continuará sus movimientos regulares, progresiva e inevitablemente, hacia la solución requerida, ya que esos movimientos, por complejos que sean, no han podido nunca ser concebidos más finitos y determinados. Pero no es ése el caso, ni mucho menos, del Jugador de Ajedrez. En él no hay una progresión determinada. Ninguna jugada en ajedrez es un resultado necesario de otra anterior. De ninguna disposición particular de las fichas en un determinado momento del juego podemos deducir la disposición en otro momento futuro. Pongamos el primer *movimiento*, en el juego de ajedrez, en justa posición con los *datos* de una cuestión algebraica, y percibiremos inmediatamente su enorme diferencia. En los *datos*, el segundo paso de la cuestión depende, absoluta e inevitablemente, del último. Es creado por los *datos*. Es necesario que sea el que es y no otro. Pero en una partida de ajedrez, del primer movimiento no se sigue necesariamente el segundo. En la cuestión algebraica, mientras avanza a su solución, la *certeza* de sus operaciones sigue siendo inalterable. Si el segundo paso ha sido una consecuencia de los *datos*, el tercero también es una consecuencia del segundo, el cuarto del tercero, y así hasta la solución, *sin ninguna alteración posible*. Pero en el juego del ajedrez, la certeza de la jugada siguiente está proporcionada al progreso de la partida. Se han hecho algunos movimientos, pero ningún paso es cierto. Diferentes espectadores podrán aconsejar diversos movimientos. Todo depende, por lo tanto, del juego variable de los jugadores. Ahora bien, aun concediendo (lo que no se puede conceder) que los movimientos del jugador autómata de ajedrez están determinados en sí mismos, se verían necesariamente interrumpidos y cambiados por la voluntad indeterminada de su adversario. Así, pues, no hay ninguna analogía entre las operaciones del Jugador de Ajedrez y las de la *máquina calculadora* de míster Babbage, y si queremos llamar al primero una *pura máquina*, estaremos obligados a admitir que, sin comparación posible, es el más maravilloso de todos los inventos humanos. Sin embargo, su primer creador, el barón Kempelen, no tuvo escrupulo en declarar que no era más que "una mera pieza mecánica, una bagatela cuyos efectos sólo

parecían maravillosos por la audacia de su confección y la afortunada elección de los métodos adoptados para hacer posible la ilusión". Pero es innecesario insistir sobre este punto. Es completamente cierto que las operaciones del autómata están reguladas por la mente y no por otra cosa. Incluso se puede afirmar que este asunto es susceptible de una demostración matemática *a priori*. La única cuestión, pues, que hay que resolver es el modo de producirse la intervención humana. Antes de entrar en el estudio de este tema será necesario dedicar un breve espacio a la historia y descripción del Jugador de Ajedrez, para información de los lectores que no hayan tenido nunca oportunidad de presenciar una exhibición de Mr. Maelzel.

El Jugador autómata de Ajedrez fue inventado en 1769 por el barón Kempelen, un noble de Presburgo, en Hungría, que posteriormente lo cedió, junto con el secreto de sus operaciones, a su actual propietario. Poco tiempo después de su terminación fue exhibido en Presburgo, en París, en Viena y en otras ciudades del continente. En 1773 y en 1774 fue llevado a Londres por Mr. Maelzel. Durante los últimos años ha visitado las principales ciudades de EE. UU. En todas partes donde lo han visto ha excitado la más intensa curiosidad ante su operación, y han sido muchas las tentativas realizadas por hombres de muchas clases para desentrañar el misterio de sus movimientos.

El grabado de esta página da una ligera idea de la figura que los ciudadanos de Richmond han podido ver hace unas semanas. Sin embargo, el brazo derecho debería estar un poco más extendido hacia adelante sobre la caja; también tendría que verse un tablero y, en fin, el cojín no debería verse tanto como la mano que sostiene la pipa. Se han hecho algunas alteraciones de poca importancia en el traje del jugador desde que está en manos de Mr. Maelzel: así, por ejemplo, al principio no llevaba pluma.



A la hora designada para la exhibición, se corre una cortina o se abre una puerta de dos hojas, y la máquina rueda a unos doce pies de los espectadores más próximos, entre los cuales y aquélla (la máquina) se tiende una cuerda. Se ve una figura vestida a estilo

turco y sentada, con las piernas cruzadas, ante una gran caja que parece ser de madera de arce y que le sirve de mesa. El exhibidor, si se lo piden, rueda la máquina a cualquier rincón del salón, o también la cambia varias veces de sitio mientras se desarrolla el juego. El fondo de la caja está a una considerable altura del suelo, gracias a ruedecitas o cilindros de cobre sobre los que se mueve, y así los espectadores pueden ver toda la parte de espacio que hay debajo del autómata. La silla en que está sentada la figura se halla fijada permanentemente a la caja. Sobre el remate de esta última hay un tablero también fijo permanentemente. El brazo derecho del jugador está extendido en toda su longitud hacia adelante y forma un ángulo recto con su cuerpo, apoyándose con una indolencia aparente en el borde del tablero. La palma de la mano está vuelta hacia arriba. El tablero es un cuadrado que tiene dieciocho pulgadas de lado. El brazo izquierdo de la figura está doblado por el codo y sostiene con la mano una pipa. Un cortinaje verde esconde la espalda del turco y tapa parcialmente la parte anterior de los hombros. La caja, a juzgar por su aspecto exterior, está dividida en cinco compartimientos: tres armarios de iguales dimensiones y dos cajones situados debajo de los armarios. Las observaciones precedentes hacen referencia al aspecto del autómata a primera vista introducido en presencia de los espectadores.

Maelzel anuncia entonces a los reunidos que va a mostrarles el mecanismo de la máquina. Sacando un manojo de llaves, con una de ellas abre la puerta marcada con el número uno en el grabado de la página anterior y presenta el armario abierto de par en par al examen de los presentes. Aparentemente está lleno de ruedas, piñones, palancas y otros mecanismos amontonados unos contra otros, de tal modo que el ojo no puede penetrar más que una pequeña distancia en esa máquina. Dejando abierta esa puerta completamente, Maelzel pasa entonces por detrás de la caja, y levantando la tela que cubre los hombros de la figura, abre otra puerta situada precisamente detrás de ella. Teniendo una luz encendida ante esta puerta, y cambiando al mismo tiempo varias veces la máquina de sitio, hace penetrar así una viva luz dentro del armario, que aparece entonces repleto hasta los bordes de mecanismos. Satisfechos los espectadores, Maelzel cierra la puerta posterior, saca la llave de la cerradura, deja caer la tela de la figura y se coloca otra vez delante. La puerta marcada con el número uno ha quedado abierta, según se recordará. El exhibidor se dispone ahora a abrir el cajón colocado bajo los armarios, en la base de la caja —pues aunque aparentemente sean dos los cajones, realmente sólo es uno, ya que los dos tiradores y cerraduras sólo están de adorno—. Una vez abierto completamente este cajón se ve un pequeño cojín con una colección entera de piezas de ajedrez fijas en un bastidor, de tal manera que se sostienen perpendicularmente. Dejando abierto este cajón, lo mismo que el armario uno, Maelzel abre ahora la puerta número dos y la número tres, que ahora se ve que no son más que las hojas de una misma puerta que se abre sobre un mismo compartimiento. A la derecha de este compartimiento, sin embargo (quiero decir a la derecha del espectador), hay una pequeña división de un ancho de seis pulgadas y que está llena de mecanismos.

El compartimiento principal (al referirnos a esta parte visible de la caja después de la abertura de las puertas dos y tres, la llamaremos siempre compartimiento principal). Está revestido por una tela oscura, y no contiene más mecanismos que dos piezas de acero, en forma de cuarto de círculo, y colocadas en cada uno de los ángulos superiores de la parte trasera del compartimiento. Una pequeña protuberancia de unas ocho pulgadas en cuadro, también cubierta de tela oscura, se levanta de la parte más baja del compartimiento cerca del ángulo más alejado de los espectadores a mano izquierda. Dejando abiertas las puertas número dos y número tres, así como el cajón y la puerta número uno, el exhibidor se dirige hacia la parte trasera del compartimiento principal, y abriendo allí otra puerta ilumina completamente el interior del compartimiento principal, introduciendo en el agujero una luz. Una vez mostrado así todo el conjunto de la caja al examen de los reunidos, Maelzel, dejando abiertas siempre las puertas y el cajón, vuelve completamente al autómata y muestra la espalda del turco levantando la tela. Una puerta cuadrada de unas diez pulgadas se aloja en los riñones de la figura, y hay otra más pequeña en el muslo izquierdo. A través de estas aberturas aparece el interior del turco lleno de mecanismos. En general, todos los espectadores quedan completamente satisfechos de haber visto y examinado a conciencia y simultáneamente cada una de las partes internas del autómata, y la idea de que una persona pudiera estar escondida en el interior, es rechazada inmediatamente como absurda, si ha cruzado por la mente de los espectadores.

Míster Maelzel, después de haber colocado la máquina en su primera posición, informa a los reunidos que el autómata está dispuesto a jugar una partida con cualquiera de los presentes, que quiera enfrentársele. Aceptada la invitación, colocan una mesita para el contrincante muy cerca de la cuerda y en uno de sus extremos, para no privar a ningún espectador de la visión del autómata. De un cajón de la mesa sacan las piezas de ajedrez, y Maelzel, aunque no siempre, las coloca sobre el tablero, que consiste únicamente en el número corriente de escaques pintados sobre la mesa. Habiéndose sentado el adversario, el exhibidor se aproxima al cajón de la mesa, saca el cojín, que pone como apoyo debajo del brazo izquierdo del autómata tras de haberle quitado la pipa. Coge después de este mismo cajón las piezas del autómata y las coloca en el tablero que hay ante la figura. A continuación cierra las puertas y deja el manojo de llaves en la puerta número uno. Cierra el cajón y da cuerda a la máquina metiendo una llave en un agujero de su extremo izquierdo (izquierda del espectador). Empieza la partida, saliendo en primer lugar el autómata. La duración generalmente es de una media hora; pero si no ha terminado al fin de este período, y el contrincante pretende derrotar al autómata, míster Maelzel no pone ninguna objeción a que continúe la partida. El no cansar a los presentes es el objetivo ostensible, y sin duda alguna cierto, de la limitación. Se supone, naturalmente, que a cada movimiento hecho por el adversario en su propia mesa es ejecutado sobre la caja del autómata por el mismo Maelzel, que entonces actúa como representante del adversario. Por otra parte, cuando

mueve el turco, realiza Maelzel el movimiento correspondiente en el tablero del antagonista, actuando entonces como representante del autómata. De este modo es imprescindible que el exhibidor pase con frecuencia de una mesa a otra. A menudo también tiene que acudir a la mesa de la figura para recoger las piezas que ha quitado, y que deposita sucesivamente en la caja de la izquierda del tablero (a su propia izquierda). Cuando el autómata duda en relación a un movimiento, se ve al exhibidor acercarse ocasionalmente a la caja y ponerse a su derecha colocando su mano, como sin darle importancia, sobre la caja. También tiene una forma especial de arrastrar los pies en el suelo, calculada para inducir a los espíritus que son más agudos que sagaces, la sospecha de una relación con la máquina. Estas peculiaridades, sin duda alguna, son trucos de míster Maelzel, o, si se da cuenta de ellos, los pone en práctica con la intención de hacer creer a los espectadores que en el autómata todo es puro mecanismo.

El turco juega con la mano izquierda. Todos los movimientos del brazo se realizan en ángulo recto. De este modo, la mano (que está enguantada y doblada de un modo natural) se dirige directamente hacia la pieza que ha de mover, desciende finalmente sobre ella, y generalmente los dedos la cogen sin dificultad. Sin embargo, ocasionalmente, cuando la pieza no está colocada en su exacta situación, el autómata falla en su intento. Cuando esto ocurre no hace un segundo esfuerzo, sino que el brazo continúa sus movimientos en la dirección primeramente intentada como si la pieza fuera entre los dedos. Habiendo señalado así el escaque donde tenía que haber sido hecho el movimiento, el brazo vuelve a su cojín y Maelzel ejecuta el movimiento señalado por el autómata. A cada movimiento de la figura se oye moverse la máquina. Durante la partida, el turco, de tiempo en tiempo, mueve los ojos como si examinara el tablero, y pronuncia la palabra *jaque* cuando es necesario. Si el adversario hace un movimiento falso, da fuertes golpes sobre la caja con los dedos de su mano derecha, mueve energicamente la cabeza, y volviendo a colocar en su sitio la pieza mal movida continúa jugando.

Cuando ha ganado la partida mueve la cabeza con aire de triunfo, mira en torno a la sala complacido, y retirando su brazo izquierdo, deja descansar únicamente sus dedos sobre el almohadón. Generalmente, el turco gana: sólo ha sido derrotado una o dos veces. Cuando la partida ha terminado, Maelzel, si así lo desean los espectadores, vuelve a exhibir el mecanismo de la máquina, de igual manera que al principio. Entonces la máquina rueda hacia atrás, y una cortina la esconde a la vista de los espectadores.

Se han efectuado diversos intentos de descubrir el misterio del autómata. La opinión más generalizada, una opinión frecuentemente adoptada por hombres que debían tener más inteligencia, era, como hemos visto, que la acción humana no intervenía inmediatamente; en otras palabras, que la máquina no era más que una máquina. Algunos, sin embargo, afirmaban que el mismo exhibidor controlaba los movimientos de la figura sirviéndose de medios mecánicos que actuaban a través de los pies de la caja.

Otros han hablado confidencialmente de un imán.

Sobre la primera de estas opiniones no hemos de añadir, por el presente, nada más de lo que ya se ha dicho. Sobre la segunda, sólo es necesario repetir lo que antes se afirmó: que la máquina rueda sobre unos cilindros, y que a cualquier petición de un espectador es movida por la habitación, incluso sobre la marcha del juego. La suposición de un imán es insostenible, porque si un imán sirviera de agente, otro imán, escondido en el bolso de un espectador, podría descontrolar perfectamente el mecanismo. Sin embargo, el exhibidor consentirá en que quede durante toda la partida sobre la mesa el más poderoso de los imanes.

El primer ensayo de explicación del secreto, al menos el primer ensayo sobre el que tenemos noticia, fue hecho en un extenso panfleto impreso en París en 1785. La hipótesis del autor se reducía a esto: que un enano manipulaba la máquina. Él suponía que dicho enano se escondía durante la apertura de la caja, introduciendo sus piernas en dos cilindros huecos que parecían estar (pero de hecho no lo estaban) entre la maquinaria del armario número uno, mientras su cuerpo permanecía enteramente fuera de la caja y cubierto con el paño del turco. Cuando las puertas se hallaban cerradas, el enano encontraba el modo de pasar su cuerpo dentro de la caja, ya que el ruido producido por una parte de la maquinaria le permitía hacerlo sin ser oído, y también cerrar la puerta por la que había entrado. Al ser exhibido de tal manera el interior del autómata, los espectadores, al no descubrir allí ninguna persona, dice el autor de este panfleto, quedaban satisfechos y convencidos de que no había ninguna persona dentro de la máquina. La hipótesis entera es evidentemente absurda, y por tanto no merece ningún comentario o refutación, y así atrajo muy poco la atención.

En 1789 fue publicado un libro de Dresden, por monsieur I. F. Freyhere, en el que se contenía un nuevo ensayo de explicación del misterio. El libro de monsieur Freyhere era enormemente largo y tenía abundantes ilustraciones a todo color. Su suposición era que "un muchacho inteligente, muy delgado y alto para su edad (lo suficiente para introducirse en un cajón colocado debajo del mismo tablero), jugaba la partida de ajedrez y efectuaba todos los movimientos del autómata. Esta idea, aunque más absurda incluso que la del autor parisense, halló buena acogida y en cierta medida fue aceptada como la verdadera solución del problema, hasta que el inventor puso fin a las disputas permitiendo un minucioso examen de la parte superior de la caja.

Estos pintorescos intentos de explicación fueron seguidos por otros igualmente extraños. En los últimos años, sin embargo, un escritor anónimo, siguiendo un método de razonamiento muy poco filosófico, ha llegado a una solución plausible, aunque no puede considerarse como la única verdadera. Su ensayo fue publicado por vez primera en un semanario de Baltimore, ilustrado con grabados y con el siguiente título: *Un intento de análisis del Jugador Autómata de Ajedrez de Mr. Maelzel*. Creemos que este ensayo ha sido el original del panfleto al que se refiere Sir David Brewster en su *Cartas sobre la magia natural*, y del que él no titubea en declarar que es una explicación perfecta y

satisfactoria. Los resultados de este análisis son indudablemente ciertos; pero para que Brewster haya visto en ellos una perfecta y satisfactoria explicación hemos de suponer que los ha leído muy por encima. En el compendio del ensayo hecho en las *Cartas sobre la magia natural*, es completamente imposible llegar a una conclusión clara sobre la perfección o imperfección del análisis, a causa de la mala distribución y deficiencia de las cartas de referencia utilizadas. El mismo defecto se encuentra en el *Intento*, etc., tal como lo hemos visto en su forma original. La solución consiste en una serie de minuciosas explicaciones (acompañadas de grabados en madera en un gran número de páginas) y su objeto es demostrar la posibilidad de cambiar los compartimientos de la caja para permitir a un ser humano, oculto en el interior, cambiar parte de su cuerpo de un lugar a otro de la caja durante la exhibición del mecanismo, librándose así de la atención de los espectadores. Indudablemente, como hemos observado, y como vamos a intentar demostrar, el principio, o, mejor, el resultado de tal solución no es el único cierto. Hay una persona escondida en la caja durante todo el tiempo de la exhibición de su interior. Incluso así rechazamos toda esa minuciosa descripción sobre la manera como deben moverse los compartimientos para permitir los movimientos de la persona escondida. Los rechazamos como una mera teoría admitida *a priori*, y a la cual tendrían que seguir las circunstancias después. No se ha llegado ni se puede llegar a un razonamiento inductivo. Cualquier forma en que se realice ese traslado no puede ser observada, naturalmente, durante la exhibición. Demostrar que ciertos movimientos pueden efectuarse de una forma determinada no significa que se realicen efectivamente. Puede haber infinidad de métodos mediante los cuales se lleguen a obtener los mismos resultados. La probabilidad de que el único método adoptado sea el único correcto se halla en la relación del uno al infinito. Sin embargo, en realidad, ese detalle particular de la movilidad de los compartimientos no tiene demasiada importancia. Es absolutamente inútil dedicar siete u ocho páginas a probar lo que toda persona de buen sentido acepta; es decir: que el poderoso genio mecánico del barón Kempelen ha sido capaz de descubrir la manera de cerrar una puerta o deslizar un panel por medio de un agente humano a su servicio y en contacto inmediato con el panel, o la puerta igual que todas las operaciones encaminadas, como demuestra el mismo autor del ensayo, y como intentaremos demostrarlo nosotros, enteramente a escapar a la observación de los espectadores.

En nuestro intento de explicación del autómata, en primer lugar, haremos lo posible por mostrar cómo se efectúan sus operaciones, y a continuación haremos una descripción breve sobre la naturaleza de las *observaciones* que nos han servido para deducir nuestro resultado.

Es imprescindible, para un adecuado entendimiento de la cuestión, el repetir aquí brevemente la rutina adoptada por el exhibidor para mostrar el interior de la caja: rutina que sigue siempre, incluso en sus detalles más nimios. Primero abre la puerta número uno. Dejándola abierta, va hacia la parte trasera de la caja y abre una puerta que se halla

precisamente detrás de la puerta número uno. Ante la última puerta sostiene una luz. Después empuja la puerta trasera, la cierra, y volviendo hacia adelante, abre el cajón completamente. Realizado esto, abre las puertas número dos y número tres (son dos hojas de una misma puerta) y muestra el interior del compartimiento principal. Dejando abierto el compartimiento principal, el cajón y la puerta número uno, vuelve por detrás y abre la puerta posterior del compartimiento principal. Para cerrar la caja no sigue ningún orden especial, excepto en lo siguiente: cierra siempre antes las dos hojas de la puerta que el cajón.

Ahora, supongamos que cuando la máquina es empujada hacia la presencia de los espectadores se haya escondido ya un hombre dentro. Su cuerpo está situado detrás de la maquinaria que hay en el armario número uno (la parte trasera de esta maquinaria está dispuesta para su deslizamiento en masa, desde el compartimiento principal hasta el armario número uno, siempre que sea necesario), y sus piernas quedan extendidas en el compartimiento principal.

Cuando Maelzel abre la puerta número uno, el hombre que está dentro no corre peligro de ser descubierto, pues la mirada más penetrante no puede entrar más allá de dos pulgadas en aquella oscuridad. Pero no es así cuando se abre la puerta trasera del armario número uno. Una luz fuerte penetra entonces en el armario y el cuerpo del hombre sería descubierto de permanecer allí. Pero no es así. La llave colocada en la cerradura de la puerta trasera sirve de señal a la persona oculta, que inclinará su cuerpo hacia adelante hasta un ángulo lo más agudo posible, introduciéndose casi por entero en el compartimiento principal. Sin embargo, esta postura le es tan incómoda que no puede permanecer mucho tiempo en ella. Así vemos que Maelzel cierra la puerta trasera. Realizado esto, no hay ningún obstáculo para que el cuerpo del hombre vuelva a su primera situación, ya que el armario ha quedado lo suficientemente oscuro para librarse de la mirada de los espectadores. Entonces se abre de nuevo el cajón, y las piernas de la persona caen por detrás en el espacio que ocupaba hasta entonces¹¹. No hay, por consiguiente, ninguna parte del hombre en el compartimiento principal; su cuerpo está colocado detrás de la maquinaria del armario número uno, y sus piernas en el espacio ocupado antes por el cajón. Así el exhibidor puede mostrar tranquilamente el compartimiento principal. Lo hace, abriendo las puertas delanteras y la de atrás, y no se ve a nadie. Los espectadores quedan entonces satisfechos de haber visto todo el interior de la caja, expuesta a sus miradas, y también todas sus partes, al mismo tiempo. Pero no sucede así realmente. No ven el espacio que hay detrás del cajón ni el interior del armario número uno, cuya puerta virtualmente queda cerrada por el exhibidor al cerrar la puerta trasera. Maelzel, habiendo hecho girar la máquina, levantando el paño del

¹¹ Sir David Brewster supone que siempre hay un gran espacio detrás del cajón, incluso cerrado: en otras palabras, que el cajón es un "cajón falso". Pero esta idea es completamente absurda. Un truco tan simple sería descubierto inmediatamente, ya que al estar abierto todo el cajón podría compararse su profundidad con la de la caja. (*Nota del autor.*)

turco, abre las puertas de la espalda y el muslo, y enseña el tronco de la figura lleno de mecanismos; después coloca todo en su primera posición y cierra las puertas. El hombre tiene ahora libertad de movimientos. Se incorpora lo suficiente dentro del cuerpo del turco, y así deja sus ojos al nivel del tablero. Es posible que se siente sobre el saliente cuadrado que se ha visto en una esquina del compartimiento principal cuando las puertas estaban abiertas. Así ve el tablero a través del pecho del turco, que es de gasa. Colocando su brazo derecho en el pecho, mueve el pequeño mecanismo mediante el cual puede dirigir el brazo izquierdo y los dedos de la figura. Este mecanismo está situado exactamente debajo del hombro izquierdo del turco y puede ser fácilmente alcanzado con la mano derecha del hombre escondido, si suponemos que tiene el brazo derecho doblado ante el pecho. El movimiento de la cabeza, de los ojos, y del brazo derecho de la figura, lo mismo que la palabra *jaque*, son producidos por otro mecanismo interior que también es manipulado por el hombre escondido. El conjunto de esta maquinaria, es decir, el mecanismo esencial de la máquina, probablemente esté escondido en el pequeño armario, de unas seis pulgadas, que está a la derecha (del espectador) del compartimiento principal.

En este análisis de las operaciones del autómata, voluntariamente no hemos querido referirnos a la manera de moverse los compartimientos, y se entenderá fácilmente que no es una cuestión importante, ya que cualquier carpintero corriente puede conseguir eso de muchos modos, y ya hemos demostrado que, de cualquier manera que se realice la operación, lo es siempre fuera de la observación de los espectadores. Nuestra solución está fundada sobre las siguientes *observaciones* que hemos podido hacer con frecuentes visitas a la exhibición de Maelzel¹².

1.—Los movimientos del turco no tienen intervalos regulares de tiempo, sino que están de acuerdo con los movimientos del adversario; aunque este punto (de regularidad), tan importante en toda clase de ingenios mecánicos, hubiese podido resolverse fácilmente mediante una limitación del tiempo de los movimientos del adversario. Por ejemplo, si el límite fuera de tres minutos, los movimientos del autómata podrían realizarse con una regularidad en intervalos mayores de tres minutos. El hecho de la irregularidad, entonces, cuando la regularidad podía ser tan fácilmente alcanzada, sirve de demostración de que la regularidad no es importante a la acción del autómata: en otras palabras, que el autómata no es pura máquina.

2.—Cuando el autómata va a mover una pieza, puede observarse un claro movimiento que agita levemente el paño que oculta la parte delantera del hombro izquierdo. Este movimiento precede, invariablemente, en dos segundos más o menos, al

¹² Algunas de estas observaciones tienen como finalidad exclusiva demostrar que la máquina está regulada por la mente, y nos ha parecido superfluo poner otros argumentos posteriores para fundamentar lo que está plenamente resuelto. Pero nuestro objeto es convencer a ciertos amigos para quienes una serie de razonamientos sugestivos tendrán más influencia que la más positiva demostración *a priori*. (N. del A.)

movimiento del brazo; y el brazo nunca se mueve sin este movimiento preparatorio en el hombro. Dejemos ahora que el adversario mueva una pieza, y que Maelzel repita su movimiento en el tablero del autómata. Dejemos que el adversario vigile al autómata y descubra ese movimiento preliminar en el hombro. En cuanto haya hecho ese movimiento, y antes de que se mueva al brazo, hagamos que corrija la posición de su pieza como si hubiera cometido un error. Entonces se verá que el movimiento del brazo, que, en otros casos, sucede inmediatamente al movimiento en el hombro, no continúa, sino que queda en suspenso, aunque Maelzel no haya realizado aún en el tablero del autómata el movimiento correspondiente a la corrección del adversario. En este, caso no puede ponerse en duda que el autómata estaba a punto de mover una ficha, y que si no lo ha hecho ha sido por causa de la retirada del adversario y sin ninguna intervención de Maelzel.

Este hecho prueba lo siguiente: 1.º Que la intervención de Maelzel, al ejecutar los movimientos del adversario sobre el tablero del autómata, no es esencial para los movimientos del autómata. 2.º Que esos movimientos están regulados por la mente de alguna persona que ve el tablero del adversario. 3.º Que sus movimientos no están regulados por la mente de Maelzel, quien se hallaba vuelto de espaldas hacia el adversario cuando corregía su movimiento.

3.—El autómata no gana invariablemente la partida. Si la máquina fuera una pura máquina, tendría que ganar siempre. Descubierto el principio por el que una máquina puede jugar una partida de ajedrez, la extensión de tal principio tendría que conseguir que ganase; y una extensión mayor tendría que hacer que ganara todos los juegos; es decir, vencer a cualquier contrincante. Una débil consideración será suficiente para convencer a cualquiera que no es más difícil construir una máquina que gane un solo juego que hacer una máquina que gane todas las partidas, por lo que se refiere al principio de las operaciones necesarias. Ahora bien, si miramos al jugador de ajedrez como a una máquina, hemos de suponer (lo cual es muy improbable) que su inventor, en lugar de perfeccionarla, prefirió dejarla incompleta, suposición que resulta más absurda todavía al pensar que el hecho de dejarla incompleta serviría de argumento contra la posibilidad de que fuera una pura máquina; y éste es el auténtico argumento que ahora aducimos.

4.—Cuando la situación del juego es difícil o compleja, nunca vemos al turco mover la cabeza o los ojos. Únicamente lo hace cuando su movimiento próximo es muy claro, o cuando la partida se encuentra en tales circunstancias que el hombre escondido dentro del autómata no tiene necesidad de reflexionar. Sin embargo, esos movimientos peculiares de la cabeza y de los ojos son movimientos acostumbrados en las personas abstraídas en la meditación, y el ingenioso barón Kempelen habría adaptado tales movimientos (si la máquina fuera una pura máquina) a las ocasiones oportunas para ello; es decir, a los momentos de complejidad. Pero ocurre lo contrario, y esto es un argumento para nuestra suposición de que hay un hombre escondido en el interior.

Cuando está sumido en la meditación no tiene tiempo para pensar en mover el mecanismo del autómata mediante el cual mueve la cabeza y los ojos. Sin embargo, cuando el juego es claro tiene tiempo de mirar a todas partes, y así vemos agitarse la cabeza y girar los ojos.

5.—Cuando se da vuelta a la máquina para permitir a los espectadores que examinen la espalda del turco, y cuando se levanta el paño y se abren las puertas del tronco y de los muslos, el interior del primero aparece lleno de mecanismos. Examinando tales mecanismos mientras el autómata estaba en movimiento (es decir, cuando la máquina entera era movida sobre sus cilindros), nos ha parecido ver que ciertas partes del mecanismo cambiaban de posición y forma en un grado demasiado grande para tener una explicación en las leyes de la perspectiva. Otros exámenes posteriores nos han convencido de que tales alteraciones podían atribuirse a espejos colocados en el interior del tronco. El hecho de que hubiera espejos en la maquinaria no podía estar motivado por la intención de influir de cualquier manera sobre la máquina. Su función —sea la que sea— tenía que hacer necesariamente referencia a los ojos del espectador. Así concluimos que esos espejos habían sido colocados para multiplicar la visión de algunas pocas piezas de la maquinaria alojada en el tronco, con lo que se intentaba dar la apariencia de que estaba completamente llena de mecanismos. De esto se deduce directamente que la máquina no es una pura máquina. De lo contrario, el inventor, en lugar de querer dar a entender que su mecanismo era complejo, sirviéndose de un truco, hubiera debido estar especialmente deseoso de convencer a los presentes, en la exhibición, de la simplicidad de los medios por los que conseguía tan maravillosos resultados.

6.—La apariencia exterior, y especialmente la actitud del turco, son imitaciones muy imperfectas cuando se las considera bajo el ángulo de imitaciones de la vida. La fisonomía no da a entender ningún ingenio, y está superada, en lo que se refiere al parecido con el rostro humano, por las más corrientes figuras de cera. Los ojos giran en la cabeza sin naturalidad y sin armonía con los movimientos de los labios y las cejas. El brazo, especialmente, realiza sus operaciones con demasiada rigidez y de una forma convulsiva y rectangular. Sin embargo, todo esto es resultado de la incapacidad de Maelzel para hacerlo mejor, o de una negligencia intencionada —ya que hay que rechazar la negligencia accidental —cuando consideramos que todo el tiempo del propietario ingenioso está ocupado en la mejora de sus máquinas. Con seguridad no podemos achacar a la ineptitud esa falta de apariencia de vida, porque todos los restantes autómatas de Maelzel son una demostración de su gran capacidad para imitar los movimientos y peculiaridades de la vida con la más maravillosa exactitud. Sus saltimbanquis, por ejemplo, son inimitables. Cuando el *clown* se ríe, por ejemplo, sus labios, sus ojos, sus cejas y sus párpados —todos los rasgos de su rostro— tienen expresiones apropiadas. En él y en su compañero todos los gestos son sueltos, y el semblante tiene toda su naturalidad, de tal manera que, a no ser por lo diminuto de su

tamaño y por permitir que los espectadores lo cojan antes de la exhibición en la cuerda, no sería fácil convencer a cualquier reunión de personas que esos autómatas de madera no son criaturas vivientes. Por tanto, no podemos poner en duda la destreza de Mr. Maelzel, y necesariamente hemos de suponer que ha sido intencionado en él el que su Jugador de Ajedrez siguiera con la forma artificial y poco humana que le diera el barón Kempelen (indudablemente también con intención) en un principio. Es fácil imaginar cuál era este propósito. Si el autómata imitase la vida en sus movimientos, el espectador se inclinaría a atribuir sus operaciones a su verdadera causa (es decir, a un ser humano escondido dentro), más que lo está ahora, cuando las poco graciosas y rectangulares maniobras hacen pensar en la idea de una pura máquina exclusivamente.

7.—Cuando, un poco antes del comienzo de la partida, el autómata es presentado por el exhibidor como de costumbre, un oído medianamente acostumbrado a los sonidos que se producen en un sistema de maquinaria descubrirá inmediatamente que el eje que hace girar la llave en la caja del jugador de ajedrez no puede estar unido a un peso ni a un muelle ni a cualquier mecanismo. De aquí deducimos lo mismo que en la anterior observación. La cuerda no es esencial para las maniobras del autómata, y la única finalidad que tiene es excitar en los espectadores la falsa idea de un mecanismo.

8.—Cuando se pregunta directamente a Maelzel: "¿El autómata es una pura máquina, o no?" Su respuesta es invariable: "No quiero decir nada en torno a eso." La notoriedad del autómata y la enorme curiosidad que ha excitado en todas partes se deben especialmente a la opinión más general de que es una pura máquina, y no a otra circunstancia. Por supuesto, entonces el interés del propietario es presentarlo como una pura máquina. Y ¿de qué manera más obvia y eficaz puede hacer impresión en los espectadores con esta idea deseada que mediante una positiva y explícita declaración a tal efecto? Además, ¿qué método más obvio y efectivo puede haber para excitar la incredulidad en que el autómata sea una pura máquina que negar tal declaración explícita? Porque los espectadores razonan naturalmente así: "A Maelzel le interesa presentar esto como una pura máquina; no lo quiere hacer directamente con palabras, aunque no tiene escrúpulos y está, sin duda alguna, deseoso de hacerlo indirectamente mediante sus actos. Si fuera realmente tal como pretende representarlo por sus actos, se inclinaría gustoso a testimoniarlo más directamente con palabras; de aquí se deduce que la razón de su silencio es la conciencia que él tiene de que no es una pura máquina; sus actos no pueden hacerle cómplice de una mentira; sus palabras, sí."

9.—Cuando en la exhibición del interior de la caja, Maelzel ha abierto la puerta número uno y la que está detrás de ella, coloca una luz en la puerta trasera (según hemos dicho antes) y mueve toda la máquina de una a otra parte, para convencer a los reunidos de que el armario número uno está completamente lleno de mecanismos. Cuando la máquina es movida de esta forma, un observador cuidadoso podrá ver que mientras la parte de maquinaria que está junto a la puerta número uno es perfectamente firme y no se mueve, la parte trasera se mueve muy levemente, con los movimientos de

la máquina. Esta circunstancia nos hizo sospechar inmediatamente que la parte más interna de la maquinaria estaba dispuesta para deslizarse fácilmente, *en masse*, de su posición cuando fuera necesario. La ocasión se presenta, según lo hemos visto, cuando el hombre escondido yergue su cuerpo después de cerrada la puerta posterior.

10.—Sir David Brewster sostiene que la figura del turco es de tamaño natural, aunque mayor de lo ordinario. Pero es muy fácil equivocarse en cuestiones de magnitud. El cuerpo del autómata, generalmente, se halla aislado, y no teniendo medios inmediatos para compararlo con una figura humana, nos permitimos considerarlo como de dimensiones ordinarias. Sin embargo, podemos corregir este error observando al jugador de ajedrez cuando, como ocurre en algunos casos, el exhibidor se aproxima a él. Realmente Mr. Maelzel no es muy alto, pero cuando está cerca de la máquina, su cabeza queda unas dieciocho pulgadas, al menos, debajo de la cabeza del turco, aunque éste, como se recordará, se halla sentado.

11.—La caja, detrás de la cual se encuentra el autómata, tiene exactamente tres pies y seis pulgadas de largo, dos pies y cuatro pulgadas de profundidad, y dos pies y seis pulgadas de altura. Estas dimensiones son suficientes para acomodar a un hombre de estatura mucho mayor de la ordinaria, y el compartimiento principal sólo es capaz de encerrar a un hombre ordinario en la posición que hemos mencionado, y que ha debido de adoptar la persona escondida. Como los hechos son así, y cualquiera que dude de ellos puede comprobarlos mediante un cálculo, no nos parece importante insistir sobre ellos. Únicamente sugerimos que aunque la parte superior de la caja consiste aparentemente en una tabla, de unas tres pulgadas de espesor, el espectador puede comprobar agachándose y mirando, cuando el compartimiento está abierto, que en realidad es muy delgada. La altura del cajón puede ser también juzgada erróneamente si se le examina muy a la ligera. Hay un espacio de unas tres pulgadas entre la parte superior del cajón, vista desde fuera, y el fondo del armario; un espacio que debe ser incluido en la altura del cajón. Estos trucos, que hacen que el espacio que hay dentro de la caja no parezca tan grande, parecen estar hechos con la intención por parte del inventor de impresionar a los reunidos con una idea falsa; es decir, que ningún hombre se puede alojar dentro de la caja.

12.—El interior del compartimiento principal está revestido totalmente de tela. A nuestro parecer, tiene una doble función. Una parte de ella puede formar, cuando está muy tirante, las únicas divisiones que haya que modificar durante los cambios de postura del hombre; es decir: la división entre la pared de atrás en el compartimiento principal y la pared posterior del armario número uno, y la división entre el principal compartimiento y el espacio de detrás del cajón, cuando se halla abierto. Si imaginamos que ésta es la situación actual, la dificultad de mover las divisiones se desvanece en seguida, si es que realmente puede suponerse que exista tal dificultad. El segundo objeto de la tela es disminuir y hacer confusos todos los ruidos motivados por los movimientos de la persona encerrada.

13.—El adversario (según hemos observado antes) no puede jugar en el tablero del autómata, pero está sentado a cierta distancia de la máquina. La razón que probablemente se nos daría para ello, si se hiciese la pregunta, es que si la persona se sentara frente al autómata, entonces se interpondría entre la máquina y los espectadores, con lo que dificultaría la visión de los últimos. Pero esto podía evitarse con facilidad mediante una elevación de los asientos del público, o bien moviendo hacia los espectadores el extremo de la caja durante la partida. Sin embargo, tal vez sea muy distinta la causa. Si el adversario estuviera sentado junto a la caja, tal vez pudiera descubrir el secreto del truco al captar, con la ayuda de un buen oído, la respiración del hombre encerrado.

14.—Aunque Mr. Maelzel, al enseñar el interior de la caja, se aparte alguna vez ligeramente de la rutina que ya hemos señalado, sin embargo, nunca se aparta de ella lo suficiente para hacer imposible nuestra solución. Por ejemplo, le hemos visto abrir antes que nada el cajón, pero nunca ha abierto el compartimiento principal sin cerrar antes la puerta trasera del armario número uno. Nunca abre el compartimiento principal sin sacar primero el cajón, ni saca nunca el cajón sin cerrar antes el compartimiento principal; jamás abre la puerta posterior del armario número uno estando abierto el compartimiento principal; y la partida no empieza hasta que no esté cerrada toda la máquina. Pues bien, si observamos que nunca, ni en un solo caso, Mr. Maelzel cambia la rutina que hemos señalado como necesaria para nuestra solución, éste constituiría uno de los argumentos más fuertes en colaboración de la misma; pero el argumento se refuerza enormemente al considerar oportunamente la circunstancia de qué sí se aparta ocasionalmente de la rutina, pero nunca lo suficiente para hacer imposible la solución.

15.—Durante la partida hay seis luces sobre la mesa del autómata. Se plantea inmediatamente la siguiente cuestión: ¿por qué emplea tantas luces, cuando una sola bujía o dos serían más que suficientes para permitir a los espectadores una clara visión del tablero, en una sala que además está tan bien iluminada; y, además, si suponemos que la máquina es una pura máquina, entonces no necesita de mucha luz, o mejor de ninguna, para realizar sus operaciones; y cuando, por otra parte, sólo hay una luz sobre la mesa del adversario? La deducción más inmediata y obvia es que se necesita una luz tan fuerte para permitir al hombre escondido una visión a través de la materia transparente (probablemente una fina gasa) que forma el pecho del turco. Pero al considerar la disposición de las bujías, se nos plantea en seguida otra razón. Como ya hemos dicho, hay seis luces en total. Tres de ellas se encuentran a cada lado de la figura. Las más alejadas de los espectadores son las más largas, aproximadamente de unas dos pulgadas las del centro, y las que se hallan más cerca del público son de unas dos pulgadas más cortas aún; las bujías de un lado difieren en altura de las bujías respectivas del otro lado en una proporción de dos pulgadas; es decir, que la bujía más larga de uno de los lados es unas tres pulgadas más corta que la más corta del otro lado, y así sucesivamente. Se ve, pues, que no hay dos bujías de la misma altura, y también es

mayor la dificultad de conocer el material del pecho de la figura (contra el que se dirige particularmente la luz) porque el cruce de los rayos produce un efecto deslumbrador, cruce que se consigue al colocar todos los centros de radiación a diferentes alturas.

16.—Cuando el Jugador de Ajedrez fue propiedad del barón Kempelen, se observó varias veces: primero, que un italiano del séquito del barón no estaba nunca presente durante las partidas de ajedrez; y, segundo, que cuando el italiano cayó gravemente enfermo fue suspendida la exhibición hasta su restablecimiento. Dicho italiano declaraba una total ignorancia del juego de ajedrez, mientras todos los restantes del séquito jugaban bien. Observaciones semejantes se han podido hacer desde que el autómata a pasado a manos de Maelzel. Un tal Schelumberger le acompaña dondequiera que se dirija, y no tiene otra ocupación conocida que la de ayudarle a empaquetar y desempaquetar el autómata. Este hombre tiene una estatura más o menos mediana, y sus hombros están notablemente encorvados. Sin embargo, no sabemos si declara saber jugar al ajedrez o no. Pero es completamente cierto, sin embargo, que nunca se le ha visto durante la exhibición del Jugador de Ajedrez, aunque sí inmediatamente antes y después. Aparte de esto, hace algunos años, Maelzel fue a Richmond con su autómata, y, según creemos, lo exhibió en la casa ocupada ahora por M. Bossieux con una academia de baile. Schelumberger cayó repentinamente enfermo, y durante su enfermedad no hubo exhibición del Jugador de Ajedrez. Estos hechos son de sobra conocidos por muchos conciudadanos nuestros. La razón dada para la suspensión de las sesiones del jugador de Ajedrez no fue la enfermedad de Schelumberger. Que el lector saque todas las consecuencias de este hecho.

17.—El turco juega con el brazo izquierdo. Una circunstancia tan notable no puede considerarse como accidental. Brewster no le da mucha importancia, y se limita, según recordamos, a mencionar el hecho. Los escritores más recientes de tratados sobre el autómata parecen no haberse dado cuenta de este detalle, y no hacen referencia a él. El autor del panfleto a quien cita Brewster reconoce su incapacidad para poder explicarlo. Sin embargo, es evidente que de tan grandes discrepancias o incongruencias pueden sacarse unas conclusiones que nos conduzcan hacia la verdad.

La circunstancia de que el juego del autómata se realice con la mano izquierda es posible que no tenga relación con las operaciones de la máquina, considerada simplemente como tal. Cualquier mecanismo que pudiera mover el brazo izquierdo de la figura también podría mover de igual modo el derecho. Pero estos principios no pueden aplicarse a la organización humana, donde existe una notable y radical diferencia en la posibilidad de usar su brazo derecho y su brazo izquierdo. Deteniéndonos en este último hecho, hemos de referir, naturalmente, la rara incongruencia del Jugador de Ajedrez con la peculiaridad de la organización humana. Y así hemos de imaginar alguna inversión, porque el Jugador de Ajedrez juega precisamente como no lo haría un hombre. Aceptadas estas ideas, hay más que suficiente para sospechar la presencia de un hombre dentro. Unos pocos pasos más,

imperceptibles, nos llevarán por fin al resultado. El autómata juega con su brazo izquierdo, pero sólo bajo esta circunstancia el hombre escondido puede jugar con su brazo derecho: un desiderátum completamente lógico. Imaginemos, por ejemplo, que el autómata juega con el brazo derecho. Para alcanzar el mecanismo que mueve el brazo, y que, según hemos explicado, queda inmediatamente debajo del hombro, sería imprescindible que el hombre escondido usara de su brazo derecho en una posición excesivamente incómoda (es decir, levantándolo contra su cuerpo muy oprimido entre éste y el costado del autómata), o que utilizara su brazo izquierdo, doblándolo ante el pecho. En ninguno de los dos casos podría actuar fácilmente con la precisión requerida. Contrariamente, desaparecen todas estas dificultades si el autómata juega con el brazo izquierdo. El brazo derecho del hombre escondido está cruzado sobre su pecho, y los dedos de su mano actúan cómodamente sobre el mecanismo del hombro de la figura.

Pensamos que no puede objetarse nada razonable contra esta solución que ofrecemos al caso del autómata Jugador de Ajedrez.

Mixtificación

Mystification, 1837

El barón Ritzner von Yung era miembro de una noble familia originaria de Hungría cuyos componentes todos han sido, desde hace tiempo, más o menos notables por alguna rareza de carácter; la mayoría, por una especie de extrañeza en las concepciones, de la que el poeta Tieck, uno de los vástagos de esa raza, ha dado señales sorprendentes, quizá más que nadie.

Mi amistad con el barón Ritzner empezó en el castillo de Yung, adonde fui a parar por algunos meses durante el verano de 18..., por una serie de percances magníficos que han de permanecer en el secreto. Allí me granjeé un lugar en su estimación y, con un poco más de esfuerzo, obtuve una imperfecta visión de su constitución mental. Más tarde, el conocimiento fue más profundo, en la medida que creció la intimidad que lo había originado; y cuando, después de tres años de separación, nos volvimos a encontrar en la Universidad de G..., yo sabía todo cuanto era necesario saber acerca del carácter del barón.

Recuerdo los sentimientos de curiosidad que produjo su llegada al centro universitario, la noche del 25 de junio. Recuerdo, más aún, que todos los estudiantes, a primera vista, lo declararon el hombre más raro del mundo, sin que nadie intentara motivar esa opinión. La disparidad de Ritzner parecía tan innegable que se hubiese juzgado impertinente buscar lo que le distinguía. Pero dejemos esa cuestión.

Quiero decir que, desde el primer momento en que el barón apareció en G..., ejerció sobre las costumbres, las maneras, las personas, los gustos de toda la comunidad, la influencia más extensa, la más despótica, pero, al mismo tiempo, la menos definida, y la más inexplicable. Y, por eso, el corto período de su permanencia, hizo época en los anales de la Universidad, y se llama, por todos los que pertenecen o dependen de ella; «la extraordinaria época en que dominaba el barón Ritzner Von Yung».

Desde su llegada a G..., vino a verme a mis habitaciones. No tenía edad en aquella época, por lo que quiero decir que su edad no estaba indicada por ningún rasgo exterior. Hubiera podido tener de 20 a 40 años, y tenía, en realidad, 21. No era, en absoluto, un hombre guapo; más bien parecía lo contrario. El perfil de su rostro era anguloso y rudo. Su frente era alta y despejada; su nariz era chata; sus ojos grandes, pesados, vidriosos e inexpresivos. La boca era más notable. Sus labios eran salientes y descansaban el uno sobre el otro, de tal manera que era imposible concebir una combinación de trazos humanos, ni la más compleja, que pudiera representar tan perfecta y tan exclusivamente la idea de seriedad, de calma, de gravedad, más inalterables.

Se habrá notado, sin duda, por lo que he dicho, que el barón era una de esas anomalías humanas que se encuentran de vez en cuando y que hacen de la mixtificación el motivo y el negocio de su vida. De esa ciencia le había asegurado la posesión, por instinto, su espíritu particular, mientras que su apariencia física le daba facilidades poco comunes para practicarla. Creo, firmemente, que ningún estudiante, durante la época tan curiosamente llamada la «era del barón Ritzner», penetró en el secreto de aquella rara naturaleza. Creo realmente que nadie en la Universidad, salvo yo, pudo suponer a mi amigo capaz de una broma de palabra o de acción. Antes se hubiera acusado de ella al viejo dogo que moraba al pie de la reja del jardín, o al espíritu de Heráclito o a la toga del profesor de teología. Y eso sucedía cuando era visible y sabido que las más divertidas y las más imperdonables de las bromas posibles, las más raras y las más bufonescas, eran realizadas, si no por él, por lo menos a causa de él y con su complicidad indirecta.

Lo bueno, si puedo expresarlo así, de su arte de mixtificador, residía en su habilidad consumada (resultado de un conocimiento casi intuitivo de los hombres y de una sangre fría sorprendente) por la que no dejaba nunca de hacer parecer que las bromas que realizaba se producían, ya sea a pesar de él, ya por efecto de sus esfuerzos para evitarlas, para preservar el buen orden y la dignidad de la Universidad. La profunda, potente, suprema mortificación que a cada fracaso de sus virtuosas tentativas se notaba en todas las líneas de su fisonomía, no permitía ni en lo más mínimo dudar de su sinceridad en el espíritu de sus compañeros, ni aun de los más escépticos. No era menos digna de nota su habilidad en hacer pasar el ridículo del autor a la obra, de su propia persona a los absurdos que había suscitado.

Nunca he conocido a nadie, salvo a mi amigo, que hiciese de la mixtificación un hábito y que se librara de las consecuencias naturales de sus maniobras, es decir, de que su carácter o su persona cayeran en descrédito alguno. El barón, por el contrario, entregado como estaba a la broma, parecía, sin embargo, que no vivía sino para las severidades del mundo, y ni su misma familia ha asociado un instante a su memoria otras ideas que las de majestad y nobleza.

En el transcurso del tiempo que Ritzner permaneció en G... parecía que el genio del far niente se cernía como un dipsómano sobre la Universidad. No se hacía en ella más que beber, comer y divertirse. Las numerosas habitaciones de los estudiantes se convirtieron en otros tantos cafés cantantes y ninguno era tan famoso ni más concurrido que el del barón. Nuestras orgías allí fueron numerosas, largas, ruidosas y jamás faltas de acontecimientos.

Cierta noche, habíamos prolongado nuestra reunión hasta el despuntar del día porque bebimos más vino que de costumbre. La compañía se componía de siete u ocho personas, además del barón y de mí. La mayoría de los que allí se encontraban eran jóvenes de importantes y orgullosas familias, de grandes relaciones e imbuidos de ideas exageradas acerca del pundonor. Abundaban en las más extremadas opiniones

alemanas sobre el duelo. Ciertas publicaciones parisinas recientes, apoyadas por tres o cuatro encuentros desesperados y mortales en G..., habían dado un vigor y un impulso nuevo a esas ideas a lo Don Quijote. Por eso la conversación, durante la mayor parte de la noche, se hizo sobre ese preocupante tema.

Ritzner, que se había callado, contra su costumbre, al principio de la sesión, pareció, al fin, despertarse de su apatía, condujo la conversación y se extendió sobre los beneficios, las bellezas, del código aceptado y de la etiqueta apropiada para los encuentros. Habló con un ardor, una elocuencia, un sentimiento y una unción, que inspiraron el mayor entusiasmo a sus auditores, en general, y que me causaron estupefacción a mí mismo, que sabía bien que, en el fondo del alma, el barón despreciaba las materias por las cuales se enardecía, y que guardaba particularmente para toda la fanfarronería de la etiqueta del duelo el soberano desprecio que ésta merece.

Mirando a mi entorno durante una pausa del barón (cuyo discurso podrán imaginarse mis lectores cuando les habré dicho que lo pronunciaba de la manera fervorosa, cantarina, monótona aunque musical y predicadora propia de Coleridge) sorprendí las huellas de un interés más que ordinario por lo que se decía, en la fisonomía de uno de los auditores.

Este, a quien llamaré Herrmann, era original en todo, excepto, quizá, en el hecho de que estaba medio loco. Había encontrado, no obstante, la manera de adquirir, en cierta camarilla de la Universidad, una reputación de profundo metafísico y, creo, de tener algún talento en la lógica. Como duelistra era uno de los más renombrados en G..., olvido el número preciso de las víctimas que cayeron por su mano, pero la suma se tenía por considerable. Era, incontestablemente, un hombre de valor. Pero él se enorgullecía, sobre todo, de sus conocimientos minuciosos en materia de etiqueta y de su delicadeza en los temas del pundonor. Esa era su irresistible manía.

El barón, siempre al acecho de los tipos extravagantes, encontró durante mucho tiempo materia de mixtificación en las particularidades de Herrmann. No pensaba yo en esa circunstancia, pero me di cuenta de que mi amigo maquinaba algo extraordinario con vistas a Herrmann.

Como Ritzner continuara su discurso o, mejor dicho, su monólogo, vi claramente que la excitación de Herrmann aumentaba poco a poco. Por fin, habló, presentando una objeción a un punto sobre el que Ritzner había insistido, y dando sus razones con gran detalle.

A estas razones, el barón respondió extensamente conservando siempre un tono sentimental y acabando su réplica de una manera que yo encontré de muy mal gusto: con un sarcasmo y una burla dirigida contra Herrmann. La manía de éste salió de sus goznes. Me apercibí de ello por el tono afectado y puntilloso de su réplica. Me acuerdo claramente de sus últimas palabras:

—Sus explicaciones —dijo—, permítame, se lo ruego, que se lo haga observar, barón Ritzner Von Yung, aunque correctas en general, le dan, en varios puntos delicados, poco crédito a usted y a la Universidad de la que usted es un miembro más. En ciertas partes, son hasta indignas de una reputación seria. Iría aún más lejos, si no temiera ofenderle (aquí, el orador sonrió de una manera afable); yo diría, señor, que sus opiniones no son las que cabe esperar de un caballero.

En cuanto Herrmann terminó esa frase tan poco equívoca, todas las miradas se dirigieron hacia el barón. Este se tornó pálido, luego excesivamente encarnado; después, dejando caer su pañuelo, se agachó para recogerlo.

Yo llegué entonces a contemplar su cara en el momento en que nadie más, alrededor de la mesa, podía verla. Su fisonomía radiaba la expresión sardónica, natural en el barón, pero que nunca le había visto cuando estaba solo conmigo y se manifestaba sin trabas. Un instante después, se había incorporado y miraba a Herrmann, de arriba abajo.

Jamás había asistido a una alteración de rasgos tan completa en un tiempo tan corto. Hasta llegué a imaginarme, por un momento, que me había engañado y que el barón estaba terriblemente serio. Parecía que se ahogaba de rabia y su cara era de una palidez cadavérica. Durante algún tiempo permaneció en silencio y se esforzó visiblemente en dominar su emoción. Habiéndolo, por fin, logrado en apariencia, cogió una botella que estaba cerca de él y dijo, sujetándola fuertemente:

—Las frases que usted ha tenido a bien decir, Herr Herrmann, dirigiéndose a mí, están sometidas a objeciones de todas clases, que no tengo ni el humor ni el tiempo de especificar. Pero decir que mis opiniones no son las que se tiene derecho a esperar de un caballero de honor es una aserción tan directamente ofensiva que no me queda sino una línea de conducta. Alguna cortesía, no obstante, debo a la presencia de esta compañía y a usted mismo que es mi huésped. Usted me excusará, pues, si falto ligeramente al uso constante entre gente de honor en los casos parecidos de ofensa personal. Usted me perdonará el pequeño esfuerzo que voy a exigir a su imaginación. Aplíquese usted en considerar, por un momento, la reflexión de su persona en este espejo, como al mismo Herr Herrmann viviente. Una vez hecho eso, no habrá dificultad alguna. Voy a lanzar esta botella sobre su imagen en el espejo, y satisfaré así, en espíritu, ya que no en la letra, el resentimiento que me causa su insulto, sin llegar a una violencia contra su persona.

Una vez dichas esas palabras, arrojó la botella llena de vino contra el espejo que pendía delante de Herrmann, alcanzando su imagen con gran precisión y, naturalmente, rompiendo el espejo en mil pedazos. El grupo entero se levantó y se fue, dejándome a mí solo con Ritzner.

Este, cuando Herrrnann salía, me dijo al oído que le siguiera y le ofreciera mis servicios. Consentí en ello sin saber qué hacer, precisamente, en un tema tan ridículo.

Herrmann me acogió con su aire rígido y afectado. Tomándome por el brazo, me condujo a sus habitaciones. Apenas podía evitar el reírme en sus narices cuando siguió

discurriendo con la más profunda gravedad sobre lo que él llamaba «la naturaleza particularmente refinada del insulto que había recibido».

Tras haberme formulado una arenga fatigante y concebida en su estilo ordinario, sacó de un anaquel cierto número de volúmenes anticuados relativos al duelo y me entretuvo mucho tiempo con su contenido, leyendo en voz alta pasajes que iba comentando. Había allí las «Ordenanzas de Felipe el Hermoso sobre el combate singular; el Teatro del honor, por Tavyn; un Tratado sobre el permiso de los duelos, por Andiguier. Herrmann me exhibió, también, con gran pompa, las Memorias del duelo, de Pierre de Brântome, Colonia, 1660, un tomo precioso, único, en papel pergamino, con grandes márgenes, encuadrado por Derome.

Con aire de misteriosa finura, reclamó mi atención para un libro grueso, escrito en latín clásico por un tal Hedelin, francés, y que llevaba este título singular: *Duelli lex scripta et non, aliterque*. De esta última obra, me leyó un capítulo, lo más raro del mundo, sobre las *Injuriae per applicationem, per constructionem et per se*, la mitad del cual, según me aseguró, concernía directamente a su propio caso «particularmente refinado»; aunque yo no habría comprendido ni una palabra de todo ese espinoso tema, aunque me hubiesen cortado la cabeza.

Cuando terminó de leer el capítulo, cerró el libro y me preguntó lo que yo creía qué se debía hacer.

Contesté que tenía plena confianza en la delicadeza de sus sentimientos y que me atendría a lo que propusiera. Me pareció halagado por la respuesta y se sentó para escribir una carta al barón.

Hela aquí:

Señor:

Mi amigo, el Sr. P., le entregará a Ud. esta carta. Creo que me corresponde el pedirle, para tan pronto como le sea posible, una explicación de lo que ha ocurrido esta noche en su alojamiento. En el caso de que Ud. se niegue a mi petición, el señor P. tendrá el gusto de arreglar, con un amigo que Ud. designará, los preliminares para un encuentro.

Con los sentimientos del mayor respeto, queda de usted, señor; humilde servidor.

HANS HERRMANN

Al barón Ritzner Von Yung. 28 de agosto 18...

No teniendo nada mejor que hacer, visité a Ritzner con mi carta. Se inclinó cuando se la presenté; luego, con un aire grave, me indicó un asiento. Una vez hubo leído la misiva de Herrmann, escribió la respuesta siguiente, que yo me encargue de llevar a este último:

Señor:

Mediante nuestro común amigo, el señor P., he recibido su carta de esta mañana. Después de las reflexiones debidas, reconozco francamente la oportunidad de la explicación que me sugiere. Admitido esto, encuentro, no obstante, muchas dificultades —considerando la naturaleza particularmente refinada de nuestra desavenencia y de la ofensa personal por usted cometida contra mi persona—, para expresar lo que tengo que decir como excusa, y para adaptar mi lenguaje a todas las exigencias minuciosas y a los detalles de nuestro litigio. Tengo, no obstante, gran confianza en aquella extremada delicadeza y en aquel discernimiento relativos a la etiqueta por los que usted se ha distinguido tanto tiempo y tan eminentemente. Con la certeza absoluta de ser comprendido, le pido el permiso, en lugar de ofrecerle la expresión de mis sentimientos, de dirigirle a las opiniones del llamado Hedelin, tal y como están enunciadas, en el primer párrafo del capítulo «Injuriae per applicationem, per constructionem et per se» en su «Duelli lex scripta et non, aliterque».

La perfección de su saber sobre el asunto tratado en ese escrito será suficiente, estoy seguro de ello, para convencerle de que al remitirle a ese párrafo, satisfago plenamente su petición de explicaciones.

Con los sentimientos del más profundo respeto, quedo, señor, de usted, seguro servidor.

R. VON YUNG

Al señor Hans Herrmann. 28 agosto 18...

Herrmann empezó a recorrer las líneas de esta carta con un aire hurano que se trocó en una sonrisa de la más ridícula complacencia cuando llegó a las explicaciones sobre las «Injuriae per applicationem, per constructionem et per se». Al acabar su lectura, me rogó con la más amable de las fisonomías, que me sentara, mientras él se referiría al tratado en cuestión. Tomó el pasaje indicado, lo leyó cuidadosamente para sí, enseguida cerró el libro y me encargó, en mi calidad de confidente, que expresara al barón sus sentimientos de admiración por la conducta caballeresca que seguía y, en calidad de padrino, que le asegurara que la explicación dada era la más completa, la más honorable, la más satisfactoria y la más categórica posible.

Bastante sorprendido por todo ello, me retiré y fui a casa del barón, quien pareció recibir el mensaje de Herrmann como una cosa natural. Después de conversar sobre cosas, insignificantes pasó a otra habitación y trajo de ella el eterno «Injuriae per applicationem, per constructionem et per se». Me dio el libro y me pidió que leyera cierto párrafo. Así lo hice, pero sin gran resultado, porque no fui capaz de hallar la menor traza de sentido. Devolví la obra al barón, y él leyó un capítulo en voz alta. Con gran sorpresa mía, lo que leía él era la relación horriblemente absurda de un duelo entre dos perros.

Me aclaró entonces el misterio mostrándome que el volumen tal como aparecía a simple vista estaba escrito según modelo de los versos vacíos de Du Bartas; es decir, que el discurso estaba ingeniosamente redactado de modo que ofrecía todos los signos exteriores de lo inteligible y hasta de lo profundo, pero, de hecho, no contenía ni una sombra de sentido. Para penetrar el secreto, se tenían que saltar alternativamente una serie de pullas bufonescas sobre un combate singular tal y como se practica hoy.

Ritzner me informó de que, tres semanas antes de la aventura, había enviado expresamente su libro a Herrmann, que se había asegurado, hablando con la víctima, de que éste había estudiado la Lex Duelli con la más profunda atención y que la juzgaba, firmemente, como una obra de mérito poco común. El barón había obrado apoyándose en esos indicios.

Sin duda, Herrmann hubiese preferido sufrir mil muertes antes que reconocer su incapacidad para comprender todo cuanto concernía al duelo.

Silencio. Una fábula

Silence. A fabule, 1837

Fábula: Las crestas montañosas duermen; los valles, los riscos y las grutas están en silencio.

(ALCMAN 160 (10), 6461)

—Escúchame —dijo el Demonio, apoyando la mano en mi cabeza—. La región de que hablo es una lúgubre región en Libia, a orillas del río Zaire. Y allá no hay ni calma ni silencio.

Las aguas del río están teñidas de un matiz azafranado y enfermizo, y no fluyen hacia el mar, sino que palpitán por siempre bajo el ojo purpúreo del sol, con un movimiento tumultuoso y convulsivo. A lo largo de muchas millas, a ambos lados del legamoso lecho del río, se tiende un pálido desierto de gigantescos nenúfares. Suspiran entre sí en esa soledad y tienden hacia el cielo sus largos y pálidos cuellos, mientras inclinan a un lado y otro sus cabezas sempiternas. Y un rumor indistinto se levanta de ellos, como el correr del agua subterránea. Y suspiran entre sí.

Pero su reino tiene un límite, el límite de la oscura, horrible, majestuosa floresta. Allí, como las olas en las Hébridas, la maleza se agita continuamente. Pero ningún viento surca el cielo. Y los altos árboles primitivos oscilan eternamente de un lado a otro con un potente resonar. Y de sus altas copas se filtran, gota a gota, rocíos eternos. Y en sus raíces se retuercen, en un inquieto sueño, extrañas flores venenosas. Y en lo alto, con un agudo sonido susurrante, las nubes grises corren por siempre hacia el oeste, hasta rodar en cataratas sobre las ígneas paredes del horizonte. Pero ningún viento surca el cielo. Y en las orillas del río Zaire no hay ni calma ni silencio.

Era de noche y llovía, y al caer era lluvia, pero después de caída era sangre. Y yo estaba en la marisma entre los altos nenúfares, y la lluvia caía en mi cabeza, y los nenúfares suspiraban entre sí en la solemnidad de su desolación.

Y de improviso se levantó la luna a través de la fina niebla espectral y su color era carmesí. Y mis ojos se posaron en una enorme roca gris que se alzaba a la orilla del río, iluminada por la luz de la luna. Y la roca era gris, y espectral, y alta; y la roca era gris. En su faz habla caracteres grabados en la piedra, y yo anduve por la marisma de nenúfares hasta acercarme a la orilla, para leer los caracteres en la piedra. Pero no puede descifrarlos. Y me volvía a la marisma cuando la luna brilló con un rojo más intenso, y al volverme y mirar otra vez hacia la roca y los caracteres vi que los caracteres decían DESOLACIÓN.

Y miré hacia arriba y en lo alto de la roca había un hombre, y me oculté entre los nenúfares para observar lo que hacía aquel hombre. Y el hombre era alto y majestuoso y estaba cubierto desde los hombros a los pies con la toga de la antigua Roma. Y su silueta era indistinta, pero sus facciones eran las facciones de una deidad, porque el palio de la noche, y la luna, y la niebla, y el rocío, habían dejado al descubierto las facciones de su cara. Y su frente era alta y pensativa, y sus ojos brillaban de preocupación; y en las escasas arrugas de sus mejillas leí las fábulas de la tristeza, del cansancio, del disgusto de la humanidad, y el anhelo de estar solo.

Y el hombre se sentó en la roca, apoyó la cabeza en la mano y contempló la desolación. Miró los inquietos matorrales, y los altos árboles primitivos, y más arriba el susurrante cielo, y la luna carmesí. Y yo me mantuve al abrigo de los nenúfares, observando las acciones de aquel hombre. Y el hombre tembló en la soledad, pero la noche transcurría, y él continuaba sentado en la roca.

Y el hombre distrajo su atención del cielo y miró hacia el melancólico río Zaire y las amarillas, siniestras aguas y las pálidas legiones de nenúfares. Y el hombre escuchó los suspiros de los nenúfares y el murmullo que nacía de ellos. Y yo me mantenía oculto y observaba las acciones de aquel hombre. Y el hombre tembló en la soledad; pero la noche transcurría y él continuaba sentado en la roca.

Entonces me sumí en las profundidades de la marisma, vadeando a través de la soledad de los nenúfares, y llamé a los hipopótamos que moran entre los pantanos en las profundidades de la marisma. Y los hipopótamos oyeron mi llamada y vinieron con los behemot al pie de la roca y rugieron sonora y terriblemente bajo la luna. Y yo me mantenía oculto y observaba las acciones de aquel hombre. Y el hombre tembló en la soledad; pero la noche transcurría y él continuaba sentado en la roca.

Entonces maldije los elementos con la maldición del tumulto, y una espantosa tempestad se congregó en el cielo, donde antes no había viento. Y el cielo se tornó lívido con la violencia de la tempestad, y la lluvia azotó la cabeza del hombre, y las aguas del río se desbordaron, y el río atormentado se cubría de espuma, y los nenúfares alzaban clamores, y la floresta se desmoronaba ante el viento, y rodaba el trueno, y caía el rayo, y la roca vacilaba en sus cimientos. Y yo me mantenía oculto y observaba las acciones de aquel hombre. Y el hombre tembló en la soledad; pero la noche transcurría y él continuaba sentado.

Entonces encolleríe y maldije, con la maldición del *silencio*, el río y los nenúfares y el viento y la floresta y el cielo y el trueno y los suspiros de los nenúfares. Y quedaron malditos y se *callaron*. Y la luna cesó de trepar hacia el cielo, y el trueno murió, y el rayo no tuvo ya luz, y las nubes se suspendieron inmóviles, y las aguas bajaron a su nivel y se estacionaron, y los árboles dejaron de balancearse, y los nenúfares ya no suspiraron, y no se oyó más el murmullo que nacía de ellos, ni la menor sombra de sonido en todo el vasto desierto ilimitado. Y miré los caracteres de la roca, y habían cambiado; y los caracteres decían: SILENCIO.

Y mis ojos cayeron sobre el rostro de aquel hombre, y su rostro estaba pálido. Y bruscamente alzó la cabeza, que apoyaba en la mano y, poniéndose de pie en la roca, escuchó. Pero no se oía ninguna voz en todo el vasto desierto ilimitado, y los caracteres sobre la roca decían: SILENCIO. Y el hombre se estremeció y, desviando el rostro, huyó a toda carrera, al punto que cesé de verlo.

Pues bien, hay muy hermosos relatos en los libros de los Magos, en los melancólicos libros de los Magos, encuadrados en hierro. Allí, digo, hay admirables historias del cielo y de la tierra, y del potente mar, y de los Genios que gobiernan el mar, y la tierra, y el majestuoso cielo. También había mucho saber en las palabras que pronunciaban las Sibillas, y santas, santas cosas fueron oídas antaño por las sombrías hojas que temblaban en torno a Dodona. Pero, tan cierto como que Alá vive, digo que la fábula que me contó el Demonio, que se sentaba a mi lado a la sombra de la tumba, es la más asombrosa de todas. Y cuando el Demonio concluyó su historia, se dejó caer en la cavidad de la tumba y rió. Y yo no pude reírme con él, y me maldijo porque no reía. Y el lince que eternamente mora en la tumba salió de ella y se tendió a los pies del Demonio, y lo miró fijamente a la cara.

Las aventuras de Arthur Gordon Pym

Narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket, 1837.

Prefacio

Cuando regresé hace algunos meses de los Estados Unidos, después de la extraordinaria serie de aventuras en los mares del Sur y otras partes, cuyo relato doy en las páginas siguientes, la casualidad me hizo conocer a varios caballeros de Richmond (Virginia), quienes, tomando un profundo interés en todo cuanto se relaciona con los parajes que había visitado, me apremiaban incesantemente a cumplir con lo que ya constituía en mí un deber —decían— de dar mi relato al público. Sin embargo, yo tenía varias razones para rehusarme: unas de naturaleza enteramente personal; las otras, es cierto, algo diferentes. Una de las consideraciones que particularmente me retraía era el hecho de que, no habiendo escrito un diario durante la mayor parte de mi ausencia, temía no poder redactar de memoria una relación lo bastante minuciosa, con suficiente ilación para obtener toda la fisonomía de la verdad —relato que sería, no obstante, la expresión real—, no llevando más que aquella natural, inevitable exageración, hacia la cual estamos todos inclinados cuando describimos acontecimientos cuya influencia ha ejercido su poder activo sobre las facultades de la imaginación. Otra de las razones era que los incidentes dignos de ser mencionados resultaban de una naturaleza tan maravillosa que no podía esperar que se me diera crédito, ya que mis afirmaciones no tenían más base que ellas mismas (salvo el testimonio de un solo individuo, y éste mitad indio), aparte mi familia y mis amigos, quienes en el curso de mi vida tuvieron ocasión de alabar mi veracidad; pero, según todas las probabilidades, el gran público tomaría mis asertos como impudentes e ingeniosas mentiras. Debo también manifestar que mi desconfianza en mi talento como escritor era una de las causas principales que me impedían ceder a las sugerencias de mis consejeros.

Entre los caballeros de Virginia que se interesaban vivamente en mi relato, particularmente en la parte relativa al Océano Antártico, se encontraba M. Poe, escritor, editor en un tiempo del *Southern Literary Messenger*; revista mensual publicada en Richmond por M. Thomas W. White. Me comprometió fuertemente, él entre otros, a redactar desde luego un relato completo de todo lo que había visto y soportado, y que confiara a la sagacidad y al sentido común público, afirmando, no sin razón, que por informe que fuera mi obra desde el punto de vista literario, su misma singularidad, si es que la hubiera, sería para ella la mejor oportunidad de ser aceptada como cosa verdadera.

A pesar de esta observación, no pude resolverse a obedecer sus consejos. Me propuso en seguida, viendo mis negativas, que le permitiera redactar a su modo un relato de la primera parte de mis aventuras, según los hechos mencionados por mí, y publicarla *bajo el manto de la ficción* en el *Mensajero del Sur*. Nada pude objetarle; consentí en ello, y estipulé únicamente que mi verdadero nombre sería conservado. Dos partes de la pretendida ficción aparecieron consecuentemente en el *Messenger* (en los números de enero y febrero de 1837), y con el propósito de que quedara bien establecido que se trataba de una mera ficción, el nombre de M. Poe figuró enfrente de los artículos en el índice de materias del *Magazine*.

La manera en que esta superchería fue recibida, me indujo a emprender una compilación regular y la publicación de dichas aventuras; pues vi que a pesar de la apariencia de fábula de que tan ingeniosamente se había revestido, era parte de mi relato aparecido en el *Messenger* (en donde —además— ni uno solo de los acontecimientos había sido alterado o desfigurado), el público no estaba dispuesto de ninguna manera a aceptarlo como una mera fábula, y varias cartas fueron dirigidas a M. Poe, que atestiguaban convicciones del todo contrarias. Concluí que los sucesos de mi relación eran de tal naturaleza que llevaban en ellos mismos la prueba suficiente de su autenticidad, y que, por consiguiente, no tenía que temer gran cosa del lado de la incredulidad popular.

Después de esta exposición, se verá desde el principio lo que me pertenece, lo que es del todo de mi mano en el relato que sigue, y también se ha de comprender que nada ha sido disfrazado en algunas de las páginas escritas por M. Poe. Aún para los lectores que no han podido leer los números del *Messenger*, sería superfluo señalar en dónde termina su parte o en dónde empieza la mía, la diferencia de estilo hablará por sí sola.

A. G. PYM.

Nueva York julio, 1838¹³.

I.-Aventureros precoces

Me llamo Arthur Gordon Pym. Mi padre era un respetable comerciante de pertrechos para la marina, en Nantucket, donde yo nací. Mi abuelo materno era procurador con buena clientela. Hombre afortunado en todo, había ganado bastante dinero especulando con las acciones del Edgarton New Bank, como se llamaba antaño. Con estos y otros medios había logrado reunir un buen capital. Creo que me quería más que a nadie en el mundo, y yo esperaba heredar a su muerte la mayor parte de sus bienes. Al cumplir los seis años me envió a la escuela del viejo Mr. Ricketts, un señor

¹³ Publicado primeramente por entregas en el Southern Literary Messenger, enero-febrero de 1837, y en forma de libro en 1838 con el título original de *Narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket*.

manco y de costumbres excéntricas, muy conocido de casi todos los que han visitado New Bedford. Permanecí en su colegio hasta los diecisésis años, y de allí salí para la academia que Mr. E. Ronald tenía en la montaña. Aquí me hice amigo íntimo del hijo de Mr. Barnard, capitán de fragata, que solía navegar por cuenta de la casa Lloyd y Vredenburgh. Mr. Barnard también era muy conocido en New Bedford, y estoy seguro de que tiene muchos parientes en Edgerton. Su hijo se llamaba Augustus y tenía casi dos años más que yo. Había ido a pescar ballenas con su padre a bordo del John Donaldson, y siempre me estaba hablando de sus aventuras en el océano Pacífico del Sur.

Yo solía ir a su casa con frecuencia, donde permanecía todo el día, y a veces pasaba allí la noche. Dormíamos en la misma cama, y se las ingeniaaba para mantenerme despierto casi hasta el alba, contándome historias de los indígenas de la isla de Tinian y de otros lugares que había visitado en sus viajes. Al fin, acabé interesándome por lo que me contaba, y gradualmente fui sintiendo el mayor deseo por hacerme a la mar. Yo poseía un barco de vela llamado A riel, que valdría unos setenta y cinco dólares. Tenía media cubierta o tumbadillo, y estaba aparejado como un balandro; no recuerdo su tonelaje, pero cabían en él diez personas muy cómodamente. Con esta embarcación cometíamos las locuras más temerarias del mundo, y al recordarlas ahora me maravillo de contarme entre los vivos.

Voy a narrar una de estas aventuras, a modo de introducción de un relato más extenso y trascendental.

Una noche hubo una fiesta en casa de Mr. Barnard, y, al final de ella, Augustus y yo estábamos bastante mareados. Como de costumbre, en casos semejantes, preferí quedarme a dormir allí a regresar a mi casa. Augustus se acostó muy tranquilo, a mi parecer (era cerca de la una cuando se acabó la reunión), sin hablar ni una palabra de su tema favorito. Llevaríamos acostados media hora, y ya me iba a quedar dormido, cuando se levantó de repente y, lanzando un terrible juramento, dijo que no dormiría ni por todos los Arthur Pym de la cristiandad, cuando soplaban una brisa tan hermosa del sudoeste. Me quedé más asombrado que nunca en mi vida, pues no sabía lo que intentaba, y pensé que el vino y los licores le habían trastornado por completo. Mas siguió hablando muy serenamente, diciendo que yo me imaginaba que él estaba borracho, pero que jamás en su vida había tenido más despejada la cabeza. Y añadió que tan sólo estaba cansado de estar echado en la cama como un perro en una noche tan hermosa, y que había decidido levantarse, vestirse y salir a hacer una travesura en mi barca. No sé decir lo que pasó por mí; mas apenas había acabado de pronunciar sus palabras, cuando sentí el escalofrío de una inmensa alegría y de una gran excitación, y aquella idea loca me pareció la cosa más deliciosa y razonable del mundo. Soplaba un viento fresco y hacía frío, pues estábamos a últimos de octubre, pero salté de la cama en una especie de éxtasis, y le dije que yo era tan valiente como él y que estaba tan harto como él de estar en la cama como un perro, y que me hallaba tan dispuesto a divertirme o cometer cualquier locura como cualquier Augustus Barnard de Nantucket.

Nos vestimos sin pérdida de tiempo y corrimos a donde estaba amarrada la barca. Se hallaba en el viejo muelle, cerca del depósito de maderas de Pankey & Co., dando bandazos contra los toscos maderos. Augustus saltó dentro y se puso a achicar, pues la lancha estaba medio llena de agua. Una vez hecho esto, izamos el foque y la vela mayor, las mantuvimos desplegadas y nos metimos resueltamente mar adentro.

Como he dicho antes, soplaban un viento fresco del sudoeste. La noche estaba despejada y fría. Augustus se puso al timón y yo me situé junto al mástil, sobre la cubierta del camarote. Surcábamos las aguas a gran velocidad, sin decirnos palabra desde que habíamos soltado las amarras en el muelle. Al fin, le pregunté a mi compañero qué derrotero pensaba tomar y cuándo calculaba que estaríamos de vuelta. Se puso a silbar durante unos instantes, y luego me dijo secamente:

—Yo voy al mar; tú puedes irte a casa, si te parece bien.

Al volver la vista hacia él, me di cuenta en seguida de que, a pesar de su fingida monchalance, estaba muy agitado. Le veía claramente a la luz de la luna: tenía el rostro más pálido que el mármol, y le temblaban de tal modo las manos, que apenas podía sujetar la caña del timón. Comprendí que algo no marchaba bien y me alarmé seriamente. Por aquel entonces sabía yo muy poco del gobierno de una barca y, por tanto, dependía enteramente de la pericia náutica de mi amigo. Además, el viento había arreciado bruscamente y nos íbamos alejando rápidamente de tierra por sotavento; pero sentí vergüenza de mostrar miedo alguno, y durante casi media hora guardé un silencio absoluto. Sin embargo, no pude contenerme más y le hablé a Augustus de la conveniencia de regresar. Como antes, tardó casi un minuto en responderme o en dar muestras de haber oído mi indicación.

—Sí, en seguida —dijo al fin—. Ya es hora... enseguida regresamos.

Esperaba esta respuesta; pero había algo en el tono de estas palabras que me infundió una indescriptible sensación de miedo. Volví a mirar a mi amigo con atención. Tenía los labios completamente lívidos, y las rodillas se entrechocaban tan violentamente que apenas podía tenerse en pie.

—Por Dios, Augustus! —exclamé, realmente asustado—. ¿Qué te duele?... ¿Qué te sucede?... ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué me sucede? —balbuceó con la mayor sorpresa aparente y, soltando al mismo tiempo la caña del timón, cayó al fondo de la barca—. ¿Qué me sucede?... Nada... ¿Por qué?... Nos vamos a casa..., ¿no lo estás viendo?

Comprendí entonces toda la verdad. Corré hacia él para levantarla. Estaba borracho, horriblemente borracho... Ya no podía tenerse en pie, ni hablar, ni ver. Tenía los ojos completamente vidriosos; y cuando en mi acceso de desesperación le solté, rodó como un tronco hasta el agua del fondo, de donde acababa de levantarla. Era evidente que, durante la noche había bebido más de lo que yo sospeché, y que su conducta en la cama había sido el resultado de un estado de embriaguez muy acentuado; estado que, como sucede en la demencia, permite a la víctima frecuentemente imitar el comportamiento

exterior de una persona en plena posesión de su juicio. Mas la frialdad del ambiente había producido su efecto natural: la energía mental comenzó a acusar su influencia antes, y la confusa percepción que indudablemente tuvo entonces de su peligrosa situación contribuyó a apresurar la catástrofe. Se hallaba ahora completamente sin sentido, y no había probabilidad alguna de que lo recobrase en muchas horas.

Tal vez sea muy difícil que el lector se dé cuenta de lo extremado de mi terror. Los vapores del vino se habían disipado, dejándome a la par atemorizado e irresoluto. Sabía que era incapaz de gobernar la barca, y que un viento recio y una fuerte bajamar nos precipitaban a la destrucción. Evidentemente, se estaba levantando una tempestad a nuestras espaldas; no teníamos brújula ni provisiones, y era evidente que, si manteníamos nuestro derrotero, perderíamos de vista la tierra antes de romper el día. Estos pensamientos, con otros muchos igualmente espantosos, pasaban por mi mente con desconcertante rapidez, y durante unos momentos me tuvieron paralizado e incapaz de hacer nada. La barca cortaba las aguas con terrorífica velocidad, desplegada al viento, sin un rizo en el foque ni en la vela mayor, con las bordas deslizándose enteramente bajo la espuma. Fue realmente maravilloso que no zozobrase, pues Augustus, como he dicho antes, había abandonado el timón y yo estaba demasiado agitado para pensar en cogerlo. Mas, afortunadamente, la barca se mantuvo a flote, y poco a poco fui recobrando mi presencia de ánimo. El viento seguía arreciando espantosamente, y cada vez que nos alzábamos por un cabeceo de la barca, sentíamos romper las olas sobre nuestra bovedilla, inundándonos de agua; pero yo tenía los miembros tan entumecidos que casi ni me daba cuenta de ello. Al fin, agujoneado por la resolución que da la desesperación, corrí al mástil y largué toda la vela mayor. Como era de esperar, cayó volando por fuera de la borda, y, al empaparse ésta de agua, arrastró consigo al mástil. Este último accidente fue lo único que me salvó de la muerte inminente. Sólo con el foque, navegué velozmente arrastrado por el viento, embarcando agua de cuando en cuando, pero libre del temor de una muerte inmediata. Empuñé el timón y respiré con más libertad al ver que aún nos quedaba una esperanza de salvación. Augustus seguía sin sentido en el fondo de la barca, y como corría inminente peligro de ahogarse, pues había unos treinta centímetros de agua donde él yacía, me las ingené para medio incorporarlo, dejándole sentado y pasándole por el pecho una cuerda que até a la argolla de la cubierta del tumbadillo. Arregladas así las cosas del mejor modo posible, en mi estado de agitación y entumecimiento, me encomendé a Dios y me preparé a soportar lo que sobreviniese, con toda la fortaleza de mi voluntad.

Apenas había tomado esta resolución, cuando de improviso un estrepitoso y prolongado alarido, como si procediese de las gargantas de mil demonios, pareció envolver a la barca por todas partes. Jamás en la vida olvidaré la intensa angustia de terror que experimenté en aquel momento. Se me erizó el cabello, sentí que la sangre se me helaba en las venas y que mi corazón cesaba de latir, y sin ni siquiera alzar la vista

para averiguar la causa de mí alarma, me desplomé sin sentido y cuan largo era sobre el cuerpo de mi compañero.

Al volver en mí, me hallaba en la cámara de un ballenero (el Pingüino) que se dirigía a Nantucket. Varias personas se inclinaban sobre mí, y Augustus, más pálido que la muerte, me daba fricciones en las manos. Al yerme abrir los ojos, sus exclamaciones de gratitud y alegría excitaban alternativamente la risa y el llanto de los rudos personajes allí presentes. Entonces se nos explicó el misterio de nuestra salvación. Habíamos sido arrollados por el ballenero, que iba muy ceñido por el viento, para acercarse a Nantucket con todas las velas que podía aventurar desplegadas, y en consecuencia venía casi en ángulo recto a nuestro derrotero. En la atalaya de proa iban varios vigías, pero ninguno vio nuestra barca hasta el momento en que era ya imposible evitar el choque, y sus gritos de aviso eran los que me habían asustado de un modo tan terrible. Según me contaron, el enorme barco pasó inmediatamente sobre nosotros, con más facilidad que nuestra pequeña embarcación hubiera pasado por encima de una pluma, y sin notar el más leve impedimento en su marcha. Ni un grito surgió de la cubierta de la víctima; sólo se oyó un débil y áspero chasquido mezclado con el rugir del viento y del agua, al ser sumergida la frágil barca y rozar por un instante la quilla de su destructor. Y eso fue todo. Creyendo que nuestra barca (que, como se recordará, estaba desmantelada) era un simple e inútil casco a la deriva, el capitán (capitán E. T. Block, de New London) siguió su ruta sin preocuparse más del asunto. Por fortuna, dos de los vigías afirmaron resueltamente que habían visto a una persona en el timón, y hablaron de la posibilidad de salvarla. Siguió una discusión, cuando Block se encolerizó y, después de un rato, dijo que "no tenía ninguna obligación de estar vigilando constantemente los cascarones de nuez, que su barco no estaba destinado a una tontería semejante, y que si había algún hombre en el agua, nadie tenía la culpa más que el propio interesado, y que podía ahogarse e irse al diablo", o cosa por el estilo. Henderson, el primer piloto, al oír cosas de este jaez, se hizo cargo del asunto, tan justamente indignado como toda la tripulación, ante aquellas palabras que revelaban una horrenda crueldad. Habló claramente, al verse apoyado por los marineros; le dijo al capitán que era digno de estar en galeras, y que desobedecería sus órdenes aunque lo ahorcasen al poner pie en tierra. Zarandeando a Block, "que se puso muy pálido y no respondió nada", se dirigió a grandes zancadas a la popa, empuñó el timón y con voz firme dijo: "¡Orza a la banda!" La gente voló a sus puestos, y el barco viró diestramente. Todo esto había llevado casi cinco minutos, y las posibilidades de salvar a cualquiera eran muy escasas, admitiendo que hubiese alguien a bordo de la barca. Sin embargo, como el lector ha visto, Augustus y yo fuimos salvados, y nuestra salvación pareció deberse a dos de esas casualidades inconcebiblemente afortunadas que los sabios y los piadosos atribuyen a la especial intervención de la providencia.

Mientras el barco permanecía al parió, el piloto mando arriar el chinchorro y saltó dentro de él con los dos hombres, de los que, según creo, afirmaban haberme visto al

timón. Acababan de apartarse del costado del ballenero (la luna seguía brillando luminosamente), cuando el barco dio un violento bandazo a barlovento, y Henderson, en el mismo instante, levantándose de su asiento, gritaba a la tripulación que calase. No decía nada más, repitiendo con impaciencia su grito: "¡Ciad, ciad!" La tripulación cumplió la orden de retroceder con la mayor presteza; mas ya el barco había dado la vuelta y lanzado de lleno en su marcha, aunque todos los marineros se esforzaban por acortar velas. A pesar del peligro del intento, el piloto se asió a las cadenas mayores en cuanto estuvieron a su alcance. Un nuevo y violento bandazo sacó el costado de estribor del barco fuera del agua casi hasta la quilla, y entonces se hizo evidente la causa de su ansiedad. Sujeto del modo más singular al terso y reluciente casco (el Pingüino estaba forrado y abadernado de cobre), y chocando violentamente contra él a cada movimiento del barco, se veía el cuerpo de un hombre. Después de varios esfuerzos inútiles, realizados durante los bandazos del barco, fui sacado al fin de mi peligrosa situación y subido a bordo, pues aquel cuerpo era mío propio. Al parecer, uno de los pernos que sujetaban la madera del casco se había salido y abierto paso a través de la chapa de cobre, y había detenido mi marcha cuando yo pasaba por debajo del barco, fijándome de modo tan extraordinario a su fondo. La cabeza del perno había atravesado por el cuello la chaqueta de lana verde que llevaba puesta, y me había rasgado la parte posterior de mi cuello entre dos tendones, hasta la altura de la oreja derecha. Inmediatamente me metieron en la cama, aunque parecía que mi vida se había extinguido por completo. No iba ningún médico a bordo. Pero el capitán me trató con todas las atenciones, para enmendar, supongo, a los ojos de la tripulación, su atroz conducta en la parte inicial de la aventura.

Mientras tanto, Henderson se había vuelto a apartar del barco, aunque ahora soplaba un viento casi huracanado. No habían pasado muchos minutos cuando tropezó con algunos fragmentos de nuestra barca, y poco después uno de los hombres que le acompañaban le aseguró que, a intervalos, entre el rugir de la tempestad, oía un grito pidiendo auxilio. Esto indujo a los arriesgados marineros a perseverar en la búsqueda durante más de media hora, aunque el capitán Block les hacía reiteradas señales para que regresasen, y aunque a cada minuto que pasaban sobre las aguas en tan frágil bote se exponían al más inminente y mortal peligro. Realmente, es casi imposible concebir cómo la diminuta embarcación en la que estaban pudo escapar de la destrucción ni un solo instante. Pero estaba construida para el servicio ballenero y se hallaba provista, como tenía motivos para creerlo, de depósitos de aire, al modo de los botes salvavidas que se emplean en la costa de Gales.

Después de haber buscado en vano durante el mencionado espacio de tiempo, decidieron regresar al barco; mas apenas habían tomado esta resolución cuando un débil grito surgió de un objeto oscuro que pasaba flotando rápidamente cerca de ellos. Se lanzaron en su persecución y enseguida le dieron alcance. Resultó ser la cubierta intacta del tumbadillo del Ariel. Augustus se agitaba junto al mismo, al parecer en los últimos

estertores de la agonía. Al cogerlo, vieron que estaba atado con una cuerda a la flotante madera. Esta cuerda, como se recordará, era la que yo le había echado alrededor del pecho y anudado a la argolla, para mantenerle en posición erguida, y al hacerlo así había preparado, sin saberlo, el medio de conservar su vida. El Ariel era de endeble construcción y, al pasar por debajo del Pingüino, su armazón saltó en pedazos lógicamente; la cubierta del tumbadillo, como era de esperar, fue levantada por la fuerza del agua al entrar allí y, al ser separada de cuajo de las vigas maestras, quedó flotando (con otros fragmentos, sin duda) en la superficie, sosteniendo a flote a Augustus, quien escapó así de una muerte terrible.

Hasta media hora después de haber sido puesto a bordo del Pingüino no pudo dar cuenta de sí, ni entender las explicaciones que le daban acerca de la naturaleza del accidente que le había sucedido a nuestra barca. Al fin, se rehizo del todo y habló mucho de sus sensaciones mientras estuvo en el agua. La primera vez que recobró algo el conocimiento se halló debajo del agua, girando con velocidad vertiginosa y atado con una cuerda que daba tres o cuatro vueltas muy apretadas cerca del cuello. Un instante después se sintió elevado súbitamente; su cabeza chocó violentamente con un cuerpo duro y volvió a sumirse en la inconsciencia. Al recobrarse de nuevo, se hallaba en plena posesión de sus sentidos, aunque tuviese en grado sumo confusa y nublada la razón. Ahora se daba cuenta de que había sucedido algún accidente y de que estaba en el agua, aunque tenía la boca por encima de la superficie y podía respirar con cierta libertad. Tal vez en aquellos momentos la cubierta iba empujada velozmente por el viento y él era arrastrado tras ella, como si flotase de espaldas. Naturalmente, mientras conservase aquella posición era casi imposible que se ahogase. De pronto, un golpe de mar lo arrojó directamente sobre el puente, donde procuró mantenerse, lanzando a intervalos gritos de socorro. Exactamente un momento antes de ser descubierto por Mr. Henderson, se había visto obligado a soltar su asidero por falta de fuerzas y, al caer en el mar, se había dado por perdido. Durante todo el tiempo de sus luchas no había tenido el más leve recuerdo del Ariel, ni de ninguno de los asuntos relacionados con la causa de su desastre. Un vago sentimiento de terror y de desesperación se había apoderado por completo de sus facultades. Cuando finalmente fue recogido, le habían abandonado todas sus facultades mentales; y, como dije antes, llevaba casi una hora a bordo del Pingüino hasta que se dio cuenta de su situación. Por lo que se refiere a mí, fui reanimado de un estado que bordeaba casi la muerte (y después de haber probado en vano todos los demás medios durante tres horas y media) gracias a vigorosas fricciones con franelas mojadas en aceite caliente, procedimiento sugerido por Augustus. La herida de mi cuello, aunque tenía un aspecto terrible, era de poca importancia, en realidad, y me repuse pronto de sus efectos.

El Pingüino entró en puerto hacia las nueve de la mañana, después de haber capeado una de las borrascas más recias desencadenadas en Nantucket. Augustus y yo logramos llegar a casa de Mr. Barnard a la hora del desayuno, que, por fortuna, se había

retrasado algo, debido a la reunión de la noche anterior. Imagino que todos los que se sentaban a la mesa se hallaban demasiado fatigados para advertir nuestro aspecto de cansancio, pues, naturalmente, no hubiera resistido el más leve examen. Sin embargo, los muchachos de nuestra edad escolar pueden realizar maravillas para fingir, y creo firmemente que ninguno de nuestros amigos de Nantucket tuvo la más ligera sospecha de que la terrible historia contada por unos marineros en la ciudad acerca de que habían pasado por encima de una embarcación en el mar y de que se habían ahogado unos treinta o cuarenta pobres diablos, tenía que ver con nuestra barca Ariel, con mi compañero y conmigo mismo. Los dos hemos hablado muchas veces del asunto, pero sin estremecernos jamás. En una de nuestras conversaciones, Augustus me confesó francamente que nunca en toda su vida había experimentado una sensación tan aguda del desaliento como cuando a bordo de nuestra pequeña embarcación se dio cuenta del alcance de su embriaguez y sintió que se estaba hundiendo bajo los efectos de su influencia.

II.-El escondrijo

En cuestiones de mero prejuicio, en pro o en contra nuestra, no solemos sacar deducciones con entera certeza, aunque se parte de los datos mas sencillos. Podría imaginarse que la catástrofe que acabo de relatar enfriaría mi incipiente pasión por el mar. Por el contrario, nunca experimenté un deseo más vivo por las arriesgadas aventuras de la vida del navegante que una semana después de nuestra milagrosa salvación. Este breve período fue suficiente para borrar de mi memoria la parte sombría y para iluminar vívidamente todos los aspectos agradables y pintorescos del peligroso accidente. Mis conversaciones con Augustus se hacían diariamente más frecuentes y más interesantes. Tenía una manera de referir las historias del océano (más de la mitad de las cuales sospecho ahora que eran inventadas) que impresionaba mi temperamento entusiasta y fascinaba mi sombría pero ardiente imaginación. Y lo extraño era que cuando más me entusiasmaba en favor de la vida marinera era cuando describía los momentos más terribles de sufrimiento y desesperación. Yo me interesaba escasamente por el lado alegre del cuadro. Mis visiones predilectas eran las de los naufragios y las del hambre, las de la muerte o cautividad entre hordas bárbaras; las de una vida arrastrada entre penas y lágrimas, sobre una gris y desolada roca, en pleno océano inaccesible y desconocido. Estas visiones o deseos, pues tal era el carácter que asumían, son comunes, según me han asegurado después, entre la clase harto numerosa de los melancólicos, y en la época de que hablo las consideraba tan sólo como visiones proféticas de un destino que yo sentía que se iba a cumplir. Augustus estaba totalmente

identificado con mi modo de pensar, y es probable que nuestra intimidad hubiese producido, en parte, un recíproco intercambio en nuestros caracteres.

Unos dieciocho meses después del desastre del Ariel, la casa armadora Lloyd y Vredenburgh (que, según tengo entendido, estaba relacionada en cierto modo con los señores Enberby, de Liverpool) estaba reparando y equipando para ir a la caza de la ballena al bergantín Grampus. Era un barco viejo y en malas condiciones para echarse a la mar, aun después de todas las reparaciones que se le hicieron. No llegó a explicarme cómo fue elegido con preferencia a otros barcos buenos, pertenecientes a los mismos dueños; pero el caso es que lo eligieron. Mr. Barnard fue encargado del mando y Augustus iba a acompañarle. Mientras se equipaba al bergantín me apremiaba constantemente sobre la excelente ocasión que se me ofrecía para satisfacer mis deseos de viajar. Yo le escuchaba con anhelo; pero el asunto no tenía tan fácil arreglo. Mi padre no se oponía resueltamente; pero a mi madre le daban ataques de nervios en cuanto se mencionaba el proyecto. Y sobre todo mi abuelo, de quién yo tanto esperaba, juró que no me dejaría ni un chelín si volvía a hablarle del asunto. Pero lejos de desanimarme, estas dificultades no hacían más que avivar mi deseo. Resolví partir a toda costa, y en cuanto comuniqueé mi resolución a Augustus, nos pusimos a urdir un plan para lograrlo. Mientras tanto, me abstuve de hablar con ninguno de mis parientes acerca del viaje, y como me dedicaba ostensiblemente a mis estudios habituales, se imaginaron que había abandonado el proyecto. Posteriormente, he examinado mi conducta en aquella ocasión con sentimientos de desagrado, así como de sorpresa. La gran hipocresía que empleé para la consecución de mi proyecto —hipocresía que presidió todas mis palabras y actos de mi vida durante tan largo espacio de tiempo— sólo pudo ser admitida por mí a causa del ansia ardiente y loca de realizar mis tan queridas visiones de viaje.

En la prosecución de mi estratagema, me vi necesariamente obligado a confiar a Augustus muchos de los preparativos, pues se pasaba gran parte del día a bordo del Grampus, atendiendo por su padre a los trabajos que se llevaban a cabo en la cámara y en la bodega. Mas por la noche nos reuníamos para hablar de nuestras esperanzas. Después de pasar casi un mes de este modo, sin dar con plan alguno que nos pareciese de probable realización, mi amigo me dijo al fin que ya había dispuesto todas las cosas necesarias. Yo tenía un pariente que vivía en New Bedford, un. tal Mr. Ross, en cuya casa solía pasar de vez en cuando dos o tres semanas. El bergantín debía hacerse a la mar hacia mediados de junio (junio, 1827), y convinimos que un par de días antes de la salida del barco, mi padre recibiría, como de costumbre, una carta de Mr. Ross rogándole que me enviase a pasar quince días con Robert y Emmet (sus hijos). Augustus se encargó de escribir la carta y de hacerla llegar a su destino. Y mientras mi familia me suponía camino de New Bedford, me iría a reunir con mi compañero, quien me tendría preparado un escondite en el Grampus. Me aseguró que este escondite sería suficientemente cómodo para permanecer en él muchos días, durante los cuales no me dejaría ver de nadie. Cuando el bergantín ya estuviera tan lejos de tierra que le fuese

imposible volver atrás, entonces, me dijo, me instalarían en el camarote con toda comodidad; y en cuanto a su padre, lo más seguro es que se reiría de la broma. En el camino íbamos a encontrar barcos de sobra para enviar una carta a mi casa explicándoles la aventura a mis padres.

Al fin, llegó mediados de junio y el plan estaba perfectamente madurado. Se escribió y se entregó la carta, y un lunes por la mañana salí de mi casa fingiendo que iba a embarcarme en el vapor para New Bedford; pero fui al encuentro de Augustus, que me estaba aguardando en la esquina de una calle.

Nuestro plan primitivo era que yo debía esconderme hasta que anocheciera, y luego deslizarme en el bergantín subrepticiamente; pero como fuimos favorecidos por una densa niebla, estuvimos de acuerdo en no perder tiempo escondiéndome. Augustus tomó el camino del muelle y yo le seguí a corta distancia, envuelto en un grueso chaquetón de marinero, que me había traído para que no pudiese ser reconocido. Pero al doblar la segunda esquina, después de pasar el pozo de Mr. Edmund, con quien me tropecé fue con mi abuelo, el viejo Mr. Peterson.

—¡Válgame Dios, Gordon! —exclamó, mirándome fijamente y después de un prolongado silencio—. ¿Pero de quién es ese chaquetón tan sucio que llevas puesto?

—Señor —respondí, fingiendo tan perfectamente como requerían las circunstancias un aire de sorpresa, y expresándome en los tonos más rudos que imaginarse pueda—, señor, está usted en un error. En primer lugar, no me llamo Gordon ni Gordin, ni cosa que se le parezca, y, usted, pillo, tendría que tener más confianza conmigo para llamar sucio chaquetón a mi abrigo nuevo.

No sé cómo pude contener la risa al ver la sorpresa con que el anciano acogió mi destemplada respuesta. Retrocedió dos o tres pasos, se puso muy pálido primero y luego excesivamente colorado, se levantó las gafas, se las quitó al instante y echó a correr cojeando tras de mí, amenazándome con el paraguas en alto. Pero se detuvo en seguida, como si se le hubiese ocurrido repentinamente otra idea, y, dando media vuelta, se fue tranqueando calle abajo, trémulo de ira y murmurando entre dientes:

—¡Malditas gafas! ¡Necesito unas nuevas! Hubiera jurado que este marinero era Gordon.

Después de librarme de este tropiezo, proseguimos nuestra marcha con mayor prudencia y llegamos a nuestro punto de destino sin novedad.

A bordo no había más que un par de marineros, y estaban muy atareados haciendo algo en el castillo de proa. Sabíamos muy bien que el capitán Barnard se hallaba en casa de Lloyd y Vredenburgh y que permanecería allí hasta el anochecer, de modo que no teníamos nada que temer por esta parte. Augustus se acercó al costado del barco, y un ratito después le seguí yo, sin que los atareados marineros advirtieran mi llegada. Nos dirigimos en seguida a la cámara, donde no encontramos a nadie. Estaba muy confortablemente arreglada, cosa rara en un ballenero. Había cuatro excelentes camarotes, con anchas y cómodas literas. Observé que también había una gran estufa, y

una mullida y amplia alfombra de buena calidad cubría el suelo de la cámara y de los camarotes. El techo tenía unos tres metros de alto. En una palabra, todo parecía mucho más agradable y espacioso de lo que me había imaginado. Pero Augustus me dejó poco tiempo para observar, insistiendo en la necesidad de que me ocultara lo más rápidamente posible. Se dirigió a su camarote, que se hallaba a estribor del bergantín, junto a los baluartes. Al entrar, cerró la puerta y echó el cerrojo. Pensé que nunca en mi vida había visto un cuarto tan bonito como aquél. Tenía unos nueve metros de largo, y no había más que una litera, espaciosa y cómoda, como ya dije. En la parte más cercana a los baluartes quedaba un espacio de algo menos de medio metro cuadrado con una mesa, una silla y una estantería llena de libros, principalmente libros de viajes. Había también otras pequeñas comodidades, entre las que no debo olvidar una especie de aparador o refrigerador, en el que Augustus me tenía preparada una selecta provisión de conservas y bebidas.

Augustus presionó con los nudillos cierto lugar de la alfombra, en un rincón del espacio que acabo de mencionar, haciéndome comprender que una porción del piso, de unos cuarenta centímetros cuadrados, había sido cortada cuidadosamente y ajustada de nuevo. Mientras presionaba, esta porción se alzó por un extremo lo suficiente para permitir introducir los dedos por debajo. De este modo, levantó la boca de la trampa (a la que la alfombra estaba asegurada por medio de clavos), y vi que conducía a la bodega de popa. Luego encendió una pequeña bujía con una cerilla, la colocó en una linterna sorda y descendió por la abertura, invitándome a que le siguiera. Así lo hice, y luego cerró la tapa del agujero, valiéndose de un clavo que tenía en su parte de abajo. De esta forma, la alfombra recobraba su posición primitiva en el piso del camarote, ocultando todos los rastros de la abertura.

La bujía daba una luz tan débil, que apenas podía seguir a tientas mi camino por entre la confusa masa de maderas en que me encontraba ahora. Mas, poco a poco, me fui acostumbrando a la oscuridad y seguí adelante con menos dificultad, cogido a la chaqueta de mi amigo. Después de serpentear por numerosos pasillos, estrechos y tortuosos, se detuvo al fin junto a una caja reforzada con hierro, como las que suelen utilizarse para embalar porcelana fina. Tenía cerca de un metro de alto por casi dos de largo, pero era muy estrecha. Encima de ella había dos grandes barriles de aceite vacíos, y sobre éstos se apilaba hasta el techo una gran cantidad de esteras de paja. Y todo alrededor se apiñaba, lo más apretado posible, hasta encajar en el techo, un verdadero caos de toda clase de provisiones para barcos, junto con una mezcla heterogénea de cajones, cestas, barriles y bultos, de modo que me parecía imposible que hubiésemos encontrado un paso cualquiera para llegar hasta la caja. Luego me enteré de que Augustus había dirigido expresamente la estiba de esta bodega con el propósito de procurarme un escondite, teniendo como único ayudante en su trabajo a un hombre que no pertenecía a la tripulación del bergantín.

Mi compañero me explicó que uno de los lados de la caja podía quitarse a voluntad. Lo apartó y quedó al descubierto el interior, cosa que me divirtió mucho. Una colchoneta de las de las literas de la cámara cubría todo el fondo, y contenía casi todos los artículos de confort del barco que podían caber en tan reducido espacio, permitiéndome, al mismo tiempo, el sitio suficiente para acomodarme allí, sentado o completamente tumbado. Había, entre otras cosas, libros, pluma, tinta y papel, tres mantas, una gran vasija con agua, un barril de galletas, tres o cuatro salchichones de Bologna, un jamón enorme, una pierna de cordero asado en fiambre y media docena de botellas de licores y cordiales.

Inmediatamente procedí a tomar posesión de mi reducido aposento, y esto con más satisfacción que un monarca al entrar en un palacio nuevo. Luego, Augustus me enseñó el método de cerrar el lado abierto de la caja, y, sosteniendo la bujía junto al techo, me mostró una gruesa cuerda negra que corría a lo largo de él. Me explicó que iba desde mi escondite, a través de todos los recovecos necesarios entre los trastos viejos, hasta un clavo del techo de la bodega, inmediatamente debajo de la puerta de la trampa que daba a su camarote. Por medio de esta cuerda yo podía encontrar fácilmente la salida sin su guía, en caso de que un accidente imprevisto me obligara a dar este paso. Luego se despidió, dejándome la linterna, con una abundante provisión de velas y fósforos, y prometiendo venir a yerme siempre que pudiera hacerlo sin llamar la atención. Esto sucedía el diecisiete de junio.

Permanecí allí tres días con sus noches (según mis cálculos), sin salir de mi escondite más que dos veces con el propósito de estirar mis piernas, manteniéndome de pie entre dos cajones que había exactamente frente a la abertura. Durante aquel tiempo no supe nada de Augustus; pero esto me preocupaba poco, pues sabía que el bergantín estaba a punto de zarpar y en la agitación de esos momentos no era fácil que encontrase ocasión de bajar a yerme. Por último, oí que la trampa se abría y se cerraba, y en seguida me llamó en voz baja preguntándome si seguía bien y si necesitaba algo.

—Nada —contesté—. Estoy todo lo bien que se puede estar. ¿Cuándo zarpa el bergantín?

—Levaremos anclas antes de medía hora —respondió—. He venido a decírtelo, pues temía que te alarmase mi ausencia. No tendrás ocasión de bajar de nuevo hasta pasado algún tiempo, tal vez durante tres o cuatro días. A bordo todo marcha bien. Una vez que yo suba y cierre la trampa, sigue la cuerda hasta el clavo. Allí encontrarás mi reloj; puede serte útil, pues no ves la luz del día para darte cuenta del tiempo. Te apuesto a que no eres capaz de decirme cuánto tiempo llevas escondido: sólo tres días; hoy estamos a veinte. De buena gana te traería yo mismo el reloj, pero tengo miedo de que me echen de menos.

Y sin decir más, se retiró.

Al cabo de una hora percibí claramente que el bergantín se ponía en movimiento, y me felicité a mí mismo por haber comenzado felizmente el viaje. Contento con esta idea,

resolví tranquilizar mi espíritu en la medida de lo posible y esperar el curso de los acontecimientos hasta que pudiese cambiar mi caja por los más espaciosos, si bien apenas más confortables, alojamientos de la cámara. Mi primer cuidado fue recoger el reloj. Dejando la bujía encendida, fui serpenteando en la oscuridad, siguiendo los innumerables rodeos de la cuerda, en algunos de los cuales descubría que después de afanarme largo trecho, volvía a estar a dos pasos de mi primera posición. Por fin, llegué al clavo y, apoderándome del objeto de mi viaje, regresé sin novedad. Me puse a buscar entre los libros de que había sido provisto tan abundantemente y elegí uno que trataba de la expedición de Lewis y Clark a la desembocadura del Columbia. Con esta lectura me distraje un buen rato, y cuando sentí que me dominaba el sueño, apagué la luz y en seguida caí en un sueño profundo.

Al despertarme sentí una extraña y confusa sensación en mi mente, y transcurrió algún tiempo antes de poder recordar las diversas circunstancias de mi situación; pero, poco a poco, fui recordando todo. Encendí la luz para ver la hora en el reloj; pero se había parado, y, consiguientemente, me quedé sin medio alguno de averiguar cuánto tiempo había estado durmiendo. Tenía los miembros entumecidos, y hube de ponerme en pie entre las cajas para aliviarlos. Al sentir ahora un hambre casi devoradora, me acordé del fiambre de cordero, del que había comido antes de irme a dormir, y que encontré excelente. ¡Cuál no sería mi asombro al descubrir que se hallaba en completo estado de putrefacción! Esta circunstancia me llenó de inquietud; pues, comparándola con la turbación mental que había experimentado al despertarme, sospeché que había estado durmiendo durante un tiempo exageradamente largo. La atmósfera enrarecida de la bodega podía haber contribuido algo a ello y, a la larga, podía producir los efectos más serios. Me dolía mucho la cabeza; me parecía que respiraba con dificultad y, en una palabra, me sentía agobiado por una multitud de sentimientos melancólicos. Pero no me atrevía a abrir la trampa ni a hacer nada que llamase la atención y, dando cuerda a mi reloj, me animé lo mejor que pude.

Durante las insopportables veinticuatro horas que siguieron, nadie vino a yerme, y no pude menos de acusar a Augustus de la más grosera falta de atención. Lo que me alarmaba sobre todo era que mi provisión de agua se había reducido a medio cuartillo, y padecía muchísima sed, pues había comido salchichas de Bologna en abundancia, después de la pérdida del cordero. Era tal mi inquietud, que no me distraían los libros. Además me dominaba el deseo de dormir, pero temblaba ante la idea de que pudiera existir en el viciado ambiente de la cala una influencia perniciosa, como la de las emanaciones de los braseros.

Mientras tanto, los movimientos del bergantín me indicaban que ya estábamos en alta mar,

y un sordo mugido que llegaba a mis oídos, como desde una inmensa distancia, me permitió comprender que estaba soplando un vendaval de intensidad poco corriente. No me explicaba la ausencia de Augustus. Con seguridad que ya habíamos avanzado lo

suficiente en nuestro viaje para poder ir arriba. Debía de haberle sucedido algún accidente; pero por mas vueltas que le daba a mi magín, no daba con ninguna razón que explicara su indiferencia dejándome tanto tiempo prisionero, a no ser que hubiera muerto repentinamente o se hubiese caído por la borda; y esta idea se me hacía insopportable. Tal vez el bergantín había tropezado con vientos contrarios y nos hallásemos aún en las cercanías de Nantucket. Pero tuve que abandonar esta idea, porque en este caso el barco tenía que haber virado Varias veces; y yo estaba plenamente convencido, a juzgar por la constante inclinación a babor, de que navegábamos con firme brisa de estribor. Además, aun suponiendo que nos hallásemos todavía cerca de la isla, por qué no bajaba Augustus para informarme de esta circunstancia? Meditando de esta forma sobre mi solitaria y triste situación, resolví aguardar otras veinticuatro horas, y si no recibía ningún alivio, me dirigiría a la trampa e intentaría hablar con mi amigo o, al menos, respirar un poco de aire fresco y renovar mi provisión de agua.

Preocupado con estos pensamientos y, a pesar de todos mis esfuerzos, caí en un profundo sueño o, más exactamente, sopor. Mis ensueños fueron de los más terroríficos y me sentía abrumado por toda clase de calamidades y horrores. Entre otros terrores, me veía asfixiado entre enormes almohadas, que me arrojaban demonios del aspecto más feroz y siniestro. Serpientes espantosas me enroscaban entre sus anillos y me miraban de hito en hito con sus relucientes y espantosos ojos. Luego se extendían ante mí desiertos sin límites, de aspecto muy desolado. Troncos de árboles inmensamente altos, secos y sin hojas, se elevaban en infinita sucesión hasta donde alcanzaba mi vista; sus raíces se sumergían bajo enormes ciénagas, cuyas lúgubres aguas yacían intensamente negras, serenas y siniestras. Y aquellos extraños árboles parecían dotados de vitalidad humana, y balanceando de un lado para otro sus esqueléticos brazos, pedían clemencia a las silenciosas aguas con los agudos y penetrantes acentos de la angustia y de la desesperación más acerba. La escena cambió, y me encontré, desnudo y solo, en los ardientes arenales del Sahara. A mis pies se hallaba agazapado un fiero león de los trópicos; de repente, abrió sus ojos feroces y se lanzó sobre mí. Dando un brinco convulsivo, se levantó sobre sus patas, dejando al descubierto sus horribles dientes. Un instante después, salió de sus enrojecidas fauces un rugido semejante al trueno, y caí violentamente al suelo. Sofocado en el paroxismo del terror, medio me desperté al fin. Mi pesadilla no había sido del todo una pesadilla. Ahora, al fin, estaba en posesión de mis sentidos. Las pezuñas de un monstruo enorme y real se apoyaban pesadamente sobre mi pecho; sentía en mis oídos su cálido aliento, y sus blancos y espantosos colmillos brillaban ante mí en la oscuridad.

Aunque hubieran dependido mil vidas del movimiento de un miembro o de la articulación de una palabra, no me hubiese movido ni hablado. La bestia, cualquiera que fuese, se mantenía en su postura sin intentar ataque alguno inmediato, mientras yo seguía completamente desamparado y, según me imaginaba, moribundo bajo sus garras. Sentía que las facultades físicas e intelectuales me abandonaban por momentos;

en una palabra, sentía que me moría de puro miedo. Mi cerebro se paralizó, me sentí mareado, se me nubló la vista; incluso las resplandecientes pupilas que me miraban me parecieron más oscuras. Haciendo un postrer y supremo esfuerzo, dirigí una débil plegaria a Dios y me resigné a morir.

El sonido de mi voz pareció despertar todo el furor latente del animal. Se precipitó sobre mí: pero cuál no sería mi asombro cuando, lanzando un sordo y prolongado gemido, comenzó a lamerme la cara y las manos con el mayor y las más extravagantes demostraciones de alegría y cariño. Aunque estaba aturdido y sumido en el asombro, reconocí el peculiar gemido de mi perro de Terranova, Tigre, y las caricias que solía prodigarme. Era él. Sentí que se me agolpaba súbitamente la sangre en las sienes, y una vertiginosa y consoladora sensación de libertad y de vida. Me levanté precipitadamente de la colchoneta en que había estado echado y, arrojándome al cuello de mi fiel compañero y amigo, desahogué la gran opresión de mí pecho derramando un raudal de ardientes lágrimas.

Como en la anterior ocasión, mis ideas se hallaban en la mayor confusión al levantarme de la colchoneta. Durante un buen rato me fue casi imposible coordinar mis pensamientos; pero, muy gradualmente, fui recobrando mis facultades mentales y volvieron de nuevo a la memoria los diversos detalles de mi situación. En vano traté de explicarme la presencia de Tigre, y después de hacerme mil conjeturas acerca de él, me limité a alegrarme de que hubiese venido a compartir mi espantosa soledad y a reconfortarme con sus caricias. La mayoría quiere a sus perros, mas yo sentía por Tigre un afecto más allá de lo común, y estoy seguro de que no había ningún ser que se lo mereciese más. Durante siete años, había sido mi compañero inseparable, y en muchas ocasiones había dado prueba de todas las nobles cualidades que más apreciamos en los animales. De cachorro, le había arrancado de las garras de un perverso y ruin bellaco de Nantucket, que lo llevaba con una soga al cuello para tirarlo al mar; y el perro me pagó esta deuda tres años después, salvándome del ataque de un ladrón en plena calle.

Alcancé el reloj y, aplicándomelo al oído, vi que se había vuelto a parar; pero no me sorprendí mucho, pues estaba convencido, a juzgar por el peculiar estado de mis sensaciones, que había dormido, como antes, durante un buen espacio de tiempo, sin poder determinar cuánto. Me abrasaba la fiebre y ya no podía resistir la sed. Busqué a tientas lo que me quedaba de mi provisión de agua, pues no tenía luz, ya que la bujía se había consumido por completo, y no podía encontrar la caja de fósforos. A tientas alcancé el cántaro; pero vi que estaba vacío. Indudablemente, Tigre había saciado su sed, así como había devorado el resto del cordero, cuyo hueso encontré muy mondado en la puerta de la caja. Podía comerme los salchichones medio podridos, pero desistí al pensar que no tenía agua.

Estaba tan extremadamente débil, que al menor movimiento o esfuerzo me estremecía de arriba abajo, como un azogado. Para colmo de males, el bergantín cabeceaba y daba violentos bandazos, y los barriles de aceite que había encima de mi

caja amenazaban caerse a cada momento y cerrar de este modo el único paso de entrada y salida de mi escondite. Además, sufría horriblemente a causa del mareo. Estas consideraciones me decidieron a dirigirme a la trampa, a fin de pedir auxilio inmediato, antes de quedarme incapacitado por completo. Una vez que tomé esta resolución, busqué a tientas la caja de fósforos y las velas. No sin trabajo, encontré los primeros; pero como no diese con las velas tan pronto como esperaba (pues recordaba casi exactamente el sitio donde las había puesto), dejé de buscarlas por el momento, y ordenando a Tigre que se estuviese quieto, emprendí con decisión mi camino hacia la trampa.

En este intento, mi gran debilidad se hizo más patente que nunca. Sólo con la mayor dificultad podía avanzar medio a gatas, y con frecuencia se me doblaban las piernas bruscamente; cuando caía postrado de bruces, permanecía por espacio de varios minutos en completo estado de insensibilidad. Sin embargo, seguía esforzándome por avanzar poco a poco, temiendo a cada momento desmayarme entre los estrechos e intrincados recovecos de la estiba, en cuyo caso la muerte no se haría esperar. Por fin, haciendo un gran esfuerzo para avanzar con las pocas energías que me quedaban, mi frente chocó violentamente contra el canto de una enorme caja reforzada de hierro. Este accidente sólo me dejó aturdido por unos instantes; pero con indecible pena descubrí que los rápidos y violentos balanceos del barco habían arrojado por completo la caña en medio de mi senda, de modo que el paso quedaba realmente obstruido. A pesar de mis esfuerzos, no pude moverla ni una pulgada, tan encajada quedó entre las cajas que la rodeaban y el armazón del barco. Por tanto, a pesar de mi debilidad, tenía que abandonar la cuerda que me servía de guía y buscar un nuevo paso, o saltar por encima del obstáculo y reanudar la marcha por el otro lado. La primera alternativa ofrecía demasiadas dificultades y peligros para no pensar en ella sin estremecerse. En mi actual estado de debilidad física y mental, me perdería infaliblemente en mi camino si lo intentaba, y perecería miserablemente en medio de los lúgubres y repugnantes laberintos de la bodega. Por ello, procedí sin vacilar a reunir todas mis energías y mi voluntad para intentar, como mejor pudiese, saltar por encima de la caja.

Al ponerme en pie con vistas a este fin, vi que la empresa era aún más ardua de lo que mis temores me habían hecho imaginar. A ambos lados del estrecho paso se levantaba una muralla de pesados maderos que a la menor torpeza mía podían caer sobre mi cabeza; o, si tal no sucedía, la senda podía quedar obstruida por detrás de mí, dejándome encerrado entre dos obstáculos. La caja era larga y difícil de manejar y no presentaba ningún asidero. Traté en vano, por todos los medios que estaban a mi alcance, de asirme al borde superior, con la esperanza de poder subirme a mí mismo a pulso. Aunque lo hubiera alcanzado, es evidente que mis fuerzas no eran suficientes para la tarea que intentaba, así que era preferible, a este respecto, que no lo consiguiese. Finalmente, al hacer un esfuerzo desesperado para levantar la caja, sentí una fuerte vibración en el lado próximo a mí. Puse la mano ávidamente en el borde de las tablas y

descubrí que una, muy ancha, estaba floja. Con la navaja, que por fortuna llevaba conmigo, logré, después de mucho trabajo, desclavarla por completo; al mirar por la abertura descubrí, con gran alegría mía, que no tenía tablas en el lado opuesto; en otras palabras, que carecía de tapa, siendo el fondo la superficie a través de la cual yo había abierto mi camino. Ya no tropecé con ninguna dificultad importante al seguir a lo largo de la cuerda; hasta que, finalmente, llegué al clavo. Palpitándome el corazón, me puse en pie y oprimí con suavidad la tapa de la trampa. Ésta no se levantó con la facilidad que yo esperaba y la empujé con más energía, aun temiendo que hubiera en el camarote alguna otra persona que no fuera mi amigo Augustus. Pero, con gran extrañeza mía, la puerta siguió sin abrirse, y comencé a inquietarme, pues sabía que antes hacía falta poco o ningún esfuerzo para levantarla. La empujé vigorosamente, pero siguió firme; empuje con todas mis fuerzas, y tampoco cedió; empujé con furia, con rabia, con desesperación, pero desafiaba todos mis esfuerzos. Era evidente, a juzgar por lo firme de la resistencia, que el agujero había sido descubierto y clavado, o que habían puesto encima algún peso enorme, por lo que era inútil tratar de levantarla.

Mis sensaciones fueron de un extremado horror y desaliento. En vano trataba de razonar sobre la probable causa de mi encierro definitivo. No podía coordinar las ideas y, dejándome caer al suelo, me asaltaron, irresistiblemente, las más lúgubres imaginaciones, en las que las muertes espantosas por sed, hambre, asfixia y entierro prematuro me abrumaban como desastres inminentes que me acontecerían. Por fin, recobré algo de mi presencia de ánimo. Me levanté y palpé con los dedos, buscando las grietas o ranuras de la abertura. Al encontrarlas, las examiné detenidamente, para ver si salía alguna luz del camarote; pero no se veía nada. Entonces metí la hoja de la navaja entre ellas, hasta que di con un obstáculo duro. Al rasparlo descubrí que era una sólida masa de hierro, la cual, por su peculiar ondulación al tacto cuando pasaba la hoja a lo largo de ella, deduje que era una cadena. El único recurso que me quedaba era retroceder en mi camino hasta la caja y abandonarme allí a mi triste hado, o intentar tranquilizar mi mente para meditar algún plan de salida. Así lo hice inmediatamente y, después de vencer innumerables dificultades, regresé a mi alojamiento. Cuando caí, completamente exhausto, en la colchoneta, Tigre se tendió cuan largo era a mi lado, y parecía como si, con sus caricias, quisiera consolarme y darme ánimos.

Pero lo extraño de su comportamiento concluyó por llamarle la atención. Después de lamerme la cara y las manos durante un rato, dejó bruscamente de hacerlo y lanzó un sordo gemido. A partir de este momento, siempre que alargaba mi mano hacia él, lo hallaba invariablemente tumbado sobre el lomo, con las patas en alto. Esta conducta, repetida con frecuencia, me pareció extraña y no podía explicármela de ningún modo. Como el perro parecía afligido, pensé que se había hecho daño con algo y, cogiéndole las patas, se las examiné una a una, pero no encontré rastro alguno de herida. Supuse entonces que tendría hambre y le di un trozo de jamón, que devoró con avidez; pero después reanudó sus extraordinarias maniobras. Me imaginé que estaba sufriendo,

como yo, los tormentos de la sed, y ya iba a dar por buena esta conclusión, cuando se me ocurrió la idea de que no le había examinado más que las patas y que tal vez estuviera herido en el cuerpo o en la cabeza. Le toqué esta última cuidadosamente, sin encontrar nada. Pero, al pasarle la mano por el lomo, noté una ligera erección del pelo que se extendía por todo él. Palpándole con el dedo, descubrí una cuerda y, al tirar de ella, hallé que le rodeaba todo el cuerpo. Al examinarla detenidamente, tropecé con una cosa que parecía un papel de cartas, sujeto con la cuerda de tal manera, que quedaba inmediatamente debajo de la paletilla izquierda del animal.

III.-El “tigre” rabioso”

Inmediatamente se me ocurrió la idea de que el papel era una nota de Augustus, y que había sucedido algún accidente inexplicable que le impedía bajar a liberarme de mi calabozo, por lo que había ideado aquel medio para ponerme al corriente de la verdadera situación de las cosas. Trémulo de ansiedad, comencé de nuevo a buscar los fósforos y las velas. Tenía un confuso recuerdo de haberlos guardado cuidadosamente poco antes de quedarme dormido; y creo, sinceramente, que antes de mi última expedición a la trampa me hallaba en perfectas condiciones de poder recordar el sitio exacto donde los había depositado. Pero en vano me esforzaba ahora en recordarlo, y empleé más de una hora en la inútil e irritante búsqueda de aquellos malditos objetos; jamás me he hallado en un estado de ansiedad y de incertidumbre más doloroso. Por último, mientras lo tanteaba todo, y cuando tenía la cabeza junto al lastre, cerca de la abertura de la caja, y fuera de ella, percibí un débil brillo de luz en la dirección de la proa. Muy sorprendido, me dirigí hacia aquella luz que parecía estar a pocos pasos de mí. Apenas me moví del sitio con esta intención, cuando perdí completamente de vista aquel brillo, y para verlo de nuevo tuve que andar a lo largo de la caja hasta que recobré exactamente mi primitiva situación. Moviendo entonces la cabeza de un lado a otro con cuidado, vi que, caminando lentamente y con la mayor precaución, en la dirección opuesta a la que había seguido al principio, podía acercarme a la luz sin perderla de vista. Enseguida llegué a ella (después de penoso camino a través de innumerables y angustiosos rodeos), y descubrí que la luz procedía de unos fragmentos de mis fósforos, que yacían en un barril vacío tumbado de lado. Mientras me invadía la extrañeza de encontrarlos en aquel sitio, puse la mano sobre dos o tres pedazos de cera de vela, que evidentemente habían sido mascados por el perro. Comprendí en seguida que había devorado toda mi provisión de velas, y perdí la esperanza de poder leer ya la nota de Augustus. Los restos de cera estaban tan amalgamados con otros desechos del barril, que renuncié a utilizarlos, y los dejé como estaban. Recogí como mejor pude los fósforos,

de los que sólo había unas partículas, y regresé con ellos, después de muchas dificultades, a la caja, donde Tigre había permanecido.

No sabía qué hacer ahora. La oscuridad que reinaba en la bodega era tan intensa, que no podía ver mis manos, aunque las acercase a la cara. Apenas distinguía la tira blanca de papel, y esto no mirándola directamente, sino volviendo hacia ella la parte exterior de la retina, es decir, mirándola un poco de reojo; así descubrí que llegaba a ser perceptible en cierta medida. De este modo puede comprenderse la oscuridad de mi encierro. La nota de mi amigo, si realmente lo era, sólo venía a aumentar mi turbación, atormentando inútilmente mi ya debilitado y agitado espíritu. En vano le daba vueltas a una multitud de absurdos expedientes para procurarme luz —expedientes análogos a los que, en igual situación, imaginaría un hombre dominado por el sueño agitador del opio—, todos y cada uno de los cuales le parecían, por turno, al soñador la más razonable y la más descabellada de las ideas, exactamente lo mismo que el razonamiento o las facultades imaginativas fluctúan, alternativamente, una tras otra. Por último, se me ocurrió una idea que me pareció razonable, maravillándome justamente de que no se me hubiese ocurrido antes. Coloqué la tira de papel sobre el dorso de un libro, y, reuniendo los fragmentos de los fósforos que había recogido del barril, los coloqué sobre el papel. Luego, con la palma de la mano, froté todo rápida y fuertemente. Una luz clara se difundió inmediatamente por toda la superficie, y si hubiera habido algo escrito en ella, es seguro que no hubiese experimentado la menor dificultad en leerlo. Pero no había ni una sílaba; sólo una blancura triste y desoladora. A los pocos segundos se extinguió la luz, y sentí dentro de mí que mi corazón desfallecía con ella.

He afirmado antes más de una vez que mi intelecto, en un período anterior a éste, se había hallado en un estado que bordeaba la imbecilidad. Es cierto que tuve intervalos de lucidez y hasta momentos de energía, pero éstos fueron muy raros. Recuérdese que llevaba respirando durante muchos días la casi pestilencial atmósfera de un agujero cerrado en un buque ballenero, y que durante buena parte de este tiempo había tenido insuficiente provisión de agua. En las últimas catorce o quince horas me vi privado de ella, y tampoco había dormido durante este tiempo. Provisiones saladas de las excitantes habían sido mi sustento principal y, después de la pérdida del fiambre de cordero, mi único alimento, exceptuando las galletas, y de éstas apenas había comido, pues estaban demasiado secas y duras para que las pudiese tragarse mi garganta tumefacta y ardiente. Me sentía ahora en un estado de fiebre, y me encontraba excesivamente mal. Esto explicará por qué transcurrieron largas y angustiosas horas de abatimiento desde mi última aventura con los fósforos, hasta que se me ocurrió que sólo había examinado una cara del papel. No intentaré describir todos mis sentimientos de rabia (pues creía que me hallaba más colérico que cualquier otra cosa) cuando me di perfecta cuenta del tremendo olvido que había cometido. El desatino no hubiera sido muy importante si mi propia locura e impetuosidad no lo hubiera hecho casi irreparable; en mi desaliento al

no hallar ni una sola palabra en el papel, lo desgarré puerilmente y arrojé sus pedazos, siendo imposible decir dónde.

La parte más difícil del problema pude resolverla mediante la sagacidad de Tigre. Habiendo encontrado, tras largas pesquisas, un pedazo de nota, se la di a oler al perro, esforzándome en hacerle comprender que debía traerme el resto de ella. Con gran asombro mío (pues yo no le había enseñado ninguna de las habilidades que dan fama a su raza), pareció entenderme en el acto, y rebuscando durante unos momentos, pronto encontré otro pedazo bastante grande. Me lo trajo, esperó un poco y, rozando su hocico contra mi mano, parecía esperar mí aprobación por lo que había hecho. Le di un cariñoso golpecito en la cabeza, e inmediatamente volvió a sus pesquisas. Pasaron ahora unos minutos antes de que volviese; pero cuando lo hizo, traía consigo una larga tira que completaba el papel perdido; al parecer, sólo lo había roto en tres pedazos. Afortunadamente, encontré sin dificultad los escasos fragmentos de fósforos que quedaban, guiado por el brillo que emitían aún una o dos de las partículas. Mis dificultades me habían enseñado cuán necesario es la prudencia, y me tomé tiempo para reflexionar sobre lo que debía hacer. Consideré que era muy probable que hubiese algunas palabras escritas en la cara del papel que no había examinado; pero ¿cuál era esta cara? La unión de los pedazos no me daba ninguna pista a este respecto, aunque me asegurase que las palabras (si había alguna) se hallaban todas en una de las caras, y conectadas de manera apropiada, como habían sido escritas. Tenía la imperiosa necesidad de averiguar esta cuestión sin lugar a dudas, porque el fósforo que quedaba sería totalmente insuficiente para una tercera tentativa si fallaba en la que ahora iba a hacer. Coloqué el papel sobre un libro, como antes, y me senté unos momentos a meditar concienzudamente la resolución del asunto. Al fin, pensé que no era imposible que el lado escrito presentase algunas asperezas en su superficie, que un fino sentido del tacto podría reconocer. Decidí intentarlo, y pasé los dedos cuidadosamente sobre la cara que estaba hacia arriba. Pero no percibí nada absolutamente, y volví el papel, ajustándolo sobre el libro. Pasé de nuevo el índice con exquisita precaución, y descubrí un brillo muy débil, pero aún discernible, que seguía al paso del dedo. Pensé que este brillo debía provenir de algunas diminutas partículas del fósforo con que había cubierto el papel en la prueba anterior. Por tanto, la otra cara, la de abajo, era donde estaba lo escrito, si finalmente había algo escrito. Volví de nuevo la nota, y comencé a trabajar como anteriormente. En cuanto froté el fósforo, surgió un resplandor, como antes; pero esta vez se distinguían varias líneas manuscritas, en grandes caracteres y aparentemente en tinta roja. El resplandor, aunque suficientemente brillante, sólo duró un instante. Mas, si no hubiera estado tan excitado, hubiese tenido tiempo sobrado para repasar por completo las tres frases que aparecieron ante mí; pues vi que eran tres. Sin embargo, en mi ansiedad por leer todo enseguida, sólo conseguí leer las siete últimas palabras, que decían así: ...sangre...; tu vida depende de permanecer oculto.

Si hubiera podido enterarme del contenido de toda la nota, del sentido completo del aviso que mi amigo había intentado enviarme, estoy convencido de que este aviso, aunque me hubiese revelado la historia del desastre más inexplicable, no me habría causado ni una pizca del horror atroz e inexpresable que me inspiró la advertencia fragmentaria recibida de aquel modo. Y, además, la palabra sangre, esa palabra suprema —tan rica siempre en misterios, sufrimientos y terrores—, ¡qué trémula de importancia se me aparecía ahora!, ¡qué fría y pesadamente (aisladas, como estaban, de las palabras precedentes para calificarla y darle precisión) cayeron sus vagas sílabas, en medio de aquella sombría prisión, dentro de lo más recóndito de mi alma!

Indudablemente, Augustus había tenido sus buenas razones para desearme que siguiese oculto, y me forjé mil conjeturas acerca de lo que habría sucedido, sin dar con ninguna solución satisfactoria del misterio. Al volver de mi última expedición a la trampa, y antes de que mi atención se viese distraída por la singular conducta de Tigre yo había tomado la resolución de hacerme oír a toda costa por la gente de a bordo o, si esto no era posible, tratar de abrirme paso por el entrepuente. La casi seguridad que sentía de poder realizar uno de estos dos propósitos en último extremo me había dado un valor (que de otro modo no hubiese tenido) para soportar los males de mi situación. Pero las pocas palabras que había sido capaz de leer me quitaban estos últimos recursos, y ahora, por primera vez, sentí todo lo extremado de mi triste suerte. En el paroxismo de desesperación, me arrojé de nuevo sobre la colchoneta donde, por espacio de un día y una noche, permanecí en una especie de estupor, aliviado tan sólo por momentáneos intervalos de raciocinio y de recuerdos.

Me volví a levantar al fin, y me puse a reflexionar sobre los horrores que me acorralaban. Apenas era posible que viviera otras veinticuatro horas sin agua, pues desde luego no podía pasar más tiempo sin beber nada. Durante la primera parte de mi encierro había consumido liberalmente los licores con que Augustus me había provisto; pero sólo habían servido para excitar la fiebre, sin aplacar en lo más mínimo mí sed. Sólo me quedaba una pequeñísima cantidad de una especie de licor de melocotón muy fuerte, que me revolvía el estómago. Las salchichas se habían acabado, y del jamón quedaba tan sólo un pequeño trozo de corteza; las galletas se las había comido todas Tigre excepto unos fragmentos de una de ellas. Para colmo de mis males, me di cuenta de que el dolor de cabeza se me intensificaba por momentos, sumiéndome en una especie de delirio que me afligía más o menos desde que caí dormido por primera vez. Llevaba ya varias horas respirando con la mayor dificultad; pero ahora cada vez que intentaba hacerlo sentía en el pecho un efecto espasmódico totalmente deprimente. Pero había aún otra causa de inquietud de índole muy distinta, y cuyos hostigantes terrores habían sido el principal acicate para decidirme a salir de mi estupor en la colchoneta. Era debida al comportamiento del perro.

Primero observé una alteración en su conducta mientras frotaba el fósforo sobre el papel por última vez. Al tiempo de frotar el papel acercó su nariz a mi mano gruñendo

ligeramente; pero estaba yo demasiado excitado para prestar atención a tal circunstancia. Poco después, como se recordará, me tumbé en la colchoneta y caí en una especie de letargo. Luego sentí como un particular silbido junto a mis oídos, y descubrí que procedía de Tigre, que jadeaba anhelante en un estado de gran excitación, con los ojos relucientes en plena oscuridad. Le dirigí unas palabras, respondió con un sordo gemido y luego permaneció quieto. Enseguida volví a caer en mi sopor, del que desperté de nuevo de un modo similar. Esto se repitió tres o cuatro veces, hasta que por fin su conducta me inspiró tan gran temor, que me despabilé por completo. Tigre estaba echado ahora junto a la puerta de la caja, gruñendo medrosamente, aunque en tono bajo, y rechinando los dientes como si estuviese violentamente convulso. No había duda alguna de que la falta de agua o la atmósfera viciada de la bodega le habían puesto rabioso, y no sabía qué hacer con él. No podía soportar la idea de matarlo, que ya parecía completamente necesaria para mi propia seguridad. Veía claramente sus ojos fijos en mí con expresión de la animosidad más fatídica, y a cada instante esperaba que se abalanzase sobre mí. Finalmente, no pudiendo soportar por más tiempo aquella terrible situación, decidí salir de la caja a todo riesgo, y matarlo si su oposición lo hacía necesario. Para salir tenía que pasar precisamente por encima de su cuerpo, y él ya se había anticipado a mi designio, levantándose sobre las patas delanteras (como percibí por el cambio de la posición de sus ojos) y enseñándome sus blancos colmillos, que eran fácilmente discernibles. Cogí los restos de la corteza del jamón y la botella que contenía el licor, los aseguré muy bien contra el cuerpo, junto con un gran cuchillo de trinchar que me había dejado Augustus y, envolviéndome lo mejor que pude en mi chaquetón, hice un movimiento de avance hacia la boca de la caja. No bien acababa de hacer esto, cuando el perro saltó a mi garganta dando un sordo gruñido. Todo el peso de su cuerpo cayó sobre mi hombro derecho, y rodé violentamente hacia la izquierda, mientras el enfurecido animal pasaba por encima de mí. Caí de rodillas, quedando con la cabeza entre las mantas, y esto me libró de un segundo y furioso ataque, durante el cual sentí los agudos colmillos oprimiendo vigorosamente la lana que envolvía mi cuello, sin que por fortuna lograrse atravesar todos sus pliegues. Yo estaba ahora debajo del perro, y en unos instantes me hallaría completamente a su merced. La desesperación me dio fuerzas, y levantándome resueltamente, me desasé de él sacudiéndole con fuerza y arrastrando conmigo las mantas de la colchoneta. Se las arrojé enseguida sobre él y, antes de que pudiera salir de entre ellas, atravesé la puerta y la cerré, dejándole dentro. Pero en esta lucha no había tenido más remedio que dejar caer el trozo de corteza de jamón, y todas mis provisiones quedaron, pues, reducidas a unos tragos de licor. Al pasar por mi mente esta reflexión me sentí movido por uno de esos accesos de perversidad que es de suponer que le hubiesen dado, en circunstancias similares, a un niño malcriado, y llevándome la botella a la boca, me bebí hasta la última gota y la arrojé con rabia contra el suelo.

Apenas se había apagado el eco del chasquido, cuando oí pronunciar mi nombre con voz impaciente, pero sigilosa, que venía de la dirección de proa. Tan inesperada era cualquier cosa semejante y tan intensa la emoción que me produjo el sonido, que en vano traté de contestar. Había perdido por completo la facultad del habla, y en la angustia que me producía el terror de que mi amigo me creyese muerto y se retirase sin intentar acercarse a mí, me levanté entre los cachivaches que había junto a la puerta de la caja, temblando convulsivamente y haciendo esfuerzos sobrehumanos para hablar. Aunque mil mundos hubieran dependido de una palabra mía, no hubiese podido articularla. Sentí de pronto un ligero movimiento entre el montón de maderas, un poco más allá de donde yo me hallaba. Enseguida el ruido se fue debilitando cada vez más, haciéndose más tenue, más lejano. ¿Podré olvidar algún día los sentimientos que experimenté en aquel momento? Se iba alejando..., mí amigo, mi compañero, de quien tenía derecho a esperar tanto..., se iba alejando..., me abandonaba..., ¡se había ido! Me dejaba morir miserablemente, me dejaba perecer en el más horrible y siniestro de los calabozos..., y cuando una sola palabra, una sola sílaba me hubiese salvado... ¡esa única sílaba no podía pronunciarla! Estoy seguro de que en aquellos instantes sentí las angustias de la muerte mil veces agrandadas. Me empezó a dar vueltas la cabeza y caí, mortalmente enfermo, contra el extremo de la caja.

Al caerme, se desprendió del cinturón el cuchillo y rodó por el suelo, produciendo un ruido metálico. ¡Jamás sonaron en mis oídos más vivamente los compases de la más dulce melodía! Escuché, con intensa ansiedad, para asegurarme del efecto que el ruido produciría en Augustus..., pues sabía que la única persona que me había llamado por mi nombre no podía ser más que él. Todo permaneció en silencio durante unos momentos. Por fin, volví a oír la palabra "¡Arthur!" repetida en voz baja, como por una persona que vacila. Al renacer la esperanza perdida recobré de golpe el habla y grité con toda la fuerza de mi voz:

— "¡Augustus! ¡Ay, Augustus!"

— "¡Silencio! ; Calla, por Dios! —me contestó con voz trémula de agitación—. Estaré contigo inmediatamente..., en cuanto pueda abrirme camino a través de la bodega."

Durante un buen rato le oí moverse entre la estiba, y cada momento me parecía un siglo. Al fin, sentí su mano sobre mi hombre y, en el mismo instante, me puso una botella de agua en la boca. Solamente los que han sido redimidos súbitamente de las sombras de la tumba o quienes hayan conocido los insopportables tormentos de la sed bajo circunstancias tan agravadas como las que me rodeaban en mi espantosa prisión, pueden darse idea de las indecibles delicias que proporciona un buen trago, el más exquisito de todos los placeres que pueda gozar el hombre.

Cuando hube satisfecho en cierto grado la sed, Augustus sacó del bolsillo tres o cuatro patatas cocidas, que devoré con la mayor avidez. Traía una linterna sorda, y los gratos rayos de su luz me causaban no menos gusto que la comida y la bebida, Pero yo

estaba impaciente por saber la causa de su prolongada ausencia, y comenzó a contarme lo que había sucedido a bordo durante mi encarcelamiento.

IV.-Sublevación y matanza

El bergantín se hizo a la vela, como me había imaginado, a eso de una hora después de haberme dejado Augustus el reloj. Esto sucedía el 20 de junio. Se recordará que por entonces llevaba yo tres días en la cala; y, durante este período, reinó tan constante agitación a bordo, especialmente en la cámara y en los camarotes, que mi amigo no había tenido tiempo de visitarme sin riesgo de que se descubriese el secreto de la trampa. Cuando al fin pudo venir, le aseguré que yo estaba lo mejor que podía estar, y por eso durante dos días no se inquietó mucho por mi situación, aunque acechase siempre una ocasión para bajar. Ésta no la pudo hallar hasta el cuarto día. Varias veces durante este período había pensado contarle a su padre la aventura, para que subiese enseguida; pero nos hallábamos aún a corta distancia de Nantucket y, por ciertas expresiones que se le habían escapado al capitán Barnard, no era dudoso que me devolviese a tierra si se enteraba de que yo iba a bordo. Además, meditando sobre esto, Augustus, según me dijo, no se imaginaba que yo me hallase en tan gran necesidad, ni de que yo vacilase, en tal caso, de acercarme a gritar junto a la trampa para que me oyese. Así, pues, tomando en consideración todo esto, decidió dejarme allí hasta que tuviera ocasión de visitarme sin que lo advirtieran. Esto, como dije antes, no sucedió hasta el cuarto día después de traerme el reloj, y el séptimo desde que entré por vez primera en la bodega. Bajó entonces sin llevar agua ni provisiones, pues sólo se proponía en esta primera ocasión llamarla la atención para que fuese desde la caja hasta la trampa, al tiempo que él subía al camarote y desde allí me tiraba unas provisiones. Cuando descendió con este propósito me encontró dormido, roncando estrepitosamente. Por los cálculos que me hice sobre este punto, éste debió de ser el sopor en que caí precisamente después de mi regreso desde la trampa de recoger el reloj, y que, consiguientemente, debió de durar más de tres días con sus noches, por lo menos. Posteriormente he tenido razones tanto por mi propia experiencia como por el testimonio de los demás, para enterarme de los poderosos efectos soporíferas del hedor que despiden el aceite de pescado rancio en sitios cerrados; y cuando pienso en el estado de la cala en que me hallaba aprisionado y el largo período durante el cual el bergantín había sido utilizado como ballenero, me inclino aún más a maravillarme de haberme despabilado de mi sueño, después de caer dormido, que no de haber permanecido durmiendo ininterrumpidamente durante el tiempo arriba especificado.

Augustus me llamó en voz baja primero y sin cerrar la trampa; pero no le contesté. Entonces cerró la trampa, y me llamó más fuerte y, finalmente, a voces; pero yo seguía

roncando. No sabía qué hacer. Le llevaría algún tiempo recorrer el camino a través de la estiba hasta mi caja, y mientras tanto su ausencia podía ser notada por el capitán Barnard, quien necesitaba de sus servicios a cada momento, para arreglar y copiar papeles relacionados con los negocios del viaje. Por tanto, tras de reflexionarlo, decidió subir y esperar otra ocasión para visitarme. Se sintió más inducido a tomar esta resolución porque mi sueño parecía ser de la naturaleza más tranquila, pues no suponía que me hubiese puesto malo por estar encerrado. Estaba justamente meditando sobre estos extremos, cuando le llamó la atención un extraño bullicio, que parecía proceder de la cámara. Saltó a través de la trampa lo más rápidamente posible, la cerró y abrió la puerta de su camarote. Apenas había puesto los pies en el umbral, cuando una pistola brilló en su cara y cayó derribado, al mismo tiempo, por el golpe de un espeque.

Una mano vigorosa le sujetaba contra el suelo del camarote, oprimiéndole férreamente la garganta; pero pudo ver lo que estaba sucediendo a su alrededor. Su padre estaba atado de pies y manos, y yacía tendido a lo largo de los peldaños de la escalera de la cámara, cabeza abajo, con una profunda herida en la frente, de la que manaba un continuo chorro de sangre. No pronunciaba ni una palabra y, al parecer, estaba moribundo. Sobre él se inclinaba el primer piloto, mirándole con expresión de diabólica burla, mientras le registraba detenidamente los bolsillos, de los que sacó una abultada cartera y un cronómetro. Siete de la tripulación (el cocinero negro entre ellos) registraban los camarotes de babor en busca de armas, donde pronto se equiparon con fusiles y municiones. Además de Augustus y del capitán Barnard, había en total nueve hombres en la cámara, entre los cuales figuraban los más rufianes de la tripulación del bergantín. Los villanos subieron a cubierta, llevándose a mi amigo con ellos, después de haberle atado las manos a la espalda. Se dirigieron directamente al castillo de proa, que estaba trancado. Dos de los amotinados se apostaron allí, armados de hachas, y otros dos se situaban en la escotilla principal. Entonces el piloto gritó con voz estentórea:

—¡Eh, me oís, los de abajo! ¡Arriba todos, uno a uno! ¡Y no quiero protestas!

Pasaron unos minutos sin que apareciese nadie; por fin, un inglés, que se había enrolado como aprendiz, subió llorando lastimosamente y le suplicaba al piloto, de la manera más humilde, que no lo matase. La única respuesta fue un hachazo en la cabeza. El pobre hombre cayó sobre la cubierta sin lanzar un gemido, y el cocinero negro lo levantó en alto como si fuera un niño y lo tiró al mar. Al oír el golpe y la zambullida del cuerpo, los que estaban abajo no se atrevían a subir a la cubierta ni con promesas ni con amenazas, hasta que alguien propuso que se les obligase a salir echándoles humo. Se produjo entonces una lucha general, y por un momento pareció posible que el bergantín fuera recuperado del poder de los amotinados; pero éstos lograron al fin cerrar el castillo antes de que pudiesen salir más de seis de sus contrarios. Estos seis, al encontrarse ante un número tan superior de enemigos y sin armas, se entregaron después de una breve lucha. El piloto les dio muy buenas palabras, sin duda para inducir a que salieran a los que estaban abajo, pues podían oír perfectamente lo que se decía en

cubierta. El resultado demostró su sagacidad, no menos que su diabólica villanía. Enseguida todos los que estaban en el castillo de proa dieron a entender su intención de someterse y, al subir uno por uno, fueron atados y luego tumbados boca arriba, en unión de los otros seis, siendo en total veintisiete los marineros que no habían tomado parte en el motín.

A esto siguió la escena de más horrible carnicería que cabe imaginarse. Los marineros maniatados fueron arrastrados hasta la pasarela, donde estaba el cocinero con un hacha golpeando a cada víctima en la cabeza mientras era arrojada al mar por los demás amotinados. De este modo perecieron veintidós, y Augustus se daba ya por perdido, esperando a cada momento que le tocase el turno. Mas pareció que los asesinos se cansaron o que les desagradó en cierta medida su sangrienta labor; para los cuatro prisioneros restantes, junto con mi amigo, que había sido llevado a cubierta con los demás, hubo tregua, mientras el piloto enviaba abajo por ron y toda la partida de criminales se entregaba a una orgía que duró hasta la puesta del sol. Luego comenzaron a disputar sobre el destino de los supervivientes, que estaban a menos de cuatro pasos de distancia y oían todo lo que decían. El licor parecía haber aplacado la sed de sangre de algunos de los amotinados, pues se oyeron varias voces en favor de que soltaran a los cautivos, con la condición de que se uniesen al motín y participasen de sus beneficios. Pero el cocinero negro (que, a todos los aspectos, era un verdadero demonio, y que parecía tener tanta influencia si no más que el piloto mismo) no quería escuchar proposiciones de tal índole, y se levantó repetidas veces con el propósito de reanudar su tarea junto a la pasarela. Por fortuna, estaba tan dominado por la borrachera, que fue detenido fácilmente por los menos sanguinarios de la partida, entre los cuales figuraba uno que se llamaba Dirk Peters. Este individuo era hijo de una india de la tribu de los Upsarokas, que viven en las fortalezas naturales de las Blacks Hills, cerca de las fuentes del Missouri. Su padre era un comerciante en pieles, según creo, o al menos relacionado en cierto modo con los establecimientos comerciales de los indios en el río Lewis. El tal Peters era uno de los hombres de aspecto más feroz que jamás he visto. Era bajo de estatura —no medía más que metro y medio—, pero sus miembros eran de tipo hercúleo. Sus manos, especialmente, eran tan enormemente gruesas y anchas que apenas tenían forma humana. Sus brazos, así como sus piernas, estaban arqueadas del modo más singular, y parecía que no poseían flexibilidad alguna. Su cabeza era igualmente deforme, de tamaño inmenso, con una depresión en la coronilla (como la suelen tener la mayoría de los negros) y calva por completo. Para ocultar esta última deficiencia, que no era hija de los años, solía llevar una peluca de cualquier materia peluda que encontrase a mano, a veces la piel de un perro español o la de un oso gris americano. En la ocasión a que me refiero llevaba puesta una de estas pieles de oso, lo que contribuía no poco a aumentar la natural ferocidad de su aspecto, el cual representaba el tipo característico del indio upsaroka. La boca le llegaba casi de oreja a oreja; sus labios eran finos y, como otras partes de su cuerpo, parecían desprovistos de

la flexibilidad natural, de modo que su expresión corriente no variaba nunca bajo la influencia de cualquier emoción. Puede concebirse cuál era su expresión corriente considerando que los dientes los tenía excesivamente largos y prominentes, y que jamás los cubrían, ni siquiera parcialmente, los labios. Al echar una mirada rápida a este hombre se hubiera dicho que tenía una risa convulsa; pero una mirada más detenida daba la escalofriante impresión de que sí aquella expresión era de regocijo, este regocijo debía de ser el del demonio. Acerca de este singular personaje circulaban muchas anécdotas entre la gente de mar de Nantucket. Estas anécdotas demostraban su fuerza prodigiosa cuando se hallaba excitado, y algunas de ellas hacían poner en duda su cordura. Mas, al parecer, a bordo del Grampus era mirado, en la época del motín, más con sentimientos de burla que de cualquier otra cosa. He hablado en particular de Dirk Peters porque, tan feroz como parecía, fue el principal instrumento de salvación de la vida de Augustus, y porque tendré frecuentes ocasiones de mencionarle en el curso de mi relato; relato, permitidme que lo diga, que, en sus últimas partes, figuran incidentes de naturaleza tan completamente fuera de la experiencia humana —y por esta razón tan completamente fuera de los límites de la credulidad humana—. que sigo escribiéndolo sin esperanza de que me den crédito a todo lo que diré, aunque confío en que el tiempo y los progresos de la ciencia comprueben un día las más importantes e improbables de mis afirmaciones.

Después de mucha indecisión y de dos o tres disputas violentas, se resolvió que todos los prisioneros (con excepción de Augustus, a quien Peters insistía de una manera burlesca en conservar como escribiente) debían ser dejados a merced de las olas en uno de los botes más pequeños. El piloto bajó a la cámara a ver si todavía estaba vivo el capitán Barnard —pues, como se recordará, quedó abajo cuando subieron los amotinados—. Al poco rato reaparecieron los dos; el capitán, pálido como la muerte, pero algo repuesto de los efectos de su herida. Dirigió la palabra a los marineros con voz casi inarticulada, pidiéndoles que no le dejaran en el bote y que volviesen a sus deberes, prometiendo desembarcarlos donde quisieran y no dar ningún paso para entregarlos a la justicia. Era como hablar a los vientos. Dos de los rufianes le cogieron por los brazos y lo arrojaron al bote que estaba al lado del bergantín, el cual había sido arriado mientras el piloto se hallaba abajo. Los otros cuatro prisioneros que yacían sobre la cubierta fueron desatados y se les ordenó que siguiesen al capitán, cosa que hicieron sin oponer la menor resistencia. A Augustus lo dejaron en su penosa situación, aunque forcejeaba e imploraba únicamente la triste satisfacción de que le permitiesen decir adiós a su padre. Les dieron un puñado de galletas y un cántaro de agua; pero no les dieron mástil, vela, remos ni brújula. El bote fue remolcado unos minutos, durante los cuales los amotinados celebraron otra reunión, y luego cortaron el cable. Mientras tanto se había hecho de noche —no había luna ni brillaba ninguna estrella— y la mar estaba agitada y oscura, aunque no hacía mucho viento. El bote se perdió de vista instantáneamente, y pocas esperanzas podían abrigar los infelices que iban en él. Sin embargo, este

acontecimiento sucedió a $.35^{\circ} 30'$ de latitud norte y a $61^{\circ} 20'$ de longitud oeste, y, por consiguiente, a no gran distancia de las islas Bermudas. Por eso, Augustus procuró consolarse con la idea de que el bote podía llegar a alcanzar tierra o llegar suficientemente cerca de ellas para ser recogido por algún barco costero.

El bergantín largó todas sus velas y siguió el derrotero primitivo hacia el sudoeste. Los amotinados habían resuelto emprender una expedición de piratería, en la que, según pude deducir, se proponían interceptar el paso de un barco que iba de las islas de Cabo Verde a Puerto Rico. Augustus fue desatado, sin que nadie le prestase atención alguna, y quedó en libertad de acercarse a la escalera de la cámara. Dirk Peters le trataba con cierta amabilidad, y en una ocasión le salvó de la brutalidad del cocinero. Pero su situación seguía siendo de lo más precario, pues los marineros se emborrachaban continuamente, y no podía fiarse de su buen humor ni de su despreocupación respecto a él. Sin embargo, la ansiedad que sentía por mí, me dijo, era lo más triste de su situación, y ciertamente jamás he tenido motivos para dudar de la sinceridad de su afecto. Más de una vez había decidido revelar a los amotinados el secreto de mi estancia a bordo, pero no se atrevió a hacerlo, en parte por el recuerdo de las atrocidades que ya había visto, y en parte por la esperanza de poder acudir pronto en mi auxilio. Para la realización de este último propósito estaba constantemente en acecho; pero, a pesar de su permanente vigilancia, transcurrieron tres días desde que el bote había sido dejado a merced de las olas, sin que se presentase ninguna ocasión. Por fin, en la noche del tercer día, empezó a soplar un fuerte viento del este, y todos los marineros estuvieron ocupados en recoger velas. Durante la confusión que siguió, bajó sin que le vieran y entró en el camarote. ¡Cuál no sería su horror y su pesar al descubrir que lo habían convertido en almacén de provisiones y material de a bordo, y que varias brazas de cadena vieja, que habían sido metidas debajo de la escala de toldilla, habían sido arrastradas de allí para dejar sitio a un arca, y estaban colocadas precisamente encima de la trampa! Apartarlas sin que lo notasen era imposible, y regresó a cubierta lo más rápidamente que pudo. Al llegar arriba, el piloto le cogió por la garganta y, preguntándole qué había estado haciendo en la cámara, se disponía a arrojarlo al mar por la banda de babor, cuando su vida fue salvada una vez más por la intervención de Dirk Peters. A Augustus le pusieron las esposas (de las que había varios pares a bordo) y le ataron fuertemente por los pies. Luego lo llevaron a la cámara de proa y lo arrojaron en una de las literas bajas, cerca de los baluartes del castillo de proa, asegurándole que no volvería a poner los pies en la cubierta "hasta que el bergantín dejase de serlo". Esta fue la expresión del cocinero, que lo arrojó a la hamaca, y es difícil precisar lo que quería decir con esta frase. Sin embargo, todo el asunto resultó, en fin de cuentas, favorable para mi salvación, como se verá enseguida.

V.-La carta de sangre

Durante unos minutos después de que el cocinero hubiese abandonado el castillo de proa, Augustus se entregó a la desesperación, pensando que jamás saldría vivo de aquella litera. Entonces tomó la resolución de revelar mi situación al primer hombre que se le acercase, creyendo que era preferible dejarme correr mi suerte con los amotinados que perecer de sed en la bodega, pues hacía diez días que yo estaba aprisionado y mi cántaro de agua sólo contenía una provisión para cuatro días. Mientras pensaba en esto, se le ocurrió la idea de si sería posible comunicarse conmigo por el camino de la cala mayor. En cualquier otra circunstancia, la dificultad y el azar de la empresa le hubieran impedido intentarlo; pero ahora le quedaban muy pocas esperanzas de vida y, por consiguiente, poco que perder; por tanto, puso toda su alma en la tarea.

Sus esposas eran la primera preocupación. Al principio no vio medio alguno de quitárselas, y temió fracasar nada más intentarlo; pero un examen detenido le descubrió que los hierros entraban y salían a placer, con muy poco esfuerzo o inconveniente, simplemente con encoger las manos; pues aquella clase de esposas eran ineficaces para sujetar a personas jóvenes, cuyos huesos, más pequeños, ceden fácilmente a la presión. Luego se desató los pies y, dejando la cuerda de modo que pudiera ajustarse de nuevo fácilmente en caso de que bajase alguien, se puso a examinar el baluarte en el sitio donde se unía con la litera. La separación era aquí de tablas de pino blando, de una pulgada de grueso, y vio que le costaría muy poco trabajo abrirse camino a través de ellas. En aquel momento se oyó una voz en la escalera del castillo de proa, y tuvo el tiempo justo para ponerse la esposa de la mano derecha (pues no se había quitado la de la izquierda) y ajustarse el nudo corredizo de la cuerda a los tobillos, cuando bajó Dirk Peters, seguido de Tigre, que inmediatamente saltó a la litera y se tumbó en ella. El perro había sido traído a bordo por Augustus, quien sabía el cariño que yo le tenía al animal y pensó que me agradaría tenerlo conmigo durante el viaje. Había ido a buscarlo a mi casa inmediatamente después de dejarme en la bodega, pero no se había acordado de decírmelo al traerme el reloj. Desde que estalló el motín, Augustus no había vuelto a verlo y lo daba por perdido, suponiendo que lo habría echado por la borda alguno de los miserables villanos de la pandilla del piloto. Al parecer se había escondido en un agujero debajo de un bote, de donde no podía salir por falta de espacio para dar la vuelta. Por fin, Peters lo había sacado y por una especie de sentimiento bondadoso que mi amigo supo apreciar muy bien, se lo llevó al castillo de proa para que le acompañase, dejando al mismo tiempo un trozo de cecina salada y patatas cocidas, con una lata de agua. Luego subió a cubierta, y prometió volver al día siguiente con más comida.

Cuando se fue, Augustus se liberó de las esposas de ambas manos y se desató los pies. Luego levantó la cabecera de la colchoneta en la que había estado echado y, con su cortaplumas (pues los rufianes no lo habían juzgado digno de registrarle) comenzó a

cortar vigorosamente una de las tablas de la separación lo más cerca posible al fondo de la litera. Escogió este sitio porque, si tenía que interrumpirlo bruscamente, podía ocultar lo que estaba haciendo dejando caer la cabecera de la colchoneta en su posición adecuada. Pero durante el resto del día no le molestó nadie, y por la noche había cortado la tabla del todo. Hay que observar aquí que ninguno de los marineros de la tripulación ocupaba el castillo de proa como dormitorio, pues desde el motín vivían todos juntos en la cámara, bebiendo y comiendo los víveres del almacén del capitán Barnard, y sin preocuparse más que de lo absolutamente necesario para la navegación del bergantín. Estas circunstancias nos favorecieron tanto a mí como a Augustus: pues; si las Cosas hubiesen sucedido de otro modo, le hubiera sido imposible llegar hasta mí, mientras que así pudo realizar con confianza su propósito. Pero amanecía ya antes de que completase el segundo corte de la tabla (que estaba aproximadamente a unos treinta centímetros por encima del primero), dejando así una abertura suficientemente ancha para pasar con facilidad a la cubierta principal del entrepuente. Una vez aquí, se dirigió sin mucha dificultad a la escotilla principal inferior, aunque para ello tenía que trepar a lo alto de las pilas de barricadas de aceite, que llegaban casi hasta debajo de la cubierta, donde apenas quedaba espacio suficiente para su cuerpo. Al llegar a la escotilla se encontró con que Tigre le había seguido, deslizándose entre dos filas de barricas. Pero ya era demasiado tarde para intentar llegar hasta mí antes del amanecer, pues la mayor dificultad estribaba en atravesar la apretada estiba de la bodega inferior. Por eso, resolvió volverse y esperar a la noche siguiente. Con este fin, se puso a desapretar la tapa de la escotilla, de modo que se detuviese lo menos posible cuando volviese de nuevo. No bien acabó de aflojarla cuando Tigre saltó con ansia a la pequeña abertura que formaba, olfateó un momento, y lanzó un prolongado gemido, al tiempo que se ponía a escarbar como si quisiera apartar la tapa con sus patas. Su comportamiento no ofrecía duda alguna: se daba cuenta de que yo estaba en la bodega y Augustus pensó que era posible que me encontrase si lo dejaba bajar. Al mismo tiempo ideó un recurso para enviarme una nota, porque era muy de desear que yo no hiciese ningún intento por mi parte para salir de mi escondite, al menos mientras durasen aquellas circunstancias, pues no había ninguna certeza de que llegase hasta mí al día siguiente, como se proponía. Los acontecimientos posteriores demostraron lo afortunado de esta decisión; pues, si no hubiera sido porque recibí la nota, habría dado indudablemente con algún plan, por desesperado que fuese, para llamar la atención de la tripulación y, en ese caso, hubiera sido más que probable que nos hubiesen matado a los dos.

Una vez que decidió escribir, la dificultad estaba en procurarse materiales para hacerlo. Un mondadientes viejo fue convertido rápidamente en pluma, y esto a tientas, pues las entrecubiertas estaban más negras que el betún. El papel lo obtuvo arrancando la hoja posterior de una carta —del duplicado de la carta falsificada para Mr. Ross—. Éste había sido el borrador original; pero no pareció bastante bien imitada la letra, Augustus había escrito otra, guardándose, por fortuna, la primera en el bolsillo de su

chaqueta, donde acababa de encontrarla con tanta oportunidad. Sólo faltaba la tinta, pero el sustituto fue encontrado enseguida por medio de una ligera incisión con el cortaplumas en la yema de un dedo, justamente por encima de la uña, de donde salió un copioso chorro de sangre, como suele suceder en las heridas de este lugar.

La nota fue escrita lo mejor posible, dada la oscuridad y las circunstancias. En ella explicaba brevemente que había habido un motín, que el capitán Barnard había sido abandonado en un bote y que yo podía esperar inmediato auxilio en lo que a las provisiones concernía, pero que no debía aventurarme a ningún movimiento. La carta concluía con estas palabras: "He garrapateado esto con sangre. Tu vida depende de permanecer oculto".

Después de atar la tira de papel al perro, Augustus lo echó por la escotilla y él regresó enseguida al castillo de proa, donde no encontró ningún indicio de que hubiera bajado nadie de la tripulación durante su ausencia. Para ocultar el hueco de la partición, clavé la navaja por encima y colgó un chaquetón de marinero que encontró en la litera. Luego volvió a ponerse las esposas y a atarse la cuerda alrededor de los tobillos.,

Apenas acababa de terminar sus preparativos cuando bajó Dirk Peters, muy borracho, pero de un humor excelente, trayendo a mi amigo las provisiones para el día. Éstas consistían en una docena de grandes patatas irlandesas asadas y un jarro de agua. Se sentó un rato en un arca, junto a la litera, charlando libremente del piloto y de los asuntos generales del bergantín. Su comportamiento era excesivamente caprichoso, y hasta grotesco. Hubo un momento en que Augustus se alarmó mucho por su extraña conducta. Pero, al fin, subió a cubierta murmurando la promesa de traer a su compañero una buena comida a la mañana siguiente. Durante el día bajaron dos marineros de la tripulación (arponeros), acompañados del cocinero, los tres casi en el último grado de la embriaguez. Lo mismo que Peters, no se abstuvieron de hablar sin reservas de sus planes. Al parecer estaban muy divididos entre sí en lo referente al derrotero definitivo, no estando de acuerdo en ningún punto, excepto en el ataque al barco que venía de las islas de Cabo Verde, y al que esperaban encontrar de un momento a otro. Por lo que podía deducirse de sus palabras, el motín no había estallado por cuestión de piratería: una disensión personal del primer piloto contra el capitán Barnard había sido la causa principal. Ahora parecía haber dos bandos principales entre la tripulación: uno capitaneado por el piloto, y otro por el cocinero.

El primer bando quería apoderarse del primer barco que pasase y equiparlo en alguna de las islas de las Antillas para dedicarlo a la piratería. Pero el último bando, que era el más fuerte y entre cuyos partidarios se encontraba Dirk Peters, quería proseguir el derrotero primitivo del bergantín en el Pacífico del Sur, para dedicarse a la pesca de la ballena o a lo que aconsejasen las circunstancias. Las manifestaciones de Peters, que había visitado con frecuencia aquellas regiones, tenían gran peso, aparentemente, entre los amotinados, vacilantes, como estaban, entre sus confusas nociones de provecho y de placer. Peters les hablaba de un mundo de novedades y diversiones en las innumerables

islas del Pacífico; de la perfecta seguridad y de la libertad sin trabas que podían disfrutar allí, y más particularmente de lo delicioso del clima, de los abundantes medios para darse buena vida y de la voluptuosa belleza de sus mujeres. Sin embargo, no se había resuelto nada aún; pero las escenas que pintaba el marinero mestizo se iban quedando grabadas en las ardientes imaginaciones de los marineros, y era muy probable que sus intenciones fueran las que finalmente surtieran su efecto.

Los tres hombres se marcharon al cabo de una hora, y nadie más entró en el castillo de proa en el resto del día. Augustus no se movió hasta que se acercó la noche. Luego se desembarazó de los hierros y de la cuerda, y se preparó para su tentativa. Encontró una botella en una de las literas, y la llenó de agua del cántaro que le había dejado Peters, al tiempo que se llenaba los bolsillos de patatas frías. Para alegría suya, se encontró una linterna con un pequeño cabo de vela, que podía encender cuando quisiera, pues tenía en su poder una caja de fósforos.

Cuando fue completamente de noche se deslizó por el agujero del mamparo, teniendo la precaución de arreglar las mantas de la litera de modo que simularan el bulto de una persona acostada. Cuando pasó por el agujero colgó de nuevo el chaquetón, como antes, para ocultar la abertura, maniobra ésta que era fácil de ejecutar, pues no reajustó la tabla que había sacado hacia fuera. Se halló luego en el entre puente, continuando su camino, como antes, entre las barricas de aceite y la parte inferior de la cubierta, hasta la escotilla principal. Al llegar a ésta encendió la vela y bajó con gran dificultad entre la compacta estiba de la caja. Por unos momentos llegó a alarmarse, al advertir el hedor insoportable y denso de la atmósfera. Creyó que no era posible que yo hubiese sobrevivido a tan largo encierro, respirando un aire tan malsano.

Me llamó varias veces por mi nombre sin obtener respuesta alguna, y sus temores parecían confirmarse así. El bergantín se balanceaba violentamente, con tal estrépito, que era inútil aplicar el oído para escuchar un ruido tan débil como el de mi respiración o el de mi ronquido. Abrió la linterna y la levantaba tan alto como podía cada vez que encontraba espacio suficiente, a fin de que, al observar yo la luz, pudiera comprender, si estaba vivo, que se acercaba el socorro. Sin embargo, no percibía reacción alguna mía, y la suposición de que yo había muerto comenzó a tener carácter de certeza para Augustus. No obstante, resolvió abrirse camino, si le era posible, hasta la caja, para salir de dudas respecto a la verdad de sus temores. Caminó algún tiempo en el estado de ansiedad más lastimoso, hasta que encontró, por fin, el paso completamente obstruido y no había ninguna posibilidad de seguir adelante. Vencido por la desesperación, se dejó caer sobre un montón de tablas y empezó a llorar como un niño. Fue en aquel momento cuando oyó el ruido de la botella que yo había tirado. Afortunado, en verdad, fue aquel incidente, pues, por trivial que parezca, de él depende el destino de mi vida. Han transcurrido muchos años hasta que me enteré de este hecho, una vergüenza natural y el remordimiento de su debilidad e indecisión le impidieron a Augustus manifestarme enseguida lo que, con una intimidad más profunda y sincera, se decidió a contarme

después. Al encontrar obstruido su camino por multitud de obstáculos, que no podía vencer, decidió abandonar su empresa y regresar al castillo de proa. Antes de condenarle por esta decisión, deben tenerse en cuenta las terribles circunstancias que le rodearon. La noche avanzaba de prisa y su ausencia podía ser descubierta; esto sucedería inevitablemente si no se hallaba en su litera al romper el día. La vela se estaba agotando y le sería muy difícil encontrar en la oscuridad el camino hacia la escotilla. También debe recordarse que tenía sus buenas razones para creerme muerto, en cuyo caso no resultaría ningún beneficio para mí llegando hasta la caja, y, en cambio, tropezaría con un mundo de peligros sin utilidad alguna. Me había llamado repetidas veces y no le había contestado, yo llevaba once días con sus noches sin más agua que la que contenía el jarro que él me había dejado, provisión que no era muy probable que yo hubiese economizado al comienzo de mi encierro, pues esperaba una pronta liberación. La atmósfera de la cala, por otra parte, debía de haberle parecido, al llegar desde el aire comparativamente puro del castillo de proa, de naturaleza totalmente tóxica y muchísimo más intolerable de lo que me había parecido a mí al tomar posesión de mi alojamiento en la caja, pues entonces la escotilla llevaba muchos meses abierta. Añádase a estas consideraciones las escenas de sangre y terror que había presenciado últimamente mi amigo; su encierro, sus privaciones y sus milagrosas escapadas de la muerte, junto con la frágil y equívoca situación en que se hallaba su vida —circunstancias todas ellas capaces de quitar las energías al más fuerte—, y el lector se explicará fácilmente, como yo me lo he explicado, esta aparente falta de amistad y de fidelidad, con sentimientos más bien de pena que de resentimiento.

El chasquido de la botella se oyó claramente; pero Augustus no estaba seguro de si procedía de la cala. Sin embargo, la duda fue suficiente para hacerle perseverar. Trepó por los objetos amontonados casi hasta el techo y luego, esperando un momento de calma en los balanceos del barco, me llamó lo más fuerte que pudo, sin preocuparse por el momento de que pudiera oírle la tripulación. Se recordará que en esta ocasión oí su voz, pero estaba yo tan completamente dominado por una violenta agitación; que no fui capaz de contestarle. Convencido ahora de que sus peores aprensiones estaban bien fundadas, descendió con ánimo de volverse al castillo de proa sin pérdida de tiempo. En su precipitación derribó unas pequeñas cajas cuyo ruido oí por casualidad, como se recordará. Ya había avanzado mucho en su retirada, cuando el ruido del cuchillo le hizo vacilar de nuevo. Volvió sobre sus pasos inmediatamente y, trepando a lo alto de la estiba por segunda vez, me llamó por mi nombre, tan fuerte como antes, en un momento de calma del barco. Esta vez pude contestarle. Lleno de alegría al descubrir que estaba vivo, resolvió vencer todas las dificultades y peligros para llegar hasta mí. Sorteando lo más rápidamente posible el laberinto de la estiba por la que estaba rodeado, halló al fin un hueco que ofrecía mejor camino y, después de una serie de luchas, llegó a la caja completamente extenuado.

VI.-Rayo de esperanza

Los puntos principales de esta narración me los comunicó Augustus mientras permanecimos junto a la caja; hasta más tarde no me enteré por completo de todos los detalles. Tenía mucho miedo de que lo echasen de menos y yo ardía en deseos de salir de aquella detestable cárcel. Decidimos dirigirnos en seguida al agujero del mamparo, junto al cual yo había de permanecer por el momento, mientras Augustus salía a hacer un reconocimiento. Dejar a Tigre en la caja era cosa que ninguno de los dos podíamos soportar; mas, por otra parte, no sabíamos qué hacer. El animal parecía estar ahora completamente tranquilo, y ni siquiera percibíamos el ruido de su respiración al acercar el oído a la caja. Yo estaba convencido de que estaba muerto, y decidí abrir la puerta. Lo encontramos tendido cuan largo era, aparentemente sumido en un profundo sopor, pero vivo todavía. No había tiempo que perder, pero yo no me avenía a abandonar a un animal que por dos veces había sido el instrumento para salvar mi vida sin antes intentar algo para salvar la suya. Por eso, lo arrastramos lo mejor que pudimos, aunque con grandes dificultades y fatigas; Augustus, a veces, tenía que trepar con el enorme perro en brazos por encima de los obstáculos que aparecían en nuestro camino, cosa que a mí me era totalmente imposible realizar por la debilidad que me dominaba. Por fin, llegamos al agujero y cuando Augustus hubo salido, pasamos a Tigre. No había ocurrido ninguna novedad, y dimos gracias a Dios por habernos librado del inminente peligro que acabábamos de correr. Por el momento, se convino en que yo me quedase cerca del agujero, a través del cual mi compañero podría facilitarme parte de su provisión diaria, y porque allí tenía la ventaja de respirar una atmósfera relativamente pura.

Como explicación de algunos puntos de este relato, en el que he hablado tanto de la estiba o colocación del cargamento del bergantín, y que pueden parecer oscuros a aquellos de mis lectores que no hayan visto cargar un barco, debo decir aquí que el modo como se había hecho tan importante trabajo a bordo del Grampus era un vergonzoso ejemplo de negligencia por parte del capitán Barnard, quien no era ciertamente un marino tan cuidadoso y experimentado como lo exigía imperiosamente la arriesgada índole del servicio que se le había encomendado. Una estiba adecuada no puede realizarse de una manera descuidada, y muchos accidentes desastrosos, incluso dentro de los límites de mi propia experiencia, se deben a ignorancia o negligencia en este particular. Los barcos costeros, que suelen cargar y descargar de prisa y atropelladamente, son los más expuestos a desgracias por no prestar la debida atención a la estiba. Lo más importante es que no haya ninguna posibilidad de que ni el cargamento ni el lastre cambien de posición por violentos que puedan ser los balanceos del barco. Para esto, hay que prestar mucha atención no sólo al bulto que se carga, sino

a su naturaleza, y si el cargamento es sólo parcial o total. En la mayoría de los casos la estiba se realiza por medio de un gato; de este modo, un cargamento de tabaco o de harina queda tan oprimido por la presión del gato en la cala del barco, que los barriles o toneles, al descargarlos, están completamente aplastados y tardan algún tiempo en recobrar su aspecto original. Sin embargo, se recurre al gato principalmente para obtener más espacio en la cala; pues un cargamento completo de cualquier clase de mercancías, tal como el tabaco o la harina, no hay peligro alguno de desplazamiento o, al menos, no ocasiona perjuicios. Se han dado casos, ciertamente, en que este sistema del gato ha acarreado lamentables consecuencias, por causas completamente distintas a las del peligro de desplazamiento de los fardos. Por ejemplo, un cargamento de algodón, fuertemente comprimido en determinadas condiciones, se ha dilatado luego hasta el punto de abrir el casco del buque. Y no hay duda alguna de que lo mismo sucedería en el caso de un cargamento de tabaco, cuando sufre su fase usual de fermentación, si no fuera por los intersticios que quedan entre la redondez de los toneles.

Cuando se trata de un cargamento parcial, el peligro reside principalmente en el desplazamiento de los bultos, y hay que tomar siempre precauciones para evitar semejante contratiempo. Sólo los que han capeado un violento temporal o, más bien, quienes han experimentado el balanceo del barco en una calma repentina después de una tempestad, pueden formarse idea de la tremenda fuerza de los embates del mar, y del consiguiente ímpetu terrible que se da a todas las mercancías sueltas que van a bordo. Por eso es obvia la necesidad de una estiba cuidadosa cuando el cargamento es parcial. Estando al pairo (especialmente con una pequeña vela de proa), un barco que no tenga bien modelados los costados se inclina a menudo sobre una banda u otra; esto suele suceder cada quince o veinte minutos por término medio, sin que se occasionen serias consecuencias, siempre que la estiba esté bien hecha. Pero si ésta se ha amontonado descuidadamente, al primero de estos recios bandazos toda la carga cae del lado del barco que se inclina hacia el agua, impidiéndole recobrar el equilibrio como debiera recobrarlo necesariamente, se llena de agua en pocos instantes y se hunde. No es exageración decir que la mitad, por lo menos, de los naufragios que ocurren durante los recios temporales pueden atribuirse a desplazamiento de la carga o del lastre.

Cuando se embarca un cargamento parcial de cualquier clase, éste, después de haberlo apretado lo más compactamente posible, debe cubrirse con una capa de fuertes tablones extendidos de costado a costado del barco, fuertemente apuntalados con estacas que llegan hasta las tablas de arriba, asegurando así cada cosa en su lugar. Cuando el cargamento es de grano o de mercancías similares, se precisan, además, precauciones adicionales. Una cala completamente llena de grano al salir del puerto, sólo contiene tres cuartas partes al llegar a su destino, aunque al medirlo el consignatario, fanega por fanega, rebasen con mucho (a causa de la hinchazón del grano) la cantidad consignada. Este resultado se debe a que se asienta durante la travesía, y tanto más sensiblemente cuanto peor tiempo ha hecho. Aunque el grano

embarcado a granel vaya bien asegurado con tablones y puntales, si el viaje es largo, puede desplazarse y acarrear las más terribles calamidades. Para impedir esto se recurre a muchos sistemas antes de salir del puerto para asentar lo más posible el cargamento; y para esto se conocen diversas invenciones, entre las que pueden mencionarse la que consiste en meter cuñas en el grano. Mas incluso después de hacer todo esto y de tomarse toda clase de molestias para asegurar los tablones, ningún marinero que conozca su oficio se sentirá totalmente seguro durante un temporal algo violento con cargamento de grano a bordo, y mucho menos si el cargamento es parcial. Sin embargo, hay centenares de barcos de cabotaje en nuestras costas y, al parecer, muchos más en los puertos de Europa, que navegan a diario con cargamentos parciales, incluso de las especies más peligrosas, sin tomar precaución alguna. Lo asombroso es que no sucedan más desastres de los que ocurren. Un ejemplo lamentable de descuido que yo conozco fue el caso del capitán Joel Rice, de la goleta Firefly, que se hizo a la mar en Richmond (Virginia), para Madeira, con cargamento de maíz, el año 1825. El citado capitán había hecho muchos viajes sin accidentes serios, aunque tenía la costumbre de no prestar atención a la estiba, más que para asegurarla de la manera corriente. Nunca había navegado con cargamento de grano, y en esta ocasión cargó el maíz a granel, llenando poco más de la mitad de la cala. Durante la primera parte del viaje no se encontró más que con brisas ligeras; pero cuando se hallaba a un día de Madeira se levantó un fuerte ventarrón del NE. que le obligó oponerse al pairo. Dejó la goleta al viento sólo con el 'trinquete con dos rizos, y navegó como pudiera esperarse que lo hiciera cualquier barco, sin embarcar ni una gota de agua. Pero al anochecer amainó el viento y la goleta comenzó a balancearse con más inestabilidad que antes, marchando bien, sin embargo, hasta que un fuerte bandazo la tumbó sobre el costado de estribor. Entonces se oyó que el maíz se desplazó pesadamente y con la fuerza del embate rompió la escotilla principal. El barco se fue a pique como un rayo. Esto sucedió a la vista de un balandro de Madeira, que recogió a uno de los tripulantes (la única persona salvada), y que aguantaba ,la tempestad con tan perfecta seguridad como lo hubiera hecho el chinchorro mejor gobernado.

La estiba a bordo del Grampus se había hecho desmañadamente, si se puede llamar estiba a lo que era poco más que un confuso amontonamiento de barricas de aceite¹⁴ y aparejos de barco. Ya he hablado de la clase de artículos que había en la cala. En el entre puente quedaba espacio suficiente para mi cuerpo (como ya dije) entre las barricas y el techo; alrededor de la escotilla principal quedaba un espacio vacío, y otros varios espacios de bastante consideración quedaban en la estiba. Cerca del agujero que Augustus había abierto a través del mamparo había espacio suficiente para toda una barrica, y en este espacio me vi cómodamente situado por el pronto.

¹⁴ Los barcos balleneros suelen estar provistos generalmente de toneles de aceite: el por qué el Grampus no los llevaba jamás he podido explicarlo.

En el momento en que mi amigo llegó a la litera y se volvió a poner las esposas y la cuerda, era ya completamente de día. Verdaderamente nos salvamos por un pelo; pues apenas acababa de arreglar todas las cosas, cuando bajó el piloto con Dirk Peters y el cocinero. Estuvieron hablando durante un rato acerca del barco de Cabo Verde, y parecían estar muy impacientes por su aparición. Luego el cocinero se acercó a la litera en que estaba Augustus, y se sentó cerca de la cabecera. Desde mi escondite podía verlo y oírlo todo, porque el trozo de madera cortado no había sido puesto en su lugar, y yo me temía a cada momento que el negro se apoyase contra el chaquetón, que estaba colgado para ocultar la abertura, en cuyo caso se habría descubierto todo y seguramente nos hubieran matado inmediatamente. Pero prevaleció nuestra buena estrella y, aunque la rozó con frecuencia cuando el barco se balanceaba, nunca se apoyó lo suficiente para llegar a un descubrimiento. La parte inferior del chaquetón había sido cuidadosamente ajustada al amparo, de modo que el agujero no podía verse por su balanceo a uno y otro lado. Durante todo este tiempo, Tigre permanecía a los pies de la litera, y parecía haber recobrado en cierta medida sus facultades, pues yo le vi abrir de cuando en cuando los ojos y lanzar un largo resoplido.

Después de unos minutos, el piloto y el cocinero subieron al puente, dejando solo a Dirk Peters, quien, tan pronto como se marcharon, fue a sentarse en el mismo sitio que había ocupado el piloto. Comenzó a hablar muy amablemente con Augustus, y pudimos ver que su borrachera, cuando se hallaba delante de los otros dos, era fingida. Respondió a todas las preguntas de mi amigo con entera libertad; le dijo que no tenía ninguna duda de que su padre había sido recogido, porque había lo menos cinco velas a la vista antes de ponerse el sol el día que lo habían abandonado en el bote; y empleaba otro lenguaje de naturaleza consoladora que me produjo tanta sorpresa como satisfacción. Realmente, comenzaba a abrigar esperanzas de que por intermedio de Peters llegaríamos a hacernos de nuevo dueños del bergantín, y esta idea se la manifesté a Augustus tan pronto como tuve una oportunidad. Creía que era, posible, pero insistía en la necesidad de obrar con la mayor cautela al intentarlo, pues la conducta del mestizo parecía inspirada tan sólo por el capricho más arbitrario, y realmente era muy difícil saber si en algún momento estaba en su juicio cabal. Peters subió a cubierta al cabo de una hora, y no volvió hasta mediodía, para traerle a Augustus una buena ración de carne salada y budín. De todo esto, cuando nos dejó solos, comí ávidamente, sin volver a meterme en el agujero. No bajó nadie más al castillo de proa durante el resto del día, y por la noche me metí en la litera de Augustus, donde dormí dulce y profundamente hasta ser casi de día, en que me despertaron unos ruidos que se sentían en la cubierta y me volví a mi escondrijo más que aprisa. Cuando fue plenamente de día, vimos que Tigre había recobrado sus fuerzas casi por completo, y no dio ningún síntoma de hidrofobia, pues bebió con gran avidez un poco de agua que Augustus le ofreció. Durante el día recuperó todo su vigor y apetito. Su extraña conducta había sido debida, sin duda, a la naturaleza deletérea de la atmósfera de la cala, pues no tenía relación con

la rabia canina. No dejaba de felicitarme por haber insistido en traerle conmigo de la caja. Estábamos entonces a 30 de junio, y hacía trece días que el Grampus había salido de Nantucket.

El 2 de julio bajó el piloto, borracho como de costumbre, pero de un humor excelente. Se dirigió a la litera de Augustus, y dándole una palmada en la espalda, le preguntó si pensaba portarse bien si le dejaba suelto, en cuyo caso le prometía que no tendría que volver más a la cámara. Naturalmente, mi amigo le contestó de una manera afirmativa, y entonces el rufián le puso en libertad, después de hacerle beber un trago de ron de un frasco que sacó del bolsillo de su chaqueta. Luego subieron los dos a la cubierta y no volví a ver a Augustus durante unas tres horas, en que bajó con la buena noticia de que había obtenido permiso para merodear por el bergantín a su gusto, desde el palo mayor a la proa, y que le habían ordenado que durmiese, como de costumbre, en el castillo de proa. También me trajo una buena comida y abundante provisión de agua. El bergantín seguía aún navegando hacia el barco que venía de Cabo Verde, y se encontraba a la vista una vela que creían ser la que andaban buscando.

Como los acontecimientos de los ocho días siguientes fueron de poca importancia, y no tienen relación directa alguna con los principales incidentes de mi relato, los transcribiré en forma de diario, pues no quiero omitirlos por completo.

3 de julio.—Augustus me proporcionó tres mantas, con las que me he formado una cama confortable en mi escondite. No ha bajado nadie durante el día, excepto mi amigo. Tigre tomó su sitio en la cama junto a la abertura, y durmió pesadamente, como si no estuviese aún completamente restablecido de los efectos de su enfermedad. Al anochecer, una racha de viento sorprendió al bergantín antes de que hubiese tiempo para arriar velas, y casi lo hizo zozobrar. La ráfaga pasó inmediatamente, sin más daño que la desgarradura de la vela de la cofa del trinquete. Dirk Peters ha tratado a Augustus con gran bondad durante todo el día, y ha tenido una larga conversación con él respecto al océano Pacífico y a las islas que había visitado en dicha región. Le preguntó si no le gustaría más ir con los amotinados a una especie de viaje de exploración y de recreo por aquellas zonas, pero le dijo que los marineros iban inclinándose gradualmente en favor de las ideas del piloto. A esto Augustus juzgó oportuno responder que le gustaría mucho una aventura semejante, puesto que no podía hacer nada mejor, siendo preferible cualquier cosa a la vida de piratería.

4 de julio.—El barco que se hallaba a la vista resultó ser un pequeño bergantín que venía de Liverpool, y lo dejaron pasar sin molestarlo. Augustus se pasó casi todo el día sobre cubierta, a fin de obtener toda la información que pudiese respecto a las intenciones de los amotinados. Éstos tenían frecuentes y violentas reyertas entre sí, en una de las cuales un arponero, Jim Bonner, fue arrojado por la borda. La banda del piloto iba ganando terreno. Jim Bonner pertenecía a la pandilla del cocinero, de la que era partidario Peters.

5 de julio.—Al romper el día se levantó una brisa revuelta del oeste, que al mediodía se convirtió en huracán, de modo que el bergantín tuvo que reducir todo el velamen al cangrejo y al trinquete. Al arriar la vela de la cofa del trinquete, Sims, uno de los marineros que pertenecía a la banda del cocinero, cayó al mar; como estaba muy borracho, se ahogó, sin que nadie hiciese el menor esfuerzo por salvarle. El número total de personas quedaba reducido a trece, a saber: Dirk Peters, Seymour, el cocinero negro, Jones, Greely, Hartman Rogers y William Allen, de la partida del cocinero; el piloto, cuyo nombre no supe nunca, Absalom Hicks, Wilson, John Hunt y Richard Parker, del bando del piloto; además, Augustus y yo.

6 de julio.—La tempestad duró todo este día, soplando fuertes ráfagas acompañadas de lluvia. El bergantín embarcó una gran cantidad de agua por las costuras de sus tablones, y una de las bombas no ha cesado de funcionar continuamente, viéndose obligado Augustus a hacer su turno también. Justamente al crepúsculo pasó un gran buque muy cerca de nosotros, sin que fuese descubierto hasta que estuvo al alcance de la voz. Era de suponer que el barco fuese aquel sobre el que los amotinados estaban al acecho. El piloto le habló, pero el ruido de la tempestad impidió oír la respuesta. A las once, embarcamos una ola en medio del buque, que arrancó buena parte del antepecho de babor y nos causó otros daños leves. Hacia el amanecer, la tempestad había amainado, y al salir el sol casi no soplaban el viento.

7 de julio.—Hubo una fuerte marejada todo este día, durante la cual el bergantín, que es ligero, se balanceó excesivamente, por lo que muchos objetos rodaron sueltos por la cala, como oí claramente desde mi escondrijo. He sufrido mucho a causa del mareo. Peters tuvo una larga conversación con Augustus, y le dijo que dos marineros de su bando, Greely y Allen, se habían pasado al del piloto, decididos a hacerse piratas. Le hizo varias preguntas a Augustus, a quien no comprendió perfectamente. Durante parte de la tarde el buque hacía mucha agua, y poco se podía hacer para remediarlo, pues era ocasionado por la tirantez del bergantín, entrando el agua a través de sus costuras. Con la lona de una vela, que echamos en la parte de abajo de las amuras, conseguimos taponar las vías de agua.

8 de julio.—Al salir el sol se levantó una ligera brisa del este, cuando el piloto ordenó poner rumbo al sudoeste, con la intención de dirigirse a alguna de las islas de las Antillas y poner en práctica sus proyectos de piratería. Ni Peters ni el cocinero hicieron oposición alguna, al menos ninguna que se enterase Augustus. Se abandonó toda idea de apoderarse del barco que venía de Cabo Verde. La vía de agua se reducía fácilmente, gracias al trabajo de una bomba que funcionaba cada tres cuartos de hora. Se quitó la vela de debajo de las amuras. Se habló con dos pequeñas goletas durante el día.

9 de julio.—Buen tiempo. Todos los hombres están ocupados en reparar las amuras. Peters ha tenido de nuevo una larga conversación con Augustus, explicándose con más claridad que hasta aquí. Le dijo que nada le induciría a colaborar en los proyectos del piloto, e incluso le dejó entrever su intención de quitarle el mando del bergantín. Le

preguntó a mi amigo si podía contar con su ayuda, en tal caso, a lo que Augustus le contestó "sí", sin vacilar. Entonces Peters le dijo que sondearía a los demás hombres de su bando sobre este asunto, y se fue. Durante el resto del día, Augustus no tuvo ninguna oportunidad de hablar conmigo sobre el particular.

VII.-Plan de liberación

10 de julio.—Se habló con un bergantín que venía de Río, con destino a Norfolk. Tiempo brumoso, con un viento ligero del este. Hoy murió Hartman Rogers, que estaba enfermo desde el día 8, atacado de espasmos después de haber bebido un vaso de grog.

Este marinero era de la banda del cocinero, y uno de los que más confianza inspiraba a Peters. Le dijo a Augustus que creía que el piloto lo había envenenado, y que, sí no estaba al acecho, él correría la misma suerte dentro de poco. Ahora ya no quedaban en su bando más que él mismo, Jones y el cocinero, mientras que en el otro bando eran cinco. Había hablado con Jones acerca de arrebatarle el mando al piloto; pero el proyecto había sido acogido con frialdad, por lo que había desistido de llevar el asunto más lejos, ni de decirle nada al cocinero. Por lo que sucedió, hizo bien en ser tan prudente, pues por la tarde el cocinero expresó su determinación de pasarse al bando del piloto, y se fue formalmente al otro bando. Mientras, Jones aprovechó una oportunidad para regañar con Peters, y le insinuó que se proponía dar a conocer al piloto el plan que tramaba. Evidentemente no había tiempo que perder, y Peters expresó su determinación de jugarse el todo por el todo para intentar apoderarse del barco, siempre que Augustus quisiera prestarle su ayuda. Mi amigo le aseguró en seguida su deseo de formar parte de cualquier plan para tal objeto, y pensando que era una ocasión favorable, le reveló mi presencia bordo. A esto, el mestizo se quedó tan atónito como satisfecho, pues no tenía ninguna confianza en Jones, a quien ya le consideraba como perteneciente al bando del piloto. Bajaron inmediatamente al castillo de proa; Augustus me llamó por mi nombre y Peters y yo trabamos enseguida amistad. Convinimos en que intentaríamos apoderarnos del barco a la primera oportunidad, dejando a Jones al margen por completo de nuestras deliberaciones. En caso de éxito, llevaríamos el bergantín al primer puerto que se presentase, y lo entregaríamos a las autoridades. La deserción de su bando había frustrado el deseo de Peters de ir al Pacífico, aventura que no podía realizarse sin una tripulación, y confiaba salir absuelto del juicio alegando locura (pues afirmaba solemnemente que estaba loco cuando se prestó a ayudar al motín), o que, si le declaraban culpable, sería perdonado por las declaraciones que hiciésemos Augustus y yo. Nuestras deliberaciones fueron interrumpidas por el grito de: "¡Todo el mundo a arriar velas", y Peters y Augustus subieron corriendo a cubierta.

Como de costumbre, la tripulación estaba casi completamente borracha, y antes de que se arriases las velas debidamente, una violenta ráfaga tumbó el bergantín de costado. Pero consiguieron retenerlo y enderezarlo, no sin haber embarcado una gran cantidad de agua. Apenas estuvo en posición segura, cuando el barco fue azotado por otra ráfaga, e inmediatamente después por otra, sin causarle ningún daño. Aquello tenía todas las apariencias de un huracán, que, efectivamente, sobrevino poco después con gran furia del norte y del oeste. Se aparejaron todas las cosas lo mejor posible, poniéndonos al pairo, como es usual, con el trinquete muy rizado. Al caer la noche, el viento aumentó en violencia, con una mar excepcionalmente gruesa. Peters volvió al castillo de proa con Augustus, y reanudamos nuestras deliberaciones.

Estuvimos de acuerdo en que no podía presentarse ocasión más favorable que aquella para poner en práctica nuestro plan, pues nadie podía esperar un ataque en aquellos momentos. Como el bergantín estaba tranquilamente al pairo, no había necesidad alguna de maniobrar hasta que volviese el buen tiempo, y entonces, si salíamos triunfantes de nuestro intento, podíamos soltar uno, o acaso dos marineros, para que nos ayudasen a llevar el bergantín a puerto. La mayor dificultad estribaba en la gran desproporción de nuestras fuerzas. No éramos más que tres, y en la cámara había nueve. Además, todas las armas de a bordo estaban en su poder, con la excepción de dos pequeñas pistolas que Peters llevaba escondidas entre la ropa, y de un largo cuchillo de marinero que llevaba siempre al cinto. Además, por ciertos indicios —como, por ejemplo, el de no hallarse en sus sitios acostumbrados ni un hacha ni un espeque— empezamos a temer que el piloto tuviese sus sospechas, al menos respecto a Peters, y que no perdería ocasión para desembarazarse de él. Era, pues, evidente que lo que estábamos decididos a hacer teníamos que hacerlo cuanto antes. Sin embargo, las dificultades estaban demasiado en contra nuestra para permitirnos obrar sin la mayor cautela.

Peters propuso subir él a cubierta y entrar en conversación con el vigía (Allen) y, aprovechando una buena oportunidad, arrojarlo al mar sin lucha y sin hacer ruido; que Augustus y yo subiéramos entonces, y que intentásemos apoderarnos de algunas de las armas que hallásemos en cubierta; y que luego los tres intentaríamos apoderarnos de la escalera de la cámara en un ataque repentino, antes de que pudieran ofrecernos resistencia. Yo le puse objeciones al plan, porque no podía creer que el piloto (que era muy ladino en todo lo que no afectase a sus supersticiosos prejuicios) se dejase atrapar tan fácilmente. El mismo hecho de haber un vigía sobre cubierta era prueba más que suficiente de que estaba alerta, pues sólo en barcos de muy rígida disciplina se suele poner vigía sobre cubierta cuando el barco está al pairo de un viento fuerte. Como me dirijo en especial, si no exclusivamente, a las personas que no han navegado nunca, tal vez sea conveniente describir la exacta condición de un barco en semejantes circunstancias. Ponerse al pairo o a la capa, como se dice en el lenguaje marinero, es una medida que se toma para diversos propósitos y que se efectúa de diversas maneras.

Cuando reina tiempo moderado, es frecuente hacerlo con el mero propósito de detener el barco, de esperar a otro barco o con cualquier finalidad similar. Si el barco que se pone al paíro lleva todas las velas desplegadas, la maniobra se suele realizar de forma que redondee algunas partes de sus velas, de modo que el viento las tome por avante cuando llegue a estar parado. Pero ahora estamos hablando del paíro con viento huracanado. Se recurre a él cuando el viento sopla de proa y es demasiado violento para navegar a la vela sin peligro de zozobrar, y a veces incluso cuando sopla buen viento, pero la mar está demasiado gruesa para poner el barco ante ella. Si un barco navega viento en popa, con mar muy gruesa, se le pueden causar muchos daños porque embarca agua por la popa, y a veces da violentos cabeceos hacia adelante. En estos casos rara vez se recurre a dicha maniobra, a menos que sea de imperiosa necesidad. Si el barco hace agua, se le deja correr viento en popa por gruesa que este la mar; pues, dejándolo al paíro, se corre el peligro de que se ensanchen las costuras a causa de los fuertes tirones, lo que no ocurre cuando se va huyendo del viento. A menudo, también es necesario que un barco navegue rápidamente, ya cuando las bocanadas son tan extremadamente furiosas que desgarren las velas que se emplean con el fin de hacerlo virar contra el viento, o cuando, por una mala construcción del casco u otras causas, no puede realizarse el objetivo principal.

Durante los huracanes, los barcos se ponen al paíro de modos diferentes, según su construcción peculiar. Algunos se mantienen mejor con el trinquete desplegado, pues me parece que es la vela que más se suele emplear. Los grandes barcos de aparejo de cruzamen cuentan con velas especiales para este propósito, llamadas velas de capa o de temporal. Pero a veces se emplea el foque; otras el foque y el trinquete, o un trinquete de doble rizo, y no pocas veces las velas traseras. Las velas de cofa de trinquete suelen resultar más apropiadas que cualquier otra clase de velas. El Grampus se ponía al paíro generalmente con el trinquete muy rizado.

Cuando un barco se ha de poner al paíro, se le coloca de proa al viento de manera que hinche la vela desplegada tan pronto como ésta se halla colocada en forma diagonal al barco. Una vez hecho esto, la proa se encuentra inclinada unos grados respecto a la dirección del viento, y la amura de barlovento recibe naturalmente el choque de las olas. En estas condiciones un buen barco puede resistir una tempestad muy recia sin embarcar ni una gota de agua y sin que se requiera más atención por parte de la tripulación. El timón se suele amarrar, pero no es absolutamente necesario (excepto a causa del ruido que hace al ir suelto), pues el gobernalle no surte efecto alguno cuando el barco está al paíro. Realmente, es preferible dejarlo suelto que atarlo muy ceñido, pues corre el peligro de que se rompa por los golpes de mar si no se le deja al timón alguna holgura. Mientras la vela resista, un barco bien construido mantendrá su posición y navegará por todo mar, como si estuviera dotado de vida y raciocinio. Pero si la violencia del viento desgarra la vela (hecho que, en circunstancias ordinarias, requiere la fuerza de un huracán), sobreviene un peligro inminente. El barco se inclina empujado

por la fuerza del viento, presenta costado a las olas y queda completamente a merced de ellas. En este caso el único recurso es ponerse tranquilamente de popa al viento, dejándose deslizar hasta que pueda colocarse otra vela. Algunos barcos se ponen al paíro sin vela desplegada, pero de esto no puede fiarse uno en el mar.

Mas dejemos esta digresión. El piloto nunca había tenido la costumbre de poner un vigía en cubierta estando el barco al paíro con tempestad, y el hecho de haberlo hecho ahora, unido a la circunstancia de la desaparición de las hachas y espeques, nos convenció plenamente de que la tripulación estaba demasiado alerta para cogerla por sorpresa de la manera que Peters había propuesto. Pero había que hacer algo, y esto sin la menor dilación, pues era indudable que si se abrigaban sospechas contra Peters, sería sacrificado a la primera oportunidad, y ésta la encontrarían o la provocarían en cuanto pasase la tempestad.

Augustus sugirió entonces que si Peters podía quitar, con cualquier pretexto, el trozo de cadena que estaba sobre la trampa del camarote, podríamos sorprenderlos penetrando por la cala; pero un poco de reflexión nos convenció de que el bergantín se balanceaba y cabeceaba con demasiada violencia para intentar una cosa de tal naturaleza.

Di al fin, por fortuna, con la idea de explotar los terrores supersticiosos y la conciencia de culpabilidad del piloto. Se recordará que uno de los marineros de la tripulación, Harman Rogers, había muerto durante la mañana, habiendo pasado dos días atacado de convulsiones tras de beber agua con licores. Peters nos había expresado la opinión de que este hombre había sido envenenado por el piloto, y fundaba su creencia en razones que eran incontrovertibles, según nos dijo, pero que no se había decidido a revelarnos, pues su reserva era una de las características de su singular carácter. Pero tuviera o no mejores razones que nosotros para recelar del piloto, estábamos de acuerdo con sus sospechas y dispuestos a obrar en consecuencia.

Rogers había muerto hacia las once de la mañana, presa de violentas convulsiones; y el cadáver presentaba a los pocos minutos de su muerte el aspecto más horrible y repugnante que jamás haya visto en mi vida. El estómago estaba exageradamente hinchado, como quien ha muerto ahogado y ha permanecido muchas semanas bajo el agua. Las manos se hallaban en las mismas condiciones, mientras el rostro aparecía encogido y arrugado, con una palidez de yeso, sólo interrumpida por dos o tres manchas rojas muy vivas, como las que produce la erisipela. Una de estas manchas se extendía diagonalmente a través de la cara, cubriendo completamente un ojo como si fuera una banda de terciopelo encarnado. En tan desagradable situación, habían subido el cuerpo a cubierta desde la cámara a mediodía, para arrojarlo al mar, cuando el piloto, echándole un vistazo (pues lo veía en ese instante por primera vez), y sintiendo remordimientos por su crimen o atemorizado por tan horrendo espectáculo, ordenó que lo cosiesen a su hamaca y se hiciesen los ritos usuales de un entierro en el mar. Después de dar estas instrucciones, se retiró a su cámara, para así evitar tener que ver de nuevo a

su víctima. Mientras se hacían los preparativos para cumplir sus órdenes, se desencadenó la tempestad con gran furia, y el entierro se abandonó por el momento. El cadáver, abandonado a sí mismo, quedó junto a los imbornales de babor, donde yacía aún en el momento en que yo estaba hablando, bañado por las aguas y agitándose a los violentos vaivenes del bergantín.

Una vez establecido nuestro plan, nos dispusimos a llevarlo a la práctica lo más rápidamente posible. Peters subió a cubierta, y, tal como había previsto, le saludó inmediatamente Allen, quien parecía hallarse estacionado allí más para acechar lo que pasaba en el castillo de proa que para otra cosa. Pero la suerte del rufián quedó decidida rápida y silenciosamente, pues Peters, acercándose de un modo despreocupado, como si fuera a hablarle, le cogió por la garganta y, antes de que pudiera dar un solo grito, lo tiró por la borda. Luego nos llamó y subimos. Nuestra primera preocupación fue buscar algo con que armamos, y al hacer esto teníamos que andar Don cuidado, pues era imposible permanecer sobre cubierta un instante sin agarrarse firmemente, pues violentas olas irrumpían sobre el barco a cada cabeceo. Era indispensable también que hiciésemos de prisa nuestras operaciones, porque a cada minuto esperábamos ver aparecer al piloto para poner las bombas en funcionamiento, pues era evidente que el Grampus estaba haciendo agua muy rápidamente. Después de buscar durante un buen rato, no logramos encontrar nada más adecuado para nuestro propósito que los dos brazos de las bombas, uno de los cuales cogió Augustus y yo el otro. Una vez hecho esto, le quitamos al cadáver la camisa y lo arrojamos al mar. Peters y yo nos fuimos abajo, dejando a Augustus para vigilar la cubierta, donde ocupó el mismo sitio en que se había colocado Allen, y de espaldas a la escalera de la cámara, de modo que, si subía alguno de los de la banda del piloto, creyese que era el vigía.

Tan pronto como llegué abajo, comencé a disfrazarme para representar el cadáver de Rogers. La camisa que le había quitado nos sirvió de mucho, pues era de forma y dibujo singulares, y fácilmente reconocible: una especie de blusa que el difunto llevaba sobre sus demás ropas. Era una elástica azul, con anchas franjas blancas transversales. Después de ponérmela, procedí a equiparme con un estómago postizo, imitando la horrible deformidad del cadáver hinchado. Esto lo conseguí rápidamente por medio de ropas de cama. Luego le di el mismo aspecto a mis manos, poniéndome unos mitones de lana blanca, que rellené con una especie de trapos. Luego Peters me arregló la cara, primero frotándola bien con tiza blanca y manchándomela después con sangre, que se sacó dándose un corte en un dedo. La mancha a través del ojo no fue olvidada, y presentaba un aspecto aún más espantoso.

VIII.-El aparecido

Cuando me contemplé en un trozo de espejo que pendía en la cámara, a la sombría luz de una linterna de combate, me quedé tan impresionado por el sentimiento de vago terror reflejado en mi rostro y el recuerdo de la terrorífica realidad que estaba representando, que se apoderó de mí un violento temblor, y apenas me quedaron ánimos para seguir adelante con mi papel. Mas era necesario obrar con decisión, y Peters y yo subimos a cubierta.

Allí encontramos todo sin novedad y, manteniéndonos arrimados a los antepechos, los tres nos deslizamos a la escalera de la cámara. Estaba sólo parcialmente cerrada, habiendo tomado precauciones para evitar que la abriesen repentinamente de un empellón desde fuera, por medio de unos calces de madera colocados en el peldaño superior de modo que le impedían cerrarse. No hallamos dificultad alguna en echar un vistazo al interior de la cámara a través de las hendiduras donde están colocados los goznes. Ahora pudimos comprobar que había sido una gran suerte para nosotros no haber intentado cogerlos por sorpresa, pues estaban evidentemente alerta. Sólo uno estaba dormido, y yacía al pie de la escala de toldilla con un fusil a su lado. Los demás estaban sentados en varias colchonetas, que las habían quitado de las camas y tirado por el suelo. Estaban enfrascados en una conversación seria, y aunque habían estado de jarana, como se deducía por dos jarros vacíos y unos vasos de hojalata que había por allí, no estaban tan borrachos como de costumbre. Todos llevaban cuchillos, un par de ellos pistolas, y numerosos fusiles yacían en la cama al alcance de la mano.

Estuvimos escuchando su conversación durante un rato antes de decidir cómo obrar, pues no habíamos resuelto nada en concreto, excepto que intentábamos paralizarlos, cuando los atacásemos, por medio de la aparición de Rogers. Estaban discutiendo planes de piratería y, según pudimos oír claramente, se proponían unirse a la tripulación de una goleta, Hornet, y, si les era posible, apoderarse de ella como paso preparatorio para otra tentativa de mayor escala, de cuyos detalles no pudimos enterarnos.

Uno de los marineros habló de Peters, y el piloto le contestó en voz baja, sin que pudiéramos oírle, y luego añadió, en tono más alto, que "no podía entender que estuviese tanto tiempo con el chiquillo del capitán en el castillo de proa, pero creía que lo mejor era arrojarlos a ambos al mar cuanto antes." A estas palabras no hubo respuesta alguna, pero comprendimos fácilmente que la insinuación había sido bien recibida por toda la banda, y en especial por Jones. En este momento yo estaba excesivamente agitado, tanto cuanto que vi que ni Augustus ni Peters sabían cómo obrar. Pero yo decidí vender cara mi vida antes que dejarme dominar por el miedo.

El ruido espantoso del rugir del viento en el aparejo y del barrer de las olas sobre cubierta nos impedía oír lo que se decía, excepto durante calmas momentáneas. En una de éstas, los tres oímos claramente al piloto decirle a uno de sus hombres: "vete a proa y ordena a esos marineros de agua dulce que vengan a la cámara", donde podía tenerlos a la vista e impedir que hubiese secretos a bordo del bergantín. Para suerte nuestra, el

balanceo del barco en aquel momento era tan violento, que la orden no pudo ejecutarse inmediatamente. El cocinero se levantó de su colchoneta para ir a buscarnos, cuando los mástiles, le hizo dar de cabeza contra una de las puertas del camarote de babor, abriéndola de golpe y aumentando en gran proporción otro tipo de confusión. Afortunadamente, ninguno de nosotros fuimos despedidos fuera de nuestra posición, y tuvimos tiempo de retirarnos precipitadamente al castillo de proa y preparar apresuradamente un plan de acción antes de que el mensajero hiciese su aparición, o más bien antes de que asomara la cabeza por la cubierta de escotilla, pues no se molestó en subir a cubierta. Desde el sitio en que estaba no podía advertir la ausencia de Allen, y le repitió a gritos, como si fuese él, las órdenes del piloto. Peters exclamó "¡Sí, sí!", desfigurando la voz, y el cocinero se bajó inmediatamente, sin haber notado nada.

Luego mis dos compañeros se dirigieron resueltamente a popa y bajaron a la cámara, cerrando Peters la puerta tras de sí como la había encontrado. El piloto los recibió con fingida cordialidad y a Augustus le dijo que, en vista de que se había comportado tan bien últimamente, podía instalarse en la cámara y considerarse como uno más de ellos en lo futuro. Luego le escanció hasta la mitad un vaso de ron y se lo hizo beber. Yo estaba viendo y oyendo todo esto, pues seguí a mis amigos hasta la cámara tan pronto como Peters cerró la puerta, y me situé en mi viejo punto de observación. Llevaba conmigo los dos guimbaletes, uno de los cuales coloqué cerca de la escalera de la cámara, para tenerlo al alcance de la mano cuando fuese necesario.

Puse buen cuidado en no dejarme escapar nada de lo que estaba pasando allí dentro, y me armé de valor para presentarme ante los amotinados cuando Peters me hiciese la señal convenida. Ahora éste procuraba hacer recaer la conversación sobre los sangrientos episodios del motín, y gradualmente llevó a los marineros a hablar acerca de las mil supersticiones que son tan universalmente corrientes entre la gente de mar. Yo no podía oír todo lo que se decía, pero sí veía claramente el efecto de la conversación en la fisonomía de los allí presentes. El piloto estaba evidentemente muy agitado y cuando, poco después, uno de ellos mencionó el terrorífico aspecto del cadáver de Rogers, creí que estaba a punto de desmayarse. Peters le preguntó entonces si no creía que sería mejor arrojar el cuerpo por la borda en seguida, puesto que era demasiado horrible verlo dando tumbos por los imbornales. A esto el villano respiró convulsivamente y paseó lentamente su mirada sobre sus compañeros, como si suplicase a alguno de ellos que subiera a realizar aquella tarea. Pero no se movió nadie. Era evidente que toda la banda se hallaba en el grado más alto de excitación nerviosa. Entonces Peters me hizo la señal. Abrí inmediatamente, de un empellón, la puerta de la escalera de la cámara y bajé, sin pronunciar una palabra, manteniéndome erguido en medio de la banda.

El intenso efecto producido por esta repentina aparición no sorprenderá del todo si se toman en consideración sus diversas circunstancias. Por lo general, en caso de naturaleza similar, queda en el espíritu del espectador como un rayo dé duda sobre la

realidad de la visión que se tiene ante los ojos; cierta esperanza, aunque débil, de que se es víctima de una trapacería y de que la aparición no es realmente un visitante que venga del lejano mundo de las sombras. No es demasiado afirmar que semejantes restos de duda se hallan en el fondo de casi toda análoga aparición y de que el espantoso horror que a veces han originado deba atribuirse, incluso en los casos más al efecto y donde más sufrimiento se halla experimentado, más a una especie de horror anticipado, por miedo de que la aparición sea posiblemente real, que a una firme creencia en su realidad. Pero en el caso presente se verá inmediatamente que en el espíritu de los amotinados no había ni siquiera la sombra de un fundamento sobre la que mantener la duda de que la aparición de Rogers fuese, en verdad, una revivificación de su espantoso cadáver o, al menos, de su imagen espiritual. La situación del bergantín, aislado en el mar, con su total inaccesibilidad a causa de la tempestad, reducía los aparentemente posibles medios de trapisonda a límites tan escasos y definidos, que debieron de pensar que era capaz de vigilarlos a todos de una sola mirada. Hacía veinticuatro días que se hallaban en el mar, sin haber sostenido más que una comunicación de palabra con un barco cualquiera. Además, toda la tripulación (los marineros estaban muy lejos de sospechar que hubiese algún otro individuo a bordo) estaba reunida en la cámara, a excepción de Allen, el vigía; y su gigantesca estatura (casi media dos metros de altura) era demasiado familiar a sus ojos para creer ni por un solo instante que fuese él la aparición que tenían ante ellos. Añádanse a estas consideraciones la índole aterradora de la tempestad y la de la conversación suscitada por Peters; la profunda impresión que el aborrecible cadáver había causado por la mañana en la imaginación de los marineros; la perfección de mi disfraz, y la incierta y vacilante luz a la que me contemplaban, como era la del resplandor de la linterna de la cámara, agitándose violentamente de acá para allá, cayendo de lleno o indecidamente sobre mi cara, y se comprenderá que el efecto de nuestra superchería fuese mayor de lo que esperábamos. El piloto se levantó de un salto de la colchoneta en que estaba echado y, sin pronunciar ni una palabra, cayó de espaldas, muerto de repente, sobre el suelo de la cámara, y fue arrojado a sotavento como un tronco por un fuerte bamboleo del bergantín. De los siete restantes, sólo tres conservaron al principio cierta presencia de ánimo; los otros cuatro se quedaron por un rato como si hubieran echado raíces en el suelo, pintándose en sus rostros el horror más lastimoso y la desesperación más extremada que jamás vieran mis ojos. La única oposición que encontramos nos la hicieron el cocinero, John Hunt y Richard Parker; pero fue una defensa muy débil e irresoluta. Los dos primeros fueron muertos a tiros instantáneamente por Peters, y yo derribé a Parker de un golpe en la cabeza con el brazo de la bomba que llevaba conmigo. Mientras tanto, Augustus se apoderó de uno de los fusiles que había en el suelo y disparó sobre otro amotina⁴⁰ (Wilson), que murió con el pecho atravesado. Ya no quedaban más que tres; pero ya éstos habían salido de su letargo, y quizá empezaban a ver que habían sido engañados, pues luchaban con gran resolución y furia, y si no hubiera sido por la tremenda fuerza muscular de Peters, tal

vez a la postre nos hubieran vencido. Estos tres hombres eran Jones, Greely y Absalom Hicks. Jones había derribado a Augustus en el suelo, le dio varias puñaladas en el brazo derecho, y seguramente hubiera acabado con él (pues ni Peters ni yo podíamos desembarazarnos inmediatamente de nuestros contrincantes) si no hubiese sido por la oportuna ayuda de un amigo, con la que ninguno de nosotros habíamos contado. Este amigo no era otro que Tigre. Dando un sordo ladrido, saltó a la cámara, en el momento mas crítico para Augustus, y, abalanzándose sobre Jones, lo mantuvo sujeto al suelo por un instante. Pero mi amigo estaba demasiado maltrecho para poder prestarnos ayuda alguna, y yo, encubierto con mi disfraz, poco podía hacer. El perro no quería soltar a Jones, a quien tenía preso por la garganta. Sin embargo, Peters era bastante más fuerte que los dos hombres que quedaban y, sin duda, los hubiera despachado más pronto de lo que lo hizo si no hubiera sido por el poco espacio que tenía para luchar y por los tremendos bandazos del bergantín. Por fin pudo coger una banqueta muy pesada de las varias que había por el suelo y con ella le aplastó los sesos a Greely, en el momento en que se disponía a descargar su fusil contra mí, e inmediatamente después de que un boleo del barco le arrojase contra Hicks, cogió a este por la garganta y le estranguló a pura fuerza. Así, en menos tiempo de lo que he tardado en contarla, nos hicimos dueños del bergantín.

El único de nuestros enemigos que quedaba vivo era Richard Parker. A éste, como se recordará, yo lo había derribado de un golpe con el brazo de la bomba al comienzo de la refriega. Ahora yacía inmóvil Junto a la puerta del camarote hecha astillas: pero al tocarle Peters con el pie, habló pidiéndole clemencia. Sólo tenía una ligera herida en la cabeza, y si había perdido el conocimiento era a causa de la contusión. Se puso en pie y, por el pronto, le atamos las manos a la espalda. El perro seguía gruñendo encima de Jones: pero, después de un examen, vimos que estaba muerto, y un chorro de sangre le manaba de una profunda herida en la garganta, infligida por los agudos colmillos del animal.

Era alrededor de la una de la madrugada, y el viento seguía soplando con furia tremenda. Evidentemente, el bergantín trabajaba más de lo corriente, y era absolutamente necesario hacer algo para aliviar su situación. A cada cabeceo a sotavento, embarcaba una ola, varias de las cuales llegaron parcialmente hasta la cámara durante nuestra refriega, pues al bajar yo había dejado abierta la escotilla. Toda la obra muerta de babor había sido arrastrada por el mar, así como el fogón, junto con el bote que estaba encima de la bovedilla. Los crujidos y las vibraciones del palo mayor también indicaban que estaba próximo a romperse. A fin de hacer más sitio para la estiba en la bodega de popa, el pie de este mástil se había fijado en el entre puente (práctica perniciosa a que a veces recurren por ignorancia los constructores de barcos), de modo que corría un peligro inminente de que fuera arrancado. Y paré colmo de nuestras dificultades, sondamos la caja de bombas y vimos que no tenía menos de dos metros de agua.

Abandonando los cadáveres que yacían en la cámara, nos pusimos a trabajar inmediatamente con las bombas. A Parker, naturalmente, se le dejó en libertad para que nos ayudase en la tarea. Vendamos el brazo de Augustus lo mejor posible, y hacía lo que podía, que no era mucho. Pero descubrimos que podíamos impedir que el agua subiese de nivel manteniendo constantemente en funcionamiento una bomba. Como sólo éramos cuatro, el trabajo resultaba excesivo; pero tratamos de conservar los ánimos, y esperábamos con ansiedad el alba, pues teníamos el propósito de aligerar el bergantín cortando el palo mayor.

De este modo, pasamos una noche de terrible ansiedad y fatiga, y cuando al fin amaneció, la tempestad no había amainado ni daba muestras de querer amainar. Arrastramos los cadáveres a cubierta y los arrojamos por la borda; luego nos ocupamos del palo mayor. Una vez hechos los preparativos necesarios, Peters cortó el mástil (habíamos encontrado hachas en la cámara), mientras los demás manteníamos tensos los estays y los aparejos. Como el bergantín dio un tremendo bandazo a sotavento, se ordenó cortar los acolladeros de barlovento, con lo cual toda la masa de maderas y jarcias cayó al mar, desembarazada del bergantín y sin causarle ningún daño. Vimos que el barco no trabajaba tanto como antes, pero nuestra situación seguía siendo precaria, y, a pesar de nuestros desesperados esfuerzos, no conseguíamos achicar el agua sin el empleo de las dos bombas. La ayuda que podía prestarnos Augustus era realmente de poca importancia. Para aumentar nuestros apuros, una ola enorme descargó sobre el costado de barlovento, apartó al bergantín varios puntos del viento y, antes de que pudiera recobrar su posición, rompió otra ola sobre él y lo tumbó completamente de costado. El lastre se desplazó en masa sobre el costado de sotavento (la estiba llevaba ya un rato desplazándose a un lado y a otro) y por unos momentos creímos zozobrar irremisiblemente. Pero el barco se enderezó en parte, aunque el lastre seguía retenido a babor, por lo que era inútil pensar en hacer funcionar las bombas, las cuales hubieran hecho realmente poco, porque teníamos las manos en carne viva por el exceso de trabajo y nos sangraban de la manera más horrible.

Contra el consejo de Parker, nos pusimos a cortar el palo trinquete, y al fin lo conseguimos tras mucha dificultad, debido a la posición en que nos hallábamos. Al caer al mar, se llevó el bauprés y dejó al bergantín completamente convertido en un cascarón.

Por tanto, podíamos congratularnos aún de que nuestro bote no se lo hubiera llevado el mar, pues no había sufrido ninguna avería a pesar de las enormes olas que habían entrado a bordo. Pero esta alegría no nos duró mucho, pues faltos de trinquete y por tanto de su vela, que había mantenido firme al bergantín, el mar descargaba de lleno sobre nosotros y en cinco minutos nuestra cubierta fue barrida de popa a proa, el bote y su amuras destrozadas, e incluso el cabestrante pequeño hecho astillas. Realmente la situación no podía ser más deplorable para nosotros.

A mediodía pareció que la borrasca iba a amainar, pero nos llevamos un chasco desagradable, pues apenas calmada unos momentos, se reprodujo con redoblada

violencia. Hacia las cuatro de la tarde era completamente imposible mantenerse de pie de cara al viento, y al cerrar la noche no nos quedaba ni una sombra de esperanza de que el barco resistiese hasta la mañana.

A medianoche nos habíamos hundido bastante en el agua, de forma que llegaba ahora hasta el entre puente. Poco después, un golpe de mar arrancó el timón y se llevó toda la parte de popa que estaba fuera del agua, con lo que sufrió tal golpe al caer, en su cabeceo, como si hubiese encallado. No habíamos previsto que el timón nos faltase tan pronto, pues era inusitadamente fuerte y estaba colocado de un modo como no había visto nunca antes ni he visto después. Debajo de su pieza de madera principal había una serie de recias abrazaderas de hierro, y otras abrazaderas del mismo metal sujetaban el codaste. A través de estas abrazaderas pasaba una espiga de hierro forjado, muy gruesa, quedando así el timón firmemente sujeto y girando libremente sobre la espiga. Puede calcularse la terrible fuerza de las olas por el hecho de que las abrazaderas del codaste, que corrían a lo largo de él, estaban clavadas y remachadas; fueron separadas por completo de la sólida madera.

Apenas habíamos tenido tiempo de respirar, después de la violencia de este choque, cuando una de las olas más tremendas que he visto en mi vida rompió a bordo directamente sobre nosotros, barriendo la escalera de la cámara, reventando en las escotillas e inundando de agua hasta el último rincón del bergantín.

IX.-La pesca de víveres

Afortunadamente, poco antes de anochecer nos amarramos firmemente los cuatro a los restos del cabrestante, tumbándonos de este modo sobre la cubierta lo más aplastados posible. Esta precaución fue lo único que nos salvó de la muerte. De todas maneras, estábamos más o menos aturdidos por el inmenso peso de agua que nos cayó encima, y que no nos arrastró hasta que estuvimos casi exhaustos. Tan pronto pude recobrar el aliento, llamé en voz alta a mis compañeros. Pero sólo contestó Augustus, diciendo: “¡Todo se ha acabado para nosotros! ¡Dios tenga misericordia de nuestras almas!”

Poco a poco, los otros dos fueron recobrando el habla y nos exhortaron a tener ánimos, pues aún había esperanzas, sabiendo que era imposible que el bergantín se hundiese, debido a la naturaleza del cargamento y porque, además, parecía probable que la tempestad amainase por la mañana. Estas palabras me reanimaron; por extraño que parezca, aunque era obvio que un barco cargado de barricas de aceite vacías no puede sumergirse, yo había tenido hasta este momento tan confusa la mente, que no había caído en la cuenta, y el peligro que había temido más durante aquellas horas era el de que nos hundiésemos. Al renacer la esperanza en mi corazón, aproveché todas las

ocasiones para afianzar las ligaduras que me sujetaban a los restos del cabrestante, y en esta ocupación no tardé en descubrir que mis compañeros también estaban ocupados en lo mismo. La noche era muy oscura, y no intento describir el caos y el horrible y lúgubre estruendo que nos rodeaba. La cubierta se hallaba al nivel del agua, o más bien estábamos rodeados de altas crestas de espuma, parte de las cuales rompían a cada instante sobre nosotros. No sería exagerado decir que no teníamos la cabeza fuera del agua más que un segundo de cada tres. Aunque estábamos muy juntos, ninguno de nosotros podía ver a otro, ni siquiera nada de la parte del bergantín, sobre la cual éramos tan impetuosamente zarandeados. A intervalos, nos llamábamos unos a otros, intentando mantener viva la esperanza y dar consuelo y valor a quien más necesidad tenía de ello. La débil situación de Augustus le hacía objeto de la solicitud de todos nosotros; y como suponíamos que la herida en el brazo derecho había de imposibilitarle para sujetar sólidamente su amarra, nos figurábamos a cada instante que iba a ser arrastrado por las olas, y prestarle socorro era algo absolutamente imposible. Afortunadamente, se encontraba en el sitio más seguro, pues la parte superior de su cuerpo se cubría con un trozo de cabrestante roto, y las aguas, antes de caerle encima, perdían gran parte de su violencia. En cualquier otra posición que no fuese aquélla (en la que había quedado accidentalmente después de haberse atado él mismo en un sitio muy expuesto), hubiese perecido infaliblemente antes del amanecer. Debido a que el bergantín se hallaba muy echado hacia la banda, estábamos menos expuestos a ser arrebatados por las olas, como hubiese sucedido en otro caso. Como he dicho antes, el barco se inclinaba hacia babor, pero la mitad de la cubierta estaba constantemente bajo el agua. Por eso las olas, que entrechocaban por estribor, rompían contra el costado del barco, alcanzándonos solamente algunas rociadas de agua, mientras yacíamos tendidos boca abajo; por el contrario, las que venían por babor, las que se llaman olas de remanso, porque caen por la espalda, no podían cogernos con bastante ímpetu, a causa de nuestra posición, no tenían fuerza suficiente para soltarnos de nuestras amarras.

En tan espantosa situación permanecimos hasta que alumbró el día, mostrándonos con todo detalle los horrores que nos rodeaban. El bergantín era un simple tronco que rodaba a merced de las olas; la tempestad no había cedido sino para soplar con la fuerza de un huracán, y parecía que no podíamos esperar salvación alguna terrenal. Durante varias horas permanecimos en silencio, esperando a cada momento que se rompieran nuestras amarras, que los restos del cabrestante irían por la borda, o que algunas de las enormes olas que rugían en todas direcciones alrededor y por encima de nosotros sumergiese de tal modo el casco, que nos ahogásemos antes de volver a la superficie. Mas, por la clemencia de Dios, nos libraron de estos peligros inminentes, y hacia el mediodía nos reanimamos, recibiendo como una bendición los rayos del sol. Poco después notamos una sensible disminución de la fuerza del viento, y entonces, por primera vez desde la última parte de la noche anterior, Augustus habló, preguntándole a Peters, que era el que estaba más cerca de él, si creía que había alguna posibilidad de

salvación. Como no dio ninguna respuesta al principio a esta pregunta, todos creímos que el mestizo se había ahogado; pero en seguida, con gran alegría nuestra, empezó a hablar, aunque muy débilmente, diciendo que sentía grandes dolores a consecuencia del corte que la presión de las ligaduras le habían hecho en el estómago, que debía encontrar el medio de aflojarlas o moriría, pues era imposible que pudiese soportar por más tiempo aquella situación. Esto nos causó gran disgusto, pues era inútil pensar en ayudarle mientras el mar siguiera azotándonos como hasta entonces. Le exhortamos a que soportase sus sufrimientos con paciencia, y le prometimos aprovechar la primera oportunidad que se presentase para aliviarle. El mestizo replicó que sería demasiado tarde, que todo se acabaría para él antes de que pudiéramos hacerlo, y luego, después de quejarse durante unos minutos, se quedó silencioso, de lo cual dedujimos que había perecido.

Al caer la tarde, el mar se calmó, hasta el punto de que apenas rompía una ola contra el casco del lado de barlovento cada cinco minutos, y el viento había amainado bastante, aunque todavía soplaba una fuerte galerna. Hacía unas horas que no había oído hablar a ninguno de mis compañeros, y llamé a Augustus; pero me contestó tan débilmente que no pude entender lo que me dijo. Luego llamé a Peters y a Parker, de ninguno de los cuales recibí contestación.

Poco después caí en un estado de insensibilidad parcial, durante el cual vagaban por mi espíritu las imágenes más placenteras, como árboles de verdísimo follaje, ondulantes prados de sazonada mies, procesiones de bailarinas, tropas de caballería, y otras fantasías. Recuerdo ahora que, en todas las visiones que pasaron ante los ojos de mi imaginación, el movimiento era la idea predominante. Por eso, nunca me imaginé ningún objeto estacionario, tal como una casa, una montaña, o algo por el estilo; sólo veía molinos de viento, barcos, grandes aves, globos, gentes a caballo o conduciendo carruajes a gran velocidad, y otros objetos móviles similares que se me aparecían en sucesión interminable. Cuando salí de este estado, hasta donde podía adivinar, hacía ya una hora que brillaba el sol. Me costaba grandes esfuerzos recordar las diversas circunstancias relacionadas con mi situación y durante cierto tiempo permanecí firmemente convencido de que aún me hallaba en la cala del bergantín, junto a la caja, y de que el cuerpo de Parker era el de Tigre.

Cuando recobré por completo mis sentidos, vi que el viento era sólo una brisa moderada, y que el mar se hallaba en relativa calma, de modo que el bergantín sólo embarcaba agua por el centro de la cubierta. Mi brazo izquierdo se había desprendido de sus ligaduras, y estaba muy lacerado hacia el codo; mi brazo derecho estaba completamente entumecido y la mano y la muñeca extraordinariamente hinchados por la presión de la cuerda, que se había corrido desde el hombro hacia abajo. También me dañaba mucho otra cuerda que me rodeaba el pecho y que se había puesto tirante hasta un grado insufrible de presión. Al mirar hacia mis compañeros observé que Peters vivía aún, aunque tenía atada a la cintura una cuerda gruesa, tan apretada, que parecía como

si le hubiesen cortado en dos; al moverme yo me hizo una débil seña con la mano, indicándome la cuerda. Augustus no daba señales de vida, y estaba inclinado casi hasta doblarse sobre una astilla del cabrestante. Parker me habló cuando vio que me movía, y me preguntó si me restaban aún fuerzas suficientes para soltarle, asegurándome que si yo conseguía reuniendo las energías que me quedasen quizá pudiera salvarnos la vida, mientras que de otro modo pereceríamos todos. Le dije que se armara de valor, pues intentaría quitarle las ligaduras. Palpándome el bolsillo del pantalón, encontré el cortaplumas y, tras varios intentos infructuosos, conseguí abrirlo. Luego, con la mano izquierda logré soltar mi mano derecha y después corté las cuerdas que me sujetaban. Pero al intentar cambiar de postura sentí que se me doblaban las piernas y que no podía levantarme, ni mover mi brazo en dirección alguna. Al decirle a Parker lo que me sucedía, me aconsejó que me estuviese quieto durante unos momentos, agarrándome al cabrestante con la mano izquierda, para que de este modo se restableciese la circulación de la sangre. Al hacerlo así empezo a desaparecer el entumecimiento y pude mover primero una pierna y luego la otra, y poco después recobré parcialmente el uso del brazo derecho. Entonces, arrastrándome a gatas, con gran precaución, hasta Parker, sin conseguir sostenerme sobre mis piernas, le corté al instante las ligaduras y en poco tiempo también él recobró el uso parcial de las piernas. Sin pérdida de tiempo le soltamos la cuerda a Peter. A través de la pretina de su pantalón de lana y de dos camisetas, le había hecho una profunda herida que le llegaba hasta la ingle, de la que, al quitarle la cuerda, le manaba la sangre copiosamente. Pero tan pronto como se sintió libre, nos dijo que había experimentado un alivio instantáneo, siendo capaz de moverse con mayor facilidad que Parker y que yo; sin duda, esto era debido a la descarga de la sangre.

Teníamos pocas esperanzas de que Augustus se recobrase, pues no daba señales de vida; pero, al acercarnos a él, vimos que simplemente estaba desmayado por la pérdida de sangre, pues las vendas que le habíamos puesto en el brazo herido habían sido arrancadas por las olas; ninguna de las cuerdas que le sujetaban al cabrestante estaba suficientemente apretada para ocasionarle la muerte. Después de haberle quitado las ligaduras, conseguimos apartarle del trozo de madera que estaba cerca del cabrestante, lo pusimos a buen resguardo en un sitio a barlovento, con la cabeza un poco más baja que el cuerpo, dedicándonos los tres a darle fricciones en los miembros. Al cabo de media hora volvió en sí, aunque hasta la mañana siguiente no dio muestras de conocemos, ni tuvo suficientes fuerzas para hablar. Cuando acabamos de quitarnos las ligaduras ya era completamente de noche, y comenzaba a nublarse, lo cual nos angustió profundamente, pues temíamos que volviese a soplar viento fuerte, en cuyo caso nada nos salvaría de perecer, dada nuestra extenuación. Por fortuna, el viento continuó muy moderado durante la noche y el mar se iba calmado a cada minuto, haciéndonos concebir grandes esperanzas de salvación. Soplaba una ligera brisa del noroeste, pero no hacía nada de frío. Augustus fue atado cuidadosamente del lado de barlovento, de

manera que no pudiera escurrirse con los balanceos del barco, pues estaba demasiado débil para sostenerse solo. Nosotros no teníamos ya necesidad de atarnos. Permanecimos sentados muy juntos, amparándonos unos a otros con la ayuda de las cuerdas rotas en tomo al cabrestante, mientras trazábamos planes para librarnos de nuestra espantosa situación. Sentimos mucho alivio al quitarnos la ropa y retorcerla para que soltase el agua. Cuando nos la pusimos de nuevo sentimos un agradable calor que nos vigorizó en no escaso grado. Le ayudamos a Augustus a quitarse la ropa, se la retorcimos y también experimentó la misma agradable sensación.

Ahora nuestros principales sufrimientos eran el hambre y la sed, y cuando comenzamos a pensar en el medio de buscar algún alivio a este respecto se nos encogió el corazón, y casi deploramos haber escapado de los peligros menos temibles del mar. Sin embargo, procuramos consolarnos con la esperanza de que nos recogiese en breve algún barco, y nos dimos ánimos mutuamente para soportar con entereza los infortunios que pudieran acaecernos.

Al fin alboreó la mañana del día catorce, y el tiempo seguía siendo despejado y tranquilo, con brisa firme pero ligera del noroeste. El mar estaba en completa calma y como, por alguna causa que no podía determinar, el bergantín no se inclinaba tanto sobre la banda como antes, la cubierta estaba relativamente seca y podíamos movernos con libertad. Llevábamos ya más de tres días con sus noches sin comer ni beber, por lo que se nos hizo absolutamente necesario intentar subir algo de abajo. Como el bergantín estaba lleno de agua por completo, nos dispusimos a esta tarea desalentadora, y con muy pocas esperanzas de llegar a conseguir algo. Nos hicimos una especie de draga valiéndonos de unos clavos que arrancamos de los restos de la cubierta de escotilla y los clavamos en dos trozos de madera. Amarrándolos en forma de cruz, los atamos al extremo de una cuerda y los arrojamos a la cámara, arrastrándolos de un lado para otro, con la débil esperanza de enganchar así algún artículo que nos sirviese de alimento, o que al menos nos proporcionase el medio de obtenerlo. Pasamos la mayor parte de la mañana dedicados a esta tarea, sin pescar nada más que unas ropas de cama que se engancharon enseguida en los clavos. En verdad, nuestro invento era tan tosco, que apenas podía esperarse mayor éxito.

Luego probamos en el castillo de proa, pero igualmente en vano, y ya estábamos al borde de la desesperación, cuando Peters propuso que le atásemos una cuerda al cuerpo y le dejásemos intentar subir algo, buceando en la cámara. La proposición fue acogida con todo el entusiasmo que, al reavivar la esperanza, podía inspirar. Inmediatamente se despojó de sus ropas, con excepción de los pantalones, y le atamos cuidadosamente una gruesa cuerda a la cintura, haciéndosela pasar por encima de sus hombros, de modo que no hubiese ninguna posibilidad de que se deslizase. La tarea era de gran dificultad y peligro, pues, como esperábamos encontrar poca cosa, si encontrábamos alguna provisión en la cámara, era necesario que el buceador, tras de permanecer él mismo abajo, tenía que dar una vuelta a la derecha y seguir bajo el agua a una distancia de tres

o tres metros y medio, por un pasillo estrecho, hasta el almacén, y volver sin haber respirado.

Una vez preparado todo, Peter descendió a la cámara, bajando por la escala de toldilla, hasta que el agua le llegó a la barbilla. Entonces se zambulló de cabeza, torciendo a la derecha mientras fondeaba, y tratando de llegar al almacén. Pero esta primera tentativa fue totalmente infructuosa. Antes de medio minuto, sentimos tirar violentamente de la cuerda (era la señal convenida para cuando desease que lo subiéramos). Por tanto, lo subimos inmediatamente, pero con tan poca precaución, que le dimos un fuerte golpe contra la escalera. No traía nada, pues no había podido penetrar más que muy poco en el pasillo, debido a los constantes esfuerzos que tuvo que hacer para no subir flotando hasta el techo. Al salir estaba muy cansado y tuvo que descansar un cuarto de hora largo antes de aventurarse a descender de nuevo.

La segunda tentativa dio peores resultados aún; pues permaneció tanto tiempo debajo del agua sin dar la señal para izarlo, que, alarmados por su seguridad, lo sacamos y vimos que estaba casi asfixiado, pues, según nos dijo, había tirado repetidas veces de la cuerda sin que lo notáramos. Probablemente, esto se debió a que una parte de la cuerda se había enredado en la balaustrada, al pie de la escalera. La balaustrada era un estorbo tan grande, que decidimos quitarla, si era posible, antes de proseguir nuestros propósitos. Como no teníamos más medio de quitarla que por fuerza mayor, nos metimos los cuatro en el agua hasta donde nos fue posible, bajando por la escalera, y dando un fuerte tirón con todas nuestras fuerzas unidas, logramos echarla abajo.

La tercera tentativa fue tan infructuosa como las dos anteriores, y nos convencimos de que no podría hacerse nada sin la ayuda de algún peso que asegurase al buceador y le mantuviese en el fondo de la cámara mientras verificaba sus pesquisas. Durante un buen rato estuvimos buscando en vano algo que pudiera servirnos para nuestros fines; al fin, con gran alegría nuestra, descubrimos que una de las cadenas del barco estaba tan suelta, que se podía arrancar con facilidad. Atada a uno de los tobillos de Peters, éste hizo su cuarto descenso a la cámara, y esta vez consiguió llegar a la despensa. Mas, con gran pesar suyo, la encontró cerrada, y tuvo que volverse sin haber entrado, pues ni con los mayores esfuerzos podía permanecer bajo el agua más de un minuto, a lo sumo. Realmente la cosa tomaba un cariz siniestro, y ni Augustus ni yo nos pudimos contener y nos deshicimos en lágrimas al pensar en el cúmulo de dificultades que nos surgían y las pocas posibilidades que teníamos de salvarnos. Pero esta debilidad no duró mucho. Postrándonos de rodillas, rezamos a Dios implorando su ayuda en los infinitos peligros que nos amenazaban, y nos alzamos con esperanza y ánimo renovados para pensar en lo que aún podía hacerse con medios humanos para conseguirmos nuestra salvación.

X.-El barco misterioso

Poco después ocurrió un incidente que me inclino a considerarlo como el más emocionante, como el más repleto primero de extremos de placer y luego de terror, hasta puntos que jamás he experimentado en nueve años largos, llenos de los acontecimientos más sorprendentes y, en muchos casos, de la índole más extraña e inconcebible. Estábamos tendidos sobre cubierta, cerca de la escalera de la cámara, discutiendo la posibilidad de llegar hasta la despensa, cuando, al mirar a Augustus, que estaba echado enfrente de mí, noté que se ponía de pronto intensamente pálido y que le temblaban los labios del modo más singular e inexplicable. Muy alarmado, le pregunté qué le sucedía, pero no me contestó, y va empezaba a creer que se había puesto malo de repente, cuando advertí que sus ojos se clavaban aparentemente como en un objeto que hubiese detrás de mí. Volví la cabeza, y jamás olvidaré el éxtasis de alegría que estremeció todas las fibras de mi ser, al ver un gran bergantín que se dirigía hacia nosotros y que no estaba más que a unas dos millas. Me puse de pie de un brinco, como si de repente me hubiesen dado un tiro en el corazón, y extendiendo los brazos en dirección al barco, permanecí de este modo, inmóvil e incapaz de articular una sola palabra. Peters y Parker estaban igualmente emocionados, aunque con reacciones distintas. El primero bailaba por la cubierta como un loco, lanzando las más extravagantes baladronadas, mezcladas con aullidos e imprecaciones, mientras que el último estalló en lágrimas y estuvo durante varios minutos llorando como un niño.

El barco que teníamos a la vista era un gran bergantín goleta, de construcción holandesa, pintado de negro y con un reluciente y dorado mascarón de proa. Evidentemente había corrido muchísimos temporales y supusimos que había sufrido mucho con la tempestad que tan desastrosa había resultado para nosotros, pues había perdido el mastelero de proa y parte de los antepechos de estribor. Cuando le vimos por primera vez, estaba, como he dicho ya, a unas dos millas y a barlovento, dirigiéndose hacia nosotros. La brisa era muy suave, y lo que más nos sorprendió fue que no trajera más velas desplegadas que la vela mayor y el trinquete, con un petifoque, por lo que, naturalmente, navegaba con gran lentitud, exaltando nuestra impaciencia hasta el frenesí. También observamos, a pesar de lo excitados que estábamos, su rara manera de navegar. Guiñaba de tal modo, que en una o dos ocasiones pensamos que era imposible que pudiese vernos, o supusimos que, habiéndonos visto, pero no descubriendo a nadie a bordo del sumergido bergantín, viraba a bordo para tomar otra dirección. En cada una de estas ocasiones nos desgañitábamos y gritábamos con toda la fuerza de nuestros pulmones, cuando parecía que el buque desconocido iba a cambiar por un momento de intención y que de nuevo se dirigía hacia nosotros, repitiendo esta singular conducta dos o tres veces, por lo que al fin pensamos que no había ningún otro modo de explicarnos el caso sino suponiendo que el timonel estaba borracho.

No vimos ninguna persona sobre los puentes hasta que llegó a un cuarto de milla de nosotros. Entonces vimos a tres marineros, a quienes por sus trajes tomamos por

holandeses. Dos de ellos estaban tumbados sobre unas velas viejas, cerca del castillo de proa, y el tercero, que parecía contemplarnos con gran curiosidad, se inclinaba sobre la borda de estribor, cerca del bauprés. Este último era un hombre alto y fornido, muy moreno de piel. Por su actitud, parecía estar animándonos a tener paciencia, inclinándose hacia nosotros de un modo alegre, aunque más bien extraño y sonriendo constantemente, dejando al descubierto una blanca y reluciente dentadura. Mientras el buque se acercaba más, vimos que el gorro de franela rojo que tenía puesto se le caía de la cabeza al agua: pero él prestó poca o ninguna atención a esto, continuando con sus extrañas sonrisas y gesticulaciones. Relato estas cosas y circunstancias minuciosamente, y ha de tenerse en cuenta que las relato precisamente tal como nos parecían a nosotros.

El bergantín se acercaba lentamente, y ahora más uniformemente que antes, y —no puedo hablar con calma de este acontecimiento— nuestros corazones saltaron locamente dentro de nuestros pechos, arrancándonos gritos del alma y expresiones de agradecimiento a Dios por la definitiva, inesperada y afortunada salvación, que ya dábamos por descontada. Repentinamente, y de golpe, llegó flotando sobre el océano desde el misterioso barco (que ahora estaba muy cerca de nosotros) un olor, una pestilencia tal, que no hay palabras en el mundo con que expresarla, ni es posible formarse idea alguna del infernal, asfixiante, insufrible e inconcebible hedor.

Abrí la boca para respirar y, volviéndome hacia mis compañeros, advertí que estaban más pálidos que el mármol. Pero no teníamos tiempo para preguntas ni conjecturas; el bergantín estaba a unos quince metros de nosotros, y parecía tener intención de abordarnos por la proa, para que pudiéramos pasar a él sin necesidad de lanzar ningún bote al agua. Echamos a correr a popa, cuando de repente una gran guiñada lo apartó cinco o seis puntos del derrotero que llevaba y, cuando pasaba a unos cinco metros de nuestra popa, vimos perfectamente sus cubiertas. ¿Olvidaré algún día el triple horror de aquel espectáculo? Veinticinco o treinta cuerpos humanos, entre los cuales había varias mujeres, yacían esparcidos entre la popa y la cocina, en el último y más repugnante estado de putrefacción. ¡Y vimos claramente que no había ni un ser vivo a bordo de aquel barco fatídico! ¡Y, sin embargo, no dejábamos de gritar pidiendo auxilio! ¡Sí; prolongada y estentóreamente rogábamos, en la angustia del momento, a aquellas figuras silenciosas y desagradables que permaneciesen con nosotros, que no nos abandonasen hasta llegar a ser como ellas, que nos acogiesen en su grata compañía! Estábamos locos de horror y desesperación; completamente locos de angustia por la decepción sufrida.

Nuestro primer alarido de terror fue contestado por algo, cerca del bauprés del extraño barco, tan parecido al grito de una voz humana que el oído más fino se hubiera engañado y sorprendido.

En este instante otra súbita guiñada descubrió a nuestros ojos la parte del castillo de proa, y comprendimos al instante el origen del sonido. Vimos la alta y robusta figura que aún seguía inclinada sobre la borda, con la cabeza caída y moviéndose de un lado a

otro; pero ahora tenía la cara vuelta y no podíamos contemplar su rostro. Tenía los brazos extendidos sobre el pasamanos, con las palmas de las manos colgando hacia fuera. Sus rodillas se apoyaban sobre una recia cuerda, tendida muy tirante desde el pie del bauprés hasta una serviola. Sobre su espalda, de la que le había sido arrancada parte de su camisa, dejándosela al desnudo, se posaba una gaviota enorme, que se alimentaba ávidamente de la horrible carne, con su pico y sus garras profundamente hundidos en ella, y su blanco plumaje todo manchado de sangre. Mientras el bergantín viraba como para vernos mejor, el ave alzó con dificultad su enrojecida cabeza y, después de mirarnos un momento como estupefacta, se alzó perezosamente del cuerpo sobre el que estaba comiendo y, echándose a volar en línea recta hacia nuestra cubierta, se cernió sobre nosotros con un trozo de carne, semejante al hígado, en el pico. El horrible trozo cayó al fin, produciendo un tétrico ruido, junto a los pies de Parker. Que Dios me perdone, pero entonces pasó por mi mente, por primera vez, un pensamiento que no mencionaré, y me vi dando un paso hacia el sanguinolento despojo. Levanté los ojos, y las miradas de Augustus se cruzaron con la mía con tan energético e intenso acento de censura, que en el acto recobré mis sentidos. Me lancé adelante rápidamente y, estremeciéndome hasta la medula, arrojé al mar aquel espantoso pedazo de carne.

El cuerpo de donde había sido arrancado, apoyándose como lo estaba sobre la cuerda, era balanceado con facilidad de un lado para otro bajo los picotazos del ave carnívora, y éste era el movimiento que nos había hecho creer al principio que se trataba de un ser vivo. Pero al librarlo la gaviota de su peso, giró sobre sí mismo y cayó parcialmente hacia arriba, de modo que la cara quedó por completo al descubierto. ¡Jamás vi cosa más horriblemente pavorosa! Los ojos habían desaparecido, así como toda la carne de alrededor de la boca, dejando la dentadura totalmente al aire. ¡Y ésta era la sonrisa que nos había colmado de esperanza! ¡Aquella era..., pero no, me contengo! El bergantín, como ya dije, pasó por nuestra popa y siguió lenta, pero invariablemente hacia sotavento. Con él y con su terrible tripulación se fueron todas nuestras alegres visiones de salvación y contento. Tan pausadamente como pasó cerca de nosotros, nos hubiera sido fácil encontrar medios de abordarlo; pero nuestra repentina decepción y la pavorosa naturaleza del descubrimiento que la acompañó, dejaron postradas por completo todas nuestras facultades mentales y corporales. Habíamos visto y sentido, pero no pudimos pensar ni obrar, hasta que, ¡ay!, era ya demasiado tarde. ¡Hasta qué grado este incidente había debilitado nuestros cerebros, puede juzgarse por el hecho de que, cuando el bergantín estaba tan lejos que ya no veíamos más que la mitad de su casco, discutimos seriamente la proposición de alcanzarlo a nado!

Posteriormente he intentado en vano obtener alguna pista que aclarara la horrible incertidumbre que envolvía el destino del barco desconocido. Su construcción y su aspecto general, como ya he afirmado, nos inclinaban a creer que era un mercante holandés, y la ropa de la tripulación confirmaba esta suposición. Podíamos haber visto

fácilmente el nombre del buque en la popa, así como hacer otras observaciones, que nos hubieran orientado para aclararnos su naturaleza; pero la intensa agitación del momento nos cegó para todas las indagaciones de esta índole. Por el color azafranado de los cadáveres que no estaban totalmente descompuestos dedujimos que toda la tripulación había perecido de fiebre amarilla, o de alguna otra enfermedad contagiosa de la misma terrible especie. Si éste era el caso (y no sé qué otra cosa imaginar), la muerte, a juzgar por las posiciones de los cadáveres, debía de haberles sobrevenido de una manera tremadamente repentina y abrumadora, de un modo totalmente distinto del que suele caracterizar incluso a las pestes más mortíferas conocidas por la humanidad. Es posible, también, que un veneno, accidentalmente introducido en algunos de sus almacenes, hubiese originado aquel desastre; o que hubieran comido alguna especie de pescado desconocido y venenoso, o de algún otro animal marino o ave oceánica. Pero es inútil de todo punto hacer conjeturas donde todo está envuelto, y lo seguirá estando seguramente para siempre, por el más pavoroso e insondable misterio.

XI.-La botella de oporto

Pasamos el resto del día en un estado de necio estupor, contemplando el barco que se alejaba, hasta que la oscuridad, al ocultarlo de nuestra vista, nos devolvió en cierta medida los sentidos. Retornaron entonces las punzadas del hambre y de la sed, absorbiendo todos los demás cuidados y preocupaciones. Pero no se podía hacer nada hasta por la mañana y, afianzándonos como nos pareció mejor, procuramos descansar un poco. En esto yo fui más allá de mis esperanzas, pues dormí hasta que mis compañeros, menos afortunados que yo, me despertaron al romper el día para reanudar nuestras tentativas de sacar provisiones del barco.

Reinaba ahora una calma chicha, con un mar tan terso como jamás lo he visto, y hacía un tiempo cálido y agradable. El bergantín había desaparecido de nuestra vista. Comenzamos nuestras operaciones arrancando, con algún trabajo, otra cadena, y atando ambas a los pies de Peters, éste intentó de nuevo llegar a la puerta de la despensa, creyendo que podría forzarla, siempre que tuviese tiempo suficiente para ello, cosa que esperaba conseguir, porque el barco se mantenía más quieto que antes.

Logró llegar muy rápidamente a la puerta y, quitándose una de las cadenas de su tobillo, se esforzó por abrir un paso con ellas; pero fue en vano, pues el armazón del cuarto era más sólido de lo previsto. Estaba tan completamente exhausto por su larga permanencia bajo el agua, que fue absolutamente necesario que otro de nosotros cumpliese su cometido. Para este servicio se ofreció inmediatamente Parker; pero después de tres ineficaces tentativas, no consiguió ni siquiera acercarse a la puerta. El

estado del brazo herido de Augustus le inutilizaba para que él intentase la empresa, pues hubiera sido incapaz de forzar la puerta aunque hubiese llegado hasta ella, y, por lo tanto, recayó sobre mí trabajar por nuestra salvación común.

Peters había dejado una de las cadenas en el pasillo, y noté, al sumergirme, que no tenía suficiente contrapeso para mantenerme en el fondo, por lo que decidí que, en mi primera tentativa, no haría más que recoger la otra cadena. Al andar a tientas a lo largo del suelo del pasillo sentí una cosa dura, que cogí inmediatamente y, no teniendo tiempo de comprobar qué era, me volví y subí al instante a la superficie. La presa resultó ser una botella de vino, y es de imaginar nuestra alegría cuando diga que estaba llena de vino de Oporto. Dando gracias a Dios por esta ayuda oportuna y animadora, la descorchamos inmediatamente con mi cortaplumas y, echando cada uno un trago moderado, sentimos el más indescriptible alivio con el calor, fuerza y ánimos que nos dio la bebida. Luego volvimos a tapar la botella cuidadosamente y, por medio de un pañuelo, la colgamos de tal modo que no había posibilidad alguna de que se rompiera.

Después de haber descansado un rato tras este feliz descubrimiento, descendí de nuevo y recuperé la cadena, con la que volví a subir al instante. Me la até entonces y bajé por tercera vez, quedando completamente convencido de que por muchos esfuerzos que hiciese, en tales condiciones, no sería capaz de forzar la puerta de la despensa. Así es que regresé a la superficie lleno de desesperación. Parecía que ya no había lugar a esperanza alguna, y pude notar en los semblantes de mis compañeros que se habían resignado a perecer. El vino les había producido, evidentemente, una especie de delirio, del que yo me había librado tal vez por las inmersiones que había realizado después de beberlo. Hablaban incoherentemente de cuestiones que no tenían relación alguna con nuestra situación, haciéndome Peters repetidas preguntas acerca de Nantucket. Recuerdo que también Augustus se me acercó con un aire muy serio y me pidió que le prestase un peine de bolsillo, pues tenía el pelo lleno de escamas de pescado y deseaba quitárselas antes de desembarcar. Parker parecía algo menos afectado por la bebida, pero me apremiaba a que me dirigiese a tientas a la cámara para subir el primer artículo que se me viniese a la mano. Accedí a ello y, a la primera tentativa, después de estar bajo el agua un minuto largo, subí con un pequeño baúl de cuero, que pertenecía al capitán Barnard. Lo abrimos inmediatamente con la débil esperanza de que contuviese algo de comer o de beber, pero sólo encontramos una caja de navajas de afeitar y dos camisas de lienzo. Bajé de nuevo y regresé sin éxito alguno. Al sacar la cabeza fuera del agua oí un chasquido sobre cubierta y, al asomarme, vi que mis compañeros se habían aprovechado desgradecidamente de mi ausencia para beberse el resto del vino, habiendo dejado caer la botella al tratar de volver a colocarla antes de que yo los viese. Al censurarles por la falta de corazón de su conducta, Augustus se echó a llorar. Los otros dos procuraron tomarlo a broma; pero deseó no volver a contemplar jamás una risa como la suya: la distorsión de su semblante era horriblemente espantosa. Era evidente que el estímulo del vino, en sus estómagos vacíos, había operado un rápido y violento efecto, y que

estaban completamente ebrios. Con grandes dificultades, logré convencerlos para que se echasen, cayendo inmediatamente en un profundo sopor, acompañado de estrepitosos ronquidos.

En aquellos momentos me encontraba realmente solo en el bergantín, y mis reflexiones eran, pueden estar seguros, de la índole más siniestra y espantosa. Ninguna perspectiva se ofrecía a mi vista, a no ser la de una muerte lenta por hambre o, en el mejor de los casos, ser tragados por la primera tempestad que se levantase, pues, en el estado tan exhausto en que nos encontrábamos, no había esperanza alguna de que resistiéramos otro temporal.

Las dentelladas del hambre que sufría ahora eran casi insopportables, por lo que me sentí capaz de todo para aplacarla. Corté con mi cortaplumas un pequeño trozo de cuero del baúl e intenté comerlo, pero me fue totalmente imposible tragár un solo bocado, aunque sentí que mis sufrimientos se aliviaban un poco mascando trocitos de cuero y escupiéndolos después. Al anochecer mis compañeros se despertaron, uno tras otro, en un indescriptible estado de debilidad y horror, producido por el vino, cuyos vapores ya se habían disipado. Temblaban como si tuviesen una fiebre violenta, y lanzaban los gritos más desgarradores pidiendo agua. Su estado me afectó muchísimo, causándome alegría al mismo tiempo que una serie de afortunadas circunstancias me hubiesen impedido beber más vino, y consiguientemente participar de su melancolía y de sus angustiosas sensaciones. Pero su conducta me alarmaba y me inquietaba mucho, pues era obvio que de no ocurrir algún cambio favorable, ninguna ayuda podían proporcionarme en vistas a nuestra salvación común. Yo no había renunciado aún por completo a la idea de ser capaz de sacar algo de la despensa, pero no podía hacer otra tentativa hasta que uno de ellos fuese lo suficientemente dueño de sí mismo para ayudarme a sostener el extremo de la cuerda mientras yo descendía. Parker parecía estar algo más despejado que los otros, por lo que traté por todos los medios de despabilarlo. Creyendo que una zambullida en el agua del mar le produciría efectos beneficiosos, conseguí atarle alrededor de su cuerpo el extremo de una cuerda, y luego, llevándolo a la escalera de la cámara (permanecía completamente pasivo mientras tanto), lo empujé e inmediatamente lo saqué. Tenía buenas razones para congratularme por haber llevado a cabo el experimento, pues parecía estar más animado y sentirse con más fuerzas. Al sacarlo del agua me preguntó, muy juiciosamente, por qué le había dado aquel baño. Cuando le expliqué el motivo, me expresó su gratitud, y me dijo que se sentía mucho mejor después de la inmersión, conversando luego muy razonablemente acerca de nuestra situación. Resolvimos después tratar a Peters y a Augustus del mismo modo, cosa que hicimos inmediatamente, experimentando ambos muy beneficiosos resultados por el remojón. Esta idea de la inmersión repentina me la sugirió el recuerdo de la lectura de algún libro de medicina en el que se hablaba del buen resultado de la ducha en los casos en que el paciente sufre de manía a potu.

Al ver que ahora podía confiar en que mis compañeros sujetasen el extremo de la cuerda, me volví a sumergir tres o cuatro veces hasta la cámara, aunque ya era completamente de noche y un suave pero largo oleaje moviese algo al bergantín. En el curso de esta tentativa conseguí sacar dos navajas, un cántaro vacío y una manta, pero nada que pudiera servirnos de alimento. Después de recoger estas cosas, continué mis esfuerzos, hasta que me hallé completamente exhausto; pero no di con nada más. Durante la noche, Peters y Parker se ocuparon por turno en la misma faena, pero tampoco dieron con nada, y dejamos de buscar desesperados, convencidos de que nos habíamos molestado en balde.

Pasamos el resto de la noche en un estado tal de angustia mental y física, como es fácil imaginar. Al fin amaneció el día dieciséis, y escudriñamos ansiosamente el horizonte, pero sin ver indicio alguno de salvación. El mar seguía tranquilo, con sólo un largo oleaje hacia el norte, como el día anterior. Éste era el sexto día que no habíamos probado bocado ni bebido más que la botella de vino de Oporto, y era evidente que podíamos sostenemos por muy poco tiempo, a menos que encontrásemos algo. Jamás he visto, ni deseo ver de nuevo, a seres humanos tan demacrados como a Peters y Augustus. Si me los hubiese encontrado en tierra en aquel estado, no hubiera tenido la más leve sospecha de que fueran ellos. Sus rostros habían cambiado por completo de aspecto, de modo que no podía creer que fuesen realmente los mismos individuos que me acompañaban pocos días antes. Parker, aunque en un triste estado y tan débil que no podía levantar la cabeza del pecho, no estaba tan mal como los otros dos. Sufría con gran paciencia, sin quejarse y tratando de inspiramos confianza por todos los medios que le era dable imaginar. En cuanto a mí, aunque al comienzo del viaje hubiese gozado de poca salud, y siempre había sido de constitución delicada, sufría menos que ellos, estaba mucho menos delgado y conservaba mis facultades mentales en un grado sorprendente, mientras que el resto de mis compañeros las tenían completamente agotadas y parecían haber vuelto a una especie de segunda infancia, acompañando sus expresiones de sonrisas imbéciles y diciendo las estupideces más absurdas. Pero a intervalos parecían reanimarse de pronto, como impulsados por la conciencia de su situación, poniéndose entonces de pie de un salto, con una brusca y vigorosa sacudida, y hablando, durante un breve rato, de sus esperanzas, de un modo completamente racional, aunque embargados por la desesperación más intensa. Es posible, sin embargo, que mis compañeros creyesen que se hallaban en buenas condiciones, y que viesen en mí las mismas extravagancias e imbecilidades que yo observaba en ellos. Aunque éste es asunto que no se puede determinar.

Hacia el mediodía, Parker declaró que veía tierra por el costado de babor, y me costó gran esfuerzo impedir que se arrojase al mar para alcanzarla a nado. Peters y Augustus apenas hicieron caso de lo que él decía, entregados aparentemente a una sombría contemplación. Al mirar en la dirección indicada, yo no podía advertir la más leve apariencia de tierra, y además me daba perfecta cuenta de que nos hallábamos muy lejos

de tierra para abrigar una esperanza de tal índole. Sin embargo, me costó mucho tiempo convencer a Parker de su error. Entonces se deshizo en un torrente de lágrimas, llorando como un niño, dando grandes gritos y sollozos durante dos o tres horas, y cuando se sintió agotado, cayó dormido.

Peters y Augustus hicieron varias tentativas infructuosas para tragar trocitos de cuero. Yo les aconsejé que lo mascasen y lo escupiesen después, pero estaban excesivamente debilitados para seguir mi consejo. Yo seguía masticando trozos de vez en cuando, y sentía cierto alivio; mi principal sufrimiento era la falta de agua y si logré dominarme para no beber un sorbo de la del mar fue recordando las terribles consecuencias que esto le había acarreado a otros naufragos en situación similar a la nuestra.

El día iba transcurriendo así, cuando de repente divisé una vela hacia el este, por nuestro costado de babor. Parecía ser un barco grande y seguía un derrotero que casi cruzaba el nuestro, hallándose probablemente a doce o quince millas de distancia. Ninguno de mis compañeros lo había visto aún, y no quise decírselo de momento, por si volvíamos a llevarnos un desengaño. Al fin, cuando estuve más cerca, vi claramente que venía hacia nosotros con las velas ligeras desplegadas. Entonces no pude contenerme más y se lo señalé a mis compañeros de sufrimiento. Inmediatamente se pusieron en pie de un brinco, cayendo de nuevo en las más extravagantes demostraciones de alegría, llorando, riendo como idiotas, saltando, dando patadas en la cubierta, mesándose los cabellos y rezando y blasfemando alternativamente. Yo estaba tan conmovido por su comportamiento, así como por lo que ahora consideraba una perspectiva de segura salvación, que no pude por menos de unirme a sus locuras y di rienda suelta a mis impulsos de gratitud y éxtasis echándome a rodar por la cubierta, palmoteando, gritando y realizando otros actos similares, hasta que de repente volví de nuevo en mí, y una vez más a un estado de extrema desesperación y miseria humanas. Al ver que el barco nos presentaba de lleno su popa y que navegaba en dirección casi opuesta a la que al principio traía.

Pasó algún tiempo antes de que yo pudiese convencer a mis pobres compañeros del triste revés que nuestras esperanzas habían sufrido. A todas mis palabras contestaban con gestos y miradas de asombro que implicaban que no eran hombres para dejarse engañar por semejantes embustes. La conducta de Augustus fue la que más me afectó. A pesar de todo lo que yo decía o hacía, él insistía en que el barco se acercaba rápidamente a nosotros, y hacía preparativos para trasladarse a él. Se empeñaba en que unas algas que flotaban cerca del bergantín era el bote del barco, e intentó arrojarse a él, gritando y lamentándose del modo más desgarrador, cuando le impedí por la fuerza arrojarse al mar.

Cuando se calmó un poco continuamos observando el barco hasta que finalmente lo perdimos de vista, pues el tiempo empezó a ponerse brumoso y al mismo tiempo se alzaba una ligera brisa. Tan pronto como desapareció del todo, Parker se volvió hacia mí

con una expresión en su semblante que me produjo escalofríos. Había en él un aire de resolución que yo no había advertido en él hasta ahora, y antes de que despegase los labios el corazón me reveló lo que iba a decirme. Propuso, en pocas palabras, que uno de nosotros debía morir para salvar la vida de los otros.

XII.-La vida a la suerte

Desde hacía algún tiempo, yo ya había sospechado que tendríamos que llegar a este último y terrible extremo, y había resuelto interiormente aceptar la muerte en cualquier forma y bajo cualesquiera circunstancias antes que echar mano de tal recurso. Mi resolución no se había debilitado en modo alguno bajo la presente intensidad del hambre que padecía. La proposición no fue oída por Peters ni por Augustus. Por ello, llevé a Parker a un lado y, pidiéndole mentalmente a Dios poder bastante para disuadirle del horrible propósito que abrigaba, disputé con él durante largo rato, rogándole en nombre de todo lo que él tuviera por sagrado, y aduciéndole todos los argumentos que lo extremado del caso requería, para que abandonase la idea y no la mencionase a ninguno de los otros dos.

Escuchó todo lo que le dije sin intentar rebatir ninguno de mis argumentos, y yo empezaba a creer que lo había convencido. Pero cuando dejé de hablar, me espetó que sabía muy bien que todo lo que yo había dicho era verdad, que recurrir a tal extremo era la alternativa más horrible que podía concebir la mente humana, pero que él había soportado hasta donde la naturaleza humana puede resistir, y que era innecesario que pereciesen todos, cuando con la muerte de uno era posible, e incluso probable, que al fin se salvasen los demás. Añadió que yo podía evitarme el trabajo de amonestarle por tal propósito, pues ya lo había resuelto en su mente aun antes de la aparición del barco, y que sólo el barco que tuvo a la vista le había impedido hablar del asunto más prontamente.

Le rogué entonces que ya que no quería abandonar su propósito, lo difiriese al menos para otro día, para ver si entre tanto aparecía algún otro barco que pudiera salvarnos, aduciendo de nuevo cuantos argumentos se me ocurrieron como más adecuados para conmover la dureza de su naturaleza. Pero me contestó que no había hablado con nadie hasta ver llegado el último momento posible, que no podía vivir por más tiempo sin tomar sustento de cualquier clase, y que por eso otro día más sería demasiado tarde, pues al día siguiente se habría muerto.

Viendo que no podía conmoverle con nada de lo que le decía en tono suave, cambié de actitud y le dije que tuviese presente que yo era el que menos había sufrido de todos a consecuencia de nuestras calamidades; que, por consiguiente, mi salud y mis fuerzas se habían conservado hasta el momento mucho mejor que las de Augustus o Peters y

que las suyas propias; en una palabra, que estaba en condiciones de imponerle mi voluntad por la fuerza si era necesario, y que si trataba de dar a conocer a los demás de algún modo su designio sanguinario y caníbal, no vacilaría en arrojarlo al mar. Al oír estas palabras, se arrojó inmediatamente a mi garganta y, sacando una navaja, hizo varios esfuerzos infructuosos para clavármela en el estómago, atrocidad que sólo su excesiva debilidad le impidió cometer. Mientras tanto, yo, en el más alto grado de ira, le iba empujando hacia el costado del barco, con la clara intención de arrojarlo por la borda. Pero se salvó de este fin por la intervención de Peters, que se acercó y nos separó, preguntándonos la causa de nuestra desavenencia, cosa que le explicó Parker antes de que yo tuviera medio de impedírselo.

El efecto de estas palabras fue aún más terrible de lo que me había figurado. Tanto Augustus como Peters, quienes al parecer habían venido meditando desde hacía tiempo la misma espantosa idea que Parker había sido sencillamente el primero en expresar, se unieron a su propósito, insistiendo en que se llevase a cabo inmediatamente. Yo había calculado que por lo menos uno de los dos primeros conservaría la suficiente fuerza de voluntad para ponerse a mi lado y resistir cualquier tentativa de realizar tan espantoso designio; y, con la ayuda de uno de ellos, no tenía miedo de ser capaz de impedir su consumación. Al resultar fallidas mis esperanzas, me vi obligado a atender a mi propia seguridad, pues una mayor resistencia por mi parte podía ser considerada por aquellos hombres hambrientos causa suficiente para prescindir de jugar limpio en la tragedia que sin duda se desarrollaría rápidamente.

Les dije que estaba dispuesto a someterme a la proposición, rogándoles simplemente que la aplazasen por una hora, a fin de que hubiese una oportunidad de que la niebla que se había adensado en torno nuestro desapareciese, y ver si era posible volver a divisar el barco que habíamos visto. Con grandes dificultades obtuve de ellos la promesa de aguardar durante este tiempo, y, como había calculado (pues una brisa se aproximaba rápidamente), la niebla se disipó antes de que hubiese expirado la hora; mas, como no aparecía ningún barco a la vista, nos dispusimos a echar suertes.

Con la mayor repugnancia me detengo a relatar la espantosa escena que siguió, escena que, en sus más minuciosos detalles, ningún acontecimiento posterior ha podido borrar de mi memoria en lo más mínimo, y cuyo horrendo recuerdo amargará todos los momentos futuros de mi existencia. Pasaré, pues, por esta parte de mi relato con la mayor presteza que la índole de los acontecimientos de que tengo que hablar lo permita. El único medio que ideamos para la terrorífica lotería, en la que íbamos a tomar parte, consistió en echar pajas. Hicimos unas astillitas, y se acordó que fuera yo el que las sostuviese. Me retiré a un extremo del barco, mientras mis pobres compañeros silenciosamente se situaron en el opuesto, vueltos de espaldas hacia mí. La ansiedad más amarga que experimenté durante este drama horrible fue la del rato que estuve ocupado en la colocación de las astillas. Son pocas las ocasiones en que el hombre deja de sentir el más profundo interés por la conservación de su vida, y este interés aumenta

momentáneamente con la fragilidad del asidero al que se agarra la vida. Pero ahora que el silencioso, definitivo y grave asunto en que estaba comprometido (tan distinto de los tumultuosos peligros de la tempestad de los gradualmente próximos horrores del hambre) me permitió reflexionar sobre las pocas probabilidades que tenía de librarme de la más espantosa de las muertes —una muerte para el más espantoso de los fines—, todas las partículas que podían constituir mi energía volaron como plumas llevadas por el viento, dejándome desamparado y presa del más abyecto y lastimoso terror. Al principio no tuve ni fuerzas suficientes para reunir las pequeñas astillas de madera, pues mis dedos se negaban por completo a cumplir su oficio y las rodillas me entrechocaban con violencia. Por mi cerebro pasaron rápidamente miles de proyectos absurdos para evitar tener que participar en la terrible lotería. Pensé dejarme caer de rodillas ante mis compañeros, suplicándoles que me permitiesen librarme de aquella exigencia; lanzarme de repente sobre ellos y, matando a uno, hacer inútil la decisión mediante la suerte; en una palabra, hacer todo lo que fuera preciso menos seguir adelante con lo que tenía en las manos. Por último, después de esperar mucho tiempo en esta actitud estúpida, me volvió a la realidad la voz de Parker, quien me apremiaba para que les sacase a ellos de la terrible ansiedad que estaban sufriendo. Ni aun entonces acertaba a colocar las astillas en mi mano, pues sólo pensaba en toda clase de astucias para que a cualquiera de mis amigos le tocase la paja corta, pues se había acordado que quien sacase la más corta de las cuatro pajas de mi mano muriese para la salvación de los demás. Antes de que alguien intente condenarme por esta aparente crueldad, debe colocarse en una situación semejante a la mía.

Por fin ya no era posible más dilación y, con el corazón casi saltándose del pecho, avancé hacia la parte del castillo de proa, donde me estaban aguardando mis compañeros. Tendí la mano con las astillas, y Peters sacó inmediatamente una de ellas. Se había salvado...; al menos, su astilla no era la más corta, y ahora había otra posibilidad más en contra mía. Reuní todas mis fuerzas y le ofrecí las astillas a Augustus. También sacó inmediatamente una, y también se salvó; y ahora tenía las mismas probabilidades de morir o vivir. En aquel momento se apoderó de mi alma toda la fiereza del tigre, me dirigí hacia mi pobre compañero Parker, con el odio más intenso y diabólico. Pero este sentimiento no duró mucho y, al fin, con un convulsivo estremecimiento y cerrando los ojos, le tendí las dos astillas restantes. Transcurrieron más de cinco minutos antes de que se resolviese a sacar su suerte, y durante este tiempo de inquietud que partía el corazón no abrí ni una sola vez los ojos. Por fin, una de las dos astillas fue rápidamente arrancada de mi mano. La decisión estaba tomada, pero yo no sabía si era en favor o en contra mía. No hablaba nadie, y yo no me atrevía a mirar la astilla que tenía en la mano. Peters me cogió del brazo y me obligó a abrir los ojos, viendo inmediatamente en el semblante de Parker que me había salvado y que él era el condenado. Falto de aliento, caí sin sentido sobre la cubierta.

Me recobré de mi desmayo a tiempo aún para ver la consumación de la tragedia en la muerte de quien había sido el instrumento principal de que se cumpliese. Sin embargo, no opuso resistencia, y cayó muerto en el acto de una cuchillada en la espalda por Peters. No debo detenerme a relatar la horrible comida que siguió inmediatamente; estas cosas han de imaginarse, pues no hay palabras con poder suficiente para impresionar el espíritu con el tremendo horror de su realidad. Baste decir que, habiendo apaciguado en cierta medida la rabiosa sed que nos consumía gracias a la sangre de la víctima, y habiendo desecharlo, por común asentimiento, las manos, los pies y la cabeza y arrojándolas junto con las entrañas al mar, devoramos el resto del cuerpo, en pedazos, durante los cuatro eternamente memorables días del diecisiete, dieciocho, diecinueve y veinte de aquel mes.

El día diecinueve cayó un chubasco que duró quince o veinte minutos, y pudimos recoger cierta cantidad de agua con ayuda de la manta que habíamos pescado en la cámara al dragarla después de la tempestad. La cantidad que recogimos no pasaría de unos dos litros, pero incluso con tan escasa provisión recobramos fuerza y esperanza.

El día veintiuno nos vimos reducidos de nuevo a la más extrema necesidad. El tiempo seguía aún cálido y apacible, con nieblas de vez en cuando y brisas ligeras, generalmente de norte a oeste.

El día veintidós, mientras estábamos sentados muy juntos, meditando sobre nuestra lamentable situación, se me ocurrió repentinamente una idea que brilló como un rayo de esperanza. Recordé que, cuando se cortó el trinquete, Peters me entregó una de las hachas encargándome que la pusiese en el sitio más seguro posible, y que pocos minutos antes de que la última ola fuerte rompiera contra el bergantín, llenándolo de agua, yo había dejado el hacha en el castillo de proa en una de las camas de babor. Ahora, pensé que con la ayuda del hacha podíamos abrir un boquete en la cubierta sobre la despensa y de este modo sacar fácilmente las provisiones.

Cuando comuniqué esta idea a mis compañeros, lanzaron un débil grito de alegría y nos dirigimos todos al castillo de proa. La dificultad para bajar a éste era mayor que la que tuvimos para bajar a la cámara, pues la abertura era mucho más pequeña. Como se recordará, el mar había arrancado todo el armazón de la escotilla de la cámara, mientras que la escotilla del castillo de proa, no siendo más que un simple hueco de tan sólo tres pies cuadrados, había permanecido intacto. Sin embargo, no vacilé en intentar el descenso; y atándome una cuerda al cuerpo como en las anteriores ocasiones, me sumergí resueltamente, de pie, me dirigí con rapidez a la litera y al primer intento me apoderé del hacha. Ésta fue acogida con las mayores aclamaciones de alegría y triunfo, y la facilidad con que lo había conseguido fue considerada como un buen augurio de nuestra salvación definitiva.

Comenzamos, pues, a abrir un boquete en la cubierta con todas las energías de la esperanza renovada. Peters y yo manejábamos el hacha por turno, pues Augustus no podía ayudarnos en modo alguno a causa de su brazo herido. Incluso nosotros, tan

débiles como estábamos, apenas podíamos sostenernos sin apoyarnos, y no pudiendo trabajar más de un par de minutos sin descansar, nos convencimos pronto de que serían necesarias muchas horas para realizar nuestra tarea, esto es, abrir un boquete lo suficientemente amplio para dejar paso libre a la despensa. Pero esta consideración no nos desalentó y, trabajando toda la noche a la luz de la luna, conseguimos llevar a cabo nuestro propósito al amanecer del día veintitrés.

Peters se ofreció voluntariamente a bajar y, una vez hechos los preparativos, descendió, volviendo enseguida con un pequeño tarro que, para alegría nuestra, resultó estar lleno de aceitunas. Después de repartírnoslas y devorarlas con la mayor avidez, le dejamos bajar de nuevo. Esta vez el resultado fue más allá de nuestras esperanzas, pues regresó con un gran jamón y una botella de vino de Madeira. Echamos un trago moderado, pues sabíamos por experiencia las perniciosas consecuencias de una excesiva liberalidad. El jamón, excepto en unas dos libras cerca del hueso, no estaba en condiciones de comerse, habiéndose averiado debido al agua del mar. La parte sana nos la repartimos. Augustus y Peters, no pudiendo dominar su apetito, se comieron su parte al instante; pero yo fui más prudente y sólo comí una pequeña porción de la mía, por temor a la sed que me iba a originar. Luego descansamos un rato de nuestra tarea, que había sido terriblemente dura.

Al mediodía, sintiéndonos algo repuestos y fortalecidos, reanudamos nuestra tentativa en busca de provisiones, bajando alternativamente Peters y yo, y siempre con más o menos éxito, hasta que se puso el sol. Durante este intervalo tuvimos la buena suerte de reunir en total cuatro tarritos más de aceitunas, otro jamón, una garrafa que contenía cerca de quince litros de excelente vino de Madeira, y, lo que nos causó más alegría, una pequeña tortuga de la casta de las islas Galápagos, varias de las cuales había llevado a bordo el capitán Barnard, cuando el Grampus abandonó el puerto, tomándolas de la goleta Mary Pítts cuando ésta volvía de su viaje al Pacífico.

Más adelante tendrá ocasión repetidas veces de hablar de esta especie de tortugas. Se encuentra principalmente, como la mayoría de mis lectores saben, en el grupo de las islas llamadas de los Galápagos, que viene del nombre de este animal —la palabra española galápago significa tortuga de agua dulce—. Por su forma peculiar y sus movimientos, se les ha dado a veces el nombre de tortuga-elefante. Se encuentran a menudo de un tamaño enorme. Yo he visto algunas que pesaban de ciento veinte a ciento cincuenta libras, aunque no recuerdo de ningún navegante que hable de haberlas visto de más de ciento ocho libras de peso. Tienen un aspecto extraño y hasta repugnante. Su marcha es muy lenta, mesurada y pesada, y su cuerpo apenas se levanta un pie del suelo. Su cuello es largo y excesivamente delgado; su longitud ordinaria oscila de dieciocho pulgadas a dos pies, y yo he matado a una cuya distancia del hombro a la extremidad de la cabeza no bajaba de tres pies y diez pulgadas. La cabeza tiene un sorprendente parecido con la de la serpiente. Pueden vivir sin comer durante un tiempo increíblemente largo, habiéndose conocido casos en que siendo arrojadas a la

bodega de un barco han permanecido en ella dos años sin alimento alguno, y al cabo de este tiempo se las ha encontrado tan gordas y tan sanas como el primer día. Por una particularidad de su organismo, estos animales se asemejan al dromedario, o camello del desierto. En una bolsa situada en el nacimiento de su cuello llevan constantemente una provisión de agua. En algunos casos, al matarlos después de haberlos privado durante un año de todo alimento, se han encontrado en sus bolsas hasta unos doce litros de agua fresca y potable. Su principal alimento es perejil silvestre y apio, además de verdolaga, y otros vegetales que abundan en las vertientes de las colinas cerca de la costa donde se encuentra este animal. Constituyen un sustancioso y nutritivo alimento y han servido sin duda alguna de medio para conservar la vida de miles de marineros empleados en la pesca de la ballena y en otros menesteres en el Pacífico.

La que tuvimos la suerte de sacar de la despensa no era de gran tamaño, y pesaba probablemente de sesenta y cinco a setenta libras. Era hembra, se encontraba en excelente estado, quizá excesivamente gorda y guardaba en la bolsa del cuello más de un litro de agua fresca y limpia. Esto era, ciertamente, un tesoro para nosotros; y cayendo de rodillas todos a la vez, dimos fervientes gracias a Dios por tan oportuno socorro.

Nos costó mucho trabajo sacar al animal por el boquete, pues se resistía con furia y su fuerza era prodigiosa. Estaba a punto de escaparse de las manos de Peters y caer de nuevo en el agua, cuando Augustus le echó al cuello una cuerda con un nudo corredizo, reteniéndola de este modo hasta que yo salté dentro del agujero y, colocándome al lado de Peters, le ayudé a subirla.

Trasladamos cuidadosamente el agua de la bolsa al cántaro, que, como se recordará, habíamos sacado antes de la cámara. Una vez hecho esto, rompimos el cuello de una botella de modo que formara, con el corcho, una especie de vaso, cuya capacidad no llegaba a la de media pinta. Bebimos cada uno una de estas medidas llena, y decidimos limitarnos a esta cantidad por día durante tanto tiempo como durara la provisión.

Como habíamos tenido un tiempo seco y agradable durante los dos o tres últimos días, las mantas que habíamos sacado de la cámara, así como nuestras ropas, se habían secado por completo, de modo que pasamos esta noche (la del veintitrés) con relativo bienestar, gozando de un reposo tranquilo, después de regalarnos con aceitunas y jamón, y un mesurado trago de vino. Temiendo que durante la noche perdiéramos algunas de nuestras provisiones, en el caso de que se levantara la brisa, las aseguramos lo mejor posible con una cuerda a los restos del cabrestante. En cuanto a nuestra tortuga, que deseábamos a toda costa conservar viva mientras pudiéramos, la pusimos boca arriba y también la atamos cuidadosamente.

24 de julio—. Esta mañana nos hallábamos extraordinariamente restablecidos, física y moralmente. A pesar de la peligrosa situación en que nos encontrábamos, ignorantes de nuestra posición, aunque seguramente a gran distancia de tierra, sin más provisiones que para quince días a lo sumo, y esto con gran economía, casi sin agua y flotando a merced de los vientos y de las olas en el más simple naufragio del mundo, los peligros y las angustias más terribles de los que tan milagrosamente acabábamos de escapar nos hacían considerar nuestros actuales sufrimientos como un mal menor; tan cierto es que la felicidad y la desgracia son completamente relativas.

Al salir el sol nos preparamos para reanudar nuestras tentativas a fin de sacar algo de la despensa, pero un vivo aguacero, con algún relámpago, nos obligó a preocuparnos de recoger agua por medio del paño que ya habíamos utilizado antes para este propósito. No teníamos más medio de recoger el agua que tendiendo la sábana colocando en su centro uno de los herrajes de los portaobenques del trinquete. El agua, conducida de este modo al centro, desaguaba en nuestro cántaro. Lo habíamos casi llenado por este procedimiento, cuando una violenta racha, procedente del norte, nos obligó a desistir, pues el barco comenzó a balancearse tan violentamente que no podíamos mantenernos de pie. Entonces nos dirigimos a proa y, amarrándonos con firmeza a los restos del cabrestante como antes, esperamos los acontecimientos con más calma de la que preveíamos o de la que era dado imaginar en aquellas circunstancias. A mediodía calmó el viento, y por la noche se convirtió en un fuerte vendaval, acompañado de un tremendo oleaje. La experiencia nos había enseñado, sin embargo, la mejor manera de arreglar nuestras amarras, y capeamos el temporal aquella triste noche con relativa seguridad, a pesar de que a cada instante nos veíamos inundados y en peligro de ser barridos por el mar. Por fortuna, el tiempo era tan cálido que hacía casi agradable el contacto con el agua.

25 de julio.—Al amanecer, la tempestad se había convertido en una simple brisa de diez nudos por hora, y el mar había bajado tanto que casi podíamos andar en seco por la cubierta. Mas, con gran pesar nuestro, descubrimos que las olas se habían llevado dos tarros de aceitunas y todo el jamón, a pesar del cuidado con que los habíamos atado. No nos decidimos a matar la tortuga aún, contentándonos por el momento con tomar como desayuno unas cuantas aceitunas y una medida de agua cada uno, mezclada a partes iguales con vino. Este brebaje nos dio ánimos y vigor, sin sumirnos en la embriaguez que nos había producido el vino de Oporto. El mar seguía demasiado movido para repetir nuestros esfuerzos en busca de provisiones de la despensa. Varios artículos, de ninguna importancia para nosotros en nuestra actual situación, subieron a través del boquete a lo largo del día, siendo inmediatamente barridos por las olas. También observamos que el barco estaba aún más inclinado, de modo que no podíamos permanecer de pie ni un instante sin atamos, por lo que pasamos un día sombrío y molesto. Al mediodía, el sol caía casi verticalmente, y esto nos cercioró de que habíamos

sido arrastrados, en virtud de la larga sucesión de vientos del norte y del noroeste, casi a las cercanías del Ecuador. Hacia el anochecer vimos varios tiburones y nos alarmamos un tanto por la audacia con que se acercó a nosotros uno de enorme tamaño. Una de las veces que un fuerte bandazo nos sumergió profundamente bajo el agua en la cubierta, el monstruo pasó nadando por encima de nosotros, y coleteando por unos momentos sobre la escala de toldilla, le dio un violento golpe a Peters con su cola. Por fin, una fuerte ola lo arrastró fuera, con gran alivio nuestro. De haber tenido un tiempo más moderado, lo habríamos capturado fácilmente.

26 de julio.—Esta mañana, al encontrar que el viento había amainado mucho y que la mar estaba menos gruesa, decidimos reanudar nuestras tentativas para llegar a la despensa. Después de trabajar mucho durante todo el día, nos convencimos de que no podíamos sacar nada de allí, pues los mamparos del aposento se habían roto durante la noche y su contenido barrido a la cala. Este descubrimiento, como puede suponerse, nos llenó de desesperación.

27 de Julio.—El mar está casi en calma, soplando aún un suave viento del norte y del oeste. Como el sol calentó mucho por la tarde, nos dedicamos a secar nuestras ropas. Calmamos en gran manera la sed, y sentimos mucho alivio bañándonos en el mar:

pero al hacer esto tuvimos que guardar muchas precauciones por temor a los tiburones, algunos de los cuales vimos nadando en torno al bergantín durante el día.

28 de Julio.—Continúa el buen tiempo. El bergantín comienza a tumbarse de un modo tan alarmante, que tememos que se vuelva de quilla al cielo. Nos preparamos lo mejor que podemos para esta emergencia, atando lo más fuerte posible a sotavento la tortuga, el cántaro del agua y los dos tarros de aceitunas que nos quedaban, colocándolos fuera del casco, por debajo de las cadenas principales. El mar, muy tranquilo todo el día, con poco o ningún viento.

29 de julio.—Persiste el buen tiempo. El brazo herido de Augustus comienza a presentar síntomas de gangrena. Se queja de sed excesiva y de modorra, pero no tiene dolores agudos. No podemos hacer nada por aliviarlo, sino frotarle las heridas con un poco de vinagre de las aceitunas, cosa que al parecer no le hace ningún bien. Hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance para ahorrarle sufrimientos. Y le triplicamos su ración de agua.

30 de julio.—Un día excesivamente caluroso, sin ningún viento. Un enorme tiburón se mantuvo cerca del barco toda la mañana. Hicimos varias tentativas infructuosas para capturarle con un lazo. Augustus está mucho peor, y decayendo evidentemente más por la falta de alimentos apropiados que por los efectos de sus heridas. Reza constantemente por verse libre de sus sufrimientos, y no desea más que la muerte. Esta tarde nos comimos las últimas aceitunas, y encontramos tan corrompida el agua de nuestro cántaro, que no pudimos beberla sin añadirle vino. Estamos decididos a matar nuestra tortuga mañana por la mañana.

31 de julio.—Después de una noche de gran ansiedad y fatiga, debido a la posición del casco, nos disponemos a matar y a descuartizar nuestra tortuga. Ésta resulta ser más pequeña de lo que nos habíamos imaginado, aunque de buena condición: toda su carne no pesaría más de diez libras. Con el fin de conservar una parte el mayor tiempo posible, la cortamos en finas rajas y llenamos con ellas los tres tarros de aceitunas vacíos y la botella de vino (todo lo cual habíamos conservado), rellenándolos después con el vinagre de las aceitunas. De esta manera tenemos en conserva unas tres libras de la tortuga, pensando no tocarla mientras nos dure el resto. Decidimos reducir nuestra ración a unas cuatro onzas de carne al día, con lo cual la tortuga durará trece días. Al anochecer sobrevino un recio aguacero, acompañado de grandes truenos y relámpagos, pero su breve duración sólo nos permitió recoger media pinta de agua. De común acuerdo, se la dimos íntegra a Augustus, quien parecía estar en las últimas. Bebió el agua de la sábana a medida que la íbamos recogiendo (sosteniéndola sobre él, que está echado, de forma que vaya a caerle en la boca), pues no nos ha quedado ahora nada donde conservar el agua, a menos que prefiramos vaciar el vino de la garrafa, o el agua corrompida del cántaro. Cualquiera de estas soluciones hubiera tenido que ponerse en práctica de haber continuado el aguacero.

Augustus pareció no sentir gran alivio con la bebida. Tenía el brazo completamente negro desde la muñeca hasta el hombro, y sus pies estaban fríos como el hielo. A cada momento esperábamos verle dar el último suspiro. Estaba espantosamente consumido, tanto que, aunque pesaba unos cincuenta y siete kilos al salir de Nantucket, ahora no pesaría más de veinte a veinticinco kilos a lo sumo. Tiene los ojos tan profundamente hundidos en sus cuencas, que apenas se le ven, y la piel de sus mejillas le cuelga tan floja que le impide masticar cualquier alimento o incluso beber cualquier líquido, sin grandes dificultades.

1 de agosto.—Persiste el mismo tiempo de calma, con un sol abrasador que nos deprime. Sufrimos mucha sed, pues el agua del cántaro está completamente corrompida y llena de bichos. Sin embargo, nos vemos obligados a tomar una poca, mezclándola con vino: pero apenas nos apaga la sed. Más alivio encontramos en los baños en el mar, pero no podemos tomarlos sino muy de tarde en tarde, a causa de la continua presencia de los tiburones. Ahora vemos que Augustus no se salvará, que se está muriendo a ojos vistas. No podemos hacer nada por aliviar sus sufrimientos, que parecen insoportables. A eso de las doce expiró entre violentas convulsiones, y sin haber hablado durante varias horas. Su muerte nos llenó de los más sombríos presagios, y ejerció sobre nuestros espíritus una impresión tan poderosa, que pasamos todo el día inmóviles junto al cadáver sin deciros nada. Hasta pasado algún tiempo después de anochecido no tuvimos valor para arrojarlo al mar. Aquello resultó espantoso, indeciblemente horrible, pues estaba tan descompuesto que, cuando Peters intentó levantarla, se le quedó entre las manos una pierna entera. Cuando la masa putrefacta se deslizó por encima de la cubierta del barco al mar, el resplandor de la luz fosfórica del agua que nos rodeaba nos

dejó ver siete u ocho grandes tiburones, mientras el crujir de aquellos horribles dientes, desgarrando la presa en pedazos entre ellos, podía oírse a una milla de distancia. Ante lo sobrecogedor del ruido, nos abismamos aterrados.

2 de Agosto.— Continúa el mismo espantoso tiempo de calor y calma. La aurora nos sorprende en un deplorable estado de abatimiento físico y moral. El agua del cántaro está ya completamente estropeada, convertida en una especie de masa gelatinosa, una masa compuesta de gusanos y limo. La tiramos, lavamos el cántaro hundiéndolo, en el mar echándole después un poco de vinagre de nuestros tarros de tortuga en conserva. Apenas podemos soportar la sed y tratamos en vano de aliviarla con vino, que es como echar leña al fuego, excitándonos hasta un grado de embriaguez. Después procuramos calmar nuestros sufrimientos con agua de mar; sentimos inmediatamente las mas violentas náuseas, por lo que no volvimos a probar esta mezcla. Pasamos todo el día acechando con ansiedad una oportunidad para bañarnos, pero sin éxito, pues el barco estaba completamente asediado por todos lados de tiburones, sin duda los mismos monstruos que habían devorado a nuestro infeliz compañero la noche antes y que estaba esperando otro festín semejante. Esta circunstancia nos produjo el más amargo sentimiento, y nos llenó de los presentimientos más deprimentes y desconsoladores. Habíamos experimentado un gran alivio cuando nos bañábamos, y tener que privarnos de este recurso de una manera tan espantosa era más de lo que podíamos soportar. También nos preocupaba el peligro inmediato, pues al menor resbalón o movimiento falso podía arrojarnos al alcance de aquellos monstruos voraces, que frecuentemente avanzaban hacia nosotros, nadando por barlovento. Ni nuestros chillidos ni nuestros golpes parecen asustarlos. Aun cuando uno de los más grandes fue alcanzado por el hacha de Peters, hiriéndole gravemente, persiste en sus intentos de lanzarse sobre nosotros. Al caer la noche una nube oscureció el cielo, pero con gran angustia nuestra, pasó sin descargar. Es completamente imposible imaginar los sufrimientos que nos causa la sed en este momento. Pasamos la noche sin dormir, tanto por la sed como por el miedo a los tiburones.

3 de agosto. No hay perspectivas de salvación, y el bergantín se inclina cada vez más, de modo que ni siquiera podemos mantenernos de pie sobre cubierta. Nos ocupamos en atar el vino y la carne de tortuga, de suerte que no los perdamos en caso de que el barco dé la vuelta. Arrancamos dos fuertes cabos del portaobenque del trinquete y los clavamos con el hacha en el casco, por el lado de sotavento, quedando como medio metro dentro del agua, no muy lejos de la quilla, pues estábamos ya casi de costado. Sujetamos nuestras provisiones a estos clavos, por parecernos que estaban más seguras allí que en el sitio donde las teníamos antes, debajo de las cadenas. Sufrimos una terrible agonía a causa de la sed durante toda la jornada, pues no tuvimos ninguna oportunidad para bañarnos, ya que los tiburones no nos abandonan ni un instante. Nos fue imposible dormir.

4 de agosto.—Un poco antes del amanecer notamos que el barco estaba dándose la vuelta, y nos despabilamos rápidamente para impedir que el movimiento nos arrojase al agua. Al principio la vuelta fue lenta y gradual, y nos apresuramos a trepar a sotavento, después de haber tomado la precaución de dejar colgando unas cuerdas de los clavos en que habíamos sujetado nuestras provisiones. Pero no calculamos suficientemente la aceleración del impulso, pues fue haciéndose tan excesivamente violenta, que no pudimos contrarrestarlo, y antes de que nos diésemos cuenta de lo que sucedía, nos vimos lanzados bruscamente al mar, y tuvimos que forcejear a varias brazas debajo de la superficie, con el enorme barco justamente encima de nosotros.

Al hallarme bajo el agua me vi obligado a soltar cuerda, y viendo que estaba completamente debajo del barco y mis fuerzas casi exhaustas, apenas luché por la vida y me resigné a morir en unos instantes. Pero volví a equivocarme de nuevo, pues no había tenido en cuenta el rebote natural del casco por el lado de sotavento. El torbellino ascendente del agua, que el barco originó al volverse parcialmente hacia atrás, me devolvió a la superficie mucho más bruscamente de lo que me había sumergido. Al llegar arriba me encontré a unos veinte metros del casco, en la medida en que yo podía juzgar. El barco se hallaba con la quilla al aire, balanceándose violentamente de un lado para otro, y el mar estaba muy agitado girando en todas direcciones y formando grandes remolinos. No podía ver a Peters. Una barrica de aceite flotaba a pocos metros de mí y varios otros artículos del bergantín aparecían esparcidos.

Mi terror principal era ahora por causa de los tiburones, pues sabía que se hallaban en los alrededores. A fin de disuadirlos, si era posible, de que se acercasen a mí, sacudí vigorosamente el agua con los pies y las manos mientras nadaba hacia el barco, haciendo mucha espuma. Estoy seguro de que este ardid tan simple fue lo que me salvó la vida, pues todo el mar alrededor del bergantín, momentos antes de volcarse, estaba tan plagado de aquellos monstruos, que debí de estar, y realmente estuve, en contacto con algunos de ellos durante mi avance hacia el barco. Afortunadamente, alcancé sin novedad el costado de la embarcación, aunque tan debilitado por el violento ejercicio, que no hubiera podido encaramarme en lo alto sin la oportuna ayuda de Peters, quien ahora, con gran alegría mía, apareció a mi vista (pues se había encaramado a la quilla por el lado opuesto del casco) y me arrojó el cabo de una cuerda, una de las que estaban atadas a los clavos.

Apenas libres de este peligro, nuestra atención se fijó en la espantosa inminencia de otro: el de nuestra absoluta inanición. Toda nuestra reserva de provisiones había sido barrida por las olas, a pesar de todo el trabajo que nos tomamos para asegurarlas, y no viendo ya ni la más remota posibilidad de obtener más, nos entregamos a la desesperación, llorando como niños, sin tratar de consolarnos uno al otro. Es difícil imaginarse una debilidad semejante, y quienes nunca se han hallado en una situación parecida, la considerarán sin duda inverosímil; pero debe recordarse que nuestros cerebros estaban tan completamente trastornados por la larga serie de privaciones y

terrores a que habíamos estado sometidos, que no podríamos ser considerados justamente en aquel tiempo como seres racionales. En peligros posteriores, casi tan grandes, sí no mayores, soporté con entereza todos los males de mi situación, y Peters, como se verá, dio muestras de una filosofía estoica casi tan increíble como su actual y pueril derrumbamiento. La diferencia es debida a la distinta condición mental.

El vuelco dado por el bergantín, incluso con la consiguiente pérdida del vino y de la tortuga, no hubieran empeorado, en realidad, mucho más nuestra situación, a no ser por la desaparición de las ropas de cama, con las que hasta aquí podíamos recoger el agua de lluvia, y del cántaro que empleábamos para guardarla; pues encontramos todo el casco, desde un medio metro a un metro de las cintras hasta la quilla, así como la quilla misma, cubierto de una espesa capa de grandes percebes, que resultaron ser un alimento excelente y muy nutritivo. Por tanto, en dos aspectos importantes, el accidente que tanto habíamos temido, nos benefició más que nos perjudicó; nos proporcionó una reserva de provisiones que no podía agotarse, consumiéndola con moderación, en un mes, y contribuyó en gran manera a nuestra comodidad en cuanto a posición se refiere, pues nos hallábamos mucho más a gusto y con mucho menos peligro que antes.

Pero la dificultad de conseguir agua nos impedía ver todos los beneficios resultantes del cambio de nuestra situación. A fin de estar listos para aprovecharnos inmediatamente de cualquier chaparrón que cayese, nos quitamos las camisas, para valernos de ellas como habíamos hecho con las sábanas, aunque, naturalmente, no esperásemos recoger por este medio, aun en las circunstancias más favorables, mas que un cuartillo cada vez. No hubo señales de nubes durante todo el día y las angustias de la sed se hicieron casi intolerables. Por la noche, Peters consiguió dormir una hora, aunque muy inquieto; pero mis intensos sufrimientos no me dejaron pegar los ojos ni un solo instante.

5 de agosto.—Hoy se levantó una suave brisa que nos ha llevado a través de una gran cantidad de algas, entre las cuales tuvimos la suerte de encontrar once pequeños cangrejos, que nos proporcionaron varias deliciosas comidas. Como su caparazón era muy blando, nos los comimos enteros, y hallamos que nos daban menos sed que los percebes. No viendo rastro de tiburones entre las algas, nos aventuramos a bañarnos, y permanecimos en el agua cuatro o cinco horas, durante las cuales experimentamos una sensible disminución de nuestra sed. Esto nos alivió bastante, y pasamos la noche algo más confortablemente que la anterior, y los dos logramos conciliar un poco el sueño.

6 de agosto.—Este día hemos recibido la bendición de una lluvia abundante y continua, que duró desde mediodía hasta el anochecer. Lamentamos amargamente la pérdida del cántaro y de la garrafa, pues pese a los pocos medios que teníamos para recoger el agua, hubiésemos llenado no una, sino ambas vasijas. Tal como estábamos, para calmar los embates de la sed, nos tuvimos que contentar con dejar que las camisas se empapasen y retorcerlas luego de modo que el precioso líquido nos escurriese en la boca. En esta ocupación hemos pasado todo el día.

7 de agosto.—Justamente al despuntar el día, mi compañero y yo, al mismo tiempo, descubrimos una vela hacia el este, que evidentemente venía hacia nosotros. Saludamos la gloriosa aparición con un prolongado aunque débil grito de enajenación, e inmediatamente comenzamos a hacer todas las señales que podíamos, agitando las camisas al aire, saltando tan alto como nuestro débil estado nos lo permitía e incluso gritando con toda la fuerza de nuestros Pulmones, aunque el barco debía de estar lo menos a quince millas de distancia. Sin embargo, el buque seguía acercándose a nuestro casco, y veíamos que, si mantenía su rumbo, llegaría a aproximarse tanto que no podría menos de vernos. A eso de una hora después de que lo descubrimos, vimos claramente gente sobre cubierta. Era una goleta larga y baja, con la arboladura muy inclinada a popa y aparentemente con la tripulación completa. Entonces comenzamos a alarmarnos, pues no podíamos imaginar que no nos vieran y temimos que nos dejaran abandonados a nuestra suerte, acto de diabólica barbarie que, por increíble que parezca, se ha perpetrado repetidas veces en el mar, en circunstancias muy similares a la nuestra, y por seres a quienes considerábamos como pertenecientes a la especie humana¹⁵. Pero, en este caso, por la misericordia de Dios, estábamos destinados a llevarnos un chasco agradabilísimo. Pues en seguida advertimos una repentina commoción en la cubierta del barco desconocido, el cual inmediatamente izó una bandera inglesa y, ceñido por el viento, avanzó en línea recta hacia nosotros. Media hora después, nos hallábamos en su cámara. Resultó ser la Jane Cuy, de Liverpool; su capitán, Guy, se dedicaba a pescar y a traficar por los mares del Sur y del Pacífico.

¹⁵ El caso del bergantín *Polly*, de Boston, se presenta aquí de manera tan propicia, y su destino fue tan similar, bajo otras circunstancias, al corrido por nosotros, que no me resisto al deseo de mencionarlo. Este barco de 130 toneladas, al mando del capitán Casneau, zarpó de Boston el 12 de diciembre de 1811 con un cargamento de municiones y víveres destinados a Santa Croix. Sin contar al capitán había ocho personas a bordo: el piloto, cuatro marineros, el cocinero, un tal Mr. Hunt y una negra de su propiedad. El día 15, después de pasar el banco de Georges, se abrió en el barco una vía de agua por un temporal de viento del Sudeste y que finalmente lo hizo zozobrar; empero, como el palo mayor se fue por la borda, enderezóse a poco. Los tripulantes permanecieron en esta situación —sin fuego y con escasas provisiones— durante *ciento noventa y un días* (del 15 de diciembre al 20 de junio). El capitán Casneau y Samuel Badger, únicos sobrevivientes, fueron recogidos por el *Fame*, procedente de Hull, capitán Featherstone, y de viaje de retorno a Río de Janeiro. Cuando fueron hallados se encontraban a 28 grados de latitud Norte y de longitud Oeste, *¡después de haber derivado más de dos mil millas!* El 9 de julio el *Fame* transbordó a los únicos sobrevivientes al navío *Dromeo*, del capitán Perkins, quien desembarcó a estos dos infortunados en Kennebect. El relato del cual extraemos estos detalles termina con las siguientes palabras:

"Es natural preguntarse cómo pudieron flotar a lo largo de tanta distancia, en la parte más frecuentada del Atlántico, sin ser avistados en todo ese tiempo. Pues bien, se cruzaron con más de doce barcos, uno de los cuales se les acercó tanto que pudieron divisar distintamente a los hombres en el puente y en las jarcias, que, a su vez, estaban mirándolos; pero, para indescriptible desencanto de aquellos muertos de hambre y de frío, todos los barcos reprimieron los imperativos dictados de la caridad, izaron velas y los abandonaron a su cruel destino.

XIV.-Albatros y pájaros-niños

La Jane Cuy era una hermosa goleta de ciento ochenta toneladas de capacidad. Era extraordinariamente fina de costados, y con viento y tiempo moderado, el Velero más rápido que jamás he visto. Sin embargo, sus cualidades como buque no eran tan buenas, y su calado era demasiado para el oficio a que se la había destinado. Para este servicio especial es más conveniente un barco más grande, de un calado proporcionalmente ligero, es decir, un barco de trescientas a trescientas cincuenta toneladas. Debería estar aparejada como un barco y, en otros aspectos, ser de una construcción diferente a la usual de los barcos de los mares del Sur. Era absolutamente necesario que estuviera bien armada. Deben tener, por ejemplo, diez o doce carronadas de doce libras, y dos o tres cañones largos del doce, con bocas de bronce, y cajas impermeables en cada cofa. Las áncoras y los cables deben ser de mayor resistencia que los que se requieren para otros oficios; y, sobre todo, su tripulación tenía que haber sido más numerosa y eficaz; para un barco como el que he descrito, se necesitaban no menos de cincuenta o sesenta hombres vigorosos y capaces. La Jane Cuy tenía una tripulación de treinta y cinco hombres, todos ellos hábiles marineros, además del capitán y del piloto; pero no estaba bien armada ni equipada, como un navegante conocedor de los peligros y dificultades del oficio hubiera deseado.

El capitán Guy era un caballero de modales muy corteses y de una gran experiencia en el tráfico del Sur, al que había dedicado la mayor parte de su vida. Pero le faltaba energía y, en consecuencia, ese espíritu emprendedor que es aquí un requisito imprescindible. Era copropietario del barco en que navegaba y tenía plenos poderes para navegar por los mares del Sur con el primer cargamento que le Viniese a mano. Como suele suceder en estos viajes, llevaba a bordo cuentas de cristal, espejos, eslabones, hachas, hachuelas, sierras, azuelas, cepillos, cinceles, escofinas, barrenas, rebajadores de rayos, raspadores, martillos, clavos, cuchillos, tijeras, navajas de afeitar, agujas, hilo, porcelanas, telas, baratijas y otros artículos semejantes.

La goleta zarpó de Liverpool el 10 de julio, cruzó el Trópico de Cáncer el día 25, a los 20º de longitud oeste, y llegó a Sal, una de las islas de Cabo Verde, el día 29, donde cargó sal y otros artículos necesarios para el viaje. El día 3 de agosto abandonó las islas del Cabo Verde con rumbo al sudoeste, llegando hasta la costa de Brasil, cruzando el Ecuador entre los meridianos 280 y 300 de longitud oeste. Éste es el derrotero que suelen seguir los barcos que van desde Europa al Cabo de Buena Esperanza, o que hacen la ruta a las Indias Orientales. Siguiendo este rumbo evitaban las calmas y las fuertes comentes contrarias que reinan constantemente en la costa de Guinea, por lo que, a fin de cuentas, ésta resulta ser la vía más corta, pues nunca faltan vientos del oeste una vez que se ha llegado al Cabo. La intención del capitán Guy era hacer su primera escala en la

Tierra de Kerguelen, no sé bien por qué razón. El día que fuimos recogidos, la goleta se hallaba a la altura del cabo San Roque, a 31º de longitud oeste; así, pues, cuando nos encontraron habíamos ido a la deriva, probablemente, de norte a sur, no menos de veinticinco grados.

A bordo de la Jane Cuy fuimos tratados con todas las atenciones que requería nuestra desventurada situación. A eso de los quince días, durante los cuales seguimos rumbo al sudeste, con brisas suaves y buen tiempo, tanto Peters como yo nos repusimos por completo de los efectos de nuestras pasadas privaciones y espantosos sufrimientos, comenzando a recordar lo que había pasado, más como una pesadilla de la que felizmente habíamos despertado, que como acontecimientos que hubiesen sucedido en la realidad. Posteriormente he podido comprobar que esta especie de olvido parcial lo produce la repentina transición de la alegría a la pena, o de la pena a la alegría, y el grado de olvido es proporcional al grado de diferencia en el cambio. Por eso, en mi caso, me sentía ahora incapaz de darme plena cuenta de las fatigas que había soportado durante los días pasados en el barco. Los incidentes se recuerdan, pero no los sentimientos que nos produjeron en el momento de ocurrir. Sólo sé que, cuando sucedieron, entonces, pensé que la naturaleza humana no podía soportar mayor grado de angustia.

Continuamos nuestro viaje durante varias semanas sin otros incidentes que los ocasionales encuentros con balleneros y más frecuentemente con ballenas negras o francas, llamadas así para distinguirlas de las espermaceti. Pero éstas se encuentran principalmente al sur del paralelo 25. El día 16 de septiembre, hallándonos en las cercanías del Cabo de Buena Esperanza, la goleta sufrió la primera borrasca seria desde su salida de Liverpool. En estas aguas, pero más frecuentemente al sur y al este del promontorio (nosotros estábamos hacia el oeste), es donde los navegantes tienen que contender a menudo con tempestades del norte que se desencadenan con gran furia. Van acompañadas siempre de mar gruesa, y una de sus características más peligrosas es el instantáneo virar en redondo del viento, que a veces se produce en lo más recio de la tempestad. Estará soplando un huracán en un momento de norte a noreste, y en próximo momento no se sentirá ni una ráfaga en esa dirección, mientras viene del sudoeste con una violencia casi inconcebible. Un claro hacia el sur es el indicio más seguro de que se avecina el cambio, y los barcos se aprovechan de ello para tomar las oportunas precauciones.

Eran las seis de la mañana, aproximadamente, cuando comenzó la borrasca con un oportuno chubasco procedente, como siempre, del norte. Hacia las ocho había aumentado mucho la intensidad, agitando ante nosotros uno de los mares más tremendos que jamás he visto. Se había preparado todo con el mayor cuidado, pero la goleta sufría excesivamente, denotando sus malas cualidades como buque, hincando el castillo de proa bajo el agua a cada cabeceo, y levantándose con la mayor dificultad del embate de una ola, antes de que fuese sumergida en la siguiente. Poco antes de la puesta

del sol, el claro por el que habíamos estado acechando hizo su aparición por el sudoeste, y una hora después vimos a nuestra pequeña vela de proa flameando indiferentemente contra el mástil. Dos minutos más tarde, a pesar de nuestras precauciones, fuimos lanzados de costado, como por arte de magia, y un espantoso torbellino de espuma rompió sobre nosotros en ese instante. Pero el vendaval, que procedía del sudoeste, resultó ser por fortuna tan sólo una ráfaga y tuvimos la buena suerte de enderezar el barco sin perder ni un palo. Un mar muy agitado nos causó gran inquietud durante varias horas después de esto; pero hacia la madrugada nos hallábamos casi en tan buenas condiciones como antes de la tempestad. El capitán Guy consideró que se había salvado poco menos que por milagro. El 13 de octubre dimos vista a la isla del Príncipe Eduardo, que se halla a los 46° 53' de latitud sur y 37° 46' de longitud este. Dos días después nos encontrábamos cerca de la isla Posesión, y ahora estábamos dejando atrás la isla de Crozet, a los 42° 59' de latitud sur y 48° de longitud este. El día 18 alcanzamos la isla de Kerguelen o isla de la Desolación, en el océano Índico meridional, y fuimos a anclar en Christmas Harbor, con cuatro brazas de agua.

Esta isla, o más bien grupo de islas, está situado hacia el sudeste del Cabo de Buena Esperanza y dista de él unos cuatro mil quinientos kilómetros, aproximadamente. Fue descubierta primeramente en 1772, por el barón de Kergulen, o Kerguelen, de naturalidad francesa, quien pensando que esta tierra formaba parte de un extenso continente meridional, llevó a su patria mucha información, produciendo sensación en su tiempo. El gobierno, interviniendo en el asunto, envió de nuevo al barón al año siguiente con el propósito de que hiciese un examen crítico de su descubrimiento, y fue entonces cuando se descubrió el error. En 1777, el capitán Cook llegó al mismo grupo de islas y le dio a la principal el nombre de Isla de la Desolación, título que ciertamente es muy merecido. Pero, al acercarse a tierra, el navegante podría equivocarse y suponer otra cosa, pues las laderas de la mayor parte de las colinas, desde septiembre a marzo, están cubiertas de un verdor muy brillante. Esta apariencia engañosa lo produce una pequeña planta, parecida a la saxífraga, que es abundante y crece en amplias sendas sobre una especie de musgo blando. Aparte de esta planta, apenas hay vestigios de vegetación en la isla, si se exceptúan algo de césped corriente y espeso, cerca del puerto, algunos líquenes y un arbusto que se asemeja a una col espigada y que tiene un sabor amargo y acre.

El aspecto de aquel terreno es montañoso, aunque de ninguna de sus colinas puede decirse que es elevada. Sus picos están perpetuamente cubiertos de nieve. Hay varios puertos, de los cuales Christmas Harbour es el más conveniente. Es el primero que se encuentra al lado noroeste de la isla después de pasar el cabo François, que señala el lado septentrional y que sirve, por su forma peculiar, para indicar el puerto. Su punta termina en una roca muy alta, en la que se abre un gran agujero, que forma un arco natural. La entrada está a los 48° 40' de latitud sur y a los 69° 6' de longitud este. Al pasar aquí, se puede encontrar un buen fondeadero al abrigo de varios islotes, que forman una

protección suficiente contra todos los vientos del este. Avanzando hacia el este a partir de este fondeadero, se llega a la bahía de Wasp, a la entrada del puerto. Es una pequeña dársena, completamente cerrada por la tierra, en la que se puede entrar con cuatro brazas de agua y encontrar desde diez a tres brazas para el anclaje, con un fondo de légamo compacto. Un barco puede permanecer allí todo el año, con su mejor anda de proa, sin peligro. Hacia el oeste, a la entrada de la bahía de Wasp, corre un pequeño arroyo de excelente agua, que uno puede procurarse con facilidad.

En la isla de Kerguelen todavía se encuentran algunas focas de las especies de piel y pelo, y abundan elefantes marinos. Bandadas de aves se descubren en gran número. Son numerosísimos los pingüinos, de los cuales hay cuatro clases diferentes. El pingüino real, llamado así a causa de su tamaño y hermoso plumaje, es el mayor. La parte superior de su cuerpo suele ser gris, y a veces de matiz lila; la parte inferior es del blanco más puro que pueda imaginarse. La cabeza es de un negro lustroso muy brillante, así como las patas. Pero la principal belleza del plumaje consiste en dos amplias franjas de color oro, que bajan desde la cabeza a la pechuga. El pico es largo, unas veces sonrosado y otras de color rojo vivo. Estas aves caminan erguidas, con pasos majestuosos. Llevan la cabeza alta, con las alas colgando como dos brazos, y como la cola se proyecta fuera del cuerpo, formando línea con las patas, la semejanza con la figura humana es muy sorprendente y podría engañar al espectador que dirigiera una rápida mirada entre las sombras del crepúsculo. Los pingüinos reales que encontramos en la Tierra de Kerguelen eran algo más gruesos que gansos. Los otros géneros son el maccaroni, el jackass y el pingüino rookery. Son mucho más pequeños, de plumaje menos bello y diferentes en otros aspectos.

Además del pingüino, se encuentran allí otras muchas aves, entre las que se pueden mencionar pájaros bobos, petreles azules, cercetas, ánades, gallinas de Port Egmont, cuervos marinos, pichones de El Cabo, gaviotas polares, golondrinas de mar, gaviotas comunes, el pequeño petrel, llamado también pollo de Mother Carey¹⁶, el gran petrel, también conocido como ganso de Mother Carey y, finalmente, el albatros.

El gran petrel es tan grande como el albatros común, y además carnívoro. Con frecuencia se le llama quebrantahuesos o águila osífraga. Estas aves no son esquivas del todo y, cuando se guisan convenientemente, constituyen un alimento sabroso. A veces, cuando van volando, pasan muy pegadas a la superficie del agua con las alas extendidas, sin moverlas en apariencia, ni utilizarlas en manera alguna.

El albatros es una de las más grandes y voraces de las aves de los mares del Sur. Pertenece a la especie de las gaviotas, y caza su presa al vuelo sin posarse nunca en tierra más que para ocuparse de las crías. Entre estas aves y el pingüino existe la amistad más singular. Sus nidos están construidos con gran uniformidad conforme a un plan concertado entre las dos especies: el del albatros se halla colocado en el centro de un

¹⁶ Mother Carey (Madre Carey) :anglinización, hecha por los marineros, de la expresión latina *mater cara*, referente a la Virgen María, protectora de los hombres del mar. (N. T.)

pequeño cuadro formado por los nidos de cuatro pingüinos. Los navegantes han convenido en llamar al conjunto de tales campamentos rookery. Estas rookeries se han descrito más de una vez; pero como no todos mis lectores habrán leído estas descripciones, y como no tendrá ocasión después de hablar del pingüino y del albatros, no me parece inoportuno decir algo aquí de su género de vida y de cómo hacen sus nidos.

Cuando llega la época de la incubación, estas aves se reúnen en gran número y durante varios días parecen deliberar acerca del rumbo más apropiado que deben seguir. Por último, se lanzan a la acción. Eligen un trozo de terreno llano, de extensión conveniente, que suele comprender tres o cuatro acres, situado lo más cerca posible del mar, aunque siempre fuera de su alcance. Escogen el sitio en relación con la lisura de la superficie, y prefieren el que está menos cubierto de piedras. Una vez resuelta esta cuestión, las aves se dedican, de común acuerdo y como movidas por una sola voluntad, a realizar, con exactitud matemática, un cuadrado o cualquier otro paralelogramo, como mejor requiera la naturaleza del terreno, de un tamaño suficiente para acoger cómodamente a todas las aves congregadas, y ninguna más, pareciendo sobre este particular que se resuelven a impedir la entrada a futuros vagabundos que no han participado en el trabajo del campamento. Uno de los lados del lugar así señalado corre paralelo a la orilla del agua, y queda abierto para la entrada o la salida.

Después de haber trazado los límites de la rookery, la colonia comienza a limpiarla de toda clase de desechos, recogiendo piedra por piedra, y echándolas fuera de las lindes, pero muy cerca de ellas, de modo que forman un muro sobre los tres lados que dan a tierra. Junto a este muro, por el interior, se forma una avenida perfectamente llana y lisa, de dos a dos metros y medio de anchura, que se extiende alrededor del campamento, sirviendo así de paseo general.

La operación siguiente consiste en dividir toda el área en pequeñas parcelas de un tamaño exactamente igual. Para ello hacen sendas estrechas, muy lisas, que se cruzan en ángulos rectos por toda la extensión de la rookery. En cada intersección de estas sendas se construye el nido de un albatros, y en el centro de cada cuadrado, el nido de un pingüino, de modo que cada pingüino está rodeado de cuatro albatros, y cada albatros, de un número igual de pingüinos. El nido del pingüino consiste en un agujero abierto en la tierra, poco profundo, sólo lo suficientemente hondo para impedir que ruede el único huevo que pone la hembra. El del albatros es menos sencillo en su disposición, erigiendo un pequeño montículo de unos veinticinco centímetros de altura y cincuenta de diámetro. Este montículo lo hace con tierra, algas y conchas. En lo alto construye su nido.

Las aves ponen un cuidado especial en no dejar nunca los nidos desocupados ni un instante durante el período de incubación, e incluso hasta que la progenie es suficientemente fuerte para valerse por sí misma. Mientras el macho está ausente en el mar, en busca de alimento, la hembra se queda cumpliendo con su deber, y sólo al

regreso de su compañero se aventura a salir. Los huevos no dejan nunca de ser incubados; cuando un ave abandona el nido, otra anida en su lugar. Esta precaución es indispensable a causa de la tendencia a la rapacidad que prevalece en la rookery, pues sus habitantes no tienen escrúpulo alguno en robarse los huevos unos a otros en cuanto tienen ocasión.

Aunque existen algunas rookeries en las que el pingüino y el albatros constituyen la única población, sin embargo en la mayoría de ellas se encuentra una eran variedad de aves oceánicas, que gozan de todos los privilegios del ciudadano, esparciendo sus nidos acá y allá, en cualquier parte que puedan encontrar sitio, pero sin dañar jamás los puestos de las especies mayores. El aspecto de tales campamentos, cuando se ven a distancia, es sumamente singular. Toda la atmósfera exactamente encima de la colonia se halla oscurecida por una multitud de albatros (mezclados con especies más pequeñas) que se ciernen continuamente sobre ella, ya sea cuando van al océano o cuando regresan al nido. Al mismo tiempo se observa una multitud de pingüinos, unos paseando arriba y abajo por las estrechas calles, y otros caminando con ese contoneo militar que les es característico, a lo largo del paseo general que rodea a la rookery. En resumen, de cualquier modo que se considere, no hay nada más asombroso que el espíritu de reflexión evidenciado por esos seres emplumados, 1: seguramente no hay nada mejor calculado para suscitar la meditación en toda inteligencia humana ponderada.

A la mañana siguiente de nuestra llegada a Christmas Harbour, el primer piloto, Mr. Patterson, arrió los botes (aunque la estación estaba poco avanzada) para ir en busca de focas, dejando al capitán y a un joven pariente suyo en un paraje de tierra inhóspita hacia el oeste, pues tenían que gestionar algún asunto, cuya naturaleza yo ignoraba, en el interior de la isla. El capitán Cook se llevó consigo una botella, dentro de la cual había una carta sellada, y se dirigió desde el punto en que había desembarcado hacia uno de los picos más altos del lugar. Es probable que tuviese el propósito de dejar la carta en aquella altura para el capitán de algún barco que esperaba viniese posteriormente. Tan pronto como le perdimos de vista, empezamos (pues Peters y yo íbamos en el bote del primer piloto) nuestro viaje por mar en torno a la costa, en busca de focas. En esta tarea estuvimos ocupados unas tres semanas, examinando con gran cuidado cada esquina y cada rincón no sólo de la Tierra de Kerguelen, sino de varios islotes de las cercanías. Pero nuestros esfuerzos no fueron coronados por ningún éxito importante. Vimos muchísimas focas, pero todas tan esquivas, que con muchos trabajos sólo pudimos procurarnos trescientas cincuenta pieles en total. Los elefantes marinos eran abundantes, sobre todo en la costa oeste de la isla principal; pero no matamos más que una veintena, y esto con muchas dificultades. En los islotes descubrimos una gran cantidad de focas, pero no las molestamos. El día 11 volvimos a la goleta, donde encontramos al capitán Guy y a su sobrino, quienes nos dieron muy malos informes del interior, describiéndolo como una de las comarcas inhóspitas más yermas y desoladas del mundo. Habían

permanecido dos noches en la isla, debido a un error, por parte del segundo piloto, respecto al envío de un bote desde la goleta para llevarlos a bordo.

XV.-Las islas perdidas

El día 12 nos hicimos a la vela desde Christmas Harbour, desandando nuestro camino hacia el oeste y dejando a babor la isla de Marion, una de las del archipiélago de Crozet. Pasamos después la isla del Príncipe Eduardo, dejándola también a nuestra izquierda; luego, navegando más hacia el norte, llegamos en quince días a las islas de Tristán de Cunha, a $37^{\circ} 8'$ de latitud sur y $12^{\circ} 8'$ de longitud oeste.

Este archipiélago, ya muy conocido y que consta de tres islas circulares, fue descubierto primeramente por los portugueses, y visitado después por los holandeses en 1643 y por los franceses en 1767. Las tres islas forman en conjunto un triángulo, y distan unas de otras como diez millas, existiendo entre ellas anchos pasos. La costa en todas ellas es muy alta, especialmente en la de Tristán de Cunha propiamente dicha. Ésta es la más grande del grupo, pues tiene quince millas de circunferencia, y tan elevada que se la puede divisar, con tiempo claro, a una distancia de ochenta o noventa millas. Una parte de la costa hacia el norte se eleva a más de trescientos metros perpendicularmente sobre el mar. A esta altura una meseta se extiende casi hasta el centro de la isla, y desde esa meseta se alza un elevadísimo cono como el de Tenerife. La mitad inferior de este cono está cubierta de árboles de gran tamaño; pero la región superior es roca desnuda, por lo general oculta entre las nubes y cubierta de nieve durante la mayor parte del año. No hay bajos fondos ni otros peligros en los alrededores de la isla, siendo las costas notablemente escarpadas y de profundas aguas. En la costa del noroeste se halla una bahía, con una playa de arena negra donde puede efectuarse con facilidad un desembarco con botes, siempre que sople viento del sur. Allí se puede uno procurar en seguida gran cantidad de agua excelente, y también se pesca con anzuelo y caña bacalao y otros peces.

La isla siguiente en cuanto al tamaño, y la más al oeste del grupo, es la llamada la Inaccesible. Su posición exacta es $37^{\circ} 17'$ de latitud sur y $12^{\circ} 24'$ de longitud oeste. Tiene siete u ocho millas de circunferencia, y por todos sus lados presenta un aspecto espantoso e inaccesible. La cumbre es perfectamente llana, y toda la región es estéril, no creciendo en ella nada, excepto unos cuantos arbustos raquílicos.

La isla Nightingale, la más pequeña y meridional, se halla situada a $37^{\circ} 26'$ de latitud sur y a $12^{\circ} 12'$ de longitud oeste. Lejos de su extremidad meridional sur se halla un alto arrecife de islotes rocosos: se ven también algunos de un aspecto similar hacia el nordeste. El terreno es irregular y estéril, y un profundo valle lo divide parcialmente.

Las costas de estas islas son ricas, en la estación propicia, en leones, elefantes marinos, focas, juntamente con una gran variedad de aves oceánicas de toda clase. También abundan las ballenas en sus cercanías. Debido a la facilidad con que estos diversos animales eran capturados en un principio, el grupo ha sido muy visitado desde su descubrimiento. Los holandeses y los franceses lo frecuentaron desde los primeros tiempos. En 1790, el capitán Patten, que mandaba el barco Industry, de Filadelfia, hizo un viaje a la isla Tristán da Cunha, donde permaneció siete meses (desde agosto de 1790 hasta abril de 1791) con el objeto de recoger pieles de vacas mismas. Durante este tiempo recogió no menos de cinco mil seiscientas, y afirmó que no le hubiera costado ninguna dificultad cargar de aceite un barco grande en tres semanas. A su llegada no encontró cuadrúpedos, a excepción de unas cuantas cabras salvajes; la isla abunda ahora en todos nuestros mas preciosos animales domésticos, que han sido introducidos sucesivamente por los navegantes.

Creo que fue poco después de la visita del capitán Patten cuando el capitán Colquhoun, al mando del bergantín americano Betsey, hizo escala en la más grande de las islas con la intención de avituallarse. Plantó cebollas, patatas, coles y una gran cantidad de otros vegetales, que ahora se encuentran allí en abundancia.

En 1811, el capitán Haywood, en el Nereus, visitó la isla Tristán. Encontró allí a tres americanos, que residían en la isla para preparar aceite y pieles de foca. Uno de aquellos hombres se llamaba Jonathan Lambert, quien se daba a sí mismo el título de soberano del territorio. Había roturado y cultivado unos setenta acres de tierra y dedicaba toda su atención a introducir el café y la caña de azúcar que le había proporcionado el embajador americano en Río de Janeiro. Pero este establecimiento fue abandonado al fin, y en 1817, el gobierno inglés tomó posesión de las islas, enviando un destacamento desde el Cabo de Buena Esperanza a tal efecto. Sin embargo, aquellos colonos no permanecieron mucho tiempo; pero, después de la evacuación del territorio como posesión británica, dos o tres familias inglesas fijaron en ella su residencia, independientemente del gobierno. El 25 de marzo de 1824, el Berwick, del capitán Jeffrey, que partió de Londres con destino a la Tierra de Van Diemen, arribó a la isla donde encontró a un inglés llamado Glass, en otro tiempo cabo de la artillería inglesa. Se arrogaba el título de gobernador supremo de las islas, y tenía bajo su mando a veintiún hombres y tres mujeres. Dio un informe muy favorable de la salubridad del clima y de la productividad del suelo. La población se ocupaba principalmente en recoger pieles de focas y aceite de elefante marino, con que traficaban con el Cabo de Buena Esperanza, pues Glass era dueño de una pequeña goleta. En la época de nuestra llegada, el gobernador residía aún allí, pero su pequeña comunidad se había multiplicado, habiendo en la isla Tristán cincuenta y seis, además de un pequeño establecimiento de siete personas en la isla Nightingale. No encontramos ninguna dificultad para procurarnos todo género de provisiones que necesitábamos: ovejas, cerdos, cebúes, conejos, volatería, cabras, pescado en gran variedad y legumbres. Echamos el anda muy

cerca de la isla grande, con dieciocho brazas de profundidad, y embarcamos muy convenientemente todo cuanto necesitábamos a bordo. El capitán Guy compró también a Glass quinientas pieles de foca y cierta cantidad de marfil. Permanecimos allí una semana, durante la cual reinaron los vientos del Norte y del Oeste, con un tiempo algo brumoso. El 5 de noviembre nos hicimos a la vela hacia el sudoeste, con la intención de realizar una búsqueda por entre un grupo de islas llamadas las Auroras, sobre cuya existencia ha habido gran diversidad de opiniones.

Se dice que estas islas fueron descubiertas a principios de 1762 por el comandante del barco Aurora. En 1790, el capitán Manuel de Oyarvido, en el barco Princes, perteneciente a la Real Compañía de Filipinas, navegó, según afirma él, por estos lugares. En 1794, la corbeta española Atrevida partió con el propósito de determinar su situación exacta, y en un informe publicado por la Real Sociedad Hidrográfica de Madrid en el año 1809 se habla de esta expedición en los siguientes términos: "La corbeta Atrevida practicó, en sus inmediatas cercanías, desde el 21 al 27 de enero, todas las observaciones necesarias y midió con cronómetros la diferencia de longitud existente entre estas islas y el puerto de Soledad, en las Malvinas. Estas islas son tres; están casi en el mismo meridiano; la del centro, algo más baja, y las otras dos pueden verse a nueve leguas de distancia."

Las observaciones hechas a bordo de la Atrevida dieron los siguientes resultados en cuanto a la exacta situación de cada isla. La más septentrional se halla a $52^{\circ} 37' 24''$ de latitud sur, y a $47^{\circ} 43' 15''$ de longitud oeste; la del centro, a $53^{\circ} 2' 40''$ de latitud sur y a $47^{\circ} 55' 15''$ de longitud oeste, y la más meridional, a $53^{\circ} 15' 22''$ de latitud sur y a $47^{\circ} 57' 15''$ de longitud oeste.

El 27 de enero de 1820 el capitán James Weddel, de la Armada Británica, se hizo a la vela desde Staten-Land, también en busca de las Auroras. Informó que, después de haber realizado las búsquedas más diligentes y de haber pasado no sólo inmediatamente a los puntos indicados por el comandante de la Atrevida, sino en todas direcciones por las cercanías de aquellos lugares, no pudo encontrar indicio alguno de tierra. Estos informes contradictorios indujeron a otros navegantes a buscar dichas islas; y, cosa extraña, mientras algunos navegantes recorrieron cada pulgada de mar donde suponían que podían estar, sin encontrarlas, había no pocos que declararon terminantemente haberlas visto, e incluso haber estado cerca de sus costas. La intención del capitán Guy era hacer todos los esfuerzos a su alcance para poner en claro esta cuestión tan discutida¹⁷.

Mantuvimos nuestra ruta, entre el sur y el oeste, con tiempo variable, hasta el 20 del mismo mes, en que nos encontramos sobre el terreno debatido, hallándonos a $53^{\circ} 15'$ de latitud sur, a $47^{\circ} 58'$ de longitud oeste; es decir, muy cerca del sitio indicado como la

¹⁷ Entre los navíos que, en distintas épocas, aseguran haberse encontrado con las Auroras, pueden mencionarse el San Miguel, en 1769; el Aurora, en 1774; el Pearl, en 1779, o el Dolores, en 1790. Todos ellos coinciden en dar la latitud media de 53 grados al sur.

situación del grupo más meridional. No divisando señal alguna de tierra, continuamos hacia el oeste por el paralelo 53º de latitud sur, hasta el meridiano 50º de longitud oeste. Luego subimos hacia el norte hasta el paralelo 52º de latitud sur, donde viramos hacia el este y mantuvimos nuestro paralelo por altitudes dobles, mañana y noche, y altitudes meridianas de los planetas y la luna. Habiendo ido así hacia el este al meridiano de la costa occidental de Georgia, seguimos ese meridiano hasta volver a la latitud de donde habíamos partido. Seguimos entonces derroteros diagonales a través de toda la extensión del mar circunscrito, manteniendo un vigía constantemente en el tope de gavia, y repitiendo nuestro examen con gran cuidado por espacio de tres semanas, durante las cuales gozamos de un tiempo notablemente bueno y agradable, sin bruma alguna. Naturalmente, quedamos completamente convencidos de que, si habían existido alguna vez islas en aquellas cercanías en una época anterior, no quedaba vestigio alguno de ellas en la actualidad. Después de regresar a mi país he sabido que la misma ruta ha sido seguida, con igual cuidado, en 1822, por el capitán Johnson, de la goleta americana Henry, y por el capitán Morrell, de la goleta americana Wasp, habiendo obtenido en ambos casos el mismo resultado que nosotros.

XVI.-Exploración hacia el Polo

La primera intención del capitán Guy había sido, después de satisfacer su curiosidad respecto a las Auroras, avanzar por el estrecho de Magallanes y subir a lo largo de la costa occidental de Patagonia: pero una información recibida en Tristán de Cunha le indujo a dirigirse hacia el sur, con la esperanza de arribar a alguno de los islotes que decían se hallaban alrededor del paralelo 60 de latitud sur y a 45º 20' de longitud oeste. En el caso de que no descubriese estas tierras, se proponía, si la estación era favorable, avanzar hacia el polo. Por consiguiente, el 12 de diciembre nos hicimos a la mar en aquella dirección. El 18 nos encontramos cerca del lugar indicado por Glass, y cruzamos durante tres días por aquellas cercanías sin hallar rastro alguno de las islas que él había mencionado. El 21, como hacía un tiempo excepcionalmente agradable, nos hicimos de nuevo a la mar hacia el sur, con la resolución de penetrar en aquella ruta lo más lejos posible. Antes de entrar en esta parte de mi relato, quizá haré bien, para información de aquellos lectores que hayan prestado poca atención al curso de los descubrimientos en estas regiones, en dar una breve idea de las escasas tentativas que se han hecho hasta ahora para llegar al polo sur.

La del capitán Cook fue la primera de la que tenemos informes precisos. En 1772, navegó hacia el sur en el Resolution, acompañado del teniente Furneau, que mandaba el Adventure. En diciembre se encontraba en el 58 paralelo de latitud sur, y a 26º 57' de longitud este. Allí se encontró con unos estrechos bancos de hielo, de un espesor de 20 a

25 centímetros, deslizándose del noroeste al sudeste. Este hielo se elevaba en grandes masas y solían acumularse tan apretadamente, que el barco avanzaba con gran dificultad. En este tiempo, el capitán Cook supuso, por el gran número de aves que se veían y por otros indicios, que se hallaban en las inmediaciones de alguna tierra. Mantuvo rumbo hacia el sur, con una temperatura excesivamente fría, basta alcanzar el paralelo 64, en la longitud este 38° 14'. Hacía allí una temperatura benigna, con brisas suaves, durante cinco días, marcando el termómetro 36°. En enero de 1773, los barcos cruzaron el círculo antártico; pero no consiguieron penetrar más lejos, pues al alcanzar los 67° 15' de latitud encontraron impedido su avance por un inmenso conglomerado de hielo que se extendía a todo lo largo del horizonte meridional hasta donde la vista podía alcanzar. Aquel hielo era de carácter muy vario y algunos de aquellos inmensos campos de hielo flotantes, de millas de extensión, formaban una masa compacta que se elevaba de cinco y medio a seis metros sobre el agua. Estando avanzada la estación, y sin esperanza de pretender bordear estos obstáculos, el capitán Cook viró con desgana hacia el norte.

En el mes de noviembre siguiente reanudó su búsqueda por el Antártico. A los 59° 40' de latitud encontró una fuerte corriente que se dirigía hacia el sur. En diciembre, cuando los barcos se hallaban a 67° 31' de latitud y a 142° 54' de longitud oeste, el frío era excesivo, con recios vendavales y densas nieblas. También allí abundaban las aves, especialmente el albatros, el pingüino y el petrel. A los 70° 23' de latitud encontraron algunas grandes islas de hielo, y un poco más lejos observaron que las nubes hacia el sur eran de una blancura nívea, indicando la proximidad de bancos de hielo. A los 70° 10' de latitud y a los 106° 54' de longitud oeste, los navegantes se vieron detenidos, como anteriormente, por una inmensa extensión helada, que limitaba toda el área del horizonte meridional. El borde septentrional de aquella extensión era escabroso y quebrado, tan compacto que era de todo punto infranqueable, y extendiéndose cerca de una milla hacia el sur. Más allá la superficie helada era relativamente lisa hasta cierta distancia, acabando allá en lontananza en una hilera de gigantescas montañas de hielo, descollando unas sobre otras. El capitán Cook dedujo que este vasto banco de hielo llegaba hasta el polo sur o que se unía con algún continente. Mr. J. C. Reynolds, cuyos grandes esfuerzos y perseverancia han logrado al fin poner en pie una expedición nacional, con el propósito de explorar estas regiones, habla así de la tentativa del Resolution:

"No nos sorprende que el capitán Cook haya podido llegar más allá de los 70° 10'; pero nos asombra que alcanzase ese punto en el meridiano 106° 54' de longitud oeste. La Tierra de Palmer está situada al sur de las Shetland, a los 64° de latitud, y se extiende hacia el sur y el oeste más allá de donde la más haya penetrado navegante alguno. Cook se dirigía hacia esa tierra cuando su avance fue detenido por el hielo, cosa que tememos sucederá siempre en ese punto, y en una fecha temprana de la

estación como lo es el 6 de enero; y no nos sorprendería que una parte de las montañas de hielo descritas estuviese unida al cuerpo principal de la Tierra de Palmer, o a algunas otras partes de tierra situadas más lejos hacia el sur y el oeste."

En 1803, los capitanes Kreutzenstern y Lisiausky fueron enviados por Alejandro de Rusia con el propósito de circunnavegar el globo. Al intentar avanzar hacia el sur, no pudieron pasar más allá de los 59° 58' y de los 70° 15' de longitud oeste. Allí encontraron fuertes corrientes en dirección oriental. Abundaban las ballenas, pero no vieron hielos. Con relación a este viaje, Mr. Reynolds observa que, si Kreutzenstern hubiese llegado allí en una estación menos avanzada, habría encontrado hielos: fue en marzo cuando alcanzó la latitud especificada. Los vientos dominantes, cuando soplaban del sur al oeste, habían arrastrado los extensos campos de hielo flotantes, ayudados por las corrientes, hacia esa región de hielos limitada al norte por Georgia, al este por la Tierra de Sandwich, al sur por la isla Orkneys y al oeste por las islas Shetland del sur.

En 1822, el capitán James Wedell, de la Armada Británica, con dos barcos muy pequeños, penetró más lejos hacia el sur que cualquier otro navegante anterior, sin encontrar dificultades extraordinarias. Afirma este marino que, aunque estuvo frecuentemente rodeado de hielos antes de alcanzar el paralelo 72, al llegar a él no volvió a descubrir ni un solo témpano, y que, al llegar a los 74° 15' de latitud, no vio bancos de hielo, sino tan sólo tres islas. Es bastante notable que, aunque hubiese visto grandes bandadas de aves y otros indicios habituales de tierra, y aunque al sur de las Shetland el vigía observase costas desconocidas que se extendían hacia el sur, Weddell desecha la idea de que pueda existir un continente en las regiones polares del sur.

El 11 de enero de 1823, el capitán Benjamin Morrell, de la goleta americana Wast, se hizo a la vela desde la tierra de Kerguelen con el propósito de adentrarse lo más posible hacia el sur. El 1 de febrero se encontraba a 64° 52' de latitud sur, y a 118° 27' de longitud este. El siguiente pasaje está tomado de su diario de aquella fecha.

"El viento refresca muy pronto, convirtiéndose en una brisa de once nudos, y aprovechamos esta oportunidad para dirigirnos hacia el este; pero estando convencidos de que cuanto más avanzáramos hacia el sur pasando los 64° de latitud, menos tendríamos que temer a los hielos, navegábamos un poco hacia el sur, hasta que cruzamos el círculo antártico, y estuvimos a 69° 15' de latitud este. En esta latitud no había ningún banco de hielo, y muy pocas islas de hielo a la vista."

Con fecha 14 de marzo encuentro también esta anotación:

"El mar estaba completamente libre de bancos de hielo, y no hay más que una docena de islas de hielo a la vista. Al mismo tiempo, la temperatura del aire y del agua era por lo menos trece grados más alta (más suave) que la que habíamos encontrado

entre los paralelos 60° y 62° sur. Estábamos, pues, a 70°14' de latitud sur, y la temperatura del aire era de 47°, y la del agua 44° En esta situación, vi que la variación era de 14° 27' hacia el este, por acimut... He pasado varias veces el círculo antártico, por diferentes meridianos, y he observado constantemente que la temperatura, tanto la del aire como la del agua, era cada vez más templada a medida que avanzaba más allá de los 65° de latitud sur, y que la variación decrecía en la misma proporción. Mientras me hallaba al norte de esta latitud, es decir, entre los 60° y 65° sur, solíamos encontrar muchas dificultades para abrir paso al barco la reina inglesa. Estos detalles fueron puestos conocimiento de la Royal Geographical Society de Londres, la cual concluyó que existe un trecho continuo de tierra que se extiende desde los 47° 30' de longitud este hasta los 69° 29' de longitud oeste, recorriendo el paralelo entre los 66° y 67° de latitud sur."

Respecto a esta conclusión, Mr. Reynolds observa:

"No estamos de acuerdo con su exactitud, ni los descubrimientos de Briscoe justifican tal deducción. Dentro de estos límites avanzó Weddell hacia el sur siguiendo un meridiano al este de Georgia, de la Tierra Sandwich, de las Orkney del sur y de las islas Shetland."

Mi propia experiencia, como se verá, atestigua más directamente la falsedad de la conclusión a que llegó la mencionada sociedad científica.

Éstos son los principales intentos realizados para penetrar en las remotas latitudes del sur, viéndose ahora que quedaban, antes del viaje de la Jane, cerca de trescientos grados de longitud en el círculo antártico que no habían sido cruzados. Naturalmente, se extiende ante nosotros un ancho campo por descubrir, y oí con más vivo interés al capitán Guy expresar su decisión de avanzar resueltamente hacia el sur.

XVII.-¡Tierra!

Mantuvimos nuestro rumbo hacia el sur durante cuatro días, después de haber renunciado a la búsqueda de las islas de Grass, sin encontrar nada de hielo. El 26, a mediodía, nos hallábamos a 63° 23' de latitud sur y a 45° 25' de longitud oeste. Entonces vimos varias grandes islas de hielo y un banco que no era por cierto de gran extensión. Los vientos soplaban generalmente del sudeste o del norte, pero eran muy flojos. Siempre que teníamos viento del oeste, lo que sucedía raras veces, iba acompañado invariablemente de rachas de lluvia. Todos los días nevaba algo. El día 27, el termómetro marcaba 35°.

1º de enero de 1828.—Este día nos encontramos rodeados completamente por los hielos, y nuestras perspectivas parecían en realidad muy tristes. Un fuerte vendaval sopló durante toda la mañana, procedente del nordeste, y lanzó contra el timón y la bovedilla grandes témpanos con tal violencia, que todos temblábamos por las consecuencias. Al anochecer, cuando el vendaval soplaban aún con furia, un gran banco de hielo se rompió frente a nosotros y pudimos, haciendo fuerza de vela, abrirnos paso entre los pedazos más pequeños hasta más allá del mar abierto. Mientras nos acercábamos a este lugar, fuimos arriando gradualmente las velas y, cuando al fin nos vimos libres, nos pusimos al paíro con una sola vela de trinquete con rizos.

2 de enero.—Tenemos un tiempo bastante tolerable. Al mediodía nos hallábamos a 69º 10' de latitud sur y a 42º 20' de longitud oeste, habiendo cruzado el círculo Antártico. Vimos muy pocos hielos hacia el sur, aunque grandes bancos de hielo se divisaban a popa. Este día hemos aparejado unos utensilios de sonda, utilizando un gran puchero de hierro de una capacidad de veinte galones, y un cable de doscientas brazas. Encontramos la corriente que se dirigía hacia el norte, a casi un cuarto de milla por hora. La temperatura del aire era hoy de unos 33º. Hemos comprobado que la variación era de 14º 28' hacia el este, por acimut.

5 de enero.—Seguimos avanzando hacia el sur con grandes impedimentos. Sin embargo, esta mañana, cuando nos hallábamos a 73º 15' de latitud sur y a 42º 10' de longitud oeste, nos encontramos de nuevo ante una inmensa extensión de hielo firme. No obstante, vimos más abierto el mar hacia el sur, y no nos cabía duda alguna de que llegaríamos a alcanzarlo. Manteniéndonos hacia el este a lo largo del borde del banco de hielo, llegamos por último a un paso de casi una milla de ancho, a través del cual nos abrimos camino al ponerse el sol. El mar en el cual nos hallábamos estaba en aquel momento densamente cubierto de islas de hielo; pero como no había bancos, avanzamos resueltamente como antes. El frío no parecía aumentar, aunque nevase con frecuencia y de cuando en cuando cayesen rachas de granizo de gran violencia. Inmensas bandadas de albatros volaron hoy sobre la goleta, yendo de sudeste a noroeste.

7 de enero.—El mar permanece tranquilo, casi despejado, de modo que proseguimos nuestra ruta sin dificultad. Hacia el oeste vimos algunos icebergs de un tamaño increíble, y por la tarde pasamos muy cerca de uno cuya cima no tendría menos de cuatrocientas brazas sobre la superficie del océano. Su contorno era probablemente, en la base, de tres cuartos de legua, y varias corrientes de agua pasaban por las grietas de sus costados. Durante dos días tuvimos esta isla a la vista y solamente la perdimos al desaparecer ésta durante una niebla.

10 de enero.—Esta mañana temprano hemos tenido la desgracia de perder a un hombre por la borda. Era un americano llamado Peter Vredenburgh, natural de New York, y uno de los mejores marineros a bordo de la goleta. Al pasar por la proa resbalaron sus pies y cayó entre dos masas de hielo, sin volver a aparecer más. Al mediodía de hoy estábamos a 78º 30' de latitud y a 40º 15' de longitud oeste. El río es

ahora excesivo y tenemos continuamente rachas de granizo que vienen del norte y del este. En esta dirección también hemos visto varios icebergs inmensos, y todo el horizonte hacia el este parecía estar bloqueado por un campo de hielo, elevándose y sobreponiéndose en masas como un anfiteatro. Durante la noche vimos algunos bloques de madera flotando, y una gran cantidad de aves revoloteaban por encima, entre las cuales hay nellies, petreles, albatros y un voluminoso pájaro de un brillante plumaje azul. Aquí, la variación, por acimut, era menor que la precedente al pasar el círculo Antártico.

12 de enero.—Nuestro paso hacia el sur vuelve a parecer dudoso, pues sólo vemos en dirección al polo un banco ilimitado en apariencia, respaldado por una verdadera cordillera de hielo, en la que un precipicio se elevaba toscamente sobre otro. Navegamos hacia el oeste hasta el día 14, con la esperanza de hallar una entrada.

14 de enero.—Esta mañana hemos alcanzado el extremo oeste del banco que nos había impedido el paso y, doblándolo, llegamos a mar abierto, sin un témpano. Al sondear con un cable de doscientas brazas descubrimos una corriente en dirección sur a una velocidad de media milla por hora. La temperatura del aire era de 47°; la del agua, de 34°. Navegamos hacia el sur sin encontrar ninguna interrupción de momento, hasta el día dieciséis, en que, al mediodía, nos hallábamos a 81° 21' de latitud y a 42" de longitud oeste. Aquí sondeamos de nuevo, y descubrimos una corriente que se dirigía también hacia el sur, y a una velocidad de tres cuartos de milla por hora. La variación por acimut ha disminuido, y la temperatura del aire es suave y agradable, marcando el termómetro hasta 51°. En este período no se veía ni un témpano. Toda la gente de a bordo está ahora segura de alcanzar el polo.

17 de enero. Este día ha estado lleno de incidentes. Innumerables bandadas de aves revoloteaban sobre nosotros hacia el sur, y a varias las hemos disparado desde cubierta; una de ellas, una especie de pelícano, nos ha proporcionado un alimento excelente. Hacia mediodía, el vigía vio un pequeño banco de hielo por el lado de babor, y sobre el cual parecía hallarse algún animal voluminoso. Como el tiempo era bueno y estaba casi en calma, el capitán Guy ordenó que echasen dos botes al agua para ver qué clase de animal era.

Dick, Peters y yo acompañamos al primer piloto en el bote más grande. Al llegar al banco de hielo, vemos que está ocupado por un gigantesco oso polar, cuyo tamaño excedía en mucho del mayor de estos animales. Como vamos bien armados, no vacilamos en atacarle en seguida. Se dispararon varios tiros en rápida sucesión, la mayoría de los cuales le alcanzaron, al parecer, en la cabeza y en el cuerpo. Sin desfallecer, no obstante, el monstruo se arrojó al agua desde el hielo, y nadando con las fauces abiertas se dirigió al bote en que estábamos Peters y yo. Debido a la confusión que se originó entre nosotros ante el inesperado giro de la aventura, nadie estaba listo para disparar inmediatamente un segundo tiro, y el oso logró apoyar la mitad de su corpulenta masa sobre nuestra borda, y agarrar a uno de los hombres por los riñones,

antes de que se tomase ninguna medida eficaz para rechazarlo. En este trance tan peligroso, sólo nos salvó de la muerte la prontitud y agilidad de Peters. Saltando sobre el lomo de la enorme bestia, hundió la hoja de su cuchillo por detrás del cuello, alcanzando de un golpe la medula espinal. La bestia cayó al mar muerta y sin luchar, arrastrando a Peters en su caída. Éste se recobró rápidamente, le arrojamos una cuerda y ató con ella al animal antes de entrar en el bote. Entonces volvimos en triunfo a la goleta remolcando nuestro trofeo. Después de medido, este oso resultó que tenía sus casi cinco metros en su mayor longitud. Su pelaje era completamente blanco, muy áspero y rizado. Los ojos eran de un color rojo de sangre, más grandes que los del oso polar; el hocico, también más redondeado, y se parecía al de un bulldog. La carne era tierna, pero excesivamente rancia y de olor a pescado, aunque los hombres la devoraron con avidez y la calificaron de excelente.

Apenas habíamos llevado nuestra presa a bordo, cuando el vigía lanzó el alegre grito de: "Tierra a estribor!" Todos los marineros se pusieron alerta, y habiéndose levantado una brisa muy oportunamente del norte y este, nos acercamos pronto a la costa. Resultó ser un islote bajo y rocoso, como de una legua de circunferencia, y totalmente desprovisto de vegetación, exceptuada una especie de chumbera. Al acercarnos por el norte, vimos un singular arrecife que avanzaba en el mar y tenía un gran parecido con las balas de algodón para encordelar. Rodeando este arrecife hacia el oeste encontramos una pequeña bahía, en cuyo seno nuestros botes pudieron amarrar cómodamente.

No necesitamos mucho tiempo para explorar todos los parajes de la isla; pero, con una sola excepción, no encontramos nada digno de ser observado. En el extremo sur, recogimos cerca de la orilla, medio sepultado en una pila de piedras esparcidas, un trozo de madera que parecía haber sido la proa de una canoa. Evidentemente, habían intentado tallar algo en ella, y el capitán Guy creyó descubrir la figura de una tortuga, pero el parecido no me convenció del todo. Aparte de esta proa, si es que lo era, no encontramos ningún otro indicio de que un ser vivo hubiese estado allí nunca antes. Alrededor de la costa, descubrimos algunos témpanos, pero éstos eran muy escasos. La situación exacta del islote (al cual el capitán Guy le dio el nombre de Islote de Bennett, en honor de su asociado en la propiedad de la goleta) era de 82° 50' de latitud sur y 42° 20' de longitud oeste.

En este momento habíamos avanzado hacia el sur más de ocho grados más que todos los navegantes anteriores, y el mar se extendía aún completamente abierto ante nosotros. También advertimos que la variación disminuía uniformemente a medida que avanzábamos y, lo que era aún más sorprendente, que la temperatura del aire, y después la del agua, se hacían más suaves. El tiempo podía decirse que era agradable, y teníamos una brisa constante pero apacible, que soplabía siempre desde algún punto septentrional de la brújula. El cielo estaba despejado, por lo general; de cuando en cuando, un leve y tenue vapor aparecía en el horizonte meridional, pero era

invariablemente de breve duración. Sólo dos dificultades se presentaban a nuestra vista: escaseaba el combustible, y se habían manifestado síntomas de escorbuto en varios hombres de la tripulación. Estas consideraciones comenzaban a influir en el ánimo del capitán Guy sintiendo la necesidad de regresar, y hablaba de ello a menudo. Por mi parte, confiado como estaba en la pronta llegada a tierra de alguna consideración en la ruta que seguíamos, y teniendo toda clase de razones para creer, por las presentes apariencias, que no hallaríamos el suelo estéril encontrado en las latitudes árticas más elevadas, defendí calurosamente la idea de perseverar, al menos durante unos días, en la dirección que habíamos seguido hasta entonces. Una oportunidad tan tentadora de resolver el gran problema respecto al continente antártico no se le había presentado aún a ningún hombre, y confieso que me sentí lleno de indignación ante las tímidas e inoportunas sugerencias de nuestro capitán. En realidad, creo que lo que no pude contenerme de decirle sobre este punto tuvo por efecto inducirle a seguir adelante. Por eso, aunque no pueda menos de lamentar los acontecimientos desdichados y sangrientos que acarreó inmediatamente mi consejo, debe permitírseme sentir cierta satisfacción por haber sido el instrumento indirecto, que reveló a los ojos de la ciencia uno de los secretos más intensamente emocionantes que hayan absorbido su atención.

XVIII.-Hombres nuevos

18 de enero.—Esta mañana¹⁸ continuamos hacia el sur, con el mismo tiempo agradable que antes. El mar está completamente en calma, el viento soportablemente templado y procedente del nordeste, y la temperatura del agua a 11'6º C. Realizamos de nuevo nuestra operación de sondeo y, con un cable de ciento cincuenta brazas, encontramos la corriente en dirección hacia el polo con una velocidad de una milla por hora. Esta tendencia constante hacia el sur, tanto del viento como de la corriente, es motivo de reflexión, e incluso de alarma, entre las gentes de la goleta. Se ve claramente que al capitán Guy le ha impresionado bastante la circunstancia. Sin embargo, enemigo de caer en el ridículo, conseguí que se riese él mismo de sus aprensiones. La variación era ahora muy poca. En el curso del día vimos varias ballenas grandes de la especie franca, e innumerables bandadas de albatros pasaron sobre el barco. También recogimos un arbusto, lleno de bayas rojas, como las del espino blanco, y el cuerpo de un animal

¹⁸ Los términos *mañana* y *tarde* los empleamos para evitar confusiones en la narración, pero no deben ser tomados en su sentido literal, pues desde hacia tiempo no tuvimos noche completa, disfrutando de la claridad de un día sin fin. Los días son citados de acuerdo al tiempo náutico y las direcciones indicadas por la brújula. Debo hacer notar, en lo referente a este punto, que la primera parte de lo que aquí se escribe pretende estrictamente respetar con exactitud los días, latitudes o longitudes, pero no mantengo conservo un diario regular después del periodo que trata esta primera parte. En muchas ocasiones depende exclusivamente de la memoria.

terrestre de extraña apariencia. Tenía metro y medio de largo y unos quince centímetros de alto, con cuatro patas muy cortas, y las pezuñas armadas de largas garras de un escarlata brillante, muy parecido al coral. El cuerpo estaba cubierto de un pelo sedoso y liso, completamente blanco. La cola eraafilada como la de una rata, y de unos sesenta centímetros de largo. La cabeza se parecía a la de un gato, menos las orejas, que eran colgantes como las de un perro. Los dientes eran del mismo escarlata brillante que las uñas.

19 de enero.—Hoy, estando a 83° 20' de latitud y a 43° 5' de longitud oeste (el mar tenía un color oscuro extraordinario), hemos vuelto a ver tierra desde el mastelero mayor, y después de un examen minucioso resultó ser una isla de un grupo de islas muy grandes. La costa era escarpada, y el interior parecía estar lleno de árboles, circunstancia que nos causó gran alegría. A las cuatro horas, aproximadamente, de nuestro primer descubrimiento de esta tierra, echábamos el anda, con diez brazas y fondo arenoso a una legua de distancia de la costa, pues una violenta resaca, con fuertes remolinos acá y allá, hacía peligrosa la aproximación. Se nos ordenó echar al agua los dos botes mayores, y un grupo bien armado (en el cual estábamos Peters y yo) se encargó de buscar una abertura en el arrecife que parecía circundar la isla.

Después de haber rebuscado por algún tiempo, descubrimos una ensenada, en la cual íbamos a entrar, cuando vimos cuatro grandes canoas que salían de la orilla, llenas de hombres que parecían estar bien armados. Esperamos a que se acercasen y, como maniobraban con gran rapidez, no tardaron nada en ponerse al alcance de la voz. El capitán Guy entonces alzó un pañuelo blanco en la punta de un remo, cuando los extranjeros se detuvieron de pronto y comenzaron en seguida a farfullar en voz alta, intercalando gritos aislados entre los cuales podíamos distinguir las palabras ¡Anamoo-moo! y ¡lama-lama! Continuaron así por lo menos media hora, durante la cual tuvimos ocasión de observar su aspecto a nuestras anchas. En las cuatro canoas, que podían tener unos quince metros de largo y uno y medio de ancho, habría ciento diez salvajes en total. Tenían la estatura media de los europeos, pero eran de constitución más musculosa y membruda. Su tez era de un negro azabache, con el pelo espeso, largo y lanoso. Iban vestidos con pieles negras de un animal desconocido, tupidas y sedosas, ajustadas al cuerpo con cierta habilidad, quedando el pelo hacia adentro, excepto alrededor del cuello, las muñecas y los tobillos. Sus armas consistían principalmente en cachiporras, de una madera oscura y al parecer muy pesada. También vimos en poder de algunos de ellos lanzas punta de piedra y algunas hondas. El fondo de las canoas estaba lleno de piedras negras de un tamaño aproximado al de un huevo grande.

Cuando concluyeron su arenga (pues era evidente que consideraban como tal aquella algarabía), uno de ellos, que parecía ser el jefe, se irguió en la proa de su canoa y nos hizo señas de que avanzásemos nuestros botes a lo largo del suyo. Simulamos no entender esta señal, pensando que el plan más sensato era mantener, dentro de lo posible, cierta distancia entre nosotros, pues su número era cuatro veces mayor que el

nuestro. Adivinando este propósito, el jefe ordenó a las otras tres canoas que permaneciesen atrás, mientras él avanzaba hacia nosotros en la suya. Tan pronto como llegó, saltó a bordo de la mayor de nuestras canoas y se sentó al lado del capitán Guy, señalando al mismo tiempo hacia la goleta, y repitiendo las palabras ¡Anamoo-moo! y ¡Lama-Lama! Luego volvimos hacia el barco, siguiéndonos las cuatro canoas a poca distancia.

Al llegar al costado, el jefe dio claras muestras de una sorpresa y deleite sumos, palmoteando, golpeándose los muslos y el pecho, y riendo estrepitosamente. Sus seguidores se unieron a su contento, y durante unos minutos el alboroto fue tan excesivo, que nos ensordecíó por completo. Tranquilo al fin por hallarse en el barco, el capitán Guy ordenó que fuesen izados los botes, como precaución necesaria, y dio a entender al jefe (cuyo nombre descubrimos pronto que era Too-wit) que no podía admitir más de veinte de sus hombres en el puente simultáneamente. Pareció completamente satisfecho con esto, y dio algunas órdenes a las canoas, cuando una de ellas se acercó, quedando las demás a unos cincuenta metros de distancia. Veinte de los salvajes subieron a bordo y se pusieron a dar vueltas por todas partes sobre cubierta, trepando por el aparejo, comportándose como si estuvieran en su casa y examinando cada objeto con gran curiosidad. Era totalmente evidente que no habían visto nunca a seres de la raza blanca, cuyo cutis parecía, en realidad, repugnarles. Creían que la Jane era un ser viviente, y parecían temer herirla con la punta de sus lanzas, que volvían cuidadosamente hacia arriba. Nuestra tripulación se divirtió mucho con la conducta de Too-wit en un principio. El cocinero estaba partiendo leña cerca de la cocina y, por casualidad, clavó su hacha en la cubierta, abriendo una hendidura de considerable profundidad. El jefe acudió en seguida, y echando al cocinero bruscamente a un lado, comenzó un semiquejido, un semiaullido, que denotaba de un modo enérgico la simpatía con que consideraba los sufrimientos de la goleta, acariciando y alisando la hendidura con sus manos, y lavándola con un cubo de agua de mar que estaba al lado. Esto revelaba un grado de ignorancia para el que no estábamos preparados, y por mi parte no pude menos de pensar que había en ello cierto fingimiento.

Cuando los visitantes satisficieron, en la medida de lo posible, su curiosidad con respecto a nuestra obra muerta, fueron conducidos abajo, donde su asombro superó todos los límites. Su estupefacción parecía ahora demasiado honda para ser expresada con palabras, pues vagaban en silencio, solamente roto con exclamaciones en voz baja. Las armas les proporcionaron mucho motivo de reflexión, y se les permitió que las manejassen y las examinasen a placer. Creo que no abrigaban la menor sospecha sobre su uso verdadero, sino que más bien las tomaban por ídolos, viendo el cuidado que teníamos de ellas y la atención con que vigilábamos sus movimientos mientras las manejaban. Ante los grandes cañones su asombro se redobló. Se acercaron a ellos con todos los síntomas del más profundo respeto y temor, pero se abstuvieron de examinarlos minuciosamente. Había dos grandes espejos en la cámara, que fueron para

ellos una inmensa sorpresa. Too-wit fue el primero en acercarse a ellos, y había llegado al centro de la cámara, de cara a uno de ellos y de espaldas al otro, antes de haberlos visto realmente. Al levantar los ojos y verse reflejado en la luna, creí que el salvaje iba a volverse loco; pero, cuando se volvió rápidamente para retirarse y se contempló de nuevo en la dirección opuesta, temí que expirase allí mismo. No hubo manera de persuadirle para que se mirase otra vez; sino que, arrojándose al suelo, ocultó su cara entre las manos y permaneció así hasta que nos vimos obligados a arrastrarle sobre la cubierta.

Todos los salvajes fueron admitidos a bordo de este modo, en grupos de veinte, permitiéndosele a Too-wit permanecer allí durante todo el tiempo. No vimos en ellos ninguna inclinación al robo, ni desapareció un solo objeto después de su marcha. A lo largo de su visita, dieron muestras de la mayor cordialidad. Sin embargo, había algunos detalles en su comportamiento que nos fue imposible comprender; por ejemplo, no conseguimos que se acercasen a diversos objetos inofensivos, tales como las velas de la goleta, un huevo, un libro abierto o un cuenco de harina. Intentamos averiguar si poseían algunos artículos que pudieran ser objeto de tráfico, pero nos resultó muy difícil hacernos comprender. Sin embargo, descubrimos con gran asombro nuestro que en las islas abundaba la gran tortuga de los Galápagos, una de las cuales vimos en la canoa de Too-wit. Vimos también alguna biche de mer en manos de uno de los salvajes, que la devoraba con avidez en su estado natural. Estas anomalías —pues las considerábamos como tales en relación a la latitud— indujeron al capitán Ouy a desear realizar una exploración por la comarca, con la esperanza de obtener una especulación provechosa.

Por mi parte, deseoso como estaba de conocer algo más de estas islas, me sentía aún más inclinado a proseguir el viaje hacia el sur sin demora. Gozábamos entonces de buen tiempo, pero nada podía garantizarnos cuánto nos iba a durar; y encontrándonos ya en el paralelo 84, con un mar abierto ante nosotros, una corriente que se dirigía impetuosamente hacia el sur y buen viento, no podía ya oír con paciencia ninguna proposición de detenernos más que lo estrictamente necesario para el bien de la salud de la tripulación y para avituallamos a bordo de reserva de combustible y de provisiones frescas. Le hice ver al capitán que nos sería fácil atracar en aquel grupo de islas a nuestro regreso, y pasar el invierno allí en caso de ser bloqueados por los hielos. A la postre fue de mi opinión (pues no sé por qué había adquirido gran influencia sobre él) y por último se resolvió que, aun en el caso de que encontrásemos biche de mer, sólo permaneceríamos allí una semana para abastecernos, y luego nos dirigiríamos hacia el sur mientras pudiésemos.

Por consiguiente, hicimos los preparativos necesarios y, bajo la guía de Too-wit, condujimos la Jane por entre los arrecifes sin tropiezo, echando el anda a una milla de la costa, aproximadamente, en una bahía excelente, completamente rodeada de tierra, en la costa sudeste de la isla principal, y con diez brazas de agua y un fondo arenoso negro. En el extremo de esta bahía corrían tres arroyuelos (según nos dijeron) de agua buena, y

vimos abundantes bosques en las cercanías. Las cuatro canoas nos seguían, manteniendo, sin embargo, una respetuosa distancia. Too-wit permanecía a bordo, y cuando echamos el anda, nos invitó a acompañarle a la orilla y a visitar su aldea en el interior. A esto accedió el capitán Guy, y habiendo dejado diez salvajes a bordo como rehenes, un grupo de nosotros, doce en total, se dispuso a seguir al jefe. Tuvimos cuidado de armarnos bien, aunque sin demostrar desconfianza. La goleta había puesto sus cañones en posición de tiro, izado las redes de abordaje y se habían tomado todas las precauciones apropiadas para defenderse de cualquier sorpresa. Se le dieron instrucciones al primer piloto para que no admitiese a nadie a bordo durante nuestra ausencia y, en el caso de que no apareciésemos al cabo de doce horas, enviase el cíter alrededor de la isla con una colisa, en busca nuestra.

A cada paso que dábamos por aquella tierra adquiríamos la forzosa convicción de que nos hallábamos en una comarca esencialmente diferente de todas las visitadas hasta entonces por hombres civilizados. Nada de lo que veíamos nos era familiar. Los árboles no se parecían a ninguno de los que crecían en la zona tórrida, templadas o frías del norte, y se diferenciaban por completo de los que habíamos encontrado en las latitudes meridionales más bajas que acabábamos de atravesar. Las mismas rocas eran distintas por su masa, su color y su estratificación; y los arroyos, por increíble que esto parezca, tenían tan poco de común con los de otros climas, que teníamos escrúpulo en beber, e incluso nos era difícil persuadirnos de que sus cualidades fuesen puramente naturales. En un pequeño arroyo que cruzaba nuestra senda (el primero que encontramos), Too-wit y sus acompañantes hicieron un Vito para beber. A causa de la peculiar naturaleza del agua, nos negamos a probarla, suponiendo que estaba corrompida, y sólo después de un buen rato logramos comprender que aquél era el aspecto de los arroyos en todo el archipiélago. No sé cómo dar una idea clara de la naturaleza de aquel líquido, ni puedo hacerlo sin emplear muchas palabras. Aunque fluyese con rapidez por todas las pendientes, como cualquier arroyo normal, no tenía nunca, excepto cuando caía como una cascada, la transparencia habitual del agua. Sin embargo, era en realidad tan limpia como cualquier agua calcárea existente, estribando la diferencia tan sólo en su aspecto. A primera vista, y especialmente en los casos en que el declive era poco pronunciado, se parecía, en cuanto a su consistencia, a una densa disolución de goma arábiga en agua común. Pero ésta era la menos potable de sus extraordinarias cualidades. No era incolora, ni tenía ningún color uniforme, presentando a la vista, cuando fluía, todos los matices posibles de la púrpura, como los visos de una seda tornasolada. Esta variación en el matiz se producía de una manera que originaba tan profundo asombro en nuestros espíritus como los espejos lo habían hecho en el de Too-wit. Al recogerla en un recipiente y dejarla asentarse, observamos que toda la masa del líquido estaba constituida por cierto número de venas distintas, cada una de un tinte diferente; que estas venas no se mezclaban, y que su cohesión era perfecta respecto a sus propias partículas, e imperfecta respecto a las venas próximas. Pasando la hoja de un

cuchillo a través de las venas, el agua se cerraba inmediatamente detrás de ellas, como ocurría a nuestro paso, y al sacarlo, todas las huellas del paso del cuchillo se borraban al instante. Sin embargo, cuando la hoja se interponía cuidadosamente entre las venas, la separación perfecta que se verificaba no cesaba inmediatamente por la fuerza de cohesión. El fenómeno de esta agua constituyó el primer eslabón concreto de aquella vasta cadena de milagros aparentes que por algún tiempo iban a presentarse ante mi vista.

XIX.-Kloc-Kloc

Tardamos casi tres horas en llegar a la aldea, que se hallaba a unos quince kilómetros en el interior y la senda se deslizaba a través de una zona escarpada. Mientras caminábamos, el grupo de Too-wit (todos los ciento diez salvajes de las canoas) iba siendo reforzado a cada instante por pequeños destacamentos, de dos a seis o siete hombres, que se nos unían, como por casualidad, en las diferentes revueltas del camino. Había en todo aquello como un propósito sistemático que me hizo sentir desconfianza, y le hablé al capitán Guy de mis inquietudes. Pero ya era demasiado tarde para retroceder y convinimos que 10 mejor para nuestra seguridad era demostrar una confianza absoluta en la buena fe de Too-wit. Seguimos adelante, pues, con los ojos muy abiertos respecto a los manejos de los salvajes, sin permitirles dividir nuestras filas irrumpiendo entre ellas. Así, al atravesar un barranco escarpado, llegamos al fin a un grupo de viviendas que, según nos dijeron, eran las únicas existentes en las islas. Cuando estábamos a la vista de ellas, el jefe dio un grito, repitiendo con frecuencia la palabra Klock-klock, que supusimos sería el nombre de aquella aldea, o tal vez el nombre genérico de todas ellas.

Las cabañas eran del aspecto más miserable que imaginarse pueda y, diferenciándose en esto incluso de las razas salvajes más inferiores que la humanidad haya conocido, no estaban construidas siguiendo un plan uniforme. Algunas de ellas (las pertenecientes a los Wampoos o Yampoos, grandes personajes de la isla) consistían en un árbol cortado a un metro de la raíz, aproximadamente, con una gran piel negra echada por encima, que colgaba en pliegues sueltos sobre el suelo. Allí debajo se acurrucaba el salvaje. Otras estaban hechas con toscas ramas de árboles, llenas de hojarasca seca, dispuestas de modo que se reclinaban, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, contra un banco de barro amontonado, sin forma regular, hasta una altura de metro y medio a dos metros. Otras incluso eran simples agujeros excavados perpendicularmente en la tierra y cubiertos con ramas semejantes, que el habitante de la morada tenía que apartar al entrar y que debía colocar de nuevo cuando había entrado. Algunas estaban construidas entre las ramas ahorquilladas de los árboles, tal como

crecían, cortando a medias las rama superiores, de modo que cayesen sobre las inferiores, formando así un cobijo más denso contra el mal tiempo. Pero la mayoría consistía en pequeñas cavernas, poco profundas, raspadas al parecer en la cara de un escarpado arrecife de piedra negra, cortada a pico, y muy parecida a la tierra de batanero, muro que rodeaban tres lados de la aldea. A la entrada de cada una de aquellas cavernas primitivas había una roca pequeña, que el morador colocaba cuidadosamente ante la abertura cuando abandonaba su residencia, ignoro con qué propósito, pues la piedra no era nunca más que del tamaño suficiente para cerrar una tercera parte de abertura.

Esta aldea, si merece semejante nombre, estaba situada en un valle de cierta profundidad, al cual sólo se podía llegar por el sur, pues el escabroso arrecife del que ya he hablado cortaba todo acceso en otras direcciones. Por el centro del valle corría un arroyo susurrante, de la misma agua de apariencia mágica que ya he descrito. Alrededor de las viviendas vimos varios animales extraños, todos al parecer perfectamente domesticados. Los más grandes recordaban a nuestro cerdo común, tanto en la estructura del cuerpo como en el hocico; pero el rabo era peludo, y las patas, delgadas como las del antílope. Su marcha era muy torpe e indecisa, y nunca le vimos intentando correr. Encontramos también otros animales de aspecto muy similar, pero más largos de cuerpo y cubiertos de lana negra. Había una gran variedad de aves domésticas merodeando por los alrededores, y que parecían constituir el alimento principal de los nativos. Con gran asombro nuestro, vimos albatros negros entre aquellas aves en completo estado de domesticación, que iban periódicamente al mar en busca de alimento, pero regresando siempre a la aldea como a su hogar, y utilizando la orilla sur de las cercanías como lugar de incubación. Allí se juntaban con sus amigos los pelícanos, según costumbre; pero éstos no les seguían nunca hasta las viviendas de los salvajes. Entre las otras clases de aves domésticas había patos que diferían muy poco del pato marino de nuestro país, bubias negras y un gran pájaro bastante parecido al buharro, pero que no era carnívoro. Parecía haber allí una gran abundancia de pescado. Durante nuestra visita vimos una gran cantidad de salmones secos, bacalaos, delfines azules, caballas, rayas, congrios, elefantes marinos, mugiles, lenguados, escaros, cueras, triglas, merluzas, rodaballos y otras variedades innumerables. También observamos que en su mayor parte se parecían a los peces que se encuentran en los parajes del grupo de las islas de Lord Auckland, a una latitud tan baja como a los 51° sur. La tortuga de los Galápagos abundaba también mucho. Vimos pocos animales salvajes, y ninguno de gran tamaño o de una especie que nos fuera familiar. Una o dos serpientes de terrible aspecto cruzaron nuestra senda; pero los nativos le prestaron poca atención, de lo que dedujimos que no eran venenosas.

Cuando nos acercábamos a la aldea con Too-wit y su partida, una gran multitud del pueblo se lanzó a nuestro encuentro, dando fuertes gritos, entre los cuales sólo distinguíamos los eternos ¡Anamoomoo! y ¡Lama-Lama! Nos sorprendió mucho ver que,

a excepción de uno o dos, los recién llegados iban completamente desnudos, pues las pieles sólo las usaban los hombres de las canoas. Todas las armas del país parecían estar en posesión de estos últimos, pues no había ninguna entre los de la aldea. Había muchas mujeres y niños, no careciendo las primeras de lo que puede llamarse belleza personal. Eran altas, erguidas, bien constituidas y dotadas de una gracia y desenvoltura como no se encuentran en la sociedad civilizada. Sin embargo, sus labios, al igual que los de los hombres, eran gruesos y bastos, hasta el punto de que ni al reír dejaban ver nunca los dientes. Su cabello era más fino que el de los hombres. Entre todos aquellos salvajes desnudos podría haber diez o doce que estaban vestidos, como los de la partida de Too-wit, con pieles negras y armados con lanzas y pesados garrotes. Parecían tener gran influencia entre los demás, quienes al hablarles les dirigían siempre el título de Wampoo. También ellos eran los que moraban en los palacios de las pieles negras. El de Too-wit estaba situado en el centro de la aldea, y era mucho mayor y algo mejor construido que los otros de la misma especie. El árbol que constituía su soporte había sido cortado a una distancia aproximada de tres metros y medio de la raíz, y justamente debajo del corte habían dejado varias ramas que servían para extender el techo e impedir de este modo su aleteo contra el tronco. Además, el techo, que consistía en cuatro pieles muy grandes unidas entre sí por pinchos de madera, estaba asegurado en su base con estaquillas que atravesaban la piel y se hundían en tierra. El suelo estaba sembrado de buena cantidad de hojas secas a modo de alfombra.

A esta cabaña fuimos conducidos con gran solemnidad, metiéndose en ella todos los indígenas que cupieron. Too-wit se sentó sobre las hojas, y nos hizo señas de que imitáramos su ejemplo. Lo hicimos así, y nos sentimos entonces en una situación especialmente incómoda, si no crítica. Nos hallábamos en el suelo doce en total, en unión de los salvajes, en número de cuarenta, sentados sobre sus corvas y tan apretados a nuestro alrededor, que, si hubiese surgido algún disturbio, nos habría sido imposible hacer uso de nuestras armas o incluso ponernos de pie. Las aperturas no eran tan sólo dentro de la tienda, sino también fuera, donde probablemente se hallaban todos los habitantes de la isla, y únicamente los continuos esfuerzos y vociferaciones de Too-wit impedían que la multitud nos atropellase hasta matarnos. Sin embargo, nuestra seguridad dependía de la presencia de Too-wit entre nosotros, por lo que decidimos apretarnos a él como la única oportunidad de salvarnos, resueltos a sacrificarle inmediatamente a la primera manifestación de hostilidad.

Después de algunas molestias, se consiguió cierta tranquilidad cuando el jefe nos dirigió un discurso muy extenso, y que se parecía mucho al que nos dedicó en las canoas, con la excepción de que los ¡Anamoo-moos! eran ahora más vigorosamente pronunciados que los ¡Lamo-Lamas! Escuchamos en profundo silencio hasta que terminó su arenga; entonces el capitán Guy le respondió asegurándole al jefe su eterna amistad y buena voluntad, concluyendo su réplica con el regalo de unos collares de abalorios azules y un cuchillo. Al coger los primeros, el reyezuelo, con gran sorpresa

nuestra, levantó la nariz con expresión de desprecio; pero el cuchillo le causó la satisfacción más ilimitada, e inmediatamente ordenó que sirvieran la comida. Ésta fue servida en la tienda por encima de la cabeza de los asistentes, y consistía en las entrañas palpitantes de un extraordinario animal desconocido, probablemente uno de aquellos cerdos de patas delgadas que habíamos observado al acercarnos a la aldea. Viendo que no sabíamos cómo arreglárnolas, comenzó, como para darnos ejemplo, a devorar a grandes bocados el succulento alimento, hasta que no pudimos soportar por más tiempo aquel espectáculo, y dimos muestras tan evidentes de náuseas, que inspiraron a su majestad un asombro sólo inferior al que le habían causado los espejos. Sin embargo, declinamos compartir las exquisitezas que nos ponían delante, y nos esforzamos por hacerle comprender que no teníamos apetito alguno, pues acabábamos de tomar un sustancioso déjeuner. Cuando el monarca dio fin a su comida, comenzamos a hacerle una serie de preguntas de la manera más ingeniosa que pudimos imaginar, con el propósito de descubrir cuáles eran las principales producciones del país, por si pudiéramos sacar provecho de algunas de ellas. Por fin, pareció comprender lo que queríamos decirle, y se ofreció a acompañarnos hasta una parte de la costa donde nos aseguró (señalando a un ejemplar de aquel animal) que encontraríamos la biche de mer en gran abundancia. Estábamos encantados de aprovechar esta primera oportunidad de librarnos de las apreturas de la multitud y manifestamos nuestra impaciencia por ponernos en marcha. Luego salimos de la tienda y, acompañados por toda la población de la aldea, seguimos al jefe hasta la extremidad sudeste de la isla, no lejos de la bahía donde estaba anclado nuestro barco. Esperamos allí durante cerca de una hora, hasta que las cuatro canoas fueron traídas por algunos de los salvajes a donde estábamos nosotros. Todo nuestro grupo embarcó en una de ellas, y fuimos conducidos a lo largo del arrecife ames mencionado, y luego hacia otro más apartado, donde vimos tan gran cantidad de biches de mer como jamás los marineros más viejos de entre nosotros habían visto en aquellos archipiélagos de latitudes inferiores, tan renombrados por este artículo de comercio.

Permanecimos junto a aquellos arrecifes tan sólo el tiempo suficiente para convencernos de que hubiéramos podido cargar fácilmente una docena de barcos con aquel animal en caso de necesidad, mientras íbamos a lo largo de la goleta y nos despedimos de Too-wit, después de hacerle prometer que nos traería, en el plazo de veinticuatro horas, tantos patos marinos y tortugas de los Galápagos como pudieran cargar sus canoas. En toda 'esta aventura no vimos nada en la conducta de los nativos para suscitar sospechas, con la sola excepción de la sistemática manera como habían reforzado su banda durante nuestro trayecto desde la goleta a la aldea.

El jefe era un hombre de palabra, e inmediatamente fuimos abastecidos con abundancia de provisiones frescas. Encontramos las tortugas exquisitas, y los ánades sobrepujaban a las mejores especies de aves silvestres, pues eran sumamente tiernos, jugosos y de un sabor excelente. Aparte de esto, los salvajes nos trajeron, una vez que les hicimos comprender nuestros deseos, una gran cantidad de apio moreno y codearía (hierba contra el escorbuto), además de una canoa cargada de pescado fresco y algún salazón. El apio fue realmente un deleite, y la coclearia resultó ser un beneficio incalculable para restablecer a aquellos de nuestros hombres que presentaban síntomas de escorbuto. En muy poco tiempo no había ni una sola persona en la lista de enfermos. Nos dieron también otras muchas provisiones frescas, entre las cuales pueden mencionarse una especie de mariscos parecidos por su forma a los mejillones, pero con el sabor de las ostras. También tuvimos en abundancia camarones y quisquillas, y huevos de albatros y de otras aves, de cascarón oscuro. Asimismo embarcamos una buena carga de carne del cerdo que he mencionado antes. La mayoría de nuestros hombres la encontraron muy sabrosa, pero a mí me pareció que tenía un olor a pescado, por lo demás desagradable. A cambio de aquellas buenas cosas, ofrecimos a los nativos abalorios azules, chucherías de latón, clavos, cuchillos y retales de tela roja, sintiéndose muy complacidos con el cambio. Establecimos un mercado regular en la costa, justamente bajo los cañones de la goleta, donde nuestros trueques se efectuaban con toda apariencia de buena fe, y con un orden que su conducta en la aldea de Klock-klock no nos hacía esperar de los salvajes.

Los asuntos marcharon así muy amistosamente varios días, durante los cuales las partidas de nativos acudían con frecuencia a bordo de la goleta, y las partidas de nuestros hombres que se hallaban frecuentemente en la costa hacían largas excursiones por el interior sin ser molestados. Viendo la facilidad con que el barco podía cargarse de biche de mer, gracias a la amistosa disposición de los isleños y a la prontitud con que nos prestaban su ayuda para recogerla, el capitán Guy decidió entrar en negociaciones con Too-wit para la construcción de casas adecuadas para curar aquel artículo, dada la utilidad que tanto él como la tribu obtendrían al recoger la mayor cantidad posible, mientras él aprovecharía el buen tiempo para proseguir su viaje hacia el sur. Cuando participó su proyecto al jefe, éste pareció muy bien dispuesto a concertar un acuerdo. Se estipuló, pues, un pacto, perfectamente satisfactorio para ambas partes, por el cual se decidió que, después de realizados los preparativos necesarios, tales como el señalamiento de los terrenos apropiados, la construcción de una parte de los albergues y algunas otras obras para las cuales sería utilizada toda nuestra tripulación, la goleta reanudaría su ruta, dejando tres de sus hombres en la isla para vigilar el cumplimiento del proyecto e instruir a los nativos en la salazón de la biche de mer. En cuanto a las cláusulas del compromiso, dependerían de la actividad de los salvajes en nuestra ausencia. Ellos debían recibir una cantidad estipulada de abalorios azules, cuchillos, tela

roja, etc., a cambio de un determinado número de piculs de biche de mer que debía estar preparado a nuestro regreso.

Una descripción de la naturaleza de este importante artículo de comercio y del modo de prepararlo, puede resultar de algún interés para mis lectores, y no encuentro mejor ocasión para ocuparme del asunto. La siguiente y amplia noticia de esta materia está tomada de una moderna historia de un viaje a los mares del Sur.

"Se trata de aquel molusca de los mares de la India que se conocen en el comercio con el nombre francés de bouche de mer (un delicioso bocado de mar). Si no me equivoco mucho, el famoso Cuvier lo llama gasteropeda pulmonifera. Se coge en abundancia en las costas de las islas del Pacífico, y especialmente para el mercado chino, donde se coriza a un alto precio, quizá tanto como esos nidos de pájaros comestibles tan renombrados, que están hechos de una materia gelatinosa recogida por una especie de golondrina del cuerpo de estos moluscos. No tienen concha, patas ni ninguna parte prominente, excepto dos órganos opuestos, uno absorbente y otro excretorio; pero, gracias a sus flancos elásticos, como las orugas o gusanos, se arrastran hacia las aguas poco profundas, en las que, cuando baja la marea, pueden ser vistos por una clase de golondrinas, cuyo pico agudo, clavándose en el blando animal, extrae una sustancia gomosa y filamentosa que, al secarse, se convierte en las sólidas paredes de su nido. De aquí el nombre de gasteropeda pulmonifera.

"Este molusco es oblongo y de diferentes tamaños, desde siete a veinte centímetros de largo; y he visto algunos que no tenían menos de sesenta centímetros. Son casi redondos, un poco aplastados por el lado más próximo al fondo del mar, y su grosor es de dos a veinticinco centímetros. Se arrastran hacia las aguas poco profundas en determinadas estaciones del año, probablemente para reproducirse, pues se los ve entonces a menudo en parejas. Cuando el sol cae con más fuerza sobre el agua, templándola, es cuando se acercan a la orilla, y suelen ir a sitios tan poco profundos que, al retirarse la marea, se quedan en seco, expuestos al calor del sol. Pero no engendran sus crías en aguas poco profundas, pues no hemos visto allí nunca ninguna de su progenie, y siempre que se les ha observado remontando de las aguas profundas habían alcanzado ya su pleno desarrollo. Se alimentan principalmente de esa clase de zoófitos que producen el coral.

"La biche de mer se coge generalmente a metro o metro y pico de profundidad; después son llevadas a la orilla y se abren por un lado con un cuchillo, siendo la incisión de una pulgada o más, según el tamaño del molusco. A través de esa abertura se sacan las entrañas mediante presión, que se parecen mucho a las de los pequeños habitantes del mar. Luego se lava el animal y después se cuece a cierta temperatura, que no debe ser ni muy elevada ni muy baja. Se les sepulta entonces bajo tierra durante cuatro horas, luego se les hace cocer de nuevo un rato, y después se ponen a secar, ya sea al fuego o al sol. Los curados al sol son los mejores; pero

mientras de este modo puedo curar un picul, puedo secar treinta piculs por medio del fuego. Una vez que están convenientemente curados, se pueden conservar en un sitio seco durante dos o tres años sin peligro alguno; pero hay que examinarlos una vez cada pocos meses, es decir, cuatro veces al año, para ver si la humedad los ha atacado. "Los chinos, como antes se ha dicho, consideran a la biche de mer como una exquisita golosina, creyendo que es un alimento asombrosamente fortificante y nutritivo, y que reanima los organismos agotados por las voluptuosidades desmedidas. Los de primera calidad alcanzan un precio elevado en Cantón, vendiéndose a noventa dólares el picul; los de segunda calidad, a setenta y cinco dólares; los de tercera, a cincuenta dólares; los de cuarta, a treinta dólares; los de quinta, a veinte dólares; los de sexta, a doce dólares; los de séptima, a ocho dólares, y los de octava, a cuatro dólares; pero, pequeños cargamentos producen con frecuencia más en Manila, Singapur y Batavia."

Habiendo llegado, pues, a un acuerdo, procedimos inmediatamente a desembarcar todo lo necesario para preparar los albergues y limpiar el terreno. Elegimos una gran explanada cerca de la costa oriental de la bahía, donde había agua y madera en abundancia, y a una distancia conveniente de los arrecifes principales en que podía recogerse la biche de mer. Nos pusimos todos a la obra seriamente y, en seguida, ante el gran asombro de los salvajes, derribamos un número suficiente de árboles para nuestro propósito, fijándolos rápidamente en orden para el armazón de las casas, que en dos o tres días estuvieron tan avanzadas que pudimos entregar con toda confianza el resto de la obra a los tres hombres que nos proponíamos dejar allí. Éstos eran John Carson, Alfred Harris y Peterson (todos ellos naturales de Londres, según creo), quienes se ofrecieron voluntariamente para semejante servicio.

A finales de mes teníamos hechos todos los preparativos para la partida. Sin embargo, habíamos convenido en realizar una visita formal a la aldea de despedida, y Too-wit insistió con tanta tenacidad en que mantuviéramos nuestra promesa, que no creímos prudente correr el riesgo de ofenderle con una última negativa. Creo que ninguno de nosotros tenía en aquel momento la más ligera sospecha sobre la buena fe de los salvajes. Se habían comportado todos ellos con la mayor corrección, ayudándonos con celo en nuestro trabajo, ofreciéndonos sus mercancías, a menudo gratis, y nunca, en ningún caso, hurtaron un solo objeto, aunque el alto valor que daban a los artículos que teníamos en nuestro poder era evidente por las extravagantes demostraciones de alegría que manifestaban siempre que les hacíamos un regalo. Las mujeres, especialmente, eran muy serviciales en todo y, en resumen, hubiéramos sido los seres humanos más desconfiados si hubiésemos albergado un solo pensamiento de perfidia por parte de un pueblo que nos trataba tan bien. Nos bastó poco tiempo para probarnos que aquella disposición de aparente amabilidad era tan sólo el resultado de un plan concienzudamente estudiado para nuestra destrucción, y que los isleños, que nos

inspiraban tan excesivos sentimientos de estima, pertenecían a la raza de los más bárbaros, astutos y sanguinarios malvados que jamás hayan contaminado la faz de la tierra.

Fue el primero de febrero cuando bajamos con el propósito de visitar la aldea. Aunque, como ya se ha dicho antes, no tuviéramos la más ligera sospecha; no olvidamos las debidas precauciones. Seis hombres permanecieron en la goleta con instrucciones de no dejar acercarse al barco a ninguno de los salvajes durante nuestra ausencia, bajo ningún pretexto, y de estar constantemente sobre cubierta. Recogíronse los enjaretados de abordaje, los cañones recibieron doble carga de metralla y los pedreros fueron cargados con latas de metralla de balas de fusil. El barco estaba atracado, con su anda a pique, casi a una milla de la costa, y ninguna canoa podía acercarse a él en dirección alguna sin ser vista claramente y exponerse inmediatamente al fuego graneado de nuestros pedreros. Al dejar seis hombres a bordo, nuestro destacamento se componía de treinta y dos personas en total. Estábamos armados hasta los dientes con fusiles, pistolas y machetes: además, cada uno llevaba una especie de largo cuchillo de marinero, algo parecido al cuchillo de monte tan usado ahora en nuestras comarcas meridional y occidental; Un centenar de guerreros con pieles negras salió a nuestro encuentro al desembarcar, para acompañarnos por el camino. Advertimos, sin embargo, con alguna sorpresa, que éstos iban completamente desarmados, y cuando preguntamos a Too-wit acerca de esta circunstancia, contestó simplemente que "Mattee non we pa pa si", lo cual quiere decir que nadie necesita armas donde todos son hermanos. Tomamos esto en buen sentido, y seguimos adelante.

Habíamos pasado el manantial y el riachuelo de que he hablado antes, y entrábamos ahora en una angosta garganta que serpenteaba a través de la cadena de colinas de esteatita, entre las cuales estaba situada la aldea. Esta garganta era muy rocosa y desigual, hasta el punto de que sólo con mucha dificultad pudimos franquearla en nuestra primera visita a Klock-klock. El barranco en toda su extensión podría tener milla y media de largo, o probablemente dos. En toda su longitud abundaban las revueltas, (que, al parecer, había formado, en alguna época remota, el lecho de un torrente), no avanzando en ningún caso más de veinte metros sin encontrarnos con un abrupto recodo. Estoy seguro de que las laderas de aquel valle se elevaban, por término medio, a veinte o veinticinco metros de altura y estaban cortados casi a pico, y en algunos sitios se alzaban a una altura asombrosa, oscureciendo el paso tan por completo, que apenas penetraba la luz del día. La anchura general era de unos doce metros, y a veces disminuía hasta no permitir el paso de más de cinco o seis personas de frente. En una palabra, no podía haber lugar alguno en el mundo más propicio para una emboscada, y era más que natural que mirásemos cuidadosamente nuestras armas al entrar en el barranco. Cuando recuerdo ahora nuestra enorme locura me admiro de que nos hubiésemos aventurado en aquellas circunstancias, poniéndonos a disposición de unos salvajes desconocidos hasta el extremo de permitirles marchar delante y detrás de

nosotros a lo largo del camino. Sin embargo, tal fue el orden que seguimos ciegamente, confiando cándidamente en la fuerza de nuestro destacamento, en que Too-wit y sus hombres iban desarmados, en la segura eficacia de nuestras armas de fuego (cuyos efectos eran aún un secreto para los nativos) y, más que nada, en la simulación de amistad largo tiempo mantenida por aquellos infames miserables. Cinco o seis de ellos iban delante como guiándonos, afanados ostensiblemente en apartar las piedras grandes y los desechos del camino. A continuación marchaba nuestro grupo. Caminábamos muy juntos, teniendo cuidado de evitar toda separación. Detrás venía el cuerno principal de los salvajes, que observaba un orden y una corrección inusitados.

Dirk Peters, un hombre llamado Wilson Allen y yo íbamos a la derecha de nuestros compañeros, examinando, mientras caminábamos, la singular estratificación del precipicio que colgaba sobre nosotros. Una grieta en la roca blanda atrajo nuestra atención. Era bastante ancha para que pudiese entrar una persona sin apretarse, y se extendía por dentro de la montaña unos cinco y medio o seis metros en línea recta, torciendo luego a la izquierda. La altura de la grieta, hasta donde podía verse dentro de ella desde la garganta principal, era tal vez de dieciocho a veinte metros. Entre las hendiduras crecían dos o tres arbustos achaparrados, que parecían una especie de avellano, por los que sentí la curiosidad de examinar, y me adelanté rápidamente con este objeto, arrancando cinco o seis nueces en un ramillete y luego me retiré a toda prisa. Cuando me volvía, vi que Peters y Allen me habían seguido. Les rogué que retrocediesen, pues no había sitio para que pasasen dos personas, y les dije que les daría alguna de mis nueces. Se volvieron, pues, y se estaban deslizando hacia atrás, encontrándose Allen junto a la boca de la hendidura, cuando sentí de repente una conmoción que no se parecía a nada de lo que yo había experimentado hasta entonces, y que me hizo creer que se desplomaban hasta los cimientos del globo y que había llegado el día de la destrucción universal.

XXI.-Cataclismo artificial

Tan pronto como recobré mis trastornados sentidos, me encontré casi ahogado arrastrándome en una oscuridad completa entre una masa de tierra desprendida, que caía sobre mí pesadamente por todas partes, amenazando con sepultarme por entero. Terriblemente alarmado por esta idea, me esforcé por asentar de nuevo los pies, consiguiéndolo al fin. Permanecí entonces inmóvil durante unos momentos, intentando comprender lo que me había sucedido, y dónde estaba. En seguida oí un profundo gemido junto a mi mismo oído, y poco después, la voz sofocada de Peters pidiéndome auxilio en nombre de Dios. Me arrastré uno o dos pasos hacia adelante, y caí directamente sobre la cabeza y los hombros de mi compañero, quien, como pronto

descubrí, estaba sepultado hasta la mitad de su cuerpo bajo una masa de tierras desprendidas y luchaba desesperadamente por librarse de aquella opresión. Aparté la tierra que había a su alrededor con toda la energía que pude, y por fin logré sacarle de allí.

En cuanto nos recobramos de nuestro susto y de nuestra sorpresa, hasta el punto de ser capaces de conversar racionalmente, llegamos ambos a la conclusión de que las murallas de la fisura por la que nos habíamos aventurado se habían derrumbado desde lo alto, por alguna convulsión de la naturaleza o probablemente por su propio peso, y de que, por tanto, estábamos perdidos para siempre, pues habíamos quedado enterrados vivos. Durante un buen rato nos entregamos desmayadamente a la angustia y la desesperación más intensas, como no pueden imaginar quienes no se hayan encontrado nunca en una situación semejante. Creo firmemente que ninguno de los incidentes que pueden ocurrir en el curso de la existencia humana es tan propicio para inspirar el sumo dolor físico y mental como este caso nuestro, de verse enterrado en vida. La negrura de las tinieblas que envuelven a la víctima, la terrorífica opresión de los pulmones, las sofocantes emanaciones de la tierra húmeda se unen a la aterradora consideración de que nos hallábamos más allá de los remotos confines de la esperanza, y de que compartimos así la región de los muertos, causando al corazón humano tal grado de espanto y terror, que resulta intolerable como jamás podrá concebirse.

Por fin, Peters propuso que intentáramos conocer exactamente el alcance de nuestra desgracia, arañando alrededor de nuestra prisión, pues observó que no era imposible que hallásemos alguna abertura por donde escapar. Me acogí ansiosamente a esta esperanza y, reuniendo mis energías, intenté abrirme camino entre la tierra desprendida. Apenas había avanzado un paso cuando un rayo de luz se hizo bastante perceptible, hasta convencerme de que, en todo caso, no pereceríamos inmediatamente por falta de aire. Nos sentimos un poco reanimados y procuramos alentarnos mutuamente con la esperanza en lo mejor. Después de trepar sobre un montón de escombros que impedía nuestro paso en dirección a la luz, encontramos menos dificultad para avanzar y también experimentamos cierto alivio a la excesiva opresión que atormentaba nuestros pulmones. Luego pudimos echar una ojeada a los objetos que nos rodeaban, y descubrimos que estábamos cerca del borde de la parte recta de la fisura, allí donde torcía hacia la izquierda. Unos esfuerzos más y llegaríamos al recodo, en el que, con alegría indecible por nuestra parte, aparecía una larga rendija o grieta que se extendía a una gran distancia, por lo general, en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, aunque a veces fuera más escarpado. No podíamos ver a través de toda la extensión de esta abertura; pero penetraba allí luz suficiente para que no tuviésemos la menor duda de encontrar en lo alto de aquélla (si es que podíamos llegar por algún medio hasta allí) una salida al aire libre.

Me di cuenta entonces de que éramos tres los que habíamos entrado en la fisura desde la garganta principal, y de que nuestro compañero, Allen, continuaba perdido

aún; decidimos volver en seguida sobre nuestros pasos para buscarle. Después de una larga búsqueda, con el gran peligro de que se desplomase la tierra sobre nosotros, Peters me gritó al fin que había cogido uno de los pies de nuestro compañero, y que todo su cuerpo estaba profundamente sepultado debajo de los escombros, sin posibilidad de extraerlo. Pronto comprobé que era bien cierto lo que decía y que, por consiguiente, su vida se había extinguido hacía largo rato. Con el corazón afligido abandonamos, pues, el cuerpo a su destino y de nuevo nos abrimos paso hacia el recodo.

La anchura de la rendija apenas era suficiente para permitirnos pasar y, después de uno o dos esfuerzos infructuosos para subir, empezamos una vez más a desesperar. Ya he dicho que la cadena de colinas entre las cuales corría la garganta principal estaba formada por una especie de roca blanda parecida a la esteatita. Los lados de la resquebrajadura por la que intentábamos trepar ahora eran de la misma materia, y tan escurridizos, por estar húmedos, que apenas podíamos afirmar nuestros pies incluso sobre las partes menos escabrosas; en algunos sitios, donde el ascenso era casi perpendicular la dificultad se agravaba mucho, naturalmente, y a veces creíamos realmente que eran insuperables. Sin embargo, sacamos fuerzas de flaqueza, y a fuerza de tallar escalones en la piedra blanda con nuestros cuchillos de monte, y colgándonos, con riesgo de nuestras vidas, de unas pequeñas prominencias formadas por una especie de roca pizarrosa más dura, que sobresalían acá y allá de la masa general, logramos llegar por fin a una plataforma natural, desde la cual se divisaba un retazo de cielo azul, al fondo de una sima densamente poblada de árboles.

Mirando entonces hacia atrás, con algo más de sosiego, a lo largo del paso por el que habíamos caminado, vimos claramente, por el aspecto de sus laderas, que era de formación reciente, y de ello dedujimos que la conmoción, de cualquier naturaleza que fuese, que nos había sepultado tan inopinadamente, había abierto también, al mismo tiempo, esta senda de salvación. Hallándonos completamente exhaustos por el esfuerzo y, en realidad, tan débiles que apenas podíamos mantenernos en pie o articular palabra, Peters propuso entonces que intentásemos pedir socorro a nuestros compañeros disparando las pistolas que seguían aún en nuestros cintos, pues los fusiles, así como los machetes, los habíamos perdido entre la tierra desprendida que cayó al fondo del precipicio. Los acontecimientos posteriores probaron que, de haber disparado, nos hubiéramos arrepentido amargamente de ello; pero afortunadamente surgió en mi mente una medio sospecha de la infame jugada, y nos abstuvimos de dar a conocer a los salvajes el sitio donde nos hallábamos.

Después de descansar durante casi una hora, nos deslizamos lentamente hacia la parte alta del barranco, y no habíamos caminado mucho, cuando oímos una serie de aullidos tremendos. Al fin, alcanzamos lo que podría llamarse la superficie del terreno, pues nuestra senda hasta entonces, desde que dejamos la plataforma, corría por debajo de una bóveda de altas rocas y follaje, a gran distancia de nuestras cabezas. Con gran cautela nos arrastramos hasta una estrecha abertura, a través de la cual divisábamos un

amplio paraje de la comarca circundante, y todo el espantoso misterio de aquella conmoción se nos reveló de pronto en un instante y a una sola ojeada.

El lugar desde donde mirábamos no estaba lejos de la cumbre del pico más alto de la cordillera de colinas de esteatita. La garganta en que había entrado nuestro destacamento de treinta y dos hombres se internaba unos quince metros a nuestra izquierda. Pero, en una extensión de unos cien metros, la cañada o lecho de aquella garganta estaba completamente llena de las ruinas caóticas de más de un millón de toneladas de tierra y piedra que habían sido volcadas en ella de un modo artificial. El medio por el que aquella vasta masa había sido precipitada era tan sencillo como evidente, pues quedaban aún claras huellas de aquella obra asesina. En varios sitios a lo largo de la cima de la ladera este de la garganta (estábamos en aquel momento en la ladera oeste) podían verse estacas de madera clavadas en el suelo. En estos sitios la tierra no había cedido; pero, a lo largo de toda la extensión de la superficie del precipicio desde el que la masa había caído, era evidente, por las señales dejadas en el suelo, parecidas a las que hace la perforación del barrenero, que unas estacas semejantes a las que estábamos viendo habían sido clavadas, a no más de un metro de distancia unas de otras, en una longitud de tal vez cien metros, y alineadas a unos tres metros más allá del borde del desfiladero. Fuertes sarmientos de vid estaban adheridos aún a las estacas subsistentes en la colina. Y era evidente que semejantes ligamentos habían sido adheridos a cada una de las otras estacas. He hablado ya de la singular estratificación de estas colinas de esteatita, y la descripción que acabo de dar de la estrecha y profunda fisura a través de la cual nos libramos de ser enterrados vivos proporcionará una idea más completa de su naturaleza. Esta era tal que, cualquier convulsión natural podía, sin duda, dividirlo en capas perpendiculares o líneas de división paralelas entre sí. Un esfuerzo moderado podía servir también para con seguir el mismo resultado. Los salvajes se habían servido de esta estratificación para realizar sus fines traidores. No hay duda alguna, por la línea continua de estacas, de que había tenido lugar una ruptura parcial del suelo, probablemente a una profundidad de treinta o sesenta centímetros, y que un salvaje tirando desde el extremo de cada uno de estos ligamentos (ligamentos que estaban adheridos a la punta de las estacas y que se extendían detrás del borde del barranco), se conseguía una enorme potencia de palanca capaz de lanzar, a una señal dada, toda la ladera de la colina al fondo del abismo. El destino de nuestros pobres compañeros ya no era cuestión de incertidumbre. Sólo nosotros nos habíamos librado de la tempestad de aquella destrucción aniquiladora. Éramos los únicos hombres blancos con vida en la isla.

Nuestra situación, tal como se nos presentó entonces, apenas era menos aterradora que cuando creímos estar enterrados para siempre. No veíamos ante nosotros más perspectivas que la de ser inmolados por los salvajes, o la de arrastrar una existencia miserable de cautividad entre ellos. Ciertamente, podíamos ocultarnos por un tiempo a su observación entre la fragosidad de los montes o, como último recurso, en el barranco de donde acabábamos de salir; pero moriríamos de frío y de hambre durante el largo invierno polar, o seríamos descubiertos únicamente al esforzarnos por llegar hasta los indígenas.

La comarca entera parecía hormiguear de salvajes, cuyas multitudes, que percibíamos ahora, habían llegado desde las islas hasta la parte sur en balsas nuevas, sin duda con el propósito de prestar su ayuda en la captura y saqueo de la Jane. El barco permanecía aún tranquilamente anclado en la bahía, pues los de a bordo no parecían darse cuenta en absoluto de que les amenazase ningún peligro. ¡Cómo ansiábamos en aquel momento estar con ellos, para llevar a cabo su fuga, o para morir con ellos al intentar defenderlos! No veíamos ninguna posibilidad de advertirles del peligro sin provocar nuestra muerte inmediata, sin tener siquiera la remota esperanza de hacerles un beneficio. Un disparo de pistola habría bastado para informarles que había ocurrido algo malo; pero este aviso podía no hacerles comprender que su única perspectiva de salvación consistía en levar anclas en seguida, ni decirles que ningún principio de honor les obligaba ahora a quedarse, puesto que sus compañeros ya no se contaban entre los vivos. Aunque oyesen la descarga, no por eso iban a encontrarse mejor preparados para enfrentarse con el enemigo, que estaba ¡mora dispuesto al ataque, mucho más de lo que lo habían estado. Por eso, ningún bien, y sí un daño infinito, podía resultar de nuestro disparo, y, tras madura reflexión, nos abstuvimos de hacerlo.

Nuestra idea inmediata fue intentar precipitarnos hacia el barco, apoderarnos de una de las cuatro canoas que estaban a la entrada de la bahía, y abrirnos paso a la fuerza hasta la goleta. Pero la absoluta imposibilidad de conseguirlo mediante esta tarea desesperada se nos hizo evidente en seguida. La comarca, como he dicho antes, hormigueaba literalmente de nativos, acechando entre los arbustos y escondrijos de las colinas de modo que no fuesen vistos desde la goleta. Especialmente en nuestras más próximas cercanías, y cerrando la única senda por la que podíamos esperar alcanzar la orilla en su punto adecuado, estaba apostada toda la banda de los guerreros de pieles negras, con Too-wit a su cabeza, y al parecer esperando tan sólo algún refuerzo para emprender el abordaje de la Jane. También las canoas que se hallaban a la entrada de la bahía estaban tripuladas por salvajes, desarmados, es cierto, pero teniéndolas, sin duda, al alcance de la mano. Por tanto, nos vimos obligados, a pesar de nuestro buen deseo, a quedarnos en nuestro escondrijo, como simples espectadores del conflicto que pronto se entabló.

Al cabo de una media hora vimos sesenta o setenta balsas, o barcas planas, con batangas, llenas de salvajes que doblaban la punta sur de la bahía. No parecían tener

más armas que unas mazas cortas y piedras amontonadas en el fondo de las balsas. Acto seguido, otro destacamento, aún más numeroso, apareció en dirección opuesta y con armas similares. También las cuatro canoas se llenaron rápidamente de nativos, que salían de entre los arbustos, a la entrada de la bahía, avanzando con celeridad, para unirse a los otros grupos. Así, en menos tiempo del que he tardado en decirlo, y como por arte de magia, la Jane se vio cercada por una inmensa multitud de malhechores evidentemente resueltos a apresarla a toda costa.

Que lo conseguirían, era cosa que no podíamos dudar ni por un instante. Los seis hombres que habíamos dejado en el barco, aunque luchasen resueltamente en su defensa, eran en conjunto pocos para el manejo adecuado de los cañones o para sostener un combate en tales circunstancias de desigualdad. Difícilmente podía imaginar que opondrían resistencia alguna; pero en esto me equivocaba, pues vi en seguida que recogían el cable, y presentando el costado de estribor, de modo que la andanada cayese sobre las canoas, que estaban entonces a tiro de pistola, pues las balsas estaban como a un cuarto de milla a sotavento. Debido a alguna causa desconocida, pero muy probablemente a la agitación de nuestros pobres amigos al verse en situación tan desesperada, la descarga faltó por completo. Ni una canoa fue alcanzada ni un solo salvaje herido, pues al quedarse el disparo corto hicieron fuego de rebote sobre sus cabezas. El único efecto que produjo en ellos fue de asombro ante el humo y la inesperada detonación, asombro tan excesivo, que por unos momentos llegué a pensar que iban a abandonar de lleno su propósito y volverse a la orilla. Y es lo más probable que lo hubieran hecho, si nuestros hombres hubiesen sostenido la andanada con una descarga de fusilería. Pues así, como las canoas estaban próximas a ellos, no hubieran dejado de causar alguna baja, suficiente al menos, para impedir que aquella banda avanzase más, hasta que ellos hubiesen largado otra andanada sobre las balsas. Pero, en lugar de esto, dejaron a los hombres de las canoas que se recobrasen de su pánico y, mirando a su alrededor, pudieron ver que no habían sufrido daño alguno, mientras ellos corrían a babor para prepararse contra las balsas.

La descarga de babor produjo el mas terrible efecto. La metralla y la doble carga de los cañones de gran calibre partieron por la mitad siete u ocho balsas, matando quizá a treinta o cuarenta salvajes en el acto, mientras un centenar, por lo menos, era precipitado al agua, casi todos mortalmente heridos. Los restantes, despavoridos por completo, iniciaron en seguida una retirada precipitada, sin esperar siquiera a recoger a sus compañeros mutilados, que nadaban en todas direcciones, lanzando gritos y aullidos de socorro. Sin embargo, este gran triunfo llegó demasiado tarde para salvar a nuestros fieles compañeros. La banda de las canoas estaba ya a bordo de la goleta en número de más de ciento cincuenta hombres, la mayoría de los cuales habían logrado trepar por las cadenas y por las redes de abordaje, incluso antes de que las mechas hubieran sido aplicadas a los cañones de babor. Nada podía resistir su rabia brutal.

Nuestros hombres fueron derribados en seguida, aplastados, pisoteados y hechos pedazos en un instante.

Al ver esto, los salvajes de las balsas se repusieron de su espanto y acudieron en manada al saqueo. En cinco minutos la Jane fue escenario lamentable de una devastación y saqueo tumultuoso. Los puentes fueron cortados y hundidos: el cordaje, las velas y todas las cosas móviles sobre cubierta, demolidos como por arte de magia. Mientras, a fuerza de empujarla por la popa, arrastrándola con las canoas y remolcándola por los lados, pues nadaban a miles alrededor del barco, los miserables consiguieron al cabo hacerla encallar en la orilla (pues la amarra había sido soltada), y la entregaron a los buenos oficios de Too-wit, quien, durante todo el combate, había permanecido como un experto general en su puesto de seguridad y observación sobre las colinas; pero ahora que la victoria había sido lograda, condescendió a unirse con sus guerreros de la piel negra y participar en el saqueo.

El descenso de Too-wit nos permitió abandonar nuestro escondite y hacer un reconocimiento por la colina en las cercanías del barranco. A unos cincuenta metros de la boca de éste vimos un pequeño manantial, en el que apagamos la sed ardiente que nos consumía. No lejos del manantial descubrimos varios avellanos de los que ya he hablado. Probando sus frutos, los encontramos agradables y de un sabor muy parecido al de la avellana común inglesa. Llenamos nuestros sombreros inmediatamente, las depositamos en el barranco y volvimos por más. Mientras nos ocupábamos en recogerlas aprisa, nos alarmó un movimiento que advertimos en los arbustos, y cuando estábamos a punto de escabullirnos hacia nuestro escondite, una gran ave negra de la especie de las garzas reales se elevó lenta y pesadamente por encima de los matorrales. Me sentí tan sobrecogido, que no sabía qué hacer; pero Peters tuvo la suficiente presencia de ánimo para lanzarse sobre ella antes de que pudiera escapar, cogiéndola por el cuello. Sus forcejeos y chillidos eran tremendos, y pensábamos ya soltarlo, por miedo a que el ruido alarmase a alguno de los salvajes que podían estar emboscados en las cercanías. Pero un certero golpe dado con un cuchillo de monte lo derribé al fin al suelo, y lo arrastramos al barranco, felicitándonos de que, en todo caso, habíamos conseguido una provisión de alimento que nos duraría para una semana.

Salimos de nuevo para observar a nuestro alrededor y nos aventuramos a una distancia considerable por la ladera sur de la colina, pero no encontramos nada más que pudiera servirnos de alimento. Por tanto, recogimos una buena cantidad de madera seca y regresamos, viendo una o dos partidas de nativos encaminándose hacia la aldea, cargados con el botín del barco, y que, nos temíamos, podían descubrirnos al pasar por la falda de la colina.

Nuestra inmediata preocupación fue hacer nuestro escondite lo más seguro posible, y con este objeto colocamos algunas matas sobre la abertura de que he hablado antes, aquella por la que habíamos visto un retazo de cielo azul, cuando al remontar la sima llegamos a la plataforma. No dejamos más que un pequeño agujero lo bastante ancho

para que pudiésemos ver la bahía, sin el riesgo de ser descubiertos desde abajo. Una vez hecho esto, nos felicitamos de la seguridad de nuestra posición, pues ahora estaríamos completamente libres de ser observados, durante tanto tiempo como quisiéramos permanecer en el barranco, sin aventurarnos a subir a la colina. No vimos ningún rastro de que los salvajes hubiesen estado nunca dentro de aquel agujero; pero cuando reflexionamos en la probabilidad de que la fisura a través de la cual habíamos llegado allí se había formado recientemente por el derrumbamiento del acantilado opuesto, y en que no podía descubrirse ningún otro camino para llegar a ella, nos sentimos menos regocijados ante la idea de estar seguros que aterrados porque no nos habían dejado en absoluto medio alguno para el descenso. Decidimos explorar la cumbre de toda la colina cuando se nos presentase una buena oportunidad. Entre tanto, vigilábamos los movimientos de los salvajes.

Habían ya devastado por completo el barco y se disponían ahora a prenderle fuego. A los pocos momentos vimos la humareda ascender en enormes nubes desde la escotilla principal, y, poco después, una densa masa de llamas brotó del castillo de proa. El aparejo, los mástiles y lo que quedaba de las velas ardió inmediatamente, y el fuego se propagó, rápido, a lo largo de los puentes. Todavía permanecía en sus puestos alrededor del barco una gran multitud de salvajes, golpeando con grandes piedras, hachas y balas de cañón en los pernos y en las forjas de hierro y cobre. En la playa, a bordo de las canoas y balsas, había, en la inmediata vecindad de la goleta, no menos de diez mil nativos, además de las bandas que, cargadas con su botín, se encaminaban hacia el interior o hacia las islas vecinas. Preveíamos entonces una catástrofe, y no estábamos equivocados. Primero vino una repentina sacudida (que sentimos tan bien como si hubiésemos sufrido una ligera descarga eléctrica), pero que no fue seguida por ningún signo visible de explosión. Los salvajes se quedaron evidentemente sobrecogidos, e interrumpieron por un instante su tarea y sus aullidos. Estaban a punto de reanudarla, cuando súbitamente una masa de humo surgió de los puentes, parecida a una negra y pesada nube de tormenta, y luego, como si saliese de sus entrañas, se elevó una larga columna de llama viva, hasta una altura, aparentemente, de un cuarto de milla; después, hubo una súbita expansión circular de la llama; luego, toda la atmósfera quedó mágicamente hinchada, en un solo instante, de un siniestro caos de madera, metal y miembros humanos; y, por último, vino la commoción en toda su furia, que nos derribó impetuosamente, mientras los ecos en las colinas multiplicaban el tumulto, y una densa lluvia de menudos fragmentos de los restos caía con profusión por todas partes alrededor nuestro.

El estrago entre los salvajes superó a nuestros mayores deseos, y cosecharon, en verdad, los frutos maduros y perfectos de su traición. Tal vez perecieron por la explosión un millar de hombres, mientras que por lo menos un numero igual quedaron mutilados de mala forma. Toda la superficie de la bahía estaba literalmente cubierta de aquellos miserables, luchando y ahogándose, mientras en la orilla el caso era aún peor.

Parecían aterrados hasta más no poder por lo repentino y total de su desconcierto, y no hacían esfuerzo alguno para socorrerse mutuamente. Al fin, observamos un cambio total en su comportamiento. De un estupor absoluto, parecieron pasar de pronto al grado más alto de excitación, y se lanzaron enloquecidamente, corriendo de acá para allá, a un cierto lugar de la bahía, con las más extrañas expresiones de horror, de rabia y de intensa curiosidad pintadas en sus rostros, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones: "¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!"

En seguida vimos un nutrido grupo retirarse hacia las colinas, de donde tornaron al poco rato con estacas de madera. Las llevaron al sitio donde la multitud estaba más apiñada, y que entonces se separó como para revelarnos el objeto de toda aquella excitación. Percibimos algo blanco en el suelo, pero no pudimos saber inmediatamente lo que era. Al fin, vimos que se trataba de la osamenta del extraño animal de dientes y garras de color escarlata que la goleta había recogido del mar el día 18 de enero. El capitán Guy había hecho conservar el cuerpo con la intención de disecar la piel y llevarlo a Inglaterra. Recuerdo que me había dado algunas instrucciones acerca de ello, precisamente antes de nuestro arribo a la isla, y que lo habíamos llevado a la cámara y metido en una de las alacenas. Había sido despedido hasta la orilla por la explosión; pero por qué causaba tal inquietud entre los salvajes, era algo que iba más allá de lo que nosotros podíamos comprender. Aunque se apiñasen alrededor de la osamenta, a poca distancia, ninguno parecía desear acercarse del todo. Pronto los hombres de las estacas las clavaron en círculo alrededor del esqueleto, y tan pronto como completaron esta disposición, toda la inmensa multitud se precipitó hacia el interior de la isla, lanzando aquellos fuertes gritos de "¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!"

XXIII.-El laberinto

Durante los seis o siete días siguientes permanecimos en nuestro escondite de la colina, saliendo sólo algunas veces y con muchas precauciones⁵ en busca de agua y de avellanas. Habíamos hecho una especie de cobertizo sobre la plataforma, disponiéndolo con un lecho de hojas secas, y colocando en él tres grandes piedras llanas, que nos servían de chimenea y de mesa. Encendimos fuego sin dificultad cortando dos trozos de madera seca, uno blando y otro duro. El ave que habíamos cogido en tan buen momento nos proporcionó una excelente comida, aunque su carne era algo correosa. No se trataba de un ave oceánica, sino de una especie de garza real, de un plumaje negro azabache y parduzco, y alas diminutas en proporción a su tamaño. Después vimos tres de la misma especie en las proximidades del barranco, que parecían buscar a la que habíamos capturado; pero, como no llegaron a posarse, no tuvimos ocasión de cazarlas.

Mientras nos duró la carne de esta ave, no sufrimos nada por nuestra situación; pero cuando la consumimos por completo se nos hizo completamente necesario salir en busca de alimento. Las avellanas no satisfacían las angustias del hambre, y, además, nos causaban unos fuertes cólicos y, si las tomábamos en abundancia, violentos dolores de cabeza. Habíamos visto a algunas grandes tortugas cerca de la orilla, al este de la colina, y observamos que podíamos cogerlas fácilmente si lográbamos llegar allí sin ser descubiertos por los nativos. Decidimos, pues, intentar una salida.

Comenzamos por descender a lo largo de la ladera sur, que parecía presentar menos dificultades; pero no habíamos avanzado cien metros cuando nuestra marcha (como habíamos previsto por lo observado desde la cumbre de ha colina) se halló interrumpida de lleno por un ramal de la garganta en la que habían perecido nuestros compañeros. Pasamos a lo largo del borde de esta garganta por espacio de un cuarto de milla, cuando fuimos detenidos de nuevo por un precipicio de inmensa profundidad; y como nos era imposible abrirnos paso a lo largo de su margen, nos vimos obligados a volver sobre nuestros pasos por el barranco principal.

Nos dirigimos luego hacia el lado este, pero con una suerte parecida. Después de gatear durante una hora, con riesgo de rompernos la crisma, descubrimos que habíamos descendido simplemente a una vasta sima de granito negro, cuyo fondo estaba cubierto de fino polvo, y desde la cual no había más salida que la senda escarpada por donde habíamos bajado. Remontamos de nuevo esta senda, dirigiéndonos al borde septentrional del monte. Allí tuvimos que emplear las mayores precauciones posibles en nuestras maniobras, pues la menor imprudencia podía exponernos de lleno a la vista de los salvajes del pueblo. Por tanto, nos arrastramos sobre nuestras manos y rodillas, y a veces nos veíamos obligados a echarnos de bruces arrastrando nuestro cuerpo y agarrándonos a los arbustos. Con todos estos cuidados no habíamos avanzado sino un corto trecho, cuando llegamos a un abismo más profundo aún que los que habíamos encontrado hasta entonces, y que conducía directamente a la garganta principal. Vimos así plenamente confirmados nuestros temores, y nos hallábamos completamente aislados y sin acceso a la comarca de abajo. Casi extenuados por nuestro esfuerzo, retrocedimos lo mejor que pudimos hasta la plataforma, y arrojándonos sobre el lecho de hojas, nos dormimos apacible y profundamente durante unas horas.

Después de esta búsqueda infructuosa, nos ocupamos durante varios días de explorar por todas partes la cumbre de la colina, con el fin de informarnos de cuáles eran sus recursos reales. Descubrimos que no nos proporcionaría alimento alguno, a excepción de las nocivas avellanas y una especie de coclearia agria, que crecía en una pequeña parcela de unas cuatro varas cuadradas, y que pronto hubiéramos agotado. El 15 de febrero, por lo que puedo recordar, no quedaba ya ni una hoja, y las avellanas empezaban a escasear; por eso, nuestra situación no podía ser más deplorable¹⁹. El día

¹⁹ Ese día se hizo notable pues observamos, al sur, varios de esos tifones inmensos a los que ya me referí.

16 volvimos a recorrer los muros de nuestra prisión, con la esperanza de hallar alguna salida de escape; pero fue en vano. Bajamos también al socavón en el que habíamos sido sepultados, con la débil esperanza de descubrir, a través de este paso, alguna abertura que diese a la garganta principal. También aquí nos vimos defraudados, aunque encontramos y recogimos un fusil.

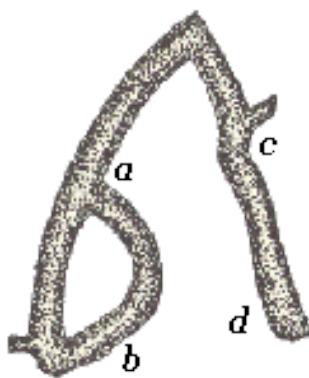
El día 17 salimos resueltos a examinar con más minuciosidad el abismo de granito negro por el que habíamos caminado en nuestra primera búsqueda. Recordamos que una de las fisuras que había en las paredes de este pozo sólo había sido examinada parcialmente, y nos sentimos impacientes por explorarla, aunque no tuviéramos esperanza de descubrir ninguna salida.

No encontramos muchas dificultades para llegar al fondo del pozo, como ya habíamos hecho antes, y estábamos lo suficientemente serenos para reconocerlo con toda la atención posible. En realidad, era uno de los sitios más singulares que imaginar se pueda, y nos era difícil convencernos de que se trataba puramente de una obra de la naturaleza.

El abismo tenía, desde el extremo oriental al occidental, unos quinientos metros de longitud, siguiendo todos sus recodos. La distancia de este a oeste, en línea recta, no sería más de unos cuarenta a cincuenta metros (por lo que pude calcular, pues no tenía instrumentos exactos de medición). Al principio de nuestro descenso, es decir, hasta unos treinta metros a partir de la cumbre de la colina, las paredes del abismo tenían poca semejanza entre sí, y no parecían haber estado unidas nunca, siendo una de las superficies de esteatita, y la otra de marga granulada con no sé qué materia metálica. La anchura media, o de espacio entre los dos acantilados, era probablemente de unos veinte metros, pero no parecía haber allí ninguna regularidad en su formación. Sin embargo, más abajo, pasado el límite de que he hablado, el intervalo se contraía rápidamente, y los lados comenzaban a ser paralelos, aunque todavía en cierto intervalo volvían a ser diferentes en su materia y en la forma de su superficie. Al llegar a unos quince metros del fondo, comenzaba una regularidad perfecta. Los lados eran ahora completamente uniformes en su sustancia, color y dirección lateral, ya que la materia era un granito muy negro y brillante y la distancia entre las dos caras en todos sus puntos era exactamente de veinte metros. La forma precisa del abismo se comprenderá mejor por medio de un dibujo tomado sobre el terreno, pues afortunadamente llevaba yo un cuaderno de bolsillo y un lápiz, que he conservado con gran cuidado a través de la larga serie de aventuras subsiguientes, y a los cuales debo notas sobre muchos asuntos que, de otra manera, se hubieran borrado de mi memoria.



Esta figura indica el contorno general de la sima, sin las cavidades menores de los lados, que eran varias, pues cada una de ellas correspondía a una protuberancia opuesta. El fondo del abismo estaba cubierto, hasta una profundidad de tres o cuatro pulgadas, de un polvo casi impalpable, debajo del cual encontramos una prolongación del granito negro. A la derecha, en la extremidad inferior, se observará la indicación de una pequeña abertura; es la fisura a que he aludido más arriba, y cuyo examen, más minucioso que antes, constituía el objeto de nuestra segunda visita. Nos lanzamos, pues, por ella con energía, cortando un montón de zarzas que obstruían nuestro paso, y apartando un cúmulo de piedras agudas, algo parecidas en su forma a las puntas de flecha. No obstante, nos sentimos animados a perseverar, al percibir una ligera luz que provenía de la última extremidad. Nos abrimos camino, por fin, arrastrándonos durante un espacio de unos diez metros, y vimos que la abertura era una bóveda baja y de forma irregular, cuyo fondo era del mismo polvo impalpable que el del abismo principal. Una luz fuerte nos inundó entonces, y torciendo por un corto recodo, nos encontramos en otra cámara elevada, parecida en todos los aspectos, menos en su forma longitudinal, a la que acabábamos de dejar. Doy aquí su forma general.



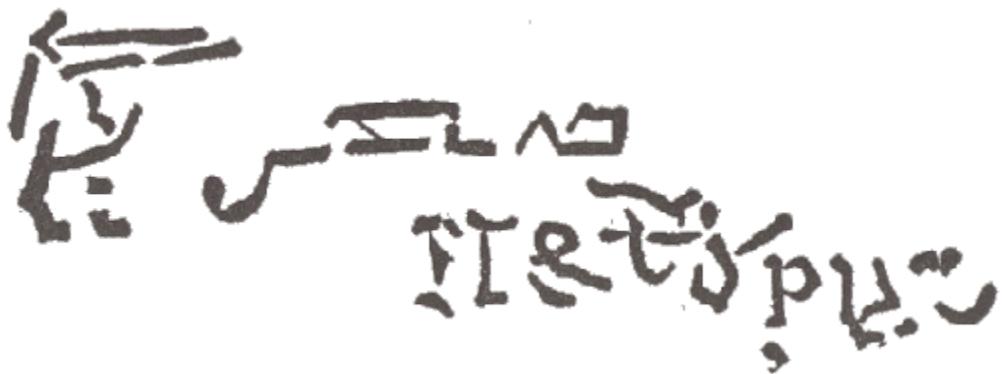
La longitud total de esta sima, comenzando en la abertura a y dando la vuelta por la curva b hasta el extremo d, es de unos quinientos cincuenta metros.

En c descubrimos una pequeña abertura semejante a aquella por la que habíamos salido del otro abismo, y ésta se hallaba obstruida de la misma manera con zarzas y un montón de piedras blancas como puntas de flecha. Nos abrimos camino a través de ella, viendo

que tenía unos doce metros de largo, y que daba a una tercera sima. Ésta era exactamente como la primera, excepto en su forma longitudinal, que era de este modo.



La longitud total de la tercera sima era de unos trescientos metros. En el punto a había una abertura de unos dos metros de ancho que penetraba más de cuatro metros en la roca, donde terminaba en una capa de marga, no habiendo ningún otro abismo más allá, como esperábamos. Estábamos a punto de abandonar esta fisura, en la que entraba muy poca luz, cuando Peters llamó mi atención para indicarme una hilera de dentellones de singular aspecto en la superficie de la marga que formaba la terminación del cul-de-sac. Con un poco de imaginación, la entalladura de la izquierda, es decir, la que se hallaba más al norte de aquellos dentellones, podía tomarse por una deliberada, aunque tosca, representación de una figura humana en posición erecta, con un brazo extendido. Los restantes tenían también alguna pequeña semejanza con los caracteres alfábéticos, y Peters estaba deseando, a todo trance, aceptar tan gratuita opinión. Le convencí de su error finalmente, dirigiendo su atención hacia el suelo de la fisura, donde, entre el polvo, recogimos, trozo por trozo, varios gruesos fragmentos de marga, que evidentemente habían saltado fuera por alguna convulsión de la superficie de la margen donde se veían las entalladuras. Esto probaba que aquello era obra de la naturaleza. La figura 4 muestra una copia exacta del conjunto.



Después de convencernos de que aquellas singulares cavernas no nos proporcionaban ningún medio para escapar de nuestra prisión, volvimos sobre nuestros pasos, desalentados y abatidos, hasta la cumbre de la colina. Durante las próximas veinticuatro horas no sucedió nada que merezca mencionarse, excepto que, al examinar el terreno de la parte este del tercer abismo, encontramos dos agujeros triangulares de

una gran profundidad, y cuyas paredes también eran de granito negro. No creímos que valiese la pena intentar descender a estos agujeros, pues tenían la apariencia de simples pozos naturales, sin salida. Cada uno de ellos tenía casi veinte metros de circunferencia, y su forma, así como su posición con respecto a la tercera sima, se muestra en la figura 5.



XXIV.-La evasión

El día 24 de aquel mes, viendo que nos era de todo punto imposible subsistir más tiempo a base de avellanas, cuyo consumo nos ocasionaba los dolores más agudos, decidimos hacer una tentativa desesperada para bajar por la vertiente sur de la colina. La pared del precipicio era allí de la especie más blanda de esteatita, aunque casi perpendicular en toda su extensión (de unos cincuenta metros de profundidad, por lo menos), y en muchos sitios incluso sobresaliendo en forma abovedada. Después de una larga búsqueda, descubrimos un estrecho reborde a unos seis metros por debajo de la orilla de la sima. Peters consiguió saltar a él con la ayuda que pude prestarle por medio de nuestros pañuelos atados. Con alguna más dificultad también bajé yo, y vimos entonces la posibilidad de descender todo el camino por el procedimiento que habíamos empleado para subir del abismo en que nos había sepultado el derrumbamiento de la colina; es decir, abriendo escalones con nuestros cuchillos en la pared de esteatita. Apenas puede uno imaginarse lo arriesgada que era la empresa; pero, como no había otro recurso, decidimos intentarla.

Sobre el reborde en que estábamos situados crecían algunos avellanos, y a uno de ellos atamos nuestra cuerda de pañuelos. Sujetando la otra punta alrededor de la cintura de Peters, le fui bajando desde el borde del precipicio hasta que los pañuelos estuvieron tirantes. Entonces se puso a cavar un hoyo profundo en la esteatita (como de unas ocho o diez pulgadas), horadando la roca por la parte de arriba, a unos treinta centímetros de altura, poco más o menos, de modo que le permitiese fijar, con la culata de la pistola, una clavija bastante fuerte. Entonces lo alcé unos cuatro metros más arriba, e hizo un agujero similar al de abajo, clavando en él otra clavija como antes, y teniendo así un punto de apoyo para sus pies y sus manos. Desaté los pañuelos del arbusto, arrojándole la punta, que él ató a la clavija del agujero superior, dejándose después deslizar

suavemente a unos diez metros más abajo que la primera vez, es decir, hasta donde daban de sí los pañuelos. Allí abrió otro agujero y fijó otra clavija. Se alzó por sí mismo, de modo que quedasen sus pies justamente en el agujero que acababa de abrir, metiendo con sus manos la clavija en el de más arriba. Ahora era necesario desatar los pañuelos de la clavija superior, con el fin de atarlos a la segunda; y aquí se dio cuenta de que había cometido un error al abrir los agujeros a tanta distancia. Sin embargo, después de una o dos tentativas arriesgadas e infructuosas para llegar al nudo (teniendo que sujetarse con la mano izquierda, mientras con la derecha procuraba desatarlo, cortó al fin la cuerda, dejando un trozo de seis pulgadas sujeto a la clavija. Atando luego los pañuelos a la segunda clavija, descendió hasta un trecho por debajo de la tercera, procurando no bajar demasiado. Gracias a este medio (medio que nunca se me hubiera ocurrido, y que debimos totalmente al ingenio y la intrepidez de Peters), mi compañero logró al fin, ayudándose a veces con los salientes de la pared, llegar al fondo del precipicio sin accidente.

Pasó un rato antes de que pudiese reunir el valor suficiente para seguirle; pero al fin me decidí. Peters se había quitado su camisa antes de bajar, y uniéndola a la mía formé la cuerda necesaria para la aventura. Después de tirar el fusil que encontramos en el abismo, sujeté aquella cuerda a los arbustos, y me dejé caer rápidamente, procurando, con el vigor de mis movimientos, dominar el miedo. Esto me dio bastante buen resultado en los primeros cuatro o cinco escalones; pero en seguida mi imaginación se sintió terriblemente excitada pensando en la inmensa profundidad a que tenía que descender aún y en la precaria naturaleza de las clavijas y de los agujeros de esteatita, que eran mi único soporte. En vano me esforzaba por apartar aquellos pensamientos y por mantener mis ojos fijos en la lisa superficie del abismo que tenía ante mis ojos. Cuanto más angustiosamente luchaba por no pensar, más intensamente vivas se tornaban mis ideas, y más terriblemente claras. Al fin, llegó la crisis de la imaginación, tan espantosa en semejantes casos, esa crisis en la que comenzamos a sentir por anticipado lo que sentiremos cuando nos caigamos, imaginándonos la indisposición, el vértigo, la lucha postrera, el semidesmayo y la amargura final de la caída y el despeñamiento. Y comprendí entonces que aquellas imaginaciones creaban sus propias realidades y que todos los horrores imaginados se volcaban sobre mí en realidad. Sentí que mis rodillas se entrechocaban con violencia, mientras mis dedos soltaban gradual pero inevitablemente su presa. Me zumbaban los oídos y me dije: "¡Es el clamor de la muerte!" Y me consumía un deseo irresistible de mirar hacia abajo. No podía, no quería limitar mis miradas al abismo, y con una ardiente e indefinida emoción, mitad de horror y mitad de angustia aliviada, dirigía mi vista hacia el abismo. Por el momento mis dedos se agarraron convulsivamente a su presa, mientras, con el movimiento, la idea cada vez más débil de una última y posible liberación vagó, como una sombra, por mi mente, y un instante después mi alma entera se sintió invadida por el ansia de caer; era un deseo, un anhelo, una pasión completamente irrefrenables. De pronto solté la estaca y, girando

el cuerpo a medias sobre el precipicio, permanecí un segundo vacilante contra su desnuda superficie. Pero entonces se produjo una convulsión en mi cerebro; una voz de sonido penetrante y fantasmal resonó en mis oídos; una figura negruzca, diabólica y nebulosa se alzó inmediatamente a mis pies; y, suspirando, sentí estallar mi corazón y me desplomé en sus brazos.

Me había desmayado, y Peters me cogió cuando caía. Había observado mis movimientos desde su sitio, en el fondo del abismo; y dándose cuenta de mi peligro inminente, había intentado inspirarme valor por todos los medios que se le podían ocurrir; aunque la confusión de mi mente era tan grande, que me impidió oír lo que me dijo ni enterarme en absoluto de lo que me hablaba. Por fin, viéndome vacilar, se apresuró a subir en mi auxilio, y llegó en el momento preciso para salvarme. Si hubiese caído con todo mi peso, la cuerda de lino se habría roto indefectiblemente, y me hubiera precipitado en el abismo; cuando sucedía esto, Peters se las ingenió para sostenerme con cuidado de modo que permanecí suspendido sin peligro hasta que me reanimé, cosa que sucedió al cabo de quince minutos. Al recobrar el conocimiento, mi temblor había desaparecido por completo; me sentí como un nuevo ser y, con una pequeña ayuda de mi compañero, llegué al fondo sano y salvo.

Entonces nos encontramos no lejos del barranco que se había convertido en la tumba de nuestros amigos, y hacia el sur del sitio donde la colina se había derrumbado. El lugar era muy agreste, y su aspecto me recordaba las descripciones que hacen los viajeros de las aterradoras regiones que señalan el emplazamiento de las ruinas de Babilonia. Sin hablar de los escombros del risco destrozado, que formaban una barrera caótica hacia el norte, la superficie del terreno en todas las demás direcciones estaba sembrada de enormes túmulos, que parecían las ruinas de algunas gigantescas construcciones de arte, aunque no se veía nada que pareciese artístico. Abundaban las escorias, y grandes e informes bloques de granito negro se mezclaban con otros de greda²⁰, ambos granulados de metal. No había ningún vestigio de vegetación en toda la extensión que alcanzaba la vista. Vimos algunos escorpiones inmensos y varios reptiles que no se encuentran siempre en las latitudes altas.

Como el alimento era nuestro objetivo inmediato, decidimos encaminarnos hacia la costa, distante tan sólo media milla, con el propósito de cazar tortugas, algunas de las cuales habíamos observado desde nuestro escondite en la colina. Habíamos avanzado unos cien metros, deslizándonos cautelosamente entre las enormes rocas y túmulos, cuando, al doblar un recodo, cinco salvajes se lanzaron sobre nosotros desde una pequeña caverna, derribando a Peters al suelo de un garrotazo. Cuando cayó, la partida entera se abalanzó sobre él para asegurar a su víctima, dándome tiempo para recobrarme de mi asombro. Yo aún tenía el fusil, pero el cañón había quedado tan estropeado al arrojarlo desde el precipicio, que lo dejé a un lado como inútil, prefiriendo

²⁰ La greda era negra, no vegetal. No vimos sustancia de colores vivos de ninguna especie, ni isla.

confiar en mis pistolas, que había conservado cuidadosamente en buen estado. Avancé con ellas hacia mis asaltantes, disparándolas sucesivamente. Cayeron dos salvajes, y otro, que iba ya a atravesar a Peters con su lanza, saltó a sus pies sin conseguir llevar a cabo su propósito. Al verse libre mi compañero, no tuvimos ya mayores dificultades. También él conservaba sus pistolas, pero juzgó prudente no utilizarlas, confiando en su gran fuerza personal, que superaba a la de todas las personas que he conocido en mi vida. Apoderándose de la maza de uno de los salvajes muertos, les rompió la tapa de los sesos a los tres restantes, matando a cada uno de ellos instantáneamente de un solo mazazo, y quedamos dueños por completo del campo.

Sucedieron con tal rapidez estos acontecimientos, que apenas podíamos creer en su realidad y permanecimos en pie ante los cadáveres en una especie de contemplación estúpida, cuando unos gritos que se oyeron a distancia nos hicieron volver a la realidad. Era evidente que los salvajes habían sido alarmados por los disparos y que teníamos pocas probabilidades de no ser descubiertos. Para volver a ganar la sima hubiera sido necesario avanzar en la dirección de los gritos, y aunque hubiésemos logrado llegar a su base, nunca hubiéramos podido subir sin ser vistos. Nuestra situación era de las más peligrosas, y vacilábamos en qué dirección comenzar la huida, cuando uno de los salvajes contra quien yo había disparado, y al que creía muerto, se puso en pie súbitamente e intentó huir. Pero le atrapamos antes de que hubiese dado unos pasos, y estábamos a punto de matarlo, cuando Peters sugirió que podíamos obtener algún beneficio obligándole a acompañarnos en nuestra tentativa de huida. Le arrastramos, pues, con nosotros, haciéndole comprender que le mataríamos si ofrecía resistencia. A los pocos momentos se hallaba completamente sumiso, y corrió a nuestro lado mientras avanzábamos entre las rocas, con dirección a la costa.

Las irregularidades del terreno nos habían ocultado hasta entonces el mar, excepto a trechos; cuando al fin lo vimos claramente, por primera vez, es posible que se hallara a doscientos metros de distancia. Cuando salimos al descubierto en la bahía vimos con gran espanto una inmensa multitud de nativos que acudían desde la aldea, y desde todos los lugares visibles de la isla, dirigiéndose hacia nosotros con gesticulaciones de extremado furor, y aullando como fieras. Estábamos a punto de darnos la vuelta e intentar ponernos a cubierto entre las fragosidades del accidentado terreno, cuando descubrí las proas de dos canoas que sobresalían por detrás de una gran roca que se prolongaba dentro del agua. Corrimos hacia ellas con todas nuestras ganas y, al alcanzarlas, vimos que estaban desocupadas, sin más carga que tres tortugas de los Galápagos y la acostumbrada provisión de remos para sesenta remeros. Nos apoderamos sin demora de una de ellas y, obligando a embarcar a nuestro cautivo, nos lanzamos al mar con todo el poder de nuestras fuerzas.

Pero no nos habíamos alejado cincuenta metros de la orilla cuando recobramos la suficiente calma para darnos cuenta del gran error que habíamos cometido al dejar la otra canoa en poder de los salvajes, quienes, en este momento, se hallaban a no más de

doble distancia que nosotros de la playa, y avanzaban rápidamente. No había tiempo que perder. En el mejor de los casos, nuestra esperanza era desesperada; pero no teníamos otra. Era muy dudoso que, haciendo un esfuerzo supremo, pudiésemos llegar con la suficiente antelación para apoderarnos de la canoa; pero había una. Si lo conseguíamos, podíamos salvarnos; mientras que, si no lo intentábamos, teníamos que resignarnos a una inevitable carnicería.

Nuestra canoa tenía iguales la proa y la popa, y en lugar de virar, cambiamos simplemente el movimiento del remo. Tan pronto como los salvajes se dieron cuenta de ello, redoblaron sus aullidos, así como su velocidad, acercándose con una rapidez inconcebible. Sin embargo, remábamos con toda la energía de la desesperación, y llegamos al sitio disputado antes de que lo alcanzasen los nativos. Un solo salvaje había llegado a él. Este hombre pagó cara su mayor agilidad, pues Peters le disparó un pistoletazo en la cabeza cuando se acercaba a la orilla. Los más adelantados del resto de la partida se hallaban probablemente a unos veinte o treinta pasos de distancia cuando nos apoderamos de la canoa. Nos esforzamos en primer lugar por empujarla hacia dentro del agua, fuera del alcance de los salvajes: pero, al ver que estaba muy firmemente encallada y que no había tiempo que perder. Peters, de uno o dos golpes energéticos con la culata del fusil, logró hacer saltar una buena porción de la proa y uno de los costados. Entonces la empujamos mar adentro.

Mientras tanto, dos de los nativos se habían asido a nuestra barca, negándose obstinadamente a soltarla, hasta que nos vimos obligados a despacharlos con nuestros cuchillos. Ahora la situación se había despejado, y avanzamos rápidos hacia el mar. El grupo principal de los salvajes, al llegar a la canoa rota, lanzó los gritos más tremendos de rabia y contrariedad que se pueda concebir.

En verdad, por lo que he podido saber de aquellos desdichados, pertenecían a la raza humana más malvada, hipócrita, vengativa, sanguinaria y completamente diabólica que existe sobre la faz de la tierra. Es evidente que no hubieran tenido ninguna misericordia con nosotros si hubiésemos caído en sus manos. Hicieron una loca tentativa para seguirnos en la canoa averiada; pero, al ver que estaba inservible, exhalaron de nuevo su rabia en espantosas vociferaciones y corrieron de nuevo hacia sus colinas.

Así, pues, nos habíamos librado del peligro inmediato; pero nuestra situación seguía siendo bastante sombría. Sabíamos que cuatro canoas de aquella clase habían estado en un momento determinado en poder de los salvajes, e ignorábamos el hecho (del que posteriormente nos informó nuestro cautivo) de que dos de éstas habían volado hechas trozos por la explosión de la Jane Guy. Por consiguiente, calculábamos que, no obstante, seríamos perseguidos tan pronto como nuestros enemigos diesen la vuelta a la bahía (distante unas tres millas), donde las barcas se hallaban habitualmente amarradas. Con este temor, empleamos todos nuestros esfuerzos en dejar la isla atrás, y avanzamos velozmente sobre el agua, obligando al prisionero a coger un remo. Al cabo de una

media hora, cuando probablemente habíamos recorrido cinco o seis millas hacia el sur, vimos una nutrida flota de balsas o de canoas planas que surgían de la bahía con el evidente propósito de perseguirnos. En seguida se volvieron atrás, desesperando de alcanzamos.

XXV.-El gigante blanco

Nos encontrábamos ahora en el anchuroso y desolado Océano Antártico, a una latitud que excedía de los ochenta y cuatro grados, en una frágil canoa y sin más provisiones que las tres tortugas. Además, el largo invierno polar no podía considerarse lejano, y era imprescindible deliberar sobre la ruta que debíamos seguir. Teníamos a la vista seis o siete islas, que pertenecían al mismo grupo y distaban unas de otras cinco o seis leguas; pero no teníamos la menor intención de aventurarnos por ellas. Al venir desde el norte en la Jane Cuy habíamos ido dejando gradualmente detrás de nosotros las regiones de los hielos más rigurosos; esto, aunque no se halle de acuerdo con las ideas generalmente admitidas acerca del Antártico, era un hecho que la experiencia no nos permitía negar. Por tanto, intentar volver sería una locura, sobre todo en una época tan avanzada de la estación. Sólo una ruta parecía quedar abierta a la esperanza. Decidimos dirigirnos resueltamente hacia el sur, donde existía al menos la oportunidad de descubrir tierras, y más de una probabilidad de dar con un clima más suave.

Hasta aquí habíamos venido observando el Antártico, igual que el Océano Ártico, libre en particular de borrascas violentas o de oleaje muy revuelto; pero nuestra canoa era, a lo sumo, de frágil estructura, aunque grande, y pusimos activamente manos a la obra, para hacerla tan segura como los limitados medios de que disponíamos nos lo permitían. La quilla de la barca era de simple corteza, la corteza de un árbol desconocido. Las cuadernas de un mimbre resistente, muy a propósito para el uso a que se destinaba. De proa a popa teníamos un espacio de unos quince metros, por metro y medio a dos de anchura, con una profundidad total de metro y medio, diferenciándose así estas barcas mucho por su forma de las de los demás habitantes de los mares del Sur con quienes tienen trato las naciones civilizadas. Nunca habíamos creído que fueran obra de los ignorantes isleños que las poseían, y unos días después de esta época descubrimos, interrogando a nuestro prisionero, que en realidad habían sido construidas por los nativos de un archipiélago al sudoeste de la región donde las encontramos, habiendo caído accidentalmente en manos de nuestros bárbaros. Lo que podíamos hacer por la seguridad de nuestra barca era muy poca cosa, en verdad. Descubrimos algunas grietas anchas cerca de ambos extremos, y nos las ingeniamos para taparlas con trozos de nuestras chaquetas de lana. Con ayuda de los remos sobrantes, que había allí en abundancia, levantamos una especie de armazón en torno a

la proa para amortiguar la fuerza de las olas que podían amenazar con colmarnos por esta parte. Erigimos también dos remos a modo de mástiles, colocándolos uno frente a otro; uno en cada borda, evitándonos así la necesidad de una yerga. Atamos a estos mástiles una vela hecha con nuestras camisas, cosa que nos costó algún trabajo, pues no podíamos pedirle ayuda a nuestro prisionero para nada, aunque nos la había prestado con buena voluntad para trabajar en todas las demás operaciones. La vista de la tela blanca parecía impresionarle de una manera singular. No pudimos convencerle para que la tocara o se acercase a ella, pues se ponía a temblar cuando intentábamos obligarle, gritando: "¡Tekeli-li!"

Cuando terminamos nuestros arreglos relativos a la seguridad de la canoa, nos hicimos a la vela hacia el sudeste por el momento, con la intención de sortear la isla más meridional del archipiélago que se hallaba a la vista. Después de hacer esto, pusimos proa al sur sin vacilar. El tiempo no podía considerarse desgradable. Teníamos una brisa suave y constante procedente del norte, un mar en calma y día continuo. No se veían hielos por parte alguna; ni siquiera habíamos visto un solo témpano después de franquear el paralelo del islote Bennet. En realidad, la temperatura del agua era allí demasiado templada para que pudiera existir hielo. Después de matar la más grande de nuestras tortugas, y obtener de ella no sólo alimento, sino también una buena provisión de agua, proseguimos nuestra ruta, sin ningún incidente por el momento, durante siete u ocho días tal vez, durante los cuales avanzamos una gran distancia hacia el sur, porque el viento soplaban continuamente a nuestro favor, y una corriente muy fuerte nos llevó constantemente en la dirección que deseábamos.

1 de marzo.—Muchos fenómenos inusitados nos indicaban ahora que estábamos entrando en una región de maravilla y novedad. Una alta cordillera de leve vapor gris aparecía constantemente en el horizonte sur, fulgurando a veces con rayos majestuosos, lanzándose de este a oeste, y otros en dirección contraria, reuniéndose en la cumbre, formando una sola línea. En una palabra, mostrando todas las variaciones de la aurora boreal. La altura media de aquel vapor, tal como se veía desde donde estábamos, era de unos veinticinco grados. La temperatura del mar parecía aumentar por momentos, alterándose perceptiblemente el color del agua.

2 de marzo.—Hoy, gracias a un insistente interrogatorio a nuestro prisionero, nos hemos enterado de muchos detalles relacionados con la isla de la masacre, con sus habitantes y con sus costumbres; pero ¿puedo detener ahora al lector con estas cosas? Sólo diré, no obstante, que supimos por él que el archipiélago comprendía ocho islas; que estaban gobernadas por un rey común, llamado Tsalemon o Psalemoun, el cual residía en una de las más pequeñas; que las pieles negras que componían la vestimenta de los guerreros provenían de un animal enorme que se encontraba únicamente en un valle, cerca de la residencia del rey; que los habitantes del archipiélago no construían más barcas que aquellas balsas llanas, siendo las cuatro canoas todo cuanto poseían de otra clase, y éstas las habían obtenido, por mero accidente, en una isla grande situada al

sudeste; que el nombre de nuestro prisionero era Nu-Nu; que no tenía conocimiento alguno del islote de Bennet, y que el nombre de la isla que había dejado era Tsalal. El comienzo de las palabras Tsalernon y Tsalal se pronunciaba con un prolongado sonido silbante, que nos resultó imposible imitar, pese a nuestros repetidos esfuerzos, sonido que era precisamente el mismo de la nota lanzada por la garza negra que comimos en la cumbre de la colina.

3 de marzo.—El calor del agua es ahora realmente notable, y su color está experimentando un rápido cambio, no tardando en perder su transparencia, adquiriendo en cambio una apariencia lechosa y opaca. En nuestra inmediata proximidad suele reinar la calma, nunca tan agitada como para poner en peligro la canoa; pero nos sorprendemos con frecuencia al percibir, a nuestra derecha y a nuestra izquierda, a diferentes distancias, súbitas y dilatadas agitaciones de la superficie, las cuales, como advertimos por último, iban siempre precedidas de extrañas fluctuaciones en la región del vapor, hacia el sur.

4 de marzo.—Hoy, con objeto de agrandar nuestra vela, mientras la brisa del norte se apagaba sensiblemente, saqué del bolsillo de mi chaqueta un pañuelo blanco. Nu-Nu estaba sentado a mi lado y, al rozarle por casualidad el lienzo en la cara, le acometieron violentas convulsiones. Éstas fueron seguidas de un estado de estupor y modorra, y unos quedes murmullos de: "¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!"

5 de marzo.—El viento había cesado por completo; pero era evidente que seguíamos lanzados hacia el sur, bajo la influencia de una corriente poderosa. Y ahora, ciertamente, hubiera sido razonable que experimentásemos alguna alarma ante el giro que estaban tomando los acontecimientos, pero no sentimos ninguna. El rostro de Peters no indicaba nada de este cariz, aunque a veces tuviera una expresión que yo no podía comprender. El invierno polar parecía avecinarse, pero llegaba sin sus terrores yo sentía un entumecimiento de cuerpo y de espíritu — una sensación de irrealidad—, pero esto era todo.

6 de marzo.—El vapor gris se había elevado ahora muchos grados por encima del horizonte, e iba perdiendo gradualmente su tinte grisáceo. El calor del agua era extremado, incluso desagradable al tacto y su tono lechoso cayó sobre la canoa y sobre la amplia superficie del agua, mientras la llameante palpitación se disipaba entre el vapor y la conmoción se apaciguaba en el mar. Nu-Nu se arrojó entonces de brúces al fondo de la barca y no hubo manera de convencerle para que se levantase.

7 de marzo.—Hoy hemos preguntado a Nu-Nu acerca de los motivos que impulsaron a sus compatriotas a matar a nuestros compañeros; mas parecía dominado, demasiado dominado por el terror para darnos una respuesta razonable. Seguía obstinadamente en el fondo de la barca; y, al repetirle nuestras preguntas respecto al motivo de la matanza, sólo respondía con gesticulaciones idiotas, tales como levantar con el índice el labio superior y mostrarlos dientes que este cubría. Eran negros, hasta ahora no habíamos visto los dientes de ningún habitante de Tsalal.

8 de marzo.—Hoy flotó cerca de nosotros uno de esos animales blancos cuya aparición en la playa de Tsalal era mas evidente que nunca. Hoy se produjo una violenta agitación del agua muy cerca de la canoa. Fue acompañada, como de costumbre , por una fulgurante fluctuación del vapor en su cumbre y una momentánea separación en su base. Un polvo blanco y fino, semejante a la ceniza —pero que ciertamente no era tal— cavó sobre la canoa y sobre la amplia superficie del agua, mientras la llameante palpitación se disipaba entre el vapor y la conmoción se apaciguaba en el mar. Nu-Nu se arrojó entonces de brúces al fondo de la barca y no hubo manera de convencerle para que se levantasen.

9 de marzo.—Toda la materia cenizosa caía ahora incesantemente sobre nosotros, y en grandes cantidades. La cordillera de vapor al sur se había elevado prodigiosamente en el horizonte, y comenzaba a tomar una forma más clara. Sólo puedo compararla con una catarata ilimitada, precipitándose silenciosamente en el mar desde alguna inmensa y muy lejana muralla que se alzase en el cielo. La gigantesca cortina corría a lo largo de toda la extensión del horizonte sur. No producía ruido alguno.

21 de marzo.—Sombrías tinieblas se cernían sobre nosotros; pero de las profundidades lechosas del océano surgió un resplandor luminoso que se deslizó por los costados de la barca. Estábamos casi abrumados por aquella lluvia de cenizas blanquecinas que caían sobre nosotros y sobre la canoa, pero que se deshacía al caer en el agua. La cima de la catarata se perdía por completo en la oscuridad y en la distancia. Pero era evidente que nos acercábamos a ella a una velocidad espantosa. A intervalos eran visibles en ella unas anchas y claras grietas, aunque sólo momentáneamente, y desde esas grietas, dentro de las cuales había un caos de flotantes y confusas imágenes, soplaban unos vientos impetuosos y poderosos, aunque silenciosos, rasgando en su carrera el océano incendiado.

22 de marzo —La oscuridad había aumentado sensiblemente, atenuada tan sólo por el resplandor del agua reflejando la blanca cortina que teníamos delante. Múltiples aves gigantescas y de un blanco pálido volaban sin cesar por detrás del velo, y su grito era el eterno "¡Tekeli-li!" cuando se alelaban de nuestra vista. En este momento, Nu-Nu se agitó en el fondo de la barca; pero al tocarle vimos que su espíritu se había extinguido. Y entonces nos precipitamos en brazos de la catarata, en la que se abrió un abismo para recibirnos. Pero he aquí que surgió en nuestra senda una figura humana amortajada, de proporciones mucho más grandes que las de ningún habitante de la tierra. Y el tinte de la piel de la figura tenía la perfecta blancura de la nieve.

XXVI.-Conjeturas

Las circunstancias relacionadas con la muerte de M. Pym, tan súbita como lamentable, son ya bien conocidas del público, gracias a las informaciones de la prensa diaria. Es de temerse que los capítulos restantes que debían de completar su relación, y que había dejado a un lado para revisarlos, mientras los precedentes se encontraban en prensa, se hayan perdido irrevocablemente a consecuencia de la catástrofe en la que él mismo pereció. Sin embargo, bien pudiera ser que no fuera éste el caso, y si el manuscrito fuese hallado al fin, se dará a conocer al público.

Se han intentado todos los medios para remediar esa falta. El caballero cuyo nombre se ha citado en el prefacio, y al cual se hubiera supuesto capaz, según lo que de él se dice, de llenar la laguna, ha declinado llevar a cabo semejante tarea, y ello por razones suficientes derivadas de la inexactitud de los detalles que le fueron comunicados, y de su relativa desconfianza en la verdad absoluta de las últimas partes del relato. Peters, del cual se podrían esperar algunos informes, vive aún y reside en Illinois; mas por el momento no ha podido ser localizado. Se le podrá ver quizás más tarde, y sin duda alguna proporcionará documentos para completar la relación de M. Pym.

La pérdida de dos o tres capítulos (pues parece no pasaban de dos o tres), es una pérdida tanto más lamentable cuanto que contenían, sin lugar a duda, la información relacionada al Polo mismo, o, al menos a las regiones situadas en inmediata proximidad del Polo, y que las afirmaciones del autor acerca de dichas regiones podrían ser verificadas o contradichas próximamente por la expedición al Océano Antártico que prepara en estos días el Gobierno.

Existe un punto de relación acerca del cual es pertinente presentar algunas observaciones, y será muy placentero para el autor de este apéndice, si sus reflexiones dan por resultado cierto crédito a las muy singulares páginas recientemente publicadas. Nos referimos a los abismos descubiertos en la isla de Tsalal y del conjunto de las figuras contenidas en el capítulo XXII.

M. Pym presenta los dibujos de dichos abismos sin comentarios, y concluye resueltamente que las incisiones halladas en la extremidad de la sima situada más al Este sólo tienen una semejanza fantasiosa con caracteres alfabéticos —en fin, y de manera positiva, que no son letras. Semejante aseveración es hecha de manera tan sencilla, y sostenida por una especie de demostración tan concluyente (es decir, al ajuste de los fragmentos encontrados en el polvo, cuyos salientes se acomodaban exactamente en las incisiones del muro), que nos vemos obligados a creer en la buena fe del escritor, y ningún lector sensato puede dudar que no sea así. Pero como todo cuanto concierne a *todas* las figuras es más que singular (particularmente cuando se las compara con ciertos detalles del contexto del relato), no estaré por demás examinar algo de lo dicho en el conjunto de los hechos, y esto nos parece tanto más a propósito cuanto que los mismos han escapado, sin duda, a la atención de M. Pym.

De este modo, las figuras 1, 2, 3 y 5, cuando se las une con otra en el orden preciso según el cual se presentan las mismas simas, y cuando se las despoja de las

ramificaciones laterales o galerías abovedadas (las que, como se recordará, servían simplemente de medio de comunicación entre las galerías principales y eran caracteres totalmente diferentes), constituyen una palabra —raíz etiópica



que significa *estar en tinieblas*—, de donde vienen todos los derivados que tienen que ver con la sombra y las tinieblas.

En cuanto a la incisión situada *a la izquierda y la más al norte*, en la figura 4, es más que probable que la opinión de Peters fuera acertada, y que su aspecto hieroglífico fuese verdaderamente obra del arte y una representación intencional de la forma humana. El lector tiene el dibujo ante sus ojos; pudiendo advertir o no el parecido indicado; pero la serie de incisiones proporciona una poderosa confirmación de la idea de Peters. La hilera superior es, evidentemente, la palabra —raíz árabe



o *ser blanco*—, de donde parten todos los derivados relacionados con el esplendor y la blancura. La hilera inferior no es tan nítida ni tan fácil de entender. Los caracteres se encuentran un tanto quebrados y desunidos; no obstante, no hay duda alguna de que en su estado perfecto no formasen de manera completa la palabra egipcia



o sea *la región del Sur*. Obsérvese que estas interpretaciones confirman la opinión de Peters concerniente a la figura *situada más al Norte*. El brazo se extiende hacia el Sur.

Tales conclusiones abren un vasto campo a la fantasía y a conjeturas apasionantes por demás. Quizás se deben confrontar con algunos incidentes del relato menos detallados; aunque el encadenamiento de las comparaciones no salte a la vista, es muy completa; *Tekeli-li!* era el grito de los naturales de Tsalal empavorecidos ante el cadáver del animal *blanco* recogido en el mar; *Tekeli-li!* era asimismo la exclamación de terror del cautivo tsaliano al tocar los objetos *blancos* pertenecientes a M. Pym. Era también el grito de los pájaros gigantescos emergidos de la cortina *blanca* de vapor del Sur. Nada que fuera de color *blanco* encontróse en Tsalal, y nada que no lo fuera en el subsecuente viaje hacia la región última. No sería imposible que *Tsalal*, el nombre de la isla de los abismos, sometido a un análisis minucioso, revelara algún parentesco con las simas alfabeticas, o alguna relación con los caracteres etiopicos tan misteriosamente elaborados en sus ondulaciones.

Esto he grabado en la montaña, y mi venganza está escrita en el polvo de la roca²¹.

²¹ Poe da aquí término a *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* (pues en absoluto se trata de una novela incocclusa), ofreciendo un final abrupto que deja al lector sumido en la incertidumbre acerca de la revelación del último secreto y la suerte que corre el protagonista. Años más tarde, otro monstruo de la literatura fantástica, el francés Jules Verne, se permitiría la licencia de dar continuación a *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* con su novela *La esfinge de los hielos* (*Le Sphinx des Glaces*, 1897). *La esfinge de los hielos* transcurre once años después de los sucesos narrados por Poe. En este caso, el protagonista es un tal Jeorling, un geólogo norteamericano que termina embarcado en la goleta Halbrane capitaneada por

Ligeia

Ligeia, 1838

Y allí se encuentra la voluntad, que no fenece. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su vigor? Pues Dios es una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su atención. El hombre no se rinde a los ángeles, ni por entero a la muerte, salvo únicamente por la flaqueza de su débil voluntad.

JOSETH GLANVILL

No puedo, por mi alma, recordar ahora cómo, cuándo, ni exactamente dónde trabe por primera vez conocimiento con Lady Ligeia. Largos años han transcurrido desde entonces, y mi memoria es débil porque ha sufrido mucho. O quizá no puedo *ahora* recordar aquellos extremos porque, en verdad, el carácter de mi amada, su raro saber, la singular aunque plácida clase de su belleza, y la conmovedora y dominante elocuencia de su hondo lenguaje musical se han abierto camino en mi corazón con paso tan constante y cautelosamente progresivo, que ha sido inadvertido y desconocido. Creo, sin embargo, que la encontré por vez primera, y luego con mayor frecuencia, en una vieja y ruinosa ciudad cercana al Rin. De seguro, le he oído hablar de su familia. Está fuera de duda que provenía de una fecha muy remota. ¡Ligeia, Ligeia! Sumido en estudios que por su naturaleza se adaptan más que cualesquiera otros a amortiguar las impresiones del mundo exterior, me bastó este dulce nombre —Ligeia— para evocar ante mis ojos, en mi fantasía, la imagen de la que ya no existe. Y ahora, mientras escribo, ese recuerdo centellea, sobre mí, que *no he sabido nunca* el apellido paterno de la que fue mi amiga y mi prometida, que llegó a ser mi compañera de estudios y al fin, la esposa de mi corazón. ¿Fue aquello una orden mimosa por parte de mi Ligeia? ¿O fue una prueba de la fuerza de mi afecto lo que me llevó a no hacer investigaciones sobre ese punto? ¿O fue más bien un capricho mío, una vehemente y romántica ofrenda sobre el altar de la más apasionada devoción? Si sólo recuerdo el hecho de un modo confuso, ¿cómo asombrarse de que haya olvidado tan por completo las circunstancias que le originaron o le acompañaron? Y en realidad, si alguna vez el espíritu que llaman *novelesco*, si alguna vez la brumosa y alada Ashtophet del idólatra Egipto, preside, según dicen los matrimonios fatídicamente adversos, con toda seguridad presidió el mío.

Len Guy, hermano del difunto William, capitán de la Jane Guy donde había viajado Arthur Gordon Pym. Len parte hacia el polo en busca de su hermano con el convencimiento de que todavía se halla con vida.

Hay un tema dilecto, empero, sobre el cual no falla mi memoria. Es este la *persona* de Ligeia. Era de alta estatura, algo delgada, e incluso en los últimos días muy demacrada. Intentaría yo en vano describir la majestad, la tranquila soltura de su porte o la incomprensible ligereza y flexibilidad de su paso. Llegaba y partía como una sombra. No me daba cuenta jamás de su entrada en mi cuarto de estudio, salvo por la amada música de su apagada y dulce voz, cuando posaba ella su marmórea mano sobre mi hombro. En cuanto a la belleza de su faz, ninguna doncella la ha igualado nunca. Era el esplendor de un sueño de opio, una visión aérea y encantadora, más ardorosamente divina que las fantasías que revuelan alrededor de las almas dormidas de las hijas de Delos. Con todo, sus rasgos no poseían ese modelado regular que nos han enseñado falsamente a reverenciar con las obras clásicas del paganismo. "No hay belleza exquisita —dice Bacon, Lord Verulam—, hablando con certidumbre de todas las formas y *genera* de belleza, sin algo extraño en la proporción." No obstante, aunque yo veía que los rasgos de Ligeia no poseían una regularidad clásica, aunque notaba que su belleza era realmente "exquisita", y sentía que había en ella mucho de "*extraño*", me esforzaba en vano por descubrir la irregularidad y por perseguir los indicios de mi propia percepción de "lo extraño". Examinaba el contorno de la frente alta y pálida —una frente irreprochable: ¡cuán fría es, en verdad, esta palabra cuando se aplica a una majestad tan divina!—, la piel que competía con el más puro marfil, la amplitud imponente, la serenidad, la graciosa prominencia de las regiones que dominaban las sienes; y luego aquella cabellera de un color negro como plumaje de cuervo, brillante, profusa, naturalmente rizada, y que demostraba toda la potencia del epíteto homérico, "*jacintina!*". Miraba yo las líneas delicadas de la nariz, y en ninguna parte más que en los graciosos medallones hebraicos había contemplado una perfección semejante. Era la misma tersura de superficie, la misma tendencia casi imperceptible a lo aguileño, las mismas aletas curvadas con armonía que revelaban un espíritu libre. Contemplaba yo la dulce boca. Encerraba el triunfo de todas las cosas celestiales: la curva magnifica del labio superior, un poco corto, el aire suave y voluptuosamente reposado del interior, los hoyuelos que se marcaban y el color que hablaba, los dientes reflejando en una especie de relámpago cada rayo de luz bendita que caía sobre ellos en sus sonrisas serenas y plácidas, pero siempre radiantes y triunfadoras. Analizaba la forma del mentón, y allí también encontraba la gracia, la anchura, la dulzura, la majestad, la plenitud y la espiritualidad griegas, ese contorno que el dios Apolo reveló sólo en sueños a Cleómenes, el hijo del ateniense. Y luego miraba yo los grandes ojos de Ligeia.

Para los ojos no encuentro modelos, en la más remota antigüedad. Acaso era en aquellos ojos de mi amada donde residía el secreto al que Lord Verulam alude. Eran, creo yo, más grandes que los ojos ordinarios de nuestra propia raza. Más grandes que los ojos de la gacela de la tribu del valle de Nourjahad. Aun así, a ratos era —en los momentos de intensa excitación— cuando esa particularidad se hacia más notablemente impresionante en Ligeia. En tales momentos su belleza era —al menos, así parecía quizá

a mi imaginación inflamada— la belleza de las fabulosas húrfes de los turcos. Las pupilas eran del negro más brillante y bordeadas de pestañas de azabache muy largas; sus cejas, de un dibujo ligeramente irregular, tenían ese mismo tono. Sin embargo, lo extraño que encontraba yo en los ojos era independiente de su forma, de su color y de su brillo, y debía atribuirse, en suma, a la *expresión*. ¡Ah, palabra sin sentido, puro sonido, vasta latitud en que se atrincherara nuestra ignorancia de lo espiritual! ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡Cuántas largas horas he meditado en ello; cuántas veces, durante una noche entera de verano, me he esforzado en sondarla! ¿Qué era aquello, aquel lago más profundo que el pozo de Demócrito que vacía en el fondo de las pupilas de mi amada? ¿Qué era aquello? Se adueñaba de mí la pasión de descubrirlo. ¡Aquellos ojos! ¡Aquellas grandes, aquellas brillantes, aquellas divinas pupilas! Habían llegado a ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y era yo para ellas el más devoto de los astrólogos.

No existe hecho, entre las muchas incomprendibles anomalías de la ciencia psicológica, que sea más sobrecogedoramente emocionante que el hecho —nunca señalado, según creo, en las escuelas— de que, en nuestros esfuerzos por traer a la memoria una cosa olvidada desde hace largo tiempo, nos encontremos con frecuencia *al borde mismo* del recuerdo, sin ser al fin capaces de recordar. Y así, ¡cuántas veces, en mi ardiente análisis de los ojos de Ligeia, he sentido acercarse el conocimiento pleno de su expresión! ¡Lo he sentido acercarse, y a pesar de ello, no lo he poseído del todo, y por último, ha desaparecido con absoluto! Y (¡extraño, oh, el más extraño de todos los misterios!) he encontrado en los objetos más vulgares del mundo una serie de analogías con esa expresión. Quiero decir que, después del periodo en que la belleza de Ligeia pasó por mi espíritu y quedó allí como en un altar, extraje de varios seres del mundo material una sensación análoga a la que se difundía sobre mí, en mí, bajo la influencia de sus grandes y luminosas pupilas. Por otra parte, no soy menos incapaz de definir aquel sentimiento, de analizarlo o incluso de tener una clara percepción de él. Lo he reconocido, repito, algunas veces en el aspecto de una viña crecida deprisa, en la contemplación de una falena²², de una mariposa, de una crisálida, de una corriente de agua presurosa. Lo he encontrado en el océano, en la caída de un meteoro. Lo he sentido en las miradas de algunas personas de edad desusada. Hay en el cielo una o dos estrellas (en particular, una estrella de sexta magnitud, doble y cambiante, que se puede encontrar junto a la gran estrella de la Lira) que, vistas con telescopio, me han producido un sentimiento análogo. Me he sentido henchido de él con los sonidos de ciertos instrumentos de cuerda, y a menudo en algunos pasajes de libros. Entre otros innumerables ejemplos, recuerdo muy bien algo en un volumen de Joseph Glanvill que (tal vez sea simplemente por su exquisito arcaísmo, ¿quién podría decirlo?) no ha dejado nunca de inspirarme el mismo sentimiento: "Y allí se encuentra la voluntad que no fenece. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, y su vigor? Pues Dios es una gran

²² Nombre de diversas mariposas crepusculares o nocturnas.

voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su atención. El hombre no se rinde a los ángeles ni por entero a la muerte, salvo únicamente por la flaqueza de su débil voluntad."

Durante el transcurso de los años, y por una sucesiva reflexión, he logrado trazar, en efecto, alguna remota relación entre ese pasaje del moralista inglés y una parte del carácter de Ligeia. Una *intensidad* de pensamiento, de acción, de palabra era quizá el resultado, o por lo menos, el indicio de una gigantesca volición que, durante nuestras largas relaciones, hubiese podido dar otras y más inmediatas pruebas de su existencia. De todas las mujeres que he conocido, ella, la tranquila al exterior, la siempre plácida Ligeia, era la presa más desgarrada por los tumultuosos buitres de la cruel pasión. Y no podía yo evaluar aquella pasión, sino por la milagrosa expansión de aquellos ojos que me deleitaban y me espantaban al mismo tiempo, por la melodía casi mágica, por la modulación, la claridad y la placidez de su voz muy profunda, y por la fiera energía (que hacia el doble de efectivo el contraste con su manera de pronunciar) de las vehementes palabras que prefería ella habitualmente.

He hablado del saber de Ligeia: era inmenso, tal como no lo he conocido nunca en una mujer. Sabía a fondo las lenguas clásicas, y hasta donde podía apreciarlo mi propio conocimiento, los dialectos modernos europeos, en los cuales no la he sorprendido nunca en falta. Bien mirado, sobre cualquier tema de la erudición académica tan alabada, sólo por ser más abstrusa, ¿he sorprendido en falta *nunca* a Ligeia? ¡Cuán singularmente, cuán emocionantemente, había impresionado mi atención en este último periodo sólo aquel rasgo en el carácter de mi esposa! He dicho que su cultura superaba la de toda mujer que he conocido; pero ¿dónde está el hombre que haya atravesado con éxito *todo* el amplio campo de las ciencias morales, físicas y matemáticas? No vi entonces lo que ahora percibo con claridad; que los conocimientos de Ligeia eran gigantescos, pasmosos; por mi parte, me daba la suficiente cuenta de su infinita superioridad para resignarme, con la confianza de un colegial, a dejarme guiar por ella a través del mundo caótico de las investigaciones metafísicas, del que me ocupé con ardor durante los primeros años de nuestro matrimonio.

¡Con qué vasto triunfo, con qué vivas delicias, con qué esperanza etérea la *sentía* inclinada sobre mí en medio de estudios tan poco explorados, tan poco conocidos, y veía ensancharse en lenta graduación aquella deliciosa perspectiva ante mí, aquella larga avenida, espléndida y virgen, a lo largo de la cual debía yo alcanzar al cabo la meta de una sabiduría harto divinamente preciosa para no estar prohibida!

Por eso, ¡Con qué angustioso pesar vi, después de algunos años, mis esperanzas tan bien fundadas abrir las alas juntas y volar lejos! Sin Ligeia, era yo nada más que un niño a tientas en la noche. Sólo su presencia, sus lecturas podían hacer vivamente luminosos los múltiples misterios del transcendentalismo en el cual estábamos sumidos. Privado del radiante esplendor de sus ojos, toda aquella literatura aligera y dorada, se volvía insulsa, de una plúmbea tristeza. Y ahora aquellos ojos iluminaban cada vez con menos

frecuencia las páginas que yo estudiaba al detalle. Ligeia cayó enferma. Los ardientes ojos refulgieron con un brillo demasiado glorioso; los pálidos dedos tomaron el tono de la cera, y las azules venas de su ancha frente latieron impetuosamente vibrantes en la más dulce emoción. Vi que debía ella morir, y luché desesperado en espíritu contra el horrendo Azrael. Y los esfuerzos de aquella apasionada esposa fueron, con asombro mío, aún más enérgicos que los míos. Había mucho en su firme naturaleza que me impresionaba y hacia creer que para ella llegaría la muerte sin sus terrores; pero no fue así. Las palabras son impotentes para dar una idea de la ferocidad de resistencia que ella mostró en su lucha con la Sombra. Gemía yo de angustia ante aquel deplorable espectáculo. Hubiese querido calmarla, hubiera querido razonar; pero en la intensidad de su salvaje deseo de vivir —de vivir; sólo de vivir—, todo consuelo y iodo razonamiento habrían sido el colmo de la locura. Sin embargo, hasta el último instante, en medio de las torturas y de las convulsiones de su firme espíritu, no flaqueó la placidez exterior de su conducta. Su voz se tornaba más dulce —más profunda—, ¡pero yo no quería insistir en el vehemente sentido de aquellas palabras proferidas con tanta calma! Mi cerebro daba vueltas cuando prestaba oído a aquella melodía sobrehumana y a aquellas arrogantes aspiraciones que la Humanidad no había conocido nunca antes.

No podía dudar que me amaba, y me era fácil saber que en un pecho como el suyo el amor no debía de reinar como una pasión ordinaria. Pero sólo con la muerte comprendí toda la fuerza de su afecto. Durante largas horas, reteniendo mi mano, desplegaba ante mí su corazón rebosante, cuya devoción más que apasionada llegaba a la idolatría. ¿Cómo podía yo merecer la beatitud de tales confesiones? ¿Cómo podía yo merecer estar condenado hasta el punto de que mi amada me fuese arrebatada con la hora de mayor felicidad? Pero no puedo extenderme sobre este tema. Diré únicamente que en la entrega más que femenina de Ligeia a un amor, ¡ay!, no merecido, otorgado a un hombre indigno de él, reconocí por fin el principio de su ardiente, de su vehemente y serio deseo de vivir aquella vida que huía ahora con tal rapidez. Y es ese ardor desordenado, esa vehemencia en su deseo de vivir —sólo de vivir—, lo que no tengo vigor para describir, lo que me siento por completo incapaz de expresar.

A una hora avanzada de la noche en que ella murió, me llamó perentoriamente a su lado, y me hizo repetir ciertos versos compuestos por ella pocos días antes. La obedecí. Son los siguientes:

*¡Mirad! ¡Esta es noche de gala
después de los postreros años tristes!
Una multitud de ángeles aligeros, ornados
de velos, y anegados en lágrimas,
siéntase en un teatro, para ver*

*un drama de miedos y esperanzas,
mientras la orquesta exhala, a ratos,
la música de los astros.*

*Mimos, a semejanza del Altísimo,
murmuran y rezongan quedamente,
volando de un lado para otro;
meros muñecos que van y vienen
a la orden de grandes seres informes
que trasladan la escena aquí y allá,
¡sacudiendo con sus alas de cóndor
el Dolor invisible!*

*¡Qué abigarrado drama! ¡Oh, sin duda,
jamás será olvidado!*

*Con su Fantasma, sin cesar acosado,
por un gentío que apresarle no puede,
en un circulo que gira eternamente
sobre sí propio y en el mismo sitio;
¡muchas Locura, más Pecado aún
y el Horror, son alma de la trama!*

*Pero mirad: ¡entre la chusma mímica
una forma rastrera se entremete!*

*¡Una cosa roja de sangre que llega retorciéndose
de la soledad escénica!*

*¡Se retuerce y retuerce! Con jadeos mortales
los mimos son ahora su pasto,
los serafines lloran viendo los dientes del gusano
chorrear sangre humana.*

*¡Fuera, fuera todas las luces!
Y sobre cada forma trémula,*

*el telón cual paño fúnebre,
baja con tempestuoso ímpetu...

Los ángeles, pálidos todos, lívidos,
se levantan, descúbranse, afirma
que la obra es la tragedia Hombre,
y su héroe, el Gusano triunfante.*

—¡Oh Dios mío! —gritó casi Ligeia, alzándose de puntillas y extendiendo sus brazos hacia lo alto con un movimiento espasmódico, cuando acabé de recitar estos versos—. ¡Oh Dios mío! ¡Oh Padre Divino! ¿Sucederán estas cosas irremisiblemente? ¿No será nunca vencido ese conquistador? ¿No somos nosotros una parte y una parcela de Ti? ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su vigor? El hombre no se rinde a los ángeles *ni a la muerte por completo*, salvo por la flaqueza de su débil voluntad.

Y entonces, como agotada por la emoción, dejó caer sus blancos brazos con resignación, y volvió solemnemente a su lecho de muerte. Y cuando exhalaba sus postreros suspiros se mezcló a ellos desde sus labios un murmullo confuso. Agucé el oído y distinguí de nuevo las terminantes palabras del pasaje de Glanvill: "El hombre no se rinde a los ángeles ni por entero a la muerte, salvo por la flaqueza de su débil voluntad."

Ella murió; y yo, pulverizado por el dolor, no pude soportar más tiempo la solitaria desolación de mi casa en la sombría y ruinosa ciudad junto al Rin. No carecía yo de eso que el mundo llama riqueza. Ligeia me había aportado más; mucho más de lo que corresponde comúnmente a la suerte de los mortales. Por eso, después de unos meses perdidos en vagabundeo sin objeto, adquirí y me encerré en una especie de retiro, una abadía cuyo nombre no diré, en una de las regiones más selváticas y menos frecuentadas de la bella Inglaterra.

La sombría y triste grandeza del edificio, el aspecto casi salvaje de la posesión, los melancólicos y venerables recuerdos que con ella se relacionaban, estaban, en verdad, al unísono con el sentimiento de total abandono que me había desterrado a aquella distante y solitaria región del país. Sin embargo, aunque dejando a la parte exterior de la abadía su carácter primitivo y la verdeante vetustez que tapizaba sus muros, me dediqué con una perversidad infantil, y quizá con la débil esperanza de aliviar mis penas; a desplegar por dentro magnificencias más que regias. Desde la infancia sentía yo una gran inclinación por tales locuras, y ahora volvían a mí como en una chochez del dolor. (Ay, siento que se hubiera podido descubrir un comienzo de locura en aquellos sumptuosos y fantásticos cortinajes, en aquellas solemnes esculturas egipcias, en aquellas cornisas y muebles raros, en los *¡extravagantes ejemplares* de aquellos tapices

granjeados de oro! Me había convertido en un esclavo forzado de las ataduras del opio, y todos mis trabajos y mis planes habían tomado el color de mis sueños. Pero no me detendré en detallar aquellos absurdos. Hablaré sólo de aquella estancia maldita para siempre, donde en un momento de enajenación mental conduje al altar y tomé por esposa —como sucesora de la inolvidable Ligeia— a Lady Rowena Trevanion de Tremaine, de rubios cabellos y ojos azules.

No hay una sola parte de la arquitectura y del decorado de aquella estancia nupcial que no aparezca ahora visible ante mí. ¿Dónde tenía la cabeza la altiva familia de la prometida para permitir, impulsada por la sed de oro, a una joven tan querida que franqueara el umbral de una estancia adornada *así*? Ya he dicho que recuerdo minuciosamente los detalles de aquella estancia, aunque olvide tantas otras cosas de aquel extraño periodo; y el caso es que no había, en aquel lujo fantástico, sistema que pudiera imponerse a la memoria. La habitación estaba situada en una alta torre de aquella abadía, construida como un castillo; era de forma pentagonal y muy espaciosa. Todo el lado sur del pentágono estaba ocupado por una sola ventana —una inmensa superficie hecha de una luna entera de Venecia, de un tono oscuro—, de modo que los rayos del sol o de la luna que la atravesaban, proyectaban sobre los objetos interiores una luz lúgubre. Por encima de aquella enorme ventana se extendía el enrejado de una añosa parra que trepaba por los muros macizos de la torre. El techo, de roble que parecía negro, era excesivamente alto, abovedado y curiosamente labrado con las más extrañas y grotescas muestras de un estilo semigótico y semidruídico. En la parte central más escondida de aquella melancólica bóveda colgaba, a modo de lámpara de una sola cadena de oro con largos anillos, un gran incensario del mismo metal, de estilo árabe, y con muchos calados caprichosos, a través de los cuales corrían y se retorcían con la vitalidad de una serpiente una serie continua de luces policromas.

Unas otomanas y algunos candelabros dorados, de forma oriental, se hallaban diseminados alrededor; y estaba también el lecho —el lecho nupcial— de estilo indio, bajo y labrado en recio ébano, coronado por un dosel parecido a un paño fúnebre. En cada uno de los ángulos de la estancia se alzaba un gigantesco sarcófago de granito negro, copiado de las tumbas de los reyes frente a Luxor, con su antigua tapa cubierta toda de relieves inmemoriales. Pero era en el tapizado de la estancia, jay!, donde se desplegaba la mayor fantasía. Los muros, altísimos —de una altura gigantesca, más allá de toda proporción—, estaban tendidos de arriba abajo de un tapiz de aspecto pesado y macizo, tapiz hecho de la misma materia que la alfombra del suelo, y de la que se veía en las otomanas, en el lecho de ébano, en el dosel de éste y con las suntuosas cortinas que ocultaban parcialmente la ventana. Aquella materia era un tejido de oro de los más ricos. Estaba moteado, en espacios irregulares, de figuras arabescas, de un pie de diámetro, aproximadamente, que hacían resaltar sobre el fondo sus dibujos de un negro de azabache. Pero aquellas figuras no participaban del verdadero carácter del arabesco más que cuando se las examinaba desde un solo punto de vista. Por un procedimiento

hoy muy corriente, y cuyos indicios se encuentran en la más remota antigüedad, estaban hechas de manera que cambiaban de aspecto. Para quien entrase en la estancia, tomaban la apariencia de simples monstruosidades; pero, cuando se avanzaba después, aquella apariencia desaparecía gradualmente, y paso a paso el visitante, variando de sitio en la habitación, se veía rodeado de una procesión continua de formas espantosas, como las nacidas de la superstición de los normandos o como las que se alzan en los sueños pecadores de los frailes. El efecto fantasmagórico aumentaba en gran parte por la introducción artificial de una fuerte corriente de aire detrás de los tapices, que daba al conjunto una horrenda e inquietante animación.

Tal era la mansión, tal era la estancia nupcial en donde pasé, con la dama de Tremaine, las horas impías del primer mes de nuestro casamiento, y las pasé con una leve inquietud. Que mi esposa temiese las furiosas extravagancias de mi carácter, que me huyese y me amase apenas, no podía yo dejar de notarlo; pero aquello casi me complacía. La odiaba con un odio más propio del demonio que del hombre. Mi memoria se volvía (*joh, con qué intensidad de dolor!*) hacia Ligeia, la amada, la augusta, la bella, la sepultada. Gozaba recordando su pureza, su sabiduría, su elevada y etérea naturaleza, su apasionado e idólatra amor. Ahora mi espíritu ardía plena y libremente con una llama más ardiente que la suya propia. Con la excitación de mis sueños de opio (pues estaba apresado de ordinario por las cadenas de la droga), gritaba su nombre con el silencio de la noche, o durante el día en los retiros escondidos de los valles, como si con la energía salvaje, la pasión solemne, el ardor devorador de mi ansia por la desaparecida, pudiese yo volverla a los caminos de esta tierra que había ella abandonado —*jah!, ¿era posible?*— para siempre.

A principios del segundo mes de matrimonio, Lady Rowena fue atacada de una dolencia repentina, de la que se repuso lentamente. La fiebre que la consumía hacia sus noches penosas, y en la inquietud de un semisopor, hablaba de ruidos y de movimientos que se producían con un lado y en otro de la torre, y que atribuía yo al trastorno de su imaginación o acaso a las influencias fantasmagóricas de la propia estancia. Al cabo entró en convalecencia, y por último, se restableció. Aun así, no había transcurrido más que un breve periodo de tiempo, cuando un segundo y más violento ataque la volvió a llevar al lecho del dolor, y de aquel ataque no se restableció nunca del todo su constitución, que había sido siempre débil. Su dolencia tuvo desde esa época un carácter alarmante y unas recaídas más alarmantes aún que desafiaban toda ciencia y los denodados esfuerzos de sus médicos. A medida que se agravaba aquel mal crónico, que desde entonces, sin duda, se había apoderado por demás de su constitución para ser factible que lo arrancasen medios humanos, no pude impedirme de observar una imitación nerviosa creciente y una excitabilidad en su temperamento por las causas más triviales de miedo. Volvió ella a hablar, y ahora, con mayor frecuencia e insistencia, de ruidos —de ligeros ruidos— y de movimientos insólitos en los tapices, a los que había ya aludido.

Una noche, hacia fines de septiembre, me llamó la atención sobre aquel tema angustioso en un tono más desusado que de costumbre. Acababa ella de despertarse de un sueño inquieto, y había yo espiado, con un sentimiento medio de ansiedad, medio de vago terror, las muecas de su demacrado rostro. Me hallaba sentado junto al lecho de ébano en una de las otomanas indias. Se incorporó ella a medias y habló en un excitado murmullo de ruidos que *entonces* oía, pero que yo no podía oír, y de movimientos que *entonces* veía, aunque yo no los percibiese. El viento corría veloz por detrás de los tapices, y me dediqué a demostrarle (lo cual debo confesar que no podía yo creerlo *del todo*) que aquellos rumores apenas articulados y aquellos cambios casi imperceptibles en las figuras de la pared eran tan sólo los efectos naturales de la corriente de aire habitual. Pero una palidez mortal que se difundió por su cara probó que mis esfuerzos por tranquilizarla eran inútiles. Pareció desmayarse, y no tenía yo cerca criados a quienes llamar. Recordé el sitio donde estaba colocada una botella de un vino suave, recetado por los médicos, y crucé, presuroso, por la estancia para cogerla. Pero al pasar bajo la luz del incensario, dos detalles de una naturaleza impresionante atrajeron mi atención. Había yo sentido algo palpable, aunque invisible, que pasaba cerca de mi persona, y vi sobre el tapiz de oro, en el centro mismo de la viva luz que proyectaba el innecesario, una sombra, una débil e indefinida sombra de angelical aspecto, tal como se puede imaginar la sombra de una forma. Pero como estaba yo vivamente excitado por una dosis excesiva de opio, no concedí más que una leve importancia a aquellas cosas ni hablé de ellas a Rowena. Encontré el vino, crucé de nuevo la habitación y llené un vaso que acerqué a los labios de mi desmayada mujer. Entretanto, se había repuesto en parte, y cogió ella misma el vaso, mientras me dejaba yo caer sobre una otomana cerca del lecho, con los ojos fijos en su persona. Fue entonces cuando oí claramente un ligero rumor de pasos sobre la alfombra junto al lecho, y un segundo después, cuando Rowena hacia ademán de alzar el vino hasta sus labios, vi o pude haber soñado que veía caer dentro del vaso, como de alguna fuente invisible que estuviera en el aire de la estancia, tres o cuatro anchas gotas de un líquido brillante color rubí. Si yo lo vi, Rowena no lo vio. Bebió el vino sin vacilar, y me guardé bien de hablarle de aquel incidente que tenía yo que considerar, después de todo, como sugerido por una imaginación sobreexcitada a la que hacían morbosamente activa el terror de mi mujer, el opio y la hora.

A pesar de todo, no pude ocultar a mi propia percepción que, inmediatamente después de la caída de las gotas color rubí, un rápido cambio —pero a un estado peor— tuvo lugar en la enfermedad de mi esposa; de tal modo, que a la tercera noche, las manos de sus servidores la preparaban para la tumba, y la cuarta estaba yo sentado solo, ante el cuerpo de ella envuelto en un sudario, en aquella fantástica estancia que la había recibido como a mi esposa. Extrañas visiones, engendradas por el opio, revoloteaban como sombras ante mí. Miraba con ojos inquietos los sarcófagos en los ángulos de la estancia, las figuras cambiantes de los tapices y las luces serpentinas y policromas del incensario, sobre mi cabeza. Mis ojos cayeron entonces, cuando intentaba recordar los

incidentes de la noche anterior, en aquel sitio, bajo la claridad del incensario, donde había yo visto las huellas ligeras de la sombra. Sin embargo, ya no estaba allí, y respirando con gran alivio, volví la mirada a la pálida y rígida figura tendida sobre el lecho. Entonces se precipitaron sobre mí los mil recuerdos de Ligeia, y luego reflujo hacia mi corazón con la violenta turbulencia de un oleaje todo aquel indecible dolor con que la *había* contemplado amortajada. La noche iba pasando, y siempre con el pecho henchido de amargos pensamientos de ella, de mi solo y único amor, permanecí con los ojos fijos en el cuerpo de Rowena.

Sería medianoche o tal vez más temprano, pues no había tenido yo en cuenta el tiempo, cuando un sollozo quedó, ligero, pero muy claro, me despertó, sobresaltado, de mi ensueño. *Sentí* que venía del lecho de ébano, el lecho de muerte. Escuché con la angustia de un terror supersticioso, pero no se repitió aquel ruido. Forcé mi vista para descubrir un movimiento cualquiera en el cadáver, pero no se oyó nada. Con todo, no podía haberme equivocado. *Había* yo oído el ruido, siquiera ligero, y mi alma estaba muy despierta en mí. Mantuve resuelta y tenazmente concentrada mi atención sobre el cuerpo. Pasaron varios minutos antes de que ocurriese algún incidente que proyectase luz sobre el misterio. Por último resultó evidente que una coloración leve y muy débil, apenas perceptible, teñía de rosa y se difundía por las mejillas y por las sutiles venas de sus párpados. Aniquilado por una especie de terror y de horror indecibles, para los cuales no posee el lenguaje humano una expresión lo suficientemente energética, sentí que mi corazón se paralizaba y que mis miembros se ponían rígidos sobre mi asiento. No obstante, el sentimiento del deber me devolvió, por último, el dominio de mí mismo. No podía dudar ya por más tiempo que habíamos efectuado prematuros preparativos fúnebres, ya que Rowena vivía aún. Era necesario realizar desde luego alguna tentativa; pero la torre estaba completamente separada del ala de la abadía ocupada por la servidumbre, no había cerca ningún criado al que pudiera llamar ni tenía yo manera de pedir auxilio, como no abandonase la estancia durante unos minutos, a lo cual no podía arriesgarme. Luché, pues, solo, haciendo esfuerzos por reanimar aquel espíritu todavía en suspenso. A la postre, en un breve lapso de tiempo, hubo una recaída evidente; desapareció el color de los párpados y de las mejillas, dejando una palidez más que marmórea; los labios se apretaron con doble fuerza y se contrajeron con la expresión lívida de la muerte; una frialdad y una viscosidad repulsiva cubrieron en seguida la superficie del cuerpo, y la habitual rigidez cadavérica sobrevino al punto. Me dejé caer, trémulo, sobre el canapé del que había sido arrancado tan de súbito, y me abandoné de nuevo, trasoñando, a mis apasionadas visiones de Ligeia.

Una hora transcurrió así, cuando (¿sería posible?) percibí por segunda vez un ruido vago que venía de la parte del lecho. Escuché, en el colmo del horror. El ruido se repitió; era un suspiro. Precipitándome hacia el cadáver, vi —vi con toda claridad— un temblor sobre los labios. Un minuto después se abrieron, descubriendo una brillante hilera de dientes perlinos. El asombro luchó entonces en mi pecho con el profundo terror que

hasta ahora lo había dominado. Sentí que mi vista se oscurecía, que mi razón se extraviaba, y gracias únicamente a un violento esfuerzo, recobré al fin valor para cumplir la tarea que el deber volvía a imponerme. Había ahora un color cálido sobre la frente, sobre las mejillas y sobre la garganta; un calor perceptible invadía todo el cuerpo, e incluso el corazón tenía un leve latido. Mi mujer *vivía*. Con un ardor redoblado, me dediqué a la tarea de resucitarla; froté y golpeé las sienes y las manos, y utilicé todos los procedimientos que me sugirieron la experiencia y numerosas lecturas médicas. Pero fue en vano. De repente el color desapareció, cesaron los latidos, los labios volvieron a adquirir la expresión de la muerte, y un instante después, el cuerpo entero recobró su frialdad de hielo, aquel tono lívido, su intensa rigidez, su contorno hundido, y todas las horribles peculiaridades de lo que ha permanecido durante varios días en la tumba.

Y me sumí otra vez en las visiones de Ligeia, y otra vez (¿cómo asombrarse de que me estremezca mientras escribo?), otra vez llegó a mis oídos un sollozo sofocado desde el lecho de ébano. Pero (¿para qué detallar con minuciosidad los horrores indecibles de aquella noche? ¿Para qué detenerme en relatar ahora cómo, una vez tras otra, casi hasta que despuntó el alba, el horrible drama de la resurrección se repitió, cómo cada aterradora recaída se transformaba tan sólo en una muerte más rígida y más irremediable, cómo cada angustia tomaba el aspecto de una lucha con un adversario invisible, y cómo ahora cada lucha era seguida por no sé qué extraña alteración en la apariencia del cadáver? Me apresuraré a terminar.

La mayor parte de la espantosa noche había pasado, y la que estaba muerta se movió de nuevo, al presente con más vigor que nunca, aunque despertándose de una disolución más aterradora y más totalmente irreparable que ninguna. Había yo, desde hacia largo rato, interrumpido la lucha y el movimiento y permanecía sentado rígido sobre la otomana, presa impotente de un torbellino de violentas emociones, de las cuales la menos terrible quizá, la menos aniquilante, constituía un supremo espanto. El cadáver, repito, se movía, y al presente con más vigor que antes. Los colores de la vida se difundían con una inusitada energía por la cara, se distendían los miembros, y salvo que los párpados seguían apretados fuertemente, y que los vendajes y los tapices comunicaban aun a la figura su carácter sepulcral, habría yo soñado que Rowena se libertaba por completo de las cadenas de la Muerte. Pero si no acepté esta idea por entero, desde entonces no pude ya dudar por más tiempo, cuando, levantándose del lecho, vacilante, con débiles pasos, a la manera de una persona aturdida por un sueño, la forma que estaba amortajada avanzó osada y palpablemente hasta el centro de la estancia.

No temblé, no me moví, pues una multitud de fantasías indecibles, relacionadas con el aire, la estatura, el porte de la figura, se precipitaron velozmente en mi cerebro, me paralizaron, me petrificaron. No me movía, sino que contemplaba con fijeza la aparición. Había en mis pensamientos un desorden loco, un tumulto inaplacable. ¿Podía ser de veras la Rowena *viva* quién estaba frente a mí? ¿Podía ser *de veras* Rowena en

absoluto, la de los cabellos rubios y los ojos azules, Lady Rowena Trevanion de Tremaine? ¿Por qué, si, *por qué* lo dudaba yo? El vendaje apretaba mucho la boca; pero ¿entonces podía no ser aquella la boca respirante de Lady de Tremaine? Y las mejillas eran las mejillas rosadas como en el mediodía de su vida; si, aquéllas eran de veras las lindas mejillas de Lady de Tremaine, viva. Y el mentón, con sus hoyuelos de salud, ¿podían no ser los suyos? Pero *¡había ella crecido desde su enfermedad?* ¿Qué inexpresable demencia se apoderó de mí ante este pensamiento? ¡De un salto estuve a sus pies! Evitando mi contacto, sacudió ella su cabeza, aflojó la tesa mortaja en que estaba envuelta, y entonces se desbordó por el aire agitado de la estancia una masa enorme de largos y despeinados cabellos; *¡eran más negros que las alas del cuervo de medianoche!* Y entonces, la figura que se alzaba ante mí abrió lentamente *los ojos*.

—¡Por fin los veo! —grité con fuerza—. ¿Cómo podía yo nunca haberme equivocado? ¡Estos son los grandes, los negros, los ardientes ojos, de mi amor perdido, de Lady, de Lady Ligeia!.

Como escribir un articulo de Blackwood

How to write a Blackwood article, 1838

"En el nombre del Profeta... higos"

Voces del vendedor de higos Turco

Supongo que todo el mundo ha oído hablar de mí. Mi nombre es Signora Psyche Zenobia. Esto lo sé con seguridad. Sólo mis enemigos me llaman Suky Snobbs. Me han asegurado que Suky es una vulgar corrupción de Psyche, que es una palabra griega que significa "el alma" (esa soy yo, soy toda espíritu), y a veces, "una mariposa", lo que, sin duda, alude al aspecto que tengo con mi nuevo traje de satén carmesí, con el *mantelet* árabe azul cielo y las orlas de *agraffas* verdes, y los siete faralaes de aurículas de color naranja. En cuanto a Snobbs..., cualquier persona que se tomara la molestia de mirarme dos veces se daría cuenta de que mi nombre no es Snobbs. Miss Tabitha Turnip propagó ese rumor, movida por pura envidia. ¡Precisamente Tabitha Turnip! ¡La pobre infeliz! Pero ¿qué se podía esperar de un nabo como ella? Me pregunto si conocerá el viejo adagio acerca de "sacar sangre de un nabo", etcétera (recordar: decírselo en la primera ocasión que surja, recordar también tirarle de las narices). ¿Por dónde iba? ¡Ah! Me han asegurado que Snobbs no es más que una corrupción de Zenobia, y que Zenobia fue una reina (igual que yo. El Doctor Moneypenny siempre me llama la Reina de Corazones), y que Zenobia, al igual que Psyche, es griego del bueno, y que mi padre era "un griego", y que, en consecuencia, tengo derecho a mi patronímico, que es Zenobia, y no Snobbs. La única que me llama Suky Snobbs es Tabitha Turnip; yo soy la Signora Psyche Zenobia.

Como ya dije antes, todo el mundo ha oido hablar de mí. Yo soy esa Signora Psyche Zenobia, tan justamente célebre como secretaria correspondiente de la "Asociación Singular, Operativa, Moral de Bellas, y Retoños, Oficial de Salmodias Originales, Libros, Odontólogos, Tratados, Estudios, Ditirambos, En, Azote, de la Zafiedad, Universal, Localizada". El Doctor Moneypenny fue el que se inventó el nombre, y dice que lo eligió así porque suena grandioso, como un tonel de ron vacío. (Es un hombre vulgar, que a veces..., pero es un hombre profundo.) Todos ponemos las iniciales de la sociedad detrás de nuestros nombres, como lo hacen los miembros de la R. S. A. (Real Sociedad de las Artes), de la S. D. U. K. (Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles), etcétera, etcétera. El Doctor Moneypenny dice que la "S" viene de rancio, y que "D. U. K." quiere decir pato (lo que no es cierto), y que lo que significa "S. D. U. K. es pato rancio, y no la sociedad de lord Brougham, pero, por otra parte, el doctor Moneypenny es un hombre tan raro, que nunca se sabe seguro cuándo está diciendo la verdad. En cualquier caso, siempre añadimos al final de nuestros nombres de las siglas A. S. O. M. B. R. O. S. O. L. O. T. E.

D. E. A. Z. U. L. Es decir, "Asociación Singular Operativa, Moral, de Bellas, y Retoños, Oficial, de Salmodias Originales, Libros, Odontólogos, Tratados, Estudios, Ditirambos, En Azote, de la Zafiedad, Universal, Localizada", una letra por cada palabra, lo que introduce una clara mejora con respecto a Lord Brougham. El Dr. Moneypenny insiste en que las iniciales son toda una definición de nuestro verdadero carácter, pero que me aspen si sé a lo que se refiere.

A pesar de los buenos oficios del doctor y de los enormes esfuerzos que hizo la asociación para hacerse notar, no tuvo un gran éxito hasta que yo me uní a ella. La verdad es que los miembros utilizaban un tono excesivamente frívolo en sus discusiones. Los papeles que se leían todos los sábados por la tarde se caracterizaban más por su estupidez que por su profundidad. No eran más que un revoltijo de sílabas. No existía ninguna investigación acerca de las causas primeras, de los primeros principios. De hecho, no existía investigación alguna acerca de nada. No se prestaba ninguna atención al grandioso aspecto de la "Adecuación de las Cosas". En pocas palabras, no había nadie que escribiera cosas tan bonitas como éstas. Era todo de bajo nivel, ¡mucho! Carecía de profundidad, de erudición, de metafísica, no había nada de lo que los eruditos llaman espiritualidad, y que los incultos han decidido estigmatizar llamándolo jerga. (El doctor M. dice que "Jerga" se escribe con "j" mayúscula, pero yo sé lo que me hago.)

Cuando me uní a la sociedad, mi propósito era introducir un mejor estilo tanto en el pensamiento como en los escritos, y todo el mundo sabe hasta qué punto he tenido éxito. Conseguimos ahora tan buenas publicaciones en la A. S. O. M. B. R. O. S. O. L. O. T. E. D. E. A. Z. U. L. como se puedan encontrar incluso en *Blackwood*. Digo *Blackwood*, porque me han asegurado que la mejor literatura sobre cualquier tema es la que aparece en las páginas de la tan Justamente celebrada revista. La utilizamos ahora como modelo para todos nuestros temas, y, en consecuencia, estamos consiguiendo una gran notoriedad a gran velocidad. Y, después de todo, tampoco es tan difícil componer un artículo con el sello de *Blackwood*, siempre y cuando uno se tome la cuestión con seriedad. Por supuesto, que no me refiero a los artículos políticos. Todo el mundo sabe cómo se hacen éstos, desde que el doctor Moneypenny nos lo explicó. El señor Blackwood tiene unas tijeras de sastre y tres aprendices a sus órdenes. Uno de ellos le alcanza el *Times*, otro el *Examiner*, y el tercero el "Nuevo compendio de Argot Moderno de Gulley". El señor B. se limita a cortar y entremezclar. Eso queda hecho rápidamente. Todo consiste en mezclar un poco del *Examiner*, "Argot Moderno" y el *Times*, después otro poquito del *Times*, "Argot Moderno" y del *Examiner*, y después del *Times*, el *Examiner* y "Argot Moderno".

Pero el mérito fundamental de la revista radica en la variedad de sus artículos; y de, entre éstos, los mejores vienen bajo el encabezamiento de lo que el señor Moneypenny llama las "Bizarrierías" (lo que quiera que pueda significar eso), y el resto de la gente llama las intensidades. Este es un tipo de literatura que aprendí a apreciar hace largo

tiempo, aunque sólo a raíz de mi última visita al señor Blackwood (como representante de la sociedad) he llegado a conocer el método exacto de su creación. El método es muy sencillo, aunque no tanto como el de los artículos políticos. Cuando llegué a ver al señor B., y una vez que le hice saber los deseos de la Sociedad, me recibió con gran cortesía, llevándome a su estudio y dándome una clara explicación de la totalidad del proceso.

—Mi querida señora —dijo él, evidentemente impresionado por mi aspecto majestuoso, ya que llevaba puesto el traje de satén carmesí, con las *agraffas* verdes y las *aurículas* de color naranja.

—Mi querida señora —dijo él—, siéntese. La cuestión parece ser ésta: en primer lugar, su escritor de intensidades debe utilizar una tinta muy negra, y una pluma muy grande, con un plumín muy romo. ¡Y fíjese usted bien, mis psyche Zenobia! —continuó, —después de una pausa, con gran energía y solemnidad— ¡Fíjese usted bien! ¡*Esa pluma jamás-debe-ser-arregla-da!* Ahí, madame, está el secreto, el alma de la intensidad. Yo me atrevo a decir que ni un solo individuo, por muy genial que haya sido, ha escrito jamás con una buena pluma, entiéndame usted, un buen artículo. Puede usted partir del supuesto que cuando un manuscrito se puede leer, no vale la pena leerlo. Este es el principio guía de nuestra fe, y si no está usted de acuerdo con él, habremos de dar por terminada nuestra entrevista.

Hizo una pausa. Pero como yo, por supuesto, no tenía ningún deseo de dar por terminada la entrevista, acepté aquella proposición tan evidente, que era además una verdad de la que había sido consciente desde siempre. Él pareció satisfecho y siguió con su perorata.

—Puede parecer pedante por mi parte, Miss Psyche Zenobia, el recomendarle un artículo, o una serie de artículos a guisa de modelo o materia de estudio, y aún así, no obstante, tal vez fuera lo mejor que le señalara unos cuantos casos. Veamos. Estaba el “muerto viviente”, ¡algo fantástico! Era el relato de las sensaciones de un caballero que había sido enterrado antes de que la vida hubiera abandonado su cuerpo... Estaba repleta de buen gusto, terror, sentimiento, metafísica y erudición. Hubiera uno jurado que su autor había nacido y había sido criado en el interior de un ataúd. También tuvimos las “Confesiones de un comedor de Opio” ¡Espléndido, realmente espléndido! una imaginación gloriosa, filosofía profunda, agudas especulaciones, abundancia de fuego y de furia, todo bien sazonado con toques de lo ininteligible. Aquello era una cháchara de la buena, y la gente se la tragó encantada. Tenían la impresión de que Coleridge era el autor, pero no era así. Fue creado por mi babuino preferido, Juniper, con la ayuda de una Jarra de Hollands con agua, “caliente y sin azúcar”. (Esto me hubiera costado trabajo creerlo si me lo hubiera contado una persona que no fuera el señor Blackwood, que me aseguró que era cierto.) Estaba también “El Experimentalista Involuntario”, que trataba de un caballero que fue asado en un homo, y salió vivo y en buen estado, si bien, desde luego, muy hecho. Estaba también “el Diario de un Doctor Extinto”, cuyo mérito radicaba en la presencia de magníficos disparates y una

indiscriminada utilización del griego, ambos muy del gusto del público. También estaba “El hombre de la campana”, que, dicho sea de paso, Miss Zenobia, es una obra que no puedo dejar de recomendar a su atención. Es la historia de una persona joven, que se queda dormida bajo el badajo de la campana de una iglesia, y es despertada por el sonar de la campana tocando a funeral. El sonido le vuelve loco, y, en consecuencia, saca su cuadernito y nos describe sus sensaciones. Después de todo, lo fundamental son las sensaciones, que supondrán para usted diez guineas la página. Si desea usted escribir con fuerza, Miss Zenobia, preste minuciosa atención a las sensaciones.

—Eso mismo haré, Mr. Blackwood —dije yo.

—¡Magnífico! —replicó—. Ya veo que es usted un discípulo de los que a mí me gustan. Pero debo ponerla *au fait* en conocimiento de los detalles necesarios para la composición de lo que podríamos llamar un genuino artículo de Blackwood con el sello de lo sensacional, del tipo que supongo que usted comprenderá que considero el ideal bajo cualquier circunstancia.

—El primer requisito a cumplir es el meterse uno en una situación en la que nadie haya estado antes. El homo, por ejemplo... ese fue un verdadero éxito. Pero si no tiene usted a mano un horno, o una campana grande, y si no le resulta cómodo caerse desde un globo, o que se le trague la tierra en un terremoto, o quedarse atascada en una chimenea, tendrá que conformarse con imaginarse una situación semejante. Yo preferiría, no obstante, que viviera usted la experiencia en cuestión. Nada ayuda tanto a la imaginación como un conocimiento experimental del asunto a tratar. “La verdad es extraña”, sabe usted, “más extraña que la ficción”, aparte de ser mucho más apropiada.

Al llegar aquí le aseguré que tenía un magnífico par de ligas, y que pensaba colgarme de ellas en la primera oportunidad.

—¡Espléndido! —replicó él—, hágalo; aunque ahorcarse está ya algo visto. Tal vez pueda usted hacer algo mejor. Tómese una buena dosis de pildoras de Brandreth, y después venga a explicarnos sus sensaciones. No obstante, mis instrucciones se aplican exactamente igual a cualquier caso de desgracia o accidente, y es perfectamente fácil que antes de llegar a su casa, le golpeen en la cabeza, le atropelle un autobús o le muerda un perro rabioso, o se ahogue en una alcantarilla. Pero continuemos con lo que íbamos diciendo.

—Una vez decidido el tema, debe usted tomar en consideración el tono o estilo de su narración. Existe, por supuesto, el tono didáctico, el tono entusiasta, el tono natural, todos suficientemente conocidos. Pero también está el tono lacónico, o seco, que se ha puesto de moda últimamente. Consiste en escribir con frases cortas. Algo como esto: Nunca se es demasiado breve. Nunca, demasiado mordaz. Siempre, un punto. Jamás, un párrafo.

—También está el tono elevado, difuso e interjectivo. Algunos de nuestros mejores novelistas son adictos a este estilo. Todas las palabras deben ser como un torbellino, como una peonza sonora, y sonar de forma muy parecida, lo que suple muy bien la falta

de significado. Este es el mejor estilo que se debe adoptar cuando el escritor tiene demasiada prisa para pensar.

—También es bueno el tono metafísico. Si conoce usted palabras ampulosas, ahora es el momento de utilizarlas. Hable de las escuelas Jónica y Eleática, de Architas, Gorgias y Alcmaeon. Diga algo acerca de lo subjetivo y de lo objetivo. Insulte, por supuesto, a un hombre llamado Locke. Desdeñe usted todo en general, y si algún día se le escapa algo un poco demasiado absurdo, no tiene porqué tomarse la molestia de borrarlo, añada simplemente una nota a pie de página, diciendo que está usted en deuda por la profunda observación citada arriba con la "*Kritik der reinem Vernunft*", o con "*Metaphysische Anfangsgründe der Naturwissenschaft*". Esto le hará parecer erudita y... y... sincera.

—Hay varios otros tonos igualmente célebres, pero mencionaré tan sólo dos más, el tono trascendental y el tono heterogéneo. En el primero, todo consiste en ver la naturaleza de las cosas con mucha más profundidad que ninguna otra persona. Esta especie de don del tercer ojo resulta muy eficaz cuando se aborda adecuadamente. Leer un poco el *Dial* le ayudará a usted mucho. Evite usted en este caso las palabras altisonantes. Utilícelas lo más pequeñas posible y escríbalas al revés. Ojee los poemas de Channing y cite lo que dice acerca de un "pequeño hombrecillo gordo con una engañosa demostración de Can". Introduzca algo acerca de la Unidad Suprema. No diga ni una sola palabra acerca de la Dualidad Infernal. Sobre todo, trabaje con insinuaciones. Insinúelo todo, no afirme nada. Si tuviera usted el deseo de escribir "pan y mantequilla", no se le ocurra hacerlo de una forma directa. Puede usted decir todo lo que se aproxime al "pan y mantequilla". Puede hacer insinuaciones "acerca del pastel de trigo negro, e incluso puede usted llegar a hacer insinuaciones acerca del porridge, pero si lo que quiere usted decir de verdad es pan y mantequilla, sea usted prudente, mi querida Miss Psyche, y bajo ningún concepto se le ocurra a usted decir "pan y mantequilla".

Le aseguré que jamás lo liaría en toda mi vida. Me besó y continuó hablando:

—En cuanto al tono heterogéneo, no es más que una juiciosa mezcla, a partes iguales, de todos los demás tonos del mundo, y consiste, por lo tanto, en una mezcla de todo lo profundo, extraño, grandioso, picante, pertinente y bonito.

—Supongamos entonces que usted ya ha decidido el tema y el tono a utilizar. La parte más importante, de hecho, el alma de la cuestión, está aún por hacerse. Me refiero al relleno. No es lógico suponer que una Dama, ni tampoco un caballero, si a eso vamos, haya llevado la vida de un ratón de biblioteca. Y, no obstante y por encima de todo, es necesario que el artículo tenga un aire de erudición, o al menos pueda ofrecer pruebas de que su autor ha leído mucho. Ahora le explicaré cómo hay que hacer para lograr ese aire. ¡Fíjese! —dijo, sacando tres o cuatro volúmenes de aspecto ordinario y abriéndolos al azar—. Echando un vistazo a casi cualquier libro del mundo, podrá usted percibir de inmediato la existencia de pequeñas muestras de cultura o *bel-esprit-ismo*, que son

precisamente lo que hace falta para sazonar adecuadamente un artículo modelo Blackwood. Podría usted ir apuntando unos cuantos, según se los voy leyendo. Voy a hacer dos divisiones: en primer lugar, *Hechos Picantes para la Elaboración de Símiles*, y, en segundo lugar. *Expresiones Picantes para Ser Introducidas Cuando la Ocasión lo Requiera*. ¡Ahora escriba!

Y yo escribí lo que él dictaba.

HECHOS PICANTES PARA HACER SÍMILES.— “Originalmente, no había más que tres musas, Melete, Mneme, Aoede: meditación, memoria y canto”. Puede usted sacar mucho partido de ese pequeño hecho si lo utiliza adecuadamente. Debe saber que no es un hecho demasiado conocido, y parece *recherché*. Debe usted poner mucha atención en ofrecer el dato con un aire de total improvisación.

—Otra cosa. “El río Alpheus pasaba por debajo del mar, y resurgía sin que hubiera sufrido merma la pureza de sus aguas.” Un tanto manido, sin duda, pero si se adorna y se presenta adecuadamente, parecerá más fresco que nunca.

—Aquí hay algo mejor. “El Iris Persa parece poseer para algunas personas un aroma muy fuerte y exquisito, mientras que para otras resulta totalmente carente de olor.” Esto es espléndido, y... ¡muy delicado! Se altera un poco, y puede dar un resultado prodigioso. Vamos a buscar algo más en el terreno de la botánica. Nada da mejor resultado que eso, especialmente con la ayuda de un poco de latín. ¡Escriba!

—“*El Epidendrum Flos Aeris*, de Java. Tiene una flor de extraordinaria belleza, y sobrevive aún cuando ha sido arrancada. Los nativos la cuelgan del techo y disfrutan de su fragancia durante años.” ¡Esto es magnífico! Con esto ya tenemos suficientes Símiles. Procedamos ahora con las Expresiones Picantes.

—EXPRESIONES PICANTES. “La Venerable novela China Ju-kiao-li”. ¡Espléndido! Introduciendo estas pocas palabras con destreza, demostrará usted su íntimo conocimiento de la lengua y literatura chinas. Con la ayuda de esto posiblemente pueda usted arreglárselas sin el árabe, el sánscrito o el chickasaw. No obstante, no se puede uno pasar sin algo de español, latín y griego. Tendré que buscarle algún pequeño ejemplo de cada uno. Cualquier cosa es suficiente, ya que debe usted depender de su ingenio para hacer que encaje en su artículo. ¡Escriba!

—“Aussi tendré que Zaire”, tan tierno como Zaire; francés. Alude a la frecuente repetición de la frase *la tendré Zaire*, en la tragedia francesa que lleva ese nombre. Adecuadamente introducida demostrará no sólo su conocimiento de esta lengua, sino también la amplitud de sus lecturas y de su ingenio. Puede usted decir, por ejemplo, que el pollo que estaba comiendo (escriba un artículo acerca de cómo estuvo a punto de asfixiarse por culpa de un hueso de pollo) no resultaba del todo *aussi tendré que Zaire*. ¡Escriba!

Ven muerte tan escondida,

Que no te sienta venir

Porque el placer de morir

No me tolle a dar la vida²³

—Eso es español, de Miguel de Cervantes. Esto puede usted meterlo muy à propos, cuando esté usted en los últimos espasmos de la agonía por culpa del hueso de pollo. ¡Escriba!

“Il Pover’ huomo che non se’n era accorto,

Andava combattendo, e era morto”

Esto, como sin duda habrá notado, es italiano, de Ariosto. Significa que un gran héroe, en el ardor del combate, sin darse cuenta de que estaba muerto, seguía luchando, muerto como estaba. La aplicación de esto a su propio caso es evidente, ya que espero, Miss Psyche, que dejará usted pasar al menos una hora y media antes de morir ahogada por el hueso de pollo. ¡Escriba, por favor!

“Und sterb’, ish doch, so sterb’ich denn

Durch sie durch sie!”

—Esto es alemán, de Schiller. “Y si muero, al menos muero por ti... ¡por ti!”. Aquí es evidente que se dirige usted a la causa de su desastre, el pollo. De hecho, ¿qué caballero (o si a eso vamos, qué dama) con sentido común no moriría, me gustaría saber, por un capón bien engordado de la raza Molucca, relleno de alcaparras y setas, y servido en una ensaladera con gelatina de naranja *en mosaïques*? ¡Escriba! (Los sirven preparados así en Tortoni’s.) ¡Escriba, hágame el favor!

—Aquí hay una bonita frase en latín, que además es rara (uno no puede ser demasiado *recherché* ni breve al hacer citas en latín, se está haciendo tan vulgar): *ignoratio elenchi*. El ha cometido un *ignoratio elenchi*, es decir, ha comprendido las palabras de lo que ha dicho usted, pero no su contenido. El hombre es un tonto, ¿comprende? Algún pobre idiota al que usted se dirige mientras se ahoga con el hueso de pollo, y que, por lo tanto, no sabe de lo que estaba usted hablando. Tírele a la cara el *ignoratio elenchi*, e instantáneamente le habrá usted aniquilado. Si osa replicar, puede usted hacerle una cita de Lucano (aquí está), que los discursos no son más que *anemonae verborum*, palabras anémona. La anémona, a pesar de sus brillantes colores, carece de olor. O, si empieza a ponerse violento, puede caer sobre él con *insomnio Jovis*, el arroboamiento jupiteriano, una frase que Silius Itálicus (fíjese, aquí) aplica a las ideas pomposas y grandilocuentes. Esto, sin duda, le herirá en lo más vivo. No podrá hacer nada mejor que dejarse caer y morir. ¿Tendría usted la amabilidad de escribir?

—En griego tenemos que buscar algo bonito, por ejemplo, algo de Demóstenes.

Ανερο φενων χατ παχλτν μυχετατ

²³ Esta cita y las sucesivas, vienen en sus idiomas originales respectivos.

Existe una traducción tolerablemente buena de esto en Hudibras.

“Porque aquel que huye puede volver a luchar.

Lo que jamás podría hacer el que ha sido muerto.”

En un artículo *Blackwood*, nada queda tan bien como el griego. Las mismas letras tienen un cierto aire de profundidad. ¡Observe tan sólo, Madame, el aspecto astuto de esa épsilon! ¡Esa “pi” debería, sin duda, ser obispo! ¿Puede haber alguien más listo que esa omicróν? ¡Fíjese en esa tau! En pocas palabras, no hay nada como el griego para un artículo de verdadera sensación. En el caso presente, la aplicación que puede usted hacer dé esto es de lo más evidente. Lance usted la frase, junto con algún terrible juramento y a modo de ultimátum al villano cabezota e inútil, que fue incapaz de comprender lo que le estaba diciendo en relación con el hueso de pollo. Él aceptará la insinuación y se irá, puede usted estar segura.

Estas fueron todas las instrucciones que el Sr. B. pudo darme acerca de aquel tema, pero, en mi opinión, eran más que suficiente. Al cabo de un tiempo, fui capaz de escribir un genuino artículo de *Blackwood*, y decidí seguir haciéndolo a partir de entonces. Al despedirnos, el Sr. B. me propuso comprarme el artículo una vez que lo hubiera escrito, pero como no podía ofrecerme más que cincuenta guineas por hoja, decidí que sería mejor dárselo a nuestra sociedad, antes que sacrificarlo por una suma tan escasa. A pesar de su tacañería, el caballero tuvo todo tipo de consideración conmigo en los demás aspectos, y me trató de hecho con la mayor educación. Sus palabras de despedida se grabaron profundamente en mi corazón, y espero recordarlas siempre con gratitud.

—Mi querida Miss Zenobia— me dijo con los ojos inundados de lágrimas—, ¿existe cualquier otra cosa que pueda yo hacer para favorecer el éxito de su laudable labor? ¡Déjeme reflexionar! Cabe dentro de lo posible que no pueda usted, en un cierto margen de tiempo, a... a... ahogarse, o... asfixiarse con un hueso de pollo, o... o... ahorcarse, o... ser mordida por un... ¡pero espere! Ahora que lo pienso, tenemos un par de espléndidos bulldogs en el patio, unos animales magníficos, se lo aseguro, salvajes y todo eso... de hecho, son justo lo que usted necesita. En cuestión de cinco minutos se la habrán comido entera, con todo y *aurículas* (aquí tiene usted mi reloj), y ¡piense usted tan sólo en las sensaciones! ¡Tom, Peter, aquí! Dick, maldito seas, deja salir a esos —pero como yo realmente tenía mucha prisa, y no podía perder ni un minuto más, tuve, muy para mi disgusto, que acelerar mi partida y, en consecuencia, me despedí inmediatamente, y de una manera algo más brusca de lo que la cortesía recomienda en otras circunstancias.

Mi objetivo fundamental, una vez terminada mi visita al señor *Blackwood*, era el meterme en algún tipo de dificultad inmediatamente, siguiendo sus recomendaciones, y con este propósito pasé la mayor parte del día vagando por Edimburgo, en busca de aventuras desesperadas, aventuras que fueran adecuadas a la intensidad de mis emociones, y que se adaptaran a las ambiciosas características del artículo que había decidido escribir. Durante esta excursión me acompañaba un sirviente negro, Pompey, y

mi perrita faldera, "Diana", a la que había traído conmigo desde Filadelfia. No obstante, no fue hasta bien entrada la tarde cuando, por fin, tuve éxito en mi ardua empresa. Fue entonces cuando ocurrió un importante suceso, cuya sustancia y resultados son los referidos en el artículo de *Blackwood* que sigue.

Una malaventura

A predicament, 1838

*“¿Qué mala fortuna, buena dama, la ha dejado
así de desamparada?”*

COMUS.

Era una tarde quieta y tranquila cuando salí a las calles de la hermosa ciudad de Edina²⁴. La agitación y la confusión que reinaban en las calles eran terribles. Los hombres hablaban. Las mujeres, chillaban. Los niños se asfixiaban. Los cerdos gruñían. Los carros traqueteaban. Los toros bramaban. Los caballos relinchaban. Las vacas mugían. Los gatos maullaban a coro. Los perros bailaban. ¡Bailaban! ¿Sería posible? ¡Bailaban! Lástima, pensé yo, ¡mis días de bailarina acabaron ya! Así pasa siempre. Qué multitud de tristes recuerdos se agolpan de cuando en cuando en la mente del genio y de la imaginación contemplativa, especialmente en la del genio condenado a la incesante, y eterna, y continua, y podríamos decir, la continuada, sí, la continua y continuada, amarga, molesta, preocupante, y si se me permite decirlo, la muy atormentadora presencia de la serena, y divina, y celestial, y exaltante, y elevada, y el purificador efecto de lo que podríamos llamar correctamente la más envidiable, la más verdaderamente envidiable, ¡qué digo!, la más benignamente hermosa, la más delicadamente etérea, y como aquel que dice la más bonita (si se me permite utilizar un término tan atrevido) cosa (pido excusas a mis comprensivos lectores) del mundo, pero siempre me dejo llevar por mis emociones. En tal estado de ánimo, repito, ¡qué multitud de recuerdos se agolpan en nuestra mente bajo la influencia de cualquier bagatela! ¡Los perros bailaban! Yo... ¡yo no podía! Ellos retozaban... yo lloraba. Ellos hacían cabriolas... yo gemía en voz alta. ¡Conmovedora circunstancia! Que no pueden dejar de traer a la memoria del lector de clásicos aquel exquisito pasaje en relación con la adecuación de las cosas, que aparece al comienzo del tercer volumen de aquella admirable y venerable novela china, el *Jo-Go-Slow*²⁵.

En mi solitario caminar a través de la ciudad tuve dos humildes pero fíeles compañeros. Diana, mi perrita, ¡la más dulce de las criaturas! El pelo le caía sobre uno de los ojos, y llevaba una cinta azul elegantemente atada alrededor de su cuello. Diana no medía más de cinco pulgadas de altura, pero su cabeza era ligeramente mayor que su

²⁴ Edina = es una simplificación de la pronunciación de Edinburgh.

²⁵ Hace referencia al relato «Como escribir un artículo de Blackwood», en que se cita, como nombre real, Ju-Kiao-Li, que es fonéticamente semejante a Jo-Go-Slou, que significa, literalmente, “Joe, vete despacio”.

cuerpo, y como tenía la cola cortada muy al ras, daba un aspecto de inocencia ofendida que la hacía ser la favorita de todo el mundo.

Y Pompey, ¡mi negro! ¡El dulce Pompey! ¡Cómo podría olvidarle jamás! Yo me había cogido del brazo de Pompey. Medía tres pies de altura (me gusta ser distinta de los demás) y tenía setenta, o tal vez ochenta años de edad. Tenía las piernas arqueadas y era corpulento. Su boca no era lo que podríamos decir pequeña, ni tampoco sus orejas. No obstante, sus dientes eran como perlas, y sus enormes ojos claros eran deliciosamente blancos. La naturaleza había olvidado dotarle de cuello, y había dispuesto sus talones (lo que es corriente entre los de su raza) en la mitad de la parte superior de sus pies. Se vestía con llamativa simplicidad. Su única vestimenta consistía en un bastón de unas nueve pulgadas de altura y un abrigo raído casi nuevo que había pertenecido previamente al alto, elegante e ilustre doctor Moneypenny. Era un buen abrigo. Estaba bien cortado. Estaba bien hecho. El abrigo era casi nuevo. Pompey evitaba que tocara el suelo, sujetándolo con ambas manos.

Había tres personas en nuestro grupo, y dos de ellas han sido ya citadas. Había una tercera; esa tercera persona era yo. Yo soy la signora Psyche Zenobia. No soy Suky Snobbs. Mi aspecto es imponente. En la memorable ocasión a la que me refiero llevaba puesto un traje de satén carmesí, con un *mantelet* árabe azul cielo. Y el traje tenía adornos de *agraffas*, y siete elegantes faralaes de aurículas color naranja. Por lo tanto yo era la tercera persona del grupo. Estaba la perrita. Estaba Pompey. Estaba yo. Éramos tres. De la misma forma que se dice que había originalmente sólo tres Furias, Melty, Nimmy y Hetty²⁶, es decir, meditación, Memoria e interpretación del violín.

Apoyándome en el brazo del galante Pompey y seguida a respetable distancia por Diana, eché a andar por una de las populosas y muy agradables calles de la ahora desierta ciudad de Edina. De repente vimos ante nosotros una iglesia, una catedral gótica enorme, venerable, y con una gran torre que apuntaba hacia el cielo. ¿Qué locura fue la que entonces me poseyó? ¿Por qué fui a toda prisa a encontrarme con mi destino? Me vi inundada por el incontrolable deseo de subir a aquel altísimo pináculo para ver desde allí la inmensa extensión de la ciudad. La puerta de la catedral parecía invitarme a entrar. Prevaleció mi destino. Atravesé aquel ominoso umbral. ¿Dónde estaba entonces mi ángel guardián? Si es que de hecho existe esa clase de ángeles. ¡Sí! ¡Qué inquietante monosílabo! ¡Qué mundo de misterio, de significados y de duda, de incertidumbre, está escondido tras esas dos letras! ¡A través del ominoso umbral! Entré, y sin que mis aurículas naranjas sufrieran ningún daño, pasé por debajo del portal, emergiendo en el interior del vestíbulo. De igual forma que se dice que el inmenso río Alfred²⁷ pasaba ilesa y sin mojarse por debajo del mar.

²⁶ Nuevamente hace referencia al relato «Como escribir un artículo de Blackwood»: las furias son en realidad musas, y son Metete, Mneme y Aoedé, nombres que son también fonéticamente semejantes a los citados arriba en idioma inglés.

²⁷ Se refiere al río Alpheus citado en el relato «Como escribir un artículo de Blackwood».

Pensé que la escalera no acabaría nunca. ¡Vueltas! Sí, daba vueltas y vueltas, y vueltas y vueltas, y vueltas y vueltas, hasta que no pude por menos que suponer, junto con el sagaz Pompey, sobre cuyo brazo me apoyaba con toda la confianza que me daba mi antiguo afecto por él..., no pude por menos de suponer que la parte superior de aquella escalera espiral había sido accidentalmente, o tal vez voluntariamente, arrancada. Hice una pausa para recuperar el aliento; y en ese momento ocurrió un accidente de una naturaleza excesivamente trascendente desde un punto de vista moral, así como metafísico, como para ser pasado por alto sin más ni más. Me pareció —de hecho estaba casi totalmente segura de ello— que no podía haberme equivocado, ¡no! Llevaba un rato observando atentamente y con gran angustia los movimientos de Diana —insisto en que no podía haberme equivocado—. ¡Diana había olido una rata! Inmediatamente puse a Pompey al corriente del asunto, y él..., él estuvo de acuerdo conmigo. Entonces ya no había lugar a dudas. La rata había sido olida, y había sido Diana la que lo había hecho. ¡Cielos! ¿Podré olvidar alguna vez la tensa excitación de aquel momento? ¡La rata! —allí estaba—, es decir, estaba por allí en alguna parte. Diana la olía. Yo... ¡yo no podía! De la misma manera que se dice que la Isis prusiana²⁸ tiene para algunas personas un olor dulce y penetrante, mientras que para otras resulta totalmente carente de olor.

Habíamos remontado la escalera y ya no quedaban entre nosotros y la cumbre más de tres o cuatro escalones. Seguimos ascendiendo y pronto no nos quedó más que un escalón. ¡Un escalón! ¡Un pequeño, un diminuto escalón! ¡Hasta qué punto puede llegar a depender la totalidad de la felicidad o de la miseria humana de un pequeño escalón como ése en la gran escalera de la vida! Pensé en mí misma, después en Pompey,, y después en el misterioso e inexplicable destino que nos rodeaba. ¡Pensé en Pompey!... ¡Ay de mí, pensé en el amor! Pensé en los *pasos*²⁹ que había dado en falso, y que podría volver a dar. Resolví ser más cautelosa, más reservada. Abandoné el brazo de Pompey, y aún sin su ayuda remonté el escalón que faltaba, llegando al campanario. Inmediatamente detrás de mí entró mi perrita. Tan sólo Pompey quedó atrás. Me quedé en la cumbre de la escalera, dándole ánimos para que se reuniera conmigo. Me alargó la mano, y desafortunadamente, al hacerlo se vio obligado a soltar su presa sobre el abrigo. ¿Acaso jamás abandonarán los dioses esta persecución? El abrigo cayó al suelo, y, con uno de sus pies, Pompey pisó los largos faldones de éste. Tropezó y cayó. Fue una consecuencia inevitable. Cayó hacia adelante y me golpeó con su maldita cabeza en medio del... en el pecho, precipitándose, junto con él, al duro, mugriento y detestable suelo del campanario. Pero mi venganza fue firme, repentina y completa. Agarrándole furiosamente por el pelo con ambas manos le arranqué una enorme cantidad de material negro, rígido y rizado, arrojándolo al suelo con el mayor desdén imaginable. Cayó entre las cuerdas que había en el campanario y allí se quedó. Pompey se levantó sin decir una

²⁸ Se refiere a la Iris Persa, citada en el relato «Como escribir un artículo de Blackwood».

²⁹ Pasos en inglés es “steps”, que significa también escalón.

palabra, pero me miró con pena con aquellos grandes ojos y... suspiró... ¡Oh, dioses!... ¡Qué suspiro! Se clavó en mi corazón. Y aquel pelo... ¡Aquella lana! Si hubiera podido la hubiera bañado con mis lágrimas, como testimonio de mi arrepentimiento. Pero, pobre de mí, estaba totalmente fuera de mi alcance el hacerlo. Al verlo colgar de las cuerdas de la campana me pareció como si estuviera vivo. Me pareció que se ponía erecto de indignación. Al igual que la *happy-dandy Flos Aeris*³⁰ de Java, produce una hermosísima flor que vive aunque la planta haya sido arrancada. Los nativos, la cuelgan del techo y disfrutan de su fragancia durante años.

Nuestra disputa había llegado a su fin, y miramos a nuestro alrededor en busca de alguna abertura a través de la cual pudiéramos ver la ciudad de Edina. No había ninguna ventana. La única luz que conseguía penetrar en aquella cámara tenebrosa procedía de una abertura cuadrada, de aproximadamente un pie de diámetro, que estaba como a unos siete pies del suelo. Pero ¿qué hay que no pueda llevar a cabo la energía del genio verdadero? Decidí trepar hasta aquel agujero. Cerca del agujero, en el lado opuesto, había una gran cantidad de ruedas, piñones y demás maquinaria de aspecto cabalístico; y a través del agujero pasaba una barra de hierro procedente de ésta. Entre las ruedas y la pared donde estaba el agujero no quedaba prácticamente sitio para pasar, pero yo estaba desesperada y decidida a seguir adelante. Llamé a Pompey.

—Te habrás fijado en esa abertura, Pompey. Quiero ver lo que hay al otro lado. Ponte aquí, debajo del agujero..., así. Ahora pon una mano, Pompey, y permíteme que me suba encima..., así. Ahora, la otra mano, Pompey, y con su ayuda podré subirme sobre tus hombros.

Él hizo todo lo que yo deseaba, y descubrí, una vez arriba, que podía pasar fácilmente la cabeza y el cuello a través de la abertura. La vista era sublime. Nada podría haber sido más magnífico. Me entretuve un momento pidiéndole a Diana que se portara bien, y asegurando a Pompey que actuaría con consideración y procuraría no pesarle demasiado. Le dije que sería tierna con sus sentimientos, *ossi tender que beef-steak*³¹. Habiendo cumplido este acto de justicia para con mi fiel amigo, me lancé con gran ímpetu y entusiasmo al disfrute de la escena que tan generosamente se extendía ante mis ojos.

Sobre este tema, no obstante, no voy a extenderme. No voy a describir Edimburgo. Todo el mundo ha estado en Edimburgo, la Edina clásica. Me limitaré a describir los angustiosos detalles de mi propia y lamentable aventura. Habiendo satisfecho en cierta medida mi curiosidad acerca de la extensión, situación y el aspecto general de la ciudad, tuve tiempo suficiente para examinar la iglesia en la que estaba, y la delicada arquitectura de la torre. Observé que la abertura a través de la cual había sacado la cabeza era la abertura de la esfera de un reloj gigante, que desde la calle debía parecer un enorme agujero para meter una llave, como los que vemos en las esferas de los

³⁰ Se refiere a la *Epidendorum Flos Aeris*, citada en el relato «Como escribir un artículo de Blackwood»

³¹ Se refiere a la frase *aussi tendré que Zaire*, citada en el relato «Como escribir un artículo de Blackwood»

relojes franceses. Sin duda, su función verdadera era la de permitir el paso del brazo del encargado cuando hiciera falta ajustar las agujas del reloj desde dentro. Observé también con gran sorpresa las inmensas dimensiones de las citadas agujas, la más larga de las cuales debía medir no menos de diez pies de largo y ocho o nueve pulgadas de ancho en la parte más gruesa. Parecían ser de acero macizo, y sus bordes, afilados. Habiendo observado estos detalles, y algunos otros, volví de nuevo la vista hacia la gloriosa perspectiva que se extendía ante mí, quedándome absorta en su contemplación.

Al cabo de algunos minutos me vi arrancada de mi arroamiento por la voz de Pompey, que declaraba que no podía aguantar más, y que me pedía que hiciera el favor de bajarme. Aquello me pareció poco razonable, y así se lo dije con un discurso relativamente extenso. El me replicó, demostrando una clara falta de comprensión de mis ideas acerca del tema. En consecuencia, me irrité y le dije en pocas palabras que era un idiota, que acababa de cometer un *ignoramus e-clench-eye*³², que sus ideas no eran más que *insommary Bovis*³³, y que sus palabras eran poco más que *an ennemywerrybor'em*³⁴. Con esto pareció quedar satisfecho, y yo continué con mis contemplaciones.

Debió ser como media hora después de este altercado, estando yo profundamente absorta en el celestial paisaje que se extendía a mis pies, cuando fui sorprendida por la suave presión en mi cogote de algo muy frío. No hace falta decir que me sentí extraordinariamente alarmada. Yo sabía que Pompey estaba bajo mis pies, y que Diana, siguiendo mis muy explícitas instrucciones, estaba sentada sobre sus patas traseras, en el rincón más alejado de la habitación. ¿Qué podría ser? ¡Ay de mí! Rápidamente descubrí lo que era. Volviendo cuidadosamente la cabeza hacia un lado percibí, horrorizada, que la inmensa, brillante y acerada aguja del minutero del reloj había, al cabo de su vuelta, *descendido sobre mí cuello*. Yo sabía que no había un instante que perder. Intenté retirar la cabeza, pero era demasiado tarde. No había posibilidad de pasar la cabeza a través de la boca de aquella terrible trampa en la que había caído, que se hacía progresivamente más estrecha con una más horrible rapidez de lo que concebirse pueda. La agonía de aquel momento es inimaginable. Eché mis brazos hacia arriba e intenté con todas mis fuerzas empujar hacia arriba aquella pesada barra de hierro. Igual hubiera sido intentar levantar la catedral. Y bajaba, y bajaba, y seguía bajando, cerca, más cerca y cada vez más cerca. Le grité a Pompey que me ayudara, pero él dijo que yo había herido sus sentimientos llamándole "tocino ignorante". Le grité a Diana, pero ella se limitó a decir: "¡Guau, guau, guau!", ya que yo le había dicho: "Bajo ningún concepto se te ocurra moverte de ese rincón". Así, pues, no podía esperar ayuda alguna de mis compañeros.

Mientras tanto, la pesada y terrorífica *Guadaña del Tiempo* (y sólo entonces pude comprender literalmente el contenido de aquella frase clásica) no se había detenido, ni

³² Ignatio elenchi, ver el relato «Como escribir un artículo de Blackwood».

³³ Insomnia Jovis, ver el relato «Como escribir un artículo de Blackwood».

³⁴ Anemonae Verborum, ver el relato «Como escribir un artículo de Blackwood».

parecía probable que lo hiciera, en su recorrido. Bajaba y seguía bajando. Ya se había enterrado su afilado borde una pulgada en mi carne, y mis sensaciones empezaron a ser confusas e indistintas. Por un momento me parecía estar en Filadelfia, con el arrogante doctor Moneypenny, e inmediatamente después me parecía estar en el salón trasero del señor Blackwood, recibiendo sus inapreciables consejos. Y de nuevo se presentaba ante mí el dulce recuerdo de antiguos y mejores tiempos, y pensaba en aquella feliz época en la que el mundo no era un desierto y Pompey no era totalmente cruel.

El tic tac de la maquinaria me divertía. Me divertía, digo, dado que mis sensaciones bordeaban ya la perfecta felicidad e incluso las más mínimas bagatelas me procuraban placer. El eterno *click-clack, click-clack, click-clack*, resultaba una dulce música para mis oídos, e incluso ocasionalmente me recordaba los elegantes sermones-arenga del doctor Ollapod. Después estaban los enormes números de la esfera, ¡qué inteligentes, qué intelectuales parecían todos! Y finalmente todos se pusieron a bailar la mazurca, y me parece recordar que era el número 5 el que lo hizo más a mi gusto. Era, evidentemente, una dama de alta cuna. Nada de vacilaciones y nada que no fuera delicadeza había en sus movimientos. Hacía la pируeta admirablemente, girando alrededor de su vértice. Intenté acercarle una silla, ya que parecía fatigada por sus esfuerzos, y tan sólo en aquel momento percibí totalmente lo lamentable de mi situación. ¡A fe mía que era lamentable! La barra se había enterrado ya dos pulgadas en mi cuello. Me sentí invadida por una sensación de exquisito dolor.

Recé pidiendo la muerte, y, sumida en la agonía del momento, no pude evitar el repetir aquellos exquisitos versos del poeta Miguel de Cervantes:

*Vanny Buren, tan escondida
Quey no te senty venny
Pork and pleasure, delly morry
Nommy, torny, darry, widdy!*³⁵

Pero entonces se presentó ante mí un nuevo horror, y en verdad que era un horror como para destrozar los nervios al más templado. Mis ojos/ debido a la cruel presión ejercida por la máquina, estaban empezando a salírseme de las órbitas. Mientras estaba pensando cómo me las iba a poder apañar sin ellos, uno se me salió de hecho y, rodando por el lado inclinado de la torre, fue a alojarse en el canalón que recorría los aleros del edificio principal. La pérdida de un ojo no me afectó tanto como el aire de insolencia, independencia y desprecio con el que me miraba una vez que estuve fuera. Yacía ahí en el canalón, justo debajo de mis narices, y los aires que se daba hubieran sido ridículos de no haber sido tan repugnantes. Jamás se había visto tanto guño y tanto parpadeo. Aquel comportamiento por parte de mi ojo en el canalón no resultaba irritante tan sólo debido a su manifiesta insolencia y su vergonzosa ingratitud, sino que resultaba

³⁵ Ver el relato «Como escribir un artículo de Blackwood».

también extraordinariamente inconveniente debido a la simpatía que siempre existe entre dos ojos de una misma cabeza, por separados que estén. Me vi obligada, en cierto modo, a guiñar y parpadear con el otro ojo en exacta correspondencia con aquella cosa descarada que yacía justo bajo mi nariz. No obstante, finalmente me vi libre de esta situación, al caérseme el otro ojo. En su caída siguió el mismo recorrido (posiblemente lo habrían concertado de antemano) que su compañero. Los dos salieron rodando del canalón juntos y, la verdad sea dicha, me alegré mucho de perderlos de vista.

La barra había penetrado ya en mi cuello cuatro pulgadas y media, y no quedaba más que un hilillo de piel por cortar. Mi reacción fue de total alegría, ya que sentía que como mucho, en unos pocos minutos, me vería libre de aquella desagradable situación. Y mi esperanza no se vio defraudada. Precisamente a las cinco y veinticinco de la tarde, el inmenso minutero había avanzado lo suficiente como para cortar el escaso remanente que quedaba de mi cuello. No sentí ninguna tristeza al ver separarse de mí definitivamente aquella cabeza que tanta vergüenza me había producido. Primero rodó por el costado del campanario, después se alojó durante algunos segundos en el canalón, y después cayó violentamente en medio de la calle.

Confesaré con toda candidez que en aquel momento mis sensaciones eran de lo más singular, es más, de lo más misteriosas, de un carácter de lo más desconcertante e incomprendible. Mis sentidos estaban simultáneamente aquí y allá. Con mi cabeza imaginaba un momento que yo, la cabeza, era la verdadera Signora Psyche Zenobia; al momento siguiente estaba plenamente convencida de que yo, mi cuerpo, era la verdadera identidad. Para aclarar mis ideas busqué en mi bolsillo la capita de rapé, pero al encontrarla, intentando llevarme un pellizco de su delicioso contenido a la nariz, como es habitual, me di rápidamente cuenta de mi particular deficiencia, lanzando inmediatamente la caja a mi cabeza. Esta cogió un pellizco con gran satisfacción, y me dirigió a cambio una sonrisa de agradecimiento. Poco después me lanzó un discurso que pude oír tan sólo indistintamente al carecer de orejas. No obstante, capté lo suficiente como para saber que estaba asombrada de que yo deseara seguir viviendo en semejantes circunstancias. En sus frases finales citó las nobles palabras de Ariosto:

*Il pover hommy che non sera corty
And have a combat tenty erry morty.³⁶*

comparándome así a aquel que en el calor del combate, no dándose cuenta de que estaba muerto, siguió adelante luchando con inextinguible valor. Ya no había nada que me impidiera bajar de donde estaba, y así lo hice. Todavía no he sido capaz de averiguar qué fue lo que vio de raro Pompey en mi aspecto. El pobre individuo abrió la boca de oreja a oreja y cerró los ojos como si estuviera intentando cascar nueces con los

³⁶ Ver el relato «Como escribir un artículo de Blackwood».

párpados. Finalmente, lanzando lejos de sí el abrigo, echó a correr hacia la escalera y desapareció. Lancé tras él estas vehementes palabras de Demóstenes:

*Andrew O'Phlegethon, you really make haste to fly.*³⁷

y después me volví hacia el amor de mi vida, ¡a mi tuertecita! A mi lanuda Diana. ¡Ay de mí! ¿Qué horrible visión se presentó ante mis ojos? ¿Acaso fue una rata lo que vi arrastrarse hasta su agujero? ¿Son éstos acaso los roídos huesos de mi pequeño ángel, cruelmente devorado por el monstruo? ¡Oh, dioses! ¿Y qué es lo que veo?... ¿Es eso acaso el espíritu, la sombra, el fantasma de mi adorada perrita, que tan melancólicamente está sentado en aquel rincón? ¡Escuchad! ¡Habla! Y, ¡cielos!, habla en el alemán de Schiller:

Unt stubby duk, so stubby dun

Duck she! duck she!

¡Ay de mí! Demasiada verdad son sus palabras:

Y si morí al menos fue

¡por ti!... ¡por ti!

¡Dulce criatura! También ella se ha sacrificado por mí. Sin perra, sin negro, sin cabeza, ¿qué queda ya para la infeliz Signora Psyche Zenobia? ¡Ay de mí! ¡Nada! He terminado.

³⁷ Ver el relato «Como escribir un artículo de Blackwood».

El diablo en el campanario

The devel in the belfray, 1939

¿Qué hora es?
(Expresión antigua)

Todos saben de una manera vaga que el lugar más bello del mundo es —o era, desgraciadamente— el pueblo holandés de Vondervotteimittiss. Sin embargo, como se encuentra a cierta distancia de todas las grandes vías, en una situación por decirlo así extraordinaria, probablemente lo haya visitado un corto número de mis lectores. Por esta razón considero oportuno, para entretenimiento de aquellos que no hayan podido hacerlo, entrar en algunos pormenores con respecto a él. Y esto es realmente tanto más necesario cuanto que si me propongo relatar los calamitosos acontecimientos ocurridos últimamente dentro de sus límites, es sólo con la esperanza de conquistar para sus habitantes la simpatía popular. Ninguno de quienes me conocen dudar de que el deber que me impongo no sea ejecutado con toda la habilidad de que soy capaz, con esa rigurosa imparcialidad, escrupulosa comprobación de los hechos y a ardua confrontación de autoridades, que deben distinguir siempre a aquel que aspira al título de historiador.

Gracias a la ayuda conjunta de monedas, manuscritos e inscripciones, estoy autorizado a afirmar positivamente que el pueblo de Vondervotteimittiss existió siempre, desde su fundación, precisamente en las mismas condiciones en que hoy se encuentra. Por lo que respecta a la fecha de su origen, me es singularmente penoso no poder hablar sino con esa precisión indefinida con que los matemáticos se ven a veces obligados a conformarse con determinadas fórmulas algebraicas. La fecha —me está permitido hablar así—, habida cuenta de su prodigiosa antigüedad, no puede ser menos que una cantidad determinable cualquiera.

Con respecto a la etimología del nombre Vondervotteimittiss; confieso, no sin pena, estar en duda. Entre una serie de opiniones sobre este delicado punto, muy sutiles algunas de ellas, otras muy eruditas y otras lo suficientemente en oposición no hallo ninguna que pueda considerar satisfactoria. Tal vez la idea de Grogswigg, que coincide casi con la de Kroutaplenttey deba aceptarse prudentemente. Está concebida en los siguientes términos: Vondervorreimittiss: Vonderlege Donder; Votteimittis, quasi und Bleitziz; Bleitziz obsol, pro Blit zen. A decir verdad, esta etimología encuentra, de hecho, bastante confirmación de algunas señales de fluido eléctrico que pueden verse todavía en lo alto del campanario del Ayuntamiento. Sea como fuere, no es mi intención comprometerme en una tesis de esta importancia, y le ruego al lector ávido de

informaciones que consulte los Oratiunculo de Rebus Praeter Veteris, de Dundergutz; que vea, también, Blunderbuzzard, De Derivationibus, desde la página 27 a la 5.010; infolio, edición gótica, caracteres rojos y negros, con llamadas y sin numeración, y que consulte también las notas marginales del autógrafo de Stuffundpuff, con los subcomentarios de Gruntundguzzell.

A pesar de la oscuridad que envuelve de este modo la fecha de la fundación de Vondervotteimittiss y de la etimología de su nombre, no cabe duda; como ya he dicho, de que ha existido siempre tal como lo vemos en la actualidad. El más viejo hombre del lugar no recuerda ni la más leve diferencia en el aspecto de una parte cualquiera de él, y, en realidad, la simple sugestión de tal posibilidad sería considerada como un insulto. El pueblo está situado en un valle perfectamente circular, cuya circunferencia mide, poco más o menos, un cuarto de milla, y está rodeado completamente por lindas colinas, cuyas cimas jamás pensaron sus habitantes hollar con su planta. No obstante, éstos dan una excelente razón de su proceder, por cuanto creen que no hay absolutamente nada al otro lado.

Alrededor del lindero del valle —que es completamente liso y pavimentado en toda su extensión con ladrillos planos— hay una ininterrumpida fila de sesenta pequeñas casas. Se apoyan por detrás sobre las colinas, y, por tanto, todas miran al centro de la llanura, que se encuentra justamente a sesenta yardas de la puerta delantera de cada casa. Cada una de éstas tiene a la entrada un jardincillo, con una avenida circular, un reloj de sol y veinticuatro coles. Las mismas construcciones son tan absolutamente iguales que es imposible distinguir una de otra. A causa de su extrema antigüedad, el estilo arquitectónico es un tanto extravagante, pero, por esta razón, es todavía notablemente pintoresco. Estas casas están construidas con pequeños ladrillos, bien endurecidos al fuego, rojos, con cantos negros, de tal modo, que las paredes parecen un tablero de ajedrez de grandes proporciones. Los remates están vueltos del lado de la fachada y poseen cornisas tan grandes como el resto de la casa en los bordes de los tejados y en las puertas principales. Las ventanas son estrechas y de amplio alféizar, con vidrieras formadas por cristales pequeñísimos y grandes marcos. El tejado está recubierto por una gran cantidad de tejas de puntas arrolladas. La madera es toda de un color sombrío, totalmente tallada, pero de dibujos poco variados, puesto que, desde tiempos inmemoriales, los tallistas de Vondervotteimittis no han sabido esculpir más que dos objetos: un reloj y una col. Ahora bien hay que reconocer que esto lo hacen admirablemente, y lo prodigan con singular ingeniosidad en cualquier sitio que pueda encontrar el cincel.

Las habitaciones son tan parecidas a la parte interior como a la externa, y los muebles son todos de un solo modelo. El piso está pavimentado con baldosas cuadradas. Las sillas y mesas son de madera negra, con patas torneadas, delgadas y finas. Las chimeneas son largas y altas; y no solamente poseen relojes y coles esculpidos en la superficie de su parte frontal, sino que, además, sostienen en medio de la repisa un

auténtico reloj que produce un prodigioso tic-tac, con dos floreros, cada uno de los cuales contiene una col; situados en los extremos a modo de batidores. Entre cada col y el reloj se encuentra, además, un muñeco chino, panzudo, con un gran agujero en medio de la barriga, a través del cual puede verse la esfera de un reloj.

Los lares son amplios y profundos, con retorcidos morillos. Continuamente arde un gran fuego; sobre el que se encuentra una enorme marmita llena de sauerkraut y carne de cerdo, incesantemente vigilada por la dueña de la casa. Esta es una gruesa y vieja señora, de ojos azules y colorado rostro, que se toca con un inmenso gorro semejante a un pilón de azúcar.

Adornado con cintas purpúreas y amarillas; su traje es de mezclilla anaranjada, larguísimo por detrás y de estrecha cintura, por otros conceptos demasiado corto, porque deja descubierta la mitad de la pierna. Éstas son un poco gruesas, lo mismo que los tobillos pero están cubiertas por un lindo par de medias verdes.

Sus zapatos, de cuero rosado, están atados con un lazo de cintas amarillas dispuesto en forma de col. En su mano izquierda tiene un pesado relojito holandés, y con la derecha maneja un cucharón para el sauerkraut y la carne de cerdo. A su lado se encuentra un gato gordo y manchado, que exhibe en la cola un relojillo de cobre dorado de repetición, que «los chiquillos» le han atado allí como juego.

En cuanto a estos chicos, los tres están en el jardín, cuidando del cerdo. Todos tienen dos pies de altura, se tocan con tricornios y visten chalecos purpúreos que les llegan casi a los muslos, calzones de piel de gamo, medias roja de lana, zapatones con gruesas hebillas de plata y largas blusas con grandes botones de nácar.

Cada uno tiene una pipa en la boca y un abultado reloj en la mano derecha. Una bocanada de humo, una mirada al reloj; una mirada al reloj, una bocanada de humo. El cerdo, que es corpulento y perezoso, se entretiene unas veces en mordisquear las hojas que han caído de las coles y otras en querer morderse el relojito dorado que aquellos pícaros le han atado también al rabo, con objeto de embellecerle tanto como al gato.

Exactamente enfrente de la puerta de entrada, en una poltrona de amplio respaldo forrado de cuero, con patas torneadas y finas, como las de las mesas, se ha instalado el viejo propietario de la casa. Es un viejecillo excesivamente hinchado, con grandes ojos redondos y una enorme doble papada. Su indumentaria se parece a la de los muchachos, y nada más tengo que decir sobre está en particular. Toda diferencia consiste en que su pipa es un poco mayor que la de aquellos, y por tanto, puede lanzar más humo. Lo mismo que ellos, tiene un reloj, pero lo guarda en el bolsillo. A decir verdad, tiene algo que hacer más importante que vigilar un reloj, y esto es lo que voy a explicar. Está sentado, con la pierna derecha sobre la rodilla izquierda. Tiene el semblante grave y conserva siempre uno por lo menos de sus ojos decididamente fijo en cierto objeto muy interesante del centro de la llanura.

Este objeto está situado en el campanario del Ayuntamiento. Los miembros del Consejo son todos unos hombrecillos achaparrados, adiposos e inteligentes, con ojos

gruesos como salchichas y enormes papadas. Visten trajes mucho más largos, y las hebillas de sus zapatos son mucho mayores que las del resto de los habitantes de Vondervotteimittiss. Desde que resido en el pueblo han celebrado varias sesiones extraordinarias, y han tomado estos tres importantes acuerdos:

«*Es un crimen alterar el antiguo buen ritmo de las cosas.*»

«*No existe nada tolerable fuera de Vonder votteimittiss.*»

«*Juramos fidelidad a nuestros relojes y a nuestras coles.*»

Sobre el salón de sesiones se encuentra el campanario, y en el campanario o torre está, y siempre ha estado, desde tiempo inmemorial, el orgullo y maravilla del pueblo: el gran reloj de la aldea de Vondervotteimittiss. Y hacia este objeto están vueltos los ojos de los viejos caballeros que se encuentran sentados en poltronas forradas de cuero.

El gran reloj tiene siete esferas, una sobre cada una de las siete caras del campanario, de modo que se le puede observar cómodamente desde todos los barrios. Estas esferas son enormes y blancas, y las agujas, pesadas y negras. En la torre está empleado un hombre cuya sola misión consiste en cuidar del mismo, pero tal función es la más perfecta de las sinecuras, porque desde tiempos inmemoriales el reloj de Vondervotteimittiss jamás ha necesitado de sus servicios. Hasta esos últimos días, la simple suposición de semejante cosa era considerada como una herejía. Desde los más antiguos tiempos que los archivos registran, las horas habían sonado regularmente en la gran campana, y, en realidad, lo mismo acontecía con todos los demás relojes, grandes y pequeños, de la aldea. Nunca existió lugar comparable a éste en señalar con tanta exactitud las horas. Cuando el voluminoso mazo juzgaba llegado el momento de decir: «¡Las doce!» todos sus obedientes servidores abrían simultáneamente sus gargantas y respondían como un solo eco. En resumen, los buenos burgueses estaban encantados con su sauer-kraut, pero orgullosos de sus relojes.

Todas las personas que disfrutan de sinecuras son objeto de mayor o menor veneración, y como el campanero de Vondervotteimittiss poseía la más perfecta de ellas, es el más perfectamente respetado de todos los mortales. Es el principal dignatario de la aldea, incluso los mismos cerdos le contemplan reverentemente.

La cola de su casaca es mucho mayor. Su pipa, las hebillas de sus zapatos, sus ojos y su estómago son mucho mayores que los de ningún otro viejo caballero de la aldea, y en cuanto a su papada, es no solamente doble, sino triple.

Describo el feliz estado de Vondervotteimittiss. ¡Ay, qué lástima que tan delicioso cuadro estuviese condenado a sufrir un día una cruel transformación!

Hace muchísimo tiempo que ha sido aceptado y comprobado por los habitantes más sabios de la aldea un proverbio según el cual «nada bueno puede venir de allende las colinas». Y, en realidad, hay que creer que estas palabras contenían en sí algo profético. Faltaban cinco minutos para el mediodía de anteayer cuando, en lo alto de la cresta de

las colinas del lado Este, surgió un objeto de extraño aspecto. Semejante acontecimiento era propio para despertar la atención universal, y cada uno de los viejos hombrecillos, sentados en sus poltronas tapizadas de cuero, volvió uno de sus ojos, desorbitado por el espanto, hacia el fenómeno, continuando con el otro fijo en el reloj del campanario.

Faltaban sólo tres minutos para el mediodía cuando se comprobó que el singular objeto en cuestión era un pequeño jovencillo que parecía extranjero. Descendía por la colina con una enorme rapidez, de modo que todos pudieron verle muy pronto fácilmente. Era realmente el más precioso hombrecillo que se había visto jamás en Vondervotteimittiss. Tenía el rostro un tono oscuro como el rapé, larga y ganchuda la nariz, ojos que parecían lentejas, enorme boca y magnífica hilera de dientes, que parecía muy interesado en exhibir riéndose de oreja a oreja. Añádase a esto patillas y bigotes, y no creo que nada más quedase por ver en su rostro. Tenía la cabeza descubierta, y su cabellera había sido cuidadosamente arreglada con papillotes para rizarla. Componíase su indumentaria de una casaca ajustada y colgante, que terminaba en una especie de cola de golondrina —por uno de cuyos bolsillos dejaba colgar una larga punta de pañuelo blanco—, de unos calzones de casimir negros, medias negras y unos gruesos escarpines cuyos cordones consistían en enormes lazos de raso negro. Bajo uno de sus brazos llevaba un chapeau-de-bras, y bajo el otro, un violín casi cinco veces mayor que él. En su mano izquierda tenía una tabaquera de oro, de donde continuamente cogía pulgaradas de rapé con la actitud más vanidosa del mundo, mientras saltaba descendiendo la colina y dando toda clase de pasos fantásticos.

¡Bondad divina! Era un gran espectáculo para los honrados burgueses de Vondervotteimittiss.

Hablando claramente, el pícaro reflejaba en su rostro, a pesar de su sonrisa, un audaz y siniestro carácter. Mientras se dirigía apresuradamente hacia el pueblo, el aspecto singularmente extraño de sus escarpines bastó para despertar muchas sospechas, y más de un burgués que le contempló aquel día hubiese dado algo por dirigir una ojeada bajo el pañuelo de blanca batista que colgaba de modo tan irritante del bolsillo de su casaca con cola de golondrina. Pero lo que despertó principalmente una justa indignación fue el hecho de que aquel miserable botarate, mientras ejecutaba tan pronto un fandango como una pируeta, no guardase una regla en su danza y no poseyera ni la menor noción de lo que se llama llevar el compás.

Mientras tanto, los buenos habitantes del pueblo no habían aún tenido tiempo para abrir del todo sus ojos cuando, exactamente medio minuto antes del mediodía, se precipitó el tunante, como os digo, en medio de ellos, hizo aquí un *chassezé* allí un balanceo y después de una *pirouette* y un *pas-de-zephyr*, se dirigió como una flecha a la torre del Ayuntamiento, donde el campanero fumaba estupefacto con una actitud de dignidad y temor. Pero el pillastruelo le agarró primero de la nariz, se la sacudió y tiró de ella, le puso sobre la cabeza su gran *chapeau-de-bras*, hundiéndoselo hasta la boca, y después, levantando su enorme violín, le golpeó con él durante tanto rato y con tal

violencia, que, dado que el vigilante estaba muy gordo y el violín era amplio y hueco, se hubiese jurado que todo un regimiento con enormes tambores redoblaba diabólicamente en la torre del campanario de Vondervotteimittiss.

No se sabe a qué desesperado acto de venganza hubiese impulsado aquel indignante ataque a los aldeanos de no haber sido por el importantísimo hecho de faltar medio segundo para el mediodía. Iba a sonar la campana, y era de absoluta y suprema necesidad que todos consultaran sus relojes. Era indudable, sin embargo, que, exactamente en ese instante, el pillo que se había introducido en la torre quería algo que se relacionaba con la campana, y se metía donde nadie le llamaba. Pero como empezaba a tocar, nadie tenía tiempo de vigilar sus maniobras, porque cada uno de los hombres del pueblo era todo oídos contando las campanadas.

—Una... —dijo el reloj.

—Una... —replicó cada uno de los viejos hombrecillos de Vondervotteimittiss, en cada sillón tapizado de cuero.

—Una... —dijo el reloj de su mujer.

Y:

—Una... —dijeron los relojes de los niños y los relojillos dorados colgados de las colas del gato y del cerdo.

—Dos... —continuó la pesada campana.

Y:

—¡Dos! —repitieron todos.

—¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! —dijo la campana.

—¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! —respondieron los otros.

—¡Once! —dijo la grande.

—¡Once! —aprobó toda la pequeña gente.

—¡Doce! —dijo la campana.

—¡Doce! —contestaron ellos perfectamente satisfechos y dejando caer sus voces a compás.

—¡Han dado las doce! —dijeron todos los viejecillos, guardando de nuevo sus relojes. Sin embargo, la gran campana no había acabado aún.

—¡Trece! —dijo.

—¡Trece! —exclamaron todos los viejecillos, palideciendo y dejando caer las pipas de sus bocas, mientras descabalgaban sus piernas derechas de sus rodillas izquierdas— ¡Trece!

—¡Trece! ¡Trece! ¡Dios santo, son las trece! —gimotearon.

¿Describir la espantosa escena que se originó? Todo Vondervotteimittiss estalló de repente en un lamentable tumulto.

—¿Qué le ocurrir a mi barriga? —gritaron todos los niños—. ¡Tengo hambre desde hace una hora!

—¿Qué les pasa a mis coles? —exclamaron todas las mujeres—. ¡Deben de estar cocidas desde hace una hora!

—¿Qué le ocurre a mi pipa? —juraron todos los viejecillos— ¡Rayos y truenos! Debe de estar apagada desde hace una hora.

Y volvieron a cargar sus pipas con gran rabia. Se arrellanaron en sus sillones y aspiraron el humo con tal prisa y ferocidad, que, inmediatamente quedó el valle velado por una nube impenetrable.

Mientras tanto, las coles iban adquiriendo tonalidades purpúreas, y parecía que el mismo viejo diablo en persona se apoderase de todo lo que tenía forma de reloj. Los relojes tallados sobre los muebles poníanse a bailar como si estuvieran embrujados, mientras que los que se encontraban sobre las chimeneas apenas si podían contener su furor y se obstinaban en un toque incesante: «¡Trece! ¡Trece! ¡Trece!»

Y el vaivén y movimiento de sus péndulos era tal, que resultaba verdaderamente espantoso de ver. Lo peor era que los gatos y los cerdos no podían soportar más el desarreglo de los relojillos de repetición atados a sus colas, y ostensiblemente lo demostraban huyendo hacia la plaza, arañándolo y revolviéndolo todo, maullando y gruñiendo, produciendo un espantoso aquelarre de maullidos y gruñidos, lanzándose a la cara de las personas, metiéndose debajo de las faldas, produciendo la más terrible algarabía y la más tremenda confusión que persona sensata pudiera imaginar. En cuanto al miserable tunante instalado en la torre, hacía evidentemente todo lo posible por lograr que la situación fuera más afflictiva. De cuando en cuando podía vislumbrársele en medio del humo. Continuaba siempre allí, en la torre, sentado sobre el cuerpo del campanero, que yacía de espaldas. El infame conservaba entre sus dientes la cuerda de la campana, sacudiéndola sin parar con la cabeza, de izquierda a derecha, produciendo tal barullo, que mis oídos se estremecen aún ahora al recordarlo. Descansaba sobre sus rodillas el enorme violín, que rascaba sin acorde ni compás con sus dos manos, procurando fingir horrorosamente, ¡oh, infame payaso!, que estaba tocando la canción de «Judy O'Flannagan and Paddy O'Rafferty».

Como las cosas habían llegado a tan lamentable estado, abandoné con repugnancia el lugar, y ahora dirijo un llamamiento a todos los amantes de la hora exacta y del buen sauer-kraut. Marchemos en masa hacia el pueblo y restauremos el antiguo orden de cosas en Vondervotteimittiss, expulsando de la torre a aquel bellaco.

El hombre consumido

Un relato de la reciente campaña contras los Bogaboos y los Kickapoos

The man that was used up. A Tale of the Late Bugaboo and Kickapoo Campaign, 1939

Pleurez, pleurez, mes yeux, et fondez vous en eau! La moitié de ma vie a mis l'autre au tombeau.

CORNEILLE

No consigo accordarme en este momento dónde o cuándo conocí por primera vez a aquel individuo de tan buen aspecto, el Brevet Brigadier-General John A. B. C. Smith. *De hecho*, alguien me presentó a este caballero, de eso estoy seguro, en alguna reunión pública, sin duda alguna. Por algo de gran importancia, qué duda cabe, en algún lugar u otro, estoy convencido, cuyo nombre inexplicablemente he olvidado. La verdad es que aquella presentación vino acompañada, por mi parte, de una ansiedad que evitó que consiguiera retener una impresión definida acerca del tiempo o del lugar. Constitucionalmente soy una persona nerviosa; esto es, en mi caso, un problema de familia y no lo puedo evitar. Cualquier cosa con aspecto misterioso, la aparición de algo que no sea capaz de comprender a la perfección, me ponen al instante en un estado de lamentable agitación.

Había algo, como aquel que dice, notable —sí, notable, aunque éste es un término excesivamente poco enfático para expresar lo que quiero decir— acerca del personaje en cuestión. Mediría tal vez unos seis pies de altura, y su presencia tenía un singular aire de autoridad. Toda su persona emanaba un *air distingué* que revelaba su alto grado de educación y hacía pensar que procedía de una alta cuna. En tomo a este tema —el aspecto personal de Smith— siento una especie de melancólica satisfacción en ser minucioso. Su pelo hubiera sido digno de Brutus; nada podría haber tenido mayor riqueza en su caída o poseer un mayor brillo. Era de un color negro oscuro; que era también el color, o dicho con mayor propiedad, la ausencia de color de sus inimaginables bigotes. Como ustedes percibirán, soy incapaz de hablar de estos últimos sin que se trasluzca mí entusiasmo; no creo que sea exagerado decir que era el más magnífico par de bigotes que había bajo el sol. En todas las circunstancias rodeaban y en ocasiones sombreaban parcialmente una boca sin parangón. En ella se alojaban los dientes más absolutamente regulares y más resplandecientemente blancos que se puedan concebir. Entre ellos, siempre en la ocasión propicia, surgía una voz de una claridad, riqueza y fuerza arrolladoras. En lo que a los ojos se refiere, también mi conocido estaba preminentemente bien dotado. Cualquiera de aquellos dos ojos valía un par de los normales. Eran de un color castaño profundo y extraordinariamente

grandes y lustrosos, y se podía percibir en ellos, de cuando en cuando, esa dosis justa de oblicuidad que da contenido a una expresión.

El busto del general era incuestionablemente el más magnífico busto que jamás haya yo visto. Y aunque en ello me fuera la vida, jamás hubiera podido encontrar un fallo en sus egregias proporciones. Esta rara peculiaridad hacía destacar muy ventajosamente un par de hombros que hubiera hecho enrojecer, consciente de su inferioridad, a la marmórea faz de un Apolo. Yo soy un apasionado de los hombros hermosos, y puedo decir que jamás había visto unos tan perfectos anteriormente. Los brazos estaban también admirablemente modelados. No eran menos soberbias las extremidades inferiores. De hecho eran, sin duda, el *non plus ultra* de las piernas.

Todos los conocedores de la materia se veían obligados a admitir que aquellas piernas eran unas buenas piernas. No había demasiada carne ni, por el contrario, demasiada poca, ni rudeza ni fragilidad. Sería incapaz de imaginarme una curva más exquisita que la de aquel *os femoris*, y tenía justo esa prominencia en la parte trasera de la *fibula*, que es la confirmación de una pantorrilla adecuadamente proporcionada. Tan sólo desearía, que mi joven e ingenioso amigo, Chipon-chipino, el escultor, hubiera tenido ocasión de haber visto tan sólo las piernas del Brevet Brigadier-General John A. B. C. Smith.

Pero a pesar de que los hombres con un aspecto tan absolutamente magnífico no son tan abundantes como las pasas o las zarzamoras, aún era yo incapaz de creer que aquel *algo notable* a que he hecho alusión hace un momento, que ese extraño de *je ne sais quos* que emanaba de mi nuevo amigo, se centrara totalmente, ni siquiera absolutamente, en la suprema excelencia de sus dones físicos. Tal vez podría atribuirsele a su actitud, aunque una vez más me atrevo a afirmarlo categóricamente. Había una precisión, por no decir una rigidez, en sus movimientos, un grado de precisión medida y, si se me permite expresarlo así, rectangular en todos sus gestos, que, observados en una figura de menor tamaño, hubiera sido atribuido a la afectación, pomosidad o rigidez, pero que, observados en un caballero de sus indiscutibles dimensiones, era atribuida inmediatamente a una actitud reservada, *hauteur...* en pocas palabras y en sentido laudatorio a aquello que emana de la dignidad de unas proporciones colosales.

El amable amigo que me presentó al General Smith me susurró al oído unas cuantas palabras acerca de aquel hombre. Era un hombre notable —un hombre muy notable—; de hecho, uno de los hombres más notables de aquellos tiempos. Era también el favorito de las damas, fundamentalmente debido a la gran reputación que tenía de hombre valeroso.

—En ese aspecto no tiene parangón; es, de hecho, un perfecto desesperado, un verdadero comefuego, y que nadie lo dude —dijo mi amigo, bajando la voz muchísimo y excitándome con su tono misterioso.

—Un verdadero comefuegos, y que nadie lo dude. Eso lo demostró de sobra en la última y tremenda lucha en los pantanos de abajo, en el sur, con los indios Bogaboo y

Kickapoo —aquí mi amigo abrió parcialmente los ojos—. ¡Que Dios me ampare! ¡Sangre y truenos y todo eso! ¡Prodigios de valor! ¿Habrá usted oído hablar de él, supongo? Él es el hombre...

—¡Mira quién está aquí! ¿Cómo está usted? ¡Válgame! ¿Cómo está? ¡Me alegro mucho de verle, ya lo creo que sí! —nos interrumpió el General en persona, agarrando de la mano a mi compañero mientras se acercaba e inclinándose rígida pero profundamente al serle yo presentado.

Pensé entonces (y lo pienso aún) que jamás había oído una voz más clara ni más poderosa, ni tampoco había visto una dentadura más perfecta; pero tengo que admitir que lamenté que nos interrumpiera en aquel preciso instante, ya que, a causa de los susurros y las insinuaciones anteriormente expuestas, mi interés hacia el héroe de la campaña de los Bogaboo y los Kickapoo se había visto tremadamente excitado.

No obstante, la deliciosamente brillante conversación del Brevet Brigadier-General John A. B. C. Smith disipó rápidamente aquella mi pequeña frustración. Dado que mi amigo nos abandonó inmediatamente, tuvimos un *tête-a-tête* bastante largo, y no solamente disfruté mucho, sino que realmente aprendí cosas. Jamás había visto a un conversador más fluido, a un hombre mejor informado en general. Con entrañable modestia evitó, no obstante, tocar el tema que en aquel momento más me interesaba, quiero decir, las misteriosas circunstancias que rodeaban a la guerra con los Bogaboo, y con lo que yo por mi parte considero un adecuado sentido de la delicadeza, evité también abordar el tema; aunque, en honor a la verdad, estuve muy tentado de hacerlo. Percibí también que aquel apuesto soldado prefería hablar de temas de interés filosófico, y que le encantaba en particular charlar acerca del rápido desarrollo de los inventos mecánicos. De hecho, donde quiera que orientara yo la conversación, éste era un punto al que él volvía invariablemente.

—No hay nada semejante —diría él—; somos un pueblo maravilloso y vivimos en una era maravillosa. ¡Paracaídas y trenes, trampas para hombres y fusiles de resorte! Nuestros barcos de vapor recorren los siete mares, y el paquebote aéreo de Nassau está a punto de empezar un servicio regular de transporte (el precio del billete en cualquiera de las dos direcciones es de sólo veinte libras esterlinas) entre Londres y Timbuctu. ¿Y quién podría imaginar la inmensa influencia sobre la vida social, las artes, el comercio, la literatura, que ejercerán de inmediato los grandes principios del electromagnetismo? ¡Y eso no es todo, se lo puedo asegurar! Realmente no existe límite en el camino de los inventos. Día tras día surgen como hongos los más maravillosos, los más ingeniosos y, permítame añadir, señor... señor Thompson, creo que se llama usted..., permítame añadir, como decía, los más útiles, los más verdaderamente útiles inventos mecánicos, si me permite decirlo así, o de un modo más figurativo, como... ¡ah!..., saltamontes, como saltamontes, señor Thompson, a nuestro alrededor, y ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!..., a nuestro alrededor.

Thompson, por supuesto, no es mi nombre; pero supongo que será innecesario decir que me separé del General Smith más interesado que nunca en su persona, con una exaltada opinión acerca de sus habilidades conversacionales y un profundo sentido de los valiosos privilegios de que disfrutamos al vivir en esta era de los inventos mecánicos. No obstante, mi curiosidad no había quedado totalmente satisfecha y decidí preguntar inmediatamente entre mis conocidos acerca del propio Brevet Brigadier-General, y en particular acerca de los tremendos acontecimientos *quorum pars magna fuit* ocurridos durante la campaña de los Bogaboo y los Kickapoo.

La primera oportunidad que surgió y que yo (*horresco referens*) aproveché sin el más mínimo escrúpulo, sucedió en la Iglesia del Reverendo Doctor Drummummupp, donde me encontré un domingo a la hora del sermón no ya sólo en el banquillo, sino sentado al lado de esa valiosa y comunicativa amiga mía, la señorita Tabitha T. Así colocado, me felicité a mí mismo y con muy buenas razones por el muy adulador estado de las cosas. Si había alguna persona que pudiera saber algo acerca del Brevet Brigadier-General John A. B. C. Smith, esa persona, me parecía evidente, era la señorita Tabitha T. Nos hicimos unas cuantas señas y después empezamos *sotto voce* un animado *tête-a-tête*.

—¡Smith! —dijo ella en respuesta a mi ardorosa pregunta—. ¡Smith! ¿No se referirá usted al General A. B. C.? ¡Que Dios me bendiga; creía que ya lo sabía usted todo acerca de él! ¡Esta es una era maravillosa y llena de inventos! ¡Qué horrible asunto aquél! ¡Maldito montón de desgraciados, eso es lo que son esos Kickapoos!... Luchó como un héroe... prodigioso valor... prestigio inmortal. ¡Smith!... ¡Brevet Brigadier-General John A. B. C.! ¡Válgame! Como usted sabe, ése es el hombre...

—El hombre —nos interrumpió el Doctor Drummummupp a voz en grito, y dando un golpe que estuvo a punto de hacer caer el pulpito sobre nuestras cabezas—. ¡El hombre nacido de una mujer tiene poco tiempo de vida por delante; surge y ve su vida segada como la de una flor!

Di un respingo al extremo de mi banco y percibí, por el aspecto excitado del ministro, que la ira que había casi resultado fatal para la integridad del pulpito había sido provocada por los susurros de la dama y míos. Aquello ya no tenía arreglo, de modo que me sometí elegantemente y escuché, un verdadero mártir del silencio digno, el resto de aquel magnífico discurso.

La tarde siguiente estaba yo visitando, un tanto tarde, el Rantipole Theatre, donde tenía la seguridad de poder satisfacer mi curiosidad inmediatamente por el simple expediente de entrar al palco de esas dos exquisitas pruebas de afabilidad y omnisciencia que son las señoritas Arabella y Miranda Cognoscenti. Aquel espléndido trágico, Climax, interpretaba *Iago* ante un público muy nutrido, y experimenté algunas ligeras dificultades para hacer comprender lo que deseaba; especialmente así, considerando que nuestro palco estaba junto a las bambalinas y dominaba por completo el escenario.

—¡Smith! —dijo la señorita Arabella cuando finalmente comprendió lo que yo le preguntaba—. ¡Smith!... ¿no se referirá usted al General John A. B. C.?

—¿Smith? —dijo Miranda meditativamente—. Dios me ampare, ¿han visto alguna vez una figura más espléndida?

—Jamás, Madame; pero dígame...

—¿O de una gracia inimitable?

—¡Jamás, se lo juro! Pero, por favor, dígame...

—¿O con tal apreciación de los efectos teatrales?

—¡Madame!

—¿O con un sentido más delicado de las verdaderas bellezas de Shakespeare?

¡Tenga usted la bondad de mirar esa pierna!

—¡Demonio! —y me volví de nuevo hacia su hermana.

—¡Smith! —dijo ella—, ¿no se referirá usted al General A. B. C.? Horrible asunto aquél, ¿no le parece? Unos desgraciados, eso es lo que son esos Bogaboos... unos salvajes y todo eso... ¡Pero vivimos en una maravillosa época de inventos!... ¡Smith!... ¡Oh, sí! Un gran hombre... ¡El perfecto desperado!... ¡Prestigio inmortal!... ¡Prodigioso valor! ¡*Lo nunca visto!* —esto último lo dijo gritando—. ¡Que Dios me bendiga!... ¡Válgame, él es el hombre!...

—“... *la mandrágora,*
ni ningún somnoliento jarabe del mundo,
será jamás droga para ese dulce sueño
que tuvo usted ayer!”

aulló en ese momento Climax, justo junto a mi oído, y agitando al mismo tiempo su puño ante mi cara, de una forma que no podía ni debía tolerar. Abandoné inmediatamente a las señoritas Cognoscenti, pasé inmediatamente entre bastidores y pegué a aquel miserable desgraciado tal paliza que no dudo que la recordará hasta el día de su muerte.

Tenía la seguridad de que en la *soirée* de la deliciosa viuda señora Kathleen O'Trump no sufriría una desilusión semejante. En consecuencia, tan pronto como me senté a la mesa de juego, al lado de mí hermosa anfitriona para hacer un *vis-à-vis*, planteé aquellas cuestiones cuya solución había llegado a ser esencial para mi tranquilidad.

—¡Smith! —dijo mi compañera—. ¡Válgame! ¿No se referirá usted al General John A. B. C.? Un horrible asunto aquél, ¿no le parece? ¿Diamantes, ha dicho usted?... ¡Unos desgraciados, eso es lo que son los Kickapoos!... Estamos jugando al *whist*, si no le importa, señor Tattle... No obstante, ésta es la era de los inventos, sin duda alguna la era, podríamos decir, la era *par excellence*... ¿Habla usted francés?... ¡Oh, sí, un verdadero héroe!... ¡El perfecto desesperado!... ¿No tiene corazones, señor Tattle? No puedo

creerlo... ¡prestigio inmortal y todo eso!... ¡Prodigioso valor! ¡*Lo nunca visto!*... Válgame, él es el hombre...³⁸

—¡Mann! ¡El capitán Mann! —gritó en ese momento alguna pequeña intrusa desde el otro extremo de la habitación—. ¿Están ustedes hablando (acerca del capitán Mann y su duelo?... ¡Oh!, tengo que oírlo... cuéntenmelo... ¡Prosiga, señora O'Trump!... ¡Siga, por favor!

Y así lo hizo la señora O'Trump, contándolo todo acerca de un tal capitán Mann, que había sido muerto de un tiro o ahorcado o, en cualquier caso, debería haber sido muerto de un tiro o ahorcado. ¡Sí! La señora O'Trump siguió pablando y yo... yo me fui. Ya no me quedaba ni la más mínima oportunidad de enterarme de nada más acerca del Brevet Brigadier-General John A. B. C. Smith.

No obstante, me consolé con la reflexión de que aquella racha de mala suerte no podría durar siempre, y decidí, en consecuencia, lanzarme audazmente a conseguir la información de aquel ángel encantador que era la graciosa señora Pirouette.

—¡Smith! —dijo la señora P. mientras dábamos vueltas enlazados en un *pas de zephyr*. —¡Smith! ¡Válgame! ¿No se referirá usted al General John A. B. C.? Terrible asunto el de los Bugaboos, ¿no le parece? ¡Unas criaturas horribles, eso es lo que son esos indios!... ¡Haga el favor de sacar las puntas de los pies hacia afuera! De verdad que me avergüenzo de usted... ¡Un hombre de gran valor, pobre individuo!... Pero ésta es una maravillosa era de inventos... ¡Oh, pobre de mí, estoy agotada!... Es prácticamente un desesperado... Prodigioso valor... ¡*Lo nunca visto!*... No puedo creerlo... Tendremos que sentarnos para que pueda informarle... ¡Smith! Válgame, él es el hombre...

—¡*Man-Fred*, se lo digo yo! —aulló en ese momento la señorita Bas-Bleu, mientras yo acompañaba a la señora Pirouette a tomar asiento.

—¿Han oído alguna vez en su vida algo parecido? Es *Man-Fred*, insisto, y no en absoluto *Man-Friday*.

En este punto la señorita Bas-Bleu me indicó perentoriamente que me acercara, y me vi obligado, muy a mi pesar, a abandonar a la señora P. con el fin de resolver una disputa acerca del título de una cierta obra poética de teatro de Lord Byron. Aunque me pronuncié con gran diligencia a favor de que el título era *Man-Friday*, y en absoluto *Man-Fred*, cuando volví a buscar a la señora Pirouette no pude encontrarla, y me retiré de aquella casa con una gran amargura en el espíritu y una gran animosidad contra la totalidad de la raza de los Bas-Bleus.

El asunto había adquirido ya caracteres alarmantes, y decidí visitar inmediatamente a mi amigo personal, el señor Theodore Sinivate, ya que sabía que por lo menos de él podría obtener algo que se pareciera a una información concreta.

—¡Smith! —dijo él con su tan conocida costumbre de arrastrar las sílabas—. ¡Smith!... ¡Válgame! ¿No se referirá al General John A. B. C.? Un asunto salvaje, ése de los

³⁸ Hombre en inglés es *man*, que se pronuncia igual que *Mann*, de ahí el juego de palabras.

Kickapo-o-o-os, ¿no le parece?... Un perfecto desespera-a-ado... ¡Una verdadera lástima, palabra de honor!... ¡Una maravillosa era de inventos!... ¡Pro-o-odigioso valor! Por cierto, ¿ha oído hablar alguna vez acerca del Capitán Ma-a-a-nn?

—¡Al D... o con el Capitán Mann! —dijo yo—. Haga el favor de seguir con su historia.

—¡Ejem!... ¡Está bien!... En cierto modo es *la même cho-o-ose*, como decimos en Francia. Smith, ¿eh? ¿Brigadier-General John A. B. C.? Vaya —en ese momento al señor S. le pareció apropiado apoyar el índice sobre el costado de su nariz—. Vaya, ¿no querrá insinuar con toda seriedad y conciencia que no sabe tanto acerca de ese asunto de Smith como pueda saber yo, verdad? ¿Smith? ¿John A. B. C.? ¡Válgame Dios! Él es el ho-o-ombre...

—Señor Sinivate —dijo yo, implorante—, ¿acaso es el hombre de la máscara?

—¡No-o-o! —dijo él, poniendo cara de sabiduría—. Ni tampoco el hombre de la lu-u-una.

Aquella respuesta me pareció un claro insulto, y así se lo dije, abandonando inmediatamente la casa, preso de una gran indignación, y con la firme resolución de exigir cuentas a mi amigo el señor Sinivate por su poco caballerosa conducta y su mala educación.

A todo esto, no obstante, ni me había pasado por la imaginación que se estuviera intentando impedir mi acceso a la información que deseaba. Aún me quedaba una posibilidad. Iría a las fuentes. Visitaría inmediatamente al propio General y le exigiría, en términos explícitos, una explicación de todo aquel abominable misterio. Así por lo menos no habría lugar a equívocos. Me dirigiría a él de forma concisa, positiva y perentoria, seca como la corteza de un pastel y concisa como Tácito o Montesquieu.

Era aún temprano cuando me presenté, y el General estaba vistiéndose, pero dije que era un asunto urgente, e inmediatamente fui introducido a su habitación por un viejo valet negro, que se quedó a la espera a todo lo largo de mi visita. Al entrar en la cámara miré a mi alrededor, por supuesto, en busca de su ocupante, pero en aquel momento fui incapaz de localizarle. Había un gran montón de algo con un aspecto extraordinariamente extraño que yacía a mis pies sobre el suelo, y ya que no estaba precisamente del mejor humor del mundo, le di una patada para apartarlo de mi camino.

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Muy educado, diría yo! —dijo el montón, con una de las vocecillas más diminutas y en términos generales de las más divertidas, entre un chirrido y un silbido, que había yo oído en los días de mi vida.

—¡Ejem! Muy educado, me atrevería a observar.

Estuve a punto de gritar de terror, y me dirigí tangencialmente a la más alejada esquina de la habitación.

—¡Que Dios me bendiga, mí querido amigo! —silbó de nuevo el montón—. Qué... qué... qué... ¡Válgame! ¿Qué es lo que pasa? Estoy por creer que no me conoce usted de nada.

¿Qué podía yo decir a eso?... ¿Qué podía? Me dejé caer anonadado en un sillón, y con los ojos muy abiertos y la mandíbula colgante esperé la solución de todo aquel misterio.

—No obstante, no deja de ser extraño que usted no me conozca, ¿no le parece? — volvió a chirriar al cabo de un rato aquella cosa indescriptible, y percibí que en aquel momento estaba realizando sobre el suelo no sé qué inexplicables movimientos muy análogos a los de ponerse un calcetín. No obstante, a la vista no había más que una pierna.

—No obstante, no deja de ser extraño que usted no me conozca, ¿no le parece? ¡Pompey, tráeme esa pierna! —Pompey le alcanzó entonces al montón una magnífica pierna de corcho, ya vestida, que se enroscó en un abrir y cerrar de ojos, e inmediatamente se puso en pie ante mí.

—Y una sangrienta pelea fue —continuó diciendo la cosa, como en un soliloquio—, pero al fin y al cabo uno no puede esperar luchar contra los Bogaboos y los Kickapoos y salir con un simple arañazo. Pompey, te agradecería que me alcancaras ahora ese brazo. Thomas —dijo, volviéndose hacia mí— es sin duda el mejor fabricante de piernas de corcho, pero si algún día tuviera usted necesidad de un brazo, mi querido amigo, permítame que le recomiende a Bishop.

En ese momento, Pompey le enroscó el brazo.

—Fue un trabajo bastante duro, eso se lo puedo asegurar. Ahora, tú, perro, ponme los hombros y el torso. Pettit fabrica los mejores hombros, pero si lo que usted quiere es un torso, lo mejor que puede hacer es ir a Ducrow.

—¡Torso! —dije yo.

—Pompey, ¿es que no vas a acabar nunca con esa peluca? Después de todo, que le quiten a uno la cabellera es un proceso bastante violento, pero, por otra parte se pueden conseguir magníficos bisoñés en De L'Orme's.

—¡Bisoñé!

—¡Ahora, tú, negro, tráeme mis dientes! Para conseguir un buen juego de estos, el mejor sitio es Parmly; los precios son altos, pero la mano de obra es excelente. No obstante, me tragué unas cuantas piezas excelentes cuando aquel gran Bogaboo me sacudió con la culata de su rifle.

—¡Culata! ¡Sacudió! ¡Por mis ojos!

—Oh, sí, por cierto, mi ojo... aquí está. ¡Pompey, bribón, enróscamelos! Esos Kikapoos no tienen recato en sacártelos, pero, después de todo, el tal doctor Williams es un hombre muy calumniado; no se puede usted imaginar lo bien que veo con los ojos que me ha hecho.

Empecé entonces a percibir con gran claridad que el objeto que estaba ante mí no era nada más ni nada menos que mi nuevo conocido, el Brevet-Brigadier General John A. B. C. Smith. Las manipulaciones de Pompey habían supuesto, justo es admitirlo, una gran diferencia en la apariencia personal de aquel hombre. No obstante, la voz me seguía desconcertando, pero incluso aquel misterio aparente fue inmediatamente desvelado.

—Pompey, negro sinvergüenza —chirrió el General—, realmente me da la impresión de que serías capaz de dejarme salir sin mi paladar.

Al oír esto, el negro, murmurando una excusa, se acercó a su dueño y le abrió la boca con el gesto experto de un jockey, ajustando con gran destreza en su interior una máquina de aspecto un tanto singular, cuya función yo no alcanzaba a comprender. No obstante, la alteración que produjo en la expresión de las facciones del General fue instantánea y sorprendente. Cuando volvió a hablar, su voz había recuperado toda aquella riqueza melódica y aquel poder que yo había relatado durante nuestro primer encuentro.

—¡El D... o se lleve a esos vagabundos! —dijo él, con un tono tan claro, que di un respingo de sorpresa—. ¡El D... o se lleve a esos vagabundos! No sólo no se conformaron con hundirme el cielo de la boca, sino que también se tomaron la molestia de cortarme por lo menos siete octavas partes de la lengua. No obstante, en toda América, no hay quien pueda igualar a Bonfanti en la fabricación de artículos de verdadera calidad de este género. Se lo puedo recomendar con toda confianza —aquí, el General hizo una reverencia—. Y asegurarle que lo hago con gran placer.

Agradecí su gentileza lo mejor que pude, y le abandoné inmediatamente, comprendiendo perfectamente la verdadera situación, comprendiendo por completo el misterio que durante tanto tiempo me había tenido preocupado. Era evidente. Era un caso claro. El Brevet Brigadier General era un hombre... era *el hombre consumido*.

La caída de la casa de Usher

The fall of the house Usher, 1939

*Son cœur est un luth suspendu:
Sitôt qu'on le touche il resonne³⁹*

DE BÉRANGER.

Durante un día entero de otoño, oscuro, sombrío, silencioso, en que las nubes se cernían pesadas y opresoras en los cielos, había yo cruzado solo, a caballo, a través de una extensión singularmente monótona de campiña, y al final me encontré, cuando las sombras de la noche se extendían, a la vista de la melancólica Casa de Usher. No sé cómo sucedió; pero, a la primera ojeada sobre el edificio, una sensación de insufrible tristeza penetró en mi espíritu. Digo insufrible, pues aquel sentimiento no estaba mitigado por esa emoción semiagradable, por ser poético, con que acoge en general el ánimo hasta la severidad de las naturales imágenes de la desolación o del terror. Contemplaba yo la escena ante mí —la simple casa, el simple paisaje característico de la posesión, los helados muros, las ventanas parecidas a ojos vacíos, algunos juncos alineados y unos cuantos troncos blancos y enfermizos— con una completa depresión de alma que no puede compararse apropiadamente, entre las sensaciones terrestres, más que con ese ensueño posterior del opiómamo, con esa amarga vuelta a la vida diaria, a la atroz caída del velo. Era una sensación glacial, un abatimiento, una náusea en el corazón, una irremediable tristeza de pensamiento que ningún estímulo de la imaginación podía impulsar a lo sublime. ¿Qué era aquello —me detuve a pensar—, qué era aquello que me desalentaba así al contemplar la Casa de Usher? Era un misterio de todo punto insoluble; no podía luchar contra las sombrías visiones que se amontonaban sobre mí mientras reflexionaba en ello. Me vi forzado a recurrir a la conclusión insatisfactoria de que *existen*, sin lugar a dudas, combinaciones de objetos naturales muy simples que tienen el poder de afectarnos de este modo, aunque el análisis de ese poder se base sobre consideraciones en que perderíamos pie. Era posible, pensé, que una simple diferencia en la disposición de los detalles de la decoración, de los pormenores del cuadro, sea suficiente para modificar, para aniquilar quizá, esa capacidad de impresión dolorosa. Obrando conforme a esa idea, guié mi caballo hacia la orilla escarpada de un negro y lúgubre estanque que se extendía con tranquilo brillo ante la casa, y miré con fijeza hacia abajo —pero con un estremecimiento más aterrador

³⁹ Su corazón es un laúd colgado;
no bien lo tocan, resuena.

aún que antes— las imágenes recomuestas e invertidas de los juncos grisáceos de los lívidos troncos y de las ventanas parecidas a ojos vacíos.

Sin embargo, en aquella mansión lóbrega me proponía residir unas semanas. Su propietario, Roderick Usher, fue uno de mis joviales compañeros de infancia; pero habían transcurrido muchos años desde nuestro último encuentro. Una carta, empero, había llegado recientemente a una alejada parte de la comarca —una carta de él—, cuyo carácter de vehemente apremio no admitía otra respuesta que mi presencia. La letra mostraba una evidente agitación nerviosa. El autor de la carta me hablaba de una dolencia física aguda —de un trastorno mental que le oprimía— y de un ardiente deseo de verme, como a su mejor y en realidad su único amigo, pensando hallar en el gozo de mi compañía algún alivio a su mal. Era la manera como decía todas estas cosas y muchas más, era la forma suplicante de abrirme su pecho, lo que no me permitía vacilación y, por tanto, obedecí desde luego, lo que consideraba yo, pese a todo, como un requerimiento muy extraño.

Aunque de niños hubiéramos sido camaradas íntimos, bien mirado, sabía yo muy poco de mi amigo. Su reserva fue siempre excesiva y habitual. Sabía, no obstante, que pertenecía a una familia muy antañoña que se había distinguido desde tiempo inmemorial por una peculiar sensibilidad de temperamento, desplegada a través de los siglos en muchas obras de un arte elevado, y que se manifestaba desde antiguo en actos repetidos de una generosa aunque recatada caridad, así como por una apasionada devoción a las dificultades, quizás más bien que a las bellezas ortodoxas y sin esfuerzo reconocibles de la ciencia musical. Tuve también noticia del hecho muy notable de que del tronco de la estirpe de los Usher, por gloriosamente antiguo que fuese, no había brotado nunca, en ninguna época, rama duradera; en otras palabras: que la familia entera se había perpetuado siempre en línea directa, salvo muy insignificantes y pasajeras excepciones. Semejante deficiencia, pensé —mientras revisaba en mi imaginación la perfecta concordancia de aquellas aserciones con el carácter proverbial de la raza, y mientras reflexionaba en la posible influencia que una de ellas podía haber ejercido, en una larga serie de siglos, sobre la otra—, era acaso aquella ausencia de rama colateral y de consiguiente transmisión directa, de padre a hijo, del patrimonio del nombre, lo que había, a la larga, identificado tan bien a los dos, uniendo el título originario de la posesión a la arcaica y equívoca denominación de "Casa de Usher", denominación empleada por los lugareños, y que parecía juntar en su espíritu la familia y la casa solariega.

Ya he dicho que el único efecto de mi experiencia un tanto pueril —contemplar abajo el estanque— fue hacer más profunda aquella primera impresión. No puedo dudar que la conciencia de mi acreida superstición —¿por qué no definirla así?— sirvió para acelerar aquel crecimiento. Tal es, lo sabía desde larga fecha, la paradójica ley de todos los sentimientos basados en el terror. Y aquélla fue tal vez la única razón que hizo, cuando mis ojos desde la imagen del estanque se alzaron hacia la casa misma, que

brotase en mi mente una extraña visión, una visión tan ridícula, en verdad, que si hago mención de ella es para demostrar la viva fuerza de las sensaciones que me oprimían. Mi imaginación había trabajado tanto, que creía realmente que en torno a la casa y la posesión entera flotaba una atmósfera peculiar, así como en las cercanías más inmediatas; una atmósfera que no tenía afinidad con el aire del cielo, sino que emanaba de los enfermizos árboles, de los muros grisáceos y del estanque silencioso; un vapor pestilente y místico, opaco, pesado, apenas discernible, de tono plomizo.

Sacudí de mi espíritu lo que no *podía* ser más que un sueño, y examiné más minuciosamente el aspecto real del edificio. Su principal característica parecía ser la de una excesiva antigüedad. La decoloración ocasionada por los siglos era grande. Menudos hongos se esparcían por toda la fachada, tapizándola con la fina trama de un tejido, desde los tejados. Por cierto que todo aquello no implicaba ningún deterioro extraordinario. No se había desprendido ningún trozo de la mampostería, y parecía existir una violenta contradicción entre aquella todavía perfecta adaptación de las partes y el estado especial de las piedras desmenuzadas. Aquello me recordaba mucho la espaciosa integridad de esas viejas maderas labradas que han dejado pudrir durante largos años en alguna olvidada cueva, sin contacto con el soplo del aire exterior. Aparte de este indicio de ruina extensiva, el edificio no presentaba el menor síntoma de inestabilidad. Acaso la mirada de un observador minucioso hubiera descubierto una grieta apenas perceptible que, extendiéndose desde el tejado de la fachada, se abría paso, bajando en zigzag por el muro, e iba a perderse en las tétricas aguas del estanque.

Observando estas cosas, seguí a caballo un corto terraplén hacia la casa. Un lacayo que esperaba cogió mi caballo, y entré por el arco gótico del vestíbulo. Un criado de furtivo andar me condujo desde allí, en silencio, a través de muchos corredores oscuros e intrincados, hacia el estudio de su amo. Muchas de las cosas que encontré en mi camino contribuyeron, no sé por qué, a exaltar esas vagas sensaciones de que he hablado antes. Los objetos que me rodeaban —las molduras de los techos, los sombríos tapices de las paredes, la negrura de ébano de los pisos y los fantasmagóricos trofeos de armas que tintineaban con mis zancadas— eran cosas muy conocidas para mí, a las que estaba acostumbrado desde mi infancia, y aunque no vacilase en reconocerlas todas como familiares, me sorprendió lo insólitas que eran las visiones que aquellas imágenes ordinarias despertaban en mí. En una de las escaleras me encontré al médico de la familia. Su semblante, pensé, mostraba una expresión mezcla de baja astucia y de perplejidad. Me saludó con azaramiento, y pasó. El criado abrió entonces una puerta y me condujo a presencia de su señor.

La habitación en que me hallaba era muy amplia y alta; las ventanas, largas, estrechas y ojivales, estaban a tanta distancia del negro piso de roble, que eran en absoluto inaccesibles desde dentro. Débiles rayos de una luz roja abríanse paso a través de los cristales enrejados, dejando lo bastante en claro los principales objetos de alrededor; la mirada, empero, luchaba en vano por alcanzar los rincones lejanos de la

estancia, o los entrantes del techo abovedado y con artesones. Oscuros tapices colgaban de las paredes. El mobiliario general era excesivo, incómodo, antiguo y deslucido. Numerosos libros e instrumentos de música yacían esparcidos en torno, pero no bastaban a dar vitalidad alguna a la escena. Sentía yo que respiraba una atmósfera penosa. Un aire de severa, profunda e irremisible melancolía se cernía y lo penetraba todo.

A mi entrada, Usher se levantó de un sofá sobre el cual estaba tendido por completo, y me saludó con una calurosa viveza que se asemejaba mucho, tal vez fue mi primer pensamiento, a una exagerada cordialidad, al obligado esfuerzo de un hombre de mundo *ennuyé*⁴⁰. Con todo, la ojeada que lancé sobre su cara me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos, y durante unos momentos, mientras él callaba, le miré con un sentimiento mitad de piedad y mitad de pavor. ¡De seguro, jamás hombre alguno había cambiado de tan terrible modo y en tan breve tiempo como Roderick Usher! A duras penas podía yo mismo persuadirme a admitir la identidad del que estaba frente a mí con el compañero de mis primeros años. Aun así el carácter de su fisonomía había sido siempre notable.

Un cutis cadavérico, unos ojos grandes, líquidos y luminosos sobre toda comparación; unos labios algo finos y muy pálidos, pero de una curva incomparablemente bella; una nariz de un delicado tipo hebraico, pero de una anchura desacostumbrada en semejante forma; una barbilla moldeada con finura, en la que la falta de prominencia revelaba una falta de energía; el cabello, que por su tenuidad suave parecía tela de araña; estos rasgos, unidos a un desarrollo frontal excesivo, componían en conjunto una fisonomía que no era fácil olvidar. Y al presente, en la simple exageración del carácter predominante de aquellas facciones, y en la expresión que mostraban, se notaba un cambio tal, que dudaba yo del hombre a quien hablaba. La espectral palidez de la piel y el brillo ahora milagroso de los ojos me sobrecogían sobre toda ponderación, y hasta me aterraban. Además, había él dejado crecer su sedoso cabello sin preocuparse, y como aquel tejido aráneo flotaba más que caía en torno a la cara, no podía yo, ni haciendo un esfuerzo, relacionar a aquella expresión arabesca con idea alguna de simple humanidad.

Me chocó lo primero cierta incoherencia, una contradicción en las maneras de mi amigo, y pronto descubrí que aquello procedía de una serie de pequeños y fútiles esfuerzos por vencer un azaramiento habitual, una excesiva agitación nerviosa.

Estaba ya preparado para algo de ese género, no sólo por su carta, sino por los recuerdos de ciertos rasgos de su infancia, y por las conclusiones deducidas de su peculiar conformación física y de su temperamento. Sus actos eran tan pronto vivos como indolentes. Su voz variaba rápidamente de una indecisión trémula (cuando su ardor parecía caer en completa inacción) a esa especie de concisión energética, a esa

⁴⁰ Hastiado. En francés en el original.

enunciación abrupta, pesada, lenta —una enunciación hueca—, a ese habla gutural, plúmbea, muy bien modulada y equilibrada, que puede observarse en el borracho perdido o en el incorregible comedor de opio, durante los períodos de su más intensa excitación.

Así, pues, habló del objeto de mi visita, de su ardiente deseo de verme, y de la alegría que esperaba de mí. Se extendió bastante rato sobre lo que pensaba acerca del carácter de su dolencia. Era, dijo, un mal constitucional, de familia, para el cual desesperaba de encontrar un remedio; una simple afección nerviosa, añadió acto seguido, que, sin duda, desaparecía pronto. Se manifestaba en una multitud de sensaciones extranaturales... Algunas, mientras me las detallaba, me interesaron y confundieron, aunque quizá los términos y gestos de su relato influyeron bastante en ello. Sufría él mucho de una agudeza morbosa de los sentidos; sólo toleraba los alimentos más insípidos; podía usar no más que prendas de cierto tejido; los aromas de todas las flores le sofocaban, una luz, incluso débil, atormentaba sus ojos, y exclusivamente algunos sonidos peculiares, los de los instrumentos de cuerda, no le inspiraban horror.

Vi que era el esclavo forzado de una especie de terror anómalo.

—Moriré —dijo—, *debo* morir de esta lamentable locura. Así, así y no de otra manera, debo morir. Temo los acontecimientos futuros, no en sí mismos, sino en sus consecuencias. Tiemblo al pensamiento de cualquier cosa, del más trivial incidente que pueden actuar sobre esta intolerable agitación de mi alma. Siento verdadera aversión al peligro, excepto en su efecto absoluto: el terror. En tal estado de excitación, en tal estado lamentable, presiento que antes o después llegará un momento en que han de abandonarme a la vez la vida y la razón, en alguna lucha con el horrendo fantasma, con *el miedo*.

Supe también a intervalos, por insinuaciones interrumpidas y ambiguas, otra particularidad de su estado mental. Estaba él encadenado por ciertas impresiones supersticiosas, relativas a la mansión donde habitaba, de la que no se había atrevido a salir desde hacía muchos años, relativas a una influencia cuya supuesta fuerza expresaba en términos demasiado sombríos para ser repetidos aquí, una influencia que algunas particularidades en la simple forma y materia de su casa solariega habían, a costa de un largo sufrimiento, decía él, logrado sobre su espíritu un efecto que lo *físico* de los muros y de las torres grises, y del oscuro estanque en que todo se reflejaba, había al final creado sobre lo *moral* de su existencia.

Admitía él, no obstante, aunque con vacilación, que gran parte de la especial tristeza que le afigía podía atribuirse a un origen más natural y mucho más palpable, a la cruel y ya antigua dolencia, a la muerte —sin duda cercana— de una hermana tiernamente amada, su sola compañera durante largos años, su última y única parienta en la tierra.

—Su fallecimiento —dijo él con una amargura que no podrá nunca olvidar— me dejará (a mí, el desesperanzado, el débil) como el último de la antigua raza de los Usher.

Mientras hablaba, lady Madeline (así se llamaba) pasó por la parte más distante de la habitación, y sin fijarse en mi presencia, desapareció. La miré con un enorme asombro no desprovisto de terror, y, sin embargo, me pareció imposible darme cuenta de tales sentimientos. Una sensación de estupor me oprimía conforme mis ojos seguían sus pasos que se alejaban. Cuando al fin se cerró una puerta tras ella, mi mirada buscó instintivamente la cara de su hermano, pero él había hundido el rostro en sus manos, y sólo pude observar que una palidez mayor que la habitual se había extendido sobre los descarnados dedos, a través de los cuales goteaban abundantes lágrimas apasionadas.

La enfermedad de lady Madeline había desconcertado largo tiempo la ciencias de sus médicos. Una apatía constante, un agotamiento gradual de su persona, y frecuentes, aunque pasajeros ataques de carácter cataléptico parcial, eran el singular diagnóstico. Hasta entonces había ella soportado con firmeza la carga de su enfermedad, sin resignarse, por fin, a guardar cama; pero, al caer la tarde de mi llegada a la casa, sucumbió (como su hermano me dijo por la noche con una inexpresable agitación) al poder postrador del mal, y supe de la mirada que yo le había dirigido sería, probablemente, la última. Que no vería ya nunca más a aquella dama, viva al menos.

En varios días consecutivos no fue mencionado su nombre ni por Usher ni por mí, y durante ese período hice esfuerzos ardosos para aliviar la melancolía de mi amigo. Pintamos y leímos juntos, o si no, escuchaba yo, como un sueño, sus fogosas improvisaciones en su elocuente guitarra. Y así, a medida que una intimidad cada vez más estrecha me admitía con mayor franqueza en las reconditeces de su alma, percibía yo más amargamente la inutilidad de todo esfuerzo para alegrar un espíritu cuya negrura, como una cualidad positiva que le fuese inherente, derramaba sobre todos los objetos del universo moral u físico una irradiación incesante de tristeza.

Conservaré siempre el recuerdo de muchas horas solemnes que pasé solo con el dueño de la Casa de Usher. A pesar de todo, intentaría en balde expresar el carácter exacto de los estudios o de las ocupaciones en que me complicaba o cuyo camino me mostraba. Una idealidad ardiente, elevada, enfermiza, arrojaba su luz sulfúrea por doquiera. Sus largas improvisaciones fúnebres resonarán siempre en mis oídos. Entre otras cosas, recuerdo dolorosamente cierta singular perversión, amplificada, del aria impetuosa del último vals de Weber. En cuanto a las pinturas que incubaba su laboriosa fantasía —que llegaba, trazo a trazo, a una vaguedad que me hacía estremecer con mayor commoción, pues temblaba sin saber por qué—, en vano intentaría yo extraer de ellas la más pequeña parte que pudiese estar contenida en el ámbito de las simples palabras escritas. Por la completa sencillez, por la desnudez de sus dibujos, inmovilizaba y sobrecogía la atención. Si alguna vez un mortal pintó una idea, ese mortal fue Roderick Usher. Para mí, al menos, en las circunstancias que me rodeaban, de las puras abstracciones que el hipocondríaco se ingenia en lanzar sobre su lienzo, se alzaba un

terror intenso, intolerable, cuya sombra no he sentido nunca en la contemplación de los sueños, sin duda, refulgentes, aunque demasiado concretos, de Fuseli.

Una de las concepciones fantasmagóricas de mi amigo, en que el espíritu de abstracción no participaba con tanta rigidez, puede ser esbozada, aunque apenas, con palabras. Era un cuadrito que representaba el interior de una cueva o túnel intensamente largo y rectangular, de muros bajos, lisos, blancos y sin interrupción ni adorno. Ciertos detalles accesorios del dibujo servían para hacer comprender la idea de que aquella excavación estaba a una profundidad excesiva bajo la superficie de la tierra. No se veía ninguna salida a lo largo de su vasta extensión, ni se divisaba antorcha u otra fuente artificial de luz, y, sin embargo, una oleada de rayos intensos rodaba de parte a parte, bañándolo todo en un lívido e inadecuado esplendor.

Acabo de hablar de ese estado morboso del nervio auditivo que hacía toda música intolerable para el paciente, excepto ciertos efectos de los instrumentos de cuerda. Eran, quizás, los límites estrechos en los cuales se había confinado él mismo al tocar la guitarra los que habían dado en gran parte aquel carácter fantástico a sus interpretaciones. Pero en cuanto a la férvida *facilidad* de sus *impromptus*, no podía uno darse cuenta así. Tenían que ser, y lo eran, en las notas lo mismo que en las palabras de sus fogosas fantasías (pues él las acompañaba a menudo con improvisaciones verbales rimadas), el resultado de ese intenso recogimiento, de esa concentración mental a los que he aludido antes, y que se observan sólo en los momentos especiales de la más alta excitación artificial. Recuerdo bien las palabras de una de aquellas rapsodias. Me impresionó acaso más fuertemente cuando él me la dio, porque bajo su sentido interior o místico me pareció percibir por primera vez que Usher tenía plena conciencia de su estado, que sentía cómo su sublime razón se tambaleaba sobre su trono. Aquellos versos, titulados *El palacio hechizado*, eran, poco más o menos, si no al pie de la letra, los siguientes:

I

*En el más verde de nuestros valles,
habitado por los ángeles buenos,
antaño un bello y majestuoso palacio
—un radiante palacio— alzaba su frente.*

*En los dominios del rey Pensamiento,
¡allí se elevaba!
Jamás un serafín desplegó el ala
sobre un edificio la mitad de bello.*

II

*Banderas amarillas, gloriosas doradas
sobre su remate flotaban y ondeaban
(esto, todo esto, sucedía hace mucho,
muchísimo tiempo);
y a cada suave brisa que retozaba
en aquellos gratos días,
a lo largo de los muros pálidos y empenachados
se elevaba un aroma alado.*

III

*Los que vagaban por ese alegre valle,
a través de dos ventanas iluminadas, veían
espíritus moviéndose musicalmente
a los sones de un laúd bien templado,
en torno a un trono donde, sentado (¡porfirogénito!)
con un fausto digno de su gloria,
aparecía el señor del reino.*

IV

*Y refulgente de perlas y rubíes
era la puerta del bello palacio
por la que salía a oleadas, a oleadas, a oleadas
y centelleaba sin cesar,
una turba de Ecos cuya grata misión
era sólo cantar,
con voces de magnífica belleza,
el talento y el saber de su rey.*

V

*Pero seres malvados, con ropajes de luto,
asaltaron la elevada posición del monarca;
(jah, llaremos, pues nunca el alba
despuntará sobre él, el desolado!)
Y en torno a su mansión, la gloria
que rojeaba y florecía
es sólo una historia oscuramente recordada
de las viejas edades sepultadas.*

VI

*Y ahora los viajeros, en ese valle,
a través de las ventanas rojizas, ven
amplias formas moviéndose fantásticamente
en una desacorde melodía;
mientras, cual un rápido y horrible río,
a través de la pálida puerta
una horrenda turba se precipita eternamente,
riendo, mas sin sonreír nunca más.*

Recuerdo muy bien que las sugerencias suscitadas por esta balada nos sumieron en una serie de pensamientos en la que se manifestó una opinión de Usher que menciono aquí, no tanto en razón de su novedad (pues otros hombres han pensado lo mismo)⁴¹, sino a causa de la tenacidad con que él la mantuvo. Esta opinión, en su forma general, era la de la sensibilidad de todos los seres vegetales. Pero en su trastornada imaginación la idea había asumido un carácter más atrevido aún, e invadía, bajo ciertas condiciones, el reino inorgánico. Me faltan palabras para expresar toda la extensión o el serio abandono de su convencimiento. Esta creencia, empero, se relacionaba (como ya antes he sugerido) con las piedras grises de la mansión de sus antepasados. Aquí las condiciones de la sensibilidad estaban cumplidas, según él imaginaba, por el método de colocación de aquellas piedras, por su disposición, así como por los numerosos hongos que las

⁴¹ Watson, Percival, Spallanzani, y en particular el obispo de Landaff. Véase *Chemical Essay*, volumen V. (Nota de E. A. Poe)

cubrían y los árboles enfermizos que se alzaban alrededor, pero sobre todo por la inmutabilidad de aquella disposición y por su desdoblamiento en las quietas aguas del estanque. La prueba —la prueba de aquella sensibilidad— estaba, decía él (y yo le oía hablar, sobresaltado), en la gradual, pero evidente condensación, por encima de las aguas y alrededor de los muros, de una atmósfera que les era propia. El resultado se descubría, añadía él, en aquella influencia muda, aunque importuna y terrible, que desde hacía siglos había moldeado los destinos de su familia, y que le hacía a él tal como le veía yo ahora, tal como era. Semejantes opiniones no necesitan comentarios, y no los haré.

Nuestros libros —los libros que desde hacía años formaban una parte no pequeña de la existencia espiritual del enfermo— estaban, como puede suponerse, de estricto acuerdo con aquel carácter fantasmal. Estudiábamos minuciosamente obras como el *Vertvert et Chartreuse*, de Gresset; el *Belphegor*, de Maquiavelo; *El cielo y el infierno*, de Swedenborg; el *Viaje subterráneo*, de Nicolás Klimm de Holberg; la *Quiromancia*, de Roberto Flaud, de Jean d'Indaginé y de De la Chambre; el *Viaje por el espacio azul*, de Tieck, y la *Ciudad del Sol*, de Campanella. Uno de sus volúmenes favoritos era una pequeña edición *in octavo* del *Directorium Inquisitorium*, por el dominico Eymeric de Gironne; y había pasajes, en Pomponius Mela, acerca de los antiguos sátiros africanos o egipanes, sobre los cuales Usher soñaba durante horas enteras. Su principal delicia, con todo, la encontraba en la lectura atenta de un raro y curioso libro gótico *in-quarto* —el manual de una iglesia olvidada—, las *Vigiliae Mortuorum Secundum Chorum Ecclesiae Maguntinae*.

Pensaba a mi pesar en el extraño ritual de aquel libro, y en su probable influencia sobre el hipocondríaco, cuando, una noche, habiéndome informado bruscamente de que lady Madeline ya no existía anunció su intención de conservar el cuerpo durante una quincena (antes de su enterramiento final) en una de las numerosas criptas situadas bajo los gruesos muros del edificio. La razón profana que daba sobre aquella singular manera de proceder era de esas que no me sentía yo con libertad para discutir. Como hermano, había adoptado aquella resolución (me dijo él) en consideración al carácter insólito de la enfermedad de la difunta, a cierta curiosidad importuna e indiscreta por parte de los hombres de ciencia, y a la alejada y expuesta situación del panteón familiar. Confieso que, cuando recordé el siniestro semblante del hombre con quien me había encontrado en la escalera el día de mi llegada a la casa, no sentí deseo de oponerme a lo que consideraba todo lo más como una precaución inocente, pero muy natural.

A ruegos de Usher, le ayudé personalmente en los preparativos de aquel entierro temporal. Pusimos el cuerpo en el féretro, y entre los dos lo transportamos a su lugar de reposo. La cripta en la que lo dejamos (y que estaba cerrada hacia tanto tiempo, que nuestras antorchas, semiacabadas en aquella atmósfera sofocante, no nos permitían ninguna investigación) era pequeña, húmeda y no dejaba penetrar la luz; estaba situada a una gran profundidad, justo debajo de aquella parte de la casa donde se encontraba mi

dormitorio. Había sido utilizada, al parecer, en los lejanos tiempos feudales, como mazmorra, y en días posteriores, como depósito de pólvora o de alguna otra materia inflamable, pues una parte del suelo y todo el interior de una larga bóveda que cruzamos para llegar hasta allí estaban cuidadosamente revestidos de cobre. La puerta, de hierro macizo, estaba también protegida de igual modo. Cuando aquel inmenso peso giraba sobre sus goznes producía un ruido singular, agudo y chirriante.

Depositamos nuestro lúgubre fardo sobre unos soportes en aquella región de horror, apartamos un poco la tapa del féretro, que no estaba aún atornillada, y miramos la cara del cadáver. Un parecido chocante entre el hermano y la hermana atrajo en seguida mi atención, y Usher, adivinando tal vez mis pensamientos, murmuró unas palabras, por las cuales supe que la difunta y él eran gemelos, y que habían existido siempre entre ellos unas simpatías de naturaleza casi inexplicables. Nuestras miradas, entre tanto, no permanecieron fijas mucho tiempo sobre la muerta, pues no podíamos contemplarla sin espanto. El mal que había llevado a la tumba a lady Madeline en la plenitud de su juventud había dejado, como suele suceder en las enfermedades de carácter estrictamente cataléptico, la burla de una débil coloración sobre el seno y el rostro, y en los labios, esa sonrisa equívoca y morosa que es tan terrible en la muerte. Volvimos a colocar y atornillamos la tapa, y después de haber asegurado la puerta de hierro, emprendimos de nuevo nuestro camino hacia las habitaciones superiores de la casa, que no eran menos tristes.

Y entonces, después de un lapso de varios días de amarga pena, tuvo lugar un cambio visible en los síntomas de la enfermedad mental de mi amigo. Sus maneras corrientes desaparecieron. Sus ocupaciones ordinarias eran descuidadas u olvidadas. Vagaba de estancia en estancia con un paso precipitado, desigual y sin objeto. La palidez de su fisonomía había adquirido si es posible, un color más lívido; pero la luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. No oía ya aquel tono de voz áspero que tenía antes en ocasiones, y un temblor que se hubiera dicho causado por un terror sumo, caracterizaba de ordinario su habla. Me ocurría a veces, en realidad, pensar que su mente, agitada sin tregua, estaba torturada por algún secreto opresor, cuya divulgación no tenía el valor para efectuar. Otras veces me veía yo obligado a pensar, en suma, que se trataba de rarezas inexplicables de la demencia, pues le veía mirando al vacío durante largas horas en una actitud de profunda atención, como si escuchase un ruido imaginario. No es de extrañar que su estado me aterrarse, que incluso sufriese yo su contagio. Sentía deslizarse dentro de mí, en una gradación lenta, pero segura, la violenta influencia de sus fantásticas, aunque impresionantes supersticiones.

Fue en especial una noche, la séptima o la octava desde que depositamos a lady Madeline en la mazmorra, antes de retirarnos a nuestros lechos, cuando experimenté toda la potencia de tales sensaciones. El sueño no quería acercarse a mi lecho, mientras pasaban y pasaban las horas. Intenté buscar un motivo al nerviosismo que me dominaba. Me esforcé por persuadirme de que lo que sentía era debido, en parte al

menos, a la influencia trastornadora del mobiliario opresor de la habitación, a los sombríos tapices desgarrados que, atormentados por las ráfagas de una tormenta que se iniciaba, vacilaban de un lado a otro sobre los muros y crujían penosamente en torno a los adornos del lecho. Pero mis esfuerzos fueron inútiles. Un irreprimible temblor invadió poco a poco mi ánimo, y a la larga una verdadera pesadilla vino a apoderarse por completo de mi corazón. Respiré con violencia, hice un esfuerzo, logré sacudirla, e incorporándome sobre las almohadas y clavando una ardiente mirada en la densa oscuridad de la habitación, presté oído —no sabría decir por qué me impulsó una fuerza instintiva— a ciertos ruidos vagos, apagados e indefinidos que llegaban hasta mí a través de las pausas de la tormenta. Dominado por una intensa sensación de horror, inexplicable e insufrible me vestí de prisa (pues sentía que no iba a serme posible dormir en toda la noche) y procuré, andando a grandes pasos por la habitación, salir del estado lamentable en que estaba sumido.

Apenas había dado así unas vueltas, cuando un paso ligero por una escalera cercana atrajo mi atención. Reconocí muy pronto que era el paso de Usher. Un instante después llamó suavemente en mi puerta y entró, llevando una lámpara. Su cara era, como de costumbre, de una palidez cadavérica; pero había, además, en sus ojos una especie de loca hilaridad, y en todo su porte, una histeria evidentemente contenida. Su aspecto me aterró; pero todo era preferible a la soledad que había yo soportado tanto tiempo, y acogí su presencia como un alivio.

—¿Y usted no ha visto esto? —dijo él bruscamente, después de permanecer algunos momentos en silencio mirándome—. ¿No ha visto usted esto? ¡Pues espere! Lo verá.

Mientras hablaba así, y habiendo resguardado cuidadosamente su lámpara, se precipitó hacia una de las ventanas y la abrió de par en par a la tormenta.

La impetuosa furia de la ráfaga nos levantó casi del suelo. Era, en verdad, una noche tempestuosa; pero espantosamente bella, de una rareza singular en su terror y en su belleza. Un remolino había concentrado su fuerza en nuestra proximidad, pues había cambios frecuentes y violentos en la dirección del viento, y la excesiva densidad de las nubes (tan bajas, que pasaban sobre las tordillas de la casa) no nos impedía apreciar la viva velocidad con la cual acudían unas contra otras desde todos los puntos, en vez de perderse a distancia. Digo que su excesiva densidad no nos impedía percibir aquello, y aun así, no divisábamos ni la luna ni las estrellas, ni relámpago alguno proyectaba su resplandor. Pero las superficies inferiores de aquellas vastas masas de agitado vapor, lo mismo que todos los objetos terrestres muy cerca alrededor nuestro, reflejaban la claridad sobrenatural de una emanación gaseosa que se cernía sobre la casa y la envolvía en una mortaja luminosa y bien visible.

—¡No debe usted, no contemplará usted esto! —dije, temblando, a Usher, y le llevé con suave violencia desde la ventana a una silla—. Esas apariciones que le trastornan son simples fenómenos eléctricos, nada raros, o puede que tengan su horrible origen en los fétidos miasmas del estanque. Cerremos esta ventana; el aire es helado y peligroso

para su organismo. Aquí tiene usted una de sus novelas favoritas. Leeré, y usted escuchará: y así pasaremos esta terrible noche, juntos.

El antiguo volumen que había yo cogido era el *Mad Trist*, de sir Launcelot Canning; pero lo había llamado el libro favorito de Usher por triste chanza, pues, en verdad, con su tosca y pobre prolijidad, poco atractivo podía ofrecer para la elevada y espiritual idealidad de mi amigo. Era, sin embargo, el único libro que tenía inmediatamente a mano, y me entregué a la vaga esperanza de que la excitación que agitaba al hipocondríaco podría hallar alivio (pues la historia de los trastornos mentales está llena de anomalías semejantes) hasta en la exageración de las locuras que iba yo a leerle. A juzgar por el gesto de predominante y ardiente interés con que escuchaba o aparentaba escuchar las frases de la narración, hubiese podido congratularme del éxito de mi propósito.

Había llegado a esa parte tan conocida de la historia en que Ethelredo, el héroe del *Trist*, habiendo intentado en vano penetrar pacíficamente en la morada del ermitaño, se decide a entrar por la fuerza. Aquí, como se recordará, dice lo siguiente la narración:

"Y Ethelredo que era por naturaleza de valeroso corazón, y que ahora sentíase, además, muy fuerte, gracias a la potencia del vino que había bebido no esperó más tiempo para hablar con el ermitaño quien tenía de veras el ánimo propenso a la obstinación y a la malicia; pero, sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo el desencadenamiento de la tempestad, levantó su maza, y con unos golpe abrió pronto un camino, a través de las tablas de la puerta, a su mano enguantada de hierro; y entonces tirando con ella vigorosamente hacia sí, hizo crujir, hundirse y saltar todo en pedazos, de tal modo, que el ruido de la madera seca y sonando a hueco repercutió de una parte a otra de la selva."

Al final de esta frase me estremecí e hice un pausa, pues me había parecido (aunque pensé e seguida que mi excitada imaginación me engañaba) que de una parte muy alejada de la mansión llegaba confuso a mis oídos un ruido que se hubiera dicho, a causa de su exacta semejanza de tono, el eco (pero sofocado y sordo, ciertamente de aquel ruido real de crujido y de arrancamiento descrito con tanto detalle por sir Launcelot. Era sin duda, la única coincidencia lo que había atraído tan sólo mi atención, pues entre el golpeteo de las hojas de las ventanas y los ruidos mezclados de la tempestad creciente, el sonido en sí mismo no tenía, de seguro, nada que pudiera intrigarme o turbarme.

Continué la narración:

"Pero el buen campeón Ethelredo, franqueando entonces la puerta, se sintió dolorosamente furioso y asombrado al no percibir rastro alguno del malicioso ermitaño, sino, en su lugar, un dragón de una apariencia fenomenal y escamosa, con una lengua de fuego, y que estaba de centinela ante un palacio de oro, con el suelo de plata, y sobre el muro aparecía colgado un escudo brillante de bronce, con esta leyenda encima:

*El que entre aquí, vencedor será;
el que mate al dragón, el escudo ganará."*

"Ethelredo levantó su maza y golpeó sobre la cabeza del dragón, que cayó ante él y exhaló su aliento pestilente con un ruido tan horrendo, áspero y penetrante a la vez, que Ethelredo tuvo que taparse los oídos con las manos para resistir aquel terrible estruendo como no lo había él oído nunca antes."

Aquí hice de súbito una nueva pausa, y ahora con una sensación de violento asombro, pues no cabía duda de que había yo oído esta vez (érame imposible decir de qué dirección venía) un ruido débil y como lejano, pero áspero, prolongado, singularmente agudo y chirriante, la contrapartida exacta del rito sobrenatural del dragón descrito por el novelista y tal cual mi imaginación se lo había ya figurado.

Oprimido como lo estaba, sin duda, por aquella segunda y muy extraordinaria coincidencia, por mil sensaciones contradictorias, entre las cuales predominaban un asombro y un terror extremos, conservé, empero, la suficiente presencia de ánimo para tener cuidado de no excitar con una observación cualquiera la sensibilidad nerviosa de mi compañero. No estaba seguro en absoluto de que él hubiera notado los ruidos en cuestión, siquiera, a no dudar, una extraña alteración habíase manifestado, desde hacía unos minutos, en su actitud. De su posición primera enfrente de mí había él hecho girar gradualmente su silla de modo a encontrarse sentado con la cara vuelta hacia la puerta de la habitación; así, sólo podía yo ver parte de sus rasgos, aunque noté que sus labios temblaban como si dejases escapar un murmullo inaudible. Su cabeza estaba caída sobre su pecho, y, no obstante, yo sabía que no estaba dormido, pues el ojo que entreveía de perfil permanecía abierto y fijo. Además, el movimiento de su cuerpo contradecía también aquella idea, pues se balanceaba con suave, pero constante y uniforme oscilación. Noté, desde luego, todo eso, y reanudé el relato de sir Launcelot, que continuaba así:

"Y ahora el campeón, habiendo escapado de la terrible furia del dragón, y recordando el escudo de bronce, y que el encantamiento que sobre él pesaba estaba roto, apartó la masa muerta de delante de su camino y avanzó valientemente por el suelo de plata del castillo hacia el sitio del muro de donde colgaba el escudo; el cual, en verdad, no esperó a que estuviese él muy cerca, sino que cayó a sus pies sobre el pavimento de plata, con un pesado y terrible ruido."

Apenas habían pasado entre mis labios estas últimas sílabas, y como si en realidad hubiera caído en aquel momento un escudo de bronce pesadamente sobre un suelo de plata, oí el eco claro, profundo, metálico, resonante, si bien sordo en apariencia. Excitado a más no poder, salté sobre mis pies, en tanto que Usher no había interrumpido su balanceo acompasado.

Sus ojos estaban fijos ante sí, y toda su fisonomía, contraída por una pétreas rigidez. Pero cuando puse la mano sobre su hombro, un fuerte estremecimiento recorrió toda su ser, una débil sonrisa tembló sobre sus labios, y vi que hablaba con un murmullo apagado, rápido y balbuciente, como si no se diera cuenta de mi presencia. Inclinándome sobre él, absorbí al fin el horrendo significado de sus palabras.

—¿No oye usted? Sí, yo oigo, y he oído. Durante mucho, mucho tiempo, muchos minutos, muchas horas, muchos días, he oido; pero no me atrevía. ¡Oh, piedad para mí, mísero desdichado que soy! ¡No me atrevía, no me atrevía a hablar! ¡La hemos metido viva en la tumba! ¿No le he dicho que mis sentidos están agudizados? Le digo *ahora* que he oido sus primeros débiles movimientos dentro del ataúd. Los he oido hace muchos, muchos días, y, sin embargo, *no me atreví a hablar!* Y ahora, esta noche, Ethelredo, ¡ja, ja! ¡La puerta del ermitaño rota, el grito de muerte del dragón y el estruendo del escudo, diga usted mejor el arrancamiento de su féretro, y el chirrido de los goznes de hierro de su prisión, y su lucha dentro de la bóveda de cobre! ¡Oh! ¿Adónde huir? ¿No estará ella aquí en seguida? ¿No va a aparecer para reprocharme mi precipitación? ¿No he oido su paso en la escalera? ¿No percibo el pesado y horrible latir de su corazón? ¡Insensato! —y en ese momento se alzó furiosamente de puntillas y aulló sus sílabas como si en aquel esfuerzo exhalase su alma—: *Insensato. Le digo a usted que ella está ahora detrás de la puerta!*

En el mismo instante, como si la energía sobrehumana de sus palabras hubiese adquirido la potencia de un hechizo, las grandes y antiguas hojas que él señalaba entreabrieron pausadamente sus pesadas mandíbulas de ébano. Era aquello obra de una furiosa ráfaga, pero en el marco de aquella puerta estaba entonces la alta y amortajada figura de lady Madeline de Usher. Había sangre sobre su blanco ropaje, y toda su demacrada persona mostraba las señales evidentes de una enconada lucha. Durante un momento permaneció trémula y vacilante sobre el umbral; luego, con un grito apagado y quejumbroso, cayó a plomo hacia adelante sobre su hermano, y en su violenta y ahora definitiva agonía le arrastró al suelo, ya cadáver y víctima de sus terrores anticipados.

Huí de aquella habitación y de aquella mansión, horrorizado. La tempestad se desencadenaba aún en toda su furia cuando franqueé la vieja calzada. De pronto una luz intensa se proyectó sobre el camino y me volví para ver dónde podía brotar claridad tan singular, pues sólo tenía a mi espalda la vasta mansión y sus sombras. La irradiación provenía de la luna llena, que se ponía entre un rojo de sangre, y que ahora brillaba con viveza a través de aquella grieta antes apenas visible, y que, como ya he dicho al principio, se extendía, zigzagueando, desde el tejado del edificio hasta la base. Mientras la examinaba, aquella grieta se ensanchó con rapidez; hubo de nuevo una impetuosa ráfaga, un remolino; el disco entero del satélite estalló de repente ante mi vista; mi cerebro se alteró cuando vi los pesados muros desplomarse, partidos en dos; resonó un largo y tumultuoso estruendo, como la voz de mil cataratas, y el estanque profundo y

fétido, situado a mis pies, se cerró tétrica y silenciosamente sobre los restos de la *Casa de Usher*.

William Wilson

William Wilson, 1939

¿Qué decir de ella? ¿Qué decir (de la) torva conciencia,

ese espectro en mi camino?

CAMBERLAYNE, *Pharronida*

Permitid que, por el momento, me presente como William Wilson. La página inmaculada que tengo ante mí, no debe ser manchada con mi verdadero nombre. Éste ya ha sido exagerado objeto del desprecio —del horror—, del odio de mi estirpe. ¿Los vientos indignados, no han esparcido su incomparable infamia por las regiones más distantes del globo? ¡Oh, paria, el más abandonado de todos los parias! ¿No estás definitivamente muerto para la tierra? ¿No estás muerto para sus honores, para sus flores, para sus doradas ambiciones? Y una nube densa, lúgubre, ¡limitada ¡no cuelga eternamente entre tus esperanzas y el cielo?

Aunque pudiese, no quisiera registrar hoy, ni aquí, la narración de mis últimos años de indecible desdicha y de crimen imperdonable. Esa época —esos años recientes— llegaron repentinamente al colmo de la depravación cuyo origen es lo único que en el presente me propongo señalar. Por lo general los hombres caen gradualmente en la bajeza. En mi caso, en un sólo instante, toda virtud se desprendió de mi cuerpo como si fuera un manto. De una maldad comparativamente trivial, pasé, con la zancada de un gigante, a enormidades peores que las de un Heliogábalo. Acompañadme en el relato de la oportunidad, del único acontecimiento que provocó una maldad semejante. La muerte se acerca, y la sombra que la precede ha ejercido un influjo tranquilizador sobre mi espíritu. Al atravesar el valle en penumbras, anhelo la comprensión —casi dije la piedad— de mis semejantes. Desearía que creyeran que, en cierta medida, he sido esclavo de circunstancias que exceden el control humano. Desearía que, en los detalles que estoy por dar, buscaran algún pequeño oasis de fatalidad en un erial de errores. Desearía que admitieran —y no pueden menos que hacerlo— que aunque hayan existido tentaciones igualmente grandes, el hombre no ha sido jamás así tentado y, sin duda, jamás así cayó. ¿Será por eso que nunca sufrió de esta manera? En realidad, ¿no habré vivido en un sueño? ¿No me muero ahora víctima del horror y del misterio de las más enloquecidas visiones sublunares?

Soy descendiente de una estirpe cuya imaginación y temperamento fácilmente excitable la destacó en todo momento; y desde la más tierna infancia di muestras de haber heredado plenamente e carácter de la familia. A medida que avanzaba en años, ese carácter se desarrolló con más fuerza y se convirtió por muchos motivos en causa de

grave preocupación para mis amigos, y de acusado perjuicio para mí. Crecí con voluntad propia, entregado a los más extravagantes caprichos, y víctima de las más incontrolables pasiones. Pobres de espíritu, mentalmente débiles y asaltados por enfermedades constitucionales análogas a las mías, mis padres poco pudieron hacer para contener las malas predisposiciones que me distinguían. Algunos esfuerzos flojos y mal dirigidos terminaron en un completo fracaso para ellos y, naturalmente, en un triunfo total para mí. De allí en adelante mi voz fue ley en esa casa; y a una edad en que pocos niños han abandonado los andadores, quedé a merced de mi propia voluntad y me convertí, de hecho, si no de derecho, en dueño de mis actos.

Mis más tempranos recuerdos de la vida escolar se relacionan con una casa isabelina, amplia e irregular en un pueblo de Inglaterra, cubierto de niebla, donde se alzaban innumerables árboles nudosos y gigantescos, y donde todas las casas eran excesivamente antiguas. En verdad, esa vieja y venerable ciudad era un lugar de ensueño, propicio para la paz del espíritu. En este mismo momento, en mi fantasía, percibo el frío refrescante de sus avenidas profundamente sombreadas, inhalo la fragancia de sus mil arbustos, y me vuelvo a estremecer con indefinible deleite ante el sonido hueco y profundo de la campana de la iglesia que quebraba, cada hora, con su hosco y repentino tañido, el silencio de la melancólica atmósfera en la que el recamado campanario gótico se engastaba y dormía.

Tal vez el mayor placer que me es dado alcanzar hoy en día sea el demorarme en recuerdos de la escuela y todo lo que con ella se relaciona. Empapado como estoy por la desgracia —una desgracia, ¡ay! demasiado real— se me perdonará que busque alivio, aunque leve y efímero en la debilidad de algunos detalles por vagos que sean. Esos detalles, triviales y hasta ridículos en sí mismos, asumen en mi imaginación una extraña importancia por estar relacionados con una época y un lugar en donde reconozco la presencia de las primeras ambiguas admoniciones del destino que después me envolvieron tan completamente en su sombra. Permitidme, entonces, que recuerde.

Ya he dicho que la casa era antigua e irregular. Se erguía en un terreno extenso y un alto y sólido muro de ladrillos, coronado por una capa de cemento y de vidrios rotos, rodeaba la propiedad. Esta muralla, semejante a la de una prisión, era el límite de nuestros dominios; lo que había más allá sólo lo veíamos tres veces por semana: una vez los sábados a la tarde cuando, acompañados por dos preceptores, se nos permitía realizar un breve paseo en grupo a través de alguno de los campos vecinos; y dos veces durante el domingo, cuando marchábamos de modo igualmente formal a los servicios matinales y vespertinos de la iglesia del pueblo. El director de la escuela era también el pastor de la iglesia. ¡Con qué profunda sorpresa y perplejidad lo contemplaba yo desde nuestros bancos lejanos, cuando con paso solemne y lento subía al púlpito! Ese hombre reverente, de semblante tan modestamente benigno, de vestiduras tan brillosas y clercialmente ondulantes, de peluca minuciosamente empolvada, rígida y enorme... ¿podía ser el mismo que poco antes, con rostro amargo y ropa manchada de rapé,

administraba, férula en mano, las leyes draconianas de la escuela? ¡Oh, gigantesca Paradoja, demasiado monstruosa para tener solución!

En un ángulo de la voluminosa pared rechinaba una puerta aun más voluminosa. Estaba remachada y tachonada con tomillos de hierro y coronada con picas dentadas del mismo metal. ¡Qué impresión de profundo temor inspiraba! Nunca se abría, salvo para las tres salidas y regresos mencionados; por eso, en cada crujido de sus enormes goznes encontrábamos la plenitud del misterio, un mando de asuntos para solemnes comentarios o para aun más solemnes meditaciones.

El extenso muro era de forma irregular, con abundantes recesos espaciosos. De éstos, tres o cuatro de los más grandes constituyan el campo de juegos. El piso estaba nivelado y cubierto de grava fina y dura. Recuerdo bien que no tenía árboles, ni bancos, ni nada parecido. Por supuesto que quedaba en la parte posterior de la casa. En el frente había un pequeño cantero, plantado con boj y otros arbustos; pero a través de esta sagrada división sólo pasábamos en contadas ocasiones, como el día de llegada o el de partida del colegio o quizás, cuando algún padre o amigo nos pasaba a buscar y nos íbamos alegramente a disfrutar de la Navidad o de las vacaciones de verano a nuestras casas.

¡Pero la casa! ¡Qué extraño era aquel viejo edificio! y para mí, ¡qué palacio encantado! Realmente sus recovecos eran infinitos, así como sus incomprensibles subdivisiones. En cualquier momento resultaba difícil afirmar con seguridad en cuál de sus dos pisos nos hallábamos.

Entre un cuarto y otro siempre había tres o cuatro escalones que subían o bajaban. Además, las alas laterales eran innumerables —inconcebibles— y volvían de tal modo sobre sí mismas que nuestras ideas más exactas con respecto a la casa en sí, no diferían demasiado de las que teníamos sobre el infinito. Durante los cinco años de mi residencia, nunca pude cerciorarme con precisión de en qué remoto lugar estaban situados los pequeños dormitorios que nos habían asignado a mí y a otros dieciocho o veinte alumnos.

El aula era el cuarto más grande de la casa —y desde mi punto de vista— el más grande del mundo entero. Era muy largo, angosto y desconsoladoramente bajo, con puntiagudas ventanas góticas y cielo raso de roble. En un ángulo remoto y aterrizante había un cerramiento cuadrado de unos ocho o diez pies, allí se encontraba el sanctum donde rezaba "entre una clase y otra" de nuestro director, el reverendo doctor Bransby. Era una estructura sólida, de puerta maciza, y antes de abrirla en ausencia del "dómine" hubiéramos preferido morir por la peine forte et dure. En otros ángulos había dos cerramientos similares sin duda mucho menos reverenciados, pero no por eso menos motivo de terror. Uno de ellos era la cátedra del preceptor "clásico", otro el correspondiente a "inglés y matemáticas". Dispersos por el salón, entrecruzados en interminable irregularidad había innumerables bancos y pupitres, negros, viejos, carcomidos por el tiempo, tapados por pilas de libros manoseados, y tan cubiertos de iniciales, nombres completos, figuras grotescas y otros múltiples esfuerzos del

cortaplumas, que habían perdido lo poco que en lejanos días les quedaba de su forma original. En un extremo del salón había un inmenso balde de agua, y en el otro un reloj de formidables dimensiones.

Encerrado entre las macizas paredes de esta venerable academia, pasé sin tedio ni disgustos los años del tercer lustro de mi vida.

El fecundo cerebro de la infancia no requiere que lo ocupen o diviertan los sucesos del mundo exterior; y la monotonía aparentemente lúgubre de la escuela estaba repleta de excitaciones más intensas que las que mi juventud obtuvo del lujo, o mi edad madura del crimen. Sin embargo debo creer que mi primitivo desarrollo mental ya salía de lo común... y hasta tenía mucho de outré. Por lo general, los acontecimientos de la infancia no dejan un recuerdo definido en el hombre maduro. Todo se parece a una sombra grisácea, —un recuerdo débil e irregular— una evocación indistinta de pequeños placeres y fantasmagóricos dolores. Pero en mi caso no es así. En la infancia debo haber sentido con la energía de un hombre lo que ahora encuentro estampado en mi memoria con imágenes tan vívidas, tan profundas y tan duraderas como los exergos de las medallas cartaginesas.

Y sin embargo —desde un punto de vista mundano— ¡qué poco había allí para recordar! Despertar por la mañana, el llamado nocturno a acostarse, los estudios, los recitados; las vacaciones periódicas y los paseos; el campo de juegos con sus peleas, sus pasatiempos, sus intrigas... todo eso que por obra de un hechizo mental tota ente olvidado después, llegaba a abarcar una multitud de sensaciones, un mundo de ricos incidentes, un universo de variadas emociones, de la más apasionada y entusiasta excitación. "¡Oh, le bon temps, que ce siècle de fer!"

En verdad, el ardor, el entusiasmo y mi naturaleza imperiosa pronto me destacaron de mis condiscípulos y suave, pero naturalmente fui ganando ascendiente sobre todos los que no eran mucho mayores que yo; sobre todos... con una única excepción. La excepción fue un alumno que sin ser pariente mío, llevaba mi mismo nombre y apellido; una circunstancia poco destacable porque pese a mi ascendencia noble, el mío era uno de esos apellidos comunes que, desde tiempos inmemoriales, parecen haber pasado a ser propiedad de la plebe. En este relato me he denominado William Wilson, nombre ficticio, pero no muy distinto del verdadero. Sólo mi tocayo, entre los que según la fraseología del colegio formaban nuestro "grupo" se atrevía a competir conmigo en el estudio, —en los deportes y rencillas del campo de juegos— negándose a creer ciegamente en mis afirmaciones y a someterse a mis deseos... en una palabra, pretendía oponerse a mi arbitaria dictadura. Si existe en la tierra un despotismo supremo e ¡limitado es el despotismo que ejerce en la juventud, una mente superior sobre los espíritus menos enérgicos de sus compañeros.

La rebeldía de Wilson era para mí una fuente de la mayor perplejidad; tanto más cuando pese a la bravuconería con que trataba en público tanto a él como a sus pretensiones, secretamente le temía y no podía menos que pensar que la igualdad que

mantenía conmigo tan fácilmente era una prueba de su verdadera superioridad; porque no ser superado me costaba una lucha permanente. Sin embargo esa superioridad —y aún esa igualdad— en realidad nadie más que yo la reconocía; nuestros compañeros, por una inexplicable ceguera, ni siquiera parecían sospecharla. Lo cierto es que su competencia, su resistencia y sobre todo su impertinente y tozuda interferencia en mis propósitos, eran tan dolorosas como poco evidentes. Era como si careciera tanto de la ambición que estimula, como de la apasionada energía mental que me permitía destacarme. Parecía que su rivalidad sólo se debía al caprichoso deseo de contradecirme, asombrarme o mortificarme; aunque había momentos en que yo no podía menos que observar, con una mezcla de asombro, humillación y resentimiento, que Wilson mezclaba sus injurias, sus insultos o sus contradicciones con un muy inapropiado y sin duda inoportuno modo afectuoso. Yo sólo podía concebir ese singular comportamiento como el producto de una consumada suficiencia que adoptaba el tono vulgar de la condescendencia y la protección.

Quizás fuera este último rasgo en la conducta de Wilson, junto con nuestros nombres idénticos y la simple coincidencia de haber ingresado el mismo día en la escuela lo que, entre los alumnos de los cursos superiores, dio pábulo a la idea de que éramos hermanos. Porque los estudiantes mayores, por lo general, no se informan en detalle de los asuntos de los menores. Ya he dicho, o debí decir, que Wilson no estaba, ni remotamente emparentado con mi familia. Pero con seguridad, de haber sido hermanos, hubiéramos sido mellizos; porque después de egresar de la escuela del doctor Bransby, me enteré por casualidad de que mi tocayo había nacido el diecinueve de enero de 1913 y esta es una coincidencia bastante notable, pues se trata precisamente del día de mi natalicio.

Tal vez parezca extraño que, pese a la continua ansiedad que me causaban la rivalidad de Wilson y su intolerable espíritu de contradicción, de alguna manera no podía resolverme a odiarlo. Sin duda, casi todos los días manteníamos una discusión en la que me cedía públicamente la palma de la victoria, aunque de alguna manera me hacía sentir que era él quien la merecía; sin embargo, una sensación de orgullo de mi parte, y una gran dignidad de la suya, nos mantenía siempre en lo que se ha dado en llamar "buenas relaciones", mientras en muchos aspectos nuestros temperamentos congeniaban, despertando en mí un sentimiento que sólo nuestras respectivas posturas impedían que madurara en amistad. Me resulta verdaderamente difícil definir, y aun describir mis verdaderos sentimientos hacia él. Eran una mezcla abigarrada y heterogénea; cierta petulante animosidad, que no llegaba a ser odio, cierta estima, un respeto mayor aun, mucho temor y un mundo de inquietante curiosidad. Para los moralistas, será innecesario agregar, además, que Wilson y yo éramos compañeros inseparables.

Sin duda esta anómala relación que existía entre nosotros era lo que me llevaba a atacarlo (y los ataques eran muchos, francos o en cubiertos) por medio de la burla o de

las bromas pesadas (que duelen aunque parezcan una simple diversión) en lugar de convertirse en una seria y decidida hostilidad. Pero mis esfuerzos en ese sentido no siempre resultaban exitosos, aunque concibiera mis planes con mucha astucia; porque el carácter de mi tocayo poseía esa modesta y silenciosa austeridad del que, aunque goce de sus propias bromas afiladas, no posee en sí mismo un talón de Aquiles y se niega totalmente a ser objeto de una burla. Sólo pude encontrarle un punto vulnerable, debido a una peculiaridad de su persona y ocasionado quizá por una enfermedad constitucional, que hubiese relegado a cualquier otro antagonista menos exasperado que yo; mi rival tenía un defecto en las cuerdas vocales que le impedía levantar la voz más allá de un susurro apenas audible. Y yo no dejé de aprovechar las pobres ventajas que ese defecto me proporcionaba.

Las represalias de Wilson eran muchas; pero había una que me Perturbaba más allá de toda medida. Jamás pude saber cómo descubrió con tanta sagacidad que algo tan insignificante me ofendería; Pero una vez que lo supo, no dejó de asestármela. Yo siempre había experimentado aversión por mi poco elegante apellido y ni nombre de pila tan común que era casi plebeyo. Esos nombres eran veneno Para mis oídos y cuando, el día de mi llegada, se presentó un segundo William Wilson en la academia, me indigné con él por llevar tal nombre y me disgusté doblemente con el apellido debido a que lo llevaba un extraño el cual sería motivo de una doble repetición, que estaría constante en mi presencia y cuyas actividades en la rutina del colegio, a causa de esa odiosa coincidencia, muchas veces serían confundidas con las mías.

Este sentimiento de vejación así engendrado fue creciendo con cada circunstancia que tendiera a revelar un parecido moral o físico entre mi rival y yo. Entonces todavía no había descubierto el hecho notable de que fuésemos de la misma edad, pero noté que éramos de la misma estatura y percibí una singular semejanza en nuestras facciones y aspecto físico. También me amargaba que entre los alumnos de las clases superiores se rumoreara que éramos parientes. En una palabra, nada podía molestarme más (aunque lo disimulara escrupulosamente) que cualquier alusión a un parecido intelectual, personal o familiar entre nosotros. Pero en realidad no tenía motivos para creer que (con excepción de un parentesco y en el caso del mismo Wilson) que estas similitudes fueran comentadas u observadas siquiera por nuestros compañeros. Me resultaba evidente que él las observaba en todos sus aspectos y con tanta claridad como yo; pero que en tales circunstancias hubiera sido capaz de descubrir tan fructífero campo de ataque, sólo puede ser atribuible, como ya dije, a su extraordinaria perspicacia.

Su táctica consistía en perfeccionar una imitación de mi persona, tanto en palabras como en hechos y Wilson desempeñaba admirablemente su papel. Mi forma de vestir era fácil de copiar; se apropió sin dificultad de mi manera de caminar y de mis actitudes, y a pesar de su defecto constitucional, ni siquiera mi voz escapó a su imitación. Por supuesto que no intentaba imitar mis tonos más fuertes, pero la tonalidad general de mi voz era idéntica; y su extraño susurro llegó a convertirse en el eco mismo de mi voz.

No me aventuraré a describir hasta dónde me exasperaba este minucioso retrato (porque con justicia no podía tildarse de caricatura). Me quedaba un consuelo: por lo visto era el único que notaba la imitación y sólo tenía que soportar las sonrisas cómplices y misteriosamente sarcásticas de mi tocayo. Satisfecho de haber provocado en mí el efecto esperado, parecía reír en secreto por el aguijón que acababa de clavarme y desdeñaba el aplauso general que fácilmente podría haber obtenido con sus astutas maniobras. Durante muchos meses fue un enigma indescifrable para mí que la totalidad del colegio no advirtiera sus designios, no percibiera sus intenciones, ni comprobara su cumplimiento, y participara de su burla. Tal vez la gradación de su máscara la hizo menos perceptible; o posiblemente debí mi seguridad a la maestría del imitador que desdeñando la letra (que es todo lo que ven los obtusos en una pintura) sólo ofrecía en pleno el espíritu del original para mi contemplación y tormento.

Ya he hablado más de una vez del desagradable aire protector que Wilson asumía con respecto a mí, y de sus frecuentes y oficiosas interferencias que se interponían en mi voluntad. Esta interferencia muchas veces adoptaba la desagradable forma de un consejo, consejo más insinuado que abiertamente ofrecido. Yo lo recibía con una repugnancia que se fue acentuando con los años. Y sin embargo, en este día tan lejano, permítaseme el acto de justicia de reconocer que no recuerdo ocasión alguna en la que las sugerencias de mi rival me incitaran a los errores o tonterías tan habituales en esa edad inmadura e inexperta: si no su talento, o su sabiduría mundana por lo menos su sentido moral y su sensatez eran mucho más agudos que los míos; y hoy en día, yo hubiera podido ser un hombre mejor, y por lo tanto más feliz, de haber rechazado con menos frecuencia los consejos encerrados en esos susurros que en ese momento odiaba cordialmente y despreciaba con amargura.

Como sea, acabé por impacientarme en extremo ante esa desagradable supervisión y cada día me sentía más agraviado por lo que consideraba su intolerable arrogancia. He dicho ya que durante nuestros primeros años de relación como condiscípulos, mis sentimientos hacia Wilson bien podrían haber madurado en una amistad; pero en los últimos meses de mi residencia en la academia, aunque su impertinencia hubiera disminuido, sin duda, en alguna medida, mis sentimientos se trocaron, en similar proporción; en odio más profundo. Creo que en una ocasión él lo percibió, y desde entonces, me evitó, o simuló evitarme.

Si mal no recuerdo, en esa misma época, tuvimos un violento altercado durante el que Wilson perdió la calma hasta un punto mayor que otras veces, y habló y actuó con una franqueza nada común en su carácter. En ese momento descubrí, o creí descubrir, en su tono, en su aire, y en su apariencia general algo que al principio me sorprendió y luego me interesó profundamente, trayendo a mi recuerdo veladas visiones de mi primera infancia: vehementes, confusos y tumultuosos recuerdos de un tiempo en que la memoria misma aún no había nacido. Sólo logro describir la sensación que me oprimía diciendo que me resultó difícil rechazar la convicción de haber estado vinculado en

alguna época muy lejana con ese ser que permanecía de pie ante mí... una vinculación en algún punto infinitamente remoto del pasado. Sin embargo la ilusión se desvaneció con la misma rapidez con que había llegado, y si la refiero es para precisar el día en que mantuve la última conversación con mi extraño tocayo en la academia.

La enorme casa vieja, con sus innumerables subdivisiones, tenía varios cuartos contiguos de gran tamaño donde dormía la mayoría de los estudiantes. Como sucede inevitablemente en un edificio tan mal proyectado, había asimismo una cantidad de cuartos de menor tamaño, verdaderas sobras de la estructura, y que el ingenio económico del doctor Bransby también había habilitado como dormitorios; pese a que por su tamaño tan reducido no pudieran alojar más que a un sólo individuo. Wilson ocupaba uno de esos cuartos pequeños.

Una noche, hacia el final de mi quinto año en la escuela e inmediatamente después del altercado que acabo de mencionar, cuando todos dormían, me levanté, y lámpara en mano me interné por interminables pasillos angostos rumbo al dormitorio de mi rival. Hacía mucho que planeaba hacerle una de esas perversas bromas pesadas, hasta ese momento siempre infructuosas. Tenía intenciones de llevar a cabo de inmediato mi plan, y decidí que Wilson percibiera toda su milicia Al llegar a su cuarto, entré en silencio, y dejé afuera la lámpara cubierta con una pantalla. Avancé un paso y escuché el sonido de su respiración tranquila. Seguro de que dormía, volví a tomar la lámpara y me aproximé con ella a la cama. Esta se hallaba rodeada de pesadas cortinas; siguiendo con mi plan, las aparté con lentitud y en silencio hasta que rayos de luz iluminaron de golpe al durmiente, mientras mis ojos se clavaban en su cara. Lo miré, e instantáneamente quedé petrificado, helado. Respiré con dificultad, me temblaban las rodillas y mi espíritu era presa de un horror sin sentido, pero intolerable. Jadeando, aproximé aún más la lámpara a su cara. ¿Eran esos... éos, los rasgos de William Wilson? Veía, sin duda que eran los suyos, pero me estremecía como presa de un ataque de fiebre al imaginar que no lo eran. ¿Qué había en ellos para confundirme de tal manera? Lo miré fijo mientras mi cerebro era presa de un torbellino de pensamientos incoherentes. No era esa su apariencia —seguramente no era ésa— cuando estaba despierto. ¡El mismo nombre! ¡La misma figura! ¡El mismo día de llegada a la academia! ¡Y después su obstinada e insensata imitación de mi manera de caminar, mi voz, mis costumbres y actitudes! ¿Estaría en verdad, dentro de los límites de las posibilidades humanas que lo que ahora veía fuese meramente el resultado de su constante y sarcástica imitación? Despavorido y cada vez más tembloroso apagué la lámpara, salí en silencio del cuarto y abandoné en el acto los salones de esa vieja academia a la que no regresaría jamás.

Después de pasar algunos meses holgazaneando en casa, me hallé convertido en un estudiante de Eton. El breve intervalo transcurrido bastó para debilitar el recuerdo de los acontecimientos ocurridos en la academia del doctor Bransby, o por lo menos para modificar los sentimientos que esos recuerdos me inspiraban. La verdad —la tragedia— del drama, ya no existían. Ahora podía dudar de la evidencia de mis sentidos, y las

pocas veces que recordaba el episodio me sorprendían los extremos a que puede llegar la credulidad humana y sonreía ante la fuerza de la imaginación que poseía por herencia. Dado el género de vida que empecé a llevar en Eton era lógico que este escepticismo no decreciera. El vórtice de locura irreflexiva en el que inmediata y temerariamente me sumergí, barrió con todo lo que no fuera el pasado reciente ahogando de inmediato toda impresión sólida o seria y dejando en mi recuerdo tan sólo las cosas más triviales de mi vida anterior.

No deseó, sin embargo, trazar aquí el curso de este miserable libertinaje, un libertinaje que desafía las leyes y eludía la vigilancia de la institución. Transcurrieron tres años de locura que no me dejaron ningún provecho, sino que arraigaron en mí los vicios y, de manera insólita, aumentaron mi estatura corporal. En ese tiempo, después de una semana de tonta disipación, invitó a un grupo de los estudiantes más disolutos a una orgía secreta en mis habitaciones. Nos encontramos ya avanzada la noche, porque nuestra orgía debía prolongarse fielmente hasta la mañana. Corría con libertad el vino, y no faltaban otras seducciones tal vez más peligrosas; cuando el gris de la aurora apenas se perfilaba en el este, nuestro extravagante delirio estaba en su punto más alto. Excitado hasta la locura por las cartas y el alcohol, yo insistía en un brindis especialmente blasfemo cuando de repente atrajo mi atención la puerta que se entreabrió con violencia, y la voz ansiosa de un criado. Decía que una persona me reclamaba con desesperada urgencia en el vestíbulo.

Salvajemente excitado por el vino, la inesperada interrupción me alegró en lugar de sorprenderme. Salí tambaleante y en pocas pasos estuve en el vestíbulo del edificio. En ese lugar, estrecho y bajo, no había lámpara, y sólo la pálida claridad del amanecer se abría paso por la ventana semicircular. Al transponer el umbral percibí la presencia de un joven casi de mi misma estatura, que vestía una bata de casimir blanco, cortada al nuevo estilo, como la que llevaba yo puesta en ese momento. La débil luz me permitió percibirlo, pero no alcancé a distinguir los rasgos de su cara. Al verme entrar, vino presuroso a mi encuentro y tomándome del brazo con un gesto de petulante impaciencia, me murmuró al oído las palabras:

—¡William Wilson!

Recuperé en el acto la sobriedad.

En los modales del desconocido, y en el temblor de su dedo suspenso entre mis ojos y la luz, había algo que me llenó de indescriptible asombro; pero no fue eso lo que me conmovió con mayor violencia. Fue la solemne admonición que contenían aquellas palabras sibilantes pronunciadas en voz baja y singular; y por sobre todo, fue el carácter, el tono, el sonido de esas sílabas escasas, simples y familiares, pero susurradas, que llegaban a mí con mil turbulentos recuerdos de días pasados, y que golpearon mi alma con el impacto de una batería galvánica. Antes de que pudiera recobrar el uso de mis facultades, mi visitante había desaparecido.

Aunque ese acontecimiento tuvo un vívido efecto sobre mi imaginación, fue también un efecto pasajero. Durante una semana me ocupé en hacer toda clase de investigaciones o me dejé envolver en una nube de especulaciones morbosas. No pretendí ocultar a mi percepción la identidad del singular individuo que con tanta perseverancia se inmiscuía en mis asuntos y que me acosaba con sus insinuados consejos. ¿Pero quién era y qué era ese Wilson? ¿De dónde venía? ¿Cuáles eran sus propósitos? Me resultó imposible encontrar una respuesta satisfactoria a estas preguntas; sólo alcancé a averiguar que un repentino accidente familiar lo obligó a abandonar la academia del doctor Bransby el mismo día de mi huida. Pero poco tiempo después dejé de pensar en el asunto; mi atención estaba completamente absorbida por el proyecto de ingresar en Oxford. Hacia allí pronto me trasladé; mis padres, en su irreflexiva vanidad, me proporcionaron un vestuario Y una pensión anual que me permitirían disfrutar a mi antojo del lujo, ya tan caro a mi corazón, y rivalizar en despilfarro con los más altivos herederos de los más opulentos ducados de Gran Bretaña.

Excitado por tantos medios para fomentar el vicio, mi temperamento se desbordó con renovado ardor, y en la loca infatuación de mis francachelas, mancillé las más elementales normas de decencia. Pero sería absurdo detenerme en los detalles de mis extravagancias. Baste decir que fui más despilfarrador que el mismo Herodes, y que dando nombre a una multitud de nuevas locuras, agregué un apéndice nada breve al largo catálogo de vicios entonces habituales en la más disoluta universidad de Europa.

Sin embargo resultaba casi increíble que pese a haber caído tan bajo mancillando mi condición de caballero, hubiera de llegar a familiarizarme con el vil arte del jugador profesional y que, habiéndome convertido en adepto de esa ciencia despreciable, la practicara con frecuencia, corno un medio de aumentar aún más mis enormes rentas a expensas de mis compañeros más débiles de carácter. Sin embargo, esa era la verdad. Y la misma enormidad de esta ofensa contra todos los sentimientos varoniles y honorables, demostraba, más allá de toda duda, la principal, ya que no la única razón de la impunidad con que la cometía. ¿Quién, entre mis más desenfrenados camaradas, no hubiera preferido dudar del testimonio de sus sentidos antes de sospechar culpable de semejante vileza al alegre, al franco, al generoso William Wilson —el más noble y liberal compañero de Oxford— ese cuyas locuras (según decían sus parásitos) eran sólo las locuras de la juventud y de la fantasía, cuyos errores no eran más que caprichos inimitables cuyos vicios más negros eran sólo descuidadas y atrevidas extravagancias?

Había estado dos años exitosamente entregado a estas actividades, cuando llegó a la Universidad un joven noble, un parvenu de apellido Glendinning —tan rico como Herodes Atico según los rumores— y cuyas riquezas también habían sido fácilmente obtenidas. Pronto me di cuenta de que era un simple y, naturalmente, lo consideré un sujeto adecuado para poner a prueba mis habilidades. Lo invité a jugar con frecuencia y, con la habitual artimaña del tahúr, le permití ganar sumas considerables para envolverlo más eficazmente en mis redes. Una vez maduros mis planes, me encontré

con él (decidido a que esa partida fuera la última y decisiva) en las habitaciones de un compañero llamado Preston, amigo por igual de ambos pero que, para hacerle justicia, no abrigaba la más remota sospecha de mis intenciones. Para mayor disimulo, conseguí reunir un grupo de ocho a diez personas y me las ingenié para que la pro puesta de jugar a las cartas pareciera accidental y la sugiriera la misma víctima. Para no prolongar un tema tan vil, no omití ninguna de las acostumbradas y delicadas bajezas de situaciones similares, hasta tal punto repetidas que sorprende que todavía existan seres tan tontos que caigan en la trampa.

Dilatamos el juego hasta altas horas de la noche y por fin llevé a cabo la maniobra gracias a la cual Glendinning quedaba como mi único adversario. El juego, también era mi preferido, el écarté. El resto de los invitados, interesados por nuestra partida, abandonó sus propias cartas y nos rodeó. El parvenú, a quien al principio de la noche logré inducir a beber en abundancia, mezclaba las cartas, las repartía y jugaba con una nerviosidad que su ebriedad sólo en parte podía explicar. En poco rato se convirtió en mi deudor por una importante suma y entonces, después de beber un gran trago de oporto, hizo lo que yo fríamente esperaba: me propuso doblar nuestras ya extravagantes apuestas. Simulé una enorme renuencia y recién cuando mis repetidas negativas le provocaron algunas réplicas coléricas, que me acusaban de cobarde, acepté la propuesta. El resultado, por supuesto, no hizo más que demostrar hasta qué punto había caído la presa en mis redes: en menos de una hora, su deuda se cuadruplicó. Hacía rato que el semblante de Glendinning perdía el tinte rubicundo provocado por el vino; pero ahora, para mi sorpresa, percibí en él una palidez verdaderamente espantosa. Aseguro que me sorprendió, porque en respuesta a mis ansiosas averiguaciones, Glendinning me había sido presentado como inmensamente rico, y las sumas que ya llevaba perdidas, aunque importantes en sí mismas, supuse que no podían incomodarlo seriamente, y mucho menos afectarlo con tal violencia. Lo primero que pensé era que estaba agobiado por el vino que acababa de beber; y más por mantener mi reputación a los ojos de mis compañeros que por motivos menos interesados, me disponía a exigir con tono perentorio la suspensión de la partida, cuando algunas frases dichas a mi alrededor y la exclamación de total desesperanza que profirió Glendinning, me dieron a entender que acababa de provocar su ruina total en circunstancias que, al convertirlo en Objeto de la piedad general, deberían haberlo protegido hasta de los ataques de un espíritu maligno.

Es difícil saber cuál debía haber sido mi conducta en ese momento. La lamentable condición de mi víctima creaba un clima de incómodo abatimiento en todos los presentes; hubo algunos instantes de Profundo silencio durante el que me ardieron las mejillas ante las miradas abrasadoras de desprecio y de reproche que me dirigían los menos viciosos del grupo. Confieso que el peso intolerable de mi ansiedad se vio durante breves instantes aliviada por una repentina y extraordinaria interrupción. Las pesadas puertas plegadizas de la habitación se abrieron de par en par con un ímpetu tan vigoroso y arrollador que, como por arte de magia, se extinguieron todas las velas del

cuarto. Pero las llamas, agonizantes, nos Permitieron percibir la entrada de un desconocido, un hombre aproximadamente, de mi estatura, completamente envuelto en una capa. La oscuridad era ahora total, Y sólo podíamos sentir que el desconocido estaba entre nosotros. Antes de que nadie pudiera recobrarse de la sorpresa provocada por entrada tan ruda e intempestiva, oímos la voz del intruso.

—Señores— dijo en una voz baja y clara, en un susurro jamás olvidado que me estremeció hasta la médula—. Señores, no me disculparé por mi comportamiento, porque al conducirme de esta manera cumplo con un deber. Sin lugar a dudas, ustedes ignoran la verdadera personalidad del que esta noche le ha ganado a Lord Glendinning una importante suma al écarté. Por lo tanto les señalaré una manera expeditiva para obtener esta tan necesaria información. Por favor examinen con cuidado el paño de su manga izquierda y los pequeños paquetes que encontrarán en los espaciosos bolsillos de su bata bordada.

Mientras hablaba, el silencio era tan profundo que se hubiera Podido oír la caída de un alfiler sobre el piso. Al terminar de hablar, salió tan abruptamente como había llegado. ¿Puedo describir... describiré mis sensaciones? ¿Necesito decir que experimenté todos los horrores del condenado? No tuve tiempo de reflexionar. Varias manos me aferraron con rudeza, impidiéndome todo movimiento, y de inmediato se volvieron a prender las luces. Enseguida me registraron. En el forro de mi manga encontraron todas las cartas esenciales en el écarté, y en los bolsillos de mi bata una serie de mazos de barajas idénticos a los que utilizábamos en nuestras partidas, con la única excepción de que las mías eran lo que técnicamente se denomina arrondées: los honores eran levemente convexos en las puntas, las cartas más bajas, levemente convexas a los costados. De esta manera, el incauto que corta el mazo a lo largo, según lo acostumbrado, invariablemente proporciona un honor a su adversario, mientras el tahúr cortará a lo ancho sin proporcionar a su víctima ninguna carta de importancia en el juego.

Cualquier explosión de indignación ante lo que acababan de descubrir me hubiera afectado menos que el silencioso desprecio o la sarcástica compostura con que lo recibieron.

—Señor Wilson— dijo nuestro anfitrión, inclinándose para levantar del piso una lujosa capa de pieles excepcionales, Señor Wilson, esta capa es suya. (Hacía frío y al salir de mi habitación me había echado la capa sobre los hombros quitándomela luego al llegar a la escena del juego). Supongo que está de más buscar aquí mayores pruebas de su habilidad —comentó, observando los pliegues de la capa con amarga sonrisa—. Ya tenemos bastantes. Espero que comprenda la necesidad de abandonar Oxford, y, en todo caso, de salir inmediatamente de mis aposentos.

Envilecido, humillado como estaba, es probable que hubiera respondido a tan exasperante lenguaje con un arrebato de violencia si en ese momento mi atención no hubiese sido atraída por un hecho sorprendente. La capa que me había puesto para la

reunión era de pieles extremadamente raras; tan poco comunes y extravagantemente costosas que no me aventuraré a hablar de su precio. También el modelo era de mi propia y fantástica invención; porque era exigente hasta la fanfarronería en cuestiones de naturaleza tan frívola. Por eso, cuando el señor Preston me alcanzó la que acababa de levantar del piso, cerca de las puertas plegadizas de la habitación vi, con un asombro que se acercaba al terror, que yo tenía mi propia capa colgando del brazo (donde distraídamente la había colocado) y que la que él me entregaba era absolutamente idéntica en todos y cada uno de sus detalles. Recordé que el extraño personaje que me desenmascarara estaba envuelto en una capa al entrar y, aparte de mí, esa noche ningún otro invitado llevaba capa. Con la poca presencia de ánimo que me quedaba, tomé la que me ofrecía Preston, la coloqué con disimulo sobre la mía; salí de la habitación con una resuelta expresión de desafío, y al alba de la mañana siguiente inicié un viaje al continente sumido en un abismo de horror y de vergüenza.

Huía en vano. Mi maldito destino me persiguió exultante, y me demostró, sin lugar a dudas, que su misterioso dominio acababa de empezar. Apenas puse mis pies en París tuve nuevas pruebas del odioso interés que Wilson demostraba en mis asuntos. Volaron los años, sin que yo pudiera experimentar el menor alivio. ¡Miserable! ¡En Roma se interpuso entre mis ambiciones y yo con inoportuna y espectral solicitud! También en Viena, en Berlín y en Moscú. ¿Dónde en verdad, no tuve amargos motivos para maldecirlo desde el fondo del corazón? Por fin huí, presa de pánico, de esa inescrutable tiranía, como si se tratara de una peste; y huí en vano hasta los mismos confines de la tierra.

Y una y otra vez, en secreta comunión con mi espíritu, me preguntaba; "¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué quiere?" Pero no encontré la respuesta. Entonces estudié con minuciosidad las formas y los métodos y los rasgos dominantes de aquella impertinente vigilancia. Pero aún en eso no había en qué basar una conjeta. Era ciertamente notable que en ninguna de las múltiples instancias en que se había cruzado últimamente en mi camino lo había hecho más que para frustrar planes o malograr hechos que, de haberse cumplido, hubieran culminado en una amarga maldad. ¡Pobre justificación es ésta, en verdad, para una autoridad tan imperiosamente asumida! ¡Pobre compensación para los derechos de un libre albedrío tan pertinaz e insultantemente negado!

También me había visto obligado a notar que, durante un largo período, mi verdugo (que escrupulosamente y con maravillosa destreza mantuvo su capricho de vestirse de manera idéntica que yo) consiguió que, en la ejecución de sus variadas interferencias a mi voluntad, nunca y en ningún momento pudiera ver sus facciones. Quienquiera fuese Wilson, esto, al menos era el colmo de la afectación o de la locura. ¿Supuso por un instante que en quien me amonestara en Eton, en quien malograra mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi apasionado amor en Nápoles o lo que falsamente definiera como mi avaricia en Egipto que en éste —mi archienemigo y genio maligno—, dejaría de reconocer al William Wilson de mis días de escolar al tocayo, al compañero, al

rival, al odiado y temido rival de la academia del doctor Bransby? ¡Imposible! Pero permitan que me apresure a llegar a la última escena del drama.

Hasta allí yo había sucumbido con indolencia a su imperioso dominio. El sentimiento de profundo temor con que habitualmente contemplaba el elevado carácter, la majestuosa sabiduría y la aparente ubicuidad y omnipotencia de Wilson, sumados al terror que ciertos rasgos de su naturaleza y las conjeturas que me inspiraban, habían llevado a grabar en mí la idea de mi absoluta debilidad y desamparo, y a sugerirme una implícita aunque amarga y renuente sumisión a su arbitraria voluntad. Pero últimamente, me había entregado por completo a la bebida, y la terrible influencia que ésta ejercía sobre mi temperamento hereditario, me llevó a impacientarme cada vez más ante esa vigilancia. Empecé a murmurar, a vacilar, a resistir. ¿Y fue sólo mi imaginación la que me indujo a creer que con el aumento de mi propia firmeza, la de mi torturador sufriría una proporcional disminución? Sea como fuere, empecé a sentirme inspirado por una ardiente esperanza, que con el tiempo fomentó en mis más secretos pensamientos la firme y desesperada resolución de no seguir tolerando esa esclavitud.

Fue en Roma, durante el carnaval de 18.., que asistí a un baile de máscaras en el palazzo del duque napolitano Di Broglie. Me dejé arrastrar con más libertad que de costumbre por el exceso de bebida y luego la atmósfera sofocante de los salones atestados me irritó hasta un punto intolerable. Además, la dificultad de abrime paso entre la aglomeración de invitados contribuyó en gran medida a aumentar mi malhumor; porque buscaba ansioso (permitidme no decir con qué indigno motivo) a la joven, alegre y hermosa esposa del anciano y tambaleante Di Broglie. Con inescrupulosa confianza ella me había confiado el secreto del disfraz que luciría esa noche, y habiéndola vislumbrado a la distancia, me apresuraba a reunirme con ella. En ese momento sentí que una mano liviana se apoyaba sobre mi hombro y volví a escuchar ese inolvidable, bajo y maldito susurro junto a mi oído.

En un absoluto frenesí de furia me volví de inmediato contra aquél que así me interrumpía y lo aferré por el cuello con violencia. Tal como yo suponía, vestía un disfraz similar al mío: capa española de terciopelo azul y cinturón rojo del que pendía una espada. Una máscara de seda negra le cubría por completo la cara.

—¡Miserable! — grité con voz ronca por la furia que cada sílaba que pronunciaba parecía atizar—. ¡Miserable! ¡Impostor! ¡Maldito villano! ¡No permitiré... no permitiré que me persigas hasta la muerte! ¡Sígueme o te atravesaré aquí mismo con mi espada! — Y me encaminé a una pequeña antecámara contigua, arrastrándolo conmigo sin que él se resistiera.

En cuanto entramos, furioso, lo empujé para alejarlo de mí. Él trastabilló contra la pared, mientras yo cerraba la puerta con un juramento y le ordenaba que desenvainara su espada. Sólo vaciló un instante; después, con un pequeño suspiro desenvainó en silencio y se preparó para defenderse.

El duelo fue breve. Frenético y presa de feroz excitación, yo sentía en mi brazo la energía y el poder de una multitud. En pocos segundos lo acorralé contra la pared, y allí, teniéndolo en mi poder, le hundí repetidas veces la espada en el pecho con brutal ferocidad.

En aquel instante, alguien movió el pestillo de la puerta. Evité presuroso una intrusión y de inmediato regresé al lado de mi moribundo rival. ¿Pero qué lenguaje humano puede transmitir adecuadamente esa sorpresa, ese horror que me poseyó frente al espectáculo que tenía ante mi vista? El breve instante en que aparté la mirada pareció ser suficiente para producir un cambio material en el arreglo de aquel extremo lejano de la habitación. Un gran espejo —o por lo menos en mi confusión eso me pareció al principio—, alzábase donde antes no había nada. Y cuando avancé hacia él, en el colmo del espanto, cubierta de sangre y pálida la cara, mi propia imagen vino tambaleándose hacia mí.

Eso me pareció, digo, pero me equivocaba. Era mi antagonista, era Wilson quien se erguía ante mí, agonizante. Su máscara y su capa yacían en el suelo, donde las había arrojado. Cada hebra de su ropa, cada línea de los marcados y singulares rasgos de su cara ¡eran idénticos a los míos!

Era Wilson. Pero ya no se expresaba en susurros y hubiera podido imaginar que era yo mismo el que hablaba cuando dijo:

—Has vencido y me entrego. Pero a partir de ahora tú también estás muerto... muerto para el mundo, para el cielo y para la esperanza. En mí existías... y observa esta imagen, que es la tuya, porque al matarme te has asesinado tú mismo!

La conversación de Eiros y Charmion

The conversation of Eiros and Charmion, 1839

Te traeré el fuego.

(EURÍPIDES, *Andrómaca*)

EIROS.—¿Por qué me llamas Eiros?

CHARMION.—Así te llamarás desde ahora y para siempre. A tu vez, debes olvidar mi nombre terreno y llamarme Charmion.

EIROS.—¡Esto no es un sueño!

CHARMION.—Ya no hay sueños entre nosotros; pero dejemos para después estos misterios. Me alegro de verte dueño de tu razón, y tal como si estuvieras vivo. El velo de la sombra se ha apartado ya de tus ojos. Ten ánimo y nada temas. Los días de sopor que te estaban asignados se han cumplido, y mañana te introduciré ya mismo en las alegrías y las maravillas de tu nueva existencia.

EIROS.—Es verdad, el sopor ha pasado. El extraño vértigo y la terrible oscuridad me han abandonado, y ya no oigo ese sonido enloquecedor, turbulento, horrible, semejante a «la voz de muchas aguas». Y sin embargo, Charmion, mis sentidos están perturbados por esta penetrante percepción de lo nuevo.

CHARMION.—Eso cesará en pocos días, pero comprendo muy bien lo que sientes. Hace ya diez años terrestres que pasé por lo que pasas tú y, sin embargo, su recuerdo no me abandona. Empero ya has sufrido todo el dolor que sufrirás en Aidenn⁴².

EIROS.—¿En Aidenn?

CHARMION.—En Aidenn.

EIROS.—¡Oh, Dios! ¡Charmion, apiádate de mí! Me siento agobiado por la majestad de todas las cosas... de lo desconocido de pronto revelado... del Futuro, una conjetura fundida en el augusto y cierto Presente.

CHARMION.—No te empeñes por ahora en pensar de esa manera. Mañana hablaremos de ello. Tu mente vacila, y encontrará alivio a su agitación en el ejercicio de los simples recuerdos. No mires alrededor, ni hacia adelante; mira hacia atrás. Ardo de ansiedad por conocer los detalles del prodigioso acontecer que te ha traído entre nosotros. Cuéntame. Hablemos de cosas familiares, en el viejo lenguaje familiar del mundo que tan espantosamente ha perecido.

EIROS.—¡Oh, sí, espantosamente! ¡Esto no es un sueño!

CHARMION.—No hay más sueños. Eiros mío, ¿fui muy llorada?

⁴² El Edén (N. del T.).

EIROS.—¿Llorada, Charmion? ¡Oh, cuán llorada! Hasta aquella última hora cernióse sobre tu casa una nube de profunda pena y devota tristeza.

CHARMION.—Y esa última hora... háblame de ella. Recuerda que, fuera del hecho en sí de la catástrofe, nada sé. Cuando abandoné la humanidad, entrando en la Noche a través de la Tumba, en ese período, si recuerdo bien, la calamidad que os abrumó era por completo insospechada. Ciento es que poco conocía yo la filosofía especulativa de entonces.

EIROS.—Como has dicho, aquella calamidad era enteramente insospechada, pero desgracias análogas habían dado a los astrónomos motivo de discusión. Apenas necesito decirte, amiga mía, que ya cuando nos dejaste los hombres coincidían en interpretarlos pasajes de las muy santas escrituras que hablan de la destrucción final de todas las cosas por el fuego, como referidos solamente al globo terráqueo. Las especulaciones, empero, sobre la causa inmediata del fin, no llegaban a ninguna conclusión desde la época en que la ciencia astronómica había despojado a los cometas del terrible carácter incendiario que antes se les atribuía. Bien establecida se hallaba la escasa densidad de aquellos cuerpos celestes. Se los había observado pasar entre los satélites de Júpiter, sin que produjeran ninguna alteración sensible en las masas o las órbitas de aquellos planetas secundarios. Hacía mucho que considerábamos a esos errabundos como creaciones vaporosas de inconcebible tenuidad, incapaces de dañar nuestro macizo globo aun en el caso de un choque directo. No sentíamos temor alguno de un contacto, pues los elementos de todos los cometas eran perfectamente conocidos. Hacía muchos años que se consideraba inadmisible buscar entre ellos al agente de la destrucción por el fuego. Pero en aquellos días finales las conjeturas y las extravagantes fantasías abundaban, singularmente entre los hombres, y aunque el temor sólo asaltaba a unos pocos ignorantes, el anuncio de un nuevo cometa formulado por los astrónomos fue recibido con no sé qué agitación y desconfianza generales.

Los elementos del extraño astro fueron inmediatamente calculados, y todos los observadores coincidieron en que su paso, en el perihelio, lo aproximaría mucho a la tierra. Dos o tres astrónomos de renombre secundario sostuvieron resueltamente que el choque era inevitable. Imposible expresar el efecto de esta noticia en las gentes. Durante unos pocos días no quisieron creer en una afirmación que su inteligencia, tanto tiempo aplicada a consideraciones mundanas, no podía aprehender de ninguna manera. Perola verdad de un hecho de importancia vital se abre paso en el entendimiento del más estólido.

Los hombres comprendieron finalmente que los astrónomos no mentían, y esperaron el cometa. Al principio su acercamiento no parecía muy rápido, y nada de insólito había en su aspecto. Era de un rojo oscuro, con una cola apenas perceptible. Durante siete u ocho días no advertimos ningún aumento en su diámetro aparente, y su color cambió muy poco. Entretanto los negocios ordinarios de la humanidad habían sido suspendidos y todos lo, intereses se concentraban en las discusiones científicas

referentes a la naturaleza del cometa. Aun los más ignorantes forzaban sus indolentes inteligencias para entenderlas. Y los sabios consagraron *entonces su intelecto*, su alma, no ya a aliviar los temores o a sostener sus amadas teorías, sino a buscar la verdad, a buscarla desesperadamente. Gemían en procura del conocimiento perfecto. La *verdad* se alzó en toda la pureza de su fuerza y de su excelsa majestad, y los sensatos se inclinaron y adoraron.

La opinión según la cual nuestro globo o sus habitantes sufrirían daños materiales de resultas del temible contacto, perdía diariamente fuerza entre los sabios, y a éstos les era dado ahora gobernar la razón y la fantasía de la multitud. Se demostró que la densidad del núcleo del cometa era mucho menor que la de nuestro gas más raro; el inofensivo pasaje de un visitante similar entre los satélites de Júpiter era argüido como un ejemplo convincente, capaz de calmar los temores. Los teólogos, con un celo inflamado por el miedo, insistían en la profecía bíblica, explicándola al pueblo con una precisión y una simplicidad que jamás se había visto antes. La destrucción final de la tierra se operaría por intervención del fuego; así lo enseñaban con un brío que imponía convicción por doquier; y el que los cometas no fueran de naturaleza ígnea (como todos sabían ahora) constituía una verdad que liberaba en gran medida de las aprensiones sobre la gran calamidad predicha. Es de hacer notar que los prejuicios populares y los errores del vulgo concernientes a las pestes y a las guerras —errores que antes prevalecían a cada aparición de un cometa— eran ahora completamente desconocidos. Como naciendo de un súbito movimiento convulsivo, la razón había destronado de golpe a la superstición. La más débil de las inteligencias extraía vigor del exceso de interés.

Los daños menores que pudieran resultar del contacto con el cometa eran tema de minuciosas discusiones. Los entendidos hablaban de ligeras perturbaciones geológicas, de probables alteraciones del clima y, por consiguiente, de la vegetación, aludiendo también a posibles influencias magnéticas y eléctricas. Muchos sostenían que los efectos no serían visibles ni apreciables. Y mientras las discusiones proseguían, su objeto se aproximaba gradualmente, aumentaba su diámetro y más brillante se volvía su color. La humanidad palidecía al verlo acercarse. Todas las actividades humanas estaban suspendidas.

La evolución de los sentimientos generales llegó a su culminación cuando el cometa hubo alcanzado por fin un tamaño que sobrepasaba toda aparición anterior. Desechando las últimas esperanzas de que los astrónomos se hubieran equivocado, los hombres sintieron la certidumbre del mal. Todo lo químérico de sus terrores había desaparecido. El corazón de los más valientes de nuestra raza latía precipitadamente en su pecho. Y sin embargo bastaron pocos días para que aun esos sentimientos se fundieran en otros todavía más insopportables. Ya no podíamos aplicar a aquel extraño astro ninguna idea *ordinaria*. Sus atributos *históricos* habían desaparecido. Nos oprimía con una emoción espantosamente *nueva*. No lo veíamos como un fenómeno astronómico

de los cielos, sino como un íncubo sobre nuestros corazones y una sombra sobre nuestros cerebros. Con inconcebible rapidez había tomado la apariencia de un gigantesco manto de llamas muy tenues extendido de un horizonte al otro.

Pasó otro día, y los hombres respiraron con mayor libertad. No cabía duda deque nos hallábamos bajo la influencia del cometa, y sin embargo vivíamos. Hasta sentimos una insólita agilidad corporal y mental. La extraordinaria tenuidad del objeto de nuestro terror era ya aparente, pues todos los cuerpos celestes se percibían a través de él. Entretanto nuestra vegetación se había alterado sensiblemente y, como ello nos había sido pronosticado, cobramos aún más fe en la previsión de los sabios. Un follaje luxurioso, completamente desconocido hasta entonces, se desató en todos los vegetales.

Pasó otro día más... y la calamidad no nos había dominado todavía. Era evidente que el núcleo del cometa chocaría con la tierra. Un espantoso cambio se había operado en los hombres, y la primera sensación de dolor fue la terrible señal para las lamentaciones y el espanto. Aquella primera sensación de dolor consistía en una rigurosa constrictión del pecho y los pulmones, y una insoportable sequedad de la piel. Imposible negar que nuestra atmósfera estaba radicalmente afectada; su composición y las posibles modificaciones a que podía verse sujeta constitúan ahora el tema de discusión. El resultado del examen produjo un estremecimiento eléctrico de terror en el corazón universal del hombre.

Se sabía desde hacía mucho que el aire que nos circundaba era un compuesto de oxígeno y nitrógeno, en proporción respectiva de veintiuno y setenta y nueve por ciento. El oxígeno, principio de la combustión y vehículo del calor, era absolutamente necesario para la vida animal, y constituía el agente más poderoso y enérgico en la naturaleza. El nitrógeno, por el contrario, era incapaz de mantener la vida animal y la combustión. Un exceso anómalo de oxígeno produciría, según estaba probado, una exaltación de los espíritus animales, tal como la habíamos sentido en esos días. Lo que provocaba el espanto era la extensión de esta idea hasta su límite. ¿Cuál sería el resultado de *una extracción total del nitrógeno*? Una combustión irresistible, devoradora, todopoderosa, inmediata: el cumplimiento total, en sus minuciosos y terribles detalles, de las llameantes y aterradoras anunciaciões de las profecías del Santo Libro.

¿Necesito pintarte, Charmion, el desencadenado frenesí de la humanidad? Aquella tenuidad del cometa que nos había inspirado previamente una esperanza era ahora la fuente de la más amarga desesperación. En su impalpable, gaseosa naturaleza percibíamos claramente la consumación del Destino. Y entretanto pasó otro día, llevándose con él la última sombra de la Esperanza. Jadeábamos en aquel aire rápidamente modificado. La sangre arterial batía tumultuosamente en sus estrechos canales. Un delirio furioso se había posesionado de todos los hombres y, con los brazos rígidamente tendidos hacia los cielos amenazantes, temblaban y clamaban. Pero el núcleo del destructor llegaba ya a nosotros; aun aquí, en el Aidenn, me estremezco al hablar. Déjame ser breve... breve como la destrucción que nos asoló. Durante un

momento vimos una terrible, cárdena luz que penetraba en todas las cosas. Entonces... ¡inclinémonos, Charmion, ante la sublime majestad de Dios el grande!, entonces se alzó un clamoroso y penetrante sonido, tal como si brotara de Su boca, y toda la masa de éter, dentro de la cual existíamos, reventó instantáneamente en algo como una intensa llama roja, cuya insuperable brillantez y abrasante calor no tienen nombre, ni siquiera entre los ángeles del alto cielo del conocimiento puro. Así acabó todo.

El diario de Julius Rodman

Relación de la primera travesía por las Montañas Rocosas de Norteamérica jamás emprendida por hombre civilizado⁴³

The Journal of Julius Roman, 1840

Capítulo I - Introducción⁴⁴

Una suerte singularmente dichosa nos permite ofrecer nuestros lectores, bajo este título, una narración de naturaleza poco común y con seguridad profundamente interesante. El diario que sigue contiene la relación de la primera tentativa que se haya realizado de una travesía de las gigantescas barreras formadas por la inmensa cadena de montañas que se extienden desde el Mar Polar, al norte, hasta el istmo de Darién, al sur, formando de un extremo al otro una muralla erizada de rocas y coronada de nieves. Además —y esto es lo más importante— describe en de talle un viaje más allá de esas montañas y a través de una inmensa extensión de territorio que, hoy día mismo, se tiene por enteramente inexplorado y desconocido; que en todos los mapas que hemos tenido

⁴³ Esta obra fue publicada sin nombre de autor en la revista *Gentleman's Magazine* (enero-julio de 1840), entonces dirigida por Burton y Edgar Poe. Y republicada por vez primera en 1884.

«Sin ser una de las obras más emocionantes de Poe —escribe M. William Sawyer en el *Mirror de Londres* (1877)— es una de las más notables. Se afirma en ella una ciencia singularmente variada y profunda; se ve un ejemplo característico del excepcional poder que tenía Poe para dar a sus invenciones la apariencia de realidad.

El comienzo de la narración parece emanar de alguien que hubiera participado en los preparativos del viaje y los hubiera anotado sobre el terreno... Nos parece que vivimos entre exploradores; los incidentes se registran como en el libro de a bordo, sin esfuerzo literario, y la verosimilitud es perfecta. Terminada, la obra hubiese sido del tipo de Robinson Crusoe: una relación personal ficticia, a la cual la fuerza del Genio, unida a capacidades de observación y a una ciencia excepcionales, da el sello propio de la realidad.»

⁴⁴ Este relato es un primer ejemplo del interés de Poe por impregnar de veracidad sus ficciones. La presente introducción, añadida al mismo relato o en el título, debió obrar como cebo para que muchos lectores aceptaran el relato como verídico. Tal fue el logro que un extracto del relato apareció en documentos del gobierno como si fuese auténtico (XXVI Congreso, 1^a sesión, 1839-1840, vol. 4 nº 174, págs. 140-141). Aunque no se encuentre entre las obras más populares de Poe, y en su día recibiera escasa atención, en justicia debe ser reconocido como una de las más exitosas imposturas de Poe.

A pesar de que Poe afirme expresamente que el periplo de Rodman antecede en el tiempo al de Lewis y Clarke, son los diarios de estos la única fuente relevante del relato. Aun así, atrayendo la atención del lector sobre Lewis y Clarke, incluso negando cualquier influencia posible, Poe está confesando intencionadamente, aún de forma indirecta, la fuente.

la posibilidad de ver está señalado como «región inexplorada», y que es la única que se ignora del continente norteamericano.

Siendo así, nuestros amigos nos sabrán perdonar la ligera dosis de unción con que hemos llamado la atención pública hacia este Diario. Por nuestra parte, hemos encontrado en él un grado y una calidad de interés como ninguna otra narración análoga nos haya inspirado. Y no creemos que la manera como estos papeles han venido a nuestras manos para ser publicados por primera vez, haya contribuido sino moderadamente a motivar ese interés.

Estamos muy seguros de que todos nuestros lectores se hallarán de acuerdo con nosotros para encontrar excepcionalmente atrayentes e importantes las aventuras aquí registradas. El carácter del hombre que fue el director, y el alma, como el historiador de esa expedición, ha impregnado lo que escribió de un abundante fervor romántico, bien diferente de aquella apariencia tibia y estadística que suelen ofrecer las narraciones de ese género. M. James E. Rodman, del cual recibimos este manuscrito, es bien conocido de más de un lector de esta revista. Tiene algo del temperamento que ensombreció la juventud de su abuelo, M. Julius Rodman, autor de la narración: queremos decir una hipocondría hereditaria. Es la influencia de esa enfermedad lo que, más qué otra cosa, le hizo emprender el extraordinario viaje, cuyas peripecias se van a leer. Los proyectos de caza de que habla él mismo al principio de su Diario no eran, por lo que podemos discernir, sino los pretextos con que coloreaba, para justificarse ante sí mismo, la audacia y la novedad de su empresa.

No cabe duda alguna, creemos (y nuestros lectores lo creerán con nosotros), acerca de que fue impelido únicamente por el deseo de buscar en el seno de la soledad aquella paz que sus disposiciones particulares le impedían saborear entre los hombres. Fue a buscar refugio en el desierto, como en un amigo. Y ninguna otra interpretación de los hechos nos permitirá conciliar, con nuestro conocimiento habitual, los modos de obrar, humanos, muchos puntos de su narración.

Hemos juzgado convenientemente el omitir dos páginas del manuscrito, en las que M. Rodman da algunos detalles acerca de su vida antes de su partida para las fuentes del Missouri. Pero bueno será decir aquí que era natural de Inglaterra, donde su familia tenía un rango muy honorable y donde recibió una buena educación. Emigró a nuestro país en 1784 (a la edad, en aquella época, de unos dieciocho años aproximadamente), con su padre y dos hermanas solteras. La familia se estableció primero en Nueva York; pero ulteriormente se fueron al Kentucky y allí se instalaron, casi como ermitaños, en las orillas del Mississippi, cerca del lugar donde en nuestros días Mill's Point desemboca en aquel río.

Allí fue donde el viejo M. Rodman murió en el otoño de 1790. El invierno siguiente, sus dos hijas perecieron de la viruela, con algunas semanas de intervalo. Poco después (en la primavera de 1791), M. Julius Rodman, el hijo, se puso en camino para la expedición que es la materia de las páginas siguientes. Cuando volvió de ella, en 1794,

como se verá más lejos, es estableció cerca de Abingdon, en Virginia, donde contrajo matrimonio y tuvo tres hijos. La mayoría de sus descendientes habitan aún aquel país.

M. James Rodman nos ha hecho saber que su abuelo había escrito simplemente un diario sumario de su viaje durante las mil dificultades de la marcha hacia adelante; y que los manuscritos que se nos han remitido no han sido redactados en detalle según aquel diario, sino muchos años después, en el momento en que el explorador fue impulsado a emprender esta tarea a instigación de M. André Michau, el botánico autor de la *Flora Boreal Americana* y de la *Histoire des Chênes d'Amérique*. M. Michau, como se recordará, había ofrecido sus servicios a M. Jefferson cuando este hombre de Estado proyectó por primera vez el envío de una expedición a través de las Montañas Rocosas. Se le encargó que realizara el viaje; y había llegado hasta Kentucky cuando recibió una orden del ministro de Francia, entonces en Filadelfia, mandándole que abandonara aquel proyecto y que efectuara en otros lugares las búsquedas botánicas en que su Gobierno le empleaba. La empresa fue confiada entonces a M. M. Lewis y Clarke, quienes la realizaron.

No obstante, el manuscrito, una vez terminado, no llegó jamás a M. Michau, para quien había sido redactado; y se le creyó perdido en el camino por el joven a quien se confió la misión de entregarlo en la residencia temporal de M. M., cerca de Monticello. No se hizo gran cosa para encontrar los papeles: M. Rodman, con sus disposiciones particulares, no se tomaba sino muy poco interés en la busca. Y por extraño que ello parezca, dudamos mucho, a juzgar por lo que de él se nos ha dicho, que haya jamás tomado la menor medida para hacer públicos los resultados de su extraordinario viaje. Creemos que su solo objeto al retocar su diario primitivo, era el complacer a M. Michau. El mismo proyecto de exploración de M. Jefferson, proyecto que, en el momento en que se formuló, provocó discusiones casi universales y fue considerado como una absoluta novedad, no arrancó al héroe de nuestra narración sino un pequeño número de observaciones generales, dirigidas a los miembros de su familia. No hizo jamás de su propio... viaje un asunto de conversación: más bien parecía evitarlo. Murió antes de la vuelta de Lewis y Clarke; y el Diario, que había sido entregado al mensajero para que lo llevara a M. Michau, fue encontrado hace unos tres meses, en un cajón secreto de una mesa de escribir que había pertenecido a M. Julius Rodman. No hemos sabido quién lo puso allí. Todos sus parientes están de acuerdo en exonerar a M. R. de la sospecha de haberlo escondido él. Pero, sin querer de ninguna manera faltar al respeto, a la memoria del difunto, ni a M. James Rodman (a quien estamos especialmente agradecidos), no podemos dejar de estimar muy razonable, y en armonía con el carácter de sensibilidad mórbida que distinguía al personaje, la hipótesis de que el narrador, habiendo encontrado algún medio de volverle a tomar el paquete al mensajero, lo hubiese escondido donde se le encontró.

No deseábamos de ningún modo alterar la manera de la narración de M. Rodman, y por ese motivo nos hemos tomado muy pocas libertades con su manuscrito; las que nos

hemos permitido sólo consisten en algunas observaciones. El estilo, realmente, no hubiese podido ser mejorado: es simple, de un efecto pujante, que manifiesta el arroabamiento profundo con que el viajero se deleitó en las novedades majestuosas a través de las que pasaba día tras día. Una especie particular de ternura anima hasta sus relatos de las desdichas, de los más crueles peligros, y nos revela inmediatamente la idiosincrasia de ese hombre. Sentía el ardiente amor de la naturaleza, y la adoraba, quizá, más en sus aspectos siniestros y salvajes que en sus manifestaciones de placidez y de júbilo. Recorrió aquel desierto inmenso y a menudo terrible con el corazón lleno de un arroabamiento visible, y que se le envidia a medida que se le lee. Era, por excelencia, el hombre llamado a viajar por aquella solemne desolación que, evidentemente, le gustaba tanto describir. Tenía el espíritu apto para percibir y la capacidad del sentimiento.

Por eso consideramos su manuscrito como un rico tesoro —a su manera, absolutamente— y que en el fondo nunca ha sido igualado.

Que los sucesos de esta historia se hayan ignorado hasta el presente; que el hecho mismo del paso de las Montañas Rocosas antes de la expedición de Lewis y Clarke, no haya sido publicado jamás; que no se haga la menor alusión al hecho en ningún escrito acerca de la geografía de América (y nunca se le aludió, que sepamos): todo ello ha de ser considerado como notable, y hasta excesivamente extraño. La sola referencia a ese viaje que haya llegado a conocimiento nuestro se encuentra, al parecer, en una carta inédita de M. Michau, en posesión de M. M. Wigalt, de Charlottesville, Virginia. En ella se habla de él de pasada, episódicamente, como de «una idea gigantesca, maravillosamente realizada». Si existe alguna alusión ulterior a ese viaje, la ignoramos en absoluto.

Antes de abordar la propia relación de M. Rodman, no estará fuera de lugar el echar una ojeada sobre lo que otros realizaron, en materia de descubrimientos, en la parte Noroeste de nuestro continente. Si el lector quiere procurarse un mapa de la América del Norte, seguirá más cómodamente el curso de nuestras observaciones.

Verá que el continente se extiende desde el Océano Ártico..., o sea el grado sesenta, aproximadamente, de latitud norte, hasta el grado nueve; y desde el grado cincuenta y seis de longitud oeste, meridiano de Greenwich, hasta el grado sesenta y ocho. Toda esa inmensa extensión de territorio ha sido visitada de una manera más o menos completa por el hombre civilizado; una gran parte hasta ha sido definitivamente colonizada. Pero queda un campo muy vasto, señalado en todos nuestros mapas, como inexplorado y que se consideró siempre como tal hasta el día de hoy. Ese campo está limitado al sur por el paralelo sesenta, al norte por el Océano Ártico, al oeste por las Montañas Rocosas y por las posesiones rusas. Pero en M. Rodman recae el honor de haber atravesado en varias direcciones esas comarcas singularmente salvajes; y las particularidades más interesantes de la narración publicada hoy se refieren a sus aventuras y a sus descubrimientos en aquel país.

Quizás las primeras travesías de cierta entidad realizadas en la América Septentrional por el hombre blanco fueron, probablemente, las de Hennepin y sus amigos, en 1698; pero como quiera que dirigiera sus descubrimientos hacia el sur, no creemos tener que hablar de él con más detalles.

M. Irving, en su *Astoria*, cita la tentativa del capitán Jonathan Carver como la primera hecha para atravesar el Continente desde el Atlántico hasta el Pacífico. Pero acerca de ese punto parece cometer error, porque encontramos, en uno de los diarios de Sir Alexander Mackenzie, que dos expediciones diferentes fueron organizadas, con ese objeto especial, por la Compañía de pieles de la Bahía de Hudson: una en 1758, otra en 1759. Ambas, por lo que se supone, fracasaron enteramente, porque no subsiste informe alguno de las mismas.

Fue en 1763, poco después de la adquisición del Canadá por la Gran Bretaña, cuando el capitán Carver emprendió el viaje. Tenía la intención de atravesar el país entre los grados cuarenta y tres y cuarenta y seis de latitud norte, hasta orillas del Pacífico, con el propósito de determinar la mayor anchura del continente y de escoger un lugar en la costa oeste, donde el Gobierno pudiera establecer un puesto para facilitar el descubrimiento de un pasaje del noroeste, o comunicación entre la Bahía de Hudson y el Océano Pacífico. Había supuesto que el río Columbia, entonces denominado Oregón, desembocaba en algún punto próximo al estrecho de Anman; y allí pensaba que se establecería el puesto. Creía, también, que una colonia en aquella región proporcionaría nuevos mercados al comercio y abriría con la China y con las posesiones británicas de las Indias Orientales una comunicación más directa que la antigua ruta por el cabo de Buena Esperanza. Pero fracasó en su tentativa de atravesar las montañas.

Cronológicamente, la siguiente expedición importante en la parte norte de América, fue la de Samuel Hearne, quien, con el fin de descubrir minas de cobre, llegó hacia el noroeste durante los años 1769, 1770, 1771 y 1772, desde *Prince of Wales Fort*, en la Bahía de Hudson, hasta las orillas del Océano Ártico.

Tenemos, después, que registrar una, segunda tentativa del capitán Carver, emprendida en 1774 y en la que participó Richard Witworth, hombre muy rico y miembro del Parlamento. No citamos esta tentativa sino porque fue proyectada en una vasta escala: pues, de hecho, no se realizó jamás. Los exploradores debían llevar consigo unos cincuenta o sesenta hombres, artificieros y marinos, y remontar uno de los brazos del Missuri, explorar, en busca de las fuentes del Oregón, las montañas, y descender por agua ese río hasta su presunta desembocadura, cerca del estrecho de Anman. Allí debía construirse un fuerte, así como barcos destinados a exploraciones ulteriores. La empresa fue suspendida por el desencadenamiento de la revolución americana.

En 1775, el comercio de las pieles, gracias a los misioneros canadienses, se había extendido al norte y al oeste hasta las orillas del río Saskatchewan, a los 53 grados de latitud norte y los 102 de longitud oeste. Y, al principio de 1776, M. Joseph Frobisher avanzó en esa dirección hasta alcanzar los grados 55 norte y 103 oeste.

En 1778, M. Peter Bond, con cuatro canoas, navegó por el curso del río Elk hasta unas treinta millas al Sur de su confluencia con el Lago de las Colinas.

Hemos de señalar, enseguida, otro intento, que fracasó desde el principio, de atravesar de océano a océano el continente en su parte más ancha. Apenas si el público lo conoce, porque M. Jefferson sólo lo menciona, y de manera muy breve; M. Jefferson cuenta que M. Ledyar, en París, le visitó, ávido de alguna empresa nueva después del viaje afortunado con el capitán Cook; y que él (M. J.) sugirió un viaje al Kamtschatka por tierra, haciendo la travesía en algún barco ruso hasta el canal de Nootka, y alcanzar la latitud del Missouri para, desde allí, atravesar el país siguiendo este río hasta los Estados Unidos. Ledyar aceptó el proyecto con la condición de que el Gobierno ruso diera su consentimiento. Habiendo llegado a obtenerlo M. Jefferson, el viajero partió de París para llegar a San Petersburgo después de que la emperatriz hubiese salido de la ciudad para ir a pasar el invierno en Moscú. El estado de su hacienda no le permitía permanecer en San Petersburgo sin necesidad: continuó su camino con un pasaporte proporcionado por uno de sus ministros. A doscientas millas del Kamtschatka le detuvo un oficial de la emperatriz: ésta había cambiado de opinión y le prohibía que siguiera su ruta. Lo metieron en un coche cerrado y lo carrearon día y noche hasta la frontera polaca, donde lo liberaron y expulsaron. Hablando de la empresa de Ledyar, M. Jefferson la llama equivocadamente «la primera tentativa de exploración de la parte Oeste de nuestro continente septentrional».

Viene enseguida el esfuerzo interesante y considerable de Sir Alexander Mackenzie, que tuvo lugar en 1789. Sir Mackenzie partió de Montreal, se dirigió a través del río Utawas, el lago Nipissing; el lago Hurón, alrededor de la orilla norte del lago Superior, por lo que se llama el Gran-Portage y, enseguida, a lo largo del río de las Lluvias, del lago de los Bosques, del lago Bonnet, de la parte alta del lago Cabeza de Perro, de la costa sur del lago Winnipeg, a través del lago de los Cedros y al lago del Esturión por la embocadura del río Saskatchewan. Luego, por conducciones al Mississippi, a través de los lagos del Oso Negro, de Prinis y Buffalo, hacia una cadena de altas montañas que se extiende al Noroeste y al Suroeste, para tomar el río del Alce hasta el lago de las Colinas, e ir, por el río del Esclavo, al lago del mismo nombre y, contorneando la orilla norte de este último, al río Mackenzie, por donde llegó, finalmente, al mar Polar: un viaje inmenso, durante el cual corrió peligros innumerables y sufrió las peores desdichas. En el curso de su descenso por el río Mackenzie hasta la desembocadura, contorneó la base de la vertiente oriental de las Montañas Rocosas, pero no franqueó nunca esa barrera. En la primavera de 1793, habiendo partido de Montreal para reemprender el itinerario de su primera exploración hasta la desembocadura del Unjigah o río de la Paz, hizo un rodeo hacia el oeste subiendo por ese curso de agua, atravesó las montañas por el grado 56 de latitud, y marchó hacia el sur hasta el punto donde encontró un río que llamó, del Salmón (hoy de Frager) y que siguió para llegar, finalmente, al Pacífico, por los 40 grados aproximadamente de latitud norte.

La memorable expedición de los capitanes Lewis y Clarke se efectuó durante los años 1804, 1805 y 1806. En 1803, la convención que establecía tratados para hacer el comercio con las tribus indias había llegado a término, y M. Jefferson, por un mensaje confidencial, con fecha 18 de enero, recomendó al Congreso algunas modificaciones que tenían principalmente por objeto la extensión del efecto a los indios del Missuri. Para preparar las Vías, se propuso que se enviara una expedición que siguiera el Missuri hasta sus fuentes y atravesara las Montañas Rocosas para, desde allí, dirigirse hacia el Pacífico por la mejor ruta de agua que se encontrará. Ese plan se ejecutó íntegramente: el capitán Lewis, en efecto, exploró (pero no descubrió el primero, diga lo que quiera Mr. Irving) la cuenca alta del río Columbia, y descendió por este curso de agua hasta la desembocadura. Aquella cuenca alta fue visitada por Mackenzie en 1793.

Con el viaje de Lewis y Clarke al Missuri coincidió el del mayor Zabulón M. Pike al Mississipi, del que llegó a descubrir la fuente en el lago Itasca. A su vuelta de ese viaje penetró, por orden del Gobierno, en la región al Oeste del Mississipi, durante los años 1805, 1806 y 1807, y llegó a la cuenca superior del Arkansas (más allá de las Montañas Rocosas, a los 40 grados de latitud norte), pasando a lo largo de los ríos Osage y Kansas, así como de la fuente del Platte.

En 1810, M. David Thompson, uno de los socios de la Compañía de pieles del Noroeste, partió de Montreal con una partida numerosa para atravesar el continente hasta el Pacífico. Su itinerario coincidía, en la primera parte, con el de Mackenzie en 1793. El objeto era anticipar un proyecto de M. John Jacob Astor: a saber, el establecimiento de un puesto de comercio en la desembocadura del Columbia. La mayoría de sus hombres desertó en la vertiente oriental de las Montañas; pero, a fin de cuentas, llegó a atravesar la cadena con ocho compañeros solamente, encontró el brazo septentrional del Columbia y descendió este río, partiendo del punto más cercano de la fuente que jamás, hasta entonces, hubiese alcanzado un hombre blanco.

En 1811, es la notable empresa de M. Astor la que se realiza —por lo menos en lo que concierne al viaje a través del país—. Como que M. Irving ya ha dado a conocer a todos nuestros lectores las circunstancias de esa exploración, basta con mencionarla brevemente. Acabamos de decir su objeto. El itinerario del grupo (mandado por M. Wilson Price Hunt) partió de Montreal, subiendo por el Utawas, para ir a atravesar el lago Nipissing y una serie de pequeños lagos y de ríos y llegar a Machilimackinac o Mackinaw; de allí, par Green-Bay y los ríos de Fox y Wisconsin, a la Pradera del Perro; y, bajando el Mississipi, a San Luis; luego, subiendo el Missuri, a la aldea —de los indios Arickara, entre los 46 y 47 grados de latitud Norte y a mil cuatrocientas treinta millas de la desembocadura del río; luego, haciendo un rodeo al suroeste a través del desierto, más allá de las montañas donde nacen las aguas del Platte y del Yellowstone; y, en fin, a lo largo del brazo sur del Columbia, hacia el mar. Dos pequeñas expediciones de vuelta realizaron, a través del país, peregrinaciones ricas en acontecimientos y en peligros.

Los viajes del mayor Stephen H. Long son, cronológicamente por orden de importancia, los más recientes. Ese explorador, en 1823, avanzó hasta la fuente del río San Pedro, al lago Winnipeg, al lago de los Bosques, etc. Apenas es necesario hablar de las más recientes expediciones efectuadas por el capitán Bonneville y por otros, porque todo el mundo las recuerda bien. Las aventuras del capitán Bonneville han sido muy bien contadas por M. Irving. En 1832 partió del fuerte Osage, atravesó las Montañas Rocosas, y pasó cerca de tres años en las regiones situadas más allá. Hay, en el interior de las fronteras de los Estados Unidos, pocos territorios que no hayan sido, en estos últimos años, recorridos por el hombre de ciencia o el aventurero. En esas regiones vastas y desoladas situadas en el norte de nuestro país, y al oeste del río Mackenzie, ningún hombre civilizado, exceptuando M. Rodman y su pequeño grupo, ha puesto el pie, que sepamos. En lo que concierne a la cuestión de la primera travesía de las Montañas Rocosas, se ha podido ver, por lo que acabamos de decir, que el crédito de esa empresa jamás hubiese debido atribuirse a Lewis y a Clarke, puesto que Mackenzie la realizó en 1793; y que, de hecho, M. Rodman fue el primero que conquistó aquellas gigantescas barreras, puesto que las atravesó en 1792. No es, pues, sin razones valederas por lo que llamamos la atención del público hacia la extraordinaria narración que presentamos.

EDS. G. M.

Capítulo II

Después de la muerte de mi padre y de mis dos hermanas, dejé de interesarme por nuestra plantación de Mills Point, y la vendí, por un precio ínfimo, a M. Junot. Había pensado con frecuencia dedicarme al oficio de cazador de pieles en la parte alta del Missuri, y me decidí entonces a emprender una expedición hacia aquellos lugares para tratar de procurarme pieles que estaba seguro de poder vender, en *Petite-Côte*, a los agentes particulares de la Compañía de pieles del Noroeste. Estaba cierto de que, por ese medio, era posible adquirir, con un poco de iniciativa y de valor, mucho más dinero del que hubiera podido ganar por cualquier otro. Además, siempre me había gustado la raza y el oficio de cazador de pieles, aunque no hubiese jamás practicado ni lo uno ni lo otro profesionalmente. Y deseaba mucho explorar alguna parte de aquella, región Occidental de nuestro país, del que Pierre Junot me había comprado mi propiedad.

Tenía aires extranjeros, y una manera de ser algo excéntrica. Pero era un muchacho de gran corazón, y, ciertamente, uno de los más valientes que jamás hayan existido, aunque su fuerza física no fuese muy grande. Era de extracción canadiense. Y como había realizado una o dos cortas excursiones por cuenta de la, Compañía de las pieles, en las que había desempeñado las funciones de viajante, le gustaba adornarse de ese título y hablar de sus viajes. Mi padre había demostrado mucho afecto a Pierre; y yo

mismo le tenía en mucha estima. Era igualmente el favorito de mi hermana menor, Jane; y creo que se habrían casado si la voluntad de Dios hubiese sido la de que Jane no muriera.

Cuando Pierre supo que yo no había decidido todavía qué partido tomar después de la muerte de mi padre, me incitó a preparar una pequeña expedición hacia el río, en la que él me acompañaría. Y no tuve ninguna dificultad para adherirme a su proyecto. Convinimos en ir Missouri arriba tan lejos como pudiéramos, cazando con fusil o con trampas, y en no volver hasta que hubiéramos cosechado una cantidad de pieles suficiente para asegurarnos a cada uno una fortuna. Su padre no hizo ninguna objeción, y le entregó unos trescientos dólares. Partimos entonces para *Petite-Côte*, con el fin de procurarnos nuestros equipos y para reclutar, con vistas al viaje, tantos hombres como pudiéramos.

*Petite-Côte*⁴⁵, es una pequeña localidad situada a la orilla norte del Missouri, a unas veinte millas de la confluencia de ese río y del Mississippi. Se encuentra al pie de una cadena de colinas poco elevadas, en una especie de altiplano y bastante encima del nivel del río para estar al abrigo de las crecidas de junio. En la parte alta de la aldea hay sólo cinco o seis casas construidas simplemente con tablas; pero más hacia el este se ve una capilla y doce o quince hermosas viviendas dispuestas paralelamente al curso del agua. Hay en ellas un centenar de habitantes, casi todos criollos de origen canadiense. Son éstos extremadamente indolentes y no tratan en absoluto de cultivar la comarca que les rodea, cuya tierra es muy fértil; todo lo más hacen algunos trabajas de hortelano. Viven principalmente de la caza, o hacen con los indios comercio de pieles, que revenden a los agentes de la Compañía del Noroeste.

No contábamos con tener allí ninguna dificultad para procurarnos nuestros equipos y reclutas para el viaje. Pero sufrimos una decepción tanto en lo uno como en lo otro: el lugar era, desde todos los puntos de vista, demasiado pobre para facilitar todo lo que nos era necesario de manera que nuestra expedición fuera eficaz y sin peligro.

Proyectábamos ir al corazón mismo de una comarca infestada de tribus indias, de las cuales no sabíamos nada, salvo por vagas informaciones, y a las que teníamos motivos de creer crueles y falsas. Nos era, pues, absolutamente necesario el no ponernos en camino sin una buena provisión de armas y municiones y alguna fuerza numérica. En fin, puesto que nuestro viaje tenía por objeto el asegurarnos beneficios, teníamos que llevar con nosotros canoas cuyas dimensiones nos permitirían transportar todas las pieles que pudiéramos reunir.

A mediados de marzo llegamos a *Petite-Côte*, y no logramos terminar nuestros preparativos hasta el fin de mayo. Dos veces enviamos a buscar a la Punta hombres y provisiones, pero no podía obtenerse nada sin grandes gastos. Y, a fin de cuentas, no hubiésemos jamás podido proporcionarnos muchas cosas absolutamente necesarias, si

⁴⁵ Hoy Saint Charles (N. de la *Gentleman's Magazine*)

no hubiese sucedido que un día Pierre encontró a una partida que volvía de una expedición a la parte alta del Mississippi, y pudo ajustar a seis de los mejores hombres de aquel grupo, con una canoa o piragua, y comprar la mayor parte del sobrante de los víveres y de las municiones.

Ese socorro oportuno nos permitió el estar suficientemente preparados para partir antes del primero de junio. El día tres de ese mes (1791) nos despedíamos de nuestros amigos de *Petite-Côte* y empezábamos nuestro viaje. Nuestra expedición comprendía en total quince personas. Cinco de entre ellas eran canadienses de *Petite-Côte*, que habían hecho cortas excursiones hacia la parte alta del río. Eran buenos bateleros, y compañeros excelentes, por lo menos en lo que se refiere a cantar canciones francesas y a beber —talento que poseían en un grado notable—. Pero, a decir verdad, era raro ver a alguno demasiado influido por la bebida para que no fuera capaz de hacer su servicio. Tenían todos buen humor y siempre estaban dispuestos al trabajo. Pero yo no creía que valieran gran cosa como cazadores, y pronto vi que, sobre todo, no se podía contar con ellos como combatientes. Dos de esos cinco canadienses se comprometieron a servir de intérpretes en nuestras quinientas o seiscientas millas río arriba (si tan lejos íbamos); y teníamos la esperanza de encontrar, acaso, a un indio para interpretar si fuera necesario; pero habíamos decidido evitar en lo posible cualquier encuentro con los indios y poner nuestros cepos y lazos nosotros mismos, antes de correr el riesgo de comerciar, siendo como éramos tan poco numerosos. Nuestra táctica era la de avanzar con la mayor prudencia, y la de no dejarnos ver a menos que fuera imposible el evitarlo.

Los seis hombres ajustados por Pierre en la tripulación del barco que volvía del Mississippi, eran totalmente diferentes de los canadienses. Cinco de entre ellos eran hermanos, apellidados Greely (John, Robert, Meredith, Frank y Poindexter); hubiese sido difícil encontrar seres de aspecto más bello y más decidido. John Greely, el primogénito y el más corpulento de los cinco, pasaba por el hombre más vigoroso y el mejor tirador de Kentucky —de donde procedían todos—. Tenía seis buenos pies de alto, una anchura de hombros del todo extraordinaria y gruesos miembros, fuertemente musculosos.

Como todos los hombres de gran fuerza física, tenía un carácter muy bueno, y por esa razón todos le queríamos mucho. Los cuatro hermanos restantes eran también todos fuertes y de buen tipo, pero sin comparación posible con John. Poindexter era tan alto como él, pero muy delgado, y de aspecto singularmente feroz; pero tenía el mismo humor apacible que su hermano mayor. Todos eran cazadores expertos y excelentes tiradores. Habían aceptado con gusto la proposición que les hizo Pierre de que vinieran con nosotros y habíamos concertado con ellos un arreglo que les aseguraba en los beneficios de la empresa la misma parte que a Pierre y a mí; es decir, que teníamos que dividir los beneficios en tres partes: una para mí, otra para Pierre y la tercera a partir entre los cinco hermanos.

El sexto hombre del barco que contratamos era también un buen recluta. Se llamaba Alexandre Wormley; un virginiano de carácter muy extraño. Había empezado por ser predicador del Evangelio, y, ulteriormente, se había creído profeta; había errado, descalzo, con la barba y los cabellos largos, por la comarca, arengando a cuantos encontraba. Esta aberración se orientaba ahora de otra manera, y ya sólo pensaba en encontrar minas de oro en las regiones solitarias de la comarca. En esa materia, estaba tan completamente loco como un hombre puede estarlo; pero, ello aparte, se mostraba muy razonable, y hasta prudente. Era un buen batelero, un buen cazador, valiente como nadie en el mundo, muy robusto de cuerpo y ágil de piernas. Yo contaba mucho con ese recluta, dada su naturaleza entusiasta; y, finalmente, como se verá, no sufrió un desengaño.

Nuestros otros dos reclutas eran un negro que pertenecía a Pierre Junot y se llamaba Toby, y un extranjero que habíamos encontrado en los bosques, cerca de Mills Point, y que se agregó a nuestra expedición en cuanto le comunicamos nuestros propósitos. Se llamaba Andrew Thornton, era igualmente virginiano, y, creo, de excelente familia, perteneciente a los Thornton de la parte septentrional de aquel Estado. Había salido de su Virginia haría unos tres años y durante todo ese tiempo no había hecho más que errar por las regiones del oeste, sin otro compañero que un gran perro de Terranova. No había recogido pieles y parecía no tener otro objeto que el de satisfacer su gusto por las peregrinaciones y las aventuras. A menudo, cuando estábamos sentados, por la noche, alrededor de las hogueras del campamento, nos distraía con la narración de sus aventuras, de sus fatigas por el desierto, contándolas con una sinceridad grave, que no permitía dudar de su veracidad, aunque muchas de ellas parecían muy maravillosas. Más tarde, la experiencia nos enseñó que los peligros y las penas del cazador solitario no son muy susceptibles de ser exageradas, y que lo, difícil es el evocarlos para el auditor en colores bastante impresionantes. Sentí gran simpatía por Thornton desde el primer momento que le vi. Pocas palabras tengo que decir acerca de Toby; pero no era el personaje menos importante de nuestra cuadrilla. Había permanecido gran número de años en la familia de M. Junot padre, y se había mostrado, servidor fiel. Acaso era un poco demasiado viejo para seguir una expedición como la nuestra, pero Pierre no tenía deseos de dejarle. Por lo demás, su vigor le hacía capaz de soportar grandes fatigas.

En cuanto a Pierre, era, probablemente, el más débil de nuestro grupo en lo físico; pero tenía mucha sagacidad, y uno valor que nada hubiera podido vencer. Su conducta era a veces extravagante e impetuosa, lo cual le acarreaba frecuentes querellas, y había una o dos veces comprometido seriamente el éxito de nuestra expedición. Pero era un verdadero amigo y, desde ese punto de vista particular, yo le consideraba como inapreciable.

He ahí, pues, terminada la breve descripción de todo nuestro grupo, tal como era a nuestra salida de *Petite-Côte*⁴⁶. Para transportarnos con nuestros equipajes, así como para traer las pieles que obtuviéramos, teníamos dos grandes barchas. La más pequeña era una piragua de cortezas de abedul cosidas con fibras de raíz de pino y calafateada con resina; toda tan ligera que seis hombres la llevaban sin esfuerzo. Tenía veinte pies de largo, calaba unas dieciocho pulgadas a toda carga, y solamente diez vacía; se podían emplear en ella de cuatro a doce remos. La otra era una embarcación de quilla que habíamos construido en *Petite-Côte* (la piragua la había comprado Pierre a la banda mississipiana). Tenía treinta pies de largo y calaba dos pies a plena carga. Estaba cubierta en unos veinte pies de la proa, formando una cámara-cocina, con una puerta sólida, y de dimensiones suficientes, dada la anchura de la embarcación, para que cupiéramos en ella todos apretándonos bien. Esa parte estaba a prueba de balas gracias a una capa de estopas atiborradas entre dos tabiques de tablas de roble. En diversos puntos hicimos pequeños agujeros por los que, en caso de ataque, hubiésemos podido tirar contra el enemigo, y, también, observar sus movimientos; al mismo tiempo, esos agujeros nos daban aire y luz cuando la puerta estaba cerrada; y teníamos buenas clavijas para adaptarlas a ellos en caso de necesidad.

Los diez pies restantes estaban descubiertos y se podía maniobrar hasta con diez remos, pero nosotros utilizábamos, sobre todo, perchas que nos servían para empujar desde encima de la cubierta. Un mástil corto, fácil de montar, estaba situado a unos siete pies de la serviola. Izábamos en él una gran vela cuadrada, cuando el viento era favorable, y lo desmontábamos cuando lo teníamos de proa.

Un compartimento practicado en la serviola, bajo la cubierta, contenía diez barriles de buena pólvora y la cantidad de plomo que estimamos correspondiente, una dé cima parte de la cual ya estaba fundida en balas de fusil. Colocamos también en él un cañoncito de bronce y su cureña, desmontado para que ocupara poco sitio; porque pensamos que aquel medio de defensa podría tener que intervenir en algún momento de nuestra expedición.

Ese cañón era uno de los tres que habían traído, dos años antes, unos españoles que descendieron el Missouri, y que se habían perdido en el naufragio de una piragua algunas millas río arriba de *Petite-Côte*. Un alfaque, en el lugar del naufragio, había modificado el canal de tal manera que un indio descubrió uno de los cañones, se hizo ayudar a llevarlo hasta la estación y lo vendió por un galón de whisky. Los habitantes de *Petite-Côte* entonces se fueron a buscar los otros dos. Eran unos cañones muy

⁴⁶ M. Rodman no ha dado ninguna descripción de sí mismo; y el cuadro de su gente sería incompleto si en él faltara el retrato del jefe. «Tenía unos veinticinco años de edad», dice M. James Rodman en una nota que tenemos a la vista, «cuando partió hacia el río. Era notablemente vigoroso y activo, pero pequeño de talla, puesto que no media más de cinco pies y tres o cuatro pulgadas, de estampa fuerte, con las piernas algo arqueadas. Su fisonomía era de tipo hebreo; tenía los labios delgados y el aspecto taciturno». (N. de la *Gentleman's Magazine*)

pequeños, pero de buen metal y soberbiamente fabricados, con esculturas y adornados con serpientes, como algunas piezas de campaña francesas. Cincuenta balas de hierro fueron encontradas al mismo tiempo que los cañones y las obtuvimos. Menciono la manera como nos procuramos el cañón, porque éste representó, como se verá más lejos, un papel importante en algunas de nuestras operaciones. Además, poseíamos quince carabinas de reserva, colocadas en cajas y situadas a proa, con lo restante del equipaje pesado.

Habíamos dispuesto el peso de manera que se hundiera bien la roda, el cual es el mejor método, dados los troncos flotantes y otros obstáculos del río.

En cuanto a otras armas, estábamos suficientemente equipados, porque cada hombre, además de su carabina ordinaria y sus municiones, tenía una hacheta fuerte y un cuchillo.

Cada una de las embarcaciones estaba provista de un caldero de campamento, de tres hachas grandes, de una sirga, de dos bacás de hule para cubrir el material cuando conviniera, y de dos esponjas grandes para achicar el agua. La piragua tenía también un mástil pequeño y una vela (que había olvidado de mencionar) y llevaba, en gran cantidad, la resina, las cortezas de abedul y la estopa destinadas a las reparaciones. Llevaba también toda la pacotilla que habíamos juzgado necesaria y que habíamos comprado en la embarcación del Mississippi. No teníamos la intención de comerciar con los indios, pero esas mercancías nos habían sido ofrecidas a bajo precio y juzgamos que era bueno llevarlas con nosotros, vista su utilidad posible. Eran pañuelos de seda y de algodón; hilo, sedales; sombreros, zapatos, calcetería; cuchillería y quincallería; calicós y telas de algodón estampadas; pacotilla de Manchester; tabaco en rollo y en fajo; mantas batanadas; pignetes y perlas de vidrio, etc., etc. Todo ello en pequeños paquetes, de los que tres hacían de carga de un hombre. Las provisiones también estaban dispuestas de manera que se pudieran manipular cómodamente y repartidas en las dos embarcaciones.

Llevábamos, en total, dos quintales de carne de cerdo, seis de galletas y seis de pemmican, que hicimos preparar en *Petite-Côte* por los canadienses. Estos, en efecto, nos habían dicho que la Compañía de pieles del Noroeste lo usaba para todas las largas expediciones en las que se temía no encontrar caza suficiente. El pemmican se fabrica de manera singular. Las partes magras de los grandes animales se cortan en lonjas delgadas que se exponen, en una parrilla de madera, sea a un fuego suave, sea al sol, como hicimos nosotros, sea, a veces, a la helada. Cuando de esta manera está suficientemente seco, se le machaca entre dos piedras grandes y se conserva muchos años. De todos modos, si se guarda en grandes masas, fermenta en el momento del deshielo, por primavera, y, a menos que se exponga al aire, se corrompe. La grasa del cuerpo y la del cuarto trasero se funde y se mezcla, cuando hierva, con la carne machacada, en proporciones iguales. El todo, entonces, se prensa en sacos y está a punto de ser consumido sin ninguna otra cocción: el gusto es agradable aunque no se añada sal ni

legumbres. Pero lo mejor pemmican se elabora añadiendo tuétano y bayas secas⁴⁷. Nuestro whisky estaba en bombonas de cinco galones cada una y en número de veinte, o sea, cien galones.

Cuando todo estuvo bien estibado y todos nos hubimos colocado, el perro de Thornton comprendido, encontramos que quedaba poco espacio libre, salvo en la gran cámara, que quisimos conservar libre de equipajes, para dormir en ella cuando el tiempo fuera malo; y donde sólo había armas y municiones, algunas trampas de castor y una alfombra de pieles de osos. La falta de espacio nos sugirió un expediente que de todas maneras hubiésemos tenido que adoptar: el de destacar a cuatro cazadores para andar a lo largo de las orillas, de manera que nos abastecieran de caza, sirvieran de batidores y nos avisaran si se acercaban los indios.

A dicho efecto nos procuramos dos buenos caballos, uno de los cuales fue confiado a Robert y a Meredith Greely, que debían ir por la orilla sur, y el otro a Frank y a Poindexter Greely, cuya ruta iba por el lado septentrional. Gracias a los caballos, podrían traernos la caza matada.

Ese arreglo aligeró considerablemente nuestras embarcaciones, reduciendo su carga a once personas. En la pequeña se colocaron dos hombres de *Petite-Côte*, con Toby y Pierre Junot; en la grande, el Profeta (como le llamábamos) o Alexandre Warmley, John Greely, Andrew Thornton, tres de los hombres de *Petite-Côte* y yo, así como el perro de Thornton.

Nuestra manera de avanzar era, a veces, al remo; pero no siempre. Lo más a menudo, halábamos por las ramas de árboles de las orillas o, si el terreno lo permitía, tirábamos de las embarcaciones con la sirga, lo cual era lo mejor. Algunos de nosotros halaban desde la orilla, y los demás se quedaban a bordo para mantener las embarcaciones a distancia de la tierra, valiéndose de las perchas. Muy a menudo empujábamos con éstas simplemente. Y en este método, que es bueno cuando el cauce del río no tiene demasiado lodo ni arenas movedizas y cuando la profundidad del agua lo permite, los canadienses son muy expertos, tanto como en remar. Emplean perchas largas, rígidas, ligeras, armadas de una punta de hierro, y colocándose en la proa en número igual a cada lado, se encuentran —cara a popa y hunden sus perchas en el agua, a fondo. Una vez que las tienen bien clavadas, apoyan el extremo de las perchas en su

⁴⁷ El pemmican descrito aquí por M. Rodman nos es enteramente desconocido y difiere mucho del que nuestros lectores conocen, sin duda muy bien, gracias a las narraciones de Parry, Ross, Back y otros exploradores de las regiones boreales. Este, por lo que recordamos, se prepara haciendo hervir mucho, tiempo la carne magra —después de haber separado cuidadosamente toda la grasa— hasta que la carne queda reducida a una muy pequeña parte del volumen inicial y obtiene una consistencia pulposa: Pero las comprobaciones positivas de un cirujano americano que tuvo ocasión de observar, por una herida abierta en el estómago de un paciente, el proceso de la digestión y entregarse a experimentos, probaron que el volumen por sí mismo es esencial a dicho proceso y que, por consiguiente, la condensación de las propiedades nutritivas de los alimentos implica, en una gran manera, una paradoja. (N. de la *Gentleman's Magazine*)

hombro, protegido por una almohadilla, y empujan así, andando a lo largo de la borda y dan a la embarcación un impulso de los más vigorosos. Cuando se emplea la percha no hay necesidad de timonel, porque el bajel se dirige con precisión maravillosa.

Con estos diversos modos de locomoción, variados de tiempo en tiempo por la necesidad de entrar en el agua y de empujar nuestras embarcaciones a fuerza de brazos en las corrientes rápidas o en los bajos fondos, empezamos nuestro viaje, tan accidentado, río arriba del Missouri.

Las pieles, que considerábamos como objetos principales de la expedición, debían provenir sobre todo de la caza y de la puesta de trampas practicadas lo más discretamente posible y no del comercio directo con los indios, que, desde hacía tiempo, habíamos aprendido a conocer como una raza, hablando en general, pérflida, con la cual no era prudente para una tropa tan pequeña como la nuestra el tener relaciones. Las pieles, naturalmente recogidas por precedentes exploradores en el trayecto que proyectábamos comprendían: castores, nutrias, martas, linces, ondatras, mofetas, osos, zorros, glotones, lobos, búfalos, ciervos y alces, pero, nosotros pensábamos limitarnos a las especies más preciosas.

La mañana de nuestra partida de *Petite-Côte* fue entusiasta y deliciosa; y nada tan alegre como nuestra tropa. El verano apenas empezaba y el viento, que, en los primeros momentos sopló fuerte contra nosotros, tenía la suave voluptuosidad de la primavera. El sol brillaba, claro, pero muy poco caliente. El hielo había desaparecido del río y la corriente, medianamente llena, disimulaba los aluviones pantanosos e irregulares que, cuando las aguas son bajas, desfiguran las riberas del Missouri. El río ofrecía entonces un aspecto majestuoso, bañando, de un lado, los sauces y los algodoneros, y, del otro, fluyendo en masa enorme a lo largo de los acantilados perpendiculares.

Miré hacia el oeste, de donde venía la corriente, hasta el punto muy lejano donde las aguas parecían pintarse en el cielo, y pensé en los inmensos territorios a través de los cuales esas aguas habían probablemente pasado: territorios aún absolutamente desconocidos de la raza blanca y quizás ricos de las magníficas obras de Dios. Y sentí una excitación en el alma como nunca la había experimentado, y decidí, en secreto, que serían menester muchos obstáculos para impedirme navegar por ese noble río hasta más arriba de lo que habían alcanzado todos los precedentes exploradores.

En aquel momento, parecía animado de una energía más que humana. Y mi entusiasmo físico se hizo tan potente que me sentía apenas satisfecho de verme retenido en los estrechos límites de la embarcación. Deseaba encontrarme en la orilla con los Greely, y, saltando y corriendo por la pradera, dar libre curso a los sentimientos que me inspiraban.

Thornton compartía esos sentimientos en alto grado, demostraba el más vivo interés por nuestra expedición y admiraba los bellos espectáculos que nos rodeaban; tanto, que desde aquel instante sentí por él una simpatía singular. Jamás, en ningún período de mi vida, había experimentado con tal agudeza el deseo de tener un amigo con quien

conversar libremente, sin riesgo de no ser comprendido. La pérdida de todos mis parientes, muertos tan rápidamente, me había afligido sin deprimirme; mi espíritu parecía buscar un alivio en la contemplación de las salvajes escenas de la Naturaleza: y de esas escenas, como de las reflexiones que provocaban, me era imposible, opinaba yo, gozar enteramente sin la compañía de alguien con quien comentarlas.

Thornton era precisamente un individuo cerca del cual yo podía verter lo que rebosaba de mi corazón, verter toda mi emoción extravagante sin temor del menor ridículo, y, es más, con la certeza de encontrar a un auditor tan apasionado como yo mismo. Jamás, ni antes ni después, encontré quien compartiera tan plenamente mis propias ideas acerca de los espectáculos de la naturaleza; y esa circunstancia bastó para unirnos en una sólida amistad. Durante toda la expedición, fuimos tan íntimos como lo hubieran podido ser dos hermanos, y no hice nada sin consultarle.

Pierre y yo éramos igualmente amigos, pero no existía entre nosotros el lazo de pensar en común, el más potente de los lazos mortales. Su naturaleza, aunque sensitiva, era demasiado versátil para comprender el devoto fervor de la mía.

Los incidentes de nuestro primer día de viaje no ofrecieron nada de notable, salvo que tuvimos alguna dificultad en llegar, hacia la caída de la noche, hasta la entrada de una gran caverna situada a la orilla sur del río. Esa caverna era de apariencia muy lúgubre cuando la costeábamos; estaba situada al pie de una escarpa alta de doscientos pies por lo menos, y se desplomaba sobre el río. No podíamos apreciar claramente su profundidad, pero tenía de unos dieciséis a diecisiete pies de alto, y cincuenta, por lo menos, de ancho⁴⁸. La corriente era, en aquel lugar, muy rápida, y como que la disposición del acantilado nos impedía halar, tuvimos, para avanzar, necesidad de los

⁴⁸ La gruta aquí mencionada se llamaba «la Taberna» por los comerciantes y los bateleros. Algunas imágenes grotescas están pintadas en los acantilados, y hubo un tiempo en que los indios le tenían un gran respeto. Hablando de esa gruta, el capitán Lewis dijo que tenía ciento veinte pies de anchura, veinte de alto y cuarenta de profundidad, y que las escarpas que la rodeaban eran altas, de unos trescientos pies. Quisiéramos llamar la atención sobre el hecho de que en todos los puntos la descripción de M. Rodman está por debajo de la del capitán Lewis. Con todo, su manifiesto entusiasmo, nuestro viajero no se inclina nunca hacia la exageración de los hechos. En tres diferentes ocasiones, como aquí, se comprobará que sus datos en materia de cantidad (en el sentido completo de la palabra) quedan siempre más acá de la verdad tal como esa verdad se ha establecido después. Consideramos ese rasgo de su espíritu como muy notable; y, seguramente, hay en ello algo que da mayor peso a aquellas observaciones suyas concernientes a las regiones de las que no conocemos más que lo que él nos refiere. En todos los puntos relativos a efectos, el temperamento particular de M. Rodman le lleva, por lo contrario, a ir más allá. Por ejemplo, habla de la caverna en cuestión como ofreciendo una apariencia lúgubre, y la coloración de su relato en lo que la concierne, proviene, sobre todo, de que su propio espíritu era sombrío cuando pasó por allí. Convendría acordarse de esas distinciones al leer su Diario. No amplía jamás los hechos; las impresiones que de ellas obtiene, han de ofrecer, para las sensibilidades ordinarias, un tono de exageración: Y, no obstante, no hay ninguna falsedad en su exageración, salvo en lo que concierne al sentimiento general de la cosa vista y descrita. En cuanto a su propio espíritu, ese tono exagerado en apariencia es el verdadero, el solo. (N. de la *Gentleman's Magazine*)

mayores esfuerzos. Llegamos, por fin, a obtener nuestro objeto colocándonos todos en la gran embarcación, salvo un hombre que se quedó en la piragua al ancla más abajo de la caverna. Y, remando todos juntos, condujimos la gran embarcación hasta más arriba del paso difícil, dando a medida cable a la piragua y remolcándola, una vez llegamos, con el mismo cable. Pasamos aquel día los ríos Bonhomme y Osage-Femme, con dos pequeñas caletas y varios islotes de mínimas dimensiones. Recorrimos unas veinticinco millas a pesar del viento contrario, y acampamos, por la noche, en la orilla norte, al pie de un raudal llamado Diablo.

4 de junio

Por la mañana, temprano, Frank y Poindexter Greely llegaron al campo con un gamo muy gordo, del que almorcamos alegremente; reemprendimos la marcha con entusiasmo. En el raudal del Diablo, la corriente se precipita con fuerza contra rocas salientes del lado sur que hacen incómoda la navegación. Un poco más arriba encontramos muchos bancos de arena movediza que nos incomodaron; allí las riberas se hunden continuamente, y ello, con el tiempo, ha de modificar el cauce de una manera considerable. A las ocho tuvimos un buen viento fresco del este, gracias al cual avanzamos rápidos; tanto, que por la noche habíamos hecho quizás treinta millas o más. Pasamos, al norte, el río Du Bois, una caleta llamada Charité⁴⁹ y muchas islas pequeñas. El río crecía rápidamente cuando nos detuvimos, por la noche, bajo un bosquecillo de algodoneros, sin poder encontrar por los alrededores un terreno que nos conviniera para acampar. Hacía un tiempo magnífico y me sentía demasiado agitado para dormir. Es por lo que, pidiendo a Thornton que me acompañara, di un paseo por el campo y no volví hasta que se hizo de día. El resto de nuestro grupo ocupaba la cámara, que resultó ampliamente espaciosa para cinco o seis personas. Durante la noche fueron alarmados por un ruido extraño, sobre la cubierta, ruido del que no pudieron descubrir la causa: porque, cuando algunos se precipitaron afuera para darse cuenta, el perturbador había desaparecido. Según la relación que hicieron, concluí que debía ser un perro de indio que había olfateado nuestras provisiones frescas (el gamo de la víspera) y se esforzaba en robar una parte. De esta manera, me sentí perfectamente tranquilizado; pero la ocurrencia hizo resaltar el gran riesgo que corríamos no montando una guardia regular de noche, y se convino que se haría a partir de entonces.

Y habiendo dado así, en los mismos términos que M. Rodman, los incidentes de los dos primeros días del viaje, nos abstendremos de seguir a nuestro héroe minuciosamente en la subida del Missouri hasta la desembocadura del Platte, adonde llegó el diez de agosto.

El carácter del río en toda esa parte es tan conocido, ha sido descrito tan a menudo que toda relación nueva sería superflua. Y el Diario, para esta parte del viaje, casi no cita

⁴⁹ ¿Charité, la Charrette? ¿Dubois, no sería Wood-River? (N. de la *Gentleman's Magazine*)

sino el aspecto físico de la región, con los incidentes ordinarios de la navegación y de la caza.

La tropa hizo tres altos diferentes con vistas a la colocación de trampas, pero sin gran éxito; y, a fin de cuentas, decidió avanzar más hacia dentro del país para emprender la busca sistemática de las pieles.

Para los dos meses que saltamos, no se mencionan sino dos acontecimientos importantes: uno de ellos, la muerte de un canadiense, Jacques Lanzanne, mordido por una serpiente de cascabel; el otro, el encuentro de una comisión española enviada para interceptar la tropa y hacerla volver hacia atrás. Pero el oficial que conducía el destacamento se interesó tanto por la empresa y puso tanta simpatía en M. Rodman que nuestros viajeros pudieron continuar con toda libertad.

Numerosos pequeños grupos de indios de Osage y de Kansas vinieron a veces a vagabundear alrededor de las embarcaciones, pero no mostraron la menor hostilidad.

(Dejamos, pues, por ahora, a los viajeros en la desembocadura del río Platte, el 10 de agosto de 1791, reducidos al número de catorce.)

Capítulo III

(Habiendo llegado a la desembocadura del Platte, nuestros viajeros acamparon durante tres días, que ocuparon en secar y airear sus mercancías y provisiones, confeccionando nuevos remos y perchas y reparando la canoa de cortezas, que había sufrido averías. Los cazadores trajeron caza en abundancia, en cantidad tal como para abarrotar las embarcaciones. Se encontraban tantos ciervos como se quería; los pavos rollizos pululaban. Además, los viajeros se regalaban con muchas clases de pescados, y encontraron, a una pequeña distancia de la orilla, una especie exquisita de uva salvaje. No habían visto indios desde hacía más de quince días, porque era la estación de las cacerías y estaban, sin duda, por las praderas ocupados en cazar búfalos. Después de haber descansado perfectamente, la tropa levantó el campo y continuó subiendo por el Missouri. Continuamos el texto del Diario.)

14 de agosto

Nos pusimos en camino con una deliciosa brisa del sureste y avanzamos a lo largo de la orilla sur, aprovechando los remolinos, y navegando a gran velocidad, a pesar de la corriente que, en medio, era extraordinariamente crecida y violenta.

Al mediodía, nos detuvimos para examinar unos curiosos montículos de formas y dimensiones varias, todos constituidos de barro y arena, y de los cuales, los más elevados eran los más cercanos al río. No puede decidir si aquellas eminencias eran de origen natural o artificial. Hubiera creído que eran hechas por los indios, a no ser el

aspecto general del suelo, que parecía haber sufrido una violenta acción de las aguas⁵⁰. Permanecimos en aquel lugar el resto del día, habiendo franqueado la distancia total de veinte millas.

15 de agosto

Hoy hemos tenido un viento contrario, fuerte y desagradable. No hicimos sino quince millas, con gran esfuerzo, y acampamos por la noche al pie de un acantilado de la orilla norte, el primero que encontramos en aquella orilla desde el río Nodaway. Por la noche llovió a cántaros, y los Greely entraron sus caballos y se refugiaron en la cámara. Robert atravesó el río a nado en su caballo y volvió a la orilla sur en canoa a buscar a Meredith. Parecía no dar ninguna importancia a esa doble proeza, aunque la noche fuese una de las más oscuras y de las más tempestuosas que yo había visto jamás, y a pesar de la crecida del río. Permanecimos todos sentados en la cámara, cómodamente, porque el tiempo era fresco, y Thornton nos mantuvo mucho tiempo despiertos contándonos una tras otra sus aventuras con los indios del Mississipi. Su gran perro parecía escuchar con una atención profunda y no perder ni una palabra. Cada vez que refería una historia particularmente increíble, Thornton tomaba gravemente por testigo a la bestia:

—*Nep* —decía—, ¿te acuerdas de aquel tiempo?

O bien:

—*Nep* puede jurar que es verdad. ¿No es cierto, *Nep*?

Entonces *Nep* movía sus ojos, sacaba una lengua monstruosa y balanceaba la cabeza como para decir:

—¡Oh, es tan cierto como la misma Biblia!

Y aunque sabíamos que era ése un juego aprendido por el perro, no podíamos por menos que reírnos a carcajadas cada vez que Thornton apelaba a él.

16 de agosto

Esta mañana temprano cruzamos una isla y una caleta de cerca de quince yardas de ancho; luego, doce millas más arriba, una gran isla situada en medio del río. Estábamos entonces, en general, rodeados de altas praderas, con, al norte, colinas arboladas, y, al sur, terreno bajo cubierto de algodoneros. El río era en extremo tortuoso, pero menos rápido que más acá del Platte. En suma, se encuentran menos árboles que antes; los que se encuentran son, sobre todo, el olmo, el algodón, el nogal Hickary, el nogal ordinario y, a veces, el roble.

Viento fuerte casi todo el día; gracias a lo cual y a los remolinos recorrimos veinticinco millas antes de la noche. Sentamos nuestro campamento al sur, en una gran

⁵⁰ Se sabe particularmente hoy que aquellos montículos indican la situación de la antigua aldea de los Ottos, que constituyeron antaño una pujante tribu. Diezmados por continuos combates, se pusieron bajo la protección de los Pawnees y emigraron al sur del Platte, a unas treinta millas de su desembocadura. (N. de la *Gentleman's Magazine*)

llanura cubierta de hierbas altas, en la que había numerosos ciruelos y groselleros. Detrás de nosotros se erguía una colina empinada cubierta de árboles; después de haberla escalado descubrimos otra pradera que se extendía hasta una distancia, de cerca de una milla, y limitada en su otro extremo por una colina arbolada totalmente igual, después de la cual venía también una vasta pradera que se prolongaba hasta perderse de vista.

Desde los acantilados situados justo encima de nosotros, pudimos contemplar una de las más bellas perspectivas del mundo⁵¹.

17 de agosto

Permanecimos todo el día en el campo ocupándonos en diversos trabajos.

Acompañado por Thornton y su perro, me fui a cierta distancia hacia el sur y me encantó la voluptuosa belleza de aquella región. Las praderas sobrepujaban, por su esplendor, a todo cuanto, se ha dicho en los cuentos de *Las mil y una noches*. En las orillas de las caletas brotaban las flores en masas caprichosas; parecía que fuesen obra del arte y no de la naturaleza, de tal manera sus brillantes colores se armonizaban en una fantástica profusión. Sus ricos perfumes eran casi agobiantes. De vez en cuando, encontrábamos árboles que formaban una especie de isla verde en medio del océano de flores purpúreas, azules, anaranjadas o carmesíes que ondulaban en el viento. Esas islas eran de nobles robles forestales a cuya sombra la hierba parecía un terciopelo verde de los más suaves, y por cuyos troncos enormes trepaban, generalmente en abundancia, parras cargadas de deliciosos racimos maduros. A lo lejos, el Missouri presentaba el más majestuoso aspecto; y más de una de las verdaderas islas diseminadas en su curso estaban totalmente cubiertas de matorrales de ciruelos y de otros arbustos, salvo donde senderos estrechos y complicados las atravesaban en diversos sentidos, como las avenidas en un jardín inglés. Y por esas avenidas podíamos divisar alces y antílopes que, sin duda, las habían abierto.

A la puesta del sol, volvimos al campamento, encantados de nuestra excursión. La noche era calurosa, y nos incomodaron mucho los mosquitos.

18 de agosto

Hoy hemos atravesado una parte estrecha del río que no tenía más que doscientos pies de anchura, con un canal rápido, muy obstruido por las maderas flotantes.

La embarcación grande ha chocado con un tronco sumergido; se ha llenado de agua a medias antes de que hayamos podido zafarla del peligro. Nos ha sido necesario detenernos e inspeccionar nuestro material. Una parte de las galletas está estropeada, pero no la pólvora.

Nos quedamos allí todo el día, no habiendo recorrido más de cinco millas.

⁵¹ El Condado de Bluffs (N. de la *Gentleman's Magazine*)

19 de agosto

Partimos de madrugada y anduvimos maravillosamente. El tiempo era fresco y nublado; hacia el mediodía, tuvimos un fuerte chaparrón. Cruzamos al sur una caleta cuya entrada estaba casi disimulada por una gran isla de arena, de apariencia muy singular. Avanzamos todavía quince millas más. Las alturas estaban entonces alejadas del río y separadas por una distancia de diez a veinte millas. Al norte, hay una cantidad de hermosos árboles, pero no se ve ninguno del lado del sur. Cerca del río se encuentran magníficas praderas y, a lo largo de la orilla, descubrimos cuatro o cinco especies diferentes de uvas, todas buenas al gusto y muy maduras; una de ellas era una uva grande, purpúrea, de calidad excelente.

Los cazadores volvieron al campo, por la noche, de una y otra ribera, y nos trajeron tanta caza que no supimos qué hacer de ella: urogallos, pavos, dos ciervos, un antílope y muchos pájaros amarillos, con las alas rayadas de negro, que se encontraron deliciosos al comerlos.

Hicimos ese día unas veinte millas.

20 de agosto

El río, esta mañana, está lleno de médanos y otros obstáculos; pero avanzamos valientemente, y llegamos, antes de la noche, a la entrada de un riachuelo bastante ancho, a veinte millas casi de nuestro última campamento, con la resolución de quedarnos cuatro o cinco días para cazar en trampas a los castores, porque veíamos huellas de ellos por las cercanías. Esa isla era una de las regiones más maravillosas de aspecto que pudieran soñarse, y llenó mi alma de las más nuevas y más encantadoras emociones. Todo el paisaje, más que una realidad positiva, parecía lo que yo soñaba cuando era niño. Las orillas descendían hasta el agua en pendientes muy suaves; un césped corto y fino, de un verde brillante, las alfombraba; permanecía visible bajo la superficie de las aguas casi, a cierta distancia del borde, sobre toda del lado norte, donde el límpido riachuelo se vertía en el río. Alrededor de la isla, cuya superficie parecía alcanzar unos veinte acres, había una bordura no interrumpida de algodones, con sus troncos cargados de vides en plena fructificación y tan estrechamente enlazados que apenas podíamos entrever el río a través del follaje. En el interior de ese cinturón, la hierba era un poco más alta, menos fina, con una raya blanca o amarillo pálido en medio de cada brizna; exhalaba un perfume notablemente exquisito, análogo al de la vainilla, pero mucho más fuerte y que impregnaba la atmósfera toda. La hierba olorosa común en Inglaterra es, sin duda, del mismo género, pero muy inferior tanto en belleza como en perfume. En todas direcciones se contaban por miríadas las flores más brillantes, en pleno desarrollo, y la mayoría de ellas deliciosamente olorosas; las había azules, de un blanco inmaculado, de amarillo vivo, purpúreas, carmesíes, de un rojo brillante, con pétalos abigarrados como los de los tulipanes. Aquí y acullá, crecían bosquecillos de

cerezos o de ciruelos, y numerosos senderos abiertos por los alces y los antílopes contorneaban la isla. Casi en el centro brotaba, de un grupo de rocas escarpadas y enteramente cubiertas de musgo y de vides en flor, una fuente de agua dulce y clara. El conjunto parecía de manera maravillosa un jardín artificial, pero era infinitamente más bello; se hubiese dicho mejor una de esas escenas encantadas que describen los libros antiguos. Estábamos todos encantados del lugar y montamos nuestro campo con una alegría sin límites en medio de aquel retiro de dulzuras.

(Los viajeros permanecieron allí una semana y durante ese tiempo exploraron los alrededores del lado norte en muchas direcciones, procurándose algunas pieles a lo largo del riachuelo indicado. El tiempo era hermoso, y su felicidad fue completa en aquel Paraíso Terrenal. Sin embargo, M. Rodman no omitió ninguna de las precauciones necesarias: se colocaron centinelas cada noche, mientras todos se reunían en el campamento y se regocijaban. No habían conocido jamás antes tales fiestas y tales orgías; los canadienses mostraron ser los hombres más alegres del mundo en materia de canciones. No hacían sino comer, beber, bailar, cantar a voz en grito villancicos de Francia. Durante el día tenían por principal ocupación la de guardar el campamento, mientras que los exploradores más serios cazaban o montaban los cepos lejos.

En una de esas expediciones, M. Rodman encontró una excelente ocasión de observar las costumbres del castor; y lo que él dice de ese animal singular tiene mucho interés, tanto más cuanto que su descripción se aparta materialmente, en algunos puntos, de lo que otros han referido.

Acompañado, como de costumbre, por Thornton y su perro, subió hasta las fuentes de un riachuelo, en las alturas, a unas diez millas del río. Llegaron a un punto en que los castores habían construido una gran charca cerrando el paso al riachuelo. En una de las extremidades de ese pantano se divisaba un denso bosque de salces, algunos de los cuales se desplomaban en el agua en un lugar donde aparecían muchos castores. Nuestros paseantes se deslizaron con precaución hasta aquel bosque y, haciendo que Neptuno se echara a cierta distancia, lograron trepar, sin ser notados, a un gran árbol de follaje espeso, desde donde pudieron contemplar de cerca lo que sucedía. Los castores estaban reparando una parte de su dique y todos sus movimientos eran fáciles de observar. Uno tras otro, los arquitectos se acercaron al borde del pantano; cada uno llevaba en la boca una ramita que fue a colocar en el dique, atravesada, en el punto en que había cedido. Luego se sumergía incontinentemente, y unos segundos más tarde reaparecía llevando una cantidad de barro espeso, que empezaba por apretar de manera que sacara la mayor cantidad posible de agua, después de lo cual la aplicaba, ayudándose con sus patas y con su cola (de la que se servía como de una llana) a la rama que acababa de poner en la brecha. Después desaparecía entre los árboles; y otro miembro de la comunidad le sucedía, realizando, a su vez, el mismo trabajo.

De esta manera el daño acontecido en el dique estaba en vías de ser reparado pronto. M. Rodman y Thornton observaron la marcha de los trabajos durante dos buenas horas, y atestiguan la notable habilidad de los artesanos. No obstante, así que un castor se iba del borde del pantano para ir a buscar una rama, desaparecía entre los salces, con gran descontento de los observadores que deseaban ver la continuación de sus maniobras. Pero trepando un poco más hacia arriba por el árbol obtuvieron satisfacción. Un pequeño sicómoro había sido derribado, al parecer, y yacía completamente despojado de todas sus ramitas; algunos castores estaban todavía ocupados en desprender, royéndolas, las que quedaban y en llevarlas al dique. Durante ese tiempo, un gran número de animales rodeaba un árbol mucho más viejo y mayor, que estaban muy ocupados en derribar. Eran unos cincuenta a sesenta alrededor del tronco, y seis o siete de entre ellos trabajaban a la vez; cada uno se detenía cuando estaba fatigado y otro le sustituía inmediatamente. Cuando nuestros paseantes vieron el sicómoro, el tronco estaba ya profundamente decentado, pero sólo del lado del pantano en cuya orilla crecía. El corte tenía casi un pie de anchura, y una hacha no lo hubiese hecho tan neto; al pie del árbol, el suelo estaba cubierto de virutas delgadas parecidas a pajas, separadas, roídas y abandonadas; porque parece que los castores sólo se alimentan con las cortezas y no con la madera.

Durante su trabajo, algunos se sentaban sobre sus patas traseras, como hacen las ardillas, y roían la madera, con las patas delanteras apoyadas en el borde del corte y sus cabezas muy hundidas en la abertura. Dos de entre ellos se habían colocado en el interior del corte y, tendidos, trabajaban con gran ardor durante algunos momentos, después de lo cual otros les relevaban.

Aunque la posición de nuestros viajeros fuese de las más incómodas, tenían tanta curiosidad de asistir a la caída del sicómoro que permanecieron resueltamente en su sitio hasta la puesta de sol, o sea durante ocho horas. Su principal dificultad fue la de impedir que Neptuno se zambullera en el pantano en persecución de los albañiles que reparaban el dique. El ruido que hacía, más de una vez turbó a los que, roían el árbol, que se estremecían como movidos por un común instinto, y, atentamente, escuchaban durante muchos minutos. Pero, como que la noche avanzaba, el perro cesó de agitarse y se echó; los castores continuaban su trabajo sin interrumpirlo más.

En el momento preciso en que empezó la puesta de sol, se produjo un movimiento súbito entre los cortadores de madera que saltaron lejos del árbol y se fueron hacia el lado que no habían atacado. Y, un instante después, el árbol se inclinó gradualmente hacia el lado roído, hasta que los labios del corte se tocaron; pero no cayó todavía, porque estaba mantenido por la corteza intacta. Esta, vivamente atacada por tantos castores como pudieron encontrar sitio en la tarea, pronto se vio cortada. Y entonces, el gran árbol, al cual le había sido dada tan ingeniosamente la inclinación apropiada, cayó con un ruido formidable, tendiendo una parte de sus ramas superiores por encima de la superficie del pantano. Hecho esto, la comunidad entera pareció juzgar que merecía

asueto: cesando de golpe todo trabajo, los castores empezaron a perseguirse unos a otros en el agua, sumergiéndose y chapaleando con sus colas.

La descripción hecha aquí del método que emplea el castor para abatir los árboles es la más detallada que conocemos, y parece decisiva desde el punto de vista de saber si los actos de aquel animal son calculados.

La intención de hacer caer al árbol en la dirección del agua parece aquí manifiesta. El capitán Bonneville, como se recordará, discute en ese punto la sagacidad del animal y cree que éste no tiene otro propósito que el de hacer caer el árbol sin calcular sutilmente el modo de la caída. Estima que esa sagacidad no le ha sido atribuida sino porque de hecho, en general, los árboles que crecen cerca de las orillas tienen el tronco inclinado hacia el agua, o bien las ramas principales dirigidas hacia el mismo lado, adonde las atrae la luz, el espacio y el aire más abundantes. El castor, dice, ataca naturalmente a esos árboles, que son los que están más a su alcance en los bordes del curso de agua o del estanque; y, una vez cortados, los árboles caen naturalmente hacia el lado del agua.

Es oportuna esa observación; pero no demuestra la ausencia de cálculo en el castor, cuya sagacidad, a fin de cuentas, es mucho menor que la que se ha, positivamente, reconocido a muchas clases de animales inferiores —infinitamente por debajo de la hormiga león, de la abeja, de los políperos—. Es probable que si dos árboles se ofrecen a la elección del castor, el uno inclinado sobre el agua y el otro no, desestimaría como superfluas, abatiendo el primero, las precauciones descritas antes, pero las observaría al abatir el segundo.

En una parte ulterior del Diario se dan otros detalles acerca de las costumbres de ese singular animal y de los medios de cazarlo con trampas que emplearon nuestros cazadores; los damos aquí para mayor coherencia. El principal alimento de los castores son las cortezas; acumulan grandes provisiones de ellas para el invierno, escogiendo con cuidado y método las especies convenientes. Una tribu entera, que comprende a veces de dos a trescientas cabezas, partirá para abastecerse en grupo y pasará por bosques enteros de árboles todos parecidos hasta que encuentran uno a su fantasía. Lo derriban entonces y le quitan las ramas más tiernas, que dividen en pequeñas briznas de dimensiones iguales; despojan esas briznas de su corteza, que llevan al riachuelo más cercano que fluye hacia su aldea para que flote hasta su destino. A veces, las briznas las guardan en reserva para el invierno, sin descortezarlas; y, en ese caso, los castores tienen cuidado de sacar de sus viviendas los desechos de madera, que llevan a cierta distancia en cuanto se han comido la corteza.

Durante la primavera, los machos no permanecen jamás en la aldea de la tribu, pero se encuentran, ya sea solos, ya reunidos dos o tres; parece que entonces pierden sus hábitos propios de sagacidad y ofrecen una presa fácil al arte del cazador con trampas. En verano, vuelven a la aldea y se ocupan, con las hembras, en acumular las provisiones para el invierno. Se les describe como muy feroces una vez irritados.

Algunas veces se les puede capturar en la, orilla, sobre todo en primavera, cuando los machos, que gustan de vagar algo lejos del agua, buscan su sustento. Cuando se les sor prende así, es fácil abatirles de un bastonazo; pero el método más seguro y el más eficaz de capturarles es la trampa. Esta se construye simplemente de manera que coja al animal por la pata. El cazador la coloca ordinariamente en algún lugar cercano de la orilla y justo bajo la superficie del agua, después de haberla atado con una cadena a una estaca hundida en el barro. Entre las mandíbulas del cepo se coloca el extremo de una ramita cuyo otro extremo emerge y ha sido bien untado con el cebo líquido cuyo olor es sabido que al castor le gusta. Así que el animal lo huele, va a frotar su hocico contra la rama, y haciendo eso anda sobre el cepo, la dispara y se encuentra cogido. El cepo se hace muy ligero, de manera que sea fácilmente transportable, y la presa lo arrastraría fácilmente nadando si no fuese por la cadena que lo retiene sujeto; ninguna otra atadura resistiría a los dientes del castor. El cazador experto reconoce enseguida la presencia del castor en un estanque o un curso de agua; la descubre por mil indicios que no proporcionarían ni la menor indicación a un observador sin experiencia.

Muchos de los mismos leñadores que los viajeros, desde su salce, habían considerado con tanta atención, cayeron ulteriormente víctimas de los cepos; y sus hermosas pieles fueron presa de los cazadores, que hicieron una gran carnicería en las madrigueras del pantano. Otras aguas de las cercanías no se mostraron menos propicias a la tropa que, mucho tiempo, recordó esa isla, en la desembocadura del riachuelo, con el nombre justificado de la Isla de los Castores:

Dejaron ese pequeño paraíso el veintisiete del mes, y, llenos de entusiasmo, prosiguieron su viaje, poco agitado hasta entonces.

El primero de septiembre llegaron, sin incidente notorio, a la desembocadura de un río procedente del sur, que llamaron Río de los Groselleros, porque en sus orillas crecían numerosos árboles frutales, pero que en realidad era, según parece, el Quicourre. Los principales asuntos que menciona la parte del Diario relativa a este período son los numerosos rebaños de búfalos que, en todas direcciones, oscurecían la pradera, y las ruinas de una fortaleza situada en la orilla sur del río, casi delante de la extremidad superior de la isla llamada después Isla Bonhomme. Da de esas ruinas una minuciosa descripción que concuerda, en cuanto a los puntos importantes, con la de los capitanes Lewis y Clarke.

Los viajeros habían pasado los ríos Petit-Scout, Pierre-Blanche y Jacques, al norte, así como el riachuelo Wawandysenche y el río de la Pintura Blanca al sur, pero no hicieron alto de ninguna duración para tender sus trampas cerca de dichos cursas de agua.

Habían también pasado la gran aldea de los Omahas, que el Diario no menciona en absoluto. Esa aldea, entonces, comprendía más de trescientas habitaciones en las que vivía una tribu numerosa y potente. Pero no se encuentra en los bordes mismos del Missuri, y las embarcaciones la pasaron sin duda de noche; porque la tropa habría empezado a adoptar esa manera de proceder por miedo de los Siux.

Volvemos a tomar la narración de M. Rodman a partir del día dos de septiembre.)

2 de septiembre

Habíamos llegado a la parte del río donde, se nos dijo, podíamos ser atacados por los indios.

Nos volvimos circunspectos en nuestras disposiciones. Nos hallábamos en el país habitado por los Sioux, tribu guerrera y cruel que, en varias ocasiones, había demostrado su odio a los blancos y que estaba constantemente en lucha con sus vecinos.

Los canadienses tenían mucho que contar acerca de la barbarie de esos salvajes y yo temía enormemente que esos cobardes aprovecharían la primera ocasión para desertar y volver al Mississippi. Para disminuir las posibilidades de fuga sustituí a uno de ellos que iba en la piragua por Poindexter Greely y tomé al canadiense conmigo en la gran embarcación. Todos los Greely vinieron a bordo y dejaron en libertad a los caballos. He aquí cómo íbamos repartidos: En la piragua, Poindexter Greely, Tobie, un canadiense y Pierre Junot. En la embarcación grande, Thornton y su perro Neptuno, el Profeta, John, Frank, Robert, Meredith Greely, tres canadienses y yo.

Nos hicimos a la vela a la caída de la tarde, y como teníamos un buen viento del sur avanzamos rápidamente. No obstante, a primeras horas de la noche, los bajos fondos de arenas movedizas nos incomodaron mucho. Pudimos avanzar sin interrupción hasta que apuntó el día y en ese momento nos refugiamos en la desembocadura de un riachuelo y ocultamos las embarcaciones debajo de los follajes de la orilla.

3 y 4 de septiembre

Durante estos dos días ha llovido y venteado con tan gran violencia que no hemos salido de nuestro retiro. El mal tiempo abatió nuestro ánimo en extremo y las narraciones de los canadienses acerca de los terribles Sioux no eran para tranquilizarnos. Nos reunimos todos en la cámara de la gran embarcación y tuvimos consejo para decidir qué teníamos que hacer. Los Greely opinaban que fuéramos osadamente hacia delante a través de la región peligrosa; sostenían que las historias de los canadienses eran puras exageraciones, y que los Sioux se limitarían a molestarnos sin llegar a atacarnos francamente. Wormley y Thornton, por lo contrario, así como Pierre Junot (que tenían los tres una gran experiencia del carácter indio) estimaban que nuestra táctica actual era la mejor, aunque nos obligaría a ir más despacio. Yo compartía en absoluto su opinión; continuando nuestro viaje de noche, teníamos probabilidades de evitar una colisión con los Sioux, y en cuanto al retraso, no le atribuía importancia alguna.

5 de septiembre

Partimos de noche y habíamos recorrido unas diez millas al alba. Ocultamos las embarcaciones como la víspera, en una angosta caleta que nos convino porque estaba

casi cerrada por una isla cubierta de arbolado. Volvió a llover furiosamente; nos calamos hasta la piel antes de haberlo puesto todo en orden y de retirarnos a la cámara.

Perdíamos ánimo con el mal tiempo, y los canadienses en particular estaban lamentablemente desmoralizados. Habíamos llegado a una angostura del río y la corriente era impetuosa. Las orillas de ambos lados eran escarpadas y espesamente cubiertas de robles, de nogales, de castaños y de fresnos. A través de esa garganta, sabíamos que nos sería, extremadamente difícil pasar inadvertidos, ni aun de noche, y aumentaron nuestros temores de que nos atacaran. Decidimos no proseguir nuestro viaje antes de la tarde y avanzar lo más furtivamente posible. Entretanto, pusimos un centinela en la piragua y otro en la orilla, y nos ocupamos de inspeccionar las armas y las municiones para estar preparados a lo peor que pudiera acontecernos.

Hacia las diez, nos disponíamos a partir, cuando el perro de Thornton lanzó un gruñido sordo que hizo que todos empuñáramos nuestras carabinas.

La causa de esa alerta fue un indio de la tribu de los Pencas que vino abiertamente hacia nuestro centinela de la orilla con la mano tendida. Le llevamos a bordo y le ofrecimos whisky. Se hizo muy comunicativo. Nos dijo que su tribu, que vivía algunas millas más abajo, vigilaba nuestros movimientos desde hacía varios días, pero que los Poncas eran amigos nuestros y no molestarían a los blancos. Cuando volviéramos, harían negocios con nosotros. Le habían enviado para que los rostros pálidos se guardaran de los Sioux, que eran muy ladrones, y nos esperaban emboscados, a 20 millas más arriba, en un recodo del río. Había allí tres bandas de Sioux, dijo, y su intención era matarnos para vengar un insulto que hace muchos años hizo a uno de sus jefes un cazador francés.

Capítulo IV

(Dejamos a nuestros exploradores, el 5 de septiembre, con el temor de un ataque inmediato de los Sioux. Las descripciones exageradas de la ferocidad de esa tribu habían dado a la tropa el vivo deseo de evitarlos, pero el informe del bravo ponca mostró que un encuentro era fatal.

Los viajes nocturnos fueron, pues, abandonados, como poco políticos, y se decidió obrar con audacia y fanfarronería.

Lo restante de la noche del 5 se empleó en demostraciones bélicas. La gran embarcación, en la medida de lo posible, fue puesta en pie de guerra y se trató de tomar el aspecto más feroz que permitiera la situación. Entre otros preparativos de defensa, el cañón fue izado sobre cubierta y colocado en la proa, con una carga de balas de fusil a guisa de metralla. Justo antes de la salida del sol, los viajeros partieron a la bravata, impelidos por un fuerte viento. A fin de que el enemigo no se diera cuenta de ninguna

aparición de desconfianza o de miedo, la tropa entera se asoció a los canadienses para aullar a plena voz una ruidosa canción de marineros, haciendo resonar los bosques y mirar a los búfalos fijamente.

Los Sioux, en suma, parecen haber sido el espantajo por excelencia de M. Rodman: y él insiste acerca de ellos y de sus hazañas de una manera particular. La narración comprende una descripción detallada de la tribu, descripción que no podemos seguir sino en lo que ella aporta de elementos nuevos o de gran interés.

Sioux es el nombre con que los franceses designan a esos indios. Los ingleses lo han convertido en *Sues*. Su nombre primitivo parece que es Dakotas. En su origen, residían en las orillas del Mississipi; pero habían extendido sus territorios y, en la fecha del Diario, ocupaban casi enteramente la vasta comarca circunscrita por el Missouri y el río Rojo del lago Winnipeg. Estaban subdivididos en numerosos clanes. Los Dakotas propiamente dichos o Winowacants, llamados «Gente del Lago» por los franceses, comprendían unos quinientos guerreros y habitaban en ambas riberas del Mississipi, en las cercanías de las cascadas de San Antonio. Los Wappatomies, en número de cerca de doscientos guerreros, eran vecinos de los Winowacants y residían más hacia el norte, junto al río de San Pedro. Más arriba aún, junto al mismo río, vivía una banda de cien hombres que se daban el nombre de Wappytooties, y que los franceses designaban con el de «Gente de las Hojas». En fin, cerca de las fuentes del San Pedro se encontraban los Sissytoonies, en número de unos doscientos. En el Missouri habitaban los Yanktons y los Tetons. La primera tribu comprendía dos ramas, septentrional y meridional, la primera de las cuales vivía a la manera de los árabes en las llanuras donde nacen los ríos Rojo, Sioux y Jacques y contaba aproximadamente quinientos hombres. La segunda ocupaba la región comprendida entre el río de los Monjes por una parte y los ríos Jacques y Sioux por la otra. Pero los Sioux más temidos por sus actos de violencia son los Tetons, y éstos comprenden cuatro tribus: los Saomés, los Minnakenozzies, los Okydandies y los Bosques Quemados. Estos últimos, de los cuales una parte emboscada se disponía a detener a los viajeros, eran los más salvajes y los más formidables de la raza entera. Vivían en número de unos doscientos en ambas orillas del Missouri, cerca de los ríos que los capitanes Lewis y Clarke denominaron Tetón y Blanco. Justo río abajo del Vhayenne estaban los quinientos Okydandies. Los Minnakenozzies —doscientos cincuenta— ocupaban un territorio entre el Cheyenne y el Watarhoo; los Saonies, la más importante de las bandas Tetonas, que no comprendía menos de trescientos guerreros, vivían en las cercanías de Warreconne.

Además de esas cuatro divisiones —los verdaderos Sioux— existían cinco tribus de disidentes llamados Assiniboins: doscientos Assiniboins Menatopé, en el río del Ratón, entre el Assiniboin y el Missouri; doscientos Assiniboins, Gente de Hojas, en ambas orillas del río Blanco; cuatrocientos cincuenta Grandes Diablos, vagando por los alrededores de los ríos Puerco-Espín y de la Leche; y, en fin, otras bandas cuyos nombres no se citan pero que recorrían las orillas del Saskatchewan y comprendían, en

conjunto, unos setecientos guerreros. Esos disidentes estaban con frecuencia en guerra con los Sioux propiamente dichos, de los cuales descendían.

Físicamente, los Sioux son, en general, una raza fea y mal hecha. Tienen los miembros muy pequeños, demasiado, para el tronco según nuestros cánones de la forma humana. Sus pómulos son altos, sus ojos saltones y empañados. Los hombres llevan la cabeza afeitada, salvo en la coronilla, de la que pende hasta sobre los hombros un largo mechón trenzado. Ese mechón lo cuidan escrupulosamente, pero, a veces lo cortan en ciertas circunstancias solemnes o tristes. Un jefe Sioux vestido de gala ofrece un aspecto sorprendente. Su cuerpo todo está embadurnado de grasa o de carbón. Lleva una camisa de cuero que le llega hasta la cintura, a cuyo alrededor se enrolla un cinturón, también de cuero, pero, a veces, de paño, ancho de cerca de una pulgada. Ese cinturón sostiene un pedazo de ropa de lana o de piel pasado entre los muslos. Encima de los hombros se echan un manto de búfalo que se lleva con el pelo hacia adentro cuando hace buen tiempo, pero con el pelo hacia afuera cuando llueve. Esa prenda de vestir es bastante ancha para envolver a todo el cuerpo y lleva a menudo como ornamento espinas de puerco espín (que hacen un ruido de carraca cuando el guerrero se mueve) y una gran variedad de figuras pintadas groseramente, que simbolizan el carácter militar del que la lleva. En la coronilla llevan plantada una pluma de halcón adornada con espinas de puerco espín. Como pantalones visten polainas de piel de antílope con anchas costuras de cerca de dos pulgadas a cada lado, y pequeños mechones de pelo humano, trofeos de alguna expedición de escalamiento. Los mocasines son de piel de alce o de búfalo, y se llevan con el pelo hacia adentro. En ciertas ocasiones especiales se ve bambolear en cada uno de los talones de los jefes una piel de garduña. Los Sioux aprecian mucho a ese animal infecto y buscan su piel para sus petacas y otros accesorios.

El vestido de las mujeres de los jefes es también notable. Llevan los cabellos largos, partidos en la frente y colgando sueltos hacia atrás, a menos que los lleven reunidos en una especie de rededilla. Sus mocasines no difieren de los de sus maridos; pero sus polainas no suben más arriba de las rodillas y van cubiertas con una incómoda camisa de piel de alce que les cuelga hasta las piernas, sostenida por un cordel cruzado sobre los hombros. Esa camisa suele ir ceñida al talle por un cinturón y, encima de ella, se ponen un manto de búfalo igual que el de los hombres. Las tiendas de los Sioux Tetons son de construcción minuciosa, hechas con pieles de búfalo, sólidas y montadas con estacas.

La región infestada por esa tribu se extiende en una longitud de más de ciento cincuenta millas por las orillas del Missouri. Comprende, sobre todo, praderas; pero en algunos lugares la cubren colinas que ofrecen gargantas y quebradas profundas, secas en medio del verano, que sirven de cauce, en la estación de las lluvias, a torrentes impetuosos. Los bordes, en la cima como en la base, están cairelados de bosques densos, pero el país ofrece el aspecto general de una tierra baja y denudada, cubierta de hierba densa, sin árboles. El terreno está muy impregnado de sustancias minerales de diversas

clases, especialmente de sulfato de sosa, de caparrosa, de azufre y de alumbre que tiñen el agua, del río y le dan un olor y un gusto nauseabundos. Los animales más comunes son el búfalo, el ciervo, el alce y el antílope. Proseguimos con el texto del Diario.)

6 de septiembre

La región era despejada y el tiempo notablemente hermoso, de suerte que, a pesar de la espera de un próximo ataque teníamos bastante buen humor. Hasta entonces no habíamos divisado ni la sombra de un indio y avanzábamos rápidamente a través de su terrible territorio. Sabía muy bien la, táctica de los salvajes para no suponer que estábamos vigilados de cerca. Tenía la convicción de que oiríamos hablar de los Tetons en el primer desfiladero que les ofreciera.

Hacia el mediodía, uno de los canadienses se puso a vocear «¡Los Sioux! ¡Los Sioux!», y señalaba con el dedo una quebrada, larga y estrecha que cortaba la pradera a nuestra izquierda y se extendía, perpendicularmente, a la orilla hacia el sur, hasta perderse de vista. Esa quebrada era la cuenca de un pequeño afluente, cuyos flancos se erguían como enormes y verdaderas murallas. Por medio de un catalejo vi enseguida la causa de la alarma del canadiense. Una importante banda de Sioux descendía por la, garganta en fila india y trataba de disimularse lo mejor que podía. Pero las plumas de su peinado les delataban porque, a cada instante, veíamos alguna que sobrepasaba los bordes de la quebrada cuando algún accidente del terreno obligaba a los guerreros a subir más alto. Por las oscilaciones de las plumas adivinamos que los Sioux iban a caballo. La banda venía hacia nosotros con una gran rapidez. Di orden de remar con fuerza para pasar antes que ellos por el lugar donde la quebrada desembocaba en el río. Así que los indios se dieron cuenta de que nuestra velocidad aumentaba, lanzaron un gran grito, salieron de la quebrada y, en número de un centenar, galoparon hacia nosotros.

Nuestra situación era alarmante. En casi ninguno de los lugares por donde habíamos pasado aquel día me había preocupado ni poco ni mucho de aquellos devastadores. Pero precisamente allí donde nos encontrábamos las orillas eran escarpadas y altas como los bordes de un desfiladero. De manera que los salvajes se hallaban en situación de podernos agobiar al paso que nuestro cañón, con el que tanto habíamos contado, no podía apuntarse contra ellos. Y para añadir dificultades a las de nuestra situación, la corriente en medio del río era tan rápida y agitada que no podíamos avanzar sino soltando nuestras armas y trabajando esforzadamente con los remos. El agua, hacia la orilla del norte, era muy baja, hasta para la piragua, y si nos decidíamos a avanzar teníamos que pasar a la distancia de una pedrada de la orilla izquierda, donde estaríamos completamente a merced de los Sioux, pero podríamos emplear vigorosamente los bicheros ayudados por el viento y los remolinos. Si los salvajes nos hubiesen atacado en tal coyuntura, no sé cómo nos hubiésemos podido escapar de ellos. Todos iban bien armados con arcos, flechas, pequeños escudos redondos, y presentaban un aspecto en extremo noble y hasta pintoresco. Algunos jefes portaban lanzas

adornadas con ricos estandartes y tenían un aspecto realmente elegante. El retrato adjuntado a continuación muestra al comandante en jefe de la partida que nos cortó el paso; se trata de un boceto realizado por Thornton en fechas no muy posteriores.



Nuestra buena fortuna o la gran estupidez de los indios, contra toda esperanza, nos sacó del peligro. Los salvajes, que habían galopado hasta el borde del acantilado que nos dominaba, lanzaron un nuevo grito y empezaron a hacer gestos cuyo significado comprendimos inmediatamente. Nos indicaban que nos detuviéramos y que fuéramos a tierra.

Esperaba ese requerimiento y decidí que sería prudente no acatarlo y seguir nuestra ruta. Esa actitud produjo un excelente efecto. Los indios se quedaron maravillosamente sorprendidos. No pudieron por nada del mundo comprender nuestra conducta y nos dirigieron miradas furibundas al ver que seguíamos remando sin responderles. Se hallaban en la más divertida estupefacción. Luego empezaron una conversación animada y, finalmente, no sabiendo qué hacer, dieron media vuelta hacia el sur y desaparecieron al galope, dejándonos tan sorprendidos como alegres por su partida.

Nos aprovechamos cuanto pudimos de esa suerte inesperada. Bogamos con todas nuestras fuerzas para salir de la región de las escarpas antes de que nuestros enemigos volvieran como preveíamos. Pero después de las dos les divisamos hacia el sur, que volvían en número mucho más considerable que antes. Llegaban a gran galope y pronto estuvieron en la orilla del río. Pero nuestra posición era ahora más ventajosa que antes, porque las orillas descendían en pendiente 'suave y no había en ellas árboles que pudieran proteger a los indios de nuestras balas. Además, la corriente no era muy rápida y podíamos mantenernos en medio del río.

La tropa Sioux, al parecer, no se había ido sino para procurarse un intérprete, que apareció entonces montado en un gran caballo gris. Entró en el agua tan lejos como pudo su cabalgadura sin perder pie, y nos gritó en un francés defectuoso que nos detuviéramos y que fuéramos a tierra. A ése le hice responder por uno de los canadienses que, para complacer a nuestros amigos, los Sioux, estábamos dispuestos a detenernos un momento y a conversar con ellos; pero que nos era imposible el desembarcar, porque no podíamos hacerlo sin disgustar a nuestra gran medicina (el canadiense, al decir eso señaló a nuestro cañón) que deseaba no interrumpir su viaje y a la cual no nos atrevíamos a desobedecer.

A esa respuesta, los indios empezaron otra vez sus cuchicheos agitados, gesticulando, y parecía que no sabían qué hacer.

Entretanto, se anclaron las embarcaciones en una situación favorable. Yo estaba decidido a combatir, si era necesario, y a dar a esos pillos una lección que les inspirara temores saludables para el porvenir. Pensé que era casi imposible quedar en buenos términos con esos Sioux que, en el fondo de su alma, eran enemigos nuestros y no podían abstenerse de saquearnos y de asesinarnos sino por el respeto de nuestra fuerza. Si accedíamos a su petición de ir a tierra y si llegábamos a adquirir una seguridad momentánea valiéndose de regalos y de concesiones, tal conducta, finalmente, no nos sería ventajosa. Sería más un paliativo que una cura radical de nuestros males. Seguramente que, los indios tratarían de saciar en nosotros su crueldad, tarde o temprano. Si nos dejaban partir ahora, nos atacarían más lejos, en un lugar desfavorable, donde no podríamos sino repelerles apenas, sin inspirarles ningún temor. Por el contrario, situados como estábamos podíamos infilgirles una lección de la que se acordarían; y podríamos muy bien no volvemos a encontrar, en el caso de otra agresión, en una posición tan buena. Pensando así, y todos, salvo los canadienses, opinaban como yo, me determiné a tomar una actitud atrevida y a provocar las hostilidades en vez de evitarlas. Era lo que debíamos hacer. Los salvajes no tenían armas de fuego salvo un fusil viejo que llevaba uno de los jefes. Sus flechas no debían ser muy eficaces dada la gran distancia que nos separaba. En cuanto a su número nos preocupaba poco: su posición era tal que les exponía al fuego de nuestro cañón.

Cuando Jules (el canadiense) acabó su discurso acerca de las disposiciones de ánimo de nuestra gran medicina, y cuando la agitación de los indios se hubo calmado un poco, el intérprete habló otra vez y nos formuló tres preguntas: Quería saber: primeramente, si teníamos tabaco, whisky o armas de fuego; en segundo lugar, si no deseábamos que los Sioux viniesen a remar en nuestras embarcaciones cuando subiéramos río arriba hasta el país de los Ricaris, que eran unos pícaros redomados; y tercero, si nuestra gran medicina no era una enorme y muy fuerte langosta verde. A esas preguntas, hechas con la mayor seriedad, Jules respondió, según mis indicaciones, como sigue: en primer lugar, que teníamos whisky en abundancia, así como tabaco, con una provisión de armas de fuego y de pólvora; pero que nuestra gran medicina acababa de decirnos que los Tetons eran

unos pícaros más grandes que los Ricaris, que los Tetons eran enemigos nuestros, que nos habían esperado emboscados desde hacía muchos días para atacarnos y matarnos; que no teníamos que darles nada, ni tener con ellos relación alguna, que, por consiguiente, temíamos el hacerles regalos por miedo de no obedecer a nuestra gran medicina, con la que no se podían gastar bromas; en segundo lugar, que después de lo que acabábamos de saber acerca de ellos, no podíamos tomarlos a bordo para remar; y, en tercer lugar, que, afortunadamente para ellos (los Sioux), nuestra gran medicina no oyó su última pregunta acerca de la gruesa langosta; nuestra gran medicina podía serlo todo menos una gruesa langosta verde, y pronto lo verían a costa suya si no se iban, inmediatamente, todos a sus quehaceres.

A pesar del peligro inminente en que nos encontrábamos, apenas si podíamos mantener nuestra seriedad al ver el aire de profunda sorpresa o de estupefacción con que los salvajes escucharon nuestras respuestas. Yo creo que se hubieran dispersado inmediatamente y nos hubieran dejado continuar nuestro viaje si no hubiese sido por las desdichadas palabras con que informé de que eran unos pícaros más grandes que los Ricaris. Eso era, aparentemente, un insulto atroz a más no poder, y los puso en un estado de furor terrible. Oímos las palabras «Ricaris, Ricaris», repetidas a cada instante con todo el énfasis y la cólera posibles. La banda, por lo que vimos, se dividió en dos partidos: uno que insistía en la potencia inmensa de la gran medicina; el otro en el insulto ultrajante de haber sido llamados pícaros mayores que los Ricaris. Como que la cosa no se arreglaba, nosotros mantuvimos nuestra situación en medio del río resueltos firmemente a descargar nuestra metralla a la primera manifestación de hostilidad.

El intérprete del caballo gris entró otra vez en el río. Dijo que no valíamos más que otros, que todos los Rostros Pálidos, que precedentemente pasaron por el río, se habían mostrado amigos de los Sioux y les había hecho grandes regalos; que ellos, los Tetons, estaban decididos a no dejarnos avanzar ni un palmo si no bajábamos a tierra y no les dábamos todos nuestros fusiles, todo nuestro aguardiente y la mitad de nuestro tabaco; que, con evidencia, éramos aliados de los Ricaris (que entonces estaban en guerra con los Sioux) y que nuestro objeto era llevarles provisiones, cosa que ellos, los Sioux, no permitirían; en fin, que no tenía una opinión muy grande de nuestra medicina, porque nos había dicho una mentira, respecto a lo de las intenciones de los Sioux y porque positivamente, a pesar de que nosotros pensábamos lo contrario, no era sino una gran langosta verde.

Estas últimas palabras fueron repetidas por toda la tropa, cuando el intérprete las hubo pronunciado, y aulladas a plena voz, para que la medicina misma no lo ignorase. Al mismo tiempo la banda se disgrgó en un desorden salvaje; los guerreros empezaron a galopar furiosamente en pequeños círculos, haciendo gestos indecentes e insultantes, blandiendo sus lanzas y sacando sus flechas de las aljabas.

Yo sabía que el ataque iba a empezar. Me determiné, pues, antes de que ninguno de nosotros fuese herido, a abrir las hostilidades. Nada ganábamos con una dilación y todo podíamos ganarlo con una acción rápida.

Así que se presentó una ocasión favorable di la orden de hacer fuego. Fui obedecido al instante. El efecto de la descarga fue desastroso y respondió perfectamente a nuestra intención. Seis indios murieron y quizá tres veces otros tantos quedaron heridos. Los restantes, presas de gran pánico, partieron en desorden hacia la pradera, y mientras tanto nosotros levábamos anclas, volvíamos a cargar el cañón y nos acercábamos a la orilla. Cuando llegamos a ella no había ni un Tetón válido a la vista.

Dejé a John Greely con dos canadienses en las embarcaciones para guardarlas, desembarqué con el resto de los hombres y dirigiéndome a un salvaje que estaba herido, pero no gravemente, le hablé valiéndome de Jules. Le hice decir que los blancos estaban bien dispuestos para con los Sioux y para con todos los indios; que nuestro único objeto, al visitarles, era el de recoger pieles de castor y ver el hermoso país que el Gran Espíritu había dado a los hombres rojos; que cuando nosotros nos hubiéramos procurado tantas pieles como deseábamos y cuando hubiésemos visto lo que habíamos venido a ver, nos volveríamos a casa; que habíamos sabido que los Sioux, y especialmente los Tetons, eran una raza pendenciera y que, sabiendo eso, habíamos traído nuestra gran medicina para protegernos; que ésta estaba exasperada, ahora, contra los Tetons, a causa del insulto intolerable que le habían dirigido al llamarle langosta verde, cosa que ella no era en absoluto; que yo había tenido que hacer muchos esfuerzos para impedirle que persiguiera a los guerreros que habían huido y que sacrificara a los caídos en el suelo; y que no había logrado calmarla sino haciéndome responsable de la buena conducta futura de los indios. Al llegar a este punto de mi discurso el salvaje pareció muy aliviado y me tendió la mano en signo de amistad. Se la estreché y le aseguré, a él y a sus amigos, que tendrían mi protección mientras no nos molestaran y, a continuación de esa promesa, les hice donación de veinte rollos de tabaco, de alguna quincalla, de pacotilla de vidrio y de franela encarnada para él y los otros heridos.

Entretanto, observábamos cuidadosamente si los Sioux, fugitivos no volvían. Cuando acabé de distribuir los presentes, muchos indios aparecieron en lontananza y fueron con toda evidencia divisados por los salvajes corrompidos. Pero pensé que valía la pena hacer el distraído y, poco después, volví a las embarcaciones.

Toda esa interrupción nos retuvo bastante tiempo y eran cerca de las tres cuando reemprendimos nuestra ruta. Nos apresuramos mucho, porque deseaba estar, antes de la noche, lo más lejos posible de la escena del combate. Teníamos fuerte viento de popa y la corriente era menos impetuosa, a medida que avanzábamos, porque el río se ensanchaba. Recorrimos mucho camino y a las nueve llegamos a una isla grande, cubierta de árboles, situada cerca de la costa norte, en la desembocadura de un pequeño afluente.

Resolvimos acampar allí y, apenas pusimos los pies en tierra, uno de los Greely mató un hermoso búfalo. Esos animales eran numerosos en la isla. Después de haber colocado a nuestro centinela para la noche, adobamos la joroba para cenar y bebimos grandes tragos de aguardiente. Discutimos entonces los acontecimientos del día. La mayoría de los hombres trató del combate como de una broma excelente. Pero yo no podía regocijarme de ello. Nunca jamás, antes, había derramado sangre humana; y aunque el buen sentido me decía que había adoptado la decisión más inteligente y la que, a fin de cuentas, era la menos sanguinaria, mi conciencia se negaba a darme la razón y me murmuraba al oído: «Es sangre humana la que has vertido».

Las horas pasaron lentamente y no podía dormirme. Por fin se hizo de día y con el fresco rocío de la mañana, la brisa, las flores sonrientes, me entró nuevo ánimo y una serie de pensamientos más atrevidos que me permitieron considerar con más sangre fría lo que había hecho, y miré el combate de la víspera desde su solo punto de vista: el de la urgente necesidad.

7 de septiembre

Partimos temprano y recorrimos mucho camino con un viento del este fuerte y frío.

A eso de las doce llegamos a la garganta superior de lo que se llama la Gran Curva, un lugar en el que el río hace un circuito de treinta millas entre dos puntos cuya distancia, en línea recta, no llega a mil quinientos metros. Seis millas más allá se encuentra un afluente de unos treinta y cinco metros de anchura que viene del sur.

Allí la comarca ofrece un carácter particular: las dos orillas del río están cubiertas de piedras redondas que la corriente ha desprendido de los acantilados, y tiene a lo largo de muchas millas un singular aspecto. El canal es poco profundo y a menudo obstruido por alfaques. Allí se encuentra el cedro con más abundancia que otras especies, y las praderas están cubiertas por una clase de cactus espinosos muy rígidos, entre los cuales nuestros hombres calzados con mocasines tuvieron muchas dificultades para andar.

A la puesta del sol, tratando de evitar un canal rápido, tuvimos la desgracia de hacer chocar el babor de nuestra gran embarcación contra el borde de un alfaque, lo que nos hizo dar de banda de tal manera que, por poco, a pesar de nuestros muchos esfuerzos, se llena de agua. La pólvora no embalada sufrió mucho daño, y toda nuestra pacotilla quedó más o menos estropeada. Así que nos dimos cuenta de que la embarcación se ladeaba, saltamos todos al agua que, en aquel lugar, nos llegaba a los sobacos, y enderezamos, a fuerza de brazos, el lado que se inclinaba. No salíamos por eso del embarazo, porque todos nuestros esfuerzos bastaron apenas para evitar que volcara y ninguno de nosotros se podía destacar para empujarla. Nos vimos aliviados de manera inesperada, en el momento mismo en que estábamos a punto de perder toda esperanza: el alfaque entero se hundió bajo la embarcación. En esa región todo el lecho del río está frecuentemente obstruido por esos bancos movedizos, que cambian de sitio con una gran rapidez, sin causa aparente. Están formados de arena fina, dura, amarilla, que una

vez seca se hace casi impalpable, ofrece un aspecto brillante, y se parece entonces al vidrio.

8 de septiembre

Estábamos todavía en el corazón del país de los Tetons, y permanecíamos alerta, deteniéndonos lo menos posible y sólo en las islas, donde encontrábamos gran abundancia de caza: búfalos, alces, ciervos, cabras, ciervos de cola negra, antílopes y pájaros de diferentes especies. Las cabras son extraordinariamente mansas y no tienen barba. El pescado no es tan abundante como más abajo.

John Greely mató un lobo blanco en una quebrada de uno de los más pequeños islotes.

Dadas las dificultades de la navegación y la necesidad frecuentes de halar las embarcaciones, avanzamos ese día muy poco.

9 de septiembre

Tiempo apreciablemente más frío, que nos da a todos el deseo de precipitar nuestra travesía del país de los Sioux, visto el riesgo que correríamos si estableciéramos nuestro campamento de invierno en sus cercanías. Reunimos nuestras fuerzas, y avanzamos tan rápido como pudimos. Los canadienses cantaban y gritaban por el camino. De vez en cuando divisábamos, a lo lejos, un Tetón solitario; pero no probó de molestarnos, y eso nos tranquilizó.

Recorrimos ese día veintiocho millas, y acampamos por la noche, con regocijo, en una gran isla de las más abundantes en caza y cubierta de un denso oquedad de algodones.

(Omitimos las aventuras de M. Rodman desde esta fecha hasta el 10 de abril. El último día de octubre, no habiendo sucedido nada de importante en el intervalo, la expedición avanzó hasta un pequeño río que denominaron río de la Nutria; subiéndolo, encontraron a una milla de su desembocadura una isla que respondía a sus propósitos, construyeron en ella un fortín de madera e instalaron sus cuarteles de invierno. Ese lugar se encuentra justo debajo de las viejas aldeas Ricari. Muchas bandas de esos indios visitaron a los viajeros, y se mostraron muy bien dispuestos para con ellos —tenían noticias del encuentro con los Tetons, cuyo resultado les había producido mucha alegría —. No tuvimos ya ninguna dificultad con los Sioux. El invierno transcurrió de una manera agradable y sin incidente digno de nota. El 10 de abril la expedición reemprendió su viaje.)

Capítulo V

10 de abril

El tiempo que era otra vez delicioso, nos rejuvenecía. Se empezaba a sentir el sol, y el río estaba libre de hielos, según nos aseguraron los indios, hasta cien millas más arriba.

Nos despedimos de Pequeña Serpiente (jefe de los Ricaris que había dado a los viajeros, durante el invierno, numerosas pruebas de amistad) y de su banda, sintiéndolo verdaderamente.

Después de haber almorcado, reemprendimos nuestro viaje. Perrin (un agente de peleterías de la Compañía de Hudson que iba a *Petite-Côte*) nos guió, con tres indios, unas cinco millas, después se despidió de nosotros y volvió a la aldea, donde, según supimos más tarde, murió de muerte violenta en manos de una *squaw* a quien había en cierto modo insultado.

Cuando el agente nos hubo dejado, remamos vigorosamente y recorrimos mucho camino; a pesar de la rapidez del río.

Por la tarde, Thornton, que se quejaba desde hacía días, cayó seriamente enfermo; tanto, que insistí para que volviéramos a nuestra cabaña hasta que estuviera restablecido. Pero él rechazó esa oferta con tal obstinación qué yo tuve que ceder. Le arreglamos un lecho cómoda en la cámara y le procuramos todos los cuidados que pudimos. Pero tenía una fiebre violenta, con ataques de delirio, y temí mucho que se muriera.

Entretanto, íbamos avanzando resueltamente; por la noche habíamos recorrido veinticinco millas, lo cual es una excelente jornada.

11 de abril

Continúa el buen tiempo. Salimos temprano. El viento, que era favorable, nos ayudó mucho; de manera que, de no haber sido por la enfermedad de Thornton, no hubiéramos podido quejarnos. Thornton parecía empeorar mucho y yo ya no sabía qué hacer. Se le cuidaba lo mejor que se podía. Jules, el canadiense, le hizo una infusión con hierbas de la pradera que le hizo sudar. La, fiebre disminuyó.

Por la noche nos detuvimos junto a la orilla norte; tres de nosotros fueron a cazar a la pradera, a la luz de la luna. No volvieron hasta la una de la mañana, sin sus fusiles y un antílope gordo. Contaron que habían recorrido varias millas y llegado a las orillas de un riachuelo, cuando, con gran espanto, vieron a una multitud de guerreros Siux-Saonis. Estos les capturaron inmediatamente y se los llevaron a una milla más lejos, al otro lado del riachuelo en una especie de parque o de cercado construido con barro y rodrigones en el que se había capturado a un numeroso rebaño de antílopes. Esos animales seguían introduciéndose en el parque, cuya entrada estaba dispuesta de manera que no les

permitía la salida. Los indios se dedican a esa caza todos los años. En otoño, los antílopes emigran de la pradera para ir a buscar un refugio y alimentos en la región montañosa del Mediodía; y vuelven por primavera, en grandes rebaños que se capturan fácilmente atrayéndolos a cercados como el que acabo de citar.

Los cazadores, John Greely, el Profeta y un canadiense, habían ya perdido la esperanza de escaparse de las manos de los indios, que no bajaban de cincuenta, y casi se habían resignado a morir. Greely y el Profeta estaban atados de pies y manos. Les habían desarmado. AL canadiense, por lo contrario, le habían dejado, por alguna razón incomprendible, libre de sus movimientos, y no le habían quitado más que el fusil. Los salvajes no le quitaron el cuchillo, probablemente porque el canadiense lo llevaba escondido en su polaina. Y, en general, le trataron de otra manera que a sus compañeros. Esa circunstancia fue la causa de la salvación de todos.

Eran aproximadamente las nueve de la noche cuando cayeron prisioneros. La luna era clara, pero como hacía más frío que de costumbre en aquella estación, los salvajes habían encendido dos grandes hogueras, a una distancia suficiente del parque para no asustar a los antílopes que seguían llegando en masa.

Los indios estaban ocupados en cocer su caza cuando los cazadores cayeron en sus manos. Greely y el Profeta, después de haber sido desarmados y atados con fuertes correas de piel de búfalo, fueron echados cerca de un árbol, a cierta distancia de los fuegos, y al canadiense lo dejaron sentarse junto a una de las hogueras, vigilado por dos salvajes. El resto de los indios formaba círculo alrededor de la otra hoguera más grande. El tiempo pasaba lentamente. Los cazadores estaban convencidos de que los matarían; las correas con que estaban atados les causaban dolores insoportables, tanto se las habían apretado. El canadiense trató de entablar conversación con sus guardianes, con la esperanza de corromperlos y de que le dejaran escapar, pero no pudo hacerse comprender.

Hacia media noche, los indios que estaban alrededor de la hoguera grande se alarmaron súbitamente por la irrupción de varios antílopes grandes que saltaron en fila al centro de la hoguera. Esos animales se habían abierto paso a través de una porción de la cerca de barro que les encerraba, y, locos de rabia y de terror, se habían dirigido hacia la luz del fuego, como lo hacen de noche los insectos. Parece que los Saonis no habían oído hablar nunca de cosa parecida realizada por esos animales ordinariamente tímidos. Los indios se quedaron pasmados por lo que les sucedía; su alarma se convirtió en una confusión completa cuando toda la manada capturada corrió hacia ellos, precipitándose y saltando, un minuto después de la evasión de los primeros antílopes.

Nuestros cazadores nos describieron lo que aconteció entonces como una de las escenas más extrañas del mundo. Los antílopes, evidentemente, habían enloquecido; la velocidad, el ímpetu con que volaron, más que brincaron a través de las llamas y entre los salvajes aterrorizados, presentaba, según Greely (hombre no inclinado a la exageración) un espectáculo no sólo imponente, sino terrible. Los antílopes lo arrasaron

todo en su primer ímpetu. Después de haber brincado por encima de la gran hoguera, corrieron a la pequeña, dispersando los tizones y la leña inflamada; luego volvieron como locos a la mayor y así sucesivamente adelante y atrás hasta que se apagaron los fuegos. Entonces se largaron como el rayo hacia el bosque en pequeñas manadas. Muchos indios fueron derribados en aquella furiosa refriega, y es de suponer que algunos quedaron heridos, sino mortal, gravemente por los cascos puntiagudos de los antílopes. Otros se echaron al suelo boca abajo y evitaron el daño.

El Profeta y Greely, que no estaban cerca de las hogueras, ningún peligro corrieron. El canadiense fue derribado de una coz que le insensibilizó durante algunos minutos. Cuando volvió en sí, la oscuridad era casi completa, porque la luna había desaparecido detrás de una gran nube de tormenta, y los fuegos se habían apagado. No vio indios cerca de sí. Se levantó inmediatamente para huir, y se dirigió a tientas hacia el árbol junto al cual yacían sus dos camaradas. No tardó mucho en cortar sus ligaduras y los tres partieron a gran velocidad hacia el río, sin acordarse de sus fusiles ni nada que no fuera su salvación en aquel momento.

Cuando hubieron recorrido varias millas y viendo que nadie les perseguía, moderaron el paso y se fueron a una fuente para beber un poco de agua. Allí encontraron al antílope que nos trajeron.

Ese pobre animal yacía jadeante, sin poderse mover, en la orilla del riachuelo. Tenía marcas evidentes de quemaduras y una de sus patas estaba rota. Pertenecía, sin duda, a la manada que había sido causa de la liberación de nuestros hombres. Si hubiese habido posibilidad de que el animal se restableciera, no lo hubieran matado; pero su estado era lamentable, de suerte que el Profeta puso fin a sus sufrimientos y lo trajo a las embarcaciones. Al día siguiente hicimos con él un excelente almuerzo.

12, 13, 14 y 15 de abril

Durante esos cuatro días continuamos nuestro viaje sin ninguna aventura importante.

El tiempo era muy hermoso al mediodía, pero las noches y las mañanas eran excesivamente frías. Tuvimos heladas terribles. La caza abundaba. Thornton continuaba muy mal y su enfermedad me preocupaba y atormentaba la indecible. Su compañía me hacía mucha falta; era el único, entre todos, en quien podía confiar enteramente. Con eso quiero solamente decir que era casi el único ante quien podía y quería abrir libremente mi corazón, decir todas mis esperanzas desordenadas y mis deseos fantásticos; y no que ninguno de los demás fuese indigno de una confianza implícita. Vivíamos todos como hermanos y jamás una disputa de importancia alguna tuvo lugar entre nosotros. Un sólo interés parecía ligarnos a todos o mejor, parecíamos un grupo de viajeros sin ninguna finalidad interesada que se trasladaban por su propio placer. De todos modos, no podría decir exactamente cuáles eran las ideas de los canadienses respecto a eso. Eran mocetones que hablaban sin duda mucho de los beneficios de nuestra expedición,

particularmente de la parte de ganancias que ellos esperaban obtener. No obstante, apenas puedo creer que les preocuparan mucho. Eran los más sencillos y serviciales de todos los hombres del mundo. En cuanto al resto de la tripulación, no tengo la menor duda de que los beneficios pecuniarios de la empresa eran la cosa que menos les inquietaba.

Ciertas consideraciones que, al escoger nuestras paradas, hubiese debido guiarnos, y parecernos muy importante, se trataban como indignas de una discusión seria y eran des cuidadas y dejadas de lado con los más fútiles pretextos. Esos hombres que habían recorrido millares de leguas a través de una peligrosa soledad, y afrontado riesgos horribles y soportado privaciones dolorosas con el objeto ostensible de recoger pieles, habían llegado a darse raramente el trabajo de conservar las que habían podido procurarse, y abandonaban tras sí, sin sentimiento alguno, escondrijos repletos de magníficos castores, antes que renunciar al placer de seguir el curso de un río de aspecto romántico o de penetrar en alguna caverna de acceso peligroso y erizada de rocas para buscar minerales cuyos usos desconocían y que echaban a la primera ocasión como lastre inútil. En todo ello mi corazón compartía sus gustos.

He de decir que, a medida que avanzábamos en nuestro viaje, iba perdiendo de vista su verdadero objeto y me sentía cada vez más inclinado a olvidarlo para buscar una pura distracción si, en realidad, es posible designar con una palabra tan débil como distracción aquella excitación profunda con que yo consideraba las maravillas y las bellezas majestuosas de las soledades que atravesábamos. Apenas había visto una región que ya me sentía presa del deseo irresistible de ir más lejos y explorar otra. Hasta entonces, no obstante, me entusiasmaba demasiado para extinguir mi amor ardiente por lo desconocido. No podía dejar de darme cuenta de que algunos blancos, algunos hombres civilizados —aunque pocos— me habían precedido; de que algunos ojos, antes que los míos, se habían sorprendido por los espectáculos que me rodeaban. De no haber sido por ese sentimiento que me perseguía sin cesar, quizás me hubiera desviado más de mi ruta, para examinar la configuración del terreno de las riberas del río, para penetrar profundamente, de vez en cuando, en la región al norte y al sur de nuestra ruta. Pero tenía prisa en avanzar, en llegar, de ser posible, más lejos que los límites extremos de la civilización; en ver si podía hacerlo hasta esas montañas gigantescas cuya existencia no se nos había enseñado sino por las vagas descripciones de los indios.

Esas esperanzas, esos deseos, yo no los comunicaba a nadie, salvo a Thornton. Él participaba en todos mis proyectos de visionario y entraba plenamente en las ideas de empresas noveleras que mi alma acariciaba. Su enfermedad, pues, era para mí una calamidad amarga. Thornton decaía cada día más y yo no sabía procurarle alivio.

Hoy hemos tenido una lluvia fría con un fuerte viento del Norte, que nos ha obligado a permanecer anclados hasta hora muy avanzada de la tarde. A las cuatro hemos proseguido nuestro viaje y recorrido cinco millas hasta la noche.

Thornton está mucho peor.

17 y 18 de abril

Durante estos dos días ha continuado el mal tiempo, húmedo y desagradable, con el mismo viento frío del Norte. Vimos bloques de hielo en el río que estaba hinchado y fangoso. El tiempo transcurrió penosamente y ni avanzamos.

Thornton parecía un cadáver. Decidí entonces acampar en el primer lugar propicio y permanecer allí hasta que su enfermedad terminara de un modo u otro. A mediodía, pues, remamos río arriba por un ancho afluente que venía del Sur e instalamos nuestro campamento en tierra firme.

25 de abril

Permanecimos cerca de ese afluente hasta esta mañana, cuando, con gran alegría nuestra, Thornton estuvo suficientemente restablecido para seguir el viaje.

El tiempo era hermoso y avanzamos alegremente por un país magnífico sin encontrar ni a un solo indio y sin correr aventura alguna hasta el fin del mes. Entonces llegamos al país de los Mandans, o mejor, de los Mandans, Mimetarces y Ahnakways; porque estas tres tribus viven unas cerca de las otras ocupando cinco aldeas.

Hace pocos años, los Mandans estaban establecidos a unas ochenta millas río abajo, en nueve aldeas cuyas ruinas habíamos cruzado sin saber lo que eran —siete al oeste y dos al este del río. Pero fueron diezmados por la viruela y por sus enemigos hereditarios, los Sioux, hasta que se vieron reducidos a un puñado; entonces subieron hasta el punto en que se encuentran hoy⁵².

Los Mandans nos recibieron amigablemente. Permanecimos cerca de ellos tres días, durante los cuales examinamos y reparamos la piragua, y descansamos. Obtuvimos de los indios una buena provisión de trigo que ellos habían conservado durante el invierno en hoyos delante de sus cabañas. Durante nuestra permanencia con los Mandans, recibimos la visita de un jefe de los Mimetarces, llamado Mokerasah, que se condujo con mucha corrección y nos fue muy útil en muchas cosas. El hijo de este jefe fue contratado para que nos acompañara como intérprete hasta el gran confluente. Hicimos a su padre muchos regalos de los que se mostró muy satisfecho⁵³. El 10 de mayo nos despedimos de los Mandans y proseguimos, tranquilamente nuestro viaje.

⁵² M. R. da aquí informes medianamente detallados de los Mimetarces, los Ahnakways y los Wasattons; los omitimos, porque no difieren en ningún punto de importancia de las narraciones que de esas naciones se han hecho hasta la fecha. (N. de la *Gentleman's Magazine*)

⁵³ El jefe Waukerassah es mencionado por los capitanes Lewis y Clarke, a quienes también visitó. (N. de la *Gentleman's Magazine*)

1 de mayo

El tiempo era agradable y la comarca empezaba a tomar una apariencia sonriente. La vegetación estaba ya muy avanzada. Las hojas del algodón eran tan anchas como un escudo y muchas flores ya estaban abiertas. El río empezaba a estrecharse. Sus orillas, bajas, estaban cubiertas de árboles de altos troncos. El algodón, el sauce común, el sauce rojo, crecían allí en gran cantidad, con muchos rosales blancos. Detrás de esos ribazos, la región se extendía en una inmensa llanura sin árboles de ninguna clase. El suelo era notablemente rico. La caza, un poco más abundante aún que antes. Uno de nuestros cazadores nos precedía por cada orilla. Hoy nos han traído un alce, una cabra, cinco castores y muchos chorlitos. Los castores eran poco esquivos y fáciles de capturar. Este animal es exquisito para comer, especialmente su cola, que es de naturaleza gelatinosa como las aletas de la platija. Una cola de castor es suficiente para proporcionar comida abundante a tres hombres.

Hemos recorrido veinte millas antes de que anocheciera.

2 de mayo

Tuvimos buen viento esta mañana y nos servimos de las velas hasta el mediodía. En este momento, la brisa refrescó y nos detuvimos. Nuestros cazadores se pusieron en compañía y volvieron enseguida con un alce inmenso que Neptuno rindió después de una larga persecución, porque el animal sólo había sido herido ligeramente por un tiro de perdigones. Tenía seis pies de altura. A la caída de la tarde cazamos también un antílope. En cuanto la bestia vio a nuestros hombres, echó a correr con una velocidad extrema. Pero, después de algunos minutos, volvió sobre sus pasos, aparentemente por curiosidad; después se fue otra vez brincando. Repitió esas idas y venidas, acercándose cada vez más, hasta que se puso a tira de fusil; entonces el Profeta tiró y la abatió. Era magro y rollizo. Los antílopes, aunque muy ágiles, nadan mal y son, con frecuencia, presa de los lobos cuando intentan atravesar un curso de agua.

Hemos recorrido hoy doce millas.

3 de mayo

Esta mañana hemos hecho mucho camino. Por la noche habíamos navegado treinta millas. La caza continúa siendo abundante.

A la largo de la orilla había gran cantidad de búfalos muertos. Veíamos a los lobos cómo los devoraban y huían cuando nos acercábamos. No sabíamos qué pensar de esas bestias muertas. Pero algunas semanas más tarde comprendimos la causa. Cuando llegamos a una angostura del río donde los bordes eran escarpados y el agua profunda, vimos a un gran rebaño de búfalos que nadaban a través de la corriente. Nos detuvimos para ver cómo maniobraban. Esos grandes animales descendían el curso del agua diagonalmente. Habían entrado en el río, en una garganta, media milla más arriba, en

un lugar en que la orilla bajaba hasta el nivel del agua. Cuando llegaron a la orilla occidental, se encontraron con que era imposible tomar pie porque el agua era muy profunda. Después de haber hecho grandes esfuerzos para escalar el ribazo lodoso y resbaladizo, los búfalos dieron media vuelta y nadaron hacia la orilla opuesta, donde había la misma clase de precipicios inaccesibles. Repitieron sus tentativas pero fue en vano. Atravesaron por segunda vez el río, después por tercera vez, luego por cuarta y por quinta vez, obstinándose siempre en querer abordar en los mismos sitios. En lugar de dejarse arrastrar más hacia abajo por la corriente en busca de una aterrada más fácil (hubieran podido hallar una un cuarto de milla más hacia acá) parecían tercamente resueltos a mantenerse donde estaban, y, con este objeto, nadaban cortando la corriente, en ángulo agudo, y hacían los más violentos esfuerzos para no ser arrastrados hacia abajo. AL quinto viaje, las pobres bestias estaban completamente agotadas, era evidente que no podían más. Tomaron entonces un terrible impulso para trepar al ribazo; uno o dos de ellos lo habían casi logrado, cuando, con gran desolación nuestra (porque no habíamos contemplado la desdicha de aquellos nobles animales sin compadecerles) toda la masa de tierra friable de la orilla se hundió, enterrando a muchos búfalos en la avalancha, sin lograr, por eso, que el ribazo fuera de acceso más fácil. Entonces el resto de la manada empezó a lanzar una especie de mugido o quejido lamentable, un grito que expresaba más dolor lúgubre y desesperación que todo cuanto se pueda imaginar. —¡Jamás podré olvidarlo!—. Algunos búfalos intentaron aún atravesar el río, lucharon algunos minutos, se fueron a pique. Las aguas que los cubrieron se tiñeron de la sangre roja que les salía de los hocicos en su agonía de muerte. Pero la mayoría cesó de mugir y pareció abandonarse con resignación; rodaron sobre sí y desaparecieron. Toda la manada se ahogó; no se escapó ni un solo búfalo. Sus cadáveres fueron arrojados media hora más tarde por la corriente sobre las orillas llanas, algo más hacia abajo, donde hubieran podido abordar con seguridad si no se hubiesen aferrado bestialmente a su primera idea.

4 de mayo

El tiempo era delicioso. Impelidos por un buen viento del sur, por la noche habíamos recorrido 25 millas. Thornton estaba suficientemente restablecido para ayudarnos en la maniobra. Por la tarde, vino conmigo a tierra. Nos internamos en la pradera hacia el oeste, y vimos una gran cantidad de flores primaverales precoces de una especie desconocida en nuestros territorios. Algunas eran de una belleza rara y de un perfume exquisito.

Vimos también mucha caza variada, pero no matamos, porque estábamos seguros que nuestros cazadores nos traerían a bordo más de lo que necesitábamos, y no me gusta matar por capricho.

Al volver, encontramos a dos indios de la tribu de los Assiniboins que nos acompañaron hasta las embarcaciones. No mostraron ninguna desconfianza por el

camino, muy al contrario, se condujeron con nosotros intrépida y francamente. Quedamos, pues, muy sorprendidos, al llegar cerca de la piragua, de verles dar media vuelta y echar a correr por la pradera con todas sus fuerzas. Llegados a buena distancia se detuvieron, y treparon a una loma que dominaba el río. Allí se echaron boca abajo y, colocando su cara entre sus manos, parecían mirarnos con la mayor sorpresa. Valiéndose de un catalejo, pude observar sus fisonomías, que estaban impregnadas de estupefacción y de terror. Siguieron mirándonos largo rato. En fin, como presas de una idea súbita, se levantaron rápidamente y echaron a correr en la dirección de donde venían cuando les encontramos.

5 de mayo

Esta madrugada, cuando nos poníamos en marcha, muy temprano, una gran masa de Assiniboins se precipitó de golpe sobre nuestras embarcaciones y logró apoderarse de la piragua. No había nadie en ella excepto Jules, que se escapó echándose al agua y nadando hacia la gran embarcación que habíamos alejado de la orilla. Los indios iban guiados por los dos guerreros que nos habían visitado la víspera.

Su tropa debió acercarse a nosotros a escondidas, porque nuestros centinelas estaban apostados como, de costumbre y Neptuno mismo no señaló nada sospechoso. Nos preparábamos a hacer fuego contra los salvajes, cuando Misquasch (nuestro nuevo intérprete, el hijo de Mokerasah) nos dijo que los Assiniboins no nos querían ningún mal, y que, por signos, nos daban a entender que no tenían intenciones hostiles. No pudimos pensar que la captura de nuestra embarcación era una manera singular de demostrarnos su amistad.

Quisimos, no obstante, saber lo que esa gente quería de nosotros. Dijimos a Misquasch que les preguntara por qué nos habían atacado. Los salvajes respondieron con grandes protestas de respeto y nos dimos cuenta entonces de que no tenían deseos de molestarnos. Habían venido sólo a satisfacer una curiosidad ardiente que les consumía y que nos suplicaron que calmáramos. Al parecer, los dos indios de la víspera, aquéllos cuya conducta tanto nos había sorprendido, quedaron admirados por la cara tiznada de nuestro amigo Toby. No habían nunca oído hablar de un negro, de manera que su estupefacción no dejaba de tener una causa. Además, Toby era un moreno de lo más feo posible, con todos los rasgos característicos de su raza, labios gruesos, grandes ojos blancos saltones, nariz chata, orejas largas, vientre voluminoso y patas zambas. Cuando los dos salvajes explicaron en su aldea lo que habían visto, nadie quiso creerles, y estuvieron a punto de perder toda consideración, de ser tratados de mentirosos y embusteros; y ellos, propusieron llevar a todo el mundo a nuestras embarcaciones para probarles su veracidad.

La súbita irrupción de los salvajes fue, pues, al parecer, resultado de su curiosidad, porque no nos causaron el menor mal y nos devolvieron la piragua así que les dijimos

que les dejaríamos ver al viejo Toy. Este tomó la cosa como una broma excelente y se fue enseguida a tierra, *in naturalibus*, para que los salvajes pudieran verle de cuerpo entero.

Su sorpresa y su satisfacción fueron profundas y completas. De momento, no creyeron lo que sus ojos veían y escupían en sus dedos y frotaban la piel del negro para asegurarse de que no era pintada. La lana de su cabeza les arrancó clamores repetidos y sus piernas zambas fueron objeto de una admiración infinita. Una giba de nuestro horrible amigo llevó las cosas al colmo. La estupefacción de los salvajes había llegado a su último grado. Su satisfacción no podía ir más allá. Si Toby hubiese tenido un poco de ambición, hubiera podido hacer entonces una fortuna imperecedera y subir al trono de los Assinoboins con el nombre de Toby I.

Ese incidente nos retuvo hasta una hora avanzada del día. Después de haber cambiado algunas cortesías con los salvajes y de haberles hecho algunos regalos, aceptamos la ayuda de seis de ellos que remaron a bordo unas cinco millas. Fue un auxilio bien venido y por el cual dimos las gracias a nuestro viejo Toby.

No recorrimos más que 12 millas.

Acampamos por la noche en una isla magnífica. Nos hemos acordado mucho tiempo de aquella etapa, a causa del pescado y de las pollas de agua deliciosas que allí encontramos.

Permanecimos en la isla dos días, durante los cuales banqueteamos sin preocuparnos del mañana ni prestar atención a los numerosos castores que retozaban a nuestro alrededor. Hubiéramos podido, en aquel lugar, proporcionarnos 100 ó 200 pieles; apenas recogimos 20. Aquella isla estaba situada en la desembocadura de un río bastante ancho, que venía del sur y afluía al Missouri en el lugar en que éste forma un recodo hacia el Oeste. Su latitud es, aproximadamente, 48 grados.

8 de mayo

Viajamos con buen viento y tiempo hermoso, y después de haber recorrido veinte o veinticinco millas llegamos a un gran río que venía del norte.

Pero allí donde desemboca es muy estrecho —no tiene más que diez o doce metros de anchura— y parece obstruido por el lodo. Mas si se sube por él un poco, se encuentra una hermosa corriente franca de setenta a ochenta yardas de anchura, muy profunda, y que atraviesa un magnífico valle en el que abunda la caza. Nuestro nuevo guía nos dijo el nombre de ese río, pero yo no tomé nota⁵⁴. Robert Grelly mató algunos gansos de una especie que construye su nido en los árboles.

9 de mayo

En muchos sitios, poco lejanos de las orillas, vemos al terreno encostrado de una sustancia blanca, que reconocemos como una sal muy acre.

⁵⁴ Probablemente el río de Tierra Blanca. (N. de la *Gentleman's Magazine*)

No recorrimos más que quince millas, por culpa de muchos pequeños retrasos, y acampamos de noche en tierra, entre algunos bosquecillos de algodones y matorrales de enebro.

10 de mayo

Hoy el tiempo es frío, el viento fuerte. Recorrimos mucho camino; las colinas cercanas son abruptas, cortadas irregularmente, muestran masas dentadas y desordenadas de peñas, algunas de las cuales se yerguen a gran altura y parecen haber sufrido la acción de las aguas. Recogimos muchos pedazos de madera y de hueso petrificados; por todas partes había hulla desparramada. El río empieza a ser muy tortuoso.

11 de mayo

Hemos sido retenidos la mayor parte del día por ráfagas huracanadas y por la lluvia. Por la tarde el tiempo mejora y acaba por ser hermoso, gracias a un buen viento que aprovechamos para hacer diez millas antes de acampar. Cazamos muchos castores gordos y matamos a un lobo en la orilla. Parecía haberse alejado de una gran manada que vimos rodar alrededor de nosotros.

12 de mayo

Hemos abordado a mediodía, después de haber recorrido diez millas, a una pequeña isla escarpada, para verificar parte de nuestro material. En el momento de volver a partir, uno de los canadienses, que formaba parte de la vanguardia y nos precedía de muchas yardas, desapareció súbitamente con un gran grito. Corrimos inmediatamente y nos reímos de todo corazón al comprobar que había simplemente caído en un escondrijo vacío del que no tardamos en sacarle. De haber ido solo, es dudoso que hubiese podido salir de allí. Examinamos con gran cuidado la cavidad, pero nada encontramos, salvo algunas botellas vacías; y ni siquiera vimos nada que revelara si eran franceses, ingleses o americanos los que habían escondido sus mercancías en aquel lugar, y ello despertó nuestra curiosidad.

13 de mayo

Hemos llegado a la confluencia del Yellowstone y del Missouri, después de haber recorrido veinticinco millas. Hoy Misquasch nos deja y se vuelve a su tribu.

Capítulo VI

La comarca que atravesamos los dos o tres últimos días era de carácter desabrido comparada con la acostumbrada últimamente. Era menos accidentada; los árboles crecían en gran número en los lindes del río, pero más lejos no se encontraba ni uno. Donde los bordes eran perpendiculares, discerníamos trazas de hulla, y vimos un gran yacimiento de materia espesa y bituminosa que contribuía a enturbiar el agua en una extensión de muchos centenares de yardas río abajo. La corriente era más suave, el agua más clara, las puntas de las rocas y de los altos fondos eran menos numerosos, si bien los que teníamos que salvar eran más incómodos que nunca. Tuvimos una lluvia incesante, que hacía que las orillas fuesen muy resbaladizas y que la sirga fuese difícil. Además, el aire era desagradablemente glacial; subimos a algunas pequeñas colinas cercanas al río, y divisamos una gran cantidad de nieve en las hendiduras y en las lomas. A lo lejos, a la derecha, distinguimos muchos campamentos de indios abandonados hacía poco y, al parecer, temporalmente. Esa región no ofrece en parte alguna huellas de instalaciones permanentes, pero parece ser un terreno de caza favorito para las tribus de las cercanías —el hecho lo evidencian los numerosos vestigios de cazadores que encontramos por todas partes—. La verdad es que los Minnetaris del Missouri llegan en sus excursiones persiguiendo la caza hasta la Gran Horca, del lago Sur, y que los Assiniboins van aún más lejos. Misquasch nos había dicho que entre el lugar de nuestro actual campamento y las Montañas Rocosas no encontraríamos ninguna vivienda, salvo las de los Minnetaris, que residen en el lado inferior o meridional del Saskatchewan.

La caza fue excesiva y de gran variedad —alces, búfalos, moruecos de grandes cuernos, ciervos, osos, zorros, castores, etc., así como innumerables volátiles—. El pescado también abundaba.

La anchura del río variaba desde doscientas cincuenta yardas hasta pasos en que la corriente se precipitaba entre acantilados cuya separación no llegaba a los cien pies. El muro de esos acantilados estaba formado de un gris ligero y amarillento entremezclado con tierra quemada, piedra pómez y sales minerales. En cierto punto, el aspecto del país se transformaba de una manera notable: en ambos lados las colinas se separaron a gran distancia del río, que pareció salpicado de muy bellas islitas salpicadas de algodoneros. Las tierras bajas parecían ser esto el extremo final, al norte, de la cadena de montañas a través de la cual el Missouri se deslizaba, y que los salvajes llaman las Colinas Negras. La transición de la comarca montañosa a las llanuras estaba indicada por la atmósfera, que se hizo seca y pura, a tal punto que nos dimos cuenta de sus efectos en las pinturas de nuestras embarcaciones y en algunos de nuestros instrumentos de óptica.

Cuando llegábamos cerca de la confluencia, empezó a llover fuertemente, y en el río los obstáculos eran en extremo fatigosos. En algunos lugares, las orillas eran tan resbaladizas, la arcilla tan blanca y pegajosa que los hombres se veían obligados a ir descalzos, porque no podían conservar ni sus mocasines. Además, toda la orilla estaba cubierta de charcas de agua estancada, que se tenían que pasar a veces hundiéndose hasta los sobacos. Y teníamos que trepar por enormes bancos de pedernales agudos, que

parecían ser los trozos de los acantilados derrumbados en masa. A veces llegábamos a un desfiladero o a una quebrada cortados verticalmente que teníamos que franquear con muchas dificultades; en un momento en que tratábamos de pasar uno de esos lugares, la sirga de la gran embarcación, vieja y muy usada, se rompió; y la corriente arrastró la embarcación a un arrecife, en medio del río, donde el agua era tan profunda que no pudimos trabajar para ponerla a flote sino valiéndonos de la piragua, y perdimos seis horas para lograrlo.

En cierto momento, llegamos a un gran muro de roca negra, al sur, que dominaba los acantilados en una extensión de un cuarto de milla. Luego vino una llanura descubierta, y, tres millas más abajo, del mismo lado, otro muro de color claro, alto de doscientos pies por lo menos; luego otra llanura o valle, y un tercer muro de la más singular apariencia se irguió al norte, elevándose a una altura de doscientos cincuenta pies y grueso de doce, que presentaba un carácter de regularidad artificial. Esos acantilados tenían positivamente el más sorprendente aspecto, erguidos como estaban perpendiculares sobre el agua. Los últimos mencionados eran un gris blanco, muy blanco, que sufría fácilmente la acción de las aguas. Mostraban en su parte superior una especie de friso o cornisa formada por muchos estratos delgados de un gris blanco, duro, que las lluvias no afectaban. Arriba había una tierra oscura y rica que descendía en pendiente suave alejándose del río, a una distancia de cerca de una milla; y allí, otras colinas se erguían a una altura de quinientos pies y más. La pared de esos singulares acantilados estaba cruzada por una red de líneas formadas por el chorreo de las aguas fluviales sobre la piedra blanda; una imaginación fértil hubiera podido ver en ellas monumentos elevados por el arte humano, y cubiertos de esculturas jeroglíficas. En algunos parajes aparecían perfectos nichos (como los que en los templos se destinan a las estatuas) formados por la caída súbita de grandes pedazos de gris; escaleras y largos corredores se distinguían en muchos sitios donde las fracturas accidentales de la cornisa dejaron que el agua de las lluvias chorreara con uniformidad sobre la piedra menos resistente.

Pasamos esos extraños acantilados en un hermoso claro de luna; y no olvidaré jamás el efecto que produjeron en mi imaginación. Tenían el aspecto de construcciones encantadas (como las que he visto en sueños); y el gorjeo de miríadas de martinetes que habían construido sus nidos en los huecos de la masa, contribuían mucho a esa idea. Además de las paredes principales, se encontraban a intervalos otras menores, de veinte á cien pies de altura, de uno a doce de grueso, perfectamente regulares y perpendiculares. Estaban integrados por gruesas piedras oscuras, aparentemente arcillosas, areniscas o cuarzosas y de proporciones del todo simétricas aunque de dimensiones variadas. Eran éstas, en general, cuadradas, a veces oblongas (siempre paralelepípedas), y colocadas una encima de la otra tan exactamente y en un orden tan regular como si hubiesen sido puestas allí por un artesano mortal, pues cada piedra de una hilera cubría y garantizaba la juntura de dos piedras de la hilera inferior a, la

manera como se colocan los ladrillos de una pared. A veces, esas singulares construcciones se extendían en líneas paralelas: y se veían hasta cuatro una detrás de otra; a veces, se alejaban del río e iban a perderse entre las colinas; a veces, se cruzaban en ángulo recto, y parecían contener grandes jardines artificiales, en cuyo interior la vegetación presentaba, con frecuencia, un aspecto que ayudaba a la ilusión. Consideramos el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos en aquel lugar del Missouri como el más sorprendente en su conjunto, si no el más admirable, que habíamos presenciado hasta entonces. Dejó en mi espíritu una impresión de novedad, de singularidad que jamás podría borrarse.

Poco antes de llegar a la confluencia, cruzamos, en el lado norte, una isla muy grande; una milla y cuarta más lejos se encuentra, al sur, un terreno bajo, cubierto de bellos árboles en densa masa. Luego vinieron muchos islotes en los que nos detuvimos al paso algunos minutos. Después, llegamos a un acantilado muy sombría, y a otros das islotes en los que no observamos nada de notable.

A algunas millas de aquel lugar llegamos a una isla moderadamente grande, situada cerca de la punta de un promontorio escarpado, después de haber cruzado otras dos más pequeñas. Todas esas islas estaban bien arboladas. La noche del 13 de mayo, Misquasch nos enseñó la desembocadura de un gran río que los colonos llaman Yellowstone, pero al cual los indios dan el nombre de Ahmateaza⁵⁵. Acampamos en la orilla sur, en una llanura soberbia, cubierta de algodoneras.

14 de mayo

Esta mañana nos despertamos y nos pusimos a trabajar muy temprano; el punto que habíamos alcanzado era de gran importancia; y antes de ir más lejos, era necesario hacer algunas exploraciones para reconocer, de los dos grandes cursos de agua que teníamos a la vista, cuál era el mejor para servirnos de ruta.

Nuestra gente parecía de acuerdo en desear que subiéramos lo más lejos posible por uno de esos ríos, para llegar a las Montañas Rocosas y, quizá, llegar a lo alto de la Cuenca del gran río Oregón, que, al decir de todos los indios con quienes habíamos hablada, va a dar en el Océano Pacífico.

Yo también tenía deseos de llegar allí, y esa perspectiva sugería a mi imaginación un mundo de aventuras atrayentes. Pero prevenía dificultades inevitables en el caso de que emprendiéramos el viaje sin más informes de la región que habíamos de atravesar y acerca de las salvajes que la habitaban. Sabíamos de —estos últimos, en todo y por todo, que eran, generalmente hablando, los más feroces indios de la América del Norte. Temía también que, equivocándonos de río, no fuésemos a echarnos en un interminable laberinto de dificultades que desalentasen a nuestros hombres.

⁵⁵ Parece haber aquí una divergencia que hemos creído no debíamos rectificar, porque, a fin de cuentas, M. Rodman puede no equivocarse. El Ahmateaza, según la narración Lewis y Clarke, es el nombre dado por los Minnetaris, no al Yellowstone, sino al Missouri mismo. (N. de la *Gentleman's Magazine*)

Pero esas ideas no me inquietaron mucho tiempo y me puse enseguida a reconocer las cercanías: envié a algunos de nosotros río arriba por los cursos de agua, para apreciar comparativamente su caudal; y, con Thornton y John Greely, traté de llegar a la línea de la cumbre situada entre ambos, y desde donde la vista podía alcanzar gran extensión. De allí divisamos una comarca inmensa y magnífica, que se extendía por todos lados en vastas llanuras ondeadas de radiantes verduras, animadas por innumerables manadas de búfalos y de lobos y a veces de alces y de antílopes. Hacia el sur, una cadena de altas montañas de nevadas cimas, que iba del sureste al noroeste y se terminaba bruscamente, interrumpía la perspectiva. Detrás de ella aparecía otra más elevada que se unía con el horizonte mismo en el noroeste. Los dos ríos ofrecían un aspecto encantador, extendiendo a lo lejos sus largas y serpenteantes sinuosidades, y atenuándose por grados hasta no parecer sino imperceptibles hilos de plata antes de desvanecerse en las oscuras brumas del cielo. Sus direcciones, en la parte visible de su recorrido, no nos revelaban nada de lo que había más allá de sus cursos, y descendimos muy perplejos. El examen de ambas corrientes no nos satisfizo mucho más. El río del norte era más profundo, el del sur más ancho, sin gran diferencia de caudal. El primero tenía el mismo color que el Missouri, pero el segundo tenía el lecho del casquijo rodado que caracterizaba a los ríos procedentes de una región de montañas. A fin de cuentas, las mayores facilidades de navegación nos hicieron optar por el río del norte, aunque la disminución gradual de la profundidad de su lecho nos probara que a los pocos días, todo lo más, nos veríamos obligados a renunciar a nuestra gran embarcación.

Pasamos en el campo tres días durante los cuales cosechamos una gran cantidad de pieles. Las depositamos, con las demás que poseíamos, en un escondrijo muy bien montado en una islita a una milla río abajo del confluente⁵⁶. Trajimos todavía una gran cantidad de piezas de caza, y sobre todo de ciervos, de los que marinamos o salamos algunos perniles para conservarlos en reserva. En las cercanías el higo chumbo, que cubría las tierras bajas y las quebradas, la grosella y el cassis, no maduros. Las rosas

⁵⁶ Escondrijos, «hiding-places», «caches», son los hoyos que cazadores y comerciantes de pieles suelen cavar para depositar en ellos sus pieles y otras mercancías durante una ausencia temporal. Se escoge primeramente un sitio apartado y seco. Se describe un círculo de unos dos pies de diámetro, de cuyo interior se retira con cuidado el césped que se pone a un lado. Se cava un hoyo de un pie de profundidad y, a partir de allí, se ensancha la excavación hasta darle ocho o diez pies de profundidad por seis o siete de ancho. A medida que se retira la tierra, se la coloca cuidadosamente encima de una piel para evitar sus huellas sobre la hierba, y luego se echa al río más cercano, o se la disimula lo mejor que se puede. Se forra enteramente el escondrijo con madera seca y heno, o con pieles, y queda preparado para conservar intacto y en seguridad, durante años, todo lo que el explorador deposita en él. Una vez el escondrijo lleno, se recubre el contenido con una piel de búfalo, se echa por encima tierra y se machaca bien. Luego, se vuelve a colocar el césped, y se hace en los árboles próximos o en otro lugar cualquiera, una marca secreta, que indica el emplazamiento exacto del depósito. (N. de la *Gentleman's Magazine*)

silvestres, en profusión verdaderamente maravillosa, empezaban a abrir sus capullos. Levantamos el campa, llenos de brío, por la mañana del 18 de mayo.

18 de mayo

El día fue hermoso y avanzamos alegremente a pesar de las constantes interrupciones motivadas por los altos fondos y los promontorios que se presentaban en gran número.

Los hombres, desde el primero al último, se mostraban entusiasmados y decididos a perseverar; la conversación no tenía otro objeto que el de las Montañas Rocosas. Abandonando nuestra peletería habíamos aligerado considerablemente las embarcaciones; nos era, pues, mucho menos difícil hacerlas avanzar por las corrientes rápidas. El río estaba sembrado de isletas en casi todas las cuales abordamos.

Por la noche llegamos a un campamento indio abandonado, al pie de acantilados de cresta negruzca. Las serpientes de cascabel nos molestaron mucho, y antes de la madrugada cayó un chaparrón.

19 de mayo

Habíamos recorrido poco camino cuando vimos el curso de agua modificado en su carácter y muy obstruido por los alfaques, o mejor, por bancos de guijarros, de manera que tuvimos muchas dificultades para abrir paso a nuestra embarcación. Dos hombres enviados como batidores nos anunciaran que río arriba había un canal más profundo y más ancho, lo cual, una vez más, nos obligó a perseverar.

Avanzamos diez millas y, confiados, acampamos en un islote par la noche.

A lo lejos, hacia el sur, apareció una montaña curiosa, aislada, de forma cónica, enteramente recubierta de nieve.

20 de mayo

Entramos en un canal mejor y continuamos nuestro camino sin grandes interrupciones, recorriendo dieciséis millas a través de una región arcillosa de carácter particular y casi enteramente desnuda de vegetación.

Por la noche, acampamos en una gran isla cubierta de árboles de buen medro, muchos de los cuales nos eran desconocidas. Permanecimos cinco días en aquel lugar para reparar nuestra piragua.

Durante nuestra estancia se produjo un incidente notable. En aquel sitio, las orillas del Missouri son precipicios formados de cierta arcilla azul que, después de la lluvia, se hace muy resbaladiza. En una extensión de cerca de cincuenta toesas por cada lado, esos acantilados constituyán una sucesión de terrazas escarpadas que entrecortaban, en diversas direcciones, quebradas estrechas y profundas, tan netamente corroídas, en una época antigua, por la acción de las aguas, que parecían canales artificiales. Las desembocaduras de esas quebradas, en el sitio donde se abrían en el río, ofrecían el

aspecto más notable y de la orilla opuesta, al claro de luna, parecían columnas erguidas en el borde. Para quien lo observa desde la terraza más elevada, toda esa pendiente hacia el río tiene una apariencia indescriptiblemente caótica y lúgubre. No se ve allí ninguna especie de vegetación.

John Greely, el Profeta, el intérprete Jules y yo, partimos una mañana después del desayuno a escalar la terraza más alta del lado del Sur, para examinar panorámicamente el país, en la medida de lo posible. Con gran esfuerzo y gracias a una meticulosa prudencia logramos llegar a la meseta de la loma opuesta a nuestro campo. En aquel lugar, la pradera difiere del carácter general de aquella clase de suelo en el sentido de que está cubierta, hasta una distancia de varias millas, de una densa vegetación de algodoneros, rosales, sauces rojos y sauces de hojas largas; el terreno no era unido, y, a veces, pantanoso, como acostumbran a serlo las tierras bajas; estaba formado por un barro negruzco mezclado con arena en la proporción de una tercera parte, y cuando se echaba un puñado al agua, se disolvía coma el azúcar, produciendo burbujas. Muchas veces notamos espesas incrustaciones de sal común, que pudimos recoger y aprovechar.

Una vez llegados a las mesetas, nos sentamos todos para descansar; pero apenas instalados, nos alarmó un fuerte gruñido que, cerca de nosotros y de detrás salía del denso matorral. Enseguida nos levantamos despavoridos, porque habíamos dejado en la isla nuestras carabinas para que no molestaran durante la ascensión, y nuestras únicas armas eran pistolas y cuchillos. Habíamos apenas cambiado algunas palabras cuando dos enormes osos pardos —los primeros que encontrábamos en nuestro viaje— se lanzaron contra nosotros, con la boca abierta, desde una espesura de rosales. Esos animales son muy temidos de los indios y no sin razón; son, en efecto, criaturas formidables, dotadas de una fuerza prodigiosa, de una ferocidad indomable, de una vida increíblemente tenaz.

Apenas es posible matarlos de una bala a menos que ésta le atraviese el cerebro, que protegen dos anchos músculos, que cubren los lados de la frente, y el hueso frontal muy grueso. Algunos se han visto vivir varios días con media docena de balas en los pulmones, y hasta con graves heridas en el corazón. Hasta entonces no habíamos encontrado nunca osos pardos, pero habíamos notado sus huellas en la arena o en el barro, huellas que alcanzaban hasta un pie de largo, sin contar las garras, y unas ocho pulgadas de anchura.

No sabíamos qué hacer. Luchar a pie firme con las armas que poseíamos hubiese sido una pura demencia; locura, igualmente, el esperar salvarnos huyendo hacia la pradera; porque, no solamente los osos venían de esa dirección, sino que, además, a una distancia muy corta del borde del acantilado, el matorral de brezos y sauces enanos era tan denso que no hubiéramos podido pasar; y si emprendíamos la carrera entre el borde y el matorral, los animales nos alcanzarían en un instante: porque, siendo el terreno pantanoso, no podíamos ir deprisa, mientras que los osos, gracias a sus patas anchas y planas, se movían fácilmente.

Parece que esas reflexiones, bastante largas para ser formuladas explícitamente, atravesaron el espíritu de todos nosotros en un segundo, porque todos saltamos inmediatamente hacia el derrumbadero sin preocuparse bastante del riesgo que correríamos.

La primera bajada era de unos treinta o cuarenta pies, y poco precipitada; la arcilla, en aquel punto, tenía cierta analogía con la greda del terreno superior, tanto, que rodamos sin demasiado esfuerzo hasta la primera terraza, con los osos furiosos que nos perseguían a cuerpo descubierto. Una vez allí, era imposible que vaciláramos ni un instante. No podíamos elegir sino entre sostener en la estrecha plataforma en que nos hallábamos, el choque de los brutos encolerizados, o bien franquear el segundo precipicio. Este era casi perpendicular, profundo de sesenta a setenta pies y compuesto enteramente de arcilla azul, alterada por las lluvias recientes y resbaladiza como el vidrio.

El canadiense, loco de terror, dio un salto hacia el borde, resbaló a lo largo del cantil a toda velocidad, y fue proyectado por su impulso a la tercera bajada. Le perdimos entonces de vista; y, naturalmente, pensamos que se había matado, porque no dudábamos que el terrible resbalón siguió, de precipicio en precipicio, hasta terminar en una zambullida en el río desde lo alto del último, una caída de más de ciento cincuenta pies.

De no haber sido ese accidente, es más que probable que en tal coyuntura todos nos hubiéramos decidido a intentar la bajada; pero la fatalidad de Jules nos hizo vacilar, y, entretanto, tuvimos a los monstruos encima. Era la primera vez de mi vida que me encontraba acosado de cerca por una bestia feroz y vigorosa; y no siento escrúpulo alguno en reconocer que todas las energías me habían abandonado. En algunos momentos estuve a punto de desvanecerme: pero un gran grito de Greely, que acababa de ser agarrado por el primero de los osos, produjo el efecto de estimularme a obrar; y, una vez bien estimulado, encontré en la lucha una especie de placer salvaje loco.

Una de las bestias, en cuanto hubo llegado a la estrecha cornisa en que estábamos, cargó contra Greely, lo derribó entre sus patas, y lo mantenía por la capa con sus formidables colmillos; fue una suerte para él que la frialdad del viento le hubiese dado la idea de abrigarse. El otro oso, rodando más que descendiendo por el despeñadero, no pudo, cuando llegó a nuestro refugio, detener en su impulso sino una mitad del cuerpo que ya tenía suspendida en el abismo: dio un traspié oblicuamente, sus patas de la derecha resbalaron en el vacío, y se mantenía torpemente con las dos de la izquierda. En esa posición, cogió con la boca el tacón de Wormley. Sentí en aquel instante los peores temores: porque con los esfuerzos que hacía para desprenderse, el desgraciado ayudó al oso a restablecer su posición. Pero, mientras ya permanecía, como he dicho, paralizada, por el terror, y observando las peripecias sin ser capaz de prestar la menor ayuda, el zapato y el mocasín de Wormley fueron arrancados por el animal, el cual, entonces, cayó

de cabeza hasta la siguiente terraza, donde pudo detener su caída gracias a sus enormes garras.

Fue en aquel momento cuando Greely lanzó su grito de socorro. El Profeta y yo corrimos en su ayuda. Descargamos nuestras pistolas en la cabeza del animal; y mi bala, estoy seguro de ello, atravesó alguna parte de su cráneo, porque yo había mantenido el arma cerca de su oreja. Pero pareció más furioso que herido: el solo efecto útil de los tiros fue que dejó a Greely (que no había sufrido daño alguno) para atacarnos a nosotros. No teníamos más recursos que el de nuestros cuchillos, y, dada la presencia del otro oso, ni podíamos buscar refugio en la terraza inferior. Adosados al cantil, nos preparamos para una lucha fatal sin creer, jamás, que Greely pudiera socorrernos (le suponíamos mortalmente herido), cuando oímos una detonación; y la enorme bestia cayó a nuestros pies, justo en momento en que sentíamos sobre nuestras caras su aliento ardiente y horriblemente fétido. Nuestro liberador, que muchas veces había luchado con osos, aplicó fríamente su pistola en el ojo del monstruo y la carga había penetrado en el cerebro.

Mirando hacia abajo vimos al segundo oso que se esforzaba en vano para trepar hacia nosotros; la arcilla blanda cedía bajo sus garras y varias veces cayó pesadamente. Le enviamos muchas balas, pero sin efecto, y decidimos abandonarlo a los cuervos. No veo cómo pudo escaparse de allí.

Nos arrastramos a lo largo de la cornisa el espacio de una media milla antes de encontrar un camino practicable para subir, y no llegamos al campamento sino mucho después de haber anochecido.

Jules estaba allí, vivo, pero tan cruelmente magullado que no había podido dar ninguna explicación inteligible de su accidente ni del lugar en que nos había dejado. En su caída se detuvo en una de las quebradas de la tercera terraza, de cuyo lecho descendió hasta la orilla del río⁵⁷.

⁵⁷ Este es el último capítulo que Poe completó de *El diario de Julius Rodman*. Habiendo roto su relación con William Burton, Poe se negó a continuar la serie hasta que Burton saldase la deuda que le debía. Pocos meses después, Burton vendió la *Gentlemen's Magazine* a George Rex Graham, quien se asoció con la *Atkinson's Casket* y crearon la *Graham's Magazine*. Aunque Poe fue contratado de inmediato como editor por Graham, Poe optó por no continuar el relato, quizás porque intuía que su talento se reflejaba mejor en las narraciones breves.

Por qué el pequeño francés lleva la mano en cabestrillo

Why the Little Frenchman Wears his Hand in a Sling, 1840

¡Claro que sí! Está en mi tarjeta de visita (y en papel satinado color rosa); cualquiera que desee puede leer en ella las interesantes palabras: «Sir Patrick O'Grandison, Baronet, 39, SoutHampton Row, Russell Square, Parroquia de Bloomsbury». Y si quisiera usted descubrir quién es el rey de la buena educación y el que da el último grito del buen tono en la ciudad de Londres... pues aquí lo tiene. No vaya a asombrarse (y mejor será que deje de pellizcarse la nariz), pues por cada pulgada de las seis vigilias afirmo que soy un caballero, y desde que salí de los pantanos irlandeses para convertirme en baronet, vuestro Patrick ha estado viviendo como un emperador, educándose y refinándose. ¡Caracoles, para sus ojos sería una bendición si se posaran un momento sobre Sir Patrick O'Grandison, Baronet, cuando se viste para ir a la ópera o va a subir a su coche para dar una vuelta por Hyde Park! A causa de mi elegante figura, todas las damas se enamoran de mí. ¿Va a negarme alguien que mido seis pies y tres pulgadas, con los calcetines puestos, y que soy perfectamente bien proporcionado? En cambio, el extranjero, el pequeño francés que vive frente a mi casa, mide apenas tres pies y un poquitín más. ¡Sí, el mismo que se pasa el día comiéndose con los ojos (¡para su mala suerte!) a la preciosa viuda Mistress Tracle, vecina mía (¡Dios la bendiga!) y excelente amiga y conocida! Habrá usted observado que el pequeño gusano anda un tanto alicaído y que lleva la mano izquierda en cabestrillo; bueno, precisamente me disponía a contarle por qué.

La verdad es muy sencilla, sí, señor; el mismísimo día en que llegué a Connaught y salí a ventilar mi apuesta figura a la calle, apenas me vio la viuda, que estaba asomada a la ventana, ¡zas, su corazón quedó instantáneamente prendado! Me di cuenta enseguida, como se imaginará, y juro ante Dios que es la santa verdad. Primero de todo vi que abría la ventana en un santiamén y que sacaba por ella unos ojazos abiertos de par en par, y después asomó un catalejo que la lindísima viuda se aplicó a un ojo, y que el diablo me cocine si ese ojo no habló tan claro como puede hacerlo un ojo de mujer, y me dijo: «¡Buenos días tenga usted, sir Patrick O'Grandison, Baronet, encanto! ¡Vaya apuesto caballero! Sepa usted que mis garridos cuarenta años están desde ahora a sus órdenes, hermoso mío, siempre que le parezca bien». Pero no era a mí a quien iban a ganar en gentileza y buenos modales, de manera que le hice una reverencia que le hubiera partido a usted el corazón de contemplarla, me quité el sombrero con un gran saludo y le guiñé dos veces los ojos, como para decirle: «Bien ha dicho usted, hermosa criatura, Mrs. Tracle, encanto mío, y que me ahogue ahora mismo en un pantano si Sir Patrick

O'Grandison, Baronet, no descarga una tonelada de amor a los pies de su alteza en menos tiempo del que toma cantar una tonada de Londonberry».

A la mañana siguiente, cuando estaba pensando si no sería de buena educación mandar una cartita amorosa a la viuda, apareció mi criado con una elegante tarjeta y me dijo que el nombre escrito en ella (porque yo nunca he podido leer nada impreso a causa de ser zurdo) era el de Mosiú el conde Augusto Luquesi, *maître de danse* (si es que todo esto quiere decir algo), y que el dueño de esa endiablada jeringoza era el pequeño francés que vive enfrente de casa.

En seguida apareció el pequeño demonio en persona, me hizo un complicado saludo, diciendo que se había tomado la libertad de honrarme con su visita, y siguió charlando y charlando largo rato, y maldito si le comprendía una sola palabra, salvo cuando repetía «parley wou, woolly wou» y me soltaba una carretada de mentiras, entre las cuales (¡mala suerte para él!) que estaba loco de amor por mi viuda Mrs. Tracle y que mi viuda Mrs. Tracle estaba enamoradísima de él.

Cuando escuché esto, ya puede suponerse usted que me puse más rabioso que un leopardo, pero me acordé que era Sir Patrick O'Grandison, Baronet, y que no estaba bien que la cólera pudiera más que la buena educación, de manera que disimulé la rabia y me conduje con mucha gentileza, y al cabo de un rato, ¿qué piensa usted que el pequeño demonio me propone? Pues me propone visitar juntos a la viuda, agregando que tendría el placer de presentarme.

—«Conque éas tenemos?», me dije. «Patrick, hijo mío, eres el hombre más afortunado de la tierra. Muy pronto veremos si Mistress Tracle está enamorada de este Mosiú Metré Dedans o de mi apuesta persona.»

Así fue como llegamos en un santiamén a casa de la viuda, y bien puede creerme si le digo que era una casa muy elegante. Había una alfombra en el piso, y en un rincón un piano y un arpa, y el diablo sabe cuántas cosas más, y en otro rincón había un sofá que era la cosa más bonita de toda la naturaleza, y sentada en el sofá estaba nada menos que ese preciosísimo ángel, Mistress Tracle.

—¡Buenos días tenga usted, Mrs. Tracle! —le dije, al tiempo que le hacía una reverencia tan elegante que usted se hubiera quedado con la lengua afuera.

—Wully woo, parley woo —dijo el pequeño forastero francés— . Mrs. Tracle —agregó—, este caballero es su reverencia Sir Patrick O'Grandison, Baronet, el mejor y más íntimo amigo que tengo en el mundo.

Entonces la viuda se levantó del sofá, nos hizo el saludo más bonito que se ha visto nunca y volvió a sentarse. ¿Querrá usted creerlo? En ese mismo momento el condenado Mosiú Metré Dedans se instaló tranquilamente en el sofá, a la derecha de la viuda. ¡Que el diablo se lo lleve! Por un momento creí que los ojos se me iban a salir de la cara, tan furibundo estaba. Pero pensé: «Conque éas tenemos? Conque así nos portamos, Mosiú Metré Dedans?» Y al mismo tiempo me instalé a la izquierda de su alteza, a fin de estar a la par con el miserable. ¡Condenación! Usted se hubiera sentido feliz de

presenciar la doble guiñada que le hice a la viuda en plena cara, con un ojo después del otro.

El pequeño francés no sospechaba nada, y con todo atrevimiento se puso a cortejar a su alteza.

—Wouilly wou —le decía—. Parley wou —agregaba. «Todo esto no te servirá de nada, Mosiú Rana, bonito mío», pensaba yo, y entonces me puse a hablar en voz muy alta y continuamente, hasta atraer la atención de su alteza gracias a la elegante conversación que mantenía con ella sobre mis queridos pantanos de Connaught. Y una que otra vez me dedicaba su preciosísima sonrisa, abriendo la boca de oreja a oreja, con lo cual yo me sentía más osado que un cerdo, y por fin le atrapé la punta del dedo meñique de la manera más delicada que se pueda imaginar en toda la naturaleza, al mismo tiempo que la miraba con los ojos en blanco.

No tardé en percatarme de lo inteligente que era aquel hermoso ángel, pues apenas observó que quería estrecharle la mano la retiró en un santiamén y se la puso a la espalda, como si me dijera: «Ahí tienes, Sir Patrick O'Grandison, te ofrezco una oportunidad mejor, bonito mío, pues no es muy gentil que me tomes la mano y me la aprietas en presencia de este pequeño forastero francés, Mosiú Metré Dedans».

Entonces le guiñé a fondo el ojo, como para decirle: «No hay como Sir Patrick para esta clase de triquiñuelas», me puse en seguida a la tarea, y usted se hubiera muerto de risa de haber visto la forma tan astuta con que deslicé el brazo derecho entre el respaldo del sofá y la espalda de su alteza, hasta encontrar, como es natural, su preciosa manecita, que parecía esperarme y decirme: «buenos días tenga usted, Sir Patrick O'Grandison, Baronet». Y yo no hubiera sido quien soy si no le hubiera dado un apretón muy suave, el más gentil del mundo, para no hacer daño a su alteza, ¿verdad? Pero entonces, ¡condenación!, ¿qué diría usted al saber que a cambio de mi apretón recibí otro, el más delicado y gentil de todos los apretones? «Sangre y truenos, Sir Patrick, querido mío —pensé para mis adentros—, ¡cómo se ve que eres el hijo de tu madre, y nadie más que él, y que nunca se vio hombre más elegante y afortunado desde que dejaste los pantanos y saliste de Connaught!».

Y sin perder tiempo apreté con más fuerza la manita, y por mi alma que el apretón que me dio a su vez su alteza era también mucho más fuerte. Pero en ese momento a usted se le hubieran roto una a una las costillas de reírse si hubiese visto cómo se Mosiú Metré Dedans. Nunca se vio semejante parloteo, sonrisas estúpidas, *parley wou* y todo lo que dedicaba a su alteza. ¡Nunca se vio algo así en la tierra! Y que el diablo me queme si no lo vi con mis propios ojos cuando el condenado se permitía guiñarle uno de los suyos a mi ángel... ¡Condenación! ¡Si no me puse más furioso que un gato de Kilkenny, quisiera que me lo dijesen!

—Permítame informarle, Mosiú Metré Dedans —le dije con la mayor educación—, que no es nada gentil, aparte de que a usted no le queda nada bien estar mirando a su alteza de manera tan descarada.

Y al mismo tiempo apreté la mano de la viuda como para decirle: «¿No es verdad que Sir Patrick la protegerá a usted ahora, joya mía, encanto?»

Y como respuesta recibí otro buen apretón de ella, con el cual quería decirme muy claramente: «Verdad es, Sir Patrick, encanto mío; es usted el más cumplido de los caballeros de este mundo». Y al mismo tiempo la vi abrir sus preciosísimos ojos de manera tal que creí que se le saldrían instantáneamente y por completo de la cara, mientras miraba furiosa como un gato a Mosiú Rana y después me miraba a mí sonriendo como un ángel.

—¿Cómo? —dijo entonces el miserable—. ¡Cómo! Wolly wou, parley wou.

Y al mismo tiempo se encogió tanto de hombros que pensé que iba a quedarle el faldón de la camisa al aire, haciendo simultáneamente una mueca despectiva con su condenada boca. Y ésa fue la única explicación que conseguí de él.

Créame usted, el que se puso furibundo en aquel momento fue Sir Patrick, y mucho más al darme cuenta de que el francés insistía con sus guiñadas a la viuda, mientras la viuda seguía apretándome muy fuerte la mano, como si me dijera: «No se deje intimidar, Sir Patrick O'Grandison, bonito mío!» Por lo cual solté un terrible juramento, mientras decía:

—¡Maldita rana insignificante, condenado gusano impertinente!

¿Creerá usted lo que hizo entonces su alteza? Dio un salto en el sofá como si acabaran de morderla y corrió a la puerta, mientras yo la miraba muy asombrado y estupefacto y la seguía en su carrera con mis dos ojos. Se dará usted cuenta de que yo tenía mis razones para saber que mi ángel no podía salir del salón aunque quisiera, puesto que tenía su mano en la mía, y que el diablo me queme si pensaba soltarla. Por eso le dije:

—¿No está usted olvidando un poquitín que le pertenece, su alteza? ¡Vuelva usted, encanto mío, que pueda yo devolverle su manita!

Pero ella salió corriendo escaleras abajo sin escucharme, y entonces miré al pequeño forastero francés. ¡Condenación, que me cuelguen si su maldita mano, pequeña como era, no estaba perfectamente instalada dentro de la mía!

Y que vuelvan a colgarme si en ese momento no estuve apunto de morirme de risa al ver la cara del pobre diablo cuando se dio cuenta de que lo que había tenido todo el tiempo en la mano no era la de la viuda, sino la de Sir Patrick O'Grandison. ¡Ni el mismo demonio contempló nunca una cara tan larga como aquélla! En cuanto a Sir Patrick O'Grandison, Baronet, no es hombre de preocuparse por una equivocación tan insignificante. Baste con decir que antes de soltar la mano del condenado Mosiú (y esto sólo ocurrió después que el lacayo de la viuda nos hubo echado a puntapiés escaleras abajo) le di un apretón tan grande que se la dejé convertida en jalea de frambuesa.

—Wouly wou —dijo él—. Parley wou —agregó—. ¡Maldición!

Y por eso es que ahora anda con la mano izquierda en cabestrillo.

El hombre de negocios

Meter Pendulum, the business man, 1840

"El método es el alma de los negocios."
(proverbio antiguo)

Yo soy un hombre de negocios. Soy un hombre metódico. Después de todo, el método es la clave. Pero no hay gente a la que desprecie más de corazón que a esos estúpidos excéntricos, que no hacen más que hablar acerca del método sin entenderlo; ateniéndose exclusivamente a la letra y violando su espíritu. Estos individuos siempre están haciendo las cosas más insospechadas de lo que ellos llaman la forma más ordenada. Ahora bien, en esto, en mi opinión, existe una clara paradoja. El verdadero método se refiere exclusivamente a lo normal y lo obvio, y no se puede aplicar a lo *outré*. ¿Qué idea concreta puede aplicarse a expresiones tales como "un metódico Jack o'Dandy", o "un Will o'the Wisp"?

Mis ideas en torno a este asunto podrían no haber sido tan claras, de no haber sido por un afortunado accidente, que tuve cuando era muy pequeño. Una bondadosa ama irlandesa (a la que recordaré en mi testamento) me agarró por los talones un día que estaba haciendo más ruido del necesario, y dándome dos o tres vueltas por el aire, y diciendo pestes de mí, llamándome "mocosillo chillón", golpeó mi cabeza contra el pie de la cama. Esto, como digo, decidió mi destino y mi gran fortuna. Inmediatamente me salió un chichón en el sincipicio, que resultó ser un órgano ordenador de los más bonitos que pueda uno ver en parte alguna. A esto debo mi definitiva apetencia por el sistema y la regularidad que me han hecho el distinguido hombre de negocios que soy.

Si hay algo en el mundo que yo odio, ese algo son los genios. Los genios son todos unos asnos declarados, cuanto más geniales, más asnos, y esta es una regla para la que no existe ninguna excepción. Especialmente no se puede hacer de un genio un hombre de negocios, al igual que no se puede sacar dinero de un Judío, ni las mejores nueces moscadas, de los nudos de un pino.

Esas criaturas siempre salen por la tangente, dedicándose a algún fantasioso ejercicio de ridícula especulación, totalmente alejado de la "adecuación de las cosas" y carente de todo lo que pueda ser considerado como nada en absoluto. Por tanto, puede uno identificarse a estos individuos por la naturaleza del trabajo al que se dedica. Si alguna vez ve usted a un hombre que se dedica al comercio o a la manufactura, o al comercio de algodón y tabaco, o a cualquiera otra de esas empresas excéntricas, o que se hace negociante de frutos secos, o fabricante de jabón, o algo por el estilo, o que dice ser un abogado, o un herrero, o un médico, cualquier cosa que se salga de lo corriente, puede

usted clasificarle inmediatamente como un genio, y, en consecuencia, de acuerdo con la regla de tres, es un asno.

Yo, en cambio, no soy bajo ningún aspecto un genio, sino simplemente un hombre de negocios normal. Mi agenda y mis libros se lo demostrarán inmediatamente. Están bien hechos, aunque esté mal que yo lo diga, y en mis hábitos de precisión y puntualidad jamás he sido vencido por el reloj. Lo que es más, mis ocupaciones siempre han sido organizadas para adecuarlas a los hábitos normales de mis compañeros de raza. No es que me sienta en absoluto en deuda en este sentido con mis padres, que eran extraordinariamente tontos, y que, sin duda alguna, me hubieran convertido en un genio total si mi ángel de la guarda no hubiera llegado a tiempo para rescatarme. En las biografías, la verdad es el todo, y en las autobiografías, mucho más aún, y, no obstante, tengo poca esperanza de ser creído al afirmar, no importa cuan seriamente, que mi padre me metió, cuando tenía aproximadamente quince años de edad, en la contaduría de lo que él llamaba "un respetable comerciante de ferretería y a comisión, que tenía un magnífico negocio". ¡Una magnífica basura! No obstante, como consecuencia de su insensatez, a los dos o tres días me tuvieron que devolver a casa a reunirme con los cabezas huecas de mi familia, aquejado de una gran fiebre, y con un dolor extremadamente violento y peligroso en el sincipucio, alrededor de mi órgano de orden. Mi caso era de gran gravedad, estuve al borde de la muerte durante seis semanas, los médicos me desahuciaron y todas esas cosas. Pero, aunque sufrí mucho, en general era que me sentía agradecido a mi suerte. Me había salvado de ser un "respetable comerciante de ferretería y a comisión, que tenía un magnífico negocio", y me sentía agradecido a la protuberancia que había sido la causa de mi salvación, así como también a aquella bondadosa mujer, que había puesto a mi alcance la citada causa.

La mayor parte de los muchachos se escapan de sus casas a los diez o doce años de edad, pero yo esperé hasta tener dieciséis. No sé si me hubiera ido entonces de no haber sido porque oí a mi madre hablar de lanzarme a vivir por mi cuenta con el negocio de las legumbres, *¡De las legumbres!* ¡Imagínense ustedes! A raíz de eso decidí marcharme e intentar establecerme con algún trabajo decente, sin tener que seguir bailando con arreglo a los caprichos de aquellos viejos excéntricos, arriesgándose a que me convirtieran finalmente en un genio. En esto tuve un éxito total al primer intento, y cuando tenía dieciocho años cumplidos tenía ya un trabajo amplio y rentable en el sector de Anunciadores ambulantes de Sastres.

Fui capaz de cumplir con las duras labores de esta profesión tan sólo gracias a esa rígida adherencia a un sistema qué era la principal peculiaridad de mi persona. Mis actos se caracterizaban, al igual que mis cuentas, por su escrupuloso método. En mi caso, era el método, y no el dinero el que hacía al hombre: al menos,, aquella parte que no había sido confeccionada por el sastre al que yo servía. Cada mañana, a las nueve, me presentaba ante aquel individuo para que me suministrara las ropas del día. A las diez estaba ya en algún paseo de moda o en algún otro lugar, dedicado al entretenimiento

del público. La perfecta regularidad con la que hacía girar mi hermosa persona, con el fin de poner a la vista hasta el más mínimo detalle del traje que llevaba puesto, producía la admiración de todas las personas iniciadas en aquel negocio. Nunca pasaba un mediodía sin que yo hubiera conseguido un cliente para mis patronos, los señores Cut y Comeagain⁵⁸. Digo esto con orgullo, pero con lágrimas en los ojos, ya que aquella empresa resultó ser de una ingratitud que rayaba en la vileza. La pequeña cuenta acerca de la que discutimos, y por la que finalmente nos separamos, no puede ser considerada en ninguno de sus puntos como exagerada por cualquier caballero que esté verdaderamente familiarizado con la naturaleza de este negocio. No obstante, acerca de esto siento cierto orgullo y satisfacción en permitir al lector que juzgue por sí mismo. Mi factura decía así:

“Señores Cut y Comeagain, sastres,
A Peter Proffit, anunciador ambulante.”

10 de julio	Por pasear, como de costumbre, y por traer un cliente.	0,25 dólares
11 de julio	Por pasear, como de costumbre, y por traer un cliente.	0,25 dólares
12 de julio	Por una mentira, segunda clase; una tela negra estropeada, vendida como verde invisible.	0,25 dólares
13 de julio	Por una mentira, primera clase, calidad y tamaño extra; recomendar satinete como si fuera paño fino.	0,75 dólares
20 de julio	Por la compra de un cuello de camisa de papel nuevo o pechera, para resaltar el Petersham gris.	2 centavos
15 de agosto	Por usar una levita de cola corta, con doble forro (temperatura 76 F. a la sombra).	0,25 dólares
16 de agosto	Por mantenerse sobre una sola pierna durante tres horas para exhibir pantalones con trabilla, de nuevo estilo, a 12 centavos y medio por pierna por hora.	037 ½ dólares
17 de agosto	Por pasear, como de costumbre, y por un gran cliente (hombre gordo)	0,50 dólares
18 de agosto	Por pasear, como de costumbre, y por un gran cliente (tamaño mediano)	0,50 dólares
19 de agosto	Por pasear, como de costumbre, y por un gran cliente (hombre pequeño y mal pagador).	6 centavos

⁵⁸ Cut significa cortar, y Comeagain, vuelva otra vez. (N del T.)

2,96 ½ dólares

La causa fundamental de la disputa producida por esta factura fue el muy moderado precio de dos centavos por la pechera. Palabra de honor que éste no era un precio exagerado por esa pechera. Era una de las más limpias y bonitas que jamás he visto, y tengo buenas razones para pensar que fue la causante de la venta de tres Petershams. El socio más antiguo de la firma, no obstante, quería darme tan sólo un penique, y decidió demostrar cómo se pueden sacar cuatro artículos tales del mismo tamaño de un pliego de papel ministro. Pero es innecesario decir que para mí aquello era una cuestión de principios. Los negocios son los negocios, y deben ser hechos a la manera de los negociantes. No existía ningún sistema que hiciera posible el escatimarme a mí un penique —un fraude flagrante de un cincuenta por ciento—. Absolutamente ningún método. Abandoné inmediatamente mi trabajo al servicio de los señores Cut y Comeagain, afincándome por mi cuenta en el sector de Lo Ofensivo para la Vista, una de las ocupaciones más lucrativas, res—; potables e independientes de entre las normales.

Mi estricta integridad, mi economía y mis rigurosos hábitos de negociante entraron de nuevo en juego. Me encontré a la cabeza de un comercio floreciente, y pronto me convertí en un hombre distinguido en el terreno del “Cambio”. La verdad sea dicha, jamás me metí en asuntos llamativos, me limité a la buena, vieja y sobria rutina de la profesión, profesión en la que, sin duda, hubiera permanecido de no haber sido por un pequeño accidente, que me ocurrió llevando a cabo una de las operaciones normales en la dicha profesión. Siempre que a una vieja momia, o a un heredero pródigo, o a una corporación en bancarrota, se les mete en la cabeza construir un palacio, no hay nada en el mundo que pueda disuadirles, y esto es un hecho conocido por todas las personas inteligentes. Este hecho es en realidad la base del negocio de lo Ofensivo para la Vista. Por lo tanto, en el momento en que un proyecto de construcción está razonablemente en marcha, financiado por alguno de estos individuos, nosotros los comerciantes nos hacemos con algún pequeño rinconcillo del solar elegido, o con algún punto que esté Justo al lado o inmediatamente delante de éste. Una vez hecho esto, esperamos hasta que el palacio está a medio construir, y entonces pagamos a algún arquitecto de buen gusto para que nos construya una choza ornamental de barro, justo al lado, o una pagoda estilo sureste, o estilo holandés, o una cochiquera, o cualquier otro ingenioso juego de la imaginación, ya sea Esquimal, Kickapoo u Hotentote. Por supuesto, no podemos permitirnos derribar estas estructuras si no es por una prima superior al 500 por ciento del precio del costo de nuestro solar y nuestros materiales. ¿No es así? Pregunto yo. Se lo pregunto a todos los hombres de negocios. Sería irracional el suponer que podemos. Y, a pesar de todo, hubo una descarada corporación que me pidió precisamente eso, precisamente eso. Por supuesto que no respondí a su absurda propuesta, pero me sentí en el deber de ir aquella noche y cubrir todo su palacio de

negro de humo. Por hacer esto, aquellos villanos insensatos me metieron en la cárcel, y los caballeros del sector de lo Ofensivo para la Vista se vieron obligados a darme de lado cuando salí libre.

El negocio del Asalto con Agresión a que me vi obligado a recurrir para ganarme la vida resultaba» en cierto modo, poco adecuado para mi delicada constitución, pero me dediqué a él con gran entusiasmo, y encontré en él, como en otras ocasiones, el premio a la metódica seriedad y a la precisión de mis hábitos, que había sido fijada a golpes en mi cabeza por aquella deliciosa ama. Sería, desde luego, el más vil de los humanos si no la recordara en mi testamento. Observando, como ya he dicho, el más estricto de los sistemas en todos mis asuntos, y llevando mis libros con gran precisión, fue como conseguí superar muchas dificultades, estableciéndome por fin muy decentemente en mi profesión. La verdad sea dicha, pocos individuos establecieron un negocio en cualquier rama mejor montado que el mío. Transcribiré aquí una o dos páginas de mi Agenda, y así me ahorraré la necesidad de la autoalabanza, que es una práctica despreciable, a la cual no se rebajará ningún hombre de altas miras. Ahora bien, la agenda es algo que no miente.

1 de enero. Año Nuevo. Me encontré con Snap en la calle; estaba piripi. Memo; él me servirá. Poco después me encontré a Gruff, más borracho que una cuba. Memo; también me servirá. Metí la ficha de estos dos caballeros en mi archivo, y abrí una cuenta corriente con cada uno de ellos.

2 de enero. Vi a Snap en la Bolsa; fui hasta él y le pisé un pie. Me dio un puñetazo y me derribó. ¡Espléndido! Volví a levantarme. Tuve alguna pequeña dificultad con Bag, mi abogado. Quiero que pida por daños y perjuicios un millón, pero él dice que por un incidente tan trivial no podemos pedir más de quinientos. Memo. Tengo que prescindir de Bag, no tiene ningún sistema.

3 de enero. Fui al teatro a buscar a Gruff. Le vi sentado en un palco lateral del tercer piso, entre una dama gruesa y otra delgada. Estuve observando al grupo con unos gemelos hasta que vi a la dama gruesa sonrojarse y susurrarle algo a G. Fui entonces hasta su palco y puse mi nariz al alcance de su mano. No me tiró de ella, no hubo nada que hacer. Me la limpié cuidadosamente y volví a intentarlo; nada. Entonces me senté y le hice guiaos a la dama delgada, y entonces tuve la gran satisfacción de sentir que él me levantaba por la piel del pescuezo, arrojándome al patio de butacas. Cuello dislocado y la pierna derecha magníficamente rota. Me fui a casa enormemente animado; bebí una botella de champaña, apunté una petición de cinco mil contra aquel joven. Bag dice que está bien.

15 de febrero. Llegamos a un compromiso en el caso del señor Snap. Cantidad ingresada —50 centavos— por verse.

16 de febrero. Derrotado por el villano de Gruff, que me hizo un regalo de cinco dólares. Costo del traje, cuatro dólares y 25 centavos. Ganancia neta —véanse libros—, 75 centavos”.

Como pueden ver, existe una clara ganancia en el transcurso de un breve período de tiempo de nada menos que un dólar y 25 centavos, y esto tan sólo en los casos de Snap y Gruff, y juro solemnemente al lector que estos extractos han sido tomados al azar de mi agenda.

No obstante, es un viejo proverbio, y perfectamente cierto, que el dinero no es nada en comparación con la buena salud. Las exigencias de la profesión me parecieron un tanto excesivas para mi delicado estado de salud, y una vez que finalmente descubrí que estaba totalmente deformado por los golpes, hasta el punto que no sabía muy bien qué hacer y que mis amigos eran incapaces de reconocerme como Peter Proffit cuando me cruzaba con ellos por la calle, se me ocurrió que lo mejor que podría hacer sería alterar la orientación de mis actividades. En consecuencia, dediqué mi atención a las Salpicaduras de Lodo, y estuve dedicado a ello durante algunos años.

Lo peor de esta ocupación es que hay demasiada gente que se siente atraída por ella, y en consecuencia, la competencia resulta excesiva. Todos aquellos individuos ignorantes que descubren que carecen de cerebro como para hacer carrera como hombre-anuncio, o como pisaverde de la rama de lo Ofensivo para la Vista, o como un hombre de Asalto con Agresión, piensan, por supuesto, que su futuro está en las Salpicaduras de Lodo. Pero jamás pudo haber una idea más equivocada que la de pensar que no hace falta cerebro para dedicarse a salpicar de lodo. Especialmente no hay en este negocio nada que hacer si se carece de método. Por lo que a mí respecta, mi negocio era tan sólo al por menor, pero mis antiguos hábitos sistemáticos me hicieron progresar viento en popa. En primer lugar elegí mi cruce de calles con gran cuidado, y jamás utilicé un cepillo en ninguna otra parte de la ciudad que no fuera aquélla. También puse gran atención en tener un buen charco a mano, de tal forma que pudiera llegar a él en cuestión de un momento. Debido a esto, llegué a ser conocido como una persona de fiar; y esto, permítanme que se lo diga, es tener la mitad de la batalla ganada en este oficio. Jamás nadie que me echara una moneda atravesó mi cruce con una mancha en sus pantalones. Y ya que mis costumbres en este sentido eran bien conocidas, jamás tuve que enfrentarme a ninguna imposición. Caso de que esto hubiera ocurrido, me hubiera negado a tolerarlo. Jamás he intentado imponerme a nadie, y en consecuencia, no tolero que nadie haga el indio conmigo. Por supuesto, los fraudes de los bancos eran algo que yo no podía evitar. Su suspensión me dejó en una situación prácticamente ruinosa. Estos, no obstante, no son individuos, sino corporaciones, y como todo el mundo sabe, las corporaciones no tienen ni cuerpo que patear ni alma que maldecir.

Estaba yo ganando dinero con este negocio cuando en un mal momento me vi inducido a fusionarme con los Viles Difamadores, una profesión en cierto modo análoga, pero ni mucho menos igual de respetable. Mi puesto era sin duda excelente, ya que estaba localizado en un lugar céntrico y tenía unos magníficos cepillos y betún. Mi perrillo, además, estaba bastante gordo y puesto al día en todas las técnicas del olisqueo.

Llevaba en el oficio mucho tiempo, y me atrevería a decir que lo comprendía. Nuestra rutina consistía en lo siguiente: Pompey, una vez que se había rebozado bien en el barro, se sentaba a la puerta de la tienda hasta que veía acercarse a un dandy de brillantes botas. Inmediatamente salía a recibirle y se frotaba un par de veces contra sus Wellingtons. Inmediatamente, el dandy se ponía a Jurar profusamente y a mirar a su alrededor en busca de un limpiabotas. Y allí estaba yo, bien a la vista, con mi betún y mis cepillos. Al cabo de un minuto de trabajo recibía mis seis peniques. Esto funcionó moderadamente bien durante un cierto tiempo. De hecho, yo no era avaricioso, pero mi perro lo era. Yo le daba un tercio de los beneficios, pero él decidió insistir en que quería la mitad. Esto fui incapaz de tolerarlo, de modo que nos peleamos y nos sepáramos.

Después me dediqué algún tiempo a probar suerte con el Organillo, y puedo decir que se me dio bastante bien. Es un oficio simple y directo, y no requiere ninguna habilidad particular. Se puede conseguir un organillo a cambio de una simple canción, y para ponerlo al día no hay más que abrir la maquinaria y darle dos o tres golpes secos con un martillo. Esto produce una mejora en el aparato, de cara al negocio, como no se pueden ustedes imaginar. Una vez hecho esto, no hay más que pasear con el organillo al hombro hasta ver madera fina en la calle y un llamador envuelto en ante. Entonces uno se detiene y se pone a dar vueltas a la manivela, procurando dar la impresión de que está uno dispuesto a seguir haciéndolo hasta el día del juicio. Al cabo de un rato se abre una ventana desde donde arrojan seis peniques junto con la solicitud "cállese y siga su camino", etc., etc. Yo soy consciente de que algunos organilleros se han permitido el lujo de "seguir su camino" a cambio de esta suma, pero por lo que a mí respecta, yo consideraba que la inversión inicial de capital necesaria había sido excesiva como para permitirme el "seguir mi camino" por menos de un chelín.

Con esta ocupación gané bastante, pero por algún motivo no me sentía del todo satisfecho, así que finalmente la abandoné. La verdad es que trabajaba con la desventaja de carecer de un mono, y además las calles americanas están tan embarradas y la muchedumbre democrática es muy molesta y está repleta de niños traviesos.

Estuve entonces sin trabajo durante algunos meses, pero finalmente conseguí, gracias al gran interés que puse en ello, procurarme un puesto en el negocio del Correo Fingido. El trabajo aquí es sencillo y no del todo improductivo. Por ejemplo: muy de madrugada yo tema que hacer mi paquete de falsas cartas. En el interior de cada una de éstas tema que garrapatear unas cuantas líneas acerca de cualquier tema que me pareciera lo suficientemente misterioso, y firmar todas estas epístolas como Tom Dobson, o Bobby Tompkins, o algo por el estilo. Una vez dobladas y cerradas todas, y selladas con un falso matasellos de Nueva Orleáns, Bengala, Botany Bay o cualquier otro lugar muy alejado, recorría mí ruta diaria como si tuviera mucha prisa. Siempre me presentaba en las casas grandes para entregar las cartas y solicitar el pago del sello. Nadie duda en pagar por una carta, especialmente por una doble; la gente es muy tonta y no me costaba nada doblar la esquina antes de que tuvieran tiempo de abrir las

epístolas. Lo peor de esta profesión era que tenía que andar tanto y tan deprisa, y que tenía que variar mi ruta tan frecuentemente. Además, tenía escrúpulos de conciencia. No puedo aguantar el ver abusar de individuos inocentes, y el entusiasmo con el que toda la ciudad se dedicó a maldecir a Tom Dobson y a Bobby Tompkins era realmente alga horrible de oír. Me lavé las manos de aquel asunto con gran repugnancia.

Mi octava y última especulación ha sido en el terreno de la Cría de Gatos. He encontrado este negocio extraordinariamente agradable y lucrativo, y prácticamente carente de problemas. Como todo el mundo sabe, el país está infectado de gatos; tanto es así, que recientemente se presentó ante el legislativo, en su última y memorable sesión, una petición para que el problema se resolviera, repleta de numerosas y respetables firmas. La asamblea en aquellos tiempos estaba desusadamente bien informada, y habiendo aceptado otros muchos sabios y sanos proyectos, coronó su actuación con el Acta de los Gatos. En su forma original, esta ley ofrecía una prima por la presentación de "*cabezas*" de gato (cuatro peniques la pieza), pero el Senado consiguió enmendar la cláusula principal sustituyendo la palabra "*cabezas*" por "*colas*". Esta enmienda era tan evidentemente adecuada que la totalidad de la Cámara la aceptó *me, con.*

En cuanto el gobernador hubo firmado la ley, invertí la totalidad de mi dinero en la compra de Gatos y Gatas. Al principio sólo podía permitirme el alimentarles con ratones (que resultan baratos), pero aun así cumplieron con la Ordenanza Bíblica a un ritmo tan maravilloso que finalmente consideré que la mejor línea de actuación sería la de la generosidad, de modo que regalé sus paladares con ostras y tortuga. Sus colas, según el precio establecido, me producen ahora unos buenos ingresos, ya que he descubierto un método por medio del cual, gracias al aceite de Macassar, puedo conseguir tres cosechas al año. También me encanta observar que los animales se acostumbran rápidamente a la cosa y acaban prefiriendo el tener el tal apéndice cortado que no tenerlo. Me considero, por lo tanto, realizado y estoy intentando conseguir una residencia en el Hudson.

El hombre de la multitud

The man of the crowd, 1840

Alguien ha dicho de cierto libro alemán: Es loesst sich nicht lesen (no se deja leer). Hay secretos que no quieren ser dichos. Hay hombres que mueren de noche en la cama, retorciendo las manos ante los espectros que les toman confesión y les miran lamentablemente a los ojos; hay hombres que mueren con la desesperación en el corazón y convulsiones en la garganta a causa del horror de los misterios que no quieren ser revelados. A veces, ¡ay!, la conciencia humana soporta un fardo de horror tan pesado que sólo puede descargarse en la tumba. Y, por eso, la esencia del crimen queda sin explicar. Hace poco, al final de una tarde otoñal, estaba sentado ante la gran ventana del café D en Londres. Durante algunos meses, había estado enfermo; pero, entonces, convalecía y, como las fuerzas me aumentaban, me encontraba en una de aquellas felices disposiciones que son precisamente lo contrario del aburrimiento; disposiciones en que la apetencia moral está maravillosamente afilada, cuando se ha arrancado la membrana que recubre la visión espiritual; cuando el espíritu electrizado sobrepasa tan prodigiosamente su potencia cotidiana que la razón ardiente y simple de Leibnitz, vence a la loca y blanda retórica de Georgias. Respirar era un placer, y sentía un goce positivo hasta en cosas más plausibles de pena. Todas las cosas me inspiraban un interés reposado, pero lleno de curiosidad. Un cigarro en la boca, un diario en las manos, me había divertido, la mayor parte de la tarde, ora en leer los anuncios, ora en observar la mezcolanza de gente del salón, ora en mirar a la calle a través de los cristales velados por el humo. Aquella calle es una de las principales vías de la ciudad y había estado llena de gente todo el día. Pero a la caída de la noche, la multitud se acrecentó minuto a minuto; y, cuando todas las farolas estuvieron encendidas, dos corrientes de público se deslizaban, densas y continuas, ante la puerta. Nunca me había sentido en una situación parecida a la que me encontraba en aquel momento particular de la tarde, y el tumultuoso océano de cabezas humanas me llenaba de una deliciosa evasión totalmente nueva. A la larga, no presté atención a las cosas que acontecían en el hotel, y me absorbí en la contemplación de la escena del exterior.

Mis observaciones tomaron al principio un giro abstracto y generalizador. Veía a los transeúntes por masas, y mi pensamiento no los consideraba sino en sus relaciones colectivas. Pronto, no obstante, descendí a los detalles y examiné con un interés minucioso las innumerables variedades de tipos, de trajes, de aires, de andares, de rostros y de expresiones fisonómicas.

La mayoría de quienes pasaban tenían un talante convencional y propio a los negocios, y no parecían ocupados sino en abrirse paso a través de la muchedumbre.

Fruncían las cejas y movían los ojos vivamente; cuando se sentían empujados por algunos transeúntes vecinos, no mostraban ningún síntoma de impaciencia, pero se arreglaban la ropa y se apresuraban; otros, una clase también numerosa, tenían movimientos inquietos, con la sangre en el rostro, se hablaban a sí mismos y gesticulaban, como si se sintiesen solos por el hecho mismo de la multitud innumerable que les rodeaba. Cuando se veían detenidos en su marcha, esa gente cesaba, de golpe, de refunfuñar, pero redoblaban sus gesticulaciones, y esperaban. con una sonrisa distraída y exagerada, el paso de las personas, que les hacían de obstáculo. Si eran empujados, saludaban copiosamente a los compujadores, y parecían como abatidos por la confusión.

En esas dos clases de hombres, más allá de lo que acabo de anotar, no había nada característico. Sus vestidos pertenecían a aquel orden que queda perfectamente definido por el término: decentes. Eran, indudablemente, caballeros, comerciantes, fiscales, procuradores, agiotistas —los apátridas y lo más ordinario y vulgar de la sociedad—. hombres de ocio y hombres activamente implicados en asuntos personales que conducían bajo su propia responsabilidad. No excitaron en mí una gran atención.

La clase de los empleados saltaba a la vista y en ella distinguía dos divisiones notables. Había los pequeños empleados de las casas burguesas jóvenes caballeros ajustados en sus vestidos, con las botas relucientes, los cabellos engominados y el labio insolente. Poniendo de lado cierto no sé qué de despejado en las maneras; que podría definirse como hortera, el género de esos individuos me pareció una copia exacta de lo que había sido la perfección del buen tono de un año o año y medio antes. Usaban las gracias dejadas en saldo por las clases distinguidas; y eso, creo, implica la mejor definición de aquella clase.

Por lo que se refiere a la clase de los primeros empleados de las casas sólidas, o de los hombres de confianza, era imposible confundirse. Se les reconocía por sus levitas y pantalones negros o pardos, de un corte cómodo, en sus corbatas y en sus chalecos blancos; en sus anchos zapatos de sólida apariencia, con medias espesas o polainas. Tenían, todos, la cabeza ligeramente calva, y la oreja derecha, acostumbrada desde mucho tiempo a sostener la pluma, había contraído un tic singular de apartamiento.

Veía que se quitaban o se volvían a poner siempre el sombrero con ambas manos, y que llevaban relojes con cortas cadenas de oro, de un modelo grande y antiguo. Su afectación era la respetabilidad —si acaso puede existir una afectación tan honorable.

Había una gran cantidad de esos individuos de apariencia brillante que reconocí fácilmente como pertenecientes a la raza de los fulleros del hampa que infesta a todas las grandes ciudades. Estudié muy curiosamente esa especie de gente distinguida, y encontré difícil el comprender cómo podían ser tomados por caballeros por los caballeros mismos. La exageración de sus puños de camisa, con cierto aire de excesiva franqueza, tenía que hacerles traición al primer golpe de vista.

Los tahúres de profesión —y de ellos descubrí un gran número— eran aún reconocibles más fácilmente. Llevaban toda clase de trajes, desde el del perfecto chulo,

jugador de cubiletes, con chaleco de terciopelo, corbata de fantasía, cadenas de cobre dorado y botones de filigrana, hasta el traje ascético, tan escrupulosamente simple que nada era menos indicado para despertar las sospechas. Todos, no obstante, se distinguían por su tez recocida y cetrina, por no sé qué oscurecimiento vaporoso de la mirada, por la compresión y palidez de los labios. Había, además, otros dos rasgos que hacían que les adivinara siempre: un tono bajo y reservado en la conversación, y una disposición más que ordinaria del pulgar a extenderse hasta formar ángulo recto con los demás dedos. Muy a menudo, en compañía de esos bribones, he observado a algunos hombres que diferían un poco por sus costumbres; no obstante, siempre eran pájaros del mismo plumaje. Se les puede definir: caballeros que viven de su industria. Se dividen para devorar al público en dos batallones: el género elegante y el género militar. En la primera clase, los caracteres principales son cabellos largos y sonrisas; en la segunda, largas levitas y fruncimiento de cejas.

Descendiendo en la escala de lo que se llama distinción, encontré temas de meditación más negros y más profundos. Vi a buhoneros judíos con ojos relucientes de halcón en fisionomías cuyo resto no era sino abyecta humildad; a atrevidos mendigos de profesión atropellando a pobres de mejor título a quienes sólo la desesperación había arrojado en las sombras de la noche para implorar la caridad; a inválidos débiles parecidos a espectros encima de los que la muerte había colocado una mano segura y que renqueaban y vacilaban a través de la multitud mirando a todo el mundo en la cara con ojos llenos de ruegos, como pidiendo algún consuelo fortuito, alguna esperanza perdida; a modestas jóvenes que volvían de un trabajo prolongado en un local sombrío y retrocedían más desconsoladas que indignadas ante las miradas furtivas de los insolentes cuyo contacto directo no podían evitar; a prostitutas de toda clase y de toda edad; la de incontestable belleza en las primicias de su femineidad, que hacía pensar en la estatua de Luciano cuya su perficie era de mármol de Paros, y el interior lleno de basuras; la leprosa en harapos, asquerosa y absolutamente descarnecida; la vieja bruja, arrugada, pintada, cargada de joyas, haciendo un último esfuerzo para parecer joven; la niña de formas aún no maduras, pero ya adaptada por una cierta experiencia a las espantosas coqueterías de su comercio, y ardiendo en la devoradora ambición de ser situada al nivel de sus primogénitas en el vicio; a borrachos innumerables e indescriptibles, éstos desarrapados vacilantes, desarticulados con la cara magullada y la mirada fría; aquéllos con sus vestidos enteros pero sucios, una gallardía ligeramente vacilante, gruesos labios sensuales, rostros rubicundos y sinceros; otros, vestidos con paños que en pasados tiempos fueron buenos y que aún ahora eran cepillados escrupulosamente; a hombres que andaban con paso más firme y más elástico de lo natural, pero cuyas fisionomías eran terriblemente pálidas, los ojos atrozmente azorados y rojos, y que, yendo a grandes zancadas a través de la multitud, echaban la uña a todo cuanto se ponía al alcance de sus manos; y, luego, a pasteleros, bedeles, botones, deshollinadores; a organilleros, adiestradores de monos, vendedores de canciones, los

que las vendían con los que las cantaban; a artesanos harapientos y a obreros de toda clase agotados por su trabajo. Y todos poseídos de una actividad ruidosa y desordenada, que afligía al oído con sus discordancias y producía en los ojos una sensación dolorosa.

En la medida que la noche se hacía más profunda, el interés de la escena se profundizaba también para mí; porque no solamente el carácter general de la multitud se alteraba (sus rasgos más notables se borraban con la retirada gradual de la parte más modosa de la población y los más groseros resaltaban más vigorosamente a medida que la hora, más avanzada, sacaba de sus cubiles a todas las especies de infamias), sino que, además, los rayos de luz de los faroles de gas, débiles cuando luchaban con el día moribundo, habían vencido y arrojaban sobre todas las cosas una claridad resplandeciente y agitada. Todo era negro pero brillante, como aquel ébano con el que se ha comparado el estilo de Tertuliano.

Los raros efectos de la luz me obligaron a examinar las caras de los individuos; y, aunque la rapidez con que aquel mundo de luz desfilaba ante la ventana me impedía el echar más de una ojeada a cada rostro, me parecía, de todos modos, que, gracias a mi singular disposición moral, podría con frecuencia leer en el breve instante de una mirada la historia de largos años.

Con la cara pegada al vidrio, estaba así ocupado examinando a la multitud, cuando súbitamente apareció una fisonomía (la de un viejo decrepito de sesenta y cinco a setenta años), una fisonomía que de golpe llamó y absorbió mi atención toda por la absoluta idiosincrasia de su expresión. Hasta entonces, no había visto nada que se le pareciera ni en un grado lejano. Recuerdo bien que mi primer pensamiento, al verle, fue que Retzch, si lo hubiese contemplado, lo habría preferido mucho más que las figuras en las cuales probó de encarnar al demonio. Como yo trataba, en mi primera mirada, de hacer algún análisis del sentimiento general que me producía, sentí que se elevaban confusa y paradójicamente en mi espíritu las ideas de vasta inteligencia, de circunspección, de tacañería, de codicia, de sangre fría, de maldad, de sed sanguinaria, de triunfo, de alegría, de excesivo terror, de intensa y suprema desesperación. Me sentí singularmente alertado, absorto, fascinado. ¡Qué extraña historia, me dije, está escrita en ese pecho...! Me vino en tonces un deseo ardiente de no perder de vista al hombre, de saber cosas de él.

Me puse el abrigo, cogí mi sombrero y mi bastón, me lancé a la calle y me dirigí a través de la multitud en la dirección que le había visto tomar; porque ya había desaparecido.

Con cierta dificultad llegué, por fin, a descubrirle, me aproximé a él y le seguí muy de cerca, pero con grandes precauciones, cuidando de no llamar su atención.

Pude entonces estudiar cómodamente su persona. Era de pequeña talla, muy delgado y muy débil en apariencia. Su ropa se veía sucia y estaba rota; pero, como pasara de vez en cuando bajo el fuego brillante de un farol, me apercibí de que su ropa blanca, aunque sucia, era de buena calidad; y, si mis ojos no me engañaron, a través de

un desgarro de su abrigo, con toda evidencia comprado de lance, en el que iba cuidadosamente arropado, entreví el brillo de un diamante y de un puñal. Esas observaciones sobreexcitaron mi curiosidad y me decidí a seguir al desconocido hasta donde quiera que fuese.

Había caído la noche y una niebla, húmeda y densa, se abatía sobre la ciudad. La niebla pronto se convirtió en lluvia pesada y seguida. Ese cambio de tiempo produjo un efecto extraño en la multitud que se agitó toda en un nuevo movimiento y se escurrió bajo un toldo de paraguas. La ondulación, el codeo, el rumor se multiplicaron. Por mi parte, no me inquieté demasiado por la lluvia, tenía aún en la sangre, y al acecho, una antigua fiebre, para la cual la humedad era terriblemente peligrosa. Até un pañuelo alrededor de mi boca y aguanté firme. Durante media hora, el anciano se abrió paso con dificultad a través de la gran avenida y yo anduve casi sobre sus talones por el temor a perderle de vista. Como no volvía nunca la cabeza para mirar tras sí, no llegó a verme. Pronto entró en una calle transversal que, aunque llena de gente, no estaba tan concurrida como la principal que acababa de dejar. Aquí se produjo un cambio evidente en su marcha. Anduvo más lentamente, con menos decisión que antes, con mayor vacilación. Atravesó y volvió a atravesar la calle con frecuencia, sin objeto aparente; y la multitud era tan densa que, a cada nuevo movimiento, me veía obligado a seguirle más de cerca. Era una calle estrecha y larga, y el paseo que dio por ella duró cerca de una hora, durante la cual, la multitud de transeúntes se redujo poco a poco a la cantidad de gente que se ve ordinariamente en Broadway, cerca del parque, hacia el mediodía, tan grande es la diferencia entre una multitud de Londres y la de la ciudad americana más poblada. Un segundo zigzag nos llevó a una plaza brillantemente iluminada y desbordante de vida. La primera manera del desconocido volvió a manifestarse. Su mentón cayó sobre su pecho y sus ojos se agitaron extrañamente, bajo sus cejas fruncidas, en todos sentidos y hacia todos los que le rodeaban. Apresuró el paso, regularmente, sin interrupción. Me di cuenta, con sorpresa, cuando hubo dado la vuelta a la plaza, de que volvía sobre sus pasos. Quedé aún más sorprendido cuando le vi volver a empezar el mismo paseo varias veces; una vez, en que dio una vuelta con un movimiento brusco, estuve a punto de que me descubriera.

En esto empleó otra hora, al fin de la cual fuimos menos molestados por los transeúntes que al principio. La lluvia caía a cántaros, el aire se enfriaba, y la gente volvía a su casa. Con un gesto de impaciencia, el hombre errante entró en una calle oscura, comparativamente desierta. A lo largo de esta calle, algo así como un cuarto de milla, corrió con una agilidad que no hubiera nunca sospechado en un ser tan viejo; una agilidad tal que tuve mucho trabajo para seguirle. En pocos minutos, salimos a un vasto y tumultuoso bazar. El desconocido parecía estar perfectamente al corriente de los lugares, y tomó una vez más su marcha primitiva, abriendose paso aquí y allá, sin objeto, entre la multitud de compradores y vendedores.

Durante la hora y media que pasamos allí, necesité mucha prudencia para no perderle de vista sin llamar la atención. No se dio cuenta ni un solo instante de que le espiaba. Entró sucesivamente en todas las tiendas, no compró nada, no dijo ni una palabra, y lanzaba sobre todos los objetos una mirada fija, asombrada, vacía. Estaba yo totalmente sorprendido de su conducta; y tomé la firme resolución de no dejarle sin haber satisfecho de un modo u otro mi progresiva curiosidad acerca de él.

En un reloj de extraño sonido sonaron las once y todo el mundo se apresuró a salir del bazar. Un tendero, al cerrar un postigo, dio un codazo al viejo, y, en el mismo instante, vi un violento estremecimiento que recorría todo su cuerpo. Se precipitó a la calle, miró un momento con ansiedad a su alrededor y se fue con una increíble velocidad a través de varias callejuelas tortuosas y desiertas, hasta que llegamos, otra vez, a la gran calle de donde habíamos salido: la calle del hotel D.

Ésta ya no tenía el mismo aspecto. Seguía brillante por la luz del gas; pero la lluvia caía furiosamente y sólo se veían algunos transeúntes. El desconocido palideció. Dio algunos pasos con aire melancólico en la avenida tan concurrida antes; luego, con un profundo suspiro, se volvió en dirección al río, y hundiéndose a través de un laberinto de caminos desviados llegó, por fin, ante uno de los principales teatros. Estaban en el momento de cerrarlo, y el público se precipitaba por las puertas. Vi al viejo abrir la boca, como para respirar, y arrojarse entre la multitud; pero me pareció que la profunda angustia de su fisonomía se había, en cierto modo, calmado. Su cabeza recayó otra vez sobre su pecho; me pareció tal como le había visto la primera vez. Noté que se dirigía hacia el mismo lado que la mayoría del público; pero, en suma, me era imposible comprender lo más mínimo de su extraña obstinación.

El hombre, al caminar y ver que la gente se iba diseminando, tuvo un cierto malestar y sus primeras vacilaciones volvieron para hacer presa de él. Durante un rato, siguió de cerca a un grupo de diez o doce alborotadores; poco a poco, uno a uno, el número disminuyó y se redujo a tres individuos que permanecieron juntos en un callejón estrecho, oscuro y poco frecuentado. El desconocido hizo una pausa, y durante un momento pareció perderse en sus reflexiones; luego, con una agitación muy notable, tomó rápidamente por un camino que nos condujo al extremo de la ciudad, a regiones bien diferentes de las que hasta entonces habíamos recorrido. Era el barrio más insano de Londres, en el que cada cosa lleva el horrible sello de la más sórdida pobreza y del vicio más insano. A la luz accidental de un sombrío farol, se percibían casas de madera, altas, antiguas, carcomidas, ruinosas, y en tan numerosas y caprichosas direcciones que apenas se podía adivinar entre ellas la apariencia de un pasaje. Los adoquines estaban esparcidos por doquier, arrancados de sus alveolos por la hierba victoriosa. Una horrible suciedad se pudría en los arroyos obstruidos. Toda la atmósfera estaba saturada de desolación, entretanto, a medida que avanzábamos, los ruidos de la vida humana se avivaron claramente y por grados; y, por fin, vastas bandas de hombres, de los más infames de la población de Londres, se mostraron oscilando de un lado para otro. El

viejo sintió otra vez que sus espíritus palpitaban, como una vela que está cerca de la agonía.

De nuevo se adelantó con paso alargado. De golpe, dimos la vuelta a una esquina; una luz llameante resplandeció a nuestra vista, y nos encontramos ante uno de esos templos suburbanos de la disipación, uno de los palacios del demonio.

Casi apuntaba el día; pero una multitud de miserables borrachos se apretujaban aún dentro y fuera de la vetusta puerta. Casi con un grito de alegría el viejo se abrió paso hacia el centro, readquirió su fisonomía primitiva, y se puso a recorrer la baraúnda en todos sentidos, sin objeto aparente.

De todas maneras, no hacía mucho que se entregaba a aquel ejercicio, cuando un gran movimiento en las puertas dio pruebas de que el dueño iba a cerrar a causa de la hora. Lo que observé en la fisonomía del singular ser que espiaba tan obstinadamente fue algo más intenso que la desesperación. No obstante, no vaciló en su carrera, mas con una energía loca, volvió otra vez sobre sus pasos hacia el corazón del inmenso Londres. Corrió rápido y mucho rato, y siempre le seguí con pavorosa sorpresa, resuelto a no abandonar una búsqueda por la que sentía un interés que me absorbía completamente.

Salió el sol mientras nosotros seguíamos nuestra carrera, y cuando hubimos llegado de nuevo al lugar de cita comercial de la populosa urbe, la calle del hotel D ésta presentaba un aspecto de actividad y de movimiento humanos casi igual al que había visto la tarde precedente.

Y allí, otra vez, en medio de la confusión siempre acrecentada, persistí en mi persecución al desconocido. Pero, como de ordinario, él iba y venía, y en todo el día no salió del torbellino de aquella calle, y cuando las sombras de la segunda noche se acercaron, yo me sentí rendido de fatiga y pronto a morirme; deteniéndome erguido ante el hombre errante, le miré intrépidamente a la cara. No me prestó atención, mas reemprendió su solemne paseo, mientras que yo, renunciando a seguirle, me quedé absorto en su contemplación... Ese anciano —me dije a la larga— es el tipo y el genio del crimen perfecto. Se niega a estar solo. Es el hombre de las multitudes. Sería inútil seguirle; porque no sabría nada más de él ni de sus acciones. El mal corazón del mundo es un libro más repugnante que el Hortulus animae de Grünninger, y quizás una de las grandes misericordias de Dios es que Es loesst sich nicht lesen (no se deja leer).

Los crímenes de la rue Morgue

The murders in the rue Morgue, 1841

Las condiciones mentales que suelen considerarse como analíticas son, en sí mismas, poco susceptibles de análisis. Las consideramos tan sólo por sus efectos. De ellas sabemos, entre otras cosas, que son siempre, para el que las posee, cuando se poseen en grado extraordinario, una fuente de vivísimos goces. Del mismo modo que el hombre fuerte disfruta con su habilidad física, deleitándose en ciertos ejercicios que ponen sus músculos en acción, el analista goza con esa actividad intelectual que se ejerce en el hecho de *desentrañar*. Consigue satisfacción hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego su talento. Se desvive por los enigmas, acertijos y jeroglíficos, y en cada una de las soluciones muestra un sentido de *agudeza* que parece al vulgo una penetración sobrenatural. Los resultados, obtenidos por un solo espíritu y la esencia del método, adquieren realmente la apariencia total de una intuición.

Esta facultad de resolución está, posiblemente, muy fortalecida por los estudios matemáticos, y especialmente por esa importantísima rama de ellos que, impropriamente y sólo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido llamada *par excellence* análisis. Y, no obstante, calcular no es intrínsecamente analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, lleva a cabo lo uno sin esforzarse en lo otro. De esto se deduce que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre el carácter mental, no está lo suficientemente comprendido. Yo no voy ahora a escribir un tratado, sino que prologo únicamente un relato muy singular, con observaciones efectuadas a la ligera. Aprovecharé, por tanto, esta ocasión para asegurar que las facultades más importantes de la inteligencia reflexiva trabajan con mayor decisión y provecho en el sencillo juego de damas que en toda esa frivolidad primorosa del ajedrez. En este último, donde las piezas tienen distintos y *bizarres* movimientos, con diversos y variables valores, lo que tan sólo es complicado, se toma equivocadamente —error muy común— por profundo. La *atención*, aquí, es poderosamente puesta en juego. Si flaquea un solo instante, se comete un descuido, cuyos resultados implican pérdida o derrota. Como quiera que los movimientos posibles no son solamente variados, sino complicados, las posibilidades de estos descuidos se multiplican; de cada diez casos, nueve triunfa el jugador más capaz de concentración y no el más perspicaz. En el juego de damas, por el contrario, donde los movimientos son *únicos* y de muy poca variación, las posibilidades de descuido son menores, y como la atención queda relativamente distraída, las ventajas que consigue cada una de las partes se logran por una *perspicacia* superior. Para ser menos abstractos supongamos, por ejemplo, un juego de damas cuyas piezas se han reducido a cuatro reinas y donde no es posible el descuido. Evidentemente, en este caso la victoria —hallándose los jugadores

en igualdad de condiciones— puede decidirse en virtud de un movimiento *recherche* resultante de un determinado esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analista consigue penetrar en el espíritu de su contrario; por tanto, se identifica con él, y a menudo descubre de una ojeada el único medio —a veces, en realidad, absurdamente sencillo— que puede inducirle a error o llevarlo a un cálculo equivocado.

Desde hace largo tiempo se conoce el *whist* por su influencia sobre la facultad calculadora, y hombres de gran inteligencia han encontrado en él un goce aparentemente inexplicable, mientras abandonaban el ajedrez como una frivolidad. No hay duda de que no existe ningún juego semejante que haga trabajar tanto la facultad analítica. El mejor jugador de ajedrez del mundo sólo *puede* ser poco más que el mejor jugador de ajedrez; pero la habilidad en el *whist* implica ya capacidad para el triunfo en todas las demás importantes empresas en las que la inteligencia se enfrenta con la inteligencia. Cuando digo habilidad, me refiero a esa perfección en el juego que lleva consigo una comprensión de *todas* las fuentes de donde se deriva una legítima ventaja. Estas fuentes no sólo son diversas, sino también multiformes. Se hallan frecuentemente en lo más recóndito del pensamiento, y son por entero inaccesibles para las inteligencias ordinarias. Observar atentamente es recordar distintamente. Y desde este punto de vista, el jugador de ajedrez capaz de intensa concentración jugará muy bien al *whist*, puesto que las reglas de Hoyle, basadas en el puro mecanismo del juego, son suficientes y, por lo general, comprensibles. Por esto, el poseer una buena memoria y jugar de acuerdo con «el libro» son, por lo común, puntos considerados como la suma total del jugar excelentemente. Pero en los casos que se hallan fuera de los límites de la pura regla es donde se evidencia el talento del analista. En silencio, realiza una porción de observaciones y deducciones. Posiblemente, sus compañeros harán otro tanto, y la diferencia en la extensión de la información obtenida no se basará tanto en la validez de la deducción como en la calidad de la observación. Lo importante es saber *lo que debe* ser observado. Nuestro jugador no se reduce únicamente al juego, y aunque éste sea el objeto de su atención, habrá de prescindir de determinadas deducciones originadas al considerar objetos extraños al juego. Examina la fisonomía de su compañero, y la compara cuidadosamente con la de cada uno de sus contrarios. Se fija en el modo de distribuir las cartas a cada mano, con frecuencia calculando triunfo por triunfo y tanto por tanto observando las miradas de los jugadores a su juego. Se da cuenta de cada una de las variaciones de los rostros a medida que avanza el juego, recogiendo gran número de ideas por las diferencias que observa en las distintas expresiones de seguridad, sorpresa, triunfo o desagrado. En la manera de recoger una baza juzga si la misma persona podrá hacer la que sigue. Reconoce la carta jugada en el ademán con que se deja sobre la mesa. Una palabra casual o involuntaria; la forma accidental con que cae o se vuelve una carta, con la ansiedad o la indiferencia que acompañan la acción de evitar que sea vista; la cuenta de las bazas y el orden de su colocación; la perplejidad, la duda,

el entusiasmo o el temor, todo ello facilita a su aparentemente intuitiva percepción indicaciones del verdadero estado de cosas. Cuando se han dado las dos o tres primeras vueltas, conoce completamente los juegos de cada uno, y desde aquel momento echa sus cartas con tal absoluto dominio de propósitos como si el resto de los jugadores las tuvieran vueltas hacia él.

El poder analítico no debe confundirse con el simple ingenio, porque mientras el analista es necesariamente ingenioso, el hombre ingenioso está con frecuencia notablemente incapacitado para el análisis. La facultad constructiva o de combinación con que por lo general se manifiesta el ingenio, y a la que los frenólogos, equivocadamente, a mi parecer, asignan un órgano aparte, suponiendo que se trata de una facultad primordial, se ha visto tan a menudo en individuos cuya inteligencia bordeaba, por otra parte, la idiotez, que ha atraído la atención general de los escritores de temas morales. Entre el ingenio y la aptitud analítica hay una diferencia mucho mayor, en efecto, que entre la fantasía y la imaginación, aunque de un carácter rigurosamente análogo. En realidad, se observará fácilmente que el hombre ingenioso es siempre fantástico, mientras que el *verdadero* imaginativo nunca deja de ser analítico.

El relato que sigue a continuación podrá servir en cierto modo al lector para ilustrarle en una interpretación de las proposiciones que acabo de anticipar.

Encontrándome en París durante la primavera y parte del verano de 18..., conocí allí a Monsieur C. Auguste Dupin. Pertenecía este joven caballero a una excelente, o, mejor dicho, ilustre familia, pero por una serie de adversos sucesos se había quedado reducido a tal pobreza, que sucumbió la energía de su carácter y renunció a sus ambiciones mundanas, lo mismo que a procurar el restablecimiento de su fortuna. Con el beneplácito de sus acreedores, quedó todavía en posesión de un pequeño resto de su patrimonio, y con la renta que éste le producía encontró el medio, gracias a una economía rigurosa, de subvenir a las necesidades de su vida, sin preocuparse en absoluto por lo más superfluo. En realidad, su único lujo eran los libros, y en París éstos son fáciles de adquirir.

Nuestro conocimiento tuvo efecto en una oscura biblioteca de la *rue Montmartre*, donde nos puso en estrecha intimidad la coincidencia de buscar los dos un muy raro y al mismo tiempo notable volumen. Nos vimos con frecuencia. Yo me había interesado vivamente por la sencilla historia de su familia, que me contó detalladamente con toda la ingenuidad con que un francés se explaya en sus confidencias cuando habla de sí mismo. Por otra parte, me admiraba el número de sus lecturas, y, sobre todo, me llegaba al alma el vehemente afán y la viva frescura de su imaginación. La índole de las investigaciones que me ocupaban entonces en París me hicieron comprender que la amistad de un hombre semejante era para mí un inapreciable tesoro. Con esta idea, me confié francamente a él. Por último, convinimos en que viviríamos juntos todo el tiempo que durase mi permanencia en la ciudad, y como mis asuntos económicos se desenvolvían menos embarazosamente que los suyos, me fue permitido participar en los

gastos de alquiler, y amueblar, de acuerdo con el carácter algo fantástico y melancólico de nuestro común temperamento, una vieja y grotesca casa abandonada hacía ya mucho tiempo, en virtud de ciertas supersticiones que no quisimos averiguar. Lo cierto es que la casa se estremecía como si fuera a hundirse en un retirado y desolado rincón del *faubourg Saint-Germain*.

Si hubiera sido conocida por la gente la rutina de nuestra vida en aquel lugar, nos hubieran tomado por locos, aunque de especie inofensiva. Nuestra reclusión era completa. No recibíamos visita alguna. En realidad, el lugar de nuestro retiro era un secreto guardado cuidadosamente para mis antiguos camaradas, y ya hacía mucho tiempo que Dupin había cesado de frecuentar o hacerse visible en París. Vivíamos sólo para nosotros.

Una rareza del carácter de mi amigo —no sé cómo calificarla de otro modo— consistía en estar enamorado de la noche. Pero con esta *bizarrie*, como con todas las demás suyas, condescendía yo tranquilamente, y me entregaba a sus singulares caprichos con un perfecto *abandon*. No siempre podía estar con nosotros la negra divinidad, pero sí podíamos falsear su presencia. En cuanto la mañana alboreaba, cerrábamos inmediatamente los macizos postigos de nuestra vieja casa y encendíamos un par de bujías intensamente perfumadas y que sólo daban un lívido y débil resplandor, bajo el cual entregábamos nuestras almas a sus ensueños, leíamos, escribíamos o conversábamos, hasta que el reloj nos advertía la llegada de la verdadera oscuridad. Salíamos entonces cogidos del brazo a pasear por las calles, continuando la conversación del día y rondando por doquier hasta muy tarde, buscando a través de las estrañas luces y sombras de la populosa ciudad esas innumerables excitaciones mentales que no puede procurar la tranquila observación.

En circunstancias tales, yo no podía menos de notar y admirar en Dupin (aunque ya, por la rica imaginación de que estaba dotado, me sentía preparado a esperarlo) un talento particularmente analítico. Por otra parte, parecía deleitarse intensamente en ejercerlo (si no exactamente en desplegarlo), y no vacilaba en confesar el placer que ello le producía. Se vanagloriaba ante mí burlonamente de que muchos hombres, para él, llevaban ventanas en el pecho, y acostumbraba a apoyar tales afirmaciones usando de pruebas muy sorprendentes y directas de su íntimo conocimiento de mí. En tales momentos, sus maneras eran glaciales y abstraídas. Se quedaban sus ojos sin expresión, mientras su voz, por lo general ricamente atenorada, se elevaba hasta un timbre atiplado, que hubiera parecido petulante de no ser por la ponderada y completa claridad de su pronunciación. A menudo, viéndolo en tales disposiciones de ánimo, meditaba yo acerca de la antigua filosofía del Alma Doble, y me divertía la idea de un doble Dupin: el creador y el analítico.

Por cuanto acabo de decir, no hay que creer que estoy contando algún misterio o escribiendo una novela. Mis observaciones a propósito de este francés no son más que el

resultado de una inteligencia hiperestesiada o tal vez enferma. Un ejemplo dará mejor idea de la naturaleza de sus observaciones durante la época a que aludo.

Íbamos una noche paseando por una calle larga y sucia, cercana al Palais Royal. Al parecer, cada uno de nosotros se había sumido en sus propios pensamientos, y por lo menos durante quince minutos ninguno pronunció una sola sílaba. De pronto, Dupin rompió el silencio con estas palabras:

—En realidad, ese muchacho es demasiado pequeño y estaría mejor en el *Théâtre des Variétés*.

—No cabe duda —repliqué, sin fijarme en lo que decía y sin observar en aquel momento, tan absorto había estado en mis reflexiones, el modo extraordinario con que mi interlocutor había hecho coincidir sus palabras con mis meditaciones.

Un momento después me repuse y experimenté un profundo asombro.

—Dupin —dije gravemente—, lo que ha sucedido excede mi comprensión. No vacilo en manifestar que estoy asombrado y que apenas puedo dar crédito a lo que he oído. ¿Cómo es posible que haya usted podido adivinar que estaba pensando en... ?

Diciendo esto, me interrumpí para asegurarme, ya sin ninguna dada, de que él sabía realmente en quién pensaba.

—¿En Chantilly? —preguntó—. ¿Por qué se ha interrumpido? Usted pensaba que su escasa estatura no era la apropiada para dedicarse a la tragedia.

Esto era precisamente lo que había constituido el tema de mis reflexiones. Chantilly era un ex zapatero remendón de la *rue Saint Denis* que, apasionado por el teatro, había representado el papel de Jeries en la tragedia de Crebillon de este título. Pero sus esfuerzos habían provocado la burla del público.

—Dígame usted, por Dios —exclamé—, por qué método, si es que hay alguno, ha penetrado usted en mi alma en este caso.

Realmente, estaba yo mucho más asombrado de lo que hubiese querido confesar.

—Ha sido el vendedor de frutas —contestó mi amigo— quien le ha llevado a usted a la conclusión de que el remendón de suelas no tiene la suficiente estatura para representar el papel de Jerjes *et id genus omne*.

—¿El vendedor de frutas? Me asombra usted. No conozco a ninguno.

—Sí; es ese hombre con quien ha tropezado usted al entrar en esta calle, hará unos quince minutos.

Recordé entonces que, en efecto, un vendedor de frutas, que llevaba sobre la cabeza una gran banasta de manzanas, estuvo a punto de hacerme caer, sin pretenderlo, cuando pasábamos de la calle C... a la calleja en que ahora nos encontrábamos. Pero yo no podía comprender la relación de este hecho con Chantilly.

No había por qué suponer *charlatanerie* alguna en Dupin.

—Se lo explicaré —me dijo—. Para que pueda usted darse cuenta de todo claramente, vamos a repasar primero en sentido inverso el curso de sus meditaciones desde este instante en que le estoy hablando hasta el de su *rencontre* con el vendedor de

frutas. En sentido inverso, los más importantes eslabones de la cadena se suceden de esta forma: Chantilly, Orión, doctor Nichols, Epicuro, estereotomía de los adoquines y el vendedor de frutas.

Existen pocas personas que no se hayan entretenido, en cualquier momento de su vida, en recorrer en sentido inverso las etapas por las cuales han sido conseguidas ciertas conclusiones de su inteligencia. Frecuentemente es una ocupación llena de interés, y el que la prueba por primera vez se asombra de la aparente distancia ilimitada y de la falta de ilación que parece median desde el punto de partida hasta la meta final. Júzguese, pues, cuál no sería mi asombro cuando escuché lo que el francés acababa de decir, y no pude menos de reconocer que había dicho la verdad. Continuó después de este modo:

—Si mal no recuerdo, en el momento en que íbamos a dejar la calle C... hablábamos de caballos. Éste era el último tema que discutimos. Al entrar en esta calle, un vendedor de frutas que llevaba una gran banasta sobre la cabeza, pasó velozmente ante nosotros y lo empujó a usted contra un montón de adoquines, en un lugar donde la calzada se encuentra en reparación. Usted puso el pie sobre una de las piedras sueltas, resbaló y se torció levemente el tobillo. Aparentó usted cierto fastidio o mal humor, murmuró unas palabras, se volvió para observar el montón de adoquines y continuó luego caminando en silencio. Yo no prestaba particular atención a lo que usted hacía, pero, desde hace mucho tiempo, la observación se ha convertido para mí en una especie de necesidad.

»Caminaba usted con los ojos fijos en el suelo, mirando, con malhumorada expresión, los baches y rodadas del empedrado, por lo que deduje que continuaba usted pensando todavía en las piedras. Procedió así hasta que llegamos a la callejuela llamada Lamartine, que, a modo de prueba, ha sido pavimentada con tarugos sobrepuertos y acoplados sólidamente. Al entrar en ella, su rostro se iluminó, y me di cuenta de que se movían sus labios. Por este movimiento no me fue posible dudar que pronunciaba usted la palabra «estereotomía», término que tan afectadamente se aplica a esta especie de pavimentación. Yo estaba seguro de que no podía usted pronunciar para sí la palabra «estereotomía» sin que esto le llevara a pensar en los átomos, y, por consiguiente, en las teorías de Epicuro. Y como quiera que no hace mucho rato discutíamos este tema, le hice notar a usted de qué modo tan singular, y sin que ello haya sido muy notado, las vagas conjeturas de ese noble griego han encontrado en la reciente cosmogonía nebulosa su confirmación. He comprendido por esto que no podía usted resistir a la tentación de levantar sus ojos a la gran *nobula* de Orión, y con toda seguridad he esperado que usted lo hiciera. En efecto, usted ha mirado a lo alto, y he adquirido entonces la certeza de haber seguido correctamente el hilo de sus pensamientos. Ahora bien, en la amarga *tirada* sobre Chantilly, publicada ayer en el *Musée*, el escritor satírico, haciendo mortificantes alusiones al cambio de nombre del zapatero al calzarse el coturno, citaba un verso latino del que hemos hablado nosotros con frecuencia. Me refiero a éste:

*Perdidit antiquum litera prima sonum*⁵⁹.

»Yo le había dicho a usted que este verso se relacionaba con la palabra Orión, que en un principio se escribía Urión. Además, por determinadas discusiones un tanto apasionadas que tuvimos acerca de mi interpretación, tuve la seguridad de que usted no la habría olvidado. Por tanto, era evidente que asociaría usted las dos ideas: Orión y Chantilly, y esto lo he comprendido por la forma de la sonrisa que he visto en sus labios. Ha pensado usted, pues, en aquella inmolación del pobre zapatero. Hasta ese momento, usted había caminado con el cuerpo encorvado, pero a partir de entonces se irguió usted, recobrando toda su estatura. Este movimiento me ha confirmado que pensaba usted en la diminuta figura de Chantilly, y ha sido entonces cuando he interrumpido sus meditaciones para observar que, por tratarse de un hombre de baja estatura, estaría mejor Chantilly en el *Théâtre des Variétés*.

Poco después de esta conversación hojeábamos una edición de la tarde de la *Gazette des Tribunaux* cuando llamaron nuestra atención los siguientes titulares:

«EXTRAORDINARIOS CRÍMENES

»Esta madrugada, alrededor de las tres, los habitantes del *quartier Saint-Roch* fueron despertados por una serie de espantosos gritos que parecían proceder del cuarto piso de una casa de la *rue Morgue*, ocupada, según se dice, por una tal Madame L'Espanaye y su hija Mademoiselle Camille L'Espanaye. Después de algún tiempo empleado en infructuosos esfuerzos para poder penetrar bienamente en la casa, se forzó la puerta de entrada con una palanca de hierro, y entraron ocho o diez vecinos acompañados de dos *gendarmes*. En ese momento cesaron los gritos; pero en cuanto aquellas personas llegaron apresuradamente al primer rellano de la escalera, se distinguieron dos o más voces ásperas que parecían disputar violentamente y proceder de la parte alta de la casa. Cuando la gente llegó al segundo rellano, cesaron también aquellos rumores y todo permaneció en absoluto silencio. Los vecinos recorrieron todas las habitaciones precipitadamente. Al llegar, por último, a una gran sala situada en la parte posterior del cuarto piso, cuya puerta hubo de ser forzada, por estar cerrada interiormente con llave, se ofreció a los circunstantes un espectáculo que sobrecogió su ánimo, no sólo de horror, sino de asombro.

»Se hallaba la habitación en violento desorden, rotos los muebles y diseminados en todas direcciones. No quedaba más lecho que la armadura de una cama, cuyas partes habían sido arrancadas y tiradas por el suelo. Sobre una silla se encontró una navaja barbera manchada de sangre.

⁵⁹ La antigua palabra perdió su primera letra.

Había en la chimenea dos o tres largos y abundantes mechones de pelo cano, empapados en sangre y que parecían haber sido arrancados de raíz. En el suelo se encontraron cuatro napoleones, un zarcillo adornado con un topacio, tres grandes cucharas de plata, tres cucharillas de *metal d'Alger* y dos sacos contenido, aproximadamente, cuatro mil francos en oro. En un rincón se hallaron los cajones de una cómoda abiertos, y, al parecer, saqueados, aunque quedaban en ellos algunas cosas. Se encontró también un cofrecillo de hierro bajo la *cama*, no bajo su armadura. Se hallaba abierto, y la cerradura contenía aún la llave. En el cofre no se encontraron más que unas cuantas cartas viejas y otros papeles sin importancia.

»No se encontró rastro alguno de Madame L'Espanaye; pero como quiera que se notase una anormal cantidad de hollín en el hogar, se efectuó un reconocimiento de la chimenea, y —horroriza decirlo— se extrajo de ella el cuerpo de su hija, que estaba colocado cabeza abajo y que había sido introducido por la estrecha abertura hasta una altura considerable. El cuerpo estaba todavía caliente. Al examinarlo se comprobaron en él numerosas escoriaciones ocasionadas sin duda por la violencia con que el cuerpo había sido metido allí y por el esfuerzo que hubo de emplearse para sacarlo. En su rostro se veían profundos araños, y en la garganta, cárdenas magulladuras y hondas huellas producidas por las uñas, como si la muerte se hubiera verificado por estrangulación.

»Después de un minucioso examen efectuado en todas las habitaciones, sin que se lograra ningún nuevo descubrimiento, los presentes se dirigieron a un pequeño patio pavimentado, situado en la parte posterior del edificio, donde hallaron el cadáver de la anciana señora, con el cuello cortado de tal modo, que la cabeza se desprendió del tronco al levantar el cuerpo. Tanto éste como la cabeza estaban tan horriblemente mutilados, que apenas conservaban apariencia humana.

»Que sepamos, no se ha obtenido hasta el momento el menor indicio que permita aclarar este horrible misterio.»

El diario del día siguiente daba algunos nuevos pormenores:

«LA TRAGEDIA DE LA RUE MORGUE

»Gran número de personas han sido interrogadas con respecto a tan extraordinario y horrible *affaire* (la palabra *affaire* no tiene todavía en Francia el poco significado que se le da entre nosotros), pero nada ha podido deducirse que arroje alguna luz sobre ello. Damos a continuación todas las declaraciones más importantes que se han obtenido:

»*Pauline Dubourg*, lavandera, declara haber conocido desde hace tres años a las víctimas y haber lavado para ellas durante todo este tiempo. Tanto la madre como la hija parecían vivir en buena armonía y profesarse mutuamente un gran cariño. Pagaban con puntualidad. Nada se sabe acerca de su género de vida y medios de existencia. Supone que Madame L'Espanaye decía la buenaventura para ganarse el sustento. Tenía fama de poseer algún dinero escondido. Nunca encontró a otras personas en la casa cuando la llamaban para recoger la ropa, ni cuando la devolvía. Estaba absolutamente segura de que las señoras no tenían servidumbre alguna. Salvo el cuarto piso, no parecía que hubiera muebles en ninguna parte de la casa.

»*Pierre Moreau*, estanquero, declara que es el habitual proveedor de tabaco y de rapé de Madame L'Espanaye desde hace cuatro años. Nació en su vecindad y ha vivido siempre allí. Hacía más de seis años que la muerta y su hija vivían en la casa donde fueron encontrados sus cadáveres. Anteriormente a su estadía, el piso había sido ocupado por un joyero, que alquilaba a su vez las habitaciones interiores a distintas personas. La casa era propiedad de Madame L'Espanaye. Descontenta por los abusos de su inquilino, se había trasladado al inmueble de su propiedad, negándose a alquilar ninguna parte de él. La buena señora chocheaba a causa de la edad. El testigo había visto a su hija unas cinco o seis veces durante los seis años. Las dos llevaban una vida muy retirada, y era fama que tenían dinero. Entre los vecinos había oído decir que Madame L'Espanaye decía la buenaventura, pero él no lo creía. Nunca había visto atravesar la puerta a nadie, excepto a la señora y a su hija, una o dos veces a un recadero y ocho o diez a un médico.

»En esta misma forma declararon varios vecinos, pero de ninguno de ellos se dice que frecuentaran la casa. Tampoco se sabe que la señora y su hija tuvieran parientes vivos. Raramente estaban abiertos los postigos de los balcones de la fachada principal. Los de la parte trasera estaban siempre cerrados, a excepción de las ventanas de la gran sala posterior del cuarto piso. La casa era una finca excelente y no muy vieja.

»*Isidoro Muset*, gendarme, declara haber sido llamado a la casa a las tres de la madrugada, y dice que halló ante la puerta principal a unas veinte o treinta personas que procuraban entrar en el edificio. Con una bayoneta, y no con una barra de hierro, pudo, por fin, forzar la puerta. No halló grandes dificultades en abrirla, porque era de dos hojas y carecía de cerrojo y pasador en su parte alta. Hasta que la puerta fue forzada, continuaron los gritos, pero luego cesaron repentinamente. Daban la sensación de ser alardos de una o varias personas víctimas de una gran

angustia. Eran fuertes y prolongados, y no gritos breves y rápidos. El testigo subió rápidamente los escalones. Al llegar al primer rellano, oyó dos voces que disputaban acremente. Una de éstas era áspera, y la otra, aguda, una voz muy extraña. De la primera pudo distinguir algunas palabras, y le pareció francés el que las había pronunciado. Pero, evidentemente, no era voz de mujer. Distinguió claramente las palabras "*sacre*" y "*diabolus*". La aguda voz pertenecía a un extranjero, pero el declarante no puede asegurar si se trataba de hombre o mujer. No pudo distinguir lo que decían, pero supone que hablaban español. El testigo descubrió el estado de la casa y de los cadáveres como fue descrito ayer por nosotros.

»*Henri Duval*, vecino, y de oficio platero, declara que él formaba parte del grupo que entró primeramente en la casa. En términos generales, corrobora la declaración de Muset. En cuanto se abrieron paso, forzando la puerta, la cerraron de nuevo, con objeto de contener a la muchedumbre que se había reunido a pesar de la hora. Este opina que la voz aguda sea la de un italiano, y está seguro de que no era la de un francés. No conoce el italiano. No pudo distinguir las palabras, pero, por la entonación del que hablaba, está convencido de que era un italiano. Conocía a Madame L'Espanaye y a su hija. Con las dos había conversado con frecuencia. Estaba seguro de que la voz no correspondía a ninguna de las dos mujeres.

»*Odenheimer, restaurateur*. Voluntariamente, el testigo se ofreció a declarar. Como no hablaba francés, fue interrogado haciéndose uso de un intérprete. Es natural de Ámsterdam. Pasaba por delante de la casa en el momento en que se oyeron los gritos. Se detuvo durante unos minutos, diez, probablemente. Eran fuertes y prolongados, y producían horror y angustia. Fue uno de los que entraron en la casa. Corrobora las declaraciones anteriores en todos sus detalles, excepto uno: está seguro de que la voz aguda era la de un hombre, la de un francés. No pudo distinguir claramente las palabras que había pronunciado. Estaban dichas en alta voz y rápidamente, con cierta desigualdad, pronunciadas, según suponía, con miedo y con ira al mismo tiempo. La voz era áspera. Realmente, no puede asegurarse que fuese una voz aguda. La voz grave dijo varias veces: "*Sacré*", "*diabolus*", y una sola "*Mon Dieu*".

»*Jules Mignaud*, banquero, de la casa "Mignaud et Fils", de la *rue Delorai*. Es el mayor de los Mignaud. Madame L'Espanaye tenía algunos intereses. Había abierto una cuenta corriente en su casa de banca en la primavera del año... (ocho años antes). Con frecuencia había ingresado pequeñas cantidades. No retiró ninguna hasta tres días antes de su

muerte. La retiró personalmente, y la suma ascendía a cuatro mil francos. La cantidad fue pagada en oro, y se encargó a un dependiente que la llevara a su casa.

»*Adolphe Le Bon*, dependiente de la "Banca Mignaud et Fils", declara que en el día de autos, al mediodía, acompañó a Madame L'Espanaye a su domicilio con los cuatro mil francos, distribuidos en dos pequeños talegos. Al abrirse la puerta, apareció Mademoiselle L'Espanaye. Ésta cogió uno de los saquitos, y la anciana señora el otro. Entonces, él saludó y se fue. En aquellos momentos no había nadie en la calle. Era una calle apartada, muy solitaria.

»*William Bird*, sastre, declara que fue uno de los que entraron en la casa. Es inglés. Ha vivido dos años en París. Fue uno de los primeros que subieron por la escalera. Oyó las voces que disputaban. La gruesa era de un francés. Pudo oír algunas palabras, pero ahora no puede recordarlas todas. Oyó claramente "*sacré*" y "*Mon Dieu*". Por un momento se produjo un rumor, como si varias personas peleasen. Ruido de riña y forcejeo. La voz aguda era muy fuerte, más que la grave. Está seguro de que no se trataba de la voz de ningún inglés, sino más bien la de un alemán. Podía haber sido la de una mujer. No entiende el alemán.

»Cuatro de los testigos mencionados arriba, nuevamente interrogados, declararon que la puerta de la habitación en que fue encontrado el cuerpo de Mademoiselle L'Espanaye se hallaba cerrada por dentro cuando el grupo llegó a ella. Todo se hallaba en un silencio absoluto. No se oían ni gemidos ni ruidos de ninguna especie. Al forzar la puerta, no se vio a nadie. Tanto las ventanas de la parte posterior como las de la fachada estaban cerradas y aseguradas fuertemente por dentro con sus cerrojos respectivos. Entre las dos salas se hallaba también una puerta de comunicación, que estaba cerrada, pero no con llave. La puerta que conducía de la habitación delantera al pasillo estaba cerrada por dentro con llave. Una pequeña estancia de la parte delantera del cuarto piso, a la entrada del pasillo, estaba abierta también, puesto que tenía la puerta entornada. En esta sala se hacinaban camas viejas, cofres y objetos de esta especie. No quedó una sola pulgada de la casa sin que hubiese sido registrada cuidadosamente. Se ordenó que tanto por arriba como por abajo se introdujeran deshollinadores por las chimeneas. La casa constaba de cuatro pisos, con buhardillas (*mansardas*). En el techo se hallaba, fuertemente asegurado, un escotillón, y parecía no haber sido abierto durante muchos años. Por lo que respecta al intervalo de tiempo transcurrido entre las voces que disputaban y el acto de forzar la puerta del piso, las afirmaciones de los testigos difieren bastante. Unos hablan de

tres minutos, y otros amplían este tiempo a cinco. Costó mucho forzar la puerta.

»*Alfonso García*, empresario de pompas fúnebres, declara que habita en la *rue Morgue*, y que es español. También formaba parte del grupo que entró en la casa. No subió la escalera, porque es muy nervioso y temía los efectos que pudiera producirle la emoción. Oyó las voces que disputaban. La grave era de un francés. No pudo distinguir lo que decían, y está seguro de que la voz aguda era de un inglés. No entiende este idioma, pero se basa en la entonación.

»*Alberto Montan*, confitero declara haber sido uno de los primeros en subir la escalera. Oyó las voces aludidas. La grave era de francés. Pudo distinguir varias palabras. Parecía como si este individuo reconviniera a otro. En cambio, no pudo comprender nada de la voz aguda. Hablaba rápidamente y de forma entrecortada. Supone que esta voz fuera la de un ruso. Corrobora también las declaraciones generales. Es italiano. No ha hablado nunca con ningún ruso.

»Interrogados de nuevo algunos testigos, certificaron que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso eran demasiado estrechas para que permitieran el paso de una persona. Cuando hablaron de "deshollinadores", se refirieron a las escobillas cilíndricas que con ese objeto usan los limpiachimeneas. Las escobillas fueron pasadas de arriba abajo por todos los tubos de la casa. En la parte posterior de ésta no hay paso alguno por donde alguien hubiese podido bajar mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de Mademoiselle L'Espanaye estaba tan fuertemente introducido en la chimenea, que no pudo ser extraído de allí sino con la ayuda de cinco hombres.

»*Paul Dumas*, médico, declara que fue llamado hacia el amanecer para examinar los cadáveres. Yacían entonces los dos sobre las correas de la armadura de la cama, en la habitación donde fue encontrada Mademoiselle L'Espanaye. El cuerpo de la joven estaba muy magullado y lleno de excoriaciones. Se explican suficientemente estas circunstancias por haber sido empujado hacia arriba en la chimenea. Sobre todo, la garganta presentaba grandes excoriaciones. Tenía también profundos araños bajo la barbilla, al lado de una serie de lívidas manchas que eran, evidentemente, impresiones de dedos. El rostro se hallaba horriblemente descolorido, y los ojos fuera de sus órbitas. La lengua había sido mordida y seccionada parcialmente. Sobre el estómago se descubrió una gran magulladura, producida, según se supone, por la presión de una rodilla. Según Monsieur Dumas, Mademoiselle L'Espanaye había sido estrangulada por alguna persona o personas desconocidas. El cuerpo de

su madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna derecha y del brazo estaban, poco o mucho, quebrantados. La *tibia* izquierda, igual que las costillas del mismo lado, estaban hechas astillas. Tenía todo el cuerpo con espantosas magulladuras y descolorido. Es imposible certificar cómo fueron producidas aquellas heridas. Tal vez un pesado garrote de madera, o una gran barra de hierro —alguna silla—, o una herramienta ancha, pesada y romana, podría haber producido resultados semejantes. Pero siempre que hubieran sido manejados por un hombre muy fuerte. Ninguna mujer podría haber causado aquellos golpes con clase alguna de arma. Cuando el testigo la vio, la cabeza de la muerta estaba totalmente separada del cuerpo y, además, destrozada. Evidentemente, la garganta había sido seccionada con un instrumento afiladísimo, probablemente una navaja barbera.

»*Alexandre Etienne*, cirujano, declara haber sido llamado al mismo tiempo que el doctor Dumas, para examinar los cuerpos. Corrobó la declaración y las opiniones de éste.

»No han podido obtenerse más pormenores importantes en otros interrogatorios. Un crimen tan extraño y tan complicado en todos sus aspectos no había sido cometido jamás en París, en el caso de que se trate realmente de un crimen. La Policía carece totalmente de rastro, circunstancia rarísima en asuntos de tal naturaleza. Puede asegurarse, pues, que no existe la menor pista.»

En la edición de la tarde, afirmaba el periódico que reinaba todavía gran excitación en el *quartier Saint-Roch*; que, de nuevo, se habían investigado cuidadosamente las circunstancias del crimen, pero que no se había obtenido ningún resultado. A última hora anunciaba una noticia que Adolphe Le Bon había sido detenido y encarcelado; pero ninguna de las circunstancias ya expuestas parecía acusarle.

Dupin demostró estar particularmente interesado en el desarrollo de aquel asunto; cuando menos, así lo deducía yo por su conducta, porque no hacía ningún comentario. Tan sólo después de haber sido encarcelado Le Bon me preguntó mi parecer sobre aquellos asesinatos.

Yo no pude expresarle sino mi conformidad con todo el público parisíense, considerando aquel crimen como un misterio insoluble. No acertaba a ver el modo en que pudiera darse con el asesino.

—Por interrogatorios tan superficiales no podemos juzgar nada con respecto al modo de encontrarlo —dijo Dupin—. La Policía de París, tan elogiada por su *perspicacia*, es astuta, pero nada más. No hay más método en sus diligencias que el que las circunstancias sugieren. Exhiben siempre las medidas tomadas, pero con frecuencia ocurre que son tan poco apropiadas a los fines propuestos que nos hacen pensar en

Monsieur Jourdain pidiendo su *robe de chambre*, pour mieux entendre la musique. A veces no dejan de ser sorprendentes los resultados obtenidos. Pero, en su mayor parte, se consiguen por mera insistencia y actividad. Cuando resultan ineficaces tales procedimientos, fallan todos sus planes. Vidocq, por ejemplo, era un excelente adivinador y un hombre perseverante; pero como su inteligencia carecía de educación, se equivocaba con frecuencia por la misma intensidad de sus investigaciones. Disminuía el poder de su visión por mirar el objeto tan de cerca. Era capaz de ver, probablemente, una o dos circunstancias con una poco corriente claridad; pero al hacerlo perdía necesariamente la visión total del asunto. Esto puede decirse que es el defecto de ser demasiado profundo. La verdad no está siempre en el fondo de un pozo. En realidad, yo pienso que, en cuanto a lo que más importa conocer, es invariablemente superficial. La profundidad se encuentra en los valles donde la buscamos, pero no en las cumbres de las montañas, que es donde la vemos. Las variedades y orígenes de esta especie de error tienen un magnífico ejemplo en la contemplación de los cuerpos celestes. Dirigir a una estrella una rápida ojeada, examinarla oblicuamente, volviendo hacia ella las partes exteriores de la *retina* (que son más sensibles a las débiles impresiones de la luz que las anteriores), es contemplar la estrella distintamente, obtener la más exacta apreciación de su brillo, brillo que se oscurece a medida que volvemos nuestra visión de *llego* hacia ella. En el último caso, caen en los ojos mayor número de rayos, pero en el primero se obtiene una receptibilidad más afinada. Con una extrema profundidad, embrollamos y debilitamos el pensamiento, y aun lo confundimos. Podemos, incluso, lograr que Venus se desvanezca del firmamento si le dirigimos una atención demasiado sostenida, demasiado concentrada o demasiado directa.

»Por lo que respecta a estos asesinatos, examinemos algunas investigaciones por nuestra cuenta, antes de formar de ellos una opinión. Una investigación como ésta nos procurará una buena diversión —a mí me pareció impropia esta última palabra, aplicada al presente caso, pero no dije nada—, y, por otra parte, Le Bon ha comenzado por prestarme un servicio y quiero demostrarle que no soy un ingrato. iremos al lugar del suceso y lo examinaremos con nuestros propios ojos. Conozco a G..., el prefecto de Policía, y no me será difícil conseguir el permiso necesario.

Nos fue concedida la autorización, y nos dirigimos inmediatamente a la *rue Morgue*. Es ésta una de esas miserables callejuelas que unen la *rue Richelieu* y la de *Saint-Roch*. Cuando llegamos a ella, eran ya las últimas horas de la tarde, porque este barrio se encuentra situado a gran distancia de aquél en que nosotros vivíamos. Pronto hallamos la casa; aún había frente a ella varias personas mirando con vana curiosidad las ventanas cerradas. Era una casa como tantas de París. Tenía una puerta principal, y en uno de sus lados había una casilla de cristales con un bastidor corredizo en la ventanilla, y parecía ser la *loge de concierge*⁶⁰. Antes de entrar nos dirigimos calle arriba, y, torciendo

⁶⁰ Portería.

de nuevo, pasamos a la fachada posterior del edificio. Dupin examinó durante todo este rato los alrededores, así como la casa, con una atención tan cuidadosa, que me era imposible comprender su finalidad.

Volvimos luego sobre nuestros pasos, y llegamos ante la fachada de la casa. Llamamos a la puerta, y después de mostrar nuestro permiso, los agentes de guardia nos permitieron la entrada. Subimos las escaleras, hasta llegar a la habitación donde había sido encontrado el cuerpo de Mademoiselle L'Espanaye y donde se hallaban aún los dos cadáveres. Como de costumbre, había sido respetado el desorden de la habitación. Nada vi de lo que se había publicado en la *Gazette des Tribunaux*. Dupin lo analizaba todo minuciosamente, sin exceptuar los cuerpos de las víctimas. Pasamos inmediatamente a otras habitaciones, y bajamos luego al patio. Un *gendarme* nos acompañó a todas partes, y la investigación nos ocupó hasta el anochecer, marchándonos entonces. De regreso a nuestra casa, mi compañero se detuvo unos minutos en las oficinas de un periódico.

He dicho ya que las rarezas de mi amigo eran muy diversas y que *je les menageais*: esta frase no tiene equivalente en inglés. Hasta el día siguiente, a mediodía, rehusó toda conversación sobre los asesinatos. Entonces me preguntó de pronto si yo había observado algo *particular* en el lugar del hecho.

En su manera de pronunciar la palabra «particular» había algo que me produjo un estremecimiento sin saber por qué.

—No, nada de *particular* —le dije—; por lo menos, nada más de lo que ya sabemos por el periódico.

—Mucho me temo —me replicó— que la *Gazette* no haya logrado penetrar en el insólito horror del asunto. Pero dejemos las necias opiniones de este papelucho. Yo creo que si este misterio se ha considerado como insoluble, por la misma razón debería de ser fácil de resolver, y me refiero al *outre* carácter de sus circunstancias. La Policía se ha confundido por la ausencia aparente de motivos que justifiquen, no el crimen, sino la atrocidad con que ha sido cometido. Asimismo, les confunde la aparente imposibilidad de conciliar las voces que disputaban con la circunstancia de no haber hallado arriba sino a Mademoiselle L'Espanaye, asesinada, y no encontrar la forma de que nadie saliera del piso sin ser visto por las personas que subían por las escaleras. El extraño desorden de la habitación; el cadáver metido con la cabeza hacia abajo en la chimenea; la mutilación espantosa del cuerpo de la anciana, todas estas consideraciones, con las ya descritas y otras no dignas de mención, han sido suficientes para paralizar sus facultades, haciendo que fracasara por completo la tan cacareada *perspicacia* de los agentes del Gobierno. Han caído en el grande aunque común error de confundir lo insólito con lo abstruso. Pero precisamente por estas desviaciones de lo normal es por donde ha de hallar la razón su camino en la investigación de la verdad, en el caso de que ese hallazgo sea posible. En investigaciones como la que estamos realizando ahora, no hemos de preguntarnos tanto «qué ha ocurrido» como «qué ha ocurrido que no había

ocurrido jamás hasta ahora». Realmente la sencillez con que yo he de llegar o he llegado ya a la solución de este misterio, se halla en razón directa con su aparente falta de solución en el criterio de la Policía.

Con mudo asombro, contemplé a mi amigo.

—Estoy esperando ahora —continuó diciéndome mirando a la puerta de nuestra habitación— a un individuo que aun cuando probablemente no ha cometido esta carnicería bien puede estar, en cierta medida, complicado en ella. Es probable que resulte inocente de la parte más desagradable de los crímenes cometidos. Creo no equivocarme en esta suposición, porque en ella se funda mi esperanza de descubrir el misterio. Espero a este individuo aquí en esta habitación y de un momento a otro. Ciento es que puede no venir, pero lo probable es que venga. Si viene, hay que detenerlo. Aquí hay unas pistolas, y los dos sabemos cómo usarlas cuando las circunstancias lo requieren.

Sin saber lo que hacía, ni lo que oía, tomé las pistolas, mientras Dupin continuaba hablando como si monologara. Se dirigían sus palabras a mí pero su voz no muy alta, tenía esa entonación empleada frecuentemente al hablar con una persona que se halla un poco distante. Sus pupilas inexpresivas miraban fijamente hacia la pared.

—La experiencia ha demostrado plenamente que las voces que disputaban —dijo—, oídas por quienes subían las escaleras, no eran las de las dos mujeres. Este hecho descarta el que la anciana hubiese matado primeramente a su hija y se hubiera suicidado después. Hablo de esto únicamente por respeto al método; porque, además, la fuerza de Madame L'Espanaye no hubiera conseguido nunca arrastrar el cuerpo de su hija por la chimenea arriba tal como fue hallado. Por otra parte, la naturaleza de las heridas excluye totalmente la idea del suicidio. Por tanto, el asesinato ha sido cometido por terceras personas, y las voces de éstas son las que se oyeron disputar. Permítame que le haga notar no todo lo que se ha declarado con respecto a estas voces, sino lo que hay de particular en las declaraciones. ¿No ha observado usted nada en ellas?

Yo le dije que había observado que mientras todos los testigos coincidían en que la voz grave era de un francés, había un gran desacuerdo por lo que respecta a la voz aguda, o áspera, como uno de ellos la había calificado.

—Esto es evidencia pura —dijo—, pero no lo particular de esa evidencia. Usted no ha observado nada característico, pero, no obstante *había* algo que observar. Como ha notado usted los testigos estuvieron de acuerdo en cuanto a la voz grave. En ello había unanimidad. Pero lo que respecta a la voz aguda consiste su particularidad, no en el desacuerdo, sino en que, cuando un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés intentan describirla cada uno de ellos opina que era la *de un extranjero*. Cada uno está seguro de que no es la de un compatriota, y cada uno la compara, no a la de un hombre de una nación cualquiera cuyo lenguaje conoce, sino todo lo contrario. Supone el francés que era la voz de un español y que «hubiese podido distinguir algunas palabras *de haber estado familiarizado con el español*». El holandés sostiene que fue la de un

francés, pero sabemos que, por «*no conocer este idioma, el testigo había sido interrogado por un intérprete*». Supone el inglés que la voz fue la de un alemán; pero añade que «*no entiende el alemán*». El español «está seguro» de que es la de un inglés, pero tan sólo «lo cree por la entonación, *ya que no tiene ningún conocimiento del idioma*». El italiano cree que es la voz de un ruso, pero «*jamás ha tenido conversación alguna con un ruso*». Otro francés difiere del primero, y está seguro de que la voz era de un italiano; pero *aunque no conoce este idioma*, está, como el español, «seguro de ello por su entonación». Ahora bien, ¡cuán extraña debía de ser aquella voz para que tales testimonios pudieran darse de ella, en cuyas inflexiones, ciudadanos de cinco grandes naciones europeas, no pueden reconocer nada que les sea familiar! Tal vez usted diga que puede muy bien haber sido la voz de un asiático o la de un africano; pero ni los asiáticos ni los africanos se ven frecuentemente por París. Pero, sin decir que esto sea posible, quiero ahora dirigir su atención sobre tres puntos. Uno de los testigos describe aquella voz como «más áspera que aguda»; otros dicen que es «rápida y desigual»; en este caso, no hubo palabras (ni sonidos que se parezcan a ella), que ningún testigo mencionara como inteligibles.

»Ignoro qué impresión —continuó Dupin— puedo haber causado en su entendimiento, pero no dudo en manifestar que las legítimas deducciones efectuadas con sólo esta parte de los testimonios conseguidos (la que se refiere a las voces graves y agudas), bastan por sí mismas para motivar una sospecha que bien puede dirigirnos en todo ulterior avance en la investigación de este misterio. He dicho «legítimas deducciones», pero así no queda del todo explicada mi intención. Quiero únicamente manifestar que esas deducciones son las *únicas* apropiadas, y que mi sospecha se origina *inevitablemente* en ellas como una conclusión única. No diré todavía cuál es esa sospecha. Tan sólo deseo hacerle comprender a usted que para mí tiene fuerza bastante para dar definida forma (determinada tendencia) a mis investigaciones en aquella habitación.

»Mentalmente, trasladémonos a ella. ¿Qué es lo primero que hemos de buscar allí? Los medios de evasión utilizados por los asesinos. No hay necesidad de decir que ninguno de los dos creemos en este momento en acontecimientos sobrenaturales. Madame y Mademoiselle L'Espanaye no han sido, evidentemente, asesinadas por espíritus. Quienes han cometido el crimen fueron seres materiales y escaparon por procedimientos materiales. ¿De qué modo? Afortunadamente, sólo hay una forma de razonar con respecto a este punto, y éste *habrá* de llevarnos a una solución precisa. Examinemos, pues, uno por uno, los posibles medios de evasión. Ciento es que los asesinos se encontraban en la alcoba donde fue hallada Mademoiselle L'Espanaye, o, cuando menos, en la contigua, cuando las personas subían las escaleras. Por tanto, sólo hay que investigar las salidas de estas dos habitaciones. La Policía ha dejado al descubierto los pavimentos, los techos y la mampostería de las paredes en todas partes. A su vigilancia no hubieran podido escapar determinadas salidas *secretas*. Pero yo no me fiaba de *sus* ojos y he querido examinarlo con los míos. En efecto, *no* había salida secreta. Las puertas de las habitaciones que daban al pasillo estaban cerradas perfectamente por

dentro. Veamos las chimeneas. Aunque de anchura normal hasta una altura de ocho o diez pies sobre los hogares, no puede, en toda su longitud, ni siquiera dar cabida a un gato corpulento. La imposibilidad de salida por los ya indicados medios es, por tanto, absoluta. Así, pues, no nos quedan más que las ventanas. Por la de la alcoba que da a la fachada principal no hubiera podido escapar nadie sin que la muchedumbre que había en la calle lo hubiese notado. Por tanto, los asesinos *han* de haber pasado por las de la habitación posterior. Llevados, pues, de estas deducciones y, de forma tan inequívoca, a esta conclusión, no podemos, según un minucioso razonamiento, rechazarla, teniendo en cuenta aparentes imposibilidades. Nos queda sólo por demostrar que esas aparentes «imposibilidades» en realidad no lo son.

»En la habitación hay dos ventanas. Una de ellas no se halla obstruida por los muebles, y está completamente visible. La parte inferior de la otra la oculta a la vista la cabecera de la pesada armazón del lecho, estrechamente pegada a ella. La primera de las dos ventanas está fuertemente cerrada y asegurada por dentro. Resistió a los más violentos esfuerzos de quienes intentaron levantarla. En la parte izquierda de su marco veíase un gran agujero practicado con una barrena, y un clavo muy grueso hundido en él hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana se encontró otro clavo semejante, clavado de la misma forma, y un vigoroso esfuerzo para separar el marco fracasó también. La Policía se convenció entonces de que por ese camino no se había efectuado la salida, y *por esta razón* consideró superfluo quitar aquellos clavos y abrir las ventanas.

»Mi examen fue más minucioso, por la razón que acabo ya de decir, ya que sabía era *preciso* probar que todas aquellas aparentes imposibilidades no lo eran realmente.

Continué razonando así *a posteriori*. Los asesinos han debido de escapar por una de estas ventanas. Suponiendo esto, no es fácil que pudieran haberlas sujetado por dentro, como se las ha encontrado, consideración que, por su evidencia, paralizó las investigaciones de la Policía en este aspecto. No obstante, las ventanas *estaban* cerradas y aseguradas. Era, pues, *preciso* que pudieran cerrarse por sí mismas. No había modo de escapar a esta conclusión. Fui directamente a la ventana no obstruida, y con cierta dificultad extraje el clavo y traté de levantar el marco. Como yo suponía, resistió a todos los esfuerzos. Había, pues, evidentemente, un resorte escondido, y este hecho, corroborado por mi idea, me convenció de que mis premisas, por muy misteriosas que apareciesen las circunstancias relativas a los clavos, eran correctas. Una minuciosa investigación me hizo descubrir pronto el oculto resorte. Lo oprimí y, satisfecho con mi descubrimiento, me abstuve de abrir la ventana.

»Volví entonces a colocar el clavo en su sitio, después de haberlo examinado atentamente. Una persona que hubiera pasado por aquella ventana podía haberla cerrado y haber funcionado solo el resorte. Pero el clavo no podía haber sido colocado. Esta conclusión está clarísima, y restringía mucho el campo de mis investigaciones. Los asesinos debían, por tanto, de haber escapado por la otra ventana. Suponiendo que los dos resortes fueran iguales, como era posible, debía, pues, de haber una diferencia entre

los clavos, o, por lo menos, en su colocación. Me subí sobre las correas de la armadura del lecho, y por encima de su cabecera examiné minuciosamente la segunda ventana. Pasando la mano por detrás de la madera, descubrí y apreté el resorte, que, como yo había supuesto, era idéntico al anterior. Entonces examiné el clavo. Era del mismo grueso que el otro, y aparentemente estaba clavado de la misma forma, hundido casi hasta la cabeza.

»Tal vez diga usted que me quedé perplejo; pero si piensa semejante cosa es que no ha comprendido bien la naturaleza de mis deducciones. Sirviéndome de un término deportivo, no me he encontrado ni una vez «en falta». El rastro no se ha perdido ni un solo instante. En ningún eslabón de la cadena ha habido un defecto. Hasta su última consecuencia he seguido el secreto. Y la consecuencia era *el clavo*. En todos sus aspectos, he dicho, aparentaba ser análogo al de la otra ventana; pero todo esto era nada (tan decisivo como parecía) comparado con la consideración de que en aquel punto terminaba mi pista. «Debe de haber algún defecto en este clavo», me dije. Lo toqué, y su cabeza, con casi un cuarto de su espiga, se me quedó en la mano. El resto quedó en el orificio donde se había roto. La rotura era antigua, como se deducía del óxido de sus bordes, y, al parecer, había sido producido por un martillazo que hundió una parte de la cabeza del clavo en la superficie del marco. Volví entonces a colocar cuidadosamente aquella parte en el lugar de donde la había separado, y su semejanza con un clavo intacto fue completa. La rotura era inapreciable. Apreté el resorte y levanté suavemente el marco unas pulgadas. Con él subió la cabeza del clavo, quedando fija en su agujero. Cerré la ventana, y fue otra vez perfecta la apariencia del clavo entero.

»Hasta aquí estaba resuelto el enigma. El asesino había huido por la ventana situada a la cabecera del lecho. Al bajar por sí misma, luego de haber escapado por ella, o tal vez al ser cerrada deliberadamente, se había quedado sujetada por el resorte, y la sujeción de éste había engañado a la Policía, confundiéndola con la del clavo, por lo cual se había considerado innecesario proseguir la investigación.

»El problema era ahora saber cómo había bajado el asesino. Sobre este punto me sentía satisfecho de mi paseo en torno al edificio. Aproximadamente a cinco pies y medio de la ventana en cuestión, pasa la cadena de un pararrayos. Por ésta hubiera sido imposible a cualquiera llegar hasta la ventana, y ya no digamos entrar. Sin embargo, al examinar los postigos del cuarto piso, vi que eran de una especie particular, que los carpinteros parisienes llaman *ferrades*, especie poco usada hoy, pero hallada frecuentemente en las casas antiguas de Lyon y Burdeos. Tienen la forma de una puerta normal (sencilla y no de dobles batientes), excepto que su mitad superior está enrejada o trabajada a modo de celosía, por lo que ofrece un asidero excelente para las manos. En el caso en cuestión, estos postigos tienen una anchura de tres pies y medio⁶¹, más o menos. Cuando los vimos desde la parte posterior de la casa, los dos estaban abiertos hasta la

⁶¹ 3,5 pies = 1 metro aprox.

mitad; es decir, formaban con la pared un ángulo recto. Es probable que la Policía haya examinado, como yo, la parte posterior del edificio; pero al mirar las *ferrades* en el sentido de su anchura (como deben de haberlo hecho), no se han dado cuenta de la dimensión en este sentido, o cuando menos no le han dado la necesaria importancia. En realidad, una vez se convencieron de que no podía efectuarse la huida por aquel lado, no lo examinaron sino superficialmente. Sin embargo, para mí era claro que el postigo que pertenecía a la ventana situada a la cabecera de la cama, si se abría totalmente, hasta que tocara la pared, llegaría hasta unos dos pies⁶² de la cadena del pararrayos. También estaba claro que con el esfuerzo de una energía y un valor insólitos podía muy bien haberse entrado por aquella ventana con ayuda de la cadena. Llegado a aquella distancia de dos pies y medio (supongamos ahora abierto el postigo), un ladrón hubiese podido encontrar en el enrejada un sólido asidero, para que luego, desde él, soltando la cadena y apoyando bien los pies contra la pared, pudiera lanzarse rápidamente, caer en la habitación y atraer hacia sí violentamente el postigo, de modo que se cerrase, y suponiendo, desde luego, que se hallara siempre la ventana abierta.

»Tenga usted en cuenta que me he referido a una energía insólita, necesaria para llevar a cabo con éxito una empresa tan arriesgada y difícil. Mi propósito es el de demostrarle, en primer lugar, que el hecho podía realizarse, y en segundo, y muy *principalmente*, llamar su atención sobre el carácter *extraordinario*, casi sobrenatural, de la agilidad necesaria para su ejecución.

»Me replicará usted, sin duda, valiéndose del lenguaje de la ley, que para «defender mi causa» debiera más bien prescindir de la energía requerida en ese caso antes que insistir en valorarla exactamente. Esto es realizable en la práctica forense, pero no en la razón. Mi objetivo final es la verdad tan sólo, y mi propósito inmediato conducir a usted a que compare esa *insólita* energía de que acabo de hablarle con la *peculiarísima voz* aguda (o áspera), y *desigual*, con respecto a cuya nacionalidad no se han hallado siquiera dos testigos que estuviesen de acuerdo, y en cuya pronunciación no ha sido posible descubrir una sola sílaba.

A estas palabras comenzó a formarse en mi espíritu una vaga idea de lo que pensaba Dupin. Me parecía llegar al límite de la comprensión, sin que todavía pudiera entender, lo mismo que esas personas que se encuentran algunas veces al borde de un recuerdo y no son capaces de llegar a conseguirlo. Mi amigo continuó su razonamiento.

—Habrá usted visto —dijo— que he retrotraído la cuestión del modo de salir al de entrar. Mi plan es demostrarle que ambas cosas se han efectuado de la misma manera y por el mismo sitio. Volvamos ahora al interior de la habitación. Estudiemos todos sus aspectos. Según se ha dicho, los cajones de la cómoda han sido saqueados, aunque han quedado en ellos algunas prendas de vestir. Esta conclusión es absurda. Es una simple conjectura, muy necia, por cierto, y nada más. ¿Cómo es posible saber que todos esos

⁶² 2 pies = 60 cm. (aprox.)

objetos encontrados en los cajones no eran todo lo que contenían? Madame L'Espanaye y su hija vivían una vida excesivamente retirada. No se trataban con nadie, salían rara vez y, por consiguiente, tenían pocas ocasiones para cambiar de vestido. Los objetos que se han encontrado eran de tan buena calidad, por lo menos, como cualquiera de los que posiblemente hubiesen poseído esas señoras. Si un ladrón hubiera cogido alguno, ¿por qué no los mejores, o por qué no todos? En fin, ¿hubiese abandonado cuatro mil francos en oro para cargar con un fardo de ropa blanca? El oro *fue* abandonado. Casi la totalidad de la suma mencionada por Monsieur Mignaud, el banquero, ha sido hallada en el suelo, en los saquitos. Insisto, por tanto, en querer descartar de su pensamiento la idea desatinada de un *motivo*, engendrada en el cerebro de la Policía por esa declaración que se refiere a dinero entregado a la puerta de la casa. Coincidencias diez veces más notables que ésta (entrega del dinero y asesinato, tres días más tarde, de la persona que lo recibe) se presentan constantemente en nuestra vida sin despertar siquiera nuestra atención momentánea. Por lo general las coincidencias son otros tantos motivos de error en el camino de esa clase de pensadores educados de tal modo que nada saben de la teoría de probabilidades, esa teoría a la cual las más memorables conquistas de la civilización humana deben lo más glorioso de su saber. En este caso, si el oro hubiera desaparecido, el hecho de haber sido entregado tres días antes hubiese podido parecer algo más que una coincidencia. Corroboraría la idea de un *motivo*. Pero, dadas las circunstancias reales del caso, si hemos de suponer que el oro ha sido el móvil del hecho, también debemos imaginar que quien lo ha cometido ha sido tan vacilante y tan idiota que ha abandonado al mismo tiempo el oro y el motivo.

»Fijados bien en nuestro pensamiento los puntos sobre los cuales he llamado su atención (la voz peculiar, la insólita agilidad y la sorprendente falta de motivo en un crimen de una atrocidad tan singular como éste), examinemos por sí misma esta carnicería. Nos encontramos con una mujer estrangulada con las manos y metida cabeza abajo en una chimenea. Normalmente, los criminales no emplean semejante procedimiento de asesinato. En el violento modo de introducir el cuerpo en la chimenea habrá usted de admitir que hay algo *excesivamente exagerado*, algo que está en desacuerdo con nuestras corrientes nociones respecto a los actos humanos, aun cuando supongamos que los autores de este crimen sean los seres más depravados. Por otra parte, piense usted cuán enorme debe de haber sido la fuerza que logró introducir tan violentamente el cuerpo *hacia arriba* en una abertura como aquélla, por cuanto los esfuerzos unidos de varias personas apenas si lograron *sacarlo* de ella.

»Fijemos ahora nuestra atención en otros indicios que ponen de manifiesto este vigor maravilloso. Había en el hogar unos espesos mechones de grises cabellos humanos. Habían sido arrancados de cuajo. Sabe usted la fuerza que es necesaria para arrancar de la cabeza, aun cuando no sean más que veinte o treinta cabellos a la vez. Usted habrá visto tan bien como yo aquellos mechones. Sus raíces (¡qué espantoso espectáculo!) tenían adheridos fragmentos de cuero cabelludo, segura prueba de la prodigiosa fuerza

que ha sido necesaria para arrancar tal vez un millar de cabellos a la vez. La garganta de la anciana no sólo estaba cortada, sino que tenía la cabeza completamente separada del cuerpo, y el instrumento para esta operación fue una sencilla navaja barbera. Le ruego que se fije también en la *brutal* ferocidad de tal acto. No es necesario hablar de las magulladuras que aparecieron en el cuerpo de Madame L'Espanaye. Monsieur Dumas y su honorable colega Monsieur Etienne han declarado que habían sido producidas por un instrumento romo. En ello, estos señores están en lo cierto. El instrumento ha sido, sin duda alguna, el pavimento del patio sobre el que la víctima ha caído desde la ventana situada encima del lecho. Por muy sencilla que parezca ahora esta idea, escapó a la Policía, por la misma razón que le impidió notar la anchura de los postigos, porque, dada la circunstancia de los clavos, su percepción estaba herméticamente cerrada a la idea de que las ventanas hubieran podido ser abiertas.

»Si ahora, como añadidura a todo esto, ha reflexionado usted bien acerca del extraño desorden de la habitación, hemos llegado ya al punto de combinar las ideas de agilidad maravillosa, fuerza sobrehumana, bestial ferocidad, carnicería sin motivo, una *grotesquerie* en lo horrible, extraña en absoluto a la humanidad, y una voz extranjera por su acento para los oídos de hombres de distintas naciones y desprovista de todo silabeo que pudieran advertirse distinta e inteligiblemente. ¿Qué se deduce de todo ello? ¿Cuál es la impresión que ha producido en su imaginación?

Al hacerme Dupin esta pregunta, sentí un escalofrío.

—Un loco ha cometido ese crimen —dijo—, algún lunático furioso que se habrá escapado de alguna *Maison de Santé* vecina.

—En algunos aspectos —me contestó— no es desacertada su idea. Pero hasta en sus más feroces paroxismos, las voces de los locos no se parecen nunca a esa voz peculiar oída desde la calle. Los locos pertenecen a una nación cualquiera, y su lenguaje, aunque incoherente, es siempre articulado. Por otra parte, el cabello de un loco no se parece al que yo tengo en la mano. De los dedos rígidamente crispados de Madame L'Espanaye he desenredado este pequeño mechón. ¿Qué puede usted deducir de esto?

—Dupin —exclamé, completamente desalentado—, ¡qué cabello más raro! No es un cabello *humano*.

—Yo no he dicho que lo fuera —me contestó—. Pero antes de decidir con respecto a este particular, le ruego que examine este pequeño diseño que he trazado en un trozo de papel. Es un facsímil que representa lo que una parte de los testigos han declarado como cárdenas magulladuras y profundos rasguños producidos por las uñas en el cuello de Mademoiselle L'Espanaye, y que los doctores Dumas y Etienne llaman una serie de manchas lívidas evidentemente producidas por la impresión de los dedos.

Comprenderá usted —continuó mi amigo, desdoblando el papel sobre la mesa y ante nuestros ojos— que este dibujo da idea de una presión firme y poderosa. Aquí no hay *deslizamiento visible*. Cada dedo ha conservado, quizás hasta la muerte de la víctima,

la terrible presa en la cual se ha moldeado. Pruebe usted ahora de colocar sus dedos, todos a un tiempo, en las respectivas impresiones, tal como las ve usted aquí.

Lo intenté en vano.

—Es posible —continuó— que no efectuemos esta experiencia de un modo decisivo. El papel está desplegado sobre una superficie plana, y la garganta humana es cilíndrica. Pero aquí tenemos un tronco cuya circunferencia es, poco más o menos, la de la garganta. Arrolle a su superficie este diseño y volvamos a efectuar la experiencia.

Lo hice así, pero la dificultad fue todavía más evidente que la primera vez.

—Esta —dije— no es la huella de una mano humana.

—Ahora, lea este pasaje de Cuvier —continuó Dupin.

Era una historia anatómica, minuciosa y general, del gran orangután salvaje de las islas de la India Oriental. Son harto conocidas de todo el mundo la gigantesca estatura, la fuerza y agilidad prodigiosas, la ferocidad salvaje y las facultades de imitación de estos mamíferos. Comprendí entonces, de pronto, todo el horror de aquellos asesinatos.

—La descripción de los dedos —dije, cuando hube terminado la lectura— está perfectamente de acuerdo con este dibujo. Creo que ningún animal, excepto el orangután de la especie que aquí se menciona, puede haber dejado huellas como las que ha dibujado usted. Este mechón de pelo ralo tiene el mismo carácter que el del animal descrito por Cuvier. Pero no me es posible comprender las circunstancias de este espantoso misterio. Hay que tener en cuenta, además, que se oyeron disputar dos voces, e, indiscutiblemente, una de ellas pertenecía a un francés.

—Ciento, y recordará usted una expresión atribuida casi unánimemente a esa voz por los testigos; la expresión «*Mon Dieu*». Y en tales circunstancias, uno de los testigos (Montani, el confitero) la identificó como expresión de protesta o reconvenCIÓN. Por tanto, yo he fundado en estas voces mis esperanzas de la completa solución de este misterio. Indudablemente, un francés conoce el asesinato. Es posible, y en realidad, más que posible, probable, que él sea inocente de toda participación en los hechos sangrientos que han ocurrido. Puede haberse escapado el orangután, y puede haber seguido su rastro hasta la habitación. Pero, dadas las agitadas circunstancias que se hubieran producido, pudo no haberle sido posible capturarle de nuevo. Todavía anda suelto el animal. No es mi propósito continuar estas conjeturas, y las califlico así porque no tengo derecho a llamarlas de otro modo, ya que los atisbos de reflexión en que se fundan apenas alcanzan la suficiente base para ser apreciables incluso para mi propia inteligencia, y, además, porque no puedo hacerlas inteligibles para la comprensión de otra persona. Llamémoslas, pues, conjeturas, y considerémoslas así. Si, como yo supongo, el francés a que me refiero es inocente de tal atrocidad, este anuncio que, a nuestro regreso, dejé en las oficinas de *Le Monde*, un periódico consagrado a intereses marítimos y muy buscado por los marineros, nos lo traerá a casa.

Me entregó el periódico, y leí:

CAPTURA

En el Bois de Boulogne se ha encontrado a primeras horas de la mañana del día... de los corrientes (la mañana del crimen), un enorme orangután de la especie de Borneo. Su propietario (que se sabe es un marino perteneciente a la tripulación de un navío maltés) podrá recuperar el animal, previa su identificación, pagando algunos pequeños gestos ocasionados por su captura y manutención. Dirigirse al número... de la rue... faubourg Saint-Germain... tercero.

—¿Cómo ha podido usted saber —le pregunté a Dupin— que el individuo de que se trata es marinero y está enrolado en un navío maltés?

—*Yo no lo conozco* —repuso Dupin—. No estoy seguro de que exista. Pero tengo aquí este pedacito de cinta que, a juzgar por su forma y su grasiendo aspecto, ha sido usada, evidentemente, para anudar los cabellos en forma de esas largas *guerres*⁶³ a que tan aficionados son los marineros. Por otra parte, este lazo saben anudarlo muy pocas personas, y es característico de los malteses. Recogí esta cinta al pie de la cadena del pararrayos. No puede pertenecer a ninguna de las dos víctimas. Todo lo más, si me he equivocado en mis deducciones con respecto a este lazo, es decir, pensando que ese francés sea un marinero enrolado en un navío maltés, no habré perjudicado a nadie diciendo lo que he dicho en el anuncio. Si me he equivocado, supondrá él que algunas circunstancias me engañaron, y no se tomará el trabajo de inquirirlas. Pero, si acierto, habremos dado un paso muy importante. Aunque inocente del crimen, el francés habrá de conocerlo, y vacilará entre si debe responder o no al anuncio y reclamar o no al orangután.

Sus razonamientos serán los siguientes: «Soy inocente; soy pobre; mi orangután vale mucho dinero, una verdadera fortuna para un hombre que se encuentra en mi situación. ¿Por qué he de perderlo por un vano temor al peligro? Lo tengo aquí, a mi alcance. Lo encontraron en el *Bois de Boulogne*, a mucha distancia del escenario de aquel crimen. ¿Quién sospecharía que un animal ha cometido semejante acción? La Policía está despistada. No ha obtenido el menor indicio. Dado el caso de que sospecharan del animal, será imposible demostrar que yo tengo conocimiento del crimen, ni mezclarme en él por el solo hecho de conocerlo. Además, *me conocen*. El anunciantre me señala como dueño del animal. No sé hasta qué punto llega este conocimiento. Si soslayo el reclamar una propiedad de tanto valor y que, además, se sabe que es mía, concluiré haciendo sospechoso al animal. No es prudente llamar la atención sobre mí ni sobre él. Contestaré, por tanto, a este anuncio, recobraré mi orangután y le encerraré hasta que se haya olvidado por completo este asunto.»

En este instante oímos pasos en la escalera.

⁶³ Coletas.

—Esté preparado —me dijo Dupin—. Coja sus pistolas, pero no haga uso de ellas, ni las enseñe, hasta que yo le haga una señal.

Habíamos dejado abierta la puerta principal de la casa. El visitante entró sin llamar y subió algunos peldaños de la escalera. Ahora, sin embargo, parecía vacilar. Le oímos descender. Dupin se precipitó hacia la puerta, pero en aquel instante le oímos subir de nuevo. Ahora ya no retrocedía por segunda vez, sino que subió con decisión y llamó a la puerta de nuestro piso.

—Adelante —dijo Dupin con voz satisfecha y alegre.

Entró un hombre. A no dudarlo, era un marinero; un hombre alto, fuerte, musculoso, con una expresión de arrogancia no del todo desagradable. Su rostro, muy atezado, estaba oculto en más de su mitad por las patillas y el *mustachio*. Estaba provisto de un grueso garrote de roble, y no parecía llevar otras armas. Saludó, inclinándose torpemente, pronunciando un «Buenas tardes» con acento francés, el cual, aunque, bastardeada levemente por el suizo, daba a conocer a las claras su origen parisense.

—Siéntese, amigo —dijo Dupin—. Supongo que viene a reclamar su orangután. Le aseguro que casi se lo envidio. Es un hermoso animal, y, sin duda alguna, de mucho precio. ¿Qué edad cree usted que tiene?

El marinero suspiró hondamente, como quien se libra de un peso intolerable, y contestó luego con voz firme:

—No puedo decírselo, pero no creo que tenga más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene usted aquí?

—¡Oh, no! Esta habitación no reúne condiciones para ello. Está en una cuadra de alquiler en la *rue Dubourg*, cerca de aquí. Mañana por la mañana, si usted quiere, podrá recuperarlo. Supongo que vendrá usted preparado para demostrar su propiedad.

—Sin duda alguna, señor.

—Mucho sentiré tener que separarme de él —dijo Dupin.

—No pretendo que se haya usted tomado tantas molestias para nada, señor —dijo el hombre—. Ni pensarlo. Estoy dispuesto a pagar una gratificación por el hallazgo del animal, mientras sea razonable.

—Bien —contestó mi amigo—. Todo esto es, sin duda, muy justo. Veamos. ¿Qué voy a pedirle? ¡Ah, ya sé! Se lo diré ahora. Mi gratificación será ésta: ha de decirme usted cuánto sepa con respecto a los asesinatos de la *rue Morgue*.

Estas últimas palabras las dijo Dupin en voz muy baja y con una gran tranquilidad. Con análoga tranquilidad se dirigió hacia la puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Luego sacó la pistola, y, sin mostrar agitación alguna, la dejó sobre la mesa.

La cara del marinero enrojeció como si se hallara en un arrebato de sofocación. Se levantó y empuñó su bastón. Pero inmediatamente se dejó caer sobre la silla, con un temblor convulsivo y con el rostro de un cadáver. No dijo una sola palabra, y le compadecí de todo corazón.

—Amigo mío —dijo Dupin bondadosamente—, le aseguro que se alarma usted sin motivo alguno. No es nuestro propósito causarle el menor daño. Le doy a usted mi palabra de honor de caballero y francés, que nuestra intención no es perjudicarle. Sé perfectamente que nada tiene usted que ver con las atrocidades de la *rue Morgue*. Sin embargo, no puedo negar que, en cierto modo, está usted complicado. Por cuanto le digo comprenderá usted perfectamente, que, con respecto a este punto, poseo excelentes medios de información, medios en los cuales no hubiera usted pensado jamás. El caso está ya claro para nosotros. Nada ha hecho usted que haya podido evitar. Naturalmente, nada que lo haga a usted culpable. Nadie puede acusarle de haber robado, pudiendo haberlo hecho con toda impunidad, y no tiene tampoco nada que ocultar. También carece de motivos para hacerlo. Además, por todos los principios del honor, está usted obligado a confesar cuanto sepa. Se ha encarcelado a un inocente a quien se acusa de un crimen cuyo autor solamente usted puede señalar.

Cuando Dupin hubo pronunciado estas palabras, ya el marinero había recobrado un poco su presencia de ánimo. Pero toda su arrogancia había desaparecido.

—¡Que Dios me ampare! —exclamó después de una breve pausa—. Le diré cuanto sepa sobre el asunto; pero estoy seguro de que no creerá usted ni la mitad siquiera. Estaría loco si lo creyera. Sin embargo, soy inocente, y aunque me cueste la vida le hablaré con franqueza.

En resumen, fue esto lo que nos contó:

Había hecho recientemente un viaje al archipiélago Indico. Él formaba parte de un grupo que desembarcó en Borneo, y pasó al interior para una excursión de placer. Entre él y un compañero suyo habían dado captura al orangután. Su compañero murió, y el animal quedó de su exclusiva pertenencia. Después de muchas molestias producidas por la ferocidad indomable del cautivo, durante el viaje de regreso consiguió por fin alojarlo en su misma casa, en París, donde, para no atraer sobre él la curiosidad insopportable de los vecinos, lo recluyó cuidadosamente, con objeto de que curase de una herida que se había producido en un pie con una astilla, a bordo de su buque. Su proyecto era venderlo.

Una noche, o, mejor dicho, una mañana, la del crimen, al volver de una francachela celebrada con algunos marineros, encontró al animal en su alcoba. Se había escapado del cuarto contiguo, donde él creía tenerlo seguramente encerrado. Se hallaba sentado ante un espejo, teniendo una navaja de afeitar en una mano. Estaba todo enjabonado, intentando afeitarse, operación en la que probablemente había observado a su amo a través del ojo de la cerradura. Aterrado, viendo tan peligrosa arma en manos de un animal tan feroz y sabiéndole muy capaz de hacer uso de ella, el hombre no supo qué hacer durante un segundo. Frecuentemente había conseguido dominar al animal en sus accesos más furiosos utilizando un látigo, y recurrió a él también en aquella ocasión. Pero al ver el látigo, el orangután saltó de repente fuera de la habitación, echó a correr escaleras abajo, y, viendo una ventana, desgraciadamente abierta, salió a la calle.

El francés, desesperado, corrió tras él. El mono, sin soltar la navaja, se paraba de vez en cuando, se volvía y le hacía muecas, hasta que el hombre llegaba cerca de él; entonces escapaba de nuevo. La persecución duró así un buen rato. Se hallaban las calles en completa tranquilidad, porque serían las tres de la madrugada. Al descender por un pasaje situado detrás de la *rue Morgue*, la atención del fugitivo fue atraída por una luz procedente de la ventana abierta de la habitación de Madame L'Espanaye, en el cuarto piso. Se precipitó hacia la casa, y al ver la cadena del pararrayos, trepó ágilmente por ella, se agarró al postigo, que estaba abierto de par en par hasta la pared, y, apoyándose en ésta, se lanzó sobre la cabecera de la cama. Apenas si toda esta gimnasia duró un minuto. El orangután, al entrar en la habitación, había rechazado contra la pared el postigo, que de nuevo quedó abierto.

El marinero estaba entonces contento y perplejo. Tenía grandes esperanzas de capturar ahora al animal, que podría escapar difícilmente de la trampa donde se había metido, de no ser que lo hiciera por la cadena, donde él podría salirle al paso cuando descendiese. Por otra parte, le inquietaba grandemente lo que pudiera ocurrir en el interior de la casa, y esta última reflexión le decidió a seguir al fugitivo. Para un marinero no es difícil trepar por una cadena de pararrayos. Pero una vez hubo llegado a la altura de la ventana, cerrada entonces, se vio en la imposibilidad de alcanzarla. Todo lo que pudo hacer fue dirigir una rápida ojeada al interior de la habitación. Lo que vio le sobrecogió de tal modo de terror que estuvo a punto de caer. Fue entonces cuando se oyeron los terribles gritos que despertaron, en el silencio de la noche, al vecindario de la *rue Morgue*. Madame L'Espanaye y su hija, vestidas con sus camisones, estaban, según parece, arreglando algunos papeles en el cofre de hierro ya mencionado, que había sido llevado al centro de la habitación. Estaba abierto, y esparcido su contenido por el suelo. Sin duda, las víctimas se hallaban de espaldas a la ventana, y, a juzgar por el tiempo que transcurrió entre la llegada del animal y los gritos, es probable que no se dieran cuenta inmediatamente de su presencia. El golpe del postigo debió de ser verosímilmente atribuido al viento.

Cuando el marinero miró al interior, el terrible animal había asido a Madame L'Espanaye por los cabellos, que, en aquel instante, tenía sueltos, por estarse peinando, y movía la navaja ante su rostro imitando los ademanes de un barbero. La hija yacía inmóvil en el suelo, desvanecida. Los gritos y los esfuerzos de la anciana (durante los cuales estuvo arrancando el cabello de su cabeza) tuvieron el efecto de cambiar los probables propósitos pacíficos del orangután en pura cólera. Con un decidido movimiento de su hercúleo brazo le separó casi la cabeza del tronco. A la vista de la sangre, su ira se convirtió en frenesí. Con los dientes apretados y despidiendo llamas por los ojos, se lanzó sobre el cuerpo de la hija y clavó sus terribles garras en su garganta, sin soltarla hasta que expiró. Sus extraviadas y feroces miradas se fijaron entonces en la cabecera del lecho, sobre la cual la cara de su amo, rígida por el horror, apenas si se distinguía en la oscuridad. La furia de la bestia, que recordaba todavía el

terrible látigo, se convirtió instantáneamente en miedo. Comprendiendo que lo que había hecho le hacía acreedor de un castigo, pareció deseoso de ocultar su sangrienta acción. Con la angustia de su agitación y nerviosismo, comenzó a dar saltos por la alcoba, derribando y destrozando los muebles con sus movimientos y levantando los colchones del lecho. Por fin, se apoderó del cuerpo de la joven y a empujones lo introdujo por la chimenea en la posición en que fue encontrado. Inmediatamente después se lanzó sobre el de la madre y lo precipitó de cabeza por la ventana.

Al ver que el mono se acercaba a la ventana con su mutilado fardo, el marinero retrocedió horrorizado hacia la cadena, y, más que agarrándose, dejándose deslizar por ella, se fue inmediata y precipitadamente a su casa, con el temor de las consecuencias de aquella horrible carnicería, y abandonando gustosamente, tal fue su espanto, toda preocupación por lo que pudiera sucederle al orangután. Así, pues, las voces oídas por la gente que subía las escaleras fueron sus exclamaciones de horror, mezcladas con los diabólicos parloteos del animal.

Poco me queda que añadir. Antes del amanecer, el orangután debió de huir de la alcoba, utilizando la cadena del pararrayos. Maquinalmente cerraría la ventana al pasar por ella. Tiempo más tarde fue capturado por su dueño, quien lo vendió por una fuerte suma para el *Jardín des plantes*. Después de haber contado cuánto sabíamos, añadiendo algunos comentarios por parte de Dupin, en el *bureau* del Prefecto de Policía, Le Bon fue puesto inmediatamente en libertad. El funcionario, por muy inclinado que estuviera en favor de mi amigo, no podía disimular de modo alguno su mal humor, viendo el giro que el asunto había tomado y se permitió una o dos frases sarcásticas con respecto a la corrección de las personas que se mezclaban en las funciones que a él le correspondían.

—Déjelo que diga lo que quiera —me dijo luego Dupin, que no creía oportuno contestar—. Déjelo que hable. Así aligerará su conciencia. Por lo que a mí respecta, estoy contento de haberle vencido en su propio terreno. No obstante, el no haber acertado la solución de este misterio no es tan extraño como él supone, porque, realmente, nuestro amigo el Prefecto es lo suficientemente agudo para pensar sobre ello con profundidad. Pero su ciencia carece de *base*. Todo él es cabeza, mas sin cuerpo, como las pinturas de la diosa Laverna, o, por mejor decir, todo cabeza y espalda, como el bacalao. Sin embargo, es una buena persona. Le aprecio particularmente por un rasgo magistral de hipocresía, al cual debe su reputación de hombre de talento. Me refiero a su modo *de nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas*⁶⁴.

⁶⁴ De negar lo que es y explicar lo que no es. *Rousseau nouvelle Héloïse*.

Un descenso al Maelström

A descent into the Maelström, 1841

Los caminos de Dios en la naturaleza y en la providencia no son como nuestros caminos; y nuestras obras no pueden compararse en modo alguno con la vastedad, la profundidad y la inescrutabilidad de Sus obras, que contienen en sí mismas una profundidad mayor que la del pozo de Demócrito.

JOSEPH GLANVILL

Habíamos alcanzado la cumbre del despeñadero más elevado. Durante algunos minutos, el anciano pareció demasiado fatigado para hablar.

—Hasta no hace mucho tiempo —dijo, por fin— podría haberlo guiado en este ascenso tan bien como el más joven de mis hijos. Pero, hace unos tres años, me ocurrió algo que jamás le ha ocurrido a otro mortal... o, por lo menos, a alguien que haya alcanzado a sobrevivir para contarla; y las seis horas de terror mortal que soporté me han destrozado el cuerpo y el alma. Usted ha de creerme muy viejo, pero no lo soy. Bastó algo menos de un día para que estos cabellos, negros como el azabache, se volvieran blancos; debilitáronse mis miembros, y tan frágiles quedaron mis nervios, que tiemblo al menor esfuerzo y me asusto de una sombra. ¿Creerá usted que apenas puedo mirar desde este pequeño acantilado sin sentir vértigo?

El «pequeño acantilado», a cuyo borde se había tendido a descansar con tanta negligencia que la parte más pesada de su cuerpo sobresalía del mismo, mientras se cuidaba de una caída apoyando el codo en la resbalosa arista del borde; el «pequeño acantilado», digo, alzábase formando un precipicio de negra roca reluciente, de mil quinientos o mil seiscientos pies, sobre la multitud de despeñaderos situados más abajo. Nada hubiera podido inducirme a tomar posición a menos de seis yardas de aquel borde. A decir verdad, tanto me impresionó la peligrosa postura de mi compañero que caí en tierra cuan largo era, me aferré a los arbustos que me rodeaban y no me atreví siquiera a mirar hacia el cielo, mientras luchaba por rechazar la idea de que la furia de los vientos amenazaba sacudir los cimientos de aquella montaña. Pasó largo rato antes de que pudiera reunir coraje suficiente para sentarme y mirar a la distancia.

—Debe usted curarse de esas fantasías —dijo el guía—, ya que lo he traído para que tenga desde aquí la mejor vista del lugar donde ocurrió el episodio que mencioné antes... y para contarle toda la historia con su escenario presente.

"Nos hallamos —agregó, con la manera minuciosa que distinguía—, nos hallamos muy cerca de la costa de Noruega, a los sesenta y ocho grados de latitud, en la gran provincia de Nordland, y en el distrito de Lodofen. La montaña cuya cima acabamos de escalar es Helseggen, la Nebulosa. Enderécese usted un poco... sujetándose a matas si se siente mareado... ¡Así! Mire ahora, más allá de la cintura de vapor que hay debajo de nosotros, hacia el mar."

Miré, lleno de vértigo, y descubrí una vasta extensión oceánica, cuyas aguas tenían un color tan parecido a la tinta que me recordaron la descripción que hace el geógrafo nubio del *Mare Tenebrarum*. Ninguna imaginación humana podría concebir panorama más lamentablemente desolado. A derecha e izquierda, y hasta donde podía alcanzar la mirada, se tendían, como murallas del mundo, cadenas de acantilados horriblemente negros y colgantes, cuyo lúgubre aspecto veíase reforzado por la resaca, que rompía contra ellos su blanca y lívida cresta, aullando y rugiendo eternamente. Opuesta al promontorio sobre cuya cima nos hallábamos, y a unas cinco o seis millas dentro del mar, advertíase una pequeña isla de aspecto desértico; quizá sea más adecuado decir que su posición se adivinaba gracias a las salvajes rompientes que la envolvían. Unas dos millas más cerca alzábbase otra isla más pequeña, horriblemente escarpada y estéril, rodeada en varias partes por amontonamientos de oscuras rocas.

En el espacio comprendido entre la mayor de las islas y la costa, el océano presentaba un aspecto completamente fuera de lo común. En aquel momento soplaba un viento tan fuerte en dirección a tierra, que un bergantín que navegaba mar afuera se mantenía a la capa con dos rizos, en la vela mayor, mientras la quilla se hundía a cada momento hasta perderse de vista; no obstante, el espacio a que he aludido no mostraba nada que semejara un oleaje embravecido, sino tan sólo un breve, rápido y furioso embate del agua en todas direcciones, tanto frente al viento como hacia otros lados. Tampoco se advertía espuma, salvo en la proximidad inmediata de las rocas.

—La isla más alejada —continuó el anciano— es la que los noruegos llaman Vurrgh. La que se halla a mitad de camino es Moskoe. A una milla al norte verá la de Ambaaren. Más allá se encuentran Islesen, Hotholm, Keildholm, Suarven y Buckholm. Aún más allá —entre Moskoe y Vurrgh— están Otterholm, Flimen, Sandflesen y Stockholm. Tales son los verdaderos nombres de estos sitios; pero... ¿qué necesidad había de darles nombres? No lo sé, y supongo que usted tampoco... ¿Oye alguna cosa? ¿Nota algún cambio en el agua?

Llevábamos ya unos diez minutos en lo alto del Helseggen, al cual habíamos ascendido viniendo desde el interior de Lofoden, de modo que no habíamos visto ni una sola vez el mar hasta que se presentó de golpe al arribar a la cima. Mientras el anciano me hablaba, percibí un sonido potente y que crecía por momentos, algo como el mugir de un enorme rebaño de búfalos en una pradera americana; y en el mismo momento reparé en que el estado del océano a nuestros pies, que correspondía a lo que los marinos llaman picado, se estaba transformando rápidamente en una corriente

orientada hacia el este. Mientras la seguía mirando, aquella corriente adquirió una velocidad monstruosa. A cada instante su rapidez y su desatada impetuosidad iban en aumento. Cinco minutos después, todo el mar hasta Vurrgh hervía de cólera incontrolable, pero donde esa rabia alcanzaba su ápice era entre Moskoe y la costa. Allí, la vasta superficie del agua se abría y trazaba en mil canales antagónicos, reventaba bruscamente en una convulsión frenética —encrespándose, hirviendo, silbando— y giraba en gigantescos e innumerables vórtices, y todo aquello se atorbellinaba y corría hacia el este con una rapidez que el agua no adquiere en ninguna otra parte, como no sea el caer en un precipicio.

En pocos minutos más, una nueva y radical alteración apareció en escena. La superficie del agua se fue nivelando un tanto y los remolinos desaparecieron uno tras otro, mientras prodigiosas fajas de espuma surgían allí donde antes no había nada. A la larga, y luego de dispersarse a una gran distancia, aquellas fajas se combinaron unas con otras y adquirieron el movimiento giratorio de los desparecidos remolinos, como si constituyeran el germen de otro más vasto. De pronto, instantáneamente, todo asumió una realidad clara y definida, formando un círculo cuyo diámetro pasaba de una milla. El borde del remolino estaba representado por una ancha faja de resplandeciente espuma; pero ni la menor partícula de ésta resbalaba al interior del espantoso embudo, cuyo tubo, hasta donde la mirada alcanzaba a medirlo, era una pulida, brillante y tenebrosa pared de agua, inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados con relación al horizonte, y que giraba y giraba vertiginosamente, con un movimiento oscilante y tumultuoso, produciendo un fragor horrible, entre rugido y clamoreo, que ni siquiera la enorme catarata del Niágara lanza al espacio en su tremenda caída.

La montaña temblaba desde sus cimientos y oscilaban las rocas. Me dejé caer boca abajo, aferrándome a los ralos matorrales en el paroxismo de mi agitación nerviosa. Por fin, pude decir a mi compañero:

—¡Esto no puede ser más que el enorme remolino del Maelström!

—Así suelen llamarlo —repuso el viejo—. Nosotros los noruegos le llamamos el Moskoe-Ström, a causa de la isla Moskoe.

Las descripciones ordinarias de aquel vórtice no me habían preparado en absoluto para lo que acababa de ver. La de Jonas Ramus, quizás la más detallada, no puede dar la menor noción de la magnificencia o el horror de aquella escena, ni tampoco la perturbadora sensación de novedad que confunde al espectador. No sé bien en qué punto de vista estuvo situado el escritor aludido, ni en qué momento; pero no pudo ser en la cima del Helseggen, ni durante una tormenta. He aquí algunos pasajes de su descripción que merecen, sin embargo, citarse por los detalles que contienen, aunque resulten sumamente débiles para comunicar una impresión de aquel espectáculo:

«Entre Lofoden y Moskoe —dice—, la profundidad del agua varía entre treinta y seis y cuarenta brazas; pero del otro lado, en dirección a Ver (Vurrgh), la profundidad disminuye al punto de no permitir el paso de un navío sin el riesgo de que encalle en las

rocas, cosa posible aun en plena bonanza. Durante la pleamar, las corrientes se mueven entre Lofoden y Moskoe con turbulenta rapidez, al punto de que el rugido de su impetuoso reflujo hacia el mar apenas podría ser igualado por el de las más sonoras y espantosas cataratas. El sonido se escucha a muchas leguas, y los vórtices o abismos son de tal tamaño y profundidad que si un navío es atraído por ellos se ve tragado irremisiblemente y arrastrado a la profundidad, donde se hace pedazos contra las rocas; cuando el agua se sosiega, los pedazos del buque asoman a la superficie. Pero los intervalos de tranquilidad se producen solamente en los momentos del cambio de la marea y con buen tiempo; apenas duran un cuarto de hora antes de que recomience gradualmente su violencia. Cuando la corriente es más turbulenta y una tempestad acrecienta su furia resulta peligroso acercarse a menos de una milla noruega. Botes, yates y navíos han sido tragados por no tomar esa precaución contra su fuerza atractiva. Ocurre asimismo con frecuencia qué las ballenas se aproximan demasiado a la corriente y son dominadas por su violencia; imposible resulta entonces describir sus clamores y mugidos mientras luchan inútilmente por escapar. Cierta vez, un oso que trataba de nadar de Lofoden a Moskoe fue atrapado por la corriente y arrastrado a la profundidad, mientras rugía tan terriblemente que se le escuchaba desde la costa. Grandes cantidades de troncos de abetos y pinos, absorbidos por la corriente, vuelven a la superficie rotos y retorcidos a un punto tal que no pasan de ser un montón de astillas. Esto muestra claramente que el fondo consiste en rocas aguzadas contra las cuales son arrastrados y frotados los troncos. Dicha corriente se regula por el flujo y reflujo marino, que se suceden constantemente cada seis horas. En el año 1645, en la mañana del domingo de sexagésima, la furia de la corriente fue tan espantosa que las piedras de las casas de la costa se desplomaban.»

Por lo que se refiere a la profundidad del agua, no me explico cómo pudo ser verificada en la vecindad inmediata del vórtice. Las «cuarenta brazas» tienen que referirse, indudablemente, a las porciones del canal linderas con la costa, sea de Moskoe o de Lofoden. La profundidad en el centro del Moskoe-Ström debe ser incommensurablemente grande, y la mejor prueba de ello la da la más ligera mirada que se proyecte al abismo del remolino desde la cima del Helseggen. Mientras encaramado en esta cumbre contemplaba el rugiente Flegetón allá abajo, no pude impedirme sonreír de la simplicidad con que el honrado Jonas Ramus consigna —como algo difícil de creer— las anécdotas sobre ballenas y osos, cuando rescata evidente que los más grandes buques actuales, sometidos a la influencia de aquella mortal atracción, serían el equivalente de una pluma frente al huracán y desaparecerían instantáneamente.

Las tentativas de explicar el fenómeno —que, en parte, según recuerda, me habían parecido suficientemente plausibles a la lectura— presentaban ahora un carácter muy distinto e insatisfactorio. La idea predominante consistía en que el vórtice, al igual que otros tres más pequeños situados entre las islas Ferroe, «no tiene otra causa que la colisión de las olas, que se alzan y rompen, en el flujo y reflujo, contra un arrecife de

rocas y bancos de arena, el cual encierra las aguas al punto que éstas se precipitan como una catarata; así, cuanto más alta sea la marea, más profunda será la caída, y el resultado es un remolino o vórtice, cuyo prodigioso poder de succión es suficientemente conocido por experimentos hechos en menor escala. Tales son los términos con que se expresa la *Encyclopedie Britannica*. Kircher y otros imaginan que en el centro del canal del Maelström hay un abismo que penetra en el globo terrestre y que vuelve a salir en alguna región remota (una de las hipótesis nombra concretamente el golfo de Botnia). Esta opinión, bastante gratuita en sí misma fue la que mi imaginación aceptó con mayor prontitud una vez que hube contemplado la escena. Pero al mencionarla a mi guía me sorprendió oírle decir que, si bien casi todos los noruegos compartían ese punto de vista, él no lo aceptaba. En cuanto a la hipótesis precedente, confesó su incapacidad para comprenderla, y yo le di la razón, pues, aunque sobre el papel pareciera concluyente, resultaba por completo ininteligible e incluso absurda frente al tronar de aquel abismo.

—Ya ha podido ver muy bien el remolino —dijo el anciano—, y si nos colocamos ahora detrás de esa roca al socaire, para que no nos moleste el ruido del agua, le contaré un relato que lo convencerá de que conozco alguna cosa sobre el Moskoe-ström.

Me ubiqué como lo deseaba y comenzó:

«—Mis dos hermanos y yo éramos dueños de un queche aparejado como una goleta, de unas setenta toneladas, con el cual pescábamos entre las islas situadas más allá de Moskoe y casi hasta Vurrgh. Aprovechando las oportunidades, siempre hay buena pesca en el mar durante las mareas bravas, si se tiene el coraje de enfrentarlas; de todos los habitantes de la costa de Lofoden, nosotros tres éramos los únicos que navegábamos regularmente en la región de las islas. Las zonas usuales de pesca se hallan mucho más al sur. Allí se puede pescar a cualquier hora, sin demasiado riesgo, y por eso son lugares preferidos. Pero los sitios escogidos que pueden encontrarse aquí, entre las rocas no sólo ofrecen la variedad más grande, sino una abundancia mucho mayor, de modo que con frecuencia pescábamos en un solo día lo que otros más tímidos conseguían apenas en una semana. La verdad es que hacíamos de esto un lance temerario, cambiando el exceso de trabajo por el riesgo de la vida, y sustituyendo capital por coraje.

«Fondeábamos el queche en una caleta, a unas cinco millas al norte de esta costa, y cuando el tiempo estaba bueno, acostumbrábamos aprovechar los quince minutos de tranquilidad de las aguas para atravesar el canal principal de Moskoe-Ström, mucho más arriba del remolino, y anclar luego en cualquier parte cerca de Otterham o Sandflesen, donde las mareas no son tan violentas. Nos quedábamos allí hasta que faltaba poco para un nuevo intervalo de calma, en que poníamos proa en dirección a nuestro puerto. Jamás iniciábamos una expedición de este género sin tener un buen viento de lado tanto para la ida como para el retorno —un viento del que estuvieramos seguros que no nos abandonaría a la vuelta—, y era raro que nuestros cálculos erraran. Dos veces, en seis años, nos vimos precisados a pasar la noche al ancla a causa de una calma chicha, lo cual es cosa muy rara en estos parajes; y una vez tuvimos que

quedarnos cerca de una semana donde estábamos, muriéndonos de inanición, por culpa de una borrasca que se desató poco después de nuestro arribo, y que embraveció el canal en tal forma que era imposible pensar en cruzarlo. En esta ocasión hubiéramos podido ser llevados mar afuera a pesar de nuestros esfuerzos (pues los remolinos nos hacían girar tan violentamente que, al final, largamos el ancla y la dejamos que arrastrara), si no hubiera sido que terminamos entrando en una de esas innumerables corrientes antagónicas que hoy están allí y mañana desaparecen, la cual nos arrastró hasta el refugio de Flimen, donde, por suerte, pudimos detenernos.

»No podría contarle ni la vigésima parte de las dificultades que encontrábamos en nuestro campo de pesca —que es mal sitio para navegar aun con buen tiempo—, pero siempre nos arreglamos para burlar el desafío del Moskoe-Ström sin accidentes, aunque muchas veces tuve el corazón en la boca cuando nos atrasábamos o nos adelantábamos en un minuto al momento de calma. En ocasiones, el viento no era tan fuerte como habíamos pensado al zarpar y el queche recorría una distancia menor de lo que deseábamos, sin que pudiéramos gobernarlo a causa de la correntada. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años y yo dos robustos mozarbes. Todos ellos nos hubieran sido de gran ayuda en esas ocasiones, ya fuera apoyando la marcha con los remos, o pescando; pero, aunque estábamos personalmente dispuestos a correr el riesgo, nonos sentíamos con ánimo de exponer a los jóvenes, pues verdaderamente había un peligro horrible, ésa es la pura verdad.

»Pronto se cumplirán tres años desde que ocurrió lo que voy a contarle. Era el 10 de julio de 18 ...día que las gentes de esta región no olvidarán jamás, porque en él se levantó uno de los huracanes más terribles que hayan caído jamás del cielo. Y, sin embargo, durante toda la mañana, y hasta bien entrada la tarde, había soplado una suave brisa del sudoeste, mientras brillaba el sol, y los más avezados marinos no hubieran podido preverlo que iba a pasar.

»Los tres —mis dos hermanos y yo— cruzamos hacia las islas a las dos de la tarde y no tardamos en llenar el queche con una excelente pesca que, como pudimos observar, era más abundante ese día que en ninguna ocasión anterior. A las siete —por mi reloj— levamos anclas y zarpamos, a fin de atravesar lo peor del Ström en el momento de la calma, que según sabíamos iba a producirse a las ocho.

»Partimos con una buena brisa de estribor y al principio navegamos velozmente y sin pensar en el peligro, pues no teníamos el menor motivo para sospechar que existiera. Pero, de pronto, sentimos que se nos oponía un viento procedente de Helseggen. Esto era muy insólito; jamás nos había ocurrido antes, y yo empecé a sentirme intranquilo, sin saber exactamente por qué. Enfilamos la barca contra el viento, pero los remansos no nos dejaban avanzar, e iba a proponer que volviéramos al punto donde habíamos estado anclados cuando, al mirar hacia popa vimos que todo el horizonte estaba cubierto por una extraña nube del color del cobre que se levantaba con la más asombrosa rapidez.

»Entretanto, la brisa que nos había impulsado acababa de amainar por completo y estábamos en una calma total, derivando hacia todos los rumbos. Pero esto no duró bastante como para darnos tiempo a reflexionar. En menos de un minuto nos cayó encima la tormenta, y en menos de dos el cielo quedó cubierto por completo; con esto, y con la espuma de las olas que nos envolvía, todo se puso tan oscuro que no podíamos vernos unos a otros en la cubierta.

»Sería una locura tratar de describir el huracán que siguió. Los más viejos marinos de Noruega jamás conocieron nada parecido. Habíamos soltado todo el trapo antes de que el viento nos alcanzara; pero, a su primer embate, los dos mástiles volaron por la borda como si los hubiesen aserrado..., y uno de los palos se llevó consigo a mi hermano mayor, que se había atado para mayor seguridad.

»Nuestra embarcación se convirtió en la más liviana pluma que jamás flotó en el agua. El queche tenía un puente totalmente cerrado, con sólo una pequeña escotilla cerca de proa, que acostumbrábamos cerrar y asegurar cuando íbamos a cruzar el Ström, por precaución contra el mar picado. De no haber sido por esta circunstancia, hubiéramos zozobrado instantáneamente, pues durante un momento quedamos sumergidos por completo. Cómo escapó a la muerte mi hermano mayor no puedo decirlo, pues jamás se me presentó la oportunidad de averiguarlo. Por mi parte, tan pronto hube soltado el trinquete, me tiré boca abajo en el puente, con los pies contra la estrecha borda de proa y las manos aferrando una armella próxima al pie del palo mayor. El instinto me indujo a obrar así, y fue, indudablemente, lo mejor que podía haber hecho; la verdad es que estaba demasiado aturdido para pensar.

»Durante algunos momentos, como he dicho, quedamos completamente inundadas, mientras yo contenía la respiración y me aferraba a la armella. Cuando no pude resistir más, me enderecé sobre las rodillas, sosteniéndome siempre con las manos, y pude así asomar la cabeza. Pronto nuestra pequeña embarcación dio una sacudida, como hace un perro al salir del agua, y con eso se libró en cierta medida de las olas que la tapaban. Por entonces estaba tratando yo de sobreponerme al aturdimiento que me dominaba, recobrar los sentidos para decidir lo que tenía que hacer, cuando sentí que alguien me aferraba del brazo. Era mi hermano mayor, y mi corazón saltó de júbilo, pues estaba seguro de que el mar lo había arrebatado. Mas esa alegría no tardó en transformarse en horror, pues mi hermano acercó la boca a mi oreja, mientras gritaba: ¡Moskoe-ström!

»Nadie puede imaginar mis sentimientos en aquel instante. Me estremecí de la cabeza a los pies, como si sufriera un violento ataque de calentura. Demasiado bien sabía lo que mi hermano me estaba diciendo con esa simple palabra y lo que quería darme a entender: Con el viento que nos arrastraba, nuestra proa apuntaba hacia el remolino del Ström... ¡y nada podía salvarnos!

»Se imaginará usted que, al cruzar el canal del Ström, lo hacíamos siempre mucho más arriba del remolino, incluso con tiempo bonancible, y debíamos esperar y observar cuidadosamente el momento de calma. Pero ahora estábamos navegando directamente

hacia el vórtice, envueltos en el más terrible huracán. 'Probablemente —pensé— llegaremos allí en un momento de la calma... y eso nos da una esperanza.' Pero, un segundo después, me maldije por ser tan loco como para pensar en esperanza alguna. Sabía muy bien que estábamos condenados y que lo estaríamos igual aunque nos halláramos en un navío cien veces más grande.

»A esta altura la primera furia de la tempestad se había agotado, o quizá no la sentíamos tanto por estar corriendo delante de ella. Pero el mar, que el viento había mantenido aplacado y espumoso al comienzo, se alzaba ahora en gigantescas montañas. Un extraño cambio se había producido en el cielo. Alrededor de nosotros, y en todas direcciones, seguía tan negro como la pez, pero en lo alto, casi encima de donde estábamos, se abrió repentinamente un círculo de cielo despejado —tan despejado como jamás he vuelto a ver—, brillantemente azul, y a través del cual resplandecía la luna llena con un brillo que no le había conocido antes. Iluminaba con sus rayos todo lo que nos rodeaba, con la más grande claridad; pero... ¡Dios mío, qué escena nos mostraba!

»Hice una o dos tentativas para hacerme oír de mi hermano, pero, por razones que no pude comprender, el estruendo había aumentado de manera tal que no alcancé a hacerle entender una sola palabra, pese a que gritaba con todas mis fuerzas en su oreja. Pronto sacudió la cabeza, mortalmente pálido, y levantó un dedo como para decirme: '¡Escucha!'

»Al principio no me di cuenta de lo que quería significar, pero un horrible pensamiento cruzó por mi mente. Extraje mi reloj de la faltriquera. Estaba detenido. Contemplé el cuadrante a la luz de la luna y me eché a llorar, mientras lanzaba el reloj al océano. ¡Se había detenido a las siete! ¡Ya había pasado el momento de calma y el remolino del Ström estaba en plena furia!

»Cuando un barco es de buena construcción, está bien equipado y no lleva mucha carga, al correr con el viento durante una borrasca las olas dan la impresión de resbalar por debajo del casco, lo cual siempre resulta extraño para un hombre de tierra firme; a eso se le llama cabalgar en lenguaje marino.

»Hasta ese momento habíamos cabalgado sin dificultad sobre las olas; pero de pronto una gigantesca masa de agua nos alcanzó por la bovedilla y nos alzó con ella... arriba... más arriba... como si ascendiéramos al cielo. Jamás hubiera creído que una ola podía alcanzar semejante altura. Y entonces empezamos a caer, con una carrera, un deslizamiento y una zambullida que me produjeron náuseas y mareo, como si estuviera desplomándome en sueños desde lo alto de una montaña. Pero en el momento en que alcanzamos la cresta, pude lanzar una ojeada alrededor, y lo que vi fue más que suficiente. En un instante comprobé nuestra exacta posición. El vórtice de Moskoe-Ström se hallaba a un cuarto de milla adelante; pero ese vórtice se parecía tanto al de todos los días como el que está viendo usted a un remolino en una charca. Si no hubiera sabido dónde estábamos y lo que teníamos que esperar, no hubiese reconocido en absoluto aquel sitio. Tal como lo vi, me obligó a cerrar involuntariamente los ojos de espanto. Mis

párpados se apretaron como en un espasm Apenas habrían pasado otros dos minutos, cuando sentimos que las olas decrecían y nos vimos envueltos por la espuma. La embarcación dio una brusca media vuelta a babor y se precipitó en su nueva dirección como una centella. Al mismo tiempo, el rugido del agua quedó completamente apagado por algo así como un estridente alarido... un sonido que podría usted imaginar formado por miles de barcos de vapor que dejaran escapar al mismo tiempo la presión de sus calderas. Nos hallábamos ahora en el cinturón de la resaca que rodea siempre el remolino, y pensé que un segundo más tarde nos precipitaríamos al abismo, cuyo interior veíamos borrosamente a causa de la asombrosa velocidad con la cual nos movíamos. El queche no daba la impresión de flotar en el agua, sino de flotar como una burbuja sobre la superficie de la resaca. Su banda de estribor daba al remolino, y por babor surgía la inmensidad oceánica de la que acabábamos de salir, y que se alzaba como una enorme pared oscilando entre nosotros y el horizonte.

»Puede parecer extraño, pero ahora, cuando estábamos sumidos en las fauces del abismo, me sentí más tranquilo que cuando veníamos acercándonos a él. Decidido a no abrigar ya ninguna esperanza, me libré de una buena parte del terror que al principio me había privado de mis fuerzas. Creo que fue la desesperación lo que templó mis nervios.

»Tal vez piense usted que me jacto, pero lo que le digo es la verdad: Empecé a reflexionar sobre lo magnífico que era morir de esa manera y lo insensato de preocuparme por algo tan insignificante como mi propia vida frente a una manifestación tan maravillosa del poder de Dios. Creo que enrojecí de vergüenza cuando la idea cruzó por mi mente. Y al cabo de un momento se apoderó de mí la más viva curiosidad acerca del remolino. Sentí el deseo de explorar sus profundidades, aun al precio del sacrificio que iba a costarme, y la pena más grande que sentí fue que nunca podría contar a mis viejos camaradas de la costa todos los misterios que vería. No hay duda que eran éstas extrañas fantasías en un hombre colocado en semejante situación, y con frecuencia he pensado que la rotación del barco alrededor del vórtice pudo trastornarme un tanto la cabeza.

»Otra circunstancia contribuyó a devolverme la calma, y fue la cesación del viento, que ya no podía llegar hasta nosotros en el lugar donde estábamos, puesto que, como usted mismo ha visto, el cinturón de resaca está sensiblemente más bajo que el nivel general del océano, al que 'veíamos desollar sobre nosotros como un alto borde montañoso y negro. Si nunca le ha tocado pasar una borrasca en plena mar, no puede hacerse una idea de la confusión mental que produce la combinación del viento y la espuma de las olas. Ambos ciegan, ensordecen y ahogan, suprimiendo toda posibilidad de acción o de reflexión. Pero ahora nos veíamos en gran medida libres de aquellas molestias... así como los criminales condenados a muerte se ven favorecidos con ciertas liberalidades que se les negaban antes de que se pronunciara la sentencia.

»Imposible es decir cuántas veces dimos la vuelta al circuito. Corrimos y corrimos, una hora quizá, volando más que flotando, y entrando cada vez más hacia el centro de la resaca lo que nos acercaba progresivamente a su horrible borde interior. Durante todo este tiempo no había soltado la armella que me sostenía. Mi hermano estaba en la popa, sujetándose a un pequeño barril vacío, sólidamente atado bajo el compartimento de la bovedilla, y que era la única cosa a bordo que la borrasca no había precipitado al mar. Cuando ya nos acercábamos al borde del pozo, soltó su asidero y se precipitó hacia la armella de la cual, en la agonía de su terror, trató de desprender mis manos, ya que no era bastante grande para proporcionar a ambos un sostén seguro. Jamás he sentido pena más grande que cuando lo vi hacer eso, aunque comprendí que su proceder era el de un insano, a quien el terror ha vuelto loco furioso. De todos modos, no hice ningún esfuerzo para oponerme. Sabía que ya no importaba quién de los dos se aferrara de la armella, de modo que se la cedí y pasé a popa, donde estaba el barril. No me costó mucho hacerlo, porque el queche corría en círculo con bastante estabilidad, sólo balanceándose bajo las inmensas oscilaciones y conmociones del remolino. Apenas me había afirmado en mi nueva posición, cuando dimos un brusco bandazo a estribor y nos precipitamos de proa en el abismo. Murmuré presurosamente una plegaria a Dios y pensé que todo había terminado.

»Mientras sentía la náusea del vertiginoso descenso, instintivamente me aferré con más fuerza al barril y cerré los ojos. Durante algunos segundos no me atreví a abrirlos, esperando mi aniquilación inmediata y me maravillé de no estar sufriendo ya las agonías de la lucha final con el agua. Pero el tiempo seguía pasando. Y yo estaba vivo. La sensación de caída había cesado y el movimiento de la embarcación se parecía al de antes, cuando estábamos en el cinturón de espuma, salvo que ahora se hallaba más inclinada. Junté coraje y otra vez miré lo que me rodeaba.

»Nunca olvidaré la sensación de pavor, espanto y admiración que sentí al contemplar aquella escena. El queche parecía estar colgando, como por arte de magia, a mitad de camino en el interior de un embudo de vasta circunferencia y prodigiosa profundidad, cuyas paredes, perfectamente lisas, hubieran podido creerse de ébano, a no ser por la asombrosa velocidad con que giraban, y el lívido resplandor que despedían bajo los rayos de la luna, que, en el centro de aquella abertura circular entre las nubes a que he aludido antes, se derramaban en un diluvio gloriosamente áureo a lo largo de las negras paredes y se perdían en las remotas profundidades del abismo.

»Al principio me sentí demasiado confundido para poder observar nada con precisión. Todo lo que alcanzaba era ese estallido general de espantosa grandeza. Pero, al recobrarme un tanto, mis ojos miraron instintivamente hacia abajo. Tenía una vista completa en esa dirección, dada la forma en que el queche colgaba de la superficie inclinada del vórtice. Su quilla estaba perfectamente nivelada, vale decir que el puente se hallaba en un plano paralelo al del agua, pero esta última se tendía formando un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, de modo que parecía como si estuviésemos

ladeados. No pude dejar de observar, sin embargo, que, a pesar de esta situación, no me era mucho más difícil mantenerme aferrado a mi puesto que si el barco hubiese estado a nivel; presumo que se debía a la velocidad con que girábamos.

»Los rayos de la luna parecían querer alcanzar el fondo mismo del profundo abismo, pero aún así no pude ver nada con suficiente claridad a causa de la espesa niebla que lo envolvía todo y sobre la cual se cernía un magnífico arco iris semejante al angosto y bamboleante puente que, según los musulmanes, es el solo paso entre el Tiempo y la Eternidad. Aquella niebla, o rocío, se producía sin duda por el choque de las enormes paredes del embudo cuando se encontraba en el fondo; pero no trataré de describir el aullido que brotaba del abismo para subir hasta el cielo.

»Nuestro primer deslizamiento en el pozo, a partir del cinturón de espumas de la parte superior, nos había hecho descender a gran distancia por la pendiente; sin embargo, la continuación del descenso no guardaba relación con el anterior. Una y otra vez dimos la vuelta, no con un movimiento uniforme sino entre vertiginosos balanceos y sacudidas, que nos lanzaban a veces a unos cuantos centenares de yardas, mientras otras nos hacían completar casi el circuito del remolino. A cada vuelta, y aunque lento, nuestro descenso resultaba perceptible.

»Mirando en torno la inmensa extensión de ébano líquido sobre la cual éramos así llevados, advertí que nuestra embarcación no era el único objeto comprendido en el abrazo del remolino. Tanto por encima como por debajo de nosotros se veían fragmentos de embarcaciones, grandes pedazos de maderamen de construcción y troncos de árboles, así como otras cosas más pequeñas, tales como muebles, cajones rotos, barriles y duelas. He aludido ya a la curiosidad anormal que había reemplazado en mí el terror del comienzo. A medida que me iba acercando a mi horrible destino parecía como si esa curiosidad fuera en aumento. Comencé a observar con extraño interés los numerosos objetos que flotaban cerca de nosotros. Debo de haber estado bajo los efectos del delirio, porque hasta busqué diversión en el hecho de calcular sus respectivas velocidades en el descenso hacia la espuma del fondo. 'Ese abeto —me oí decir en un momento dado— será el que ahora se precipite hacia abajo y desaparezca'; y un momento después me quedé decepcionado al ver que los restos de un navío mercante holandés se le adelantaban y caían antes. Al final, después de haber hecho numerosas conjuras de esta naturaleza, y haber errado todas, ocurrió que el hecho mismo de equivocarme invariablemente me indujo a una nueva reflexión, y entonces me eché a temblar como antes, y una vez más latió pesadamente mi corazón.

»No era el espanto el que así me afectaba, sino el nacimiento de una nueva y emocionante esperanza. Surgía en parte de la memoria y, en parte, de las observaciones que acababa de hacer. Recordé la gran cantidad de restos flotantes que aparecían en la costa de Lofoden y que habían sido tragados y devueltos luego por el Moskoe-Ström. La gran mayoría de estos restos aparecía destrozada de la manera más extraordinaria; estaban como frotados, desgarrados, al punto que daban la impresión de un montón de

astillas y esquirlas. Pero al mismo tiempo recordé que algunos de esos objetos no estaban desfigurados en absoluto. Me era imposible explicar la razón de esa diferencia, salvo que supusiera que los objetos destrozados eran los que habían sido completamente absorbidos, mientras que los otros habían penetrado en el remolino en un período más adelantado de la marea, o bien, por alguna razón, habían descendido tan lentamente luego de ser absorbidos, que no habían alcanzado a tocar el fondo del vórtice antes del cambio del flujo o del reflujo, según fuera el momento. Me pareció posible, en ambos casos, que dichos restes hubieran sido devueltos otra vez al nivel del océano, sin correr el destino de los que habían penetrado antes en el remolino o habían sido tragados más rápidamente.

»Al mismo tiempo hice tres observaciones importantes. La primera fue que, por regla general, los objetos de mayor tamaño descendían más rápidamente. La segunda, que entre dos masas de igual tamaño, una esférica y otra de cualquier forma, la mayor velocidad de descenso correspondía a la esfera. La tercera, que entre dos masas de igual tamaño, una de ellas cilíndrica y la otra de cualquier forma, la primera era absorbida con mayor lentitud. Desde que escapé de mi destino he podido hablar muchas veces sobre estos temas con un viejo preceptor del distrito, y gracias a él conozco el uso de las palabras ‘cilindro’ y ‘esfera’. Me explicó —aunque me he olvidado de la explicación— que lo que yo había observado entonces era la consecuencia natural de las formas de los objetos flotantes, y me mostró cómo un cilindro, flotando en un remolino, ofrecía mayor resistencia a su succión y era arrastrado con mucha mayor dificultad que cualquier otro objeto del mismo tamaño, cualquiera fuese su forma⁶⁵.

»Había además un detalle sorprendente, que contribuía en gran medida a reformar estas observaciones y me llenaba de deseos de verificarlas: a cada revolución de nuestra barca sobrepasábamos algún objeto, como ser un barril, una verga o un mástil. Ahora bien, muchos de aquellos restos, que al abrir yo por primera vez los ojos para contemplar la maravilla del remolino, se encontraban a nuestro nivel, estaban ahora mucho más arriba y daban la impresión de haberse movido muy poco de su posición inicial.

»No vacilé entonces en lo que debía hacer: resolví asegurarme fuertemente al barril del cual me tenía, soltarlo de la bovedilla y precipitarme con él al agua. Llamé la atención de mi hermano mediante signos, mostrándole los barriles flotantes que pasaban cerca de nosotros, e hice todo lo que estaba en mi poder para que comprendiera lo que me disponía a hacer. Me pareció que al fin entendía mis intenciones, pero fuera así o no, sacudió la cabeza con desesperación, negándose a abandonar su asidero en la armella. Me era imposible llegar hasta él y la situación no admitía pérdida de tiempo. Así fue como, lleno de amargura, lo abandoné a su destino, me até al barril mediante las

⁶⁵ Ver Arquímedes, *De Incidentibus in fluido*, lib. 2.

cuerdas que lo habían sujetado a la bovedilla y me lancé con él al mar sin un segundo de vacilación.

»El resultado fue exactamente el que esperaba. Puesto que yo mismo le estoy haciendo este relato, por lo cual ya sabe usted que escapé sano y salvo, y además está enterado de cómo me las arreglé para escapar, abreviaré el fin de la historia. Habría transcurrido una hora o cosa así desde que hiciera abandono del queche, cuando lo vi, a gran profundidad, girar terriblemente tres o cuatro veces en rápida sucesión y precipitarse en línea recta en el caos de espuma del abismo, llevándose consigo a mi querido hermano. El barril al cual me había atado descendió apenas algo más de la mitad de la distancia entre el fondo del remolino y el lugar desde donde me había tirado al agua, y entonces empezó a producirse un gran cambio en el aspecto del vórtice. La pendiente de los lados del enorme embudo se fue haciendo menos y menos escarpada. Las revoluciones del vórtice disminuyeron gradualmente su violencia. Poco a poco fue desapareciendo la espuma y el arco iris, y pareció como si el fondo del abismo empezara a levantarse suavemente. El cielo estaba despejado, no había viento y la luna llena resplandecía en el oeste, cuando me encontré en la superficie del océano, a plena vista de las costas de Lofoden y en el lugar donde había estado el remolino de Moskoe-Ström. Era la hora de la calma, pero el mar se encrespaba todavía en gigantescas olas por efectos del huracán. Fui impulsado violentamente al canal del Ström, y pocos minutos más tarde llegaba a la costa, en la zona de los pescadores. Un bote me recogió, exhausto de fatiga, y, ahora que el peligro había pasado, incapaz de hablar a causa del recuerdo de aquellos horrores. Quienes me subieron a bordo eran mis viejos camaradas y compañeros cotidianos, pero no me reconocieron, como si yo fuese un viajero que retornaba del mundo de los espíritus. Mi cabello, negro como ala de cuervo la víspera, estaba tan blanco como lo ve usted ahora. También se dice que la expresión de mi rostro ha cambiado. Les conté mi historia... y no me creyeron. Se la cuento ahora a usted, sin mayor esperanza de que le dé más crédito del que le concedieron los alegres pescadores de Lofoden.»

La isla del hada

The islan of the fay, 1841

Marmontel, en esos "Contes Moraux" (cuentos de costumbres) que nuestros traductores se obstinan en llamar "Moral Tales" (cuentos morales), como si nos burlásemos de su verdadero espíritu, dice: "La rmusique est le seul des talents qui jouissent de lui même; tous les autres, veulent des témoins". ("La música es la única habilidad que se disfruta por sí misma; los demás necesitan testigos").

Marmontel confunde aquí el placer que se deriva de oír sonidos agradables con la capacidad de crearlos. La música, como ningún otro talento, no es capaz de producir un goce completo si no existe otra persona para apreciar su ejecución. Este arte sólo tiene de común con los demás artes la propiedad de producir "efectos", que pueden ser gozados plenamente en la soledad. La idea que el "raconteur" no ha podido concebir claramente o que ha sacrificado su expresión a la afición nacional del rasgo de ingenio, es, sin duda, la muy sostenible de que el orden más alto de la música es el que de modo más absoluto se siente cuando estamos completamente solos. La proposición, formulada de esta forma, será inmediatamente admitida por aquellos que aman la lira por sí misma y por sus valores espirituales. Pero existe todavía un placer al alcance de la humanidad doliente (y quizá sea éste el único) que debe aún más que la música al disfrute paralelo de la sensación de soledad. Quiero decir la felicidad que proporciona la contemplación de un paisaje natural. En verdad, el hombre que desea contemplar cara a cara la gloria de Dios sobre la Tierra debe contemplar en soledad esta gloria. A mí, al menos, la presencia no de la vida humana únicamente, sino de la vida en cualquier otra forma que no sea la de los elementos vegetales que crecen sobre el suelo y no tienen voz, es un borrón para el paisaje y está en contraposición con el genio del mismo. Me gusta, en efecto, contemplar los oscuros valles y las rocas grises, y las aguas que silenciosamente sonríen, y los bosques que suspiran en intranquilos ensueños, y las orgullosas y vigilantes montañas que nos miran desde lo alto. Me gusta contemplar estas cosas por sí mismas, pero no aisladamente, sino como colosales miembros de un vasto conjunto animado y consciente, como un todo, cuya forma (la de la esfera) es la más perfecta y comprensiva de todas las estructuras; cuya ruta transcurre entre otros planetas; cuya dócil servidora es la Luna; cuyo soberano inmediato es el Sol; cuya vida es la eternidad; cuyo pensamiento es Dios; cuyo placer es el conocimiento; cuyos destinos se pierden en la inmensidad, y cuyo conocimiento de nosotros mismos es semejante al que nosotros tenemos de los animálculos que infectan el cerebro...; un conjunto que, en consecuencia, consideramos tan animado y material como estos animálculos deben consideramos a nosotros.

Nuestros telescopios e investigaciones matemáticas aseguran en todos sentidos, y a pesar del confusionismo de la más ignorante clerecía, que el espacio, y, por consiguiente, el volumen, constituye una importante consideración a los ojos del Todopoderoso. Las órbitas por las que se mueven los astros son las más adaptadas para la evolución sin choque del mayor número posible de cuerpos. Las formas de estos cuerpos están exactamente dispuestas de manera que una superficie determinada pueda contener la mayor cantidad de materia, y están dispuestas para acomodar una población más densa de la que hubiesen podido acomodar si hubiesen estado dispuestas de otro modo. No existe argumento contra la idea, aunque el espacio sea infinito, de que el volumen tiene valor a los ojos de Dios, porque puede haber una infinita materia para llenarlo. Y puesto que vemos claramente que el dotar a la materia de vitalidad es un principio y, por lo que podemos juzgar, el principal de todos en las operaciones de la Divinidad, carecería de toda lógica el imaginar a Dios confinado en las regiones de lo minúsculo, donde diariamente se nos revela, y no extenderse a las regiones de lo augusto. Cuando describimos círculos dentro de círculos sin fin, evolucionando todos alrededor de uno, único y distante, que es la cabeza de Dios, ¿no podemos suponer analógicamente que del mismo modo, hay una vida dentro de otra, la menor dentro de la mayor, y todo dentro del Espíritu Divino? En resumen: que erramos fatalmente por un efecto de autoestimación, cuando creemos que el hombre, en sus destinos temporales o futuros, es más importante que el Universo, que aquel enorme "légamo del valle" que cultiva y desprecia y al que niega la existencia de un alma por la sola razón, y sin que tenga otra más profunda, que la de no verla en acción.

Estas fantasías, y otras del mismo estilo, siempre han dado a mis meditaciones entre las montañas y las selvas, por los ríos y el océano, un tinte de lo que la gente corriente no dejaría de considerar fantástico. Mis vagabundeoos por tales escenarios naturales han sido muchos, de largo alcance y de ordinario solitarios. Y el interés con que he errado por un valle profundo, o contemplado el cielo reflejado en numerosos y brillantes lagos, ha sido un interés grandemente aumentado por el pensamiento de que yo estaba perdido y lo observaba solo. ¿Qué charlatán francés fue el que dijo, refiriéndose al conocido trabajo de Zimmerman, que "La solitude est une belle chose; mais it faut quelqu'un pour vous dire que la solitude es une belle chose"? ("Ya verdad es muy bonita; pero es preciso que haya alguien que pueda decíroslo"). El epígrama no se puede contradecir; pero tal necesidad es una cosa que no existe.

Durante uno de mis paseos solitarios, en medio de una región muy distante, encerrada entre montañas, con tristes ríos y lagos melancólicos que serpenteaban o dormían, me hallé por casualidad ante un río en el que había una isla. Corría el frondoso mes de junio, y me tumbé sobre el césped, debajo de las ramas de un oloroso y desconocido arbusto, quedándome adormecido mientras contemplaba el paisaje. Sentí que aquella era la única forma en que podía hacerlo; tal era el carácter fantasmagórico que ofrecía.

Por todos lados —salvo en el oeste, donde el sol estaba casi a punto de ocultarse— se elevaban las murallas verdes del bosque. El pequeño río, que describía una curva muy cerrada en su curso y de este modo se ocultaba inmediatamente a mi vista hacia el este, parecía que no podía salir de su prisión sino para ser absorbido por el follaje de los árboles, mientras que por el lado opuesto (así me pareció mientras yacía en el suelo, con la mirada hacia arriba) caía en el valle silenciosamente y de forma continua una rica cascada dorada y purpúrea, lanzada por las fuentes del cielo, allí por donde se pone el sol.

A mitad del camino, dentro de la pequeña perspectiva que alcanzaba mi mirada, reposaba en el seno de la corriente una pequeña isla circular, profundamente llena de verdor.

"Tan fundidas las riberas y las sombras que todo parecía suspendido en el aire".

El agua cristalina era tan semejante a un espejo que era casi imposible decir en qué punto de la orilla esmeralda comenzaba su transparente dominio. Mi posición me permitía abarcar de una sola mirada las extremidades este y oeste de la isla, y observé en sus aspectos una diferencia singularmente marcada. La parte oeste era un radiante harén de floridas bellezas. Brillaba y enrojecía bajo la mirada del sol y reía desmayadamente a través de sus flores. La hierba era corta, flexible y aromática, salpicada de asfódelos. Los árboles eran jóvenes, risueños, erguidos, esbeltos y graciosos, orientales por el follaje y forma, con corteza lisa, lustrosa y parcialmente coloreada. Por todas partes parecía flotar un sentimiento de felicidad y vida; y aunque no soplaban viento alguno, todo se movía, agitado por el suave balanceo de incontables mariposas, a las que podía confundirse con tulipanes alados.

El otro extremo de la isla, el oriental, estaba sumido en una sombría negrura. Una neblina de melancolía, todavía hermosa y reposada, envolvía todas las cosas. Los árboles eran de un color oscuro, de lúgubre forma y aspecto, retorciéndose en figuras tristes, solemnes y espirituales, que traían a la mente ideas de pesar mortal y muerte prematura. La hierba tenía el tinte profundo de los cipreses y las puntas de sus briznas colgaban lánguidamente, y entre ellos se elevaban, aquí y allá, muchos toscos montículos, bajos y estrechos, no demasiado largos, que tenían el aspecto de tumbas, aunque, desde luego, no lo eran, si bien trepaban por todas las partes de su superficie las matas de ruda y de romero. La sombra de los árboles caía pesadamente sobre el agua y parecía quedar allí enterrada, impregnando de oscuridad las profundidades del líquido elemento.

Imaginé que cuando el sol bajara más y más, cada sombra se separaría con gesto hurano del tronco que le daba vida, y así de este modo sería absorbida por la corriente, en tanto que otras sombras nacerían a cada momento de los árboles, ocupando el lugar de sus difuntas predecesoras.

Una vez que esta idea tomó cuerpo en mi imaginación, excitó a ésta en grado sumo y me quedé extraviado en otros ensueños. "Si alguna vez hubo una isla encantada —me

dije a mí mismo —, ésta es una de ellas". Éste es el lugar de unas cuantas hadas gentiles que sobreviven a la destrucción de su raza. ¿Serán suyas estas tumbas verdes? ¿O, por el contrario, entregan ellas sus dulces existencias del mismo modo que la humanidad deja las suyas? ¿Será acaso su muerte una consunción melancólica? ¿Entregarán a Dios poco a poco su existencia, como los árboles entregan sus sombras una tras otra, agotando su sustancia lentamente, hasta la disolución? Lo que el árbol decadente es para el agua que embebe su sombra, ennegreciéndose cada vez más a medida que devora su presa. ¿No será lo que la vida de las hadas pueda ser a la muerte que las consume?"

Cuando así meditaba, con los ojos medio cerrados, mientras el sol se hundía rápidamente hacia su ocaso y la mortecina corriente iba deslizándose alrededor de la isla, arrastrando en su seno grandes, resplandecientes y blancas tiras que se habían desprendido de los sicómoros —tiras que una ardiente imaginación podría convertir, gracias a las múltiples posiciones que adoptaban sobre el agua, en lo que le agradara—; mientras de este modo soñaba, me pareció que la figura de una de esas hadas con quienes yo había soñado salía lentamente del extremo oeste de la isla, internándose en las tinieblas. Iba erguida en una singular y frágil canoa y la movía con un simple remo fantasmal. Mientras estuvo sometida a la influencia de los rayos del sol, su actitud parecía indicar alegría, pero se alteró por la angustia cuando pasó a la zona de las sombras. Lentamente fue deslizándose y al final rodeó la isla y volvió a penetrar en la zona de luz. "La vuelta que acaba de dar el hada —continué musitando en mi interior — es la vuelta de un breve año de su vida. Ha flotado a través del invierno y a través del verano. Ella está un año más cerca de la muerte, pues yo he podido ver cómo, cuando se acercaba a la zona tenebrosa, su sombra se desprendía de ella y era absorbida por el agua oscura, haciendo ésta todavía más negra".

De nuevo apareció el bote con el hada; pero en la actitud de ésta había más de cuidado y de incertidumbre y menos de extática alegría. De nuevo flotó desde la luz a la oscuridad (que se acendraba por momentos) y de nuevo su sombra, desprendiéndose de ella, caía en las aguas de ébano y era absorbida por ellas. Una vez y otra describió el circuito alrededor de la isla (mientras el sol se precipitaba en su caída); y cada vez que salía a la luz se observaba mayor peso en su persona; tornábbase más débil, más abatida y más desdibujada; y cada vez que se internaba en la oscuridad se le desprendía una sombra de progresiva negrura. Finalmente, cuando el sol había desaparecido por completo, el hada, puro fantasma de sí misma, penetró desconsoladamente con su barca en la región del río de ébano. No puedo decir si volvió a salir de allí, pues la oscuridad cubrió todas las cosas y ya no volví a contemplar su mágica figura.

Coloquio entre Monos y Una

The colloqy of Monos and Una, 1841

UNA.—¿Renacida?

MONOS.—Sí, mi hermosa y más amada Una. Ésta era la palabra, sobre cuyo místico significado yo había meditado tan largamente, rechazando la explicación del sacerdote, hasta que la Muerte ha descifrado el secreto para mí.

UNA.—¡La Muerte!

MONOS.—¡Qué extrañamente repites mis palabras, dulce Una! ¡Y qué gozosa inquietud en tus ojos! Estás confusa y sobrecogida por la majestuosa novedad de la Vida Eterna. Sí, hablaba de la Muerte, y ¡qué singularmente suena aquí esa palabra que en los viejos tiempos acostumbraba llenar de terror todos los corazones, haciendo marchitar todos los deleites!

UNA.—Ah la Muerte, el espectro que se sienta en todos los festines! ¿Cuántas veces, Monos, nos perdimos en especulaciones acerca de su Naturaleza? ¡Qué misteriosamente actuaba como freno para la felicidad humana, diciendo a cada paso "hasta aquí, y no más allá"! ¡Aquel vehemente y mutuo amor nuestro, querido Monos, que ardía en nuestros pechos! ¡Cuán vanamente nos hacía lisonjeamos, sintiéndonos felices por sus primeros brotes, de que nuestra felicidad se fortalecía con su fuerza! ¡Ay!, mientras crecía en nuestros corazones el temor de que aquella hora funesta se estaba acercando apresuradamente para separarnos para siempre. Así con el tiempo el amor se volvió doloroso, y el odio hubiera sido entonces un verdadero don.

MONOS.—No hablemos ahora de esas penas, querida Una. ¡Mía! ¡Mía para siempre!

UNA.—Pero ¿no es el recuerdo del dolor pasado lo que constituye la alegría actual? Todavía tengo mucho que decir de las cosas pasadas. Por encima de todo, ardo en deseos de conocer los incidentes de tu paso a través del oscuro Valle de la Sombra.

MONOS.—Y cuándo la radiante Una pidió nada en vano a su Monos? Voy a ser minucioso al relatarlo todo. Pero ¿en qué punto he de dar comienzo al relato?

UNA.—¿En qué punto?

MONOS.—Tú lo has dicho.

UNA.—Monos, te comprendo; la propia Muerte nos ha enseñado a los dos la propensión del hombre a definir lo indefinido. No te pediré que comiences con el momento de la cesación de la vida, sino en aquel triste momento en que, habiéndote abandonado la fiebre, te hundiste en un sopor, inmóvil y sin respirar, y yo te cerré los pálidos párpados con los dedos llenos de apasionado amor.

MONOS.—Una palabra primero, una mía, referente a la condición general de los hombres de aquella época. Recordarás que uno o dos de los sabios antepasados, sabios

realmente, aunque no en la estima del mundo, se habían aventurado a dudar de la propiedad del término "progreso", como aplicado a los avances de nuestra civilización. Hubo períodos, en cada uno de los cinco o seis siglos que precedieron inmediatamente a nuestra muerte, en que surgieron de vez en cuando algunas mentalidades vigorosas que valientemente luchaban por aquellos principios cuya verdad se muestra ahora a nuestra liberada razón; principios que hubieran enseñado a nuestra raza a someterse a la dirección de las leyes naturales, en lugar de someterlas a su control. A largos intervalos, aparecían algunas mentes maestras que consideraban todo avance de la ciencia práctica como un retroceso en la verdadera utilidad. De vez en cuando la inteligencia poética — esa inteligencia que ahora sentimos que ha sido la más elevada de todas, puesto que aquellas verdades que para nosotros tienen la mayor importancia sólo se pueden alcanzar por esa analogía que únicamente habla en tono inconfundible a la imaginación y nada aporta a la razón—; de vez en cuando, repito, esa inteligencia poética daba un paso más allá en la evolución de la vaga idea filosófica y hallaba en la mística parábola que habla del árbol de la ciencia y de la fruta prohibida que produce la muerte, una clara insinuación de que la ciencia no era posible de ser alcanzada por el hombre, cuyo espíritu se halla todavía en la infancia, y aquellos hombres, los poetas, viviendo y muriendo en el escarnio de los "utilitarios", esos toscos pedantes que se confieren a sí mismos el título que sólo podía aplicárseles con propiedad para ser escarnecido, aquellos hombres, los poetas, reflexionaban lánguidamente, pero no faltos de ingenio, sobre aquellos días de la Antigüedad en que nuestros goces eran más sencillos que intensos, días que la palabra regocijo resultaba algo desconocida porque la felicidad era profunda y solemne: sanos y augustos días de felicidad en que los ríos azules corrían intactos entre las colinas no cultivadas, entre bosques solitarios, primitivos, olorosos e inexplorados.

Pero en realidad, aquellas nobles excepciones en medio del extravío general sólo servían para reforzarlo aún más por el contraste. ¡Ay! Habíamos caído en los días peores de todos nuestros días. Al gran "movimiento" como se le llamaba falsamente, le siguió una enferma conmoción moral y física. El Arte —las Artes— resurgieron supremas, y una vez entronizadas echaron cadenas sobre la inteligencia que las había elevado al poder. El hombre, como no podía reconocer la majestad de la Naturaleza, cayó en una pueril exaltación del dominio que había logrado y que iba en aumento. Incluso cuando en su propia fantasía se consideraba Dios, una pueril imbecilidad le iba invadiendo. Como se puede suponer, del origen de este desorden se fue contagiando cada vez más con toda clase de sistemas y abstracciones y se envolvió en generalidades. Entre otras extrañas ideas, ganó terreno la de la igualdad universal y a la faz de la analogía y de Dios —a pesar de la fuerte voz de las leyes que advierte sobre los grados que se observan con claridad en todas las cosas de la Tierra y del Firmamento— a pesar de estas leyes, el hombre hizo insensatos esfuerzos para establecer una democracia omnipotente. Y, sin embargo, estos males surgieron del origen de todos los males: el

conocimiento. El hombre no pudo conocer y sucumbió. Entretanto, se elevaron enormes ciudades humeantes, las verdes hojas se encogían ante el caliente respiro de los hornos, la hermosa faz de la Naturaleza quedó deformada como por alguna repugnante enfermedad y yo pienso, mi dulce Una, que hubieran bastado nuestros soñolientos sentidos de lo forzado y de lo excesivo para detenernos en aquel punto. Pero ahora se comprende que trabajábamos en nuestra propia destrucción por la perversidad de nuestro discernimiento, o mejor tal vez, por la ceguera de su cultivo en las escuelas. Porque la verdad es que en medio de aquella crisis, el discernimiento sólo —aquella facultad que mantiene una posición intermedia entre la inteligencia pura y el sentido moral— sólo aquel discernimiento podía habernos conducido con suavidad otra vez hacia la Belleza, la Naturaleza y la Vida. Pero ¡ay del puro espíritu contemplativo y de la intuición majestuosa de Platón! ¡Ay de la que precisamente él la consideraba como toda necesaria educación del alma! ¡Ay de él y de ella! —puesto que ambos se necesitaban del modo más desesperado en aquellos momentos en que estaban más completamente olvidados o despreciados—. Pascal, un filósofo a quien ambos amábamos, ha dicho "que tout notre raisonnement se réduit à céder au sentiment" ("que todo nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento") y no es imposible que este sentimiento de lo natural, de haber tenido tiempo, habría recuperado su antigua ascendencia sobre la severa razón de las escuelas. Pero esta cosa no había de poder ser. Prematuramente provocada por la intemperancia del conocimiento, la vejez del mundo vino rápidamente. Esto, la masa de la Humanidad no lo vio, o viéndolo intensa aunque infelizmente, afectó no verlo. Pero por mi parte, los anales de la Tierra me habían enseñado a relacionar la más completa ruina como precio de la más alta civilización. Yo me había imbuido de una presciencia de nuestro destino por la comparación de China, la sencilla y sufrida, con Asiria, la arquitectura; con Egipto, la astrología; con Nubia, la más astuta que ninguna, madre turbulenta de todas las Artes. En la historia de aquellas regiones encontré un rayo de lo Futuro. Las artificialidades individuales de las tres últimas fueron para la Tierra enfermedades locales y en sus individuales derrumbamientos hemos visto aplicar remedios locales; pero para el mundo infestado yo no podía anticipar regeneración alguna, salvo la Muerte. Para que el hombre como raza no llegara a extinguirse, yo veía que debía "nacer de nuevo".

Y entonces fue, hermosísima y amadísima, cuando nosotros envolvimos nuestros espíritus diariamente en sueños. Entonces fue cuando a la hora del crepúsculo discurríamos sobre los días que habían de venir, cuando la superficie lacerada de la Tierra, una vez que hubiera sufrido aquella purificación que sólo puede borrar sus obscenidades, se revistiera de nuevo con el verdor de sus colinas montañosas y sonriera por ella las aguas del Parnaso, y tornara a quedar al fin como digna residencia para el hombre; para el hombre purgado por la Muerte; para el hombre en cuyo exaltado intelecto el veneno del conocimiento no puede hacer nada; para el hombre

redimido, regenerado, bienaventurado y ahora inmortal, pero, con todo, para el hombre material.

UNA.—Bien recuerdo aquellas conversaciones, querido Monos, pero la época de la fiera ruina no estaba tan cerca como nosotros nos figurábamos y la condición que tú indicabas seguramente sostenía nuestra creencia. Los hombres vivían y morían individualmente. Tú también enfermaste y pasaste a la tumba, y a ella, constante, Una te siguió rápidamente, y aunque el siglo que ha transcurrido desde entonces, y cuyo final una vez más nos reúne, no ha torturado nuestros soñolientos sentidos con la impaciencia de su duración, sin embargo, mi amado Monos, ha transcurrido todo un siglo.

MONOS.—Di más bien un punto en la vaga infinitud. Indiscutiblemente, fue en la decrepitud de la Tierra cuando yo morí. Llevando en mi corazón las angustias que se habían originado, el tumulto general y la ruina, sucumbía a la abrasadora fiebre. Después de algunos días dolorosos y muchos de delirio soñador, repleto de éxtasis, cuyas manifestaciones tú tomaste equivocadamente por dolor, mientras yo suspiraba y no tenía fuerza para desengañarte, después de unos días, me invadió, como tú has dicho, un sopor sin aliento y sin movimiento al que los que estaban a nuestro alrededor llamaron Muerte.

Las palabras son cosas vagas. Mi estado no me privó de la conciencia; me parecía no muy diferente del extremado reposo de quien, luego de haber dormido larga y profundamente, quedando inmóvil y completamente postrado en un mediodía estival, comienza a deslizarse lentamente hacia la conciencia, por la mera eficacia del sueño y sin ser despertado por molestias externas.

Ya no respiraba; el pulso se había parado. El corazón había dejado de latir. La voluntad no había desaparecido, pero no tenía fuerza. Los sentidos estaban extrañamente activos, aunque de modo anormal —asumiendo a menudo las funciones unos de otros, sin orden ni concierto—. El gusto y el olfato se hallaban ínextricablemente confundidos y se convertían en un único sentimiento, anormal e intenso. El agua de rosas, que con tu ternura había humedecido mis labios en el último instante, me afectó con suaves fantasías de flores —flores fantásticas, mucho más hermosas que ninguna de la Tierra, pero cuyos prototipos tenemos ahora florecientes a nuestro alrededor—. Los párpados, transparentes y exangües, no ofrecían total impedimento a la visión. Como la voluntad estaba ausente, los globos no podían moverse en sus cuencas, pero todos los objetos que estaban dentro de la línea del hemisferio visual, yo los veía con más o menos distinción; los rayos que caían sobre la parte exterior de la retina, o dentro de la córnea del ojo, producían un efecto mucho más vivo que los que lo herían de frente en la superficie anterior; y, con todo, en el primer instante, aquel efecto era tan anómalo que yo sólo lo apreciaba como sonido —sonido dulce o discordante, según que los objetos que se presentaban a mi lado estuvieran ilunados u oscurecidos en la sombra, curvos o angulares en su contorno—. Al mismo tiempo el oído, aunque excitado en intensidad,

no era irregular en su acción y estimaba sonidos reales con una extravagancia de precisión no menos que de sensibilidad. El tacto había sufrido una modificación más peculiar. Sus impresiones eran recibidas con retardo, pero pertinazmente retenidas, y se resolvían siempre en el más alto placer físico. Así, la presión de tus dedos suaves sobre mis párpados, al principio sólo reconocida por la visión, luego y largo tiempo después de apartarse, llenaron todo mi ser con una delicia sensual inmensurable. Eso es: con delicia sensual. Todas mis percepciones eran simplemente sensuales. Los materiales que suministraban los sentidos al pasivo cerebro no eran modelados ya, ni en el más remoto grado, por el entendimiento muerto. Un poco de dolor, un mucho de placer, pero nada en absoluto de placer o dolor moral. Así, tus sollozos flotaban en mi oído con sus tristes cadencias y eran apreciados en todas sus variaciones de tono triste, pero eran suaves sonidos musicales y nada más; no comunicaban a la extinguida razón ningún indicio del pesar que las originaba, mientras que las abundantes y constantes lágrimas que caían sobre mi rostro, hablando a los circunstantes de un corazón que se rompía, sólo conmovían con un suave éxtasis todas las fibras de mi cuerpo; y esto, en verdad, fue la Muerte, de la cual hablaban aquellos circunstantes con tanto respeto en bajos cuchicheos, y tú, dulce Una, con ahogos y sollozos.

Me vistieron para ponerme en el ataúd, tres o cuatro negras figuras que se deslizaban atareadamente de arriba para abajo y cuando cruzaban la línea recta de mi visión me afectaban como formas, pero al pasar a mi lado, sus imágenes me impresionaban con la idea de chillidos, quejidos y otras tristes expresiones de terror, de horror o de angustia. Tú solamente, vestida con túnica blanca, pasabas junto a mí en todas direcciones de una manera musical.

El día declinaba, y cuando su luz se desvaneció me sentí poseído de una vaga inquietud, de una ansiedad tal como la que siente el dormido cuando tristes sonidos reales resuenan continuamente en su oído; bajos, distantes sonidos de campanas, solemnes, a largos pero iguales intervalos y mezclándose con sueños melancólicos. Llegaba la noche y con sus sombras un pesado malestar que oprimía mis miembros con la opresión de algún peso abrumador que resultaba palpable. Había también un sonido de gemidos, no diferente a la distante repercusión de la marejada, pero más continuo, que habiendo comenzado con el crepúsculo, había crecido con más fuerza en la oscuridad. De pronto trajeron luces a la habitación y aquellas repercusiones quedaron inmediatamente interrumpidas, en frecuentes y desiguales golpes del mismo sonido, pero con menor monotonía y distinción. La poderosa opresión se había aliviado en gran medida, y brotando de la llama de cada lámpara (pues había muchas) manaba sin interrupción en mis oídos un acento de melodiosa monotonía. Y cuando entonces, querida Una, acercándote a la cama, sobre la que yo estaba tendido, te sentaste suavemente junto a mí y con la brisa de tus dulces labios oprimiste mi frente, se alzó trémulo en mi pecho y mezclándose con las sensaciones simplemente físicas que las circunstancias habían provocado, algo semejante al sentimiento mismo —una sensación

que casi comprendía, casi correspondía a tu diligente amor y pesar—; pero este sentimiento no arraigó en el corazón sin latidos, y más parecía una sombra que una realidad, y se fue extinguiendo rápidamente, primero en extremada quietud y luego en un placer puramente sensual como antes.

Y entonces, en la destrucción y en el caos de los ordinarios sentidos, parecía alzarse en mí un sexto sentido, de una perfección absoluta. En su ejercicio hallé vivo deleite — con todo, un deleite todavía físico, puesto que el entendimiento no tenía relación alguna con él—. El movimiento de mi cuerpo humano había cesado completamente. Ni un solo músculo se agitaba; ni un nervio vibraba; ni una arteria latía, pero parecía haber brotado en el cerebro aquél de que ninguna palabra podía comunicar a la inteligencia simplemente humana, ni siquiera un concepto confuso. Permite que lo llame una pulsación mental penduleante. Era la incorporación mental de la idea abstracta que tiene el hombre del tiempo, pues la absoluta igualación de aquel movimiento —o de algo parecido— había sido ajustado a los propios ciclos de las órbitas del firmamento. Con su ayuda, medí las irregularidades del reloj que estaba sobre la chimenea y de los relojes de los visitantes. Su tic tac llegaba sonoramente a mis oídos. La más ligera desviación de la verdadera proporción— y estas derivaciones predominaban constantemente —me afectaban tanto como las violaciones a la verdad suelen afectar al sentido moral en la Tierra. Aunque no había dos relojes en la habitación que diesen a la vez sus segundos, con todo, no tenía yo dificultad en retener en mi espíritu los tonos y los respectivos errores momentáneos de cada uno; y esto —este sutil, perfecto, existente por sí mismo sentimiento de duración— este sentimiento que existía (como ningún hombre hubiera podido concebir que existiera) con independencia de cualquier sucesión de acontecimientos, esta idea, este sexto sentido, brotando de las cenizas de los demás, era el primer paso cierto y evidente del alma inmortal en el umbral de la temporal eternidad.

Era medianoche, y tú todavía estabas sentada junto a mí. Todos los demás se habían marchado de la cámara de la Muerte. Me habían puesto en el ataúd. Las lámparas ardían parpadeando: esto lo sabía por el trémolo de los monótonos soñoles. Pero de pronto la melodía disminuyó en distinción y volumen. Finalmente, cesó. El perfume se extinguío de mi nariz; las formas no afectaron por más tiempo a mi visión. La opresión de la oscuridad se alzó por sí misma de mi pecho. Una débil sacudida como de electricidad invadió mi cuerpo y fue seguida por una pérdida de la idea de contacto. Todo lo que el hombre llama sentido se había sumergido en la única conciencia del ser y en el único permanente sentimiento de duración. El cuerpo mortal había sido al fin herido por la mano de la fatal Destrucción.

Con todo, la sensibilidad no se había apartado completamente, pues la conciencia y el sentimiento que quedaban ejercían algunas de sus funciones con una letárgica intuición. Yo advertía el terrible cambio que ahora se estaba operando en mi carne, y como a veces sucede en sueños, que se capta la presencia de alguien que se apoya sobre

nosotros, así, dulce Una, yo aún sentí que tú estabas cerca de mí. Así también, cuando llegó el segundo mediodía no dejé de darme cuenta de los movimientos que te apartaron de mi lado, de los que me encerraron en el ataúd y me depositaron en el coche fúnebre que me llevó a la tumba, de los que me hundieron en ella y que paletada a paletada amontonaron pesadamente el barro sobre mí, y que así me dejaron en la oscuridad y en la corrupción, abandonado a mis tristes y solemnes sueños con los gusanos.

Y allí, en la prisión que tiene pocos secretos que revelar, rodaron los días, las semanas y los meses; y el alma observaba estrechamente el paso de cada segundo que volaba y sin esfuerzo alguno registraba su vuelo; sin esfuerzo y sin objeto.

Pasó un año. La conciencia de ser se había ido tornando hora por hora más borrosa, y la de mera localización había, en gran medida, usurpado su puesto. La idea de entidad se iba confundiendo con la de lugar. El estrecho espacio que inmediatamente rodeaba lo que había sido el cuerpo estaba entonces viniendo a ser el cuerpo mismo. Al fin, como ocurre frecuentemente a los que están durmiendo (pues con el sueño y su solo mundo la Muerte queda representada), al fin, como a veces sucede sobre la Tierra al que duerme profundamente, cuando alguna luz lo sobresalta en su despertar y, sin embargo, lo deja medio envuelto en sueños, así llegó para mí, en el estrecho abrazo de la Sombra, aquella luz que sólo podía haber tenido el poder de despertarme: la luz del constante amor. Los hombres se afanaban en donde yo yacía en tinieblas. Levantaron la húmeda tierra y sobre mis huesos consumidos bajaron el ataúd de Una. Y entonces todo volvió al vacío de nuevo. Aquella nebulosa luz se había extinguido; aquel débil estremecimiento había vibrado en el reposo. Muchos lustros habían sobrevenido. El polvo había vuelto al polvo. Los gusanos no tenían más alimento. El sentido del ser, finalmente había desaparecido por completo y allí reinaban en su lugar —en lugar de todas las cosas—, dominantes y perpetuos, los autócratas, Espacio y Tiempo. Porque para lo que no era —para lo que no tenía forma—, para lo que no tenía pensamiento —para lo que no tenía conciencia—, para lo que no tenía alma y aun para aquello que ya no formaba parte de la materia y para aquella inmortalidad, la tumba todavía era una morada, y las horas corrosivas, sus compañeras.

Nunca apuestes tu cabeza al diablo

(*Historia moral*)

Never Bet the Devill Your Head, 1841

Con tal que las costumbres de un autor, dice don Tomás de las Torres en el prólogo de sus POEMAS ERÓTICOS, sean puras y castas, importa muy poco que no sean igualmente severas sus obras, lo cual quiere significar que con tal que un autor sea honesto, no hay mal en que sus libros no lo sean⁶⁶.

Es probable que don Tomás se halle actualmente en el Purgatorio expiando esta máxima. Por justicia literaria, sería bueno retenerle allí hasta que sus poemas se hayan agotado o hayan caído en el olvido por falta de lectores. Porque todo libro de ficción ha de tener una moral. Es más, los críticos han descubierto que a ninguno de ellos le falta.

Felipe Melanchton escribió, hace ya dos siglos, un artículo sobre la Batrachomyomachei, y probó que con aquella epopeya el poeta había querido inspirar el horror de las sediciones. Pedro de La Seine da un paso más y muestra que había tenido la intención de recomendar a los jóvenes la templanza en el comer y en el beber. Igualmente Jacobus Hugo ha dado por seguro que: Hornero por Evenus entendía insinuar a Calvino; por Alcino, a Martín Lutero; por los Lotófagos, a los protestantes en general, y por las Arpias, a los holandeses.

Nuestros escoliastas más modernos son también sagaces. Esa brava gente prueba que los Antidiluvianos tienen un sentido oculto, que tal poema es una parábola, que tal otra obra tiene otros horizontes, que «Salta sobre mi pulgar» encierra trascendencia; en una palabra, se ha demostrado que ningún hombre no puede sentarse, para escribir, sin alguna intención muy profunda.

Así se evita, se ahorra mucho trabajo a los autores en general. Un novelista, por ejemplo, no tiene ninguna necesidad de exprimirse el cerebro a causa de su moral. Ella está en la obra, es decir, ella está en alguna parte. Que la moral y los críticos se arreglen entre sí.

Cuando sea llegado el momento, todo lo que tal señor ha querido decir y todo lo que no ha querido decir será entregado a la luz pública en el El Diario y La Revista de la época, sin olvidar todo lo que hubiera debido querer decir y todo lo que, evidentemente, tenía la intención de querer decir; de modo que, finalmente, todo irá muy bien.

No hay, pues, ninguna justicia en la imputación lanzada contra mí por ciertos ignorantes que pretenden que no he escrito nunca un cuento moral o, con mayor precisión, un cuento que tuviese una cierta moral. Mis detractores, simplemente, no son los únicos predestinados que me han de interpretar y hacer resaltar mis sentencias virtuosas. He ahí el secreto. Un día, El Narcótico de la América del Norte les avergonzará por su estupidez.

⁶⁶ En español en el original (N. del T.)

Entretanto, para diferir mi ejecución, para mitigar las cargas que pesan sobre mí, ofrezco a mis detractores la triste historia que sigue; historia cuya moral no puede ser puesta en duda, porque hasta el que se contentara con leer superficialmente mi obra, por fuerza tendría que leer, en las letras capitales del título, la enseñanza que de él se saca. Se me debe hasta el reconocimiento por esta manera de hacer, mucho más sabia que la de La Fontaine y otros, que retrasan la moraleja hasta el último momento y la deslizan subrepticiamente al final de sus fábulas.

* * *

Defuneti injuria ne oficiantur es una ley grabada en las Doce Tablas, y *de mortuis mil nisi honum* es un precepto excelente, hasta cuando el muerto del que se trata no fue sino muy poca cosa. No entra, pues, en mis deseos el vituperar la memoria de mi amigo Tobías Diosmecondene. Era un tuno redomado, ciertamente, y no tuvo sino la muerte que se merecía.

Pero no merecía que se le censurara por sus vicios, que procedían de una tara física de su madre. Esta hizo por su hijo todo cuanto pudo y le castigó duramente cuando era niño. Porque, para ella, los deberes eran placeres y estaba persuadida de que los niños, como la carne, golpeados, mejoraban. Pero, ¡pobre mujer!, tenía la desgracia de ser zurda y, para un niño, ser azotado con la mano izquierda es peor que cualquier otro castigo corporal.

El mundo va de derecha a izquierda. No es bueno, pues, azotar de izquierda a derecha. Si cada golpe, propinado en la buena dirección, expulsa una inclinación perniciosa, lógicamente se deduce que todos los azotes dados en dirección contraria infunden en el niño una equivalente dosis de maldad.

Yo asistí muchas veces a los castigos de Tobías, y con solo ver la clase de patadas que daba para replicar, comprendí que cada día se volvía más malo. Finalmente vi, a través de las lágrimas que cubrían mis ojos, que no había esperanza para él.

Cierto día en que recibió tantas bofetadas que la cara se le puso como un mapa, y que se retorcía furiosamente en un acceso de rabia, no pude aguantarme más y, cayendo de rodillas y elevando mi voz, profeticé su ruina.

El hecho es que su precocidad en el vicio era terrible. A los cinco meses de curso entraba en tales cóleras que no podía articular ni una palabra: a los seis meses, le sorprendí royendo un paquete de cartas; a los siete meses, tenía la costumbre de besar a todas las niñas; a los ocho meses, se negó perentoriamente a firmar su voto de templanza. Así fue creciendo en iniquidad, hasta el punto de que, al final de su primer año, no solamente insistió en querer llevar bigote, sino que había adquirido el hábito de jurar, de decir palabras soeces y de apoyar sus asertos con apuestas.

Este último vicio, tan poco correcto, causó la ruina predicha por mí a Tobías Diosmecondene y le abrumó.

La deplorable costumbre creció con su conocimiento y se fortaleció con su fuerza, de modo que, hecho un hombre, apenas podía decir una palabra sin acompañarla con una invitación al juego.

No es que realmente hiciese apuestas; he de reconocer a mi amigo la justicia de saber que antes se hubiese abierto la barriga. En él eso era una manera de hablar. Sus expresiones en esa materia no tenían sentido alguno. Eran pura, si no inocentemente, imaginarias, para redondear la frase. Cuando decía «te apuesto esto o lo de más allá», nadie pensaba en tomarlo seriamente.

No obstante, creí mi deber el señalarle mi disgusto en esta materia. Era una costumbre inmoral; y se lo dije. Era una costumbre vulgar, y le rogué que estuviera seguro de ello. Estaba desaprobada por la buena sociedad, y no afirmaba con eso nada que no fuera cierto. Al decir que estaba prohibido por un acta del congreso, no tenía la intención de mentir. Le amonesté, pero sin resultado. Hice demostraciones, vanamente. Supliqué, él sonrió. Imploré, se rió. Prediqué, se mofó. Amenacé, renegó. Le di patadas, llamó a la policía. Le tiré de la nariz, se sonó y apostó su cabeza al diablo a que no me atrevería a seguir más.

Tobías Diosmecondene debía a su madre un segundo defecto: la miseria. Era horriblemente pobre. Y por eso, sin duda, sus expresiones en las apuestas raramente tomaban un giro económico.

No puedo afirmar que le haya oído nunca pronunciar una frase como: «Le apuesto un dólar». No, él decía habitualmente: «Le apuesto todo lo del mundo», o «Le apuesto lo que usted quiera» o, más descriptivamente: «Le apuesto mi cabeza al diablo».

Esta última manera de expresarse era la que *más* le gustaba, al parecer, sin duda, porque entrañaba menos riesgo. Porque Tobías Diosmecondene se había vuelto muy parsimonioso.

Si alguien le hubiese tomado la palabra, su cabeza hubiera resultado pequeña y la pérdida hubiese sido pequeña también. Pero estas reflexiones son mías y no estoy seguro de que tenga el derecho de atribuirlas a los amigos.

Sea lo que fuere, la frase le gustó cada día más, a pesar de la grosería que representa para un hombre el apostar su cerebro como si fuera billetes de banco. Pero la perversidad de mi amigo le impedía comprenderlo. Finalmente, abandonó toda otra clase de apuestas y se dio al «apuesto mi cabeza al diablo» con tal devoción que me desagradó tanto como me sorprendió.

A mí me impresionan desagradablemente las cosas que no puedo comprender. Los misterios obligan al hombre a pensar y perjudican su salud. El hecho es que había algo en el aire con que Diosmecondene tenía la costumbre de emitir su expresión displicente, algo en su manera de decir que al principio me interesó: después, no me satisfizo: algo que, a falta de términos más exactos pido el permiso para llamar estrambótico, pero que el señor Doleridge calificaría de místico, el señor Kant de panteísta, el señor Carlyle de circunvolutivo y el señor Emerson de hiperludificativo.

Empezaba ya a no encontrar esto de mi gusto. El alma de Diosmecondene se hallaba en un estado peligroso.

Resolví poner en juego toda mi elocuencia para salvarle; hice el voto de ayudar a mi amigo como San Patricio, según cuentan las leyendas irlandesas, ayudó a un sapo, cuando con un sermón, el obispo despertó la conciencia adormecida de aquel animal. Me entregué inmediatamente a la tarea. Una vez más, recurrió a las amonestaciones y reuní toda mi energía para una deprecatoria tentativa final.

Cuando hube terminado mi alocución, Diosmecondene se condujo de una manera extremadamente rara. Durante algunos momentos, estuvo silencioso, mirándome curiosamente cara a cara. Luego, inclinó la cabeza hacia un lado y enarcó las cejas a gran altura; abrió las palmas de la mano y encogió los hombros; guiñó el ojo derecho y luego el izquierdo: los cerró ambos fuertemente; los abrió tan grandes que me alarmó por lo que podía sucederle; se metió el pulgar en la nariz e hizo con los demás dedos una pantomima indescriptible; finalmente, cruzó los brazos y condescendió a responderme.

No puedo recordar de sus palabras más que el comienzo. Me agradecería mucho que retuviera mi lengua. No deseaba ninguna de mis advertencias. Despreciaba mis insinuaciones.

Era ya bastante mayor para guardarse a sí mismo. ¿Creía yo acaso que él era todavía el pequeño Diosmecondene? ¿Tenía acaso el propósito de decir algo contra su reputación? ¿Le quería insultar? ¿Era yo tonto? Y, para ir a otra cosa, ¿acaso mi madre sabía que yo había salido? Me hacía esa pregunta como a un hombre de verdad, y se comprometía a tener en cuenta mi respuesta. Una vez más, me preguntaba explícitamente: ¿Sabía mi madre que yo estaba fuera? Mi confusión, decía, me delataba y apostaba su cabeza con el diablo a que mis padres ignoraban mi escapatoria.

Diosmecondene no esperó mi respuesta. Girando sobre sus tacones, se alejó con precipitación no muy digna. Hizo bien. Había herido mis sentimientos y excitado mi cólera. Por una vez hubiese aceptado la apuesta y habría ganado para el Diablo la cabeza de Diosmecondene.

Porque la verdad era que mi madre sabía perfectamente que yo había salido de casa. Pero *Khoda Schefamidehed*, el cielo da remedio, como dicen los árabes cuando les pisáis.

Yo había sido educado en el cumplimiento del deber y soportaba el insulto estoicamente. Me pareció, no obstante, que yo había hecho todo lo que se me podía exigir por ese miserable, y tomé la decisión de no molestarlo más con consejos y abandonarlo a su conciencia, a sí mismo.

Aunque, desde entonces, me abstuve de darle avisos indiscretos no pude imponerme la responsabilidad de reñir con él completamente; llegué hasta encontrar placer en algunas de sus inclinaciones menos reprobables; y hubo momentos en que me hicieron reír sus perversas bromas —como los epicúreos comían mostaza—, con lágrimas en los ojos. Tanto me afligían sus malas palabras.

Un día, que habíamos salido juntos a pasear, nuestro camino nos condujo hacia el río. Había en él un puente que quisimos cruzar. Ese puente estaba cubierto por un toldo que le preservaba de la intemperie, y como que sólo se le habían abierto unas pocas ventanas, el pasaje quedaba desagradablemente sombrío. Cuando penetré bajo la bóveda, el contraste entre la luz deslumbrante de fuera y la oscuridad interior, abatió, en cierta manera, mi alegría. Mas no la del desgraciado Diosmecondene, que me propuso apostar su cabeza al diablo, a que yo estaba ya sumido en la hipocondría. Mi compañero parecía hallarse en una rara disposición. Estaba de un humor extremadamente alegre, a tal punto, que sentí no sé qué sospechas inquietantes. No era imposible que estuviese atacado por el trascendentalismo.

Sin embargo, no estoy tan versado en el diagnóstico de esta enfermedad como para decidir sobre ese punto, y, desgraciadamente, ninguno de mis amigos del *Diario filosófico* se hallaba presente. (Si avanço esta idea de trascendentalismo es porque a causa de cierta bufonada grave ésta parecía afectar a mi pobre amigo y le ponía en ridículo.)

Nada le gustaba tanto como saltar por encima o pasar por debajo de cualquier obstáculo que encontrara, ora gritando, ora murmurando toda suerte de extrañas palabras, grandes o pequeñas, y sin dejar, no obstante, de conservar el semblante más grave del mundo. Realmente, no me decidía entre darle unas cuantas patadas o compadecerle.

Por fin, atravesamos el puente y llegamos al extremo opuesto, donde nuestra marcha fue detenida por un torniquete de cierta altura. Yo lo pasé tranquilamente, haciéndolo rodar como de costumbre. Pero eso no podía convenir al espíritu caprichoso de Tobías Diosmecondene. Se le ocurrió saltar y afirmó que podía, al estar en el aire encima del aparato, imitar con sus piernas los movimientos de las alas de una paloma que vuela. Ahora bien, hablando en conciencia, yo no creía que pudiera hacerlo. El mejor saltador que conozco, es ciertamente, mi amigo el señor Carlyle, y como quiera que yo sabía que no llegaría a realizar tal prodigo, no podía creer que Diosmecondene fuera capaz de hacerlo. Tuve ocasión de lamentar mi escepticismo, porque, inmediatamente, mi amigo me propuso apostar su cabeza al diablo a que saltaría como había dicho.

Iba a contestar, a pesar de mi juramento, con algunas amonestaciones contra su impiedad, cuando escuché al lado de mi brazo, una tos débil, como de alguien que hubiese dicho «bien». Me sobresalté y, sorprendido, miré a mi alrededor. Después de escudriñar un momento, mi mirada se detuvo en un rincón del maderamen del puente y allí descubrí la cara de un anciano caballero, pequeño y cojo, de venerable aspecto. Nada podía ser tan digno de reverencia como todo su exterior. Porque no solamente llevaba un completo traje de tela negra, sino que, además, su camisa estaba completamente limpia. El cuello se doblaba, muy cuidado, sobre una corbata blanca, y sus cabellos estaban peinados, con la raya en medio, como los de una niña. Sus manos estaban

cruzadas sobre su estómago y sus dos ojos se contraían de una manera circunspecta detrás de sus párpados.

Al observar más de cerca a este caballero, noté que llevaba un corto delantal de seda negra encima de su traje; y ese hecho me pareció raro. Pero antes de que yo tuviese tiempo de hacer ninguna observación sobre ese singular detalle, el personaje pronunció un segundo «bien».

No encontré inmediatamente respuesta a este monosílabo. El hecho es que esas interjecciones, esas afirmaciones de naturaleza lacónica casi no tienen respuesta posible. Sé de una resista que se vio constreñida al silencio por un simple «Ah, bah». No me avergüenza el decir que me volví hacia Diomecondene para pedirle consejo.

—Diosmecondene —dije—, ¿qué hace usted? ¿Acaso no ha oído? Este caballero ha dicho «bien».

Miré severamente a mi amigo mientras le hablaba así; porque, a decir verdad, me sentía particularmente incómodo, y cuando un hombre está incómodo ha de fruncir las cejas y adoptar un aire serio; de otro modo, es casi seguro que pondrá cara de tonto.

—Diosmecondene —exclamé, aunque eso sonaba mucho como un juramento, cosa que no respondía a mi intención—. Diosmecondene, dije, este caballero ha dicho «bien».

No trataré de defender mi observación en su aspecto más profundo: yo mismo no la creía tan profunda: pero he observado que el efecto de nuestras palabras no siempre es proporcional a la importancia que tienen para nosotros mismos.

Si hubiesese pulverizado a Diosmecondene con una bomba, o si le hubiese lanzado a la cabeza un tomo de *Poetas y poesías de América*, él no hubiera tomado un aire más desconcertado que cuando le dirigí estas simples palabras:

—Diosmecondene, ¿qué hace usted? ¿Acaso no ha oido? Este caballero ha dicho «bien».

—¿De veras? —murmuró, por fin, después de haberse mudado de color con más rapidez que cuando un buque pirata perseguido por uno de guerra cambia su pabellón—. ¿Está usted seguro de que ha dicho eso?... Bueno, en todo caso, ya entiendo, y vale más hacer buena cara. Vamos, pues. «Bien».

Al oír eso, el anciano pareció regocijarse. Dio sabrá por qué. Dejó su rincón, avanzó renqueante, tomó cortésmente la mano de Diosmecondene y la apretó con cordialidad, mirándole a la cara con un aire de benevolencia indudable.

—Estoy totalmente convencido de que usted ganará, Diosmecondene —dijo con la más franca de las sonrisas—: pero nos vemos obligados a hacer la prueba, ¿comprende usted?, por puro formulismo.

—Bien —replicó mi amigo, quitándose la chaqueta con un profundo suspiro y atándose un pañuelo alrededor de la cintura.

Diosmecondene había modificado su fisonomía de una manera indescriptible al subir las comisuras de sus párpados y bajar las de sus labios.

—Bien.

Repetió en seguida, una vez más, «bien» y después ya no le oí decir ni una palabra más.

«¡Oh. oh! —pensé—. He ahí un mutismo muy notable para Diosmecondene. Es, probablemente, la consecuencia de su verborrea desde hace algún tiempo; un extremo conduce al otro. Me sorprendería que hubiese olvidado el gran número de preguntas sin respuesta que me hizo el día que le espeté mi último sermón. En todo caso, helo ahí curado de su trascendentalismo.»

—Bien —dijo Diosmecondene, como si hubiese leído en mi pensamiento; y tenía el aspecto de un carnero viejo y soñador.

El caballero lo cogió por el brazo y le condujo a la sombra del puente, a algunos pasos del torniquete.

—Mi querido amigo —dijo—, por conciencia le doy a usted todo este campo para correr. Espere aquí, hasta que yo me haya situado junto al torniquete de manera que pueda ver si usted lo salta de modo conveniente. No olvide los aleteos de la paloma que vuela. Por simple forma, ¿comprende usted? Yo diré uno, dos, tres, ya. Procure partir a la voz de «ya».

Se situó junto al torniquete, esperó un momento, como si reflexionara profundamente, *echó una ojeada hacia arriba, hacia el lecho*, y me pareció que sonreía ligeramente; después, apretó los lazos de su delantal, miró largamente a Diosmecondene, y, finalmente, dio la señal:

—Uno, dos, tres, ya.

Puntualmente, a la señal convenida, mi pobre amigo se lanzó al galope. El torniquete no era excesivamente alto, ni muy bajo, de manera que yo creía que Diosmecondene lo franquearía. Pero, ¿qué sucedería si no lo franqueaba? ¿Qué derecho tiene, me decía, ese anciano para hacer saltar a la gente? ¿Quién es ese viejo? Si me pide a mí que salte, yo no saltaré, eso está claro, y, por lo tanto, no me quiero preocupar lo más mínimo de quién diablo puede ser.

El puente, como he dicho, estaba cubierto de una manera ridícula. Producía un eco muy desagradable. Ese eco nunca lo había oído tan claro como cuando musité, sin pensar, las tres últimas palabras de mi reflexión: *diablo puede ser*.

Pero lo que yo decía, pensaba u oía no me ocupó sino un instante. Mi pobre Tobías había tomado impulso. Le vi correr ágilmente, después, dar un salto y agitar las piernas, cuando estaban en el aire, de la manera más admirable. Le vi, arriba, hacer la paloma, volando maravillosamente, justo encima del torniquete. Pero, cosa que yo encontré muy singular, no continuó su curva, no pasó por encima del obstáculo. El salto duró sólo un instante y antes de que yo pudiera hacer más reflexiones, Diosmecondene cayó de espaldas ante el torniquete, del mismo lado de donde había dado el salto.

En el mismo momento vi al anciano que se iba, cojeando, lo más rápido que podía. Había recogido y envuelto en su delantal algo que había caído pesadamente de la techumbre oscura, justo encima del torniquete.

Todo eso me sorprendió, pero sin dejarme tiempo para reflexionar. Porque Diosmecondene se hallaba tendido en el suelo muy quieto, más tranquilo de lo que era su costumbre.

Deduje de ello, que sus sentimientos habían sido heridos y que necesitaba mi ayuda. Me apresuré, me fui hacia él. Vi entonces que había sufrido lo que se puede calificar de herida grave.

El hecho es que no tenía su cabeza y que no pude hallarla en parte alguna, aunque la busqué cuidadosamente. De modo que determiné llevarlo a su casa y llamar a los médicos.

Entretanto, se me ocurrió una idea.

Fui a abrir una de las ventanas del puente y la triste verdad se me apareció. A unos cinco pies, justo encima del torniquete, y transversalmente, había una barra de hierro lisa colocada de canto a lo ancho y formando parte de un sistema de barras iguales destinadas a reforzar el techo del puente. Me pareció evidente que el cuello de mi desgraciado amigo había encontrado el corte de aquel travesaño.

El pobre Diosmecondene no sobrevivió mucho tiempo a su lesión. Los médicos no le dieron bastante medicina, y la que le endosaron él vaciló en tomarla.

De modo que, finalmente, su estado empeoró, y murió. ¡Ejemplo horrible para todos los niños malhablados!

Regué su tumba con mis lágrimas, puse luto al escudo de mi familia y, en cuanto a los gastos generales del entierro, envié la moderada cuenta a los trascendentalistas. Pero esos pícaros se negaron a pagar. Entonces, inmediatamente, hice exhumar a Diosmecondene, y vendí su cadáver como carne para los perros.

Eleonora

Eleonora, 1841

Su conservaciones forme especificare salva anima.

(RAIMUNDO LULIO)

Vengo de una raza notable por la fuerza de la imaginación y el ardor de las pasiones. Los hombres me han llamado loco; pero todavía no se ha resuelto la cuestión de si la locura es o no la forma más elevada de la inteligencia, si mucho de lo glorioso, si todo lo profundo, no surgen de una enfermedad del pensamiento, de estados de ánimo exaltados a expensas del intelecto general. Aquellos que sueñan de día conocen muchas cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche. En sus grises visiones obtienen atisbos de eternidad y se estremecen, al despertar, descubriendo que han estado al borde del gran secreto. De un modo fragmentario aprenden algo de la sabiduría propia y mucho más del mero conocimiento propio del mal. Penetran, aunque sin timón ni brújula, en el vasto océano de la «luz inefable», y otra vez, como los aventureros del geógrafo nubio, «agressi sunt mare tenebrarum quid in eo esset exploraturi».

Diremos, pues, que estoy loco. Concedo, por lo menos, que hay dos estados distintos en mi existencia mental: el estado de razón lúcida, que no puede discutirse y pertenece a la memoria de los sucesos de la primera época de mi vida, y un estado de sombra y duda, que pertenece al presente y a los recuerdos que constituyen la segunda era de mi existencia. Por eso, creed lo que contaré del primer período, y, a lo que pueda relatar del último, conceded tan sólo el crédito que merezca; o dudad resueltamente, y, si no podéis dudar, haced lo que Edipo ante el enigma.

La amada de mí juventud, de quien recibo ahora, con calma, claramente, estos recuerdos, era la única hija de la hermana de mi madre, que había muerto hacía largo tiempo. Mi prima se llamaba Eleonora. Siempre habíamos vivido juntos, bajo un sol tropical, en el Valle de la Hierba Irisada. Nadie llegó jamás sin guía a aquel valle, pues quedaba muy apartado entre una cadena de gigantescas colinas que lo rodeaban con sus promontorios, impidiendo que entrara la luz en sus más bellos escondrijos. No había sendero hollado en su vecindad, y para llegar a nuestra feliz morada era preciso apartar con fuerza el follaje de miles de árboles forestales y pisotear el esplendor de millones de flores fragantes. Así era como vivíamos solos, sin saber nada del mundo fuera del valle, yo, mi prima y su madre.

Desde las confusas regiones más allá de las montañas, en el extremo más alto de nuestro circundado dominio, se deslizaba un estrecho y profundo río, y no había nada más brillante, salvo los ojos de Eleonora; y serpeando furtivo en su sinuosa carrera,

pasaba, al fin, a través de una sombría garganta, entre colinas aún más oscuras que aquellas de donde saliera. Lo llamábamos el «Río de Silencio», porque parecía haber una influencia enmudecedora en su corriente. No brotaba ningún murmullo de su lecho y se deslizaba tan suavemente que los aljofarados guijarros que nos encantaba contemplar en lo hondo de su seno no se movían, en quieto contentamiento, cada uno en su antigua posición, brillando gloriosamente para siempre.

Las márgenes del río y de los numerosos arroyos deslumbrantes que se deslizaban por caminos sinuosos hasta su cauce, así como los espacios que se extendían desde las márgenes descendiendo a las profundidades de las corrientes hasta tocar el lecho de guijarros en el fondo, esos lugares, no menos que la superficie entera del valle, desde el río hasta las montañas que lo circundaban, estaban todos alfombrados por una hierba suave y verde, espesa, corta, perfectamente uniforme y perfumada de vainilla, pero tan salpicada de amarillos ranúnculos, margaritas blancas, purpúreas violetas y asfódelos rojo rubí, que su excesiva belleza hablaba a nuestros corazones, con altas voces, del amor y la gloria de Dios.

Y aquí y allá, en bosquecillos entre la hierba, como selvas de sueño, brotaban fantásticos árboles cuyos altos y esbeltos troncos no eran rectos, mas se inclinaban graciosamente hacia la luz que asomaba a mediodía en el centro del valle. Las manchas de sus cortezas alternaban el vívido esplendor del ébano y la plata, y no había nada más suave, salvo las mejillas de Eleonora; de modo que, de no ser por el verde vivo de las enormes hojas que se derramaban desde sus cimas en largas líneas trémulas, retozando con los céfiros, podría habérselos creído gigantescas serpientes de Siria rindiendo homenaje a su soberano, el Sol.

Tomados de la mano, durante quince años, erramos Eleonora y yo por ese valle antes de que el amor entrara en nuestros corazones. Ocurrió una tarde, al terminar el tercer lustro de su vida y el cuarto de la mía, abrazados junto a los árboles serpentinos, mirando nuestras imágenes en las aguas del Río de Silencio. No dijimos una palabra durante el resto de aquel dulce día, y aun al siguiente nuestras palabras fueron temblorosas, escasas. Habíamos arrancado al dios Eros de aquellas ondas y ahora sentíamos que había encendido dentro de nosotros las ígneas almas de nuestros antepasados. Las pasiones que durante siglos habían distinguido a nuestra raza llegaron en tropel con las fantasías por las cuales también era famosa, y juntos respiramos una dicha delirante en el Valle de la Hierba Irisada. Un cambio sobrevino en todas las cosas. Extrañas, brillantes flores estrelladas brotaron en los árboles donde nunca se vieran flores. Los matices de la alfombra verde se ahondaron, y mientras una por una desaparecían las blancas margaritas, brotaban, en su lugar, de a diez, los asfódelos rojo rubí. Y la vida surgía en nuestros senderos, pues altos flamencos hasta entonces nunca vistos, y todos los pájaros gayos, resplandecientes, desplegaron su plumaje escarlata ante nosotros. Peces de oro y plata frecuentaron el río, de cuyo seno brotaba, poco a poco, un murmullo que culminó al fin en una arrulladora melodía más divina que la del

arpa eólica, y no había nada más dulce, salvo la voz de Eleonora. Y una nube voluminosa que habíamos observado largo tiempo en las regiones del Véspero flotaba en su magnificencia de oro y carmesí y, difundiendo paz sobre nosotros, descendía cada vez más, día a día, hasta que sus bordes descansaron en las cimas de las montañas, convirtiendo toda su oscuridad en esplendor y encerrándonos como para siempre en una mágica casa-prisión de grandeza y de gloria.

La belleza de Eleonora era la de los serafines, pero era una doncella natural e inocente como la breve vida que había llevado entre las flores. Ningún artificio disimulaba el fervoroso amor que animaba su corazón, y examinaba conmigo los escondrijos más recónditos mientras caminábamos juntos por el Valle de la Hierba Irisada y discurríamos sobre los grandes cambios que se habían producido en los últimos tiempos.

Por fin, habiendo hablado un día, entre lágrimas, del último y triste camino que debe sufrir el hombre, en adelante se demoró Eleonora en este único tema doloroso, vinculándolo con todas nuestras conversaciones, así como en los cantos del bardo de Schiraz las mismas imágenes se encuentran una y otra vez en cada grandiosa variación de la frase.

Vio el dedo de la muerte posado en su pecho, y supo que, como la efímera, había sido creada perfecta en su hermosura sólo para morir; pero, para ella, los terrenos de tumba se reducían a una consideración que me reveló una tarde, a la hora del crepúsculo, a orillas del Río de Silencio. Le dolía pensar que, una vez sepulta en el Valle de la Hierba Irisada, yo abandonaría para siempre aquellos felices lugares, transfiriendo el amor entonces tan apasionadamente suyo a otra doncella del mundo exterior y cotidiano. Y entonces, allí, me arrojé precipitadamente a los pies de Eleonora y juré, anee ella y ante el cielo, que nunca me uniría en matrimonio con ninguna hija de la Tierra, que en modo alguno me mostraría desleal a su querida memoria, o a la memoria del abnegado cariño cuya bendición había yo recibido. Y apelé al poderoso amo dei Universo como testigo de la piadosa solemnidad de mi juramento. Y la maldición de El o de ella, santa en el Elíseo, que invoqué si traicionaba aquella promesa, implicaba un castigo tan horrendo que no puedo mentarlo. Y los brillantes ojos de Eleonora brillaron aún más al oír mis palabras, y suspiró como si le hubieran quitado del pecho una carga mortal, y tembló y lloró amargamente, peto aceptó el juramento (pues, ¿qué era sino una niña?), y el juramento la alivió en su lecho de muerte. Y me dijo, pocos días después, en tranquila agonía, que, en pago de lo que yo había hecho para confortación de su alma, velaría por mí en espíritu después de su partida y, si le era permitido, volvería en forma visible durante la vigilia nocturna; pero, si ello estaba fuera del poder de las almas en el Paraíso, por lo menos me daría frecuentes indicios de su presencia, suspirando sobre mí en los vientos vesperales, o colmando el aire que yo respirara con el perfume de los incensarios angélicos. Y con estas palabras en sus labios sucumbió su inocente vida, poniendo fin a la primera época de la mía.

Hasta aquí he hablado con exactitud. Pero cuando cruzo la barrera que en la senda del Tiempo formó la muerte de mi amada y comienzo con la segunda era de mi existencia, siento que una sombra se espesa en mi cerebro y duda de la perfecta cordura de mi relato. Mas dejadme seguir. Los años se arrastraban lentos y yo continuaba viviendo en el Valle de la Hierba Irisada; pero un segundo cambio había sobrevenido en todas las cosas. Las flores estrelladas desaparecieron de los troncos de los árboles y no brotaron más. Los matices de la alfombra verde se desvanecieron, y uno por uno fueron marchitándose los asfódelos rojo rubí, y en lugar de ellos brotaron de a diez oscuras violetas como ojos, que se retorcían desasosegadas y estaban siempre llenas de rocío. Y la Vida se retiraba de nuestros senderos, pues el alto flamenco ya no desplegaba su plumaje escarlata ante nosotros, mas voló tristemente del valle a las colinas, con todos los gayos pájaros brillantes que habían llegado en su compañía. Y los peces de oro y plata nadaron a través de la garganta hasta el confín más hondo de su dominio y nunca más adornaron el dulce río. Y la arrulladora melodía, más suave que el arpa eólica y más divina que todo, salvo la voz de Eleonora, fue muriendo poco a poco, en murmullos cada vez más sordos hasta que la corriente tornó, al fin, a toda la solemnidad de su silencio originario. Y por último, la voluminosa nube se levantó y, abandonando los picos de las montañas a la antigua oscuridad, retornó a las regiones del Héspero y se llevó sus múltiples resplandores dorados y magníficos del Valle de la Hierba Irisada.

Pero las promesas de Eleonora no cayeron en el olvido, pues escuché el balanceo de los incensarios angélicos, y las olas de un perfume sagrado flotaban siempre en el valle, y en las horas solitarias, cuando mi corazón latía pesadamente, los vientos que bañaban mi frente me llegaban cargados de suaves suspiros, y murmullos confusos llenaban a menudo el aire nocturno, y una vez —jah, pero sólo una vez!— me despertó de un sueño, como el sueño de la muerte, la presión de unos labios espirituales sobre los míos.

Pero, aun así, rehusaba llenarse el vacío de mí corazón. Ansiaba el amor que antes lo colmara hasta derramarse. Al fin el valle me dolía por los recuerdos de Eleonora, y lo abandoné para siempre en busca de las vanidades y los turbulentos triunfos del mundo.

Me encontré en una extraña ciudad, donde todas las cosas podían haber servido para borrar del recuerdo los dulces sueños que tanto duraran en el Valle de la Hierba Irisada. El fasto y la pompa de una corte soberbia y el loco estrépito de las armas y la radiante belleza de la mujer extraviaron e intoxicaron mi mente. Pero, aun entonces, mi alma fue fiel a su juramento, y las indicaciones de la presencia de Eleonora todavía me llegaban en las silenciosas horas de la noche. De pronto, cesaron estas manifestaciones y el mundo se oscureció ante mis ojos y quedé aterrado ante los abrasadores pensamientos que me poseyeron, ante las terribles tentaciones que me acosaron, pues llegó de alguna lejana, lejanísima tierra desconocida, a la alegre corte del rey a quien yo servía, una doncella ante cuya belleza mi corazón desleal se doblegó en seguida, a cuyos pies me incliné sin una lucha, con la más ardiente, con la más abyecta adoración amorosa. ¿Qué era, en verdad, mi pasión por la jovencita del valle, en comparación con

el ardor y el delirio y el arrebatado éxtasis de adoración con que vertía toda mi alma en lágrimas a los pies de la etérea Ermengarda? ¡Ah, brillante serafín, Ermengarda! Y sabiéndolo, no me quedaba lugar para ninguna otra. ¡Ah, divino ángel, Ermengarda! Y al mirar en las profundidades de sus ojos, donde moraba el recuerdo, sólo pensé en ellos, y en ella.

Me casé; no temí la maldición que había invocado, y su amargura no me visitó. Y una vez, pero sólo una vez en el silencio de la noche, llegaron a través de la celosía los suaves suspiros que me habían abandonado, y adoptaron la voz dulce, familiar, para decir:

“¡Duerme en paz! Pues el espíritu del Amor reina y gobierna y, abriendo tu apasionado corazón a Ermengarda, estás libre, por razones que conocerás en el Cielo, de tus juramentos a Eleonora.”

Tres domingos en una semana

Three Sundays in a week, 1841

¡Tú, insensible, testarudo, costoso, mohoso, roñoso, añojo y viejo salvaje! —dije, por lo bajo, una tarde, a mi tío abuelo Rumgudgeon agitando ante él el puño en mi imaginación.

Sólo en mi imaginación. El hecho es que, *sí* que existía justo entonces, una trivial discrepancia entre lo que yo decía y lo que no tenía el valor de decir, entre lo que hacía y lo que deseaba hacer.

La vieja marsopa, cuando abrí la puerta de la sala de estar, se hallaba sentada con los pies sobre la repisa de la chimenea y con una copa de oporto en su zarpa, haciendo activos esfuerzos por llevar a la práctica la cantinela:

Remplis ton verre vide!

Vide ton verre plein!

—Mi querido tío —dije, cerrando la puerta suavemente y aproximándome a él con la más meliflua de las sonrisas—, siempre has sido tan amable y considerado y has demostrado tu benevolencia de tantas, *tantísimas* maneras que... que creo que bastará sugerirte sólo una vez más ese pequeño asunto para estar seguro de tu plena aquiescencia.

—Ajá —dijo— ¡Buen chico! ¡Prosigue!

—Estoy seguro, queridísimo tío (*¡detestable y viejo bribón!*) que no tendrás realmente, un serio propósito de oponerte a mi unión con Kate. Eso no es más que una broma de las tuyas, ya lo sé... ¡ja, ja, ja! ¡Qué divertido eres a veces!

—¡Ja, ja, ja! —dijo él— ¡Qué condenado! ¡Vaya que sí!

—Desde luego, desde luego. Ya sabía que estabas bromeando. Bueno, tío, todo lo que Kate y yo deseamos es que nos favorezcas con tu consejo en... en lo que respecta a la fecha, *tú* ya me entiendes, tío. En un a palabra, ¿Cuándo te viene mejor que la boda vaya a consumarse? Ya me entiendes.

—¿Consumarse, bergante? ¿Qué quiere decir con eso? Mejor será que esperes primero a que se celebre.

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Ji, ji, ji! ¡Jo, jo, jo! ¡Ju, ju ju! ¡Oh, eso sí que es estupendo! ¡Qué chiste! Pero lo que queremos *ahora*, ya me entiendes tío, es que nos indiques la fecha exactamente.

—¡Ah! ¿Exactamente?

—Sí, tío. Es decir, si te viene bien.

—¿No convendría más, Bobby, que lo dejara al azar? ¿Para algún día, dentro de un año o así? ¿O es que tengo que decirlo exactamente?

—Si te place, tío..., exactamente.

—Pues bien, Bobby, hijo mío... Tú eres un buen muchacho ¿verdad? Y como quieras saber la fecha justa, yo..., sí señor, yo te voy a dar gusto por una vez.

—¡Querido tío!

—¡Chist, caballerete! (Ahogando mi voz)..., te voy a dar gusto por una vez. Tendrás mi consentimiento... y la *pasta*, no debes olvidar la pasta. ¡Vamos a ver!... ¿Cuándo será? Hoy es domingo, ¿Verdad? Pues bien, ¡Os casaréis exactamente —exactamente!—, recuérdalo, *cuando se junten tres domingos en una semana*. ¿Me oyes, caballerete? ¿Por qué abres así la boca? Repito que tendrás a Kate y su pasta cuando se junten tres domingos en una semana, pero hasta entonces no, bribón, hasta entonces, no, aunque me muera. Ya me conoces... soy *hombre de palabra*..., y, ahora, ¡largo!

Dicho esto, se echó al coleto su vaso de oporto, mientras yo salía precipitadamente de la estancia lleno de desesperación.

Un “viejo y auténtico caballero inglés” era mi tío abuelo, sí; pero a diferencia de la canción tenía sus puntos flacos. Era un personaje menudo, obeso, pomposo, apasionado y semicircular con una roja nariz, un grueso cráneo, una gran fortuna y un fuerte sentido de su propia importancia. Con el mejor corazón del mundo contribuía, debido a un predominante espíritu de contradicción, a ganarse fama de tacaño ente aquellos que sólo le conocían superficialmente. Como ocurre con muchas personas excelentes parecía poseído de la manía de atormentar a la gente, lo cual hubiese podido tomarse fácilmente a primera vista por malevolencia. A toda su petición, su inmediata respuesta era un categórico “¡no!” . Pero al final, muy, muy al final, eran poquísimas las peticiones que dejaba de atender. A todos los ataques dirigidos contra su bolsa oponía la más feroz defensa, pero, en definitiva, la cantidad que se le arrancaba estaba por lo general en razón directa con la duración del asedio y la tenacidad de la resistencia. En cuestiones de caridad ninguno daba con más liberalidad ni con peor gracia.

Por las bellas artes y, en especial, por las *belles lettres* sentía un profundo desprecio, que le había inspirado Casimir Perier, cuya petulante preguntilla “*A quoi un poète est-il bon?*” tenía la costumbre de citar, con una pronunciación muy chusca, como el *non plus ultra* de agudeza lógica. De ahí que mi propia inclinación por las Musas hubiese provocado su total descontento. Me aseguró un día, cuando le pedí un ejemplar de una nueva edición de Homero, que la traducción de “*Poeta nascitur non fit*” era que “Un asqueroso poeta no vale para nada”⁶⁷, observación que recibí con gran resentimiento. Además, su repugnancia hacia “las humanidades” había aumentado mucho últimamente a causa de un accidental viraje en favor de lo que él suponía que eran las ciencias naturales. Alguien le había abordado en la calle, tomándole nada menos que por el doctor Dubble L. Dee, el catedrático de física empírica. Esto le hizo cambiar bruscamente de rumbo, y justo por la época de esta historia, pues esta historia va

⁶⁷ Juego de palabras intraducible. La pronunciación inglesa de la frase latina *Poeta nascitur non fit* = el poeta nace, no se hace, da pie a la interpretación de Rumgudgeon.

camino de ser después de todo, mi tío abuelo Rumgudgeon se mostraba asquible y pacífico sólo en lo tocante a puntos que daban en coincidir con las cabriolas del hobby⁶⁸ que montaba. Por lo demás, reía a mandíbula batiente y su política era inflexible y fácil de comprender. Pensaba, con Horseley, que “la gente no tiene que ocuparse de las leyes más que para obedecerlas”.

Había vivido yo toda mi vida con el anciano caballero. Mis padres, al morir, me habían donado a él como un rico legado. Creo que el viejo bribón me quería como a un hijo, casi, si no tanto, como a su hija Kate, pero me daba una vida de perros, después de todo. Desde mi primer año con él hasta el quinto, me favoreció con periódicas azotainas. Del quinto al decimoquinto, me amenazaba a todas horas con el correccional. Del decimoquinto al vigésimo no pasó un día en que no me prometiera desheredarme. Era yo un tarambana, es cierto, pero eso constituía una parte de mi naturaleza, un rasgo de mi manera de ser. En Kate, sin embargo, yo tenía una fiel amiga y lo sabía. Era una buena muchacha y me decía dulcemente que sería mía (con pasta y todo), siempre que a fuerza de importunar a mi tío abuelo le arrancara el necesario consentimiento. ¡Pobre muchacha! Tenía apenas quince años y, sin ese consentimiento, no podría echar mano a su pequeño capitalito hasta que cinco incommensurables veranos hubiesen “terminado de arrastrar su larga existencia”. ¿Qué hacer, pues? A los quince, e incluso a lo veintiuno (pues yo había pasado ya mi quinta olimpiada), cinco años en perspectiva nos parecían quinientos. En vano asediábamos al anciano caballero con nuestra machaconería. Era aquella una *pièce de résistance* (como dirían los señores Ude y Carene) que se acomodaba perfectamente a su perversa imaginación. Habría excitado la indignación del mismo Job el ver hasta qué punto se conducía como un viejo perro ratonero con dos pobrecillos y míseros ratones como nosotros dos. Su corazón nada deseaba más ardientemente que nuestra unión. Era una idea que había alimentado desde siempre. En realidad, habría dado diez mil libras de su propio bolsillo (la pasta de Kate era *de ella*) si hubiese podido inventar algo que se pareciera a un pretexto para acceder a nuestros muy naturales deseos. Pero es que Kate y yo habíamos sido tan imprudentes como para mencionar por primera vez la cuestión *nosotros mismos*. Creo sinceramente que no oponerse a ella en tales circunstancias era algo superior a sus fuerzas.

He dicho ya que tenía sus puntos débiles, pero, cuando hablo de ellos, no debe entenderse que me refiero a su testarudez, que por cierto era uno de sus puntos fuertes: “assurément ce n’était pas sa faible”. Cuando menciono sus debilidades, hago ilusión a na inexplicable superstición de vieja comadre que le acosaba. Era dado a conceder mucha importancia a sueños, portentos *et id genus omne de galimatías*. Era, también muy puntilloso en pequeñas cuestiones de honor y, a su manera, hombre de palabra, sin ninguna duda. Aquello constituía, en realidad, uno de sus pasatiempos. No tenía escrúpulos en reducir el espíritu de sus promesas a cero, pero la *letra* era un

⁶⁸ Otro juego de palabras. Hobby, además de pasatiempo favorito, significa también caballito.

compromiso inviolable. Ahora bien, fue de esta última peculiaridad de su idiosincrasia de la que el ingenio de Kate nos permitió un buen día, no mucho después de nuestra entrevista en la sala, sacar un provecho inesperado. Y habiendo agotado así en prolegómenos, a la manera de todos los bardos y oradores, todo el tiempo puesto a mi servicio y casi todo el espacio puesto a mi disposición, resumiré en pocas palabras lo que constituye el meollo de esta historia.

Sucedío entonces —así lo dispusieron los hados— que entre las relaciones náuticas de mi prometida se contasen dos caballeros que acababan de poner pie en las costas de Inglaterra, tras un año de ausencia, cada uno de ellos haciendo un viaje por el extranjero. En compañía de estos dos caballeros, mi prima y yo, premeditadamente, hicimos una visita al tío Rumgudgeon un domingo por la tarde, el diez de octubre, justo tres semanas después de la memorable decisión que había echado por tierra tan cruelmente nuestras esperanzas. Durante media hora la conversación discurrió sobre tópicos corrientes, pero al fin nos las arreglamos, con toda naturalidad, para darle el siguiente giro:

CAPITÁN PRATT.—Bien, he estado ausente justo un año. Justo un año hará hoy, a fe mía. Vamos a ver... ¡sí! Estamos a diez de octubre. Recordará usted, señor Rumgudgeon, que vine a verle tal día como hoy para despedirme de usted. Y, a propósito: sí que parece una coincidencia ¿no es verdad? que nuestro amigo el capitán Smitherton, aquí presente, haya estado ausente también un año... ¡un año se cumple hoy!

SMITHERTON.—Sí, justo un año redondo. Recordará usted, señor Rumgudgeon, que vine con el capitán Pratt ese mismo día, el año pasado para presentarle mis respetos al partir.

TÍO.—Sí, sí, sí... lo recuerdo muy bien... ¡Muy raro, verdaderamente! Se marcharon ustedes dos hace justo un año. ¡Una coincidencia muy extraña, verdaderamente! Justo lo que el doctor Dubble L. Dee denominaría una extraña concurrencia de acontecimientos. El doctor Dub...

KATE.—Pues sí, papá, el capitán Pratt dio la vuelta al Cabo de Hornos y el capitán Smitherton dobló el Cabo de Beuna Esperanza.

TÍO.—¡Exactamente! El uno fue por el este y el otro fue por el oeste, tunanta, y ambos han dado la vuelta completa al mundo. Entre paréntesis, el doctor Dubble L. Dee...

YO.—(apresuradamente). Capitán Pratt, debiera usted venir mañana a pasar la tarde con nosotros..., usted y Smitherton. Podrán contarnos todo lo referente a sus viajes, jugaremos al whist y...

PRATT.—Al whist, mi querido muchacho..., olvida usted que mañana es domingo. Alguna otra tarde...

KATE.—¡Oh, no, por favor! Robert no es tan torpe. Hoy es domingo.

TÍO.—Claro que sí, claro que sí.

PRATT.—Les pido a los dos mil perdones, pero yo no puedo estar tan equivocado. Sé que mañana será domingo porque...

SMITHERTON.—(muy sorprendido). ¿En qué están pensando todo ustedes? ¿No fue ayer domingo?

TODOS.—¡Ayer! ¡Vamos! ¡Usted está chiflado!

TÍO.—Hoy es domingo, repito. ¿No lo sabré yo?

SMITHERTON.—Todos ustedes están locos... todos y cada uno de ustedes. Estoy tan seguro de que ayer fue domingo como de que me hallo sentado en esta silla.

KATE.—(levantándose impetuosamente). Ya veo... ya lo veo todo. Papá, esto significa el fallo de... de ya sabes qué. No digáis nada y os lo explicaré en un minuto. Es una cosa sencillísima, verdaderamente. El capitán Smitherton dice que ayer fue domingo, y lo fue: tiene, pues razón. El primo Bobby, el tío y yo decimos que hoy es domingo, y lo es. Tenemos, pues razón. El capitán Pratt sostiene que mañana será domingo, y lo será: tiene, pues, razón también. El hecho es que todos tenemos razón y que de esta forma se han reunido tres domingos en una semana.

SMITHERTON.—(tras una pausa). Pues sí, Pratt, Kate se halla totalmente en lo cierto. ¡Qué tontos somos los dos! Señor Rumgudgeon, la cosa es clara: la tierra, como sabe, tiene veinticuatro mil millas de circunferencia. Ahora bien, este globo terráqueo gira sobre su propio eje, da vueltas, se mueve en círculo... con lo cual esas veinticuatro mil millas de longitud se desplazan de oeste a este en veinticuatro horas exactamente. ¿Comprende, señor Rumgudgeon?

TÍO.—Desde luego, desde luego... El doctor Dub...

SMITHERTON.—(cortándole la palabra). Bien, señor, eso hace una velocidad de mil millas al este de aquí. Ahora bien, suponga que zarpo de un punto situado a mil millas al este de aquí. Desde luego me anticiparé una hora a la salida del sol aquí, en Londres. Veré salir el sol una hora antes que ustedes. Habiendo recorrido, en la misma dirección otras mil millas, me anticiparé en tres horas a ella, y así sucesivamente hasta dar la vuelta completa al globo y regresar a este punto en que, habiendo recorrido veinticuatro mil millas en dirección este, me habré anticipado a la salida del sol londinense en no menos de veinticuatro horas, es decir, tendrá un día de adelanto con respecto al horario de ustedes. Comprendido ¿eh?

TÍO.—Pero Dubble L. Dee...

SMITHERTON.—(hablando muy alto). El capitán Pratt, por el contrario, cuando hubo navegado mil millas hacia el oeste de este punto, tenía una hora de retraso y cuando hubo navegado veinticuatro mil millas hacia el oeste tenía veinticuatro horas, o un día, de retraso con respecto al horario de Londres. Así, para mí ayer era domingo, así, para ustedes hoy es domingo y así, para Pratt mañana será domingo. Y lo que es más, señor Rumgudgeon, está taxativamente claro que todos tenemos razón, pues no puede existir ninguna razón filosófica para pensar que la idea de uno de nosotros deba tener preferencia sobre la de los demás.

TÍO.—¡Vaya, vaya! Bien, Kate; bien Bobby, éste es el fallo, como decís. Pero yo soy hombre de palabra, ¡que no se olvide! Tuya será muchacho (con pasta y todo) cuando quieras. ¡Esto está concluido, por Júpiter! ¡Tres domingos en fila! ¡Iré a oír la opinión de Dubble L. Dee sobre eso!

El retrato oval

The oval portrait, 1842

El castillo en el cual mi criado se le había ocurrido penetrar a la fuerza en vez de permitirme, malhadadamente herido como estaba, de pasar una noche al ras, era uno de esos edificios mezcla de grandeza y de melancolía que durante tanto tiempo levantaron sus altivas frentes en medio de los apeninos, tanto en la realidad como en la imaginación de Mistress Radcliffe.

Según toda apariencia, el castillo había sido recientemente abandonado, aunque temporariamente. Nos instalamos en una de las habitaciones más pequeñas y menos suntuosamente amuebladas. Estaba situada en una torre aislada del resto del edificio. Su decorado era rico, pero antiguo y sumamente deteriorado. Los muros estaban cubiertos de tapicerías y adornados con numerosos trofeos heráldicos de toda clase, y de ellos pendían un número verdaderamente prodigioso de pinturas modernas, ricas de estilo, encerradas en sendos marcos dorados, de gusto arabesco.

Me produjeron profundo interés, y quizá mi incipiente delirio fue la causa, aquellos cuadros colgados no solamente en las paredes principales, sino también en una porción de rincones que la arquitectura caprichosa del castillo hacia inevitable; hice a Pedro cerrar los pesados postigos del salón, pues ya era hora avanzada, encender un gran candelabro de muchos brazos colocado al lado de mi cabecera, y abrir completamente las cortinas de negro terciopelo, guarnecidas de festones, que rodeaban el lecho. Quíselo así para poder, al menos, si no reconciliaba el sueño, distraerme alternativamente entre la contemplación de estas pinturas y la lectura de un pequeño volumen que había encontrado sobre la almohada y que trataba de su crítica y su análisis.

Leí largo tiempo; contemplé las pinturas religiosas devotamente; las horas huyeron, rápidas y silenciosas, y llegó la media noche. La posición del candelabro me molestaba, y extendiendo la mano con dificultad para no turbar el sueño de mi criado, lo coloqué de modo que arrojase la luz de lleno sobre el libro. Pero este movimiento produjo un efecto completamente inesperado. La luz de sus numerosas bujías dio de pleno en un nicho del salón que una de las columnas del lecho había hasta entonces cubierto con una sombra profunda. Vi envuelto en viva luz un cuadro que hasta entonces no advirtiera. Era el retrato de una joven ya formada, casi mujer. Lo contemplé rápidamente y cerré los ojos. ¿Por qué? no me lo expliqué al principio; pero, en tanto que mis ojos permanecieron cerrados, analicé rápidamente el motivo que me los hacía cerrar. Era un movimiento involuntario para ganar tiempo y recapacitar, para asegurarme de que mi vista no me había engañado, para calmar y preparar mi espíritu a una contemplación más fría y más serena. Al cabo de algunos momentos, miré de nuevo el lienzo fijamente.

No era posible dudar, aun cuando lo hubiese querido; porque el primer rayo de luz al caer sobre el lienzo, había desvanecido el estupor delirante de que mis sentidos se hallaban poseídos, haciéndome volver repentinamente a la realidad de la vida. El cuadro representaba, como ya he dicho, a una joven. se trataba sencillamente de un retrato de medio cuerpo , todo en este estilo, que se llama, en lenguaje técnico, estilo de viñeta; había en él mucho de la manera de pintar de Sully en sus cabezas favoritas. Los brazos, el seno y las puntas de sus radiantes cabellos, pendíanse en la sombra vaga, pero profunda, que servía de fondo a la imagen. El marco era oval, magníficamente dorado, y de un bello estilo morisco. Tal vez no fuese ni la ejecución de la obra, ni la excepcional belleza de su fisonomía lo que me impresionó tan repentina y profundamente. No podía creer que mi imaginación, al salir de su delirio, hubiese tomado la cabeza por la de una persona viva.

Empero, los detalles del dibujo, el estilo de viñeta y el aspecto del marco, no me permitieron dudar ni un solo instante. Abismado en estas reflexiones, permanecí una hora entera con los ojos fijos en el retrato. Aquella inexplicable expresión de realidad y vida que al principio me hiciera estremecer, acabó por subyugarme. Lleno de terror respeto, volví el candelabro a su primera posición, y habiendo así apartado de mi vista la causa de mi profunda agitación, me apoderé ansiosamente del volumen que contenía la historia y descripción de los cuadros.

Busqué inmediatamente el número correspondiente al que marcaba el retrato oval, y leí la extraña y singular historia siguiente:

"Era una joven de peregrina belleza, tan graciosa como amable, que en mal hora amó al pintor y, se desposó con él.

"Él tenía un carácter apasionado, estudiioso y austero, y había puesto en el arte sus amores; ella, joven, de rarísima belleza, todo luz y sonrisas, con la alegría de un cervatillo, amándolo todo, no odiando más que el arte, que era su rival, no temiendo más que la paleta, los pinceles y demás instrumentos importunos que le arrebataban el amor de su adorado. Terrible impresión causó a la dama oír al pintor hablar del deseo de retratarla. Mas era humilde y sumisa, y sentóse pacientemente, durante largas semanas, en la sombría y alta habitación de la torre, donde la luz se filtraba sobre el pálido lienzo solamente por el cielo raso.

"El artista cifraba su gloria en su obra, que avanzaba de hora en hora, de día en día.

"Y era un hombre vehemente, extraño, pensativo y que se perdía en mil ensueños; tanto que no veía que la luz que penetraba tan lúgub्रamente en esta torre aislada secaba la salud y los encantos de su mujer, que se consumía para todos excepto para él.

"Ella no obstante, sonreía más y más, porque veía que el pintor, que disfrutaba de gran fama, experimentaba un vivo y ardiente placer en su tarea, y trabajaba noche y día para trasladar al lienzo la imagen de la que tanto amaba, la cual de día en día tornábbase más débil y desanimada. Y, en verdad, los que contemplaban el retrato, comentaban en voz baja su semejanza maravillosa, prueba palpable del genio del pintor, y del profundo

amor que su modelo le inspiraba. Pero, al fin, cuando el trabajo tocaba a su término, no se permitió a nadie entrar en la torre; Porque el pintor había llegado a enloquecer por el ardor con que tomaba su trabajo, y levantaba los ojos rara vez del lienzo, ni aun para mirar el rostro de su esposa. Y no podía ver que los colores que extendía sobre el lienzo borrábanse de las mejillas de la que tenía sentada a su lado. Y cuando muchas semanas hubieron transcurrido, y no restaba por hacer más que una cosa muy pequeña, sólo dar un toque sobre la boca y otro sobre los ojos, el alma de la dama palpító aún, como la llama de una lámpara que está próxima a extinguirse. y entonces el pintor dio los toques, y durante un instante quedó en éxtasis ante el trabajo que había ejecutado; pero un minuto después, estremeciéndose, palideció intensamente herido por el terror, y gritando con voz terrible: “—¡En verdad esta es *la vida misma!*”— Se volvió bruscamente para mirar a su bien amada,... *¡Estaba muerta!*”.

La máscara de la Muerte Roja

The mask of the Red Death, 1842

Durante mucho tiempo, la «Muerte Roja» había devastado la región. Jamás pestilencia alguna fue tan fatal y espantosa. Su avatar era la sangre, el color y el horror de la sangre. Se producían agudos dolores, un súbito desvanecimiento y, después, un abundante sangrar por los poros y la disolución del ser. Las manchas purpúreas por el cuerpo, y especialmente por el rostro de la víctima, desecharan a ésta de la Humanidad y la cerraban a todo socorro y a toda compasión. La invasión, el progreso y el resultado de la enfermedad eran cuestión de media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, intrépido y sagaz. Cuando sus dominios perdieron la mitad de su población, reunió a un millar de amigos fuertes y de corazón alegre, elegidos entre los caballeros y las damas de su corte, y con ellos constituyó un refugio recóndito en una de sus abadías fortificadas. Era una construcción vasta y magnífica, una creación del propio príncipe, de gusto excéntrico, pero grandioso. Rodeábala un fuerte y elevado muro, con sus correspondientes puertas de hierro. Los cortesanos, una vez dentro, se sirvieron de hornillos y pesadas mazas para soldar los cerrojos. Decidieron atrincherarse contra los súbitos impulsos de la desesperación del exterior e impedir toda salida a los frenesíes del interior.

La abadía fue abastecida copiosamente. Gracias a tales precauciones los cortesanos podían desafiar el contagio. El mundo exterior, que se las compusiera como pudiese. Por lo demás, sería locura afligirse o pensar en él. El príncipe había provisto aquella mansión de todos los medios de placer. Había bufones, improvisadores, danzarines, músicos, lo bello en todas sus formas, y había vino. En el interior existía todo esto, además de la seguridad. Afuera, la «Muerte Roja».

Ocurrió a fines del quinto o sexto mes de su retiro, mientras la plaga hacía grandes estragos afuera, cuando el príncipe Próspero proporcionó a su millar de amigos un baile de máscaras de la más insólita magnificencia.

¡Qué voluptuoso cuadro el de ese baile de máscaras! Permítaseme describir los salones donde tuvo efecto. Eran siete, en una hilera imperial. En muchos palacios estas hileras de salones constituyen largas perspectivas en línea recta cuando los batientes de las puertas están abiertos de par en par, de modo que la mirada llega hasta el final sin obstáculo. Aquí, el caso era muy distinto, como se podía esperar por parte del duque y de su preferencia señaladísima por lo *bizarre*. Las salas estaban dispuestas de modo tan irregular que la mirada solamente podía alcanzar una cada vez. Al cabo de un espacio de veinte o treinta yardas encontrábase una súbita revuelta, y en cada esquina, un aspecto diferente.

A derecha e izquierda, en medio de cada pared, una alta y estrecha ventana gótica comunicaba con un corredor cerrado que seguía las sinuosidades del aposento. Cada ventanal estaba hecho de vidrios de colores que armonizaban con el tono dominante de la decoración del salón para el cual se abría. El que ocupaba el extremo oriental, por ejemplo, estaba decorado en azul, y los ventanales eran de un azul vivo. El segundo aposento estaba ornado y guarnecido de púrpura, y las vidrieras eran purpúreas. El tercero, enteramente verde, y verdes sus ventanas. El cuarto, anaranjado, recibía la luz a través de una ventana anaranjada. El quinto, blanco, y el sexto, violeta. El séptimo salón estaba rigurosamente forrado por colgaduras de terciopelo negro, que revestían todo el techo y las paredes y caían sobre un tapiz de la misma tela y del mismo color. Pero solamente en este aposento el color de las vidrieras no correspondía al del decorado.

Los ventanales eran escarlata, de un intenso color de sangre. Ahora bien: no veíase lámpara ni candelabro alguno en estos siete salones, entre los adornos de las paredes o del techo artesonado. Ni lámparas ni velas; ninguna claridad de esta clase, en aquella larga hilera de habitaciones. Pero en los corredores que la rodeaban, exactamente enfrente de cada ventana, levantábase un enorme trípode con un brasero resplandeciente que proyectaba su claridad a través de los cristales coloreados e iluminaba la sala de un modo deslumbrante. Producíase así una infinidad de aspectos cambiantes y fantásticos.

Pero en el salón de poniente, en la cámara negra, la claridad del brasero, que se reflejaba sobre las negras tapicerías a través de los cristales sangrientos, era terriblemente siniestra y prestaba a las fisionomías de los imprudentes que penetraban en ella un aspecto tan extraño, que muy pocos bailarines tenían valor para pisar su mágico recinto.

También en este salón erguíase, apoyado contra el muro de poniente, un gigantesco reloj de ébano. Su péndulo movíase con un tic tac sordo, pesado y monótono. Y cuando el minutero completaba el circuito de la esfera e iba a sonar la hora, salía de los pulmones de bronce de la máquina un sonido claro, estrepitoso, profundo y extraordinariamente musical, pero de un timbre tan particular y potente que, de hora en hora, los músicos de la orquesta veíanse obligados a interrumpir un instante sus acordes para escuchar el sonido. Los valsistas veíanse forzados a cesar en sus evoluciones.

Una perturbación momentánea recorría toda aquella multitud, y mientras sonaban las campanas notábase que los más vehementes palidecían y los más sensatos pasábanse las manos por la frente, pareciendo sumirse en meditación o en un sueño febril. Pero una vez desaparecía por completo el eco, una ligera hilaridad circulaba por toda la reunión. Los músicos mirábanse entre sí y reíanse de sus nervios y de su locura, y jurábanse en voz baja unos a otros que la próxima vez que sonaran las campanadas no sentirían la misma impresión. Y luego, cuando después de la fuga de los sesenta minutos que comprenden los tres mil seiscientos segundos de la hora desaparecida,

cuando llegaba una nueva campanada del reloj fatal, se producía el mismo estremecimiento, el mismo escalofrío y el mismo sueño febril.

Pero, a pesar de todo esto, la orgía continuaba alegre y magnífica. El gusto del duque era muy singular. Tenía una vista segura por lo que se refiere a colores y efectos. Despreciaba el *decora* de moda. Sus proyectos eran temerarios y salvajes, y sus concepciones brillaban con un esplendor bárbaro. Muchas gentes lo consideraban loco. Sus cortesanos sabían perfectamente que no lo era. Sin embargo, era preciso oírlo, verlo, tocarlo, para *asegurarse* de que no lo estaba.

En ocasión de esta gran *fête*, había dirigido gran parte de la decoración de los muebles, y su gusto personal había dirigido el estilo de los disfraces. No hay duda de que eran concepciones grotescas. Era deslumbrador, brillante. Había cosas chocantes y cosas fantásticas, mucho de lo que después se ha visto en "Hernani". Había figuras arabescas, con miembros y aditamentos inapropiados.

Delirantes fantasías, atavíos como de loco. Había mucho de lo bello, mucho de lo licencioso, mucho de lo *bizarre*, algo de lo terrible y no poco de lo que podría haber producido repugnancia. De un lado a otro de las siete salas pavoneábase una muchedumbre de pesadilla. Y esa multitud —la pesadilla— contorsionábase en todos sentidos, tiñéndose del color de los salones, haciendo que la música pareciera el eco de sus propios pasos.

De pronto, repica de nuevo el reloj de ébano que se encuentra en el salón de terciopelo. Por un instante queda entonces todo parado; todo guarda silencio, excepto la voz del reloj. Las figuras de pesadilla quedan yertas, paradas. Pero los ecos de la campana se van desvaneciendo. No han durado sino un instante, y, apenas han desaparecido, una risa leve mal reprimida se cierne por todos lados. Y una vez más, la música suena, vive en los ensueños.

De un lado a otro, retuércense más alegramente que nunca, reflejando el color de las ventanas distintamente teñidas y a través de las cuales fluyen los rayos de los trípodes. Pero en el salón más occidental de los siete no hay ahora máscara ninguna que se atreva a entrar, porque la noche va transcurriendo. Allí se derrama una luz más roja a través de los cristales color de sangre, y la oscuridad de las cortinas teñidas de negro es aterradora. Y a los que pisan la negra alfombra llégalas del cercano reloj de ébano un más pesado repique, más solemnemente acentuado que el que hiere los oídos de las máscaras que se divierten en las salas más apartadas.

Pero en estas otras salas había una densa muchedumbre. En ellas latía febrilmente el corazón de la vida. La fiesta llegaba a su pleno arrebato cuando, por último, sonaron los tañidos de medianoche en el reloj. Y, entonces, la música cesó, como ya he dicho, y apaciguáronse las evoluciones de los danzarines. Y, como antes, se produjo una angustiosa inmovilidad en todas las cosas. Pero el tañido del reloj había de reunir esta vez doce campanadas. Por esto ocurrió tal vez, que, con el mayor tiempo, se insinuó en las meditaciones de los pensativos que se encontraban entre los que se divertían mayor

cantidad de pensamientos. Y, quizá por lo mismo, varias personas entre aquella muchedumbre, antes que se hubiesen ahogado en el silencio los postreros ecos de la última campanada, habían tenido tiempo para darse cuenta de la presencia de una figura enmascarada que hasta entonces no había llamado la atención de nadie, Y al difundirse en un susurro el rumor de aquella nueva intrusión, se suscitó entre todos los concurrentes un cuchicheo o murmullo significativo de asombro y desaprobación. Y luego, finalmente, el terror, el pavor y el asco.

En una reunión de fantasmas como la que he descrito puede muy bien suponerse que ninguna aparición ordinaria hubiera provocado una sensación como aquélla. A decir verdad, la libertad carnavalesca de aquella noche era casi ilimitada. Pero el personaje en cuestión había superado la extravagancia de un Herodes y los límites complacientes, no obstante, de la moralidad equívoca e impuesta por el príncipe. En los corazones de los hombres más temerarios hay cuerdas que no se dejan tocar sin emoción. Hasta en los más depravados, en quienes la vida y la muerte son siempre motivo de juego, hay cosas con las que no se puede bromear. Toda la concurrencia pareció entonces sentir profundamente lo inadecuado del traje y de las maneras del desconocido. El personaje era alto y delgado, y estaba envuelto en un sudario que lo cubría de la cabeza a los pies.

La máscara que ocultaba su rostro representaba tan admirablemente la rígida fisonomía de un cadáver, que hasta el más minucioso examen hubiese descubierto con dificultad el artificio. Y, sin embargo, todos aquellos alegres locos hubieran soportado, y tal vez aprobado aquella desagradable broma. Pero la máscara había llegado hasta el punto de adoptar el tipo de la «Muerte Roja». Sus vestiduras estaban manchadas de *sangre*, y su ancha frente, así como sus demás facciones, se encontraban salpicadas con el horror escarlata.

Cuando los ojos del príncipe Próspero se fijaron en aquella figura espectral (que con pausado y solemne movimiento, como para representar mejor su papel, pavoneábase de un lado a otro entre los que bailaban), se le vio, en el primer momento, conmoverse por un violento estremecimiento de terror y de asco. Pero, un segundo después, su frente enrojeció de ira.

—¿Quién se atreve —preguntó con voz ronca a los cortesanos que se hallaban junto a él—, quién se atreve a insultarnos con esta burla blasfema? ¡Apoderaos de él y desenmascararle, para que sepamos a quién hemos de ahorcar en nuestras almenas al salir el sol!

Ocurría esto en el salón del Este, o cámara azul, donde hallábase el príncipe Próspero al pronunciar estas palabras. Resonaron claras y potentes a través de los siete salones, pues el príncipe era un hombre impetuoso y fuerte, y la música había cesado a un ademán de su mano.

Ocurría esto en la cámara azul, donde hallábase el príncipe rodeado de un grupo de pálidos cortesanos. Al principio, mientras hablaba, hubo un ligero movimiento de

avance de este grupo hacia el intruso, que, en tal instante, estuvo también al alcance de sus manos, y que ahora, con paso tranquilo y majestuoso, acercábase cada vez más al príncipe. Pero por cierto terror indefinido, que la insensata arrogancia del enmascarado había inspirado a toda la concurrencia, nadie hubo que pusiera mano en él para prenderle, de tal modo que, sin encontrar obstáculo alguno, pasó a una yarda del príncipe, y mientras la inmensa asamblea, como obedeciendo a un mismo impulso, retrocedía desde el centro de la sala hacia las paredes, él continuó sin interrupción su camino, con aquel mismo paso solemne y mesurado que le había distinguido desde su aparición, pasando de la cámara azul a la purpúrea, de la purpúrea a la verde, de la verde a la anaranjada, de ésta a la blanca, y llegó a la de color violeta antes de que se hubiera hecho un movimiento decisivo para detenerle.

Sin embargo, fue entonces cuando el príncipe Próspero, exasperado de ira y vergüenza por su momentánea cobardía, se lanzó precipitadamente a través de las seis cámaras, sin que nadie lo siguiera a causa del mortal terror que de todos se había apoderado. Blandía un puñal desenvainado, y se había acercado impetuosamente a unos tres o cuatro pies de aquella figura que se batía en retirada, cuando ésta, habiendo llegado al final del salón de terciopelo, volvióse bruscamente e hizo frente a su perseguidor. Sonó un agudo grito y la daga cayó relampagueante sobre la fúnebre alfombra, en la cual, acto seguido, se desplomó, muerto, el príncipe Próspero.

Entonces, invocando el frenético valor de la desesperación, un tropel de máscaras se precipitó a un tiempo en la negra estancia, y agarrando al desconocido, que manteníase erguido e inmóvil como una gran estatua a la sombra del reloj de ébano, exhalaron un grito de terror inexpresable, viendo que bajo el sudario y la máscara de cadáver que habían aferrado con energía tan violenta no se hallaba forma tangible alguna.

Y, entonces, reconocieron la presencia de la «Muerte Roja». Había llegado como un ladrón en la noche, y, uno por uno, cayeron los alegres libertinos por las salas de la orgía, inundados de un rocío sangriento. Y cada uno murió en la desesperada postura de su caída.

Y la vida del reloj de ébano extinguióse con la del último de aquellos licenciosos. Y las llamas de los trípodes se extinguieron. Y la tiniebla, y la ruina, y la «Muerte Roja» tuvieron sobre todo aquello ilimitado dominio.

El misterio de Marie Rogêt⁶⁹

The mystery of Marie Rogêt

Hay series ideales de acaecimientos que corren paralelos a los reales. Rara vez coinciden; por lo general. Los hombres y las circunstancias modifican la serie ideal perfecta, y sus consecuencias son por lo tanto igualmente imperfectas. Tal ocurrió con la Reforma: en vez del protestantismo tuvimos el luteranismo.

(NOVALIS, *Moral Ansichten*)

Aun entre los pensadores más sosegados, pocos hay que alguna vez no se hayan sorprendido al comprobar que creían a medias en lo sobrenatural —de manera vaga pero sobrecedora—, basándose para ello en *coincidencias* de naturaleza tan asombrosa que, en cuanto *meras coincidencias*, el intelecto no ha alcanzado a aprehender. Tales sentimientos (ya que las creencias a medias de que hablo no logran la plena fuerza del *pensamiento*) nunca se borran del todo hasta que se los explica por la doctrina de las posibilidades. Ahora bien, este cálculo es puramente matemático en esencia, y ahí os encontramos con la anomalía de que la ciencia más rígida y exacta se aplica a las sombras y vaguedades de la especulación más intangible.

Los extraordinarios detalles que me toca dar a conocer constituyen, por lo que se refiere al tiempo, la rama principal de una serie de *coincidencias* apenas comprensibles,

⁶⁹ En ocasión de la publicación original de *Marie Rogêt* las notas que ahora se agregan al pie fueron consideradas innecesarias; pero los varios años transcurridos desde la tragedia en la cual se funda este relato obligan a incorporarlas, así como a decir en pocas palabras el propósito general del presente escrito. Una joven llamada Mary Cecilia Rogers fue asesinada en las cercanías de Nueva York y, aunque su muerte produjo intensa y duradera conmoción, el misterio que la rodeaba seguía sin resolverse cuando este relato fue escrito y publicado (noviembre de 1842). Fingiendo narrar el destino de una grisette parisienne, el autor siguió con todo detalle los hechos esenciales (parafraseando los menos importantes) del verdadero asesinato de Mary Rogers. Así, todos los argumentos de la ficción se aplican a la verdad, pues su objeto era la investigación de esa verdad.

El misterio de *Marie Rogêt* fue escrito lejos de la escena del asesinato y sin otros medios de investigación que los datos de los periódicos. El autor careció, por tanto, de muchos elementos que habría obtenido de hallarse en el lugar y haber podido recorrer las vecindades. De todos modos no está de más recordar que la confesión de dos personas (una de ellas la madame Deluc del relato), efectuadas en distintos momentos y muy posteriores a la publicación, confirmaron plenamente no sólo la conclusión general, sino todos los detalles hipotéticos principales por los cuales dicha conclusión había sido alcanzada.

cuya rama secundaria o final reconocerán todos los lectores en el reciente asesinato de *Mary Cecilia Rogers*, en Nueva York.

Cuando en un relato titulado *Los crímenes de la calle Morgue*, publicado hace un año, traté de poner de manifiesto algunas notables características de la mentalidad de mi amigo, el *chevalier* C. Auguste Dupin, no se ocurrió que volvería jamás a ocuparme del tema. Era intención describir esas características, y su objeto plenamente logrado dentro de la terrible serie de circunstancias que pusieron de manifiesto el modo de ser de Dupin. Podría haber aducido otros ejemplos, pero no hubieran resultado más probatorios. Los recientes sucesos, sin embargo, con su sorprendente desarrollo, me obligan a proporcionar nuevos detalles que tendrán la apariencia de una confesión forzada. Pero, luego de lo que he oído en estos últimos tiempos, sería verdaderamente extraño que guardara silencio sobre lo que vi y oí hace mucho.

Una vez resuelta la tragedia de la muerte de madame L'Espanaye y su hija, Dupin se despreocupó inmediatamente del asunto y recayó en sus viejos hábitos de melancólica ensoñación. Por mi parte, inclinado como soy a la abstracción, no dejé de acompañarlo en su humor; seguimos ocupando las mismas habitaciones en el Faubourg Saint-Germain, y abandonamos toda preocupación por el futuro para sumergirnos plácidamente en el presente, reduciendo a sueños el mortecino mundo que nos rodeaba.

Estos sueños, sin embargo, solían interrumpirse. Fácilmente se imaginará que el papel desempeñado por mi amigo en el drama de la rue Morgue no había dejado de impresionar a la policía parisense. El nombre de Dupin se había vuelto familiar a todos sus miembros. La sencilla naturaleza de aquellas inducciones por las cuales había desenredado el misterio no fue nunca explicado por Dupin a nadie, fuera de mí —ni siquiera al prefecto—, por lo cual no sorprenderá que su intervención se considerara poco menos que milagrosa, o que las aptitudes analíticas del *chevalier* le valieran fama de intuitivo. Su franqueza lo hubiera llevado a desengañar a todos los que creyeran esto último, pero su humor indolente lo alejaba de la reiteración de un tópico que había dejado de interesarle hacia mucho. Fue así como Dupin se convirtió en el blanco de las miradas de la policía, y en no pocos casos la prefectura trató de contratar sus servicios. Uno de los ejemplos más notables lo proporcionó el asesinato de una joven llamada Marie Rogêt.

El hecho ocurrió unos dos años después, de las atrocidades de la rue Morgue. Marie, cuyo nombre y apellido llamarán inmediatamente la atención por su parecido con los de la infeliz vendedora de cigarros de Nueva York, era hija única de la viuda Estelle Rogêt. Su padre había muerto cuando Marie era muy pequeña y desde entonces hasta unos dieciocho meses antes del asesinato que nos ocupa, madre e hija habían vivido juntas en la rue Pavée Saint André⁷⁰ donde la señora Rogêt, ayudada por la joven, dirigía una pensión. Las cosas siguieron así hasta que Marie cumplió veintidós años y su

⁷⁰ Nassau Street.

gran belleza atrajo la atención de un perfumista que ocupaba uno de los negocios en la galería del Palais Royal, cuya clientela principal la constituían los peligrosos aventureros que infestaban la vecindad. Monsieur Le Blanc⁷¹ no ignoraba las ventajas de que la bella Marie atendiera la perfumería, y su generosa propuesta fue prontamente aceptada por la joven, aunque su madre no dejó de mostrar alguna vacilación.

Las previsiones del comerciante se cumplieron, y sus salones no tardaron en hacerse famosos gracias a los encantos de la vivaz *grisette*. Un año llevaba ésta en su empleo, cuando sus admiradores quedaron confundidos por su brusca desaparición. Monsieur Le Blanc no se explicaba su ausencia, y madame Rogêt estaba llena de ansiedad y terror. Los periódicos se ocuparon inmediatamente del asunto y la policía empezaba a efectuar investigaciones cuando, una semana después de su desaparición, Marie se presentó otra vez en la perfumería y reanudó sus tareas, dando la impresión de hallarse perfectamente bien, aunque su expresión reflejaba cierta tristeza. Como es natural, toda indagación fue inmediatamente suspendida, salvo las de carácter privado. Monsieur Le Blanc se mostró imperturbable y no dijo una palabra. A todas las preguntas formuladas, tanto Marie como su madre respondieron que la primera había pasado la semana con parientes que vivían en el campo. La cosa acabó ahí y fue bien pronto olvidada, sobre todo porque la joven, deseosa de evitar las impertinencias de la curiosidad, no tardó en despedirse definitivamente del perfumista y buscó refugio en casa de su madre, en la rue Pavée Saint André.

Habrían pasado cinco meses de su retorno al hogar, cuando alarmó a sus amigos una segunda y no menos brusca desaparición. Pasaron tres días sin que se tuviera noticia alguna. Al cuarto día, el cadáver apareció flotando en el Sena⁷², cerca de la orilla opuesta al barrio de la rue Sainr André, en un punto no muy alejado de la aislada vecindad de la Barrière du Roule⁷³.

La atrocidad del crimen (pues desde un principio fue evidente que se trataba de un crimen), la juventud y hermosura de la víctima y, sobre todo, su pasada notoriedad, conspiraron para producir una intensa commoción en los espíritus de los sensibles parisienses. No recuerdo ningún caso similar que haya provocado efecto tan general y profundo. Durante varias semanas la discusión del absorbente tema hizo incluso olvidar los temas políticos del momento. El prefecto desplegó una insólita actividad y, como es natural, los recursos de la policía de París fueron empleados en su totalidad.

Al descubrirse el cadáver, nadie supuso que el asesino evadiría por mucho tiempo la investigación inmediatamente iniciada. Sólo al cumplirse la primera semana se estimó necesario ofrecer una recompensa, y aun así quedó limitada a la suma de mil francos. Entretanto la indagación procedía con vigor, ya que no siempre con tino, y numerosas

⁷¹ Anderson.

⁷² El Hudson.

⁷³ Weehawken.

personas fueron interrogadas en vano, mientras la excitación popular iba en aumento al advertir que no se daba con la menor clave que develara el misterio.

Al cumplirse el décimo día se creyó conveniente doblar la suma ofrecida. Transcurrió la segunda semana sin llegar a ningún descubrimiento, y como la animosidad siempre existente en París contra la policía se manifestara en una serie de graves disturbios, el prefecto asumió personalmente la responsabilidad de ofrecer la suma de veinte mil francos «por la denuncia del asesino» o en caso de que se tratara de más de uno «por la denuncia de cualquiera de los asesinos». En la proclamación de esta recompensa se prometía completo perdón a cualquier cómplice que se declarara contra el autor del hecho; al pie del cartel se agregó un segundo, por el cual un comité de ciudadanos ofrecía otros diez mil francos de recompensa. La suma total alcanzaba, pues, a treinta mil francos, lo cual debe considerarse extraordinario teniendo en cuenta la humilde condición de la víctima y la gran frecuencia con que en las grandes ciudades acontecen atrocidades de este género.

Nadie dudó entonces de que el misterioso asesinato sería inmediatamente esclarecido. Pero, aunque se efectuaron uno o dos arrestos que prometían buenos resultados, nada pudo aclararse que comprometiera a las personas en cuestión, las cuales recobraron la libertad. Por más raro que parezca, habían transcurrido tres semanas desde el descubrimiento del cuerpo sin que surgiera la menor luz reveladora, antes de que el rumor de los acontecimientos que tanto agitaban la opinión pública llegaran a oídos de Dupin y de mí. Sumidos en investigaciones que reclamaban toda nuestra atención, hacía más de un mes que ninguno de los dos salía a la calle, recibía visitas o leía los diarios, aparte de una ojeada a los editoriales políticos. La primera noticia del asesinato nos fue traída por G... en persona. Se presentó en la tarde del 13 de julio de 18... y permaneció con nosotros hasta muy entrada la noche. Se sentía picado ante el fracaso de todos sus esfuerzos por atrapar a los asesinos. Su reputación —según declaró con un aire típicamente parisense— estaba comprometida. Incluso su honor se hallaba mancillado. Los ojos de la sociedad estaban clavados en él y no había sacrificio que no estuviese dispuesto a realizar para que el misterio quedara aclarado. Terminó su curiosa perorata con un cumplido sobre lo que denominaba el *tacto* Dupin, y le hizo una proposición tan directa como generosa, cuya naturaleza precisa no estoy en condiciones declarar, pero que no tiene relación directa con el tema fundamental de mi relato.

Mi amigo rechazó el cumplido lo mejor que pudo, pero aceptó inmediatamente la proposición, aunque sus ventajas eran momentáneas. Arreglado este punto, el prefecto procedió a ofrecernos sus explicaciones del asunto, mezcladas con largos comentarios sobre los testimonios recogidos (que no conocíamos aún). Habló largo tiempo, indudablemente con mucha sapiencia, mientras yo insinuaba una que otra sugerión y la noche avanzaba con interminable lentitud. Dupin, cómodamente instalado en su sillón habitual, era la encarnación misma de la atención respetuosa. No se quitó en ningún momento los anteojos, y una ojeada ocasional que lancé por detrás de los

cristales verdes bastó para convencerme de que dormía tan profunda como silenciosamente, a lo largo de las siete u ocho pesadísimas horas que precedieron la partida del prefecto.

A la mañana siguiente me procuré en la prefectura un informe completo de todos los testimonios obtenidos y, en las oficinas de los diarios, un ejemplar de cada edición en la cual se hubieran publicado noticias importantes sobre el triste caso. Libres de todo lo que cabía rechazar de plano, el total de las informaciones era el siguiente:

Marie Rogêt abandonó la casa de su madre en la rue Pavée Saint André hacia las nueve de la mañana del domingo 22 de junio de 18... Al salir informó a un señor Jacques St. Eustache⁷⁴ —y solamente a él— que tenía intención de pasar el día en casa de una tía que habitaba en la rue des Drômes. Esta calle, angosta y breve pero muy populosa, no está lejos de la orilla del río y queda a unas dos millas siguiendo la línea más directa posible de la pensión de madame Roget.

St. Eustache era el novio oficial de Marie, y vivía en la pensión, donde asimismo almorcaba y cenaba. Quedó convenido que iría a buscar a su prometida al anochecer, para acompañarla de regreso. Aquella tarde, empero, se puso a llover copiosamente y, al suponer que Marie se quedaría en casa de su tía (como lo había hecho en circunstancias similares) su novio no creyó necesario mantener promesa. A medida que avanzaba la noche, oyóse decir a madame Rogêt (que era una anciana achacosa, de setenta años) «que no volvería a ver nunca más a Marie»; pero en el momento nadie tomó en cuenta su observación.

El lunes se supo con certeza que la muchacha no había estado en la rue des Drômes, y cuando transcurrió el día sin noticias de ella se inició una tardía búsqueda en distintos puntos de la ciudad y alrededores. Pero sólo al cuarto día de la desaparición se tuvieron las primeras noticias concretas. Ese día (miércoles, 25 de junio) un Beauvais⁷⁵, que en unión de un amigo había estado haciendo indagaciones sobre Marie cerca de la Barrière du Roule, en la orilla del Sena opuesta a la rue Pavée Saint André, fue informado de que unos pescadores acababan de extraer y llevar a la orilla un cadáver que había aparecido flotando en el río. En presencia del cuerpo, y luego de alguna vacilación, Beauvais lo identificó como el de la muchacha de la perfumería. Su amigo la reconoció antes que él.

El rostro estaba cubierto de sangre coagulada, parte de la cual salía de la boca. No se advertía ninguna espuma, como ocurre con los ahogados. Los tejidos celulares no estaban decolorados. Alrededor de la garganta se advertían magulladuras y huellas de dedos. Los brazos estaban doblados sobre el pecho y rígidos. La mano de derecha aparecía cerrada; la izquierda, abierta en parte. En la muñeca izquierda había dos excoriaciones circulares, aparentemente causadas por cuerdas o por una cuerda pasada dos veces. Parte de la muñeca derecha aparecía también muy excoriada, mismo que toda la espalda y en especial los omoplatos. Al traer el cuerpo a la orilla los pescadores

⁷⁴ Payne.

⁷⁵ Crommelin.

lo habían atado con una soga, pero ninguna de las excoriaciones había sido producida por ésta. El cuello aparecía sumamente hinchado. No se veía ninguna herida, ni contusiones que provinieran de golpes. Alrededor del cuello se encontró un cordón atado con tanta fuerza que no se alcanzaba a distinguirlo, de tal modo estaba incrustado en la carne; había sido asegurado con un nudo situado exactamente debajo de la oreja izquierda. Esto solo hubiera bastado para provocar la muerte. El testimonio médico dejó expresamente establecida la virtud de la difunta, expresando que había sido sometida a una brutal violencia. Al ser encontrado el cuerpo se hallaba en un estado que no impedía su identificación por parte de sus conocidos.

Las ropas de la víctima aparecían llenas de desgarrones y en desorden. Una tira de un pie de ancho había sido arrancada del vestido, desde el ruedo de la falda hasta la cintura, pero no desprendida por completo. Aparecía arrollada tres veces en la cintura y asegurada mediante una especie de ligadura en la espalda. La bata que Marie llevaba debajo del vestido era de fina muselina; una tira de dieciocho pulgadas de ancho había sido arrancada por completo de esta prenda, de manera muy cuidadosa y regular. Dicha tira apareció alrededor del cuello, pero no apretada, aunque había sido asegurada con un nudo finísimo. Sobre la tira de muselina y el cordón había un lazo procedente de una cofia, que aún colgaba de él. Dicho lazo estaba asegurado con un nudo de marinero, y no con el que emplean las señoras.

Luego de identificado, el cadáver no fue conducido a la morgue, como se acostumbraba, ya que la formalidad parecía superflua, sino enterrado presurosamente no lejos del lugar donde fuera extraído del agua. Gracias a los esfuerzos de Beauvais, el asunto se mantuvo cuidadosamente en secreto y transcurrieron varios días antes de que el interés público despertara. Un semanario, sin embargo⁷⁶, se ocupó por fin del tema; exhumóse el cadáver, procediéndose a un nuevo examen del mismo, pero nada se agregó a lo anteriormente conocido. Mas esta vez se mostraron las ropas a la madre y amigos de Marie, quienes las identificaron como las que vestía la muchacha al abandonar su casa.

La agitación, entre tanto, aumentaba de hora en hora. Numerosas personas fueron arrestadas y puestas nuevamente en libertad. St. Eustache en especial, provocaba vivas sospechas, pues en un comienzo fue incapaz de explicar satisfactoriamente sus movimientos a lo largo del domingo en que Marie salió de su casa. Más tarde, empero, presentó a monsieur G... testimonios escritos que daban cuenta clara de cada hora del día en cuestión. A medida que transcurría el tiempo sin que se hiciera el menor descubrimiento, empezaron a circular mil rumores contradictorios, y los periodistas se entregaron a la tarea de proponer *sugestiones*. Entre ellas, la que más llamó la atención fue la de que Marie Rogêt estaba todavía viva, y que el cuerpo hallado en el Sena correspondía a alguna otra desventurada mujer. Creo oportuno someter al lector los

⁷⁶ El Mercury, de Nueva York.

pasajes que contienen la sugerión aludida. Son transcripción literal de artículos aparecidos en *L'Etoile*⁷⁷, periódico redactado habitualmente con mucha competencia.

«Mademoiselle Rogêt abandonó la casa de su madre en la mañana del domingo 22 de junio, con el ostensible propósito de visitar a su tía o a algún otro parente en la rue des Drômes. Desde esa hora, nadie parece haber vuelto a verla. No hay la menor huella ni noticia. Hasta la fecha, por lo menos, no se ha presentado nadie que la haya visto una vez que salió de la casa materna. Ahora bien, aunque carecemos de testimonios de que Marie Rogêt se hallaba aún entre los vivos después de las nueve de la mañana del domingo 22 de junio, hay pruebas de que lo estaba hasta esa hora. El miércoles, a mediodía, un cuerpo de mujer fue descubierto a flote cerca de la orilla de la Barrière du Roule. Aun presumiendo que Marie Rogêt fuera arrojada al río dentro de las tres horas siguientes a la salida de su casa, esto significa un término de tres días, hora más o menos, desde el momento en que abandonó su hogar. Pero sería absurdo suponer que el asesinato (si se trata de un asesinato), pudo ser consumado lo bastante pronto para permitir a los perpetradores arrojar el cuerpo al río antes de medianoche. Quienes cometen tan horribles crímenes prefieren la oscuridad a la luz... Vemos así que, si el cuerpo hallada en el río era de Marie Rogêt, sólo pudo estar en el agua dos días y medio, o tres como máximo. Las experiencias han demostrado que los cuerpos de los ahogados, o de los arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta, requieren de seis a diez días para que la descomposición esté lo bastante avanzada como para devolverlos a la superficie. Incluso si se dispara un cañonazo sobre el lugar donde hay un cadáver, y éste sube a la superficie antes de una inmersión de cinco o seis días, volverá a hundirse si no se lo amarra. Preguntamos ahora: ¿qué pudo determinar semejante alteración en el curso natural de las cosas?

»Si el cuerpo, maltratado como estaba, hubiera permanecido en tierra hasta la noche del martes, no habría dejado de aparecer en la costa alguna huella de los asesinos. Asimismo, resulta dudoso que el cuerpo hubiera subido tan pronto a flote, aun lanzado al agua después de dos días de producida la muerte. Y, lo que es más, parece altamente improbable que los miserables capaces de semejante crimen hayan arrojado el cadáver al agua sin atarle algún peso para mantenerlo sumergido, cosa que no ofrecía la menor dificultad.»

El articulista continúa arguyendo que el cuerpo debió de estar en el agua «no solamente tres días, sino, por lo menos, cinco veces ese tiempo», pues aparecía tan descompuesto que Beauvais tuvo gran dificultad para identificarlo. Este último punto, empero, fue plenamente refutado. Continúo traduciendo:

«¿En qué se basa, pues, monsieur Beauvais para afirmar que no duda de que el cuerpo es el de Marie Rogêt? Sabemos que procedió a desgarrar la manga del vestido y que afirmó que había advertido en el brazo marcas que probaban su identidad. El

⁷⁷ Brother Jonhatan, de Nueva York, dirigido por H. Hastings Weld, Esq.

público habrá pensado que se trataba de alguna cicatriz o cicatrices. Pero monsieur Beauvais se limitó a frotar el brazo y comprobar el vello lo cual es el detalle menos concluyente que nos sea dado imaginar y tan poco probatorio como encontrar el brazo dentro de la manga. Monsieur Beauvais no regresó esa noche, pero hizo saber a madame Rogêt, a las siete de la tarde del miércoles que se continuaba la investigación referente a su hija. Si concedemos que, dada su edad y su aflicción, madame Rogêt no podía identificar personalmente el cuerpo (lo cual es conceder mucho) cabe suponer que bien podía haber alguna otra persona o personas que consideraran necesario hacerse presentes y seguir de cerca la investigación si creían que el cadáver era el de Marie. Pero nadie se presentó. No se dijo ni se oyó una sola palabra sobre el asunto en la rue Pavée Saint André, nada que llegara a conocimiento de los ocupantes de la misma casa. Monsieur St. Eustache, el prometido de Marie, que habitaba en la pensión de su madre, declara que no supo nada del descubrimiento del cuerpo de su novia hasta que, a la mañana siguiente, monsieur Beauvais entró en su habitación y le comunicó la noticia. Se diría que semejante noticia fue recibida con suma frialdad.»

De esta manera, el articulista se esforzaba por crear la impresión de una cierta apatía por parte de los parientes de Marie, contradictoria con la suposición de que dichos parientes creían que el cadáver era el de la joven. Las insinuaciones pueden reducirse a lo siguiente: Marie, con la complicidad de sus amigos, se había ausentado de la ciudad por razones que implicaban un cargo contra su castidad. Al aparecer en el Sena un cuerpo que se parecía algo al de la muchacha, sus parientes habían aprovechado la oportunidad para impresionar al público con el convencimiento de su muerte. Pero *L'Etoile* volvía a apresurarse. Probóse claramente que la aludida apatía no era tal; que la madre de Marie estaba muy débil y tan afligida que era incapaz de ocuparse de nada; que St. Eustache, lejos de haber recibido fríamente la noticia, hallábese en estado de desesperación y se conducía de una manera tan extrañada, que monsieur Beauvais debió pedir a un amigo y pariente que no se separara de su lado y le impidiera presenciar la exhumación del cadáver.

L'Etoile afirmaba, además, que el cuerpo había sido nuevamente enterrado a costa del municipio, que la familia había rechazado de plano una ventajosa oferta de sepultura privada, y que en la ceremonia no había estado presente ningún miembro de la familia. Pero todo eso, publicado a fin de reforzar la impresión que el periódico buscaba producir, fue satisfactoriamente refutado. Un número posterior del mismo diario trataba de arrojar sospechas sobre el mismo Beauvais. El redactor manifestaba:

«Se ha producido una novedad en este asunto. Nos informan que, en ocasión de una visita de cierta madame B... a la casa de madame Rogêt, monsieur Beauvais, que se disponía a salir, dijo a la primera nombrada que no tardaría en venir un gendarme, pero que no debía decir una sola palabra hasta su regreso, pues él mismo se ocuparía del asunto. En el estado actual de cosas, monsieur Beauvais parece ser quien tiene todos los hilos en la mano. Es imposible dar el menor paso sin tropezar en seguida con su

persona. Por alguna razón, este caballero ha decidido que nadie fuera de él se ocupara de las actuaciones, y se las ha compuesto para dejar de lado a los parientes masculinos de la difunta, procediendo en forma harto singular. Parece, además, haberse mostrado muy refractario a que los parientes de la víctima vieran el cadáver.»

Un hecho posterior contribuyó a dar alguna consistencia a las sospechas así arrojadas sobre Beauvais. Días antes de la desaparición de la joven, una persona que acudió a la oficina de aquél, en ausencia de su ocupante, observó que en la cerradura de la puerta había una *rosa*, y que en una pizarra colgada al lado aparecía el nombre *Marie*.

Hasta donde podíamos deducirlo por la lectura de los diarios, la impresión general era que la muchacha había sido víctima de una banda de criminales, quienes la habían arrastrado cerca del río, maltratado y, finalmente, asesinado. *Le Commerciel*⁷⁸ periódico de gran influencia combatía, sin embargo, vigorosamente esta opinión popular. Cito uno o dos pasajes de sus columnas:

«Estamos persuadidos de que, al encaminarse hacia la Barrière du Roule, la indagación ha seguido hasta ahora un camino equivocado. Es imposible que una persona tan popularmente conocida como la joven víctima hubiera podido caminar tres cuadras sin que la viera alguien, y cualquiera que la hubiese visto la recordaría, porque su figura interesaba a todo el mundo. Las calles estaban llenas de gente cuando Marie salió. Imposible que haya llegado a la Barrière du Roule o a la rue des Drômes sin ser reconocida por una docena de testigos. Y, sin embargo, no se ha presentado nadie que la haya visto fuera de la casa de su madre; aparte del testimonio que se refiere a las *intenciones* expresadas por Marie, no existe prueba alguna de que realmente haya salido de su casa.

»El traje de la víctima había sido desgarrado, arrollado a su cintura y atado; el propósito era llevar el cadáver como se lleva un envoltorio. Si el asesinato hubiera sido cometido en la Barrière du Roule no habría habido la menor necesidad de semejante cosa. El hecho de que el cuerpo haya sido encontrado flotando cerca de la Barrière no prueba el lugar donde fue arrojado al agua... Un trozo de una de las enaguas de la infortunada muchacha, de dos pies de largo por uno de ancho, le fue aplicado bajo el mentón y atado detrás de la cabeza, probablemente para ahogar sus gritos. Los individuos que hicieron esto no tenían pañuelo en el bolsillo.»

Uno o dos días antes de que el prefecto nos visitara, la policía recibió importantes informaciones que parecieron invalidar los argumentos esenciales de *Le Commerciel*. Dos niños, hijos de cierta madame Deluc, que vagabundeaban por los bosques próximos a la Barrière du Roule, entraron casualmente en un espeso soto, donde había tres o cuatro grandes piedras que formaban una especie de asiento con respaldo y escabel. Sobre la piedra superior aparecían unas enaguas blancas; en la segunda, una chalina de seda. También encontraron una sombrilla, guantes y pañuelo de bolsillo. Este último

⁷⁸ Journal of Commerce, de Nueva York.

ostentaba el nombre «Marie Rogêt». En las zarzas circundantes aparecieron jirones de vestido. La tierra estaba removida, rotos los arbustos y no cabía duda de que una lucha había tenido lugar. Entre el soto y el río se descubrió que los vallados habían sido derribados y la tierra mostraba señales de que se había arrastrado una pesada carga.

Un semanario, *Le Soleil*⁷⁹ contenía el siguiente comentario del descubrimiento, comentario que era como el eco de la prensa parisense.

«Con toda evidencia, los objetos hallados llevaban en el lugar tres o cuatro semanas, por lo menos; aparecían estropeados y enmohecidos por la acción de las lluvias; el moho los había pegado entre sí. El pasto había crecido en torno y encima de algunos de ellos. La seda de la sombrilla era muy fuerte, pero sus fibras se habían adherido unas a otras por dentro. La parte superior, de tela doble y plegada, estaba enmohecida por la acción de la intemperie y se rompió al querer abrirla. Los jirones del vestido en las zarzas tenían unas tres pulgadas de ancho por seis de largo. Uno de ellos correspondía al dobladillo del vestido y había sido remendado; otro trozo era parte de la falda, pero no del dobladillo. Daban la impresión de ser pedazos arrancados y se hallaban en la zarza espinosa, a un pie del suelo... No cabe ninguna duda, pues, de que se ha descubierto el escenario de tan espantoso atentado.»

Otros testimonios surgieron a consecuencia del descubrimiento. Madame Deluc declaró ser la dueña de una posada situada sobre el camino, no lejos de la orilla del río, en la parte opuesta a la Barrière du Roule. Esta región es particularmente solitaria y constituye el habitual lugar de esparcimiento de los pájaros de cuenta de París, que cruzan el río en bote. Hacia las tres de la tarde del domingo en cuestión llegó a la posada una muchacha a quien acompañaba un hombre joven y moreno. Permanecieron algún tiempo en la casa. Al partir se en caminaron rumbo a los espesos bosques de la vecindad. Madame Deluc había observado con atención el tocado de la muchacha, pues le recordaba mucho uno que había tenido una parienta suya fallecida. Reparó, sobre todo, en la chalina. Poco después de la partida de la pareja se presentó una pandilla de malandrines, quienes se condujeron escandalosamente, comieron y bebieron sin pagar, siguieron luego la ruta que habían tomado los dos jóvenes y regresaron a la posada al anochecer, volviendo a cruzar el río como si tuvieran mucha prisa.

Poco después de oscurecer, aquella misma tarde, madame Deluc y su hijo mayor oyeron los gritos de una mujer en la vecindad de la posada. Los gritos eran violentos, pero duraron poco. Madame D. no solamente reconoció la chalina hallada en el soto, sino el vestido que tenía el cadáver. Un conductor de ómnibus, Valence⁸⁰, testimonió asimismo haber visto a Marie Rogêt cuando cruzaba en un *ferry* el Sena, el domingo en cuestión, acompañada por un joven moreno. Valence conocía a la muchacha y estaba seguro de su identidad. Los efectos encontrados en el soto fueron reconocidos sin lugar a dudas por los parientes de la víctima.

⁷⁹ Saturday Evening Post, de Filadelfia, dirigido por C. I. Peterson, Esq.

⁸⁰ Adam.

Los distintos testimonios e informaciones recogidos por mí a pedido de Dupin contenían tan sólo un punto más, pero, al parecer, de gran importancia. Inmediatamente después del descubrimiento de las ropas que acaban de describirse encontróse el cuerpo de St. Eustache, el prometido de Marie, quien yacía moribundo en la vecindad de la que todos suponían la escena del atentado. Un frasco con la inscripción *láudano* apareció vacío a su lado. El aliento del agonizante revelaba la presencia del veneno. St. Eustache murió sin decir una palabra. En sus ropas se halló una carta donde brevemente reiteraba su amor por Marie y su intención de suicidarse.

—Apenas necesito decirle —aclaró Dupin al finalizar el examen de mis notas—, que este caso es mucho más intrincado que el de la rue Morgue, del cual difiere en un importante aspecto. Estamos aquí en presencia de un crimen *ordinario*, por más atroz que sea. No hay nada particularmente excesivo, *outré*, en sus características. Observará usted que por esta razón se consideró que el misterio era sencillo, cuando, en realidad, y por la misma razón, debía considerárselo *muy difícil*. Al principio, por ejemplo, no se creyó necesario ofrecer una recompensa. Los agentes de G... fueron capaces de comprender inmediatamente cómo y por qué *podía haberse cometido* esa atrocidad.. Se representaron imaginariamente un modo —muchos modos— y un móvil —muchos móviles—. Y como no era imposible que cualquiera de tan numerosos modos y móviles *pudiera haber sido* el verdadero, descontaron que uno de ellos *tenía* que ser el verdadero. Pero la facilidad con que nacieron tan diversas fantasías y lo plausible de cada una deberían haber indicado las dificultades del caso antes que su facilidad. Ya le he hecho notar que la razón se abre camino por encima del nivel ordinario, si es que ha de encontrar la verdad, y que la verdadera pregunta en casos como éstos no es tanto: «¿Qué ha ocurrido?», sino: « ¿Qué hay en lo ocurrido, que no se parece a nada de lo ocurrido anteriormente?» En las investigaciones en casa de madame L'Espanaye⁸¹ los agentes de G.... quedaron confundidos y descorazonados por lo *insólito*, lo infrecuente del caso que, para un intelecto debidamente ordenado, hubiese significado el más seguro augurio de buen éxito; mientras ese mismo intelecto podría desesperarse ante el carácter ordinario de todas las apariencias en el caso de la muchacha de la perfumería, que para los funcionarios de la prefectura eran signos de un fácil triunfo.

»En el caso de madame L'Espanaye y su hija, desde el principio de nuestra investigación no cupo duda alguna de que se había cometido un crimen. La idea de suicidio fue inmediatamente excluida. También aquí, desde el comienzo, podemos eliminar toda suposición en ese sentido. El cuerpo hallado en la Barrière du Roule se hallaba en un estado que elimina toda vacilación sobre punto tan importante. Pero se ha sugerido que el cadáver hallado no es el de Marie Rogêt; y la recompensa ofrecida se refiere a la denuncia del asesino o asesinos de ésta, y lo mismo el acuerdo a que hemos llegado con el prefecto. Bien conocemos a este caballero y no debemos confiar

⁸¹ Véase Los crímenes de la calle Morgue.

demasiado en él. Si iniciamos nuestras investigaciones a partir del cadáver hallado y seguimos la huella del asesino hasta descubrir que el cadáver pertenece a otra persona, o bien si partimos de la suposición de que Marie está viva y verificamos que, efectivamente, ésa es la verdad, en ambos casos perdemos el precio de nuestras fatigas, ya que tenemos que entendernos con monsieur G... Vale decir que nuestro primer objetivo —si pensamos en nosotros tanto como en la justicia— debe consistir en dejar bien establecido que el cadáver hallado pertenece a la Marie Rogêt desaparecida.

»Los argumentos de *L'Etoile* han tenido gran repercusión entre el público, y el periódico mismo está tan convencido de su importancia que comienza así uno de sus Comentarios sobre el tema: «Varios diarios de la mañana, en su edición de hoy, aluden al *concluyente* artículo de *L'Etoile* del domingo». Para mí el tal artículo no es nada concluyente y sólo demuestra el celo de su redactor. Debemos tener en cuenta que, en general, nuestros periódicos se proponen fines sensacionalistas y triunfos personales mucho más que servir la causa de la verdad. Este último objetivo solamente es perseguido cuando coincide con los anteriores. El diario que se conforma con la opinión general (por bien fundada que esté) no logra los sufragios de la multitud. La masa popular sólo considera profundo aquello que está en *abierta contradicción* con las nociones generales. Tanto en el raciocinio como en la literatura, el *epígrama* obtiene la aprobación inmediata y universal. Y en ambos casos se halla en lo más bajo de la escala de méritos.

»Quiero decir que la mezcla de epígrama y melodrama que hay en la idea de que Marie Rogêt está todavía viva vale más para *L'Etoile* que lo que puede haber de plausible en esa sugerencia, y le ha ganado la favorable acogida del público. Examinemos lo principal de los argumentos del diario, tratando de evitar la incoherencia con la cual han sido expuestos.

»El primer propósito del redactor consiste en mostrar, basándose en lo breve del intervalo entre la desaparición de Marie y el hallazgo del cuerpo en el río, que este último no puede ser el de Marie. De inmediato, el redactor trata de reducir dicho intervalo a sus menores proporciones. En la ansiosa persecución de este objetivo, no vacila en abandonarse a meras suposiciones. «Sería absurdo suponer —declara— que el asesinato (si se trata de un asesinato) pudo ser consumado lo bastante pronto para permitir a los perpetradores arrojar el cuerpo al río antes de media noche.» Con toda naturalidad pregunto: *¿por qué?* ¿Por qué es absurdo suponer que el crimen pudo ser cometido *cinco minutos* después de que la muchacha salió de casa de su madre? ¿Por qué es absurdo suponer que el crimen fue cometido en cualquier momento de ese día? Ha habido asesinatos a todas horas. Pero si el crimen hubiese tenido lugar en cualquier momento entre las nueve de la mañana del domingo y un cuarto de hora antes de media noche, siempre habría habido tiempo suficiente «para arrojar el cuerpo al río antes de media noche». La suposición, pues, se reduce a esto: el asesinato no fue cometido el día domingo. Pero si permitimos a *L'Etoile* suponer eso, bien podemos permitirle todas las

libertades. El párrafo que comienza: «Sería absurdo suponer que el asesino, etcétera», debió haber sido concebido por el redactor en la forma siguiente: «*Sería* absurdo suponer que el asesinato (Si se trata de un asesinato) pudo ser consumado lo bastante pronto para permitir a los perpetradores arrojar el cuerpo al río antes de media noche; es absurdo, decimos, suponer tal cosa, y a la vez (como estamos resueltos a suponer) que el cuerpo *no fue* tirado al río hasta *después* de media noche» Frase bastante inconsistente en sí, pero no tan ridícula como la impresa.

Si mi propósito —continuó Dupin— se limitara meramente a impugnar este pasaje del argumento de *L'Etoile*, podría dejar la cosa así. Pero no tenemos que habérnoslas con *L'Etoile*, sino con la verdad. Tal como aparece, la frase en cuestión sólo tiene un sentido, pero resulta importantísimo que vayamos más allá de las meras palabras, en busca de la idea que éstas trataron obviamente de expresar sin conseguirlo. La intención del periodista era hacer notar que en cualquier momento del día o de la noche del domingo en que se hubiera cometido el crimen, resultaba improbable que los asesinos hubieran osado transportar el cuerpo al río antes de media noche. Y es aquí donde reside la suposición contra la cual me rebelo. Se da por supuesto que el asesinato fue cometido en un lugar y en tales circunstancias que hacían necesario *transportar* el cadáver. Ahora bien, el asesinato pudo producirse a la orilla del río o en el río mismo; vale decir que el acto de arrojar el cadáver al río pudo ocurrir en cualquier momento del día o de la noche, como la forma de ocultamiento más inmediata y más obvia. Comprenderá que no sugiero nada de esto como probable o como coincidente con mi propia opinión. Hasta ahora, mis intenciones no se refieren a los *hechos* del caso. Simplemente deseo prevenirlo contra el tono de esa sugerencia de *L'Etoile*, mostrándole desde un comienzo su carácter.

Luego de fijar un límite adecuado a sus nociones preconcebidas y de suponer que, de tratarse del cuerpo de Marie, sólo podría haber permanecido breve tiempo en el agua, el diario continúa diciendo:

«Las experiencias han demostrado que los cuerpos de los ahogados o de los arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta requieren de seis a diez días para que la descomposición esté lo bastante avanzada como para devolverlos a la superficie. Incluso si se dispara un cañonazo sobre el lugar donde hay un cadáver y éste sube a la superficie antes de una inmersión de cinco o seis días volverá a hundirse si no se lo amarra.»

Estas afirmaciones han sido tácitamente aceptadas por todos los diarios de París con excepción de *Le Moniteur*⁸². Este último se esfuerza por desvirtuar esa parte del párrafo que se refiere a «los cuerpos de los ahogados», citando cinco o seis casos en los cuales los cadáveres de personas ahogadas reaparecieron a flote tras un lapso menor del que sostiene *L'Etoile*. Pero *Le Moniteur* procede de manera muy poco lógica al pretender

⁸² The Commercial Advertiser, de Nueva York, dirigido por el coronel Stone.

refutar la totalidad del argumento de *L'Etoile* mediante ejemplos particulares que lo contradicen. Aunque hubiera sido posible aducir cincuenta en vez de cinco ejemplos de cuerpos que se hallaron flotando después de dos o tres días, esos cincuenta ejemplos podrían seguir siendo razonablemente considerados como excepciones a la regla de *L'Etoile* hasta el momento en que pudiera refutarse la regla misma. Admitiendo esta última (como lo hace *Le Moniteur*, que se limita a señalar sus excepciones), el argumento de *L'Etoile* pierde toda su fuerza, ya que sólo se refiere a la *probabilidad* de que el cuerpo haya surgido a la superficie en menos de tres días, y esta probabilidad seguirá manteniéndose a favor de *L'Etoile* hasta que los ejemplos tan puerilmente aducidos tengan número suficiente para constituir una regla antagónica.

Verá usted de inmediato que toda argumentación opuesta debe concentrarse en la regla en sí, y a tal fin debemos examinar la razón misma de la regla. En general, el cuerpo humano no es ni más liviano ni más pesado que el agua del Sena; vale decir que el peso específico de cuerpo humano en condición natural equivale aproximadamente al del volumen de agua dulce que desplaza. Los cuerpos de gentes gruesas y corpulentas, de huesos pequeños, y en general los de las mujeres, son más livianos que los cuerpos delgados, de huesos grandes, y en general de los masculinos; a su vez el peso específico del agua de río se ve más o menos influido por el flujo proveniente del mar. Pero, dejando esto a un lado, puede afirmarse que *muy* pocos cuerpos se hundirían espontáneamente, incluso en agua dulce. Prácticamente todos los que caen en un río pueden mantenerse a flote, siempre que logren equilibrar el peso específico del agua con el suyo; vale decir, que queden casi completamente sumergidos, con el mínimo posible fuera del agua. La posición adecuada para el que no sabe nadar es la vertical, como si estuviera caminando, con la cabeza completamente echada hacia atrás y sumergida, salvo la boca y la nariz. Colocados en esa forma, descubriremos que nos mantenemos a flote sin dificultad ni esfuerzo. Naturalmente que el peso del cuerpo y el volumen de agua desplazado se equilibran estrechamente, y la menor diferencia determinará la preponderancia de uno de ellos. Un brazo levantado fuera del agua, por ejemplo, y privado así de su sostén, representa un peso adicional suficiente para sumergir por completo la cabeza, mientras que la ayuda del más pequeño trozo de madera nos permitirá sacar la cabeza lo suficiente para mirar en torno.

Ahora bien, cuando alguien que no sabe nadar se debate en el agua, levantará invariablemente los brazos, mientras se esfuerza por mantener la cabeza en posición vertical. El resultado de esto es la inmersión de la boca y la nariz, que acarrea, en los esfuerzos por respirar, la entrada del agua en los pulmones. El agua penetra igualmente en el estómago, y el cuerpo pesa más por la diferencia entre el peso del aire que previamente llenaba dichas cavidades y el del líquido que las ocupa ahora. Tal diferencia basta para que el cuerpo se hunda por regla general, aunque es insuficiente en caso de personas de huesos menudos y una cantidad anormal de materia grasa. Estas personas siguen flotando incluso después de haberse ahogado.

Suponiendo que el cuerpo se encuentre en el fondo del río, permanecerá allí hasta que por algún motivo su peso específico vuelva a ser menor que la masa de agua que desplaza. Esto puede deberse a la descomposición o a otras razones. La descomposición produce gases que distienden los tejidos celulares y todas las cavidades, produciendo en el cadáver esa hinchazón tan horrible de ver. Cuando la distensión ha avanzado a punto tal que el volumen del cuerpo aumenta sin un aumento correspondiente de *masa*, su peso específico resulta menor que el del agua desplazada y, por tanto, se remonta a la superficie. Pero la descomposición se ve modificada por innumerables circunstancias y es acelerada o retardada por múltiples causas; vayan como ejemplos el calor o frío de la estación, la densidad mineral o la pureza del agua, la profundidad de ésta, su movimiento o estancamiento, las características del cuerpo, su estado normal o anormal antes de la muerte. Resulta, pues, evidente que no podemos señalar con seguridad un período preciso tras el cual el cadáver saldrá a flote a causa de la descomposición. Bajo ciertas condiciones, este resultado puede ocurrir dentro de una hora; bajo otras, puede no producirse jamás. Existen preparados químicos por los cuales un cuerpo puede ser preservado *para siempre* de la corrupción; uno de ellos es el bichloruro de mercurio. Pero, aparte de la descomposición, suele producirse en el estómago una cantidad de gas derivada de la fermentación acetosa de materias vegetales, gas que también puede originarse en otras cavidades y provenir de otras causas, en cantidad suficiente para provocar una distensión que hará subir el cuerpo a la superficie. El efecto producido por el disparo de un cañón es el resultante de las simples vibraciones. Estas desprenderán el cuerpo del barro o el limo en el cual se halle depositado, permitiéndole salir a flote una vez que las causas antes citadas lo hayan preparado para ello; también puede vencer la resistencia de algunas partes putrescibles de los tejidos celulares, permitiendo que las cavidades se distiendan bajo la influencia de los gases.

Así, una vez que tenemos ante nosotros todos los datos necesarios sobre este tema, podemos emplearlos para poner fácilmente a prueba las afirmaciones de *L'Etoile*. «Las experiencias han demostrado —dice éste— que los cuerpos de los ahogados, o de los arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta, requieren de seis a diez días para que la descomposición esté lo bastante avanzada como para devolverlos a la superficie. Incluso si se dispara un cañonazo sobre el lugar donde hay un cadáver, y éste sube a la superficie antes de una inmersión de cinco o seis días, volverá a hundirse si no se lo amarra.»

A la luz de lo que sabemos, la totalidad de este párrafo aparece como un tejido de inconsecuencias e incoherencias. La experiencia *no* demuestra que «los cuerpos de ahogados» *requieran* de seis a diez días para que la descomposición avance lo suficiente para devolverlos a la superficie. Tanto la ciencia como la experiencia muestran que el término de su reaparición es y debe ser necesariamente variable. Si además un cuerpo ha salido a flote por un disparo de un cañón, *no* «volverá a hundirse si no se lo amarra» hasta que la descomposición haya avanzado lo bastante para permitir el escape del gas

acumulado en el interior. Quiero llamar su atención sobre el distingo que se hace entre «cuerpos de ahogados» y cuerpos «arrojados al agua inmediatamente después de una muerte violenta». Aunque el redactor admite la distinción, los incluye empero en la misma categoría. Ya he demostrado que el cuerpo de un hombre que se ahoga se vuelve específicamente más pesado que la masa de agua que desplaza, y que no se hundiría si no fuera por los movimientos en el curso de los cuales saca los brazos fuera del agua, y su ansiedad por respirar debajo de ésta, con lo cual el espacio que ocupaba el aire en los pulmones se ve reemplazado por agua. Pero estos movimientos y estas respiraciones no ocurren en un cuerpo «arrojado al agua inmediatamente después de una muerte violenta». En éste último caso, pues *es regla general que el cuerpo no se hunda*, detalle que *L'Etoile* evidentemente ignora. Cuando la descomposición alcanza un grado avanzado, cuando la carne se ha desprendido en gran parte de los huesos, entonces, *pero sólo entonces*, perderemos de vista el cadáver.

¿Qué nos queda del argumento por el cual el cuerpo encontrado no puede ser el de Marie Rogêt, dado que apareció flotando a tres días apenas de su desaparición? En caso de haberse ahogado, el cuerpo pudo no haberse hundido nunca, ya que se trataba de una mujer; o, en caso de hundirse, pudo reaparecer al cabo de veinticuatro horas o menos. Sin embargo, nadie supone que Marie se haya ahogado, y, habiendo sido asesinada antes de que la arrojaran al río, su cadáver pudo ser encontrado a flote en cualquier momento.

«Pero —dice *L'Etoile*— si el cuerpo, maltratado como estaba, hubiera permanecido en tierra hasta la noche del martes, no habría dejado de encontrarse en la costa alguna huella de los asesinos.» Aquí resulta difícil darse cuenta al principio de la intención del razonador. Trata de anticiparse a algo que supone puede constituir una objeción a su teoría: vale decir que el cuerpo fue guardado dos días en tierra, entrando en descomposición *con mayor rapidez* que si hubiera estado sumergido en el agua. Supone que, si ese fuera el caso, el cadáver *podría* haber surgido a la superficie el día miércoles, y piensa que *sólo* gracias a esas circunstancias podría haber reaparecido. Se apresura, por tanto, a mostrar que *no fue* guardado en tierra, pues, de ser así, «no habría dejado de encontrarse en la costa alguna huella de los asesinos». Me imagino que usted sonríe ante este *sequitur*. No alcanza a ver cómo la mera *permanencia* del cadáver en tierra podría *multiplicar* las huellas de los asesinos. Tampoco lo veo yo.

«Y, lo que es más —continúa nuestro diario—, parece altamente improbable que los miserables capaces de semejante crimen hayan arrojado el cadáver al agua sin atarle algún peso para mantenerlo sumergido, cosa que no ofrecía la menor dificultad.» ¡Observe en esta parte la risible confusión de pensamiento! Nadie —ni siquiera *L'Etoile*— pone en duda el crimen cometido contra el cuerpo encontrado. Las señales de violencia son demasiado evidentes. La finalidad de nuestro razonamiento consiste solamente en mostrar que este cuerpo no es el de Marie. Quiere probar que *Marie* no fue asesinada, sin dudar de que el cuerpo hallado lo haya sido. Pero sus observaciones sólo

prueban este último punto. He aquí un cadáver al que no han atado ningún peso. Si lo hubieran echado al agua los asesinos, éstos no habrían dejado de hacerlo. Por lo tanto, no lo echaron al agua los asesinos. Si alguna cosa se prueba, es solamente eso. La cuestión de la identidad no se toca ni remotamente, y *L'Etoile* se ha tomado todo este trabajo para contradecir lo que admitía un momento antes. «Estamos completamente convencidos —manifiesta— que el cuerpo hallado es el de una mujer asesinada».

No es la única vez que nuestro razonador se contradice sin darse cuenta. Como ya he señalado, su evidente finalidad consiste en reducir lo más posible el intervalo entre la desaparición de Marie y el hallazgo del cadáver. Sin embargo, lo vemos *insistir* en el hecho de que nadie vio a la muchacha desde el momento en que abandonó la casa de su madre. «Carecemos de testimonios —declara— desde que Marie Rogêt se hallaba aún entre los vivos después de las nueve de la mañana del domingo 22 de junio». Dado que es éste un argumento evidentemente parcial, hubiera sido preferible que lo dejara de lado, ya que si se supiera de alguien que hubiese reconocido a Marie, digamos el lunes o el martes, el intervalo en cuestión se habría reducido mucho y, conforme al razonamiento anterior, las probabilidades de que el cadáver hallado fuera el de la *grisette* habrían disminuido en mucho. Resulta divertido, pues, observar cómo *L'Etoile* insiste sobre este punto con pleno convencimiento de que refuerza su argumentación general.

Examine ahora nuevamente la parte del artículo que se refiere a la identificación del cadáver por Beauvais. A propósito del *vello* del brazo, es evidente que *L'Etoile* peca por falta de ingenio. Dado que monsieur Beauvais no es ningún tonto, jamás se habría apresurado a identificar el cadáver basándose tan sólo en que tenía vello en el brazo. Todo brazo tiene vello. La generalización en que incurre *L'Etoile* es una simple deformación de la fraseología del testigo. Este debió referirse a alguna *particularidad* del vello. Pudo referirse al color, a la cantidad, al largo, a la distribución.

«Sus pies eran pequeños —sigue diciendo el diario—, pero hay miles de pies pequeños. Tampoco constituyen una prueba sus ligas y sus zapatos, ya que unos u otros se venden en lotes. Lo mismo cabe decir de las flores de su sombrero. Monsieur Beauvais insiste en que el broche de las ligas había sido cambiado de lugar para que ajustaran. Eso no significa nada, ya que muchas mujeres prefieren llevar las ligas nuevas a su casa ajustarlas allí al diámetro de su pierna, en vez de probarlas en la tienda donde compran.» Aquí resulta difícil suponer que el razonador obra de buena fe. Si en su búsqueda del cuerpo de Marie, monsieur Beauvais encontró un cadáver en que sus medidas y apariencias generales correspondían a la joven desaparecida, cabe suponer que, sin tomar en cuenta para nada la cuestión de la vestimenta, debió imaginar que se trataba de ella. Si, además de las medidas y apariencias generales, descubrió en el brazo un vello cuyo aspecto correspondía al que había observado en vida de Marie, su opinión debió, con toda justicia, acentuarse, y el aumento de seguridad pudo muy bien estar en relación directa con la particularidad o rareza del vello del brazo. Si los pies de Marie

eran pequeños, y también lo eran los del cadáver, el aumento de probabilidades de que éste correspondiera a aquélla no se daría ya en proporción meramente aritmética, sino geométrica o acumulativa. Agreguemos a esto los zapatos análogos a los que Marie llevaba puestos el día de su desaparición; aunque dichos zapatos «se vendan en lotes», aumenta a tal punto la probabilidad, que casi la vuelve una certeza. Lo que en sí mismo no sería una prueba de identidad se convierte, por su posición corroborativa, en la más segura de las pruebas. Agréguese a esto las flores del sombrero, coincidentes con las que llevaba la joven desaparecida, y no pediremos nada más. Y si por una sola flor no exigiríamos otra prueba, ¿qué diremos de dos, o tres, o más? Cada una que se agrega es una prueba múltiple; no una prueba *sumada* a otra, sino *multiplicada* por cientos o miles. Descubramos ahora en el cadáver un par de ligas como las que usaba la difunta, y sería casi una locura seguir adelante. Pero, además, ocurre que estas ligas aparecen ajustadas, mediante el corrimiento de su broche, en la misma forma en que Marie había ajustado las suyas poco antes de salir de su casa. Dudar, ahora, es hipocresía o locura. Cuando *L'Etoile* sostiene que este acortamiento de las ligas es una práctica habitual lo único que demuestra es su pertinacia en el error. La calidad de elástica de toda liga demuestra por sí misma que la necesidad de acortarla es *muy poco frecuente*. Lo que está hecho para ajustar por sí mismo sólo rara vez necesitará ayuda para cumplir su cometido. Sólo por accidente, en su más estricto sentido, las ligas de Marie requirieron ser acortadas. Y ellas solas hubieran bastado para asegurar ampliamente su identidad. Pero aquí no se trata de que el cadáver tuviera las ligas de la joven desaparecida, o sus zapatos, o su gorro, o las flores de su gorro, o sus pies, o una marca peculiar en el brazo, o su medida y apariencia generales, sino que el cadáver *tenía todo eso junto*. Si se pudiera probar que, frente a ello, el redactor de *L'Etoile* experimentó *verdaderamente* dudas, no haría falta en su caso un mandato de *lunático inquiriendo*.

A nuestro hombre le ha parecido muy sagaz hacerse eco de charlas de abogados, que, por su parte, se contentan con repetir los rígidos preceptos de los tribunales. Le haré notar aquí que mucho de lo que en un tribunal se rechaza como prueba constituye la mejor de las pruebas para la inteligencia. Ocurre que el tribunal, guiándose por principios generales ya reconocidos y *registrados*, no gusta de apartarse de ellos en casos particulares. Y esa pertinaz adhesión a los principios, con total omisión de las excepciones en conflicto, es un medio seguro para alcanzar el máximo de verdad alcanzable, en cualquier período prolongable de tiempo. Esta práctica, en *masse*, es, por tanto, razonable; pero no es menos cierto que engendra cantidad de errores particulares⁸³.

⁸³ «Toda teoría basada en las cualidades de un objeto no podrá desarrollarse en lo concerniente a sus fines; aquel que ordena tópicos con referencia a sus causas, cesará de valorarlos con relación a sus resultados. Así, la jurisprudencia de todas las naciones muestra que, cuando la ley se convierte en una ciencia y en un sistema, cesa de ser justicia. Los errores en que incurre el derecho usual por su ciega devoción a los principios de clasificación son claramente visibles si se observa con cuánta frecuencia la

Con respeto a las insinuaciones apuntadas contra Beauvais, estará usted pronto a desecharlas de un soplo. Supongo que habrá ya advertido la verdadera naturaleza de este excelente caballero. Es un *entrometido*, lleno de fantasía romántica y con muy poco ingenio. En una situación verdaderamente excitante como la presente, toda persona como él se conducirá de manera de provocar sospechas por parte de los excesivamente sutiles o de los mal dispuestos. Según surge de las notas reunidas por usted, monsieur Beauvais tuvo algunas entrevistas con el director de *L'Etoile*, y lo disgustó el aventurar la opinión de que el cadáver, pese a la teoría de aquél, era sin lugar a dudas el de Marie. «Persiste —dice el diario— en afirmar que el cadáver es el de Marie, pero no es capaz de señalar ningún detalle fuera de los ya comentados, que imponga creencia a los demás». Sin reiterar el hecho de que mejores pruebas «para imponer su creencia a los demás» no podrían haber sido nunca aducidas, conviene señalar que en un caso de este tipo un hombre puede muy bien estar convencido, sin ser capaz de proporcionar la menor razón de su convencimiento a un tercero. Nada es más vago que las impresiones referentes a la identidad personal. Cada uno reconoce a su vecino, pero pocas veces se está en condiciones de dar una razón que explique ese reconocimiento. El director de *L'Etoile* no tiene derecho de ofenderse porque la creencia de monsieur Beauvais carezca de razones.

Las sospechosas circunstancias que lo rodean cuadran mucho más con mi hipótesis de entrometido romántico que con la sugerión de culpabilidad lanzada por el redactor. Una vez adoptada la interpretación más caritativa, no tendremos dificultad en comprender la rosa en el agujero de la cerradura, el nombre de «Marie» en la pizarra, el haber «dejado de lado a los parientes masculinos de la difunta», la resistencia «a que los parientes de la víctima vieran el cadáver», la advertencia hecha a madame B... de que no debía decir nada al gendarme hasta que él, monsieur Beauvais, estuviera de regreso, y, finalmente, su decisión aparente de que «nadie, fuera de él, se ocuparía de las actuaciones». Me parece incuestionable que Beauvais cortejaba a Marie, que ella coqueteaba con él, y que nuestro hombre estaba ansioso de que lo creyeran dueño de su confianza e íntimamente vinculado a ella. No insistiré sobre este punto. Por lo demás, las pruebas refutan redondamente las afirmaciones de *L'Etoile* tocantes a la supuesta apatía por parte de la madre y otros parientes, apatía contradictoria con su convencimiento de que el cadáver era el de la muchacha; pasemos adelante, pues, como si la cuestión de la *identidad* quedara probada a nuestra entera satisfacción.

—¿Y qué piensa usted —pregunté— de las opiniones de *Le Commerciel*?

—En esencia, merecen mucha mayor atención que todas las formuladas sobre el asunto. Las deducciones derivadas de las premisas son lógicas y agudas, pero, en dos casos, las premisas se basan en observaciones imperfectas. *Le Commerciel* insinúa que Marie fue secuestrada por alguna banda de malandrines a poca distancia de la casa de su madre. «Es imposible —señala— que una persona tan popularmente conocida como

legislatura se ha visto obligada a intervenir para restablecer la equidad que sus formas habían perdido.» Landor.

la joven víctima hubiera podido caminar tres cuadras sin que la vieran alguien.» Esta idea nace de un hombre que reside hace mucho en París, donde está empleado, y cuyas andanzas en uno u otro sentido se limitan en su mayoría a la vecindad de las oficinas públicas. Sabe que raras veces se aleja más de doce cuadras de su oficina sin ser reconocido o saludado por alguien. Frente a la amplitud de sus relaciones personales, compara esta notoriedad con la de la joven perfumista, sin advertir mayor diferencia entre ambas, y llega a la conclusión de que, cuando Marie salía de paseo, no tardaba en ser reconocida por diversas personas, como en su caso.

Pero esto podría ser cierto si Marie hubiese cumplido itinerarios regulares y metódicos, tan restringidos como los del redactor, y análogos a los suyos. Nuestro razonador va y viene a intervalos regulares dentro de una periferia limitada, llena de personas que lo conocen porque sus intereses coinciden con los suyos, puesto que se ocupan de tareas análogas. Pero cabe suponer que los paseos de Marie carecían de rumbo preciso. En este caso particular lo más probable es que haya tomado por un camino distinto de sus itinerarios acostumbrados. El paralelo que suponemos existía en la mente de *Le Commerciel* sólo es defendible si se trata de dos personas que atraviesan la ciudad de extremo a extremo. En este caso, si imaginamos que las relaciones personales de cada uno son equivalentes en número, también serán iguales en posibilidades de que cada uno encuentre el mismo número de personas conocidas. Por mi parte, no sólo creo posible, sino muy probable, que Marie haya andado por las diversas calles que unen su casa con la de su tía, sin encontrar a ningún conocido. Al estudiar este aspecto como corresponde, no se debe olvidar nunca la gran desproporción entre las relaciones personales (incluso las del hombre más popular de París) y la población total de la ciudad.

De todos modos, la fuerza que aparentemente pueda tener la sugerición de *Le Commerciel* disminuye mucho si pensamos en *la hora* en que Marie abandonó su casa. «Las calles estaban llenas de gente cuando salió», dice *Le Commerciel*; pero no es así. Eran las nueve de la mañana. Es verdad que durante toda la semana las calles están llenas de gente a las nueve. *Pero no el domingo*. Ese día, la mayoría de los vecinos están en su casa, preparándose para ir a la iglesia. Ninguna persona observadora habrá dejado de reparar en el aire particularmente desierto de la ciudad, entre las ocho y las diez del domingo. De diez a once, las calles están colmadas, pero nunca en el período antes señalado.

En otro punto me parece que *Le Commerciel* parte de una observación deficiente. «Un trozo de una de las enaguas de la infeliz muchacha —dice—, de dos pies de largo por uno de ancho, le fue aplicado bajo el mentón y atado detrás de la cabeza, probablemente para ahogar sus gritos. Los individuos que hicieron esto no tenían pañuelo en el bolsillo.» Ya veremos si esta idea está bien fundada o no; pero por «individuos que no tenían pañuelo en el bolsillo» el redactor entiende la peor ralea de malhechores. Ahora bien, ocurre que precisamente éstos tienen siempre un pañuelo en el bolsillo, aunque carezcan de camisa. Habrá tenido usted ocasión de observar cuán

indispensable se ha vuelto en estos últimos años el pañuelo para el matón más empedernido.

—¿Y qué cabe pensar —pregunté— del artículo de *Le Soleil*?

—Pues cabe pensar que es una lástima que su redactor no haya nacido loro, en cuyo caso hubiera sido el más ilustre de su raza. Se ha limitado a repetir los distintos puntos de las publicaciones ajenas, escogiéndolos con laudable esfuerzo de uno y otro diario. «Con toda evidencia —manifiesta— los objetos hallados llevaban en el lugar tres o cuatro semanas, por lo menos... No cabe *ninguna duda*, pues, que se ha descubierto el lugar de tan espantoso atentado.» Los hechos señalados aquí por *Le Soleil* están sin embargo muy lejos de disipar mis dudas al respecto, y vamos a examinarlos detalladamente más adelante, en relación con otro aspecto del asunto.

Ocupémonos por ahora de cosas distintas. No habrá dejado usted de reparar en la extrema negligencia del examen de cadáver. Ciento que la cuestión de la identidad quedó o debió quedar prontamente terminada, pero había otros aspectos por verificar. ¿No fue saqueado el cadáver? ¿No llevaba la difunta joyas al salir de su casa? De ser así, ¿se encontró alguna al examinar el cuerpo? He aquí cuestiones importantes, totalmente descuidadas por la investigación y quedan otras igualmente importantes que no han merecido la menor atención. Tendremos que asegurarnos mediante indagaciones particulares.

El caso de St. Eustache exige ser nuevamente examinado. No abrigo sospechas sobre él, pero es preciso proceder metódicamente. Nos aseguraremos sin lugar a ninguna duda sobre la validez de los testimonios escritos que presentó acerca de sus movimientos en el curso del domingo. Los certificados de este género suelen prestarse fácilmente a la mistificación. Si no encontramos nada de anormal en ellos, desecharemos a St. Eustache de nuestra investigación. Su suicidio, que corroboraría las sospechas en caso de que los certificados fueren falsos, constituye una circunstancia perfectamente explicable en caso contrario, y que no debe alejarnos de nuestra línea normal de análisis.

En lo que me proponga ahora, dejaremos de lado los puntos interiores de la tragedia, concentrando nuestra atención en su periferia. Uno de los errores en investigaciones de este género consiste en limitar la indagación a lo inmediato, con total negligencia de los acontecimientos colaterales o circunstanciales. Los tribunales incurren en la mala práctica de reducir los testimonios y los debates a los límites de lo que consideran pertinente. Pero la experiencia ha mostrado, como lo mostrará siempre la buena lógica, que una parte muy grande, quizás la más grande de la verdad, surge de lo que se consideraba marginal y accesorio. Basándose en el espíritu de este principio, sino en su letra, la ciencia moderna se ha decidido a *calcular sobre lo imprevisto*. Pero quizás no me hago entender. La historia del conocimiento humano ha mostrado ininterrumpidamente que la mayoría de los descubrimientos más valiosos los debemos a acaecimientos colaterales, incidentales o accidentales; se ha hecho necesario, pues, con vistas al progreso, conceder el más amplio espacio a aquellas invenciones que nacen por

casualidad y completamente al margen de las esperanzas ordinarias. Ya no es filosófico fundarse en lo que ha sido para alcanzar una visión de lo que será. El *accidente* se admite como una porción de la subestructura. Hacemos de la posibilidad una cuestión de cálculo absoluto. Sometemos lo inesperado y lo imaginado a las fórmulas matemáticas de las escuelas.

Repite que es un hecho verificado que la *mayor* porción de toda verdad surge de lo colateral; y de acuerdo con el espíritu del principio que se deriva, desviaré la indagación de la huella tan transitada como estéril del hecho mismo, para estudiar las circunstancias contemporáneas que lo rodean. Mientras usted se asegura de la validez de esos certificados, yo examinaré los periódicos en forma más general de lo que ha hecho usted hasta ahora. Por el momento, sólo hemos reconocido el campo de investigación, pero sería raro que una ojeada panorámica como la que me propongo no nos proporcionara algunos menudos datos que establezcan una *dirección* para nuestra tarea.

En cumplimiento de las indicaciones de Dupin, procedí a verificar escrupulosamente el asunto de los certificados. Resultó de ello una plena seguridad en su validez y la consiguiente inocencia de St. Eustache. Mi amigo se ocupaba entretanto —con una minucia que en mi opinión carecía de objeto— del escrutinio de los archivos de los diferentes diarios. Al cabo de una semana, me presentó los siguientes extractos:

«Hace tres años y medio, la misma Marie Rogêt desapareció de la *parfumerie* de monsieur Le Blanc, en el Palais Royal, causando un revuelo semejante al de ahora. Una semana después, Marie reapareció en el mostrador de la tienda, tan bien como siempre, aparte de una ligera palidez que no era usual en ella. Monsieur Le Blanc y madame Rogêt dieron a entender que Marie había pasado la semana en casa de amigos, en el campo, y el asunto fue rápidamente callado. Presumimos que esta ausencia responde a un capricho de la misma especie y que, dentro de una semana, o quizás un mes, volveremos a tener a Marie entre nosotros» (*Evening Paper*, domingo 23 de junio)⁸⁴.

«Un diario de la tarde de ayer se refiere a una misteriosa desaparición anterior de mademoiselle Rogêt. Es bien sabido que, durante la semana de su ausencia de la *parfumerie* de Le Blanc, estuvo acompañada por un joven oficial de marina muy notorio por su libertinaje. Cabe suponer que una querella providencial la trajo nuevamente a su casa. Conocemos el nombre del libertino en cuestión, que se halla actualmente destacado en París, pero no lo hacemos público por razones comprensibles» (*Le Mercure*, mañana del martes 24 de junio)⁸⁵.

«El más repudiable de los atentados ha tenido lugar anteayer en las proximidades de esta ciudad. Al anochecer, un caballero que paseaba con su esposa y su hija, comprometió los servicios de seis hombres jóvenes que paseaban en bote cerca de las orillas del Sena, a fin de que los transportara al otro lado. Al llegar a destino los

⁸⁴ The Express, Nueva York.

⁸⁵ The Herald, Nueva York.

pasajeros desembarcaron, y se alejaban ya hasta perder de vista el bote cuando la hija descubrió que había olvidado su sombrilla. Al volver en su busca fue asaltada por la pandilla, llevada al centro del río, amordazada y sometida a un brutal ultraje, tras lo cual los villanos la depositaron en un punto cercano a aquel donde habían embarcado con sus padres. Los miserables se hallan prófugos, pero la policía les sigue la huella y pronto algunos de ellos serán capturados» (*Morning Paper*, 25 de junio)⁸⁶.

«Hemos recibido una o dos comunicaciones tendentes a echar la culpa del horrible crimen a Mennais⁸⁷; pero, como este caballero ha sido plenamente exonerado de toda sospecha por la indagación legal, y los argumentos de nuestros distintos corresponsales parecen más entusiastas que profundos, no creemos oportuno darlos a conocer» (*Morning Paper*, 28 de junio)⁸⁸.

«Hemos recibido varias enérgicas comunicaciones, que aparentemente proceden de diversas fuentes y que dan por seguro que la infortunada Marie Rogêt ha sido víctima de una de las numerosas bandas de malhechores que infestan cada domingo los alrededores de la ciudad. Nuestra opinión se inclina decididamente a favor de esta suposición. En nuestras próximas ediciones dejaremos espacio para exponer los aludidos argumentos» (*Evening Paper*, martes 31 de junio)⁸⁹.

«El lunes, uno de los lancheros del servicio de aduanas vio en el Sena un bote vacío a la deriva. La vela se hallaba en el fondo del bote. El lanchero lo remolcó y lo dejó en el amarradero del puesto. A la mañana siguiente fue retirado de allí sin permiso de ninguno de los empleados. El timón se encuentra en el depósito de lanchas» (*La Diligence*, jueves 26 de junio)⁹⁰.

Leyendo los diversos pasajes, no solamente me parecieron ajenos a la cuestión, sino que no alcancé a imaginar la manera en que cualquiera de los mismos podía pesar sobre aquélla. Esperé, pues, alguna explicación de Dupin.

—Por el momento —me dijo—, no me detendré en los dos primeros pasajes. Los he copiado, sobre todo, para mostrarle la extraordinaria negligencia de la policía, que, hasta donde puedo saberlo por el prefecto, no se ha molestado en interrogar al oficial de marina mencionado en uno de ellos. Sin embargo, sería una locura afirmar que entre la primera y la segunda desaparición de Marie no cabe suponer ninguna conexión. Admitamos que la primera fuga terminó en una querella entre los enamorados y el retorno a casa de la decepcionada Marie. Podemos ahora encarar una segunda fuga o rapto (si realmente se trata de ello) como indicación de que el seductor ha reanudado sus avances y no como el resultado de la intervención de un segundo cortejante.

⁸⁶ *Courier and Inquirer*, de Nueva York.

⁸⁷ Mennais era uno de los sospechosos a quienes se arrestó en un primer momento, pero fue excarcelado por falta de pruebas.

⁸⁸ *Courier and Inquirer*, de Nueva York.

⁸⁹ *Evening Post*, de Nueva York.

⁹⁰ *The Standard*, de Nueva York.

Miramos la cosa como una reconciliación entre enamorados y no como el comienzo de una nueva aventura. Hay diez probabilidades contra una de que el hombre que huyó una vez con Marie le haya propuesto una segunda escapatoria, y no que a la primera propuesta haya sucedido una segunda hecha por *otro* individuo. Le haré notar, además, que el lapso entre la primera fuga (sobre la cual no cabe duda) y la segunda —presumiblemente— abarca pocos meses más de duración que el general de los cruceros de nuestros barcos de guerra. ¿Fueron interrumpidos los bajos designios del seductor por la necesidad de embarcarse, y aprovechó la primera oportunidad a su retorno para renovar esos designios aún no completamente consumados... o, por lo menos, no completamente consumados *por él*? Nada sabemos de todo ello.

Dirá usted, sin embargo, que en el segundo caso no hubo realmente una fuga. De acuerdo; pero, ¿estamos en condiciones de asegurar que no existió un designio frustrado? Fuera de St. Eustache, y quizás de Beauvais, no encontramos ningún pretendiente conocido de Marie. Nada se ha dicho que aluda a alguno. ¿Quién es, pues, ese amante secreto del cual los parientes de Marie (*por lo menos la mayoría*) no saben nada, pero con quien la joven se reúne en la mañana del domingo, y que goza hasta tal punto de su confianza que no vacila en quedarse a su lado hasta que cae la noche en los solitarios bosques de la Barrière du Roule? ¿Quién es ese enamorado secreto, pregunto, del cual los parientes (o casi todos) no saben nada? ¿Y qué significa la extraña profecía proferida por madame Rogêt la mañana de la partida de Marie: «Temo que no volveré a verla nunca más»?

Pero si no podemos suponer que madame Rogêt estaba al tanto de la intención de fuga, ¿no podemos, por lo menos, imaginar que la joven abrigaba esa intención? Al salir de su casa dio a entender que iba a visitar a su tía en la rue des Drômes, y pidió a St. Eustache que fuera a buscarla al anochecer. A primera vista, esto contradice abiertamente mi sugerencia. Pero reflexionemos. Es bien sabido que Marie se *encontró* con alguien y cruzó el río en su compañía, llegando a la Barrière du Roule hacia las tres de la tarde. Al consentir en acompañar a este individuo (*con cualquier propósito, conocido o no por su madre*) Marie debió pensar en lo que había dicho al salir de su casa y en la sorpresa y sospecha que experimentaría su prometido, St. Eustache, cuando al acudir en su busca a la rue des Drômes se encontrara con que no había estado allí; sin contar que al volver a la pensión con esta alarmante noticia se enteraría de que su ausencia duraba desde la mañana. Repito que Marie debió pensar en todas esas cosas. Debió prever la cólera de St. Eustache y las sospechas de todos. No podía pensar en volver a casa para enfrentar esas sospechas; pero éstas dejaban de tener importancia si suponemos que Marie *no tenía intenciones de volver*.

Imaginemos así sus reflexiones: «Tengo que encontrarme con cierta persona a fin de fugarme con ella o para otros propósitos que sólo yo sé. Es necesario que no se produzca ninguna interrupción; debemos contar con tiempo suficiente para eludir toda persecución. Daré a entender que pienso pasar el día en casa de mi tía, en la rue des

Drômes, y diré a St. Eustache que no vaya a buscarme hasta la noche; de esta manera podré ausentarme de la casa el mayor tiempo posible sin despertar sospechas ni ansiedad; todo estará perfectamente explicado y ganaré más tiempo que de cualquier otra manera. Si pido a St. Eustache que vaya a buscarme al anochecer, seguramente no se presentará antes; pero, si no se lo pido, tendré menos tiempo a mi disposición, ya que todos esperarán que vuelva más temprano, y mi ausencia no tardará en provocar ansiedad. Ahora bien, si mis intenciones fueran las de volver a casa, si sólo me interesara dar un paseo con la persona en cuestión, no me convendría pedir a St. Eustache que fuera a buscarme, ya que al llegar a la rue des Drômes se daría perfecta cuenta de que le he mentido, cosa que podría evitar saliendo de casa sin decirle nada, volviendo antes de la noche y aclarando luego que estuve de visita en casa de mi tía. Pero como mi intención es la de no volver *nunca*, o no volver por algunas semanas, o no volver hasta que ciertos ocultamientos se hayan efectuado, lo único que debe preocuparme es la manera de ganar tiempo.»

Usted ha hecho notar en sus apuntes que la opinión general más difundida sobre este triste asunto es que la muchacha fue víctima de una pandilla de malandrines. Ahora bien. Y bajo ciertas condiciones, la opinión popular no debe ser despreciada. Cuando surge por sí misma, cuando se manifiesta de manera espontánea, cabe considerarla paralelamente a esa *intuición* que es privilegio de todo individuo de genio. En noventa y nueve casos sobre cien, me siento movido a conformarme con sus decisiones. Pero lo importante es estar seguros de que no hay en ella la más leve huella de sugestión. La voz pública tiene que ser rigurosamente auténtica, y con frecuencia es muy difícil percibir y mantener esa distinción. En este caso, me parece que la «opinión pública» referente a una *pandilla* se ha visto fomentada por el suceso colateral que se detalla en el tercero de los pasajes que le he mostrado. Todo París está excitado por el descubrimiento del cadáver de Marie, una joven tan hermosa como conocida. El cuerpo muestra señales de violencia y aparece flotando en el río. Pero entonces se da a conocer que en esos mismos días en que se supone que Marie fue asesinada, otra joven ha sido víctima de una pandilla de depravados y ha sufrido un ultraje análogo al padecido por la difunta. ¿Cabe maravillarse de que la atrocidad conocida haya podido influir sobre el juicio popular con respecto a la desconocida?

Ese juicio esperaba una dirección, y el ultraje ya conocido parecía indicarla oportunamente. También Marie fue encontrada en el río, y fue allí donde tuvo lugar el otro atentado. La relación entre ambos hechos era tan palpable, que lo asombroso hubiera sido que la opinión dejara de apreciarla y utilizarla. Pero, en realidad, si de algo sirve el primer ultraje, cometido en la forma conocida, es para probar que el segundo, ocurrido casi al mismo tiempo, *no fue cometido en esa forma*. Hubiera sido un milagro que, mientras una banda de malhechores perpetraba en cierto lugar un atentado de la más nefasta especie, otra banda similar, en un lugar igualmente similar, en la misma ciudad, bajo idénticas circunstancias, con los mismos medios y recursos, estuviera entregada a

un atentado de la misma naturaleza y en el mismo período de tiempo. Sin embargo, la opinión popular así movida pretende justamente hacernos creer en esa extraordinaria serie de coincidencias.

Antes de seguir, consideremos la supuesta escena del asesinato en el soto de la Barrière du Roule. Aunque denso, el soto se halla en la inmediata vecindad de un camino público. Había en su interior tres o cuatro grandes piedras que formaban una especie de asiento, con respaldo y escabel. Sobre la piedra superior se encontraron unas enaguas blancas; en la segunda una chalina de seda. También aparecieron una sombrilla, guantes y un pañuelo de bolsillo. El pañuelo ostentaba el nombre de «Marie Rogêt». En las zarzas aparecieron jirones de ropas. La tierra estaba pisoteada, rotas las ramas y no cabía duda de que había tenido lugar una violenta lucha.

No obstante el entusiasmo con que la prensa recibió el descubrimiento de este soto y la unanimidad con que aceptó que se trataba del escenario del atentado, preciso es admitir la existencia de muy serios motivos de duda. Puedo o no creer que ése sea el escenario, pero insisto en que hay muchos motivos de duda. Si, como lo sugiere *Le Commercial*, el *verdadero* escenario se encontraba en las vecindades de la rue Pavée St. André y los perpetradores del crimen se hallaran todavía en París, éstos debieron quedarse aterrados al ver que la atención pública se orientaba con tanta agudeza por buena senda. Cierta tipo de inteligencia no habría tardado en advertir la urgente necesidad de dar un paso que volviera a desviar la atención. Y puesto que el soto de la Barrière du Roule había ya dado motivo a sospechas, la idea de depositar allí los objetos que se encontraron era perfectamente natural. Pese a lo que dice *Le Soleil*, no existe verdadera prueba de que los objetos hayan estado allí mucho más de algunos días, en tanto abundan las pruebas circunstanciales de que no podrían haberse encontrado en el lugar sin despertar la atención durante los veinte días transcurridos desde el domingo fatal a la tarde en que fueron hallados por los niños.

«Los efectos —dice *Le Soleil*, siguiendo la opinión de sus predecesores— aparecían estropeados y *enmohecidos* por la acción de las lluvias; el *moho* los había pegado entre sí. El pasto había crecido en torno y encima de alguno de ellos. La seda de la sombrilla era muy fuerte, pero sus fibras se habían adherido unas a otras por dentro. La parte superior, de tela doble y forrada, estaba *enmohecida* por la acción de la intemperie y se rompió al querer abrirla». Con respecto al pasto «que había crecido entorno y encima de alguno de ellos», no cabe duda de que el hecho sólo pudo ser registrado partiendo de las declaraciones y los recuerdos de dos niños, ya que éstos levantaron los efectos y los llevaron a su casa antes de que un tercero los viera. Ahora bien, en tiempo caluroso y húmedo (como el correspondiente al momento del crimen) el pasto crece hasta dos o tres pulgadas en un solo día. Una sombrilla tirada en un campo recién sembrado de césped quedará completamente oculta en una semana. Y, por lo que se refiere a ese *moho*, sobre el cual *Le Soleil* insiste al punto de emplear tres veces el término o sus derivados en un solo y breve comentario, ¿cómo puede ignorar sus características?

¿Habrá que explicarle que se trata de una de las muchas variedades de *fungus*, cuyo rasgo más común consiste en nacer y morir dentro de las veinticuatro horas?

Vemos así, de una ojeada, que todo lo que con tanta soberbia se ha aducido para sostener que los objetos habían estado «tres o cuatro semanas por lo menos» en el soto, resulta totalmente nulo como prueba. Por otra parte, cuesta mucho creer que esos efectos pudieron quedar en el soto durante más de una semana (digamos de un domingo a otro). Quienes saben algo sobre los aledaños de París no ignoran lo difícil que es *aislarse* en ellos a menos de alejarse mucho de los suburbios.

Ni por un momento cabe imaginar un sitio inexplorado o muy poco frecuentado entre sus bosques o sotos. Imaginaremos a un enamorado de la naturaleza, atado por sus deberes al polvo y al calor de la metrópoli, que pretende, incluso en días de semana, saciar su sed de soledad en los lugares llenos de encanto natural que rodean la ciudad. A cada paso nuestro excursionista verá disiparse el creciente encanto ante la voz y la presencia de algún individuo peligroso o de una pandilla de pájaros de avería en plena fiesta. Buscará la soledad en lo más denso de la vegetación, pero en vano. He ahí los rincones específicos donde abunda la canalla.; he ahí los templos más profanados. Lleno de repugnancia, nuestro paseante volverá a toda prisa al sucio París, mucho menos odioso como sumidero que todos esos lugares donde la suciedad resulta tan incongruente. Pero si la vecindad de París se colmada durante la semana, ¿qué diremos del domingo? En ese día, precisamente, el matón que se ve libre del peso del trabajo o no tiene oportunidad de cometer ningún delito, busca los aledaños de la ciudad, no porque le guste la campiña, ya que la desprecia, sino porque allí puede escapar a las restricciones y convenciones sociales. No busca el aire fresco y el verdor de los árboles, sino la completa *licencia* del campo. Allí en la posada al borde del camino o bajo el follaje de los bosques, se entrega sin otros testigos que sus camaradas a los desatados excesos de la falsa alegría, doble producto de la libertad y del ron.

Lo que afirma puede ser verificado por cualquier observador desapasionado: habría que considerar como una especie de milagro que los artículos en cuestión hubieran permanecido ocultos durante más de una semana en *cualquiera* de los sotos de los alrededores inmediatos a París.

Pero hay además otros motivos para sospechar que esos efectos fueron dejados en el soto con miras a distraer la atención de la verdadera escena del atentado.

En primer término, observe usted *la fecha* de su descubrimiento y relaciónela con la del quinto pasaje extraído por mí de los diarios. Observará que el descubrimiento siguió casi inmediatamente a las urgentes comunicaciones enviadas al diario. Aunque diversas y provenientes, al parecer, de distintas fuentes, todas ellas tendían a lo mismo, vale decir, a encaminar la atención hacia *una pandilla* como perpetradora del atentado en las vecindades de la Barrière du Roule. Ahora bien, lo que debe observarse es que esos objetos no fueron encontrados por los muchachos como consecuencia de dichas comunicaciones o por la atención pública que las mismas habían provocado, sino que

los efectos no fueron encontrados *antes* por la sencilla razón de que no se hallaban en el soto, y que fueron depositados allí en la fecha o muy poco antes de la fecha de las comunicaciones al diario por los culpables autores de las comunicaciones mismas.

Dicho soto es un lugar sumamente curioso. La vegetación es muy densa, y dentro de los límites cercados por ella aparecen tres extraordinarias piedras *que forman un asiento con respaldo y escabel*. Este soto, tan lleno de arte, se halla en la vecindad inmediata, a poquíssima distancia de la morada de madame Deluc, cuyos hijos acostumbraban a explorar minuciosamente los arbustos en busca de corteza de sasafrás. ¿Sería insensato apostar —y apostar mil contra uno— que jamás transcurrió *un solo día* sin que alguno de los niños penetrara en aquel sombrío recinto vegetal y se encaramara en el trono natural formado por las piedras? Quien vacilara en hacer esa apuesta no ha sido nunca niño o ha olvidado el carácter infantil. Lo repito: es muy difícil comprender cómo esos efectos pudieron permanecer en el soto más de uno o dos días sin ser descubiertos. Y ello proporciona un sólido terreno para sospechar —pese a la dogmática ignorancia de *Le Soleil*— que fueron arrojados en ese sitio en una fecha comparativamente tardía.

Pero aún hay otras y más sólidas razones para creer esto último. Permítame señalarle lo artificioso de la distribución de los efectos. En la piedra *más alta* aparecían unas enaguas blancas; en la *segunda*, una chalina de seda; tirados alrededor, una sombrilla, guantes y un pañuelo de bolsillo con el nombre «Marie Rogêt». He aquí una distribución que *naturalmente* haría una persona no demasiado sagaz queriendo dar la impresión de *naturalidad*. Pero esta disposición no es en absoluto natural. Lo más lógico hubiera sido suponer todos los efectos en el suelo y pisoteados. En los estrechos límites de esa enramada parece difícil que las enaguas y la chalina hubiesen podido quedar sobre las piedras, mientras eran sometidas a los tirones en uno y otro sentido de varias personas en lucha. Se dice que «la tierra estaba removida, rotos los arbustos y no cabía duda de que una lucha había tenido lugar». Pero las enaguas y la chalina aparecen colocadas allí como en los cajones de una cómoda. «Los jirones del vestido en las zarzas tenían unas tres pulgadas de ancho por seis de largo. Uno de ellos correspondía al dobladillo del vestido y había sido remendado... *Daban la impresión de pedazos arrancados.*» Aquí, inadvertidamente, *Le Soleil* emplea una frase extraordinariamente sospechosa. Según la descripción, en efecto los jirones «dan la impresión de pedazos arrancados», pero arrancados a mano y deliberadamente. Es un accidente rarísimo que, en ropa como la que nos ocupa, un jirón «sea arrancado» *por una espina*. Dada la naturaleza de semejantes tejidos, cuando una espina o clavo se engancha en ellos los desgarra rectangularmente, dividiéndolos en dos desgarraduras longitudinales en ángulo recto, que se encuentran en un vértice constituido por el punto donde penetra la espina; en esa forma, resulta casi imposible concebir que el jirón «sea arrancado». Por mi parte no lo he visto nunca, y usted tampoco. Para arrancar un pedazo de semejante tejido hará falta casi siempre la acción de dos fuerzas actuando en diferentes direcciones. Sólo si el tejido tiene dos bordes, como, por ejemplo, en el caso de un

pañuelo, y se desea arrancar una tira, bastará con una sola fuerza. Pero en esa instancia se trata de un vestido que no tiene más que un borde. Para que una espina pudiera arrancar una tira del interior, donde no hay ningún borde, hubiera hecho falta un milagro, aparte de que no bastaría con *una sola espina*. Aún si hubiera un borde, se requerirían dos espinas, de las cuales una actuaría en dos direcciones y la otra en una. Y conste que en este caso suponemos que el borde no está dobladillado. Si lo estuviera, no habría la menor posibilidad de arrancar una tira. Vemos, pues, los muchos y grandes obstáculos que se ofrecen a las espinas para «arrancar» tiras de una tela, y, sin embargo se pretende que creamos que así han sido arrancados *varios jirones*. ¡Y uno de ellos correspondía al dobladillo del vestido! Otra de las tiras era parte de la falda, pero no del dobladillo. Vale decir que había sido completamente arrancado por las espinas del interior sin orden del vestido. Bien se nos puede personar por no creer en semejantes cosas; y, sin embargo, tomadas colectivamente, ofrecen quizás menos campo a la sospecha que sola y sorprendente circunstancia de que esos artículos hubieran sido abandonados en el soto por *asesinos* que se habían tomado el trabajo de transportar el cadáver.

Empero, usted no habrá comprendido claramente mi pensamiento si supone que mi intención es *negar* que el soto haya sido el escenario del atentado. La villanía *pudo* ocurrir en ese lugar, o con mayor probabilidad, un accidente pudo producirse en la posada de madame Deluc. Pero éste es un punto de menor importancia. No es nuestra intención descubrir el escenario del crimen, sino encontrar a sus perpetradores. Lo que he señalado, no obstante lo minucioso de mis argumentos, tiene por objeto, en primer lugar, mostrarle lo absurdo de las dogmáticas y aventuradas afirmaciones de *Le Soleil*, y en segundo término, y de manera especial, conducirlo por una ruta natural a un nuevo examen de una duda: la de si este asesinato ha sido o no la obra de una *pandilla*.

Resumiremos el asunto aludiendo brevemente a los odiosos detalles que surgen de las declaraciones del médico forense en la indagación judicial. Basta señalar que sus *inferencias* dadas a conocer con respecto al número de los bandidos participantes en el atentado fueron ridiculizadas como injustas y totalmente privadas de fundamento por los mejores anatomistas de París. No se trata de que ello *no haya podido ser* como se infiere, sino de que no había fundamento para esa inferencia. ¿Y no los había, en cambio, para la otra?

Reflexionemos ahora sobre «las huellas de una lucha» y preguntémonos qué es lo que tales huellas alcanzan a demostrar. ¿Una pandilla? ¿Pero no demuestran, por el contrario, la ausencia de una pandilla? ¿Qué *lucha* podía tener lugar, tan violenta y prolongada, como para dejar «huellas» en todas direcciones entre una débil e indefensa muchacha y la imaginable pandilla de malhechores? El silencioso abrazo de unos pocos brazos robustos y todo habría terminado. La víctima debía quedar reducida a una total pasividad. Recordará usted que los argumentos empleados sobre el soto como escenario de lo ocurrido se aplican, en su mayor parte, a un ultraje cometido *por más de un*

individuo. Solamente si imaginamos a un violador podremos concebir (y sólo entonces) una lucha tan violenta y obstinada como para dejar semejantes «huellas».

Ya he mencionado la sospecha que nace de que los objetos en cuestión fueran abandonados en el soto. Parece casi imposible que semejantes pruebas de culpabilidad hayan sido dejadas accidentalmente donde se las encontró. Si suponemos una suficiente presencia de ánimo para retirar el cadáver, ¿qué pensar de una prueba aún más positiva que el cuerpo mismo (cuyas facciones hubieran sido borradas prontamente por la corrupción) abandonada a la vista de cualquiera en la escena del atentado? Me refiero al pañuelo con el *nombre* de la muerta. Si quedó allí por accidente, no hay duda de que no se trataba de una *pandilla*. Sólo cabe imaginar ese accidente relacionado con una sola persona. Veamos: un individuo acaba de cometer el asesinato. Está solo con el fantasma de la muerta. Se siente aterrado por lo que yace inanimado ante él. El arrebato de su pasión ha cesado y en su pecho se abre paso el miedo de lo que acaba de cometer. Le falta esa confianza que la presencia de otros inspira. Está *solo* con el cadáver. Tiembla, se siente confundido. Pero es necesario ocultar el cuerpo. Lo arrastra hacia el río dejando atrás todas las otras pruebas de su culpabilidad; sería difícil, si no imposible, llevar todo a la vez, y además no habrá dificultad en regresar más tarde en busca del resto. Mas en ese trabajoso recorrido hasta el agua su temor redobla. Los sonidos de la vida acechan en su camino. Diez veces oye o cree oír los pasos de un observador. Hasta las mismas luces de la ciudad lo espantan. Con todo, después de largas y frecuentes pausas, llenas de terrible ansiedad, llega a la orilla del río y hace desaparecer su espantosa carga quizás con ayuda de un bote. Pero *ahora*, ¿qué tesoros tiene el mundo, qué amenazas de venganza para impulsar al solitario asesino a recorrer una vez más el trabajoso y arriesgado camino hasta el soto, donde quedan los espeluznantes recuerdos de lo sucedido? No, no volverá, sean cuales fueren las consecuencias. Aun si quisiera, *no podría* volver. Su único pensamiento es el escapar inmediatamente. Da la espalda para siempre a esos terribles bosques y huye como de una maldición.

¿Pasaría lo mismo con una banda? Su número les habría inspirado recíproca confianza, en el caso de que ésta falte alguna vez en el pecho de un criminal empedernido; y una pandilla sólo podemos suponerla formada por individuos de esa laya. Su número, pues, hubiera impedido el incontrolable y alocado temor que, según imagino, debió paralizar a un hombre solo. Si podemos presumir un descuido por parte de uno, dos o tres, sin duda el cuarto hubiera pensado en ello. No habrían dejado huella alguna a sus espaldas, ya que su número les permitía llevarse *todo* de una sola vez. No había ninguna necesidad de *volver*.

Considere ahora el hecho de que el vestido que llevaba el cadáver al ser encontrado, «una tira de un pie de ancho había sido arrancada del vestido, desde el ruedo de la falda hasta la cintura; aparecía arrollada tres veces en la cintura y asegurada mediante una especie de ligadura en la espalda». Esto se hizo con evidente intención de obtener un *asa* mediante la cual transportar el cuerpo. Pero, en caso de tratarse de varios hombres,

¿habrían recurrido a eso? Para tres o cuatro de ellos, los miembros del cadáver proporcionaban no sólo suficiente asidero, sino el mejor posible. El sistema empleado corresponde a un solo individuo, y esto nos lleva al hecho de que «entre el soto y el río se descubrió que los vallados habían sido derribados y la tierra mostraba señales de que se había arrastrado una pesada carga». ¿Cree usted que *varios* individuos se hubieran impuesto la superflua tarea de derribar un vallado para arrastrar un cuerpo que podía ser pasado por encima en un momento? ¿Cree usted que *varios* hombres hubieran arrastrado un cuerpo al punto de dejar evidentes huellas?

Aquí corresponde referirse a una observación de *Le Commerciel*, que en cierta medida ya he comentado antes. «Un trozo de una de las enaguas de la infeliz muchacha —dice—, de dos pies de largo por uno de ancho, le fue aplicado bajo el mentón y atado detrás de la cabeza, probablemente para ahogar sus gritos. Los individuos que hicieron esto no tenían pañuelos en el bolsillo.»

Ya he hecho notar que un verdadero pillastre no carece nunca de un pañuelo. Pero no me refiero ahora a eso. Que dicha atadura no fue empleada por falta de pañuelo y para los fines que supone *Le Commerciel*, lo demuestra el hallazgo del pañuelo en el lugar del hecho; y que su finalidad no era la de «ahogar sus gritos», surge de que se haya empleado esa atadura en vez de algo que hubiera sido mucho más adecuado. Pero los términos de los testimonios aluden a la tira en cuestión diciendo que «apareció alrededor del cuello, pero no apretada, aunque había sido asegurada con un nudo firmísimo». Estos términos son bastante vagos, pero difieren completamente de los de *Le Commerciel*. La tira tenía dieciocho pulgadas de ancho y, por lo tanto, aunque fuera de muselina, constituía una banda muy fuerte si se la doblaba sobre sí misma longitudinalmente. Así fue como se la encontró. Mi deducción es la siguiente: El asesino solitario, después de llevar alzado el cuerpo durante un trecho (sea desde el soto y otra parte) ayudándose con la tira arrollada a la cintura, notó que el peso resultaba excesivo para sus fuerzas. Resolvió entonces arrastrar su carga, y la investigación demuestra que, en efecto, el cuerpo fue arrastrado. A tal fin, era necesario atar una especie de cuerda a una de las extremidades. El mejor lugar era el cuello, ya que la cabeza impediría que se zafara. En este punto, el asesino debió pensar en la tira que circundaba la cintura de la víctima. Hubiera querido usarla, pero se le planteaba el inconveniente de que estaba arrollada al cadáver, sujetada por una atadura, sin contar que no había sido completamente arrancada del vestido. Más fácil resultaba arrancar una nueva tira de las enaguas. Así lo hizo, ajustándola al cuello, y en esa forma *arrastró* a su víctima hasta la orilla del río. El hecho de que este lazo, difícil y penosamente obtenido, y sólo a medias adecuado a su finalidad, fuera sin embargo empleado por el asesino, nace del hecho de que éste estaba ya demasiado lejos para utilizar la chalina, vale decir, después que hubo abandonado el soto (si se trataba del soto) y se encontraba a mitad de camino entre éste y el río.

Dirá usted que el testimonio de madame Deluc (!) apunta especialmente a la presencia de *una pandilla* en la vecindad del soto, aproximadamente, en el momento del asesinato. Estoy de acuerdo. Incluso me pregunto si no había *una docena* de pandillas como la descrita por madame Deluc en la vecindad de la Barrière du Roule y aproximadamente en el momento de la tragedia. Pero la pandilla que se ganó la marcada enemistad —y el testimonio tardío y bastante sospechoso— de madame Deluc, es la única a la cual esta honesta y escrupulosa anciana reprocha haberle regalado con sus pasteles y haber bebido su coñac sin tomarse la molestia de pagar los gastos. *Et hinc illae irae?*

Pero ¿cuál es el preciso testimonio de madame Deluc? «Se presentó una pandilla de malandrines, los cuales se condujeron escandalosamente, comieron y bebieron sin pagar, siguieron luego la ruta que habían tomado los dos jóvenes y regresaron a la posada al anochecer, volviendo a cruzar el río como si tuvieran mucha prisa.»

Ahora bien, esta «gran prisa» debió probablemente parecer más grande a ojos de madame Deluc, quien reflexionaba triste y nostálgicamente sobre sus pasteles y su cerveza profanados, y por los cuales debió abrigar aún alguna esperanza de compensación. ¿Por qué, si no, se refirió a la prisa, desde el momento que ya era «el anochecer»? No hay ninguna razón para asombrarse de que una banda de pillus se apresure a volver a casa cuando queda por cruzar en bote un ancho río, cuando amenaza tormenta y se acerca la noche.

Digo que *se acerca*, pues la noche aún no había caído. Era tan sólo «al anochecer» cuando la prisa indecente de aquellos «bandidos» ofendió los modestos ojos de madame Leduc. Pero estamos enterados de que esa misma noche, tanto madame Deluc como su hijo mayor, «oyeron los gritos de una mujer en la vecindad de la posada». ¿Y qué palabras emplea madame Deluc para señalar el momento de la noche en que se oyeron esos gritos? «Poco después de oscurecer», afirma. Pero «poco después de oscurecer» significa que ya ha oscurecido. Vale decir, resulta perfectamente claro que la pandilla abandonó la Barrière du Roule *antes* de que se produjeran los gritos escuchados (?) por madame Deluc. Y aunque en las muchas transcripciones del testimonio las expresiones en cuestión son clara e invariablemente empleadas como acabo de hacerlo en mi conversación con usted, hasta ahora ninguno de los diarios parisienses, ni ninguno de los funcionarios policiales ha señalado tan gruesa discrepancia.

Sólo añadiré un argumento contra la noción de una *banda*, pero el mismo tiene, en mi opinión, un peso irresistible. Dada la enorme recompensa ofrecida y el pleno perdón que se concede por toda declaración probatoria, no cabe imaginar un solo instante que algún miembro de una pandilla de miserables criminales —o de cualquier pandilla— no haya traicionado hace rato a sus cómplices. En una pandilla colocada en esa situación, cada uno de sus miembros no está tan ansioso de recompensa o de impunidad, *como temeroso de ser traicionado*. Se apresura a delatar lo antes posible, a fin de no ser delatado a su turno. Y que el secreto no haya sido divulgado es la mejor prueba de que realmente

se trata de un secreto. Los horrores de esa terrible acción sólo son conocidos por Dios y por una o dos personas.

Resumamos los magros pero evidentes frutos de nuestro análisis. Hemos llegado, ya sea a la noción de un accidente fatal en la posada de madame Deluc, o de un asesinato perpetrado en el soto de la Barrière du Roule por un amante o, en todo caso, por alguien íntima y secretamente vinculado con la difunta. Esta persona es de tez morena. Dicha tez, la ligadura en la tira que rodeaba el cuerpo, y el «nudo de marinero» con el cual apareció atado el cordón de la cofia, apuntan a un marino. Su camaradería con la difunta, muchacha alegre pero no depravada, lo designa como perteneciente a un grado superior al de simple marinero. Las comunicaciones al diario, correctamente escritas, son en gran medida una corroboración de lo anterior. La circunstancia de la primera fuga, conforme la menciona *Le Mercure*, tiende a conectar la idea de este marino con la del «oficial de la marina», de quien se sabe que fue el primero en inducir a la infeliz víctima a cometer una irregularidad.

Y aquí, de la manera más justa, interviene el hecho de la continua ausencia del hombre moreno. Permítame hacerle notar de paso que la tez del mismo es morena y atezada; no es un color moreno común el que atrajo la atención tanto de Valence como de madame Deluc. Pero, ¿por qué está ausente este hombre? ¿Fue asesinado por la pandilla? Si es así, ¿cómo no hay más que huellas de la joven asesinada? Es natural suponer que los dos atentados se produjeron en el mismo lugar. ¿Y dónde se halla su cadáver? Con toda probabilidad, los asesinos hubieran hecho desaparecer a ambos en la misma forma. Pero lo que cabe suponer es que este hombre vive, y lo que le impide darse a conocer es el miedo de que lo acusen del asesinato. Esta razón es la que influye sobre él actualmente, en esta última fase de la investigación, ya que los testimonios han señalado que se le vio con Marie; pero no tenía ninguna influencia en el período inmediato al crimen. El primer impulso de un inocente hubiera sido denunciar el ultraje y ayudar a identificar a los culpables. Era lo que correspondía. El hombre había sido visto por la joven. Cruzó el río con ella en un *ferryboat*. Aún para un atrasado mental la denuncia de los asesinos era el único y más seguro medio de librarse personalmente de toda sospecha. No podemos imaginarlo, en la noche del domingo fatal, inocente y a la vez ignorante del atentado que acababa de cometerse. Y, sin embargo, solo cabría suponer esas circunstancias para concebir que hubiese dejado de denunciar a los asesinos en caso de hallarse con vida.

¿Qué medios tenemos para llegar a la verdad? A medida que sigamos adelante los veremos multiplicarse y ganar en claridad. Cribemos hasta el fondo la cuestión de la primera escapatoria. Documentándonos sobre la historia de «el oficial», con circunstancias actuales y sus andanza en el momento preciso del asesinato. Comparamos cuidadosamente entre sí las distintas comunicaciones enviadas al diario de la noche, cuyo objeto era inculpar a una pandilla. Hecho esto, comparamos dichas comunicaciones, tanto desde el punto de vista del estilo como de su presentación, con

las enviadas al diario de la mañana, en un período anterior, y que tenían por objeto insistir con vehemencia en la culpabilidad de Mennais. Cumplido todo esto, comparemos el total de esas comunicaciones con papeles escritos de puño y letra por el susodicho oficial. Tratemos de asegurarnos, mediante repetidos interrogatorios a madame Deluc y a sus hijos, así como a Valence, el conductor del ómnibus, de más detalles sobre la apariencia personal del «hombre de la tez morena». Habilmente dirigidas, estas indagaciones no dejarán de extraer informaciones sobre estos puntos particulares (o sobre los otros), que incluso los interrogados pueden no saber que están en condiciones de proporcionar.

Y sigamos entonces la huella *del bote* recogido por el lanchero en la mañana del lunes veintitrés de junio, bote que fue retirado, *sin el timón*, del depósito de lanchas, a escondidas del empleado de turno y en un momento anterior al descubrimiento del cadáver. Con la debida precaución y perseverancia daremos infaliblemente con ese bote, pues no sólo el lanchero que lo encontró puede identificarlo, *sino que tenemos su timón*. El gobernalle de un *bote de vela* no hubiera sido abandonado fácilmente, si se tratara de alguien que no tenía nada que reprocharse. Y aquí haré un paréntesis para insinuar un detalle. El hallazgo del bote a la deriva *no fue anunciado* en el momento. Conducido discretamente al depósito de lanchas, fue retirado con la misma discreción. Pero su propietario o usuario, ¿cómo pudo saber, en la mañana del martes y sin ayuda de ningún anuncio, dónde se hallaba el bote, salvo que supongamos que está vinculado de alguna manera *con la marina*, y que esa vinculación personal y permanente le permitía enterarse de menores novedades, de sus mínimas noticias locales?

«Al hablar del asesino solitario, que arrastra a su víctima hasta la costa, he sugerido ya la posibilidad de que hubiera hecho uso *de un bote*. Podemos sostener ahora que Marie Rogêt fue echada al agua desde un bote, lo cual me parece lógico, ya que no cabía confiar el cadáver a las aguas poco profundas de la costa. Las peculiares marcas de la espalda y hombros de la víctima apuntan a las cuadernas del fondo de un bote. También corrobora esta idea el que el cadáver fuera encontrado sin un peso atado como lastre. De haber sido echado al agua en la costa, le hubieran agregado algún peso. Cabe suponer que la falta del mismo se debió a un descuido del asesino, que olvidó llevarlo consigo al alejarse río adentro.

En el momento de lanzar el cuerpo al agua debió de advertir su olvido, pero no tenía nada a mano para remediarlo. Debió de preferir cualquier riesgo antes que regresar a aquella terrible playa. Luego, libre de su fúnebre carga, el asesino se apresuró a regresar a la ciudad. Allí, en algún muelle mal iluminado, saltó a tierra. En cuanto al bote, ¿lo amarraría allí mismo? Debió de proceder con demasiada prisa para pensar en tal cosa. Además, de amarrarlo, hubiera sentido que dejaba a sus espaldas pruebas contra sí mismo. Su reacción natural debió de ser de alejar lo más posible todo lo que guardara alguna relación con el crimen. No sólo quería huir de aquel muelle, sino que no permitiría que el bote quedara allí. Seguramente lo lanzó a la deriva.

Pero sigamos adelante con nuestras suposiciones. A la mañana siguiente, el miserable se siente presa del más inexpresable horror al enterarse de que el bote ha sido recogido y llevado a un lugar que él frecuenta diariamente; un lugar donde quizás sus obligaciones lo hacen acudir de continuo. A la noche siguiente, *sin atreverse a pedir el timón*, se apodera del bote. Ahora bien; ¿dónde está ese bote sin gobernante? Descubrirlo debe constituir uno de nuestros primeros propósitos. De la luz que emane de ese descubrimiento comenzará a nacer el día de nuestro triunfo. Con una rapidez que nos sorprenderá, el bote va a guiarnos hasta aquel que lo utilizó en la medianoche del domingo fatal. Una corroboración seguirá a otra y el asesino será identificado.»

[Por razones que no especificaremos, pero que resultarán obvias a muchos lectores, nos hemos tomado la libertad de omitir la parte del manuscrito confiado a nuestras manos donde se detalla *el seguimiento* de la apenas perceptible pista lograda por Dupin. Solo nos parece conveniente dejar constancia, en resumen, de que los resultados previstos fueron alcanzados, y que el prefecto cumplió fielmente, aunque sin muchas ganas, los términos de su convenio con el *chevalier*. El artículo del señor Poe concluye con las siguientes palabras (*Los Directores*)⁹¹].

Se comprenderá que hablo de coincidencias y *nada más*. Lo que he dicho sobre este punto debe bastar. No hay fe en mi corazón sobre lo preternatural. Que la naturaleza y su Dios son dos, nadie capaz de pensar lo negará. Que el segundo, creando la primera, puede controlarla y modificarla a su voluntad, es asimismo incuestionable. Digo «a su voluntad» porque se trata de una cuestión de voluntad y no, como el extravío de la lógica supone, de poder. No se trata de que la Deidad *no pueda* modificar sus leyes, sino que la insultamos al suponer una posible necesidad de modificación. En sus orígenes, esas leyes fueron planeadas para abrazar *todas* las contingencias que podían presentar en el futuro. Con Dios, todo es *ahora*.

Repite, pues, que sólo hablo de estas cosas como de coincidencias. Más aún: en lo que he relatado se verá que entre el destino de la infeliz Mary Cecilia Rogers (hasta donde dicho destino es conocido) y el de una tal Marie Rogêt (hasta un momento dado de su historia) existió un paralelo de tan extraordinaria exactitud que frente a él la razón se siente confundida. He dicho que esto se verá. Pero no se suponga por un solo instante que, al continuar con la triste narración referente a Marie desde la época mencionada, y seguir hasta su desenlace el misterio que rodeó su muerte, abrigo la encubierta intención de insinuar que el paralelo continúa, o sugerir que las medidas adoptadas en París para el descubrimiento del asesino de una *grisette*, o cualquier medida fundada en razonamientos similares, producirían en el otro caso resultados equivalentes.

Preciso es tener en cuenta —refiriéndonos a la última parte de la suposición— que la más nimia variación en los hechos de los dos casos podría dar motivo a los más grandes errores al hacer tomar a ambas series de eventos distintas direcciones; lo mismo que, en

⁹¹ De la revista donde se publicó por primera vez este trabajo.

aritmética, un error que en sí mismo es insignificante, por mera multiplicación en los distintos pasos de un proceso llega a producir un resultado enormemente alejado de la verdad.

Con respecto a la primera parte de las suposiciones, no debemos olvidar que el cálculo de probabilidades al cual me referí antes prohíbe toda idea de la prolongación del paralelismo, y lo hace con una fuerza y decisión proporcionales a la medida en que dicho paralelo se ha mostrado hasta entonces exacto y acertado. Es ésta una de esas proposiciones anómalas que, reclamando en apariencia un pensar diferente del pensar matemático, sólo puede ser plenamente abarcada por una mente matemática. Nada más difícil, por ejemplo, que convencer al lector corriente de que el hecho de que el seis haya sido echado dos veces por un jugador de dados, basta para apostar que no volverá a salir en la tercera tentativa. El intelecto rechaza casi siempre toda sugerión en este sentido. No se acepta que dos tiros ya efectuados, y que pertenecen por completo al pasado, puedan influir sobre un tiro que sólo existe en el futuro. Las probabilidades de echar dos seises parecen exactamente las mismas que en cualquier otro momento, vale decir que sólo están sometidas a la influencia de todos los otros tiros que pueden producirse en el juego de dados. Esta reflexión parece tan obvia que las tentativas de contradecirla son casi siempre recibidas con una sonrisa despectiva antes que con atención respetuosa. No pretendo exponer aquí, dentro de los límites de este trabajo, el craso error involucrado en esa actitud; para los que entienden de filosofía no necesita explicación. Baste decir que forma parte de una infinita serie de engaños que surgen en la senda de la razón, por culpa de su tendencia a buscar la verdad *en el detalle*.

El pozo y el péndulo

The pit and the pendulum, 1842

*Impia tortorum longas hic turba furores sanguinis innocui,
non satiata, aluit, sospite nunc patria, fracto nunc funeris
antro, mors ubi dira fuit vita salusque patent.*

(Cuarteto compuesto para las puertas de un mercado
que debió erigirse en el solar del Club de los Jacobinos, en
París.)

Estaba agotado, agotado hasta no poder más, por aquella larga agonía. Cuando, por último, me desataron y pude sentarme, noté que perdía el conocimiento. La sentencia, la espantosa sentencia de muerte, fue la última frase claramente acentuada que llegó a mis oídos. Luego, el sonido de las voces de los inquisidores me pareció que se apagaba en el indefinido zumbido de un sueño. El ruido aquel provocaba en mi espíritu una idea de *rotación*, quizá a causa de que lo asociaba en mis pensamientos con una rueda de molino. Pero aquello duró poco tiempo, porque, de pronto, no oí nada más. No obstante, durante algún rato pude ver, pero ¡con qué terrible exageración! Veía los labios de los jueces vestidos de negro: eran blancos, más blancos que la hoja de papel sobre la que estoy escribiendo estas palabras; y delgados hasta lo grotesco, adelgazados por la intensidad de su dura expresión, de su resolución inexorable, del riguroso desprecio al dolor humano. Veía que los decretos de lo que para mí representaba el Destino salían aún de aquellos labios. Los vi retorcerse en una frase mortal, les vi pronunciar las sílabas de mi nombre, y me estremecí al ver que el sonido no seguía al movimiento.

Durante varios momentos de espanto frenético vi también la blanda y casi imperceptible ondulación de las negras colgaduras que cubrían las paredes de la sala, y mi vista cayó entonces sobre los siete grandes hachones que se habían colocado sobre la mesa. Tomaron para mí, al principio, el aspecto de la caridad, y los imaginé ángeles blancos y esbeltos que debían salvarme. Pero entonces, y de pronto, una náusea mortal invadió mi alma, y sentí que cada fibra de mi ser se estremecía como si hubiera estado en contacto con el hilo de una batería galvánica. Y las formas angélicas convertíanse en insignificantes espectros con cabeza de llama, y claramente comprendí que no debía esperar de ellos auxilio alguno. Entonces, como una magnífica nota musical, se insinuó en mi imaginación la idea del inefable reposo que nos espera en la tumba. Llegó suave, furtivamente; creo que necesité un gran rato para apreciarla por completo. Pero en el preciso instante en que mi espíritu comenzaba a sentir claramente esa idea, y a acariciarla, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia; los

grandes hachones se redujeron a la nada; sus llamas se apagaron por completo, y sobrevino la negrura de las tinieblas; todas las sensaciones parecieron desaparecer como en una zambullida loca y precipitada del alma en el Hades. Y el Universo fue sólo noche, silencio, inmovilidad.

Estaba desvanecido. Pero, no obstante, no puedo decir que hubiese perdido la conciencia del todo. La que me quedaba, no intentaré definirla, ni describirla siquiera. Pero, en fin, todo no estaba perdido. En medio del más profundo sueño..., ¡no! En medio del delirio..., ¡no! En medio del desvanecimiento..., ¡no! En medio de la muerte..., ¡no! Si fuera de otro modo, no habría salvación para el hombre. Cuando nos despertamos del más profundo sueño, rompemos la telaraña de *algún* sueño. Y, no obstante, un segundo más tarde es tan delicado este tejido, que no recordamos haber soñado.

Dos grados hay, al volver del desmayo a la vida: el sentimiento de la existencia moral o espiritual y el de la existencia física. Parece probable que si, al llegar al segundo grado, hubiéramos de evocar las impresiones del primero, volveríamos a encontrar todos los recuerdos elocuentes del abismo trasmundano. ¿Y cuál es ese abismo? ¿Cómo, al menos, podremos distinguir sus sombras de las de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he llamado primer grado no acuden de nuevo al llamamiento de la voluntad, no obstante, después de un largo intervalo, ¿no aparecen sin ser solicitadas, mientras, maravillados. nos preguntamos de dónde proceden? Quien no se haya desmayado nunca no descubrirá extraños palacios y casas singularmente familiares entre las ardientes llamas; no será el que contemple, flotantes en el aire, las visiones melancólicas que el vulgo no puede vislumbrar, no será el que medite sobre el perfume de alguna flor desconocida, ni el que se perderá en el misterio de alguna melodía que nunca hubiese llamado su atención hasta entonces.

En medio de mis repetidos e insensatos esfuerzos, en medio de mi energética tenacidad en recoger algún vestigio de ese estado de vacío aparente en el que mi alma había caído, hubo instantes en que soñé triunfar. Tuve momentos breves, brevísimos en que he llegado a condensar recuerdos que en épocas posteriores mi razón lúcida me ha afirmado no poder referirse sino a ese estado en que parece aniquilada la conciencia. Muy confusamente me presentan esas sombras de recuerdos grandes figuras que me levantaban, transportándome silenciosamente hacia abajo, aún más hacia abajo, cada vez más abajo, hasta que me invadió un vértigo espantoso a la simple idea del infinito en descenso.

También me recuerdan no sé qué vago espanto que experimentaba el corazón, precisamente a causa de la calma sobrenatural de ese corazón. Luego el sentimiento de una repentina inmovilidad en todo lo que me rodeaba, como si quienes me llevaban, un cortejo de espectros, hubieran pasado, al descender, los límites de lo ilimitado, y se hubiesen detenido, vencidos por el hastío infinito de su tarea. Recuerda mi alma más tarde una sensación de insipidez y de humedad; después, todo no es más que *locura*, la locura de una memoria que se agita en lo abominable.

De pronto vuelven a mi alma un movimiento y un sonido: el movimiento tumultuoso del corazón y el rumor de sus latidos. Luego, un intervalo en el que todo desaparece. Luego, el sonido de nuevo, el movimiento y el tacto, como una sensación vibrante penetradora de mi ser. Después la simple conciencia de mi existencia sin pensamiento, sensación que duró mucho. Luego, bruscamente, el *pensamiento* de nuevo, un temor que me producía escalofríos y un esfuerzo ardiente por comprender mi verdadero estado. Después, un vivo afán de caer en la insensibilidad. Luego, un brusco renacer del alma y una afortunada tentativa de movimiento. Entonces, el recuerdo completo del proceso, de los negros tapices, de la sentencia, de mi debilidad, de mi desmayo. Y el olvido más completo en torno a lo que ocurrió más tarde. Únicamente después, y gracias a la constancia más energética, he logrado recordarlo vagamente.

No había abierto los ojos hasta ese momento. Pero sentía que estaba tendido de espaldas y sin ataduras. Extendí la mano y pesadamente cayó sobre algo húmedo y duro. Durante algunos minutos la dejé descansar así, haciendo esfuerzos por adivinar dónde podía encontrarme y lo que había sido de mí. Sentía una gran impaciencia por hacer uso de mis ojos, pero no me atreví. Tenía miedo de la primera mirada sobre las cosas que me rodeaban. No es que me aterrorizara contemplar cosas horribles, sino que me aterraba la idea de no ver *nada*.

A la larga, con una loca angustia en el corazón, abrí rápidamente los ojos. Mi espantoso pensamiento hallábase, pues, confirmado. Me rodeaba la negrura de la noche eterna. Me parecía que la intensidad de las tinieblas me oprimía y me sofocaba. La atmósfera era intolerablemente pesada. Continué acostado tranquilamente e hice un esfuerzo por emplear mi razón. Recordé los procedimientos inquisitoriales, y, partiendo de esto, procuré deducir mi posición verdadera. Había sido pronunciada la sentencia y me parecía que desde entonces había transcurrido un largo intervalo de tiempo. No obstante, ni un solo momento imaginé que estuviera realmente muerto.

A pesar de todas las ficciones literarias, semejante idea es absolutamente incompatible con la existencia real. Pero ¿dónde me encontraba y cuál era mi estado? Sabía que los condenados a muerte morían con frecuencia en los autos de fe. La misma tarde del día de mi juicio habíase celebrado una solemnidad de esta especie. ¿Me habían llevado, acaso, de nuevo a mi calabozo para aguardar en él el próximo sacrificio que había de celebrarse meses más tarde? Desde el principio comprendí que esto no podía ser. Inmediatamente había sido puesto en requerimiento el contingente de víctimas. Por otra parte, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados, en Toledo, estaba empedrado y había en él alguna luz.

Repentinamente, una horrible idea aceleró mi sangre en torrentes hacia mi corazón, y durante unos instantes caí de nuevo en mi insensibilidad. Al volver en mí, de un solo movimiento me levanté sobre mis pies, temblando convulsivamente en cada fibra. Desatinadamente, extendí mis brazos por encima de mi cabeza y a mi alrededor, en todas direcciones. No sentí nada. No obstante, temblaba a la idea de dar un paso, pero

me daba miedo tropezar contra los muros de mi *tumba*. Brotaba el sudor por todos mis poros, y en gruesas gotas frías se detenía sobre mi frente. A la larga, se me hizo intolerable la agonía de la incertidumbre y avancé con precaución, extendiendo los brazos y con los ojos fuera de sus órbitas, con la esperanza de hallar un débil rayo de luz. Di algunos pasos, pero todo estaba vacío y negro. Respiré con mayor libertad. Por fin, me pareció evidente que el destino que me habían reservado no era el más espantoso de todos.

Y entonces, mientras precavidamente continuaba avanzando, se confundían en masa en mi memoria mil vagos rumores que sobre los horrores de Toledo corrían. Sobre estos calabozos contábanse cosas extrañas. Yo siempre había creído que eran fábulas; pero, sin embargo, eran tan extraños, que sólo podían repetirse en voz baja. ¿Debía morir yo de hambre, en aquel subterráneo mundo de tinieblas, o qué muerte más terrible me esperaba? Puesto que conocía demasiado bien el carácter de mis jueces, no podía dudar de que el resultado era la muerte, y una muerte de una amargura escogida. Lo que sería, y la hora de su ejecución, era lo único que me preocupaba y me aturdía.

Mis extendidas manos encontraron, por último un sólido obstáculo. Era una pared que parecía construida de piedra, muy lisa, húmeda y fría. La fui siguiendo de cerca, caminando con la precavida desconfianza que me habían inspirado ciertas narraciones antiguas. Sin embargo, esta operación no me proporcionaba medio alguno para examinar la dimensión de mi calabozo, pues podía dar la vuelta y volver al punto de donde había partido sin darme cuenta de lo perfectamente igual que parecía la pared. En vista de ello busqué el cuchillo que guardaba en uno de mis bolsillos cuando fui conducido al tribunal. Pero había desaparecido, porque mis ropas habían sido cambiadas por un traje de grosera estameña.

Con objeto de comprobar perfectamente mi punto de partida, había pensado clavar la hoja en alguna pequeña grieta de la pared. Sin embargo, la dificultad era bien fácil de ser solucionada, y, no obstante, al principio, debido al desorden de mi pensamiento, me pareció insuperable. Rasgué una tira de la orla de mi vestido y la coloqué en el suelo en toda su longitud, formando un ángulo recto con el muro. Recorriendo a tientas mi camino en torno a mi calabozo, al terminar el circuito tendría que encontrar el trozo de tela. Por lo menos, esto era lo que yo creía, pero no había tenido en cuenta ni las dimensiones de la celda ni mi debilidad. El terreno era húmedo y resbaladizo. Tambaleándome, anduve durante algún rato. Después tropecé y caí. Mi gran cansancio me decidió a continuar tumbado, y no tardó el sueño en apoderarse de mí en aquella posición.

Al despertarme y alargar el brazo hallé a mi lado un pan y un cántaro con agua. Estaba demasiado agotado para reflexionar en tales circunstancias, y bebí y comí ávidamente. Tiempo más tarde reemprendí mi viaje en torno a mi calabozo, y trabajosamente logré llegar al trozo de estameña. En el momento de caer había contado ya cincuenta y dos pasos, y desde que reanudé el camino hasta encontrar la tela,

cuarenta y ocho. De modo que medía un total de cien pasos, y suponiendo que dos de ellos constituyeran una yarda, calculé en unas cincuenta yardas la circunferencia de mi calabozo. Sin embargo, había tropezado con numerosos ángulos en la pared, y esto impedía el conjeturar la forma de la cueva, pues no había duda alguna de que aquello era una cueva.

No ponía gran interés en aquellas investigaciones, y con toda seguridad estaba desalentado. Pero una vaga curiosidad me impulsó a continuarlas. Dejando la pared, decidí atravesar la superficie de mi prisión. Al principio procedí con extrema precaución, pues el suelo, aunque parecía ser de una materia dura, era traidor por el limo que en él había. No obstante, al cabo de un rato logré animarme y comencé a andar con seguridad, procurando cruzarlo en línea recta.

De esta forma avancé diez o doce pasos, cuando el trozo rasgado que quedaba de orla se me enredó entre las piernas, haciéndome caer de brúces violentamente.

En la confusión de mi caída no noté al principio una circunstancia no muy sorprendente y que, no obstante, segundos después, hallándome todavía en el suelo, llamó mi atención. Mi barbilla apoyábase sobre el suelo del calabozo, pero mis labios y la parte superior de la cabeza, aunque parecían colocados a menos altura que la barbilla, no descansaban en ninguna parte. Me pareció, al mismo tiempo, que mi frente se empapaba en un vapor viscoso y que un extraño olor a setas podridas llegaba hasta mi nariz. Alargué el brazo y me estremecí, descubriendo que había caído al borde mismo de un pozo circular cuya extensión no podía medir en aquel momento. Tocando las paredes precisamente debajo del brocal, logré arrancar un trozo de piedra y la dejé caer en el abismo. Durante algunos segundos presté atención a sus rebotes. Chocaba en su caída contra las paredes del pozo. Lúgub्रemente, se hundió por último en el agua, despertando ecos estridentes. En el mismo instante dejóse oír un ruido sobre mi cabeza, como de una puerta abierta y cerrada casi al mismo tiempo, mientras un débil rayo de luz atravesaba repentinamente la oscuridad y se apagaba en seguida.

Con toda claridad vi la suerte que se me preparaba, y me felicité por el oportuno accidente que me había salvado. Un paso más, y el mundo no me hubiera vuelto a ver. Aquella muerte, evitada a tiempo, tenía ese mismo carácter que había yo considerado como fabuloso y absurdo en las historias que sobre la Inquisición había oido contar. Las víctimas de su tiranía no tenían otra alternativa que la muerte, con sus crueles agonías físicas o con sus abominables torturas morales. Esta última fue la que me había sido reservada. Mis nervios estaban abatidos por un largo sufrimiento, hasta el punto que me hacía temblar el sonido de mi propia voz, y me consideraba por todos motivos una víctima excelente para la clase de tortura que me aguardaba.

Temblando, retrocedí a tientas hasta la pared, decidido a dejarme morir antes que afrontar el horror de los pozos que en las tinieblas de la celda multiplicaba mi imaginación. En otra situación de ánimo hubiese tenido el suficiente valor para concluir con mis miserias de una sola vez, lanzándome a uno de aquellos abismos, pero en

aquellos momentos era yo el más perfecto de los cobardes. Por otra parte, me era imposible olvidar lo que había leído con respecto a aquellos pozos, de los que se decía que la extinción *repentina* de la vida era una esperanza cuidadosamente excluida por el genio infernal de quien los había concebido.

Durante algunas horas me tuvo despierto la agitación de mi ánimo. Pero, por último, me adormecí de nuevo. Al despertarme, como la primera vez, hallé a mi lado un pan y un cántaro de agua. Me consumía una sed abrazadora, y de un trago vacié el cántaro. Algo debía de tener aquella agua, pues apenas bebí sentí unos irresistibles deseos de dormir. Caí en un sueño profundo parecido al de la muerte. No he podido saber nunca cuánto tiempo duró; pero, al abrir los ojos, pude distinguir los objetos que me rodeaban. Gracias a una extraña claridad sulfúrea, cuyo origen no pude descubrir al principio, podía ver la magnitud y aspecto de mi cárcel.

Me había equivocado mucho con respecto a sus dimensiones. Las paredes no podían tener más de veinticinco yardas de circunferencia. Durante unos minutos, ese descubrimiento me turbó grandemente, turbación en verdad pueril, ya que, dadas las terribles circunstancias que me rodeaban, ¿qué cosa menos importante podía encontrar que las dimensiones de mi calabozo? Pero mi alma ponía un interés extraño en las cosas nimias, y tenazmente me dediqué a darme cuenta del error que había cometido al tomar las medidas a aquél recinto. Por último se me apareció como un relámpago la luz de la verdad. En mi primera exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de caer. En ese instante debía encontrarme a uno o dos pasos del trozo de tela. Realmente, había efectuado casi el circuito de la cueva. Entonces me dormí, y al despertarme, necesariamente debí de volver sobre mis pasos, creando así un circuito casi doble del real. La confusión de mi cerebro me impidió darme cuenta de que había empezado la vuelta con la pared a mi izquierda y que la terminaba teniéndola a la derecha.

También me había equivocado por lo que respecta a la forma del recinto. Tanteando el camino, había encontrado varios ángulos, deduciendo de ello la idea de una gran irregularidad; tan poderoso es el efecto de la oscuridad absoluta sobre el que sale de un letargo o de un sueño. Los ángulos eran, sencillamente, producto de leves depresiones o huecos que se encontraban a intervalos desiguales. La forma general del recinto era cuadrada. Lo que creí mampostería parecía ser ahora hierro u otro metal dispuesto en enormes planchas, cuyas suturas y junturas producían las depresiones.

La superficie de aquella construcción metálica estaba embadurnada groseramente con toda clase de emblemas horrorosos y repulsivos, nacidos de la superstición sepulcral de los frailes. Figuras de demonios con amenazadores gestos, con formas de esqueleto y otras imágenes del horror más realista llenaban en toda su extensión las paredes. Me di cuenta de que los contornos de aquellas monstruosidades estaban suficientemente claros, pero que los colores parecían manchados y estropeados por efecto de la humedad del ambiente. Vi entonces que el suelo era de piedra. En su centro

había un pozo circular, de cuya boca había yo escapado, pero no vi que hubiese alguno más en el calabozo.

Todo esto lo vi confusamente y no sin esfuerzo, pues mi situación física había cambiado mucho durante mi sueño. Ahora, de espaldas, estaba acostado cuan largo era sobre una especie de armadura de madera muy baja. Estaba atado con una larga tira que parecía de cuero. Enrollábase en distintas vueltas en torno a mis miembros y a mi cuerpo, dejando únicamente libres mi cabeza y mi brazo izquierdo. Sin embargo, tenía que hacer un violento esfuerzo para alcanzar el alimento que contenía un plato de barro que habían dejado a mi lado sobre el suelo. Con verdadero terror me di cuenta de que el cántaro había desaparecido, y digo con terror porque me devoraba una sed intolerable. Creí entonces que el plan de mis verdugos consistía en exasperar esta sed, puesto que el alimento que contenía el plato era una carne cruelmente salada.

Levanté los ojos y examiné el techo de mi prisión. Hallábbase a una altura de treinta o cuarenta pies y parecíase mucho, por su construcción, a las paredes laterales. En una de sus caras llamó mi atención una figura de las más singulares. Era una representación pintada del Tiempo, tal como se acostumbra representarle, pero en lugar de la guadaña tenía un objeto que a primera vista creí se trataba de un enorme péndulo como los de los relojes antiguos. No obstante, algo había en el aspecto de aquella máquina que me hizo mirarla con más detención.

Mientras la observaba directamente, mirando hacia arriba, pues hallábbase colocada exactamente sobre mi cabeza, me pareció ver que se movía. Un momento después se confirmaba mi idea. Su balanceo era corto y, por tanto, muy lento. No sin cierta desconfianza, y, sobre todo, con extrañeza la observé durante unos minutos. Cansado, al cabo de vigilar su fastidioso movimiento, volví mis ojos a los demás objetos de la celda.

Un ruido leve atrajo mi atención. Miré al suelo y vi algunas enormes ratas que lo cruzaban. Habían salido del pozo que yo podía distinguir a mi derecha. En ese instante, mientras las miraba, subieron en tropel, a toda prisa, con voraces ojos y atraídas por el olor de la carne. Me costó gran esfuerzo y atención apartarlas.

Transcurrió media hora, tal vez una hora —pues apenas imperfectamente podía medir el tiempo— cuando, de nuevo, levanté los ojos sobre mí. Lo que entonces vi me dejó atónito y sorprendido. El camino del péndulo había aumentado casi una yarda, y, como consecuencia natural, su velocidad era también mucho mayor. Pero, principalmente, lo que más me impresionó fue la idea de que había *descendido* visiblemente. Puede imaginarse con qué espanto observé entonces que su extremo inferior estaba formado por media luna de brillante acero, que, aproximadamente, tendría un pie de largo de un cuerno a otro. Los cuernos estaban dirigidos hacia arriba, y el filo inferior, evidentemente afilado como una navaja barbera. También parecía una navaja barbera, pesado y macizo, y ensanchábbase desde el filo en una forma ancha y sólida. Se ajustaba a una gruesa varilla de cobre, y todo ello *silbaba* moviéndose en el espacio.

Ya no había duda alguna con respecto a la suerte que me había preparado la horrible ingeniosidad monacal. Los agentes de la Inquisición habían previsto mi descubrimiento del pozo; *del pozo*, cuyos horrores habían sido reservados para un hereje tan temerario como yo; *del pozo*, imagen del infierno, considerado por la opinión como la Ultima Tule de todos los castigos. El más fortuito de los accidentes me había salvado de caer en él, y yo sabía que el arte de convertir el suplicio en un lazo y una sorpresa constituía una rama importante de aquel sistema fantástico de ejecuciones misteriosas. Por lo visto, habiendo fracasado mi caída en el pozo, no figuraba en el demoníaco plan arrojarme a él. Por tanto, estaba destinado, y en este caso sin ninguna alternativa, a una muerte distinta y más dulce ¡Mas dulce! En mi agonía, pensando en el uso singular que yo hacía de esta palabra, casi sonréí.

¿Para qué contar las largas, las interminables horas de horror, más que mortales, durante las que conté las vibrantes oscilaciones del acero? Pulgada a pulgada, línea a línea, descendía gradualmente, efectuando un descenso sólo apreciable a intervalos, que eran para mí más largos que siglos. Y cada vez más, cada vez más, seguía bajando, bajando.

Pasaron días, tal vez muchos días, antes que llegase a balancearse lo suficientemente cerca de mí para abanicarme con su aire acre. Hería mi olfato el olor de acero afilado. Rogué al Cielo, cansándolo con mis súplicas, que hiciera descender más rápidamente el acero. Enloquecí, me volví frenético, hice esfuerzos para incorporarme e ir al encuentro de aquella espantosa y móvil cimitarra. Y luego, de pronto, se apoderó de mí una gran calma y permanecí tendido sonriendo a aquella muerte brillante, como podría sonreír un niño a un juguete precioso.

Transcurrió luego un instante de perfecta insensibilidad. Fue un intervalo muy corto. Al volver a la vida no me pareció que el péndulo hubiera descendido una altura apreciable. No obstante, es posible que aquel tiempo hubiese sido larguísimo. Yo sabía que existían seres infernales que tomaban nota de mi desvanecimiento y que a su capricho podían detener la vibración.

Al volver en mí, sentí un malestar y una debilidad indecibles, como resultado de una enorme inanición. Aun entre aquellas angustias, la naturaleza humana suplicaba el sustento. Con un esfuerzo penoso, extendí mi brazo izquierdo tan lejos como mis ligaduras me lo permitían, y me apoderé de un pequeño sobrante que las ratas se habían dignado dejarme. Al llevarme un pedazo a los labios, un informe pensamiento de extraña alegría, de esperanza, se alojó en mi espíritu. No obstante, ¿qué había de común entre la esperanza y yo? Repito que se trataba de un pensamiento informe. Con frecuencia tiene el hombre pensamientos así, que nunca se completan. Me di cuenta de que se trataba de un pensamiento de alegría, de esperanza, pero comprendí también que había muerto al nacer. Me esforcé inútilmente en completarlo, en recobrarlo. Mis largos sufrimientos habían aniquilado casi por completo las ordinarias facultades de mi espíritu. Yo era un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo se efectuaba en un plano que formaba ángulo recto con mi cuerpo. Vi que la cuchilla había sido dispuesta de modo que atravesara la región del corazón. Rasgaría la tela de mi traje, volvería luego y repetiría la operación una y otra vez. A pesar de la gran dimensión de la curva recorrida —unos treinta pies, más o menos— y la silbante energía de su descenso, que incluso hubiera podido cortar aquellas murallas de hierro, todo cuanto podía hacer, en resumen, y durante algunos minutos, era rasgar mi traje.

Y en este pensamiento me detuve. No me atrevía a ir más allá de él. Insistí sobre él con una sostenida atención, como si con esta insistencia hubiera podido parar *allí* el descenso de la cuchilla. Empecé a pensar en el sonido que produciría ésta al pasar sobre mi traje, y en la extraña y penetrante sensación que produce el roce de la tela sobre los nervios. Pensé en todas esas cosas, hasta que los dientes me rechinaron.

Más bajo, más bajo aún. Deslizábbase cada vez más bajo. Yo hallaba un placer frenético en comparar su velocidad de arriba abajo con su velocidad lateral. Ahora, hacia la derecha; ahora, hacia la izquierda. Después se iba lejos, lejos, y volvía luego, con el chillido de un alma condenada, hasta mi corazón con el andar furtivo del tigre. Yo aullaba y reía alternativamente, según me dominase una u otra idea.

Más bajo, invariablemente, inexorablemente más bajo. Movíase a tres pulgadas de mi pecho. Furiosamente, intenté libertar con violencia mi brazo izquierdo. Estaba libre solamente desde el codo hasta la mano. Únicamente podía mover la mano desde el plato que habían colocado a mi lado hasta mi boca; sólo esto, y con un gran esfuerzo. Si hubiera podido romper las ligaduras por encima del codo, hubiese cogido el péndulo e intentado detenerlo, lo que hubiera sido como intentar detener una avalancha.

Siempre mas bajo, incesantemente, inevitablemente más bajo. Respiraba con verdadera angustia, y me agitaba a cada vibración. Mis ojos seguían el vuelo ascendente de la cuchilla y su caída, con el ardor de la desesperación más enloquecida; espasmódicamente, cerrábanse en el momento del descenso sobre mí. Aun cuando la muerte hubiera sido un alivio, ¡oh, qué alivio más indecible! Y, sin embargo, temblaba con todos mis nervios al pensar que bastaría que la máquina descendiera un grado para que se precipitara sobre mi pecho el hacha afilada y reluciente. Y mis nervios temblaban, y hacían encoger todo mi ser a causa de la *esperanza*. Era la *esperanza*, la esperanza triunfante aún sobre el potro, que dejábbase oír al oído de los condenados a muerte, incluso en los calabozos de la Inquisición.

Comprobé que diez o doce vibraciones, aproximadamente, pondrían el acero en inmediato contacto con mi traje, Y con esta observación entróse en mi ánimo la calma condensada y aguda de la desesperación. Desde hacía muchas horas, desde hacía muchos días, tal vez, pensé por primera vez. Se me ocurrió que la tira o correa que me ataba era de un solo trozo. Estaba atado con una ligadura continuada. La primera mordedura de la cuchilla de la media luna, efectuada en cualquier lugar de la correa, tenía que desatarla lo suficiente para permitir que mi mano la desenrollara de mi

cuerpo. ¡Pero qué terrible era, en este caso, su proximidad! El resultado de la más ligera sacudida había de ser mortal. Por otra parte ¿habrían previsto o impedido esta posibilidad los secuaces del verdugo? ¿Era probable que en el recorrido del péndulo atravesasen mi pecho las ligaduras? Temblando al imaginar frustrada mi débil esperanza, la última, realmente, levanté mi cabeza lo bastante para ver bien mi pecho. La correa cruzaba mis miembros estrechamente, juntamente con todo mi cuerpo, en todos sentidos, *menos en la trayectoria de la cuchilla homicida*.

Aún no había dejado caer de nuevo mi cabeza en su primera posición, cuando sentí brillar en mi espíritu algo que sólo sabría definir, aproximadamente, diciendo que era la mitad no formada de la idea de libertad que ya he expuesto, y de la que vagamente había flotado en mi espíritu una sola mitad cuando llevé a mis labios ardientes el alimento. Ahora, la idea entera estaba allí presente, débil, apenas viable, casi indefinida, pero, en fin, completa. Inmediatamente, con la energía de la desesperación, intenté llevarla a la práctica.

Hacia varias horas que cerca del caballete sobre el que me hallaba acostado se encontraba un número incalculable de ratas. Eran tumultuosas, atrevidas, voraces. Fijaban en mí sus ojos, como si no esperasen más que mi inmovilidad para hacer presa. "¿A qué clase de alimento —pensé— se habrá acostumbrado en este pozo?"

Menos una pequeña parte, y a pesar de todos mis esfuerzos para impedirlo, había devorado el contenido del plato; pero a la larga, la uniformidad maquinal de ese movimiento le había restado eficacia. Aquella plaga, en su voracidad, dejaba señales de sus agudos dientes en mis dedos. Con los restos de la carne aceitosa y picante que aún quedaba, froté vigorosamente mis ataduras hasta donde me fue posible hacerlo, y hecho esto retiré mi mano del suelo y me quedé inmóvil y sin respirar.

Al principio, lo repentino del camino y el cese del movimiento hicieron que los voraces animales se asustaran. Se apartaron alarmados y algunos volvieron al pozo. Pero esta actitud no duró más que un instante. No había yo contado en vano con su glotonería. Viéndome sin movimiento, una o dos o más atrevidas se encaramaron por el caballete y oliscaron la correa. Todo esto me pareció el preludio de una invasión general. Un nuevo tropel surgió del pozo. Agarrándose a la madera, la escalaron y a centenares saltaron sobre mi cuerpo. Nada las asustaba el movimiento regular del péndulo. Lo esquivaban y trabajaban activamente sobre la engrasada tira. Se apretaban moviéndose y se amontonaban incesantemente sobre mí. Sentía que se retorcían sobre mi garganta, que sus fríos hocicos buscaban mis labios.

Me encontraba medio sofocado por aquel peso que se multiplicaba contantemente. Un asco espantoso, que ningún hombre ha sentido en el mundo, henchía mi pecho y helaba mi corazón como un pesado vómito. Un minuto más, y me daba cuenta de que en más de un sitio habían de estar cortadas. Con una resolución sobrehumana, continué inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos. Mis sufrimientos no habían sido vanos. Sentí luego que estaba *libre*. En pedazos, colgaba la correa en torno de mi cuerpo. Pero el movimiento del péndulo efectuábase ya sobre mi pecho. La estameña de mi traje había sido atravesada y cortada la camisa. Efectuó dos oscilaciones más, y un agudo dolor atravesó mis nervios. Pero había llegado el instante de salvación. A un ademán de mis manos, huyeron tumultuosamente mis libertadoras. Con un movimiento tranquilo y decidido, prudente y oblicuo, lento y aplastándome contra el banquillo, me deslicé fuera del abrazo y de la tira y del alcance de la cimitarra. Cuando menos, por el momento *estaba libre*.

¡Libre! ¡Y en las garras de la Inquisición! Apenas había escapado de mi lecho de horror, apenas hube dado unos pasos por el suelo de mi calabozo, cesó el movimiento de la máquina infernal y la oí subir atraída hacia el techo por una fuerza invisible. Aquella fue una lección que llenó de desesperación mi alma. Indudablemente, todos mis movimientos eran espiados. ¡Libre! Había escapado de la muerte bajo una determinada agonía, sólo para ser entregado a algo peor que la muerte misma, y bajo otra nueva forma. Pensando en ello, fijé convulsivamente mis ojos en las paredes de hierro que me rodeaban. Algo extraño, un cambio que en principio no pude apreciar claramente, se había producido con toda evidencia en la habitación. Durante varios minutos en los que estuve distraído, lleno de ensueños y escalofríos, me perdí en conjeturas vanas e incoherentes.

Por primera vez me di cuenta del origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura, que extendíase en torno del calabozo en la base de las paredes, que, de ese modo, parecían, y en efecto lo estaban, completamente separadas del suelo. Intenté mirar por aquella abertura, aunque, como puede imaginarse, inútilmente. Al levantarme desanimado, se descubrió a mi inteligencia, de pronto, el misterio de la alteración que la celda había sufrido.

Había tenido ocasión de comprobar que, aun cuando los contornos de las figuras pintadas en las paredes fuesen suficientemente claros, los colores parecían alterados y borrosos. Ahora acababan de tomar, y tomaban a cada momento, un sorprendente e intensísimo brillo, que daba a aquellas imágenes fantásticas y diabólicas un aspecto que hubiera hecho temblar a nervios más firmes que los míos. Pupilas demoníacas, de una viveza siniestra y feroz, se clavaban sobre mí desde mil sitios distintos, donde yo anteriormente no había sospechado que se encontrara ninguna, y brillaban cual fulgor lúgubre de un fuego que, aunque vanamente, quería considerar completamente imaginario.

¡*Imaginario!* Me bastaba respirar para traer hasta mi nariz un vapor de hierro enrojecido. Extendíase por el calabozo un olor sofocante. A cada momento reflejábase un ardor más profundo en los ojos clavados en mi agonía. Un rojo más oscuro se extendía sobre aquellas horribles pinturas sangrientas. Estaba jadeante; respiraba con

grandes esfuerzos. No había duda sobre el deseo de mis verdugos, los más despiadados y demoníacos de todos los hombres.

Me aparté lejos del metal ardiente, dirigiéndome al centro del calabozo. Frente a aquella destrucción por el fuego, la idea de la frescura del pozo llegó a mi alma como un bálsamo. Me lancé hacia sus mortales bordes. Dirigí mis miradas hacia el fondo.

El resplandor de la inflamada bóveda iluminaba sus cavidades más ocultas. No obstante, durante un minuto de desvarío, mi espíritu negóse a comprender la significación de lo que veía. Al fin, aquello penetró en mi alma, a la fuerza, triunfalmente. Se grabó a fuego en mi razón estremecida. ¡Una voz, una voz para hablar! ¡Oh horror! ¡Todos los horrores, menos ése! Con un grito, me aparté del brocal, y, escondiendo mi rostro entre las manos, lloré con amargura.

El calor aumentaba rápidamente, y levanté una vez mas los ojos, temblando en un acceso febril. En la celda habíase operado un segundo cambio, y este efectuábbase, evidentemente, en la *forma*. Como la primera vez, intenté inútilmente apreciar o comprender lo que sucedía. Pero no me dejaron mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición era rápida, y dos veces la había frustrado. No podía luchar por más tiempo con el rey del espanto. La celda había sido cuadrada. Ahora notaba que dos de sus ángulos de hierro eran agudos, y, por tanto obtusos los otros dos. Con un gruñido, con un sordo gemido, aumentaba rápidamente el terrible contraste.

En un momento, la estancia había convertido su forma en la de un rombo. Pero la transformación no se detuvo aquí. No deseaba ni esperaba que se parase. Hubiera llegado a los muros al rojo para aplicarlos contra mi pecho, como si fueran una vestidura de eterna paz. "¡La muerte! —me dije—. ¡Cualquier muerte, menos la del pozo!" ¡Insensato! ¿Cómo no pude comprender que el pozo era necesario, que aquel pozo único era la razón del hierro candente que me sitiaba? ¿Resistiría yo su calor? Y aun suponiendo que pudiera resistirlo, ¿podría sostenerme contra su presión?

Y el rombo se aplastaba, se aplastaba, con una rapidez que no me dejaba tiempo para pensar. Su centro, colocado sobre la línea de mayor anchura, coincidía precisamente con el abismo abierto. Intenté retroceder, pero los muros, al unirse, me empujaban con una fuerza irresistible.

Llegó, por último, un momento en que mi cuerpo, quemado y retorcido, apenas halló sitio para él, apenas hubo lugar para mis pies en el suelo de la prisión. No luché más, pero la agonía de mi alma se exteriorizó en un fuerte y prolongado grito de desesperación. Me di cuenta de que vacilaba sobre el brocal, y volví los ojos...

Pero he aquí un ruido de voces humanas. Una explosión, un huracán de trompetas, un poderoso rugido semejante al de mil truenos. Los muros de fuego echáronse hacia atrás precipitadamente. Un brazo alargado me cogió del mío, cuando, ya desfalleciente, me precipitaba en el abismo. Era el brazo del general Lasalle. Las tropas francesas habían entrado en Toledo. La Inquisición hallábase en poder de sus enemigos.

El corazón delator

The tel-tale Herat, 1843

¡Es verdad! Soy muy nervioso, horrorosamente nervioso, siempre lo fui, pero, ¿por qué pretendéis que esté loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, sin destruirlos ni embotarlos. Tenía el oído muy fino; ninguno le igualaba; he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿Cómo he de estar loco? ¡Atención! Ahora veréis con qué sano juicio y con qué calma puedo referiros toda la historia.

Me es imposible decir cómo se me ocurrió primeramente la idea; pero una vez concebida, no pude desecharla ni de noche ni de día. No me proponía objeto alguno ni me dejaba llevar de una pasión. Amaba al buen anciano, pues jamás me había hecho daño alguno, ni menos insultado; no envidiaba su oro; pero tenía en sí algo desagradable. ¡Era uno de sus ojos, sí, esto es! Se asemejaba al de un buitre y tenía el color azul pálido. Cada vez que este ojo fijaba en mí su mirada, se me helaba la sangre en las venas; y lentamente, por grados, comenzó a germinar en mi cerebro la idea de arrancar la vida al viejo, a fin de librarme para siempre de aquel ojo que me molestaba.

¡He aquí el *quid*! Me creéis loco; pero advertid que los locos no razonan. ¡Su hubiérais visto con qué buen juicio procedí, con qué tacto y previsión y con qué disimulo puse manos a la obra! Nunca había sido tan amable con el viejo como durante la semana que precedió al asesinato.

Todas las noches, a eso de las doce, levantaba el picaporte de la puerta y la abría; pero ¡qué suavemente! Y cuando quedaba bastante espacio para pasar la cabeza, introducía una linterna sorda bien cerrada, para que no filtrase ninguna luz, y alargaba el cuello. ¡Oh!, os hubiérais reído al ver con qué cuidado procedía. Movía lentamente la cabeza, muy poco a poco, para no perturbar el sueño del viejo, y necesitaba al menos una hora para adelantarla lo suficiente a fin de ver al hombre echado en su cama. ¡Ah! Un loco no habría sido tan prudente. Y cuando mi cabeza estaba dentro de la habitación, levantaba la linterna con sumo cuidado, ¡oh, con qué cuidado, con qué cuidado!, porque la charnela rechinaba. No la abría más de lo suficiente para que un imperceptible rayo de luz iluminase el ojo de buitre. Hice esto durante siete largas noches, hasta las doce; pero siempre encontré el ojo cerrado y, por consiguiente, me fue imposible consumar mi obra, porque no era el viejo lo que me incomodaba, sino su maldito ojo. Todos los días, al amanecer, entraba atrevidamente en su cuarto y le hablaba con la mayor serenidad, llamándole por su nombre con tono cariñoso y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya veis, por lo dicho, que debería ser un viejo muy perspicaz para sospechar que todas las noches hasta las doce le examinaba durante su sueño.

Llegada la octava noche, procedí con más precaución aún para abrir la puerta; la aguja de un reloj se hubiera movido más rápidamente que mi mano. Mis facultades y mi sagacidad estaban más desarrolladas que nunca, y apenas podía reprimir la emoción de mi triunfo.

¡Pensar que estaba allí, abriendo la puerta poco a poco, y que él no podía ni siquiera soñar en mis actos! Esta idea me hizo reír; y tal vez el durmiente escuchó mi ligera carcajada, pues se movió de pronto en su lecho como si se despertase. Tal vez creeréis que me retiré; nada de eso; su habitación estaba negra como un pez, tan espesas eran las tinieblas, pues mi hombre había cerrado herméticamente los postigos por temor a los ladrones; y sabiendo que no podía ver la puerta entornada, seguí empujándola más, siempre más.

Había pasado ya la cabeza y estaba a punto de abrir la linterna, cuando mi pulgar se deslizó sobre el muelle con que se cerraba y el viejo se incorporó en su lecho exclamando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí inmóvil sin contestar; durante una hora me mantuve como petrificado, y en todo este tiempo no le vi echarse de nuevo; seguía sentado y escuchando, como yo lo había hecho noches enteras.

Pero he aquí que de repente oigo una especie de queja débil, y reconozco que era debida a un terror mortal; no era de dolor ni de pena, ¡oh, no! Era el ruido sordo y ahogado que se eleva del fondo de un alma poseída por el espanto.

Yo conocía bien este rumor, pues muchas noches, a las doce, cuando todos dormían, lo oí producirse en mi pecho, aumentando con su eco terrible el terror que me embargaba. Por eso comprendía bien lo que el viejo experimentaba, y le compadecía, aunque la risa entreabriese mis labios. No se me ocultaba que se había mantenido despierto desde el primer ruido, cuando se revolvió en el lecho; sus temores se acrecentaron, y sin duda quiso persuadirse que no había causa para ello; mas no pudo conseguirlo. Sin duda pensó: «Eso no será más que el viento de la chimenea, o de un ratón que corre, o algún grillo que canta». El hombre se esforzó para confirmarse en estas hipótesis, pero todo fue inútil; «era inútil» porque la Muerte, que se acercaba, había pasado delante de él con su negra sombra, envolviendo en ella a su víctima; y la influencia fúnebre de esa sombra invisible era la que le hacía sentir, aunque no distinguiera ni viera nada, la presencia de mi cabeza en el cuarto.

Después de esperar largo tiempo con mucha paciencia sin oírle echarse de nuevo, resolví entreabrir un poco la linterna; pero tan poco, tan poco, que casi no era nada; la abrí tan cautelosamente, que más no podía ser, hasta que al fin un solo rayo pálido, como un hilo de araña, saliendo de la abertura, se proyectó en el ojo de buitre.

Estaba abierto, muy abierto, y no me enfurecí apenas le miré; le vi con la mayor claridad, todo entero, con su color azul opaco, y cubierto con una especie de velo hediondo que heló mi sangre hasta la médula de los huesos; pero esto era lo único que

veía de la cara o de la persona del anciano, pues había dirigido el rayo de luz, como por instinto, hacia el maldito ojo.

¿No os he dicho ya que lo que tomabais por locura no es sino un refinamiento de los sentidos? En aquel momento, un ruido sordo, ahogado y frecuente, semejante al que produce un reloj envuelto en algodón, hirió mis oídos; «aquel rumor», lo reconocí al punto, era el latido del corazón del anciano, y aumentó mi cólera, así como el redoble del tambor sobreexcita el valor del soldado.

Pero me contuve y permanecí inmóvil, sin respirar apenas, y esforzándome en iluminar el ojo con el rayo de luz. Al mismo tiempo, el corazón latía con mayor violencia, cada vez más precipitadamente y con más ruido.

El terror del anciano «debía» ser indecible, pues aquel latido se producía con redoblada fuerza cada minuto. ¿Me escucháis atentos? Ya os he dicho que yo era nervioso, y lo soy en efecto. En medio del silencio de la noche, un silencio tan imponente como el de aquella antigua casa, aquel ruido extraño me produjo un terror indecible.

Por espacio de algunos minutos me contuve aún, permaneciendo tranquilo; pero el latido subía de punto a cada instante; hasta que creí que el corazón iba a estallar, y de pronto me sobrecogió una nueva angustia: ¡Algún vecino podría oír el rumor! Había llegado la última hora del viejo: profiriendo un alarido, abrí bruscamente la linterna y me introduce en la habitación. El buen hombre sólo dejó escapar un grito: sólo uno. En un instante le arrojé en el suelo, reí de contento al ver mi tarea tan adelantada, aunque esta vez ya no me atormentaba, pues no se podía oír a través de la pared.

Al fin cesó la palpitación, porque el viejo había muerto, levanté las ropas y examiné el cadáver: estaba rígido, completamente rígido; apoyé mi mano sobre el corazón, y la tuve aplicada algunos minutos; no se oía ningún latido; el hombre había dejado de existir, y su ojo desde entonces ya no me atormentaría más.

Si persistís en tomarme por loco, esa creencia se desvanecerá cuando os diga qué precauciones adopté para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y comencé a trabajar activamente, aunque en silencio: corté la cabeza, después los brazos y por último las piernas.

En seguida arranqué tres tablas del suelo de la habitación, deposité los restos mutilados en los espacios huecos, y volví a colocar las tablas con tanta habilidad y destreza que ningún ojo humano, ni aún el «suyo», hubiera podido descubrir nada de particular. No era necesario lavar mancha alguna, gracias a la prudencia con que procedía. Un barreno la había absorbido toda. ¡Ja, ja!

Terminada la operación, a eso de las cuatro de la madrugada, aún estaba tan oscuro como a medianoche. Cuando el reloj señaló la hora, llamaron a la puerta de calle, y yo bajé con la mayor calma para abrir, pues, ¿qué podía temer «ya»? Tres hombres entraron, anunciándose cortésmente como oficiales de policía; un vecino había escuchado un grito durante la noche; esto bastó para despertar sospechas, se envió un

aviso a las oficinas de la policía, y los señores oficiales se presentaban para reconocer el local.

Yo sonreí, porque nada debía temer, y recibiendo cortésmente a aquellos caballeros, les dije que era yo quien había gritado en medio de mi sueño; añadí que el viejo estaba de viaje, y conduje a los oficiales por toda la casa, invitándoles a buscar, a registrar perfectamente. Al fin entré en «su» habitación y mostré sus tesoros, completamente seguros y en el mejor orden. En el entusiasmo de mi confianza ofrecí sillas a los visitantes para que descansaran un poco; mientras que yo, con la loca audacia de un triunfo completo, coloqué la mía en el sitio mismo donde yacía el cadáver de la víctima.

Los oficiales quedaron satisfechos y, convencidos por mis modales —yo estaba muy tranquilo—, se sentaron y hablaron de cosas familiares, a las que contesté alegremente; mas al poco tiempo sentí que palidecía y ansié la marcha de aquellos hombres. Me dolía la cabeza; me parecía que mis oídos zumbaban; pero los oficiales continuaban sentados, hablando sin cesar. El zumbido se pronunció más, persistiendo con mayor fuerza; me puse a charlar sin tregua para librarme de aquella sensación, pero todo fue inútil y al fin descubrí que el rumor no se producía en mis oídos.

Sin duda palidecí entonces mucho, pero hablaba todavía con más viveza, alzando la voz, lo cual no impedía que el sonido fuera en aumento. ¿Qué podía hacer yo? Era «un rumor sordo, ahogado, frecuente, muy análogo al que produciría un reloj envuelto en algodón». Respiré fatigosamente; los oficiales no oían aún. Entonces hablé más aprisa, con mayor vehemencia; pero el ruido aumentaba sin cesar.

Me levanté y comencé a discutir sobre varias nimiedades, en un diapasón muy alto y gesticulando vivamente; mas el ruido crecía. ¿Por qué «no querían» irse aquellos hombres? Aparentando que me exasperaban sus observaciones, di varias vueltas de un lado a otro de la habitación; mas el rumor iba en aumento. ¡Dios mío! ¿Qué podía hacer? La cólera me cegaba, comencé a renegar; agité la silla donde me había sentado, haciéndola rechinar sobre el suelo; pero el ruido dominaba siempre de una manera muy marcada... Y los oficiales seguían hablando, bromearan y sonreían. ¿Sería posible que no oyesen? ¡Dios todopoderoso! ¡No, no! ¡Oían! ¡Sospechaban; lo «sabían» todo; se divertían con mi espanto! Lo creí y lo creo aún. Cualquier cosa era preferible a semejante burla; no podía soportar más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. ¡Comprendí que era preciso gritar o morir! Y cada vez más alto, ¿lo oís? ¡Cada vez más alto, «siempre más alto»!

—¡Miserables! —exclamé—. No disimuléis más tiempo; confieso el crimen. ¡Arrancad esas tablas; ahí está, ahí está! ¡Es el latido de su espantoso corazón!

El escarabajo de oro

The gol bug, 1843

I

*¡Hola, hola! ¡Este mozo es un danzante loco!
Le ha picado la tarántula.*

(Todo al revés.)

Hace muchos años trabé amistad íntima con un míster William Legrand. Era de una antigua familia de hugonotes, y en otro tiempo había sido rico; pero una serie de infortunios habíanle dejado en la miseria. Para evitar la humillación consiguiente a sus desastres, abandonó Nueva Orleáns, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Esta isla es una de las más singulares. Se compone únicamente de arena de mar, y tiene, poco más o menos, tres millas de largo. Su anchura no excede de un cuarto de milla. Está separada del continente por una ensenada apenas perceptible, que fluye a través de un yermo de cañas y légamo, lugar frecuentado por patos silvestres. La vegetación, como puede suponerse, es pobre, o, por lo menos, enana. No se encuentran allí árboles de cierta magnitud. Cerca de la punta occidental, donde se alza el fuerte Moultrie y algunas miserables casuchas de madera habitadas durante el verano por las gentes que huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, puede encontrarse es cierto, el palmito erizado; pero la isla entera, a excepción de ese punto occidental, y de un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza del mirto oloroso tan apreciado por los horticultores ingleses. El arbusto alcanza allí con frecuencia una altura de quince o veinte pies, y forma una casi impenetrable espesura, cargando el aire con su fragancia.

En el lugar más recóndito de esa maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, es decir, del más distante, Legrand se había construido él mismo una pequeña cabaña, que ocupaba cuando por primera vez, y de un modo simplemente casual, hice su conocimiento. Este pronto acabó en amistad, pues había muchas cualidades en el recluso que atraían el interés y la estimación. Le encontré bien educado de una singular inteligencia, aunque infestado de misantropía, y sujeto a perversas alternativas de entusiasmo y de melancolía. Tenía consigo muchos libros, pero rara vez los utilizaba. Sus principales diversiones eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre

los mirtos, en busca de conchas o de ejemplares entomológicos; su colección de éstos hubiera podido suscitar la envidia de un Swammerdamm.

En todas estas excursiones iba, por lo general, acompañado de un negro sirviente, llamado Júpiter, que había sido manumitido antes de los reveses de la familia, pero al que no habían podido convencer, ni con amenazas ni con promesas, a abandonar lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven *massa* Will. No es improbable que los parientes de Legrand, juzgando que éste tenía la cabeza algo trastornada, se dedicaran a infundir aquella obstinación en Júpiter, con intención de que vigilase y custodiase al vagabundo.

Los inviernos en la latitud de la isla de Sullivan son rara vez rigurosos, y al finalizar el año resulta un verdadero acontecimiento que se requiera encender fuego. Sin embargo, hacia mediados de octubre de 18..., hubo un día de frío notable. Aquella fecha, antes de la puesta del sol, subí por el camino entre la maleza hacia la cabaña de mi amigo, a quien no había visitado hacia varias semanas, pues residía yo por aquel tiempo en Charleston, a una distancia de nueve millas de la isla, y las facilidades para ir y volver eran mucho menos grandes que hoy día. Al llegar a la cabaña llamé, como era mi costumbre, y no recibiendo respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego llameaba en el hogar. Era una sorpresa, y, por cierto, de las agradables. Me quité el gabán, coloqué un sillón junto a los leños chisporroteantes y aguardé con paciencia el regreso de mis huéspedes.

Poco después de la caída de la tarde llegaron y me dispensaron una acogida muy cordial. Júpiter, riendo de oreja a oreja, bullía preparando unos patos silvestres para la cena. Legrand se hallaba en uno de sus ataques —¿con qué otro término podría llamarse aquello?— de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo desconocido que formaba un nuevo género, y, más aún, había cazado y cogido un *escarabajo* que creía totalmente nuevo, pero respecto al cual deseaba conocer mi opinión a la mañana siguiente.

—¿Y por qué no esta noche? —pregunté, frotando mis manos ante el fuego y enviando al diablo toda la especie de los escarabajos.

—¡Ah, si hubiera yo sabido que estaba usted aquí! —dijo Legrand—. Pero hace mucho tiempo que no le había visto, y ¿cómo iba yo a adivinar que iba usted a visitarme precisamente esta noche? Cuando volvía a casa, me encontré al teniente G***, del fuerte, y sin más ni más, le he dejado el escarabajo: así que le será a usted imposible verle hasta mañana. Quédese aquí esta noche, y mandaré a Júpiter allí abajo al amanecer. ¡Es la cosa más encantadora de la creación!

—¿El qué? ¿El amanecer?

—¡Qué disparate! ¡No! ¡El escarabajo! Es de un brillante color dorado, aproximadamente del tamaño de una nuez, con dos manchas de un negro azabache: una, cerca de la punta posterior, y la segunda, algo más alargada, en la otra punta. Las antenas son...

—No hay *estaño*⁹² en él, *massa* Will, se lo aseguro —interrumpió aquí Júpiter—; el escarabajo es un escarabajo de oro macizo todo él, dentro y por todas partes, salvo las alas; no he visto nunca un escarabajo la mitad de pesado.

—Bueno; supongamos que sea así —replicó Legrand, algo más vivamente, según me pareció, de lo que exigía el caso—. ¿Es esto una razón para dejar que se quemen las aves? El color —y se volvió hacia mí— bastaría para justificar la idea de Júpiter. No habrá usted visto nunca un reflejo metálico más brillante que el que emite su caparazón, pero no podrá usted juzgarlo hasta mañana... Entre tanto, intentaré darle una idea de su forma.

Dijo esto sentándose ante una mesita sobre la cual había una pluma y tinta, pero no papel. Buscó un momento en un cajón, sin encontrarlo.

—No importa —dijo, por último—; esto bastará.

Y sacó del bolsillo de su chaleco algo que me pareció un trozo de viejo pergamo muy sucio, e hizo encima una especie de dibujo con la pluma. Mientras lo hacía, permanecí en mi sitio junto al fuego, pues tenía aún mucho frío. Cuando terminó su dibujo me lo entregó sin levantarse. Al cogerlo, se oyó un fuerte gruñido, al que siguió un ruido de rascadura en la puerta. Júpiter abrió, y un enorme terranova, perteneciente a Legrand, se precipitó dentro, y, echándose sobre mis hombros, me abrumó a caricias, pues yo le había prestado mucha atención en mis visita anteriores. Cuando acabó de dar brincos, miré el papel, y, a decir verdad, me sentí perplejo ante el dibujo de mi amigo.

—Bueno —dije después de contemplarlo unos minutos—; esto es un extraño escarabajo, lo confieso nuevo para mí: no he visto nunca nada parecido antes, a menos que sea un cráneo o una calavera, a lo cual se parece más que a ninguna otra cosa que hay caído bajo mi observación.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. ¡Oh, sí Bueno; tiene ese aspecto indudablemente en el papel. Las dos manchas negras parecen unos ojos, ¿eh? Y la más larga de abajo parece una boca; además, la forma entera es ovalada.

—Quizá sea así —dije—; pero temo que usted no sea un artista. Legrand. Debo esperar a ver el insecto mismo para hacerme una idea de su aspecto.

—En fin, no sé —dijo él, un poco irritado—: dibujo regularmente, o, al menos, debería dibujar, pues he tenido buenos maestros, y me jacto de no ser de todo tonto.

—Pero entonces, mi querido compañero, usted bromea —dije—: esto es un cráneo muy pasable puedo incluso decir que es un cráneo *excelente*, con forme a las vulgares nociones que tengo acerca de tales ejemplares de la fisiología; y su escarabajo será el más extraño de los escarabajos del mundo si se parece a esto. Podríamos inventar alguna pequeña superstición muy espeluznante sobre ello. Presumo que va usted a llamar a

⁹² La pronunciación en inglés de la palabra *antennae* hace que Jupiter crea que se trata de *estaño* (tin): *Dey aint no tin him*. Es un juego de palabras intraducible, por tanto. Tengase en cuenta (maxime en la época en que Poe situaba este relato) la manera especial de hablar de los negros americanos, cuyo *slang* resulta a veces ininteligible para los propios ingleses o yanquis.

este insecto *scaruboeus caput hominis* o algo por el estilo; hay en las historias naturales muchas denominaciones semejantes. Pero ¿dónde están las antenas de que usted habló?

—¡Las antenas! —dijo Legrand, que parecía acalorarse inexplicablemente con el tema—. Estoy seguro de que debe usted de ver las antenas. Las he hecho tan claras cual lo son en el propio insecto, y presumo que es muy suficiente.

—Bien, bien —dije—; acaso las haya hecho usted y yo no las veo aún.

Y le tendí el papel sin más observaciones, no queriendo irritarle; pero me dejó muy sorprendido el giro que había tomado la cuestión: su mal humor me intrigaba, y en cuanto al dibujo del insecto, allí no había en realidad *antenas* visibles, y el conjunto se parecía enteramente a la imagen ordinaria de una calavera.

Recogió el papel, muy malhumorado, y estaba a punto de estrujarlo y de tirarlo, sin duda, al fuego, cuando una mirada casual al dibujo pareció encadenar su atención. En un instante su cara enrojeció intensamente, y luego se quedó muy pálida. Durante algunos minutos, siempre sentado, siguió examinando con minuciosidad el dibujo. A la larga se levantó, cogió una vela de la mesa, y fué a sentarse sobre un arca de barco, en el rincón más alejado de la estancia. Allí se puso a examinar con ansiedad el papel, dándole vueltas en todos sentidos. No dijo nada, empero, y su actitud me dejó muy asombrado; pero juzgué prudente no exacerbar con ningún comentario su mal humor creciente. Luego sacó de su bolsillo una cartera, metió con cuidado en ella el papel, y lo depositó todo dentro de un escritorio, que cerró con llave. Recobró entonces la calma; pero su primer entusiasmo había desaparecido por completo. Aun así, parecía mucho más abstraído que malhumorado. A medida que avanzaba la tarde, se mostraba más absorto en un sueño, del que no lograron arrancarle ninguna de mis ocurrencias. Al principio había yo pensado pasar la noche en la cabaña, como hacía con frecuencia antes; pero, viendo a mi huésped en aquella actitud, juzgué más conveniente marcharme. No me instó a que me quedase; pero al partir, estrechó mi mano con más cordialidad que de costumbre.

Un mes o cosa así después de esto (y durante ese lapso de tiempo no volví a ver a Legrand), recibí la visita, en Charleston, de su criado Júpiter. No había yo visto nunca al viejo y buen negro tan decaído, y temí que le hubiera sucedido a mi amigo algún serio infortunio.

—Bueno, Júpiter —dije—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo está tu amo?

—¡Vaya! A decir verdad, *massa*, no está tan bien como debiera.

—¡Que no está bien! Siento de verdad la noticia. ¿De qué se queja?

—¡Ah, caramba! ¡Ahí está la cosa! No se queja nunca de nada; pero, de todas maneras, está muy malo.

—¡Muy malo, Júpiter! ¿Por qué no lo has dicho en seguida? ¿Está en la cama?

—No, no, no está en la cama. No está bien en ninguna parte, y ahí le aprieta el zapato. Tengo la cabeza trastornada con el pobre *massa* Will.

—Júpiter, quisiera comprender algo de eso que me cuentas. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho qué tiene?

—Bueno, *massa*; es inútil romperse la cabeza pensando en eso. *Massa Will* dice que no tiene nada pero entonces ¿por qué va de un lado para otro, con la cabeza baja y la espalda curvada, mirando al suelo, más blanco que una oca? Y haciendo garrapatos todo el tiempo...

—¿Haciendo qué?

—Haciendo números con figuras sobre una pizarra; las figuras más raras que he visto nunca. Le digo que voy sintiendo miedo. Tengo que estar siempre con un ojo sobre él. El otro día se me escapó antes de amanecer y estuvo fuera todo el santo día. Habla yo cortado un buen palo para darle una tunda de las que duelen cuando volviese a comer; pero fui tan tonto, que no tuve valor, ¡parece tan desgraciado!

—¿Eh? ¿Cómo? ¡Ah, sí! Después de todo has hecho bien en no ser demasiado severo con el pobre muchacho. No hay que pegarle, Júpiter; no está bien, seguramente. Pero ¿no puedes formarte una idea de lo que ha ocasionado esa enfermedad o más bien ese cambio de conducta? ¿Le ha ocurrido algo desagradable desde que no le veo?

—No, *massa*, no ha ocurrido nada desagradable *desde* entonces, sino *antes*; sí, eso temo: el mismo día en que usted estuvo allí.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir?

—Pues... quiero hablar del escarabajo, y nada más.

—¿De qué?

—Del escarabajo... Estoy seguro de que *massa Will* ha sido picado en alguna parte de la cabeza por ese escarabajo de oro.

—¿Y qué motivos tienes tú, Júpiter, para hacer tal suposición?

—Tiene ese bicho demasiadas uñas para eso, y también boca. No he visto nunca un escarabajo tan endiablado; coge y pica todo lo que se le acerca. *Massa Will* le había cogido..., pero en seguida le soltó, se lo aseguro... Le digo a usted que entonces es, sin duda, cuando le ha picado. La cara y la boca de ese escarabajo no me gustan; por eso no he querido cogerlo con mis dedos; pero he buscado un trozo de papel para meterlo. Le envolví en un trozo de papel con otro pedacito en la boca; así lo hice.

—¿Y tú crees que tu amo ha sido picado realmente por el escarabajo, y que esa picadura le ha puesto enfermo?

—No lo creo, lo sé. ¿Por qué está siempre soñando con oro, sino porque le ha picado el escarabajo de oro? Ya he oído hablar de esos escarabajos de oro.

—Pero ¿cómo sabes que sueña con oro?

—¿Cómo lo sé? Porque habla de ello hasta durmiendo; por eso lo sé.

—Bueno, Júpiter; quizá tengas razón, pero ¿a qué feliz circunstancia debo hoy el honor de tu visita?

—¿Qué quiere usted decir, *massa*?

—¿Me traes algún mensaje de míster Legrand?

—No, *massa*; le traigo este papel.
Y Júpiter me entregó una esquela que decía lo siguiente:

"Querido amigo: ¿Por qué no le veo hace tanto tiempo? Espero que no cometerá usted la tontería de sentirse ofendido por aquella pequeña brusquedad mía; pero no, no es probable.

"Desde que le vi, siento un gran motivo de inquietud. Tengo algo que decirle; pero apenas sé cómo decírselo, o incluso no sé si se lo diré.

"No estoy del todo bien desde hace unos días, y el pobre viejo Júpiter me aburre de un modo insopportable con sus buenas intenciones y cuidados. ¿Lo creerá usted? El otro día había preparado un garrote para castigarme por haberme escapado y pasado el día solus en las colinas del continente. Creo de veras que sólo mi mala cara me salvó de la paliza.

"No he añadido nada a mi colección desde que no nos vemos.

"Si puede usted, sin gran inconveniente, venga con Júpiter. Venga. Deseo verle esta noche para un asunto de importancia. Le aseguro que es de la más alta importancia. Siempre suyo,

William Legrand."

Había algo en el tono de esta carta que me produjo una gran inquietud. El estilo difería en absoluto del de Legrand. ¿Con qué podía él soñar? ¿Qué nueva chifladura dominaba su excitable mente? ¿Qué "asunto de la más alta importancia" podía él tener que resolver? El relato de Júpiter no presagiaba nada bueno. Temía yo que la continua opresión del infortunio hubiese a la larga trastornado por completo la razón de mi amigo. Sin un momento de vacilación, me dispuse a acompañar al negro.

Al llegar al fondeadero, vi una guadaña y tres azadas, todas evidentemente nuevas, que yacían en el fondo del barco donde íbamos a navegar.

—¿Qué significa todo esto, Jup? —pregunté.

—Es una guadaña, *massa*, y unas azadas.

—Es cierto; pero ¿qué hacen aquí?

—*Massa* Will me ha dicho que comprase eso para él en la ciudad, y lo he pagado muy caro; nos cuesta un dinero de mil demonios.

—Pero, en nombre de todo lo que hay de misterioso, ¿qué va a hacer tu "*massa* Will" con esa guadaña y esas azadas?

—No me pregunte más de lo que sé; que el diablo me lleve si lo sé yo tampoco. Pero todo eso es cosa del escarabajo.

Viendo que no podía obtener ninguna aclaración de Júpiter, cuya inteligencia entera parecía estar absorbida por el escarabajo, bajé al barco y desplegué la vela. Una agradable y fuerte brisa nos empujó rápidamente hasta la pequeña ensenada al norte del fuerte Moultrie, y un paseo de unas dos millas nos llevó hasta la cabaña. Serían

alrededor de las tres de la tarde cuando llegamos. Legrand nos esperaba preso de viva impaciencia. Así mi mano con nervioso *empressement*⁹³ que me alarmó, aumentando mis sospechas nacientes. Su cara era de una palidez espectral, y sus ojos, muy hundidos, brillaban con un fulgor sobrenatural. Después de algunas preguntas sobre mi salud, quise saber, no ocurriéndoseme nada mejor que decir si el teniente G*** le había devuelto el escarabajo.

—¡Oh, sí! —replicó, poniéndose muy colorado—. Le recogí a la mañana siguiente. Por nada me separaría de ese escarabajo. ¿Sabe usted que Júpiter tiene toda la razón respecto a eso?

—¿En qué? —pregunté con un triste presentimiento en el corazón.

—En suponer que el escarabajo es de *oro de veras*.

Dijo esto con un aire de profunda seriedad que me produjo una indecible desazón.

—Ese escarabajo hará mi fortuna —prosiguió él, con una sonrisa triunfal— al reintegrarme mis posesiones familiares. ¿Es de extrañar que yo lo aprecie tanto? Puesto que la Fortuna ha querido concederme esa dádiva, no tengo más que usarla adecuadamente, y llegaré hasta el oro del cual ella es indicio. ¡Júpiter, trae ese escarabajo!

—¡Cómo! ¡El escarabajo, *massa*! Prefiero no tener jaleos con el escarabajo; ya sabrá cogerlo usted mismo.

En este momento Legrand se levantó con un aire solemne e imponente, y fué a sacar el insecto de un fanal, dentro del cual le había dejado. Era un hermoso escarabajo desconocido en aquel tiempo por los naturalistas, y, por supuesto, de un gran valor desde un punto de vista científico. Ostentaba dos manchas negras en un extremo del dorso, y en el otro, una más alargada. El caparazón era notablemente duro y brillante, con un aspecto de oro bruñido. Tenía un peso notable, y, bien considerada la cosa, no podía yo censurar demasiado a Júpiter por su opinión respecto a él; pero érame imposible comprender que Legrand fuese de igual opinión.

—Le he enviado a buscar —dijo él, en un tono grandilocuente, cuando hube terminado mi examen del insecto—; le he enviado a buscar para pedirle consejo y ayuda en el cumplimiento de los designios del Destino y del escarabajo...

—Mi querido Legrand —interrumpí—, no está usted bien, sin duda, y haría mejor en tomar algunas precauciones. Váyase a la cama, y me quedaré con usted unos días, hasta que se restablezca. Tiene usted fiebre y...

—Tómeme usted el pulso —dijo él.

Se lo tomé, y, a decir verdad, no encontré el menor síntoma de fiebre.

—Pero puede estar enfermo sin tener fiebre. Permítame esta vez tan sólo que actúe de médico con usted. Y después...

⁹³ Solicitud, ansia. En francés en el original.

—Se equivoca —interrumpió él—; estoy tan bien como puedo esperar estarlo con la excitación que sufro. Si realmente me quiere usted bien, aliviará esta excitación.

—¿Y qué debo hacer para eso?

—Es muy fácil. Júpiter y yo partimos a una expedición por las colinas, en el continente, y necesitamos para ella la ayuda de una persona en quien podamos confiar. Es usted esa persona única. Ya sea un éxito o un fracaso, la excitación que nota usted en mí se apaciguará igualmente con esa expedición.

—Deseo vivamente servirle a usted en lo que sea —replique—; pero ¿pretende usted decir que ese insecto infernal tiene alguna relación con su expedición a las colinas?

—La tiene.

—Entonces, Legrand, no puedo tomar parte en tan absurda empresa.

—Lo siento, lo siento mucho, pues tendremos que intentar hacerlo nosotros solos.

—¡Intentarlo ustedes solos! (¡Este hombre está loco, seguramente!) Pero veamos, ¿cuánto tiempo se propone usted estar ausente?

—Probablemente, toda la noche. Vamos a partir en seguida, y en cualquiera de los casos, estaremos de vuelta al salir el sol.

—¿Y me promete por su honor que, cuando ese capricho haya pasado y el asunto del escarabajo (¡Dios mío!) esté arreglado a su satisfacción, volverá usted a casa y seguirá con exactitud mis prescripciones como las de su médico?

—Sí, se lo prometo; y ahora, partamos, pues no tenemos tiempo que perder.

Acompañé a mi amigo, con el corazón apesadumbrado. A cosa de las cuatro nos pusimos en camino Legrand Júpiter, el perro y yo. Júpiter cogió la guadaña y las azadas. Insistió en cargar con todo ello, más bien, me pareció, por temor a dejar una de aquellas herramientas en manos de su amo que por un exceso de celo o de complacencia. Mostraba un humor de perros, y estas palabras, "condenado escarabajo", fueron las únicas que se escaparon de sus labios durante el viaje. Por mi parte estaba encargado de un par de linternas, mientras Legrand se había contentado con el escarabajo, que llevaba atado al extremo de un trozo de cuerda; lo hacía girar de un lado para otro, con un aire de nigromante, mientras caminaba. Cuando observaba yo aquel último y supremo síntoma del trastorno mental de mi amigo, no podía apenas contener las lágrimas. Pensé, no obstante, que era preferible acceder a su fantasía, al menos por el momento, o hasta que pudiese yo adoptar algunas medidas más enérgicas con una probabilidad de éxito. Entre tanto, intenté, aunque en vano, sondearle respecto al objeto de la expedición. Habiendo conseguido inducirme a que le acompañase, parecía mal dispuesto a entablar conversación sobre un tema de tan poca importancia, y a todas mis preguntas no les concedía otra respuesta que un "Ya veremos".

Atravesamos en una barca la ensenada en la punta de la isla, y trepando por los altos terrenos de la orilla del continente, seguimos la dirección Noroeste, a través de una región sumamente salvaje y desolada, en la que no se veía rastro de un pie humano. Legrand avanzaba con decisión, deteniéndose solamente algunos instantes, aquí y allá,

para consultar ciertas señales que debía de haber dejado él mismo en una ocasión anterior.

Caminamos así cerca de dos horas, e iba a ponerse el sol, cuando entramos en una región infinitamente más triste que todo lo que habíamos visto antes. Era una especie de meseta cerca de la cumbre de una colina casi inaccesible, cubierta de espesa arboleda desde la base a la cima, y sembrada de enormes bloques de piedra que parecían esparcidos en mezcolanza sobre el suelo, y muchos de los cuales se hubieran precipitado a los valles inferiores sin la contención de los árboles en que se apoyaban. Profundos barrancos, que se abrían en varias direcciones, daban un aspecto de solemnidad más lúgubre al paisaje.

La plataforma natural sobre la cual habíamos trepado estaba tan repleta de zarzas, que nos dimos cuenta muy pronto de que sin la guadaña nos hubiera sido imposible abrirnos paso. Júpiter, por orden de su amo, se dedicó a despejar el camino hasta el pie de un enorme tulípero que se alzaba, entre ocho o diez robles, sobre la plataforma, y que los sobrepasaba a todos, así como a los árboles que había yo visto hasta entonces, por la belleza de su follaje y forma, por la inmensa expansión de su ramaje y por la majestad general de su aspecto. Cuando hubimos llegado a aquel árbol. Legrand se volvió hacia Júpiter y le preguntó si se creía capaz de trepar por él. El viejo pareció un tanto azorado por la pregunta, y durante unos momentos no respondió. Por último, se acercó al enorme tronco, dió la vuelta a su alrededor y lo examinó con minuciosa atención. Cuando hubo terminado su examen, dijo simplemente:

—Sí, *massa*: Jup no ha encontrado en su vida árbol al que no pueda trepar.

—Entonces, sube lo más de prisa posible, pues pronto habrá demasiada oscuridad para ver lo que hacemos.

—¿Hasta dónde debo subir, *massa*? —preguntó Júpiter.

—Sube primero por el tronco, y entonces te diré qué camino debes seguir... ¡Ah, detente ahí! Lleva contigo este escarabajo.

—¡El escarabajo, *massa* Will, el escarabajo de oro! —gritó el negro, retrocediendo con terror—. ¿Por qué debo llevar ese escarabajo contigo sobre el árbol? ¡Que me condene si lo hago!

—Si tienes miedo, Jup, tú, un negro grande y fuerte como pareces a tocar un pequeño insecto muerto e inofensivo, puedes llevarte con esta cuerda; pero si no quieres cogerle de ningún modo, me veré en la necesidad de abrirte la cabeza con esta azada.

—¿Qué le pasa ahora *massa*? —dijo Jup, avergonzado, sin duda, y más complaciente—. Siempre ha de tomarla con su viejo negro. Era sólo una broma y nada más. ¡Tener yo miedo al escarabajo! ¡Pues sí que me preocupa a mí el escarabajo.

Cogió con precaución la punta de la cuerda, y, manteniendo al insecto tan lejos de su persona como las circunstancias lo permitían, se dispuso a subir al árbol.

II

En su juventud, el tulípero o *Liriodendron Tulipiferum*, el más magnífico de los árboles selváticos americanos tiene un tronco liso en particular y se eleva con frecuencia a gran altura, sin producir ramas laterales; pero cuando llega a su madurez, la corteza se vuelve rugosa y desigual, mientras pequeños rudimentos de ramas aparecen en gran número sobre el tronco. Por eso la dificultad de la ascensión, en el caso presente, lo era mucho más en apariencia que en la realidad. Abrazando lo mejor que podía el enorme cilindro con sus brazos y sus rodillas asiendo con las manos algunos brotes y apoyando sus pies descalzos sobre los otros, Júpiter, después de haber estado a punto de caer una o dos veces se izó al final hasta la primera gran bifurcación y pareció entonces considerar el asunto como virtualmente realizado. En efecto, el riesgo de la empresa había ahora desaparecido, aunque el escalador estuviese a unos sesenta o setenta pies de la tierra.

—¿Hacia qué lado debo ir ahora, *massa* Will? —preguntó él.

—Sigue siempre la rama más ancha, la de ese lado —dijo Legrand.

El negro obedeció con prontitud, y en apariencia, sin la menor inquietud; subió, subió cada vez más alto, hasta que desapareció su figura encogida entre el espeso follaje que la envolvía. Entonces se dejó oír su voz lejana gritando:

—¿Debo subir mucho todavía?

—¿A qué altura estás? —preguntó Legrand.

—Estoy tan alto —replicó el negro—, que puedo ver el cielo a través de la copa del árbol.

—No te preocunes del cielo, pero atiende a lo que te digo. Mira hacia abajo el tronco y cuenta las ramas que hay debajo de ti por ese lado. ¿Cuántas ramas has pasado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco. He pasado cinco ramas por ese lado, *massa*.

—Entonces sube una rama más.

Al cabo de unos minutos la voz de oyó de nuevo, anunciando que había alcanzado la séptima rama.

—Ahora, Jup —gritó Legrand, con una gran agitación—, quiero que te abras camino sobre esa rama hasta donde puedas. Si ves algo extraño, me lo dices.

Desde aquel momento las pocas dudas que podía haber tenido sobre la demencia de mi pobre amigo se disiparon por completo. No me quedaba otra alternativa que considerarle como atacado de locura, me sentí seriamente preocupado con la manera de hacerle volver a casa. Mientras reflexionaba sobre que sería preferible hacer, volvió a oírse la voz de Júpiter.

—Tengo miedo de avanzar más lejos por esa rama: es una rama muerta en casi toda su extensión.

—¿Dices que es una rama *muerta* Júpiter? —gritó Legrand con voz trémula.

—Sí, *massa*, muerta como un clavo de puerta, eso es cosa sabida; no tiene ni pizca de vida.

—¿Qué debo hacer, en nombre del Cielo? —preguntó Legrand, que parecía sumido en una gran desesperación.

—¿Qué debe hacer? —dijo, satisfecho de que aquella oportunidad me permitiese colocar una palabra—; Volver a casa y meterse en la cama. ¡Vamonos ya! Sea usted amable, compañero. Se hace tarde; y además, acuérdese de su promesa.

—¡Júpiter! —gritó él, sin escucharme en absoluto—, ¿me oyes?

—Sí, *massa* Will, le oigo perfectamente.

—Entonces tantea bien con tu cuchillo, y dime si crees que está *muy* podrida.

—Podrida, *massa*, podrida, sin duda —replicó el negro después de unos momentos—; pero no tan podrida como cabría creer. Podría avanzar un poco más, si estuviese yo solo sobre la rama, eso es verdad.

—¡Si estuvieras tú solo! ¿Qué quieres decir?

—Hablo del escarabajo. Es muy pesado el tal escarabajo. Supongo que, si lo dejase caer, la rama soportaría bien, sin romperse, el peso de un negro.

—¡Maldito bribón! —gritó Legrand, que parecía muy reanimado—. ¿Qué tonterías estas diciendo? Si dejas caer el insecto, te retuerzo el pescuezo. Mira hacia aquí, Júpiter, ¿me oyes?

—Sí, *massa*; no hay que tratar así a un pobre negro.

—Bueno; escúchame ahora. Si te arriesgas sobre la rama todo lo lejos que puedas hacerlo sin peligro y sin soltar el insecto, te regalare un dólar de plata tan pronto como hayas bajado.

—Ya voy, *massa* Will, Ya voy allá —replicó el negro con prontitud—. Estoy al final ahora.

—¡Al final! —Chillo Legrand, muy animado—. ¿Quieres decir que estas al final de esa rama?

—Estaré muy pronto al final, *massa*... ¡Ooooh! ¡Dios mío, misericordia! ¿Que es eso que hay sobre el árbol?

—¡Bien! —Gritó Legrand muy contento—, ¿qué es *eso*?

—Pues sólo una calavera; alguien dejó su cabeza sobre el árbol, y los cuervos han picoteado toda la carne.

—Una calavera, dices! Muy bien... ¿Cómo está atada a la rama? ¿Qué la sostiene?

—Seguramente, se sostiene bien; pero tendré que ver. ¡Ah! Es una cosa curiosa, palabra..., hay una clavo grueso clavado en esta calavera, que la retiene al árbol.

—Bueno; ahora, Júpiter, haz exactamente lo que voy a decirte. ¿Me oyes?

—Sí, *massa*.

—Fíjate bien, y luego busca el ojo izquierdo de la calavera.

—¡Hum! ¡Oh, esto sí que es bueno! No tiene ojo izquierdo ni por asomo.

—¡Maldita estupidez la tuya! ¿Sabes distinguir bien tu mano izquierda de tu mano derecha?

—Sí que lo sé, lo sé muy bien; mi mano izquierda es con la que parto la leña.

—¡Seguramente! eres zurdo. Y tu ojo izquierdo está del mismo lado de tu mano izquierda. Ahora supongo que podrás encontrar el ojo izquierdo de la calavera, o el sitio donde estaba ese ojo. ¿Lo has encontrado?

—Hubo una larga pausa. Y finalmente, el negro preguntó:

—¿El ojo izquierdo de la calavera está del mismo lado que la mano izquierda del cráneo también?... Porque la calavera no tiene mano alguna... ¡No importa! Ahora he encontrado el ojo izquierdo, ¡aquí está el ojo izquierdo! ¿Qué debo hacer ahora?

—Deja pasar por él el escarabajo, tan lejos como pueda llegar la cuerda; pero ten cuidado de no soltar la punta de la cuerda.

—Ya está hecho todo, *massa* Will; era cosa fácil hacer pasar el escarabajo por el agujero... Mírelo cómo baja.

Durante este coloquio, no podía verse ni la menor parte de Júpiter; pero el insecto que él dejaba caer aparecía ahora visible al extremo de la cuerda y brillaba, como una bola de oro bruñido a los últimos rayos del sol poniente, algunos de los cuales iluminaban todavía un poco la eminencia sobre la que estábamos colocados. El escarabajo, al descender, sobresalía visiblemente de las ramas, y si el negro le hubiese soltado, habría caído a nuestros pies. Legrand cogió en seguida la guadaña y despejó un espacio circular, de tres o cuatro yardas de diámetro, justo debajo del insecto. Una vez hecho esto, ordenó a Júpiter que soltase la cuerda y que bajase del árbol.

Con gran cuidado clavó mi amigo una estaca en la tierra sobre el lugar preciso donde había caído el insecto, y luego sacó de su bolsillo una cinta para medir. La ató por una punta al sitio del árbol que estaba más próximo a la estaca, la desenrolló hasta ésta y siguió desenrollándola en la dirección señalada por aquellos dos puntos —la estaca y el tronco— hasta una distancia de cincuenta pies; Júpiter limpiaba de zarzas el camino con la guadaña. En el sitio así encontrado clavó una segunda estaca, y, tomándola como centro, describió un toso círculo de unos cuatro pies de diámetro, aproximadamente. Cogió entonces una de las azadas, dió la otra a Júpiter y la otra a mí, y nos pidió que cavásemos lo más de prisa posible.

A decir verdad, yo no había sentido nunca un especial agrado con semejante diversión, y en aquel momento preciso renunciaría a ella, pues la noche avanzaba, y me sentía muy fatigado con el ejercicio que hube de hacer; pero no veía modo alguno de escapar de aquello, y temía perturbar la ecuanimidad de mi pobre amigo con una negativa. De haber podido contar efectivamente con la ayuda de Júpiter no hubiese yo vacilado en llevar a la fuerza al lunático a su casa; pero conocía demasiado bien el carácter del viejo negro para esperar su ayuda en cualquier circunstancia, y más en el caso de una lucha personal con su amo. No dudaba yo que Legrand estaba contaminado por alguna de las innumerables supersticiones del Sur referentes a los tesoros

escondidos, y que aquella fantasía hubiera sido confirmada por el hallazgo del escarabajo, o quizá por la obstinación de Júpiter en sostener que era un "escarabajo de oro de verdad". Una mentalidad predisposta a la locura podía dejarse arrastrar por tales sugerencias, sobre todo si concordaban con sus ideas favoritas preconcebidas; y entonces recordé el discurso del Pobre muchacho referente al insecto que iba a ser "el indicio de su fortuna". Por encima de todo ello me sentía enojado y perplejo; pero al final decidí hacer ley de la necesidad y cavar con buena voluntad para convencer lo antes posible al visionario con una prueba ocular, de la falacia de las opiniones que el mantenía.

Encendimos las linternas y nos entregamos a nuestra tarea con un celo digno de una causa más racional; y como la luz caía sobre nuestras personas y herramientas, no pude impedirme pensar en el grupo pintoresco que formábamos, y en que si algún intruso hubiese aparecido, por casualidad, en medio de nosotros, habría creído que realizábamos una labor muy extraña y sospechosa.

Cavamos con firmeza durante dos horas. Oíanse pocas palabras, y nuestra molestia principal la causaban los ladridos del perro, que sentía un interés excesivo por nuestros trabajos. A la larga se puso tan alborotado, que temimos diese la alarma a algunos merodeadores de las cercanías, o más bien era el gran temor de Legrand, pues, por mi parte, me habría regocijado cualquier interrupción que me hubiera permitido hacer volver al vagabundo a su casa. Finalmente, fué acallado el alboroto por Júpiter, quien, lanzándose fuera del hoyo con un aire resuelto y furioso embozaló el hocico del animal con uno de sus tirantes y luego volvió a su tarea con una risita ahogada.

Cuando expiró el tiempo mencionado, el hoyo había alcanzado una profundidad de cinco pies, y aun así, no aparecía el menor indicio de tesoro. Hicimos una pausa general, y empecé a tener la esperanza de que la farsa tocaba a su fin. Legrand, sin embargo, aunque a todas luces muy desconcertado, se enjugó la frente con aire pensativo y volvió a empezar. Habíamos cavado el círculo entero de cuatro pies de diámetro, y ahora superamos un poco aquel límite y cavamos dos pies más. No apareció nada. El buscador de oro, por el que sentía yo una sincera compasión, saltó del hoyo al cabo, con la más amarga desilusión grabada en su cara, y se decidió, lenta y pesarosamente, a ponerse la chaqueta, que se había quitado al empezar su labor. En cuanto a mí, me guardé de hacer ninguna observación. Júpiter a una señal de su mano, comenzó a recoger las herramientas. Hecho esto, y una vez quitado el bozal al perro volvimos en un profundo silencio hacia la casa.

Habríamos dado acaso una docena de pasos, cuando, con un tremendo juramento, Legrand se arrojó sobre Júpiter y le agarró del cuello. El negro, atónito abrió los ojos y la boca en todo su tamaño, soltó las azadas y cayó de rodillas.

—¡Eres un bergante! —dijo Legrand, haciendo silbar las sílabas entre sus labios apretados—, ¡un malvado negro! ¡Habla, te digo! ¡Contéstame al instante y sin mentir! ¿Cuál es..., cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Oh, misericordia, *massa* Will! ¿No es, seguramente, éste mi ojo izquierdo? — rugió, aterrorizado, Júpiter, poniendo su mano sobre el órgano *derecho* de su visión, y manteniéndola allí con la tenacidad de la desesperación, como si temiese que su amo fuese a arrancárselo.

—¡Lo sospechaba! ¡Lo sabía! ¡Hurra! —vociferó Legrand, soltando al negro y dando una serie de corvetas y cabriolas, ante el gran asombro de su criado, quien, alzándose sobre sus rodillas, miraba en silencio a su amo y a mí, a mí y a su amo.

—¡Vamos! Debemos volver —dijo éste—. No está aún perdida la partida— y se encaminó de nuevo hacia el tulípero.

—Júpiter —dijo, cuando llegamos al pie del árbol—, ¡ven aquí! ¿Estaba la calavera clavada a la rama con la cara vuelta hacia fuera, o hacia la rama?

—La cara estaba vuelta hacia afuera, *massa*, así es que los cuervos han podido comerse muy bien los ojos, sin la menor dificultad.

—Bueno, entonces, ¿has dejado caer el insecto por este ojo o por este otro? —y Legrand tocaba alternativamente los ojos de Júpiter.

—Por este ojo, *massa*, por el ojo izquierdo, exactamente como usted me dijo.

Y el negro volvió a señalar su ojo derecho.

Entonces mi amigo, en cuya locura veía yo, o me imaginaba ver, ciertos indicios de método, trasladó la estaca que marcaba el sitio donde había caído el insecto, unas tres pulgadas hacia el oeste de su primera posición. Colocando ahora la cinta de medir desde el punto más cercano del tronco hasta la estaca, como antes hiciera, y extendiéndola en línea recta a una distancia de cincuenta pies, donde señalaba la estaca, la alejó varias yardas del sitio donde habíamos estado cavando.

Alrededor del nuevo punto trazó ahora un círculo, un poco más ancho que el primero, y volvimos a manejar la azada. Estaba yo atrozmente cansado; pero, sin darme cuenta de lo que había ocasionado aquel cambio en mi pensamiento, no sentía ya gran aversión por aquel trabajo impuesto. Me interesaba de un modo inexplicable; más aún, me excitaba. Tal vez había en todo el extravagante comportamiento de Legrand cierto aire de prescencia, de deliberación, que me impresionaba. Cavaba con ardor, y de cuando en cuando me sorprendía buscando, por decirlo así, con los ojos movidos de un sentimiento que se parecía mucho a la espera, aquel tesoro imaginario, cuya visión había trastornado a mi infeliz compañero. En uno de esos momentos en que tales fantasías mentales se habían apoderado más a fondo de mí, y cuando llevábamos trabajando quizá una hora y media, fuimos de nuevo interrumpidos por los violentos ladridos del perro. Su inquietud, en el primer caso, era, sin duda, el resultado de un retozo o de un capricho; pero ahora asumía un tono más áspero y más serio. Cuando Júpiter se esforzaba por volver a ponerle un bozal, ofreció el animal una furiosa resistencia, y, saltando dentro del hoyo, se puso a cavar, frenético, con sus uñas. En unos segundos había dejado al descubierto una masa de osamentas humanas, formando dos esqueletos íntegros, mezclados con varios botones de metal y con algo que nos pareció

ser lana podrida y polvorienta. Uno o dos azadonazos hicieron saltar la hoja de un ancho cuchillo español, y al cavar más surgieron a la luz tres o cuatro monedas de oro y de plata.

Al ver aquello, Júpiter no pudo apenas contener su alegría; pero la cara de su amo expresó una extraordinaria desilusión. Nos rogó, con todo, que continuásemos nuestros esfuerzos, y apenas había dicho aquellas palabras, tropecé y caí hacia adelante, al engancharse la punta de mi bota en una ancha argolla de hierro que yacía medio enterrada en la tierra blanda.

Nos pusimos a trabajar ahora con gran diligencia, y nunca he pasado diez minutos de más intensa excitación. Durante este intervalo desenterramos por completo un cofre oblongo de madera que, por su perfecta conservación y asombrosa dureza, había sido sometida a algún procedimiento de mineralización, acaso por obra del bicloruro de mercurio. Dicho cofre tenía tres pies y medio de largo, tres de ancho y dos y medio de profundidad. Estaba asegurado con firmeza por unos flejes de hierro forjado, remachados, y que formaban alrededor de una especie de enrejado. De cada lado del cofre, cerca de la tapa había tres argollas de hierro —seis en total—, por medio de las cuales, seis personas podían asirla. Nuestros esfuerzos unidos sólo consiguieron moverlo ligeramente de su lecho. Vimos en seguida la imposibilidad de transportar un peso tan grande. Por fortuna, la tapa estaba sólo asegurada con dos tornillos móviles. Los sacamos, trémulos y palpitantes de ansiedad. En un instante, un tesoro de incalculable valor apareció resplandeciente ante nosotros. Los rayos de las linternas caían en el hoyo, haciendo brotar de un montón confuso de oro y de joyas destellos y brillos que cegaban del todo nuestros ojos.

No intentaré describir los sentimientos con que contemplaba aquello. El asombro, naturalmente, predominaba sobre los demás. Legrand parecía exhausto por la excitación, y no profirió más que algunas palabras. En cuanto a Júpiter, su rostro durante unos minutos adquirió la máxima palidez que puede tomar la cara de un negro en tales circunstancias. Parecía estupefacto, fulminado. Pronto cayó de rodillas en el hoyo, y hundiendo sus brazos hasta el codo en el oro, los dejó allí, como si gozase del placer de un baño. A las postre exclamó con un hondo suspiro, como en un monólogo:

—¡Y todo esto viene del escarabajo de oro! ¡Del pobre escarabajito, al que yo insultaba y calumniaba! ¿No te avergüenzas de ti mismo, negro? ¡Anda, contéstame!

Fué menester, por último, que despertase a ambos, al amo y al criado, ante la conveniencia de transportar el tesoro. Se hacía tarde y teníamos que desplegar cierta actividad, si queríamos que todo estuviese en seguridad antes del amanecer. No sabíamos qué determinación tomar, y perdimos mucho tiempo en deliberaciones de lo trastornadas que teníamos nuestras ideas. Por último, aligeramos de peso al cofre quitando las dos terceras partes de su contenido, y pudimos, en fin, no sin dificultad, sacarlo del hoyo. Los objetos que habíamos extraído fueron depositados entre las zarzas, bajo la custodia del perro, al que Júpiter ordenó que no se moviera de su puesto bajo

ningún pretexto, y que no abriera la boca hasta nuestro regreso. Entonces nos pusimos presurosamente en camino con el cofre; llegamos sin accidente a la cabaña, aunque después de tremendas penalidades y a la una de la madrugada. Rendidos como estábamos, no hubiese habido naturaleza humana capaz de reanudar la tarea acto seguido. Permanecimos descansando hasta las dos; luego cenamos, y en seguida partimos hacia las colinas, provistos de tres grandes sacos que, por una suerte feliz, habíamos encontrado antes. Llegamos al filo de las cuatro a la fosa, nos repartimos el botín, con la mayor igualdad posible y dejando el hoyo sin tapar, volvimos hacia la cabaña, en la que depositamos por segunda vez nuestra carga de oro, a tiempo que los primeros débiles rayos del alba aparecían por encima de las copas de los árboles hacia el Este.

III

Estábamos completamente destrozados, pero la intensa excitación de aquel momento nos impidió todo reposo. Después de un agitado sueño de tres o cuatro horas de duración, nos levantamos, como si estuviéramos de acuerdo, para efectuar el examen de nuestro tesoro.

El cofre había sido llenado hasta los bordes, y empleamos el día entero y gran parte de la noche siguiente en escudriñar su contenido. No mostraba ningún orden o arreglo. Todo había sido amontonado allí, en confusión. Habiéndolo clasificado cuidadosamente, nos encontramos en posesión de una fortuna que superaba todo cuanto habíamos supuesto. En monedas había más de cuatrocientos cincuenta mil dólares, estimando el valor de las piezas con tanta exactitud como pudimos, por las tablas de cotización de la época. No había allí una sola partícula de plata. Todo era oro de una fecha muy antigua y de una gran variedad: monedas francesas, españolas y alemanas, con algunas guineas inglesas y varios discos de los que no habíamos visto antes ejemplar alguno. Había varias monedas muy grandes y pesadas pero tan desgastadas, que nos fué imposible descifrar sus inscripciones. No se encontraba allí ninguna americana. La valoración de las joyas presentó muchas más dificultades. Había diamantes, algunos de ellos muy finos y voluminosos, en total ciento diez, y ninguno pequeño; dieciocho rubíes de un notable brillo, trescientas diez esmeraldas hermosísimas, veintiún zafiros y un ópalo. Todas aquellas piedras habían sido arrancadas de sus monturas y arrojadas en revoltijo al interior del cofre. En cuanto a las monturas mismas, que clasificamos aparte del otro oro, parecían haber sido machacadas a martillazos para evitar cualquier identificación. Además de todo lo indicado, había una gran cantidad de adornos de oro macizo: cerca de doscientas sortijas y pendientes, de extraordinario grosor; ricas cadenas, en número de treinta, si no recuerdo mal; noventa y tres grandes y pesados crucifijos; cinco incensarios de oro de gran valía; una prodigiosa ponchera de oro, adornada con hojas de parra muy bien engastadas, y con

figuras de bacantes; dos empuñaduras de espada exquisitamente repujadas, y otros muchos objetos más pequeños que no puedo recordar. El peso de todo ello excedía de las trescientas cincuenta libras *avoirdupois*⁹⁴, y en esta valoración no he incluido ciento noventa y siete relojes de oro soberbios, tres de los cuales valdrían cada uno quinientos dólares. Muchos eran viejísimos y desprovistos de valor como tales relojes: sus maquinarias habían sufrido más o menos de la corrosión de la tierra; pero todos estaban ricamente adornados con pedrerías, y las cajas eran de gran precio. Valoramos aquella noche el contenido total del cofre en un millón y medio de dólares, y cuando más tarde dispusimos de los dijes y joyas (quedándonos con algunos para nuestro uso personal), nos encontramos con que habíamos hecho una tasación muy por debajo del tesoro.

Cuando terminamos nuestro examen, y al propio tiempo se calmó un tanto aquella intensa excitación, Legrand, que me veía consumido de impaciencia por conocer la solución de aquel extraordinario enigma, entró a pleno detalle en las circunstancias relacionadas con él.

—Recordará usted —dijo— la noche en que le mostré el tosco bosquejo que había hecho del escarabajo. Recordará también que me molestó mucho el que insistiese en que mi dibujo se parecía a una calavera. Cuando hizo usted por primera vez su afirmación, creí que bromeaba; pero después pensé en las manchas especiales sobre el dorso del insecto, y reconocí en mi interior que su observación tenía en realidad, cierta ligera base. A pesar de todo, me irritó su burla respecto a mis facultades gráficas, pues estoy considerado como un buen artista, y por eso, cuando me tendió usted el trozo de pergamino, estuve a punto de estrujarlo y de arrojarlo, enojado, al fuego.

—Se refiere usted al trozo de papel —dijo.

—No; aquello tenía el aspecto de papel, y al principio yo mismo supuse que lo era; pero, cuando quise dibujar sobre él, descubrí en seguida que era un trozo de pergamino muy viejo. Estaba todo sucio, como recordará. Bueno; cuando me disponía a estrujarlo, mis ojos cayeron sobre el esbozo que usted había examinado, y ya puede imaginarse mi asombro al percibir realmente la figura de una calavera en el sitio mismo donde había yo creído dibujar el insecto. Durante un momento me sentí demasiado atónito para pensar con sensatez. Sabía que mi esbozo era muy diferente en detalle de éste, aunque existiese cierta semejanza en el contorno general.

Cogí en seguida una vela y, sentándome al otro extremo de la habitación, me dediqué a un examen minucioso del pergamino. Dándole vueltas, vi mi propio bosquejo sobre el reverso, ni más ni menos que como lo había hecho. Mi primera impresión fué entonces de simple sorpresa ante la notable semejanza efectiva del contorno; y resulta una coincidencia singular el hecho de aquella imagen, desconocida para mí, que ocupaba el otro lado del pergamino debajo mismo de mi dibujo del escarabajo, y de la calavera aquella que se parecía con tanta exactitud a dicho dibujo no sólo en el contorno,

⁹⁴ Sistema de pesos vigente en Inglaterra y Estados Unidos cuya unidad es la libra inglesa de 16 onzas o sea 0.451 kilogramos.

sino en el tamaño. Digo que la singularidad de aquella coincidencia me dejó pasmado durante un momento. Es éste el efecto habitual de tales coincidencias. La mente se esfuerza por establecer una relación —una ilación de causa y efecto—, y siendo incapaz de conseguirlo, sufrií una especie de parálisis pasajera. Pero cuando me recobré de aquel estupor, sentí surgir en mí poco a poco una convicción que me sobrecogió más aún que aquella coincidencia. Comencé a recordar de una manera clara y positiva que *no* había ningún dibujo sobre el pergamo cuando hice mi esbozo del escarabajo. Tuve la absoluta certeza de ello, pues me acordé de haberle dado vueltas a un lado y a otro buscando el sitio más limpio... Si la calavera hubiera estado allí, la habría yo visto, por supuesto. Existía allí un misterio que me sentía incapaz de explicar; pero desde aquel mismo momento me pareció ver brillar débilmente, en las más remotas y secretas cavidades de mi entendimiento, una especie de luciérnaga de la verdad de la cual nos había aportado la aventura de la última noche una prueba tan magnífica. Me levanté al punto, y guardando con cuidado el pergamo dejé toda reflexión ulterior para cuando pudiese estar solo.

En cuanto se marchó usted, y Júpiter estuvo profundamente dormido, me dediqué a un examen más metódico de la cuestión. En primer lugar, quise comprender de qué modo aquel pergamo estaba en mi poder. El sitio en que descubrimos el escarabajo se hallaba en la costa del continente, a una milla aproximada al este de la isla, pero a corta distancia sobre el nivel de la marea alta. Cuando le cogí, me pico con fuerza, haciendo que le soltase. Júpiter con su acostumbrada prudencia, antes de agarrar el insecto, que había volado hacia él, buscó a su alrededor una hoja o algo parecido con que apresarlo. En ese momento sus ojos, y también los míos, cayeron sobre el trozo de pergamo que supuse era un papel. Estaba medio sepultado en la arena, asomando una parte de él. Cerca del sitio donde lo encontramos vi los restos del casco de un gran barco, según me pareció. Aquellos restos de un naufragio debían de estar allí desde hacía mucho tiempo, pues apenas podía distinguir su semejanza con la armazón de un barco.

Júpiter recogió, pues, el pergamo, envolvió en él al insecto y me lo entregó. Poco después volvimos a casa y encontramos al teniente G***. Le enseñé el ejemplar y me rogó que le permitiese llevárselo al fuerte. Accedí a ello y se lo metió en el bolsillo de su chaleco sin el pergamo en que iba envuelto y que había conservado en la mano durante su examen. Quizá temió que cambiase de opinión y prefirió asegurar en seguida su presa; ya sabe usted que es un entusiasta de todo cuanto se relaciona con la historia natural. En aquel momento, sin darme cuenta de ello, debí de guardarme el pergamo en el bolsillo.

Recordará usted que cuando me senté ante la mesa a fin de hacer un bosquejo del insecto no encontré papel donde habitualmente se guarda. Miré en el cajón, y no lo encontré allí. Rebusqué mis bolsillos, esperando hallar en ellos alguna carta antigua, cuando mis dedos tocaron el pergamo. Le detallo a usted de un modo exacto cómo cayó en mi poder, pues las circunstancias me impresionaron con una fuerza especial.

Sin duda alguna, usted me creyó un soñador; pero yo había establecido ya una especie de *conexión*. Acababa de unir dos eslabones de una gran cadena. Allí había un barco que naufragó en la costa, y no lejos de aquel barco, un pergamo —no un *papel*— con una calavera pintada sobre él. Va usted, naturalmente, a preguntarme: ¿dónde está la relación? Le responderé que la calavera es el emblema muy conocido de los piratas. Llevan izado el pabellón con la calavera en todos sus combates.

Como le digo, era un trozo de pergamo, y no de papel. El pergamo es de una materia duradera casi indestructible. Rara vez se consignan sobre uno cuestiones de poca monta, ya que se adapta mucho peor que el papel a las simples necesidades del dibujo o de la escritura. Esta reflexión me indujo a pensar en algún significado, en algo que tenía relación con la calavera. No dejé tampoco de observar *la forma* del pergamo. Aunque una de las esquinas aparecía rota por algún accidente, podía verse bien que la forma original era oblonga. Se trataba precisamente de una de esas tiras que se escogen como memorándum, para apuntar algo que desea uno conservar largo tiempo y con cuidado.

—Pero —le interrumpí— dice usted que la calavera *no estaba* sobre el pergamo cuando dibujó el insecto. ¿Cómo, entonces, establece una relación entre el barco y la calavera, puesto que esta última, según su propio aserto, debe de haber sido dibujada (Dios únicamente sabe cómo y por quién) en algún período posterior a su apunte del escarabajo?

—¡Ah! Sobre eso gira todo el misterio, aunque he tenido, en comparación, poca dificultad en resolver ese extremo del secreto. Mi marcha era segura y no podía conducirme más que a un solo resultado. Razoné así, por ejemplo: al dibujar el escarabajo, no aparecía la calavera sobre el pergamo. Cuando terminé el dibujo, se lo di a usted y le observé con fijeza hasta que me lo devolvió. No era *usted*, por tanto, quien había dibujado la calavera, ni estaba allí presente nadie que hubiese podido hacerlo. No había sido, pues, realizado por un medio humano. Y, sin embargo, allí estaba.

En este momento de mis reflexiones, me dediqué a recordar, y recordé, en efecto, con entera exactitud, cada incidente ocurrido en el intervalo en cuestión. La temperatura era fría (¡oh raro y feliz accidente!) y el fuego llameaba en la chimenea. Había yo entrado en calor con el ejercicio y me senté junto a la mesa. Usted, empero, tenía vuelta su silla, muy cerca de la chimenea. En el momento justo de dejar el pergamo en su mano, y cuando iba usted a examinarlo, *Wolf*, el terranova, entró y saltó hacia sus hombros. Con su mano izquierda usted le acariciaba, intentando apartarle, cogido el pergamo con la derecha, entre sus rodillas y cerca del fuego. Hubo un instante en que creí que la llama iba a alcanzarlo, y me disponía a decírselo; pero antes de que hubiese yo hablado la retiró usted y se dedicó a examinarlo. Cuando hube considerado todos estos detalles, no dudé ni un segundo que aquel *calor* había sido el agente que hizo surgir a la luz sobre el pergamo la calavera cuyo contorno veía señalarse allí. Ya sabe que hay y ha habido en todo tiempo preparaciones químicas por medio de las cuales es posible escribir sobre

papel o sobre vitela caracteres que así no resultan visibles hasta que son sometidos a la acción del fuego. Se emplea algunas veces el zafre, digerido en agua regia y diluido en cuatro veces su peso de agua; de ello se origina un tono verde. El régulo de cobalto, disuelto en espíritu de nitro, da el rojo. Estos colores desaparecen a intervalos más o menos largos, después que la materia sobre la cual se ha escrito se enfriá, pero reaparecen a una nueva aplicación de calor.

Examiné entonces la calavera con toda meticulosidad. Los contornos —los más próximos al borde del pergamo— resultaban mucho más *claros* que los otros. Era evidente que la acción del calor había sido imperfecta o desigual. Encendí inmediatamente el fuego y sometí cada parte del pergamo al calor ardiente. Al principio no tuvo aquello más efecto que reforzar las líneas débiles de la calavera; pero, perseverando en el ensayo, se hizo visible, en la esquina de la tira diagonalmente opuesta al sitio donde estaba trazada la calavera, una figura que supuse de primera intención era la de una cabra. Un examen más atento, no obstante, me convenció de que habían intentado representar un cabritillo.

—¡Ja, ja! —exclamé—. No tengo, sin duda, derecho a burlarme de usted (un millón y medio de dólares es algo muy serio para tomarlo a broma). Pero no irá a establecer un tercer eslabón en su cadena; no querrá encontrar ninguna relación especial entre sus piratas y una cabra; los piratas, como sabe, no tienen nada que ver con las cabras; eso es cosa de los granjeros.

—Pero si acabo de decirle que la figura *no* era la de una cabra.

—Bueno; la de un cabritillo, entonces; viene a ser casi lo mismo.

—Casi, pero no del todo —dijo Legrand—. Debe usted de haber oído hablar de un tal capitán Kidd. Consideré en seguida la figura de ese animal como una especie de firma logográfica o jeroglífica. Digo firma porque el sitio que ocupaba sobre el pergamo sugería esa idea. La calavera, en la esquina diagonal opuesta, tenía así el aspecto de un sello, de una estampilla. Pero me hallé dolorosamente desconcertado ante la ausencia de todo lo demás del cuerpo de mi imaginado documento, del texto de mi contexto.

—Supongo que esperaba usted encontrar una carta entre el sello y la firma.

—Algo por el estilo. El hecho es que me sentí irresistiblemente impresionado por el presentimiento de una buena fortuna inminente. No podría decir por qué. Tal vez, después de todo, era más bien un deseo que una verdadera creencia; pero ¿no sabe que las absurdas palabras de Júpiter, afirmando que el escarabajo era de oro macizo, hicieron un notable efecto sobre mi imaginación? Y luego, esa serie de accidentes y coincidencias era, en realidad, extraordinaria. ¿Observa usted lo que había de fortuito en que esos acontecimientos ocurriesen *el único* día del año en que ha hecho, ha podido hacer, el suficiente frío para necesitarse fuego, y que, sin ese fuego, o sin la intervención del perro en el preciso momento en que apareció, no habría podido yo enterarme de lo de la calavera, ni habría entrado nunca en posesión del tesoro?

Pero continúe... Me consume la impaciencia.

— Bien; habrá usted oído hablar de muchas historias que corren, de esos mil vagos rumores acerca de tesoros enterrados en algún lugar de la costa del Atlántico por Kidd y sus compañeros. Esos rumores desde hace tanto tiempo y con tanta persistencia, desde hace tanto tiempo y con tanta persistencia, ello se debía, a mi juicio, tan sólo a la circunstancia de que el tesoro enterrado *permanecía* enterrado. Si Kidd hubiese escondido su botín durante cierto tiempo y lo hubiera recuperado después, no habrían llegado tales rumores hasta nosotros en su invariable forma actual. Observe que esas historias giran todas alrededor de buscadores, no de descubridores de tesoros. Si el pirata hubiera recuperado su botín, el asunto habría terminado allí. Parecíame que algún accidente —por ejemplo, la pérdida de la nota que indicaba el lugar preciso— debía de haberle privado de los medios para recuperarlo, llegando ese accidente a conocimiento de sus compañeros, quienes, de otro modo, no hubiesen podido saber nunca que un tesoro había sido escondido y que con sus búsquedas infructuosas, por carecer de guía al intentar recuperarlo, dieron nacimiento primero a ese rumor, difundido universalmente por entonces, y a las noticias tan corrientes ahora. ¿Ha oído usted hablar de algún tesoro importante que haya sido desenterrado a lo largo de la costa?

— Nunca.

— Pues es muy notorio que Kidd los había acumulado inmensos. Daba yo así por supuesto que la tierra seguía guardándolos, y no le sorprenderá mucho si le digo que abrigaba una esperanza que aumentaba casi hasta la certeza: la de que el pergamo tan singularmente encontrado contenía la última indicación del lugar donde se depositaba.

— Pero ¿cómo procedió usted?

— Expuse de nuevo la vitela al fuego, después de haberlo avivado; pero no apareció nada. Pensé entonces que era posible que la capa de mugre tuviera que ver en aquel fracaso: por eso lavé con esmero el pergamo vertiendo agua caliente encima, y una vez hecho esto, lo coloqué en una cacerola de cobre, con la calavera hacia abajo, y puse la cacerola sobre una lumbre de carbón. A los pocos minutos estando ya la cacerola calentada a fondo, saqué la tira de pergamo, y fué inexpresable mi alegría al encontrarla manchada, en varios sitios, con signos que parecían cifras alineadas. Volví a colocarla en la cacerola, y la dejé allí otro minuto. Cuando la saqué, estaba enteramente igual a como va usted a verla.

Y al llegar aquí, Legrand, habiendo calentado de nuevo el pergamo, lo sometió a mi examen. Los caracteres siguientes aparecían de manera toscamente trazada, en color rojo, entre la calavera y la cabra:

53‡†‡305))6*;4826)4‡.4‡);806*,48‡8¶60))85;1‡(:‡*8‡83
(88)5*‡;46(;88*96*?;8)*‡;(485);5*‡2:*‡;(4956*2(5*—4)8¶8*;
4069285);)6‡8)4‡‡;1(‡9;48081;8:8‡1;48‡85;4)485‡528806*81

(‡9;48;(88;4(‡?34;48)4‡;161;;188;‡?;

—Pero —dijo, devolviéndole la tira— sigo estando tan a oscuras como antes. Si todas las joyas de Golconda esperasen de mí la solución de este enigma, estoy en absoluto seguro de que sería incapaz de obtenerlas.

—Y el caso —dijo Legrand— que la solución no resulta tan difícil como cabe imaginarla tras del primer examen apresurado de los caracteres. Estos caracteres, según pueden todos adivinarlo fácilmente forman una cifra, es decir, contienen un significado pero por lo que sabemos de Kidd, no podía suponerle capaz de construir una de las más abstrusas criptografías. Pensé, pues, lo primero, que ésta era de una clase sencilla, aunque tal, sin embargo, que pareciese absolutamente indescifrable para la tosca inteligencia del marinero, sin la clave.

—¿Y la resolvió usted, en verdad?

—Fácilmente; había yo resuelto otras diez mil veces más complicadas. Las circunstancias y cierta predisposición mental me han llevado a interesarme por tales acertijos, y es, en realidad, dudoso que el genio humano pueda crear un enigma de ese género que el mismo ingenio humano no resuelva con una aplicación adecuada. En efecto, una vez que logré descubrir una serie de caracteres visibles, no me preocupó apenas la simple dificultad de desarrollar su significación.

En el presente caso —y realmente en todos los casos de escritura secreta— la primera cuestión se refiere al *lenguaje* de la cifra, pues los principios de solución, en particular tratándose de las cifras más sencillas, dependen del genio peculiar de cada idioma y pueden ser modificadas por éste. En general, no hay otro medio para conseguir la solución que ensayar (guiándose por las probabilidades) todas las lenguas que os sean conocidas, hasta encontrar la verdadera. Pero en la cifra de este caso toda dificultad quedaba resuelta por la firma. El retruécano sobre la palabra *Kidd*⁹⁵ sólo es posible en lengua inglesa. Sin esa circunstancia hubiese yo comenzado mis ensayos por el español y el francés, por ser las lenguas en las cuales un pirata de mares españoles hubiera debido, con más naturalidad, escribir un secreto de ese género. Tal como se presentaba, presumí que el criptograma era inglés.

IV

Fíjese usted en que no hay espacios entre las palabras. Si los hubiese habido, la tarea habría sido fácil en comparación. En tal caso hubiera yo comenzado por hacer una colación y un análisis de las palabras cortas, y de haber encontrado, como es muy probable, una palabra de una sola letra (*a* o *I* —uno, yo, por ejemplo), habría estimado la solución asegurada. Pero como no había espacios allí, mi primera medida era averiguar

⁹⁵ Kid, que significa cabrío, chivo.

las letras predominantes así como las que se encontraban con menor frecuencia. Las conté todas y formé la siguiente tabla:

El signo 8 33 veces	aparece	El signo 8	aparece 33 veces
" ;	"	» ;	» 26 »
26 "	"	» 4	» 19 »
" 4	"	» ↓	» 16 »
19 "	"	»)	» 16 »
" ‡	"	» *	» 13 »
16 "	"	» 5	» 12 »
")	"	» 6	» 11 »
16 "	"	» (» 10 »
" *	"	» ↑	» 8 »
13 "	"	» 1	» 8 »
" 5	"	» 0	» 6 »
12 "	"	» 9	» 5 »
" 6	"	» 2	» 5 »
11 "	"	» :	» 4 »
" ("	» 3	» 4 »
10 "	"	» ?	» 3 »
" †	" 8 "	» ¶	» 2 »
" 1	" 8 "	» —	» 1 vez
" 0	" 6 "	» :	» 1 »
" 9	" 5 "		
" 2	" 5 "		
" :	" 4 "		
" 3	" 4 "		
" ?	" 3 "		
" ¶	" 2 "		
" —	" 1 vez		
" .	" 1 "		

Ahora bien: la letra que se encuentra con mayor frecuencia en inglés es la *e*. Después, la serie es la siguiente: *a o y d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z*. La *e* predomina de un modo tan notable, que es raro encontrar una frase sola de cierta longitud de la que no sea el carácter principal.

Tenemos, pues, nada más comenzar, una base para algo más que una simple conjetura. El uso general que puede hacerse de esa tabla es obvio, pero para esta cifra particular sólo nos serviremos de ella muy parcialmente. Puesto que nuestro signo predominante es el 8, empezaremos por ajustarlo a la *e* del alfabeto natural. Para comprobar esta suposición, observemos si el 8 aparece a menudo por pares —pues la *e* se dobla con gran frecuencia en inglés— en palabras como, por ejemplo, *meet, speed, seen,*

been agree, etcétera. En el caso presente, vemos que está doblado lo menos cinco veces, aunque el criptograma sea breve.

Tomemos, pues, el 8 como *e*. Ahora, de todas las palabras de la lengua, *the* es la más usual; por tanto, debemos ver si no está repetida la combinación de tres signos, siendo el último de ellos el 8. Si descubrimos repeticiones de tal letra, así dispuestas, representarán, muy probablemente, la palabra *the*. Una vez comprobado esto, encontraremos no menos de siete de tales combinaciones, siendo los signos 48 en total. Podemos, pues, suponer que ; representa *t*, 4 representa *h*, y 8 representa *e*, quedando este último así comprobado. Hemos dado ya un gran paso.

Acabamos de establecer una sola palabra; pero ello nos permite establecer también un punto más importante; es decir, varios comienzos y terminaciones de otras palabras. Veamos, por ejemplo, el penúltimo caso en que aparece la combinación; 48 casi al final de la cifra. Sabemos que el, que viene inmediatamente después es el comienzo de una palabra, y de los seis signos que siguen a ese *the*, conocemos, por lo menos, cinco. Sustituyamos, pues, esos signos por las letras que representan, dejando un espacio para el desconocido:

t eeth

Debemos, lo primero, desechar el *th* como no formando parte de la palabra que comienza por la primera *t*, pues vemos, ensayando el alfabeto entero para adaptar una letra al hueco, que es imposible formar una palabra de la que ese *th* pueda formar parte. Reduzcamos, pues, los signos a

t ee.

Y volviendo al alfabeto, si es necesario como antes, llegamos a la palabra "tree" (árbol), como la única que puede leerse. Ganamos así otra letra, la *r*, representada por (, más las palabras yuxtapuestas *the tree* (el árbol).

Un poco más lejos de estas palabras, a poca distancia, vemos de nuevo la combinación; 48 y la empleamos como terminación de lo que precede inmediatamente. Tenemos así esta distribución:

the tree ;4#?34 the

o sustituyendo con letras naturales los signos que conocemos, leeremos esto:

the tree thr#?3h the

Ahora, si sustituimos los signos desconocidos por espacios blancos o por puntos, leeremos:

the tree thr...h the

y, por tanto, la palabra *through* (por, a través) resulta evidente por sí misma. Pero este descubrimiento nos da tres nuevas letras, *o*, *u*, y *g*, representadas por +, ? y 3.

Buscando ahora cuidadosamente en la cifra combinaciones de signos conocidos, encontraremos no lejos del comienzo esta disposición:

83 (88, or egree,

que es, evidentemente, la terminación de la palabra *degree* (grado), que nos da otra letra, la *d*, representada por +.

Cuatro letras más lejos de la palabra *degree*, observamos la combinación,

;46 (;88,*

cuyos signos conocidos traducimos, representando el desconocido por puntos, como antes; y leemos:

th.rtee.

Arreglo que nos sugiere acto seguido la palabra *thirteen* (trece) y que nos vuelve a proporcionar dos letras nuevas, la *i* y la *n*, representadas por 6 y *.

Volviendo ahora al principio del criptograma, encontramos la combinación:

53 ‡‡†

Traduciendo como antes, obtendremos:

.good.

Lo cual nos asegura que la primera letra es una A, y que las dos primeras palabras son *A good* (un bueno, una buena).

Sería tiempo ya de disponer nuestra clave, conforme a lo descubierto, en forma de tabla, para evitar confusiones. Nos dará lo siguiente:

5	representa	a
†	"	d
8	"	e
3	"	g
4	"	h
6	"	i

*	"	n
‡	"	o
("	r
;	"	t

Tenemos así no menos de diez de las letras más importantes representadas, y es inútil buscar la solución con esos detalles. Ya le he dicho lo suficiente para convencerle de que cifras de ese género son de fácil solución, y para darle algún conocimiento de su desarrollo *razonado*. Pero tenga la seguridad de que la muestra que tenemos delante pertenece al tipo más sencillo de la criptografía. Sólo me queda darle la traducción entera de los signos escritos sobre el pergamo, ya descifrados. Hela aquí:

A good glass in the Bishop's Hostel in the devil's seat forty-one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seventh, limb east side shoot from the left eye of the death's-head a bee-line from the tree through the shot fifty feet out⁹⁶.

—Pero —dije— el enigma me parece de tan mala calidad como antes. ¿Cómo es posible sacar un sentido cualquiera de toda esa jerga referente a "la silla del diablo", "la cabeza de muerto" y "el hostal o la hostelería del obispo"?

—Reconozco —replicó Legrand— que el asunto presenta un aspecto serio cuando echa uno sobre él una ojeada casual. Mi primer empeño fué separar lo escrito en las divisiones naturales que había intentado el criptógrafo.

—¿Quiere usted decir, puntuarlo?

—Algo por el estilo.

—Pero ¿cómo le fué posible hacerlo?

—Pensé que el rasgo característico del escritor había consistido en agrupar sus palabras sin separación alguna, queriendo así aumentar la dificultad de la solución. Ahora bien: un hombre poco agudo, al perseguir tal objeto, tendrá, seguramente, la tendencia a superar la medida. Cuando en el curso de su composición llegaba a una interrupción de su tema que requería, naturalmente, una pausa o un punto, se excedió, en su tendencia a agrupar sus signos, más que de costumbre. Si observa usted ahora el manuscrito le será fácil descubrir cinco de esos casos de inusitado agrupamiento. Utilizando ese indicio hice la siguiente división:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's sear —forty one degrees and thirteen minutes—northeast and by north—main branch seventh limb eart side—shoot from the left eye of the death's-head—a bee line from the tree through the shot fifty feet out⁹⁷.

—Aun con esa separación —dije—, sigo estando a oscuras.

⁹⁶ Un buen vaso en la hostería del obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados y trece minutos Nordeste cuatro de norte, principal rama séptimo vástagos lado este solar desde el ojo izquierdo de la cabeza de muerto una línea de abeja desde el árbol a través de la bala cincuenta pies hacia afuera.

⁹⁷ Un buen vaso en la hostería del obispo en la silla del diablo - cuarenta y un grados y trece minutos - Nordeste cuatro de norte - principal rama séptimo vástagos lado este - solar desde el ojo izquierdo de la cabeza de muerto - una línea de abeja desde el árbol a través de la bala cincuenta pies hacia afuera.

—También yo lo estuve —replicó Legrand— por espacio de algunos días, durante los cuales realicé diligentes pesquisas en las cercanías de la isla de Sullivan, sobre una casa que llevase el nombre de Hotel del Obispo, pues, por supuesto, deseché la palabra anticuada "hostal, hostería". No logrando ningún informe sobre la cuestión, estaba a punto de extender el campo de mi búsqueda y de obrar de un modo más sistemático, cuando una mañana se me ocurrió de repente que aquel "Bishop's Hostel" podía tener alguna relación con una antigua familia apellidada Bessop, la cual, desde tiempo inmemorial, era dueña de una antigua casa solariega a unas cuatro millas, aproximadamente, al norte de la isla. De acuerdo con lo cual fui a la plantación, y comencé de nuevo mis pesquisas entre los negros más viejos del lugar. Por último, una de las mujeres de más edad me dijo que ella había oído hablar de un sitio como *Bessop's Castle* (castillo de Bassop), y que creía poder conducirme hasta él, pero que no era un castillo, ni mesón, sino una alta roca.

Le ofrecí retribuirle bien por su molestia y después de alguna vacilación, consintió en acompañarme hasta aquel sitio. Lo descubrimos sin gran dificultad; entonces la despedí y me dediqué al examen del paraje. El *castillo* consistía en una agrupación irregular de macizos y rocas, una de éstas muy notable tanto por su altura como por su aislamiento y su aspecto artificial. Trepé a la cima, y entonces me sentí perplejo ante lo que debía hacer después.

Mientras meditaba en ello, mis ojos cayeron sobre un estrecho reborde en la cara oriental de la roca a una yarda quizá por debajo de la cúspide donde estaba colocado. Aquel reborde sobresalía unas dieciocho pulgadas, y no tendría más de un pie de anchura; un entrante en el risco, justamente encima, le daba una tosca semejanza con las sillas de respaldo cóncavo que usaban nuestros antepasados. No dudé que fuese aquello la "silla del diablo" a la que aludía el manuscrito, y me pareció descubrir ahora el secreto entero del enigma.

El "buen vaso" lo sabía yo, no podía referirse más que a un catalejo, pues los marineros de todo el mundo rara vez emplean la palabra "vaso" en otro sentido. Comprendí ahora en seguida que debía utilizarse un catalejo desde un punto de vista determinado que no admitía variación. No dudé un instante en pensar que las frases "cuarenta y un grados y trece minutos" y "Nordeste cuarto de Norte" debían indicar la dirección en que debía apuntarse el catalejo. Sumamente excitado por aquellos descubrimientos, marché, presuroso, a casa, cogí un catalejo y volví a la roca.

Me dejé escurrir sobre el reborde y vi que era imposible permanecer sentado allí, salvo en una posición especial. Éste hecho confirmó mi preconcebida idea. Me dispuse a utilizar el catalejo. Naturalmente, los "cuarenta y un grados y trece minutos" podían aludir sólo a la elevación por encima del horizonte visible, puesto que la dirección horizontal estaba indicada con claridad por las palabras "Nordeste cuarto de Norte". Establecí esta última dirección por medio de una brújula de bolsillo; luego, apuntando el catalejo con tanta exactitud como pude con un ángulo de cuarenta y un grados de

elevación, lo moví con cuidado de arriba abajo, hasta que detuvo mi atención una grieta circular u orificio en el follaje de un gran árbol que sobresalía de todos los demás, a distancia. En el centro de aquel orificio divisé un punto blanco; pero no pude distinguir al principio lo que era. Graduando el foco del catalejo, volví a mirar, y comprobé ahora que era un cráneo humano.

Después de este descubrimiento, consideré con entera confianza el enigma como resuelto, pues la frase "rama principal, séptimo vástago, lado Este" no podía referirse más que a la posición de la calavera sobre el árbol, mientras lo de "soltar desde el ojo izquierdo de la cabeza de muerto" no admitía tampoco más que una interpretación con respecto a la busca de un tesoro enterrado. Comprendí que se trataba de dejar caer una bala desde el ojo izquierdo, y que una línea recta (*línea de abeja*), partiendo del punto más cercano al tronco por "la bala" (o por el punto donde cayese la bala), y extendiéndose desde allí a una distancia de cincuenta pies, indicaría el sitio preciso, y debajo de este sitio juzgué que era, por lo menos, *possible* que estuviese allí escondido un depósito valioso.

—Todo eso —dije— es harto claro, y asimismo ingenioso, sencillo y explícito. Y cuando abandonó usted el Hotel del Obispo, ¿qué hizo?

—Pus habiendo anotado escrupulosamente la orientación del árbol, me volví a casa. Sin embargo en el momento de abandonar "la silla del diablo", el orificio circular desapareció, y de cualquier lado que me volviese érame ya imposible divisarlo. Lo que me parece el colmo del ingenio en este asunto es el hecho (pues, al repetir la experiencia, me he convencido de que es un hecho) de que la abertura circular en cuestión resulta sólo visible desde un punto que es el indicado por esa estrecha cornisa sobre la superficie de la roca.

En esta expedición al Hotel del Obispo fui seguido por Júpiter, quien observaba, sin duda, desde hacia unas semanas, mi aire absorto, y ponía un especial cuidado en no dejarme solo. Pero al día siguiente me levanté muy temprano, conseguí escaparme de él y corrí a las colinas en busca del árbol. Me costó mucho trabajo encontrarlo. Cuando volví a casa por la noche, mi criado se disponía a vapulearme. En cuanto al resto de la aventura, creo que está usted tan enterado como yo.

—Supongo —dije— que equivocó usted el sitio en las primeras excavaciones, a causa de la estupidez de Júpiter dejando caer el escarabajo por el ojo derecho de la calavera en lugar de hacerlo por el izquierdo.

—Exactamente. Esa equivocación originaba una diferencia de dos pulgadas y media, poco más o menos, en relación con la bala, es decir, en la posición de la estaca junto al árbol, y si el tesoro hubiera estado *bajo* la "bala", el error habría tenido poca importancia; pero la "bala", y al mismo tiempo el punto más cercano al árbol, representaban simplemente dos puntos para establecer una línea de dirección; claro está que el error, aunque insignificante al principio, aumentaba al avanzar siguiendo la línea, y cuando hubimos llegado a una distancia de cincuenta pies, nos había apartado por completo de

la pista. Sin mi idea arraigada a fondo de que había allí algo enterrado, todo nuestro trabajo hubiera sido inútil.

—Pero su grandilocuencia, su actitud balanceando el insecto, ¡cuán excesivamente estrambóticas! Tenía yo la certeza de que estaba usted loco. Y ¿por qué insistió en dejar caer el escarabajo desde la calavera, en vez de una bala?

—¡Vaya! Para serle franco, me sentía algo molesto por sus claras sospechas respecto a mi sano juicio, y decidí castigarle algo, a mi manera, con un poquito de serena mixtificación. Por esa razón balanceaba yo el insecto, y por esa razón también quise dejarlo caer desde el árbol. Una observación que hizo usted acerca de su peso me sugirió esta última idea.

—Sí, lo comprendo; y ahora no hay más que un punto que me desconcierta. ¿Qué vamos a decir de los esqueletos encontrados en el hoyo?

—Esa es una pregunta a la cual, lo mismo que usted, no sería yo capaz de contestar. No veo, por cierto, más que un modo plausible de explicar eso; pero mi sugerencia entraña una atrocidad tal, que resulta horrible de creer. Aparece claro que Kidd (si fué verdaderamente Kidd quien escondió el tesoro, lo cual no dudo), aparece claro que él debió de hacerse ayudar en su trabajo. Pero, una vez terminado, éste pudo juzgar conveniente suprimir a todos los que compartían su secreto. Acaso un par de azadonazos fueron suficientes, mientras sus ayudantes estaban ocupados en el hoyo; acaso necesitó una docena. ¿Quién nos lo dirá?

Los anteojos

The spectacles, 1844

Hace algunos años estaba de moda ridiculizar la idea del flechazo en el amor; aunque las personas que piensan, lo mismo que los que sienten profundamente, siempre han defendido su existencia. Los descubrimientos modernos en lo que se puede llamar magnetismo ético o estético, nos ofrecen la probabilidad de que los más naturales, y como consecuencia los más verdaderos y más intensos afectos humanos, son aquellos que surgen del corazón corno por simpatía eléctrica; en una palabra, que las más brillantes y más duraderas de las captaciones psíquicas son las que se afianzan con una mirada. La confesión que estoy a punto de hacer añadirá un ejemplo más a los innumerables que prueban la verdad de mi aserto.

Mi narración requiere que yo sea algo minucioso. Todavía soy muy joven, ya que no he cumplido los veintidós años de edad. Mi nombre actual es muy corriente y más bien plebeyo: Simpson. Y digo "actual" porque sólo se me ha llamado así últimamente, pues el pasado año he adoptado legalmente dicho apellido con objeto de recibir una gran herencia que me legó un pariente lejano, el señor Adolfo Simpson. El legado fue hecho con la condición de que tomara *d* nombre del testador: el nombre de familia, no el de pila. Mi nombre de pila es Napoleón Bonaparte, o, más propiamente, éstos son mis primer y segundo apellidos.

Adopté el nombre de Simpson con bastante desagrado, pues por mi verdadero patronímico, Froissart, sentía un muy perdonable orgullo, al creer que tal vez mi origen pudiera remontarse al del inmortal autor de las *Crónicas*⁹⁸. Además, sobre el asunto de los nombres, dicho sea de paso, puedo mencionar una coincidencia singular en lo que se refiere a los nombres de algunos de mis inmediatos predecesores. Mi padre fue un cierto señor Froissart, de París. Su esposa, mi madre, que se había casado a los quince años, era una señorita Croissant, hija mayor de Croissant, el banquero, cuya esposa sólo tenía dieciséis años cuando se casó, y era a su vez la mayor de las hijas de un tal Víctor Voissart. El señor Voissart, muy singularmente, se había casado con una persona de nombre parecido, una tal señora Moissart, también demasiado niña cuando se casó, y de igual modo la madre de esta señora Moissart sólo contaba catorce años cuando la llevaron al altar. Estos tempranos matrimonios son algo frecuentes en Francia. Tenemos, pues, a Moissart, Voissart, Croissant y Froissart, todos en la línea de mis ascendientes directos. Mi propio apellido, como he dicho, se ha convertido en Simpson por un acto legal, y con tanta repugnancia por mi parte, que hubo momentos en los que con sinceridad vacilé en aceptar aquel legado con su cláusula insólita y molesta.

⁹⁸ Juan Froissart, cronista francés (1338-1404).

En cuanto a mis dotes personales, no son de ningún modo deficientes. Al contrario, creo que tengo buena figura y poseo lo que el noventa por ciento de las personas llaman un rostro agradable. Mido cinco pies y once pulgadas de estatura. Mi pelo es negro y ligeramente ondulado. Mi nariz es suficientemente aceptable. Mis ojos son grandes y grises, y aunque en realidad resultan débiles en grado muy inconveniente, sin embargo, nadie podría sospechar ningún defecto en ellos al contemplarlos. Esa misma debilidad siempre me ha molestado mucho, y he recurrido a todos los remedios, excepto al de usar lentes. Siendo joven y bien parecido, naturalmente me desagradaban, y me he opuesto siempre a llevarlos. No conozco nada que desfigure tanto el semblante de un joven o imprima a cada facción un aire de gazmoñería y que le haga aparecer más viejo. El monóculo, por otra parte, produce un efecto de clara vanidad y marcada afectación. Hasta ahora me las he ido arreglando sin ellos como he podido. Pero tal vez resulten excesivos estos simples detalles personales, que después de todo son de poca importancia. Me contentaré con decir que mi temperamento es sanguíneo, temerario, ardiente, entusiástico, y que toda mi vida he sido un devoto admirador de las mujeres.

Una noche del pasado invierno entré en un palco del teatro P..., en compañía de mi amigo el señor Talbot. Era noche de ópera y los carteles anunciaban una atracción tan extraña que la sala estaba atestada. Sin embargo llegamos a tiempo para coger los asientos delanteros que habían sido reservados por nosotros, y para llegar a los cuales tuvimos que abrirnos paso con los codos. Durante dos horas, mi compañero, que era un fanático de la música, no quitó la atención ni un momento del escenario, y entre tanto me divertí observando el auditorio, que en su mayor parte estaba compuesto de la *élite* de la ciudad.

Cuando me di por satisfecho de ello, iba a volver los ojos hacia la *prima donna*, cuando quedaron detenidos y clavados en una figura de uno de los palcos privados que había escapado a mi observación.

Aunque viviera mil años, nunca podría olvidar la intensa emoción con que observé aquella figura. Pertenecía a una mujer: la más exquisita que yo había visto jamás. Tenía el rostro tan vuelto hacia el escenario que durante algunos minutos no pude ver nada de él, pero su contorno era divino; ninguna otra palabra puede expresar sus magníficas proporciones, e incluso la palabra divino se me antoja ridículamente débil ahora que la escribo.

La magia de una bella forma de mujer, el hechizo de la gracia femenina, ha sido siempre una fuerza que me ha sido imposible resistir; pero allí estaba la gracia personificada, encarnado el bello ideal de mis más extraños y entusiásticos sueños. La figura, que podía verse casi en su totalidad a causa de la construcción del palco, era de estatura algo por encima de la media y casi se acercaba, sin conseguirlo, a lo majestuoso. Su perfecta plenitud y presencia eran deliciosas. La cabeza, de la, cual sólo era visible la parte posterior, rivalizaba en diseño con la de la griega Psiquis, y estaba adornada, más bien que cubierta, por un elegante sombrero de sutil gasa, que me trajo a la mente el

ventum textilem de Apuleyo. El brazo derecho descansaba sobre la balaustrada del palco, y conmovió todos los nervios de mi cuerpo con su exquisita belleza. Su parte superior estaba cubierta por una de esas mangas sueltas y algo abiertas que están ahora de moda, y que apenas bajaba del codo. Debajo llevaba una tela muy fina ceñida al cuerpo, terminando en un puño de rico encaje que caía graciosamente sobre la mano, dejando al descubierto sus delicados dedos, en uno de los cuates brillaba una sortija de diamantes que al momento reconocí como de un valor extraordinario. La admirable redondez de la muñeca se ponía de manifiesto por un brazalete que la rodeaba, y que también estaba adornado y cerrado por un magnífico airón de piedras preciosas, hablando en términos en los que no puede haber error de la riqueza y del arrogante gusto de quien las llevaba.

Me quedé observando aquella regia aparición casi durante media hora, como si de pronto me hubiera convertido en una piedra, y durante aquel período sentí toda la fuerza y la verdad de lo que se ha dicho o contado sobre el "flechazo". Mis sentimientos eran totalmente diferentes de todos los que había experimentado hasta entonces, incluso en presencia de los más celebrados ejemplares de belleza femenina. Una inexplicable atracción, que me atrevería a llamar magnética, de alma a alma, parecía encadenar no sólo mi vista, sino todas mis fuerzas de pensamiento y sentimiento, al admirable ser que tenía ante mis ojos.

Ví, sentí, me di cuenta que estaba profundamente, locamente, irrevocablemente enamorado, y esto incluso antes de contemplar la cara de la amada. En realidad, era tan intensa la pasión que me consumía que realmente hubiera quedado muy poco mermada aunque sus facciones hubieran sido de un carácter común; tan anómala es la naturaleza del único y verdadero amor —del amor por flechazo—, y realmente tan poco tienen que ver las condiciones exteriores, que sólo parecen crearlo y determinarlo.

Mientras yo estaba entregado a admirar tan encantadora visión, un repentino alboroto en el auditorio la hizo volver parcialmente la cabeza hacia mí, de modo que pude ver todo el perfil de su rostro. Su belleza incluso excedía mis suposiciones, y, con todo, algo había en él que me desilusionaba sin poder decir exactamente lo que era. He dicho desilusionaba, pero en realidad no es ésa la palabra. Mis sentimientos eran, simultáneamente, apaciguados y exaltados. Poseían menos de transporte y más de entusiasmada calma, de entusiástico reposo. Aquel estado de ánimo surgía, tal vez, del aire de madonna y matrona de su rostro; y, sin embargo, inmediatamente comprendí que no todo consistía en eso. Había algo más: un misterio que yo no podía descubrir en su semblante, que me molestaba ligeramente, al tiempo que aumentaba en alto grado mi interés. En realidad, estaba precisamente en esas condiciones de alma que preparan a un hombre joven y susceptible para cualquier extravagancia. Si la dama hubiera estado sola, seguramente habría entrado en su palco y me habría declarado a ella, arriesgándose a todo; pero afortunadamente estaba acompañada por dos personas: un caballero y otra mujer de sorprendente hermosura, que parecía ser unos años más joven que ella.

Yo barajaba en mi mente un millar de planes por los que pudiera obtener, en el futuro, el ser presentado a la señora en cuestión, y de momento, para lograr por lo menos una visión más clara de su belleza. Yo habría cambiado mi sitio por otro que estuviera más cerca de ella, pero el lleno del teatro hacía imposible mis pretensiones, y aunque las rigurosas normas de la ..etiqueta últimamente tenían terminantemente prohibido el uso de prismáticos, en un caso como aquél yo incluso los hubiera usado, de haberlos llevado conmigo; pero no los tenía y por eso me sentía desesperado.

Finalmente, pensé en recurrir a mi amigo.

—Talbot —le dije—, ¿tienes unos gemelos? Déjamelos.

—¡Unos gemelos! ¡No! ¿Por qué supones que yo iba a necesitarlos?

Y se volvió impaciente hacia el escenario.

—Pero Talbot —continué, dándole unos golpecitos en el hombro—, escúchame, haz el favor. ¿Ves ese palco? ¡Allí!; no, el siguiente. ¿Has visto alguna vez una mujer tan hermosa?

—Realmente es muy hermosa —dijo él.

—Yo me pregunto quién puede ser.

—¡Pero, en nombre de todos los ángeles!, ¿puede que no sepas de quién se trata? No conocerla demuestra que eres desconocido. Ella es la célebre madame Lalande, la belleza del día por excelencia y la comidilla de toda la ciudad. Es inmensamente rica y viuda; un buen partido, que acaba de llegar de París.

—¿La conoces?

—Sí; tengo ese honor.

—¿Querrás presentarme a ella?

—Con el mayor placer, no faltaba más. ¿Cuándo podría ser?

—Mañana a la una iré a buscarte al B...

—Muy bien; y ahora cállate, si puedes.

Ante esta última observación me ví obligado a seguir el consejo de Talbot, pues él permaneció obstinadamente sordo a toda pregunta o sugerición, absorto exclusivamente, durante el resto de la noche, en lo que sucedía en el escenario.

Entre tanto, yo mantuve mis ojos clavados en madame Lalande, y finalmente tuve la buena fortuna de ver su rostro de frente. Era exquisitamente hermosa, y esto, desde luego, me lo hubiera dicho antes mi corazón aunque Talbot no me hubiera satisfecho del todo sobre este punto; pero aquel "algo" indefinible que me desilusionaba seguía turbándome. Finalmente, llegué a la conclusión de que mis sentidos estaban impresionados por cierto aire de gravedad, tristeza o cansancio que estremecían la juventud y frescura de su semblante, aunque para dotarlo de seráfica ternura y majestad resultaba que acrecía, dado mi temperamento romántico, mi interés por su persona.

Mientras se alegraban mis ojos, yo percibí al fin, con una gran emoción, y por un movimiento casi imperceptible de la joven, que había llegado a darse cuenta de la intensidad de mi mirada. Sin embargo, yo estaba demasiado fascinado y no podía

apartar la vista ni por un instante. De nuevo volvió la cabeza, y una vez más sólo ví el cincelado contorno de la parte posterior de su cabeza. Después de algunos minutos, como impulsada por la curiosidad de ver si yo continuaba mirando, se volvió gradualmente y de nuevo se encontró con mi encendida mirada. Inmediatamente bajó sus grandes ojos negros y un profundo rubor cubrió sus mejillas. Pero lo que más me sorprendió fue el ver que ella no sólo volvió su cabeza por segunda vez, sino que tomó de su cintura unos *impertinentes*, y elevándolos, los ajustaba a su nariz y me contemplaba de lleno, intencionada y deliberadamente, por espacio de varios minutos.

Un rayo que hubiese caído a mis pies no me hubiese confundido más. Confundido solamente, no ofendido ni disgustado en modo alguno, aunque tan atrevida acción por parte de cualquier otra mujer hubiese sido bastante para ofenderme y disgustarme. Pero todo aquello lo hizo con tanta tranquilidad, con tanta *nonchalance*, con tal reposo, con tan evidente aire de la más alta educación, en fin, que nada de simple descaro se podía entrever en ello, y mis sentimientos fueron de admiración y sorpresa.

Observé que en su primera inspección pareció haber quedado satisfecha del ligero enfoque de mi persona, y estaba retirando ya los *impertinentes* cuando, como por una sacudida de un segundo pensamiento, los volvió a coger y continuó observándome con la atención fija, por espacio de varios minutos. Estoy seguro de que por lo menos fueron cinco.

Aquel gesto, tan insólito en un teatro americano, atrajo mucho la atención general, dando pie a un indefinido movimiento o zumbido entre el auditorio, que por un momento me llenó de confusión, sin producir ningún efecto visible en el semblante de madame Lalande.

Una vez que hubo satisfecho su curiosidad —si es que fue tal cosa—, dejó caer los *impertinentes* y tranquilamente volvió a atender al escenario, quedando de nuevo de perfil. Continué observándola ininterrumpidamente, aunque estaba consciente de mi rudeza al hacerlo. Al instante ví su cabeza cambiar de posición lenta, ligeramente, y pronto llegué a convencerme de que la dama, aunque pretendía mirar al escenario, en realidad estaba, observándome atentamente. No os necesario decir el resultado que aquella conducta, de parte de una mujer tan fascinadora, provocó en mi excitable espíritu. Después de escrutarme casi durante un cuarto de hora, el hermoso objeto de mi pasión se dirigió al caballero que la acompañaba, y mientras le hablaba ví con claridad, por las miradas de ambos, que la conversación hacía referencia a mi persona.

Concluida la conversación, madame Lalande se volvió una vez más hacia el escenario, y durante unos minutos pareció absorta en la representación. De nuevo, y al rato, me ví sumido en una agitación extrema al verla empuñar los *impertinentes* que pendían de su cuello, para enfrentarse conmigo, y sin hacer caso del zumbido del auditorio me inspeccionó de pies a cabeza, con la misma milagrosa compostura que anteriormente había deleitado y confundido mi alma.

Tan extraña conducta me dejó postrado en una perfecta fiebre de excitación, en un absoluto delirio de amor, que sirvió más para envalentonarme que para desconcertarme. Con la loca intensidad de mi devoción, olvidé todo menos la presencia y la majestuosa hermosura de la visión que tenían ante sí mis ojos. Esperando mi oportunidad, cuando creí que el auditorio estaba más entusiasmado con la ópera, busqué con mi mirada la de madame Lalande, y en el mismo instante le envié un saludo ligero pero inequívoco. Se ruborizó muy profundamente; luego desvió sus ojos y muy lentamente, con precaución, miró alrededor para ver si mi atrevida acción había sido advertida, y se inclinó hacia el caballero que estaba a su lado.

Entonces sentí el encendido sentimiento de la inconveniencia que había cometido; me esperaba nada menos que una explicación perentoria, mientras una visión de pistolas para la mañana siguiente flotaba rápida y desagradablemente por mi cerebro.

Sin embargo, fui grandemente aliviado cuando vi que la señora pasaba al caballero un programa sin hablarle, y aquí el lector puede formarse una débil idea de mi asombro, de mi profunda sorpresa, de mi delirante aturdimiento de corazón y de alma, cuando un instante después de mirar de nuevo furtiva a su alrededor, permitió a sus ojos brillantes posarse de lleno y firmemente en los míos, y luego, con una débil sonrisa, descubriendo una brillante hilera de dientes perlinos, hizo dos claras e inequívocas inclinaciones afirmativas con la cabeza.

Es inútil, desde luego, hacer hincapié sobre mi gozo, sobre mi enajenación, sobre el ilimitado éxtasis de mi corazón. Si alguna vez un hombre se volvió loco por exceso de felicidad, ése fui yo en aquel momento. Amé. Aquél era mi primer amor, así lo estaba sintiendo. Era un amor supremo, indescriptible. Era un "flechazo", y el flechazo, además, había sido apreciado y correspondido.

Sí, correspondido. ¿Cómo ni por qué podía dudarlo un instante? ¿Qué otra interpretación podría yo dar a tal conducta por parte de una dama tan hermosa, tan rica, evidentemente tan elegante, de tan elevada educación, tan elevada posición en sociedad, tan respetable en todos los sentidos, como yo estaba seguro que era madame Lalande? ¡Sí, ella me amaba! Correspondía al entusiasmo de mi amor con un entusiasmo ciego, sin compromiso, desinteresado, confiado, y tan totalmente sin límites como el mío. Pero estas deliciosas fantasías y reflexiones quedaron entonces interrumpidas por la caída del telón. El auditorio se puso de pie, y al instante sobrevino el tumulto de costumbre. Librándome de Talbot repentinamente, me valí de todos los esfuerzos a mi alcance para aproximarme lo más posible a madame Lalande. No pudiendo conseguir aquello, a cuenta del gentío, por fin abandoné la caza y dirigí mis pasos hacia la casa, consolándome a mí mismo por no haber podido tocar ni un pliegue de su vestido, en la reflexión de que a la manarla siguiente sería presentado en debida forma por Talbot.

La mañana llegó por fin; es decir, un día finalmente amaneció, después de una larga y fatigada noche de impaciencia, y luego de las horas que transcurrieron hasta la una, lentas como una tortuga, monótonas e innumerables. Pero lo mismo que se dice que

Estambul tendrá un fin, así llegó el fin de esta larga demora. El reloj dio las horas. Cuando el último eco cesó, me encaminé a la calle B... y pregunté por Talbot.

—¡Ha salido! —dijo el criado del mismo Talbot.

—¿Ha salido? —le repliqué, retrocediendo vacilante media docena de pasos—. Permítame decirle, amigo mío, que eso es del todo imposible e impracticable. El señor Talbot no ha salido, ¿por qué dice usted eso?

—Por nada, señor; únicamente porque el señor Talbot no está en casa. Eso es todo. Esta mañana, nada más desayunar, tomó el coche para ir a S..., dejando dicho que no estará en la ciudad hasta dentro de una semana.

Me quedé petrificado de horror y de ira. Intenté hablar, pero mi lengua se negó a cumplir su oficio. Finalmente, giré sobre mis talones, lívido de rabia y encomendando interiormente a toda la tribu de los Talbot a las más apartadas regiones de Erebo. Era evidente que no considerado amigo, el fanático, había olvidado completamente la cita que tenía conmigo; la había olvidado tan pronto como la hizo. Nunca fue un hombre demasiado cumplidor de su palabra. No había forma de ayudarle, y así, ahogando mi vejación como mejor pude, caminé tristemente por las calles, proponiendo inútiles preguntas sobre madame Lalande a todos los conocidos que encontraba. Todos la conocían de oídas, algunos de vista, pero como llevaba sólo unas cuantas semanas en la ciudad, eran muy pocos los que pretendían relacionarse con ella, y éstos, siendo en su mayoría todavía extraños, no podían o no querían tomarse la libertad de presentarme con la formalidad de una visita de mañana. Mientras yo estaba desesperado de aquel modo, conversando con un trío de amigos sobre el objeto que tenía absorbido por completo a mi corazón, sucedió que el objeto mismo pasó cerca de nosotros.

—¡Cielo santo! ¡Es ella! —gritó uno.

—¡Sorprendentemente hermosa! —exclamó un segundo.

—¡Un ángel sobre la tierra! —profirió el tercero. Miré. En un carro abierto que se nos acercaba, pasando lentamente calle abajo, iba sentada la encantadora visión de la ópera, acompañada por la joven dama que estaba con ella en el palco.

—Su compañera también viste muy bien —dijo uno de los del trío, que había hablado por primera vez.

—¡Asombrosa! —dijo el segundo—. Todavía conserva su brillo, pues aunque el arte haga maravillas, ella está mejor, ¡palabra!, que cuando la vi en París hace cinco años. Todavía es una mujer hermosa. ¡No lo cree usted así, Froissart... quiero decir, Simpson?

—¿Todavía? —dije yo—. ¿Y por qué no había de serlo, si comparada con su amiga, ésta es como una vela junto a la estrella de la tarde; un gusano de luz junto a Antares?

—¡Ja, ja, ja! Desde luego, Simpson, tienes un tino sorprendente para hacer descubrimientos; descubrimientos únicos, quise decir.

Y aquí nos sepáramos, al tiempo que uno de los del trío empezó a tararear una alegre canción de vodevil, de la cual sólo pude entender:

Niñón, Niñón, Niñón á bas

A bas Niñón de L'Enclos⁹⁹

Durante aquella pequeña escena, sin embargo, una cosa había servido grandemente para consolarme, aunque encendió aún más la pasión que me consumía. Cuando el coche de madame Lalande pasó junto al grupo, noté que me había reconocido, y además de ello, me llenó de felicidad con la más seráfica de todas las sonrisas imaginables y con señales no equívocas de reconocerme.

En cuanto a una presentación, me vi obligado a abandonar toda esperanza en tanto que Talbot creyera conveniente regresar de la ciudad. Entre tanto, yo frecuentaba perseverantemente todos los lugares de buena reputación de diversión pública; y finalmente, en el teatro donde la vi por vez primera, tuve la suerte suprema de encontrarla y de cambiar miradas con ella de nuevo. Pero esto no sucedió hasta transcurridos quince días. En el ínterin, yo había preguntado todos los días por Talbot en su hotel, y una vez y otra me había desesperado ante el eterno "todavía no ha vuelto a casa" de su criado.

Por lo tanto, aquella noche en cuestión me encontraba en un estado muy próximo a la locura. Me habían dicho que madame Lalande era una parisienne recién llegada de París, y cabía la posibilidad de que se volviera a ir repentinamente, antes de que Talbot regresara. Y entonces, ¿no la perdería yo para siempre? El pensamiento era demasiado terrible de soportar. Puesto que de él dependía mi felicidad futura, me resolví a actuar con decisión varonil. En una palabra: nada más terminar la representación seguí a la dama a su residencia, apunté las señas, y a la mañana siguiente le envié una extensa y perfilada carta en la que volqué todo el corazón.

En ella hablé con osadía y con libertad; en una palabra: me explayé con pasión. Aludí a las románticas circunstancias de nuestro primer encuentro y a las miradas que nos cruzamos mutuamente. Me aventuré tanto como para decirle que estaba seguro de su amor, al tiempo que le ofrecía la seguridad y la intensidad de mi devoción, como dos disculpas de mi conducta imperdonable. Como tercera excusa le hablé de mi temor de que dejara la ciudad antes de que yo tuviera la oportunidad de una presentación formal. Concluí, con la más impetuosa y entusiástica epístola jamás escrita, con una franca declaración de mis circunstancias personales, de mis medios de fortuna y con el ofrecimiento de mi corazón y de mi mano.

En una angustiosa espera aguardé la respuesta. Después de lo que me pareció el paso de un siglo, llegó. Sí; realmente llegó. Por muy romántico que todo esto pueda parecer, yo recibí una carta de madame Lalande, la bella, la rica, la idolatrada madarne Lalande. Sus ojos, sus magníficos ojos, no habían desmentido su noble corazón. Como una auténtica mujer francesa, como era, había obedecido a los francos dictados de su razón, a los generosos impulsos de la naturaleza, despreciando las convencionales

⁹⁹ Niñón, Niñón. Abajo Niñón, abajo Niñón de L'Enclos.

mojigaterías del mundo. Ella no había desdeñado mis proposiciones. No se había refugiado en el silencio. No me había devuelto mi carta sin abrir, sino que incluso me enviaba una por respuesta y escrita por sus mismos exquisitos dedos. Decía así:

"Señor Simpson: Perdonez a mí por no escribir la *butefulle* lengua de su país *tellment* como debiera. Hace poco tiempo que he llegado, y todavía no he tenido la *opportunité* para *l'étudier*. *Vid dis escusa por la maniere* que yo digo ahora, ¡*helas!*! Señor Simpson, usted ha adivinado ya toda la verdad. ¿Necesito decir más? ¡*Helas!* ¡No llevo dicho ya demasiado...?

EUGENIE LALANDE"¹⁰⁰.

Besé aquella nota de noble espíritu casi un millón de veces, y cometí por su culpa un millar de extravagancias que ahora se me han olvidado. Sin embargo, Talbot continuaba sin volver. ¡Ay!, si hubiera podido formarse la más remota idea del sufrimiento que su ausencia estaba ocasionando a su amigo, ¿no se habría compadecido su naturaleza, habiéndole movido inmediatamente para consolarme? Sin embargo, todavía no venía. Le escribí. Me contestó. Le retenían urgentes negocios, pero dentro de poco estaría de regreso. Me pidió que no me impacientase, que moderase mis impulsos, leyera libros sedantes y me abstuviera de beber nada más fuerte que *Hock*¹⁰¹, y que buscase los consuelos de la filosofía. ¡El muy tonto! Si no podía venir, en nombre de todas las cosas razonables, ¿por qué no podía haber incluido una carta de presentación?

Le escribí de nuevo, rogándole que me la enviase inmediatamente. Mi carta me fue devuelta por aquel criado, con las siguientes palabras escritas a lápiz en el dorso:

"Ayer dejó S... y partió hacia un lugar desconocido: no dijo dónde, ni cuándo volvería. Me ha parecido lo mejor devolverle la carta, dado que conocía su letra y que usted, más o menos, siempre tiene prisa.

Suyo sinceramente,

STUBBS."

Después de aquello, es innecesario decir que mandé a todas las deidades infernales al amo y al criado, pero de poco valía encolerizarme y ningún consuelo hallaba quejándose. Pero, con todo, aún le quedaba un resorte a mi natural audacia. Hasta entonces me había salido siempre bien, y yo, entonces, resolví beneficiarme de ella hasta el fin. Además, después de la correspondencia que se había cruzado entre nosotros, ¿qué acto podía cometer que fuese considerado como indecoroso por madame Lalande? Desde el asunto de la carta, yo había tomado la costumbre de vigilar su casa, y debido a eso descubrí que, casi al crepúsculo, solía ella pasear, acompañada por un negro con

¹⁰⁰ Párrafo escrito en un inglés incorrecto, mezclado con francés en el original.

¹⁰¹ Vino del Rin.

librea, por una plaza pública a la que daban sus ventanas. Allí, entre la lozana y sombría arboleda, en la triste oscuridad de un suave atardecer de verano, encontré mi oportunidad y me acerqué a ella. Para engañar mejor al sirviente que la acompañaba, lo hice con el aire seguro de un antiguo y familiar conocido. Con una presencia de ánimo de auténtica parisienne, se dio cuenta en seguida de mi intención, saludándome con la más pequeña y encantadora de las manos. El criado inmediatamente se colocó detrás, y entonces, con nuestros desbordantes corazones, estuvimos hablando largamente y sin reservas de nuestro amor.

Como madame Lalande hablaba el inglés con menos fluidez todavía que como lo escribía, nuestra conversación hubo de ser necesariamente en francés. En aquella dulce lengua, tan adaptada a la pasión, di rienda suelta al impetuoso entusiasmo de mi naturaleza, y con toda la elocuencia de que fui capaz, le pedí que consintiera en un matrimonio inmediato.

Ante aquella impaciencia, sonrió. Citó la vieja historia del decoro —ese espantajo que a tantos detiene para alcanzar la felicidad, hasta que la oportunidad de conseguirla se les ha escapado para siempre—. Me hizo saber que yo había cometido la gran imprudencia de dar a conocer entre mis amigos los deseos que tenía de conocerla, lo cual quería decir que yo todavía no la trataba, y de ese modo no había ya posibilidad de ocultar la fecha de nuestro primer encuentro, y luego me advirtió, sonrojándose, lo demasiado reciente de aquella fecha. El casarnos inmediatamente sería impropio, sería indecoroso, sería *outré*¹⁰². Esto lo dijo con un encantador aire de *naiveté*¹⁰³, que me embelesaba al tiempo que me apenaba y me convencía. Ella fue incluso más lejos, acusándome —riendo— de precipitación, de imprudencia. Me hizo recordar que realmente incluso no sabía quién era ella, cuáles eran sus planes, sus parientes, su posición en la sociedad. Me rogó, aunque con un suspiro, que recapacitara mi proposición, y calificó a mi amor de apasionamiento, de fuego fatuo, de antojo o fantasía momentánea: creación inestable e infundada, más bien de la imaginación que del corazón.

Todas estas cosas las decía mientras a nuestro alrededor las sombras del suave atardecer se iban haciendo cada vez más densas, y luego, con una suave presión de su bella y delicada mano, derribaba en un dulce y único instante todos los argumentos que ella misma había levantado.

Contesté lo mejor que pude, como sólo un enamorado auténtico puede hacerlo. Durante mucho tiempo, y con perseverancia, estuve hablándole de mi pasión, de su extraordinaria belleza, de mi entusiasmada admiración. Finalmente, hice hincapié, con una energía convincente, acerca de los peligros que cercan el curso del amor —ese curso del amor verdadero que nunca se desliza sin dificultades—, y de aquí deduje el manifiesto peligro de prolongarlo innecesariamente.

¹⁰² Desmedido.

¹⁰³ Ingenuidad.

Este último argumento pareció, finalmente, suavizar el rigor de su determinación. Ella se ablandó; pero todavía existía un obstáculo, según dijo, el cual estaba segura que no lo había considerado convenientemente. Se trataba de un punto delicado para que una mujer insistiese en él de tal manera; sin embargo por tratarse de mí, soportaría todos los sacrificios. Ella aludía al tópico de *la edad*. ¿Me daba yo cuenta —me estaba dando cuenta— de la diferencia que había entre nosotros? Que la edad del marido sobrepasara en algunos años a la de la mujer, incluso quince o veinte, era considerado por el mundo como algo admisible y, en realidad, incluso como acompañada por uno o dos caballeros y de su amiga de la ópera se dirigió a la sala principal, donde estaba el piano. Yo la hubiera acompañado, pero sentía que, en las circunstancias de mi entrada a la casa, lo mejor que podía hacer era permanecer inadvertido donde me hallaba. Así me vi privado del placer de verla, aunque no de oírla cantar.

La impresión que producía en los invitados parecía eléctrica, pero el efecto que produjo sobre mí mismo fue todavía mayor. No sé cómo describirlo adecuadamente. En mí, sin duda, surgió en parte el sentimiento de amor con que estaba imbuido, pero principalmente acerca de la convicción de la extrema sensibilidad de la cantante. Está fuera del alcance del arte dotar a los versos o recitado de una expresión más ardiente que la suya. Su pronunciación en el romance de *Otelo*, el tono que dio a las palabras "Sul mio sasso" en los Cappuleti, todavía sigue repitiéndose en mi memoria. Sus tonos más bajos eran absolutamente milagrosos. Su voz abarcaba tres octavas completas, extendiéndose desde el "do" de contralto hasta el "do" sobre soprano, y aunque suficientemente potente para haber llenado el San Carlos, ejecutó todas las dificultades de la composición vocal con la más minuciosa precisión, ascendiendo y descendiendo escalas, cadencias o fioritures. En el final de la "Sonanmbula" produjo un notable efecto con las palabras

¡Ah!, non giunge uman pensiero

Al contento ond'io son piena.

Aquí, imitando a la Malibrán, modificó la frase original de Bellini, mientras permitía a su voz descender hasta el "sol" tenor, y luego de una rápida transición atacó el "sol" triple, saltando un intervalo de dos octavas.

Al levantarse del piano después de aquellos milagros de ejecución vocal, ella volvió a su sitio junto a mí, y entonces yo le expresé, en términos del más profundo entusiasmo, mi deleite por su ejecución. No dije nada de mi sorpresa, no dije nada, a pesar de que me hallaba sinceramente sorprendido, porque cierta debilidad, o más bien cierta trémula indecisión en su voz en la conversación ordinaria, me había predisputado a suponer que no podría cantar con alguna habilidad.

Nuestra conversación fue entonces larga, vehemente, ininterrumpida y totalmente sin reservas. Ella me hizo relatarle mucho de los tempranos años de mi vida, que escuchó con la atención pendiente de cada palabra. Nada le oculté. Sentía que no tenía

derecho a ocultar nada a su confiado afecto. Alentado por su candor acerca de la delicada cuestión de su edad, entré con perfecta franqueza no sólo en los detalles de varios de mis defectos, sino que incluso hice una confesión completa de aquellas flaquezas morales o físicas cuya declaración, por exigir un grado más alto de coraje, presupone también una evidencia más segura de amor. Me referí a mis indiscreciones de colegio, a mis extravagancias, a mis jaranas, a mis deudas, a mis galanteos. Incluso fui aún más lejos, al hablarle de una ligera tos hética que en una ocasión me había estado molestando; de un reumatismo crónico, un dolor agudo de gota hereditaria, y en conclusión, de una desagradable e inconveniente, pero hasta entonces cuidadosamente oculta: la debilidad de mis ojos.

Sobre este último punto —dijo madame Lalande riendo— has sido indiscreto al confiármelo, porque si no lo hubieras hecho, yo soy por supuesto que nadie te habría acusado de ese delito. A propósito —continuó ella—: ¿has recordado algo —y aquí, a pesar de la penumbra que nos envolvía, podía asegurar que un vivo rubor tiñó su rostro—, has recordado alguna vez, *mon cher ami*, estos impertinentes que cuelgan de mi cuello?

Mientras hablaba, daba vueltas con sus dedos a aquellos mismos con cuyo manejo me había llenado de confusión en la ópera.

—Me acuerdo perfectamente, ¡ay de mí! —exclamé, apretando apasionadamente la delicada mano que me los ofrecía.

Formaban un complejo y magnífico juguete, ricamente cincelado, afiligranado, y brillando con joyas que incluso con una luz débil como aquélla pude ver que eran de mucho valor.

—*Eh bien, mon ami!* —continuó con cierto nerviosismo, de un modo que me sorprendía—. *Eh bien, mon ami!*, me has pedido ansiosamente un favor que has tenido a bien de calificar sin precio. Me has solicitado en matrimonio inmediato. Y yo, escuchando tus ruegos y añadiendo los deseos de mi propio corazón, ¿podría pedirte un pequeño, un muy pequeño favor a cambio?

—¡Pídeme! —exclamé con una energía que casi atrajo hacia nosotros la atención de los invitados, y conteniendo a duras penas el impulso de arrojarme a sus pies— ¡Pídeme!, mi amada Eugenia, pídeme!; pero, ¿por qué me lo pides, si ya está concedido antes de mencionarlo?

—Deberás vencer, *mon ami* —dijo ella—, por amor hacia mí, esa pequeña debilidad que acabas de confesar, esa debilidad más moral que física, y que, permíteme que te lo digo, desdice de la nobleza de tu verdadero carácter: tan contradictoria resulta con la sencillez de tu manera de ser, y que si no lo controlas, con toda seguridad, más pronto o más tarde, te causará algún serio disgusto. Debes vencer, por mi amor, esa afectación que te lleva, como tú mismo reconoces, a la tácita e implícita negación de ese defecto de tu vista. Ese defecto, que virtualmente niegas al rechazar el empleo de los procedimientos habituales para corregirlo. Comprenderás, pues, que lo que yo deseo es

que uses lentes; ¡oh, no me digas nada!, pues acabas de consentir en llevarlos por mi amor. Acepta este juguetito que tengo en mi mano, el cual, aunque sea una ayuda admirable para la vista, tiene poco valor como joya. Verás que con una ligera modificación..., así o así..., se puede adaptar a los ojos en forma de lentes, o llevarlos en el bolsillo del chaleco, como monóculos. Aunque es en la primera forma como has prometido llevarlos habitualmente.

Aquella petición, ¿debo confesarlo?, me llenó de confusión. Pero la condición que llevaba aparejada no dejaba lugar a duda.

—¡Está hecho! —grité con todo el entusiasmo que pude reunir en aquel momento—. ¡Está hecho! estoy completamente de acuerdo. ¡Sacrifico todos mis sentimientos por tu amor! Esta noche llevaré esos bonitos anteojos como ojos milagrosos sobre mi corazón, pero que la aurora de la mañana me conceda el privilegio de llamarte esposa. Los colocaré sobre mi nariz y los llevaré en ella siempre, en la forma menos romántica y menos elegante que se quiera, pero sí en la forma más útil, como tú deseas que los lleve.

Nuestra conversación versó luego sobre los detalles y los preparativos para la mañana siguiente. Supe por mi amada que Talbot acababa de llegar a la ciudad. Yo iría a verle en seguida y a procurarme un carro. La *soirée* no terminaría hasta casi las dos, y a esta hora el carro estaría esperándonos en la puerta. Así, en la confusión ocasionada por la despedida de los invitados, madame Lalande podría entrar en el coche sin ser advertida por nadie. Entonces iríamos a la casa de un sacerdote que estaría esperando; nos casaríamos y nos despediríamos de Talbot y realizaríamos un breve viaje por el este, dejando al mundo elegante que hiciese la clase de comentarios que juzgase más oportunos.

Una vez planeado todo aquello, me despedí inmediatamente, la dejé y fui en busca de Talbot; pero, por el camino, no pude por menos de entrar en un hotel con el propósito de contemplar la miniatura, y así lo hice con la gran ayuda de los impertinentes. La expresión era sorprendentemente hermosa. ¡Aquellos ojos resplandecientes y enormes! ¡Aquella soberbia nariz griega! ¡Aquellos rizos abundantes y oscuros! "¡Oh! —exclamé para mí mismo, maravillado—. Ésta es la viva imagen de mi amada." Volví el reverso y descubrí las palabras: "Eugenia Lalande; edad, veintisiete años y siete meses".

Encontré a Talbot en casa, y en seguida le informé de mi buena suerte. Desde luego, se quedó bastante asombrado, pero me felicitó muy cordialmente y me ofreció cualquier cosa que estuviera a su alcance. En una palabra, cumplimos nuestros planes al pie de la letra, y a las dos de la madrugada, precisamente diez minutos después de la ceremonia, me encontré en un coche cerrado con madame Lalande, con la señora Simpson —se podría decir— corriendo a toda marcha fuera de la ciudad en dirección norte nordeste.

Habíamos convenido con Talbot que, luego de viajar toda la noche, podíamos hacer nuestra primera parada en C..., una aldea situada casi a unas veinte millas de la ciudad, donde tomariamos el desayuno y algún descanso antes de proseguir nuestro viaje. A las

cuatro en punto, pues, el coche llegaba a la puerta de la posada principal. Di la mano a mi adorada esposa para salir, y ordené que nos trajeran el almuerzo inmediatamente. Entre tanto, nos mostraron un pequeño saloncito y nos sentamos.

Era casi de día, y cuando miré con embeleso al ángel que tenía junto a mí, se me ocurrió la singular idea de que aquél era el primer momento, desde que conocí a la celebrada belleza de madame Lalande, en que yo podía gozar de una inspección muy de cerca y a la luz del día de aquella hermosura.

—Y ahora, *mon ami* —dijo ella, tomándome la mano e interrumpiendo el curso de mis reflexiones—; y ahora, *mon cher ami*, puesto que estamos unidos indisolublemente, puesto que ya he cedido a tus apasionadas súplicas y realizado la parte de nuestro acuerdo, supongo que no habrás olvidado un pequeño favor pendiente, una pequeña promesa que me hiciste y que tienes la intención de cumplir. ¡Ah! ¡Déjame ver! ¡Permíteme recordar! ¡Sí!, recuerdo muy bien las palabras con que anoche formulaste la promesa a tu querida Eugenia. ¡Escucha! Fueron éstas: " ¡Está hecho! Estoy completamente de acuerdo y sacrifico todos mis sentimientos por tu amor. Esta noche llevaré esos bonitos anteojos como ojos milagrosos sobre mi corazón, pero que la aurora de la mañana me conceda el privilegio de llamarte esposa. Los colocaré sobre mi nariz y los llevaré en ella siempre, en la forma menos romántica y menos elegante que se quiera, pero sí en la forma más útil, como tú deseas que los lleve." Éstas fueron tus exactas palabras, mi amado esposo, ¿no es verdad?

—Así es; tienes una excelente memoria, y con toda seguridad, mi hermosa Eugenia, no hay por mi parte el menor inconveniente en el cumplimiento de la insignificante promesa que implican. ¡Mira! ¡Aquí están! Me sientan bastante bien, ¿no es verdad?

Acomodados los cristales en su forma ordinaria de anteojos, los coloqué cuidadosamente en su adecuada posición. Mientras tanto, madame Simpson, luego de ajustarse la capa y cruzar los brazos, se quedó sentada muy derecha en la silla, en una postura tibia, afectada, y en realidad en una posición ridícula y pretenciosa.

—¡Válgame Dios! —exclamé casi en el mismo instante que el borde de los lentes tocó mi nariz—. ¡Válgame Dios!, pero ¿qué puede ocurrirles a estos cristales?

Y quitándomelos rápidamente, los limpié cuidadosamente con un pañuelo de seda y me los ajusté de nuevo. Pero si la primera vez había ocurrido algo que me había llenado de sorpresa, la segunda, esta sorpresa se convirtió en asombro, y aquel asombro fue profundo, fue extremo, no pudiendo en realidad estar más horrorizado. En nombre de todo lo horrible, ¿qué significaba aquello? ¿Podría creer lo que veían mis ojos? ¿Podría? Aquella era la pregunta. ¿Eran verdad aquellas rojeces? ¿Y qué significaban, qué significaban aquellas arrugas en el rostro de Eugenia Lalande, es decir, Simpson? ¡Oh, Júpiter Tonante, y todos los dioses y diosas, grandes y pequeños, del Olimpo! ¿Qué, qué, qué había sucedido con sus dientes? Arrojé los anteojos violentamente al suelo y me quedé de pie, dando saltitos en medio de la habitación, frente a la señora Simpson,

con los brazos en jarras y sonriendo al mismo tiempo que echaba espuma por la boca, completamente mudo de terror y de rabia.

He dicho que madame Eugenia Lalande, es decir, Simpson, no hablaba el inglés mejor que lo escribía, y por esta razón nunca intentaba hablar en las ocasiones ordinarias. Pero la rabia puede arrastrar a una mujer a cualquier extremo, y en el presente esa llevó a la señora Simpson al extremo extraordinario de intentar mantener una conversación en una lengua que casi no comprendía.

—Muy bien, señor —dijo ella después de inspeccionarme durante algunos momentos, aparentando un gran asombro—. ¡Muy bien, señor!, ¿qué pasa ahora? ¿Le ha dado el baile de San Vito? ¿O tal vez es que se siente defraudado en su trato?

—¡Miserable! —dije, reteniendo la respiración—. ¡Usted, usted es una miserable, horrible y vieja harpía!

—¿Vieja? ¿Harpía? Después de todo, no soy tan vieja, no tengo más de ochenta y dos años.

—¡Ochenta y dos! —exclamé tambaleándome hacia la pared—. ¡Ochenta y dos mil pares de demonios! ¡La miniatura decía veintisiete años y siete meses!

—¡Es cierto! ¡Eso es! Pero ese retrato fue realizado hace ya cincuenta y cinco años. Cuando yo me casé con mi segundo esposo, el señor Lalande, fui retratada por mi hija, que tuve en mi primer matrimonio con el señor Moissart.

—¿Moissart, dice?

—Sí, Moissart —dijo ella, imitando mi pronunciación, que a decir verdad no era de las mejores—. ¿Y qué ocurre? ¿Qué sabe usted acerca de Moissart?

—Nada, vieja mamarracho, yo no sé nada de él; sólo sé que tuve un antepasado de ese nombre hace ya mucho tiempo.

—¿De ese nombre? ¿Y qué tiene usted que decir de ese nombre? Es un nombre muy bueno; y Voissart es un nombre tan bueno como ése. Mi hija, la señorita Moissart, se casó con un señor Voissart, y ambos nombres son muy respetados.

—¿Moissart? —exclamé—, y ¡Voissart! Pero ¿qué es esto, Dios mío? ¿Qué es lo que quieres decir?

—¿Que qué es lo que quiero decir? Digo Moissart y Voissart, y además quiero decir Croissart y Froissart, si me apetece. La hija de mi hija, la señorita Voissart, se casó con un señor Croissart, y luego, la nieta de mi hija, señorita Croissart, se casó con el señor Froissart, y supongo que usted no me negará que es un nombre muy respetable.

—¡Froissart! —dije, empezando a desmayarme—. ¡Has dicho Moissart y Voissart y Croissart y Froissart?

—Sí —replicó ella, reclinándose completamente hacia atrás en su silla y estirando sus miembros inferiores—, sí; Moissart, y Voissart, y Croissart y Froissart. Pero el señor Froissart era eso que se llama un loco *cachón*, un loco *cachón* como usted mismo, pues dejó la bella Francia para venir a la estúpida América, y aquí es donde tuvo un hijo tan loco como él, o, según he oído decir, tal vez más, y aún no hemos tenido el gusto de

conocerle, ni yo ni mi acompañante, la señora Stephanie Lalande. Su nombre es Napoleón Bonaparte Froissart, y supongo que tampoco te parecerá muy respetable su nombre.

Debido a su naturaleza o a su duración, el discurso tuvo el efecto de producir en la señora Simpson una pasión extraordinaria, y una vez que lo hubo acabado, saltó de su silla con gran trabajo, como si estuviera hechizada, y dejando caer, mientras ella saltaba, un universo de ropa de relleno.

Una vez de pie, rechinó sus encías, blandió sus brazos, se recogió las mangas, agitó sus puños ante mi cara y concluyó la representación desgarrando el gorro que llevaba sobre la cabeza, y despojándose de una inmensa peluca del más caro y precioso pelo negro, la arrojó al suelo, y con taccone muy cómico se puso a saltar y a danzar sobre ella un fandango, en un angustioso rapto de rabia.

Mientras tanto, yo me había hundido en el sillón de donde se había levantado ella.

—¡Moissart y Voissart! —repitió pensativamente mientras ella se arrancaba uno de los lazos de su hombro—, y Croissart y Froissart —mientras terminaba con el otro.

—¡Moissart, y Voissart, y Croissart, y Napoleón Bonaparte Froissart! Sepa, inefable y vieja serpiente, que ése soy yo, ¿me oye? Ése soy yo —y en aquel momento me puse a gritar lo más alto que podía—: ¡ése soy yo-o-o! Yo soy Napoleón Bonaparte Froissart! ¡Y me he casado con mi tatarabuela; que sea maldito eternamente!

Madame Eugenia Lalande, *quasi Simson* —primeramente Moissart— era, aunque cueste creerlo, mi tatarabuela. En su juventud había sido hermosa, y aun con sus ochenta y dos años conservaba la majestuosa altura, el perfil escultórico de su cabeza, sus hermosos ojos y la nariz griega de su juventud. Con la ayuda de estas cualidades, los polvos color perla, el carmín, el pelo postizo, los falsos dientes, etc., así como la ayuda de las más diestras modistas de París, se había dado maña para mantener un papel respetable entre las bellezas *un peu passés* de la metrópoli francesa. Bien podía considerársela en este aspecto poco menos que como una segunda Niñón de L'Enclos.

Era inmensamente rica, y habiendo quedado viuda por segunda vez, sin hijos, se había acordado de que yo vivía en América, y con el propósito de hacerme su heredero había decidido hacer una visita a los Estados Unidos, acompañada de una pariente lejana de su segundo marido, extraordinariamente bella, una tal señora Stephanie Lalande.

En la ópera, la insistencia de mi mirada llamó la atención de mi tatarabuela, y al examinarme con los impertinentes, quedó sorprendida por un cierto parecido familiar que la impresionó. Interesada, pues, y como sabía que el heredero que buscaba residía en la ciudad, interrogó a su acompañante respecto a mí. El caballero que la acompañaba me conocía y le contó quién era. Aquella información la obligó a repetir su examen con los impertinentes, y aquel escrutinio fue lo que me envalentonó, siendo la causa de que me comportara de la absurda manera que he relatado. Ella me devolvió el saludo, suponiendo que por algún accidente yo había descubierto su identidad, engañado en

realidad por la debilidad de mi vista y las artes de su atavío, con respecto a la edad y encantos de la vieja señora. Yo pregunté entusiastamente a Talbot quién era ella; él supuso que yo me refería a la belleza más joven, y por eso me informó, diciéndome la verdad, que ella era la celebrada viuda madame Lalande.

En la calle, a la mañana siguiente, mi tatarabuela se encontró a Talbot, un viejo amigo parisense, y la conversación, como es supuesto, versó sobre mí. Entonces se explicaron los defectos de mi vista, pues eran notorios, aunque yo fuera totalmente ignorante de su notoriedad; y mi buena vieja parienta, entonces descubrió, y con mucho pesar por su parte, que se había engañado al suponer que yo conocía su identidad, y que simplemente había estado haciendo la tontería de hacerle el amor abiertamente, en un teatro, a una vieja desconocida. Para darme un escarmiento por aquella imprudencia, planeó aquel enredo con Talbot. Éste, intencionadamente, se ausentó para eludir la presentación. Mis investigaciones por su calle, acerca de la "hermosa viuda madame Lalande", supuso que se referían, por supuesto, a la dama más joven; y así, la conversación con los tres caballeros a quienes encontré poco después de abandonar el hotel de Talbot se explica fácilmente, lo mismo que su alusión a Ninon de L'Enclos. Yo no tenía oportunidad de ver a madame Lalande a la luz del día, y en su velada musical, mi tonta debilidad de rehusar la ayuda de los lentes me impidió descubrir su edad. Cuando "madame Lalande" fue llamada para cantar, acudió la dama más joven; mi tatarabuela, para llevar más lejos el engaño, se había levantado al mismo tiempo, para acompañarla al piano en el salón principal. Si yo hubiera decidido acompañarla, me habría aconsejado, como cosa más conveniente, permanecer donde estaba, pero mi prudencia personal veía aquello innecesario. Las canciones que yo tanto admiré, y que me habían confirmado de tal modo acerca de la juventud de mi dama, fueron ejecutadas por madame Lalande. Como culminación de la broma se me regalaron los impertinentes que habían de hacer patente el engaño. Este regalo me proporcionó una oportunidad de aprender una lección sobre la afectación que se me pretendió dar.

Es casi superfluo añadir que los cristales del instrumento que usaba la anciana señora los había cambiado por un par mejor adaptado a mis años. En realidad, se adaptaron muy bien.

El sacerdote, que simplemente pretendía atar el nudo fatal, era un compañero muy alegre de Talbot, un ministro. Se trataba de un excelente bromista, que cuando se quitó la sotana, se puso una enorme librea para conducir el coche de alquiler que llevó a la pareja feliz fuera de la ciudad. Los dos bribones, puestos de acuerdo, a través de una ventana medio abierta que había en el saloncito trasero de la hostería, se estuvieron divirtiendo, riendo entre dientes ante lo que parecía ser el desenlace del drama. Creo que me veré forzado a desafiarlos a ambos.

Sin embargo, no soy el esposo de mi tatarabuela, y ésta es una reflexión que me proporciona un infinito alivio; pero soy el esposo de madame Stéphanie Lalande, con la cual mi querida abuela, después de hacerme heredero universal para el día en que

muera, si es que lo hace alguna vez, se ha tomado la molestia de arreglarme la boda. En resumen: me he despedido para siempre de las cartas de amor, y jamás nadie me verá sin anteojos.

El gato negro

The black cat, 1843

Ni espero ni quiero que se dé crédito a la historia más extraordinaria, y, sin embargo, más familiar, que voy a referir. Tratándose de un caso en el que mis sentidos se niegan a aceptar su propio testimonio, yo habría de estar realmente loco si así lo creyera. No obstante, no estoy loco, y, con toda seguridad, no sueño. Pero mañana puedo morir y quisiera aliviar hoy mi espíritu. Mi inmediato deseo es mostrar al mundo, clara, concretamente y sin comentarios, una serie de simples acontecimientos domésticos que, por sus consecuencias, me han aterrorizado, torturado y anonadado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. A mí casi no me han producido otro sentimiento que el de horror; pero a muchas personas les parecerán menos terribles que barroques. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasma al estado de lugar común. Alguna inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, encontrará tan sólo en las circunstancias que relato con terror una serie normal de causas y de efectos naturalísimos.

La docilidad y humanidad de mi carácter sorprendieron desde mi infancia. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de favoritos. Casi todo el tiempo lo pasaba con ellos, y nunca me consideraba tan feliz como cuando los daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de goce. Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel y sagaz no requieren la explicación de la naturaleza o intensidad de los goces que eso puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que con frecuencia ha tenido ocasión de comprobar la amistad mezquina y la frágil fidelidad del *Hombre* natural.

Me casé joven. Tuve la suerte de descubrir en mi mujer una disposición semejante a la mía. Habiéndose dado cuenta de mi gusto por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionármelos de la especie más agradable. Tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y un gato.

Era este último animal muy fuerte y bello, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que era, en el fondo, algo supersticiosa, hablando de su inteligencia, aludía frecuentemente a la antigua creencia popular que consideraba a todos los gatos negros como brujas disimuladas. No quiere esto decir que hablara siempre en *serio* sobre este particular, y lo consigno sencillamente porque lo recuerdo.

Plutón —se llamaba así el gato— era mi predilecto amigo. Sólo yo le daba de comer, y adondequiera que fuese me seguía por la casa. Incluso me costaba trabajo impedirle que me siguiera por la calle.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento —me sonroja confesarlo—, por causa del demonio de la intemperancia, sufrió una alteración radicalmente funesta. De día en día me hice más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Empleé con mi mujer un lenguaje brutal, y con el tiempo la afigí incluso con violencias personales. Naturalmente, mi pobre favorito debió de notar el cambio de mi carácter. No solamente no les hacía caso alguno, sino que los maltrataba. Sin embargo, por lo que se refiere a *Plutón*, aún despertaba en mí la consideración suficiente para no pegarle. En cambio, no sentía ningún escrúpulo en maltratar a los conejos, al mono e incluso al perro, cuando, por casualidad o afecto, se cruzaban en mi camino. Pero iba secuestrándome mi mal, porque, ¿qué mal admite una comparación con el alcohol? Andando el tiempo, el mismo *Plutón*, que envejecía y, naturalmente se hacía un poco hurano, comenzó a conocer los efectos de mi perverso carácter.

Una noche, en ocasión de regresar a casa completamente ebrio, de vuelta de uno de mis frecuentes escondrijos del barrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí, pero él, horrorizado por mi violenta actitud, me hizo en la mano, con los dientes, una leve herida. De mí se apoderó repentinamente un furor demoníaco. En aquel instante dejé de conocerme. Pareció como si, de pronto, mi alma original hubiese abandonado mi cuerpo, y una ruindad superdemoníaca, saturada de ginebra, se filtró en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, cogí al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo... Me cubre el rubor, me abrasa, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, hube recuperado la razón, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen que había cometido. Pero, todo lo más, era un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió sus acometidas. Volví a sumirme en los excesos, y no tardé en ahogar en el vino todo recuerdo de mi acción.

Curó entre tanto el gato lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto espantoso. Pero después, con el tiempo, no pareció que se daba cuenta de ello. Según su costumbre, iba y venía por la casa; pero, como debí suponerlo, en cuanto veía que me aproximaba a él, huía aterrorizado. Me quedaba aún lo bastante de mi antiguo corazón para que me afigiera aquella manifiesta antipatía en una criatura que tanto me había amado anteriormente. Pero este sentimiento no tardó en ser desalojado por la irritación. Como para mi caída final e irrevocable, brotó entonces el espíritu de *perversidad*, espíritu del que la filosofía no se cuida ni poco ni mucho.

No obstante, tan seguro como que existe mi alma, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de esas indivisibles primeras

facultades o sentimientos que dirigen el carácter del hombre... ¿Quién no se ha sorprendido numerosas veces cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que sabía que no debía cometerla? ¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar lo que es la ley, simplemente porque comprendemos que es la *Ley*?

Digo que este espíritu de perversidad hubo de producir mi ruina completa. El vivo e insonable deseo del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, me impulsaba a continuar y últimamente a llevar a efecto el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué de la rama de un árbol. Lo ahorqué con mis ojos llenos de lágrimas, con el corazón desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que él me había amado, y porque reconocía que no me había dado motivo alguno para encolerizarme con él. Lo ahorqué porque sabía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía a mi alma inmortal, hasta el punto de colocarla, si esto fuera posible, lejos incluso de la misericordia infinita del muy terrible y misericordioso Dios.

En la noche siguiente al día en que fue cometida una acción tan cruel, me despertó del sueño el grito de: "¡Fuego!" Ardían las cortinas de mi lecho. La casa era una gran hoguera. No sin grandes dificultades, mi mujer, un criado y yo logramos escapar del incendio. La destrucción fue total. Quedé arruinado, y me entregué desde entonces a la desesperación.

No intento establecer relación alguna entre causa y efecto con respecto a la atrocidad y el desastre. Estoy por encima de tal debilidad. Pero me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero omitir el menor eslabón. Visité las ruinas el día siguiente al del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta sola excepción la constituía un delgado tabique interior, situado casi en la mitad de la casa, contra el que se apoyaba la cabecera de mi lecho. Allí la fábrica había resistido en gran parte a la acción del fuego, hecho que atribuí a haber sido renovada recientemente. En torno a aquella pared se congregaba la multitud, y numerosas personas examinaban una parte del muro con atención viva y minuciosa. Excitaron mi curiosidad las palabras: "extraño", "singular", y otras expresiones parecidas. Me acerqué y vi, a modo de un bajorrelieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba copiada con una exactitud realmente maravillosa. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas hube visto esta aparición —porque yo no podía considerar aquello más que como una aparición—, mi asombro y mi terror fueron extraordinarios. Por fin vino en mi amparo la reflexión. Recordaba que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, el jardín fue invadido inmediatamente por la muchedumbre, y el animal debió de ser descolgado por alguien del árbol y arrojado a mi cuarto por una ventana abierta. Indudablemente se hizo esto con el fin de

despertarme. El derrumbamiento de las restantes paredes había comprimido a la víctima de mi残酷 en el yeso recientemente extendido. La cal del muro, en combinación con las llamas y el *amoníaco* del cadáver, produjo la imagen tal como yo la veía.

Aunque prontamente satisface así a mi razón, ya que no por completo mi conciencia, no dejó, sin embargo, de grabar en mi imaginación una huella profunda el sorprendente caso que acabo de dar cuenta. Durante algunos meses no pude liberarme del fantasma del gato, y en todo este tiempo nació en mi alma una especie de sentimiento que se parecía, aunque no lo era, al remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal y a buscar en torno mío, en los miserables tugurios que a la sazón frecuentaba, otro favorito de la misma especie y de facciones parecidas que pudiera sustituirle.

Hallábame sentado una noche, medio aturdido, en un bodegón infame, cuando atrajo repentinamente mi atención un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los inmensos barriles de ginebra o ron que componían el mobiliario más importante de la sala. Hacía ya algunos momentos que miraba a lo alto del tonel, y me sorprendió no haber advertido el objeto colocado encima. Me acerqué a él y lo toqué. Era un gato negro, enorme, tan corpulento como *Plutón*, al que se parecía en todo menos en un pormenor: *Plutón* no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, pero éste tenía una señal ancha y blanca aunque de forma indefinida, que le cubría casi toda la región del pecho.

Apenas puse en él mi mano, se levantó repentinamente, ronroneando con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció contento de mi atención. Era pues, el animal que yo buscaba. Me apresuré a proponer al dueño su adquisición, pero éste no tuvo interés alguno por el animal. Ni le conocía ni le había visto hasta entonces.

Continué acariciándole, y cuando me disponía a regresar a mi casa, el animal se mostró dispuesto a seguirme. Se lo permití, e inclinándome de cuando en cuando, caminamos hacia mi casa acariciándole. Cuando llego a ella se encontró como si fuera la suya, y se convirtió rápidamente en el mejor amigo de mi mujer.

Por mi parte, no tardó en formarse en mí una antipatía hacia él. Era, pues, precisamente, lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué sucedió esto, pero su evidente ternura me enojaba y casi me fatigaba. Paulatinamente, estos sentimientos de disgusto y fastidio acrecentaron hasta convertirse en la amargura del odio. Yo evitaba su presencia. Una especie de vergüenza, y el recuerdo de mi primera残酷, me impidieron que lo maltratara. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle o de tratarle con violencia; pero gradual, insensiblemente, llegué a sentir por él un horror indecible, y a eludir en silencio, como si huyera de la peste, su odiosa presencia.

Sin duda, lo que aumentó mi odio por el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana del siguiente día de haberlo llevado a casa. Como *Plutón*, también él había sido privado de uno de sus ojos. Sin embargo, esta circunstancia contribuyó a hacerle más

grato a mi mujer, que, como he dicho ya, poseía grandemente la ternura de sentimientos que fue en otro tiempo mi rasgo característico y el frecuente manantial de mis placeres más sencillos y puros.

Sin embargo, el cariño que el gato me demostraba parecía crecer en razón directa de mi odio hacia él. Con una tenacidad imposible de hacer comprender al lector, seguía constantemente mis pasos. En cuanto me sentaba, acurrucábase bajo mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus caricias espantosas. Si me levantaba para andar, metíase entre mis piernas y casi me derribaba, o bien, clavando sus largas y agudas garras en mi ropa, trepaba por ellas hasta mi pecho. En esos instantes, aun cuando hubiera querido matarle de un golpe, me lo impedía en parte el recuerdo de mi primer crimen; pero, sobre todo, me apresuro a confesarlo, el verdadero *terror* del animal.

Este terror no era positivamente el de un mal físico, y, no obstante, me sería muy difícil definirlo de otro modo. Casi me avergüenza confesarlo. Aun en esta celda de malhechor, casi me avergüenza confesar que el horror y el pánico que me inspiraba el animal habíanse acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar. Mi mujer, no pocas veces, había llamado mi atención con respecto al carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituía la única diferencia perceptible entre el animal extraño y aquel que había matado yo. Recordará, sin duda, el lector que esta señal, aunque grande, tuvo primitivamente una forma indefinida. Pero lenta, gradualmente, por fases imperceptibles y que mi razón se esforzó durante largo tiempo en considerar como imaginaria, había concluido adquiriendo una nitidez rigurosa de contornos.

En ese momento era la imagen de un objeto que me hace temblar nombrarlo. Era, sobre todo, lo que me hacía mirarle como a un monstruo de horror y repugnancia, y lo que, si me hubiera atrevido, me hubiese impulsado a librarme de él. Era ahora, digo, ta imagen de una cosa abominable y siniestra: la imagen ¡de la *horca!* ¡Oh lugubre y terrible máquina, máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!

Yo era entonces, en verdad, un miserable, más allá de la miseria posible de la Humanidad. Una *bestia bruta*, cuyo hermano fue aniquilado por mí con desprecio, una *bestia bruta* engendraba en mí en mí, hombre formado a imagen del Altísimo, tan grande e intolerable infortunio. ¡Ay! Ni de día ni de noche conocía yo la paz del descanso. Ni un solo instante, durante el día, dejábame el animal. Y de noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños lleno de indefinible angustia, era tan sólo para sentir el aliento tibio de la cosa sobre mi rostro y su enorme peso, encarnación de una pesadilla que yo no podía separar de mí y que parecía eternamente posada en *mi corazón*.

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco que había de bueno en mí. Infames pensamientos convirtiéronse en mis íntimos; los más sombríos, los más infames de todos los pensamientos. La tristeza de mi humor de costumbre se acrecentó hasta hacerme aborrecer a todas las cosas y a la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca ¡Ay! Era mi paño de lágrimas de siempre. La mas paciente víctima de

las repentinias, frecuentes e indomables expansiones de una furia a la que ciertamente me abandoné desde entonces.

Para un quehacer doméstico, me acompañó un día al sótano de un viejo edificio en el que nos obligara a vivir nuestra pobreza. Por los agudos peldaños de la escalera me seguía el gato, y, habiéndome hecho tropezar la cabeza, me exasperó hasta la locura. Apoderándose de un hacha y olvidando en mi furor el espanto pueril que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal, que hubiera sido mortal si le hubiera alcanzado como quería. Pero la mano de mi mujer detuvo el golpe. Una rabia más que diabólica me produjo esta intervención. Liberé mi brazo del obstáculo que lo detenía y le hundí a ella el hacha en el cráneo. Mi mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar siquiera un gemido.

Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que no podía hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de que se enteraran los vecinos. Asaltaron mi mente varios proyectos. Pensé por un instante en fragmentar el cadáver y arrojar al suelo los pedazos. Resolví después cavar una fosa en el piso de la cueva. Luego pensé arrojarlo al pozo del jardín. Cambien la idea y decidí embalarlo en un cajón, como una mercancía, en la forma de costumbre, y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa. Pero, por último, me detuve ante un proyecto que consideré el mas factible. Me decidí a empredarlo en el sótano, como se dice que hacían en la Edad Media los monjes con sus víctimas.

La cueva parecía estar construida a propósito para semejante proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado de costumbre y no hacía mucho tiempo había sido cubierto en toda su extensión por una capa de yeso que no dejó endurecer la humedad.

Por otra parte, había un saliente en uno de los muros, producido por una chimenea artificial o especie de hogar que quedó luego tapado y dispuesto de la misma forma que el resto del sótano. No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, colocar el cadáver y empredarlo del mismo modo, de forma que ninguna mirada pudiese descubrir nada sospechoso.

No me engañó mi cálculo. Ayudado por una palanca, separé sin dificultad los ladrillos, y, habiendo luego aplicado cuidadosamente el cuerpo contra la pared interior, lo sostuve en esta postura hasta poder establecer sin gran esfuerzo toda la fábrica a su estado primitivo. Con todas las precauciones imaginables, me preocupé una argamasa de cal y arena, preparé una capa que no podía distinguirse de la primitiva y cubrí escrupulosamente con ella el nuevo tabique.

Cuando terminé, vi que todo había resultado perfecto. La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con el mayor cuidado barrí el suelo y recogí los escombros, miré triunfalmente en torno mío y me dije: "Por lo menos, aquí, mi trabajo no ha sido infructuoso".

Mi primera idea, entonces, fue buscar al animal que fue causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento hubiera podido encontrarle, nada hubiese evitado su destino. Pero parecía que el artificioso animal, ante la violencia de mi cólera, habíase alarmado y procuraba no presentarse ante mí, desafiando mi mal humor. Imposible describir o imaginar la intensa, la apacible sensación de alivio que trajo a mi corazón la ausencia de la detestable criatura. En toda la noche se presentó, y ésta fue la primera que gocé desde su entrada en la casa, durmiendo tranquila y profundamente. Sí; *dormí* con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no vino, sin embargo. Como un hombre libre, respiré una vez más. En su terror, el monstruo había abandonado para siempre aquellos lugares. Ya no volvería a verle nunca: Mi dicha era infinita. Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción. Incoóse una especie de sumario que apuró poco las averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento, pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día después de haberse cometido el asesinato, se presentó inopinadamente en mi casa un grupo de agentes de Policía y procedió de nuevo a una rigurosa investigación del local. Sin embargo, confiado en lo impenetrable del escondite, no experimenté ninguna turbación.

Los agentes quisieron que les acompañase en sus pesquisas. Fue explorado hasta el último rincón. Por tercera o cuarta vez bajaron por último a la cueva. No me altere lo más mínimo. Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrió el sótano de punta a punta, cruce los brazos sobre mi pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la Policía se disponía a abandonar la casa. Era demasiado intenso el júbilo de mi corazón para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan sólo a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente su convicción con respecto a mi inocencia.

—Señores —dije, por último, cuando los agentes subían la escalera—, es para mí una gran satisfacción habrá desvanecido sus sospechas. Deseo a todos ustedes una buena salud y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, señores, tienen ustedes aquí una casa construida —apenas sabía lo que hablaba, en mi furioso deseo de decir algo con aire deliberado—. Puedo asegurar que ésta es una casa excelentemente construida. Estos muros... ¿Se van ustedes, señores? Estos muros están construidos con una gran solidez.

Entonces, por una fanfarronada frenética, golpeeé con fuerza, con un bastón que tenía en la mano en ese momento, precisamente sobre la pared del tabique tras el cual yacía la esposa de mi corazón.

¡Ah! Que por lo menos Dios me proteja y me libre de las garras del archidemonio. Apenas húbose hundido en el silencio el eco de mis golpes, me respondió una voz desde el fondo de la tumba. Era primero una queja, velada y encontrada como el sollozo de un niño. Después, en seguida, se hinchó en un prolongado, sonoro y continuo,

completamente anormal e inhumano. Un alarido, un aullido, mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede brotar del infierno, horrible armonía que surgiera al unísono de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios que gozaban en la condenación.

Sería una locura expresaros mis sentimientos. Me sentí desfallecer y, tambaleándome, caí contra la pared opuesta. Durante un instante detuvieronse en los escalones los gentes. El terror los había dejado atónitos. Un momento después, doce brazos robustos atacaron la pared, que cayó a tierra de un golpe. El cadáver, muy desfigurado ya y cubierto de sangre coagulada, apareció, rígido, a los ojos de los circundantes.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y llameando el único ojo, se posaba el odioso animal cuya astucia me llevó al asesinato y cuya reveladora voz me entregaba al verdugo. Yo había emparedado al monstruo en la tumba.

El timo

(considerado como una de las ciencias exactas)

Diddling, considered as one of the exact sciences, 1843

¡Ay!, cómo engañan, cómo engañan el gato y el violín.

Desde el principio del mundo ha habido dos Jeremías. Uno escribió una jeremiada acerca de la usura y se llamaba Jeremías Bentham. Ha sido muy admirado por Mr. John Neal, y fue un gran hombre en un medio pequeño. El otro bautizó a la más importantes de las ciencias exactas y fue un gran hombre en un medio grande: realmente puedo decir que en el medio más grande.

El timo —o la idea abstracta contenida en el verbo timar— se entiende suficientemente. Sin embargo, el hecho, el acto, la cosa timo es algo difícil de definir. No obstante, podemos examinarla con una concepción suficientemente clara del asunto presente, mediante una definición, no de la cosa timo en sí misma, sino del hombre como un animal que tima. Si Platón hubiera acertado con esto, se habría librado de la afrenta del pollo pelado.

Muy acertadamente preguntaron a Platón por qué el pollo, que evidentemente era "un bípedo sin plumas", no era, de acuerdo con su propia definición, un hombre. Pero a mí no me van a molestar con una cuestión semejante. El hombre es un animal que tima y no hay ningún animal que time, excepto el hombre. Es suficiente con apoderarse de un gallinero completo de pollos y vencer los obstáculos.

Lo que constituye la esencia, el quid, el principio del timo es, de hecho, algo peculiar de la clase de criaturas que visten chaqueta y pantalones. Un cuervo, roba; una zorra, engaña; una comadreja es más lista; un hombre, tima. Timar es su destino. "El hombre fue creado para quejarse", dice el poeta. Pero eso no es cierto: fue creado para timar.

Tal es su deseo, su objeto, su fin. Y por ello, cuando un hombre tima, decimos que "hace".

El timo, rectamente considerado, es un compuesto cuyos ingredientes son: minuciosidad, interés, perseverancia, ingeniosidad, audacia, *nonchalance*, originalidad, impertinencia, y *risa burlona*.

Minuciosidad: Su timador es minucioso. Sus operaciones se hacen a escala pequeña. Su negocio consiste en la venta al por menor por dinero contante y sonante o por papel aceptado. Si a veces le tentara alguna especulación magnífica, entonces, al momento, perdería sus rasgos característicos y se transformaría en lo que conocemos con el término "financiero". Esta última palabra sugiere la idea del timo en todos sus aspectos, excepto el de la magnitud. Un timador puede ser considerado como un banquero *in*

petto; una "operación financiera", como un engaño en Brobdignag. El uno es al otro como Hornero a "Flaccus", como un mastodonte a un ratón, como la cola de un cometa a la cola de un cerdo.

Interés: El timador está guiado por su propio interés. Desprecia el timo por el puro arte de timar. Tiene un objetivo a la vista: su bolsillo, y el de usted. Mira siempre la mejor ocasión. Se considera a sí mismo el Número Uno. Usted es el Número Dos, y él debe mirar por usted.

Perseverancia: El timador de usted persevera. No se desanima. Si alguna vez quebrasen los bancos, a él no le importaría. Seguiría con firmeza hasta el fin y

Ut canis a corio nunquam absterrebitur uncto

así nunca abandonaría su juego.

Ingeniosidad: El timador de usted es ingenioso. Muy ingenioso. Elabora el plan. Inventa y rodea. De no ser Alejandro, sería Diógenes. De no ser un timador, sería inventor de ratoneras o pescador de truchas.

Audacia: Su timador es audaz. Es un hombre osado. Lleva la guerra hasta el corazón de África. Todo lo conquista por asalto. No tendría miedo a las dagas de frey Herren. Con un poco más de prudencia, Dick Turpin habría sido un timador; con un poco menos de adulación, Daniel O'Connell; con una libra o dos más de cerebro, Carlos XII.

Nonchalance: Su timador es *nonchalant*. Nunca fue nervioso. No tiene nervios. Nunca fue tentado por la prisa. Nunca es expulsado..., al menos de las puertas. Es frío..., como un pepino. Es tranquilo..., "tranquilo como la sonrisa de Lady Bury". Es suave..., suave como un guante viejo o como las damiselas del antiguo Baice.

Originalidad: El timador es original..., intencionadamente original. Sus pensamientos son propios. Desdeñaría usar los de otro. Una vieja jugarreta es su aversión. Devolvería una cartera, estoy seguro, si descubriera que la había obtenido de un modo poco original.

Impertinencia: Su timador es impertinente. Es fanfarrón. Se pone en jarras. Mete las manos en los bolsillos. Estornuda en la cara de usted. Pisa su trigo. Se come su cena, se bebe su vino, pide prestado su dinero, le pellizca la nariz, da patadas a su perro y besa a su mujer.

Risa burlona: El genuino timador lo husmea todo con una risa burlona. Pero ésta sólo le cae bien a él mismo. Sonríe cuando ha terminado su trabajo diario, cuando sus labores están cumplidas; sonríe por la noche en su propia alcoba y sólo para divertirse. Se dirige a casa. Cierra la puerta. Se quita las ropas. Apaga su candil. Se mete en la cama. Coloca su cabeza sobre la almohada. Mientras hace todo esto, el timador de usted *sonríe burlonamente*. No es una hipótesis. Es algo evidente. Yo razono *a priori*, y un timador *no* podría engañar sin una risa burlona.

El origen del timo ha de ser situado en la infancia de la raza humana. Tal vez el primer timador fuera Adán. De todas formas, podemos seguir las huellas de esta ciencia desde un remoto período de la antigüedad. Los modernos, sin embargo, la han elevado hasta una perfección que no pudieron ni soñar nuestros poco inteligentes progenitores. Sin detenerme a hablar por tanto de los "viejos dichos", me limitaré a hacer un compendioso relato de algunos de los más "recientes ejemplos".

Un buen timo es éste. A un ama de casa que necesita un sofá, por ejemplo, se la ve entrar y salir en varios almacenes de muebles. Finalmente llega a uno que tiene una excelente variedad. Es abordada e invitada a entrar por un individuo cortés que se encuentra a la puerta. Encuentra un sofá que va bien con sus deseos, y al preguntar el precio se sorprende y le agrada oír una suma que por lo menos es un veinte por ciento más baja de lo que ella esperaba. Se apresura a comprarlo, le dan una factura y el recibo, deja su dirección con el encargo de que envíen el sofá cuanto antes a su casa, y sale acompañada de una profusión de reverencias del tendero. La noche llega, pero el sofá no. Es enviado un criado para que pregunte el motivo del retraso. Niegan que allí se haya efectuado tal compra. Nadie ha vendido un sofá; nadie ha recibido el dinero, excepto el timador que representó el papel de mueblista en esa ocasión.

Nuestros almacenes en muebles están desatendidos, y esto da todas las facilidades para un truco de este tipo. Los visitantes entran, examinan los muebles y se marchan sin ser atendidos por nadie. Si se desea comprar uno o preguntar el precio de un artículo, hay una campanilla a mano y esto es considerado como más que suficiente.

Otro timo muy interesante es el siguiente. Un individuo bien trajeado entra en una tienda; hace una compra por el valor de un dólar; ve, muy avergonzado, que ha olvidado la cartera en el bolsillo de otra americana y se lo dice así al tendero...

—No importa, ¡mi querido señor! ¿Tiene usted la bondad de enviarme el paquete a casa? ¡Aunque..., ¡espere! Realmente no sé si tengo allí billetes inferiores a cinco dólares. Sin embargo, puede usted enviar cuatro dólares en el paquete para el cambio, ¿sabe usted?

—Muy bien, señor —contesta el tendero, que en seguida se forma una magnífica opinión de la alta categoría de su cliente—. "Conozco individuos —se dice a sí mismo— que hubieran cogido el artículo debajo del brazo y se habrían ido con la promesa de volver a pagarnos el dólar por la tarde".

Es enviado un muchacho con el paquete y el cambio. En el camino, y como casualmente, se encuentra con el comprador, que dice:

—¡Ah, éste es mi paquete!, ya veo... Bien, vamos. Mi esposa, mistress Trotter, le dará a usted cinco dólares... Ya le di instrucciones al efecto. El cambio puede usted entregármelo a mí... Tengo necesidad de algún dinero para correos. ¡Muy bien! Uno, dos, ¿es buena moneda?...; tres, cuatro... ¡Perfecto! Diga a mistress Trotter que usted me ha encontrado, y ahora, no pierda tiempo.

El muchacho se da prisa; pero tarda muchísimo en volver a la tienda, pues no encuentra a ninguna señora que se llame precisamente Mrs. Trotter. Le consuela, sin embargo, el ver que no ha sido tan tonto como para dejar el género sin el dinero, y se vuelve a la tienda con aire de satisfacción, pero allí siente herida su sensibilidad cuando el amo le pregunta por el cambio.

El siguiente es un timo muy sencillo. El capitán de un buque, que está a punto de zarpar, se encuentra con una persona que tiene el aire de un funcionario, que le presenta una factura por impuestos de atraque, desacostumbradamente moderada. Contento por estas facilidades, y con la prisa de sus mil obligaciones, le paga al instante. Cerca de quince minutos más tarde, otro le entrega una cuenta menos razonable, y le demuestra que la persona anterior no era más que un timador, y la factura primera, un timo.

También en este caso próximo ocurre una cosa similar. Un buque está soltando las amarras del muelle. Un pasajero, con la maleta en la mano, corre hacia el muelle a toda velocidad. De repente se detiene, se inclina y recoge algo del suelo con aire de mucha agitación. Es una cartera, y... "¿Algún caballero ha perdido una cartera de bolsillo?", grita. Nadie realmente puede decir si ha perdido una cartera de bolsillo, pero se produce un gran barullo porque el mencionado tesoro parece ser de una gran valía. Sin embargo, el buque no se puede detener.

—El tiempo y la marea no esperan a nadie —dice el capitán.

—Espere, por Dios, sólo unos pocos minutos —dice el que ha descubierto la cartera

—. El verdadero dueño no tardará en aparecer.

—¡No se puede! —contesta el capitán con autoridad—. Soltad las amarras, ¿lo oís?

—¿Qué puedo hacer yo? —pregunta el descubridor, muy apenado—. Voy a estar fuera del país algunos años, y mi conciencia no me permite retener esta gran cantidad de dinero. Perdóneme, señor —se dirige a un caballero que está en la orilla—, pero usted tiene aire de persona honrada. ¿Tendría la bondad de quedarse con esto? Sé que puedo confiar en usted, y usted hará las oportunas averiguaciones. La suma, como usted puede ver, es muy considerable. El dueño, indudablemente, le recompensará por la molestia.

—¡A mí no, a usted! Usted es quien encontró la cartera.

—Bien; si usted lo cree así, aceptaré una pequeña recompensa, la justa para satisfacer sus escrúpulos. Déjeme mirar... Todos estos billetes son de cien... ¡Bendita sea mi alma! Cien son demasiado... Cincuenta serían suficiente... Estoy seguro.

—Soltad las amarras! —dice el capitán.

—¡No importa! —grita el caballero de la orilla, que ha examinado su cartera—. ¡No importa! Yo puedo ayudarle... Aquí tiene cincuenta del Banco de Norteamérica... Démelo la cartera.

Y el descubridor de tan escrupulosa conciencia coge con marcada desgana los cincuenta, y entrega la cartera al caballero, como deseaba, mientras el barco emprende

su ruta. Media hora después se comprueba que la gran suma de dinero no es más que una falsificación, y que toda la escena fue un magnífico timo.

El siguiente es un timo atrevido. Un campo de reuniones, o algo por el estilo, va a establecerse en cierto lugar al que sólo se puede llegar por un puente colgante. El timador se sitúa en este puente, y con todo el respeto informa a los transeúntes sobre el nuevo impuesto legal que establece un centavo por cada peatón, dos para caballos y burros, y así sucesivamente... Algunos protestan, pero todos se someten, y el timador se va a casa con cincuenta o sesenta dólares bien ganados. Eso de cobrar un peaje a tanta gente es una cosa demasiado incómoda.

Un precioso timo es éste. Un amigo tiene la promesa del timador de que pagará, después de llenar y firmar reglamentariamente sobre las letras reglamentarias de los bancos en tinta roja. El timador compra una o dos docenas de letras corrientes en blanco, y todos los días mete alguna de ellas en su sopa y hace que el perro finalmente se la trague como una bonne bouche. Al llegar el vencimiento, el timador, con su perro, visita al amigo, y la promesa del pago surge como un tema de la conversación. El amigo saca la letra de su escritorio, y, al dársela al timador, el perro se apodera de ella en el acto y se la traga. El timador no sólo se sorprende, sino que se enfada, critica el absurdo comportamiento de su perro y expresa su entera disposición a cancelar la obligación en cuanto pueda demostrarse.

Un timo en pequeña escala es éste. Una señora es insultada en la calle por un cómplice del timador. El timador corre a auxiliarla y después de darle a su amigo una confortable paliza insiste en acompañar a la señora hasta su propia casa. Junto al portal, le hace una reverencia con la mano sobre el corazón y se despide con los mayores respeto. Ella, creyéndole su libertador, le ruega que entre para ser presentado a su hermano y a su padre. Con un suspiro, él declina la invitación.

—¿Entonces, señor —murmura ella—, no hay ningún medio para testimoniarle mi gratitud?

—¿Cómo no, señora? Sí, lo hay. ¿Tendría usted la bondad de dejarme un par de chelines?

En la primera excitación del momento, la señora opta por desmayarse. Sin embargo, con el segundo pensamiento, abre su monedero y le entrega los chelines. Sin embargo, repito, este timo es muy pequeño pues la mitad de la suma conseguida ha de pagarse al gentleman que se tomó el trabajo de insultarla y de recibir luego una paliza.

El siguiente, aunque también pequeño, es un timo científico. El timador se acerca a la barra de un bar y pide dos cajetillas de tabaco. Se las entregan, pero después de examinarlas por encima dice:

—No me gusta mucho este tabaco. Tómelo, y déme un vaso de brandy y otro de agua.

Colocan el brandy y el agua ante el timador; él se los bebe y se dirige hacia la puerta. Pero le detiene la voz del tabernero.

—Creo, señor, que usted se ha olvidado de pagar su brandy y su agua.

—¡Pagar mi brandy y el agua! ¿No le di a usted el tabaco a cambio del brandy y el agua? ¿Qué más quiere usted?

—Por favor, señor, tampoco recuerdo que usted me haya pagado el tabaco.

—¿Qué quiere usted decir, que yo soy ladrón? ¿No tiene usted ahí su tabaco? ¿No fui yo quien se lo devolví? ¿O piensa usted que voy a pagar una cosa que no me he llevado?

—Pero señor —dice el tabernero, más desconcertado ahora por lo que está oyendo—. Pero señor...

—No más peros señor —interrumpe el timador, muy enojado aparentemente, y dando un portazo tras de sí, se escapa—. No más peros señor, ni haga más trucos con los visitantes.

Ahora, otro timo más inteligente, cuya sencillez no es su menor elogio. Un bolso o una cartera se pierden realmente; el que los ha perdido publica en un diario de una gran ciudad una descripción completa.

Entonces nuestro timador copia el anuncio, cambiando el encabezamiento, la fraseología y la dirección. Por ejemplo, el original es largo y con muchas palabras y está encabezado por "Una cartera perdida", y ruega al que lo encuentre que lo lleve al número 1 de Tom Street. La copia es breve y va encabezada con "pérdida"; indica sólo el número 2 Dick, o número 3 Harry Street, según la localidad en la que pueda ser visto el propietario. Además, se inserta con tipos del cinco o seis, por lo menos, en los diarios, y en cuanto a su publicación, aparece sólo unas horas después del original. Si hubiese leído el anuncio el que perdió la cartera, difícilmente sospecharía que estuviese relacionado con su mala suerte. Pero, por supuesto, es de cinco o seis a uno la posibilidad de que el que encontró la cartera se fije en la dirección dada por el timador antes que en la dada por el verdadero propietario. El primero paga la recompensa, se guarda el dinero y desaparece.

Un timo análogo es el siguiente: Una señora perdió en la calle una sortija de brillantes de un valor poco corriente. Ofrece cuarenta o cincuenta dólares de recompensa a quien la encuentre. En su anuncio, da una descripción muy minuciosa de la joya y declara que al que la lleve al número tal de tal avenida, le será entregada la recompensa en el acto, sin hacer ninguna otra pregunta. Durante la ausencia de la señora de casa, un día o dos más tarde, llaman al timbre de la puerta del número tal de tal avenida; aparece un sirviente; "la señora de la casa está fuera", informan al visitante; éste, al oír tan asombrosa noticia, da a entender el más profundo pesar. Sus negocios son más importantes que los de la señora. El hecho es que tuvo la buena suerte de encontrarse su sortija de diamantes. Pero tal vez fuera mejor volver otro día. "¡De ninguna manera!"—dice el criado —y "¡de ninguna manera!"— dicen la hermana y la cuñada de la señora, que han acudido al momento. La joya es identificada clamorosamente; se paga la recompensa y el que la encontró desaparece. La señora

vuelve a casa y expresa su pequeño disgusto ante su hermana y su cuñada por haber pagado cuarenta o cincuenta dólares por una imitación de su joya, una imitación hecha con similitud y con pasta.

Pero como realmente el timo no tiene fin, nunca podríamos terminar este ensayo, aunque se contara sólo la mitad de variaciones e inflexiones de que es susceptible esta ciencia. Necesariamente tengo que poner un punto final a estos papeles, y no encuentro mejor ocasión para ello que el resumen de un timo muy decente, pero muy bien elaborado, del que nuestra ciudad fue el teatro, no hace mucho, y que más tarde fue repetido con éxito en otras localidades menos maduras de la Unión.

Un caballero de mediana edad llega a la ciudad, desde un lugar desconocido. Es notablemente preciso, cauto, tranquilo y deliberado en sus ademanes. Viste escrupulosamente limpio, pero con sencillez y sin ostentación. Usa una corbata blanca, un amplio chaleco, hecho exclusivamente pensando en la comodidad ; unos gruesos zapatos y unos pantalones lisos. Tiene todo el aire, de hecho, de ser persona seria, sobria y exacta: un respetable "hombre de negocios" *par excellence*. Uno de esos que parecen severos y duros por fuera, y que por dentro son dulces; de esos que con tanta frecuencia vemos en la alta comedia; personas cuyas palabras son muy respetadas y oídas, pues dan por caridad guineas con una mano, mientras que cuando van de compra, con la otra mano, son exactos hasta el último centavo.

Pone muchas pegas antes de poder colocarse en una casa de huéspedes. No le gustan los niños. Le es imprescindible la tranquilidad. Sus costumbres son metódicas y, así, preferiría vivir con una respetable familia, con inclinaciones piadosas. La cuestión económica, sin embargo, no le importa. Sólo insiste en que pagará su cuenta el día uno de cada mes (hoy es el día dos), y pide a la señora de la casa, cuando finalmente encuentra una que le agrada, que lo tenga en cuenta y que no olvide sus instrucciones sobre este punto, pero que le envíe el recibo exactamente a las diez del día primero de mes, y que, en ninguna circunstancia, se lo haga el día dos.

Dados estos pasos, nuestro hombre de negocios alquila una oficina en un barrio de la ciudad, más respetable que elegante. No hay nada que sea más digno de desprecio que la pretensión. "Donde hay mucha ostentación —dice—, generalmente nada hay detrás." Esta observación impresiona vivamente la imaginación de la señora de la casa, y la anota en la gran Biblia familiar, en los amplios márgenes de los Proverbios de Salomón.

El paso siguiente es publicar un anuncio, siguiendo la costumbre de los periódicos de seis peniques de la ciudad, los cuales consideran que no es "respetable" el exigir por adelantado el pago de todos los anuncios. Nuestro hombre de negocios, en esta cuestión, sostiene su idea de que el trabajo nunca debería pagarse por adelantado.

"OFERTAS: Los anunciantes, estando a punto de empezar extensas operaciones comerciales en esta ciudad, necesitan los servicios de tres o

cuatro empleados inteligentes y capaces a quienes se pagará un gran salario. Se necesitan informes tanto sobre su capacidad como su integridad. Realmente, como el asunto envuelve grandes responsabilidades, al ser largas las sumas de dinero que necesariamente han de pasar por las manos de los empleados, consideramos necesario pedir un depósito de cincuenta dólares a cada empleado. Absténganse las personas que no sean capaces de dejar tal suma en poder de los anunciantes, y las que no puedan proporcionar los testimonios más satisfactorios sobre su moralidad. Se prefieren caballeros de inclinaciones piadosas. Las solicitudes se entregarán de diez a once de la mañana y de cuatro a cinco de la tarde a los señores.

BOGS, HOGS, LOGS, FROGS & Co.
N.º 110. Dogg Street."

El día treinta y uno de mes, este anuncio trajo a la oficina de los señores Bogs, Hogs, Logs, Frogs & Co. unos quince o veinte jóvenes de inclinaciones piadosas. Pero nuestro hombre de negocios no tenía prisa por firmar un contrato con ninguno —un hombre de negocios no debe precipitarse nunca—; y así, de acuerdo con el más rígido catecismo respecto a la piedad de cada joven, no se contrataban sus servicios si no se recibían los cincuenta dólares, por propia precaución, por parte de la respetable firma de Bogs, Hogs, Logs, Frogs & Co. En la mañana del primer día del mes siguiente, la dueña de la casa no presentó la factura, según su promesa: un descuido por el que el respetable jefe de la casa que termina en "ogs" no hubiera dudado en criticarla con severidad, si hubiera podido permanecer un día o dos más en la ciudad con ese objeto.

Así, los "empleados" tuvieron unos tristes días corriendo de aquí para allá, y lo único que pudieron hacer fue declarar que el hombre de negocios era "una gallina hasta la rodilla"—lo que en algunas personas implica que en realidad es n. e. i.—, con lo que se presupone la clásica frase Non est inventus. Entre tanto, los jóvenes, todos y cada uno, se encuentran ahora con alguna menos inclinación piadosa que antes; y la señora de la casa compró una goma de borrar por un chelín, y con todo cuidado hizo desaparecer de su Biblia, en el ancho margen de los Proverbios de Salomón, la frase escrita.

El alce

Morning on the Wissahiccon, 1843

Con frecuencia se ha opuesto el escenario natural de Norteamérica, tanto en sus líneas generales como en sus detalles, al paisaje del Viejo Mundo —en especial de Europa—, y no ha sido más profundo el entusiasmo que mayor la disensión entre los defensores de cada parte. No es probable que la discusión se cierre pronto, pues aunque se ha dicho mucho por ambos lados, aun queda por decir un mundo de cosas.

Los turistas ingleses más distinguidos que han intentado una comparación, parecen considerar nuestro litoral norte y este, comparativamente hablando, así como todo el de Norteamérica o, por lo menos, el de Estados Unidos, digno de consideración. Poco dicen, porque han visto menos, del magnífico paisaje de algunos de nuestros distritos occidentales y meridionales —del dilatado valle de Luisiana, por ejemplo—, realización del más exaltado sueño de un paraíso. En su mayor parte estos viajeros se conforman con una apresurada inspección de los lugares más espectaculares de la zona: el Hudson, el Niágara, las Catskills, Harper's Ferry, Ios lagos de Nueva Cork, el Ohio, las praderas y el Mississippi. Son estos, en verdad, objetos muy dignos de contemplación, aun para aquel que ha trepado a las encastilladas riberas del Rin, o ha errado Junto al azul torrente del Ródano veloz.

Pero éstos no son todos los que pueden envanecernos, y en realidad llegaré a la osadía de afirmar que hay innumerables rincones tranquilos, oscuros y apenas explorados, dentro de los límites de los Estados Unidos, que el verdadero artista o el cultivado amante de las más grandes y más hermosas obras de Dios preferirá a todos y cada uno de los prestigiosos y acreditados paisajes a los cuales me he referido.

En realidad, los verdaderos edenes de la tierra quedan muy lejos de la ruta de nuestros más sistemáticos turistas; ¡cuánto más lejos, entonces, del alcance de los forasteros que, habiéndose comprometido con los editores de su patria a proveer cierta cantidad de comentarios sobre Norteamérica en un plazo determinado, no pueden cumplir este pacto de otra manera que recorriendo a toda velocidad, libreta de notas en mano, los más trillados caminos del país!

Acabo de mencionar el valle de Luisiana. De todas las regiones extensas dotadas de belleza natural, ésta es quizá la más hermosa. Ninguna ficción se le ha aproximado. La más espléndida imaginación podría derivar sugerencias de su exuberante belleza. Y la belleza es, en realidad, su única característica. Poco o nada tiene de sublime. Suaves ondulaciones del suelo entretejidas con cristalinas y fantásticas corrientes costeadas por

pendientes floridas, y como fondo una vegetación forestal, gigantesca, brillante, multicolor, rutilante de gallos pájaros, cargada de perfume: estos rasgos componen, en el valle de Luisiana, el paisaje más voluptuoso de la tierra.

Pero, aun en esta deliciosa región, las partes más encantadoras sólo se alcanzan por sendas escondidas. A decir verdad, por lo general el viajero que quiere contemplar los más hermosos paisajes de Norteamérica no debe buscarlos en ferrocarril, en barco, en diligencia, en su coche particular, y ni siquiera a caballo, sino a pie. Debe *caminar*, debe saltar barrancos, debe correr el riesgo de desnucarse entre precipicios, o dejar de ver las maravillas más verdaderas, más ricas y más indecibles de la tierra.

En la mayor parte de Europa esta necesidad no existe. En Inglaterra es absolutamente desconocida. El más elegante de los turistas puede visitar todos los rincones dignos de ser vistos sin detrimento de sus calcetines de seda, tan bien conocidos son todos los lugares interesantes y tan bien organizados están los medios de acceso. Nunca se ha dado a esta consideración la debida importancia cuando se compara el escenario natural del viejo mundo con el del nuevo. Toda la belleza del primero es paragonada tan sólo con los más famosos pero en modo alguno más eminentes lugares del último.

El paisaje fluvial tiene indiscutiblemente en sí mismo todos los elementos principales de la belleza y, desde tiempos inmemoriales, ha sido el tema favorito del poeta. Pero mucha de su fama es atribuible al predominio de los viajes por vía fluvial sobre los realizados por terreno montañoso. De la misma manera los grandes ríos, por ser habitualmente grandes caminos, han acaparado en todos los países una indebida admiración. Han sido más observados y, en consecuencia, han constituido tema de discurso más a menudo que otras corrientes menos importantes pero con frecuencia de mayor interés.

Un singular ejemplo de mis observaciones sobre este tópico puede hallarse en el Wissahiccon, un arroyo (pues apenas merece nombre más importante) que se vuelca en el Schuykill, a unas seis millas al oeste de Filadelfia. Ahora bien, el Wissahiccon es de una belleza tan notable, que si corriera en Inglaterra sería el tema de todos los bardos y el tópico común de todas las lenguas, siempre que sus orillas no hubieran sido loteadas a precios exorbitantes como solares para las villas de los opulentos. Sin embargo, hace muy pocos años que se oye hablar del Wissahiccon, mientras el río más ancho y más navegable, en el cual se vuelca, ha sido celebrado desde largo tiempo atrás como uno de los más hermosos ejemplos de paisaje fluvial americano. El Schuykill, cuyas bellezas han sido muy exageradas —y cuyas orillas, por lo menos en las cercanías de Filadelfia, son pantanosas como las del Delaware—, en modo alguno es comparable, en cuanto objeto de interés pintoresco, con el más humilde y menos famoso riachuelo del cual hablamos.

Hasta que Fanny Kemble, en su extraño libro sobre los Estados Unidos, señaló a los nativos de Filadelfia el raro encanto de esa corriente que llega a sus propias puertas, este encanto no era más que sospechado por algunos caminantes aventureros de la vecindad.

Pero, una vez que el *Diario* abrió los ojos de todos, el Wissahiccon, hasta cierto punto, alcanzó de inmediato la notoriedad. Digo «hasta cierto punto», pues en realidad la verdadera belleza del riachuelo se encuentra lejos de la ruta de los cazadores de pintoresquismo de Filadelfia, quienes rara vez avanzan más allá de una milla o dos de la boca del riacho, por la excelentísima razón de que allí se detiene la carretera. Yo aconsejaría al aventurero deseoso de contemplar sus más hermosos parajes que tomara el Ridge Road, el cual corre desde la ciudad hacia el oeste, y, después de alcanzar el segundo sendero más allá del sexto mojón, siguiera este sendero hasta el final. Así sorprenderá al Wissahiccon en uno de sus mejores parajes, y en un esquife, o recorriendo sus orillas, puede remontar la corriente y bajar con ella, como se le ocurra: en cualquier dirección encontrará su recompensa.

Ya he dicho, o debería haber dicho, que el arroyo es estrecho. Sus orillas son casi siempre escarpadas y consisten en altas colinas cubiertas de nobles arbustos cerca del agua y coronadas, a gran altura, por algunos de los más espléndidos árboles forestales de América, entre los cuales sobresale el *Liriodendron Tulipifera*. Las orillas inmediatas, sin embargo, son de granito, de aristas agudas o cubiertas de musgo, que el agua diáfana lame en su suave flujo, como las azules olas del Mediterráneo los peldaños de sus palacios de mármol. A veces, frente a los acantilados, se extiende una pequeña y limitada meseta cubierta de ricos pastos, la cual brinda la posición más pintoresca para un *cottage* y un jardín que la más opulenta imaginación pueda concebir. Los meandros de la corriente son numerosos y bruscos, como ocurre habitualmente cuando las orillas son escarpadas, y así la impresión que reciben los ojos del viajero al avanzar, es la de una interminable sucesión de laguitos, o, mejor dicho, de estanques, infinitamente variados. El Wissahiccon, sin embargo, debe ser visitado, no como el «bello Melrose», al claro de luna o aún con tiempo nublado, sino en el más brillante fulgor del mediodía, pues la estrechez de la garganta por la cual corre, la altura de las colinas laterales, la espesura del follaje, conspiran para producir un efecto sombrío, si no absolutamente lóbrego, que, a menos de ser aliviado por una luz general, brillante, desmerece la pura belleza del paisaje.

No hace mucho visité el arroyo por el camino descrito y pasé la mayor parte de un día bochornoso navegando en un esquife por sus aguas. El calor fue venciendo gradualmente y, cediendo a la influencia del paisaje y del tiempo y al suave movimiento de la corriente, me sumí en un semisueño, durante el cual mi imaginación se solazó en visiones de los antiguos tiempos del Wissahiccon, de los «buenos tiempos» en que no existía el Demonio de la Locomotora, cuando nadie soñaba con *picnics*, cuando no se compraban ni se vendían «derechos de navegación», cuando el piel roja hollaba solo, junto con el alce, los cerros que ahora se destacan allá arriba. Y mientras estas fantasías iban adueñándose gradualmente de mi espíritu, el perezoso arroyo me había llevado, pulgada tras pulgada, en torno a un promontorio y a plena vista de otro que limitaba la perspectiva a una distancia de cuarenta o cincuenta yardas. Era un cantil empinado,

rocoso, que se hundía profundamente en el agua y presentaba las características de una pintura de Salvator Rosa mucho más señaladas que en cualquier otra parte del recorrido. Lo que vi sobre ese acantilado, aunque seguramente era un objeto de naturaleza muy extraordinaria, considerados la estación y el lugar, al principio ni me sorprendió ni me asombró, por su absoluta y apropiada coincidencia con las soñolientas fantasías que me envolvían. Vi, o soñé que veía, de pie en el borde mismo del precipicio, con el cuello tendido, las orejas tiesas y toda la actitud reveladora de una curiosidad profunda y melancólica, uno de los más viejos y más osados alces, idénticos a los que yo uniera con los pieles rojas de mi visión.

Digo que durante unos minutos esta aparición ni me sorprendió ni me asombró. Durante ese intervalo mi alma entera quedó absorta en una intensa simpatía. Imaginé al alce quejoso tanto como maravillado de la manifiesta decadencia operada en el arroyo y en su vecindad, aun en los últimos años, por la cruel mano del utilitarismo. Pero un ligero movimiento de la cabeza del animal destruyó de inmediato el conjuro del ensueño que me envolvía, y despertó en mí la sensación cabal de la novedad de la aventura. Me incorporé sobre una rodilla dentro del esquife y, mientras dudaba entre detener mi marcha o dejarme llevar más cerca del objeto que me había maravillado, oí las palabras «¡chist!, ¡chist!», pronunciadas rápidamente pero con prudencia desde los matorrales de lo alto. Instantes después un negro emergía de la maleza, separando las ramas con cuidado y caminando cautelosamente. Llevaba en una mano un puñado de sal y, tendiéndola hacia el alce, se acercó lento pero seguro. El noble animal, aunque un poco inquieto, no hizo el menor intento de escapar. El negro avanzó, ofreció la sal y dijo unas palabras de aliento o conciliación. Entonces el alce agachó la cabeza, pateó y después se echó tranquilamente y aceptó el ronzal.

Así termina mi cuento del alce. Era un viejo animal mimado, de hábitos muy domésticos, y pertenecía a una familia inglesa que ocupaba una villa de la vecindad.

*Un cuento de las Montañas Escabrosas*¹⁰⁴

A tale of the Rougged Mountains, 1844

Durante el otoño del año 1827, cuando yo residía cerca de Charlottesville, Virginia, casualmente conocí al señor Augusto Bedloe. Este joven caballero era notable en todos los aspectos y despertó en mí profundo interés y curiosidad. Hallé imposible comprender sus relaciones, tanto morales como físicas. Nunca averigüé de dónde venía. Hasta en su edad, aunque le llamo joven gentleman, había algo que me asombraba en no pequeña medida. Ciertamente parecía joven, y no dejaba de hablar de su juventud, pero había momentos en los cuales yo no habría tenido el menor reparo en imaginarlo de cien años de edad, pues nada había tan peculiar como su aspecto exterior. Era singularmente alto y delgado bastante encorvado, y sus miembros resultaban excesivamente largos y enflaquecidos. Su frente, ancha y baja; su tez, del todo exangüe. La boca, grande y flexible, y sus dientes ferozmente desiguales, aunque sanos como yo jamás había visto en cabeza humana. Sin embargo, la expresión de su sonrisa no era de ningún modo desagradable, como podría suponerse, aunque carecía de toda variación. Era una sonrisa de profunda melancolía, de permanente y molesta tristeza. Tenía unos ojos anormalmente grandes y redondos como los de un gato. También las pupilas, al menor aumento o disminución de la luz, experimentaban la misma contracción o dilatación que se observa en la familia de los felinos. En momentos de excitación, las órbitas le brillaban de un modo casi inconcebible; parecía que emitieran rayos luminosos, pero no como un reflejo, sino como sucede con una vela o con el sol. Con todo, en su estado ordinario eran tan totalmente opacas, sutiles y tontas como para transmitir la idea de un cadáver por largo tiempo enterrado.

Esos rasgos de su persona parecían causarle un gran fastidio y continuamente se refería a ellos por medio de semijustificativas excusas, que al escucharlas por vez primera me causaron muy dolorosa impresión.

Sin embargo, pronto me acostumbre y mi inquietud desapareció. Más bien parecía tener el propósito de insinuar que de afirmar directamente el hecho de que físicamente no siempre había sido lo que era, y que una larga serie de ataques neurálgicos le habían reducido, de un estado de belleza poco frecuente, al que yo ahora veía. Durante muchos años había sido atendido por un médico llamado Templeton, un señor viejo de unos setenta años de edad, a quien había conocido en Saratoga y de cuyo cuidado mientras tanto recibía, o imaginaba que recibía, gran beneficio.

¹⁰⁴ Permítase, en esta ocasión, la licencia de traducir un nombre propio para acercar al lector en lengua castellana a la atmósfera que quiso recrear el autor y que, entendemos, con su traducción queda más patente.

El doctor Templeton había viajado mucho en su juventud, y en París se convirtió con entusiasmo en un seguidor de la doctrina de Mesmer. Sólo por medio de remedios magnéticos, había logrado aliviar los agudos dolores de su paciente, y este éxito inspiró en este último cierto grado de confianza en las opiniones que daban origen a aquellos remedios. Sin embargo, el doctor había luchado, como todos los entusiastas, para lograr una concienzuda conversión de su pupilo, y finalmente consiguió su propósito de que se sometiera a numerosos experimentos. Por una repetición frecuente de aquéllos había surgido un resultado, que desde aquellos días ha llegado a ser tan frecuente como para atraer muy poca o ninguna atención, pero que en la época sobre la cual escribo apenas se conocía en Norteamérica. Quiero decir que entre el doctor Templeton y Bedloe, poco a poco, había crecido una evidente y fuertemente acentuada conformidad o relación magnética. Sin embargo, no estoy preparado para sostener que esta afinidad se extendiese más allá de los límites del simple poder productor del sueño; pero este poder había obtenido una gran intensidad. Al principio el mesmerista, en su primer intento de producir la somnolencia magnética, fracasó por completo. En el quinto o sexto experimento, y después de largos y prolongados esfuerzos, obtuvo un éxito parcial. Sólo en el duodécimo tuvo el triunfo completo. Después de éste, la voluntad del paciente sucumbió rápidamente a la del médico, de modo que, cuando por vez primera conocí a ambos, el sueño se producía casi inmediatamente por la simple voluntad del operador, aun cuando el enfermo no se diera cuenta de su presencia. Sólo ahora, en el año 1845, cuando similares milagros son presenciados diariamente por miles de personas, me atrevo a resaltar esa aparente imposibilidad como un acto seno. El temperamento de Bedloe era en él más alto grado sensitivo, excitable y entusiasta. Su imaginación resultaba singularmente vigorosa y creadora, y sin duda esta fuerza adicional derivaba del habitual uso de la morfina, que él tomaba en gran cantidad, y sin la cual le habría resultado imposible vivir. Acostumbraba tomar una dosis muy grande inmediatamente después del desayuno, o más bien inmediatamente después de una taza de café cargado, pues él no comía nada hasta mediodía, y entonces se marchaba, solo o acompañado únicamente de su perro, a dar un largo paseo por la cadena de salvajes y tristes colinas que se extendían al oeste y sur de Charlottesville, y que son conocidas con el nombre de Ragged Mountain.

En un día oscuro, cálido y nuboso, hacia fines de noviembre, en ese interregno de las estaciones que en los Estados Unidos se llama "el Verano Indio", el señor Bedloe partió como de costumbre hacia las colinas. Pasó el día, y el señor Bedloe no regresó.

Cerca de las ocho de la noche, estando bastante alarmados por su prolongada ausencia, fíbamos a salir en su busca, cuando inesperadamente hizo su aparición en el mismo estado de salud que de costumbre y un humor mejor que de ordinario. El relato que nos hizo de su paseo y de los acontecimientos que le habían detenido fue, en verdad, sorprendente.

Ustedes recordarán dijo —que eran cerca de las nueve cuando dejé Charlottesville. Inmediatamente dirigí mis pasos hacia las montañas, y cerca de las diez entré en un desfiladero que era del todo nuevo para mí. Seguí las sinuosidades de aquel paso con mucho interés. El escenario que sé presentaba por todas partes, aunque no pudiera llamarse grandioso, tenía para mí un indescriptible y delicioso aspecto de triste desolación. La soledad parecía absolutamente virgen, y no pude menos de creer que los verdes céspedes y las rocas grises que pisaba nunca habían sido holladas con anterioridad por los pies de ningún ser humano. La entrada del barranco estaba tan apartada y de hecho tan inaccesible, salvo a través de una serie de desviaciones, que no es inconcebible que haya sido yo el primer aventurero, el primero y el único que haya penetrado nunca en su interior.

La densa y peculiar niebla o humo que distingue al Verano Indio, y que ahora colgaba pesadamente sobre todos los objetos, servía sin duda para ahondar las vagas impresiones que aquellos objetos creaban. Tan densa era aquella agradable niebla que yo en ninguna ocasión veía más de doce yardas por delante del camino que recorría. Esta senda era excesivamente sinuosa, y como el sol no podía verse, pronto perdí toda idea de la dirección en que viajaba. Mientras tanto, la morfina había hecho su acostumbrado efecto de revestir el mundo exterior de un muy intenso interés. En el temblar de una hoja, en el matiz de una brizna de hierba, en la forma de un trébol, en el zumbido de una abeja, en el brillo de una gota de rocío, en el soplo del viento, en los suaves olores que venían del bosque formábase un universo de sugestión, un tren de pensamientos alegres, abigarrados, rapsódicos y desordenados. Entretenido de este modo, caminé varias horas, durante las cuales la niebla se espesaba sobre mi con tal extensión que al final me vi obligado a marchar absolutamente a tientas, y entonces un indescriptible malestar se apoderó de mí. Era una especie de excitación y temblor nerviosos. Temía caminar por la posibilidad de yerme precipitado en el abismo. Recordé también extrañas historias que se contaban de aquellas Ragged Hills, y acerca de las incontables y fieras razas de hombres que habitaban sus bosques y cavernas. Un millar de vagas fantasías me oprimían y desconcertaban, tanto más desconcertantes cuanto más imprecisas eran. De pronto mi atención quedó en suspense por el alto golpear de un tambor.

Mi sorpresa fue, naturalmente, extraordinaria. Un tambor en aquellas colinas era algo desconocido y no me hubiera dejado más sorprendido el sonido de la trompeta del Arcángel. Pero surgió una nueva y aún más pasmosa fuente de interés y perplejidad. Se oía un salvaje tintineo o sonido metálico, como si se tratara de un manojo de grandes llaves, y en aquel instante pasó a mi lado un hombre de tez oscura, medio desnudo y profiriendo alaridos. Tanto se acercó a mi persona que sentí su cálido aliento sobre mi cara. Llevaba en una mano un instrumento compuesto de una serie de anillos de acero que agitaba vigorosamente mientras corría. Apenas hubo desaparecido en la niebla, cuando jadeando detrás de él, con la boca abierta y los ojos centelleantes, se precipitó

una bestia enorme. Yo no podía estar equivocado sobre su especie: era una hiena. La vista del monstruo más bien alivió que aumentó mi terror, pues entonces me convencí de que estaba soñando e hice un esfuerzo por despertar. Caminé osadamente y con rapidez hacia adelante; me froté los ojos, hablé en voz alta, me pellizqué las piernas. Una pequeña cascada de agua apareció ante mi vista y, parándome allí, me lavé las manos, la cabeza y el cuello. Esto pareció disipar las sensaciones equívocas que hasta entonces me habían asaltado. Al levantarme, creí que me sentí otro hombre y entonces proseguí firmemente y con complacencia mi desconocido camino.

Al final, muy cansado por el esfuerzo y por una cierta opresiva pesadez de la atmósfera, me senté debajo de un árbol. En aquel instante apareció un débil rayo de luz, y las sombras de las hojas de los árboles cayeron sobre la hierba débilmente, pero definidas. Miré aquella sombra durante segundos con fijeza y admiración. Su forma me llenó de atónita sorpresa. Alcé los ojos: era una palmera.

Entonces me levanté apresuradamente, y en un estado de terrible agitación —pues el imaginar que soñaba no podría durarme mucho tiempo—, vi, sentí que tenía un perfecto dominio de mis sentidos, y esos sentidos traían ahora a mi alma un mundo de nuevas y singulares sensaciones. El calor, de pronto se hizo intolerable; la brisa iba cargada de un extraño olor, y un suave murmullo como el que sube de un río crecido, pero que corre suavemente, llegaba a mis oídos, mezclado con el peculiar susurro de una multitud de voces humanas.

Mientras escuchaba con la más extrema sorpresa, que prefiero no intentar describir, una fuerte y breve ráfaga de viento se llevó la niebla como por arte de magia. Me hallaba al pie de una alta montaña que dominaba una vasta llanura, por la cual corría un majestuoso río. En las márgenes de éste se elevaba una ciudad de aspecto oriental, tal como las que se describen en los cuentos de Arabia, pero de un carácter aún más singular que cualquiera de ellas. Desde mi posición, que estaba algo alejada y sobre el nivel de la ciudad, podía divisar todos los rincones y ángulos como si estuvieran dibujados sobre un mapa. Las calles parecían innumerables y se cruzaban de forma irregular en todas direcciones, siendo más bien callejones largos y sinuosos que aparecían absolutamente repletos de habitaciones. Las casas eran pintorescas. A cada lado había una profusión de balcones, de barandas, de minaretes, de hornacinas y miradores, fantásticamente esculpidos. Abundaban los bazares y en ellos había ricos objetos en infinita variedad y profusión: sedas, muselinas, resplandeciente cuchillería, magníficas joyas y piedras preciosas. Además de esto, por todas partes se veían estandartes y palanquines, literas que llevaban damas veladas, elefantes majestuosamente engualdrapados, ídolos grotescamente vestidos, tambores, banderas, batintines, lanzas, mazas plateadas y doradas, y en medio del gentío, del clamor y del tumulto y confusión generales —en medio de un millón de hombres negros y amarillos, de turbante y túnica, con las barbas flotantes —circulaba una innumerable multitud de bueyes sagrados, mientras nutridas legiones de monos inmundos pero sagrados

trepaban, parloteaban y chillaban por las cornisas de las mezquitas o colgaban de los alminares y de los miradores. Desde las hormigueantes calles a la orilla del río, descendían innumerables escalinatas que llevaban a los baños, mientras el río mismo parecía hacerse paso con dificultad entre las nutridas flotas de barcos profundamente cargados que cubrían su superficie a lo largo y a lo ancho. Más allá de los límites de la ciudad se levantaban en frecuentes grupos majestuosos la palmera y el cocotero, con otros gigantescos y exóticos árboles de edad vetusta. Aquí y allá divisábase algún arrozal, alguna choza de paja de un campesino, una cisterna, un templo solitario, un campamento de gitanos o alguna graciosa doncella solitaria que marchaba con un cántaro sobre la cabeza hacia la orilla del río.

Desde luego, ustedes dirán que yo soñaba, pero no fue así. Lo que veía, lo que oía, lo que sentía, lo que pensaba no tenía nada de la inequívoca naturaleza del sueño. Todo era vigorosamente consecuente. Al principio, dudando de que estuviese realmente despierto, hice una serie de pruebas que me convencieron de lo que lo estaba realmente. Ahora bien, cuando uno sueña y dentro del sueño sospecha que está soñando, la sospecha nunca deja de confirmarse y quien sueña se levanta casi al instante. Por eso Novalis no yerra al decir que "estamos a punto de despertar cuando soñamos que soñamos". Si la visión se me hubiese presentado tal como la describo, sin la sospecha de que fuera un sueño, entonces debiera haberlo sido completamente; pero ocurriendo como sucedió, y sospechada y probada tal como lo fue, me veo forzado a clasificarla entre otros fenómenos.

—En eso no estoy seguro de que usted se equivocara —observó el doctor Templeton —; pero continué. Usted se levantó y descendió hasta la ciudad.

—Me levanté —continuó Bedloe, mirando fijamente al doctor con un aire de profunda sorpresa—, me levanté, como usted dice, y descendí a la ciudad. Por el camino me encontré entre un inmenso populacho que obstruía todas las avenidas siguiendo todos sus componentes en la misma dirección y mostrando la excitación más salvaje. Repentinamente, y movido por algún impulso inconcebible, llegué a sentirme imbuido intensamente de un interés por lo que iba a pasar. Parecía sentir que tenía un papel importante en el juego, sin comprender exactamente de qué se trataba. Sin embargo, frente a la multitud que me rodeaba experimenté un profundo sentimiento de animosidad. Me aparté de ella y rápidamente, dando un rodeo, llegué y entré en la ciudad. Allí todo era tumulto y contienda. Un pequeño grupo de hombres, con indumentaria medio india, medio europea y mandado por caballeros de uniforme parcialmente británico, estaba combatiendo' en absoluta desigualdad con el hormigueante populacho de las avenidas. Me uní al grupo más débil, tomando las armas de un oficial caído y luché sin saber contra quién, con la nerviosa ferocidad de la desesperación.

Pronto fuimos vencidos por la masa y tuvimos que buscar refugio en una especie de quiosco. Allí nos 'atrincheramos y por el momento estuvimos seguros. Desde una

tronera situada en la parte superior del quiosco vi un enorme gentío en furiosa agitación, que rodeaba y asaltaba un llamativo palacio que colgaba sobre el río. Entonces de una ventana alta del palacio se descolgó una persona de aspecto afeminado, valiéndose de una cuerda hecha con los turbantes de sus criados. En la orilla había un barco, en el cual escapó hasta la orilla opuesta del río.

Entonces una nueva decisión se apoderó de mi alma. Dije algunas apresuradas palabras a mis compañeros, y habiendo logrado convencer de mi propósito a unos cuantos de ellos, hice una salida frenética del quiosco. Nos arrojamos entre la multitud que nos rodeaba. Al principio retrocedieron, se reagruparon, luchando malamente, y de nuevo volvieron a retroceder. Mientras tanto, habíamos sido arrastrados lejos del quiosco y llegamos a estar aturdidos y enredados entre las estrechas calles de altas y sobresalientes casas, en cuyos recodos el sol no había sido capaz de brillar. El gentío presionaba impetuosamente sobre nosotros, hostigándonos con sus lanzas y abrumándonos con el vuelo de sus flechas. Estas últimas eran muy notables y se parecían en algunos aspectos al cris retorcido de los malayos. Imitaban el cuerpo de una serpiente arrastrándose, y eran largas y negras, con una punta envenenada. Una de ellas me alcanzó en la sien derecha. Me tambaleé y caí al suelo. Un mareo instantáneo y terrible se apoderó de mí. Luché, emití un estertor y quedé muerto.

—Difícilmente podrá pretender ahora —dijo sonriendo— que toda su aventura no fue un sueño. Supongo que no sostendrá que está muerto, verdad?

—Desde luego, cuando dije estas palabras esperé alguna salida graciosa por parte de Bedloe, pero para asombro mío, le vi vacilar, temblar y ponerse terriblemente pálido, guardando silencio. Miré a Templeton. Estaba sentado, tieso y rígido, en una silla, sus dientes castañeteaban y sus ojos parecían salírsele de las órbitas.

—¡Continué! — Le dijo al fin con voz ronca.

—Durante muchos minutos —siguió aquél —mi único sentimiento, mi única sensación, fue de oscuridad y vacío con la conciencia de la muerte. Finalmente, me pareció que una violenta y repentina descarga pasaba por mi alma, cual si se tratara de una descarga eléctrica. Con ella llegó el sentido de la elasticidad y de la luz. Esta última la sentí, no la vi. En un instante me pareció que me elevaba de la tierra, pero no tenía presencia corpórea, ni visible, ni audible o palpable. El gentío se había marchado, el Tumulto había cesado; la ciudad estaba en relativo reposo. Debajo de mí yacía mi cadáver, con la flecha clavada sobre la sien y la cabeza enormemente hinchada y desfigurada. Pero todas aquellas cosas las sentía en vez de verlas.

—Nada me interesaba. Hasta el cadáver parecía algo que no me concernía. No tenía voluntad, pero sentía un impulso que me obligaba a moverme y volé ligeramente fuera de la ciudad, por el mismo camino sinuoso que había recorrido al entrar. Cuando hube alcanzado el punto del barranco donde había encontrado a la hiena, nuevamente experimenté una sacudida como de una pila galvánica, recobrando la sensación de peso, voluntad y materia. Recobré mi propio ser original y dirigí con apresuramiento mis

pasos hacia casa; pero el pasado no había perdido la vivacidad de lo real, y ni siquiera ahora, por un instante, logro obligar a mi mente a considerar todo aquello como un sueño.

—No lo fue —dijo Templeton, con un aire de profunda solemnidad—, aunque sería difícil resolver la manera de calificarlo. Sólo presumamos que la mente del hombre de hoy está al borde de ciertos estupendos descubrimientos psíquicos. Con formémonos con esta suposición. En cuanto al resto, he de dar algunas explicaciones. Aquí tienen una acuarela que yo les hubiera mostrado antes si un inexplicable sentimiento de temor no me hubiera impedido hacerlo.

Observamos el cuadro que nos presentaba. No vimos en él nada de extraordinario, pero su efecto sobre Bedloe fue prodigioso. Casi se desmayó al verlo, y eso que no era sino un retrato en miniatura —de milagroso parecido, eso sí —que reproducía con absoluta fidelidad sus rasgos característicos. Al menos eso pense.

—Ustedes pueden observar —dijo Templeton —que la fecha de este retrato está aquí, apenas visible, en esta esquina: 1780. El retrato fue hecho ese año; pertenece a un amigo muerto, un tal señor Oldeb, con quien llegué a tener gran intimidad en Calcuta durante el gobierno de Warren Hasting. Entonces yo sólo tenía veinte años. Cuando lo vi a usted por vez primera, señor Bedloe, en Saratoga, la milagrosa semejanza entre usted y el cuadro me indujeron a abordarle, a buscar su amistad, y a conseguir lo necesario para llegar a ser su constante compañero. Con el fin de llevar a cabo este propósito, me impulsó parcialmente, de manera esencial, el recuerdo lleno de pena del difunto, pero bien, en parte, una inquieta curiosidad hacia usted mismo, no exenta de sentimientos pavorosos.

—En los detalles de la visión que presentó usted en las colinas ha descrito con la más minuciosa exactitud la ciudad india de Benarés, sobre el Río Sagrado. Los motines, el combate, la matanza fueron acontecimientos reales de la insurrección de Cheyte Sing, que tuvo lugar en 1780, cuando Hasting estuvo a punto de perder la vida. El hombre que escapó por la cuerda confeccionada con los turbantes fue el mismo Cheyte Sing. El grupo del quiosco eran cipayos y oficiales británicos, capitaneados por Hastings. Yo fui uno de los integrantes de este grupo, e hice cuanto pude por impedir la embestida y fatal salida del oficial que cayó en las callejuelas atestadas por la flecha envenenada de un bengalés. Aquel oficial era mi amigo más querido. Se trataba de Oldeb. Ustedes adivinarán por estas notas (en este momento, el narrador nos enseñó una libreta en la cual varias páginas parecían haber sido escritas recientemente) que en el mismo momento en que a usted, Bedloe, le sucedían esas cosas en medio de las montañas, yo me dedicaba aquí, en casa, a deleitarlas en estas páginas.

—Una semana después de esta conversación apareció en un periódico de Charlottesville la siguiente nota: "Tenemos el penoso deber de anunciar la muerte del señor Augusto Bedloe, un caballero cuyas buenas maneras y numerosas virtudes durante largo tiempo, le han valido el afecto de las gentes de Charlottesville.

Desde hace algunos años, el señor Bedloe ha padecido de neuralgias, que frecuentemente le amenazaron con terminar fatalmente; pero esto sólo puede ser considerado como la causa parcial de su muerte. La causa auténtica ofreció una especial singularidad. En una excursión a las Montañas Ragged, hace unos días, contrajo un ligero enfriamiento que le produjo una congestión en la cabeza. Para aliviar esto, el señor Templeton recurrió al uso frecuente de la sangría. Se le aplicaron sanguijuelas en las sienes, pero en un terrible y breve período el paciente murió, descubriendose que en el tarro que contenía las sanguijuelas había sido introducida por accidente una de las sanguijuelas vermiculares venenosas que de vez en cuando se encuentran en las charcas de los alrededores. Este anélido se adhirió sobre una pequeña vena en la sien derecha, y su absoluta semejanza con las sanguijuelas medicinales hizo que el error se descubriese cuando era demasiado tarde.

»N. de la A.—Las sanguijuelas venenosas de Charlottesville siempre pueden distinguirse de las sanguijuelas usadas en medicina por su negrura y especialmente por sus retorcidos movimientos vermiculares, que se asemejan a los de las serpientes.

Estaba yo hablando con el director del periódico en cuestión sobre este notable accidente, cuando se me ocurrió preguntar por qué el nombre del difunto había aparecido como Bedlo.—supongo dije —que usted tiene la suficiente autoridad como para emplear esa ortografía, pero yo siempre había supuesto que el nombre debía escribirse con una "e" al final.

—¡Autoridad! ¡No! —contestó él—. Sólo una simple errata tipográfica. El nombre es Bedloe, con una e final. Todo el mundo lo sabe y nunca en mi vida lo vi escribir de otro modo.

—Entonces —dije yo entre dientes, mientras daba media vuelta —sucede de hecho que una verdad es más extraña que cualquier ficción. Bedloe sin la "e" final no es sino Oldeb al revés... ¡Y este nombre me dice que se trata de un error tipográfico!

El camelo del globo

The balloon-hoax, 1844

¡SORPRENDENTES
NOTICIAS
POR EXPRESO VÍA NORFOLK!
¡SE CRUZA
EL ATLÁNTICO
EN TRES DÍAS!

¡¡¡Triunfo señalado de la
MÁQUINA VOLADORA
de mister Mason!!!

¡Llegada a la isla de Sullivan cerca de Charleston, Carolina del Sur, de mister Mason, mister Robert Holland, mister Henson, mister Harrison Ainsworth y otros cuatro pasajeros en el globo dirigible *Victoria*, después de una travesía de setenta y cinco horas desde una costa a otra! ¡Todos los detalles del viaje!¹⁰⁵

¡El gran problema, resuelto por fin! ¡El aire, lo mismo que la tierra y el océano, dominado por la ciencia, llegará a ser para el hombre una ordinaria y conveniente vía de comunicación! ¡Se acaba de cruzar el Atlántico en un globo! ¡Y todo sin demasiada dificultad, sin ningún gran peligro aparente, con el completo control de la máquina, y en el inconcebible tiempo de setenta y cinco horas de una costa a otra! Merced a la actividad de nuestro corresponsal en Charleston, Carolina del Sur, nos es posible ofrecer al público un detallado relato de este extraordinario viaje, realizado desde el sábado 6 de los corrientes, a las once de la mañana, al martes 9, a las dos de la tarde, por sir Everad Bringhurst; mister Osborne; un sobrino de lord Bentinck; los fañosos aeronautas mister Monck Mason y mister Robert Holland; mister Harrison Ainsworth, autor de *Jack Sepherd*, etc.; Heuson, el inventor del último e infructuoso proyecto de máquina voladora, además de dos marineros de Woolwich. En total, ocho personas. La información que damos a continuación se puede considerar como auténtica y segura

¹⁰⁵ El siguiente *jeu d'esprit*, con el encabezamiento precedente en magníficas letras mayúsculas, bien cargado de signos de admiración, se publicó por vez primera como hecho verídico en el diario *New York Sun*, cumpliendo sobradamente con el propósito de proporcionar tema de conversación durante las pocas horas de intervalo que medían entre dos correos de Charleston. Los esfuerzos de hacerse con el "único periódico que traía las noticias" fueron algo prodigioso; y en realidad, si (como algunos aseguraron) el *Victoria* no llevó a cabo el viaje, es difícil señalar una razón por la cual no pudiera haberlo realizado.

bajo todos los aspectos, ya que, con alguna ligera excepción, ha sido copiado literalmente de los diarios de mister Monck Mason y mister Harrison Ainsworth, a cuya amabilidad debe nuestro corresponsal mucha información de palabra, relativa al globo mismo, su construcción y otros detalles de interés. La única alteración en el manuscrito recibido ha sido hecha con el propósito de dar al apresurado relato de nuestro corresponsal, mister Forsyth, una prosa fácil e inteligible.

EL GLOBO

Dos fracasos, categóricos y recientes —los de mister Heuson y sir George Cayley—, habían debilitado mucho el interés del público en el campo de la navegación aérea. El proyecto de mister Heuson (que al principio fue considerado como muy factible por los hombres de ciencia) se fundaba en el principio de un plano inclinado, lanzado desde una altura por una fuerza extrínseca, aplicada y sostenida por la rotación de unas aspas semejantes en su forma y número a las de un molino. Pero en todos los experimentos llevados a cabo con modelos de la *Adelaide Gallery*, resultó que el movimiento de dichas aspas no sólo no impulsaba a la máquina, sino que impedía su vuelo. La única fuerza de propulsión que se utilizó fue el simple ímpetu adquirido en su descenso por el plano inclinado, y ese impulso llevaba a la máquina más allá cuando las aspas estaban paradas que cuando estaban en movimiento, hecho que demostraba suficientemente su inutilidad, y que, a falta de la fuerza propulsora, que era al mismo tiempo el sustentador, el aparato necesariamente tenía que descender.

Esta consideración llevó a sir George Cayley a pensar en adaptar un propulsor a una máquina que tuviese en sí misma una fuerza independiente de sustentación; en una palabra: a un globo. La idea, sin embargo, sólo era nueva u original en el modo de llevarla sir George a la práctica. Exhibió un modelo de su invención en el Instituto Politécnico. El principio propulsor o fuerza motriz era también aquí aplicado a unas superficies no continuas o aspas puestas en revolución. Dichas aspas eran cuatro, y resultaron completamente ineffectivas para mover el globo o para añadirle la menor fuerza ascensional. El proyecto constituyó un completo fracaso.

En esta coyuntura fue cuando mister Monck Mason (cuyo viaje, en 1837, desde Dover a Weilburg, en el globo *Nassau*, despertó tanto interés) concibió la idea de aplicar el principio de Arquímedes al proyecto de la propulsión en el aire, atribuyendo justificadamente el fracaso del proyecto de mister Heuson y de sir George Cayley a la interrupción de la superficie en las aspas independientes.

Hizo el primer experimento público en los salones de Willis, pero después trasladó su modelo a la *Adelaide Gallery*.

Lo mismo que el globo de sir George Cayley, el suyo era elipsoide. Medía trece pies y seis pulgadas de longitud y seis pies ocho pulgadas de alto. Contenía cerca de trescientos veinte pies cúbicos de gas, que si era hidrógeno puro podía elevar veintiuna

libras recién inflado el globo, antes de que el gas tuviera tiempo de deteriorarse o escapar. Él peso de toda la máquina y del aparato era de diecisiete libras, quedando de este modo cuatro libras de margen.

Debajo del centro había una armazón de madera ligera, de unos nueve pies de largo, unida al mismo globo por una red de tipo ordinario. De esa armadura iba suspendida una cesta o barquilla de mimbre.

El tornillo consiste en un eje hueco de cobre, de dieciocho pulgadas de longitud, a través del cual, sobre una semiespiral inclinada en un ángulo de quince grados, pasan una serie de radios de alambre de acero de dos pies de largo y que sobresalen así un pie por cada lado. Estos radios están conectados en sus extremos exteriores por dos bandas de alambre prensado, formando así el conjunto la armadura del tornillo, que se completa por una cubierta de seda engrasada, cortada en triángulos, de modo que presente una superficie tolerablemente uniforme. A cada extremo de sus ejes, este tornillo se sujeta por dos tubos huecos de cobre que descienden desde el bastidor. En los extremos inferiores de estos tubos hay unos agujeros donde giran los pivotes del eje. Del extremo del eje más próximo a la barquilla sale una flecha de acero que pone en comunicación el tornillo con el piñón de una pieza de muelle mecánico fijo en la barquilla. Por la acción de este muelle, el tornillo gira con gran rapidez, comunicando un movimiento progresivo al conjunto. Por medio del timón, la máquina puede girar sin esfuerzo en cualquier dirección. El muelle es de gran potencia, teniendo en cuenta sus dimensiones, siendo capaz de elevar cuarenta y cuatro libras sobre un cilindro de cuatro pulgadas, después de la primera vuelta, y aumentando gradualmente a medida que funciona. Su peso es, en total, de ocho libras y seis onzas. El timón es una estructura de caña recubierta de seda, de forma semejante a la de una raqueta, y mide tres pies de largo, y en la parte más ancha, un pie. Su peso es de unas dos onzas. Puede ponerse horizontal y dirigirse hacia arriba y hacia abajo, lo mismo que a la izquierda y a la derecha, facilitando así al aeronauta transferir la resistencia del aire, que debe producirse, a su paso en una posición inclinada, a cualquier lado sobre el cual quiera actuar, obteniendo de ese modo que el globo siga una dirección opuesta.

Este modelo, que por falta de espacio nos vemos obligados a describir de un modo imperfecto, fue puesto a prueba en la *Adelaide Gallery*, donde alcanzó una velocidad de cinco millas por hora; sin embargo, y parece extraño decirlo, despertó muy poco interés en comparación con la complicada máquina de mister Heuson; tan inclinado es el mundo a despreciar todo lo que se le presenta revestido de un aire de sencillez. Para llevar a cabo el desiderátum de la navegación aérea, en general se suponía que aquel complicado artefacto debía de ser el resultado de aplicar un profundo y difícilísimo principio de la dinámica.

Sin embargo, tan satisfecho se hallaba mister Mason del reciente éxito de su invención, que determinó construir inmediatamente, si fuera posible, un globo de suficiente capacidad para intentar un viaje de alguna distancia. El proyecto primitivo

fue el de atravesar el canal de la Mancha, como se había hecho antes en el globo *Nassau*. Para llevar a cabo sus planes solicitó y obtuvo la ayuda de sir Everad Bringhurst y del señor Osborne, dos caballeros famosos por sus conocimientos científicos y especialmente por el interés que habían demostrado por los progresos de la aeronáutica. El proyecto, por deseo de mister Osborne, se mantuvo en secreto. A las únicas personas a quienes se confió el diseño de la máquina fue a aquellas comprometidas en su construcción, bajo la supervisión de mister Mason, mister Holland, sir Everad Bringhurst y mister Osborne, en la firma de este último caballero cerca de Penstrunthal, en Gales. El sábado último, mister Heuson y su amigo mister Ainsworth, después de llevar a cabo los arreglos pertinentes para tomar parte en la aventura, fueron invitados a visitar el globo. Desconocemos la razón de que se incluyera a los dos marineros en el grupo, pero desde luego, dentro de un día o dos podremos poner a nuestros lectores al corriente de los más minuciosos detalles relativos a tan extraordinario viaje.

El globo está construido con seda barnizada de caucho líquido. Sus dimensiones son enormes y contiene más de cuarenta mil pies cúbicos de gas; pero como se ha empleado gas de hulla en vez de hidrógeno, que es más caro y menos seguro, el poder de sustentación del artefacto cuando está completamente inflado, e inmediatamente después de haberlo sido, no es sino de dos mil quinientas libras. El gas del alumbrado no sólo es mucho menos costoso, sino también más fácil de conseguir y manejar.

La introducción de dicho gas en las pruebas corrientes de la aerostación se debe a mister Charles Green. Antes de su descubrimiento, el proceso de inflación de un globo no sólo era caro, sino también poco seguro. Con frecuencia se malgastaban dos días o tres intentando procurar la suficiente cantidad de hidrógeno para llenar un globo, del cual tenía gran tendencia a escapar debido a su extrema ligereza y a su afinidad con la atmósfera que le rodeaba. Un globo lo suficientemente perfecto para retener el contenido del gas de hulla inalterable en calidad y cantidad durante seis meses, apenas podría conservar igual cantidad de hidrógeno durante seis semanas.

Habiendo sido estimada la fuerza de sustentación en dos mil quinientas libras, y los pesos sumados de los componentes apenas llega a mil doscientas, queda un sobrante de mil trescientas, de las cuales mil doscientas serían anuladas por el lastre, dispuesto en sacos de diferentes tamaños con sus respectivos pesos señalados sobre los mismos, y por el cordaje, barómetros, telescopios, barriles conteniendo provisiones para una quincena, depósitos para el agua, abrigos, sacos de noche y otros varios objetos indispensables, incluyendo un hornillo para hacer café por medio de cal en polvo, para evitar en todo momento el uso del fuego. Todos estos artículos, excepto el lastre y unas cuantas menudencias, van colgadas del bastidor de arriba. La barquilla, en proporción, es mucho más pequeña y ligera que la del modelo. Está formada de un mimbre ligero que resulta extraordinariamente fuerte a pesar de su aspecto. La bordea una barandilla de unos cuatro pies de altura. El timón es mucho mayor en proporción que el del modelo, y el tornillo, en cambio, resulta considerablemente más pequeño. El globo, además, va

provisto de un ancla y una cuerda de arrastre; esta última es de la mayor importancia. Al llegar aquí serán necesarias unas cuantas palabras de explicación para aquellos de nuestros lectores que no estén muy versados en los pormenores de la aerostación.

En cuanto el globo despega de la tierra, se halla sujeto a la influencia de muchas circunstancias que tienden a crear una diferencia en su peso, aumentando o disminuyendo su poder ascensional. Por ejemplo, se puede acumular sobre la seda del globo una capa de escarcha que llegue a pesar varios centenares de libras; en ese caso se tendrá que arrojar lastre o la máquina descenderá. Al ser arrojado el lastre puede suceder que un sol claro evapore el rocío, y al mismo tiempo dilate el gas del interior; es de suponer que el conjunto volverá a elevarse en seguida. Para contrarrestar ese ascenso, el único recurso es (o mejor dicho, era, hasta que mister Green inventó la cuerda de arrastre) permitir el escape de gas de la válvula; pero la pérdida de este gas es proporcional a una disminución del poder ascensional, de modo que, en un tiempo relativamente pequeño, el globo mejor construido tendría necesariamente que agotar todas sus reservas y caer a tierra. Éste era el gran obstáculo en los viajes de larga duración. La cuerda de arrastre remedia esta dificultad del modo más simple que puede imaginarse. Se trata simplemente de una cuerda muy larga que se deja arrastrar desde la barquilla, y cuya misión consiste en impedir que el globo cambie de nivel en algún grado sensible. Si, por ejemplo, se deposita rocío sobre la seda, y la máquina comienza descender, no será necesario arrojar lastre para contrarrestar el aumento de peso, pues esto queda resuelto dejando caer sobre el terreno, en justa proporción, tanta cuerda como sea necesaria. Si, de otro modo, se diera la circunstancia de que se ocasionara una ligereza excesiva y el ascenso consiguiente, inmediatamente se verá contrarrestado merced al peso adicional de la cuerda, que se eleva recogiéndola de la tierra. De este modo, el globo no puede ascender ni descender, excepto entre muy estrechos límites, y sus reservas de gas, así como de lastre, permanecen casi intactas. Cuando se vuela sobre una extensión de agua se hace necesario emplear pequeños barriles de cobre o de madera, llenos de un líquido más ligero que el agua. Éstos flotan y desempeñan el mismo papel de la cuerda sobre la tierra. Otra misión muy importante de la cuerda es señalar la dirección del globo. La cuerda se arrastra, ya sea por tierra o por mar, mientras el globo es libre; por consiguiente éste, al avanzar, irá siempre delante; así, un cálculo hecho con el compás de las posiciones de los dos objetos, siempre nos indicará el curso. Del mismo modo, el ángulo formado por la cuerda con el eje vertical del artefacto nos indica la velocidad. Cuando no hay ángulo —en otras palabras, cuando la cuerda cuelga perpendicularmente— es que el aparato está inmóvil, pero cuanto más abierto es el ángulo, es decir, cuanto más adelantado está el globo sobre el extremo de la cuerda, mayor es la velocidad, y viceversa.

Como el proyecto original de los aeronautas fue atravesar el canal de la Mancha y descender lo más cerca posible de París, los pasajeros habían tomado la precaución de procurarse pasaportes directos para todos los países del continente, especificando en

ellos la naturaleza de la expedición, como en el caso del viaje del *Nassau*, lo cual garantizaba a los aventureros una exención de las formalidades de costumbre ; pero inesperados acontecimientos hicieron necesarios estos pasaportes.

La operación de inflar el globo comenzó muy sosegadamente, al amanecer del sábado 6 de los corrientes, en el patio de Weal-Vor, la mansión de mister Osborne, casi a media milla de Penstrunthal, en el norte de Gales. A las once y siete minutos todo estaba dispuesto para la salida, y se puso en libertad el globo, que se elevó suave pero firmemente en dirección sur, sin que durante la primera media hora se hiciera uso del tornillo o del timón.

De ahora en adelante, seguiremos el diario tal como ha sido trascrito por mister Forsyth de los informes de mister Monck Mason y mister Ainsworth. El cuerpo del diario, tal como lo reproducimos, está escrito de mano del señor Mason, y se le ha agregado un *post scriptum* del señor Ainsworth, quien tiene en preparación y en breve hará público un minucioso informe del viaje, sin duda lleno de interés y emoción.

EL DIARIO

Sábado, 6 de abril.—Todos los preparativos que podían parecer más embarazosos se habían llevado a cabo durante la noche, comenzándose a inflar el globo al amanecer; pero debido a una espesa niebla que sobrecargaba los pliegues de la seda y la hacía poco manejable, no pudimos acabar hasta cerca de las once. Entonces soltamos amarras con gran entusiasmo, y nos elevamos suave pero firmemente, impulsados por una ligera brisa hacia el norte que nos llevaba en la dirección del canal de la Mancha. Encontramos la fuerza ascensional mayor de lo que esperábamos, y mientras subíamos nos librábamos de los acantilados y recibíamos los rayos del sol con más fuerza; nuestro ascenso se había hecho muy rápido. Sin embargo, yo no deseaba perder gas apenas iniciada la aventura, de modo que decidimos continuar ascendiendo. No tardamos en recoger la cuerda de arrastre, pero aun cuando la habíamos alzado completamente del suelo, todavía continuábamos subiendo con rapidez. El globo marchaba con seguridad y presentaba un magnífico aspecto. Casi diez minutos después de la partida el barómetro indicaba una altitud de quince mil pies.

Hacía un tiempo espléndido. La vista del paisaje que se ofrecía a nuestros pies era de lo más romántica, y en aquel momento aparecía magnífica. Los numerosos barrancos semejaban en apariencia lagos, a causa de los densos vapores que los llenaban, y las cumbres y rocas situadas al sudeste, agrupadas en inexplicable confusión, ofrecían el mismo aspecto que las ciudades de las fábulas orientales. Pronto alcanzamos las montañas del sur, pero la altitud del globo era más que suficiente para permitirnos franquearlas sin peligro. Unos minutos más tarde volábamos sobre ellas, y a mister Ainsworth, junto con los dos marineros, les sorprendió la poca altitud que presentaban vistas desde la barquilla, pues la gran elevación de un globo tiende a reducir las

desigualdades del terreno sobre que se viaja a un nivel casi uniforme. A las once y media, cuando seguíamos siempre la dirección sur, divisamos por vez primera el canal de Brístol, y quince minutos después la línea de los rompientes de la costa estaba debajo de nosotros y nos encontrábamos apaciblemente volando sobre el mar. Entonces decidimos soltar el gas necesario para que nuestra cuerda de arrastre, con sus boyas correspondientes, entrara en contacto con el agua. Se hizo inmediatamente y comenzamos un descenso gradual. Casi veinte minutos más tarde nuestra primera boyá tocó el agua, y al hacerlo la segunda poco después permanecimos a una altura fija. Todos nosotros estábamos ansiosos por probar la eficacia del timón y del tornillo, e inmediatamente los pusimos en funcionamiento con el propósito de alterar nuestra posición más hacia el este, camino de París. Por medio del timón, en un instante, efectuamos el cambio necesario de dirección, y nuestro curso formó casi un ángulo recto con la dirección del viento. Cuando pusimos en movimiento el muelle del tornillo nos agrado comprobar que funcionaba tal y como lo habíamos deseado. Por eso lanzamos nueve alegres hurras y arrojamos al mar una botella que contenía en forma resumida el fundamento de nuestro invento. Sin embargo, apenas habíamos acabado de regocijarnos cuando ocurrió un imprevisto accidente que nos llenó de desaliento. La varilla de acero que unía el muelle con el propulsor, de pronto se había desplazado de su sitio, en el extremo de la barquilla (debido a un balanceo de la misma), por algún movimiento de uno de los marineros. En un momento vimos que colgaba fuera de nuestro alcance desde el pivote del eje del tornillo. Mientras nos esforzábamos en recuperarla, con la atención completamente absorbida en ello, nos vimos envueltos en una fuerte corriente de viento que provenía del este, que nos arrastró con una fuerza rápida y creciente hacia el Atlántico. Pronto nos encontramos impulsados hacia alta mar a una velocidad no menor de cincuenta o sesenta millas por hora, de modo que llegamos a Cabo Clear, unas cuarenta millas al norte, antes de que hubiéramos podido sujetar la varilla de acero ni de que hubiéramos podido darnos cuenta de lo que ocurría. Fue entonces cuando mister Ainsworth nos hizo una extraordinaria proposición, pero que a mi entender no era en modo alguno irrazonable o químérica, siendo secundada inmediatamente por mister Holland. A saber: que podíamos, aprovechando el fuerte viento que nos impulsaba, en vez de dirigirnos a París, intentar alcanzar la costa de Norteamérica. Después de ligera reflexión asentí de buena gana a tan atrevida proposición, que por muy extraño que parezca sólo halló la objeción de los dos marineros.

No obstante, como estábamos en mayoría, acallamos sus temores y mantuvimos resueltamente nuestro rumbo. Pusimos rumbo directo hacia el oeste, pero como el arrastre de las boyas entorpecía materialmente nuestro progreso, y por otro lado dominábamos suficientemente el globo, tanto para ascender como para bajar, arrojamos en primer lugar cincuenta libras de lastre, y después, por medio de una manivela, recogimos del mar la cuerda. Casi instantáneamente experimentamos el efecto de esa maniobra en un aumento de la velocidad en nuestra marcha; y cuando la brisa

refrescaba, avanzábamos con una velocidad casi inconcebible; la cuerda de arrastre se alargaba detrás de la barquilla como la estela de un navío. Resulta innecesario decir que no tardamos en perder de vista la costa. Pasamos sobre innumerables embarcaciones de todas clases, algunas de las cuales intentaban hacer frente al temporal, pero la mayoría estaban ancladas. Producimos un gran entusiasmo a bordo de todas ellas, entusiasmo del que participamos nosotros mismos, y especialmente nuestros dos marineros, quienes bajo la influencia de la ginebra parecían resueltos a olvidarse de todos sus escrúpulos o temores. Muchas de las embarcaciones nos saludaron con salvas y todos nos vitorearon con animados vivas (que oímos con sorprendente claridad) y con el ondear de gorras y pañuelos. Continuamos así todo el día sin incidentes de ninguna clase, y cuando las sombras de la noche se cernían sobre nosotros hicimos un cálculo aproximado de la distancia recorrida. Ésta no podía ser menos de quinientas millas; probablemente sería mucho más. El propulsor había funcionado sin parar un instante, y no cabe duda que fue una importante ayuda en nuestro avance.

Cuando se puso el sol la brisa refrescó, transformándose en un verdadero vendaval. El océano, debajo de nosotros, era claramente visible a causa de su fosforescencia. El viento sopló del este durante toda la noche, y esto nos hizo pensar en los más brillantes presagios de triunfo. Entonces pasamos bastante frío y la humedad de la atmósfera resultaba desagradable; pero gracias a la amplitud de la barquilla nos fue posible tendernos, y valiéndonos de nuestras capas y algunas mantas que llevábamos pudimos arreglarnos bastante bien.

Post scriptum (por el señor Ainsworth).—Las últimas nueve horas han sido, sin duda alguna, las más emocionantes de mi vida. No puedo imaginar nada más excitante que el extraño peligro y la novedad de una aventura como ésta. ¡Quiera Dios que logremos el éxito! No deseo el triunfo por la mera seguridad de mi insignificante persona, sino por el bien de la humanidad y por la magnitud del triunfo. Y sin embargo la hazaña es tan claramente factible que lo único sorprendente es que los hombres no la hayan intentado antes. Un simple ventarrón como el que nos favorece ahora, un torbellino de tempestad que empuje un globo durante cuatro o cinco días (esta clase de vientos frecuentemente duran más), bastará para transportar al viajero de costa a costa en un corto espacio de tiempo. Con tales vientos a la vista, el vasto Atlántico se convierte en un simple lago.

Lo que me commueve más que ningún otro fenómeno hasta el presente es, a pesar de su agitación, el supremo silencio que reina en el mar debajo de nosotros. Las aguas no alzan ni el más leve murmullo hacia los cielos.

El inmenso océano llameante se retuerce torturado sin una queja. Las olas montañosas sugieren la idea de innumerables demonios mudos y gigantescos que luchan en una impotente agonía. En una noche como ésta, un hombre vive realmente un siglo de vida ordinaria, y no cambiaría este arrebatado placer por todo un siglo de esa existencia vulgar.

Domingo 7 (informe del señor Mason).—Esta mañana, a las diez, el viento ha amainado a una brisa de ocho o nueve nudos (para una embarcación en el mar), y nos lleva, tal vez, a treinta millas por hora o más. Ha variado, sin embargo, muy considerablemente hacia el norte, y ahora, última hora de la tarde, mantenemos el rumbo oeste merced principalmente al tornillo y al timón, que funcionan admirablemente. Considero el proyecto completamente satisfactorio, y la navegación aérea, en cualquier dirección (salvo con un viento en contra), como algo sin problemas. No podríamos haber hecho frente al fuerte viento de ayer, pero elevándonos lo suficiente podríamos haber escapado a sus efectos en caso de necesidad.

Con una suave brisa en contra, estoy convencido que podríamos avanzar con el propulsor. Al mediodía de hoy ascendimos a una altura de veinticinco mil pies, soltando lastre. Lo hicimos con el propósito de encontrar una corriente más directa, pero no hemos encontrado ninguna tan favorable como la que nos impelía hasta ahora. Andamos sobrados de gas como para atravesar este pequeño lago, aunque el viaje durara tres semanas. No abrigo el más ligero temor sobre el resultado del viaje. Las dificultades han sido extraordinariamente exageradas y mal interpretadas. Puedo elegir mi corriente, y aunque tuviese rodas las corrientes en contra, podría abrirme camino tolerablemente con el propulsor. No hemos tenido ningún incidente que valga la pena registrar. La noche promete ser magnífica.

P S (por mister Ainsworth).—Tengo poco que registrar, excepto el hecho (del todo sorprendente para mí de que a una altura igual a la del *Cotopaxi*, no he experimentado ni un frío intenso, ni dolor de cabeza, ni dificultad en la respiración. Lo mismo experimentaron mister Mason, Holland y sir Evered. Mister Osborne se quejó de opresión en el pecho, pero ha cesado pronto. Durante todo el día hemos volado a gran velocidad, y debemos estar a más de la mitad del camino sobre el Atlántico. Hemos pasado por encima de unas veinte o treinta embarcaciones de varias clases, y todos parecían estar entre divertidos y asombrados por lo que veían. Cruzar el océano en un globo, después de todo, no es una cosa tan difícil. *Omne ignotum pro magnifico.*

NOTA: a veinticinco mil pies, el cielo parece casi negro y las estrellas son claramente visibles, mientras que, por el contrario, el mar no parece convexo (como podría suponerse), sino absoluta e inequívocamente cóncavo¹⁰⁶.

¹⁰⁶ Mr. Ainsworth no ha conseguido darse cuenta de este fenómeno, que sin embargo resulta muy sencillo de explicar. Una línea trazada perpendicularmente a la superficie de la tierra desde una altura de veinticinco mil pies, formaría la perpendicular de un triángulo rectángulo, cuya base se extendería desde el ángulo recto al horizonte y cuya hipotenusa iría a su vez desde el horizonte al globo. Ahora bien, veinticinco mil pies de altura, son poco o nada^{"1} comparados con la extensión de la perspectiva. En otras palabras: la base y la hipotenusa del supuesto triángulo serían tan largas en comparación con la perpendicular, que las dos anteriores podrían considerarse casi como paralelas. De este modo, para el aeronauta el horizonte se hallaría al mismo nivel que la barquilla pero como el punto

Lunes 8 (informe de mister Mason).—Esta mañana hemos tenido una pequeña molestia a causa de la varilla del propulsor, que hay que rehacer del todo para evitar un accidente serio; me refiero a la barra de acero y no a las aspas. Estas últimas no pueden mejorarse. El viento ha soplado todo el día fuerte y persistente del nordeste, como si la fortuna pareciera dispuesta a favorecernos en todo momento. Hacia el amanecer nos sentimos algo alarmados por algunos extraños ruidos y repetidas sacudidas en el globo, acompañados de la aparente y rápida parada de la máquina. Este fenómeno era motivado por la expansión del gas debido a un aumento de calor en la atmósfera, y el consiguiente deshielo de las menudas partículas de escarcha que se habían depositado en la red durante la noche. Arrojamos varias botellas a los barcos que pasaban por debajo. Vimos cómo una enorme embarcación, que parecía un paquebote de la línea Nueva York recogía una. Aunque nos esforzamos por averiguar su nombre, no estamos seguros de haberlo conseguido. Mister Osborne, con el catalejo, pareció descifrar algo así como *Atalanta*. Son ahora las doce de la noche y continuamos casi al oeste con una marcha muy rápida. El mar resplandece de manera impresionante.

P S (por mister Ainsworth).—Son las dos de la madrugada; todo está en calma por lo que puedo apreciar, aunque resulta difícil determinarlo con exactitud debido a que nos movemos completamente con el aire. No he dormido desde que dejamos Weal-Vor, pero no puedo resistirlo más y he de dar una cabezada. No debemos de estar muy lejos de la costa americana.

Martes 9 (informe de mister Ainsworth).—La una de la tarde. Tenemos a la vista la costa baja de Carolina del Sur. El gran problema está resuelto. Hemos cruzado el Atlántico; limpia y fácilmente, lo hemos cruzado en un globo. ¡Alabado sea Dios! ¿Quién dirá que existe algo imposible de ahora en adelante?

Aquí acaba el diario. Sin embargo, algunos pormenores del descenso han sido comunicados por mister Ainsworth a mister Forsyth. Cuando los viajeros estuvieron frente a la costa, que fue reconocida casi inmediatamente por los dos marineros y por mister Osborne, reinaba una calma absoluta. Como este último caballero tenía algunos conocidos en Fort Moultrie, inmediatamente se resolvió descender en sus cercanías. El globo fue conducido a la playa (estaba bajando la marea, y la arena suave y lisa se adaptaba admirablemente para el descenso), y se dejó caer el ancla, que inmediatamente agarró con firmeza. Los habitantes de la isla y del fuerte se precipitaron, como es

inmediatamente por debajo de él parece y está a una gran distancia por debajo de él, parece desde luego también que está a una gran distancia por debajo del horizonte. De aquí la impresión de concavidad; y esta impresión continuará hasta que la altura se encuentre en proporción con la extensión de la perspectiva. Entonces, el aparente paralelismo de la base e hipotenusa desaparece y se hace visible de un modo real la convexidad de la Tierra. (*N. del A.*)

natural, para ver el globo, pero con gran dificultad podían dar crédito al viaje realizado: la travesía del Atlántico. El ancla se había lanzado a las dos de la tarde, de modo que el viaje se había completado en setenta y cinco horas, más o menos, contando de costa a costa. No ocurrió ningún accidente serio. No hubo que temer ningún peligro de importancia en todo ese tiempo. El globo quedó deshinchado y asegurado sin dificultad; y cuando los informes base de donde se ha obtenido esta narración se enviaron a Charleston, el grupo continuaba aún en Fort Moultrie. No se conocen sus proyectos, pero podemos prometer a nuestros lectores, con toda seguridad, una información suplementaria, hacia el lunes o en el transcurso del siguiente día, a más tardar.

Ésta es, indudablemente, la más estupenda, la más interesante y la más importante empresa, no sólo llevada a cabo, sino intentada jamás por el hombre. Sería inútil tratar de determinar ahora los magníficos acontecimientos que pueden seguir a semejante aventura.

El entierro prematuro

The premature burial, 1844

Hay ciertos temas de interés absorbente, pero demasiado horribles para ser objeto de una obra de ficción. El buen escritor romántico debe evitarlos si no quiere ofender o ser desagradable. Sólo se tratan con propiedad cuando lo grave y majestuoso de la verdad los santifican y sostienen. Nos estremecemos, por ejemplo, con el más intenso «dolor agradable» ante los relatos del paso del Beresina, del terremoto de Lisboa, de la peste de Londres y de la matanza de San Bartolomé o de la muerte por asfixia de los ciento veintitrés prisioneros en el Agujero Negro de Calcuta. Pero en estos relatos lo excitante es el hecho, la realidad, la historia. Como ficciones, nos parecerían sencillamente abominables.

He mencionado algunas de las más destacadas y augustas calamidades que registra la historia, pero en ellas el alcance, no menos que el carácter de la calamidad, es lo que impresiona tan vivamente la imaginación. No necesito recordar al lector que, del largo y horrible catálogo de miserias humanas, podría haber escogido muchos ejemplos individuales más llenos de sufrimiento esencial que cualquiera de esos inmensos desastres generales. La verdadera desdicha, la aflicción última, en realidad es particular, no difusa. ¡Demos gracias a Dios misericordioso que los horrorosos extremos de agonía los sufra el hombre individualmente y nunca en masa!

Ser enterrado vivo es, sin ningún género de duda, el más terrorífico extremo que jamás haya caído en suerte a un simple mortal. Que le ha caído en suerte con frecuencia, con mucha frecuencia, nadie con capacidad de juicio lo negará. Los límites que separan la vida de la muerte son, en el mejor de los casos, borrosos e indefinidos... ¿Quién podría decir dónde termina uno y dónde empieza el otro? Sabemos que hay enfermedades en las que se produce un cese total de las funciones aparentes de la vida, y, sin embargo, ese cese no es más que una suspensión, para llamarle por su nombre. Hay sólo pausas temporales en el incomprendible mecanismo. Transcurrido cierto período, algún misterioso principio oculto pone de nuevo en movimiento los mágicos piñones y las ruedas fantásticas. La cuerda de plata no quedó suelta para siempre, ni irreparablemente roto el vaso de oro. Pero, entretanto, ¿dónde estaba el alma?

Sin embargo, aparte de la inevitable conclusión a priori de que tales causas deben producir tales efectos, de que los bien conocidos casos de vida en suspenso, una y otra vez, provocan inevitablemente entierros prematuros, aparte de esta consideración, tenemos el testimonio directo de la experiencia médica y del vulgo que prueba que en realidad tienen lugar un gran número de estos entierros. Yo podría referir ahora mismo, si fuera necesario, cien ejemplos bien probados. Uno de características muy asombrosas,

y cuyas circunstancias igual quedan aún vivas en la memoria de algunos de mis lectores, ocurrió no hace mucho en la vecina ciudad de Baltimore, donde causó una commoción penosa, intensa y muy extendida. La esposa de uno de los más respetables ciudadanos —abogado eminente y miembro del Congreso— fue atacada por una repentina e inexplicable enfermedad, que burló el ingenio de los médicos. Después de padecer mucho murió, o se supone que murió. Nadie sospechó, y en realidad no había motivos para hacerlo, de que no estaba verdaderamente muerta. Presentaba todas las apariencias comunes de la muerte. El rostro tenía el habitual contorno contraído y sumido. Los labios mostraban la habitual palidez marmórea. Los ojos no tenían brillo. Faltaba el calor. Cesaron las pulsaciones. Durante tres días el cuerpo estuvo sin enterrar, y en ese tiempo adquirió una rigidez pétrea. Resumiendo, se adelantó el funeral por el rápido avance de lo que se supuso era descomposición.

La dama fue depositada en la cripta familiar, que permaneció cerrada durante los tres años siguientes. Al expirar ese plazo se abrió para recibir un sarcófago, pero, ¡ay, qué terrible choque esperaba al marido cuando abrió personalmente la puerta! Al empujar los portones, un objeto vestido de blanco cayó rechinando en sus brazos. Era el esqueleto de su mujer con la mortaja puesta.

Una cuidadosa investigación mostró la evidencia de que había revivido a los dos días de ser sepultada, que sus luchas dentro del ataúd habían provocado la caída de éste desde una repisa o nicho al suelo, y al romperse el féretro pudo salir de él. Apareció vacía una lámpara que accidentalmente se había dejado llena de aceite, dentro de la tumba; puede, no obstante, haberse consumido por evaporación. En los peldaños superiores de la escalera que descendía a la espantosa cripta había un trozo del ataúd, con el cual, al parecer, la mujer había intentado llamar la atención golpeando la puerta de hierro. Mientras hacía esto, probablemente se desmayó o quizás murió de puro terror, y al caer, la mortaja se enredó en alguna pieza de hierro que sobresalía hacia dentro. Allí quedó y así se pudrió, erguida.

En el año 1810 tuvo lugar en Francia un caso de inhumación prematura, en circunstancias que contribuyen mucho a justificar la afirmación de que la verdad es más extraña que la ficción. La heroína de la historia era *mademoiselle* [señorita] Victorine Lafourcade, una joven de ilustre familia, rica y muy guapa. Entre sus numerosos pretendientes se contaba Julien Bossuet, un pobre *littérateur* [literato] o periodista de París. Su talento y su amabilidad habían despertado la atención de la heredera, que, al parecer, se había enamorado realmente de él, pero el orgullo de casta la llevó por fin a rechazarlo y a casarse con un tal *Monsieur* [señor] Rénelle, banquero y diplomático de cierto renombre. Después del matrimonio, sin embargo, este caballero descuidó a su mujer y quizá llegó a pegarla. Después de pasar unos años desdichados ella murió; al menos su estado se parecía tanto al de la muerte que engañó a todos quienes la vieron. Fue enterrada, no en una cripta, sino en una tumba común, en su aldea natal. Desesperado y aún inflamado por el recuerdo de su cariño profundo, el enamorado

viajó de la capital a la lejana provincia donde se encontraba la aldea, con el romántico propósito de desenterrar el cadáver y apoderarse de sus preciosos cabellos. Llegó a la tumba. A medianoche desenterró el ataúd, lo abrió y, cuando iba a cortar los cabellos, se detuvo ante los ojos de la amada, que se abrieron. La dama había sido enterrada viva. Las pulsaciones vitales no habían desaparecido del todo, y las caricias de su amado la despertaron de aquel letargo que equivocadamente había sido confundido con la muerte. Desesperado, el joven la llevó a su alojamiento en la aldea. Empleó unos poderosos reconstituyentes aconsejados por sus no pocos conocimientos médicos. En resumen, ella revivió. Reconoció a su salvador. Permaneció con él hasta que lenta y gradualmente recobró la salud. Su corazón no era tan duro, y esta última lección de amor bastó para blandarlo. Lo entregó a Bossuet. No volvió junto a su marido, sino que, ocultando su resurrección, huyó con su amante a América. Veinte años después, los dos regresaron a Francia, convencidos de que el paso del tiempo había cambiado tanto la apariencia de la dama, que sus amigos no podrían reconocerla. Pero se equivocaron, pues al primer encuentro monsieur Rénelle reconoció a su mujer y la reclamó. Ella rechazó la reclamación y el tribunal la apoyó, resolviendo que las extrañas circunstancias y el largo período transcurrido habían abolido, no sólo desde un punto de vista equitativo, sino legalmente la autoridad del marido.

La Revista de Cirugía de Leipzig, publicación de gran autoridad y mérito, que algún editor americano haría bien en traducir y publicar, relata en uno de los últimos números un acontecimiento muy penoso que presenta las mismas características. Un oficial de artillería, hombre de gigantesca estatura y salud excelente, fue derribado por un caballo indomable y sufrió una contusión muy grave en la cabeza, que le dejó inconsciente. Tenía una ligera fractura de cráneo pero no se percibió un peligro inmediato. La trepanación se hizo con éxito. Se le aplicó una sangría y se adoptaron otros muchos remedios comunes. Pero cayó lentamente en un sopor cada vez más grave y por fin se le dio por muerto.

Hacía calor y lo enterraron con prisa indecorosa en uno de los cementerios públicos. Sus funerales tuvieron lugar un jueves. Al domingo siguiente, el parque del cementerio, como de costumbre, se llenó de visitantes, y alrededor del mediodía se produjo un gran revuelo, provocado por las palabras de un campesino que, habiéndose sentado en la tumba del oficial, había sentido removese la tierra, como si alguien estuviera luchando abajo. Al principio nadie prestó demasiada atención a las palabras de este hombre, pero su evidente terror y la terca insistencia con que repetía su historia produjeron, al fin, su natural efecto en la muchedumbre. Algunos con rapidez consiguieron unas palas, y la tumba, vergonzosamente superficial, estuvo en pocos minutos tan abierta que dejó al descubierto la cabeza de su ocupante. Daba la impresión de que estaba muerto, pero aparecía casi sentado dentro del ataúd, cuya tapa, en furiosa lucha, había levantado parcialmente.

Inmediatamente lo llevaron al hospital más cercano, donde se le declaró vivo, aunque en estado de asfixia. Después de unas horas volvió en sí, reconoció a algunas personas conocidas, y con frases inconexas relató sus agonías en la tumba.

Por lo que dijo, estaba claro que la víctima mantuvo la conciencia de vida durante más de una hora después de la inhumación, antes de perder los sentidos. Habían llenado la tumba, sin percatarse, con una tierra muy porosa, sin aplastar, y por eso le llegó un poco de aire. Oyó los pasos de la multitud sobre su cabeza y a su vez trató de hacerse oír. El tumulto en el parque del cementerio, dijo, fue lo que seguramente lo despertó de un profundo sueño, pero al despertarse se dio cuenta del espantoso horror de su situación.

Este paciente, según cuenta la historia, iba mejorando y parecía encaminado hacia un restablecimiento definitivo, cuando cayó víctima de la charlatanería de los experimentos médicos. Se le aplicó la batería galvánica y expiró de pronto en uno de esos paroxismos estáticos que en ocasiones produce.

La mención de la batería galvánica, sin embargo, me trae a la memoria un caso bien conocido y muy extraordinario, en que su acción resultó ser la manera de devolver la vida a un joven abogado de Londres que estuvo enterrado dos días. Esto ocurrió en 1831, y entonces causó profunda impresión en todos. El paciente, el señor Edward Stapleton, había muerto, aparentemente, de fiebre tifoidea acompañada de unos síntomas anómalos que despertaron la curiosidad de sus médicos. Después de su aparente fallecimiento, se pidió a sus amigos la autorización para un examen *post-mortem* [autopsia], pero éstos se negaron. Como sucede a menudo ante estas negativas, los médicos decidieron desenterrar el cuerpo y examinarlo a conciencia, en privado. Fácilmente llegaron a un arreglo con uno de los numerosos grupos de ladrones de cadáveres que abundan en Londres, y la tercera noche después del entierro el supuesto cadáver fue desenterrado de una tumba de ocho pies de profundidad y depositado en el quirófano de un hospital privado.

Al practicársele una incisión de cierta longitud en el abdomen, el aspecto fresco e incorrupto del sujeto sugirió la idea de aplicar la batería. Hicieron sucesivos experimentos con los efectos acostumbrados, sin nada de particular en ningún sentido, salvo, en una o dos ocasiones, una apariencia de vida mayor de la norma en cierta acción convulsiva.

Era ya tarde. Iba a amanecer y se creyó oportuno, al fin, proceder inmediatamente a la disección. Pero uno de los estudiosos tenía un deseo especial de experimentar una teoría propia e insistió en aplicar la batería a uno de los músculos pectorales. Tras realizar una tosca incisión, se estableció apresuradamente un contacto; entonces el paciente, con un movimiento rápido pero nada convulsivo, se levantó de la mesa, caminó hacia el centro de la habitación, miró intranquilo a su alrededor unos instantes y entonces habló. Lo que dijo fue ininteligible, pero pronunció algunas palabras, y silabeaba claramente. Después de hablar, se cayó pesadamente al suelo.

Durante unos momentos todos se quedaron paralizados de espanto, pero la urgencia del caso pronto les devolvió la presencia de ánimo. Se vio que el señor Stapleton estaba vivo, aunque sin sentido. Después de administrarle éter volvió en sí y rápidamente recobró la salud, retornando a la sociedad de sus amigos, a quienes, sin embargo, se les ocultó toda noticia sobre la resurrección hasta que ya no se temía una recaída. Es de imaginar la maravilla de aquellos y su extasiado asombro.

El dato más espeluznante de este incidente, sin embargo, se encuentra en lo que afirmó el mismo señor Stapleton. Declaró que en ningún momento perdió todo el sentido, que de un modo borroso y confuso percibía todo lo que le estaba ocurriendo desde el instante en que fuera declarado *muerto* por los médicos hasta cuando cayó desmayado en el piso del hospital. «Estoy vivo», fueron las incomprendidas palabras que, al reconocer la sala de disección, había intentado pronunciar en aquel grave instante de peligro.

Sería fácil multiplicar historias como éstas, pero me abstengo, porque en realidad no nos hacen falta para establecer el hecho de que suceden entierros prematuros. Cuando reflexionamos, en las raras veces en que, por la naturaleza del caso, tenemos la posibilidad de descubrirlos, debemos admitir que tal vez ocurren *más frecuentemente* de lo que pensamos. En realidad, casi nunca se han removido muchas tumbas de un cementerio, por alguna razón, sin que aparecieran esqueletos en posturas que sugieren la más espantosa de las sospechas.

La sospecha es espantosa, pero es más espantoso el destino. Puede afirmarse, sin vacilar, que *ningún* suceso se presta tanto a llevar al colmo de la angustia física y mental como el enterramiento antes de la muerte. La insopportable opresión de los pulmones, las emanaciones sofocantes de la tierra húmeda, la mortaja que se adhiere, el rígido abrazo de la estrecha morada, la oscuridad de la noche absoluta, el silencio como un mar que abruma, la invisible pero palpable presencia del gusano vencedor; estas cosas, junto con los deseos del aire y de la hierba que crecen arriba, con el recuerdo de los queridos amigos que volarían a salvarnos si se enteraran de nuestro destino, y la conciencia de que *nunca* podrán saberlo, de que nuestra suerte irremediable es la de los muertos de verdad, estas consideraciones, digo, llevan el corazón aún palpitante a un grado de espantoso e insopportable horror ante el cual la imaginación más audaz retrocede. No conocemos nada tan angustioso en la Tierra, no podemos imaginar nada tan horrible en los dominios del más profundo Infierno. Y por eso todos los relatos sobre este tema despiertan un interés profundo, interés que, sin embargo, gracias a la temerosa reverencia hacia este tema, depende justa y específicamente de nuestra creencia en la *verdad* del asunto narrado. Lo que voy a contar ahora es mi conocimiento real, mi experiencia efectiva y personal.

Durante varios años sufri ataques de ese extraño trastorno que los médicos han decidido llamar catalepsia, a falta de un nombre que mejor lo defina. Aunque tanto las causas inmediatas como las predisposiciones e incluso el diagnóstico de esta

enfermedad siguen siendo misteriosas, su carácter evidente y manifiesto es bien conocido. Las variaciones parecen serlo, principalmente, de grado. A veces el paciente se queda un solo día o incluso un período más breve en una especie de exagerado letargo. Está inconsciente y externamente inmóvil, pero las pulsaciones del corazón aún se perciben débilmente; quedan unos indicios de calor, una leve coloración persiste en el centro de las mejillas y, al aplicar un espejo a los labios, podemos detectar una torpe, desigual y vacilante actividad de los pulmones. Otras veces el trance dura semanas e incluso meses, mientras el examen más minucioso y las pruebas médicas más rigurosas no logran establecer ninguna diferencia material entre el estado de la víctima y lo que concebimos como muerte absoluta. Por regla general, lo salvan del entierro prematuro sus amigos, que saben que sufrió anteriormente de catalepsia, y la consiguiente sospecha, pero sobre todo le salva la ausencia de corrupción. La enfermedad, por fortuna, avanza gradualmente. Las primeras manifestaciones, aunque marcadas, son inequívocas. Los ataques son cada vez más característicos y cada uno dura más que el anterior. En esto reside la mayor seguridad, de cara a evitar la inhumación. El desdichado cuyo *primer* ataque tuviera la gravedad con que en ocasiones se presenta, sería casi inevitablemente llevado vivo a la tumba.

Mi propio caso no difería en ningún detalle importante de los mencionados en los textos médicos. A veces, sin ninguna causa aparente, me hundía poco a poco en un estado de semisíncope, o casi desmayo, y ese estado, sin dolor, sin capacidad de moverme, o realmente de pensar, pero con una borrosa y letárgica conciencia de la vida y de la presencia de los que rodeaban mi cama, duraba hasta que la crisis de la enfermedad me devolvía, de repente, el perfecto conocimiento. Otras veces el ataque era rápido, fulminante. Me sentía enfermo, aterido, helado, con escalofríos y mareos, y, de repente, me caía postrado. Entonces, durante semanas, todo estaba vacío, negro, silencioso y la nada se convertía en el universo. La total aniquilación no podía ser mayor. Despertaba, sin embargo, de estos últimos ataques lenta y gradualmente, en contra de lo repentino del acceso. Así como amanece el día para el mendigo que vaga por las calles en la larga y desolada noche de invierno, sin amigos ni casa, así lenta, cansada, alegre volvía a mí la luz del alma.

Pero, aparte de esta tendencia al síncope, mi salud general parecía buena, y no hubiera podido percibir que sufría esta enfermedad, a no ser que una peculiaridad de mi *sueño* pudiera considerarse provocada por ella. Al despertarme, nunca podía recobrar en seguida el uso completo de mis facultades, y permanecía siempre durante largo rato en un estado de azoramiento y perplejidad, ya que las facultades mentales en general y la memoria en particular se encontraban en absoluta suspensión.

En todos mis padecimientos no había sufrimiento físico, sino una infinita angustia moral. Mi imaginación se volvió macabra. Hablaba de «gusanos, de tumbas, de epitafios» Me perdía en meditaciones sobre la muerte, y la idea del entierro prematuro se apoderaba de mi mente. El espeluznante peligro al cual estaba expuesto me

obsesionaba día y noche. Durante el primero, la tortura de la meditación era excesiva; durante la segunda, era suprema. Cuando las tétricas tinieblas se extendían sobre la tierra, entonces, presa de los más horribles pensamientos, temblaba, temblaba como las trémulas plumas de un coche fúnebre. Cuando mi naturaleza ya no aguantaba la vigilia, me sumía en una lucha que al fin me llevaba al sueño, pues me estremecía pensando que, al despertar, podía encontrarme metido en una tumba. Y cuando, por fin, me hundía en el sueño, lo hacía sólo para caer de inmediato en un mundo de fantasmas, sobre el cual flotaba con inmensas y tenebrosas alas negras la única, predominante y sepulcral idea.

De las innumerables imágenes melancólicas que me oprimían en sueños elijo para mi relato una visión solitaria. Soñé que había caído en un trance cataléptico de más duración y profundidad que lo normal. De repente una mano helada se posó en mi frente y una voz impaciente, farfullante, susurró en mi oído: «¡Levántate!»

Me incorporé. La oscuridad era total. No podía ver la figura del que me había despertado. No podía recordar ni la hora en que había caído en trance, ni el lugar en que me encontraba. Mientras seguía inmóvil, intentando ordenar mis pensamientos, la fría mano me agarró con fuerza por la muñeca, sacudiéndola con petulancia, mientras la voz farfullante decía de nuevo:

—¡Levántate! ¿No te he dicho que te levantes?

—¿Y tú —pregunté—, quién eres?

—No tengo nombre en las regiones donde habito —replicó la voz tristemente—. Fui un hombre y soy un espectro. Era despiadado, pero soy digno de lástima. Ya ves que tiemblo. Me rechinan los dientes cuando hablo, pero no es por el frío de la noche, de la noche eterna. Pero este horror es insoportable. ¿Cómo puedes dormir *tú* tranquilo? No me dejan descansar los gritos de estas largas agonías. Estos espectáculos son más de lo que puedo soportar. ¡Levántate! Ven conmigo a la noche exterior, y deja que te muestre las tumbas. ¿No es este un espectáculo de dolor?... ¡Mira!

Miré, y la figura invisible que aún seguía apretándome la muñeca consiguió abrir las tumbas de toda la humanidad, y de cada una salían las radiaciones fosfóricas de la descomposición, de forma que pude ver sus más escondidos rincones y los cuerpos amortajados en su triste y solemne sueño con el gusano. Pero, ¡ay!, los que realmente dormían, aunque fueran muchos millones, eran menos que los que no dormían en absoluto, y había una débil lucha, y había un triste y general desasosiego, y de las profundidades de los innumerables pozos salía el melancólico frotar de las vestiduras de los enterrados. Y, entre aquellos que parecían descansar tranquilos, vi que muchos habían cambiado, en mayor o menor grado, la rígida e incómoda postura en que fueron sepultados. Y la voz me habló de nuevo, mientras contemplaba:

—¿No es esto, ¡ah!, acaso un espectáculo lastimoso?

Pero, antes de que encontrara palabras para contestar, la figura había soltado mi muñeca, las luces fosfóricas se extinguieron y las tumbas se cerraron con repentina violencia, mientras de ellas salía un tumulto de gritos desesperados, repitiendo:

«¿No es esto, ¡Dios mío!, acaso un espectáculo lastimoso?»

Fantasías como ésta se presentaban por la noche y extendían su terrorífica influencia incluso en mis horas de vigilia. Mis nervios quedaron destrozados, y fui presa de un horror continuo. Ya no me atrevía a montar a caballo, a pasear, ni a practicar ningún ejercicio que me alejara de casa. En realidad, ya no me atrevía a fiamre de mí lejos de la presencia de los que conocían mi propensión a la catalepsia, por miedo de que, en uno de esos ataques, me enterraran antes de conocer mi estado realmente. Dudaba del cuidado y de la lealtad de mis amigos más queridos. Temía que, en un trance más largo de lo acostumbrado, se convencieran de que ya no había remedio. Incluso llegaba a temer que, como les causaba muchas molestias, quizás se alegraran de considerar que un ataque prolongado era la excusa suficiente para librarse definitivamente de mí. En vano trataban de tranquilizarme con las más solemnes promesas. Les exigía, con los juramentos más sagrados, que en ninguna circunstancia me enterraran hasta que la descomposición estuviera tan avanzada, que impidiese la conservación. Y aun así mis terrores mortales no hacían caso de razón alguna, no aceptaban ningún consuelo. Empecé con una serie de complejas precauciones. Entre otras, mandé remodelar la cripta familiar de forma que se pudiera abrir fácilmente desde dentro. A la más débil presión sobre una larga palanca que se extendía hasta muy dentro de la cripta, se abrirían rápidamente los portones de hierro. También estaba prevista la entrada libre de aire y de luz, y adecuados recipientes con alimentos y agua, al alcance del ataúd preparado para recibirmé. Este ataúd estaba acolchado con un material suave y cálido y dotado de una tapa elaborada según el principio de la puerta de la cripta, incluyendo resortes ideados de forma que el más débil movimiento del cuerpo sería suficiente para que se soltara. Aparte de esto, del techo de la tumba colgaba una gran campana, cuya soga pasaría (estaba previsto) por un agujero en el ataúd y estaría atada a una mano del cadáver. Pero, ¡ay!, ¿de qué sirve la precaución contra el destino del hombre? ¡Ni siquiera estas bien urdidas seguridades bastaban para librarme de las angustias más extremas de la inhumación en vida a un infeliz destinado a ellas!

Llegó una época —como me había ocurrido antes a menudo— en que me encontré emergiendo de un estado de total inconsciencia a la primera sensación débil e indefinida de la existencia. Lentamente, con paso de tortuga, se acercaba el pálido amanecer gris del día psíquico. Un desasosiego aletargado. Una sensación apática de sordo dolor. Ninguna preocupación, ninguna esperanza, ningún esfuerzo. Entonces, después de un largo intervalo, un zumbido en los oídos. Luego, tras un lapso de tiempo más largo, una sensación de hormigueo o comezón en las extremidades; después, un período aparentemente eterno de placentera quietud, durante el cual las sensaciones que se despiertan luchan por transformarse en pensamientos; más tarde, otra corta zambullida

en la nada; luego, un súbito restablecimiento. Al fin, el ligero estremecerse de un párpado; e inmediatamente después, un choque eléctrico de terror, mortal e indefinido, que envía la sangre a torrentes desde las sienes al corazón. Y entonces, el primer esfuerzo por pensar. Y entonces, el primer intento de recordar. Y entonces, un éxito parcial y evanescente. Y entonces, la memoria ha recobrado tanto su dominio, que, en cierta medida, tengo conciencia de mi estado. Siento que no me estoy despertado de un sueño corriente. Recuerdo que he sufrido de catalepsia. Y entonces, por fin, como si fuera la embestida de un océano, el único peligro horrendo, la única idea espectral y siempre presente abruma mi espíritu estremecido.

Unos minutos después de que esta fantasía se apoderase de mí, me quedé inmóvil. ¿Y por qué? No podía reunir valor para moverme. No me atrevía a hacer el esfuerzo que desvelara mi destino, sin embargo algo en mi corazón me susurraba que *era seguro*. La desesperación —tal como ninguna otra clase de desdicha produce—, sólo la desesperación me empujó, después de una profunda duda, a abrir mis pesados párpados. Los levanté. Estaba oscuro, todo oscuro. Sabía que el ataque había terminado. Sabía que la situación crítica de mi trastorno había pasado. Sabía que había recuperado el uso de mis facultades visuales, y, sin embargo, todo estaba oscuro, oscuro, con la intensa y absoluta falta de luz de la noche que dura para siempre.

Intenté gritar, y mis labios y mi lengua reseca se movieron convulsivamente, pero ninguna voz salió de los cavernosos pulmones, que, oprimidos como por el peso de una montaña, jadeaban y palpitaban con el corazón en cada inspiración laboriosa y difícil.

El movimiento de las mandíbulas, en el esfuerzo por gritar, me mostró que estaban atadas, como se hace con los muertos. Sentí también que yacía sobre una materia dura, y algo parecido me apretaba los costados. Hasta entonces no me había atrevido a mover ningún miembro, pero al fin levanté con violencia mis brazos, que estaban estirados, con las muñecas cruzadas. Chocaron con una materia sólida, que se extendía sobre mi cuerpo a no más de seis pulgadas de mi cara. Ya no dudaba de que reposaba al fin dentro de un ataúd.

Y entonces, en medio de toda mi infinita desdicha, vino dulcemente la esperanza, como un querubín, pues pensé en mis precauciones. Me retorcí e hice espasmódicos esfuerzos para abrir la tapa: no se movía. Me toqué las muñecas buscando la soga: no la encontré. Y entonces mi consuelo huyó para siempre, y una desesperación aún más inflexible reinó triunfante pues no pude evitar percetarme de la ausencia de las almohadillas que había preparado con tanto cuidado, y entonces llegó de repente a mis narices el fuerte y peculiar olor de la tierra húmeda. La conclusión era irresistible. No estaba en la cripta. Había caído en trance lejos de casa, entre desconocidos, no podía recordar cuándo y cómo, y ellos me habían enterrado como a un perro, metido en algún ataúd común, cerrado con clavos, y arrojado bajo tierra, bajo tierra y para siempre, en alguna *tumba* común y anónima.

Cuando este horrible convencimiento se abrió paso con fuerza hasta lo más íntimo de mi alma, luché una vez más por gritar. Y este segundo intento tuvo éxito. Un largo, salvaje y continuo grito o alarido de agonía resonó en los recintos de la noche subterránea.

—Oye, oye, ¿qué es eso? —dijo una áspera voz, como respuesta.

—¿Qué diablos pasa ahora? —dijo un segundo.

—¡Fuera de ahí! —dijo un tercero.

—¿Por qué aúlla de esa manera, como un gato montés? —dijo un cuarto.

Y entonces unos individuos de aspecto rudo me sujetaron y me sacudieron sin ninguna consideración. No me despertaron del sueño, pues estaba completamente despierto cuando grité, pero me devolvieron la plena posesión de mi memoria.

Esta aventura ocurrió cerca de Richmond, en Virginia. Acompañado de un amigo, había bajado, en una expedición de caza, unas millas por las orillas del río James. Se acercaba la noche cuando nos sorprendió una tormenta. La cabina de una pequeña chalupa anclada en la corriente y cargada de tierra vegetal nos ofreció el único refugio asequible. Le sacamos el mayor provecho posible y pasamos la noche a bordo. Me dormí en una de las dos literas; no hace falta describir las literas de una chalupa de sesenta o setenta toneladas. La que yo ocupaba no tenía ropa de cama. Tenía una anchura de dieciocho pulgadas. La distancia entre el fondo y la cubierta era exactamente la misma. Me resultó muy difícil meterme en ella. Sin embargo, dormí profundamente, y toda mi visión —pues no era ni un sueño ni una pesadilla— surgió naturalmente de las circunstancias de mi postura, de la tendencia habitual de mis pensamientos, y de la dificultad, que ya he mencionado, de concentrar mis sentidos y sobre todo de recobrar la memoria durante largo rato después de despertarme. Los hombres que me sacudieron eran los tripulantes de la chalupa y algunos jornaleros contratados para descargarla. De la misma carga procedía el olor a tierra. La venda en torno a las mandíbulas era un pañuelo de seda con el que me había atado la cabeza, a falta de gorro de dormir.

Las torturas que soporté, sin embargo, fueron indudablemente iguales en aquel momento a las de la verdadera sepultura. Eran de un horror inconcebible, increíblemente espantosas; pero del mal procede el bien, pues su mismo exceso provocó en mi espíritu una reacción inevitable. Mi alma adquirió temple, vigor. Salí fuera. Hice ejercicios duros. Respiré aire puro. Pensé en más cosas que en la muerte. Abandoné mis textos médicos. Quemé el libro de Buchan. No leí más *Pensamientos nocturnos*, ni grandilocuencias sobre cementerios, ni cuentos de miedo como éste. En muy poco tiempo me convertí en un hombre nuevo y viví una vida de hombre. Desde, aquella noche memorable descarté para siempre mis aprensiones sepulcrales y con ellas se desvanecieron los achaques catalépticos, de los cuales quizá fueran menos consecuencia que causa.

Hay momentos en que, incluso para el sereno ojo de la razón, el mundo de nuestra triste humanidad puede parecer el infierno, pero la imaginación del hombre no es

Caratis para explorar con impunidad todas sus cavernas. ¡Ay!, la torva legión de los terrores sepulcrales no se puede considerar como completamente imaginaria, pero los demonios, en cuya compañía Afrasiab hizo su viaje por el Oxus, tienen que dormir o nos devorarán..., hay que permitirles que duerman, o pereceremos.

Revelación mesmérica

Mesmeric revelation, 1844

Aunque la teoría del mesmerismo esté aún envuelta en dudas, sus sobrecogedoras realidades son ya casi universalmente admitidas. Los que dudan de éstas pertenecen a la casta inútil y despreciable de los que dudan por pura profesión. No hay mejor manera de perder el tiempo que proponerse probar en la actualidad que el hombre, por el simple ejercicio de su voluntad, puede impresionar a su semejante al punto de sumirlo en un estado anormal cuyas manifestaciones se parecen estrechamente a las de la muerte, o por lo menos en mayor grado que cualquier otro fenómeno conocido en condiciones normales; que, en ese estado, la persona así influida utiliza sólo con esfuerzo y en consecuencia débilmente los órganos exteriores de los sentidos y, sin embargo, percibe con agudeza y refinamiento, y por vías presuntamente desconocidas, cosas que están más allá del alcance de los órganos físicos; que, además, sus facultades intelectuales se hallan en un maravilloso estado de exaltación y fuerza; que las simpatías con la persona que así influye sobre ella son profundas, y, finalmente, que su susceptibilidad de impresión va en aumento gradual, al tiempo que en la misma proporción, se extienden y acentúan cada vez más los peculiares fenómenos producidos.

Digo que sería superfluo demostrar las leyes del mesmerismo en sus rasgos generales; tampoco infligiré a mis lectores una demostración hoy tan innecesaria. Mi propósito es, en verdad, muy otro. Me siento impelido, aun enfrentándome de esta manera con un mundo de prejuicios, a detallar sin comentarios el notabilísimo diálogo que sostuve con un hipnotizado.

Hacía mucho tiempo que tenía la costumbre de hipnotizar a la persona en cuestión (Mr. Vankirk), en quien se habían manifestado la aguda susceptibilidad y la exaltación habituales en la percepción mesmérica. Desde varios meses atrás, Mr. Vankirk padecía una tisis declarada y mis pases habían aliviado sus efectos más penosos; la noche del miércoles 15 del mes actual fui llamado a su cabecera.

El enfermo sufría un dolor agudo en la región cordial y respiraba con gran dificultad, presentando todos los síntomas comunes del asma. En espasmos como aquél generalmente le proporcionaba alivio la aplicación de mostaza en los centros nerviosos, pero esa noche el recurso había resultado inútil.

Cuando entré en su habitación me recibió con una sonrisa jovial, y aunque evidentemente sus dolores físicos eran grandes, su ánimo parecía muy tranquilo.

«Lo mandé buscar esta noche —dijo— no tanto para que mitigara mi dolencia como para que me explicara ciertas impresiones psíquicas que últimamente me han causado gran ansiedad y sorpresa. No necesito decirle cuán escéptico he sido hasta hoy con

respecto a la inmortalidad del alma. No puedo negar que siempre ha existido, quizá en esa misma alma que he negado, una especie de vago sentimiento de su propia existencia. Pero esta especie de sentimiento no llegó en ningún instante a la convicción. Era cosa que nada tenía que ver con la razón. Todas las tentativas de investigación lógica me dejaban, a decir verdad, más escéptico que antes. Me aconsejaron que estudiara a Cousin. Lo estudié en sus obras, así como en sus repercusiones europeas y americanas. El Charles Elwood de Mr.. Brownson, por ejemplo, cayó en mis manos. Lo leí con profunda atención. Lo encontré lógico de una punta a la otra, pero las partes que no eran simplemente lógicas constituían, desgraciadamente, los argumentos iniciales del incrédulo héroe del libro. En sus conclusiones me pareció evidente que el razonador no había logrado siquiera convencerse a sí mismo. El final había olvidado por completo el principio, cauro el gobierno de Trínculo. En una palabra: no tardé en advertir que, si el hombre ha de persuadirse intelectualmente de su propia inmortalidad, nunca lo logrará por las meras abstracciones que durante tanto tiempo han constituido el método de los moralistas de Inglaterra, Francia y Alemania. Las abstracciones pueden ser una diversión y un ejercicio, pero no se posesionan de la mente. Aquí, en la tierra por lo menos, la filosofía, estoy convencido, siempre nos pedirá en vano que consideremos las cualidades como cosas. La voluntad puede asentir; el alma, el intelecto, nunca.

Repite, pues, que sólo había sentido a medias, pero nunca creí intelectualmente. Mas en los últimos tiempos el sentimiento se ha ahondado hasta parecerse tanto a la aquiescencia de la razón, que me resulta difícil distinguirlos. Creo también poder atribuir este efecto simplemente a la influencia mesmérica. No sé explicar mejor mi pensamiento que por la hipótesis de que la exaltación mesmérica me capacita para percibir una serie de razonamientos que en mi existencia normal son convincentes, pero que, en total acuerdo con los fenómenos mesméricos, no se extienden, salvo en su efecto, a mi estado normal. En el estado hipnótico, el razonamiento y la conclusión, la causa y el efecto están presentes a un tiempo. En mi estado natural, la causa se desvanece; únicamente el efecto, y quizá sólo en parte, permanece.

Estas consideraciones me han llevado a pensar que podrían obtenerse algunos buenos resultados dirigiéndome, mientras estoy mesmerizado, una serie de preguntas bien encaminadas. Usted ha observado a menudo el profundo conocimiento de sí mismo que demuestra el hipnotizado, el amplio saber que despliega sobre todo lo concerniente al estado mesmérico, y de este conocimiento de sí mismo pueden deducirse indicaciones para la adecuada confección de un cuestionario.

Accedí, claro está, a realizar este experimento. Unos pocos pasos sumieran a Mr. Vankirk en el sueño mesmérico. Su respiración se hizo inmediatamente más fácil y parecía no padecer ninguna incomodidad física. Entonces se produjo la siguiente conversación (en el diálogo, V. representa al paciente y P. soy yo):

P.— ¿Duerme usted?

V.— Sí..., no; preferiría dormir más profundamente.

P.—(Después de algunos pases.) ¿Duerme ahora?

V.—Sí.

P.—¿Cómo cree que terminará su enfermedad?

V.—(Después de una larga vacilación y hablando como con esfuerzo.) Moriré.

P.—¿Le aflige la idea de la muerte?

V.—(Muy rápido.) ¡No..., no!

F.—¿Le desagrada esta perspectiva?

V.—Si estuviera despierto me gustaría morir, pero ahora no tiene importancia. El estado mesmérico se avecina lo bastante a la muerte como para satisfacerme.

P.—Me gustaría que se explicara, Mr. Vankirk.

V.—Quisiera hacerlo, pero requiere más esfuerzo del que me siento capaz. Usted no me interroga correctamente.

P.—Entonces, ¿qué debo preguntarle?

V.—Debe comenzar por el principio.

P.—¡El principio! Pero, ¿dónde está el principio?

V.—Usted sabe que el principio es Dios. (Esto fue dicho en tono bajo, vacilante, y con todas las señales de la más profunda veneración.)

P.—Pero, ¿qué es Dios?

V.—(Vacilando durante varios minutos.) No puedo decirlo.

P.—Dios, ¿no es espíritu?

V.—Mientras estaba despierto, yo sabía lo que usted quiere decir con «espíritu», pero ahora me parece sólo una palabra, tal como, por ejemplo, verdad, belleza; una cualidad, quiero decir.

P.—Dios, ¿no es inmaterial?

V.—No hay inmaterialidad; ésta es una simple palabra. Lo que no es materia no es nada, a menos que la, cualidades sean cosas.

P.—Entonces, ¿Dios es material?

V.—No. (Esta respuesta me sobrecogió.)

P.—¿Y qué es?

V.—(Después de una larga pausa, entre dientes.) Lo veo... pero es una cosa difícil de decir. (Otra larga pausa.) No es espíritu, pues existe. Tampoco es materia, como usted la entiende. Pero hay gradaciones de la materia de las que el hombre nada sabe, en que la más basta impulsa a la más sutil, la más sutil invade la más basta. La atmósfera, por ejemplo, impulsa el principio eléctrico, mientras el principio eléctrico penetra la atmósfera. Estas gradaciones de la materia crecen en tenuidad o sutileza hasta que llegamos a una materia indivisa —sin partículas—, indivisible —una— y aquí la ley de la impulsión y de la penetración se modifica. La materia última o indivisa no sólo penetra todas las cosas, sino que las impulsa, y de esta manera es todas las cosas en sí misma. Esta materia es Dios. Lo que el hombre intenta formular con la palabra «pensamiento» es esta materia en movimiento.

P.—Los metafísicos sostienen que toda acción es reductible a movimiento y pensamiento, y que el último es el origen del primero.

V.—Sí, y ahora veo la confusión de la idea. El movimiento es la acción de lamente, no del pensamiento. La materia indivisa o Dios, en reposo, es (en la medida en que podemos concebirlo) lo que los hombres llaman mente. Y el poder de automovimiento (equivalente en efecto a la volición humana) es, en la materia indivisa, el resultado de su unidad y de su omni-predominancia; cómo, no lo sé, y ahora veo claramente que nunca lo sabré. Pero la materia indivisa, puesta en movimiento por una ley o cualidad existente en sí misma, es el pensamiento.

P.—¿No puede darme una idea más precisa de lo que usted designa materia indivisa?

V.—Las materias que el hombre conoce escapan gradualmente a los sentidos. Tenemos, por ejemplo, un metal, un trozo de madera, una gota de agua, la atmósfera, el gas, el calor, la electricidad, el éter luminoso. Ahora bien, llamamos materia a todas esas cosas, y abarcamos toda la materia en una definición general; sin embargo, no puede haber dos ideas más esencialmente distintas que la que referimos a un metal y la que referimos al éter luminoso. Cuando llegamos al último, sentimos una inclinación casi irresistible a clasificarlo con el espíritu o con la nada. La única consideración que nos detiene es nuestra idea de su constitución atómica, y aun aquí debemos pedir ayuda a nuestra noción de átomo como algo infinitamente pequeño, sólido, palpable, pesado. Destruyamos la idea de la constitución atómica y ya no seremos capaces de considerar el éter como una entidad o, por lo menos, como materia. A falta de una palabra mejor podríamos designarlo espíritu. Demos ahora un paso más allá del éter luminoso, concibamos una materia mucho más sutil que el éter, así como el éter es más sutil que el metal, y llegamos en seguida (a pesar de todos los dogmas escolásticos) a una masa única, a una materia indivisa. Pues, aunque admitamos una infinita pequeñez en los átomos mismos, la infinita pequeñez de los espacios interatómicos es un absurdo. Habrá un punto, habrá un grado de sutileza en el cual, si los átomos son suficientemente numerosos, los interespacios desaparecerán y la masa será absolutamente una. Pero al dejar de lado ahora la idea de la constitución atómica, la naturaleza de la masa se deslizará inevitablemente a nuestra concepción del espíritu. Está claro, sin embargo, que es tan materia como antes. La verdad es que resulta imposible concebir el espíritu, puesto que es imposible imaginar lo que no es. Cuando nos jactamos de haber llegado a concebirlo, hemos engañado simplemente nuestro entendimiento ton la consideración de una materia infinitamente rarificada.

P.—Me parece que hay una objeción insuperable a la idea de la absoluta unidad, y ella es la ligerísima resistencia experimentada por los cuerpos celestes en sus revoluciones a través del espacio, resistencia que ahora sabemos, es verdad, existe en cierto grado, pero que, sin embargo, es tan ligera que aun la sagacidad de Newton la pasó por alto. Sabemos que la resistencia de los cuerpos es principalmente

proporcionada a su densidad. La unidad absoluta es la densidad absoluta. Donde no hay interespacios no puede haber paso. Un éter absolutamente denso detendría de una manera infinitamente más efectiva la marcha de una estrella que un éter de diamante o de acero.

V.—Su objeción se contesta con una facilidad que está casi en proporción con su aparente irrefutabilidad. Con respecto a la marcha de una estrella, no puede haber diferencia entre que la estrella pase a través del éter o el éter a través de ésta. No hay error astronómico más inexplicable que el que relaciona el conocido retardo de los cometas con la idea de su paso a través del éter, pues por sutil que se suponga ese éter detendría toda revolución sideral en un período mucho más breve que el admitido por esos astrónomos, quienes han intentado suprimir un punto que consideraban imposible de entender. El retardo experimentado es, por el contrario, aproximadamente el mismo que puede esperarse de la fricción del éter en el pasaje instantáneo a través del astro. En un caso, la fuerza de retardo es momentánea y completa en sí misma; en el otro, es infinitamente acumulativa.

P.—Pero en todo esto, en esta identificación de la simple materia con Dios, ¿no hay nada de irreverencia? (Me vi obligado a repetir esta pregunta antes de que el hipnotizado comprendiera cabalmente su sentido.)

V.—¿Puede usted decir por qué la materia ha de ser menos reverenciada que la mente? Usted olvida que la materia de la cual hablo es, en todo sentido, la verdadera «mente» o «espíritu» de las escuelas, sobre todo en lo que concierne a sus elevadas propiedades, y es, al mismo tiempo, la «materia» para estas escuelas. Dios, con todos los poderes atribuidos al espíritu, es tan sólo la perfección de la materia.

P.—¿Afirma usted, entonces, que la materia indivisa, en movimiento, es pensamiento?

V.—En general, el movimiento es el pensamiento universal de la mente universal. Este pensamiento crea. Todas las cosas creadas no son sino los pensamientos de Dios.

P.—Usted dice «en general».

V.—Sí. La mente universal es Dios. Para las nuevas individualidades es necesaria la materia.

P.—Pero usted habla ahora de «mente» y de «materia» como lo hacen los metafísicos.

V.—Sí, para evitar la confusión. Cuando digo «mente» me refiero a la materia indivisa o última; cuando digo «materia» me refiero a todo lo demás.

P.—Usted decía que «para las nuevas individualidades es necesaria la materia».

V.—Sí, pues la mente, en su existencia incorpórea, es simplemente Dios. Para crear los seres individuales, pensantes, era necesario encarnar porciones de la mente divina. Así es individualizado el hombre. Despojado de su envoltura corporal sería Dios. El movimiento particular de las porciones encarnadas de la materia indivisa es el pensamiento del hombre, así como el movimiento del todo es el de, Dios.

P.—¿Dice usted que despojado de su envoltura corporal el hombre sería Dios?

V.—(Después de mucho vacilar.) No pude haber dicho eso; es un absurdo.

P.—(Recurriendo a mis notas.) Usted dijo que «despojado de su envoltura corporal el hombre sería Dios».

V.—Y es verdad. El hombre así despojado sería Dios, sería desindividualizado. Pero no puede despojarse jamás de esa manera —por lo menos nunca podrá—, a menos que imaginemos una acción de Dios que vuelve sobre sí misma, una acción inútil, sin finalidad. El hombre es una criatura. Las criaturas son pensamientos de Dios. Está en la naturaleza del pensamiento ser irrevocable.

P.—No comprendo. ¿Usted dice que el hombre nunca podrá desprenderse de su cuerpo?

V.—Digo que nunca será incorpóreo.

P.—Explíquese.

V.—Hay dos cuerpos: el rudimentario y el completo, que corresponden a las dos condiciones de la crisálida y la mariposa. Lo que llamamos <muerte> es tan sólo la penosa metamorfosis. Nuestra presente encarnación es progresiva, preparatoria, temporaria. Nuestro futuro es perfecto, definitivo, inmortal. La vida definitiva constituye la finalidad absoluta.

P.—Pero de la metamorfosis de la crisálida tenemos un conocimiento palpable.

V.—Nosotros sí, pero la crisálida no. La materia que compone nuestro cuerpo rudimentario está al alcance de los órganos de este cuerpo; o, más claramente, nuestros órganos rudimentarios se adaptan a la materia que forma el cuerpo rudimentario, pero no al que compone el cuerpo definitivo. Este escapa así a nuestros sentidos rudimentarios, y sólo percibimos la envoltura que cae al morir, desprendiéndose de la forma interior, no esa misma forma interior; pero esta última, así como la envoltura, es apreciable para los que ya han adquirido la vida definitiva.

P.—Usted ha dicho a menudo que el estado mesmérico se asemeja estrechamente a la muerte. ¿Cómo es eso?

V.—Cuando digo que se parece a la muerte, aludo a que se asemeja a la vida definitiva, pues cuando estoy en trance los sentidos de mi vida rudimentaria quedan en suspenso y percibo las cosas exteriores directamente, sin órganos, a través de un intermediario que emplearé ea la vida definitiva, inorganizada.

P.—¿Inorganizada?

V.—Sí; los órganos son mecanismos mediante los cuales el individuo se pone en relación sensible con clases y formas particulares de materia, con exclusión de otras clases y formas. Los órganos del hombre están adaptados a esta condición rudimentaria y sólo a ésta; siendo inorganizada su condición última, su comprensión es ilimitada en todos los órdenes, salvo en uno: la naturaleza de la voluntad de Dios, es decir, el movimiento de la materia indivisa. Usted tendrá una idea clara del cuerpo definitivo concibiéndolo como si fuera todo cerebro. No es eso; pero una concepción de esta

naturaleza lo acercará a la comprensión de su ser. Un cuerpo luminoso imparte vibración al éter. Las vibraciones engendran otras similares dentro de la retina; éstas comunican otras al nervio óptico. El nervio envía otras al cerebro, y el cerebro otras a la materia indivisa que lo penetra. El movimiento de esta última es el pensamiento, cuya primera ondulación es la percepción. De esta manera la mente de la vida rudimentaria se comunica con el mundo exterior, y este mundo exterior está limitado, para la vida rudimentaria, por la idiosincrasia de sus órganos. Pero en la vida definitiva, inorganizada, el mundo exterior llega al cuerpo entero (que es de una sustancia afín al cerebro, como he dicho), sin otra intervención que la de un éter infinitamente más sutil que el luminoso; y todo el cuerpo vibra al unísono con este éter, poniendo en movimiento la materia indivisa que lo penetra. A la ausencia de órganos especiales debemos atribuir, además, la casi ilimitada percepción propia de la vida definitiva. En los seres rudimentarios los órganos son las jaulas necesarias para encerrarlos hasta que tengan alas.

P.—Usted habla de «seres» rudimentarios. ¿Hay otros seres pensantes rudimentarios además del hombre?

V.—Las numerosas acumulaciones de materia sutil en nebulosas, planetas, soles y otros cuerpos que no son ni nebulosas, ni soles, ni planetas tienen la única finalidad de dar pábulo a los distintos órganos de infinidad de seres rudimentarios. De no ser por la necesidad de la vida rudimentaria, previa a la definitiva, no hubiera habido cuerpos como éstos. Cada uno de ellos es ocupado por una variedad distinta de criaturas orgánicas, rudimentarias, pensantes. En todas los órganos varían según los caracteres del lugar ocupado. A la muerte o metamorfosis, estas criaturas que gozan de la vida definitiva —la inmortalidad— y conocen todos los secretos, salvo uno, actúan y se mueven en todas partes por simple volición; habitan, no en las estrellas, que nosotros consideramos las únicas cosas palpables para cuya distribución ciegamente juzgamos creado el espacio, sino el espacio mismo, ex infinito cuya inmensidad verdaderamente sustancial se traga las estrellas al igual que sombras, borrándolas como no entidades de la percepción de los ángeles.

P.—Usted dice que, «de no ser por la necesidad de la vida rudimentaria, no hubiera habido estrellas. ¿Pero por qué esta necesidad?

V.—En la vida inorgánica, así como generalmente en la materia inorgánica, no hay nada que impida la acción de una única y simple ley, la Divina Volición. La vida orgánica y la materia (complejas, sustanciales y sometidas a leyes) fueron creadas con el propósito de producir un impedimento.

P.—Pero de nuevo, ¿qué necesidad había de producir ese impedimento?

V.—El resultado de la ley inviolada es perfección, justicia, felicidad negativa. El resultado de la ley violada —es imperfección, injusticia, dolor positivo. Por medio de los impedimentos que brindan el número, la complejidad y la sustancialidad de las leyes de la vida orgánica y de la materia, la violación de la ley resulta, hasta cierto punto,

practicable. Así el dolor, que es imposible en la vida inorgánica, es posible en la orgánica.

P.—¿Pero cuál es el propósito benéfico que justifica la existencia del dolor?

V.—Todas las cosas son buenas o malas por comparación. Un análisis suficiente mostrará que el placer, en todos los casos, es tan sólo el reverso del dolor. El placer positivo es una simple idea. Para ser felices hasta cierto punto, debemos haber padecido hasta ese mismo punto. No sufrir nunca sería no haber sido nunca dichoso. Pero x ha demostrado que en la vida inorgánica no puede existir dolor; de ahí su necesidad en la orgánica. El dolor de la vida primitiva en la tierra es la única garantía de beatitud para la vida definitiva en el cielo.

P.—Todavía hay una de sus expresiones que me resulta imposible comprender: «la inmensidad verdaderamente sustancial del infinito.

V.—Ello es quizá porque no tiene usted una noción suficientemente genérica del término «sustancia». No debemos considerarla una cualidad, sino un sentimiento: es la percepción, en los seres pensantes, de la adaptación de la materia a su organización. Hay muchas cosas en la tierra que nada serían para los habitantes de Venus, muchas cosas visibles y tangibles en Venus cuya existencia seríamos incapaces de apreciar. Pero, para los seres inorgánicos, para los ángeles, la totalidad de la materia indivisa es sustancia, es decir, la totalidad de lo que designamos «espacio» es para ellos la sustancialidad más verdadera; al mismo tiempo las estrellas, en lo que consideramos su materialidad, escapan al sentido angélico, de la misma manera que la materia indivisa, en lo que consideramos su inmaterialidad, se evade de lo orgánico.

Mientras el hipnotizado pronunciaba estas últimas palabras con voz débil, observé en su fisonomía una singular expresión que me alarmó un poco y me indujo a despertarlo en seguida. No bien lo hube hecho, con una brillante sonrisa que iluminó todas sus facciones cayó de espaldas sobre la almohada y expiró. Observé que, menos de un minuto después, su cuerpo tenía toda la severa rigidez de la piedra. Su frente estaba fría como el hielo. Parecía haber sufrido una larga presión de la mano de Azrael. El hipnotizado, durante la última parte de su discurso, ¿se había dirigido a mí desde la región de las sombras?

La caja oblonga

The oblong box, 1844

Hace algunos años reservé una plaza para viajar desde Charleston a la ciudad de Nueva York en el bonito paquebote Independence, del capitán Hardy. Zarparíamos el día 15 de Junio si el tiempo lo permitía; y el día 14 subí a bordo para arreglar algunas cosas en mi camarote.

Me enteré de que los pasajeros iban a ser numerosos y que figurarían entre ellos un numero de damas mayor que el de costumbre. En la lista aparecían los nombres de algunas de mis amistades y entre otros me alegré de ver al señor Cornelius Wyatt, un joven artista hacia el que yo sentía cálida amistad. Había sido condiscípulo mío en la Universidad de C... en la que éramos, además, íntimos amigos. Poseía el temperamento ordinario del genio y era una autentica mezcla de misantropía, sensibilidad y entusiasmo. A estas cualidades unía el mejor corazón que jamás haya latido en pecho humano.

Observé que su nombre figuraba en tres tarjetas adheridas al dintel de tres camarotes; y al consultar nuevamente la lista de pasajeros, vi que había reservado plaza para él, para su esposa y para dos hermanas suyas. Los camarotes eran suficientemente espaciosos y cada uno de ellos tenía dos literas, una sobre la otra. Por supuesto, estas literas eran tan estrechas que en ellas no cabía más de una persona. Aun así, no podía comprender por qué se habían reservado tres camarotes para aquellas cuatro personas. En aquella época me hallaba yo en uno de esos momentos en los que el hombre se siente anormalmente curioso por cualquier cosa, y confieso, con vergüenza, que me entretuve en hacer una serie de conjeturas malas y buenas sobre aquel asunto del exceso de camarotes. Por supuesto que nada de aquello era cosa mía; mas no por ello insistí menos en tratar de resolver el enigma. Por fin llegué a una conclusión que me hizo preguntarme cómo no lo había pensado antes.

"Se trataba de algún sirviente —me dije—. ¡Qué estúpido no haber caído antes en una solución tan evidente!" y una vez más, consulté la lista..., pero allí no vi el nombre de ningún sirviente que formara parte del grupo, aunque sí me fije en que, al parecer, había anotado "y un criado" y luego se habían tachado las palabras.

"¡Oh, se tratará de equipaje extra! —me dije a continuación—. Algo que el desea no se almacene en las bodegas, algo que desea vigilar personalmente... ¡Ah! Ya lo tengo, seguramente se tratará de algún cuadro o así, y esto es lo que debió estar tratando con Nicolino, el judío italiana."

Esta idea me satisfizo, y por el momento, abandoné mi curiosidad.

Yo conocía muy bien a las dos hermanas de Wyatt, dos muchachas muy amables e inteligentes. Wyatt estaba recién casado, pero yo todavía no conocía a su esposa. El me había hablado muy a menudo de ella, sin embargo, y arrastrado por el entusiasmo habitual que dedicaba a todas sus cosas, me la había descrito como mujer de sorprendente belleza, inteligencia y educada. Por lo tanto yo estaba deseando conocerla personalmente.

En el día en que yo visite el barco, día 14, Wyatt y su familia también lo visitarían – así me informó el capitán – y esperé a bordo una hora más del tiempo que yo tenía pensado con la esperanza de ser presentado a la reciente esposa, pero entonces llegó hasta mí una nota de disculpa:

"La señora Wyatt se hallaba un poco indisposta y no embarcará hasta el día siguiente, a la hora de zarpar."

Había llegado el día siguiente y yo me dirigía desde el hotel al muelle cuando me encontré con el capitán Hardy, quien me dijo que "debido a ciertas circunstancias (frase estúpida, pero conveniente), había decidido que el Independence no zarpase hasta dentro de un día o dos y que cuando todo estuviese preparado me lo haría saber". Pensé que esto era extraño, ya que en aquellos momentos soplaba una buena brisa del sur, pero como las circunstancias no se revelaron, por mucho que insistí sobre ello, no me quedó más remedio que regresar al hotel y rumiar en solitario mi impaciencia.

No recibí el esperado mensaje del capitán hasta que transcurrió una semana. Inmediatamente fui a bordo. El buque estaba abarrotado de pasajeros y por todas partes se evidenciaba el bullicio de una pronta salida del puerto. El grupo de Wyatt llegó diez minutos después de haberlo hecho yo. Allí estaban las dos hermanas, la esposa y el artista; éste último, al parecer, abrumado por una de sus "venas" de misantropía. Sin embargo, yo ya estaba muy acostumbrado a su temperamento para concederle alguna importancia. Ni siquiera me presentó a su esposa –esta cortesía corrió a cargo de su hermana Marian–, dulce e inteligente muchacha, quien, con pocas y apresuradas palabras, hizo la presentación.

La señora Wyatt ocultaba su rostro tras espeso velo y cuando lo alzó, ante mi cortés inclinación, confieso que me quede profundamente asombrado. Por supuesto, habría sentido en tales momentos un asombro mucho mayor de no haber estado acostumbrado a las entusiásticas descripciones de mi amigo, el artista, cuando las dedicaba a alguna mujer. Y si el tema era la belleza también conocía yo con cuánta facilidad se dejaba arrastrar hacia las regiones de lo profundamente ideal.

Lo cierto es que no podía yo considerar a la señora Wyatt más que como una mujer corriente, de aspecto vulgar. Aunque no positivamente fea, creo que no estaba muy lejos de serlo. Sin embargo, vestía con gusto exquisito, y entonces no me cupo la menor duda de que la mujer había conquistado el corazón de mi amigo por las duraderas gracias del

intelecto y del alma. La mujer pronunció muy pocas palabras e inmediatamente se retiró a su camarote con el señor Wyatt.

Entonces se apoderó de mí, una vez más, la curiosidad. No había "sirvientes", esto estaba ya claro. Por lo tanto, esperé a que llegara el equipaje. Éste, tras alguna demora, llegó al muelle. Un carro transportando una oblonga caja de pino; esto parecía ser todo. Tras embarcar la extraña caja, el buque zarpó enseguida y al cabo de poco tiempo habíamos atravesado la barra para salir a alta mar.

La caja en cuestión, repito, era oblonga. Tenía unos seis pies de longitud por dos y medio de anchura. La observé cuidadosamente y por esto deseó ser preciso. Ahora bien, esta forma era "peculiar". Y tan pronto como la vi, casi me felicité a mí mismo por haber acertado en mis suposiciones. Se recordará que había llegado a la conclusión de que extra de mi amigo, el artista, estaría formado por cuadros, o por lo menos un cuadro; pues yo sabía que desde hacia unas semanas estaba en contacto con Nicolino... y ahora allí estaba aquella caja que, por su forma, no podía contener otra cosa que no fuese una copia de La Última Cena, de Leonardo da Vinci; y yo sabía que desde hacía algún tiempo, Nicolino poseía una copia de esta Última Cena pintada por Rubini, el joven, en Florencia. Por lo tanto, aquel punto quedaba aclarado. Cloqueé con la garganta un par de veces cuando pense en mi agudeza mental. Era la primera vez — al menos así yo lo creía — que Wyatt me ocultaba uno de sus secretos artísticos; era, pues, evidente, que estaba tratando de evitar mi curiosidad y contrabandear el hermoso cuadro llevándolo hasta Nueva York, ante mis propias narices; y esperando sin duda alguna que yo no intuyera nada del asunto. Resolví seguir su juego y a la vez chancearme de él a placer.

Sin embargo, hubo una cosa que me molestó un poco. La caja no fue a parar al camarote extra. Quedó depositada en el propio camarote de Wyatt, y allí permaneció ocupando casi la totalidad del suelo, sin duda molestando mucho al artista y a su esposa, mucho más aún debido a la brea o pintura que aparecía en el rotulo de la caja en forma de grandes letras, pintura que emitía, al menos para mí, un olor fuerte y desagradable. Sobre la caja se leía: "Señora Adelaide Curtis. Albany, Nueva York. Envío de Cornelius Wyatt, esq. Este costado hacia arriba. Manéjese con cuidado."

También yo sabía que la señora Adelaide Curtis, de Albany, era la madre de la esposa del artista, pero en aquel instante consideré la dirección en cuestión como una mixtificación dirigida especialmente a mi persona. Decidí, sin embargo, que la caja y su contenido nunca llegarían más al norte del país que el punto donde se encontraba el estudio de mi amigo, en Chambers Street, Nueva York.

Durante los primeros tres o cuatro días disfrutamos de muy buen tiempo, aunque el viento había amainado mucho en cuanto perdimos la costa de vista. Consecuentemente, los pasajeros mostraban un magnífico espíritu jovial. Sin embargo, debo exceptuarme yo, Wyatt y sus hermanas, que se comportaban muy rígidamente, y a mi parecer, poco cortésmente con el resto de la gente. No me extrañaba nada la conducta de Wyatt. Se mostraba tristón, incluso más que de costumbre, pero su comportamiento repito que

para mi no tenía nada de particular porque ya lo conocía. Sin embargo, yo no hallaba excusas para el caso de sus hermanas. Se encerraron en sus camarotes durante la mayor parte de la travesía y se negaron totalmente, a pesar de mis esfuerzos, a relacionarse con nadie a bordo.

La señora Wyatt se mostraba mucho más agradable. Es decir, se mostraba más bien "locuaz" y el ser locuaz no es cosa recomendable en el mar. Intimaba "excesivamente" con la mayor parte de las damas; y ante mi profundo asombro, mostraba también cierta disposición a coquetear con los caballeros. Nos divertía a todos mucho. Digo "divertía", y apenas sé cómo explicar esto. La verdad es que muy pronto supe que la gente se reía más "de ella" que "con ella". Los caballeros decían muy pocas cosas de ella; pero las damas, de vez en cuando, la declaraban mujer "de buen corazón, de aspecto indiferente, ineducada y decididamente vulgar". Lo verdaderamente extraño era cómo Wyatt había aceptado semejante unión. La riqueza parecía ser la lógica respuesta, pero yo también sabía que no lo era; porque Wyatt me había dicho que su esposa no tenía un solo dólar ni esperanzas de tenerlo. Dijo que se había casado porque la amaba, "por amor, y solamente por amor, y que su esposa era digna de algo mucho más valioso que su amor". Cuando yo pensaba en estas expresiones por parte de mi amigo, confieso que me sentía enormemente desorientado. ¿Sería posible que estuviera volviéndose loco? ¿Qué otra cosa podía yo pensar? ¡Él, tan refinado, tan intelectual, tan remilgado, con percepción tan exquisita para lo defectuoso y tan aguda para apreciar lo bello! Evidentemente, la mujer parecía apreciarle mucho —particularmente en ausencia de él — cuando ella hacía el ridículo citando todas las cosas que le decía "su amado esposo, el señor Wyatt". La palabra "esposo" parecía estar siempre, según una de sus propias expresiones, "en la punta de su lengua". Mientras tanto, y esto lo observaba todo el mundo a bordo, él "la evitaba" en forma inequívoca, y durante la mayor parte del tiempo, Wyatt permanecía encerrado en su camarote, dejando que su esposa se divirtiese libremente en el salón principal de a bordo.

La conclusión a que finalmente llegué, tras oír y ver, fue que el artista, debido a un imprevisible fallo del destino, o quizá dejándose arrastrar por un rapto de entusiasmo y fantástica pasión, que se había unido a una persona que estaba muy por debajo de él y que el resultado natural había sido un repentino desagrado. Yo le compadecía profundamente, pero no por esto podía perdonarle la falta de amistad que me había demostrado en el asunto de La Última Cena. Y sólo por esta razón resolví vengarme.

Un día subió a cubierta y tomándole por un brazo, deliberadamente, comencé a pasear con él de un lado a otro. Sin embargo, no parecía que su tristeza desapareciese en absoluto (cosa que yo consideraba natural, dadas las circunstancias). Habló poco, y lo poco que dijo lo expresó de mal humor y con evidente esfuerzo. Aventuré un chiste o dos, y realizó un tremendo esfuerzo para esbozar una sonrisa. ¡Pobre animal! Al pensar en "su esposa" me pregunté de dónde sacaría fuerzas el hombre para poner aquella cara tan triste. Finalmente quise esbozar una finta de ataque. Inicié una serie de insinuaciones

sobre la caja oblonga, nada más que para hacerle percibir, gradualmente, que yo no era víctima de su poco agradable mixtificación. Mi primera observación fue un disparo de batería camouflada. Dije algo acerca de "la peculiar forma de aquella caja", y al mismo tiempo que hablaba, sonréi condescendientemente, guiñé un ojo y a continuación toqué cariñosamente sus costillas con la yema del dedo índice.

La manera en que Wyatt recibió este gesto amistoso me convenció inmediatamente de que estaba loco. Al principio me miró como si hallase imposible comprender la agudeza de mi observación; pero cuando la idea comenzó a penetrar gradualmente en su cerebro, tuve la impresión de que los ojos se le iban a saltar de sus órbitas. Se sonrojó violentamente y después palideció, y acto seguido, como si lo que acabara yo de insinuarle fuese el chiste más divertido del mundo, comenzó a reír a carcajadas, con creciente vigor. Esta actitud duro por lo menos diez minutos. En consecuencia, el hombre cayó sobre cubierta, pesadamente. Cuando me apresuré a levantarle, parecía hallarse totalmente "muerto".

Pedí ayuda, y con grandes dificultades conseguimos hacerle recuperar el conocimiento. Al hacerlo así habló incoherentemente durante algún tiempo. Finalmente, se le hizo una sangría y le acostamos. A la mañana siguiente se había recuperado bastante, al menos en lo que se refería a su salud corporal. Por supuesto, de su mente no afirmo nada. Le evité durante el resto de la travesía por consejo del capitán, quien parecía coincidir conmigo totalmente sobre mis puntos de vista acerca del estado mental de mi amigo, pero al mismo tiempo me advirtió que no se lo comunicara a nadie de a bordo.

Inmediatamente después de todo esto surgieron circunstancias que contribuyeron a acrecentar la curiosidad que ya me abrumaba. Entre otras cosas, la siguiente: me sentía nervioso, bebía té con exceso y dormía mal por la noche. En realidad, hacia dos noches que no dormía casi en absoluto. Mi camarote estaba orientado al salón principal o comedor, como ocurría con los demás camarotes de los solteros. Los tres alojamientos de Wyatt se hallaban más allá del salón principal separados de éste sólo por una ligera puerta corredera que jamás se cerraba, ni siquiera por las noches. Como constantemente navegábamos con buen viento, el buque escoraba de vez en cuando hacia estribor. Siempre que ocurría esto, la puerta corredera se deslizaba hacia un lado y quedaba abierta sin que nadie se tomara la molestia de cerrarla. Pero mi camarote ocupaba tal posición, que cuando yo tenía mi puerta abierta, y a la vez se hallaba abierta la del salón, veía perfectamente los otros camarotes (yo siempre tenía mi puerta abierta a causa del calor), y en consecuencia distinguía el lugar donde se hallaban los camarotes del señor Wyatt. Bien, pues durante dos noches (no consecutivas), mientras yo permanecía tendido despierto en mi litera, vi claramente a la señora Wyatt que salía cautelosamente del camarote de su esposo y entraba al camarote extra donde permanecía hasta el amanecer, momento en que su esposo la llamaba para que regresara al primer camarote. Estaba claro que, virtualmente, se hallaban separados. Y tampoco había duda de que

disponían de camarotes separados, quizá esperando el momento en que el divorcio fuese mucho más permanente. En todo aquello, después de todo, estaba el misterio que tanto me había intrigado. El misterio del camarote extra.

Había otra circunstancia que también me interesaba mucho. Durante aquellas dos noches que permanecí despierto e inmediatamente después de la desaparición de la señora Wyatt en el camarote extra me llamaron la atención ciertos ruidos extraños y ahogados que partían del camarote de mi amigo Wyatt. Tras escuchar durante cierto tiempo, por fin logré traducir perfectamente su origen. Eran los ruidos del artista que abría la caja oblonga con auxilio de algún cincel y martillo, y quizás este último se hallaba envuelto en algún trapo o almohadilla para evitar ruidos más estridentes.

De esta forma, mi imaginación veía el momento preciso en que Wyatt alzaba la tapa de la caja y cómo depositaba esta última sobre la litera inferior de su camarote. Esto último lo imaginaba yo, a juzgar por el ruido de la madera contra los bordes de la litera, ya que en el suelo no le quedaba espacio para colocarla. Tras estos ruidos seguía un silencio de muerte, y no se volvía a oír nada hasta el amanecer; a no ser, quizás, que debo mencionar un suave sollozo o murmullo, tan reprimido que casi era inaudible, aunque también es posible que tal sonido solo se debiese a mi imaginación. Digo que se parecía a un sollozo, murmullo o suspiro, pero, por supuesto puede que no fuese ninguna de estas cosas. Más bien creo que fue un suave zumbido en mis oídos. El señor Wyatt, sin duda alguna, se hallaba inmerso en uno de sus favoritos raptos de entusiasmo artístico. Había abierto la caja oblonga con objeto de disfrutar de la vista de su tesoro pictórico. Sin embargo, aquello no era motivo para emitir ningún sollozo. Por lo tanto, repetiré que, probablemente, tal sonido se debiese, más bien, a mi imaginación, exaltada sin duda por el fuerte té verde del capitán Hardy. Poco antes del amanecer, en cada una de las dos noches que menciono, escuché claramente como el señor Wyatt colocaba la tapa sobre la caja oblonga y volvía a clavarla empleando los clavos y el martillo con la cabeza envuelta en algo suave. Habiendo hecho esto, había salido de su camarote, totalmente vestido, y se había acercado al otro camarote para llamar a la señora Wyatt.

Hacía siete días que navegábamos, y nos encontrábamos en aquel momento cerca del cabo Hatteras, cuando llegó un fuerte viento desde el sudoeste. Estábamos bien preparados para ello, ya que el tiempo había estado avisando a intervalos. Bajo este viento navegamos perfectamente durante cuarenta y ocho horas. El buque estaba demostrando estar muy bien acondicionado para cualquier eventualidad. Sin embargo, al final de este período de tiempo, el fuerte viento se había convertido en un huracán hasta el punto de que llegamos a perder una de las velas mayores que inmediatamente quedó hecha trizas. Las enormes olas comenzaron a saltar sobre la cubierta y muy pronto perdimos tres hombres, la cocina y casi la totalidad de las amuradas de babor. Apenas no habíamos dado cuenta de lo que estaba ocurriendo cuando la copa de trinquete se hizo mil pedazos. A continuación, el viento se calmó y durante algunas

horas más navegamos a gran velocidad aún cuando el viento no se había calmado por completo.

No parecían presentarse señales de que la tempestad fuese a calmar. Todo el aparejo se hallaba en muy malas condiciones, y al tercer día de haber estallado la tormenta, nuestro palo de mesana saltó por la borda, y durante una hora o más, tratamos en vano de desembarazarnos de los cordajes que le sujetaban aún a bordo, en vano a causa del formidable movimiento del buque; y antes de que hubiésemos logrado el éxito, llegó el carpintero a popa para anunciar que había cuatro pies de agua en las bodegas. Para que las cosas resultaran aún más complicadas, las bombas estaban atascadas y casi inútiles.

Todo era confusión y desesperación, pero hicimos un esfuerzo para aligerar el barco arrojando por la borda toda la carga que nos fuera posible y hasta cortamos los dos mástiles que quedaban en pie. Esto último lo conseguimos bien, pero todavía no lográbamos hacer nada con las bombas; y mientras tanto, la vía de agua de las bodegas estaba agrandándose más y más.

A la puesta del sol, la galerna había disminuido en su violencia muy sensiblemente, y, a medida que la mar fue calmándose, aumentaron nuestras esperanzas de poder salvarnos en los botes. A las ocho de la tarde, las nubes se abrieron bajo el viento y vimos la luna llena, espectáculo que alegró un tanto nuestros decaídos espíritus.

Tras increíble trabajo conseguimos colocar el largo bote salvavidas a lo largo de una banda sin que ocurriera nada grave, y embarcaron en él toda la tripulación y la mayor parte de los pasajeros. Este grupo partió inmediatamente, y tras penosos sufrimientos, llegó sano y salvo a Ocracoke Intel, al tercer día de navegación.

Catorce pasajeros, con el capitán, permanecimos a bordo resueltos a probar fortuna con el bote de popa. Le hicimos descender sin dificultad, aunque fue un milagro que no se estrellara al tocar con el agua. Contenía al capitán y su esposa, el señor Wyatt y familia, un oficial mexicano, su esposa y cuatro niños, y yo, más un mayordomo negro.

Por supuesto, no teníamos espacio más que para los instrumentos más necesarios, algunas provisiones y las ropas que cargábamos en la espalda. Nadie había intentado salvar ninguna cosa más. Lo que asombró a todo el mundo fue que cuando habíamos descendido unas cuantas brazas, el señor Wyatt se puso en pie en popa y fríamente exigió que el bote regresara con el propósito de cargar en él su caja oblonga.

—Siéntese, señor Wyatt —replicó el capitán, con tono un tanto duro—. Hará usted que el bote oscile si no se está quieto. Ya casi tocamos el agua.

—¡La caja! —vociferó el señor Wyatt todavía en pie—. La caja... ¡Oiga, capitán! ¡Capitán Hardy!... usted no puede negarme eso. Su peso nada significará porque pesa muy poco. ¡Por la madre que le dio el ser, por el amor del cielo, por sus esperanzas de salvación, le ruego que me ayude a cargar esa caja!

El capitán, durante un momento, pareció conmoverse por la angustiosa apelación del artista, pero al cabo de unos segundos volvió a adoptar su dura actitud, y simplemente dijo:

—Señor Wyatt, usted está loco. No puedo escucharle. Siéntese, o de lo contrario, volcará la embarcación... ¡Cogedle, agarradle! ¡Va a saltar afuera!

Cuando el capitán grito esto, el señor Wyatt, en efecto, había saltado desde el bote y como aún nos hallábamos a sotavento, realizando un esfuerzo prodigioso, pudo agarrar la soga que colgaba de las cadenas de proa. Al cabo de unos instantes se hallaba a bordo nuevamente, corriendo frenéticamente hacia el camarote.

Mientras tanto, nosotros habíamos sido arrastrados hacia la popa del barco y al alejarnos de su sotavento quedábamos a merced del arbolado mar que aún permanecía agitado. Hicimos un esfuerzo por acercarnos más al buque, pero nuestro bote era como una pluma bajo el soplo de la tempestad. De una sola ojeada nos dimos cuenta de que se había firmado la sentencia del artista.

A medida que aumentaba nuestra distancia del buque, el loco (pues sólo así se le podía considerar), surgió por la escalera de la cámara, con un esfuerzo que parecía gigantesco, cargando con la caja oblonga. Mientras todos le mirábamos extremadamente asombrados, Wyatt enrolló dos o tres veces alrededor de la caja una soga de tres pulgadas y luego hizo lo mismo con su propio cuerpo. Al cabo de un instante, cuerpo y caja cayeron al agua, desapareciendo súbitamente para siempre.

Nos inclinamos tristemente sobre nuestros remos sin apartar los ojos de aquel punto. Finalmente nos alejamos. Durante casi una hora reinó el silencio entre todos nosotros. Luego aventuré una observación.

—¿Se dio cuenta usted, capitán, cuán rápidamente se hundió? ¿No ha sido eso algo singular? Confieso que aún albergaba algunas esperanzas de que se salvara al ver lo que hizo consigo mismo y con la caja para lanzarse al agua.

—Efectivamente, se hundieron como una bala de cañón —respondió el capitán—, pero volverán a flotar, sin embargo..., "pero no hasta que no se disuelva la sal".

—¡La sal! —exclamé.

—¡Cállese! —replicó el capitán, llevándose un dedo a los labios, al mismo tiempo que señalaba a la esposa y hermanas del desaparecido—. Hablaremos de eso en otro momento.

* * *

Lo pasamos muy mal y logramos salvarnos; la fortuna nos favoreció al igual que a nuestro compañeros del bote grande. Llegamos a tierra más muertos que vivos al cabo de cuatro días de intensos sufrimientos, atracando en la playa que había frente a Roanoke Island. Permanecimos allí durante una semana, donde no se nos trató mal del todo, y por fin, logramos pasaje para Nueva York.

Un mes después de la pérdida del Independence, me encontré con el capitán Hardy en broadway. Nuestra conversación giro, naturalmente alrededor del desastre, y ,

especialmente, acerca del triste destino del pobre Wyatt. Así fue como me enteré de los detalles.

El artista había reservado pasaje para él, su esposa, sus dos hermanas y una sirviente. Su esposa era, tal y como él había asegurado, una mujer bella y encantadora. En la mañana del 14 de Junio (día en el que visité yo el barco por primera vez), la dama se había puesto súbitamente enferma y había fallecido. El joven esposo casi se había vuelto loco de dolor, pero las circunstancias impedían que demorase su viaje a Nueva York. Era necesario llevar el cuerpo de la adorada esposa a la madre de ésta, y, por otra parte, era evidente el perjuicio que se produciría a la compañía naviera si así se hacía. Casi todos los pasajeros habrían cancelado el viaje porque a nadie le agradaría viajar con un cadáver a bordo.

Ante este dilema, el propio capitán Hardy dispuso que el cadáver se embalsamara y se cubriese con cierta cantidad de sal en una caja de dimensiones adecuadas que se embarcaría como mercancía. Se guardaría silencio sobre el fallecimiento de la dama, y como todo el mundo sabía que el señor Wyatt había reservado pasaje para su esposa, se hizo necesario que alguna persona la representara durante el viaje. Y así lo hizo la doncella de la difunta. Por esta razón se había mantenido la reserva del camarote extra que era donde dormía la falsa esposa todas las noches. Durante el día, la doncella desempeñaba lo mejor que podía el papel de su fallecida señora, a la que, por supuesto, no conocía personalmente ninguna persona de las que se encontraban abordo.

Desde luego, mis propios errores fueron fruto de un temperamento descuidado, inquisitivo y demasiado impulsivo, pero desde hace ya tiempo no duermo bien. Hay un rostro que me observa constantemente. Y unas carcajadas histéricas que sonarán para siempre en mis oídos.

El ángel de lo estrambótico

The angel of the odd, 1844

Era una desapacible tarde de noviembre. Yo acababa de tomar una desacostumbrada comida suculenta de la cual la apetitosa trufa no era la parte menos importante, y estaba solo, sentado en el comedor, con los pies en el guardafuegos de la chimenea, y junto a mí una mesita que yo había arrastrado junto a la lumbre en la cual había algunos requisitos para los postres con diversas botellas de vinos y licores. Aquella mañana yo había estado leyendo el *Leónidas*, de Glover; *Epigoniada*, de Wilkie; la *Peregrinación*, de Lamartine; la *Columbiada*, de Barlow; la *Sicilia*, de Tuckerman; y las *Curiosidades*, de Griswold. De forma que, lo confieso de buen grado, entre unas cosas y otras me sentía un poco aturdido. Me esforcé en aclarar el cerebro mediante frecuentes tragos de «Laffitte», y como todos los recursos me fallaron, acudí, no sabiendo ya qué hacer, a un periódico que encontré a mano. Después de haber leído muy atentamente la columna de las «casas de alquiler» y la de «perros perdidos», y a continuación las dos columnas de «esposas y novicias fugadas», ataqué con gran resolución el tema editorial, y luego de leerlo de arriba abajo sin entender ni una sílaba, concebí la posibilidad de que estuviese escrito en chino, y por ello volví a leerlo de cabo a rabo, pero no con resultado más satisfactorio. Estaba a punto de arrojar con repugnancia

«Este infolio de Cuatro páginas, obra feliz
que ni siquiera los poetas critican»

cuando sentí que mi atención era arrastrada hacia el párrafo que sigue:

«Los caminos que llevan a la muerte son numerosos y extraños. Un periódico de Londres menciona el fallecimiento de una persona debido a causas singulares. Estaba jugando al «soplo de la flecha» que se juega con una larga aguja insertada en una pelota de estambre y que se dispara al blanco empleando un tubo de latón. Colocó la aguja en el lado contrario del tubo y aspiró aire con fuerza para soplar después con más energía, aspiró, a la vez, sin querer, la aguja, que se introdujo en su garganta, llegó hasta los pulmones, y en pocos días, el hombre murió.»

Al leer esto me puse furioso sin saber en realidad por qué.

—¡Esto es una vil falsedad! —exclamé—. Es una estupidez, el engendro de algún infeliz gacetillero, de algún despreciable inventor de bulos. Esos individuos, conociendo la inconcebible incredulidad de nuestra época, emplean su pobre caletre en imaginar casualidades improbables, accidentes extravagantes como ellos les llaman, pero para una inteligencia que sepa reflexionar (como la mía, añadí a modo de paréntesis,

apoyando inconscientemente un dedo sobre un lado de mi nariz) para un entendimiento reflexivo como el que yo poseo, parece en un principio, cosa evidente, que ese aumento asombroso de tales «sucesos extravagantes», es, con mucho, el suceso más estrambótico de todos. Por mi parte, me propongo no dar crédito en adelante a nada de lo que ofrezca algo de «singular».

—*Mein Gott!* ¡Ser usted muy tonto para decir eso! —me replicó una de las voces más curiosas que jamás oí.

Primero la tomé por un simple zumbar de oídos, como a veces le ocurre a uno cuándo ha bebido demasiado, pero acto seguido, y pensándolo mejor, juzgué que aquel sonido más bien se parecía al que produce un barril vacío cuando le golpean con un palo; y la verdad es que por tal lo hubiese tomado, a no ser por su articulación en sílabas y palabras. No soy en modo alguno de temperamento nervioso, y los pocos vasos de «Laffitte» que había bebido sirvieron para darme algunos ánimos, de manera que no sentí la menor turbación y me limité a alzar los ojos calmamente, y mirando en derredor busqué atentamente por la habitación al intruso. Aun así, no pude ver a nadie.

—¡Hum! —exclamó de nuevo la voz, mientras yo continuaba con mi inspección—. Usted estar más borracho que un cerdo, porque no me ve sentado aquí, a su lado.

Entonces se me ocurrió mirar siguiendo la dirección de mi nariz, y, en efecto, vi sentado a la mesa, ante mí, a un personaje jamás descrito, aunque no del todo indescriptible. Su cuerpo era parecido a una barrica de vino, a una pipa de ron o algo por el estilo, y tenía un aspecto verdaderamente «falstaffiano». En su extremidad inferior se insertaban dos barrilitos que parecían responder a las funciones de unas piernas. En lugar de brazos colgaban de la parte superior de su armazón dos botellas medianamente largas, con los cuellos hacia abajo, oficiando de manos. Como cabeza sólo veía en aquel monstruo una de esas cantimploras de Hesse parecidas a una gran tabaquera con un agujero grande en medio de su tapa. Aquella cantimplora (que mostraba un embudo en su remate en forma de casco de guerrero inclinado sobre los ojos), estaba puesto de canto sobre la pipa, con su orificio hacia mí, y por aquel orificio la extraña criatura emitía ciertos ruidos sordos, prolongados, como gruñidos, que para él sin duda alguna eran palabras inteligibles.

—Yo decirle a usted —dijo— que debe estar más borracho que un cerdo porque usted estar sentado ahí y no verme sentado aquí; y yo decirle también que usted ser más bestia que un ganso, porque no creer lo que está impreso en ese papelote. Todo lo que decir ahí ser verdad, y mucha verdad que hay en todas sus palabras.

—Le ruego que me diga quién es usted —solicité con mucha dignidad, aunque algo perplejo—. ¿Cómo ha entrado usted aquí? ¿De qué me está hablando?

—¿Cómo venir yo aquí? —interrogó a su vez aquel muñeco—. Eso no importarle nada. Y lo que yo hablar ahora, hablar lo que quiero, y, ¿quién ser yo? Yo venir aquí para que usted verme con sus propios ojos.

—Usted no es más que un borracho vagabundo —respondí—, y voy a hacer sonar la campanilla para que venga mi criado y le expulse a la calle a puntapiés.

—¡Je, je, je! —rió el extraño individuo—. ¡Ju, ju, ju! Usted no poder hacer eso.

—¡Que no puedo hacerlo! ¿Qué quiere decir con eso? Bien, ¿así que no puedo hacerlo, eh?

—Haga sonar la campanilla —dijo, esbozando una mueca sarcástica, con su diminuta y repugnante boca.

Entonces hice un esfuerzo para levantarme y llevar a cabo mi amenaza; pero aquel bellaco se inclinó sobre la mesa con muy mala intención, y por encima de ella logró aplicarme un golpe en la frente con el cuello de una de sus largas botellas, arrojándome de espaldas sobre el sillón del que ya me había levantado a medias. Me sentía completamente aturdido, y durante un momento no supe lo que hacía. Mientras tanto, él continuó charlando.

—Usted ya ver que convenirle estar quieto. Y ahora, ¿saber usted quién soy yo? ¡Míreme! ¿Lo ve usted? Yo ser el Ángel de lo Estrambótico.

—Y muy extraño, por cierto —me atreví a contestar—. Pero yo siempre había imaginado que los ángeles tenían alas.

—¡Alas yo! —gritó, exasperado—. ¿Qué hacer yo con alas? *Mein Gott!* ¿Pensar usted que yo ser un pollo?

—No... ¡Oh, no! —repliqué, muy alarmado—. Usted no es un pollo... Verdaderamente no lo es.

—Así gustarme usted; estar quieto y tener mucho cuidado, sino yo darle otro golpe. Ser el pollo quien tener alas, y el búho quien tener alas, y el demonio quien tener alas, y el diablo mayor quien tener alas. El ángel no tener alas, y yo ser el Ángel de lo Estrambótico.

—Y el asunto que le trae es... es...

—¡Mi asunto! —exclamó el engendro—. Usted ser un mal educado porque preguntar a un caballero y a un ángel por sus asuntos.

Aquel lenguaje era algo más de lo que yo podía soportar, aunque fuese el de un ángel, y así, armándome de valor, agarré un salero que estaba a mi alcance y lo arrojé a la cabeza del intruso. No sé si lo esquivó o yo erré el golpe porque todo cuanto pude conseguir fue hacer pedazos el cristal que protegía la esfera del reloj que se hallaba sobre la chimenea. En cuanto al ángel, demostró el efecto que le había producido mi ataque, asestándome como antes, dos o tres fuertes porrazos en la frente. Los golpes me sometieron inmediatamente, y aunque me avergüençé tener que confesarlo, ya fuese por dolor o por el disgusto, acudieron algunas lágrimas a mis ojos.

—*Mein Gott!* —exclamó el Ángel de lo Estrambótico, al parecer muy apaciguado al darse cuenta de mi angustia—. *Mein Gott!* Este hombre o estar muy borracho o estar muy afligido. Usted no deber tragar tanto vino fuerte..., usted tener que echar agua en el vino. Tenga, usted beber esto como buen muchacho y no llorar más... ¡No más!

Y al decir esto, el Ángel de lo Estrambótico acabó de llenar mi vaso (que estaba medio terciado de oporto), con un fluido incoloro que vertió desde una de sus botellas-manas. Pude observar cómo aquellas botellas mostraban rótulos alrededor de sus cuellos y que los rótulos decían: «Kirschenwasser».

Tanta bondad por parte del ángel me apaciguó mucho, y ayudado por el licor que diluyó en mi oporto repetidamente, por fin pude recuperar bastantes ánimos para escuchar sus extraordinarias palabras. No pretendo referir todo lo que me contó, pero algo pude recoger de lo que dijo: que él era el genio que presidía a los «contratiempos» de la humanidad y cuya misión consistía en producir los «extraños contratiempos» que continuamente asombran a los escépticos. Una o dos veces, al arriesgarme yo a expresar mi total incredulidad respecto a sus pretensiones, él se indignó hasta el punto de que la mejor política me pareció ser no decir una sola palabra y dejarle decir cuanto quisiera. Entonces siguió hablando largo y tendido, mientras yo no hacía más que recostarme en el sillón con los ojos entornados y distraerme mascando pasas y disparando hacia aquí y hacia allá sus rabitos; pero el ángel, de repente, opinó que aquella actitud mía era despectativa. Se puso en pie muy furioso, hundió el embudo hasta los ojos, soltó un taco, pronunció una amenaza cuyo sentido no pude comprender, y por fin me saludó inclinándose profundamente y deseándome en el lenguaje del arzobispo del *Gil Blas*, *beaucoup de bonheur et un peu plus de bon sens*.

Su retirada me alivió. Los «muy pocos» vasos de «Laffitte» que me había bebido me produjeron modorra y sentí ganas de echar una siesta de quince o veinte minutos, como tengo por costumbre hacer después de comer. A las seis tenía una cita importante a la que no podía faltar. La póliza de seguro de mí domicilio había expirado en el día anterior; y por haberse producido cierta desavenencia se había convenido en que a las seis yo debía presentarme ante el Consejo de Directores de la compañía para ponernos de acuerdo contra los nuevos términos de una renovación de la póliza. Alcé los ojos hacia el reloj de la chimenea (porque me sentí muy amodorrado para molestarme en consultar mi reloj de bolsillo) y tuve la satisfacción de ver que aún disponía de veinticinco minutos. Eran las cinco y media y podía llegar a la oficina de seguros en el espacio de cinco minutos. Mis siestas ordinarias no habían pasado nunca de los veinticinco minutos; así, pues, me sentí suficientemente tranquilo y me dispuse a dormir.

Cuando desperté consulté nuevamente el reloj y casi estuve a punto de creer en la posibilidad de los accidentes extraños al ver que en lugar de mis veinticinco minutos de costumbre sólo había dormido tres. Por lo tanto, aún faltaban veintisiete para la hora de la cita. De nuevo me adormecí y, finalmente, volví a despertar, cuando con gran asombro noté que «todavía» seguían faltando veintisiete minutos para las seis. Me levanté de un salto para examinar el reloj y vi que se había parado. El del bolsillo me informó que eran las siete y media. Por lo tanto, había dormido un par de horas y ya era demasiado tarde para acudir a mi cita. «Lo mismo da; acudiré a la oficina mañana por la

mañana y me excusaré, pero, ¿qué le habrá pasado al reloj?», me dije a mí mismo. Lo examiné y descubrí que uno de los rabitos de las pasas que yo había disparado en todas direcciones mientras charlaba con el Ángel de lo Estrambótico se había introducido por el roto cristal de la esfera y se había alojado, cosa extraña, en el orificio de la llave, con uno de sus extremos sobresalientes y así había detenido el avance del minutero.

«¡Ah! —me dije—. Ya veo lo que ha pasado. Esto se explica por sí solo. ¡Un accidente natural, como “tienen” que suceder de vez en cuando!»

No quise pensar más en ello, y a mi hora acostumbrada me fui a la cama. Una vez en ella, después de colocar una bujía en un velador junto a la cabecera, y esforzarme por leer atentamente unas páginas de la *Omnipresencia de la Divinidad*, por desdicha me quedé dormido en menos de veinte segundos, dejando la luz encendida.

Mis sueños fueron terroríficamente perturbados por las visiones del Ángel de lo Estrambótico. Me pareció que estaba al pie de la cama, descorría las cortinas, y con los huecos y molestos sonidos de una barrica de ron me amenazaba con la más amarga venganza por el desprecio con que yo le había tratado. Terminó su larga peroración quitándose el embudo-sombrero, introduciendo su cuello en mi gaznate, e inundándome así con un océano de *Kirschenwasse*, que vertía en continuo chorro desde una de las botellas de largo cuello que le servían de brazos. Mi angustia llegó a ser insufrible y desperté en el momento preciso en que pude ver una rata que se escabullía llevándose encendida la bujía del velador sin que me diera tiempo para evitar que escapara con ella por el agujero de su nido. Pronto llegó hasta mis narices un olor sofocante y comprendí en el acto que la casa se había incendiado. En pocos minutos las llamas se extendieron con enorme rapidez y al cabo de unos minutos más, toda la casa estaba envuelta en llamas. Habían quedado cortadas todas las salidas de la habitación, excepto la de la ventana. La muchedumbre que se había reunido en el exterior alzó a toda prisa una escalera de mano. Por medio de ella comencé a descender rápidamente y con aparente seguridad, cuando a un enorme cerdo cuya rotunda panza y aun todo su aspecto y fisonomía me hacía recordar al Ángel de lo Estrambótico, se le ocurrió rascarse la paletilla derecha, y no encontró mejor lugar que hacerlo contra el mismo pie de la escalera. Instantáneamente, caí precipitado al vacío y tuve la desgracia de fracturarme un brazo.

Aquel accidente, con la pérdida de mi seguro y la pérdida más grave aún de mis cabellos que habían resultado totalmente chamuscados por las llamas, me predispuso a pensar muy seriamente, y así decidí finalmente tomar esposa.

Había una viuda desconsolada por la muerte de su séptimo esposo, y a su alma lacerada ofrecí el bálsamo de mi juramento de amor. Accedió, con desgana, a mis súplicas. Me arrodillé a sus plantas lleno de gratitud y adoración. Se sonrojó e inclinó sus abundantes cabellos sobre los míos también abundantes y que me había procurado Gradjean el peluquero. No sé cómo ambas cabelleras se enredaron, pero así ocurrió. Me puse en pie luciendo una brillante calva, sin peluca, y ella, desdeñosa y airada, quedó

casi envuelta en cabello ajeno. Así terminaron mis esperanzas para con la viuda; por un accidente que no podía haberse previsto, sin duda alguna, pero causado por las naturales consecuencias de los acontecimientos.

A pesar de ello, y sin desesperar, emprendí el asedio de un corazón menos implacable. Los hados me fueron de nuevo propicios por breve tiempo. Encontré a mi amada en una alameda abarrotada por la flor y nata de la ciudad, y me apresuré a saludarla con una de mis más rendidas inclinaciones, cuando una menuda partícula de extraña materia, alojándose en uno de mis ojos, me dejó, por el momento, ciego. Antes de que pudiese recuperar la visión, la dama de mis amores ya había desaparecido irreparablemente ofendida por lo que se le antojó suponer era premeditada grosería, al pasar sin saludarla. Mientras yo me sentía anonadado por lo súbito de aquel accidente (que, sin embargo, hubiese podido ocurrirle a cualquier persona bajo el sol) y mientras continuaba privado de la vista, se me acercó el Ángel de lo Estrambótico, ofreciéndome su ayuda con una cortesía que yo no tenía motivos para esperar. Examinó mi ojo enfermo con mucha delicadeza y tino, me informó de que tenía en él una gota (fuese lo que fuere aquella «gota»), me la quitó y me dejó muy aliviado.

Entonces opiné que me había llegado la hora de morir (puesto que la desdicha se había propuesto perseguirme de aquel modo), y en consecuencia, me acerqué hasta el río más próximo. Allí me desnudé (puesto que no hay motivo para no morir como hemos nacido) y me arrojé de cabeza al agua; el único testigo de mi desgracia era una solitaria corneja que al parecer había sido tentada a picotear grano saturado de aguardiente, y luego se había apartado de sus compañeras haciendo eses. Apenas había yo penetrado en el agua cuando a aquel pajarraco se le ocurrió emprender el vuelo llevándose consigo las prendas más indispensables de mi indumentaria. Aplazando, pues, por el momento, mis propósitos suicidas, introduje como pude las extremidades inferiores en las mangas de mi levita y emprendí la persecución de la delincuente con toda la celeridad que el caso requería y permitían las circunstancias. Pero mi mala suerte me persiguió una vez más. Mientras yo corría velozmente, mirando hacia arriba, y sin pensar en otra cosa que en la ladrona de mis propiedades, advertí de pronto que mis pies habían abandonado la tierra firme; lo que acababa de suceder era que había ido a caer en un precipicio y me habría hecho pedazos de no tener la buena suerte de asirme al largo cabo de arrastre que pendía desde un globo que en aquellos instantes navegaba sobre mi cabeza.

Apenas hube recobrado mis sentidos para comprender la terrible situación en que me hallaba, o mejor dicho, en que colgaba, recurrió a toda la fuerza de mis pulmones para lograr que aquella situación fuese conocida por el aeronauta que se encontraba sobre mi cabeza. Pero durante largo tiempo, mis esfuerzos resultaron inútiles. O el muy necio no me vio o el muy canalla no quiso oírme. Mientras tanto, el globo ascendía rápidamente, a la vez que mis fuerzas estaban abandonándome. Pronto me vi en la necesidad de tener que resignarme a mi destino y dejarme caer tranquilamente al mar, cuando súbitamente

renació en mí la esperanza al oír una voz cavernosa que llegaba desde arriba y que parecía canturrear perezosamente el aria de una ópera.

Miré hacia arriba y vi al Ángel de lo Estrambótico. Estaba apoyado, con ambos brazos cruzados, sobre el borde de la barquilla. Fumaba una pipa pausadamente; parecía estar en paz consigo mismo y con el universo entero. Yo me sentía agotado en tal forma que no podía ni hablar. Lo único que hice fue mirarle con gesto de súplica.

Durante algunos minutos, aun cuando él me miraba directamente, nada dijo. Luego, trasladando cuidadosamente su pipa de espuma de mar de un ángulo a otro de su boca, se dignó hablarme:

—¿Quién ser usted y qué diablos hacer aquí? —preguntó.

Ante tal muestra de descaro, crueldad y afectación, sólo pude responder:

—¡Ayúdeme!

—¿Que le ayude? —interrogó el muy canalla—. Yo no. Ahí va la botella y ayúdese usted mismo... ¡y váyase al diablo!

Y diciendo esto, dejó caer una pesada botella de *Kirschenwasser*, que al tocar con absoluta precisión mi coronilla, supuse que me había saltado los sesos. Impresionado por esta idea, ya estaba a punto de soltar mi presa en el cabo y entregar mi alma con enorme resignación, cuando me contuvo el grito del ángel invitándome a continuar asiando el cabo.

—¡Usted aguantar! —exclamó—. ¡No precipitarse, no! ¿Querer usted tomar la otra botella? ¿O habérsele pasa — r do la borrachera y no saber qué hacer?

Me apresuré a mover la cabeza dos veces, una en r sentido negativo, significando que prefería por el momento no tomar la otra botella, y otra en sentido afirmativo queriendo decir que no «estaba» borracho y «había» recuperado mis sentidos. Así logré blandar algo al ángel.

—Y ahora, ¿usted creer por fin, usted creer en la posibilidad de lo estrambótico? —preguntó.

De nuevo moví la cabeza con gesto afirmativo.

—¿Y usted haber creído en mí, en el Ángel de lo Estrambótico?

Asentí otra vez con movimiento de cabeza.

—¿Y usted reconocer que el ciego, el borracho y el tonto ser usted?

Dije que sí nuevamente.

—Poner pues su mano derecha en bolsillo derecho de sus pantalones en prueba de que usted someterse al Ángel de lo Estrambótico.

Aquello, por razones evidentes, me pareció cosa imposible de hacer. En primer lugar porque mi brazo izquierdo se había fracturado al caer de la escalera, y, por lo tanto, al soltar la mano derecha me habría precipitado en el vacío. En segundo lugar, yo no podía tener pantalones hasta que hubiese capturado a la corneja. Por lo tanto, me vi obligado, sintiéndolo mucho, a sacudir la cabeza en forma negativa, dando a entender al ángel

que aquél no me parecía el momento más oportuno de atender su petición. Pero apenas había cesado yo de mover la cabeza cuando rugió el Ángel de lo Estrambótico:

—¡Entonces, usted irse al diablo!

Y al pronunciar estas últimas palabras, con un afilado cuchillo cortó el cabo de arrastre del que yo pendía, y como dio la casualidad de que me encontraba precisamente encima de mi casa (la cual, durante mi peregrinación, había sido bellamente reconstruida), ocurrió que caí de cabeza por su chimenea, yendo a parar al hogar de mi comedor.

Al recobrar el sentido (porque la caída me había aturdido por completo), descubrí que eran las cuatro de la madrugada. Me hallaba tendido en el mismo sitio en que había caído desde el globo. Mi cabeza se apoyaba en un montón de cenizas apagadas mientras mis pies reposaban sobre una mesita derribada y entre los fragmentos de un revoltijo de postres mezclados con un periódico, algunos vasos rotos, botellas hechas pedazos y un jarro vacío de *Kirschenwasser* de Schiedam. Así se había vengado el Ángel de lo Estrambótico.

La carta robada

The purloined setter, 1844

*Nihil sapientis odiosus
acumine nimio.*

SÉNECA

Al anochecer de una tarde oscura y tormentosa en el otoño de 18..., me hallaba en París, gozando de la doble voluptuosidad de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en un pequeño cuarto detrás de su biblioteca, au troisieme, No. 33, rue Dunot, faubourg St. Germain. Durante una hora por lo menos, habíamos guardado un profundo silencio; a cualquier casual observador le habríamos parecido intencional y exclusivamente ocupados con las volutas de humo que viciaban la atmósfera del cuarto. Yo, sin embargo, estaba discutiendo mentalmente ciertos tópicos que habían dado tema de conversación entre nosotros, hacía algunas horas solamente; me refiero al asunto de la rue Morgue y el misterio del asesinato de Marie Rogét. Los consideraba de algún modo coincidentes, cuando la puerta de nuestra habitación se abrió para dar paso a nuestro antiguo conocido, monsieur G***, el prefecto de la policía parisina.

Le dimos una sincera bienvenida porque había en aquel hombre casi tanto de divertido como de despreciable, y hacía varios años que no le veíamos. Estábamos a oscuras cuando llegó, y Dupin se levantó con el propósito de encender una lámpara; pero volvió a sentarse sin haberlo hecho, porque G*** dijo que había ido a consultarnos, o más bien a pedir el parecer de un amigo, acerca de un asunto oficial que había ocasionado una extraordinaria agitación.

—Si se trata de algo que requiere mi reflexión —observó Dupin, absteniéndose de dar fuego a la mecha—, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

—Esa es otra de sus singulares ideas —dijo el prefecto, que tenía la costumbre de llamar «singular» a todo lo que estaba fuera de su comprensión, y vivía, por consiguiente, rodeado de una absoluta legión de «singularidades».

—Es muy cierto —respondió Dupin, alcanzando a su visitante una pipa, y haciendo rodar hacia él un confortable sillón.

—¿Y cuál es la dificultad ahora? —pregunté— Espero que no sea otro asesinato.

—¡Oh! no, nada de eso. El asunto es muy simple, en verdad, y no tengo duda que podremos manejarlo suficientemente bien nosotros solos; pero he pensado que a Dupin le gustaría conocer los detalles del hecho, porque es un caso excesivamente singular!...

—Simple y singular —dijo Dupin.

—Y bien, sí; y no exactamente una, sino ambas cosas a la vez.

Sucede que hemos ido desconcertados porque el asunto es tan simple, y, sin embargo nos confunde a todos.

—Quizás es precisamente la simplicidad lo que le desconcierta a usted —dijo mi amigo.

—¡Qué desatino dice usted! —replicó el prefecto, riendo de todo corazón.

— Quizás el misterio es demasiado sencillo —dijo Dupin.

—¡Oh! ¡por el ánima de! ... ¡quién ha oído jamás una idea semejante!

—Demasiado evidente por sí mismo.

—Ja! ja! ja!... ja! ja!... jo! jo! jo! —reía nuestro visitante, profundamente divertido— ¡Oh, Dupin, usted me va a hacer reventar de risa.

—¿Y cuál es, por fin, el asunto de que se trata? —pregunté.

—Se lo diré a usted —replicó el prefecto, profiriendo un largo, fuerte y reposado puff y acomodándose en su sillón— Se lo diré en pocas palabras; pero antes de comenzar, le advertiré que este es un asunto que demanda la mayor reserva, y que perdería sin remedio mi puesto si se supiera que lo he confiado a alguien.

—Continuemos —dije.

—O no continúe —dijo Dupin.

—De acuerdo; he recibido un informe personal de un altísimo personaje, de que un documento de la mayor importancia ha sido robado de las habitaciones reales. El individuo que lo robó es conocido; sobre este punto no hay la más mínima duda; fue visto en el acto de llevárselo. Se sabe también que continúa todavía en su poder.

—¿Cómo se sabe esto? —preguntó Dupin.

—Se ha deducido perfectamente —replicó el prefecto—, de la naturaleza del documento y de la no aparición de ciertos resultados que habrían tenido lugar de repente si pasara a otras manos; es decir, a causa del empleo que se haría de él, en el caso de emplearlo.

—Sea usted un poco más explícito —dije.

—Bien, puedo afirmar que el papel en cuestión da a su poseedor cierto poder en una cierta parte, donde tal poder es inmensamente valioso.

El prefecto era amigo de la jerga diplomática.

—Todavía no le comprendo bien —dijo Dupin.

—¿No? Bueno; la predestinación del papel a una tercera persona, que es imposible nombrar, pondrá en tela de juicio el honor de un personaje de la más elevada posición; y este hecho da al poseedor del documento un ascendiente sobre el ilustre personaje, cuyo honor y tranquilidad son así comprometidos.

—Pero este ascendiente —repuse— dependería de que el ladrón sepa que dicha persona lo conoce. ¿Quién se ha atrevido?...

—El ladrón —dijo G***— es el ministro D***, quien se atreve a todo; uno de esos hombres tan inconvenientes como convenientes. El método del robo no fue menos

ingenioso que arriesgado. El documento en cuestión, una carta, para ser franco, había sido recibida por el personaje robado, en circunstancias que estaba sólo en el boudoir real. Mientras que la leía, fue repentinamente interrumpido por la entrada de otro elevado personaje, a quien deseaba especialmente ocultarla. Después de una apresurada y vana tentativa de esconderla en una gaveta, se vio forzado a colocarla, abierta como estaba, sobre una mesa. La dirección, sin embargo, quedaba a la vista; y el contenido, así cubierto, hizo que la atención no se fijara en la carta. En este momento entró el ministro D***.

Sus ojos de lince perciben inmediatamente el papel, reconocen la letra de la dirección, observa la confusión del personaje a quien ha sido dirigida, y penetra su secreto. Después de algunas gestiones sobre negocios, de prisa, como es su costumbre, saca una carta algo parecida a la otra, la abre, pretende leerla, y después la coloca en estrecha yuxtaposición con la que codiciaba. Pónese a conversar de nuevo, durante un cuarto de hora casi, sobre asuntos públicos. Por último, levantándose para marcharse, coge de la mesa la carta que no le pertenece. Su legítimo dueño le ve, pero, como se comprende, no se atreve a llamar la atención sobre el acto en presencia del tercer personaje que estaba a su lado. El ministro se marchó dejando su carta, que no era de importancia, sobre la mesa.

—Aquí está, pues —me dijo Dupin—, lo que usted pedía para hacer que el ascendiente del ladrón fuera completo, el ladrón sabe de que es conocido del dueño del papel.

—Sí —replicó el prefecto—; y el poder así alcanzado en los últimos meses ha sido empleado, con objetos políticos, hasta un punto muy peligroso. El personaje robado se convence cada día más de la necesidad de reclamar su carta. Pero esto, como se comprende, no puede ser hecho abiertamente. En fin, reducido a la desesperación, me ha encomendado el asunto.

—¿Y quién puede desear —dijo Dupin, arrojando una espesa bocanada de humo—, o siquiera imaginar, un oyente mas sagaz que usted?

—Usted me adulá —replicó el prefecto— pero es posible que algunas opiniones como éas puedan haber sido sostenidas respecto a mí.

—Está claro —dije—, como lo observó usted, que la carta está todavía en posesión del ministro, puesto que es esta posesión, y no su empleo, lo que confiere a la carta su poder. Con el uso, ese poder desaparece.

—Ciento —dijo G***—, y sobre esa convicción es bajo la que he procedido. Mi primer cuidado fue hacer un registro muy completo de la residencia del ministro; y mi principal obstáculo residía en la necesidad de buscar sin que él se enterara. Además, he sido prevenido del peligro que resultaría de darle motivos de sospechar de nuestras intenciones.

—Pero —dije—, usted se halla completamente au fait en este tipo de investigaciones. La policía parisina ha hecho estas cosas muy a menudo antes.

—Ya lo creo; y por esa razón no desespero. Las costumbres del ministro me dan, además, una gran ventaja. Está frecuentemente ausente de su casa toda la noche. Sus sirvientes no son numerosos.

Duermen a una gran distancia de las habitaciones de su amo, y siendo principalmente napolitanos, se embriagan con facilidad.

Tengo llaves, como usted sabe, con las que puedo abrir cualquier cuarto o gabinete de París. Durante tres meses, no ha pasado una noche sin que haya estado empeñado personalmente en escudriñar la mansión de D***. Mi honor está en juego y, para mencionar un gran secreto, la recompensa es enorme. Por eso no he abandonado la partida hasta convencerme plenamente de que el ladrón es mas astuto que yo mismo. Me figuro que he investigado todos los rincones y todos los escondrijos de los sitios en que es posible que el papel pueda ser ocultado.

—¿Pero no es posible —sugerí—, aunque la carta pueda estar en la posesión de] ministro, como es incuestionable, que la haya escondido en alguna parte fuera de su casa?

—Es poco probable —dijo Dupin— La presente y peculiar condición de los negocios en la corte, y especialmente de esas intrigas en las cuales se sabe que D*** está envuelto, exigen la instantánea validez del documento, la posibilidad de ser exhibido en un momento dado, un punto de casi tanta importancia como su posesión.

—¿La posibilidad de ser exhibido? —dije.

—Es decir, de ser destruido —dijo Dupin.

—Ciento —observé—; el papel tiene que estar claramente al alcance de la mano. Supongo que podemos descartar la hipótesis de que el ministro la lleva encima.

—Enteramente —dijo el prefecto— Ha sido dos veces asaltado por malhechores, y su persona rigurosamente registrada bajo mí propia inspección.

—Se podía usted haber ahorrado ese trabajo —dijo Dupin— D***, presumo, no está loco del todo; y si no lo está, debe haber previsto esas asechanzas; eso es claro.

—No está loco del todo —dijo G***—; pero es un poeta, lo que considero que está sólo a un paso de la locura.

—Ciento —dijo Dupin después de una larga y reposada bocanada de humo de su pipa—, aunque yo mismo sea culpable de algunas malas rimas.

—Supongamos —dije—, que usted nos detalla las particularidades de su investigación.

—Los hechos son éstos: dispusimos de tiempo suficiente y buscamos en todas partes. He tenido larga experiencia en estos negocios. Recorrió todo el edificio, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una semana a cada uno. Examinamos primero el mobiliario de cada habitación. Abrimos todos los cajones posibles; y supongo que usted sabe que, para un ejercitado agente de policía, son imposibles los cajones secretos. Cualquiera que en investigaciones de esta clase permite que se le escape un cajón secreto, es un bobo. La cosa así, es sencilla. Hay una cierta cantidad de capacidad, de

espacio, que contar en un mueble. En este caso, establecemos minuciosas reglas. La quincuagésima parte de una línea no puede escapársenos. Después del gabinete, consideramos las sillas. Los cojines son examinados con esas delgadas y largas agujas que usted me ha visto emplear. De las mesas, removemos las tablas superiores.

—¿Por qué?

—Algunas veces la tabla de una mesa, u otra pieza de mobiliario similarmente arreglada, es levantada por la persona que desea ocultar un objeto; entonces la pata es excavada, el objeto depositado dentro de su cavidad y la tabla vuelta a colocar. Los extremos de los pilares de las camas son utilizados con el mismo fin.

—¿Pero la cavidad no podría ser detectada por el sonido? —pregunté.

—De ninguna manera, si cuando el objeto es depositado se coloca a su alrededor una cantidad suficiente de algodón en rama.

Además, en nuestro caso, estábamos obligados a proceder sin ruidos.

—Pero no pueden ustedes haber removido, no pueden haber hecho pedazos todos los artículos de mobiliario en que hubiera sido posible depositar un objeto de la manera que usted menciona. Una carta puede ser comprimida hasta hacer un delgado cilindro en espiral, no difiriendo mucho en forma o volumen a una aguja para hacer calceta, y de esta forma puede ser introducida en el travesaño de una silla, por ejemplo. No rompieron ustedes todas las sillas, ¿no es así?

—Ciertamente que no; pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de cada silla de la casa, y en verdad, todos los puntos de unión de todas las clases de muebles, con la ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido alguna huella de reciente remoción, no habríamos dejado de notarla instantáneamente. Un solo grano del serrín producido por una barrena en la madera, habría sido tan visible como una manzana. Cualquier alteración en las encoladuras, cualquier desusado agujerito en las uniones, habría bastado para un seguro descubrimiento.

—Presumo que observarían ustedes los espejos, entre los bordes y las láminas, y examinarían los lechos, y las ropas de los lechos, así como las cortinas y las alfombras.

—Eso, por sabido; y cuando hubimos registrado absolutamente todas las partículas del mobiliario de esa manera, examinamos la casa misma. Dividimos su entera superficie en compartimentos, que numeramos para que ninguno pudiera escapársenos, después registramos pulgada por pulgada el terreno de la pesquisa, incluso las dos casas adyacentes, con el microscopio, como antes.

—¡Las dos casas adyacentes! —exclamé—; deben ustedes haber causado una gran agitación.

—La causamos; pero la recompensa ofrecida es prodigiosa.

—¿Incluyeron ustedes los terrenos de las casas?

—Todos los terrenos están enladrillados, comparativamente nos dieron poco trabajo. Examinamos el musgo de las junturas de los ladrillos, y no encontramos que lo hubieran tocado.

—¿Buscaron ustedes entre los papeles de D***, por consiguiente, y entre los libros de su biblioteca?

—Ciertamente; abrimos todos los paquetes y legajos; y no sólo ¡Abrimos todos los libros, sino que dimos vuelta todas las hojas de todos los volúmenes, no contentándonos con una simple sacudida de ellos, como acostumbran a hacer algunos de nuestros agentes de policía. Medimos también el espesor de cada tapa de libro, con la más cuidadosa exactitud, y aplicamos a cada uno el más celoso examen con el microscopio. Si cualquiera de las encuadernaciones hubiera sido tocada para ocultar la carta, habría sido completamente imposible que el hecho escapara a nuestra observación. Unos cinco o seis volúmenes, recién traídos por el encuadernador, los examinamos con todo cuidado, sondeando las tapas.

—¿Registraron el suelo, bajo las alfombras?

—Sin duda. Removimos todas las alfombras, Y examinamos los bordes con el microscopio.

—¿Y el papel de las paredes?

—También.

—¿Buscaron en los sótanos?

—Sí.

—Entonces —dijo— han hecho ustedes un mal cálculo, y la carta no está entre las posesiones del ministro, como suponen.

—Temo que usted tenga razón —repuso el prefecto—. Y ahora, Dupin, ¿qué me aconseja que haga?

—Hacer una nueva revisión de la casa de] ministro.

—Eso es absolutamente innecesario —replicó G***—; estoy tan seguro como que respiro, de que la carta no está en la casa.

—Pues no tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin— ¿Tendrá usted, como es natural, una cuidadosa descripción de la carta?

—¡Ya lo creo!

Y aquí el prefecto, sacando un memorándum, nos leyó en voz alta un minucioso informe de la carta, especialmente de la apariencia externa del documento perdido. Poco después de esta descripción, cogió su sombrero y se fue, mucho más desalentado de lo que le había visto nunca antes.

Casi cerca de un mes había pasado, cuando nos hizo otra visita, encontrándonos ocupados exactamente de la misma manera que la otra vez. Cogió una pipa y una silla, y principió una conversación sobre cosas ordinarias. Por último, le dije:

—Y bien, señor G***, ¿qué hay sobre la carta robada? Presumo que se habrá usted convencido, al fin, de que no hay cosa más difícil que sorprender al ministro.

—¡Que el diablo lo confunda! esa es la verdad; hice el nuevo examen, sin embargo, como Dupin me lo aconsejó, pero ha sido tiempo perdido, como yo suponía.

—¿A cuánto asciende la recompensa ofrecida, dijo usted? —preguntó Dupin.

—¿Cuánto? una gran cantidad, una recompensa verdaderamente liberal; no quiero decir cuánto exactamente, pero diré una cosa: y es que estaría dispuesto a dar un cheque con ¡mi firma por cincuenta mil francos, a cualquiera que me entregara la carta. El asunto se está haciendo día a día cada vez más importante, y la recompensa ha sido recientemente doblada. Pero aunque fuera triplicada, no podría hacer más de lo que he hecho.

—Veamos —dijo Dupin lentamente, entre una y otra bocanada de humo—; realmente pienso, G***, que usted no ha hecho todo lo que podía en este asunto. ¿No cree que podría hacer un poco más?

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—¡Pst! creo, puff, puff, que usted podría, puff, puff, pedir consejo sobre este asunto; puff, priff, puff. ¿Se acuerda usted de lo que se cuenta de Abernethy!

—¡No! ¡Al diablo con su Abernethy!

—¡Está bueno! al diablo con él, y buena suerte. Pero he aquí el hecho. Una vez, cierto ricacho muy avaro concibió la idea de obtener gratis de ese Abernethy una opinión médica. Habiendo procurado con ese objeto estar solo con él en una conversación corriente, le insinuó su propio caso como el de un individuo imaginario.

—Supongarnos —dijo el tacaño—, que sus síntomas son tales y tales; ahora doctor, ¿qué le aconsejaría usted?

—¿Qué le aconsejaría? —dijo Abernethy—; ¡psh! que viera a un médico.

—Pero —dijo el prefecto, algo desconcertado—, yo estoy dispuesto a pedir consejo, y a pagarla. Daría realmente cincuenta mil francos a cualquiera que me ayudara en este asunto.

—En ese caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando una libreta de cheques —, puede usted perfectamente hacerme un cheque por la cantidad mencionada. Cuando lo haya firmado, le entregaré la carta.

Quedé estupefacto. El prefecto parecía como herido por un rayo. Durante algunos minutos permaneció sin habla y sin movimiento, mirando incrédulamente a mi amigo con la boca abierta y los ojos que parecían saltárseles de las órbitas; después, aparentemente recobrando la conciencia de su ser, cogió una pluma y, después de algunas pausas y miradas sin objeto, hizo por último y firmó un cheque por 50.000 francos, y lo alcanzó por sobre la mesa a Dupin. Éste lo examinó cuidadosamente y lo guardó en su cartera; después, abriendo su escritorio, cogió de él una carta y la entregó al prefecto. El funcionado se abalanzó sobre ella en una perfecta convulsión de alegría, la abrió con mano temblorosa, arrojó una rápida ojeada a su contenido, y entonces, agitado y fuera de sí, abrió la puerta y sin ceremonia de ninguna especie salió del cuarto y de la casa, sin haber pronunciado una sílaba desde que Dupin le había pedido que hiciera el cheque.

Cuando nos quedarnos solos, mi amigo consintió en darme explicaciones.

—La policía parisina —dijo— es sumamente buena en su especialidad. Es perseverante, ingeniosa, astuta y perfectamente versada en los conocimientos que sus deberes parecen necesitar con más urgencia. Así, cuando G*** nos detalló su modo de registrar los sitios en la casa de D***, tuve plena confianza en que había practicado una investigación satisfactoria, hasta donde lo permiten sus conocimientos.

—¿Hasta dónde lo permiten? —pregunté.

—Sí —dijo Dupin— Las medidas adoptadas eran, no solamente las mejores de su clase, sino que se acercaban a la perfección absoluta. Si la carta hubiera estado oculta en el radio de esa pesquisa, los agentes de policía, indiscutiblemente, la hubieran encontrado.

Me sonréí por toda respuesta, pero mi amigo parecía perfectamente serio en todo lo que decía.

—Las medidas, pues —continuo él—, eran buenas en su clase y bien ejecutadas; su defecto estaba en ser inaplicables al caso y al hombre. Un cierto conjunto de recursos altamente ingeniosos son para el prefecto una especie de lecho de Procusto, a los que adapta forzadamente sus designios. Así es que perpetuamente yerra por ser demasiado profundo, o demasiado superficial, en los asuntos que se le confían, y muchos niños de escuela son mejores razonadores que él. He conocido uno, de unos ocho años de edad, cuyos éxitos adivinando en el juego de «pares y nones» atraían la admiración de todo el mundo. Este juego es simple, y se juega con canicas. Uno de los jugadores oculta en su mano una cantidad de esas canicas, y pregunta a otro si ese número es par o non. Si el preguntado adivina, gana una; si no, pierde una. El niño de que hablo, ganaba todas las canicas de la escuela. Por consiguiente, tenía algún método para acertar, y éste se basaba en la simple observación y el cálculo de la astucia de sus contrincantes. Por ejemplo, un simple bobalicón es su contrario, y levantando una mano cerrada, y pregunta: ¿son pares o nones? Nuestro niño replica: «Nones», y pierde; pero a la segunda vez gana, porque entonces se dice a sí mismo: «El bobalicón tenía pares la primera vez, y su cantidad de astucia es justamente la suficiente para llevarlo a poner nones en la segunda; por consiguiente, apostaré «nones»; apuesta a nones, y gana. Ahora, con un bobo de un grado mayor que el primero, hubiera razonado así: «Este tal, sabe que en el primer caso apostó a nones, y en el segundo se le ocurrirá, en el primer impulso, una simple variación de pares a nones, como hizo mi otro contrario; pero entonces un segundo pensamiento le sugerirá que ésta es una variación demasiado simple, y, finalmente, decidirá poner pares como antes. Por consiguiente, apostaré a pares»; apuesta a pares, y gana. Ahora bien, este sistema de razonar en el niño de escuela, a quien sus compañeros llamaban afortunado, ¿qué es, en último análisis?

—Es simplemente —dije— una identificación del intelecto del razonador con el de su contrario.

—Eso es —dijo Dupin—; y después de preguntar al niño cómo efectuaba esa completa identificación en que residía su éxito, recibí la siguiente respuesta: «Cuando

deseo saber cuán sabio o cuán estúpido, o cuán bueno o cuán malo es alguien, o cuáles son sus pensamientos en un instante dado, acomodo la expresión de mi rostro, tan cuidadosamente como me sea posible, de acuerdo con la expresión del rostro de él, y entonces trato de ver qué pensamientos o sentimientos nacen en mi mente, que igualen o correspondan a la expresión de mi cara.» La respuesta de este niño de escuela supera incluso la expurea profundidad que ha sido atribuida a La Rochefoucault, la Bruyere, Maquiavelo y Campanella.

—Y la identificación —dijo— del intelecto del razonador con el de su contrario, depende, si le entiendo a usted bien, de la exactitud con que se mide la inteligencia de este último.

—Para su valor práctico depende de eso —replicó Dupin—; y el prefecto y toda su cohorte fracasan tan frecuentemente, primero, por no lograr dicha identificación, y segundo, por mala apreciación, o mas bien por no medir la inteligencia con la que se miden. Consideran únicamente sus propias ideas ingeniosas; y buscando cualquier cosa oculta, tienen en cuenta solamente los medios con que ellos la habrían escondido. Tienen mucha razón en todo: que su propio ingenio es una fiel representación del de las masas; pero cuando la astucia del reo es diferente en carácter de la de ellos, el reo se les escapa; es lógico. Eso sucede siempre que esa astucia es superior de la de ellos, y, muy habitualmente cuando está por abajo. No tienen variación de principio en sus investigaciones; lo más que hacen, cuando se ven excitados por algún caso insólito, por alguna extraordinaria recompensa, es extender o exagerar sus viejas rutinas de práctica, sin modificar sus principios. Por ejemplo, en este caso de D***, ¿qué se ha hecho para modificar el principio de acción? ¿Qué es todo este taladrar, probar, hacer sonar y registrar con el microscopio, y dividir la superficie del edificio en cuidadosas pulgadas cuadradas y numeradas?

¿Qué es todo eso, sino una exageración de la aplicación de un principio o conjunto de principios de pesquisa, que está basado sobre un conjunto de nociones respecto a la ingeniosidad humana, a que el prefecto, en la larga rutina de su deber, se ha acostumbrado? ¿No ve usted que G*** da por sentado que todos los hombres que quieren ocultar una carta, si no precisamente en un agujero hecho con barrena en la pata de una silla, lo hacen, cuando menos, en algún oculto agujero o rincón sugerido por el mismo tenor del pensamiento que inspira a un hombre la idea de esconderla en un agujero hecho en la pata de una silla? ¿Y no ve usted también que tales rincones buscados para ocultar, se emplean únicamente a las ocasiones ordinarias, y sólo son adoptados por inteligencias ordinarias? Porque en todos los casos de ocultamiento cabe presumir que en principio se ha efectuado dentro de esas coordenadas; y su descubrimiento depende, no tanto de la perspicacia, sino del simple cuidado, la paciencia y la determinación de los buscadores; y cuando el caso es de importancia, o lo que quiere decir lo mismo a los ojos policiales, cuando la recompensa es de magnitud, las cualidades en cuestión jamás fallan.

Ahora entenderá usted indudablemente lo que quise decir, sugiriendo que, si la carta hubiera sido ocultada en cualquier parte dentro de los límites del examen del prefecto, o en otras palabras, si el principio inspirador de su ocultación hubiera estado comprendido dentro de los principios del prefecto, su descubrimiento habría sido un asunto absolutamente fuera de duda. Este funcionario, sin embargo, ha sido completamente engañado; y la fuente originaria de sus fracaso reside en la suposición de que el ministro es un loco porque ha adquirido fama como poeta. Todos los locos son poetas; esto es lo que cree el prefecto, y es simplemente culpable de un non disributio medii al inferir de ahí que todos los poetas son locos.

—¿Pero se trata realmente del poeta? —pregunté—. Hay dos hermanos, me consta, y ambos han alcanzado reputación en las letras. El ministro, creo, ha escrito doctamente sobre cálculo diferencial. Es un matemático y no un poeta.

—Está usted equivocado; yo le conozco bien, es ambas cosas.

Como poeta y matemático, habría razonado bien; como simple matemático no habría razonado absolutamente, y hubiera estado a merced del prefecto.

—Usted me sorprende —dije— con esas opiniones, que han sido contradecidas por la voz del mundo. Suponga que no pretenderá aniquilar una bien digerida idea con siglos de existencia.

La razón matemática ha sido largo tiempo considerada como la razón por excelencia.

—*Il y a parier* —replicó Dupin, citando a Chamfort—, que toute idée publique, toute convention reçue, est une sottise, car elle a convenue au plus grand nombre¹⁰⁷. Los matemáticos, concedo, han hecho cuanto les ha sido posible para difundir el error popular a que usted alude, y que no es menos un error porque haya sido promulgado como verdad. Con un arte digno de mejor causa, por ejemplo, han introducido el término «análisis» con aplicación al álgebra.

Los franceses son los culpables de esta superchería popular; pero si un término tiene alguna importancia, si las palabras derivan algún valor de su aplicabilidad, «análisis» expresa «álgebra», poco más o menos, como en latín *ambitus* implica «ambición», *religio*, «religión», *homines honesti*, «un conjunto de hombres honorables».

—Temo que se enemiste usted —dije— con alguno de los algebristas de París; pero prosiga.

—Disputo la validez, y por consiguiente, el valor de esa razón que es cultivada en una forma especial distinta de la abstractamente lógica. Disputo, en particular, la razón extraída del estudio de las matemáticas. Las matemáticas son la ciencia de la forma y la cantidad; el razonamiento matemático es simplemente la lógica aplicada a la observación a la forma y la cantidad. El gran error consiste en suponer que hasta las verdades de lo que es llamado álgebra pura son verdades abstractas o generales. Y este

¹⁰⁷ Se puede apostar que toda idea pública, toda convención recibida, es una tontería, pues ha convenido al más grande número de personas.

error es tan extraordinario, que me confundo ante la universalidad con que ha sido recibido. Los axiomas matemáticos no son axiomas de validez general. Lo que es verdad de relación (de forma y de cantidad), es a menudo grandemente es falso respecto a la moral, por ejemplo. En esta última ciencia por lo general incierto que el todo sea igual a la suma de las partes. En química el axioma falla también. En el caso de una fuerza motriz falla igualmente, pues dos motores de un valor dado no alcanzan necesariamente al sumarse una potencia igual a la suma de sus potencias consideradas por separado. Hay muchas otras verdades matemáticas, que son verdades únicamente dentro de los límites de la relación. Pero el matemático arguye, apoyándose en sus verdades finitas, según es costumbre, como si ellas fueran de una aplicabilidad absolutamente general, como si el mundo imaginara, en realidad, que lo son. Bryant, en su recomendable Mitología, menciona una análoga fuente de error, cuando dice que «aunque las fábulas paganas no son creídas, sin embargo lo olvidamos continuamente, y hacemos inferencias de ellas, como si fueran realidades». Entre los algebristas, no obstante, que son realmente paganos, las «fábulas paganas» son creídas, y las inferencias se hacen, no tanto por culpa de la memoria, sino por una incomprendible perturbación mental. En una palabra, no he encontrado nunca un simple matemático en quien se pudiera confiar, fuera de sus raíces y ecuaciones, o que no tuviera por artículo de fe, que $x^2 + px$ es absoluta e incondicionalmente igual a q . Diga usted a uno de esos caballeros, por vía de experimento, si lo desea, que usted cree que puede presentarse casos en que $x_1 + px$ no es absolutamente igual a q , y después de haberle hecho entender lo que quiere decir, eche a correr tan pronto como le sea posible, porque, sin ninguna duda, tratará de darle una paliza.

»Quiero decir —continúo Dupin, mientras me reía yo de su última observación— que si el ministro hubiera sido nada más que un matemático, el prefecto no habría tenido necesidad de darmel este cheque. Le conocía yo, sin embargo, como matemático y como poeta, y mis medidas fueron adaptadas a su capacidad, con referencia a las circunstancias de que estaba rodeado. Le conocía como a un cortesano, y además como un audaz intrigant. Un hombre así, pensé, debe conocer los métodos ordinarios de acción de la policía. No podía haber dejado de prever, y los sucesos han probado que no lo hizo, los registros a los que fue sometido. Debe haber previsto las investigaciones secretas de su casa. Sus frecuentes ausencias nocturnas, que eran celebradas por el prefecto como una buena ayuda a sus éxitos, las miré únicamente como astucias para procurar a la policía la oportunidad de hacer un completo registro, y hacerles llegar lo más pronto posible a la convicción a la G*** llegó por último, de que la carta no estaba en casa. Comprendí también que todo el conjunto de ideas, que tendría alguna dificultad en detallar a usted ahora, relativo a los invariables principios de la policía en pesquisas de objetos ocultados, pasaría necesariamente por la mente del ministro. Eso le llevaría, de una manera inevitable, a despreciar todos los escondrijos ordinarios. No podía, reflexioné, ser tan simple que no viera que los más intrincados y más remotos

secretos de su mansión serían tan de fácil acceso como los rincones más vulgares, a los ojos, a los exámenes, a los barrenos y los microscopios del prefecto. Vi, por último, que se vería impulsado, como en un asunto de lógica, a la simplicidad, si no la había deliberadamente elegido por su propio gusto personal. Recordará usted quizás con cuanta gana se rió el prefecto, cuando le sugerí en nuestra primera entrevista que era muy posible que este misterio le perturbara tanto por ser su descubrimiento demasiado evidente.

—Sí —dijo—, recuerdo bien su hilaridad. Creí realmente que sufriría convulsiones.

—El mundo material —continúo Dupin— abunda en muy estrictas analogías con el espiritual; y así se ha dado algún color de verdad al dogma retórico de que la metáfora o el símil pueda ser empleada para dar más fuerza a un pensamiento o embellecer una descripción. El principio de visinertiæ, por ejemplo, parece idéntico en física y metafísica. No es más cierto en la primera, que un gran cuerpo es puesto en movimiento con más dificultad que uno pequeño, y que su subsecuente impulso es proporcionado a esa dificultad, que lo es en la segunda, que intelectos de la más vasta capacidad, aunque más potentes, constantes y fecundos en sus movimientos que los de inferior grado, son sin embargo los menos prontamente movidos, y más embarazados y llenos de vacilación en los primeros pasos de sus progresos. Otra cosa: ¿ha notado usted alguna vez cuáles son las muestras de tiendas que más llaman la atención?

—Nunca se me ocurrió pensarla —dijo.

—Hay un juego de adivinanzas —replicó él— que se juega con un mapa. Uno de los jugadores pide al otro que encuentre una palabra dada, el nombre de una ciudad, río, estado o imperio; una palabra, en fin, sobre la abigarrada y confusa superficie de un mapa. Un novato en el juego trata generalmente de confundir a sus contrarios, dándoles a buscar los nombres escritos con las letras más pequeñas; pero el buen jugador escogerá entre esas palabras que se extienden con grandes caracteres de un extremo a otro del mapa. Éstas, lo mismo que los anuncios y tablillas expuestas en las calles con letras grandísimas, escapan a la observación a fuerza de ser excesivamente notables; y aquí, la física inadvertencia ocular es precisamente análoga a la inteligibilidad moral, por la que el intelecto permite que pasen desapercibidas esas consideraciones, que son demasiado evidentes y palpables por sí mismas. Pero parece que éste es un punto que está algo arriba o abajo de la comprensión del prefecto. Nunca creyó probable o posible que el ministro hubiera dejado la carta inmediatamente debajo de las narices de todo el mundo, a fin de impedir que una parte de ese mundo pudiera verla.

»Pero cuanto más reflexionaba sobre el audaz, fogoso y discernido ingenio de D***, sobre el hecho de que el documento debía haber estado siempre a mano, si intentaba usarlo con ventajoso fin; y sobre la decisiva evidencia, obtenida por el prefecto, de que no estaba oculto dentro de los límites de sus pesquisas ordinarias, más convencido quedaba de que para ocultar aquella carta el ministro había recurrido al más amplio y sagaz expediente de no tratar de ocultarla absolutamente.

»Convencido de estas ideas, me puse mis gafas verdes y una hermosa mañana, como por casualidad, entré en la casa del ministro. Encontré a D*** bostezando, extendido cuan largo era, charlando insustancialmente, como de costumbre, y pretendiendo estar aquejado del más abrumador ennui. Sin embargo, es uno de los hombres más realmente activos que existen, pero tan sólo cuando nadie lo ve.

»Para pagarle con la misma moneda, me quejé de mis débiles ojos, y lamenté la forzosa necesidad que tenía de usar gafas, bajo el amparo de las cuales examinaba cuidadosa y completamente toda la habitación, mientras en apariencia sólo me ocupaba de la conversación con mi anfitrión.

»Presté especial atención a una gran mesa-escritorio, cerca de la cual estaba sentado D***, y sobre la que había desparramados confusamente diversas cartas Y otros papeles, uno o dos instrumentos de música v algunos libros. En ella, no obstante, después de un largo y deliberado escrutinio, no vi nada capaz de provocar mis sospechas.

»Por último, mis ojos, examinando el circuito del cuarto, se posaron sobre un miserable tarjetero de cartón afiligranado, que pendía de una sucia cinta azul, sujetada a una perillita de bronce, colocada justamente sobre la repisa de la chimenea. En aquel tarjetero, que tenía tres o cuatro compartimentos, había seis o siete tarjetas de visita y una solitaria carta. Esta última estaba muy manchada y arrugada. Se hallaba rota casi en dos, por el medio, como si una primera intención de hacerla pedazos por su nulo valor hubiera sido cambiado y detenido. Tenía un gran sello negro, con el monograma de D***, muy visible, y el sobre escrito y dirigido al mismo ministro revelaba una letra menuda y femenina.

Había sido arrojada sin cuidado alguno, y hasta desdenosamente, parecía, en una de las divisiones superiores del tarjetero.

»No bien descubrí la carta en cuestión, comprendí que era la que andaba buscando. En verdad, era, en apariencia, radicalmente distinta de aquella que nos había leído el prefecto una descripción tan minuciosa. Aquí el sello era grande y negro, con el monograma de D***; en la otra era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S***. Aquí la dirección del ministro era diminuta y femenina; en la otra la letra del sobre, dirigida a un cierto personaje real, era marcadamente energética y decidida; el tamaño era su único punto de semejanza. Pero la naturaleza radical de esas diferencias, que era excesiva, las manchas, la sucia y rota condición del papel, tan inconsistente con los verdaderos hábitos metódicos de D***, y tan reveladoras de dar una idea de la insignificancia del documento a un indiscreto; estas cosas, junto con la visible situación en que se hallaba, a la vista de todos los visitantes, y así coincidente con las conclusiones a que yo había llegado previamente; esas cosas, digo, eran muy corroborativas de sospecha, para quien había ido con la intención de sospechar.

»Demoré mi visita tanto como fue posible, y mientras mantenía una de las más animadas discusiones con el ministro, sobre un tópico que sabía que jamás había dejado de interesarle y apasionarle, volqué mi atención, en realidad, sobre la carta. En aquel

examen, confié a la memoria su apariencia externa y su colocación en el tarjetero; y por último, hice un descubrimiento que borraba cualquier duda trivial que pudiera haber concebido. Registrando con la vista los bordes del papel, noté que estaban más chafados de lo que parecía necesario. Presentaban una apariencia de rotura que resulta cuando un papel liso, habiendo sido una vez doblado y apretado, es vuelto a doblar en una dirección contraria, con los mismos pliegues que ha formado el primitivo doblez. Este descubrimiento fue suficiente. Fue claro para mí que la carta había sido dada vuelta, como un guante, lo de adentro para afuera; una nueva dirección y un nuevo sello le habían sido agregados. Dilos buenos días al ministro, y me marché enseguida, abandonando sobre la mesa una tabaquera de oro.

»A la mañana siguiente fui en busca de la tabaquera, y reanudamos placenteramente la conversación del día anterior. Mientras Estábamos en ella empeñados, un fuerte disparo, como de una pistola, se oyó inmediatamente debajo de las ventanas del edificio, y fue seguido por una serie de gritos de terror, y exclamaciones de una multitud asustada. D*** se lanzó a una de las ventanas, la abrió y miró hacia la calle. Mientras, me acerqué al tarjetero, cogí la carta, la metí en mi bolsillo y la reemplacé por un facsímil (de sus caracteres externos) que había preparado cuidadosamente en casa, imitando el monograma de D***, con mucha facilidad, por medio de un sello de miga de pan.

»El tumulto en la calle había sido ocasionado por la loca conducta de un hombre con un fusil. Había hecho fuego con él entre un grillo de mujeres y niños. Se comprobó, sin embargo, que el arma estaba descargada, y se le permitió que continuara su camino, como a un lunático o un ebrio. Cuando se hubo retirado, D*** se separó de la ventana, a donde le había seguido yo inmediatamente después de conseguir mi objeto. Al poco rato me despedí de él. El pretendido lunático era un hombre a quien yo había pagado para que produjera el tumulto.

—Pero, ¿qué propósito tenía usted —pregunté— para reemplazar la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido mejor, en la primera visita, arrebatárla abiertamente y salir con ella?

—D*** —replicó Dupin— es un hombre arrojado y valiente. Su casa, además, no carece de servidores consagrados a los intereses del amo. Si hubiera yo hecho la atrevida tentativa que usted sugiere, jamás habría salido vivo de allí y el buen pueblo de París no hubiera vuelto a saber más de mí. Ya conoce usted mis ideas políticas. Pero tenía una segunda intención, aparte de esas consideraciones. En este asunto, obré como partidario de la dama comprometida. Durante dieciocho meses el ministro la tuvo en su poder. Ella es la que lo tiene ahora en su poder; como D*** no sabe que la carta no está ya en su tarjetero, proseguirá con sus presiones como si la tuviera. Así provocará, él mismo, su ruina política. Su caída, además, será tan precipitada como ridícula. Es igualmente exacto hablar, a propósito de su caso, del *facilis descensus Avernus*; pues en todas especies de ascensiones, como la Catalani dice del canto, es mucho más fácil subir que bajar. En el presente caso no tengo simpatía, ni siquiera piedad, por el que desciende.

D*** es ese monstrum horrendum, el hombre de genio sin principios. Confieso, sin embargo, que me gustaría mucho conocer el preciso carácter de sus pensamientos cuando, siendo desafiado por aquella a quien el prefecto llama «una cierta persona», se vea forzada a abrir la carta que le dejé para él en el tarjetero.

— ¿Cómo? ¿escribió usted algo particular en ella?

— Claro. No parecía del todo bien dejarla en blanco; eso hubiera sido insultante.. Cierta vez D***, en Viena, me jugó una mala pasada, acerca de la que le dije, sin perder el buen humor, que no lo olvidaría. Así, como comprendí que sentiría alguna curiosidad respecto a la identidad de la persona que había sobrepujado su inteligencia, pensé que era una lástima no dejarle un indicio para que la conociera. Como conoce perfectamente mi letra, me limité a copiar en medio de la página estas palabras:

... *Un dessein si funeste,*

S'il n'est digne d'Atréa, est digne de Thyeste,

que se pueden encontrar en el Atreo de Crébillon¹⁰⁸.

¹⁰⁸ Atreo es una obra del poeta trágico francés Prosper Crébillon (1674- 1762). En ella relata la cruel venganza de Atreo, rey de Argos, contra Tieste, a quien hizo comer los miembros de su propio hijo. Crébillon reflexiona que «un designio tan funesto no era digno de Atreo, sino de Tieste». (N. de T).

«Tú eres el hombre»

«*Thou are the man*», 1844

Me presento como Edipo de Rattleborough. Voy a exponer, como sólo yo puedo hacerlo, el secreto de la maquinaria que realizó el milagro de Rattleborough —el milagro único, veídico, admitido e incontestable—, que terminó, definitivamente, con la infidelidad de los Rattleburgueses, y convirtió a la ortodoxia propia de las buenas mujeres a los materialistas que antes se habían dejado arrastrar por el escepticismo.

Ese acontecimiento ocurrió en el verano de 18... Don Barnabás Shuttleworthy, uno de los ciudadanos más ricos y más respetables del lugar, había desaparecido desde hacía días en circunstancias extrañas. El señor Shuttleworthy había salido de Rattleborough muy temprano, un sábado por la mañana, a caballo, con la intención de ir al pueblo de X, distante unas quince millas, y de volver la tarde misma. Pero, dos horas después de su partida, su caballo volvió sin él y sin las alforjas que habían sido atadas a la silla en el momento de la partida. Además, el animal estaba herido y lleno de barro. Naturalmente, esas circunstancias alarmaron mucho a los amigos del ausente, y cuando, el domingo por la mañana, se comprobó, que aún no había vuelto, el pueblo entero se preparó para ir en busca de su cuerpo.

El primero y el más enérgico en llevar adelante la busca fue el amigo del Sr. Shuttleworthy, un tal Charles Goodfellow¹⁰⁹, o, como se le llamaba siempre, «Charly Goodfellow», o «ese Charly Goodfellow»

¿Era una coincidencia? ¿Acaso el nombre en sí tiene un efecto misterioso sobre el carácter? No he podido comprobarlo jamás; pero el hecho es incontestable: no hubo nunca un individuo llamado Charles que no fuese abierto, viril, honrado, de carácter cordial y de corazón franco, dotado de una voz suave, agradable de oír, de unos ojos que os miran siempre de frente, como para decir: «Mi conciencia está limpia; no temo a ningún hombre, y estoy situado demasiado arriba para cometer jamás una acción despreciable.» Y es por eso por lo que todos los cordiales y apáticos héroes de teatro están perfectamente seguros de llevar el nombre de Charles.

El «bravo Charly Goodfellow», aunque no vivía en Rattleborough sino desde hacía seis meses o cosa así, y aunque no se supiese de él nada anterior a la época en que vino a instalarse en las cercanías del pueblo, no había tenido la menor dificultad en entablar relaciones con todas las personas respetables de la localidad. No había nadie que no estuviese dispuesto a prestarle inmediatamente cien dólares con sólo la garantía de su palabra; en cuanto a las mujeres, es imposible decir lo que ellas hubiesen hecho por

¹⁰⁹ Buen muchacho.

agradarle. Y todo ello era debido a que se llamaba Charles y poseía, por consiguiente, el físico que el refrán declara como «la mejor carta de recomendación».

Se ha dicho que el señor Shuttleworthy era uno de los hombres más respetables de Rattleborough; era, ciertamente, el hombre más rico, y «ese bravo Charly Goodfellow» vivía con él en el mismo grado de intimidad que si hubiese sido su propio hermano. Ambos amigos eran vecinos. Y aunque el Sr. Shuttleworthy fuese raramente a visitar a «ese bravo Charly», si acaso llegó a visitarle alguna vez, y jamás, que se supiera, comió nunca en su casa, ambos amigos no eran menos íntimos en extremo, como acabó de decir; porque «ese bravo Charly» no dejaba pasar día sin entrar varias veces a ver cómo iban las cosas en casa de su vecino, y muy a menudo se quedaba a comer o a tomar el té, como también a cenar. Y entonces, la cantidad de vino que engullían en una sesión ambos amigos hubiese sido verdaderamente difícil de soportar.

La bebida favorita del «bravo Charly» era el Château-Margaux, y el Sr. Shuttleworthy parecía regocijarse cordialmente al ver al viejo amigo tomarlo, como lo hacía, por botellas dobles. Tanto, que un día, manando el vino y estando el espíritu, como consecuencia natural, algo anegado, le dijo a su compadre, dándole una palmada en el hombro:

—Escucha, viejo Charly: tú eres el tipo más alegre que he encontrado en mi vida. Y puesto que te gusta echarte al coleto el vino de ese modo, que me aspen si no te regalo una gran caja de Château-Margaux.

(El Sr. Shuttleworthy tenía la desplorable costumbre de jurar, pero raramente iba más lejos del que «el cusco me casque» O «por Don sanes» o «maldito sea el muñeco».)

—El cusco me casque —dijo— si no encargo esta tarde, en el pueblo, una doble caja del mejor que haya; y te la regalaré, ¡perfectamente! ¡Ni una palabra más, hombre! ¡La caja llegará cuando menos la esperes!

Menciono ese pequeño rasgo de liberalidad del Sr. Shuttleworthy justo para mostrar la muy íntima amistad existente entre los dos hombres.

El domingo por la mañana en cuestión, así que se hubo admitido que el señor Shuttleworthy había sido víctima de alguna agresión, no había hombre tan profundamente afectado como «ese bravo Charly Goodfellow». Cuando supo que el caballo había vuelto sin su dueño y sin las alforjas, y sangriento de un pistoletazo que había atravesado el pecho del pobre animal sin matarlo; cuando oyó todo eso, palideció tanto como si el desaparecido hubiese sido su propio padre; todo su ser tembló y se estremeció como en un acceso de fiebre.

Al principio, se encontró demasiado agobiado por la tristeza para poder hacer algo, o para formar un plan de acción tanto, que, durante mucho rato, se esforzó por impedir a los otros amigos del señor Shuttleworthy que se entregaran a investigaciones, estimando preferible el esperar un poco —por ejemplo, una semana o dos, un mes o dos—, para ver si no sucedía nada, o si el señor Shuttleworthy aparecía de una manera natural, explicando por qué razones se había hecho preceder por el caballo.

Ya habréis observado esa inclinación a diferir, a dejar para mañana, que tiene la gente afligida por una tristeza punzante en extremo. Sus capacidades de pensamiento parecen aletargadas; tanto, que sienten horror por todo lo que podría ser acción, y nada les gusta tanto como el quedarse tendidos en su cama, «empollando el dolor», como dicen las damas viejas; es decir, rumiando sus zozobras.

Los moradores de Rattleborough tenían una opinión tan alta de la sabiduría y del discernimiento de «ese bravo Charly» que la mayoría de ellos estaban dispuestos a pensar como él, y a no crear agitación alrededor del asunto hasta «ver si no pasaba nada», como decía textualmente el viejo Charly. Y yo creo que, en definitiva, hubiese sido el partido adoptado por todos sin la intervención singular del sobrino del señor Shuttleworthy, un joven de costumbres disipadas y de reputación algo dudosa.

Pennifeather, que así se llamaba, no quiso jamás oír razones en el tema de lo de «estarse quietos», sino que insistió para que se buscara, sin retraso, «el cadáver de un hombre asesinado». Esa fue la expresión que empleó, y el señor Goodfellow hizo entonces la observación de que esa era «una expresión singular, por no decir otra cosa». Y esa observación del «bravo Charly», también, hizo impresión en la multitud; una voz preguntó, muy solemnemente, «cómo era que el joven señor Pennifeather tuviese de todas las circunstancias relativas a la desaparición de su rico tío un conocimiento tan íntimo para sentirse con el derecho de afirmar, netamente y sin equívocos, que su tío era ya "un hombre asesinado"».

Acerca de eso hubo entre los asistentes algunos altercados sobre todo entre «ese bravo Charly» y el señor Pennifeather—. Esta última ocurrencia, de hecho, no era nueva, porque desde hacía tres o cuatro meses ambos personajes no se veían con buenos ojos. Las cosas habían llegado hasta el punto de que el señor Pennifeather había abatido de un puñetazo al amigo de su tío, con el pretexto de que éste se había permitido no sé qué exceso en casa de su tío, donde el sobrino vivía. Se cuenta que, en aquella ocasión, la conducta de «ese bravo Charly» fue un ejemplo de contención y de caridad cristiana.

Se levantó, cepilló su traje, y no intentó represalia alguna, limitándose a refunfuñar algunas palabras relativas a «una venganza en la primera ocasión que se presentara; una ebullición de cólera justificable, que no significaba nada por otra parte y que fue, sin duda alguna, pronto olvidada.

Las gentes de Rattleborough, persuadidas principalmente por el señor Pennifeather, acabaron por decidir el dispersarse por la comarca cercana para buscar al desaparecido. Quiero decir, que tomaron esa decisión desde el primer momento. Luego que fue decidido que se precisaba hacer pesquisas, se consideró muy natural que los buscadores se dispersaran —es decir, se distribuyeran en pequeños grupos— para escudriñar a fondo todos los alrededores.

No recuerdo por qué razonamientos «ese bravo Charly» acabó por convencer a la gente de que ese plan era el menos juicioso que podía adoptarse; los convenció a todos, excepto al señor Pennifeather. Y, finalmente, se acordó que una búsqueda minuciosa y

profunda se efectuaría por todos los habitantes en masa, bajo la dirección de «ese bravo Charly» mismo. Y en esa materia no se hubiera podido encontrar mejor cazador que «el bravo Charly», que todos sabían estaba dotado con unos ojos de lince.

Pero, aunque les condujo hacia toda clase de rincones y apartados recovecos, por caminos cuya existencia en esas cercanías nadie había sospechado jamás, y aunque se eontinuó buscando día y noche durante casi una semana, no se descubrió ni una huella del señor Shuttleworthy. Cuando digo «ni una huella», ha de entenderse que no hablo literalmente; porque huellas, en cierto modo, seguramente las había. Las huellas del pobre hombre fueron notadas gracias a las herraduras de su caballo (que eran particulares) hasta un lugar situado a unas tres millas del pueblo, al este, en la carretera que conduce al lugar. Aquí las huellas seguían un camino desviado que atravesaba un terreno cubierto de árboles y volvía otra vez a la carretera, ofreciendo un atajo de cerca de una milla. La gente, siguiendo los pasos del caballo, llegó, por fin, a una charca de agua estancada medio oculta por las zarzas, a la derecha del camino, y al otro lado de la charca ya no se encontró vestigio alguno.

Parecía, de todos modos, que en aquel lugar había habido alguna lucha; y se hubiese dicho que un cuerpo voluminoso y pesado, mucho más voluminoso y más pesado que el de un hombre, había sido arrastrado desde el camino hasta la charca. Ésta fue dragada dos veces con gran cuidado, pero no se encontró nada en ella.

El grupo estaba a punto de marearse, desesperando de llegar a un resultado, cuando la Providencia sugirió al señor Goodfellow que no estaría mal vaciar la charca enteramente. La idea fue acogida con hurras y cálidas felicitaciones a «ese bravo Charly» por su sagacidad y su prudencia. Como muchos de los campesinos habían traído palas, pensando que acaso tuvieran que desenterrar a un cadáver, se vació la charca rápidamente. Y, en cuanto el fondo se hizo visible, se divisó, en medio del lodo, un chaleco de seda negra, que casi todos los asistentes reconocieron como perteneciente al señor Pennifeather. Ese chaleco estaba roto y manchado de sangre; hubo en el grupo muchas personas que se acordaron claramente de haber visto al señor Pennifeather llevarlo justo por la mañana de la partida del señor Suttleworthy para la ciudad. Y, por otra parte, otros hubo que se manifestaron dispuestos a declarar, bajo juramento si era preciso, que el señor P. no había llevado la prenda de ropa en cuestión en ningún momento ulterior a aquel día; y no hubo nadie que dijera haber visto al señor P. llevarla jamás después de la desaparición del señor Shuttleworthy.

Desde entonces, la situación pareció grave para el señor Pennifeather. Y —lo cual confirmaba las sospechas— se notó que éste se puso muy pálido y no supo articular ni una palabra cuando se le preguntó lo que tenía que decir para su justificación.

Después de eso, los pocos amigos que su manera disoluta de vivir le había dejado lo abandonaron como un solo hombre, gritaron más fuerte quizá que sus antiguos enemigos y reconocieron que era necesario detenerle. Pero, por otra parte, la magnanimidad del señor Goodfellow se impuso. Pronunció una defensa calurosa y de

magnífica elocuencia del señor Pennifeather, haciendo más de una vez alusión a la sinceridad con que él mismo perdonaba al joven libertino, «al heredero del digno señor Shuttelworthy», el insulto que él (el joven libertino), en el arrebato de furor sin duda, le había infligido a él (Goodfellow). «Lo perdonaba», dijo, «desde el mismo fondo de su corazón, y en cuanto a él (Goodfellow), lejos de llevar hasta el extremo las circunstancias sospechosas que, sentía tener que decirlo, se habían ciertamente erguido contra el señor Pennifeather, él (Goodfellow), haría todos los esfuerzos que pudiera, emplearía toda la escasa elocuencia que le había tocado en suerte para atenuar, tanto como su conciencia se lo permitiera, los puntos más desfavorables de esa desconcertante historia.»

Goodfellow continuó en ese tono durante media hora todavía para el mayor crédito de sus palabras y de su corazón; pero esos hombres de corazón cálido raramente hacen sus observaciones con oportunidad —se extravían en toda clase de errores y de contratiempos, por puro exceso de fuga y de celo en servir a un amigo— haciendo, al obrar así, a menudo con las intenciones más bondadosas del mundo, infinitamente más para comprometer su causa que para favorecerla.

Tal fue, en este caso, el efecto de toda la elocuencia de «ese bravo Charly». Porque, aunque él se esforzó con convicción a favor de aquél de quien se sospechaba, había, de un modo u otro, hecho de manera que cada una de las sílabas por él pronunciadas, cuando no tendían directamente, aunque sin premeditación, a realzar al orador en la buena opinión de su auditorio, obtenía el resultado de acrecentar las sospechas que ya había contra el individuo cuya causa defendía, y el de excitar contra él el furor del populacho. Uno de los más inexplicables errores cometidos por el señor Goodfellow fue su alusión al sospechoso como «heredero del digno anciano señor Suttleworthy». En verdad, la gente nunca había pensado antes en eso. No se habían acordado sino de las amenazas de desheredarle que había hecho, uno o dos años antes, el tío a su sobrino, único pariente que le quedaba. Y habían, en consecuencia, considerado siempre el asunto como liquidado, y al sobrino como desheredado; tan sencillos eran y tan poco inclinados estaban a intrigarse. Pero la observación hecha por «ese bravo Charly» les dio en seguida qué pensar, y les mostró que era posible que aquellas amenazas hubieran quedado en el estado de amenazas. Y entonces, surgió la pregunta *cui bono?* una pregunta que, más que el chaleco, tenía a incriminar sin remisión al joven.

Y aquí, por miedo de que no se entienda bien, pido que se me permita hacer una breve disgresión, con el solo fin de hacer observar que la muy corta y muy simple frase latina que acabo de emplear siempre es mal entendida y mal traducida. «*Cui bono?*» en todas las novelas favoritas y hasta en otras partes —por ejemplo, en las de la señora Gore (la autora de *Cecil*), dama que cita todas las lenguas desde el hebreo hasta el chickesaua, y recibe para su instrucción, cosa indispensable, la ayuda sistemática del señor Beckford— en todas las novelas favoritas, digo, desde las de Bulwer y de Dickens hasta las de Turnapenny y Ainsworth, las dos palabritas latinas *cui bono?* son traducidas por «¿con qué objeto?» o (como si se tratase de *quo bono*), «¿con qué

ventaja?», «¿a qué bueno?». Pero el verdadero sentido es «a beneficio de quién»: Cui, de quién; bono, a beneficio. Es una frase de puro derecho, y aplicable precisamente a los casos como el que hemos de considerar, en los que las probabilidades relativas al autor de una acto dependen de la probabilidad del beneficio que tal individuo o tal otro obtienen del hecho de que el acto se realice.

Ahora bien, en la presente instancia, la pregunta cui bono? implicaba netamente al señor Pennifeather. Su tío, después de haber testado a su favor, le había amenazado con desheredarle. Pero la amenaza, de hecho, no se había llevado a cabo; el testamento original, al parecer, no se había modificado. Sí hubiese sido modificado, por único motivo admisible del asesinato, se hubiese podido encontrar el de una venganza, el ordinario; y además, tal deseo hubiese sido contrabalanceado por la esperanza de reconquistar las buenas gracias del tío. Pero el testamento había quedado tal cual, mientras que la amenaza de modificarlo quedaba suspendida sobre la cabeza del sobrino, y los más potentes motivos de cometer la fechoría se presentaban de un golpe; y fue, en ese sentido, como concluyeron con sagacidad infinita los dignos ciudadanos del burgo de Rattle.

El señor Pennifeather fue detenido inmediatamente. Y la multitud, después de algunas búsquedas complementarias, volvió al pueblo escoltando al cautivo.

Por el camino, otra circunstancia vino a confirmar, al parecer, las sospechas. Se vio al señor Goodfellow, cuyo celo arrastraba siempre a preceder algo al grupo, correr súbitamente hacia adelante, agacharse y recoger no se sabe qué objeto pequeño oculto en la hierba. Se vio también que, habiendo sometido aquel objeto a un examen rápido, hizo en cierto modo una tentativa a medias de deslizarlo en el bolsillo de su gabán. Pero ese movimiento, como digo, fue notado y, por lo mismo, suspendido: y el objeto resultó ser una navaja que una docena de personas reconocieron como perteneciente al señor Pennifeather. Además, sus iniciales estaban grabadas en el mango. La hoja de esa navaja estaba abierta y ensangrentada.

No había dudas acerca de la culpabilidad del sobrino; y en cuanto hubieron llegado a Rattleborough, se le condujo ante un juez, para que éste lo sometiera a un interrogatorio.

Allí, las cosas tomaron un sesgo desfavorable. El prisionero, cuando se le preguntó dónde estaba la mañana de la desaparición del señor Shuttleworthy, tuvo la audacia de reconocer que aquella mañana se había ido con su carabina a ver si cazaba a un ciervo por las cercanías de la charca en la que la sagacidad del señor Goodfellow había hallado el chaleco ensangrentado.

Entonces, el señor Goodfellow se presentó, con lágrimas en los ojos, y pidió permiso para ser interrogado. Dijo que el inflexible sentimiento de su deber ante el Creador no menos que antes sus semejantes no le permitía guardar más silencio. Hasta entonces, la más sincera de las afecciones por el joven (a pesar de la manera cómo éste le había recientemente maltratado, a él, Goodfellow) le había inducido a amontonar todas las

hipótesis que podía sugerir su imaginación para tratar de justificar lo que, en las circunstancias tan gravemente desfavorables para el señor Pennifeather, parecía sospechoso; pero esas circunstancias, en la hora actual, eran en verdad demasiado convincentes; demasiado abrumadoras: no vacilaría más, diría todo lo que sabía, aunque su corazón (el del señor Goodfellow) tu viese que explotar con el esfuerzo. Y prosiguió, declarando que la tarde del día precedente al de la partida para la ciudad del señor Shuttleworthy, este digno anciano había dicho a su sobrino, en presencia de él (de Goodfellow) que la razón de su viaje del día siguiente, era la de efectuar el depósito de una suma de dinero particularmente importante en el «Banco de Ganaderos y Granjeros», y sin parar, el citado señor Shuttleworthy había comunicado expresamente a su sobrino su determinación irrevocable de anular su testamento original —y no legarle nada. El testigo invitó al acusado a que declarara si lo que él (el testigo) acababa de decir era o no la verdad con todos sus detalles importantes.

Con gran sorpresa para todos los asistentes, el señor Pennifeather admitió la total veracidad del testimonio.

El juez creyó entonces deber suyo el enviar dos agentes de policía a que registraran la habitación que ocupaba el acusado en la casa de su tío. De este registro volvieron casi enseguida, trayendo la cartera, bien conocida, de cuero marrón con guarniciones de acero, que desde hacía años el anciano tenía costumbre de llevar. Pero el precioso contenido había sido retirado, y en vano el juez trató de arrancar al prisionero la confesión del uso que de ello había hecho o bien del lugar en que lo había escondido.

El acusado negó, con gran obstinación, el saber nada de este asunto.

Los agentes descubrieron además entre la cama y el colchón del desgraciado personaje, una camisa y un pañuelo de cuello, ambos con sus iniciales y también manchados con sangre de la víctima.

También se supo que el caballo acababa de expirar, en la cuadra, de resultas de las heridas que había recibido; y el señor Goodfellow propuso que sin tardar se hiciera la autopsia de la bestia para encontrar, si era posible, la bala que le había matado. Su proposición fue atendida. Y como para demostrar sin duda la culpabilidad del acusado, el señor Goodfellow, después de haber explorado minuciosamente la cavidad del pecho, logró descubrir y extraer una bala de dimensiones poco corrientes que, probándola, resultó encajar exactamente con el calibre de la carabina del señor Pennifeather, y ser demasiado voluminosa para el arma de cualquier otro habitante del pueblo o de las cercanías. Como para dar una seguridad más cierta aún, se observó que la bala tenía una raya, una muesca en ángulo recto que era la marca habitual dejada por el molde; y el examen reveló que aquella muesca correspondía precisamente a un pequeño saliente accidental que ofrecían un par de moldes que el acusado mismo reconoció que le pertenecían.

Tras el descubrimiento de la bala, el magistrado instructor se negó a oír a ningún otro testigo, envió al detenido ante sus jueces, y no quiso en absoluto oír hablar de

libertad bajo fianza, aunque, contra esta última severidad, el señor Goodfellow protestara con vehemencia y ofreciera entregar cualquier caución exigida por el magistrado. Esta generosidad del «bravo Charly» estaba en perfecta armonía con la invariable cordialidad y la magnanimitad no menos invariable de su conducta durante todo el período de su estancia en el pueblo de Rattle. En la ocurrencia, el digno hombre estaba tan absolutamente arrastrado por el excesivo ardor de su simpatía, que parecía haber olvidado del todo, en el momento en que se ofrecía a dar fianza a favor de su joven amigo, que él (Goodfellow) no poseía ni un sólo dólar de bienes en la superficie de la tierra. La razón por la cual se procesaba al señor Pennifeather puede imaginarse sin esfuerzo. El señor Pennifeather, entre las ruidosas execraciones de todo Rattleborough, fue juzgado en la sesión siguiente del tribunal; y la cadena de pruebas de circunstancias (fortalecida por un suplemento de hechos abrumadores que la conciencia demasiado sensible del señor Goodfellow le impedía callar ante el tribunal) fue considerada como tan sólida y tan comprometedora que el jurado, sin retirarse de su tribuna, pronunció inmediatamente el veredicto de culpabilidad de «asesinato sin atenuantes». Acto seguido, el desgraciado oyó su sentencia de muerte y fue conducido a la prisión del departamento para esperar allí la inexorable venganza de la ley.

Durante ese tiempo, la noble actitud de «ese bravo Charly» había hecho que los honrados ciudadanos del burgo le quisieran doblemente. Fue diez veces más popular que nunca; y resultado natural de la hospitalidad que se le concedía, él renunció, por la fuerza de las cosas, al parecer, a las habituales de extrema parquedad que su pobreza le había obligado a adoptar hasta entonces. Con frecuencia, organizó en su propia casa pequeñas reuniones en las que reinaban plenamente el ingenio y el buen humor, un poco atenuadas en la ocasión, naturalmente, por el recuerdo de la suerte desastrosa y melancólica reservada al sobrino del difunto y muy llorado amigo íntimo del generoso huésped.

Un día, el viejo camarada del desaparecido tuvo la sorpresa de recibir esta carta:

Señor Charles Goodfellow:

Señor: De acuerdo con una orden que se nos ha transmitido hará unos dos meses, por nuestro estimado corresponsal Don B. Shuttleworthy, tenemos el placer de expedir esta mañana, a su dirección, una doble caja de «Château-Margaux», marca antílope, etiqueta violeta. Caja numerada y marcada, como se indica más abajo.

Le saludamos atentamente,

HOGS, FROGS, BOGN CIA.

21 junio 18...

P.D. — La caja de referencia le llegará por coche, el día siguiente al del recibo de esta carta. Nuestros saludos al señor Shuttleworthy.

H. F. B. y CIA.

*Señor Charles Goodfellow, en Rattleborough.
Envío de H. F. B. y Cía. Chât. —Mar. A. N.º1. cont. 72 botellas.*

En realidad, el señor Goodfellow, desde la muerte del señor Shuttleworthy, había abandonado toda esperanza de recibir jamás el «Château-Margaux» prometido; y por esta razón, consideró su envío en aquel momento como un favor de la Providencia para con él. No hay que decir que se alegró de ello en extremo; en la exuberancia de su regocijo, invitó a un numeroso grupo de amigos a una pequeña cena para el día siguiente, con el objeto de habérselas con el regalo del señor Shuttleworthy.

No es que al formular las invitaciones hubiese dicho nada del «buen compadre señor Shuttleworthy». De hecho, meditó mucho, y decidió no decir absolutamente nada. No mencionó a nadie —si recuerdo bien— que había recibido un regalo de «Château-Margaux». Se limitó a rogar a sus amigos que fueran a ayudarle a beber uno notable por la calidad y la riqueza de su aroma, que había encargado hacía unos dos meses y que tenía que llegarle al día siguiente.

Muchas veces me he intrigado buscando por qué diablos «el bravo Charly» había decidido no decir que era de su viejo amigo de quien había recibido el vino. Pero no pude jamás concebir la razón de su silencio, aunque, sin ninguna duda, hubo de tener razones excelentes y de las más magnánimas.

Por fin, llegó el día siguiente y un grupo tan numeroso como respetable se reunió en casa del señor Goodfellow. Positivamente, había allí una buena parte del pueblo entre la cual yo figuraba; pero, para gran vejación del huésped, el «Château-Margaux» no llegó sino muy tarde y después que los invitados hubieron tomado la cena ofrecida por «ese bravo Charly». Pero acabó por llegar era una caja formidable y como la asamblea entera estaba del mejor humor del mundo, se decidió, por unanimidad de votos el izarla sobre la mesa y reventarla de inmediato.

Dicho y hecho. Yo ayudé en la tarea; y en un abrir y cerrar de ojos, he aquí la caja encima de la mesa, entre las botellas y las copas, de las cuales más de una se rompió con el bullicio.

«Ese bravo Charly», que estaba medianamente borracho y con la cara muy encarnada, se sentó, con un aire de dignidad cómica, en el sitio de honor, y golpeó furiosamente la mesa con un jarro de acero ordenando a los invitados que se mantuvieran debidamente «durante la ceremonia de la exhumación del tesoro».

Después de algunos gritos la calma se restableció completamente; y, como sucede con frecuencia en circunstancias similares, se produjo un profundo silencio.

Instado a que hiciera saltar la tapa, obedecí, naturalmente, «con mucho gusto». Inserté un formón y le apliqué unos ligeros martillazos: la tapa de la caja saltó súbitamente con violencia, y en el mismo instante apareció, en posición sentada, de cara al huésped, el cuerpo magullado, sangriento y casi putrefacto del señor Suttleworthy, el asesinado, él mismo. Durante algunos instantes, la mirada fija, dolorosa de unos ojos

fríos y descompuestos se clavó en la del señor Goodfellow; pronunció suavemente, pero con una solemne nitidez, estas palabras:

«¡Eres tú quien me ha matado!», y luego, cayendo fuera de la caja como definitivamente satisfecho, extendió sobre la mesa sus miembros en un último estertor.

No sé describir la escena que se produjo. Frenéticamente, se arrojaron todos hacia la puerta y muchos de los hombres más robustos que allí había se desmayaron de puro horror. Pero después de la primera explosión de pánico salvaje y chillón, todas las miradas se fijaron en el señor Goodfellow.

Viviría mil años y no podría olvidar el pavor más que mortal pintado en aquel rostro descolorido que un instante antes era rubicundo de triunfo y de vino. Muchos minutos permaneció sentado, rígido como una estatua de mármol: sus ojos, por la vacía intensidad de su mirada, parecían interiormente dirigidos y ensimismados en la contemplación de su propia alma de miserable asesino. Finalmente, su expresión pareció cambiar de pronto y volver al mundo exterior; de un salto súbito se incorporó, dejó caer pesadamente sobre la mesa su cabeza y sus hombros, y, tocando el cadáver, dejó escapar, con vehemencia, la confesión detallada de su abominable crimen, por el cual el señor Pennifeather había sido encarcelado y condenado a muerte.

He aquí, en resumen, lo que ocurrió:

Siguió a su víctima hasta las cercanías de la charca, disparó al caballo, mató al jinete a culatazos; se apoderó de la cartera; y creyendo que la bestia había muerto, la arrastró con grandes esfuerzos hasta debajo de las zarzas del borde de la charca. En su propia montura cargó el cuerpo del señor Shuttlcworthy, y así le llevó hasta un escondrijo seguro y muy lejano dentro del bosque. El chaleco, el cuchillo, la cartera y la bala, él mismo los había dispuesto donde fueron encontrados para vengarse del señor Pennifeather. El también había preparado el descubrimiento del pañuelo y de la camisa manchados.

Al final de esa narración, la voz del miserable criminal desfalleció y se hizo más profunda. Cuando hubo terminado de hablar, se levantó retrocedió algunos pasos dando traspies y cayó muerto.

Los métodos con que esa oportuna confesión le fue arrancada, aunque eficaces, fueron de lo más sencillo. El exceso de franqueza del señor Goodfellow me había repugnado y de pronto se excitaron mis sospechas. Yo estaba presente cuando el señor Pennifeather le pegó, y la demoníaca expresión de su cara en aquel momento, me convenció de que sus amenazas se cumplirían, a ser posible, hasta el final.

Estaba yo así preparado a considerar las maniobras de «ese bravo Charly» bajo un aspecto diferente del que aceptaron los buenos ciudadanos de Rattleborough. Vi en un instante que todos los descubrimientos acusadores provenían directa o indirectamente de él mismo. Pero lo que me abrió del todo los ojos fue la historia de la bala encontrada por el señor G. en el cadáver del caballo. Yo no había olvidado, como los rattleburgueses, que había un agujero, y otro por donde había salido. Si se había

encontrado la bala en el animal, después de haberle atravesado de parte a parte, vi claramente que debía haber sido colocada allí por la persona misma que había hecho el descubrimiento. La camisa y el pañuelo con sangre confirmaron la idea que sugería la bala; porque, examinada, la sangre resultó ser un vino muy bueno de Burdeos y nada más. Cuando pensaba en todas esas cosas y el reciente acrecentamiento de las liberalidades y gastos del señor Goodfellow, mantuve sospechas que, aunque las disimulaba rigurosamente, no por eso eran menos fuertes.

Mientras, empecé con el mayor secreto la busca del cuerpo del señor Shuttleworthy; y, por lógicas razones, busqué en los lugares más opuestos a aquellos donde el señor Goodfellow había conducido su grupo. El resultado fue que al cabo de pocos días di con un antiguo pozo seco, cuya abertura estaba casi enteramente disimulada bajo zarzas. Y allí, en el fondo, descubrí lo que buscaba.

Ahora bien, sucedía que yo había oído el coloquio de los dos amigos en el momento en que el señor Goodfellow llegó a arrancar a su huésped la promesa de una caja de «Château-Margcaux». Esa indicación me sirvió de guía. Me procuré un pedazo rígido de ballena, lo introduce, por la garganta del cadáver, que coloqué en una vieja caja de botellas, cuidando de doblar el cuerpo de modo que dobrara también la ballena que en él había introducido. Para ello, tuve que mantener vigorosamente la tapa en su lugar mientras que la sujetaba con clavos. Y, naturalmente, preví que así que estuviera desclavada, la tapadera saltaría lejos y el cadáver se incorporaría.

Una vez preparada así la caja, puse marca, números y dirección en la forma que he indicado. Luego, envié una carta con la firma de los bodegueros y proveedores del señor Shuttleworthy y ordené a mi criado llevar en una carretilla la caja hasta la puerta del señor Goodfellow, en el momento en que yo le daría la señal. En cuanto a las palabras que pronunció el cadáver, yo tenía plena confianza en mis reconocidas facultades de ventrílocuo; y en cuanto al efecto de esas palabras, contaba con la conciencia del miserable asesino.

Y así acaba esta historia. El señor Pennifeather fue puesto en libertad, heredó la fortuna de su tío, aprovechó las lecciones de la experiencia y, desde entonces, llevó una vida próspera y feliz.

*La vida literaria de Thingum Bob*¹¹⁰

(Difunto editor del *Goosetherumfoode*)

Escrita por él mismo

Litterary life of Thingum Bob, 1844

Me voy haciendo viejo, y puesto que Shakespeare y Mr. Emmons han muerto, no es imposible que incluso yo pueda morir. He pensado, por consiguiente, que puedo retirarme del campo de las letras y reposar sobre mis laureles. Pero tengo la ambición de marcar mi abdicación del cetro literario con algún importante legado a la posteridad; y, tal vez, para eso lo mejor que puedo hacer sea escribir sobre los comienzos de mi carrera literaria. Mi nombre, en realidad, ha aparecido durante tanto tiempo y tan constantemente en público que no sólo admito la naturalidad del interés que ha excitado en todas partes, sino que me preparo a satisfacer la extrema curiosidad por él inspirada. De hecho, es un deber para el que llega a la grandeza dejar detrás de sí, en su ascensión, unos hitos que puedan guiar a otros hacia la cumbre. Me propongo, por eso, en el presente escrito (que tuve la idea de llamar "Memorándum al servicio de la historia literaria de América") detallar aquellos importantes, aunque débiles y titubeantes, primeros pasos, por los que al final alcancé el alto camino hacia el pináculo de la gloria humana.

De mis más remotos antepasados es superfluo hablar mucho. Mi padre, Thomas Bob, durante muchos años estuvo en la cima de su profesión, que era la de comerciante-barbero en la ciudad de Smug. Su almacén era el punto de reunión de las gentes principales del lugar, y especialmente del cuerpo de redactores: un cuerpo que inspira en todos una profunda veneración y terror. Por mi parte, yo los miraba como a dioses y bebía ávidamente la rica corriente de sabiduría que fluía perennemente de sus augustas bocas durante el proceso de lo que se conocía por el nombre de "jabonadura".

Mi primer momento de inspiración positiva debe de datar de aquella época, siempre memorable, cuando el brillante director del *Tábano*, en los intervalos del importante proceso que acabo de mencionar, recitó en voz alta, ante un cónclave de nuestros aprendices, un insuperable poema en honor de "la única auténtica brillantina de Bob" (así llamaba a mi padre aquel talentudo inventor), y por cuya efusión el director del *Tábano* fue remunerado con una regia liberalidad por la firma de *Thomas Bob & Co.*, comerciantes-barberos.

El genio de las estrofas de la "brillantina de Bob" fue el primero en alentar dentro de mí, repito, el divino *afflatus*. Resolví convertirme en un gran hombre, y para ello

¹¹⁰ El nombre de Thingum Bob podría traducirse como Fulano de Tal (N. del T.)

comenzar por ser un gran poeta. Aquella misma tarde caí de rodillas a los pies de mi padre.

—Padre —dije—, ¡perdóname!; pero poseo un alma que está por encima de la jabonadura. Mi primera intención es abandonar la tienda. Seré redactor. Seré un poeta. Quiero escribir estrofas a la "brillantina de Bob". Perdóname y ayúdame a ser grande.

—Mi querido Thingum...—replicó mi padre (yo había sido bautizado con el nombre de Thingum por un pariente muy rico que se llamaba así)—. Mi querido Thingum —dijo, levantándose por las orejas—; Thingum, muchacho mío, eres todo un hombre y tienes el alma de tu padre. Tu cabeza es inmensa también, y en ella debe de alojarse un enorme cerebro. Lo he visto desde hace mucho tiempo, y por ello había pensado en hacerte jurisconsulto. El negocio, sin embargo, progresó mucho, y el ser político no recompensa. Tu criterio sobre todas las cosas es muy sensato; el oficio de redactor es mejor: y si al mismo tiempo puedes ser un poeta, como lo son casi todos los redactores, mejor que mejor, porque matarás dos pájaros de un solo tiro. Para animarte en tus comienzos te regalaré una buhardilla, pluma, tinta y papel, un diccionario de rimas y un número del *Tábano*. Supongo que no exigirás más.

—Sería un vil desagradecido si lo hiciese —repliqué entusiasmado—; tu generosidad es infinita. Te lo pagaré convirtiéndote en el padre de un genio.

Así concluyó mi conversación con el mejor de los hombres, e inmediatamente me dediqué fervorosamente a mis hakeres poéticos; en ellos, sobre todo, fundé mis esperanzas para la ascensión última a la silla editorial.

En mis primeros intentos de composición, comprendía que las estrofas de "la brillantina de Bob" suponían más bien una dificultad que una ayuda. Su esplendor, antes que iluminarme, me oscurecía. La contemplación de su excelencia me inclinaba, naturalmente, a desanimarme, en comparación con mis propios abortos; así, durante una larga temporada trabajé inútilmente. Finalmente, llegó a mi cabeza una de esas ideas exquisitamente originales que de cuando en cuando se dignan colar en el cerebro de un hombre genial. Sucedió así, o, mejor, así se ejecutó. En una librería de lance, en un apartado rincón de la ciudad, adquirí algunos volúmenes antiguos y completamente desconocidos u olvidados. El librero me los dio a cambio de un poema. De uno de ellos, que tal vez fuera una traducción del "Infierno", de Dante, copié pulcramente un largo pasaje acerca de un hombre llamado Ugolino que tenía unos cuantos chiquillos. De otro, que contenía una gran cantidad de antiguas comedias cuyo autor no recuerdo, copié del mismo modo, y con el mismo cuidado, un gran número de líneas acerca de "ángeles y de ministros dando gracias" y de "duendes condenados" y otras cosas por este estilo. De un tercero, que era la composición de algún hombre ciego, griego o choctaw —no me es posible ahora recordar exactamente este pequeño detalle—, copié unos cincuenta versos, empezando por el "furor de Aquiles" y "el soborno", o algo así. De un cuarto libro recogí también el trabajo de un ciego, seleccioné una página o dos acerca del "granizo" y la "luz

sagrada"; y aunque no le toca a un ciego escribir sobre la luz, a pesar de ello, los versos eran bastante buenos en su estilo.

Puestas en limpio las copias de aquellos poemas, firmé cada uno de ellos con el nombre de *Oppodeldoc* (un nombre sonoro y bonito), y metiéndolas en un sobre, las envié a las cuatro revistas principales, con el ruego de una publicación rápida y un pronto pago. El resultado de este plan tan bien tramado (cuyo éxito me habría librado de muchas dificultades en el futuro), sin embargo, sirvió para convencerme de que algunos directores no son tan fácilmente engañables y dieron el *coup de grace* (como dicen en Francia) a mis esperanzas nacientes (como dicen en la ciudad de los trascendentales).

El hecho es que todos y cada uno de los periódicos en cuestión dieron a míster *Oppodeldoc* una gran paliza, en la sección de "avisos mensuales a los corresponsales". El *Hum-Drum* lo hizo así:

"*Oppodeldoc* (sea quien sea) nos ha enviado una larga *tirade* que se refiere a un loco a quien llama "Ugolino", que tenía un gran número de chiquillos, a todos los cuales les había propinado una buena azotaina y enviado a la cama sin cenar. El tema es demasiado doméstico, por no decir *estúpido*. *Oppodeldoc* (sea quien sea) carece enteramente de imaginación, y la imaginación, según nuestro humilde parecer, no es sólo la fuente de POESÍA, sino también su auténtico corazón. *Oppodeldoc* (sea quien sea) tiene la osadía de pedirnos, para su trabajo, "una publicación rápida y un pronto pago". Nosotros, ni publicamos ni pagamos tonterías de ese tipo. Sin embargo, es indudable que para desechos semejantes puede encontrar un mercado abierto en las oficinas del *Rowdy-Dow*, el *Lollipop*, o el *Goosetherumfoodle*."

A pesar de todo, hay que reconocer que todo eso era demasiado severo para *Oppodeldoc*; pero lo más duro de todo fue poner la palabra POESÍA en mayúsculas; ¡en esas seis grandes letras, qué mundo de amargura no se halla encerrado!

Pero *Oppodeldoc* fue castigado con parecida severidad en el *Rowdy-Dow* con las siguientes palabras:

"Hemos recibido la más extraña e insolente comunicación de una persona, quienquiera que sea, que firma con el nombre de *Oppodeldoc*, desacreditando así la grandeza del ilustre emperador romano de ese nombre. Acompañando la carta de *Oppodeldoc* (quiero que sea) encontramos varias líneas en un lenguaje de lo más engolado, de lo más asqueroso y falto de sentido, acerca de "los ángeles y ministros de gracia", tan repugnante como sólo un loco de la especie de Nat Lee o de *Oppodeldoc* podrían perpetrar. Y por esa basura de las basuras se nos pide modestamente "un pronto pago". ¡No señor, no! No pagamos nada de esa clase. Vaya usted al *Hum-Drum*, al *Lollipop*, o al *Goosetherumfoodle*. Esos periódicos aceptarán sin duda alguna todos los desechos literarios que usted les envíe, e indudablemente prometerán pagárselos."

Todo esto sin duda alguna fue muy amargo para el pobre *Oppodeldoc*; sin embargo, el peso de la sátira caía principalmente sobre el *Hum-Drum*, el *Lollipop* y el

Goosetherumfoodle, a quienes sarcásticamente ponen el mote de *periódicos*, en letra cursiva además, lo cual, sin duda alguna, les ha debido de llegar al corazón.

Poco menos salvaje fue la contestación del *Lollipop*:

"Ciento *individuo*, que responde jocosamente al apelativo de *Oppodeldoc* (a qué usos tan bajos son dedicados a menudo los nombres de los difuntos ilustres), envía cincuenta o sesenta *versos* que comienzan de la siguiente forma:

"La cólera de Aquiles, que tanto llanto
le costó a Grecia, esa horrible cólera..."

A *Oppodeldoc* (quienquiera que sea) le comunicamos respetuosamente que en nuestra oficina no hay un solo pobre diablo impresor que no esté acostumbrado diariamente a componer mejores *líneas*. Este *Oppodeldoc* no quiere pensar. *Oppodeldoc* no quiere aprender a *distinguir*. Pero ¿cómo se le habrá ocurrido la idea de que *nosotros* (*nosotros*, entre todos los demás) íbamos a desacreditar nuestras páginas con sus indecibles insensateces, que sobrepasan toda comprensión? Porque ese absurdo trabajo apenas sirve para el *Hum-Drum*, el *Rowdy-Dow*, para el *Goosetherumfoodle*, que acostumbra publicar "las melodías de la madre gansa" como poemas líricos originales. Y *Oppodeldoc* (quienquiera que sea) se ha atrevido a pedirnos que *le paguemos* por esa idiotez. Sepa, pues, *Oppodeldoc* (quienquiera que sea) que no podemos pagarla ni publicarla."

Mientras examinaba atentamente este escrito me iba empequeñeciendo paulatinamente, y cuando llegué al punto en el que el editor se reía del poema, como "versos", debía de ser ya del tamaño de una onza. Y ante *Oppodeldoc*, empecé a experimentar compasión por el pobre muchacho. Pero el *Goosetherumfoodle* me mostró, si es posible, menos misericordia que el *Lollipop*. El *Goosetherumfoodle* decía así:

"Un miserable poetastro, que firma con el nombre de *Oppodeldoc*, es lo suficientemente idiota para imaginar que *nosotros* íbamos a publicar y *pagar* un engendro de incoherencias y errores gramaticales que nos ha enviado y que empiezan con la línea siguiente, que es la más inteligible:

"¡Granizo, santa luz! Prole del cielo, primogénita..."

Decimos la más "inteligible". *Oppodeldoc* (quienquiera que sea), probablemente quiera ser tan amable de decirnos cómo el "granizo" puede ser "luz santa". Siempre nos ha parecido "lluvia helada". ¿Quiere explicarnos, también, cómo la lluvia helada puede ser a un tiempo las dos cosas?: ¿Sagrada luz (sea lo que sea) y prole? (esta última palabra, si es que entendemos algo de inglés, sólo se aplica propiamente a los niños pequeños de unas seis semanas). Pero es necio descender a tales absurdos, aunque *Oppodeldoc* (sea quien sea) tenga la inigualable desvergüenza de suponer que no sólo "publicaremos" sus ignorantes lucubraciones, sino que (con toda seguridad) "se las pagaremos".

¡Pero lo divertido es esto!: tenemos medio pensado castigar a este joven poetastro por su egoísmo, publicando realmente su trabajo, *verbatim et literatim*, tal como él lo ha

escrito. No encontraríamos mejor modo de castigarle más severamente, y estamos a punto de hacerlo, pero al pensar en el aburrimiento de nuestros lectores, no lo haremos.

Que *Oppodeldoc* (quienquiera que sea) envíe cualquier "composición" futura de este tipo al *Hum-Drum*, al *Lollipop* o al *Rowdy-Dow*. "Ellos" lo publicarían. "Ellos" publican todos los meses porquerías semejantes. Envíeselos. A NOSOTROS no se nos puede insultar impunemente."

Esto fue el final para mí; pero nunca pude comprender cómo sobrevivían el *Hum-Drum*, el *Rowdy-Dow* y el *Lollipop*. Citarlos en la letra más *pequeña* (ahí estaba lo malo, así se insinuaba su *pequeñez*, su *bajeza*), mientras NOSOTROS les seguía mirando por encima del hombre con mayúsculas gigantescas. ¡Oh, eso era demasiado amargo!; era despreciable; era irritante. Si yo hubiera sido alguno de aquellos periódicas, no hubiera parado hasta procesar al *Goosetherumfoodle*. Debería hacerse bajo la ley de "prevención de crueldad contra los animales". Sobre lo que decía de *Oppodeldoc* (quienquiera que fuese), había yo perdido entonces toda paciencia con aquel muchacho que me empezaba a ser muy antipático; era un idiota, indudablemente (quienquiera que fuese), y había recibido lo que se merecía.

El resultado de mi experiencia con aquellos libros viejos me convenció, en primer lugar, de que "la honradez es la mejor política", y en segundo lugar, de que si no podía escribir mejor que Mr. Dante, y que los dos ciegos, y que el resto de los antiguos, al menos sería muy difícil escribir peor. Así tomé la decisión de convertirme en "enteramente original" (como reza en las cubiertas de las revistas), a cualquier precio de estudios y sufrimientos. De nuevo puse ante mis ojos, como modelo, las brillantes estrofas a "la brillantina de Bob", del director del *Tábano*, y decidí construir una oda sobre el mismo tema sublime, rivalizando con lo que ya había sido hecho.

Mi primera línea no tuvo dificultad material. Escribí así:

"Escribir una oda sobre la brillantina de Bob."

Habiendo buscado cuidadosamente todas las rimas legítimas con la palabra Bob, encontré que era imposible seguir. En tal situación recurrió a la ayuda de mi padre; y, tras algunas horas de meditación profunda, mi padre y yo construimos lo siguiente:

"En escribir una oda a la brillantina de Bob,

Hay toda suerte de tarea.

(Firmado) snob.

Realmente la composición no era muy extensa, pero "aún tenía que aprender", como dicen en la *Edinburgh Review*, que la simple extensión de un trabajo literario no tiene ninguna relación con su mérito. Sobre la jerga del trimestral en torno al "esfuerzo continuado" es imposible encontrar algún sentido. Así, me sentí satisfecho del éxito de mi tentativa virginal, y la única cuestión que se me presentaba era el uso que podía hacer de ella. Mi padre me hizo la sugerencia de que debía enviarlo al *Tábano*, pero

encontré dos razones que me apartaban de hacer esto. Temía la envidia del director y, aparte de eso, había sabido que no pagaba las colaboraciones originales. Así, tras una deliberación, envié el original a las páginas de *Lollipop*, y esperé con ansiedad y resignación.

En el siguiente número que apareció tuve la gran satisfacción de ver finalmente mi poema, presentado como trabajo original, con las siguientes palabras significativas, en bastardilla y entre paréntesis:

(Llamamos la atención de nuestros lectores sobre las admirables estrofas añadidas a "la brillantina de Bob". No tenemos nada que decir de su sublimidad, o de su sentimiento: Es imposible leerlas sin lágrimas. Los que han sentido náuseas ante una triste dosis sobre el mismo augusto tema, obra de la pluma de ganso del director del "Tábano", podrán comparar las dos composiciones.)

P. S.—Estamos consumidos por la ansiedad de desvelar el misterio que envuelve al evidente seudónimo "Snob". ¿Podemos esperar una entrevista personal?)

Todo eso no era más que justicia, pero también era, lo confieso, más de lo que yo esperaba: hay que reconocerlo, para eterna vergüenza de mi país y de la humanidad. No perdí tiempo, sin embargo, en acudir al director del *Lollipop*, y tuve la buena suerte de encontrar a este caballero en su casa. Me saludó con un aire de profundo respeto, ligeramente teñido de una admiración paternal y protectora que, sin duda alguna, le causó mi aspecto de extrema juventud e inexperiencia. Pidiéndome que me sentara, entró al momento en la cuestión de mi poema; pero la modestia no me permite repetir los mil cumplidos que me hizo. Los elogios de Mr. Crab (así se llamaba el director) no estuvieron, sin embargo, faltos de crítica. Analizó mi composición con mucha libertad y gran habilidad, no titubeando en señalar algunos triviales defectos, y esta circunstancia hizo que aumentara mucho mi estimación por él. El *Tábano*, por supuesto, fue colocado sobre el tapete, y no espero nunca ser sometido a una crítica tan aguda o ser censurado de un modo tan afrentoso, como fui obsequiado por Mr. Crab por aquel desdichado desahogo. Yo estaba acostumbrado a mirar al director del *Tábano* como algo sobrenatural, pero en seguida Mr. Crab me apartó de tal idea. Ponía la literatura, tanto como el carácter personal de *La Mosca* (así designaba Mr. C, satíricamente, a su director rival), bajo su verdadera luz. Ella, *La Mosca*, en realidad era un poco mejor que él. Había escrito cosas indignas. Era un periodista de a penique la línea y un bufón. Era un cretino. Había escrito una tragedia que produjo una carcajada en todo el país, y una farsa que inundó todo el universo en lágrimas. Además, tuvo la imprudencia de escribir un panfleto sobre él mismo (Mr. Crab), y la temeridad de titularlo *Un asno*. Si yo sentía alguna vez el deseo de expresar mi opinión sobre *Mr. Mosca*, Mr. Crab me aseguraba que las páginas del *Lollipop* estaban a mi entera disposición. Al mismo tiempo, como era casi seguro que yo sería atacado desde *La Mosca* por componer un poema que rivalizaba

con la "Brillantina de Bob", él (Mr. Crab) lo tomaría como asunto personal y defendería mis privados intereses personales. Si no me convertía en un hombre en seguida, él (Mr. Crab) no sería el culpable.

Habiendo hecho Mr. Crab una pausa en su discurso (cuya última parte me fue imposible comprender), me aventuré a sugerirle algo sobre la remuneración que pensaba conseguir por mi poema, según un anuncio en la portada del *Lollipop*, en el cual se declaraba que (el *Lollipop*) "insistía en que se podía permitir el lujo de pagar precios exorbitantes por todas las colaboraciones aceptadas, gastando frecuentemente más dinero en un solo poema breve que el coste anual de el *Hum-Drum*, el *Rowdy-Dow* y el *Goosetherumfoodle* juntos.

Al mencionar yo la palabra "remuneración", Mr. Crab abrió primero sus ojos, luego la boca, de una manera muy notable, lo cual hizo que por su aspecto personal me recordara a un gigantesco ganso aleteando en el momento de graznar; y en esta situación permaneció (poniendo una y otra vez las manos sobre la frente como en un estado de desesperada irreflexión) hasta que terminé de hablar.

Al acabar, se dejó hundir en su sillón como si estuviera vencido, dejando caer los brazos sin vida sobre sus costados, pero conservando aún rígidamente abierta la boca al modo del ganso. Mientras yo permanecía sin habla, asombrado de una actitud tan alarmante, de repente se levantó e hizo un movimiento brusco hacia la campanilla; pero en el mismo instante de alcanzarla pareció cambiar de intención, cualquiera que fuese ésta, y se metió debajo de una mesa e inmediatamente volvió a aparecer con una estaca. Estaba en el acto de levantarla (aunque no me puedo imaginar con qué propósito) cuando, repentinamente, se dibujó una sonrisa benigna sobre sus facciones y se hundió plácidamente en su sillón.

—Míster Bob —dijo, porque yo le había entregado mi tarjeta de visita—, míster Bob, usted es aún muy joven, lo supongo...

Yo asentí, añadiendo que aún no había cumplido mi tercer lustro.

—¡Ah! —replicó—. Muy bien; ya lo veo..., no digo más. En lo tocante a su compensación, lo que usted observa es muy justo, realmente lo es. Pero, ¡ah..., ah...! La primera colaboración..., la *primera*, digo..., no se acostumbra nunca a pagar en una revista, porque..., usted comprende, ¿eh? La verdad es que ordinariamente nosotros somos los *receptores* en casos semejantes —Mr. Crab sonrió dulcemente al recalcar con énfasis la palabra "receptores"—. Casi siempre nos *pagan* por la inserción de un primer intento especialmente en verso. En segundo lugar, Míster Bob, es norma de la revista no desembolsar nunca lo que en Francia conocemos con el nombre de *argent comptant*; tengo la seguridad de que usted me entiende. Pasado un trimestre o dos, tras la publicación del artículo, o un año o dos, no nos oponemos a dar nuestra nota a los nueve meses; previsto siempre que podamos arreglar nuestros asuntos en cuanto estemos completamente seguros de un "estallido" a los seis. Ahora espero realmente, Míster Bob, que será para usted suficientemente satisfactoria esta explicación.

Aquí concluyó Mr. Crab con los ojos llenos de lágrimas.

Triste mi espíritu por haber sido, aunque inocentemente, el causante del dolor en un hombre tan eminente y sensitivo, me apresuré a pedir disculpas y a serenarle, señalando mi exacta coincidencia con sus puntos de vista, lo mismo que mi entera apreciación de su posición delicada. Tras haber dicho todo esto en un elegante discurso, me marché.

Una hermosa mañana, no mucho más tarde, "me desperté y me encontré famoso". La extensión de mi renombre podrá ser juzgada haciendo referencia a las opiniones de los editoriales del día; estas opiniones, como se verá, fueron insertadas como notas críticas en el número del *Lollipop*, que transcribía mi poema, y son perfectamente satisfactorias, terminantes y claras, con la excepción tal vez de la jeroglífica nota "*sep. 15-1 t.*" añadida a cada una de las críticas.

El *Owl*, un periódico de profunda sagacidad y bien conocido por la deliberada gravedad de sus críticas literarias; el *Owl*, digo, decía lo siguiente:

"El *Lollipop*, el número de octubre de esta deliciosa revista, supera todos los anteriores y desafía toda competencia. En la belleza de su tipografía y papel, en el número y excelencia de sus planchas de acero, como en el mérito literario de sus colaboraciones, el *Lollipop* es, comparado con sus plúmbeos rivales, como Hiperión con un sátiro. El *Hum-Drum*, el *Rowdy-Dow* y el *Goosetherumfoodle* sobresalen, es cierto, en fanfarronería, pero en todos los demás puntos nos quedamos con el *Lollipop*. Cómo pueda sostener este famoso periódico sus gastos, evidentemente tremendos, es algo que no podemos entender. Sabemos a ciencia cierta que tiene una circulación de cien mil ejemplares, y que sus suscripciones han aumentado en una cuarta parte durante el último mes, pero, además, las sumas que desembolsa siempre por las colaboraciones son incommensurables. Se dice que Mr. Slyass recibió nada menos que treinta y siete centavos y medio por su insuperable artículo sobre *Cerdos*. Con Mr. Crab como director, y con unos nombres en la lista de colaboradores como SNOB y Slyass, no puede existir la palabra "quiebra" para el *Lollipop*. Venga y suscríbase. *Sep. 15-1 t.*"

Tengo que decir que me sentí muy satisfecho con una noticia tan altamente lisonjera en un periódico de tanta respetabilidad como el *Owl*. La colocación de mi nombre, es decir, de mi *nom de guerre* antes del nombre del gran Slyass, era un cumplido tan agradable como para sentirse dichoso con él.

Mi atención se detuvo después en los siguientes párrafos del *Toad*, un periódico altamente distinguido por su rectitud e independencia, y por ser completamente libre a las adulaciones y al servilismo de los que ofrecen banquetes:

"El *Lollipop* de octubre supera a todos sus contemporáneos, y los supera, por supuesto, en el esplendor de su embellecimiento como en la riqueza de su contenido. El *Hum-Drum*, el *Rowdy-Dow* y el *Goosetherumfoodle* sobresalen, hay que admitirlo, en fanfarronería, pero en todos los demás puntos nos quedamos con el *Lollipop*. Cómo esta famosa revista pueda sustentar sus gastos, evidentemente tremendos, es algo que no podemos entender. Sabemos a ciencia cierta que tiene una circulación de doscientos mil

ejemplares, y que sus suscripciones han aumentado una tercera parte durante la última quincena; pero, por otra parte, las sumas que mensualmente desembolsa en colaboraciones son fabulosamente grandes. Sabemos que Mr. Mumblethumb recibió no menos de cincuenta centavos por su última colaboración: *Elegía al barro de una charca*.

Entre los originales colaboradores del presente número vemos (aparte del eminent director, Mr. CRAB) hombres tales como SNOB, Slyass y Mumblethumb. Aparte del editorial, el trabajo más valioso indudablemente es, a nuestro parecer, una joya poética de Snob sobre "la brillantina de Bob"; pero nuestros lectores no deben suponer, por el título de este inestimable *bijou*, que tiene cierta similitud con el disparate sobre el mismo tema de cierto sujeto despreciable, cuyo nombre no puede ni mencionarse ante unos oídos educados. El *presente* poema sobre "la brillantina de Bob" ha excitado una universal ansiedad y curiosidad por conocer al poseedor de ese evidente seudónimo "Snob", una curiosidad que felizmente tenemos posibilidades de satisfacer. "Snob" es el *nom de plume* de Mr Thingum Bob, de esta ciudad, pariente del gran Mr. Thingum (cuyo nombre lleva), y además está emparentado con las más ilustres familias del estado. Su padre, Thomas Bob, es un opulento comerciante de Smug. *Sep. 15-1 t.*"

Este generoso halago me llegó al corazón, y más por venir especialmente de una fuente tan sincera y de tan proverbial pureza como era el *Toad*. La palabra "disparate", al ser aplicada a la "brillantina de Bob" de *La Mosca*, la encontré singularmente punzante y apropiada. Las palabras "joya" y *bijou*, sin embargo, al referirse a mi composición, me parecieron un tanto débiles. No tenían suficiente fuerza; no eran lo suficientemente *prononcés* (como decimos en Francia).

No había terminado casi de leer el *Toad* cuando un amigo colocó en mis manos la copia del *Mole*, un diario que gozaba de gran reputación por su perspicacia en tratar los asuntos y por lo franco y honesto que era y por el elevado estilo de sus editoriales. El *Mole* hablaba de *Lollipop* de la forma siguiente :

"Hace un momento hemos recibido el *Lollipop* de octubre, y tenemos que decir que nunca habíamos leído un número de una revista con tanta fruición. Lo decimos con toda sinceridad. El *Hum-Drum*, el *Rowdy-Dow* y el *Goosetherumfoodle* deben examinar bien sus glorias. Estas publicaciones, indudablemente, sobrepasan todas las cosas en ruidosa pretensión, pero en los demás aspectos, dadnos el *Lollipop*. Cómo pueda esta celebrada revista mantener sus gastos, evidentemente tremendos, es algo que no podemos comprender. Sabemos a ciencia cierta que tiene una circulación de trescientos mil ejemplares, y sus suscripciones han aumentado en un cincuenta por ciento en la última semana, pero la suma que se desembolsa mensualmente por colaboraciones es asombrosamente gigantesca. De fuente bien informada se nos ha asegurado que Mr. Fatquack recibió nada menos que sesenta y dos centavos y medio por su última novela breve hogareña, *El paño para platos*.

Los que colaboran en el número que tenemos delante son Mr. Crab (el eminent director), SNOB, Mumblethumb, Fatquack y otros; pero, exceptuando las inimitables

composiciones del director, preferimos el efluvio diamantino de la pluma de un poeta principiante que escribe bajo el seudónimo de "Snob", un *nom de guerre* del que predecimos que algún día podrá eclipsar el esplendor de *Bob*. "SNOB", según sabemos, es Mr. Thingum Bob, heredero único de un rico comerciante de esta ciudad, Thomas Bob, y pariente cercano del distinguido Mr. Thingum. El título del admirable poema de Mr. Bob es "Brillantina de Bob", nombre un tanto desafortunado, hay que indicarlo, porque ha sido utilizado por un despreciable vagabundo relacionado con la prensa de a penique, un individuo que había disgustado ya a esta ciudad con unas tonterías sobre el mismo tema. Sin embargo, incluso así, no se pueden confundir las composiciones. *Sep. 15-1 t.*"

La generosa alabanza de un periódico tan ilustre como el *Mole* se introdujo en mi espíritu deliciosamente. La única objeción que se me ocurrió fue que los términos "despreciable vagabundo" podían haber sido completados con "odioso, despreciable, mísero, villano y vagabundo". Eso habría contribuido a hacer una frase de una sonoridad más graciosa, pienso yo. "Diamantino", también tengo que admitirlo, era una palabra apenas suficientemente intensa para expresar lo que el *Mole*, evidentemente, pensaba sobre el esplendor de "La brillantina de Bob".

La misma tarde en que leí estas notas en el *Owl*, el *Toad* y el *Mole*, me encontré por casualidad con un número del *Daddy-Long-Legs*, un periódico famoso por la extrema extensión de su comprensión. Y así decía el *Daddy-Long-Legs*:

"¡¡El *Lollipop*, esta sublime revista que ya está ante el público con su número de octubre!! La cuestión de preeminencia ha quedado decidida para siempre, y en el futuro será excesivamente absurdo que el *Hum-Drum*, el *Rowdy-Dow* o el *Goosetherumfoodle* hagan intentos espasmódicos de competencia. Estas revistas pueden sobresalir sobre el *Lollipop* en ruido, pero en todos los demás puntos nos quedamos con el *Lollipop*. Cómo pueda sustentar esta famosa revista sus gastos, evidentemente tremendos, es algo que no podemos entender. Sabemos a ciencia cierta que tiene una circulación de medio millón de ejemplares y que su suscripción ha aumentado en un setenta y cinco por ciento en los dos últimos días; pero, en cambio, las sumas desembolsadas mensualmente por las colaboraciones son casi increíbles. Sabemos que "Mademoiselle Cribalittle" recibió nada menos que ochenta y siete centavos y medio por su último y valioso cuento revolucionario conocido con el nombre de *El escarabajo de la ciudad de York y la cucaracha del carbón*.

Los artículos más interesantes del presente número son, por supuesto, los escritos por el director (el eminentísimo Mr. Crab), pero también hay magníficas contribuciones de nombres tales como SNOB, Mademoiselle Cribalittle, Slyass, Mrs. Fibalittle, Mumblethumb, Mrs. Squibalittle, y finalmente, el no menos interesante de Fatquack. Puede muy bien desafiar al mundo a que produzca una galaxia de tan enormes genios.

"El poema firmado por el seudónimo SNOB, a nuestro modo de ver, atraerá la alabanza universal, y nos complace afirmar que merece, probablemente, mayores aplausos aún de los que ha recibido. "Brillantina de Bob" es el título de esta obra maestra de elocuencia y arte. Tal vez uno o dos de nuestros lectores guarden todavía algún débil recuerdo, aunque muy desagradable, de un poema (?) con un título semejante, crimen de un miserable poetastro, pordiosero y chupatintas, con capacidad de pinche, a nuestro modo de ver, en una imprenta indecente de los arrabales de la ciudad; ¡por amor de Dios!, suplicamos que no se confundan estas composiciones. El autor de "Brillantina de Bob" es, según nos hemos enterado, Thingum Bob, un *gentleman* de gran ingenio y un hombre de letras (SNOB es meramente un *nom de guerre*). Sep. 15-1 t."

Difícilmente pude contener mi furia cuando leí la conclusión de esa diatriba. Era claro para mí que la forma, en pro o en contra, no digo la mansedumbre, la positiva tolerancia con que la *Daddy-Long-Legs* hablaba de aquel cerdo, el director del *Tábano*..., era evidente para mí, digo, que aquella suavidad de lenguaje no podía tener otra procedencia que un parcialismo respecto a *La Mosca*, con la clara intención de la *Daddy-Long-Legs* de aumentar su fama a mis expensas. De igual manera podía verse, a simple vista, que lo que se intentaba señalar por parte de la *Daddy* se podía haber expresado en términos más directos, más punzantes y más intencionados. Las palabras "poetastro", "pordiosero", "pinche" y "chupatintas" eran epítetos tan intencionadamente inexpresivos y equívocos que resultaban peor que nada cuando se aplicaban al autor de las estrofas peor escritas por un miembro de la raza humana. Todos conocemos lo que significa "maldecir con débil alabanza", y por otra parte, ¿quién podría engañarse viendo a través del oculto propósito de la *Daddy* lo que glorificaba con débil condena?

Lo que la *Daddy* había elegido para decir a *La Mosca*, sin embargo, no era asunto mío. Mi asunto era lo que decía de mí. Tras las nobles maneras con que el *Owl*, el *Toad* y el *Mole* se habían expresado sobre mi capacidad, era hablar fríamente más bien lo que la *Daddy-Long-Legs* decía simplemente: "un *gentleman* de gran ingenio y un hombre de letras". ¡Sólo *gentleman*! Pensé inmediatamente en escribir a la *Daddy-Long-Legs* exigiéndole una apología o desafiándola.

Movido por este propósito, busqué un amigo a quien poder confiar un mensaje para la *Daddy*, y como el director del *Lollipop* me había dado a entender una gran consideración, acudí finalmente a él en busca de ayuda para aquella ocasión.

Nunca he sido capaz de saber, de una manera satisfactoria para mi entendimiento, por el peculiarísimo semblante y ademán con que Mr. Crab me escuchaba, qué pensaba sobre mis ideas. Volvió a hacer la escena de la campanilla y el garrote, sin omitir lo del ganso. Hubo un instante en que me pareció que realmente iba a oír sus graznidos. Su agitación, sin embargo, se serenó finalmente, y empezó a moverse y a hablar como un ser racional. Sin embargo, declinó el honor de llevar mi reto, y de hecho me disuadió de que yo lo hiciera; pero fue lo suficientemente cándido para admitir que la *Daddy-Long-*

Legs había cometido desgraciadamente una equivocación, sobre todo en lo que se refería a los epítetos *gentleman* y "hombre de letras".

Al final de mi entrevista con Mr. Crab, quien realmente parecía demostrar un interés paternal por mi asunto, me sugirió que podía ganarme honradamente un penique, y al mismo tiempo elevar mi fama, haciendo ocasionalmente de Thomas Hawk para el *Lollipop*.

Pedí a Mr. Crab que me informase sobre quién era Mr. Thomas Hawk, y cómo podía hacer yo su papel.

Aquí, Mr. Crab abrió de nuevo "unos grandes ojos" (como dicen en Alemania), pero finalmente, recobrándose de un profundo ataque de asombro, dijo que empleaba las palabras "Thomas Hawk" para evitar el familiarismo de la palabra Tommy, que resultaba baja, pero que la verdadera idea era el Tommy Hawk o *tomahawk*; y que por "hacer de *tomahawk*" entendía él escalpar, partir el coco, y además otra serie de palabras empleadas por autores pobres diablos.

Aseguré a mi director que, si aquello era todo, estaba completamente resignado a hacer de Thomas Hawk, y así Mr. Crab me deseó que pusiese de rodillas al director del Tábano inmediatamente, utilizando el estilo más feroz de que fuera capaz, como una muestra de mis poderes. Puse manos a la obra con una crítica sobre la versión original de *Brillantina de Bob* que ocupó treinta y seis páginas del *Lollipop*. Encontré el papel de Thomas Hawk realmente como una profesión mucho menos onerosa que la de poetizar, ya que usé de aquel *sistema* reunido, y por ello actué a la perfección. Mi sistema era éste: compré unos ejemplares de viejo (baratos) de *Los discursos de Lord Brougham*, *Obras completas de Cobbett*, *Los nuevos vocablos de la jerga*, *El arte completo de la riña*, *El aprendiz de los arrabales* (edición infolio) y *Lewis G. Clarke en lengua*. Corté estos libros con una almohaza y luego los puse en una criba, y recogí los que me parecían más decentes (una menudencia); aparté las frases duras, y las metí en una gran lata de pimienta con aberturas longitudinales, de tal manera que cada sentencia pudiera entrar en ella sin ninguna injuria material. La mezcla estaba dispuesta para su uso. Cuando tuve que desempeñar el papel de Thomas Hawk impregné una hoja de papel en clara de huevo; luego, desmenuzando otra vez las palabras como lo había hecho con los libros, aunque con más cuidado, para sacarlas más separadamente, arrojé estas palabras, con las primeras, sobre el papel, moviéndolo para conseguir una perfecta mezcla. El efecto era muy hermoso. Era cautivador. Realmente, las críticas que recibí por este simple recurso no han tenido nunca igual y eran la maravilla del mundo. Al principio estaba muy avergonzado —resultado de mi inexperiencia—, me desconcertaba un poco una cierta inconsistencia, un cierto aire de *bizarre* (como dicen en Francia) mostrado en la composición. Todas las frases no *caían* (como dicen los anglosajones). Algunas eran completamente equivocadas. Algunas incluso estaban invertidas; y no hubo ni una siquiera que no perjudicase el efecto, al ocurrir esta última especie de accidente, con excepción de los párrafos dedicados a Mr. Lewis Clarke, que resultaron tan vigorosos y

tan enteramente macizos que no parecían estar desconcertados por ninguna posición extrema, sino igual de felices y satisfechos, bien se les mirase de cabeza, bien se les mirase boca abajo.

Lo que sucedió al director del *Tábano* después de la publicación de mi crítica a su *Brillantina de Bob* es algo muy difícil de averiguar. La conclusión más lógica es que rabió hasta morir. De todas formas, desapareció instantáneamente de la faz de la tierra y ningún hombre ha vuelto a ver su espectro de nuevo.

Terminada felizmente esta cuestión, y apaciguadas las Furias, crecí ante el alto favor de Mr. Crab. Me consideró su hombre de confianza, me dio un puesto permanente de Thomas Hawk en el *Lollipop*, y como por entonces no podía darme un salario, me consiguió beneficiarme a discreción de su experiencia.

—Mi querido Thingum —me dijo cierto día después de cenar—, respeto sus habilidades y le amo como a un hijo. Usted será mi heredero. Cuando muera le dejaré en mi testamento el *Lollipop*. Entre tanto le haré un hombre; *quiero* hacerlo, siempre que usted siga mis consejos. La primera cosa que hay que hacer es deshacerse del viejo pelmazo.

—¿Jabalí? —dije inquisitivamente—. ¿Cerdo, eh?... ¿Aper?..., ¿como decimos en latín...) ¿Quién? ¿Dónde?

—Su padre —dijo.

—Exactamente —contesté—, cerdo.

—Tiene usted que hacer fortuna, Thingum —prosiguió Mr. Crab—, y ese tutor de usted es una piedra de molino pendiente de su cuello. Debemos cortarla en seguida —aquí saqué mi cuchillo—. Hemos de cortarla —continuó Mr. Crab—, decididamente y para siempre. Él no querrá..., no *querrá*. Pensándolo mejor, usted haría bien en darle patadas o una paliza, o algo así.

—¿Quiere usted decir —sugerí modestamente— que primero le dé patadas, le dé una paliza después, y termine retorciéndole la nariz?

Míster Crab me miró pensativamente durante breves momentos y luego continuó:

—Pienso, mister Bob, que lo que usted se propone no estaría mal; realmente no estaría mal, es decir, si saliera bien; pero los barberos son muy duros de cortar, y pienso que, tras de hacer las operaciones que usted sugiere sobre Thomas Bob, sería interesante que usted le dejase ciego a puñetazos, con mucho cuidado, para prevenir que él le pudiera ver de nuevo en los paseos de moda. Y hecho esto, realmente no veo qué más podría usted hacer; aunque tal vez pudiera enrollarle una o dos veces en el canalón y luego llamar a la policía para que se encargase de él. A cualquier hora de la mañana siguiente, usted podría llamar al cuerpo de guardia y emprender un asalto.

Me afectó mucho la amabilidad de sentimientos hacia mi persona que había demostrado aquel consejo de Mr. Crab, y no tardé en aprovecharlo inmediatamente. El resultado fue que me deshice del viejo jabalí y empecé a sentirme un poco independiente y con aire de señor. La necesidad de dinero, sin embargo, durante

algunas semanas, fue origen de muchas incomodidades; pero finalmente, cuando fui usando con todo cuidado de mis dos ojos y observando cómo se presentaban las cuestiones ante mis narices, comprendí cómo había de llevarse la cosa. Digo "cosa", como puede observarse, porque me dijeron que en latín se decía *rem*, y hablando de ... latín, ¿hay alguien que pueda decirme el significado de *quocumque* o el de *modo*?

Mi plan era muy simple. Compré por nada de dinero la dieciseisava parte del *Snapping-Turtle*, y eso fue todo. La cosa estaba *hecha* y me embolsé el dinero. Hube de hacer algunos preparativos triviales para estar seguro; pero ello formaba parte de mi plan. Eran una consecuencia, un resultado. Compré, por ejemplo, pluma, papel y tinta, y me lancé a una furiosa actividad. Completado un artículo así para la revista le puse el título de "FOL-FOL, por el autor de LA BRILLANTINA DE BOB" y lo envié a *Goosetherumfoodle*. Sin embargo, habiéndolo seleccionado este periódico como "charla" en los "avisos mensuales a los corresponsales", cambié el título por el de "*Hei-Diddle-Diddle* por THINGUM BOB, autor del poema a la "brillantina de Bob" y director de la *Snapping-Turtle*". Envié esta enmienda al *Goosetherumfoodle*, y esperando la respuesta, escribí diariamente en la *Turtle* seis columnas sobre lo que podía llamarse investigaciones filosófico-analíticas de los méritos literarios del *Goosetherumfoodle*, y sobre el carácter personal del director del *Goosetherumfoodle*. Al fin de una semana el *Goosetherumfoodle* descubrió que, por una lamentable equivocación, había "confundido un estúpido artículo titulado *Hei-Diddle-Diddle*, escrito por algún ignorante desconocido, con una joya de esplendente fulgor, de título parecido, obra de Thingum Bob, el célebre autor de "La brillantina de Bob". El *Goosetherumfoodle* "lamentaba profundamente este accidente natural", y prometía además una publicación del "auténtico" *Hei-Diddle-Diddle* en el siguiente número de la revista.

Realmente yo "pensaba" —lo pensaba realmente entonces, y no tengo razones para no pensar lo ahora— que el *Goosetherumfoodle* había cometido una equivocación. Con las mejores intenciones del mundo, nunca he sabido qué hacer con algunas equivocaciones como la del *Goosetherumfoodle*. Desde aquel día me aficioné al *Goosetherumfoodle*, y así resultó que pronto descubrí sus méritos literarios, verdaderamente profundos, y no dejé de anunciarlos a los cuatro vientos en el *Turtle*, en cualquier oportunidad que se me presentaba. Y ha de ser considerado como una rara coincidencia —una de esas *notables* coincidencias que hacen pensar a un hombre con toda seriedad que precisamente una revolución total semejante de la opinión, un tan completo *bouleversemement* (cómo decimos en Francia)—, un tan completo *topsurviness* (si es posible usar una palabra tan energética de los chotaws), que lo que sucedió, en *pro* y en *contra*, entre mí mismo, por una parte, y el *Goosetherumfoodle*, por la otra, haya vuelto a ocurrir actualmente, después de un breve período y en circunstancias muy similares, en el caso de mí mismo y el *Rowdy-Dow* y en el caso de mí mismo y el *Hum-Drum*.

Así fue, por un magistral golpe de genio, como con el tiempo fui completando mis triunfos, "embolsándome dinero" y tan sencillamente puede decirse que de hecho

empecé la brillante y memorable carrera que me convirtió en un ilustre, y que ahora me permite que pueda decir con Chateaubriand: "He hecho historia". "*Je fait l'histoire*".

Realmente he hecho historia.

Desde la brillante época que recuerdo, mis acciones, mis obras, son propiedad de la humanidad. Son familiares al mundo. Por tanto, es innecesario para mí el detallar cómo, al subir tan rápidamente a la cumbre, heredé el *Lollipop*, cómo fundí este periódico con el *Hum-Drum*, cómo adquirí, además, el *Rowdy-Dow*, y así, combinando los tres periódicos, cómo, finalmente, llegué a un convenio con el único que quedaba como rival, y finalmente uní toda la literatura del país en una magnífica revista conocida en todas partes con el título de *Rowdy-Dow, Lollipop, Hum-Drum, y Goosetherumfoodele*.

Sí; he hecho historia. Mi fama es universal. Se extiende hasta los más apartados rincones de la tierra. Usted no podrá oír ningún periódico corriente sin ver alguna alusión al inmortal THINGUM BOB, quiero decir: "Míster Thingum Bob dijo esto, y Míster Thingum Bob escribió lo otro, y Míster Thingum Bob escribió lo de más allá." Pero no soy orgulloso y muero con un corazón humilde. Después de todo, ¿qué es esto? ¿Ese indescriptible algo que los hombres se empeñan en llamar "genio"? Estoy de acuerdo con Buffon Hogarth: "Después de todo no es más que *diligence*."

¡Miradme! ¡Cómo he trabajado, cómo me he movido, cómo he escrito! Vosotros, dioses, ¿no escribís? Nunca conocí la palabra "ocio". Durante el día, pegado a mi pupitre, y por la noche, como un pálido estudiante, consumí el aceite de medianoche. Ustedes me habrán visto; *me habrán visto*. Inclinado a la derecha. Inclinado a la izquierda. Sentado hacia delante. Sentado hacia atrás. Sentado *tête baissée* (como se dice en el Kickapoo), inclinando mi cabeza sobre la página alabastrina. Y, además, yo..., *escribía*. Estando triste y estando alegre, yo... *escribía*. Con hambre y con sed, yo... *escribía*. Con buenas y malas noticias, yo... *escribía*. Con luz de sol y con luz de luna, yo... *escribía*. No es necesario decir *lo que* he escrito. El *estilo*: ésa era la cosa. Lo tomé de Fatquack, silbando, siseando, dándoles en este momento una muestra de él.

El cuento mil y dos de Sherezade

The thousand-and-second tale of Scheherazade, 1845

La verdad es más extraña que la ficción.
(*Adagio antiguo*)

En el curso de unas investigaciones orientales, tuve ocasión hace poco de consultar el *Dezizmeahorah Eshasionn*¹¹¹ o, una obra que, como el *Zohar* de Simeon Jochaides, apenas es conocida incluso en Europa, y que nunca ha sido citada, que yo sepa, por un americano —si exceptuamos quizá al autor de las *Curiosities of American Literature*—; habiendo tenido ocasión, cómo digo, de hojear algunas páginas de la notabilísima obra mencionada, quedé no poco asombrado al descubrir que el mundo literario había estado hasta entonces completamente equivocado con respecto al destino de la hija del visir, Sherezade, tal como se describe en *Las Mil y Una Noches* y que el *dénouement* ahí dado, si bien no del todo inexacto hasta donde llega, debe al menos censurarse por no haber ido mucho más lejos.

Para la plena información de ese interesante tópico remito al lector inquisitivo al propio *Eshasionn*, pero, mientras tanto, se me permitirá que dé un resumen de lo que descubrí en él.

Se recordará que, en la versión habitual de esos cuentos, cierto monarca, teniendo razones para estar celoso de su esposa la reina, no sólo la condena a muerte, sino que hace una promesa —por su barba y por el profeta— de casarse cada noche con la más bella doncella de sus dominios y de entregarla a la mañana siguiente al verdugo. Habiendo cumplido a la letra ese voto durante varios años, con una puntualidad y un métodos religioso que le honraban grandemente como hombre de devotos sentimientos y excelente juicio, fue interrumpido una tarde (sin duda, a la hora de sus oraciones) por la visita de su gran visir, a cuya hija, según parece, se le había ocurrido una idea.

El nombre de ella es Sherezade y la idea consistía en que redimiría al país del despoblador impuesto a sus beldades o bien perecería en el intento como corresponde a toda heroína que se precie.

En consecuencia, y aunque no vemos que se trate de un año bisiesto (lo que haría el sacrificio aun más meritorio) comisiona a su padre, el gran visir, para que ofrezca su mano al rey. Este la acepta ávidamente (pues había intentado tomarla de todos modos y sólo aplazaba el asunto un día tras otro por temor al gran visir), pero, al aceptarla ahora, da a entender muy claramente a las partes interesadas que, gran visir o no, no tiene la más ligera intención de ceder un ápice de su promesa o de sus privilegios. Por eso

¹¹¹ Decidme ahora: ¿es así o no? (N. del A.)

cuando la hermosa Sherezade insistió en casarse con el rey y así lo hizo a pesar del excelente consejo de su padre de no cometer barbaridades, es evidente que tenía sus bellos ojos bien abiertos y que conocía muy bien las circunstancias del caso.

Parece, sin embargo, que esta ladina damisela (que debió leer a Maquiavelo sin género de dudas) tenía un plan muy ingenioso *in mente*. En la noche de bodas se las compuso, he olvidado con qué especioso pretexto, para que su hermana ocupara un lecho lo bastante cercano del de la pareja real como para permitir una fácil conversación de cama a cama. Poco antes del canto del gallo tuvo buen cuidado de despertar al bondadoso monarca, su esposo (que no le guardaba menos afecto por el hecho de que tuviese la intención de retorcerle el cuello al día siguiente), que, gracias a una tranquila conciencia y una fácil digestión, dormía profundamente, para que escuchara el interesantísimo relato (acerca de una rata y un gato negro, creo) que estaba narrando en voz baja a su hermana. Cuando apuntó el día, sucedió que esta historia no había terminado todavía y que Sherezade, dadas las circunstancias, no podía acabarla en esos instantes, pues era ya hora de que se levantara y fuera a que la estrangularan —cosa poquísimo más agradable que ser ahorcado, aunque una pizca más distinguida.

Lamento decir que la curiosidad del rey prevaleció sobre sus sanos principios religiosos, induciéndole por esta vez a posponer el cumplimiento de su promesa hasta la mañana siguiente, con el propósito y la esperanza de oír por la noche lo que había ocurrido al final con el gato negro (creo que era negro) y la rata.

Llegada la noche, sin embargo, Sherezade no sólo dio el retoque final al gato negro y a la rata (que era azul), sino que, antes de darse cuenta exacta de lo que hacía, se vio envuelta en el intrincado desarrollo de una narración que se refería, si no me equivoco, a un caballo rosado (con alas verdes) que cabalgaba impetuoso por obra de un mecanismo de relojería y al que se daba cuerda con una llave color índigo. Por esta historia se interesó el rey aun más que por la otra y como el día apuntara antes de su conclusión (no obstante los esfuerzos de la sultana por finalizarla a tiempo para el estrangulamiento) no hubo más remedio que posponer otra vez la ceremonia veinticuatro horas. A la noche siguiente sucedió un accidente similar con similar resultado, y lo mismo a la siguiente y a la otra...; hasta que, al fin, el buen monarca, habiendo sido privado inevitablemente de toda oportunidad de cumplir su promesa durante un periodo no inferior al de mil y una noches, lo olvidó por completo al expiration ese término, se absolvió a sí mismo de él o bien —lo que es más probable— rompió sin reserva dicho voto, así como la cabeza de su padre confesor. En cualquier caso, Schrezada, que, por ser descendiente directa de Eva, había heredado quizá los siete cestos de conversación que esta última señora, según sabemos todos, recogió al pie de los árboles del jardín del Edén, Schrezada, repito, triunfó finalmente y el impuesto sobre las beldades fue derogado.

Ahora bien, esta conclusión (que es la del relato tal como aparece escrito) es, sin duda, muy adecuada y agradable, pero ¡ay!, como tantas otras cosas, es más agradable

que cierta y yo me hallo muy en deuda con el Eshasionnö por los medios empleados para corregir el error. *Le mieux* —dice un proverbio francés— *est l'ennui du bien*, y al mencionar que Sherezade había heredado los siete cestos de charla, debiera haber añadido que los colocó a interés compuesto hasta que subieron a setenta y siete.

—Mi querida hermana —dijo en la noche mil y dos (cito al pie de la letra el lenguaje del Eshasionnö en este punto)—, mi querida hermana —dijo—, ahora que ese pequeño inconveniente acerca del estrangulamiento se ha desvanecido y que ese odioso tributo está felizmente abolido, me siento culpable de una gran indiscreción al no contártelo a ti y al rey (quien, lamento decirlo, ronca, cosa que no haría ningún caballero) la verdadera conclusión de la historia de Simbad el marino. Este personaje pasó por muchas otras y más interesantes aventuras que las que relaté, pero la verdad es que precisamente en la noche de su narración tenía yo sueño y en consecuencia quise abbreviar la historia, acto injurioso, el cual confío que Alá me perdone. Pero aun así no es demasiado tarde para remediar mi gran negligencia y, en cuanto haya dado al rey un pellizco o dos para que se despierte y deje de hacer ese horrible ruido, te contaré inmediatamente (y a él, si tal le place) la continuación de esa notabilísima historia.

Por lo que he leído en el Eshasionnö, la hermana de Sherezade no se mostró demasiado entusiasmada ante aquella perspectiva; pero el califa, después de recibir suficientes pellizcos, dejó de roncar y dijo finalmente ¡hum!» y luego «jah!», con lo que la sultana entendió (porque sin duda estas son palabras árabes) que él era todo oídos; y habiendo arreglado estas cosas a su satisfacción, reanudó sin pérdida de tiempo la historia de Simbad el marino.

—Al fin, ya en la senectud —éstas son las palabras del propio Simbad— y tras disfrutar en mi patria de muchos años de tranquilidad, me sentí una vez más dominado por el deseo de visitar países extranjeros y un día, sin confiar a nadie de la familia mi propósito, hice unos cuantos envoltorios con mercaderías que uniesen su alto precio a su escaso volumen y, contratando a un mozo de cuerda para que las acarrease, bajé con él a la costa a esperar la arribada de alguna nave que me llevase lejos del reino rumbo a alguna región que no hubiera yo explorado aún.

«Después de depositar los bultos en la arena, nos sentamos bajo unos árboles y dirigimos la mirada al océano con la esperanza de divisar un navío, pero durante varias horas no vimos ninguno. Por último me pareció oír un singular zumbido o ronroneo y el porteador, tras escuchar un rato, declaró que él también lo percibía. Luego ese sonido fue creciendo en intensidad de modo que no tuvimos duda de que el objeto que lo causaba se acercaba a nosotros. Por último, en la línea del horizonte, descubrimos un punto negro, que fue aumentando rápidamente de tamaño hasta que distinguimos un gigantesco monstruo que nadaba con gran parte de su cuerpo por encima de la superficie del mar. Venía hacia nosotros con inconcebible velocidad, levantando enormes olas de espuma en torno a su pecho e iluminando toda la parte del mar por la que pasaba con una larga línea de fuego que se extendía muy lejos en la distancia».

«Cuando aquello se nos acercó, lo vimos con toda claridad. Era tan largo como tres de los árboles más altos y tan ancho como la gran sala de audiencias de vuestro palacio joh, el más sublime y munificente de los califas! Su cuerpo, distinto del de los peces corrientes, era sólido como una roca y de un negro azabache por toda la parte que sobresalía del agua, con la excepción de una estrecha raya color de sangre que la circundaba completamente. El vientre, que quedaba bajo la superficie y que sólo podíamos entrever de vez en cuando, en los momentos en que el monstruo se elevaba y descendía al compás de las olas, estaba cubierto enteramente de escamas metálicas, de un color como el de la luna en tiempo neblinoso. El dorso era liso y casi blanco y de él arrancaban hacia arriba seis espinas de una altura casi igual a la mitad de la largura de su cuerpo.

»Aquella horrible criatura no tenía boca visible, pero como para compensar esta deficiencia iba provista de cuatro veintenas de ojos por lo menos, que sobresalían de sus cuencas como los de la verde libélula y estaban dispuestos alrededor del cuerpo en dos hileras, una encima de otra, y paralelos a la raya de color sangre, la cual parecía hacer el oficio de una ceja. Dos o tres de aquellos espantosos ojos eran mucho mayores que los otros y tenían aspecto de ser de oro macizo.

»Aunque, como he dicho, la bestia se aproximaba a nosotros con la mayor rapidez, debía de moverse por arte de nigromancia, pues no tenía ni aletas como un pez, ni pies palmeados, como un pato, ni alas como la concha marina que marcha impulsada por el viento como si fuera una nave, ni tampoco se retorcía para avanzar como hacen las anguilas. Su cabeza y su cola se parecían mucho, sólo que no lejos de la segunda había dos pequeños agujeros que servían de fosas nasales por los cuales el monstruo expulsaba su denso aliento con prodigiosa violencia y con un sonido agudo y desagradable.

»Grandísimo fue nuestro terror al contemplar aquella cosa tan horrible, pero quedó superado por el asombro que nos produjo ver sobre el lomo de aquella bestia un gran número de animales, aproximadamente del tamaño y la forma de los hombres y que se parecían mucho a éstos salvo en que no llevaban ropas (como los hombres), pues estaban provistos (por la naturaleza sin duda) de una fea e incómoda envoltura muy parecida a la tela, pero tan ajustada a la piel que hacía moverse a los pobres diablos torpemente y les ocasionaba al parecer grandes molestias. En lo alto de la cabeza llevaban una especie de cajas cuadradas que, a primera vista, pensé que harían el oficio de turbantes, pero pronto descubrí que eran sumamente pesadas y sólidas y por tanto deduje que eran artefactos destinados por su gran peso a mantener las cabezas de los animales firmes y sujetas sobre los hombros. Alrededor del cuello las criaturas llevaban collares negros (sin duda, distintivos de servidumbre), como los que ponemos nosotros a los perros, sólo que mucho más anchos y más rígidos, de modo que aquellas pobres víctimas no podían mover la cabeza en ninguna dirección sin mover al mismo tiempo el

cuerpo y de esa forma se veían sentenciados a la perpetua contemplación de sus narices, visión respingona y achatada en grado portentoso, por no decir espantosa.

»Cuando el monstruo hubo llegado casi al lugar donde estábamos, proyectó hacia delante uno de sus ojos y despidió por él una terrible llamarada de fuego acompañada por una densa nube de humo y un ruido que no puedo comparar con nada sino con el trueno. Al disiparse el humo vimos a uno de los raros animales-hombre de pie cerca de la cabeza de la gran bestia con una trompeta en la mano, a través de la cual (poniéndosela en la boca) se dirigió luego a nosotros con sonidos fuertes, ásperos y desagradables, que hubiéramos tomado por palabras de un lenguaje de no haber sido emitidos a través de la nariz.

»Era evidente que se dirigía a nosotros, pero no sabía yo cómo replicar, pues no podía comprender en absoluto lo que se nos decía. Y en este trance me volví al porteador, que estaba a punto de desmayarse de miedo y le pregunté qué especie de monstruo le parecía que podía ser aquel, si tenía idea de sus intenciones y qué clase de criaturas eran las que así pululaban por su lomo. A esto replicó el porteador del mejor modo que le permitía su temblor, diciendo que ya había oído hablar una vez de aquella bestia marina, que era un demonio cruel, con entrañas de azufre y sangre de fuego, creado por los genios malos para hacer sufrir a la humanidad; que las cosas aquellas sobre su lomo eran bichos, como los que a veces infestan a los perros y a los gatos, sólo que un poco mayores y más salvajes, y que desempeñaban su función, aunque mala, ya que mediante la tortura que causaban a la bestia con sus mordeduras y picotazos la llevaban hasta el grado de furor requerido para hacerla rugir y cometer iniquidades y así cumplir los vengativos y malévolos designios de los genios perversos.

»Esta declaración me determinó a salir por pies, y, sin siquiera mirar hacia atrás, corrí a toda velocidad a las colinas mientras el mozo corría no menos velozmente, aunque poco más o menos en dirección contraria, de modo que acabó por huir con mis bultos, de los que no dudo que tuviera excelente cuidado, aunque este es un punto que no puedo determinar pues no recuerdo haberle vuelto a ver jamás».

«En cuanto a mí, era tan encarnizadamente perseguido por una multitud de bichos-hombres (que habían llegado a tierra en botes) que muy pronto fui apresado, atado de manos y pies y trasladado a la bestia, la cual inmediatamente salió nadando hacia alta mar».

«Me arrepentí entonces amargamente por mi locura de abandonar un cómodo hogar para arriesgar la vida en aventuras como aquella, pero como no servía de nada lamentarse me adapté lo mejor que pude a mi situación y me esforcé por conseguir la buena voluntad del animal hombre que poseía la trompeta y que parecía ejercer autoridad sobre sus compañeros. Tanto éxito tuve en este esfuerzo que, en unos pocos días, la criatura me concedió varias señales de su favor y, al fin, incluso se tomó la molestia de enseñarme los rudimentos de lo que sería bastante presuntuoso denominar

lenguaje; pero gracias a esto pude conversar fácilmente con aquella criatura y logré hacerle comprender el ardiente deseo que tenía de ver mundo.

»—*Uashish, scuashish, scuic, Simbad, eh-didel, didel, grunt unt grumbel, hiss, fiss, juis* — me dijo un día después de comer—, pero os pido mil perdones, había olvidado que vuestra majestad no está familiarizado con la lengua de los gallorrelinchos (así se llamaban los animales-hombres, porque, según presumo, su lenguaje constituía el eslabón entre el del caballo y el del rey del gallinero). Con vuestro permiso traduciré: «Uashish, scuashish», etc., quiere decir: «Soy feliz al ver, mi querido Simbad, que eres un tipo excelente. Ahora estamos haciendo algo que se llama circunnavegación del globo; y como estás tan deseoso de ver mundo haré una excepción contigo y te daré un pasaje gratuito en el lomo de la bestia». El Eshasionnó relata que, cuando dama Sherezade hubo llegado a este punto, el rey se volvió del costado izquierdo al derecho y dijo:

—Es, en verdad, *muy* sorprendente, mi querida reina que hayas omitido hasta hoy estas últimas aventuras de Simbad. ¿Sabes que las considero tan entretenidas como extrañas?

Habiéndose expresado el califa de tal modo, según se nos cuenta, la hermosa Sherezade reanudó su historia con las siguientes palabras:

«Agradecí al animal-hombre su bondad —dijo Simbad— y pronto me encontré casi como en mi casa sobre la bestia, la cual nadaba a una velocidad prodigiosa a través del océano, aunque la superficie de éste en aquella parte del mundo no es plana en absoluto, sino redonda como una granada, así que puede decirse que nos pasamos el tiempo viajando cuesta arriba o cuesta abajo».

—Eso me parece rarísimo —interrumpió el rey.

—Sin embargo, es completamente cierto —replicó Sherezade.

—Lo dudo —repuso el rey—, pero ten la bondad de proseguir el relato.

—Así lo haré —dijo la reina—. «La bestia —continuó contando Simbad— nadaba, como ya he explicado, cuesta arriba y cuesta abajo, hasta que al fin arribamos a una isla, de muchos centenares de millas de circunferencia pero que, sin embargo, había sido construida en medio del mar por una colonia de animalillos como las orugas¹¹².

—¡Hum! —dijo el rey.

—«Abandonando la isla —dijo Simbad (pues, como se comprenderá, Sherezade hizo caso omiso de la inoportuna exclamación de su marido)—, llegamos a otra, donde los árboles eran de piedra maciza y tan duros que hacían añicos las hachas mejor templadas con las que nos esforzábamos en abatirlos¹¹³.

¹¹² La coralina. (N. del A.)

¹¹³ Una de las curiosidades más notables de Texas es un bosque petrificado, próximo a la fuente del río Pasigno. Hay allí varios centenares de árboles, en posición vertical, transformados en piedra. Algunos, que crecen en la actualidad, están parcialmente petrificados. Este es un hecho sorprendente para los naturalistas y les obligará a modificar la actual teoría de la petrificación. (Kennedy. *Texas*, I, p. Izo.)

—¡Hum! —dijo de nuevo el rey.

Pero Sherezade, sin prestarle atención, continuó con las palabras de Simbad.

—«Después de dejar atrás esta última isla, llegamos a un país donde había una caverna que se prolongaba a lo largo de treinta o cuarenta millas por las entrañas de la tierra y que contenía mayor cantidad de palacios, mucho más grandes y magníficos que los de Damasco y Bagdad juntas. De los techos de esos palacios colgaban millares de gemas, parecidas a diamantes, pero más grandes que los hombres. Y por las calles que pasaban entre torres y pirámides discurrían vastos ríos negros como el ébano, rebosantes de peces sin ojos»¹¹⁴.

—¡Hum! —dijo el rey.

—Navegamos luego a una región del mar donde hallamos una elevada montaña por cuyas laderas se derramaban torrentes de metal fundido, algunos de los cuales medían doce millas de ancho por sesenta de largo¹¹⁵, mientras que de un abismo en la cumbre salía tan ingente cantidad de cenizas que el sol estaba enteramente oculto en los cielos y el día era más oscuro que la más oscura medianoche, de modo que, cuando nos hallamos incluso a una distancia de ciento cincuenta millas de la montaña era imposible ver el objeto más blanco por cercano que lo tuviésemos ante nuestros ojos»¹¹⁶.

Esta información, al principio desacreditada, ha sido corroborada por el descubrimiento de un bosque completamente petrificado próximo a las fuentes del río Cheyenne o Chienne, que tiene su nacimiento en las Colinas Negras de la cordillera de las Rocosas.

Apenas hay, quizás, un espectáculo sobre la superficie del globo más notable, tanto desde el punto de vista geológico como del pintoresco, que el ofrecido por el bosque petrificado cercano a El Cairo. El viajero, después de dejar a su espalda las tumbas de los califas, nada más pasar las puertas de la ciudad, se dirige hacia el sur, casi en ángulo recto con la carretera que cruza el desierto hacia Suez, y tras haber recorrido unas diez millas por un valle bajo y yermo, cubierto de arena, cascajo y conchas marinas, de aspecto tan reciente que parece como si la marea se hubiese retirado el día anterior, atraviesa una baja sucesión de dunas que durante alguna distancia corren paralelas a él. La escena que se presenta entonces a su vista es increíblemente extraña y desolada. Una inmensa masa de fragmentos de árboles, convertidos en piedra, que al ser pisados por los cascos de su caballo resuenan como el hierro fundido, se extiende a lo largo de millas y millas en forma de bosque descompuesto y derrumbado. La madera es de color castaño oscuro, pero conserva a la perfección su forma y los pedazos, de uno a quince pies de largo y de medio a tres de grueso, están esparcidos de modo tan compacto hasta donde alcanza la vista, que un asno egipcio apenas puede abrirse paso entre ellos, y su aspecto es tan natural que, si estuvieran en Escocia o Irlanda, el bosque podría pasar sin dificultad por algún enorme pantano desecado en el cual yaciesen los árboles desenterrados pudriéndose al sol. Las raíces y rudimentos de las ramas se conservan en muchos casos en un estado casi perfecto y en algunos son fácilmente reconocibles las galerías hechas por la carcoma bajo la corteza. Los más delicados de los vasos de la savia y todas las partes finas del centro del tronco están totalmente enteros y se pueden examinar con las lupas más potentes. Las partes enteras se han petrificado a tal punto que rayan el vidrio y admiten un fino pulimento. (*Asiatic Magazine*. Vol. III, p. 359; Serie Tercera.) (N. del A.)

¹¹⁴ La caverna del Mamut en Kentucky. (N. del A.)

¹¹⁵ En Islandia, en 1783. (N. del A.)

¹¹⁶ «Durante la erupción del Hecla, en 1766, nubes de esta clase produjeron tal oscuridad que, en Glaumba, a más de cincuenta millas de la montaña, la gente sólo a tientas podía encontrar su camino.

—¡Hum! —dijo el rey.

—«Después de abandonar esa costa, la bestia continuó su travesía hasta llegar a una tierra en la que la naturaleza de las cosas parecía haberse invertido, pues allí vimos un gran lago, en el fondo del cual, a más de cien pies de la superficie del agua, florecía en toda su vegetación de altos y frondosos árboles»¹¹⁷.

—¡Ja! —dijo el rey.

—«Unas cien millas más adelante fuimos a parar a un clima en el que la atmósfera era tan densa que podía sostener hierro o acero del mismo modo que la nuestra lo hace con las plumas»¹¹⁸.

—¡Quita allá! —dijo el rey.

—«Siguiendo siempre en la misma dirección, llegamos luego a la más magnífica región del mundo entero. A través de ella serpenteaba un espléndido río durante varios miles de millas. Este río era de una profundidad insondable y de una transparencia mayor que la del ámbar. Tenía de tres a seis millas de ancho y sus márgenes, que se elevaban perpendicularmente por ambos lados a mil doscientos pies de altura, estaban coronadas por árboles siempre floridos y perfumadas flores perennes que hacían de todo el territorio un maravilloso jardín. Pero este lujuriantre país se llamaba el Reino del Horror y penetrar en él equivalía a la muerte inevitable»¹¹⁹.

—¡Jua! —dijo el rey.

—«Abandonamos este reino con grandes prisas y, al cabo de unos días, llegamos a otro, donde nos quedamos asombrados al ver millares de monstruosos animales con cuernos semejantes a guadañas sobre su cabeza. Estas horribles bestias excavan en el suelo amplias cavernas en forma de túnel y revisten sus paredes con rocas, dispuestas de tal modo unas sobre otras que se caen instantáneamente al ser pisadas por otros animales, precipitando así a éstos en las guaridas de los monstruos, que succionan al momento su sangre y luego arrojan despectivamente el cadáver a gran distancia de las cavernas de la muerte»¹²⁰.

Durante la erupción del Vesubio, en 1794, en Caserta, a cuatro leguas de distancia, la gente sólo podía caminar a la luz de las antorchas. El 1 de mayo de 1812, una nube de cenizas volcánicas y arena, procedente de un volcán de la isla de San Vicente, cubrió todas las Barbados, extendiendo sobre ellas una oscuridad tan intensa que, al mediodía, al aire libre, no se podían distinguir los árboles u otros objetos cercanos y ni siquiera un pañuelo blanco colocado a una distancia de seis pulgadas del ojo". (*Murray*, p. 215, Edit de Filadel.) (N. del A.)

¹¹⁷ «En el año de 1769, durante un terremoto en Caracas, se hundió parte del suelo de granito y dejó al descubierto un lago de ochocientas yardas de diámetro y de ochenta a cien pies de profundidad. Era una porción del Bosque de Aripao, que se hundió con él y los árboles permanecieron verdes durante varios meses bajo el agua. (*Murray*, p. 221.) (N. del A.)

¹¹⁸ El acero más duro que se manufactura puede quedar reducido, bajo la acción de un soplete de químico, a un polvo impalpable que flotará fácilmente en el aire. (N. del A.)

¹¹⁹ La región del Níger. Véase *Colonial Magazine*, de Simmond. (N. del A.)

¹²⁰ La *Myrmelæon*, la hormiga león. El término «monstruo es igualmente aplicable a cosas anormales pequeñas que a grandes, mientras que adjetivos como <amplio> son simplemente comparativos. La

—¡Ufl —dijo el rey.

—«Continuando nuestro viaje, divisamos una comarca abundante en vegetales que no crecían en el suelo, sino en el aire¹²¹. Había otros que brotaban de la sustancia de otros vegetales¹²²; otros que obtenían su sustento de los cuerpos de animales vivos¹²³; y había además otros que resplandecían con un fuego intenso¹²⁴; otros que se movían de aquí para allá a placer¹²⁵ y, lo que es aún más sorprendente, descubrimos que vivían respiraban y movían a voluntad sus miembros y tenían, además, la detestable pasión del género humano de esclavizar a otras criaturas y confinarlas en hórridas y solitarias prisiones hasta cumplir las tareas que se les encomendaban»¹²⁶.

—¡Bah! —dijo el rey.

—Dejamos esta tierra y pronto llegamos a otra en la cual las abejas y los pájaros son matemáticos de tal genio y erudición que instruyen a diario en la ciencia de la geometría

caverna de la Myrmeleon es amplia en comparación con el agujero de la hormiga roja común. Un grano de sílex es también una «roca"». (N. del A.)

¹²¹ La *Epidendron, Flos Aeris*, de la familia de las orquídeas crece con sólo la superficie de sus raíces unidas a un árbol u otro objeto, del que no obtiene ninguna nutrición, pues subsiste totalmente del aire. (N. del A.)

¹²² Los parásitos, como el portentoso *Rafflesia Arnoldii*. (N. del A.)

¹²³ Schouw defiende la existencia de una clase de plantas que crecen sobre animales vivos: las *Plantae Epizoe*. De esta clase son los fucus y las algas. El señor J. B. de Salem, Mass., donó al *National Institute* un insecto de Nueva Zelanda, con la siguiente descripción: "El *Hotte*, que es una oruga o gusano, crece al pie del árbol *Rata* y tiene una planta que le crece en la cabeza. Este peculiarísimo y extraordinario insecto sube por los árboles *rata* y *puriri* y, penetrando por la copa, se abre camino perforando el tronco hasta alcanzar la raíz; sale entonces de esta y muere o queda adormecido y la planta sale de su cabeza: el cuerpo queda entero e intacto y más duro que cuando estaba vivo. Con este insecto los indígenas hacen un colorante para tatuajes. (N. del A.)

¹²⁴ En las minas y cuevas naturales encontramos una especie de hongo que despidete una intensa fosforescencia.

¹²⁵ Las orquídeas, las escabiosas y las valisnerias. (N. del A.)

¹²⁶ «La corola de esta flor (*Aristolochia Clematitidis*), que es tubular pero termina hacia arriba en un miembro ligulado, se infla hasta cobrar forma globular por la base. La parte tubular está adornada por dentro con pelos muy duros que apuntan hacia abajo. La parte globular contiene el pistilo, que consiste simplemente en un ovario y un estigma, junto con los estambres circundantes. Pero los estambres, como son más cortos que el ovario, no pueden descargar el polen de forma que caiga sobre el estigma, pues la flor se mantiene siempre erecta hasta después de la fecundación. Por eso, de no mediar ninguna ayuda, el polen cae necesariamente al fondo de la flor.

Ahora bien, la ayuda que en este caso brinda la naturaleza es la del *Tipula Pennicornis*, un pequeño insecto que penetra por el tubo de la corola en busca de miel, desciende al fondo y va registrándolo hasta que queda completamente cubierto de polen; como no puede volver a subir dada la posición de los pelos que convergen en un punto como los alambres de una ratonera e impacientándose por su encarcelamiento, se mueven en todas direcciones intentando salir por todos los rincones hasta que, tras frotarse repetidas veces contra el estigma, lo cubre suficientemente de polen para que se efectúe la fecundación, a consecuencia de la cual la flor no tarda en inclinarse y los pelos en contraerse hacia los lados del tubo, dejando un paso fácil para que se escape el insecto". (Rev. P. Keith, System of Physiological Botany.) (N. del A.)

a los sabios del imperio. El rey del lugar ofreció un premio por la solución de dos difícilísimos problemas y ambos fueron resueltos al instante, uno por las abejas y el otro por los pájaros. Pero el rey mantuvo en secreto las soluciones y sólo tras profundísimas investigaciones y trabajos y de escribir infinidad de libros durante una larga serie de años llegaron al fin los matemáticos a las mismas soluciones que habían dado al instante por las abejas y los pájaros¹²⁷.

«Apenas habíamos perdido de vista este imperio, cuando nos encontramos junto a otro desde cuyas costas volaba sobre nuestras cabezas una bandada de aves, bandada que tenía una milla de anchó por doscientas cuarenta de largo, de modo que, aun cuando volaban a una milla por minuto, requirió cuatro largas horas que todos los pájaros pasaran por encima de nosotros, de lo cual se deduce que había varios millones de ejemplares»¹²⁸.

—¡Ilusos! —dijo el rey.

—«No bien nos librados de estos pájaros, que nos ocasionaron gran molestia, quedamos aterrorizados ante la aparición de un ave de otra clase e infinitamente más grande incluso que los rochos¹²⁹ que he encontrado en mis anteriores viajes, pues era mayor que la mayor de las cúpulas de vuestro serrallo ¡oh, el más munificente de los califas! Esta ave terrible no tenía cabeza visible, sino que estaba enteramente constituida por un vientre, de gordura y redondez prodigiosas, formado por una blanda sustancia, suave, brillante y listada de diversos colores. En sus garras el monstruo llevaba hacia su nido en los cielos una casita a la que había arrancado el tejado y en el interior de la cual divisamos claramente seres humanos que, sin género de duda se hallaban en un estado de espantosa desesperación ante el horrible sino que les aguardaba. Gritamos con todas nuestras fuerzas, esperando asustar al pájaro para que soltara su presa, pero él se limitó

¹²⁷ Desde que las abejas existen, han venido construyendo sus celdas con el número de lados, la cantidad y el ángulo de inclinación que (como se ha demostrado en una investigación matemática que implicaba los más profundos principios de dicha ciencia) se requieren para proporcionar a las criaturas el mayor espacio compatible con la máxima estabilidad de la estructura. A finales del siglo pasado, se planteó entre los matemáticos la cuestión de «determinar la mejor forma que puede darse a las aspas de un molino de viento conforme a las distancias variables desde los brazos y desde los centros de revolución. Este es un problema sumamente complejo pues significa, dicho de otro modo, hallar la mejor posición posible para una infinidad de variadas distancias y una infinidad de puntos. Hubo mil intentos de aclarar la cuestión por parte de los más ilustres matemáticos y cuando, al fin, se llegó a una solución, comprobaron que las alas de un pájaro coincidían con ella, desde que la primera ave echara a volar. (N. del A.)

¹²⁸ El teniente F. Hall observó una bandada de palomas de una milla de ancho que sobrevolaba los territorios de Francfort e Indiana; tardó cuatro horas en pasar, lo cual, a un promedio de una milla por minuto, da una largura de 240 millas y, suponiendo tres palomas por cada yarda cuadrada, da 2.230.272.000 palomas. (*Travels in Canada and the United States.*) (N. del A.)

¹²⁹ Aves fabulosas de enorme tamaño mencionadas en las leyendas árabes y, especialmente, en los cuentos de Simbad de las Mil y Una Noches. (N. del A.)

a dar un resoplido, como de rabia, y luego dejó caer sobre nuestras cabezas un pesado saco que resultó estar lleno de arena».

—¡Bobadas! —dijo el rey.

—«Justo tras esta aventura nos vimos en un continente de vasta extensión y prodigiosa solidez, pero que, sin embargo, se apoyaba enteramente sobre el lomo de una vaca azul cielo que tendría no menos de cuatrocientos cuernos»¹³⁰.

—Eso sí lo creo —dijo el rey—, porque he leído algo parecido en un libro.

—«Pasamos inmediatamente por debajo de ese continente (navegando entre las patas de la vaca) y, al cabo de unas horas, nos hallamos en un país en verdad asombroso que, según me informó el animal-hombre, era su propia patria, habitada por cosas de su propia especie. Esto elevó muchísimo en mi estima al animal-hombre y, en realidad, comencé a sentirme avergonzado por la despectiva familiaridad con que le había tratado, pues comprobé que en general los animales-hombre eran una nación de poderosísimos magos, que vivían con gusanos en sus cerebros¹³¹, los cuales, sin duda, servían para estimularles, mediante sus dolorosos retorcimientos y culebreos, a realizar los más prodigiosos esfuerzos de imaginación.

—¡Tonterías! —dijo el rey.

—«Entre los magos vivían domesticados varios animales de lo más singular; por ejemplo, había un enorme caballo cuyos huesos eran de hierro y cuya sangre era agua hirviente. En lugar de grano le daban piedras negras como alimento habitual y, no obstante, a pesar de esa dieta tan indigesta, era tan fuerte y rápido que arrastraba una carga más pesada que el mayor templo de esta ciudad a una velocidad que sobrepasaría a la del vuelo de la mayoría de las aves»¹³².

—¡Sandeces! —dijo el rey.

—«Vi también entre aquellas gentes una gallina sin plumas, pero mayor que un camello; en vez de carne y huesos tenía hierro y ladrillos; su sangre, como la del caballo (con el que, en realidad, estaba casi emparentada), era agua hirviendo y, al igual que él, no comía otra cosa que madera o piedras negras. Dicha gallina alumbraba con gran frecuencia un centenar de pollos al día y, después de nacer, éstos permanecían durante varias semanas en el estómago de la madre»¹³³.

—¡Necedades! —dijo el rey.

—«Uno de esta nación de poderosos brujos creó un hombre a partir de latón, madera y cuero y le dotó de tal ingenio que habría vencido al ajedrez a todos los

¹³⁰ «La tierra está sostenida por una vaca de color azul que tiene cuernos en número de cuatrocientos». (El Korán.) (N. del A.)

¹³¹ «Los entozoos, o gusanos intestinales, han sido descubiertos repetidas veces en los músculos y en la sustancia cerebral de los hombres». (Véase Physiology, de Wyatt, p. 143.) (N. del A.)

¹³² El gran Western Railway, entre Londres y Exeter, ha llegado a alcanzar una velocidad de 71 millas por hora. Un tren que pesaba 90 toneladas fue arrastrado de Paddington a Didcot (53 millas) en 51 minutos. (N. del A.)

¹³³ La incubadora. (N. del A.)

miembros del género humano con la excepción del gran califa Harún-al-Raschid¹³⁴. Otro de estos magos construyó con parecidos materiales una criatura que haría avergonzarse incluso al genio del que la hizo, pues tan grandes eran sus facultades de razonar que, en un segundo, realizaba cálculo de tan vasta amplitud que habrían requerido la labor combinada de cincuenta mil hombres de carne y hueso durante un año¹³⁵. Pero un hechicero aun más portentoso hizo algo formidable que no era hombre ni bestia, pero que tenía sesos de plomo entremezclados con una materia negra como la pez y unos dedos que empleaba con tan increíble rapidez y destreza que no habría tenido ninguna dificultad en escribir veinte mil copias del Corán en una hora; y eso con tan exquisita precisión que en todas las copias no se hubiera encontrado una que variase de otra en la anchura del cabello más fino. Este algo tenía una fuerza prodigiosa, de suerte que podía erigir o derrocar de un soplo los más formidables imperios, pero su poder era ejercido por igual para el mal y para el bien».

—¡Ridículo! —dijo el rey.

—«Entre este pueblo de nigromantes había también uno por cuyas venas corría la sangre de las salamandras, pues no tenía escrupulo en sentarse para fumar su chibúquí dentro de un horno rusiente hasta que su comida se hubiese asado totalmente en el suelo¹³⁶. Otro tenía la facultad de convertir los metales comunes en oro sin siquiera mirarlos durante la operación¹³⁷. Otro tenía tal delicadeza de tacto que hacía un alambre tan fino que resultaba invisible¹³⁸. Otro tenía tal rapidez de percepción que contaba por separado todos los movimientos de un cuerpo elástico mientras éste saltaba hacia delante y atrás a razón de novecientos millones de veces por segundo»¹³⁹.

—¡Absurdo! —dijo el rey.

—«Otro de estos magos, por medio de un fluido que nadie vio jamás, podía hacer que los cadáveres de sus amigos agitaran los brazos, sacudiesen las piernas, luchasen e incluso se levantasen y bailasen a voluntad¹⁴⁰. Otro tenía cultivada la voz en grado tan amplio que podía hacerse oír de un extremo a otro de la tierra¹⁴¹. Otro tenía un brazo tan largo que podía sentarse en Damasco y escribir una carta en Bagdad o, verdaderamente, en cualquier lugar por distante que estuviese¹⁴². Otro ordenaba al rayo que bajase de los cielos hasta él y el rayo acudía a su llamada y le servía de juguete. Otro tomaba dos

¹³⁴ El jugador de ajedrez autómata de Maelzel. (N. del A.)

¹³⁵ La máquina calculadora de Babbage. (N. del A.)

¹³⁶ Chabert, y desde él otros cien más. (N. del A.)

¹³⁷ El electrotípico (¿galvanotípia?) (N. del A.)

¹³⁸ Wollaston hizo con platino, para el campo de visión de un telescopio, un alambre de dieciochomilavo de pulgada de grosor. Sólo podía verse por medio del microscopio. (N. del A.)

¹³⁹ Newton demostró que la retina, bajo la influencia de los rayos violetas del espectro, vibra 900.000.000 de veces por segundo. (N. del A.)

¹⁴⁰ La pila voltaica. (N. del A.)

¹⁴¹ El electrotelégrafo transmite instantáneamente noticias a cualquier distancia de la tierra. (N. del A.)

¹⁴² El aparato de imprimir electrotelegráfico. (N. del A.)

sonidos fuertes y de ellos formaba silencio. Otro creaba una densa oscuridad a partir de dos luces brillantes¹⁴³. Otro hacía hielo en un horno ardiente¹⁴⁴. Otro daba instrucciones al sol para que pintase su retrato y el sol lo hacía¹⁴⁵. Otro tomaba este astro junto con la luna y los planetas y tras de pesarlos con escrupulosa exactitud exploraba sus profundidades y averiguaba la solidez de la sustancia de que estaban constituidos. Pero toda la nación posee tan sorprendente habilidad nigromántica que ni siquiera sus niños o sus más vulgares perros y gatos tienen dificultad en ver objetos que no existen o que veinte mil años antes de nacer su propia nación fueron borrados de la faz de la tierra»¹⁴⁶.

—¡Ridículo! —dijo el rey.

—«Las esposas e hijas de estos magos incomparablemente grandes y sabios — continuó Sherezade sin alterarse en absoluto por las frecuentes y muy incorrectas interrupciones de su esposo—, son cuanto de cumplido y refinado existe y constituirían lo más interesante y bello, si no fuera por una desdichada fatalidad que les acosa y de la que ni siquiera el milagroso poder de sus maridos y padres han conseguido remediar hasta ahora. Unas fatalidades se presentan bajo ciertas formas y otras bajo diferentes aspectos, pero aquella a la que me refiero se ha presentado en forma de excentricidad.

¹⁴³ Experimentos corrientes de física. Si dos rayos rojos procedentes de dos puntos luminosos penetran en una cámara oscura de modo que caigan sobre una superficie blanca y difieren en su largura en 0,0000258 de pulgada, se duplica su intensidad. Lo mismo pasa, si la diferencia de longitud es cualquier número entero múltiplo de dicha fracción. Un múltiplo por 2 1/4, 3 1/4, etc., da una intensidad igual a un sólo rayo, pero un múltiplo por 2 1/2, 2 1/2, etc., da como resultado la oscuridad total. En los rayos violeta se producen efectos similares cuando la diferencia en longitud es de 0,0000157, y con todos los demás rayos los resultados son los mismos, pues la diferencia varía con un aumento uniforme del violeta al rojo. Análogos experimentos con respecto al sonido producen resultados similares. (N. del A.)

¹⁴⁴ Colóquese un crisol de platino sobre una lámpara de alcohol y manténgase al rojo; viértase ácido sulfúrico, que, a pesar de ser el más volátil de los cuerpos a temperatura normal, quedará completamente congelado en un crisol caliente, sin evaporarse ni una gota, porque estará rodeado por una atmósfera de su propia materia y no toca, en realidad, las paredes. Se añaden unas gotas de agua y el ácido, tomando inmediatamente contacto con las paredes recalentadas del crisol, se evapora en forma de vapor de ácido sulfuroso y tan rápida es su transformación que el calórico del agua se va con él y queda en el fondo un trozo de hielo. Si se extrae rápidamente, antes de que vuelva a fundirse, puede obtenerse un bloque de hielo en un crisol ardiente. (N. del A.)

¹⁴⁵ El daguerrotipo. (N. del A.)

¹⁴⁶ Aunque la luz recorre 299.790 km por segundo, la distancia de la que suponemos estrella fija más cercana (Sirio) es tan increíblemente grande que sus rayos necesitarían, por lo menos, tres años para llegar a la tierra. Para las estrellas más allá de ella, una estimación moderada sería la de 20 e incluso 1.000 años. Por eso, si fueron aniquilados hace 20 ó 1.000 años, podríamos verlas todavía hoy por la luz que partió de su superficie hace veinte o mil años. No es imposible, ni siquiera improbable que muchas estrellas de las que vemos estén extinguidas ya. (Nota del Broadway Journal.)

Herschel el Viejo sostiene que la luz de las nebulosas más tenues vistas con su potente telescopio deben de haber tardado 3.000.000 de años en llegar a la tierra. Algunas, hechas visibles por el instrumento de Lord Ross deben de haber necesitado, pues, 20.000.000 por lo menos. (Nota de Griswold).

—¿De qué? —dijo el rey.

—De excentricidad —dijo Sherezade—. Uno de los genios malos que están siempre al acecho para acarrear el infortunio ha metido en la cabeza de esas cumplidas damas la idea de que la cosa que describimos como belleza personal consiste en la protuberancia de la región donde la espalda cambia de nombre. La perfección de la belleza, dicen, está en relación directa con el volumen de esta giba. Dominadas por esta idea largo tiempo y aprovechando que las almohadillas son baratas en ese país, han llegado a tal extremo que resulta difícil distinguir una mujer de un dromedario...

—¡Basta —dijo el rey—. No puedo, ni quiero aguantar más. Me has levantado un terrible dolor de cabeza con tus patrañas. El día además, por lo que veo, comienza a despuntar. ¿Cuánto tiempo llevamos ya casados? Mi conciencia está volviendo a atormentarme. Y luego ese detalle del dromedario... ¿Me tomas por tonto? Lo mejor que puedes hacer es levantarte e ir a que te estrangulen.

Estas palabras, según sé por el *Eshasiorrón*, afligieron y asombraron a Sherezade, pero sabiendo que el rey era un hombre de escrupulosa integridad y nada inclinado a faltar a su palabra, se sometió a su sino de buen talante. Experimentó, sin embargo, gran consuelo (mientras le apretaban el cuello) pensando que buena parte de la historia seguía aún sin contar y que le estaba bien empleado al petulante y bruto de su marido quedarse sin conocer muchas e inconcebibles aventuras.

Conversación con una momia

Some words with a mummy, 1845

El 'symposium' de la noche anterior había fatigado un poco mis nervios. Tenía un atroz dolor de cabeza y estaba desesperadamente soñoliento. Por eso, en vez de pasar fuera la noche, como tenía intención, se me ocurrió que no podía hacer nada más sensato que tomar cualquier cosa de cena y meterme al punto en la cama.

Una cena 'ligera', naturalmente. Soy aficionado con exceso a las tostadas untadas de queso derretido, con cerveza. Comer más de una libra de una vez puede no ser, empero, del todo aconsejable. Aunque no cabe hacer objeción material a la cifra dos. Y, en realidad, entre dos y tres hay, en suma, una sola unidad de diferencia. Me arriesgué, quizá, hasta engullir cuatro. Mi mujer sostiene que fueron cinco; pero, a no dudar, ha confundido ella dos cuestiones muy distintas. El número abstracto cinco estoy dispuesto a admitirlo; pero, concretamente, ella se refiere a las botellas de Brown Stout, sin las cuales, en materia de condimento, hay que huir de las tostadas de queso.

Habiendo así despachado una comida frugal, y ya puesto el gorro de dormir, abrigando la sincera esperanza de gozar de él hasta las doce del día siguiente, apoyé mi cabeza sobre la almohada, y con la ayuda de una conciencia excelente me sumí en un profundo sueño, desde luego.

Pero ¿cuándo se realizan por completo las esperanzas de la Humanidad? Apenas había acabado mi tercer ronquido, sonaron unos furiosos campanillazos en la puerta de la calle y, luego, unos aldabonazos impacientes que me despertaron en seguida. Un minuto después, y mientras me restregaba todavía los ojos, mi mujer me metió en la cara una esquina de mi viejo amigo el doctor Ponnionner. Rezaba así:

«Venga a casa sin falta, mi querido y buen amigo, tan pronto como reciba ésta. Venga a compartir mi alegría. Al fin, merced a una perseverante diplomacia, he obtenido el consentimiento de los directores del Museo de la ciudad para que examine la momia, ya sabe usted a cuál me refiero. Tengo permiso para desfajarla y abrirla, si quiero. Sólo unos cuantos amigos estarán presentes, usted entre ellos, por supuesto. La momia se encuentra ahora en mi casa, y comenzaremos a desfajarla a las nueve de la noche.

Siempre suyo,

Ponnionner.»

Antes de llegar al 'Ponnionner' me convencí de que estaba tan despierto como un hombre necesita estarlo. Salté del lecho, extasiado, derribando todo en mi camino; me

vestí con una rapidez verdaderamente maravillosa, y saliendo a la calle, me dirigí a toda velocidad hacia la casa del doctor.

Encontré allí una reunión muy agitada. Me habían esperado con mucha impaciencia. La momia estaba tendida sobre la mesa del comedor; en el momento de entrar habían comenzado su examen.

Aquella momia era una de las dos traídas unos años antes por el capitán Arthur Sabretahs, un primo de Ponnionner, de una tumba cercana a Eleithias, en las montañas libias, a una distancia considerable, más arriba de Tebas, junto al Nilo. Los sepulcros, en ese lugar, aunque menos magníficos que los tebanos, son de mayor interés, pues ofrecen numerosas ilustraciones de la vida privada de los egipcios. La cámara de donde había sido cogido nuestro ejemplar era, según decían, muy rica en tales ilustraciones: los muros estaban completamente cubiertos de pinturas al fresco y de bajorrelieves; a trechos, estatuas, vasos y una obra de mosaico de excelente modelo atestiguaban la crecida fortuna de los difuntos.

El tesoro fue depositado en el Museo, precisamente en el mismo estado en que el capitán Sabretahs lo había encontrado; es decir, con el féretro intacto. Durante ocho años permaneció allí expuesta, sometida sólo en su exterior a las miradas públicas. Teníamos, por tanto, ahora, la momia completa a nuestra disposición, y a los que saben cuán raro es que lleguen a nuestras costas antigüedades sin saquear les resultará evidente en seguida que teníamos muchas razones para congratularnos de nuestra buena suerte.

Al acercarme a la mesa vi sobre ella un cajón o arca de cerca de siete pies de largo y quizá de tres pies de ancho por dos pies y medio de profundidad. Era oblongo, no en forma de ataúd. Al principio supusimos que la materia de que estaba hecho era madera de sicomoro; pero al cortarla nos encontramos con que era cartón, o, con más propiedad, 'papier mâché' compuesto de papiro. Estaba toscamente adornado de pinturas representando escenas funerarias y otros temas lúgubres, con las cuales se entremezclaban en todos sentidos ciertas series de caracteres jeroglíficos, que significaban, sin duda, el nombre del difunto. Por fortuna, Mr. Gliddon formaba parte de la reunión, y no tuvo dificultad en traducirnos las letras, que eran sólo fonéticas y componían la palabra «Allamistakeo».

Nos costó algún trabajo abrir el arca sin estropearla; pero, efectuada al cabo la tarea, encontramos una segunda, ésta en forma de ataúd y de un tamaño mucho menor que la externa, aunque parecida a aquella con exactitud en todo lo demás. El espacio entre las dos estaba lleno de resina, que había, hasta cierto punto, deteriorado los colores de la caja interna.

Después de haber abierto ésta (lo cual nos fue muy fácil), llegamos a una tercera caja, también en forma de ataúd y que no se diferenciaba de la segunda en ningún detalle, salvo en su materia, que era cedro y desprendía aún el peculiar y altamente aromático olor de esa madera. Entre la segunda y la tercera caja no quedaba espacio alguno, pues la una entraba con toda precisión en la otra.

Al sacar la tercera caja descubrimos y sacamos el propio cuerpo. Esperábamos encontrarlo, como es costumbre, envuelto en numerosas tiras o vendas de lino; pero en lugar de ello hallamos una especie de vaina hecha de papiro y cubierta de una capa de yeso burdamente pintada y dorada. Las pinturas representaban temas relacionados con los diversos supuestos deberes del alma y su presentación a las diferentes divinidades, entre numerosas figuras humanas idénticas, puestas allí, con toda probabilidad, como retratos de las personas embalsamadas. De la cabeza a los pies extendíase una inscripción columnaria o perpendicular en jeroglíficos fonéticos, indicando de nuevo el nombre y los títulos del difunto y los nombres y títulos de sus parientes.

Alrededor del cuello así desfajado estaba el collar de cuentas de vidrio cilíndricas de diversos colores y dispuesto como para formar imágenes de deidades, del escarabajo, etc., con el globo alado. En torno a la parte estrecha de la cintura había un collar o cinturón parecido.

Habiendo quitado el papiro, encontramos la carne en excelente conservación, sin ningún olor perceptible. El color era rojizo. La piel, dura, lisa y satinada. Los dientes y los cabellos se hallaban en buen estado. Los ojos (al parecer) habían sido arrancados, sustituyéndolos con otros de vidrio, muy bellos, que imitaban a maravilla la vida, salvo en su fijeza, demasiado acentuada. Los dedos y las uñas estaban brillantemente dorados.

Mr. Gliddon opinaba, dada la rojez de la epidermis, que el embalsamamiento había sido efectuado enteramente con asfalto; pero al raspar la superficie con un instrumento de acero, y habiendo echado al fuego un poco del polvo así obtenido, se hizo evidente el olor de alcanfor y de otras gomas aromáticas.

Examinamos el cadáver con sumo cuidado para descubrir las incisiones acostumbradas, por las cuales eran extraídas las entrañas; pero, para sorpresa nuestra, no encontramos una sola. Ningún miembro de la reunión sabía en aquel momento que es frecuente encontrar momias enteras o sin incisiones. El cerebro solía vaciarse por la nariz; los intestinos, por una incisión en el costado. El cuerpo era entonces afeitado, lavado y salado; luego lo dejaban reposar aparte durante varias semanas, y después comenzaba la operación del embalsamamiento propiamente dicho.

Como no se podía encontrar ninguna huella de incisión, el doctor Ponnonner preparaba sus instrumentos de disección cuando hice notar que eran ya las dos dadas. Al llegar aquí se acordó aplazar el examen interno hasta la noche próxima, y cuando íbamos a separarnos, alguien sugirió la idea de un experimento o dos con la pila de Volta.

La aplicación de la electricidad a una momia que tendría tres o cuatro mil años era una idea, si no muy sensata, al menos bastante original, y todos la cogimos al vuelo. Con una décima parte de seriedad y nueve décimas partes de broma, dispusimos una batería en el gabinete del doctor, y transportamos allí al egipcio.

Sólo después de mucho trabajo conseguimos descubrir un trozo del músculo temporal que parecía presentar menor rigidez pétrea que las otras partes del cuerpo,

pero que, como esperábamos, no dio, claro está, señal de susceptibilidad galvánica al ponerlo en contacto con el alambre. Al tercer ensayo esto nos pareció decidido y, riéndonos con ganas de nuestro propio desatino, nos deseábamos las buenas noches mutuamente cuando mis ojos, cayendo por casualidad sobre los de la momia, se quedaron allí clavados de asombro. Aquel breve vistazo me bastó, en realidad, para tener la completa certeza de que los globos que todos habíamos supuesto eran de vidrio, y que al principio se distinguían por una extraña fijeza, estaban ahora tan bien cubiertos por los párpados, que sólo era visible una pequeña porción de la 'túnica albugínea'.

Llamé la atención con un grito sobre aquel hecho, que fue en seguida evidente para todos.

No diré que me sentí 'alarmado' por el fenómeno, porque «alarmado» no es, en mi caso, la palabra exacta. Es posible, sin embargo, que, a causa del Brown Stout, estuviese un poco nervioso. En cuanto al resto de los reunidos, no intentaron, por cierto, ocultar el claro miedo que los invadía. El doctor Ponnionner era un hombre que daba lástima. Mr. Gliddon, por algún procedimiento especial, se hizo invisible. E imagino que Mr. Silk Buckingham no tendrá la osadía de negar que se metió a cuatro patas debajo de la mesa.

Pasada la primera commoción de estupor, decidimos, empero, ni que decir tiene, efectuar inmediatamente otro experimento. Nuestras operaciones se dirigieron ahora contra el dedo pulgar del pie derecho. Hicimos una incisión en la parte externa del 'os sesamoideum pollicis pedis' y llegamos así a la raíz del músculo 'abductor'. Adaptando de nuevo la batería, aplicamos ahora el fluido a los nervios bisectores cuando, con un movimiento que superaba al de la vida natural, la momia levantó la rodilla derecha como para ponerla en estrecho contacto con el abdomen, y luego, enderezando aquel miembro con una fuerza inconcebible, largó un puntapié al doctor Ponnionner, que tuvo por efecto disparar a dicho 'gentleman' como el proyectil de una catapulta y lanzarle a la calle por una ventana.

Nos precipitamos fuera 'en masse' para recoger los destrozados restos de la víctima; pero tuvimos la dicha de encontrarnos en la escalera que subía con una inexplicable celeridad, henchido de la más ardiente filosofía y más convencido que nunca de la necesidad de proseguir nuestro experimento con vigor y celo.

Por consejo suyo, en efecto, hicimos, acto seguido, una profunda incisión en la punta de la nariz del paciente mientras el propio doctor, cogiéndola con ímpetu, la puso en violento contacto con el alambre.

Moral y físicamente —metafórica y literalmente— el efecto fue eléctrico. Primero, el cadáver abrió los ojos y parpadeó muy de prisa durante unos minutos, como hace Mr. Barnes en su pantomima; en segundo lugar, estornudó; en tercer lugar, se incorporó, quedando sentado; en cuarto, colocó su puño ante la cara del doctor Ponnionner, y en quinto lugar, volviéndose hacia los señores Gliddon y Buckingham, se dirigió a ellos, en el egipcio más puro, de este modo:

—Debo decirles, caballeros, que estoy tan sorprendido como mortificado por su conducta. Del doctor Ponnioner no podía esperarse otra cosa. Es un desdichado y gordo mentecatuelo que no sabría hacer nada mejor. Le compadezco y le perdonó. Pero usted Mr. Gliddon, y usted, Silk, que han viajado y residido en Egipto hasta el punto de que podría imaginarse que han nacido en aquellas tierras; usted, digo, que ha vivido tanto tiempo entre nosotros, que habla el egipcio tan bien, creo, como escribe su lengua materna; de usted, a quien había yo considerado siempre como el más fiel amigo de las momias, esperaba realmente un comportamiento más caballeroso. ¿Qué debo pensar de su actitud impasible al verme tratado de un modo tan cruel? ¿Qué debo suponer cuando permite a Juan y a Pedro que me despojen de mi féretro y de mis ropas en este clima detestablemente frío? ¿Desde qué punto de vista (para terminar) debo considerar su ayuda y complicidad a ese miserable y pequeño bellaco del doctor Ponnioner al tirarme de la nariz?

Se supondrá, de fijo, que después de oír aquel discurso en tales circunstancias salimos todos por la puerta, o caímos presa de violentos ataques de nervios, o sufrimos un desmayo general. Una de estas tres cosas era, digo yo, de esperar. Al fin y al cabo, cada una de esas tres líneas de conducta pudo haber sido seguida muy plausiblemente. Y, bajo palabra, no he logrado saber cómo o por qué no seguimos ninguna de las tres. Aunque acaso haya que buscar la verdadera razón en el espíritu de este tiempo, que actúa siempre conforme a la regla de los contrarios, la cual se admite ahora como solución de lo que sea por medio de paradojas e imposibles. O tal vez, después de todo, era tan sólo el aire harto natural y familiar de la momia lo que quitaba a sus palabras todo sentido terrorífico. Comoquiera que fuese, los hechos son evidentes, y ningún miembro de nuestra reunión reveló un azaramiento especial o pareció creer que había ocurrido algo del orden más irregular.

Por mi parte, estaba convencido de que todo era natural, y me situé simplemente a un lado, fuera del alcance del puño del egipcio. El doctor Ponnioner se metió las manos en los bolsillos, miró, iracundo, a la momia y se puso muy colorado. Mr. Gliddon se acariciaba las patillas y estiraba el cuello de su camisa. Mr. Buckingham bajó la cabeza y se metió el pulgar derecho en la comisura izquierda de la boca.

El egipcio le miró con cara severa durante unos minutos, y por último dijo con un gesto despectivo:

—¿Por qué no habla, Mr. Buckingham? ¿Ha oído usted, o no, lo que le he preguntado? ¿Quiere quitarse de la boca ese dedo?

Mr. Buckingham, al decir esto, tuvo un ligero sobresalto, se sacó el pulgar derecho de la comisura izquierda de la boca y, a modo de compensación, introdujo su pulgar izquierdo en la comisura derecha de la abertura antes mencionada.

No pudiendo obtener una respuesta de Mr. Buckingham, la momia se volvió, malhumorada, hacia Mr. Gliddon, y en tono perentorio le pidió que explicase en términos generales qué era lo que deseábamos todos.

Mr. Gliddon respondió extensamente en fonética, y de no ser por la insuficiencia de tipos jeroglíficos en las imprentas americanas, tendría yo mucho gusto en transcribir aquí, en el original, su excelente discurso.

Aprovecharé esta ocasión para hacer notar que toda la conversación subsiguiente, en que tomó parte la momia, tuvo lugar en egipcio primitivo, por mediación (en lo que respecta a mí mismo y a los otros miembros de la reunión que no habían viajado), por mediación, repito, de los señores Gliddon y Buckingham como intérpretes. Estos caballeros hablaban la lengua materna de la momia con fluidez y gracia inimitables; pero no podía yo dejar de observar que (a causa, sin duda, de la introducción de imágenes enteramente modernas y, por descontado, enteramente nuevas para el extranjero) los dos viajeros se vieron a veces precisados a emplear formas sensibles, a fin de darles un sentido especial. Hubo un momento, por ejemplo, en que Mr. Gliddon no pudo hacer comprender al egipcio el vocablo «política» hasta que trazó sobre la pared, con un trozo de carbón, un caballerete de nariz granujienta, con los codos al aire, erguido en una tribuna, con la pierna izquierda estirada hacia atrás, el brazo derecho proyectado hacia adelante, el puño cerrado, los ojos alzados hacia el cielo y la boca abierta en un ángulo de noventa grados. De igual modo, Mr. Buckingham no conseguía hacerle entender la idea, por completo moderna, de 'whig', hasta que (por indicación del doctor Ponnonner), palideciendo a fondo, accedió a quitarse la suya.

Era, en verdad, muy comprensible que el discurso de Mr. Gliddon versara principalmente sobre los grandes beneficios que la ciencia podía obtener del desfajamiento y desentrañamiento de las momias, disculpando a este respecto cualquier molestia que le hubieran podido causar a él en particular, a la momia llamada Allamistakeo; terminó con la simple insinuación (pues apenas fue más) de que como aquellas pequeñas cuestiones estaban ahora ya explicadas, podíase en el acto proseguir la investigación proyectada. Al llegar aquí, el doctor Ponnonner preparó sus instrumentos.

Con relación a las últimas sugerencias del orador, parece ser que Allamistakeo sintió ciertos escrúpulos de conciencia, sobre la naturaleza de los cuales no he sido claramente informado; pero se mostró satisfecho de las disculpas ofrecidas y, bajándose de la mesa, dio la mano a toda la reunión a la redonda.

Cuando hubo terminado esta ceremonia nos ocupamos sin demora de reparar los daños que el escalpelo había causado al paciente. Cosimos la herida de su sien, le vendamos el pie y aplicamos una pulgada de tafetán negro sobre la punta de su nariz.

Observamos entonces que el conde (éste era el título, al parecer, de Allamistakeo) sentía un ligero temblor, seguramente motivado por el frío. El doctor fue acto seguido a su guardarropa y volvió al momento con un frac negro del mejor corte hecho por Jenning, un pantalón de tartán azul cielo con trabillas, una 'chemise' de guinda rosada, un chaleco de brocado con solapas, un gabán saco claro, un bastón de cayada, un sombrero sin alas, unas botas de charol, unos guantes de gamuza color paja, unas

antiparras y una corbata de plastrón. A causa de la diferencia de talla entre el conde y el doctor (la proporción era como de dos a uno), costó cierto trabajo adaptar aquellas prendas a la persona del egipcio; pero cuando todo estuvo arreglado, podía él decir, por lo menos, que estaba bien vestido. Mr. Gliddon, pues, le dio el brazo y le condujo hacia un cómodo sillón junto al fuego, mientras el doctor tocó la campanilla, presuroso, y mandó que trajesen cigarros y vino.

Se animó la conversación muy pronto. Existía, naturalmente, mucha curiosidad con respecto al hecho, bastante notable, de que Allamistakeo estuviera vivo.

— Yo hubiera pensado —observó Mr. Buckingham— que hacía ya mucho tiempo que había usted muerto.

— ¡Cómo! —replicó el conde, muy asombrado—. ¡Si no tengo más que setecientos años! Mi padre vivió mil, y no chocheaba en absoluto cuando murió.

Siguió a esto una serie de preguntas y de cálculos, por medio de los cuales resultó patente que la antigüedad de la momia había sido muy torpemente evaluada. Hacía cinco mil cincuenta años y unos meses que había sido depositada en las catacumbas de Eleithias.

— Pero mi observación —prosiguió Mr. Buckingham— no se refería a su edad en la época de su entierro (no deseo, de todas veras, sino reconocer que aún es usted joven); yo aludía a la inmensidad de tiempo durante el cual, según su propia manifestación, debe usted de haber estado envuelto en asfalto.

— ¿En qué? —preguntó el conde.

— En asfalto —insistió Mr. Buckingham.

— ¡Ah, sí! Tengo una vaga noción de lo que quiere usted decir; eso puede servir, aunque en mi tiempo no empleábamos apenas más que el bicloruro de mercurio.

— Pero lo que nos resulta más difícil de comprender —dijo el doctor Ponnonner— es cómo puede ocurrir que, habiendo usted muerto y sido enterrado en Egipto hace cinco mil años, esté aquí hoy perfectamente vivo y con un aspecto tan deliciosamente saludable.

— Si yo hubiese, como usted dice, 'muerto' —replicó el conde—, es muy probable que muerto seguiría, pues noto que están ustedes aún en la infancia del galvanismo y que no pueden realizar con él lo que era cosa corriente entre nosotros en los antiguos días. Pero el hecho es que sufrí un ataque de catalepsia y que mis mejores amigos creyeron que estaba muerto o que debía estarlo, y decidieron embalsamarme en seguida. Supongo que conocerán ustedes el principio capital del método de embalsamamiento.

— ¡Cómo! Ni una palabra.

— ¡Ah, ya lo veo! ¡Deplorable estado de ignorancia! Bien; no puedo entrar en detalles, por ahora; pero es necesario explicarles que, en Egipto, embalsamar (hablando con propiedad) era suspender por tiempo indefinido 'todas' las funciones animales sometidas a ese procedimiento. Empleo la palabra «animal» en su sentido más amplio,

abarcando el ser tanto moral como 'vital'. Repito que el principio capital del embalsamamiento consistía entre nosotros en paralizar inmediatamente y en mantener perpetuamente en suspenso 'todas' las funciones animales sometidas a ese procedimiento. Para ser breve, cualquiera que fuese el estado en que se encontrara el individuo en el período de embalsamamiento, en ese mismo estado permanecía. Ahora bien: como tenía yo la buena suerte de ser de la sangre del Escarabajo, fui embalsamado 'vivo', tal como me ven ustedes actualmente.

—¡La sangre del Escarabajo! —exclamó el doctor Ponnonner.

—Sí. El Escarabajo era la 'insignium', las «armas» de una familia noble muy distinguida y muy poco numerosa. Ser «de la sangre del Escarabajo» significa, en fin, ser uno de los miembros de esa familia que tenían al Escarabajo como emblema. Hablo en sentido figurado.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con que esté usted vivo ahora?

—Pues verán ustedes: era costumbre general en Egipto quitar al cadáver, antes del embalsamamiento, los intestinos y el cerebro; sólo la estirpe de los Escarabajos no estaba sujeta a esa costumbre. Por tanto, de no haber sido yo un Escarabajo, me hubiera quedado sin intestino y sin cerebro, y resulta incómodo vivir sin esas dos cosas.

—Lo comprendo —dijo Mr. Buckingham—, y supongo que todas las momias enteras que llegan a nuestras manos son de la raza de los Escarabajos.

—Sin ningún género de duda.

—Yo creía —dijo Mr. Gliddon con mucha humildad— que el Escarabajo era uno de los dioses egipcios.

—¿Uno de los 'qué' egipcios? —exclamó la momia, poniéndose en pie de un salto.

—Dioses! —repitió el viajero.

—Mr. Gliddon, estoy muy asombrado de oírle hablar de ese modo —dijo el conde, sentándose de nuevo—. Ninguna nación sobre la faz de la tierra ha reconocido nunca más que 'un dios'. El Escarabajo, el Ibis, etcétera, eran para nosotros (lo mismo que unas criaturas semejantes lo han sido para otros) los símbolos o 'media', o intermediarios, con ayuda de los cuales ofrendamos culto al Creador, demasiado augusto para que nos acerquemos a Él directamente.

Hubo aquí una pausa. Al fin reanudó el coloquio el doctor Ponnonner.

—No es, pues, improbable, por lo que usted ha explicado —dijo—, que en las catacumbas próximas al Nilo puedan existir otras momias de la raza del Escarabajo en condiciones de vitalidad.

—Eso es incuestionable —confirmó el conde—; todos los Escarabajos embalsamados accidentalmente estando vivos, vivos siguen. Incluso algunos de los embalsamados 'deliberadamente' así pueden haber sido olvidados por sus albaceas testamentarios, y permanecer aún en la tumba.

—¿Tendría usted la bondad de explicar —dijo— qué entiende usted por «embalsamados deliberadamente así»?

—Con mucho gusto —respondió la momia, después de examinarme despacio a través de sus antiparras, pues era la primera vez que me atrevía a hacerle una pregunta directa—. Con mucho gusto —repitió—. La duración ordinaria de la vida del hombre en mi tiempo era de ochocientos años, aproximadamente. Pocos hombres morían, salvo a consecuencia de un accidente extraordinario, antes de los seiscientos, y pocos vivían más de diez siglos; pero ocho siglos era considerado como el término natural. Después de descubrirse el principio del embalsamamiento, como ya se lo he descrito antes, se les ocurrió a nuestros filósofos que se podría satisfacer una laudable curiosidad, y al mismo tiempo hacer progresar en grande los intereses de la ciencia, viviendo ese término natural en plazos. Por lo que atañe a la Historia, la experiencia ha demostrado a las claras cuán indispensable sería algo así. Un historiador, por ejemplo, habiendo alcanzado la edad de quinientos años, escribiría un libro después de una improba labor, y luego sería embalsamado con esmero, dejando el encargo a sus albaceas '*pro tempore*' de que le hicieran resucitar pasado cierto lapso de tiempo: pongamos quinientos o seiscientos años. Cuando volviera a la vida al expirar ese plazo, encontraría indefectiblemente su gran obra convertida en una especie de cuaderno de notas escritas al azar; es decir, de una especie de liza literaria abierta a las conjeturas antagónicas, a los enigmas y disputas personales de toda la chusma de exasperados comentadores. Esas conjeturas, etc., pasando bajo el nombre de anotaciones o enmiendas, habrían envuelto, deformado y aniquilado el texto, hasta el punto de que el autor tendría que ir dando vueltas con una linterna para descubrir su propio libro. Cuando lo descubriese no merecería la pena que se había tomado en buscarlo. Después de reescribirlo desde el principio hasta el fin, consideraría el historiador un deber ineludible ponerse sin tardanza a corregir, conforme a su ciencia y experiencia propias, las tradiciones actuales referentes a la época en que hubiera él vivido antes. Ahora bien: este procedimiento de reescritura y de rectificación personales, proseguido de cuando en cuando por diferentes sabios, tendría como efecto impedir que nuestra historia degenerase en una completa fábula.

—Le pido que me perdone —dijo el doctor Ponnonner en este momento, poniendo suavemente su mano sobre el brazo del egipcio—, le pido que me perdone, conde; pero ¿me permite que le interrumpa un momento?

—Sin duda alguna, caballero —accedió el conde, retirando el brazo.

—Quisiera nada más que hacerle una pregunta —repuso el doctor—. Ha aludido usted a correcciones personales del historiador de 'tradiciones' relativas a su época. Como promedio, se lo ruego, ¿en qué proporción se encontraba generalmente mezclada la verdad a esa cábala?

—La cábala, como usted la llama apropiadamente, caballero, estaba, por regla general, a la par con los hechos registrados en la historia misma no reescrita; es decir, que no se conoció nunca ni una simple tilde de la una o de la otra, en ninguna circunstancia, que no fuese total y radicalmente falsa.

—Pero ya que resulta absolutamente claro —prosiguió el doctor— que han transcurrido lo menos cinco mil años desde su entierro, doy por supuesto que su historia, si no sus tradiciones, en ese período, era lo bastante explícita sobre un tema de interés universal, la creación, que tuvo lugar, como sabe usted, sin duda, sólo unos diez siglos antes.

—¡Caballero! —exclamó el conde Allamistakeo.

El doctor repitió su observación, pero únicamente después de muchas explicaciones adicionales pudo hacer que comprendiese el extranjero. Al cabo, este último dijo, vacilando:

—Las ideas que ha indicado usted son para mí, lo confieso, totalmente nuevas. En mi tiempo no he conocido nunca a nadie que tomara en consideración una fantasía tan peregrina como la de que el universo (o este mundo, si usted lo prefiere) puede haber tenido un comienzo. Recuerdo que una vez, sólo una vez, oí algo vagamente insinuado por un hombre de mucha ciencia, concerniente al origen de la 'raza humana'; y este hombre empleaba, como usted, la palabra 'Adán' (o Tierra Roja). La empleaba, no obstante, en un sentido genérico, refiriéndose a la generación espontánea sobre la tierra fértil (ni más ni menos que como un millar de minúsculas especies germinadas), a la generación espontánea, digo, de cinco vastas hordas de hombres, creciendo simultáneas en cinco partes distintas del globo, casi iguales.

Aquí la reunión, en general, se encogió de hombros, y uno o dos miembros se barrenaron la sien con un gesto significativo. Mr. Silk Buckingham, lanzando una rápida ojeada primero sobre el occipucio, y luego sobre el sincipucio de Allamistakeo, habló del siguiente modo:

—La larga duración de la vida animal en su tiempo, unida a la práctica ocasional de pasarla, como nos ha explicado usted, en plazos, debió de haber contribuido realmente a fortalecer el desarrollo general y la acumulación de la ciencia. Presumo, pues, que debemos atribuir en absoluto la marcada inferioridad de los antiguos egipcios en todas las especialidades de la ciencia, comparados con los hombres modernos, y más en particular con los yanquis, al mayor espesor del cráneo egipcio.

—Confieso de nuevo —replicó el conde con mucha afabilidad— que me cuesta algún trabajo comprenderle. ¿Quiere decirme, se lo ruego, a qué partes de la ciencia alude usted?

Aquí la reunión entera, uniendo sus voces, detalló extensamente las teorías de la frenología y las maravillas del magnetismo animal.

Habiéndonos escuchado hasta el final, el conde se puso a contarnos algunas anécdotas, por las cuales resultó evidente que los prototipos de Gall y Spurzheim habían florecido y fenecido en Egipto hacia tanto tiempo que estaban casi olvidados, y que los procedimientos de Mesmer eran, si bien se mira, despreciables tretas en comparación con los positivos milagros realizados por los sabios tebanos, que creaban piojos y otros muchos seres semejantes.

Pregunté al conde si su raza había sido capaz de calcular los eclipses. Sonrió con cierto desdén y dijo que sí.

Esto me azaró un poco; pero iba yo a hacerle otras preguntas referentes a su ciencia astronómica, cuando un miembro de la reunión, que no había abierto aún la boca, murmuró a mi oído que, si necesitaba una información sobre aquello, haría mejor en consultar a Tolomeo (quienquiera que fuese) y también a un tal Plutarco en su obra 'De facie lunae'.

Interrogué entonces a la momia sobre los vidrios ardientes y las lentes, y, en suma, acerca de la fabricación del vidrio; pero no había terminado de hacer mis preguntas cuando aquel miembro silencioso me dio suavemente en el codo, rogándome por amor de Dios que echase una ojeada sobre Diodoro de Sicilia. En cuanto al conde, sólo me preguntó, a manera de réplica, si nosotros los modernos teníamos microscopios que nos permitiesen tallar camafeos al estilo de los egipcios. Mientras pensaba yo cómo podría contestar aquella pregunta, el pequeño doctor Ponnonner se aventuró por un camino muy extraordinario.

—¡Vea usted nuestra arquitectura —ponderó, con gran indignación de los dos viajeros, que le pellizcaban hasta ponerlo negro y morado en vano—. ¡Vea usted —gritó, entusiasmado— la Fuente Verde del Juego de Bolos en Nueva York! O si esa es una visión demasiado abrumadora, ¡contemple un momento el Capitolio de Washington, D. C.!

Y el bueno del hombrecillo médico se puso a detallar con mucha minuciosidad las proporciones del edificio mencionado. Explicó que el pórtico sólo estaba adornado con no menos de veinticuatro columnas de cinco pies de diámetro y a diez pies de distancia unas de otras.

El conde dijo que lamentaba no poder acordarse con precisión en aquel momento de las dimensiones exactas de algunos de los principales edificios de la ciudad de Carnac, cuyos cimientos se perdían en la noche del Tiempo, pero cuyas ruinas estaban aún en pie, por la época de su entierro, en una amplia llanura de arena al oeste de Tebas. Recordaba, sin embargo, (hablando de pórticos), que uno de ellos, erigido en un palacio inferior en una especie de suburbio llamado Carnac, se componía de ciento cuarenta y cuatro columnas de treinta y siete pies de circunferencia y veinticinco de separación. Se llegaba a aquel pórtico, desde el Nilo, por una avenida de dos millas de largo, formada con esfinges, estatuas y obeliscos de veinte, sesenta y cien pies de altura. El propio palacio (hasta donde él podía recordar) tenía, en una sola dirección, dos millas de largo, y podría tener en total cerca de siete de circuito. Los muros estaban ricamente pintados todos, por fuera y por dentro, con jeroglíficos. El no pretendía 'afirmar' que no se hubiesen podido edificar cinco o seis de aquellos Capitolios del doctor entre sus muros; pero no estaba demostrado que doscientos o trescientos de ellos no hubiesen podido estibarse allí sin demasiado trastorno. Aquel palacio de Carnac era un pequeño, un insignificante edificio, después de todo. Él (el conde), con todo, no podía en conciencia

negarse a admitir la ingeniosidad, la magnificencia y la superioridad de la Fuente Verde del Juego de Bolos, tal como la describía el doctor. Nada parecido, se veía obligado a confesarlo, se había visto nunca en Egipto ni en ninguna otra parte.

Pregunté entonces al conde qué podía decir de nuestros ferrocarriles.

—Nada —replicó— de particular. Son un tanto endebles, un tanto mal ideados y toscamente ensamblados. No pueden, pues, compararse, naturalmente, con las calzadas amplias, llanas, directas, de rodadas de hierro sobre las cuales los egipcios transportaban templos enteros y obeliscos macizos de ciento cincuenta pies de altura.

Hablé de nuestras gigantescas fuerzas mecánicas.

Convino en que sabíamos algo en ese género; pero me preguntó cómo nos compondríamos hoy para levantar las impostas sobre los dinteles del más pequeño palacio en Carnac.

Decidí dar por no oído aquello, y le pregunté si tenía alguna idea de los pozos artesianos; pero se limitó a levantar las cejas, mientras Mr. Gliddon me guiñaba con mucha insistencia los ojos y me decía en voz baja que los ingenieros encargados de los sondeos para buscar agua en el Gran Oasis habían descubierto uno recientemente.

Mencioné entonces nuestro acero; pero el extranjero alzó la nariz y me preguntó si nuestro acero hubiera podido nunca ejecutar la talla de las figuras que se ven en los obeliscos, y que habían sido esculpidas por entero con instrumentos de filo de cobre.

Esto nos desconcertó tanto, que juzgamos prudente desviar nuestro ataque hacia la metafísica. Enviamos a buscar un ejemplar de una obra titulada el 'Dial', y leímos varios capítulos acerca de algo no muy claro que los bostonianos llaman el Gran Movimiento Progresivo.

El conde dijo simplemente que los grandes movimientos eran cosa muy corriente en sus días, y en cuanto al Progreso, fue en una determinada época una completa calamidad, pero no progresó jamás.

Le hablamos después de la gran belleza e importancia de la Democracia, y nos costó mucho trabajo hacer comprender al conde el verdadero sentido de las ventajas que gozábamos viviendo en un país donde el sufragio era 'ad libitum' y no había rey.

Nos escuchó con marcado interés y, en realidad, pareció divertirse mucho. Cuando terminamos, dijo él que mucho tiempo atrás había sucedido allí algo muy parecido. Trece provincias egipcias decidieron de pronto ser libres, dando así un magnífico ejemplo al resto de la Humanidad. Reunieron a sus sabios y confeccionaron la más ingeniosa constitución que sea posible concebir. Durante algún tiempo se manejaron muy bien, sólo que su habitual fanfarronería seguía siendo prodigiosa. La cosa, no obstante, terminó con la unión de los trece Estados, a los que se agregaron algo así como otros quince o veinte, para el más odioso e insoportable despotismo de que se haya oído hablar sobre la faz de la Tierra.

Pregunté cuál era el nombre de aquel tirano usurpador.

Por lo que el conde podía recordar, se llamaba 'Chusma'.

No sabiendo qué decir a eso, levanté la voz y deploreó la ignorancia de los egipcios sobre el vapor.

El conde me miró con gran asombro, pero no contestó. Sin embargo, el caballero silencioso me dio un violento codazo con el costado, diciéndome que ya me había comprometido lo bastante una vez, y me preguntó si era yo de veras tan inculto que ignoraba que la moderna máquina de vapor provenía del invento de Hero a través de Salomón de Caus.

Estábamos en inminente peligro de ser derrotados; pero la buena suerte hizo que el doctor Ponnonner, reanimado, acudiese en socorro nuestro y preguntase si el pueblo egipcio podía pretender seriamente competir con los modernos en el importantísimo arte de la indumentaria.

El conde, a esto, lanzó un vistazo hacia las trabillas de sus pantalones, y luego, cogiendo por la punta uno de los faldones de su frac, lo mantuvo ante sus ojos unos minutos. Dejándolo caer, por fin, se abrió su boca gradualmente, de oreja a oreja; pero no recuerdo que dijese nada a manera de contestación.

En este momento recobramos nuestro ánimo, y el doctor, acercándose a la momia con gran dignidad, quiso que nos dijese, con sinceridad, por su honor de caballero, si los egipcios habían concebido en cualquier época la fabricación, bien de las pastillas Ponnonner o bien de las píldoras Brandreth.

Esperamos con profunda ansiedad una respuesta, aunque en vano. Aquella respuesta no llegaba. El egipcio se puso colorado y bajó la cabeza. No hubo nunca triunfo más cabal, no hubo nunca derrota sufrida con peor gracia. Realmente, no podía yo soportar el espectáculo de aquella humillación de la pobre momia. Cogí mi sombrero, me incliné con tiesura ante él y me marché.

Al volver a mi casa, vi que eran las cuatro dadas, y me metí al momento en la cama. Son ahora las diez de la mañana. Estoy levantado desde las siete, escribiendo estas notas en beneficio de mi familia y de la Humanidad. A la primera no la veré más. Mi mujer es una arpía. La verdad es que estoy francamente harto de esta vida y del siglo XIX en general. Estoy convencido de que todo marcha de la peor manera. Además, siento una gran impaciencia por saber quién será presidente en el año 2045. Por eso, en cuanto me haya afeitado y sorbido una taza de café, voy a subir a casa de Ponnonner y a hacerme embalsamar por un par de siglos.

El poder de las palabras

The power of words, 1845

OINOS.—Perdona, Agathos, la flaqueza de un espíritu recién ornado con las alas de la inmortalidad.

AGATHOS.—Nada has dicho, Oinos mío, por lo que debas pedir perdón. Ni siquiera aquí el conocimiento es cosa de intuición. La sabiduría sí, la sabiduría pídesela libremente a los ángeles, que te podrá ser concedida.

OINOS.—Pero yo había soñado que en esta existencia sería sabedor de todas las cosas al mismo tiempo, y así al punto feliz por conocerlo todo.

AGATHOS.—¡Ah, la felicidad no está en el conocimiento, sino en la adquisición del conocimiento! La bienaventuranza eterna reside en conocer más y más, pero conocer todo sería la maldición de un demonio.

OINOS.—Pero, ¿no conoce el Altísimo todo?

AGATHOS.—Esa (pues que él es el Felicísimo) debe ser la única cosa desconocida hasta para él.

OINOS.—Sin embargo, puesto que ganamos a cada hora en conocimiento, ¿no han de ser, afín, conocidas todas las cosas?

AGATHOS.—¡Mira, hacia abajo, hacia las abismales distancias! ¡Intenta hundir la vista en la múltiple perspectiva de las estrellas, mientras nos deslizamos lentamente a través de ellas, así..., así y así! Incluso la visión espiritual, ¿no está detenida en todos los puntos por las continuas murallas áureas del universo..., por esas murallas de las miríadas de los cuerpos brillantes cuyo mero número parece fundirse en una unidad?

OINOS.—Advierto claramente que la infinidad de la materia no es un sueño.

AGATHOS.—No hay sueños en Hedén..., pero aquí se murmura que la única finalidad de esa infinidad de la materia es ofrecer manantiales infinitos en los cuales el alma pueda aplacar la sed de conocer, siempre insaciable dentro de ella —pues saciarla sería extinguir la esencia misma del alma. Pregúntame, pues, Oinos mía, libremente y sin temor. ¡Ven! Dejaremos a la izquierda la alta armonía de las Pléyades y desde el trono iremos a caer en los prados sembrados de estrellas allende Orión, donde en lugar de pensamientos, violetas y trinitarias están los lechos de los soles triplicados y tricromados.

OINOS.—Y ahora, Agathos, mientras avanzamos, instrúyeme, háblame en los tonos familiares de la tierra. No he comprendido lo que me has estado sugiriendo sobre los modos o sobre los métodos de lo que, cuando éramos mortales, hemos acostumbrado a llamar Creación. ¿Quieres dar a entender que el Creador no es Dios?

AGATHOS.—Quiero dar a entender que la Deidad no crea.

OINOS.—¡Explícate!

AGATHOS.—Sólo en el principio creó. Las aparentes criaturas que están, ahora, por todo el universo, adquiriendo su ser tan continuamente, sólo pueden ser consideradas como resultados indirectos o mediatos, no como directos o inmediatos, del divino poder creador.

OINOS.—Entre los hombres, Agathos mío, esa idea sería considerada como herética en extremo.

AGATHOS.—Entre los ángeles, Oinos mía, es aceptada sencillamente como cierta.

OINOS.—Puedo comprenderte hasta este punto: que ciertas operaciones de lo que denominamos Naturaleza, o leyes naturales, darán origen, bajo ciertas condiciones, a lo que tiene toda la apariencia de creación. Poco antes de la destrucción final de la tierra, hubo, recuerdo bien, muchos experimentos coronados por el éxito en lo que algunos filósofos denominaron neciamente creación de animáculos.

AGATHOS.—Los casos de que hablas eran, en realidad, ejemplos de creación secundaria y de la única especie de la creación que jamás haya existido desde que la primera palabra dio existencia a la primera ley.

OINOS.—¿No son los mundos estelares que, desde el abismo de la nada, estallan a cada hora hacia los cielos..., no son estas estrellas, Agathos, la obra inmediata de la mano del Soberano?

AGATHOS.—Déjame que intente, Oinos mía, conducirte paso a paso a la concepción que busco explicar. Ten por seguro que, así como ningún pensamiento puede perecer, tampoco ningún acto queda sin resultado infinito. Nosotros movíamos las manos, por ejemplo, cuando éramos habitantes de la tierra, y al hacerlo impartíamos vibración a la atmósfera que la circundaba. Esta vibración iba extendiéndose indefinidamente hasta que daba impulso a cada una de las partículas del aire de la tierra, que en lo sucesivo, y para siempre, era excitado por ese único movimiento de la mano. Este hecho lo conocían bien los matemáticos de nuestro planeta. En realidad, ellos hicieron de los efectos especiales, creados en los líquidos por impulsos especiales, objeto de cálculo exacto, de manera que resultó fácil determinar en qué momento preciso un impulso de grado determinado circundaría el orbe y dejaría su impresión (por siempre) en cada átomo de la atmósfera ambiente. Retrogradando, no tuvieron dificultad en determinar el valor del impulso original. Ahora bien, los matemáticos que vieron que los resultados de cualquier impulso dado eran absolutamente inacabables, y que una parte de esos resultados podía medirse con exactitud por medio del análisis algebraico, que vieron también la facilidad de la retrogradación, vieron al mismo tiempo que esa especie de análisis contenía en sí una capacidad de progreso indefinido, que no existían límites concebibles para su avance y aplicabilidad, excepto dentro del intelecto de quien lo promovía o aplicaba. Pero nuestros matemáticos se detuvieron en ese punto.

OINOS.—¿Y por qué, Agathos, debieron haber seguido adelante?

AGATHOS.—Porque más allá había algunas consideraciones de profundo interés. Era deducible por lo que conocían que, para un ser de entendimiento infinito, para quien la perfección del análisis algebraico no tuviese secretos, no podía haber dificultad en seguir el rastro a cada uno de los impulsos impartidos al aire —y al éter a través del aire— hasta las consecuencias más remotas en las épocas más infinitamente remotas. Es, en verdad, demostrable que cada uno de tales impulsos dados al aire, debe finalmente dejar su impresión en cada una de las cosas individuales que existen dentro del universo, de modo que el ser de infinita inteligencia, al ser que hemos imaginado, pueda seguir el rastro a las remotas ondulaciones del impulso, seguir su rastro hacia arriba y adelante en la influencia dejada por ellas en todas las partículas de toda la materia, hacia arriba y adelante por siempre en las modificaciones hechas por ellas sobre las formas antiguas —o, en otras palabras, en sus creaciones nuevas— hasta que las encuentre reflejadas —incapaces al fin de dejar impresión— desde el trono de la Divinidad. Y no sólo podría hacer eso un ser semejante, sino que además, en cualquier época, dado un resultado (de someterse a su examen, por ejemplo, uno de esos innumerables cometas), no tendría dificultad en determinar, por retrogradación analítica, a qué impulso original era debido. Este poder de retrogradación en su plenitud y perfección absolutas, esta facultad de asignar en todas las épocas todos los efectos a todas las causas, es desde luego la prerrogativa única de la Deidad; pero en todas las variedades de grados, inferiores a la absoluta perfección, el poder es ejercido por todas las huestes de las inteligencias angélicas.

OINOS.—Pero tú hablas sólo de impulsos sobre el aire.

AGATHOS.—Al hablar del aire, me refiero sólo a la tierra, pero la proposición general hace referencia a impulsos sobre el éter, que, al penetrar y ser él solo el que penetra en todo el espacio, resulta el gran médium de la creación,

OINOS.—Entonces, ¿todo movimiento, de la naturaleza que sea, crea?

AGATHOS.—Debe hacerlo. Pero una verdadera filosofía viene enseñando desde hace mucho tiempo que la fuente de todo movimiento es el pensamiento... y la fuente de todo pensamiento es...

OINOS.—Dios.

AGATHOS.—Y mientras hablaba así, ¿no ha cruzado por tu mente algún pensamiento del poder físico de las palabras? ¿No es toda palabra un impulso sobre el aire?

OINOS.—Pero ¿por qué lloras, Agathos...? ¿Y por qué, oh, por qué se abaten tus alas mientras pasemos por encima de esa hermosa estrella, que es la más verde y no obstante la más terrible de todas las que hemos encontrado en nuestro vuelo? Sus brillantes flores son como un sueño de cuento de hadas, pero sus furiosos volcanes como las pasiones de un turbulento corazón.

AGATHOS.—¡Lo son, lo son! Esa extraña estrella..., hace ahora tres siglos, que con manos crispadas y con ojos radiantes, a los pies de mi amada, le di nacimiento con mis

apasionadas frases. ¡Sus brillantes flores son mis más caros sueños irrealizados y sus iracundos volcanes son las pasiones del más turbulento e impío corazón!

El demonio de la perversidad

The imp of the perverse, 1845

En la consideración de las facultades e impulsos de los *prima mobilia* del alma humana los frenólogos han olvidado una tendencia que, aunque evidentemente existe como un sentimiento radical, primitivo, irreductible, los moralistas que los precedieron también habían pasado por alto. Con la perfecta arrogancia de la razón, todos la hemos pasado por alto. Hemos permitido que su existencia escapara a nuestro conocimiento tan sólo por falta de creencia, de fe, sea fe en la Revelación o fe en la Cábala. Nunca se nos ha ocurrido pensar en ella, simplemente por su gratuidad. No creímos que esa tendencia tuviera necesidad de un impulso. No podíamos percibir su necesidad. No podíamos entender, es decir, aunque la noción de este *primum mobile* se hubiese introducido por sí misma, no podíamos entender de qué modo era capaz de actuar para mover las cosas humanas, ya temporales, ya eternas. No es posible negar que la frenología, y en gran medida toda la metafísica, han sido elaboradas a priori. El metafísico y el lógico, más que el hombre que piensa o el que observa, se ponen a imaginar designios de Dios, a dictarle propósitos. Habiendo sondeado de esta manera, a gusto, las intenciones de Jehová, construyen sobre estas intenciones sus innumerables sistemas mentales. En materia de frenología, por ejemplo, hemos determinado, primero (por lo demás era bastante natural hacerlo), que, entre los designios de la Divinidad se contaba el de que el hombre comiera. Asignamos, pues, a éste un órgano de la *alimentividad* para alimentarse, y este órgano es el acicate con el cual la Deidad fuerza al hombre, quieras que no, a comer. En segundo lugar, habiendo decidido que la voluntad de Dios quiere que el hombre propague la especie, descubrimos inmediatamente un órgano de la *amatividad*. Y lo mismo hicimos con la combatividad, la idealidad, la casualidad, la constructividad, en una palabra, con todos los órganos que representaran una tendencia, un sentimiento moral o una facultad del puro intelecto. Y en este ordenamiento de los *principios* de la acción humana, los spurzheimistas, con razón o sin ella, en parte o en su totalidad, no han hecho sino seguir en principio los pasos de sus predecesores, deduciendo y estableciendo cada cosa a partir del destino preconcebido del hombre y tomando como fundamento los propósitos de su Creador.

Hubiera sido más prudente, hubiera sido más seguro fundar nuestra clasificación (puesto que debemos hacerla) en lo que el hombre habitual u ocasionalmente hace, y en lo que siempre hace ocasionalmente, en cambio de fundarla en la hipótesis de lo que Dios pretende obligarle a hacer: Si no podemos comprender a Dios en sus obras visibles, ¿cómo lo comprenderíamos en los inconcebibles pensamientos que dan vida a sus

obras? Si no podemos entenderlo en sus criaturas objetivas, ¿cómo hemos de comprenderlo en sus tendencias esenciales y en las fases de la creación?

La inducción *a posteriori* hubiera llevado a la frenología a admitir, como principio innato y primitivo de la acción humana, algo paradójico que podemos llamar *perversidad* a falta de un término más característico. En el sentido que le doy es, en realidad, un móvil sin motivo, un motivo no motivado. Bajo sus incitaciones actuamos sin objeto comprensible, o, si esto se considera una contradicción en los términos, podemos llegar a modificar la proposición y decir que bajo sus incitaciones actuamos por la razón de que no deberíamos actuar. En teoría ninguna razón puede ser más irrazonable; pero, de hecho, no hay ninguna más fuerte. Para ciertos espíritus, en ciertas condiciones llega a ser absolutamente irresistible. Tan seguro como que respiro sé que en la seguridad de la equivocación o el error de una acción cualquiera reside con frecuencia la *fuerza irresistible*, la única que nos impele a su prosecución. Esta invencible tendencia a hacer el mal por el mal mismo no admitirá análisis o resolución en ulteriores elementos. Es un impulso radical, primitivo, elemental. Se dirá, lo sé, que cuando persistimos en nuestros actos porque sabemos que no deberíamos hacerlo, nuestra conducta no es sino una modificación de la que comúnmente provoca la *combatividad* de la frenología. Pero una mirada mostrará la falacia de esta idea. La *combatividad*, a la cual se refiere la frenología, tiene por esencia la necesidad de autodefensa. Es nuestra salvaguardia contra todo daño. Su principio concierne a nuestro bienestar, y así el deseo de estar bien es excitado al mismo tiempo que su desarrollo. Se sigue que el deseo de estar bien debe ser excitado al mismo tiempo por algún principio que será una simple modificación de la combatividad, pero en el caso de esto que llamamos *perversidad* el deseo de estar bien no sólo no se manifiesta, sino que existe un sentimiento fuertemente antagónico.

Si se apela al propio corazón, se hallará, después de todo, la mejor réplica a la sofistería que acaba de señalarse. Nadie que consulte con sinceridad su alma y la someta a todas las preguntas estará dispuesto a negar que esa tendencia es absolutamente radical. No es más incomprendible que característica. No hay hombre viviente a quien en algún período no lo haya atormentado, por ejemplo, un vehemente deseo de torturar a su interlocutor con circunloquios. El que habla advierte el desagrado que causa; tiene toda la intención de agradar; por lo demás, es breve, preciso y claro; el lenguaje más lacónico y más luminoso lucha por brotar de su boca; sólo con dificultad refrena su curso; teme y lamenta la cólera de aquel a quien se dirige; sin embargo, se le ocurre la idea de que puede engendrar esa cólera con ciertos incisos y ciertos paréntesis. Este solo pensamiento es suficiente. El impulso crece hasta el deseo, el deseo hasta el anhelo, el anhelo hasta un ansia incontrolable y el ansia (con gran pesar y mortificación del que habla y desafiando todas las consecuencias) es consentida.

Tenemos ante nosotros una tarea que debe ser cumplida velozmente. Sabemos que la demora será ruinosa. La crisis más importante de nuestra vida exige, a grandes voces, energía y acción inmediatas. Ardemos, nos consumimos de ansiedad por comenzar la

tarea, y en la anticipación de su magnífico resultado nuestra alma se enardece. Debe tiene que ser emprendida hoy y, sin embargo, la dejamos para mañana; ¿y por qué? No hay respuesta, salvo que sentimos esa actitud *perversa*, usando la palabra sin comprensión del principio. El día siguiente llega, y con él una ansiedad más impaciente por cumplir con nuestro deber, pero con este verdadero aumento de ansiedad llega también un indecible anhelo de postergación realmente espantosa por lo insonable. Este anhelo cobra fuerzas a medida que pasa el tiempo. La última hora para la acción está al alcance de nuestra mano. Nos estremece la violencia del conflicto interior, de lo definido con lo indefinido, de la sustancia con la sombra. Pero si la contienda ha llegado tan lejos, la sombra es la que vence, luchamos en vano. Suena la hora y doblan a muerto por nuestra felicidad. Al mismo tiempo es el canto del gallo para el fantasma que nos había atemorizado. Vuela, desaparece, somos libres. La antigua energía retorna. Trabajaremos *ahora*. ¡Ay, es demasiado tarde!

Estamos al borde de un precipicio. Miramos el abismo, sentimos malestar y vértigo. Nuestro primer impulso es retroceder ante el peligro. Inexplicablemente, nos quedamos. En lenta graduación, nuestro malestar y nuestro vértigo se confunden en una nube de sentimientos inefables. Por grados aún más imperceptibles esta nube cobra forma, como el vapor de la botella de donde surgió el genio en *Las mil y una noches*. Pero en esa nube *nuestra* al borde del precipicio, adquiere consistencia una forma mucho más terrible que cualquier genio o demonio de leyenda, y, sin embargo, es sólo un pensamiento, aunque temible, de esos que hielan hasta la médula de los huesos con la feroz delicia de su horror. Es simplemente la idea de lo que serían nuestras sensaciones durante la veloz caída desde semejante altura. Y esta caída, esta fulminante aniquilación, por la simple razón de que implica la más espantosa y la más abominable entre las más espantosas y abominables imágenes de la muerte y el sufrimiento que jamás se hayan presentado a nuestra imaginación, por esta simple razón la deseamos con más fuerza. Y porque nuestra razón nos aparta violentamente del abismo, por eso nos acercamos a él con más ímpetu. No hay en la naturaleza pasión de una impaciencia tan demoníaca como la del que, estremecido al borde de un precipicio, piensa arrojarse en él. Aceptar por un instante cualquier atisbo de pensamiento significa la perdición inevitable, pues la reflexión no hace sino apremiarnos para que no lo hagamos, y justamente por eso, digo, no podemos hacerlo. Si no hay allí un brazo amigo que nos detenga, o si fallamos en el súbito esfuerzo de echarnos atrás, nos arrojamos, nos destruimos.

Examinemos estas acciones y otras similares: encontraremos que resultan sólo del espíritu de *perversidad*. Las perpetrámos simplemente porque sentimos que *no deberíamos* hacerlo. Más acá o más allá de esto no hay principio inteligible; y podríamos en verdad considerar su perversidad como una instigación directa del demonio si no supiéramos que a veces actúa en fomento del bien.

He hablado tanto que en cierta medida puedo responder a vuestra pregunta, puedo explicaros por qué estoy aquí, puedo mostraros algo que tendrá, por lo menos, una débil

apariencia de justificación de estos grillos y esta celda de condenado que ocupó. Si no hubiera sido tan prolíjo, o no me hubierais comprendido, o, como la chusma, me hubierais considerado loco. Ahora advertiréis fácilmente que soy una de las innumerables víctimas del demonio de la perversidad.

Es imposible que acción alguna haya sido preparada con más perfecta deliberación. Semanas, meses enteros medité en los medios del asesinato. Rechacé mil planes porque su realización implicaba una *chance* de ser descubierto. Por fin, leyendo algunas memorias francesas, encontré el relato de una enfermedad casi fatal sobrevenida a madame Pilau por obra de una vela accidentalmente envenenada. La idea impresionó de inmediato mi imaginación. Sabía que mi víctima tenía la costumbre de leer en la cama. Sabía también que su habitación era pequeña y mal ventilada. Pero no necesito fatigaros con detalles impertinentes. No necesito describir los fáciles artificios mediante los cuales sustituí, en el candelero de su dormitorio, la vela que allí encontré por otra de mi fabricación. A la mañana siguiente lo hallaron muerto en su lecho, y el veredicto del *coroner* fue: «Muerto por la voluntad de Dios.»

Heredé su fortuna y todo anduve bien durante varios años. Ni una sola vez cruzó por mi cerebro la idea de ser descubierto. Yo mismo hice desaparecer los restos de la bujía fatal. No dejé huella de una pista por la cual fuera posible acusarme o siquiera hacerme sospechoso del crimen. Es inconcebible el magnífico sentimiento de satisfacción que nacía en mi pecho cuando reflexionaba en mi absoluta seguridad. Durante un período muy largo me acostumbré a deleitarme en este sentimiento. Me proporcionaba un placer más real que las ventajas simplemente materiales derivadas de mi crimen. Pero le sucedió, por fin, una época en que el sentimiento agradable llegó, en gradación casi imperceptible, a convertirse en una idea obsesiva, torturante. Torturante por lo obsesiva. Apenas podía librarme de ella por momentos. Es harto común que nos fastidie el oído, o más bien la memoria, el machacón estribillo de una canción vulgar o algunos compases triviales de una ópera. El martirio no sería menor si la canción en sí misma fuera buena o el crío de ópera meritoria. Así es como, al fin, me descubría permanentemente pensando en mi seguridad y repitiendo en voz baja la frase: «Estoy a salvo».

Un día, mientras vagabundeaba por las calles, me sorprendí en el momento de murmurar, casi en voz alta, las palabras acostumbradas. En un acceso de petulancia les di esta nueva forma: «Estoy a salvo, estoy a salvo si no soy lo bastante tonto para confesar abiertamente.»

No bien pronuncié estas palabras, sentí que un frío de hielo penetraba hasta mi corazón. Tenía ya alguna experiencia de estos accesos de perversidad (cuya naturaleza he explicado no sin cierto esfuerzo) y recordaba que en ningún caso había resistido con éxito sus embates. Y ahora, la casual insinuación de que podía ser lo bastante tonto para confesar el asesinato del cual era culpable se enfrentaba conmigo como la verdadera sombra de mi asesinado y me llamaba a la muerte.

Al principio hice un esfuerzo para sacudir esta pesadilla de mi alma. Caminé vigorosamente, más rápido, cada vez más rápido, para terminar corriendo. Sentía un deseo enloquecedor de gritar con todas mis fuerzas. Cada ola sucesiva de mi pensamiento me abrumaba de terror, pues, ay, yo sabía bien, demasiado bien que *pensar*, en mi situación, era estar perdido. Aceleré aún más el paso. Salté como un loco por las calles atestadas. Al fin, el populacho se alarmó y me persiguió. Sentí *entonces* la consumación de mi destino. Si hubiera podido arrancarme la lengua lo habría hecho, pero una voz ruda resonó en mis oídos, una mano más ruda me aferró por el hombro. Me volví, abrí la boca para respirar. Por un momento experimenté todas las angustias del ahogo: estaba ciego, sordo, aturrido; y entonces algún demonio invisible —pensé— me golpeó con su ancha palma en la espalda. El secreto, largo tiempo prisionero, irrumpió de mi alma.

Dicen que hablé con una articulación clara, pero con marcado énfasis y apasionada prisa, como si temiera una interrupción antes de concluir las breves pero densas frases que me entregaban al verdugo y al infierno.

Después de relatar todo lo necesario para la plena acusación judicial, caí por tierra desmayado.

Pero, ¿para qué diré más? ¡Hoy tengo estas cadenas y estoy aquí! ¡Mañana estaré libre! Pero, ¿dónde?

El método del doctor Tarr y del profesor Fether

The system of Dr. Tarr and Profesor Fether, 1845

Durante el otoño de 18..., en el curso de una excursión por las provincias más meridionales de Francia, mi ruta me condujo a pocas millas de distancia de cierta *Maison de Santé* o manicomio particular, del que había oído hablar mucho en París a mis amigos médicos. Como nunca había visitado un lugar de este género, pensé que aquélla era una buena oportunidad para no dejarla perder; y así, pues, le propuse a mi compañero de viaje (un señor a quien había conocido por casualidad unos días antes) que nos desviásemos, durante una hora o cosa así, para inspeccionar el establecimiento. Mi compañero se excusó, alegando en primer lugar la prisa, y en segundo lugar su gran horror habitual a ver un loco. Pero me suplicó que no dejase, por mera cortesía hacia él, de satisfacer mi curiosidad, y dijo que seguiría adelante con lentitud, para que yo pudiera alcanzarle durante el día o, en todo caso, al día siguiente. Al despedirse, pensé que yo tropezaría con algunas dificultades para conseguir la entrada en el establecimiento, y expresé mis temores sobre este punto. Él contestó que, en efecto, como no conociese personalmente al director, monsieur Maillard, o no contase con alguna carta de presentación, no dejaría de surgir alguna dificultad, pues los reglamentos de estos manicomios particulares son más rígidos que los de un hospital público. Añadió que había conocido unos años antes a Maillard, y que me acompañaría gustoso hasta la puerta y me introduciría allí, aunque sus sentimientos con relación a los lunáticos no le permitieran entrar en aquella casa.

Le di las gracias, y torciendo por la carretera real entramos en una senda que, al cabo de media hora, casi se perdía en un denso bosque que cubría la base de una montaña. Cruzamos aquel húmedo y sombrío bosque cabalgando unas dos millas, cuando apareció a nuestra vista la *Maison de Santé*. Era un *chateau* fantástico, muy deteriorado y realmente apenas habitable por su abandono y vetustez. Su aspecto me inspiró un absoluto pavor y, refrenando mi caballo, decidí volver atrás. Pero pronto me avergoncé de mi flaqueza y seguí avanzando.

Mientras cabalgábamos hacia la puerta de entrada, noté que estaba levemente entreabierta y que estaba atisbando por ella la cara de un hombre. Un instante, después este hombre se nos acercó, llamó a mi compañero por su nombre, le estrechó cordialmente la mano y le rogó que se apease. Era Monsieur Maillard en persona. Era un apuesto y bien parecido caballero de la vieja escuela, de modales corteses y con cierto aire de gravedad, dignidad y autoridad que resultaba muy impresionante.

Habiéndome presentado mi amigo, le indicó mi deseo de visitar el establecimiento, y Monsieur Maillard le aseguró que me atendería en todo; entonces mi amigo se despidió y no le he vuelto a ver más.

Una vez que se marchó, el director me hizo entrar en un pequeño y extraordinariamente limpio locutorio, que contenía, entre otros objetos de refinado gusto, muchos libros y dibujos, búcaros de flores e instrumentos musicales. Un fuego alegre brillaba en la chimenea. Al piano, cantando un aria de Bellini, estaba sentada una joven muy bella, quien, a mi entrada, interrumpió su canto y me acogió con graciosa cortesía. Su voz era profunda y todas sus maneras subyugantes. También creí percibir ciertas huellas de tristeza en su rostro, que era excesivamente pálido, aunque nada desagradable. Iba vestida de luto riguroso, y suscitó en mi corazón un sentimiento mezclado de respeto, interés y admiración.

Yo había oído decir, en París, que la institución de Monsieur Maillard se hallaba organizada conforme a lo que vulgarmente se llama el "método calmante"; que estaban suprimidos allí todos los castigos, que incluso raras veces se recurría al encierro; que los pacientes, aun siendo vigilados secretamente, gozaban de una aparente libertad, y que a la mayoría de ellos se les permitía pasear alrededor de la casa y por los terrenos contiguos con el traje corriente de las personas de sano juicio.

Teniendo en cuenta estas indicaciones, fui cauto en lo que decía delante de aquella señorita, pues yo no podía estar seguro de que estuviese cuerda, y, en realidad, había en sus ojos cierto brillo inquieto que me dejaba imaginar que no lo estaba. Por tanto, limité mis observaciones a los tópicos generales, pues de este modo pensé que no podría disgustar o irritar ni siquiera a un lunático. Ella contestó de un modo perfectamente razonable a todo lo que yo decía, y hasta con originales observaciones que estaban selladas de un sano y buen sentido; pero el antiguo conocimiento que yo tenía de la sicología de la *manía* me hacía pensar que no podía dar crédito a tales apariencias de cordura, y continué empleando a lo largo de la entrevista la cautela con que la había comenzado.

Luego, un elegante lacayo de librea trajo en una bandeja frutas, vino y otros refrescos, que probé; poco después, la dama abandonó la habitación.

Cuando salía, volví mis ojos significativamente hacia mi anfitrión.

—No —dijo—. ¡Oh, no! Es una persona de mi familia..., mi sobrina, una muchacha perfecta.

—Le pido mil perdones por mis sospechas —repliqué—; pero, naturalmente, usted sabrá disculparme. La excelente administración de su establecimiento es muy apreciada en París, y pensé si sería posible...; ya sabe usted...

—Sí, sí... No diga usted más... Más bien soy yo quien debiera darle las gracias por la encomiable prudencia que ha desplegado. Rara vez se encuentra tanta previsión en los jóvenes, y más de una vez hemos tenido algún lamentable *contre-temps*, a consecuencia de una ligereza por parte de nuestros visitantes. Cuando mi antiguo método estaba en

vigor, y a mis pacientes se les permitía el privilegio de ir de un lado para otro, solían provocar en ellos extravíos peligrosos personas imprudentes a quienes se les invitaba a visitar la casa. Por eso me vi obligado a adoptar un riguroso sistema de exclusión, y ahora no obtiene permiso para entrar en el establecimiento nadie en cuya discreción no pueda confiar.

—Ha dicho usted —le interrumpí— que en los tiempos en que se hallaba en vigor su método primitivo... ¿Debo entender, pues, que el "método calmante", del que tanto he oído hablar, no está ya en vigor?

—Hace ahora —contestó él— varias semanas que hemos decidido renunciar a él para siempre.

—¿De veras? ¡Me deja usted asombrado!

—Hemos visto, señor —dijo suspirando—, que era absolutamente necesario volver a las viejas costumbres. El peligro del método calmante era, en todo momento, espantoso, y sus ventajas se han exagerado mucho. Creo, señor, que si se ha realizado en algún sitio un verdadero ensayo de ese método, ha sido en esta casa. Hemos hecho todo cuanto la humanidad racional puede sugerir. Lamento que no haya podido visitarnos en una época anterior, pues hubiera juzgado por sí mismo; pero presumo que usted estará versado en la práctica de este método, en sus detalles...

—No del todo. Lo que he oído ha sido de tercera o cuarta mano.

—Puedo enunciar este sistema, pues, en términos generales, como aquel en que los pacientes son *menages*, mimados. No contradecíamos ninguno de los caprichos que invadían la mente del loco. Por el contrario, no sólo éramos indulgentes con ellos, sino que los alentábamos, y muchas de nuestras curaciones más duraderas se han realizado así. No hay ningún argumento que impresione tanto la débil razón del loco como el *argumentum ad absurdum*. Hemos tenido pacientes, por ejemplo, que se imaginaban ser pollos. La curación consistía..., insisto sobre esto como sobre un hecho..., en acusar al paciente de estupidez por no darse cuenta de que aquello era un hecho, negándole así durante una semana todo alimento que no fuese el adecuado para un pollo. De esta forma, con un poco de trigo hemos realizado maravillas.

—Pero ¿sólo se empleaba este método de aquiescencia?

—De ningún modo. Poníamos mucha fe en diversiones de un género sencillo, tales como la música, el baile, los ejercicios gimnásticos en general, las cartas, cierta clase de libros, etcétera. Fingíamos tratar a cada individuo como si padeciese algún trastorno puramente físico, y la palabra "loco" no se empleaba nunca. Un punto fundamental era que cada demente vigilase las acciones de todos los demás. Al depositar la confianza en la inteligencia o en la discreción de un loco, se gana uno su cuerpo y su alma. Este medio nos ha permitido prescindir del costoso personal de vigilancia.

—¿Y no tenían ninguna clase de castigo?

—Ninguna.

—¿Ni encerraba nunca a sus pacientes?

—Muy rara vez. De cuando en cuando, la enfermedad de algún paciente originaba una crisis, o le acometía un repentino acceso furioso; lo llevábamos a una celda secreta, por temor de que su trastorno pudiese contagiar a los demás, y se le encerraba allí hasta que pudiese ser entregado a sus amigos, pues no nos encargábamos de los locos furiosos. Estos, por lo general, son llevados a manicomios públicos.

—Y ahora que ha cambiado todo esto, ¿cree usted que los resultados son mejores?

—Indiscutiblemente. El método tenía sus desventajas, y hasta sus peligros. Afortunadamente, hoy día ha sido desechado en todas las *Maisons de Santé* de Francia.

—Me sorprende muchísimo —dijo— lo que usted me cuenta, pues tenía la seguridad de que, en este momento, no existía ningún otro método de tratamiento para la locura en todo el país.

—Es usted joven aún, amigo mío —replicó el director—; pero llegará un día en que aprenderá a juzgar por usted mismo lo que está sucediendo en el mundo, sin dar crédito a los chismes de los demás. No crea usted nada de lo que oiga, y sólo la mitad de lo que vea. Ahora bien, en lo que se refiere a nuestras *Maisons de Santé*, es evidente que algún ignorante le ha engañado a usted. Pero después de cenar, cuando esté usted suficientemente descansado de las fatigas de su viaje a caballo, tendrá mucho gusto en llevarle a recorrer la casa para iniciarle a usted en el sistema que, a mi juicio, y al de todos los que han sido testigos de su aplicación, es, sin duda, el más eficaz de los ideados hasta ahora.

—¿Es un método suyo? —pregunté—. ¿De su propia invención?

—Estoy orgulloso —replicó— de reconocer que lo es..., al menos, en cierta medida.

De esta manera conversé con Monsieur Maillard un par de horas, durante las cuales me enseñó los jardines y los invernaderos del establecimiento.

—No puedo permitirle que vea a mis pacientes —dijo— en este momento. Para un espíritu sensible son siempre más o menos impresionantes tales cosas, y no quiero quitarle el apetito para la cena. Cenará usted con nosotros. Puedo darle ternera á la *Menehoul*, con coliflores en salsa *velouté*, y después una copa de *Clos de Vougeôt*; así tendrá sus nervios lo suficientemente firmes.

A las seis anunciaron la cena, y mi anfitrión me condujo a una amplia *salle à manger*, donde se hallaba reunido un numeroso grupo, unas veinticinco o treinta personas en total. Eran, al parecer, gente de categoría —ciertamente, de buena educación—, aunque su vestimenta me pareció de un lujo extravagante, que conservaba mucho de la ostentosa elegancia de la *vieille cour*. Noté que, al menos, las dos terceras partes de aquellos invitados eran señoras, y algunas de éstas no iban en modo alguno ataviadas conforme a lo que un parisiente consideraría buen gusto en la actualidad. Por ejemplo, muchas damas, que no tendrían menos de sesenta años, estaban adornadas con una profusión de joyas, tales como sortijas, brazaletes y pendientes, mostrando el pecho y los brazos descaradamente al desnudo. Observé también que muy pocos vestidos estaban bien hechos, o, al menos, que muy pocos le caían bien a quienes los lucían. Al mirar

alrededor, descubrí a la interesante joven a quien Monsieur Maillard me había presentado en el pequeño locutorio; pero mi sorpresa fue grande al ver que llevaba un vestido de miriñaque, zapatos de tacón alto y un gorro sucio de encaje de Bruselas, tan grande para ella que le daba a su cara una expresión ridículamente diminuta. Cuando la vi por primera vez iba vestida mucho más convenientemente, de luto riguroso. En resumen, reinaba tal aire de extravagancia en la vestimenta de toda la reunión que, al principio, me hizo volver a mi idea primitiva sobre el "método calmante", imaginándome que Monsieur Maillard había querido engañarme hasta después de la cena, para evitarme toda impresión de malestar durante la misma, al encontrarme cenando entre locos; pero recordé que me habían informado en París de que los provincianos meridionales eran gente particularmente excéntrica, con muchas ideas anticuadas; pero luego, al conversar con varios miembros de la reunión, mis aprensiones se disiparon en seguida y por completo.

El comedor en que nos hallábamos, aunque tal vez era de buenas dimensiones y de suficiente comodidad, carecía de elegancia. El suelo, por ejemplo, estaba sin alfombrar; en Francia, sin embargo, se prescinde con frecuencia de la alfombra. También las ventanas carecían de cortinas; las contraventanas, que se hallaban cerradas, estaban aseguradas con barras de hierro, colocadas diagonalmente, conforme al sistema de cierre de nuestros tenderos. Observé que el apartamento formaba, por sí solo, un ala del *chateau*, y, por consiguiente, las ventanas daban a tres lados del paralelogramo, estando la puerta situada en el otro. En total, no había menos de diez ventanas.

La mesa estaba soberbiamente puesta. Se hallaba cargada de platos, y más aún de golosinas. La profusión era realmente bárbara. Había viandas suficientes para saciar a los anakim. Jamás en mi vida había presenciado yo tanta prodigalidad, un derroche tal de cosas gratas. Sin embargo, había muy poco gusto en la disposición; y mis ojos, acostumbrados a las luces suaves, se sentían, lastimosamente heridos por el prodigioso fulgor de la multitud de bujías que, en candelabros de plata, estaban colocadas sobre la mesa y alrededor de toda la habitación, en cualquier parte que era posible hallar un sitio. Varios criados diligentes se encargaban del servicio; y, sobre una amplia mesa, al fondo de la estancia, estaban sentados siete u ocho músicos con violines, pífanos, trombones y un tambor. A intervalos, durante la comida, aquellos individuos me atormentaron mucho con una infinita variedad de ruidos, que intentaban ser música y que parecían proporcionar gran complacencia a los presentes, salvo a mí.

En conjunto, no podía menos de pensar que había mucho de *bizarre* en cuanto veía a mi alrededor; pero el mundo está compuesto de toda clase de personas, con varios modos de pensamiento y toda suerte de costumbres convencionales. Además, yo había viajado tanto como para no ser completamente un adepto del *nihil admirari*; por eso me senté muy tranquilamente a la derecha de mi anfitrión, y como sentía un excelente apetito hice honor a los exquisitos platos que tenía a la vista.

La conversación, entre tanto, era animada y general. Las señoras, como de costumbre, hablaban mucho. Pronto descubrí que casi todos los componentes de la reunión estaban bien educados, y mi anfitrión era, por sí solo, un mundo de graciosas anécdotas. Parecía estar deseoso de hablar de su puesto como director de una *Maison de Santé*; y, realmente, el tema de la locura era, con gran sorpresa mía, el preferido de todos los presentes. Se contaron muchas historias divertidas referentes a las chifladuras de los pacientes.

—Una vez teníamos aquí un muchacho —dijo un señor grueso y pequeño, que estaba sentado a mi derecha—, un muchacho que se imaginaba ser una tetera; y, entre paréntesis, ¡no es una sorprendente particularidad la frecuencia con que invade esa singular rareza la mente de los locos! Apenas si hay un manicomio en Francia que no suministre una tetera humana. Nuestro caballero era una tetera inglesa, y se cuidaba de bruñirse a sí mismo todas las mañanas con una gamuza y abundante blanco de España.

—Y luego —dijo un hombre alto, sentado frente a nosotros— tuvimos aquí, no hace mucho tiempo, a una persona a quien se le había metido en la cabeza que era un asno, lo cual no estaba muy lejos de la realidad. Se trataba de un paciente muy turbulento, y nos costaba mucho trabajo impedir que diese saltos aquí dentro. Durante mucho tiempo no quiso comer más que cardos, pero le curamos de esta manía insistiendo en que no comiese nada más que eso. Y luego estaba constantemente dando coces con los pies..., así..., así...

—¡Míster De Kock, le agradeceré que guarde compostura! —interrumpió en aquel momento una señora anciana, que estaba junto al orador—. Por favor, cocéese a sí mismo. Ha echado a perder mi brocado. ¿Es necesario acaso ilustrar una observación de ese modo tan práctico? Nuestro amigo, aquí presente, podía haberle entendido, seguramente, sin tales demostraciones. Creo que es usted un asno tan grande como se creía serlo aquel pobre desdichado. ¡Sus patadas son verdaderas coces!

—*Mille pardons! Ma'm'selle!* —replicó Monsieur De Kock, que era el apostrofado—. ¡Mil perdones! No tenía ninguna intención de ofenderla. Ma'm'selle Laplace, Monsieur De Kock solicita el honor de beber con usted.

Y aquí, Monsieur De Kock se inclinó profundamente, besó su propia mano muy ceremonioso y bebió con Ma'm'selle Laplace.

—Permítame, *mon ami* —dijo entonces Monsieur Maillard dirigiéndose a mí—, permítame que le sirva un trozo de esta ternera *à la St. Menhout*; la encontrará muy tierna.

En aquel instante, tres criados robustos habían logrado depositar sin novedad, sobre la mesa, una enorme fuente o trinchero que contenía lo que supuse era el *monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum*. Pero mediante un examen minucioso me aseguré de que se trataba tan sólo de una ternilla asada entera y colocada de rodillas con una manzana en su boca, según la costumbre inglesa de guisar una liebre.

—No, gracias —respondí—; a decir verdad, no siento una predilección especial por la ternera a *la St.*, ¿Que cómo es eso? Pues no creo que me siente bien. Preferiría cambiar de plato y probar el conejo.

Había varias fuentes a los lados de las mesas que contenían lo que parecía ser un simple conejo a la francesa, un *morceau* muy delicioso, que me permito recomendar.

—Pierre —gritó mi anfitrión—, cambia el plato de este señor y dale una tajada de ese conejo *au-chat*.

—¿Cómo? —pregunté.

—De ese conejo *au-chat*.

—Bueno..., se lo agradezco... Pensándolo mejor, no me apetece. Me serviré yo mismo una loncha de jamón.

No sabe uno nunca lo que come, pensé para mí, en la mesa de estas gentes provincianas. No quiero probar su conejo *au-chat*, ni cosa parecida, así como tampoco su *cat-au-rabbit*.

—También —dijo un personaje de aspecto cadavérico, que estaba sentado a los pies de la mesa, reanudando el hilo de la conversación en el punto en que se había interrumpido—, también tuvimos, entre otros, un paciente que se le había metido entre ceja y ceja que era un queso de Córdoba. Andaba, con un cuchillo en la mano, invitando a sus amigos a que probasen un trocito de la mitad de su pierna.

—Era un perfecto tonto, sin duda —interrumpió otro invitado—; pero no puede compararse con cierto individuo a quien todos conocemos, excepto este señor forastero. Me refiero al hombre que se creía una botella de champaña, y que siempre estaba haciendo ¡pum! y ¡fiss!...

Y aquí el narrador, muy bruscamente a mi juicio, puso su pulgar derecho en la mejilla izquierda, lo apartó produciendo un ruido semejante al descorche de una botella, y luego, con un hábil movimiento de la lengua contra los dientes, emitió un agudo silbido, que duró varios minutos, imitado el espumoso burbujeo del champaña. Noté claramente que esta conducta no era muy del agrado de Monsieur Maillard; pero éste no dijo nada, y la conversación se reanudó por un hombrecillo muy flaco, con una gran peluca.

—También había un ignorante —dijo— que se confundía a sí mismo con una rana, a la que, dicho sea de paso, se parecía un poco. Siento que no lo haya visto usted, señor —y aquí el interlocutor se dirigió a mí—, pues le hubiera divertido de corazón ver la perfección con que desempeñaba su papel. Aunque aquel hombre no era una rana, yo solo puedo jurar que no lo fuera. Croaba así: "¡Oooog, oooog!" Constituía la nota más encantadora del mundo, un si bemol; y cuando ponía los codos sobre la mesa, después de haberse tomado un par de vasos de vino, y distendía su boca, y entornaba los ojos, y parpadeaba con excesiva rapidez, entonces, caballero, le aseguro por mi honor que se hubiera usted muerto de admiración ante el genio de aquel hombre.

—No tengo la menor duda de ello —afirmé.

—También —dijo otro de los comensales— había un Pulgarcito, que creía ser una pizca de rapé y que se sentía realmente apesadumbrado porque no podía cogerse a sí mismo entre su índice y su pulgar.

—Y también estaba Jules Desoulières, que era un genio muy singular, y a quien volvió loco la idea de ser una calabaza. Perseguía al cocinero para que le cortase en trocitos y llenase con él empanadas, cosa que el cocinero, indignado, se negaba a hacer. Por mi parte, no tengo la seguridad de que una empanada de calabaza *à la Desoulières* no hubiera resultado realmente un plato magnífico.

—¡Me asombra usted! —dije, y miré inquisitivamente a Monsieur Maillard.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó éste—. ¡Je, je, je! ¡Ji, ji, ji! ¡Jo, jo, jo! ¡Ju, ju, ju! ¡Ésa sí que es buena! No debe usted asombrarse, *mon ami*; nuestro amigo, aquí presente, es un bromista, un *drôle*. No debe usted tomar al pie de la letra lo que dice.

—Y también —dijo algún otro de la reunión—, también estaba Bouffon le Grand, otro personaje extraordinario a su manera. Le había trastornado el amor, y se imaginaba que poseía dos cabezas. Afirmaba que una de ellas era la cabeza de Cicerón, y la otra, la de Demóstenes desde lo alto de la frente hasta la boca, y la de Lord Brougham desde la boca hasta la barbillas. Es posible que estuviese equivocado; pero le hubiese convencido a usted de que estaba en lo cierto, pues era un hombre de gran elocuencia. Sentía una pasión avasalladora por la oratoria, de la que hacía gala. Por ejemplo, tenía la costumbre de saltar sobre la mesa del comedor así, y así..., y así...

Entonces otro amigo, que estaba junto al que hablaba, le puso una mano sobre el hombro, murmurándole unas cuantas palabras al oído; cesó entonces de hablar repentinamente y se dejó caer sobre su silla.

—Y también —dijo el amigo que había pronunciado las palabras calmantes— estaba Boullard, la perinola. Si le llamo perinola es porque, en realidad, se apoderó de él la jocosa, pero en modo alguno irracional chifladura, de que se había convertido en una perinola. Hubiera usted estallado de risa viéndole dar vueltas. Giraba sobre un solo talón durante casi una hora, de esta manera, así...

Entonces el amigo a quien él acababa de interrumpir con su bisbiseo, realizó una acción parecida con igual éxito.

—Pero entonces —gritó la señora anciana, con su voz más fuerte—, su Monsieur Boullard era un loco, y un loco muy necio, por añadidura. ¿Quiere usted decirme quién ha oído hablar nunca de una perinola humana? Es una cosa absurda. Madame Joyeuse era una persona más sensible, como ustedes saben. Tenía una chifladura, pero era impulsada por el sentido común, y agradaba a todo el que tenía el honor de conocerla; se dio cuenta, tras madura reflexión, de que, por algún accidente, se había convertido en un gallo, aunque, como tal, se comportaba, con decoro. Agitaba sus alas de un modo prodigioso..., así..., así..., así..., y, en cuanto a su cacareo, ¡era delicioso! ¡Kikiriki, kikirikííííí!

—Madame Joyeuse, le agradecería que se reportase usted —interrumpió nuestro anfitrión, muy enojado—. Puede optar entre comportarse como una señora o marcharse de la mesa inmediatamente; elija usted.

La señora (a quien me sorprendió mucho oír que la llamasen Madame Joyeuse, después de la descripción de Madame Joyeuse que ella misma acababa de hacer) enrojeció hasta las cejas, y pareció sumamente avergonzada ante el reproche. Pero otra señora más joven reanudó el tema. Era la bella muchacha a quien yo había conocido al llegar.

—¡Oh; madame Joyeuse *era* una loca! —exclamó—; pero, después de todo, había mucho sentido cabal en la idea de Eugénie Salsafette. Era ésta una joven muy bella y pudorosamente modesta, a quien le parecía indecente el actual modo de vestirse, y deseaba vestirse ella misma, siempre, quitándose los vestidos en vez de ponérselos. Es una cosa muy fácil de hacer, después de todo. Sólo tiene que hacer así..., y luego así..., así..., así..., y luego así..., así..., y así..., y luego...

—*Mon dieu! Ma'm'selle Salsafette!* —gritaron una docena de voces a un tiempo—. ¿Qué hace usted? ¡Deténgase! ¡Es suficiente! ¡Ya vemos de sobra cómo hay que hacerlo! ¡Basta, basta!

Varias personas se levantaron de sus sillas para impedir a Ma'm'selle Salsafette se quedara en condiciones de hacer la competencia a Venus de Médicis. Pero en aquel momento se dejaron oír una serie de gritos agudos o de aullidos, procedentes de alguna parte del cuerpo principal del *chateau*.

Se me pusieron los nervios de punta al oír aquellos chillidos; pero el resto de la reunión me causaba verdadera lástima. Jamás en mi vida había visto un grupo de gentes razonables tan aterradas. Todos se pusieron tan pálidos como cadáveres y, encogiéndose en sus sillas, permanecían trémulos y balbucientes de terror, como escuchando la repetición de aquellos gritos. Volvieron a oírse más fuertes y más cercanos aparentemente; luego, por tercera vez, muy fuertes, y luego, por cuarta vez, con un vigor mucho más apagado. Ante aquella aparente desaparición del ruido, los ánimos de los comensales se sosegaron inmediatamente y todo volvió a ser animación y anécdota como antes. Entonces me aventuré a preguntar la causa del alboroto.

—Una simple *bagatelle* —dijo Monsieur Maillard—. Estamos acostumbrados a estas cosas, y nos preocupamos realmente muy poco de ellas. De cuando en cuando, los locos se ponen a aullar a coro; uno excita a otro, como sucede a veces con una jauría de perros en la noche. Pero suele suceder que el *concerto* de aullidos sirve de preludio a un esfuerzo simultáneo para una tentativa de evasión; entonces, naturalmente, ya puede resultar un tanto peligroso.

—¿Y cuántos tiene usted a su cargo?

—Ahora no tenemos más que diez, en total.

—Mujeres en su mayor parte, ¿no?

—¡No, no! Todos ellos son hombres, y muy fuertes, se lo aseguro.

—¿De veras? Siempre había entendido que la mayoría de los locos eran del sexo débil.

—Así es por lo general, pero no siempre. Hace algún tiempo teníamos aquí unos veintisiete pacientes, y de ese número, lo menos dieciocho eran mujeres; pero últimamente las cosas han cambiado mucho, como usted ve.

—Sí..., han cambiado mucho, como usted ve —interrumpió en este momento el caballero que le había lastimado las espinillas a Ma'm'selle Laplace.

—¡Sí..., han cambiado mucho, como usted ve! —coreó a una toda la reunión.

—¡Quietas las lenguas! —dijo mi anfitrión hecho una furia.

Los comensales guardaron un silencio mortal durante casi un minuto. Incluso una señora obedeció al pie de la letra a Monsieur Maillard, y sacando su lengua, que era sumamente larga, la cogió con ambas manos, muy resignadamente, hasta el final del convite.

—Y esa buena señora —dije a Monsieur Maillard, inclinándome hacia él y habiéndole quedamente—, esa buena señora que acaba de hablar y que nos ha regalado con su kikirikí, es, supongo, completamente inofensiva, ¿verdad?

—¡Inofensiva! —exclamó con sincera sorpresa—. ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir con eso?

—¿Está sólo un poco tocada? —dije, barrenando mi sien con el índice—. Me figuro que no está especialmente, peligrosamente atacada, ¿eh?

—*Mon Dieu!* ¿Qué se figura usted? Esa señora, íntima y vieja amiga, Madame Joyeuse, está tan cuerda como yo. Tiene sus pequeñas excentricidades, sin duda; pero ya sabe usted que todas las mujeres viejas, todas las mujeres *muy* viejas, son más o menos excéntricas.

—Sin duda —dije—, sin duda... ¿Y entonces, las demás señoras y caballeros?...

—Son mis amigos y guardianes —interrumpió Monsieur Maillard, irguiéndose con *hauteur*—, mis buenos amigos y ayudantes.

—¡Cómo! ¿Todos ellos? —pregunté—. ¿Las mujeres y todo?

—Claro —dijo—; no podríamos hacer nada sin las mujeres; son las mejores enfermeras de locos que hay en el mundo. Tienen su manera propia ¿sabe usted? Sus brillantes ojos poseen un maravilloso efecto..., algo así como la fascinación de la serpiente.

—¡Sin duda —dije—, sin duda! Tienen algo raro, ¿verdad?... Son un poco estrambóticas, ¿eh?, ¿no cree usted?

—¡Raro!... ¡Estrambóticas! ¿Qué quiere usted insinuar realmente? No somos muy remilgados, en verdad, aquí en el Sur... Nos gusta hacer lo que nos place...y llevamos una vida alegre, y toda esa clase de cosas, ¿sabe?...

—¡Sin duda —dije—, sin duda!

—Y, quizá, también este *Clos de Vougeot* es un poquito pesado, ¿sabe?... Un poquito fuerte..., ¿comprende?

—Sin duda —dije—, sin duda. Y a propósito, Monsieur, creí oírle decir que el método que usted había adoptado, en sustitución del famoso método calmante, era de una severidad muy rigurosa.

—De ninguna manera. Nuestro confinamiento es necesariamente cerrado; pero el tratamiento, el tratamiento médico, quiero decir, no tiene nada de desagradable para los pacientes.

—¿Y el nuevo método, es de invención suya?

—No del todo. Algunas de sus partes se deben al profesor Tarr, de quien seguramente habrá oído hablar; y, además, hay modificaciones en mi plan que me complazco en reconocer que pertenecen por derecho propio al célebre Fether, con quien, si no me equivoco, tuvo usted el honor de tratar una íntima amistad.

—Me avergüenza confesar —repliqué— que nunca he oído los nombres de esos dos caballeros.

—¡Cielos! —exclamó mi anfitrión, echando hacia atrás bruscamente su asiento y alzando las manos—. ¡No he oido bien, por lo visto! ¿No intentará usted decir, jeh!, que no ha oido hablar nunca del sabio doctor Tarr ni del célebre profesor Fether?

—Me veo obligado a reconocer mi ignorancia —repuse—; pero la verdad debe ser respetada por encima de todo. No obstante, me siento humillado hasta el polvo por no conocer las obras de estos, sin duda, extraordinarios hombres. Buscaré sus libros sin tardanza y los leeré con gran atención. Monsieur Maillard, ¡ha hecho usted realmente, debo confesarlo, ha hecho usted realmente que me avergüenze de mí mismo!

Y era la pura verdad.

—No hablemos más de ello, mi joven y buen amigo —dijo amablemente, estrechándose la mano—. Beba ahora conmigo una copa de Sauterne.

Bebimos. Los comensales siguieron nuestro ejemplo sin moderación. Charlaban, bromeaban, reían, cometían mil locuras; rascaban los violines, redoblaban el tambor, mugían los trombones como los toros de bronce de Falaris; y toda la escena, que se iba poniendo gradualmente de mal en peor, a medida que el vino producía sus efectos, llegó a convertirse, por último, en una especie de pandemónium *in pietto*. Entre tanto, Monsieur Maillard y yo, con algunas botellas de Sauterne y Vougeôt entre los dos, continuamos nuestra conversación a grandes voces. Una palabra pronunciada en el tono ordinario tenía la misma probabilidad de ser oída allí como el grito de un pez en el fondo de las cataratas del Niágara.

—Señor —dije, vociferando en su oído—, ha aludido usted, poco antes de cenar, al peligro que entrañaba el antiguo método calmante. ¿Qué peligro es ése?

—Sí —contestó—; a veces había, efectivamente, un grandísimo peligro. No se pueden prever los caprichos de los locos; y en mi opinión, que es también la del doctor Tarr y la del profesor Fether, nunca es prudente permitirles andar a sus anchas, de un lado para otro, solos. Un loco puede estar en "calma", como se dice, durante cierto tiempo; pero, al final, es muy propenso a ponerse furioso. Además, su astucia es grande

y proverbial. Cuando tiene un plan en la cabeza, disimula sus propósitos con una listeza maravillosa; y la habilidad con que imita la cordura ofrece para el psicólogo uno de los problemas más singulares en el estudio de la mente. Cuando un loco parece *completamente* cuerdo, es el momento indicado de ponerle la camisa de fuerza.

—Pero el peligro, mi querido señor, de que hablaba usted, según su propia experiencia desde que dirige esta casa, ¿le ha proporcionado alguna razón positiva para creer que la libertad es peligrosa en el caso de un loco?

—¿Aquí..., según mi propia experiencia? Pues bien, puedo decir que sí... Por ejemplo, no hace mucho tiempo sucedió un singular incidente en esta misma casa. El "método calmante", como usted sabe, estaba entonces en vigor, y los pacientes andaban sueltos. Se comportaban bien, tan bien que una persona cuerda se hubiese dado cuenta de que se estaba tramando algún plan diabólico, por el hecho especial de comportarse los internados *demasiado* bien. Y, efectivamente, una buena mañana los guardianes se encontraron atados de pies y manos, encerrados en las celdas y vigilados como si *ellos* fuesen los locos, por los propios locos, que habían actuado como guardianes.

—¡No me diga eso! ¡Jamás en mi vida he oído nada tan absurdo!

—Es verdad... Todo ello sucedió por culpa de un estúpido sujeto, un loco a quien, no sé por qué, se le metió en la cabeza que había inventado el mejor sistema de régimen de que hasta entonces se oyó hablar; de régimen de locos, quiero decir. Supongo que deseaba poner en práctica su invención, y persuadió al resto de los pacientes para que se le uniesen en una conspiración a fin de derribar los poderes reinantes.

—¿Y lo consiguió, realmente?

—Ya lo creo. A los guardianes y a los enfermos pronto se les hizo cambiar de puesto. No sucedió así exactamente, pues los locos habían estado en libertad; pero los guardianes fueron encerrados al momento en celdas y tratados, siento decirlo, de una manera muy caballerosa.

—Pero supongo que la normalidad no tardaría en restablecerse. Ese estado de cosas no podía durar mucho tiempo. La gente de las cercanías, los visitantes que viniesen a ver el establecimiento, darían la voz de alarma.

—No da usted en el clavo. El cabecilla de la sublevación era demasiado astuto para no prever tal contingencia. No volvió a admitir ningún visitante más; prohibió todas las visitas; salvo la de un caballerete de aspecto muy estúpido, de quien no tenía nada que temer. Le dejó visitar la casa, con objeto de variar, de divertirse un poco a costa suya. Una vez que se burló de él lo suficiente, lo dejó marchar y volver a sus asuntos.

—¿Y cuánto duró el reinado de los locos?

—¡Oh! Duró mucho tiempo; quizá un mes; no puedo decirlo con exactitud. Entre tanto, los locos disfrutaron de una buena temporada, puede usted creerme. Se quitaron sus ropas deterioradas y usaron con entera libertad del guardarropa y joyas de la familia del director. Las bodegas del *chateau* estaban bien surtidas de vino; y los locos demostraron su gusto por los buenos caldos. Vivieron bien, se lo aseguro.

—Y el tratamiento, ¿cuál era el tratamiento especial que puso en práctica el jefe de los rebeldes?

—En cuanto a eso, un loco no es forzosamente tonto, como ya he observado; y en mi modesta opinión, su tratamiento era mucho mejor que el empleado antes. Era un método magnífico en verdad, sencillo..., limpio..., nada molesto..., en suma, delicioso... Era...

En este momento las observaciones de mi anfitrión fueron interrumpidas por otra serie de aullidos del mismo carácter de los que ya nos habían desconcertado. Pero esta vez parecían venir de personas que se acercaban rápidamente.

—¡Cielo santo! —exclamé—. Los locos han debido de evadirse, sin duda.

—Mucho me temo que sea así —replicó Monsieur Maillard, poniéndose excesivamente pálido.

Apenas había terminado su frase, cuando fuertes gritos e imprecaciones se oyeron bajo las ventanas; y, acto seguido, resultó evidente que unas personas se esforzaban desde fuera por penetrar en la habitación. Aporreaban la puerta con algo que parecía ser un martillo, y las maderas eran arrancadas y blandidas con prodigiosa violencia.

¿Cómo describir el estado de confusión que se produjo...? Monsieur Maillard, ante mi enorme asombro, se metió debajo del aparador. Yo había esperado más resolución por su parte. Los miembros de la orquesta, quienes durante los últimos quince minutos parecían absolutamente borrachos, se pusieron a brincar todos a la vez, cogieron sus instrumentos y, subiéndose a la mesa, atacaron al unísono el *Yankee Doodle*, que ejecutaron, si no en el tono exacto, al menos con una energía sobrehumana, mientras duró el tumulto.

A todo esto, sobre la mesa del banquete, entre las botellas y las copas, saltaba el señor a quien, con mucho trabajo, se le había impedido hacerlo antes. Tan pronto como estuvo cómodamente instalado, comenzó un discurso que, sin duda alguna, sería muy importante, de haberse podido oír. En el mismo instante, el hombre con vocación de perinola comenzó a girar alrededor de la estancia, con una inmensa energía, estirando los brazos en ángulo recto con su cuerpo, de tal modo que parecía una auténtica perinola, derribando todo lo que encontraba a su paso. Luego, al oír un increíble descorche y burbujeo de champaña, descubrí, al fin, que provenía del individuo que había representado durante la cena el papel de botella de esta exquisita bebida. Mientras, el hombre-rana croaba como si la salvación de su alma dependiese de cada nota que profería. En cuanto a mi vieja amiga, Madame Joyeuse, parecía tan terriblemente perpleja que me dieron verdaderas ganas de llorar por la pobre señora. Mas, pese a todo, permanecía erguida en un rincón, junto a la chimenea, cantando sin cesar y con todas sus fuerzas: "¡Kikirikí, kikirikí!"

Sobrevino entonces el *climax*, lo catastrófico del drama. Como no se ofrecía ninguna resistencia, a no ser la de los gritos, aullidos y cacareos, los de fuera acabaron por saltar por las diez ventanas, invadiendo el comedor. Pero nunca podré olvidar las emociones

de asombro y horror cuando vi que, saltando por las ventanas y cayendo sobre nosotros en *pêle-mêle*, luchando, pataleando, arañando y aullando, se precipitó allí todo un verdadero tropel de lo que me parecieron ser chimpancés, orangutanes o enormes mandriles negros del Cabo de Buena Esperanza.

Recibí un porrazo terrible que me hizo caer rodando debajo de un sofá, donde me quedé quieto. Después de permanecer allí unos cinco minutos, durante los cuales escuché con todos mis sentidos lo que sucedía en la habitación, tuvo para mí un satisfactorio *dénouement* aquella tragedia. Monsieur Maillard, según parece, al contarme lo del loco que había incitado a sus compañeros a la rebelión, había relatado simplemente sus propias hazañas. Este señor había sido, efectivamente, unos dos o tres años antes, el director del establecimiento; pero se volvió loco, pasando a ser un paciente más. Este hecho era desconocido por mi compañero de viaje al presentarme allí. Los guardianes, en número de diez, al ser instantáneamente dominados, fueron primero bien embreados, luego cuidadosamente emplumados, y por último, encerrados en las celdas subterráneas. Así, pues, estuvieron encerrados más de un mes, durante el cual Monsieur Maillard les había concedido con generosidad no sólo brea y plumas (que constitúan su "método"), sino algún alimento y agua en abundancia. Esta última la sacaban a diario con una bomba. Por último, al escaparse uno de ellos por una alcantarilla, dio libertad a todos los demás.

El "método calmante", con serias modificaciones, ha sido de nuevo puesto en vigor en el *chateau*; sin embargo, no puedo menos de estar de acuerdo con Monsieur Maillard en que su "tratamiento" era el más importante de los de su género. Como justamente observaba él, era "sencillo, claro y no molestaba en absoluto, ni mucho menos".

Sólo me falta añadir que, a pesar de haber buscado por todas las librerías de Europa las obras del doctor *Tarr* y del profesor *Fether*, mi búsqueda ha resultado totalmente infructuosa.

Los hechos en el caso de M. Valdemar

The facts in the case of M. Valdemar, 1845

Desde luego que no fingiré estar asombrado ante el hecho de que el extraordinario caso de M. Valdemar haya excitado tanto la discusión. Habría sido un milagro que así no fuese, especialmente debido a sus circunstancias. A causa del deseo de todos los interesados de ocultar el asunto del público, al menos por ahora, o hasta que tuviéramos nuevas oportunidades de investigación —a través de nuestros esfuerzos al efecto—, una relación incompleta o exagerada se ha abierto camino entre la gente y se ha convertido en la fuente de muchas interpretaciones falsas y desagradables y, naturalmente, de un gran escepticismo.

Ahora se ha hecho necesario que yo dé cuenta de los *hechos*, tal como yo mismo los entiendo. Helos sucintamente aquí:

En estos tres últimos años, mi atención se vio repetidamente atraída por el mesmerismo¹⁴⁷; y hace aproximadamente nueve meses que de pronto se me ocurrió que, en la serie de experiencias realizadas hasta ahora, había una importante e inexplicable omisión: nadie había sido aún mesmerizado *in articulo mortis*. Hacia falta saber, primero, si en tal estado existía en el paciente alguna receptividad a influencia magnética; segundo, si en caso existir, era ésta disminuida o aumentada por su condición; tercero, hasta qué punto, o por cuánto tiempo, podría la invasión de la muerte ser detenida por la operación. Había otros puntos por comprobar, pero éstos excitaban en mayor grado mi curiosidad, especialmente el último, por el importantísimo carácter de sus consecuencias.

Buscando en torno mío algún sujeto que pudiese aclararme estos puntos, pensé en mi amigo M. Ernest Valdemar, el conocido compilador de la *Bibliotheca Forensica*, y autor (bajo el *nom de plume* de Issachar Marx) de las visiones polacas de *Wallenstein* y *Gargantua*.

M. Valdemar, que residía principalmente en Harlem, Nueva York, desde el año 1839, llama (o llamaba) particularmente la atención por su extrema delgadez (sus extremidades inferior se asemejaban mucho a las de John Randolph y también por la blancura de sus patillas, que contrastaban violentemente con la negrura de su cabello, el cual era generalmente confundido con una peluca. Su temperamento era singularmente nervioso, y hacía de él un buen sujeto para la experiencia mesmérica. En dos o tres ocasiones, yo había conseguido dormirle sin mucha dificultad, pero me engañaba en cuanto a otros resultados que su peculiar constitución me habían hecho naturalmente anticipar. Su voluntad no quedaba positiva ni completamente sometida a mi gobierno, y

¹⁴⁷ Mesmerismo: doctrina del médico alemán Mesmer; curación por medio del magnetismo.

por lo que respecta a la *clairvoyance*, no pude obtener de él nada digno de relieve. Siempre atribuí mi fracaso en estos aspectos al desorden de su edad. Unos meses antes de conocerle, sus médicos le habían diagnosticado una tisis. En realidad, tenía la costumbre de hablar tranquilamente de su próximo fin, como de un hecho que no podía ser ni evitado ni lamentado.

Cuando se me ocurrieron por primera vez las ideas a que he aludido, es natural que pensase en M. Valdemar. Conocía demasiado bien su sólida filosofía para temer algún escrúpulo por su parte, y él carecía de parientes en América que pudieran oponerse. Le hablé francamente del asunto, y, con sorpresa por mi parte, su interés pareció vivamente excitado. Digo con sorpresa por mi parte porque, aunque siempre se había prestado amablemente a mis experiencias, nunca me había dado con anterioridad la menor señal de simpatía hacia ellas. Su enfermedad era de las que permiten calcular con exactitud la época de la muerte, y al fin convinimos en que me mandaría a buscar unas veinticuatro horas antes del término fijado por los médicos para su fallecimiento.

Hace ahora más de siete meses que recibí del propio M. Valdemar la nota siguiente:

Querido P...

Puede usted venir ahora. D... y F... están de acuerdo en que no puedo pasar de la media noche de mañana, y creo que han acertado la hora con bastante aproximación.

VALDEMAR

Recibí esta nota a la media hora de haber sido escrita, y quince minutos después me hallaba en la habitación del moribundo. No le había visto hacía diez días, y me asustó la terrible alteración que en tan breve intervalo se había operado en él. Su rostro tenía un color plomizo; sus ojos carecían totalmente de brillo y su delgadez era tan extrema que los pómulos le habían agrietado la piel. Su expectoración era excesiva, y el pulso era apenas perceptible. Sin embargo, conservaba de un modo muy notable todo su poder mental y cierto grado de fuerza física. Hablaba con claridad, tomaba sin ayuda algunas drogas calmantes, y, cuando entré en la habitación, se hallaba ocupado escribiendo notas en una agenda. Estaba sostenido en el lecho por almohadas. Los doctores D... y F... le atendían.

Después de estrechar la mano de Valdemar llevé aparte a estos señores, que me explicaron minuciosamente el estado del enfermo. Hacía ocho meses que el pulmón izquierdo se hallaba en un estado semióseo o cartilaginoso, y era, por tanto, completamente inútil para toda función vital. El derecho, en su parte superior estaba también parcialmente, si no todo, osificado, mientras que la región inferior era simplemente una masa de tubérculos purulentos que penetraban unos en otros. Existían diversas perforaciones profundas, y en un punto una adherencia permanente de las costillas. Estos fenómenos del lóbulo derecho eran de fecha relativamente reciente. La osificación se había desarrollado con una rapidez desacostumbrada; un mes antes no se

había descubierto aún ninguna señal, y la adherencia sólo había sido observada en los tres últimos días. Independientemente de la tesis, se sospechaba que el paciente sufría un aneurisma de la aorta; pero, sobre este punto, los síntomas de osificación hacían imposible una diagnosis exacta. La opinión de ambos médicos era que M. Valdemar moriría aproximadamente a la medianoche del día siguiente, domingo. Eran entonces las siete de la tarde del sábado.

Al abandonar la cabecera del enfermo para hablar conmigo, los doctores D... y F... le habían dado su último adiós. No tenían intención de volver, pero, a petición mía, consintieron en ir a ver al paciente sobre las diez de la noche.

Cuando se hubieron marchado, hablé libremente con M. Valdemar de su próxima muerte, así como, más particularmente, de la experiencia propuesta. Declaró que estaba muy animado y ansioso por llevarla a cabo, y me urgió para que la comenzase acto seguido. Un enfermero y una enfermera le atendían, pero yo no me sentía con libertad para comenzar un experimento de tal carácter sin otros testigos más dignos de confianza que aquella gente, en caso de un posible accidente súbito. Retrasé, pues, la operación hasta las ocho de la noche siguiente, pero la llegada de un estudiante de Medicina, con el que me unía cierta amistad (Mr. Theodore L...), me hizo desechar esta preocupación. En un principio, había sido mi propósito esperar por los médicos; pero me indujeron a comenzar, primero, los ruegos apremiantes de M. Valdemar, y, segundo, mi convicción de que no había instante que perder, ya que era evidente que agonizaba con rapidez.

Mister L... fue tan amable que accedió a mi deseo y se encargó de tomar notas de cuanto ocurriese; así, pues, voy a reproducir ahora la mayor parte de su memorándum, condensado o copiado *verbatim*.

Eran aproximadamente las ocho menos cinco cuando, tomando la mano del paciente, le rogué que confirmase a Mr. L..., tan claro como pudiera, cómo él, M. Valdemar, estaba enteramente dispuesto a que se realizara con él una experiencia mesmérica en tales condiciones.

Él replicó, débil, pero muy claramente:

—Sí, deseo ser mesmerizado —añadiendo inmediatamente—: Temo que lo haya usted retrasado demasiado.

Mientras hablaba, comencé los pases que ya había reconocido como los más efectivos para adormecerle. Evidentemente, sintió el influjo del primer movimiento lateral de mi mano a través de su frente; pero por más que desplegaba todo mi poder, no se produjo ningún otro efecto más perceptible hasta unos minutos después de las diez, cuando los doctores D... y F... llegaron, de acuerdo con la cita. Les explique en pocas palabras lo que me proponía, y como ellos no pusieran ninguna objeción, diciendo que el paciente estaba ya en la agonía, continué sin vacilar, cambiando, sin embargo, los pases laterales por pases de arriba abajo y concentrando mi mirada en el ojo derecho del enfermo.

Durante este tiempo, su pulso era imperceptible y su respiración estertórea, interrumpida a intervalos de medio minuto.

Este estado duró un cuarto de hora sin ningún cambio. Transcurrido este período, no obstante, un suspiro muy hondo, aunque natural, se escapó del pecho del moribundo, y cesaron los estertores, es decir, estos no fueron perceptibles; los intervalos no habían disminuido. Las extremidades del paciente tenían una frialdad de hielo.

A las once menos cinco noté señales inequívocas de la influencia mesmérica. El vidrioso girar del ojo se había trocado en esa penosa expresión de la mirada *hacia dentro* que no se ve más que en los casos de sonambulismo, y acerca de la cual es imposible equivocarse. Con algunos rápidos pases laterales, hice que palpitaran sus párpados, como cuando el sueño nos domina, y con unos cuantos más conseguí cerrarlos del todo. Sin embargo, no estaba satisfecho con esto, y continué vigorosamente mis manipulaciones, con la plena tensión de la voluntad, hasta que conseguí la paralización completa de los miembros del durmiente, después de haberlos colocado en una postura aparentemente cómoda. Las piernas estaban extendidas, así como los brazos, que reposaban en la cama a regular distancia de los riñones. La cabeza estaba ligeramente levantada.

Cuando llevé esto a cabo, era ya medianoche, y rogué a los señores presentes que examinaran el estado de M. Valdemar. Tras algunas experiencias, admitieron que se hallaba en un estado de catalepsia mesmérica, insólitamente perfecto. La curiosidad de ambos médicos estaba muy excitada. El doctor D... decidió de pronto permanecer toda la noche junto al paciente, mientras el doctor F... se despidió, prometiendo volver al rayar el alba. Mr. L... y los enfermeros se quedaron.

Dejamos a M. Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la madrugada; entonces me acerqué a él y le hallé en idéntico estado que cuando el doctor F... se había marchado, es decir, que yacía en la misma posición... el pulso era imperceptible; la respiración, dulce, sensible únicamente si se le aplicaba un espejo ante los labios; tenía los ojos cerrados naturalmente, y los miembros tan rígidos y tan fríos como el mármol. Sin embargo, su aspecto general no era ciertamente el de la muerte.

Al aproximarme a M. Valdemar hice una especie de ligero esfuerzo para obligar a su brazo a seguir el mío, que pasaba suavemente de un lado a otro sobre él. Tales experiencias con este paciente no me habían dado antes ningún resultado, y seguramente estaba lejos de pensar que me lo diese ahora; pero, sorprendido su brazo siguió débil y suavemente cada dirección que le señalaba con el mío. Decidí intentar una breve conversación.

—M. Valdemar —dije—, ¿duerme usted?

No contestó, pero percibí un temblor en la comisuras de sus labios, y esto me indujo a repetir la pregunta una y otra vez. A la tercera, su cuerpo se agitó por un levísimo estremecimiento; los párpados se abrieron, hasta descubrir una línea blanca del globo;

los labios se movieron lentamente, y a través de ellos, en un murmullo apenas perceptible, se escaparon estas palabras:

—Sí..., ahora duermo. ¡No me despierten! ¡Déjenme morir así!

Toqué sus miembros, y los hallé tan rígidos como siempre. El brazo derecho, como antes, obedecía la dirección de mi mano. Volví a preguntar al sonámbulo:

—¿Le duele a usted el pecho, M. Valdemar? Ahora, la respuesta fue inmediata, pero aún menos audible que antes.

—No hay dolor... ¡Me estoy muriendo!

No creí conveniente atormentarle más por el momento, y no se pronunció una sola palabra hasta la llegada del doctor F..., que se presentó poco antes de la salida del sol, y que expresó un ilimitado asombro al hallar todavía vivo al paciente. Después de tomarle el pulso y de aplicarle un espejo sobre los labios, me rogó que volviese a hablarle al sonámbulo. Así lo hice, preguntándole:

—M. Valdemar, ¿duerme aún?

Como anteriormente pasaron unos minutos antes de que respondiese, y durante el intervalo el moribundo pareció hacer acopio de energías para hablar. Al repetirle la pregunta por cuarta vez, dijo débilmente, casi de un modo inaudible:

—Sí, duermo... Me estoy muriendo.

Entonces los médicos expresaron la opinión, o, mejor, el deseo de que se permitiese a M. Valdemar reposar sin ser turbado, en su actual estado de aparente tranquilidad, hasta que sobreviniese la muerte, lo cual, añadieron unánimemente, debía ocurrir al cabo de pocos minutos. Decidí, no obstante, hablarle una vez más, y repitié simplemente mi anterior pregunta.

Mientras yo hablaba, se operó un cambio ostensible en la fisonomía del sonámbulo. Los ojos giraron en sus órbitas y se abrieron lentamente, y las pupilas desaparecieron hacia arriba; la piel tomó en general un tono cadavérico, asemejándose no tanto al pergamino como al papel blanco, y las manchas héticas circulares, que hasta entonces se señalaban vigorosamente en el centro de cada mejilla, *se extinguieron* de pronto. Empleo esta expresión porque la rapidez de su desaparición en nada me hizo pensar tanto como en el apagarse una vela de un soplo. El labio superior, al mismo tiempo, se retorció sobre los dientes, que hasta entonces había cubierto por entero, mientras la mandíbula inferior caía con una sacudida perceptible, dejando la boca abierta y descubriendo la lengua hinchada y negra. Imagino que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuorio; pero el aspecto de M. Valdemar era en este momento tan espantoso, sobre toda concepción, que todos nos apartamos de la cama.

Noto ahora que llego a un punto de esta narración en el que cada lector puede alarmarse hasta una positiva incredulidad. Sin embargo, sólo es de mi incumbencia continuar.

Ya no había en M. Valdemar el menor signo de vitalidad y, convencidos de que estaba muerto, íbamos a dejarlo a cargo de los enfermeros cuando se observó en la

lengua un fuerte movimiento vibratorio, que continuó tal vez durante un minuto. Cuando hubo acabado, de las mandíbulas separadas e inmóviles salió una voz que sería locura en mí tratar de describir. Hay, no obstante, dos o tres epítetos que podrían considerarse aplicables en parte; podría decir, por ejemplo, que el sonido era áspero, roto y cavernoso, pero el odioso total es indescriptible, por la simple razón de que ningún sonido semejante ha llegado jamás al oído humano. Había, sin embargo, dos particularidades que me hacían pensar entonces, y aun ahora, que podían ser tomadas como características de la entonación y dar alguna idea de su peculiaridad ultraterrena. En primer lugar; la voz parecía llegar a nuestros oídos —al menos a los míos— desde una gran distancia o desde alguna profunda caverna subterránea. En segundo lugar, me impresionó (temo, ciertamente, que me sea imposible hacerme comprender) como las materias gelatinosas o glutinantes impresionan el sentido del tacto.

He hablado a la vez de "sonido" y de "voz". Quiero decir que en el sonido se distinguían las sílabas con una maravillosa y estremecedora claridad. M. Valdemar *hablaba*, evidentemente, en respuesta a la pregunta que le había hecho pocos minutos antes. Yo le había preguntado, como se recordará, si aún dormía. Ahora dijo:

—Sí... No.... *He estado dormido..., y ahora..., ahora... estoy muerto.*

Ninguno de los presentes trató de negar o siquiera reprimir el inexpresable, el estremecedor espanto que estas pocas palabras, así pronunciadas, nos produjo. Mr. L..., el estudiante, se desmayó. Los enfermeros abandonaron inmediatamente la estancia, y fue imposible hacerlos regresar. No pretendo siquiera hacer comprensibles al lector mis propias impresiones. Durante cerca de una hora nos ocupamos silenciosamente —sin que se pronunciase un sola palabra— en que Mr. L... recobrara el conocimiento. Cuando volvió en sí, volvimos a investigar el estado de M. Valdemar. Permanecía, en todos los aspectos, tal como lo he descrito últimamente, con la excepción de que el espejo ya no indicaba la menor señal de respiración. Fue vano un intento de sangría en el brazo. Debo decir, asimismo, que este miembro ya no estaba sujeto a mi voluntad. Me esforcé vanamente en hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real de la influencia mesmérica se manifestaba ahora en el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que hacía a M. Valdemar una pregunta. Parecía hacer un esfuerzo para responder, pero su voluntad no era bastante duradera. Si cualquier otra persona que no fuese yo le dirigía una pregunta, parecía insensible, aunque yo intentase poner cada miembro de esa persona en *relación* mesmérica con él. Creo que he relatado ya todo lo necesario para comprender el estado del sonámbulo en este periodo. Conseguimos otros enfermeros, y a las diez abandoné la casa en compañía de los dos médicos y de Mr. L...

Por la tarde volvimos todos a ver al paciente.

Su estado continuaba siendo exactamente el mismo. Discutimos acerca de la oportunidad y la factibilidad de despertarlo; pero estuvimos fácilmente de acuerdo en que ningún buen propósito serviría para lograrlo. Era evidente que, hasta entonces, la muerte (o lo que usualmente se denomina muerte) había sido detenida por el proceso

mesmérico. A todos nos parecía claro que despertar a M. Valdemar sería simplemente asegurar su instantáneo o al menos rápido fallecimiento.

Desde este período hasta el fin de la última semana —*un intervalo de cerca de siete meses*—, continuamos yendo diariamente a casa de M. Valdemar, acompañados, unas veces u otras, por médicos y otros amigos. En todo este tiempo, el sonámbulo permanecía *exactamente* como lo he descrito por último. La vigilancia de los enfermeros era continua.

Fue el último viernes cuando, finalmente, decidimos llevar a cabo el experimento de despertarlo o al menos de tratar de hacerlo; y es acaso el deplorable resultado de esta última experiencia lo que ha promovido tantas discusiones en los círculos privados; tantas, que no puedo atribuirlas sino a una injustificada credulidad popular.

Con el propósito de liberar a M. Valdemar de su estado mesmérico, empleé los pases acostumbrados. Durante algún tiempo, éstos no dieron resultado. La primera señal de que revivía fue un descenso parcial del iris. Se observó, como especialmente interesante, que este descenso de la pupila fue acompañado del abundante flujo de un licor amarillento (por debajo de los párpados) de un olor acre y muy desagradable.

Me sugirieron entonces que tratase de influir en el brazo del paciente, como anteriormente. Lo intenté, pero sin resultado. Entonces, el doctor D... insinuó el deseo de que le dirigiese una pregunta. Yo lo hice tal como sigue:

—M. Valdemar, ¿puede usted explicarme cuáles son ahora sus sensaciones o sus deseos?

Instantáneamente, los círculos héticos volvieron a las mejillas; la lengua se estremeció, o, mejor, giró violentamente en la boca (aún las mandíbulas y los labios continuaban rígidos como antes), y por fin la misma horrible voz que ya he descrito exclamó con fuerza:

—¡Por el amor de Dios! ¡Pronto, pronto! ¡Duérmete o..., pronto..., despiérteme! ¡Pronto! ¡Le digo que estoy muerto!

Yo estaba completamente enervado, y por un momento no supe qué hacer. Primero realicé un esfuerzo para calmar al paciente; pero, fracasando en esto por la ausencia total de la voluntad, volví sobre mis pasos y traté por todos los medios de despertarlo. Pronto vi que esta tentativa tendría éxito, al menos había imaginado que mi éxito sería completo, y estaba seguro de que todos los que se encontraban en la habitación se hallaban preparados para ver despertar al paciente.

Sin embargo, es imposible que ningún ser humano pudiese estar preparado para lo que realmente ocurrió.

Mientras hacía rápidamente pases mesméricos, entre exclamaciones de “¡Muerto, muerto! que *explotaban* de la lengua y no de los labios del paciente, su cuerpo, de pronto, en el espacio de un solo minuto, o incluso de menos, se contrajo, se desmenuzó, se *pudrió* completamente bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida de repugnante, de detestable putrefacción.

La esfinge

The sphinx, 1846

Durante la terrible epidemia de cólera que asoló Nueva York, acepté la invitación de un familiar para pasar con él una quincena en su finca sita a la orilla del Hudson.

Allí estábamos rodeados de todos los habituales recursos del campo en materia de distracciones; y entre los paseos por el bosque, la pintura, la pesca, el remo, los chapuzones en el río, la música y los libros, hubiésemos pasado muy agradable mente el tiempo, de no haber sido por el horror de las noticias que cada día nos llegaban de la populosa ciudad. No transcurría ni uno solo que no nos trajera el anuncio del óbito de algún conocido nuestro. Y, a medida que la epidemia se extendía, nos acostumbramos a temer diariamente la muerte de algún amigo. Acabamos por temblar ante la diaria llegada del cartero. Los aires del sur nos parecían también infectados de muerte. Y este temor que nos helaba terminó apoderándose de mi alma. Mis palabras, mis pensamientos, mis sueños, no tenían otro objeto.

Mi anfitrión, de temperamento menos excitable, se esforzaba en sostener mi ánimo, aunque él mismo estaba muy deprimido. Su intelecto, saturado de filosofía, no se afectaba nunca por nada que fuera irreal. No era del todo insensible a los terrores fundamentales motivados, pero no temía en absoluto a los simples fantasmas.

Los esfuerzos que hizo para sacarme del estado anormalmente morboso en que yo había caído fueron, con mucho, frustrados por ciertos volúmenes que descubrí en su biblioteca, y que eran de naturaleza lo bastante morbosa como para contribuir a la germinación de las semillas de superstición hereditaria latente en mi corazón. Había leído los libros sin decírselo, de modo que él no sabía a veces a qué atribuir las impresiones violentas experimentadas por mi espíritu.

Me gustaba hablar de la creencia del pueblo en los presagios; creencia que en aquella época de mi vida estaba dispuesto, por primera vez, a defender seriamente. Teníamos discusiones largas y vivas sobre esta materia: él, sosteniendo que tales ideas no podían tener fundamento alguno; yo, afirmando que un sentimiento popular nacido de manera absolutamente espontánea —es decir, sin traza aparente de sugestión— no había duda de que tenía en sí elementos de verdad, y merecía que se le respetara.

La verdad es que pronto, tras mi llegada al chalet, me ocurrió un incidente tan inexplicable, que presentaba en tal grado el carácter de augurio amenazador, que se me hubiera podido perdonar el que lo hubiese tomado por un verdadero presagio. Quedé atemorizado, y al mismo tiempo confuso, perplejo hasta el punto de que dejé pasar varios días antes de decidirme a poner al corriente a mi amigo.

Al atardecer de un día de sofocante calor, estaba yo sentado, libro en mano, ante una ventana abierta que por la larga perspectiva de las orillas del río, tenía vista a una colina lejana, cuya superficie más próxima estaba privada, a causa de un deslizamiento de tierras, de la mayor parte de su vegetación. Mis ideas habían divagado mucho rato sobre el volumen que tenía, y sobre la congoja y sobre el duelo de la ciudad vecina. Mi mirada, al levantarse, encontró el flanco demudado de la colina y un objeto, un monstruo viviente, de estructura horrorosa, que descendió con rapidez de la cumbre y acabó desapareciendo en los densos bosques del valle. Cuando el ser apareció, empecé por dudar de mi razón, por lo menos, del testimonio de mis ojos; y transcurrieron muchos minutos antes de que me convenciera de que ni estaba loco ni estaba soñando. Pero ahora que voy a describir al monstruo (lo había visto claramente y observado con calma en todo su trayecto) me temo que mis lectores experimentarán aún más dificultad que yo en admitir esos puntos.

Comparando las dimensiones de la criatura en relación con el diámetro de los grandes árboles junto a los cuales pasaba —árboles gigantes más propios de la selva que se habían salvado del furor del deslizamiento del terreno—, concluí que era mayor que ninguno de los buques de línea existentes. Digo buques de línea, porque la forma del monstruo sugería esa comparación: el casco de uno de nuestros navíos de guerra podría dar una idea aproximada de sus contornos. La boca del animal estaba situada en el extremo de una trompa larga de unos sesenta a setenta pies, y gruesa casi como el cuerpo de un elefante africano. Cerca de la base de aquella trompa crecía una cantidad inmensa de pelos negros espesos, más de la que hubiera podido proporcionar el pelaje de veinte búfalos; y de esa masa velluda brotaban, dirigidos lateralmente y hacia abajo, dos brillantes colmillos parecidos a los de un jabalí, pero de dimensiones infinitamente mayores. Hacia delante se extendían, a cada lado de la trompa y paralelos a ella, dos gigantescos dardos largos de treinta o cuarenta pies, constituidos, en apariencia, por cristal puro y de forma perfectamente prismática, en el que los rayos de luz del sol se reflejaban de manera resplandeciente. El tronco tenía la forma de cuña con la punta hacia abajo. Salían de él dos pares de alas —medía cada una de ellas cerca de trescientos pies— superpuestas y recubiertas de una espesa capa de escamas metálicas, cada una de las cuales parecía tener diez o doce pies de diámetro. Noté también que el par superior y el inferior estaban unidos por una fuerte cadena. Pero la particularidad principal de aquel ser horrible era la imagen de una calavera que casi cubría la superficie entera de su pecho, tan exactamente (dibujada en blanco), que su brillo se destacaba sobre el fondo oscuro de su cuerpo, como si un pintor la hubiese trazado cuidadosamente. Mientras yo miraba aquel espantoso animal, y más especialmente a la figura de su pecho, con un sentimiento de terror y de horror —sentimiento de calamidad próxima que ningún esfuerzo de razón llegaba a reprimir—, vi a las formidables mandíbulas de la extremidad de la trompa abrirse súbitamente. Salió de ellas un sonido tan potente, que expresaba tan bien la angustia, que obró sobre mis nervios como un toque de

degüello; y en el mismo instante en que el monstruo desapareció al pie de la colina, caí desvanecido.

Al restablecerme, mi primer impulso fue el de informar a mi amigo de lo que había visto y oído; y apenas puedo narrar el sentimiento de repugnancia que, finalmente, me impidió el hacerlo.

En fin, una tarde, tres o cuatro días después del acontecimiento, estábamos sentados ambos en la cámara desde donde había visto la aparición; yo ocupaba el mismo asiento, en la misma ventana, y él se había tendido en un sofá cercano. La asociación de tiempo y de lugar me empujó a contarle el fenómeno.

Pacientemente me escuchó hasta el fin, empezó por reír con toda su alma, luego se puso serio como si mi demencia no le ofreciera ya dudas.

En aquel preciso momento distinguí de nuevo, netamente, el monstruo, hacia el que llamé su atención con un grito de completo terror.

Miró en seguida, pero afirmó que no veía nada, aunque yo le designaba minuciosamente el trayecto del ser que descendía a lo largo de la falda de la colina.

Yo estuve desde entonces desmesuradamente alarmado: porque temía a la visión, sea por un presagio de muerte, sea como la precursora, peor aún, de un ataque de alienación. Me eché hacia atrás con vehemencia y me cubrí un momento la cara con mis manos. Cuando volví a mirar, la aparición ya no era visible.

Mientras, mi amigo había recobrado su calma; rigurosamente me interrogó acerca de la conformación de la alucinante criatura. Cuando le hube plenamente satisfecho sobre ese punto, lanzó un profundo suspiro y pareció de repente aliviarse de un peso intolerable. Siguió hablando, con una calma que me pareció feroz, sobre diversos extremos de filosofía que anteriormente habíamos escogido como tema de discusión. Recuerdo que insistió, de manera muy especial, sobre la idea de que la principal fuente de error, en todas las búsquedas a que se entregan los hombres, era la tendencia del intelecto a menospreciar o a exagerar la importancia de un objeto, a consecuencia del simple hecho de situarlo mal. «Para estimar bien, por ejemplo, dijo, la influencia que podría ejercer sobre el conjunto de la humanidad la difusión de la Democracia, no debería dejar de ser tenida en cuenta, entre los elementos de estimación, el alejamiento de la época en la cual tal difusión podría realizarse. ¿Pero puede usted citarme uno solo de los que escriben sobre cosas del gobierno, que haya considerado jamás esa rama del asunto como digna de la menor discusión?...»

Se interrumpió un instante, se dirigió a una biblioteca y sacó de ella uno de los manuales más corrientes de historia natural. Rogándome entonces que cambiara con él de sitio, para permitirle discernir mejor la fina impresión del volumen, tomó mi butaca cerca de la ventana y, abriendo el libro, prosiguió casi en el mismo tono su discurso:

—De no haber sido la extremada minuciosidad con que me habéis descrito al monstruo, no hubiera podido nunca demostraros de qué se trataba. Para empezar, permitid que os lea una descripción, hecha para estudiantes, del género sphinx, familia

de los corpusculares, orden de los Lepidópteros, clase de los Insectos. He aquí el texto de esa descripción: «Cuatro alas membranosas, recubiertas de pequeñas escamas de apariencia metálica; la boca forma una trompa enrollada proveniente de la elongación de los maxilares y a cuyos lados se encuentran rudimentos de mandíbulas y de papillas vellosas. Un pelo hirsuto une las alas inferiores con las superiores; las antenas en forma de maza. prismáticas. largas; el abdomen puntiagudo. La "Esfinge Calavera" es, con frecuencia para el vulgo, objeto de terror, a causa de una especie de grito ululante que emite y por los símbolos de muerte que porta en su caparazón...»

Cerró el libro y se inclinó hacia delante en su asiento, Colocándose exactamente en la posición que yo ocupaba cuando veía al monstruo.

—¡Aquí, aquí está! —dijo al momento—. Remonta la ladera de la colina; y admito que es un ser cuya apariencia merece ser notada. Pero ni es tan grande, ni tan lejano como os lo imagináis; porque, de hecho, como se desliza a lo largo de un hilo puesto en la ventana por alguna araña, veo que la longitud mayor es de menos de una pulgada, y que está situado en este momento a menos de una pulgada de la pupila de mis ojos.

El barril de amontillado

The cask of amontillado, 1846

Lo mejor que pude había soportado las mil injurias de Fortunato. Pero cuando llegó el insulto, juré vengarme. Vosotros, que conocéis tan bien la naturaleza de mi carácter, no llegaréis a suponer, no obstante, que pronunciara la menor palabra con respecto a mi propósito. A la larga, yo sería vengado. Este era ya un punto establecido definitivamente. Pero la misma decisión con que lo había resuelto excluía toda idea de peligro por mi parte. No solamente tenía que castigar, sino castigar impunemente. Una injuria queda sin reparar cuando su justo castigo perjudica al vengador. Igualmente queda sin reparación cuando esta deja de dar a entender a quien le ha agraviado que es él quien se venga.

Es preciso entender bien que ni de palabra, ni de obra, di a Fortunato motivo para que sospechara de mi buena voluntad hacia él. Continué, como de costumbre, sonriendo en su presencia, y él no podía advertir que mi sonrisa, entonces, tenía como origen en mí la de arrebatarle la vida.

Aquel Fortunato tenía un punto débil, aunque, en otros aspectos, era un hombre digno de toda consideración, y aun de ser temido. Se enorgullecía siempre de ser un entendido en vinos. Pocos italianos tienen el verdadero talento de los catadores. En la mayoría, su entusiasmo se adapta con frecuencia a lo que el tiempo y la ocasión requieren, con objeto de dedicarse a engañar a los millionaires ingleses y austriacos. En pintura y piedras preciosas, Fortunato, como todos sus compatriotas, era un verdadero charlatán; pero en cuanto a vinos añejos, era sincero. Con respecto a esto, yo no difería extraordinariamente de él. También yo era muy experto en lo que se refiere a vinos italianos, y siempre que se me presentaba ocasión compraba gran cantidad de éstos.

Una tarde, casi al anochecer, en plena locura del Carnaval, encontré a mi amigo. Me acogió con excesiva cordialidad, porque había bebido mucho. El buen hombre estaba disfrazado de payaso. Llevaba un traje muy ceñido, un vestido con listas de colores, y coronaba su cabeza con un sombrerillo cónico adornado con cascabeles. Me alegré tanto de verle, que creí no haber estrechado jamás su mano como en aquel momento.

—Querido Fortunato —le dije en tono jovial—, este es un encuentro afortunado. Pero ¡qué buen aspecto tiene usted hoy! El caso es que he recibido un barril de algo que llaman amontillado, y tengo mis dudas.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Amontillado? ¿Un barril? ¡Imposible! ¡Y en pleno Carnaval!

—Por eso mismo le digo que tengo mis dudas —contesté—, e iba a cometerla tontería de pagarla como si se tratara de un exquisito amontillado, sin consultarle. No había modo de encontrarle a usted, y temía perder la ocasión.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y he de pagarla.

—¡Amontillado!

—Pero como supuse que estaba usted muy ocupado, iba ahora a buscar a Luchesi. El es un buen entendido. El me dirá...

—Luchesi es incapaz de distinguir el amontillado del jerez.

—Y, no obstante, hay imbéciles que creen que su paladar puede competir con el de usted.

—Vamos, vamos allá.

—¿Adónde?

—A sus bodegas.

—No mi querido amigo. No quiero abusar de su amabilidad. Preveo que tiene usted algún compromiso. Luchesi...

—No tengo ningún compromiso. Vamos.

—No, amigo mío. Aunque usted no tenga compromiso alguno, veo que tiene usted mucho frío. Las bodegas son terriblemente húmedas; están materialmente cubiertas de salitre.

—A pesar de todos, vamos. No importa el frío. ¡Amontillado! Le han engañado a usted, y Luchesi no sabe distinguir el jerez del amontillado.

Diciendo esto, Fortunato me cogió del brazo. Me puse un antifaz de seda negra y, ciñéndome bien al cuerpo mi roquelaire, me dejé conducir por él hasta mi palazzo.

Los criados no estaban en la casa. Habían escapado para celebrar la festividad del Carnaval. Ya antes les había dicho que yo no volvería hasta la mañana siguiente, dándoles órdenes concretas para que no estorbaran por la casa. Estas órdenes eran suficientes, de sobra lo sabía yo, para asegurarme la inmediata desaparición de ellos en cuanto volviera las espaldas.

Cogí dos antorchas de sus hacheros, entregué a Fortunato una de ellas y le guié, haciéndole encorvarse a través de distintos aposentos por el abovedado pasaje que conducía a la bodega. Bajé delante de él una larga y tortuosa escalera, recomendándole que adoptara precauciones al seguirme. Llegamos, por fin, a los últimos peldaños, y nos encontramos, uno frente a otro, sobre el suelo húmedo de las catacumbas de los Montresors.

El andar de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su gorro cónico resonaban a cada una de sus zancadas.

—¿Y el barril? —preguntó.

—Está más allá —le contesté—. Pero observe usted esos blancos festones que brillan en las paredes de la cueva.

Se volvió hacia mí y me miró con sus nubladas pupilas, que destilaban las lágrimas de la embriaguez.

—¿Salitre? —me preguntó, por fin.

—Salitre —le contesté—. ¿Hace mucho tiempo que tiene usted esa tos?

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!...!

A mi pobre amigo le fue imposible contestar hasta pasados unos minutos.

—No es nada —dijo por último.

—Venga —le dije enérgicamente—. Volvámonos. Su salud es preciosa, amigo mío. Es usted rico, respetado, admirado, querido. Es usted feliz, como yo lo he sido en otro tiempo. No debe usted malograrse. Por lo que mí respecta, es distinto. Volvámonos. Podría usted enfermarse y no quiero cargar con esa responsabilidad. Además, cerca de aquí vive Luchesi...

—Basta —me dijo—. Esta tos carece de importancia. No me matará. No me moriré de tos.

—Verdad, verdad —le contesté—. Realmente, no era mi intención alarmares sin motivo, pero debe tomar precauciones. Un trago de este medoc le defenderá de la humedad.

Y diciendo esto, rompí el cuello de una botella que se hallaba en una larga fila de otras análogas, tumbadas en el húmedo suelo.

—Beba —le dije, ofreciéndole el vino.

Llevóse la botella a los labios, mirándome de soslayo. Hizo una pausa y me saludo con familiaridad. Los cascabeles sonaron.

—Bebo —dijo— a la salud de los enterrados que descansan en torno nuestro.

—Y yo, por la larga vida de usted.

De nuevo me cogió de mi brazo y continuamos nuestro camino.

—Esas cuevas —me dijo— son muy vastas.

—Los Montresors —le contesté— era una grande y numerosa familia.

—He olvidado cuáles eran sus armas.

—Un gran pie de oro en campo de azur. El pie aplasta a una serpiente rampante, cuyos dientes se clavan en el talón.

—¡Muy bien! —dijo.

Brillaba el vino en sus ojos y retiñán los cascabeles. También se caldeó mi fantasía a causa del medoc. Por entre las murallas formadas por montones de esqueletos, mezclados con barriles y toneles, llegamos a los más profundos recintos de las catacumbas. Me detuve de nuevo, esta vez me atreví a coger a Fortunato de un brazo, más arriba del codo.

—El salitre —le dije—. Vea usted cómo va aumentando. Como si fuera musgo, cuelga de las bóvedas. Ahora estamos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran por entre los huesos. Venga usted. Volvamos antes de que sea muy tarde. Esa tos...

—No es nada —dijo—. Continuemos. Pero primero echemos otro traguito de medoc.

Rompí un frasco de vino de De Grave y se lo ofrecí. Lo vació de un trago. Sus ojos llamearon con ardiente fuego. Se echó a reír y tiró la botella al aire con un ademán que no pude comprender.

Le miré sorprendido. El repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

—¿No comprende usted? —preguntó.

—No —le contesté.

—Entonces, ¿no es usted de la hermandad?

—¿Cómo?

—¿No pertenece usted a la masonería?

—Sí, sí —dije—; sí, sí.

—¿Usted? ¡Imposible! ¿Un masón?

—Un masón —repliqué.

—A ver, un signo —dijo.

—Este —le contesté, sacando de debajo de mi roquelaire una paleta de albañil.

—Usted bromea —dijo, retrocediendo unos pasos—. Pero, en fin, vamos por el amontillado.

—Bien —dije, guardando la herramienta bajo la capa y ofreciéndole de nuevo mi brazo.

Apoyóse pesadamente en él y seguimos nuestro camino en busca del amontillado. Pasamos por debajo de una serie de bajísimas bóvedas, bajamos, avanzamos luego, descendimos después y llegamos a una profunda cripta, donde la impureza del aire hacía enrojecer más que brillar nuestras antorchas.

En lo más apartado de la cripta descubríase otra menos espaciosa. En sus paredes habían sido alineados restos humanos de los que se amontonaban en la cueva de encima de nosotros, tal como en las grandes catacumbas de París.

Tres lados de aquella cripta interior estaban también adornados del mismo modo.

Del cuarto habían sido retirados los huesos y yacían esparcidos por el suelo, formando en un rincón un montón de cierta altura. Dentro de la pared, que había quedado así descubierta por el desprendimiento de los huesos, veíase todavía otro recinto interior, de unos cuatro pies de profundidad y tres de anchura, y con una altura de seis o siete. No parecía haber sido construido para un uso determinado, sino que formaba sencillamente un hueco entre dos de los enormes pilares que servían de apoyo a la bóveda de las catacumbas, y se apoyaba en una de las paredes de granito macizo que las circundaban.

En vano, Fortunato, levantando su antorcha casi consumida, trataba de penetrar la profundidad de aquel recinto. La débil luz nos impedía distinguir el fondo.

—Adelántese —le dije—. Ahí está el amontillado. Si aquí estuviera Luchesi...

—Es un ignorante —interrumpió mi amigo, avanzando con inseguro paso y seguido inmediatamente por mí.

En un momento llegó al fondo del nicho, y, al hallar interrumpido su paso por la roca, se detuvo atónito y perplejo. Un momento después había yo conseguido encadenarlo al granito. Había en su superficie dos argollas de hierro, separadas horizontalmente una de otra por unos dos pies. Rodear su cintura con los eslabones, para sujetarlo, fue cuestión de pocos segundos. Estaba demasiado aturdido para ofrecerme resistencia. Saqué la llave y retrocedí, saliendo del recinto.

—Pase usted la mano por la pared —le dije—, y no podrá menos que sentir el salitre. Está, en efecto, muy húmeda. Permítame que le ruegue que regrese. ¿No? Entonces, no me queda más remedio que abandonarlo; pero debo antes prestarle algunos cuidados que están en mi mano.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, que no había salido aún de su asombro.

—Ciento —repliqué—, el amontillado.

Y diciendo estas palabras, me atareé en aquel montón de huesos a que antes he aludido. Apartándolos a un lado no tarde en dejar al descubierto cierta cantidad de piedra de construcción y mortero. Con estos materiales y la ayuda de mi paleta, empecé activamente a tapar la entrada del nicho.

Apenas había colocado al primer trozo de mi obra de albañilería, cuando me di cuenta de que la embriaguez de Fortunato se había disipado en gran parte.

El primer indicio que tuve de ello fue un gemido apagado que salió de la profundidad del recinto. No era ya el grito de un hombre embriagado. Se produjo luego un largo y obstinado silencio. Encima de la primera hilada coloqué la segunda, la tercera y la cuarta. Y oí entonces las furiosas sacudidas de la cadena. El ruido se prolongó unos minutos, durante los cuales, para deleitarme con él, interrumpí mi tarea y me senté en cuclillas sobre los huesos. Cuando se apaciguó, por fin, aquel rechinamiento, cogí de nuevo la paleta y acabé sin interrupción las quinta, sexta y séptima hiladas. La pared se hallaba entonces a la altura de mi pecho. De nuevo me detuve, y, levantando la antorcha por encima de la obra que había ejecutado, dirigí la luz sobre la figura que se hallaba en el interior.

Una serie de fuertes y agudos gritos salió de repente de la garganta del hombre encadenado, como si quisiera rechazarme con violencia hacia atrás.

Durante un momento vacilé y me estremecí. Saqué mi espada y empecé a tirar estocadas por el interior del nicho. Pero un momento de reflexión bastó para tranquilizarme. Puse la mano sobre la maciza pared de piedra y respiré satisfecho. Volví a acercarme a la pared, y contesté entonces a los gritos de quien clamaba. Los repetí, los acompañé y los vencí en extensión y fuerza. Así lo hice, y el que gritaba acabó por callarse.

Ya era medianoche, y llegaba a su término mi trabajo. Había dado fin a las octava, novena y décima hiladas. Había terminado casi la totalidad de la oncia, y quedaba tan sólo una piedra que colocar y revocar. Tenía que luchar con su peso. Sólo parcialmente se colocaba en la posición necesaria. Pero entonces salió del nicho una risa ahogada, que

me puso los pelos de punta. Se emitía con una voz tan triste, que con dificultad la identifiqué con la del noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Buena broma, amigo, buena broma! ¡Lo que nos reiremos luego en el palazzo, ¡je, je, je! a propósito de nuestro vino! ¡Je, je, je!

—El amontillado —dije.

—¡Je, je, je! Sí, el amontillado. Pero, ¿no se nos hace tarde? ¿No estarán esperándonos en el palazzo Lady Fortunato y los demás? Vámonos.

—Sí —dije—; vámonos ya.

—¡Por el amor de Dios, Montresor!

—Sí —dije—; por el amor de Dios.

En vano me esforcé en obtener respuesta a aquellas palabras. Me impacienté y llamé en alta voz:

—¡Fortunato!

No hubo respuesta, y volví a llamar.

—¡Fortunato!

Tampoco me contestaron. Introduje una antorcha por el orificio que quedaba y la dejé caer en el interior. Me contestó sólo un cascabeleo. Sentía una presión en el corazón, sin duda causada por la humedad de las catacumbas. Me apresuré a terminar mi trabajo. Con muchos esfuerzos coloqué en su sitio la última piedra y la cubrí con argamasa. Volví a levantar la antigua muralla de huesos contra la nueva pared. Durante medio siglo, nadie los ha tocado. *¡In pace requiescat!*

El dominio de Arnheim. El jardín paisajístico

The Domain of Arnheim. The Landscape Garden, 1847

Desde la cuna a la tumba, una brisa de prosperidad acompañó a mi amigo Ellinson. Y no uso la palabra prosperidad en un mero sentido mundano. La empleo como sinónimo de felicidad.

La persona de quien hablo parecía nacida con el propósito de simbolizar las doctrinas de Turgot, Price, Priestley y Condorcet: de servir de ejemplo a lo que se ha llamado "la quimera de los perfeccionistas". En la breve existencia de Ellinson creo haber visto refutado el dogma de que en la mayoría de los hombres yace algún principio oculto, enemigo de la felicidad. Un examen minucioso de su carrera me ha llevado al convencimiento de que, en general, la miseria de la humanidad procede de la violación de algunas pequeñas leyes de la naturaleza; que como especie tenemos en nuestra posesión elementos de felicidad todavía vírgenes; y que aun ahora, en la presente oscuridad y locura de todo pensamiento sobre la gran cuestión de la condición social no es imposible que el hombre, individualmente considerado, pueda ser dichoso bajo determinadas condiciones poco frecuentes y altamente fortuitas.

Mi joven amigo estaba totalmente imbuido de opiniones como éstas; y por eso es digno de observación que el ininterrumpido disfrute que distinguió su vida, fue en gran medida el resultado de un previo acuerdo. Es evidente, por tanto, que con algo menos de esa filosofía que de vez en cuando ocupa también el papel de la experiencia, míster Ellinson se hubiera visto precipitado, por los muchos extraordinarios éxitos de su vida, en el frecuente torbellino de la desgracia que se abre a los pies de aquellos que poseen dotes extraordinarias.

Pero, no es mi intención escribir un ensayo sobre la felicidad. Las ideas de mi amigo pueden resumirse en pocas palabras. Admitía solamente cuatro principios elementales, o más estrictamente: cuatro condiciones de felicidad. La que él consideraba principal era (extraño parece decirlo) pura y simplemente la del ejercicio al aire libre. La salud, según él, obtenida por otros medios es apenas digna de merecer tal nombre. Ponía por ejemplo el éxtasis del cazador de zorros y señalaba que los labradores eran la única gente que, como clase, puede ser cabalmente considerada más feliz que las otras. Su segunda condición era poseer el amor de una mujer. Su tercera, y más difícil de lograr, era el desprecio de la ambición; y su cuarta era perseguir siempre un objetivo, sosteniendo que siendo iguales las otras cosas, la extensión de la felicidad conseguida estaba en proporción con la espiritualidad del objetivo perseguido.

Ellinson fue notable por la continua profusión de dones que la fortuna derramó sobre él. En gracia personal y en belleza, excedía a los demás hombres.

Su inteligencia era del orden de aquellas para las que la adquisición de conocimientos es menos un trabajo que una intuición y una necesidad. Su familia era una de las más ilustres del imperio. Su esposa, la más enamorada y abnegada de las mujeres. Sus posesiones siempre habían sido cuantiosas; pero al alcanzar la mayoría de edad se descubrió que uno de esos extraordinarios caprichos del destino, que sorprenden a todo el mundo social donde ocurren, y que raras veces dejan de alterar radicalmente la forma de ser de quienes son objeto de ellos, se había realizado sobre él.

Parece ser que un siglo antes de que míster Ellinson alcanzara la mayoría de edad, falleció en una provincia remota un tal míster Seabright Ellinson. Este caballero había reunido una principesca fortuna, y no teniendo parientes cercanos, tuvo el capricho de permitir que su fortuna se acumulara un siglo después de su muerte. Disponiendo minuciosamente los varios modos de invertirla, previno en su testamento que el capital así acumulado fuera para el pariente consanguíneo más cercano que llevase el apellido de Ellinson, y viviente en el momento de transcurrir los cien años. Se hicieron muchos intentos para dejar sin efecto aquel singular testamento, pero no se consiguió por su carácter condicional, si bien despertó la atención de un gobierno celoso de sus funciones que mediante un decreto legislativo prohibió en lo sucesivo tales acumulaciones. Este hecho, sin embargo, no impidió que el joven Ellinson, a los veinticinco años de edad, como heredero de su antepasado Seabright, entrara en posesión de la fortuna, que ascendía a cuatrocientos cincuenta millones de dólares.

Cuando se supo a cuánto ascendía la enorme riqueza heredada, se hicieron, desde luego, muchas especulaciones acerca del modo de disponer de ella. La magnitud y la inmediata disponibilidad de la suma causaron viva sorpresa en todos los que se pararon a pensar en el asunto. El poseedor de tan apreciable suma podía ser imaginado realizando cualquiera entre mil cosas. Con riquezas que superaban a las de cualquier otro ciudadano, podía haber sido fácil suponerle entregado a los supremos excesos de las modas más extravagantes de su tiempo; ocupado en las intrigas de la política; aspirando al poder ministerial; adquiriendo un grado más alto de nobleza; fundando grandes museos; protegiendo con generosidad las letras, la ciencia y el arte o, por último, dotando y dando su nombre a grandes instituciones benéficas. Pero estas finalidades y todos los ordinarios, que colmarían las apetencias de cualquiera, parecían ofrecer, en relación con la inconcebible fortuna en posesión del heredero, un campo demasiado limitado. Se hicieron cálculos y éstos sólo contribuyeron a aumentar la confusión. Se había visto que aun al tres por ciento, la renta anual de la herencia ascendía a no menos de trece millones y medio de dólares, lo cual representaba un millón ciento veinticinco mil al mes; treinta y seis mil novecientos ochenta y seis por día; mil quinientos cuarenta y uno por hora, o veintiséis dólares por cada minuto que pasara. Ante tales cálculos quedó rota la ruta usual de las suposiciones y conjjeturas. La gente no sabía qué imaginar. Hubo algunos que todavía llegaron a suponer que míster Ellinson se privaría al menos de la mitad de su fortuna, una opulencia del todo superflua,

enriqueciendo a toda la caterva de parientes, dividiendo entre ellos lo superabundante. De hecho, Ellinson cedió a favor de sus parientes más cercanos la fortuna, poco frecuente, que poseía antes de la herencia.

Sin embargo, no me sorprendió ver que mi amigo, desde hacía tiempo, se había formado un criterio sobre lo que ocasionaba tanta discusión entre sus amigos. Ni tampoco me asombré mucho con la naturaleza de su decisión. Respecto a las caridades personales, había satisfecho a su conciencia. En cuanto a la posibilidad de una mejora propiamente dicha, realizada por el hombre mismo y que afectara la condición general del género humano, siento confesar que mi amigo tenía muy poca fe. En resumen: para felicidad o desgracia suya, se reconcentró en sí mismo sobre manera.

Era un poeta en él sentido más amplio y más noble de la palabra. Además, comprendía el verdadero carácter, el propósito augusto, la suprema majestad y dignidad del sentimiento poético. Por instinto, sentía que la más completa, si no la única satisfacción de este sentimiento, radicaba en la creación de nuevas formas de belleza. Algunas peculiaridades suyas, bien de su temprana educación o bien debidas a la naturaleza de su inteligencia, habían teñido con algo de lo que se llama materialismo todas sus especulaciones éticas; Y fue tal vez esta preferencia suya la que le condujo a creer que la más ventajosa, cuando menos, si es que no el único campo legítimo para el ejercicio poético, radica en la creación de nuevos modos de una belleza puramente física. Por esto nunca llegó a ser ni músico ni poeta —si usamos este término en su corriente acepción—. O es posible también que olvide ser alguna de estas cosas, por mostrarse consecuente con su idea de que en el desprecio de la ambición puede hallarse uno de los principios esenciales para lograr la felicidad sobre la Tierra. ¿No es posible, en verdad, que mientras un genio de elevada categoría es necesariamente ambicioso, el de orden más superior todavía se halle por encima de lo que se llama ambición? ¿Y no puede suceder que muchos genios más grandes que Milton hayan permanecido por su voluntad "mudos" y sin gloria? Creo que el mundo nunca ha visto y no verá jamás, a menos que una serie de accidentes agujoneara a los rangos más elevados del espíritu humano, moviéndoles a ingratos esfuerzos, la plenitud de triunfal ejecución que es capaz de alcanzar la naturaleza humana en los más ricos dominios del arte.

Ellinson no fue músico ni poeta, aunque ningún hombre vivió más profundamente enamorado de la música y de la poesía. Bajo otras circunstancias, distintas de las que le rodeaban, es posible que hubiera llegado a ser pintor. La escultura, aunque rigurosamente poética en su naturaleza, es demasiado limitada en su extensión y consecuencias como para haber ocupado durante algún tiempo su atención; y con esto he mencionado todos los campos en los cuales la común comprensión del sentimiento poético juzga a éste capaz de expansionarse.

Pero Ellinson sosténía que el más rico, el más verdadero y el más natural, si no el más extenso de todos los campos, había sido olvidado negligentemente. Ninguna definición artística se había hecho del jardinero paisajista, considerándole en su lealtad

al sentimiento poético; con todo, a mi amigo le parecía que la creación del jardín paisaje ofrecía a la musa conveniente la más magnífica de las oportunidades. De hecho, allí estaba el más bello campo para desarrollar la imaginación en las infinitas combinaciones de formas de nueva belleza, siendo los elementos que podían entrar en su combinación, por una amplia superioridad, los más espléndidos que la tierra pueda proporcionar. En la multiplicidad y multicoloridad de flores y árboles reconocía los más directos y energicos esfuerzos de la Naturaleza hacia la belleza física, y en la dirección o concentración de este esfuerzo —o más propiamente, en su adaptación a los ojos que habían de contemplarlo sobre la Tierra— él percibía que debía emplear sus mejores medios, trabajando con aprovechamiento de las grandes ventajas que tenía para el cumplimiento no sólo de su propio destino como poeta, sino del augusto propósito por el que la Divinidad había implantado el sentimiento poético en el hombre.

"Su adaptación a las miradas que habían de contemplar en la Tierra sus resultados...". Con la explicación de esta frase, míster Ellinson contribuía a resolver lo que siempre me había parecido un enigma; me refiero al hecho (que nadie sino el ignorante discute) de que en la Naturaleza no existe tal combinación de decorado como el pintor genial es capaz de producir. No se encuentran en la realidad paraísos como los que resplandecen en los lienzos de Claudio de Lorena. En los más encantadores paisajes naturales se encontrará siempre un defecto o un exceso —o mejor, muchos excesos y muchos defectos—. Mientras las partes componentes pueden individualmente desafiar la más alta habilidad del artista, la composición de esas partes siempre será susceptible de mejorar. En suma, no se puede hallar sobre la ancha superficie de la Tierra "natural", un sitio desde el que un ojo artístico, mirando detenidamente, no encuentre motivo de ofensa en lo que ha sido llamado la composición del paisaje. Y, sin embargo, ¡qué incomprensible es esto!

En todas las demás materias se nos ha enseñado certeramente a considerar la Naturaleza como supremo valor de todo. En cuanto a sus detalles, nos estremecería competir con ella. ¿Quién intentará imitar los colores del tulipán o mejorar las proporciones del lirio del valle? La crítica que dice de la escultura o del retrato que en ella la Naturaleza debe ser exaltada o idealizada mejor que imitada, está en un error. Ninguna combinación escultórica o pictórica de la belleza humana hace otra cosa que acercarse a la belleza viviente. Sólo en el paisaje puede considerarse exacta esa opinión de la crítica a que se ha hecho referencia. Lo que pasa es que, comprobada en este terreno su verdad, el espíritu precipitado de la generalización ha conducido a quererla extender a todos los dominios del arte. He dicho que sentí su verdad allí, porque el sentimiento no puede confundirse con la afectación o la quimera. Los matemáticos no proporcionan demostraciones más absolutas que las que el sentimiento de su arte facilita al artista. No sólo él cree, sino que sabe positivamente que tales o cuales composiciones aparentemente arbitrarias de las cosas constituye la verdadera belleza con carácter único. No es que las razones que para ello tenga posean la suficiente

madurez para poder plasmar en concretas expresiones, ya que esta tarea queda reservada para un análisis más profundo de lo que el mundo ha podido ver todavía y que exigirá la investigación a fondo y la enumeración acabada de tales razones. No obstante, el artista se ve confirmado en sus opiniones instintivas por la voz de todos sus hermanos artísticos.

Admitamos que una composición sea defectuosa, y que una enmienda de la misma sea para corregir un mero arreglo de forma e imaginemos que esta enmienda es sometida a todos los artistas del mundo... Pues bien; cada uno de ellos reconocerá la necesidad de la misma corrección, y lo que es más: para remediar la composición defectuosa, cada miembro aislado de la fraternidad artística sugerirá idénticos remedios.

Repite que únicamente en el arreglo del paisaje es susceptible de exaltación la naturaleza física y que, por tanto, su susceptibilidad de mejora en este aspecto era un misterio que yo no había sido capaz de descifrar. Mis propios pensamientos sobre el asunto habían descansado en la idea de que la intención primitiva de la Naturaleza debería haber dispuesto la superficie de la Tierra de tal modo como para haber colmado por completo el sentido humano de la perfección de la belleza, de lo sublime e incluso de lo pintoresco; pero que esta primitiva intención había quedado frustrada por las conocidas perturbaciones geológicas, perturbaciones de forma y de colores agrupados, en cuya corrección o acomodamiento radica el alma del arte. La fuerza de esta idea quedaba, sin embargo, muy debilitada por la necesidad que la envolvía de considerar las perturbaciones como algo anormal y carente de todo propósito.

Fue Ellinson quien me sugirió que las mismas no eran sino pronósticos de muerte. Explicándose así:

—Admito que la inmortalidad del hombre fuese el primer propósito concebido. Tendríamos entonces el arreglo primitivo de la superficie de la Tierra, adaptado a ese estado beatífico como una cosa preconcebida. Las perturbaciones fueron las preparaciones para su condición mortal, a la que posteriormente fue reducido.

—Ahora bien —dijo mi amigo—: lo que consideramos como exaltación del paisaje puede que realmente lo sea, aunque únicamente desde el punto de vista moral o humano. Cada alteración del escenario natural, posiblemente puede que suponga una mancha en el cuadro. Si consideramos éste en grande, en masa, contemplándolo desde algún punto de la superficie de la Tierra, aunque no más allá de los límites de su atmósfera, fácilmente se comprende que la mejora de un detalle observado de cerca puede, al mismo tiempo, dañar su afecto general observado desde una distancia mayor. Puede ser que exista una clase de seres humanos un día, pero invisibles hoy a la humanidad, para quienes, desde muy lejos, nuestro desorden pueda parecerles orden y nuestra falta de pintoresquismo, precisamente lo contrario. En una palabra: los ángeles terrestres, para cuya contemplación más especialmente que para la nuestra propia, y para cuya apreciación de la belleza, refinada por la muerte, han sido desplegados por Dios los amplios jardines paisajes en los hemisferios.

En el curso de la discusión, mi amigo citó algunos pasajes de un autor de jardinería paisajista, que ha sido considerado como uno de los mayores conocedores de este tema.

—Propiamente, no hay sino dos estilos en la jardinería del paisaje: el natural y el artificial. Uno busca revivir la belleza original del país, adaptar sus medios al escenario circundante, cultivando árboles en armonía con los montes o llanuras de las tierras vecinas; descubriendo y poniendo en práctica aquellas delicadas relaciones de tamaño, proporción y color que, escondidas para el observador corriente, son reveladas en todas partes al experto estudiante de la Naturaleza. El resultado del estilo natural del jardín se ve más bien en la ausencia de todos los defectos e incongruencias, en el predominio de una sana armonía y de un orden, que en la creación de maravillas o milagros de cualquier clase. El estilo artificial tiene tantas variedades como gustos diferentes ha de satisfacer, y guarda una cierta relación general con los diferentes estilos de los edificios. Existen las regias avenidas y rincones de Versalles; las terrazas italianas y un viejo estilo inglés, mezclado y vario, que guarda alguna relación con el gótico doméstico y con la arquitectura isabelina inglesa. A pesar de cuanto se diga contra los abusos de la jardinería paisajista artificial, una mezcla de arte puro en la escena de un jardín añade a éste una gran belleza. Resulta, en parte, agradable a la vista, por la muestra de orden y un plan que, en parte, se podría llamar moral. Una terraza con una vieja balaustrada cubierta de musgo evoca al contemplarla las bellas figuras que pasaron por allí en otros tiempos. La más ligera exhibición de arte es una prueba de cuidado y de interés humano.

—Por lo que ya he dicho —dijo Ellinson—, usted comprenderá que rechazo la idea, aquí expresada, de revivir la belleza original del país. La belleza original nunca es tan grande como la que puede ser recreada. Desde luego, todo depende de la elección de un paraje que cuente con posibilidades. Lo que se ha dicho acerca de descubrir y traer a la práctica bellas relaciones de tamaño, proporción y color es una de esas meras vaguedades de lenguaje que sirven para disimular la imprecisión del pensamiento. La frase citada puede querer decir algo o nada y de ningún modo sirve de guía. Que el verdadero resultado del estilo natural en la jardinería se halle en la ausencia de todos los defectos o incongruencias, más que en la creación de maravillas o milagros, es una proposición que se adapta mejor a la comprensión servil del rebaño que a los fervorosos sueños del hombre de genio. El mérito negativo sugerido pertenece a esa crítica de bajos vuelos que la literatura elevaría a Addison hasta las cumbres apoteósicas. En verdad, mientras que aquella clase de virtud que consiste en la mera evitación del vicio apela directamente al entendimiento y puede circunscribirse, en consecuencia, dentro de la norma, la más grande virtud que llamea en la creación sólo puede ser comprendida en sus resultados. La regla sólo se aplica a los méritos de la repulsa y a las excelencias que refiera. Más allá de estas reglas, el arte crítico no puede sino sugerir. Se nos puede enseñar a construir un Catón, pero será en vano que se nos diga cómo concebir un Partenón o un Infierno. Sin embargo, hecha la cosa y realizado el milagro, la capacidad

de comprensión se hace universal. Los sofistas de la escuela negativa que, debido a su incapacidad para crear, se han mofado de la creación, son ahora los más ruidosos con sus aplausos. Lo que en su condición inicial de crisálida afrontaba a su razón gazmoña, nunca deja, en su madurez de ejecución, de arrancar la admiración de su instinto natural de la belleza.

Las observaciones del autor sobre el estilo artificial continuó Ellinson son menos discutibles. Dice que una mezcla de arte puro, en una decoración de jardín, le añade una gran belleza. Esto es exacto, como lo es también la referencia que hace al sentido del interés humano. El principio expresado es incontrovertible; pero puede que exista algo más allá de él. Puede que exista un objeto relacionado con ese principio; un, objeto inalcanzable por los medios de posesión corrientes de los individuos, pero que si se lograse a pesar de todo, daría a la jardinería paisajista un encanto que superaría al que pudiera otorgarle un sentido de simple interés humano. Un poeta que dispusiera de recursos monetarios poco frecuentes podría, mientras retuviera la idea precisa de arte, de cultura, o como nuestro autor dio: de interés, infundir a sus planes un sentido de belleza tan amplio y nuevo que produjesen un sentimiento de elevada espiritualidad.

Se verá que para lograr tal resultado se deben asegurar todas las ventajas de interés o de propósito, aliviando su trabajo de la esperanza o del abuso de tecnicismo del arte mundano. En el más árido de los desiertos —en la más salvaje de las escenas de naturaleza auténtica— está aparente el arte de su Creador. Con todo, este arte sólo se pone de relieve por la reflexión y bajo ningún respeto tiene la clara fuerza del sentimiento. Supongamos ahora ese sentido del designio del Todopoderoso, rebajado en un grado de modo que pudiera ponerse en armonía o consistencia con el sentido del arte humano —para formar una especie de intercambio entre las dos cosas—. Imaginemos, por ejemplo, un paisaje cuya vastedad y cuyo carácter definitivo, cuya belleza, magnificencia y originalidad unidas, conduzcan a la idea de cuidado, cultura o atención, por parte de seres superiores, afines, sin embargo, a la humanidad. Entonces el sentimiento de interés está preservado, mientras el arte entremezclado reviste los aires de una naturaleza intermedia o secundaria, una naturaleza que no es ni Dios ni una emanación de Dios, sino que es todavía naturaleza en el sentido de obra salida de las manos de los ángeles que vuelan entre el hombre y Dios, Ellinson estuvo dedicando su enorme riqueza a dar cuerpo a tal visión; desenvolviéndose en el ejercicio al aire libre, asegurado por la vigilancia personal de sus planes; persiguiendo incesantemente el objeto hacia el cal tendían dichos planes; lleno de alta espiritualidad de tal objeto; carente de toda ambición que le permitía sentirla de verdad, en la fuente inagotable de la belleza, sin posibilidad de saciar nunca su sed por ella, que era la pasión dominante de su alma, envuelto por encima de todo en la simpatía de una mujer auténticamente femenina, cuya belleza y amor envolvían su existencia en la purpúrea atmósfera de un paraíso... Ellinson creyó encontrar, o encontró realmente, la exención de las ordinarias inquietudes de la humanidad, con una gran cantidad de felicidad positiva mucho mayor

de la que pudo jamás resplandecer en los ensueños extáticos de Madame de Staél. Desespero de poder transmitir al lector alguna idea exacta de la maravilla que mi amigo logró en la realidad. Quisiera describirlas, pero estoy descorazonado por la dificultad de la descripción y vacilo entre el detalle y la generalidad. Quizá el mejor método consiste en unir ambos sistemas en sus respectivos extremos. El primer paso de míster Ellinson hizo referencia, desde luego, a la elección del lugar apropiado; y apenas había comenzado a pensar en este punto, cuando su atención fue atraída por la exuberante vegetación de las islas del Pacífico. Se había hecho el propósito de realizar un viaje a los mares del Sur, cuando una noche de reflexión le indujo a abandonar la idea.

—Si fuese yo un misántropo —dijo—, tal sitio podría convenirme. Su completo aislamiento y su lejanía, y la dificultad de acceso y salida, podría ser en tal caso el mayor encanto. Pero yo no soy un Timón. Deseo el descanso, pero no la depresión de la soledad. Debo conservar conmigo un cierto control sobre la extensión y duración de mi reposo. Serán frecuentes las horas en las que necesite de la simpatía para lo que haya de hacer. Permítaseme, entonces, buscar un sitio no muy lejano de una ciudad populosa, cuya proximidad me ayude además a la realización de mis planes.

En busca de un lugar apropiado, Ellinson viajó durante varios años y me permitió que le acompañase. Mil sitios que me entusiasmaban fueron rechazados por él sin vacilación, por razones que al final realmente me convencieron. Por fin, llegamos a una elevada meseta, de maravillosa fertilidad y hermosura, desde la cual se podía contemplar una panorámica de una extensión muy poco inferior a la del Etna, y que, en opinión de Ellinson, como en la mía propia, superaba por todos sus elementos pintorescos a las vistas de las granjas lejanas que se ven desde aquella montaña.

—Ahora sé —dijo el viajero, con un suspiro de honda satisfacción, después de contemplar la escena durante una hora— que aquí, en mis circunstancias, el noventa y nueve por ciento de los hombres más descontentos se darían por satisfechos. Este panorama es realmente magnífico y me deleitaría plenamente en él, si no fuera por el exceso de su magnificencia. El gusto de todos los arquitectos que he conocido, les lleva, por consideración a la "perspectiva", a situar los edificios sobre la cima de las colinas. El error es obvio. La grandeza en cualquiera de sus formas, pero especialmente en la de la extensión, remueve y excita, para luego fatigar y deprimir. Para la escena ocasional, nada puede ser mejor; pero para una visión constante, no hay nada peor... Es una contemplación permanente; la fase más censurable de la grandeza es esa de la extensión. La fase peor de la extensión es la distancia. Esto está en guerra con el sentimiento y con el sentido de retiro, sentimiento y sentido que intentamos satisfacer retirándonos al campo. Mirando desde la cumbre de una montaña, no podemos menos de dejar de sentirnos perdidos en el mundo. El melancólico evita las perspectivas distantes como si se tratara de la peste.

Sólo al final del cuarto año de nuestra búsqueda dimos con un lugar con el que Ellinson se declaró satisfecho. Obvio es decir dónde estaba dicho lugar. La reciente

muerte de mi amigo, al hacer que su finca estuviera abierta a cierta clase de visitantes, ha dado a Arnheim una especie de secreta y sumisa, si es que no solemne celebridad, parecida en cierto modo, aunque infinitamente superior en grado, a la que ha distinguido durante tanto tiempo a Fonthill.

El acceso a Arnheim se hacía por el río. El visitante dejaba la ciudad por la mañana temprano. Durante la tarde, pasaba entre riberas de una tranquila y natural belleza, sobre las que pastaban innumerables ovejas de blancos vellones, que moteaban el vivo verdor de las praderas ondulantes. Poco a poco, la idea del cultivo iba cediendo el paso a la de un simple cuidado pastoral. Esta se fundía con lentitud en una sensación de retiro, y, a su vez, en una conciencia de soledad. Al acercarse la tarde, el canal se hizo más estrecho, las orillas más y más escarpadas y revestidas de un follaje más rico, más espeso y más sombrío. El agua se hacía más transparente. La corriente describía mil revueltas, de modo que no se podía ver su brillante superficie sino a una distancia mayor que un estadio. A cada instante la embarcación parecía aprisionada en un círculo encantado de insuperable e impenetrables paredes de follaje. Una techumbre de raso ultramar, y sin que hubiese suelo, balanceándose la quilla con admirable suavidad, sobre la de una barca fantasmal, que hundida hacia abajo por algún accidente flotase en constante compañía con la que tenía realidad material, con el único propósito de sostenerla. El canal se hizo un desfiladero, y aunque el término es algo inapropiado, lo empleo simplemente porque el lenguaje no tiene otra palabra que represente mejor la característica más sorprendente, la más distintiva de la escena. El carácter de desfiladero se daba solamente atendiendo a la altura y al paralelismo de las orillas, aunque se perdieran por completo los otros rasgos. Las paredes de la hondonada (a través de la cual corría el agua tranquila) se elevaban a una altura de cien y a veces de ciento cincuenta pies, y se inclinaban tanto la una hacia la otra que, en gran medida, no dejaban pasar la luz del día, mientras los musgos, largos como plumas, que colgaban densamente de los arbustos que entrelazan arriba sus ramas, comunicaban a todo el conjunto un aire de fúnebre tristeza.

Las revueltas se hicieron más continuas e intrincadas y con frecuencia parecía como si volvieran sobre sí mismas, de modo que el viajero hacía rato que había perdido toda idea de dirección, además de sentirse envuelto en un exquisito sentido de extrañeza. El pensamiento de la Naturaleza aún permanecía, pero su carácter parecía haber sufrido una modificación: era una misteriosa simetría, una uniformidad sorprendente, una mágica propiedad en aquellas obras suyas. Ni una rama muerta, ni una hoja seca, ni un guijarro perdido, ni un pedazo de tierra parda se veía por ninguna parte. El agua cristalina manaba sobre el limpio granito o sobre el musgo inmaculado con una agudeza de contornos que deleitaba y aturdía la vista al mismo tiempo.

Después de haber serpenteado los laberintos de este canal durante algunas horas, la oscuridad se fue haciendo cada vez más densa. De repente un impetuoso e inesperado viraje de la embarcación la llevó, como caída del cielo, a una dársena circular de

extensión considerable, comparada con la anchura del barranco. Esta dársena tenía doscientas yardas de diámetro y estaba rodeada por todos lados, salvo por uno —el que estaba frente al barco al entrar éste, de colinas que, en general, tenían la altura de los muros del abismo, aunque de un carácter completamente distinto. Sus lados se inclinaban desde el borde del agua en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados y estaban revestidas, desde la base a la cima ni un solo punto quedaba sin cubrir—, de una cortina formada por magníficas flores que no dejaban ver ni una hoja verde entre aquel mar de olorosos y ondulados colores. Esta dársena era de gran profundidad, pero tan transparente que el fondo parecía consistir en una pesada masa de pequeños guijarros redondos de alabastro, perfectamente visibles, y uno bien podía decir, cada vez que miraba hacia abajo, que veía el firmamento invertido y el duplicado de las lozanas colinas. Sobre éstas no había árboles ni arbustos de ningún tamaño. Las impresiones producidas en el observador eran de riqueza, calor, color, tranquilidad, uniformidad, delicadeza, refinamiento y voluptuosidad. Una milagrosa clase de cultivos sugería sueños de una nueva raza de hadas laboriosas, de buen gusto, magníficas y maravillosas. Si se elevaba la mirada hacia las colinas multicolores, desde su nítida conjunción con el agua hasta su vaga terminación entre los pliegues de las nubes suspendidas, resultaba difícil en verdad no imaginar una catarata de rubíes, zafiros, ópalos y de ónices dorados cayendo silenciosos desde el cielo.

El visitante, precipitado de pronto en esta bahía al salir de la oscuridad del barranco, queda encantado, pero al mismo tiempo aturdido por el globo de sol poniente que él hubiera supuesto caído bajo el horizonte, pero que ahora se muestra frente a él, formando la única terminación de la de otro modo ilimitada perspectiva que se ve a través de las colinas, por medio de una abertura casi abismal.

Al llegar aquí, el viajero deja la embarcación que le ha llevado hasta tan lejos y desciende a una ligera canoa de marfil, adornada con arabescos de color rojo escarlata tanto por dentro como por fuera. La popa y la proa de esta embarcación se alzan por encima del agua, en elevadas puntas semejantes a las de la Luna en cuarto creciente. Sobre la superficie de la bahía descansa con la gracia de un cisne y en su fondo de arniño hay un solo remo de palo de áloe, pero no se ve ningún remero o sirviente. Se ruega al invitado que conserve alegre el ánimo, pues los hados cuidarán de él. La embarcación más grande se ausenta y sólo queda la canoa que al parecer permanecía sin movimiento en medio del lago. Mientras recapacita sobre el curso que ha de tomar, se da cuenta que la barquita encantada se desliza con un suave movimiento. Gira lentamente hasta que la proa apunta al sol. Entonces se inicia una marcha suave que gradualmente va haciéndose mayor, y mientras los ligeros rizos rompen sobre las superficies de marfil en divina melodía, parecen ofrecer la única explicación de la música suave y melancólica, en busca de cuyo origen invisible mira en vano el sorprendido viajero.

La canoa avanza con seguridad y se aproxima a la hendidura rocosa, pudiendo divisar de ese modo sus profundidades con más claridad. A la derecha se eleva una cadena de altas colinas, vigorosas y llenas de bosques. Sin embargo, se observa que la limpieza más exquisita sigue prevaleciendo en la zona donde las riberas se hunden en el agua. No se ve allí rastro alguno de los desechos corrientes de los ríos.

A la izquierda, el carácter del paisaje se ofrece más suave y más evidentemente artificial. Las orillas ascienden desde la superficie de la corriente de modo muy suave, formando una ancha pradera de césped, de una contextura no muy distinta a la del terciopelo y de verde tan brillante que podría ser comparado con las esmeraldas más puras. Esta meseta varía en su anchura, de diez a trescientas yardas, alcanzando desde la orilla del río a un muro de cincuenta pies de altura que se extiende, en una infinidad de curvas, siempre siguiendo la dirección del río hasta perderse en la lejanía hacia el oeste. Esta pared es una roca continua y ha sido formada cortando precipitadamente el escarpado barranco de la orilla sur del río, sin que quede rastro del trabajo que ha habido que realizar. La piedra tallada tiene la tonalidad de épocas pasadas y está profusamente cubierta por la hiedra, madreselvas de color rojo, las eglantinas y las clemátidas. La uniformidad de las líneas de la base y de la cúspide del muro están muy suavizadas por árboles de gigantesca altura que crecen aislados o bien en grupos, situados a lo largo de la meseta, o en el dominio de detrás del muro, pero muy cerca de éste, de tal modo que muchas ramas (especialmente las del negro nogal) pasan por encima y sumergen sus colgantes extremos en el agua. Más allá, dentro del dominio, la visión se ve impedida por una impenetrable cortina de follaje.

Estas cosas se observan durante el gradual acercamiento de la canoa a lo que he llamado la puerta de la perspectiva. Al acercarse, sin embargo, su apariencia de abismo se desvanece y se descubre a la izquierda una nueva salida, en cuya dirección se puede ver cómo se prolonga el muro, que sigue el curso general de la corriente. La vista no puede penetrar muy lejos por esta nueva abertura, pues la corriente, acompañada por el muro, sigue doblando a la izquierda hasta que ambos son tragados por la vegetación.

El barco, no obstante, se desliza mágicamente por el serpenteante canal. La orilla opuesta al muro continúa formada por elevadas colinas que a veces se convierten en verdaderas montañas y se cubren de vegetación silvestre y exuberante, que ocultan la escena.

Flotando suavemente hacia delante, pero con una velocidad ligeramente aumentada, el viajero, después de muchas breves revueltas, encuentra su avance aparentemente interrumpido por una gigantesca barrera de oro bruñido, cincelado y pulido, que refleja los rayos del sol, próximo a sumergirse, que parece envolver en llamas todo el bosque circundante. Esta barrera está insertada en el muro más alto, que parece cruzar el río en ángulo recto. En pocos momentos se observa, sin embargo, que la corriente principal del agua se desliza, siempre siguiendo el muro en una suave y amplia curva, hacia la izquierda, mientras otra corriente de considerable volumen se separa de la principal y se

abre camino con una ligera ondulación bajo la puerta y se oculta a la vista. La canoa cae a este canal menor y se acerca a la entrada.

Sus potentes hojas se abren lenta y musicalmente. La canoa se desliza entre ellas y comienza un rápido descenso por el interior de un vasto anfiteatro enteramente rodeado de montañas purpúreas, cuyas bases están bañadas por un río resplandeciente que recorre toda la extensión del circuito. Entre tanto, surge a la mirada todo el paraíso de Arnheim. Hay un fluido de fascinadora melodía y una opresiva sensación de un dulce aroma desconocido. Como en un sueño, se mezclan ante la mirada los altos y esbeltos árboles orientales, los arbustos frondosos, el plumaje dorado y carmesí de los pájaros, los lagos rodeados de lilas, los prados de violetas, tulipanes, amapolas, jacintos y tuberosas; las largas y entremezcladas líneas de arroyos plateados, y elevándose confusamente en medio de todo, una masa arquitectónica, medio gótica y medio árabe, que da la sensación de sostenerse milagrosamente en el aire, resplandeciendo en el rojizo ocaso, con un centenar de miradores, minaretes y pináculos, asemejando la obra fantástica y conjunta de las silfides, de las hadas, de los genios y de los nomos.

Mellonta Tauta

Mellonta Tauta, 1849

Al director del Lady's Book:

Tengo el honor de enviarle para su revista un artículo que espero sea usted capaz de comprender más claramente que yo. Es una traducción hecha por mi amigo Martin Van Buren Navis (llamado «El brujo de Poughkeepsie») de un manuscrito de extraña apariencia que encontré hace aproximadamente un año dentro de un porrón tapado, flotando en el Mate Tenebrarum-mar bien descrito por el geógrafo nubio, pero rara vez visitado en nuestros días, salvo por los trascendentalistas y los buscadores de extravagancias.

Suyo,

EDGAR A. POE

A bordo del globo Skylark, 1º de abril de 2848.

Ahora, mi querido amigo, por sus pecados tendrá que soportar le inflija una larga carta chismosa. Le digo claramente que voy a castigarlo por todas sus impertinencias y que seré tan tediosa, tan discursiva, tan incoherente y tan insatisfactoria como pueda. Además, aquí estoy, enjaulada en un sucio globo, con cien o doscientos miembros de la canaille, realizando una excursión de placer (¡qué idea divertida tiene alguna gente del placer!), y sin perspectiva de tocar tierra firme durante un mes por lo menos, Nadie con quien hablar. Nada que hacer. Cuando una no tiene nada que hacer, ha llegado el momento de escribir a los amigos. Comprende usted, entonces, por qué le escribo esta carta: a causa de mi ennui y de sus pecados.

Prepare sus lentes y dispóngase a aburrirse. Pienso escribirle todos los días durante este odioso viaje.

¡Ay! ¿Cuándo visitará el pericráneo humano alguna Invención? ¿Estamos condenados para siempre a los mil inconvenientes del globo? ¿Nadie ideará un modo más rápido de transporte? Este trote lento es, en mi opinión, poco menos que una verdadera tortura. ¡Palabra, no hemos hecho más de cien millas desde que partimos! Los mismos pájaros nos dejan atrás, por lo menos algunos de ellos. Le aseguro que no exagero nada. Nuestro movimiento, sin duda, parece más lento de lo que realmente es, por no tener objetos de referencia para calcular nuestra velocidad, y porque vamos a favor del viento. Indudablemente, cuando encontramos otro globo tenemos una posibilidad de advertir cuán rápido volamos, y entonces, lo admito, las cosas no parecen tan mal. Acostumbrada como estoy a este modo de viajar, no puedo evitar una especie de vértigo cuando un globo pasa en una corriente situada directamente encima de la

nuestra. Siempre me parece un inmenso pájaro de presa a punto de caer sobre nosotros y de llevarnos en sus garras. Esta mañana pasó uno, a la salida del sol, y tan cerca que su cuerda-guía rozó la red que sujetaba la barquilla, causándonos seria aprensión. Nuestro capitán dijo que, si el material del globo hubiera sido la mala «seda» barnizada de quinientos o mil años atrás, hubiéramos sufrido perjuicios inevitables. Esa seda, como me lo explicó, era un tejido hecho con las entrañas de una especie de gusano de tierra. El gusano era cuidadosamente alimentado con moras —una fruta semejante a la sandía—, y, cuando estaba suficientemente gordo, lo aplastaban en un molino. La pasta así obtenida recibía el nombre de papiro en su primer estado, y sufría variedad de procesos hasta convertirse finalmente en «seda». ¡Cosa singular, fue en un tiempo muy admirada como artículo de vestimenta femenina! Los globos también se construían por lo general con seda. Una clase mejor de material, según parece, se halló luego en el plumón que rodea las cápsulas de las semillas de una planta vulgarmente llamada euphorbium, pero que en aquella época la botánica denominaba vencetósigo. Esta última clase de seda recibía el nombre de seda-buckingham¹⁴⁸, a causa de su duración superior, y por lo general se la preparaba para el uso barnizándola con una solución de caucho, sustancia que en algunos aspectos debe de haberse asemejado a la gutapercha, ahora de uso común. Este caucho merecía en ocasiones el nombre de goma de la India o goma de whist¹⁴⁹, y se trataba, sin duda, de uno de los numerosos hongos existentes. No me dirá usted otra vez que en el fondo no soy una verdadera arqueóloga.

Hablando de cuerdas-guias, parece que la nuestra acaba de hacer caer al agua a un hombre que viajaba en una de las pequeñas embarcaciones propulsadas magnéticamente que surcan como enjambres el océano a nuestros pies; se trata de un barco de unas seis mil toneladas y, a lo que parece, vergonzosamente sobrecargado. No debería permitirse a esas diminutas embarcaciones que llevaran más de un número fijo de pasajeros. Como es natural, no se permitió al hombre que volviera a bordo, y muy pronto él y su salvavidas se perdieron de vista.

Me alegra, querido amigo, vivir en una edad demasiado ilustrada para suponer que cosas tales como los meros individuos puedan existir. La verdadera Humanidad sólo se preocupa por la masa. Y ya que estamos hablando de la humanidad, ¿sabía usted que nuestro inmortal Wiggins no es tan original en su concepción de las condiciones sociales y otros puntos análogos, como sus contemporáneos parecen suponer? Pundit me asegura que las mismas ideas fueron formuladas casi de la misma manera, hace unos mil años, por un filósofo irlandés llamado Peletero, a causa de que tenía un negocio al

¹⁴⁸ Una de las muchas bromas y retruécanos que hacen perder sabor a este relato una vez traducido. Se alude a James Silk Buckingham (1786-1855), parlamentario inglés que visitó los Estados Unidos y escribió un libro de impresiones. Silk significa igualmente seda. El nombre de este periodista y escritor aparece en «Conversación con una momia».

¹⁴⁹ Rubber, caucho, denota asimismo una mano en el juego del whist u otros juegos de cartas.

menudeo para la venta de pieles de gato y otros animales¹⁵⁰. Pundit *sabe*, como no lo ignora usted, y no es posible que se engañe. ¡Cuán admirablemente vemos verificada diariamente la profunda observación del hindú Aries Tottle, según la cita Pundit! «Cabe así sostener que no una, o dos, o pocas veces, sino repetidas casi hasta el infinito, las mismas opiniones giran en círculo entre los hombres»¹⁵¹.

2 de abril. —Nos pusimos hoy al hablar con el cíuter magnético que se halla a cargo de la sección central de los alambres telegráficos flotantes. Me entero de que cuando este dispositivo telegráfico fue puesto en funcionamiento por Horse¹⁵², se consideraba absolutamente imposible llevar los alambres a través del mar, pero ahora lo imposible es comprender cuál era la dificultad. Así cambia el mundo. *Tempora mutantur...* excúseme por citar en etrusco. ¿Qué *haríamos* sin el telégrafo atalántico? (Pundit dice que antes se escribía «Atlántico».) Hicimos alto unos minutos para hablar con los del cíuter y, entre otras gloriosas noticias, nos enteramos de que la guerra civil arde en Africa, mientras la peste cumple. una magnífica tarea tanto en Uropa como en Hasia. ¿No es sumamente notable que, antes de que la humanidad iluminara brillantemente la filosofía, el mundo tuviera costumbre de considerar la guerra y la peste como calamidades? ¿Sabía usted que en los antiguos templos se elevaban rogativas para que esos males (!) no asolaran a la humanidad? ¿No resulta difícilísimo comprender cuáles eran los principios e intereses que movían a nuestros antepasados? ¿Estaban tan ciegos como para no percibir que la destrucción de una miríada de individuos representaba una ventaja positiva para la masa?

3 de abril. —Resulta realmente muy divertido subir por la escala de cuerda que lleva a lo alto de la esfera del globo y contemplar desde allí el mundo que nos rodea. Desde la barquilla, como bien sabe usted, el panorama no es tan amplio, pues poco se alcanza a ver verticalmente. Pero sentada aquí (desde donde le escribo), en la piazza abierta, lujosamente cubierta de almohadones, de lo alto del globo, se puede ver todo lo que ocurre en cualquier dirección. En este momento diviso una verdadera muchedumbre de globos, que presentan un aspecto sumamente animado, mientras el aire resuena con el zumbido de millones de voces humanas. He oído decir que cuando Amarillo (o como Pundit afirma, Violeta¹⁵³, que, según parece, fue el primer aeronauta, sostenía la posibilidad de atravesar la atmósfera en todas direcciones, ascendiendo o descendiendo hasta encontrar una corriente favorable, sus contemporáneos apenas le prestaban atención, creyéndole una especie de loco ingenioso, y todo ello porque los filósofos (!) del momento declaraban que la cosa era imposible. ¡Ah, me resulta completamente inexplicable cómo una cosa tan factible pudo escapar a la sagacidad de los antiguos

¹⁵⁰ *Furrier*, o sea Charles Fourier, que por supuesto no era irlandés.

¹⁵¹ Aries Tottle: *Aristóteles*.

¹⁵² Morse. (

¹⁵³ Pero más probablemente «Verde», o sea Charles Creen, a quien Poe cita otra vez en «El camelo del globo».

savants! Pero en todas las edades, los mayores obstáculos al progreso en las artes han sido creados por los así llamados hombres de ciencia. Ciertamente, nuestros hombres de ciencia no son tan intolerantes como los de antaño... Pero tengo algo muy raro que decirle al respecto. ¿Sabía usted que apenas han pasado mil años desde que los metafísicos consintieron en desengañar a la gente de la singular fantasía de que sólo existían dos cansinos posibles para llegar a la verdad? ¡Créalo, si le es posible! Parece ser que hace mucho, muchísimo, en la noche de los tiempos, vivió un filósofo turco (o más posiblemente hindú) llamado Aries Tottle. Esta persona introdujo, o al menos propagó lo que se dio en llamar el método de investigación deductivo o a priori. Comenzó postulando los axiomas o «verdades evidentes por sí mismas», y de ahí pasó «lógicamente» a los resultados. Sus discípulos más notables fueron un tal Neuclides y un tal Cant. Pues bien, Aries Tottle se mantuvo inexpugnable hasta la llegada de un tal Hog, apodado «el pastor de Ettrick»¹⁵⁴ que predicó un sistema por completo diferente, que llamó inductivo o a posteriori. Su teoría lo remitía todo a la sensación. Hog procedía a observar, analizar y clasificar los hechos —instantiae natura, como se les llamaba afectadamente— en leyes generales. En una palabra, el método de Aries Tottle se basaba en noumena, y el de Hog, en phenomena. Pues bien, tan grande admiración despertaba este último sistema que Aries Tottle quedó inmediatamente desacreditado. Más tarde recobró terreno y se le permitió compartir el reino de la Verdad con su más moderno rival. Los savants sostuvieron que las vías aristotélicas y baconianas eran los únicos caminos posibles del conocimiento. Como usted sabe; «baconiano» es un adjetivo inventado para reemplazar a «hogiano», por más eufónico y digno.

Ahora bien, querido amigo, le aseguro rotundamente que expongo esta cuestión de la manera más leal, y basándome en las autoridades más sólidas; fácilmente podrá comprender, pues, cómo una noción tan absurda debió retrasar el progreso de todo conocimiento verdadero, que avanza casi invariablemente por saltos intuitivos. La noción antigua reducía la investigación a un mero reptar; y durante siglos la ciega creencia en Hog hizo que, por así decirlo, se dejara prácticamente de pensar. Nadie se atrevía a expresar una verdad cuyo origen sólo debía a su propia *alma*. Ni siquiera valía que aquella verdad fuese *demonstrable*, pues los tozudos *savants* de la época sólo se fijaban en el *camino* por el cual se había llegado a ella. No querían mirar los fines. «¡Veamos los medios, los medios!», gritaban. Si al investigar los medios se descubría que no encajaban en la categoría Aries (o sea, Carnero), ni en la categoría Hog (a sea, Cerdo), pues bien, los *savants* se negaban a seguir adelante, declaraban que el «teorizador» era un loco y no querían nada con él ni con su verdad.

Ni siquiera puede sostenerse aquí que, gracias al sistema de reptación, fuera posible acumular grandes cantidades de verdad a lo largo de los tiempos, pues la represión de

¹⁵⁴ Hog, cerdo, alude a Bacon (*bacon*, tocino). «El pastor de Ettrick», que la correspondencia menciona por puro disparate, era un poetastro llamado James Hogg -de ahí la confusión-, que gozó de mucha fama en Inglaterra (1770-1835).

la imaginación era un mal que no se compensaba con ninguna certeza que pudieran dar los antiguos métodos de investigación. El error de aquellos Alamanes, Francos, Inglis y Amricanos (estos últimos, dicho sea de paso, fueron nuestros antepasados inmediatos) era análogo al del sabihondo que se imagina que va a conocer mejor una cosa si la arrima a un centímetro de los ojos. Aquellas gentes se cegaban a causa de los detalles. Cuando seguían el camino del Cerdo, sus «hechos» no siempre eran tales, cosa que en sí hubiera tenido poca importancia de no mediar la circunstancia de que ellos sostenían que sí lo eran, y que tenían que serlo porque se presentaban como tales. Cuando tomaban el camino del Carnero, su' marcha era apenas tan derecha como los cuernos de un morueco, puesto que jamás tenían un axioma que verdaderamente lo fuera. Debieron de estar muy ciegos para no verlo, aun en su época, pues ya entonces gran cantidad de los axiomas «establecidos» habían sido rechazados. Por ejemplo: Ex nihilo nihil fit, «un cuerpo no puede actuar allí donde no está», «no puede haber antípodas», «la oscuridad no puede nacer de la luz»; todas ellas, y una docena de proposiciones semejantes, admitidas al comienzo como axiomas, eran consideradas como insostenibles aun en el período del que hablo. ¡Gentes absurdas que persistían en depositar su fe en los axiomas como bases inmutables de la verdad! Aun si se los extrae de las obras de sus razonadores más sólidos, es facilísimo demostrar la futileza, la impalpabilidad de sus axiomas en general. ¿Quién fue el más profundo de sus lógicos? ¡Veamos! Lo mejor será que vaya a preguntarle a Pundit; volveré dentro de un minuto. ¡Ah, ya lo tengo! He aquí un libro escrito hace casi mil años y recientemente traducido del Inglis (que, dicho sea de paso, parece haber constituido los rudimentos del Amricano). Pundit afirma que se trata de la obra antigua más inteligente sobre la lógica. El autor (muy estimado en su tiempo) era un tal Miller o Mill, y nos enteramos, como detalle de cierta importancia, que era dueño de un caballo de tahona llamado «Bentham»¹⁵⁵. Pero examinemos el tratado.

¡Ah! «La capacidad o la incapacidad de concebir algo —dice muy atinadamente Mr. Mill— no debe considerarse en ningún caso como criterio de verdad axiomática.» ¿Qué *moderno* que esté en sus cabales osaría discutir este truismo? Lo único que puede asombrarnos es cómo a Mr. Mill se le ocurrió mencionar una cosa tan obvia. Todo esto está muy bien... pero volvamos la página. ¿Qué encontramos? «Dos cosas contradictorias no pueden ser ambas verdaderas, vale decir, no pueden coexistir en la naturaleza.» Mr. Mill quiere decir, por ejemplo, que un árbol tiene que ser un árbol o no serlo, o sea, que no puede al mismo tiempo ser un árbol y no serlo. De acuerdo; pero yo le pregunto *por qué*. Y él me contesta —perfectamente seguro de lo que dice—: «Porque es imposible concebir que dos cosas contradictorias sean ambas verdaderas». Ahora bien, esto no es una respuesta aceptable, ya que nuestro autor acaba de admitir como

¹⁵⁵ Alusiones a John Stuart Mill (mill, molino) y a Jeremy Bentham.

truismo que «la capacidad o la incapacidad de concebir algo no debe considerarse *en ningún caso* como criterio de verdad axiomática».

Pues bien, no me quejo de los antiguos porque su lógica fuera, como ellos mismos lo demuestran, absolutamente infundada, fantástica y sin el menor valor, sino por su pomposa e imbécil proscripción de todos los *otros* caminos de la verdad, de todos los otros *medios* para alcanzarla, y su obstinada limitación a los dos absurdos senderos — uno para arrastrarse y otro para reptar — donde se atrevieron a encerrar el Alma que no quiere otra cosa que *volar*.

Dicho sea de paso, querido amigo, ¿no cree usted que nuestros antiguos dogmáticos se hubieran quedado perplejos si hubieran tenido que determinar por cuál de sus dos caminos se había logrado la más importante y sublime de *todas* sus verdades? Aludo a la verdad de la Gravitación. Newton la debió a Kepler. Kepler admitió que había *conjeturado* sus tres leyes, esas tres leyes admirables que llevaron al gran matemático inglés a su principio, esas leyes que eran la base de todo principio físico y para ir más allá de las cuales tenemos que penetrar en el reino de la metafísica. Sí, Kepler conjeturó... es decir, *imaginó*. Era esencialmente un «teorizador», término hoy sacrosanto y que antes constituía un epíteto despectivo. Y aquellos viejos topos, ¿no habrían sentido la misma perplejidad si hubiesen tenido que explicar por cuál de los dos «caminos» descifra un criptógrafo un mensaje en clave especialmente secreto, y por cuál de los dos caminos encaminó Champollion a la humanidad hacia esas duraderas e innumerables verdades que se derivaron del desciframiento de los jeroglíficos?

Una palabra más sobre este tema y habré terminado de aburrirlo. ¿No es extrañísimo que, con su continuo parloteo sobre los caminos de la verdad, aquellos fanáticos no vieran el gran camino que nosotros percibimos hoy, tan claramente... el camino de la Coherencia? ¡Cuán singular que no hayan sido capaces de deducir de las obras de Dios el hecho vital de que toda perfecta coherencia debe ser una verdad absoluta! ¡Cuán evidente ha sido nuestro progreso desde que esta afirmación fue formulada! Las investigaciones fueron arrancadas de las manos de los topos y confiadas como tarea a los auténticos pensadores, a los hombres de imaginación ardiente. Estos últimos teorizan. ¿Puede usted imaginar el clamor de escarnio que hubieran provocado mis palabras en nuestros progenitores si pudieran inclinarse sobre mi hombro para ver lo que escribo? Estos hombres, repito, teorizan, y sus teorías son corregidas, reducidas, sistematizadas, eliminando poco a poco sus residuos incoherentes... hasta que, por fin, se logra una coherencia perfecta; y aun el más estolido admitirá que, por ser coherentes, son absoluta e incuestionablemente verdaderas.

4 de abril. —El nuevo gas hace maravillas en combinación con el perfeccionamiento de la gutapercha. ¡Cuán seguros, cómodos, manejables y excelentes son nuestros globos modernos! He aquí uno inmenso que se nos acerca a una velocidad de por lo menos ciento cincuenta millas por hora. Parece repleto de pasajeros (quizá haya a bordo trescientos o cuatrocientos) y, sin embargo, vuela a una milla de altitud,

contemplándonos desde lo alto con soberano desprecio. Empero, cien o aun doscientas millas horarias representan después de todo una travesía bastante lenta. ¿Recuerda nuestro viaje por tren a través del Kanadaw? ¡Trescientas millas por hora! ¡Eso era viajar! Imposible ver nada... Nuestras únicas ocupaciones consistían en flirtear y bailar en los magníficos salones. ¿Recuerda qué extraña sensación se experimentaba cuando, por casualidad, teníamos una visión fugitiva de los objetos exteriores mientras el tren corría a toda velocidad? Cada cosa parecía única... en una sola masa. Por mi parte, debo decir que preferiría viajar en el tren lento, el de cien millas horarias. Había en él ventanillas de cristal y hasta se podía tenerlas abiertas, alcanzando alguna visión del paisaje. Pundit dice que el camino por donde pasa el gran ferrocarril del Kanadaw debió haber sido trazado hace aproximadamente novecientos años. Llega a afirmar que pueden verse huellas del antiguo camino, y que corresponden a ese antiquísimo período. Parece que los rieles eran solamente dobles; como usted sabe, los nuestros tienen doce rieles y están en preparación tres o cuatro más. Los antiguos rieles eran muy livianos y se hallaban tan juntos que, para nuestras nociones modernas, resultaban tan baladíes como peligrosos. El ancho actual de la trocha —cincuenta pies— se considera apenas suficientemente seguro... Por mi parte, no dudo de que en tiempos muy remotos debió existir una vía ferroviaria, como lo asegura Pundit; pues estoy convencidísima de que hace mucho tiempo, por lo menos siete siglos, el Kanadaw del Norte y el del Sur estuvieron unidos; ni que decir entonces que los kanawdienses se vieron obligados a tender un gran ferrocarril a través del continente.

5 de abril. —Me siento casi devorada por el ennui. Pundit es la única persona con quien se puede hablar a bordo; pero el pobrecito no sabe más que de arqueología... Se ha pasado todo el día tratando de convencerme de que los antiguos americanos se gobernaban a sí mismos. ¿Oyó usted alguna vez despropósito semejante?, Sostiene que tenían una especie de confederación donde cada persona era un individuo... a la manera de los «perros de las praderas» de que se habla en las fábulas. Dice que partieron de la idea más rara imaginable, a saber, que todos los hombres nacen libres e iguales... y esto en las mismas narices de las leyes de gradación, tan visiblemente impresas en todas las cosas, tanto en el universo moral como en el físico. Todos los hombres «votaban» (así le llamaban), es decir, se mezclaban en los negocios públicos, hasta que se acabó por descubrir que el negocio de todos es el negocio de nadie, y que la «República» (como llamaban a esa cosa absurda) carecía completamente de gobierno. Se dice, empero, que la primera circunstancia que perturbó seriamente la autocomplacencia de los filósofos que habían construido esta «República» fue el sorprendente descubrimiento de que el sufragio universal se prestaba a los planes más fraudulentos, por medio de los cuales se obtenía la cantidad deseada de votos, sin posibilidad de descubrimiento o de prevención, y que esto podía llevarlo a cabo cualquier partido político lo bastante vil como para no sentir vergüenza del fraude. La menor reflexión sobre este descubrimiento bastó para mostrar con toda claridad que la bellaquería debía predominar; en una

palabra, que un gobierno republicano no podía ser otra cosa que un gobierno de bellacos. Entonces, mientras los filósofos se ocupaban de ruborizarse por su estupidez al no haber previsto tan inevitables males, y trataban de inventar nuevas teorías, la cuestión fue bruscamente resuelta por un individuo llamado Populacho, quien tomó las cosas por su cuenta e inició un despotismo frente al cual las tiranías de los fabulosos Cerones y Heliopávalos resultaban tan respetables como deliciosas. Este Populacho (un extranjero, dicho sea de paso) parece haber sido el hombre más odioso que haya deshonrado la tierra. De gigantesca estatura, insolente; rapaz, sucio, tenía la hiel de un buey junto con el corazón de una hiena y el cerebro de un pavo real. Dí todos modos sirvió para algo, como ocurre con las cosas más viles, y enseñó a la humanidad una lección que ésta no habrá de olvidar: la de no correr jamás en sentido contrario a las analogías naturales. En cuanto al republicanismo, imposible encontrarle ninguna analogía en la faz (le la tierra, salvo que tomemos como ejemplo a los «perros de las praderas», excepción que sólo sirve para demostrar, si demuestra algo, que la democracia es una admirable forma de gobierno... para perros.

6 de abril. —Anoche vi admirablemente bien a Alfa Lyrae, cuyo disco, a través del telescopio del capitán, subtendía un ángulo de medio grado, y tenía el mismo aspecto que presenta nuestro sol en un día neblinoso. Aunque muchísimo más grande que el sol, dicho sea de paso, Alfa Lyrae se le parece en cuanto a las manchas, la atmósfera y otros detalles. Sólo en el último siglo —según me dice Pundit comenzó a sospecharse la relación binaria existente entre estos dos astros. El evidente movimiento de nuestro sistema en el espacio había sido considerado (¡cosa extraña!) como una órbita en torno a una prodigiosa estrella situada en el centro de la Vía Láctea. Conjeturábase que cada uno de estos cuerpos celestes giraba en torno a dicha estrella o a un centro de gravedad común a todos los astros de la Vía Láctea, que se suponía cerca de Alción, en las Pléyades; calculábase que nuestro sistema completaba su circuito en 117.000.000 de años. Pero a nosotros, con nuestras actuales luces y nuestros grandes perfeccionamientos en los telescopios, nos resulta imposible imaginar la base de semejante suposición. Su primer propagandista fue un tal Mudler¹⁵⁶. Cabe presumir que la analogía lo indujo a postular tan extraña hipótesis; pero de ser así hubiera debido sostener la analogía en todo el desarrollo de su idea. Al sugerir un gran astro central, Mudler no incurría en nada ilógico. Empero, y desde un punto de vista dinámico, este astro central tendría que ser muchísimo más grande que todos los otros cuerpos celestes juntos. Cabía entonces preguntarse: «¿Cómo es que no lo vemos?» Precisamente nosotros, que ocupamos la región media del inmenso racimo, el lugar cerca del cual debería hallarse situado aquel inconcebible sol central, ¿cómo no lo vemos? Quizá en este punto el astrónomo se refugió en una noción de no-luminosidad y al hacerlo abandonó por completo la analogía. Pero, aun admitiendo que el astro central no fuera

¹⁵⁶ Alude -llamándolo «embarrador»- a Johann Heinrich Von Mádler, astrónomo alemán.

luminoso, ¿cómo explicar que el incalculable ejército de resplandecientes soles que se encaminan hacia él no lo iluminen? No hay duda de que lo que el sabio sostuvo al final fue la mera existencia de un centro de gravedad común a todos los cuerpos del espacio; pero aquí tuvo que renunciar de nuevo a la analogía. Nuestro sistema gira, es cierto, en torno de un centro común de gravedad, pero lo hace en relación con un sol material cuya masa compensa más que suficientemente las de todo el sistema junto. El círculo matemático es una curva compuesta por infinidad de líneas rectas; pero esta idea del círculo, que con relación a la geometría terrena consideramos como meramente matemática, distinguiéndola de la idea práctica de un círculo, esta idea es la única concepción práctica que cabe mantener con respecto a los titánicos círculos que debemos concebir, por lo menos en la fantasía, cuando suponemos a nuestro sistema y a sus semejantes girando en torno a un punto en el centro de la Vía Láctea: ¡Intente la más vigorosa imaginación humana dar un solo paso hacia la comprensión de un circuito tan inexpresable! Apenas resultaría paradójico decir que un relámpago, corriendo por siempre en la circunferencia de este inconcebible círculo, correría por siempre en línea recta. El camino de nuestro sol a lo largo de esta circunferencia, la dirección de nuestro sistema en semejante órbita, no puede, para la percepción humana, haberse desviado en lo más mínimo de una línea recta, ni siquiera en un millón de años; imposible suponer otra cosa, pese a lo cual aquellos astrónomos antiguos se dejaban engañar al punto de creer que una curvatura bien marcada habíase hecho visible en el breve período de la historia astronómica en ese mero punto, en esa absoluta nada de dos o tres mil años. ¡Cuán incomprendible es que consideraciones como las presentes no les indicaran inmediatamente la verdad de las cosas... o sea, la revolución binaria de nuestro sol y de Alpha Lyrae en torno a un centro común de gravedad!

7 d abril. —Continuamos anoche nuestras diversiones astronómicas. Vimos con mucha claridad los cinco asteroides neptunianos y observamos con sumo interés la colocación de una pesada imposta sobre dos dinteles en el nuevo templo de Dafnis, en la luna. Resultaba divertido pensar que criaturas tan pequeñas como los selenitas y tan poco parecidas a los hombres muestran un ingenio mecánico muy superior al nuestro. Cuesta además concebir que las enormes masas que aquellas gentes manejan fácilmente sean tan livianas como nuestra razón nos lo enseña.

8 de abril. —¡Eureka! Pundit resplandece de alegría. Un globo de Kanadaw nos habló hoy, arrojándonos varios periódicos recientes. Contienen noticias sumamente curiosas sobre antigüedades kanawdienses o más bien americanas. Presumo que estará usted enterado de que numerosos obreros se ocupan desde hace varios meses en preparar el terreno para una nueva fuente en Paraíso, el principal jardín privado del emperador. Parece ser que Paraíso, hablando literalmente, fue en tiempos inmemoriales una isla —vale decir que su límite Norte estuvo siempre constituido (hasta donde lo indican los documentos) por un riacho o más bien un angosto brazo del mar—. Este brazo se fue ensanchando gradualmente hasta alcanzar su amplitud actual de una milla.

El largo total de la isla es de nueve millas; el ancho varía mucho. Toda el área (según dice Pundit) hallábase, hace unos ochocientos años, densamente cubierta de casas, algunas de las cuales tenían hasta veinte pisos; por alguna razón inexplicable se consideraba la tierra como especialmente preciosa en esta vecindad. Empero, el desastroso terremoto del año 2050 desarraigó y asoló de tal manera la ciudad (pues era demasiado grande para llamarle poblado), que los más infatigables arqueólogos no pudieron obtener jamás elementos suficientes (como monedas, medallas o inscripciones) para establecer la más nebulosa teoría concerniente a las costumbres, modales, etc., etc., de los aborígenes. Puede decirse que todo lo que sabemos de ellos es que constituían parte de la tribu salvaje de los Knickerbockers¹⁵⁷, que infestaba el continente en la época de su descubrimiento por Recorder Riker, uno de los caballeros del Vellozino de Oro. No eran completamente incivilizados, sino que cultivaban diversas artes e incluso ciencias, pero a su manera. Se dice que eran muy perspicaces en ciertos aspectos pero atacados por la extraña monomanía de construir lo que en el antiguo amricano se llamaba «iglesias», o sea, unas especies de pagodas instituidas para la adoración de dos ídolos denominados Riqueza y Moda. Al final, nueve décimas partes de la isla no eran más que iglesias. Las mujeres, según parece, estaban extrañamente deformadas por una protuberancia de la región donde la espalda cambia de nombre, aunque se consideraba que esto era el colmo de la belleza, cosa inexplicable. Se han conservado milagrosamente una o dos imágenes de tan singulares mujeres. Tienen un aire muy raro... algo entre un pavo y un dromedario.

En fin, tales eran los pocos detalles que poseíamos acerca de los antiguos Knickerbockers. Parece, sin embargo, que al cavar en el centro del jardín del Emperador (que, como usted sabe, cubre toda la isla), los obreros desenterraron un bloque cúbico de granito, evidentemente tallado y que pesaba varios cientos de libras. Hallábase bien conservado y la convulsión que lo había sumido en la tierra no parecía haberlo dañado. En una de sus superficies había una placa de mármol con (¡imagíñese usted!) una inscripción... urna inscripción legible. Pundit está arrobado. Al desprender la placa apareció una cavidad conteniendo una caja de plomo donde había diversas monedas, un rollo de papel con nombres, documentos que tienen el aire de periódicos, y otras cosas de fascinante interés para el arqueólogo. No cabe duda de que se trata de auténticas reliquias amricanas, pertenecientes a la tribu de los Knickerbockers. Los diarios arrojados a nuestro globo contienen facsímiles de las monedas, manuscritos, caracteres tipográficos, etc. Copio para diversión de usted la inscripción Knickerbocker de la placa de mármol:

Esta piedra fundamental de un monumento
a la memoria de

¹⁵⁷ Se denomina así a los descendientes de las primeras familias holandesas que se establecieron en los Estados Unidos.

JORGE WASHINGTON
fue colocada con las debidas ceremonias el
19 de octubre de 1847,
aniversario de la rendición de
Lord Cornwallis
al General Washington en Yorktown,
A D. 1781,
bajo los auspicios de la
Asociación pro monumento a Washington de la
Ciudad de Nueva York.

La precedente es traducción *verbatim* hecha por Pundit en persona, de modo que no *puede* haber error. De estas pocas palabras preservadas surgen varios importantes tópicos de conocimiento, entre los cuales el no menos interesante es que, hace mil años, los *verdaderos* monumentos habían caído en desuso —lo cual estaba muy bien— y la gente se contentaba, como hacemos nosotros ahora, con una mera indicación de sus intenciones de erigir un monumento en tiempos venideros, colocando cuidadosamente una piedra fundamental, «solitaria y sola» (me excusará usted por citar al gran poeta americano Benton), como garantía de tan magnánima *intención*. Asimismo, de esa admirable piedra extraemos la seguridad del cómo, el dónde y el qué de la gran rendición de que en ella se habla. En cuanto al *dónde*, fue en Yorktown (dondequiera que se hallara), y por lo que respecta al qué, se trataba del general Cornwallis (sin duda algún acaudalado comerciante en granos¹⁵⁸). No hay duda de que se rindió. La inscripción conmemora la rendición de... ¿de quién? Pues de «Lord Cornwallis». La única cuestión está en saber por qué querían los salvajes que se rindiera. Pero si recordamos que se trataba indudablemente de caníbales, llegamos a la conclusión de que lo querían para hacer salchichas. En cuanto al *cómo* de la rendición, ningún lenguaje podría ser más explícito. Lord Cornwallis se rindió (para servir de salchicha) «bajo los auspicios de la Asociación pro monumento a Washington», institución caritativa ocupada en colocar piedras fundamentales... ¡Santo Dios! ¿Qué ocurre? ¡Ah, ya veo, el globo se está viiendo abajo y tendremos que posarnos en el mar! Sólo me queda tiempo, pues, para agregar que, después de una rápida lectura de los facsímiles que aparecen en los diarios, advierto que los grandes hombres de aquellos días entre los americanos eran un tal John; herrero, y un tal Zacarías, sastre¹⁵⁹.

Adiós, y hasta pronto. Poco me importa que reciba usted o no esta carta, pues la escribo solamente para divertirme. Pondré de todos modos el manuscrito en una botella y lo arrojaré al mar.

Su amiga invariable,

¹⁵⁸ Corn, grano o cereal.

¹⁵⁹ John Smith y Zacarías Taylor.

Pundita

Hop-Frog

Hop-Frog, or the eight chained orang-outangs, 1849

No he conocido nunca a nadie tan agudamente animado a la chanza como aquel rey. Parecía vivir sólo para las bromas.

Contar una buena historia del género chusco, y contarla bien, era el medio más seguro de conseguir su favor. Por eso ocurría que sus siete ministros se distinguían por sus cualidades como bromistas. Seguían todos el ejemplo del rey, que era un hombre grande, corpulento, grueso, tal como son los guasones inimitables. Que la gente engorde por las bromas o que haya en la grasa algo que predisponga a la chanza, no he sido nunca capaz de decidirlo; pero es indudable que un bromista flaco es *rara avis in terris*.

Respecto a los refinamientos, o fantasmas del ingenio como él los llamaba, al rey le preocupaban muy poco. Sentía una especial admiración por la broma de resuello, y la soportaba con frecuencia en su longitud, por amor a ella. Los melindres le aburrían. Hubiera él preferido el Gargantúa, de Rabelais, al Zadig, de Voltaire, y por encima de todo, las chanzas efectivas se ajustaban a su gusto mejor que las de palabra.

En la fecha de mi relato, los bufones de profesión no habían pasado por completo de moda en la corte. Varias de las grandes «potencias» continentales conservaban aún sus «locos», quienes iban vestidos de un modo abigarrado con gorros de cascabeles, y debían estar siempre prontos a lanzar en todo momento dichos agudos, en compensación a las migajas que caían de la mesa real.

Nuestro rey, como era natural, conservaba su «loco». El hecho es que él necesitaba algo en el sentido de la locura, aunque sólo fuese para contrapesar la pesada sabiduría de los siete sabios que eran sus ministros, sin mencionarle a él.

Su «loco» o bufón profesional era, además, no sólo un loco. Su valía aparecía triplicada a los ojos del rey por el hecho de ser también enano y cojitrancó. En aquellos tiempos los enanos eran tan corrientes en la corte como los «locos» y muchos monarcas hubieran encontrado difícil pasarse los días (días que son más largos en la corte que en cualquier otra parte) sin un bufón para reírse con él, y sin un enano para reírse de él. Pero, como he indicado ya antes, sus bufones, en noventa y nueve casos de ciento, son gordos, redondos y pesados; de modo que era un motivo no pequeño de personal satisfacción para nuestro rey poseer en Hop-Frog (éste era el nombre del «loco») un triple tesoro en una misma persona.

Creo que el nombre de Hop-Frog¹⁶⁰ no era el que le habían puesto al bautizarle sus padrinos, sino que le fue conferido, con el asentimiento unánime de los siete ministros, dada su torpeza para andar como los otros hombres. En realidad, Hop-Frog podía

¹⁶⁰ Hop: saltar, brincar, y frog: rana.

avanzar únicamente con una especie de paso interjeccional, algo entre el salto y la reptación, un movimiento que producía al rey una diversión ilimitada, y por supuesto, un consuelo, pues (no obstante la protuberancia de su panza y una hinchazón constitucional de su cabeza) el monarca era considerado por toda su corte como un tipo magnífico.

Pero aunque Hop-Frog, a causa de la distorsión de sus piernas, podía moverse tan sólo con, mucho trabajo y dificultad por un camino o por el suelo, la prodigiosa potencia muscular con que la naturaleza parecía haber dotado a sus brazos, a modo de compensación por la deficiencia de sus miembros inferiores, le hacía capaz de realizar muchos actos de una maravillosa destreza cuando se trataba de árboles, cuerdas o cualquier otra cosa por donde trepar. En tales ejercicios se parecía mucho más a una ardilla que a un mono pequeño o que a una rana.

No podría yo decir con exactitud de qué país procedía Hop-Frog. Debía de ser de alguna comarca bárbara de la que nadie había oído hablar, muy alejada de la corte de nuestro rey. Hop-Frog y una joven mucho menos enana que él (pero de exquisitas proporciones y maravillosa danzarina) habían sido arrebatados con violencia de sus respectivos hogares, en unas provincias contiguas, y enviados como presentes al rey por uno de sus generales siempre victoriosos.

En tales circunstancias no era nada sorprendente que una estrecha intimidad uniese a los dos pequeños cautivos. En realidad, llegaron a ser muy pronto dos amigos juramentados. Hop-Frog que, pese a dedicarse mucho a la broma, era poco popular, no podía prestar grandes servicios a Tripetta; pero ella, merced a su gracia y exquisita belleza (aun siendo enana), era universalmente admirada y mimada, poseía, por tanto, mucha influencia, y no dejaba nunca de emplearla, siempre que podía, en beneficio de Hop-Frog.

En una gran ocasión fastuosa —no recuerdo ya cuál— el rey decidió dar una mascarada, y siempre que se celebraba una mascarada o cualquier fiesta por el estilo en su corte, los talentos de Hop-Frog y de Tripetta tenían una intervención segura en ello. Hop-Frog especialmente poseía tal inventiva en materia de espectáculos, sugiriendo nuevos personajes y creando trajes para los bailes de disfraces que parecía que nada podía hacerse sin su concurso.

Había llegado la noche señalada para la fiesta. Se había decorado o un magnífico salón, bajo la dirección de Tripetta, con toda la ingeniosidad posible para dar brillantez a la mascarada. La corte entera vivía en una espera febril. En cuanto a los trajes y prestancias, cada cual como puede suponerse, había hecho su elección en semejante materia. Muchos los habían decidido (así como los roles que iban a adoptar) con una semana y hasta con un mes de anticipación, y al fin y al cabo, no existía la menor indecisión en ningún participante, excepto en lo que concernía al rey y a sus siete ministros. No podría yo decir por qué vacilaban, como no se tratase de otro género de bromas. Era muy probable que la dificultad en adoptar su decisión tuviera por causa su

gordura. Sea como fuere, transcurría el tiempo, y como último recurso enviaron a buscar a Tripetta y a Hop-Frog.

Cuando los dos amiguitos obedecieron el requerimiento del rey, le encontraron tomando su vino en compañía de los siete miembros de su consejo de ministros; pero el monarca parecía estar de muy mal humor. Sabía que Hop-Frog no era aficionado al vino, pues la bebida excitaba al pobre cojitrancó hasta la locura, y la locura no es un sentimiento grato. Pero al rey le agradaban sus propias chanzas y hallaba placer en forzar a Hop-Frog a beber y (según la expresión real) «en que estuviese alegre».

—Ven aquí, Hop-Frog —dijo, cuando el bufón y su amiga entraron en el salón—; tómate este vaso lleno a la salud de vuestr@s amigos ausentes —al oírlo Hop-Frog suspiró—, y luego préstanos el concurso de tu imaginación. Necesitamos papeles (papeles que representar, hombre), algo nuevo, fuera de lo corriente. Estamos aburridos de esta eterna monotonía. ¡Vamos, bebe! El vino iluminará tu ingenio.

Hop-Frog se esforzó, como de costumbre, por replicar con una chanza a los requerimientos del rey; pero el esfuerzo fue excesivo. Era casualmente el cumpleaños del pobre enano, y la orden de beber por sus «amigos ausentes» hizo brotar lágrimas de sus ojos. Gruesas y amargas gotas cayeron abundantes en el vaso que con humildad había cogido de la mano de su tirano.

—¡Ja, ja, ja! —rugió este último, mientras el enano vaciaba con repugnancia el vaso—. ¡Mira lo que puede hacer un vaso de buen vino! ¡Vaya, tus ojos ya brillan!

¡Pobre muchacho! Sus grandes ojos centelleaban más que brillaban, pues el efecto del vino sobre su excitable mentalidad era tan poderoso como instantáneo. Dejó el vaso nerviosamente sobre la mesa y miró a su alrededor a los presentes con una fijeza de semidemencia. Parecían todos ellos muy divertidos con el éxito de la broma regia.

—Y ahora, al trabajo —dijo el primer ministro, un hombre muy grueso.

—Sí —dijo el rey—. Vamos, Hop-Frog, préstanos tu ayuda. Papeles, mi buen mozo; necesitamos papeles, los necesitamos todos nosotros. ¡Ja, ja, ja!

Y como aquello significaba una seria broma, las siete risas hicieron coro a la del rey.

Hop-Frog rió también, aunque débilmente, como algo distraído.

—¡Vamos, vamos! —dijo el rey, impaciente—. ¿No se te ocurre nada?

—Intento encontrar algo nuevo —replicó el enano, absorto, pues se sentía de todo punto trastornado por el vino.

—Cómo que intentas! —gritó el tirano con ferocidad—. ¿Qué quieres decir con eso?

¡Ah! Ya comprendo. Estás malhumorado y necesitas más vino. ¡Vamos, tómate esto!

Llenó hasta el borde otro vaso y se lo ofreció al cojitrancó, que lo miró, atónito, y respiró entrecortado.

—¡Bebe, te digo —gritó el monstruo— o por los demonios...!

El enano titubeaba. El rey se puso rojo de rabia. Los cortesanos sonreían estúpidamente. Tripetta, pálida como un cadáver, avanzó hasta el asiento del monarca, y arrodillándose ante él, le suplicó que perdonase a su amigo.

El tirano la miró durante unos instantes, asombrado, sin duda, de su audacia. Parecía no saber qué hacer ni qué decir, ni cómo expresar dignamente su indignación. Por último, sin pronunciar una sílaba, la empujó con violencia lejos de él y le arrojó el contenido del vaso lleno a la cara.

La pobre muchacha se levantó como pudo, y no atreviéndose siquiera a suspirar, volvió a ocupar su puesto junto a la mesa.

Hubo como medio minuto de silencio de muerte, durante el cual hubiese podido oírse caer una hoja o una pluma. Fue interrumpido por el sonido de un rechinamiento bajo, pero ronco y prolongado, que pareció salir de repente de todos los rincones de la estancia.

—¿Por qué, por qué, por qué haces ese ruido? —preguntó el rey, volviéndose, furioso, hacia el enano.

Este último parecía haberse repuesto en gran parte de su embriaguez, y mirando fija, pero tranquilamente a la cara del tirano, exclamó con sencillez:

—¿Yo, yo? ¿Cómo puedo haberlo hecho yo?

—El ruido me pareció venir de fuera —observó uno de los cortesanos—. Me figuro que es el loro en la ventana afilándose el pico sobre los barrotes de su jaula.

—Es cierto —confirmó el monarca, como sintiendo un gran alivio ante aquella idea—; pero por mi honor de caballero hubiese jurado que era el rechinar de los dientes de este vagabundo.

A lo cual el enano se echó a reír (el rey era un bromista harto inveterado por hacer ninguna objeción a nadie que riese) y mostró una ancha, potente y muy repulsiva dentadura. Además, declaró que bebería gustoso cuanto vino quisieran. El monarca se apaciguó; y Hop-Frog, habiendo ingerido otro vaso lleno, sin notarse que le hiciera ningún mal efecto, entró inmediatamente en el plan de la mascarada.

—No puedo decir por qué asociación de ideas —observó, muy tranquilo y como si no hubiese probado vino en su vida—, precisamente después que vuestra majestad golpease a esta muchacha y le tirase el vino a la cara, y mientras el loro hacía ese extraño ruido por fuera de la ventana, uno de los juegos de mi país que figuran con frecuencia en nuestras mascaradas, pero que aquí resultará nuevo en absoluto. Por desgracia, no obstante, requiere un grupo de ocho personas y...

—Aquí somos ocho! —gritó el rey, riendo de su agudo descubrimiento de aquella coincidencia—, ocho en un grupo. Yo y mis siete ministros. ¡Vamos! ¿Cuál es esa diversión?

—Nosotros la llamamos —explicó el cojitrancó— los «Ocho orangutanes encadenados», y es, de veras, un juego soberbio cuando se realiza bien.

—Lo realizaremos así —dijo el rey, levantándose y frunciendo el ceño.

—La belleza del juego —prosiguió Hop-Frog— consiste en el espanto que produce en las mujeres.

—Magnífico! —rugieron a coro el monarca y su gobierno.

—Os vestiré yo de orangutanes. —continuó el enano—; confiad en mí. El parecido será tan sorprendente, que todos los compañeros de la mascarada os tomarán por verdaderos animales, y naturalmente, se quedarán aterrados y atónitos.

—¡Eso es delicioso! —exclamó el rey—. ¡Hop-Frog, haré de ti un hombre!

—Las cadenas tienen por objeto aumentar la confusión con su ruido discordante. Se supondrá que habéis escapado, en *massa* a vuestros guardianes. Vuestra majestad no puede concebir el efecto que producen en una mascarada ocho orangutanes encadenados, que la mayoría de los asistentes se imaginan son de verdad, precipitándose con gritos salvajes entre una multitud de hombres y mujeres delicada y suntuosamente vestidos. El contraste es inimitable.

—Lo será —dijo el rey; y el consejo se levantó en seguida (pues se hacía tarde) para poner en ejecución el plan de Hop-Frog.

Su manera de disfrazar a todo aquel grupo de orangutanes era muy sencilla, pero eficaz prácticamente para su propósito. En la época de mi relato se veían muy rara vez los animales en cuestión en cualquiera de las partes del mundo civilizado, y como las imitaciones hechas por el enano eran lo bastante semejantes a unas bestias, y más que bastante horrorosas, su parecido a las verdaderas estaba asegurado.

El rey y sus ministros fueron, ante todo, embutidos en camisas y calzoncillos muy ajustados, de elástica. Luego los untaron de brea. En este momento de la operación alguien de la partida sugirió el empleo de plumas; pero la sugerencia fue al punto rechazada por el enano, que convenció pronto a los ocho, por medio de una demostración ocular, de que el pelo de unos animales como los orangutanes se representaba mucho mejor con lino. Por consiguiente, pusieron una espesa capa encima de la brea. Buscaron luego una larga cadena. Primero la pasaron alrededor de la cintura del rey, y la remacharon; después, alrededor de otro miembro del grupo, y la remacharon también; luego, sucesivamente, alrededor de cada uno, de la misma manera. Cuando estuvo terminado este encadenamiento, separándose unos de otros lo más posible, formaron un círculo, y para hacer mayor el parecido, Hop-Frog pasó el resto de la cadena de un lado a otro del círculo, en dos diámetros, conforme a la manera adoptada hoy día por los cazadores del chimpancé u otros grandes simios en Borneo.

El gran salón, donde se iba a celebrar la mascarada, era una pieza circular, muy alta, que recibía la luz solar por una sola claraboya en el techo. De noche (que era la hora en que se utilizaba en particular aquella estancia) estaba iluminada principalmente por una gran aralia colgada de una cadena en el centro de la claraboya, y que bajaba o subía por medio de un contrapeso ordinario; pero (con objeto de no afear su aspecto) este último pasaba por fuera de la cúpula y por encima del techo.

El arreglo del salón había sido confiado a la dirección de Tripetta, si bien en algunos detalles estuvo guiada, al parecer, por el criterio tranquilo de su amigo el enano. Por sugerencia de éste, en aquella ocasión habían quitado la araña. El goteo de la cera (que hubiera sido imposible evitar en una atmósfera tan caldeada) habría causado un serio

detrimento en los ricos trajes de los invitados, quienes, dado el amontonamiento de la gente en el salón, no hubiesen podido todos mantenerse apartados del centro, es decir, de debajo de la araña. Candelabros adicionales fueron instalados en varias partes del salón, fuera del sitio destinado a la gente, y una antorcha, que exhalaba un grato olor, fue colocada en la mano derecha de cada de las cariátides, que se erguían contra el muro en número de cincuenta o sesenta en total.

Los ocho orangutanes, siguiendo el consejo de Hop-Frog, esperaron pacientemente hasta medianoche (cuando el salón estaba lleno de máscaras) para hacer su aparición. Pero apenas el reloj acababa de dar las campanadas, cuando se precipitaron, o más bien rodaron todos juntos, adentro, pues la traba de sus cadenas hizo caer a muchos de ellos, y tropezar a todos al entrar.

La excitación entre las máscaras resultó prodigiosa y llenó de alegría el corazón del rey Como se esperaba, fue grande el número de invitados que supusieron que aquellos feroces seres eran efectivos animales de cierta especie, sino orangutanes de verdad. Muchas damas se desmayaron de terror, y si el rey no hubiese tenido la precaución de prohibir toda clase de armas en el salón, él y su banda habrían pagado la broma con su sangre. En suma, hubo una carrera general hacia las puertas; pero el rey había mandado que las cerrasen inmediatamente después de su entrada, y por indicación del enano, habían depositado las llaves en sus manos.

Cuando el tumulto estaba en su apogeo, y cada máscara no atendía más que a su propia salvación (pues, en realidad, con aquellas apreturas y con aquella excitación de la multitud existía un gran peligro real), pudo verse la cadena que servía de costumbre para colgar la araña y que había sido también retirada, descender gradualmente hasta que su extremo ganchudo estuvo a tres pies del suelo.

Pocos instantes después, el rey y sus siete amigos habiendo rodado por la sala en todas direcciones, se hallaron, por último, juntos en el centro, y por de contado, en contacto inmediato con la cadena. Mientras estaban en aquella posición, el enano, que les había ido pisando, sin ruido, los talones, incitándolos a preservarse del choque, asíó la cadena por la unión de las dos partes que cruzaban el círculo diametralmente y en ángulos rectos. Entonces, con la rapidez del pensamiento, encajó en ella el gancho que servía para colgar la aralia; y en un instante como por un agente invisible, la araña encadenada se elevó lo bastante alta para poner el gancho fuera de todo alcance, y como consecuencia inevitable, arrastró a los orangutanes juntos en apretada unión y cara cara.

Las máscaras, entretanto, se habían repuesto en cierto modo de su alarma, y empezando a considerar todo aquello como una broma bien preparada, lanzaron una fuerte carcajada ante la posición de los monos.

—¡Déjádmelos! —gritó entonces Hop-Frog; y su voz penetrante se oía fácilmente entre el estrépito— Déjádmelos a mí. Creo que los conozco. Con sólo que pueda verlos bien, podré deciros en seguida quiénes son.

Entonces, gateando sobre las cabezas de la multitud, se las compuso para llegar al muro; luego cogiendo una antorcha de una de las cariátides, volvió como había venido hacia el centro del salón, saltó con la agilidad de un mono sobre la cabeza del rey, y desde allí trepó unos cuantos pies por la cadena, bajando la antorcha para examinar el grupo de orangutanes, gritando sin cesar:

—¡Pronto descubriré quiénes son!

Y entonces, mientras la reunión entera (incluyendo los monos) se retorcía de risa, el bufón lanzó de pronto un agudo silbido, al tiempo que la cadena subió violentamente cerca de treinta pies, arrastrando con ella a los aterrados y forcejeantes orangutanes, y dejándolos suspendidos en mitad del aire entre la claraboya y el suelo. Hop-Frog, aferrado a la cadena, se elevó con ella manteniendo aún su posición con respecto a los ocho disfrazados y bajando siempre su antorcha hacia ellos, como si intentase descubrir quiénes eran.

Toda la reunión quedóse tan atónita ante aquella ascensión, que hubo después un silencio de muerte, que duró unos minutos. Fue interrumpido precisamente por un ruido de rechinamiento bajo, ronco, como el que antes había atraído la atención del rey y de sus consejeros cuando aquél arrojó el vino a la cara de Tripetta. Pero en la presente ocasión no se trataba de buscar de dónde salía aquel ruido. Salía de los agudos dientes del enano, quien los hacía rechinar como si los triturase en la espuma de su boca, y clavaba sus ojos, con una expresión de rabia enloquecida, en el rey y sus siete compañeros, cuyas caras estaban vueltas hacia él.

—¡Ja, ja, ja! —dijo, por último, el furibundo enano—. ¡Ja, ja, ja! ¡Empiezo a ver ahora quiénes son estas gentes!

Y entonces, con el pretexto de examinar al rey desde más cerca, aproximó la antorcha al vestido de lino que envolvía a aquél y que ardía al instante como una sábana de llama viva. En menos de medio minuto los ocho orangutanes ardían todos furiosamente, en medio de los chillidos de la multitud que los contemplaba desde abajo, sobrecogida de horror y sin poder prestarles la menor ayuda.

Finalmente, las llamas, aumentando de pronto en virulencia, obligaron al bufón a trepar más arriba por la cadena, fuera de su alcance, y al hacer este movimiento la multitud volvió a quedar sumida durante un segundo en el silencio. El enano aprovechó la oportunidad y habló de nuevo:

—Ahora veo claramente —dijo— qué clase de gentes son estas máscaras. Veo un gran rey y sus siete ministros, un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una muchacha indefensa, y sus siete ministros que le incitan a ese ultraje. En cuanto a mí, soy no más que Hop-Frog, el bufón, y ésta es mi última bufonada.

A causa de la gran combustibilidad del lino y de la brea a que estaba adherido, apenas terminó el enano su breve discurso cuando se había consumado la obra vindicadora. Los ocho cadáveres se balanceaban en sus cadenas, masa fétida, negruzca,

horrenda y confusa. El cojitrancó arrojó su antorcha sobre ellos, trepó despacio hacia el techo, y desapareció por la claraboya.

Se supone que Tripetta, apostada sobre el tejado del salón, sirvió de cómplice a su amigo en aquella venganza incendiaria, y que huyeron juntos hacia su país, pues a ninguno de los dos se los volvió a ver nunca más.

Von Kempelen y su descubrimiento

Von Kempelen and his Discovery, 1849

Después del muy meticuloso y elaborado ensayo de Arago, por no hablar del artículo en 'Silliman's Journal,' con la detallada declaración recién publicada por Lientenant Mury, no se supondrá, desde luego, que al ofrecer unos pocos rápidos comentarios en referencia al descubrimiento de Von Kempelen, tenga yo alguna intención de abordar el tema desde un punto de vista científico. Mi objetivo es simplemente, en primer lugar, decir unas pocas palabras sobre el mismo Von Kempelen (a quien, algunos años atrás, tuve el breve honor de conocer personalmente), ya que todo lo concerniente a él necesariamente debe, en este momento, ser de interés; y, en segundo lugar, revisar de un modo general, y especulativamente, los resultados del descubrimiento.

Puede estar bien, de alguna forma, comenzar las rápidas observaciones que tengo para ofrecer, denegando, muy decididamente, lo que parece ser una impresión general (tomada, como es usual en un caso como éste, de los periódicos), a saber: que éste descubrimiento, sorprendente como incuestionablemente es, sea inesperado.

Por referencia al 'Diario de Sir Humphrey Davy' (Cottle y Munroe, Londres, pag. 150), se verá en las pags. 53 y 82, que este ilustre químico no sólo ha concebido la idea ahora en cuestión, sino que realmente ha hecho progresos nada despreciables, experimentalmente, en el mismo exacto análisis hecho ahora realidad tan triunfalmente por Von Kempelen, quien aunque no hace la menor alusión a esto, es, sin duda (lo digo con certeza, y puedo probarlo, si es necesario), deudor del 'Diario' al menos en el primer indicio de su propia empresa.

El párrafo del 'Courier and Enquirer', que está recorriendo ahora los círculos de la prensa, y que se propone reclamar la invención para un tal Sr. Kissam, de Brunswick, Maine, me parece, lo confieso, un poco apócrifo, por varias razones; aunque no hay nada imposible ni muy improbable en la afirmación que se ha hecho. No necesito entrar en detalles. Mi opinión sobre el párrafo se funda principalmente en su forma. No parece verdad. Las personas que cuentan verdades, raramente son tan específicos como el Sr. Kissam parece ser, sobre día y hora y lugar preciso. Además, si el Sr. Kissam realmente hizo el descubrimiento que dice que hizo, en la época designada –cerca de ocho años atrás– ¿Cómo es que no tomó las medidas, al instante, para sacar provecho de los inmensos beneficios que hasta el más tonto hubiera sabido que podrían haberle tocado a él, sino al mundo entero, por el descubrimiento? Me parece bastante increíble que cualquier hombre de inteligencia común pueda haber descubierto lo que el Sr. Kissam afirma haber descubierto, y más aún que posteriormente haya actuado como un bebé –

como una lechuza— como el Sr. Kissam admite haber hecho. A propósito, ¿quién es el Sr. Kissam? ¿Y no es acaso el párrafo entero del ‘Courier and Enquirer’ una farsa hecha para ‘dar charla’? Debe confesarse que tiene un increíble aire a bromita pesada. Muy poca credibilidad debe dársele, en mi humilde opinión; y si yo no estuviera bien informado, por experiencia, de cuán fácilmente los hombres de ciencia son mistificados, en cuestiones fuera de sus rangos usuales de investigación, estaría profundamente sorprendido de encontrar a un químico tan eminente como al Profesor Draper, discutiendo las demandas del Sr. Kissam (¿o es el Sr. Quizzem?) por el descubrimiento, en un tono tan serio.

Pero retornando al ‘Diario’ del Señor Humphrey Davy. Este folleto no fue diseñado para el ojo público, aún sobre la muerte del escritor, como cualquier persona bien entendida en la autoría puede verificar inmediatamente con la más leve inspección del estilo. En la página 13, por ejemplo, cerca de la mitad, leemos, en referencia a sus investigaciones sobre el protóxido de ázoe: ‘En menos de medio minuto siendo la respiración continua, disminuyeron gradualmente y fueron seguidos por análoga a suave presión en todos los músculos.’ Que la respiración no fue ‘disminuyeron,’ no sólo está claro por el contexto subsecuente, sino por el uso del plural, ‘fueron.’ La oración, sin duda, estaba intencionada así: ‘En menos de medio minuto, siendo la respiración [continua, estos sentimientos] disminuyeron gradualmente, y fueron seguidos por [una sensación] análoga a suave presión en todos los músculos.’ Cientos de instancias similares van a mostrar que el manuscrito tan inconsiderablemente publicado, era sólo un rústico libro de notas, intencionado sólo para el propio ojo del escritor, pero una inspección del folleto convencerá a casi cualquier persona pensante de la verdad de mi sugerencia. El asunto es, Sir Humphrey Davy era casi el último hombre en el mundo en encomendarse a asuntos científicos. No sólo tenía un desagrado más que común hacia la charlatanería, sino que era mórbidamente temeroso de parecer empírico; así que, no importa cuán convencido pudiera haber estado de estar en el camino correcto sobre la materia ahora en cuestión, nunca hubiera hablado, hasta haber tenido cada cosa lista para la más práctica de las demostraciones. Realmente creo que sus últimos momentos se hubieran vuelto miserables, si pudiera haber sospechado que sus deseos de quemar éste ‘Diario’ (lleno de crudas especulaciones) hubieran sido desatendidos; como, parece, fueron. Digo ‘sus deseos,’ ya que él quería incluir este cuaderno de notas entre los varios papeles destinados ‘a ser quemados,’ creo que de esto no caben dudas. Si escapó a las llamas para buena o para mala suerte, aún queda por verse. Que el pasaje citado arriba, con los otros similares antes referidos, le dio a Von Kempelen el asunto, no lo cuestiono en el menor grado; pero repito, aún queda por verse si este descubrimiento trascendental (trascendental bajo cualesquiera circunstancias) será a la larga para utilidad o perjuicio de la humanidad. Que Von Kempelen y sus amigos inmediatos obtendrán una rica cosecha, sería tonto dudarlo un momento. Difícilmente serán tan

débiles como para no ‘realizarse,’ a tiempo, mediante grandes compras de casas y tierras, con otras propiedades de intrínseco valor.

En la breve historia de Von Kempelen que apareció en el ‘Home Journal,’ y ha sido desde entonces extensivamente copiada, varias malinterpretaciones del Alemán original parecen haber sido cometidas por el traductor, quien dice haber tomado el pasaje de un tardío número del Presburg ‘Schnellpost.’ ‘Viele’ ha sido evidentemente malentendido (como lo es a menudo), y lo que el traductor da por ‘aflicciones,’ es probablemente ‘lieden,’ que, en su verdadera versión, ‘sufrimientos,’ le daría una contextura completamente diferente a toda la historia; pero, por supuesto, gran parte de esto es mera conjeta, de mi parte.

Von Kempelen, sin embargo, no es en modo alguno ‘un misántropo,’ en apariencia, al menos, más allá de lo que pueda ser en realidad. Mi encuentro con él fue por entero casual; y apenas si puedo presumir de haberlo conocido; pero el haber visto y conversado con un hombre de notoriedad tan prodigiosa como la que él a obtenido, u obtendrá en unos pocos días, no es un asunto menor, por éstos tiempos.

‘The Literary World’ habla de él, con seguridad, como de un nativo de Presburg (confundido, quizás, por la historia en ‘The Home Journal’) pero me complace ser capaz de sentenciar positivamente, por haberlo obtenido de sus propios labios, que él ha nacido en Utica, en el Estado de Nueva York, aunque sus padres, creo, son descendientes de Presburg. La familia está conectada, en cierta forma, con Maelzel, recordado por el Jugador de Ajedrez autómata¹⁶¹.

En persona, él es bajo y corpulento, con grandes, gordos, ojos azules, pelo y bigote arenoso, una boca amplia pero agradable, buenos dientes, y creo que una nariz Romana. Hay algún defecto en uno de sus pies. Su discurso es franco, y su comportamiento notable por su cordialidad. Sin embargo, él mira, habla, y actúa tan poco ‘misantrópicamente’ como cualquier hombre que haya visto. Fuimos compañeros de residencia por una semana hará unos seis años atrás, en Earl’s Hotel, en Providence, Rhode Island; y supongo que conversé con él, en varios momentos, por unas tres o cuatro horas en total. Sus temas principales eran aquellos del día, y nada de lo que me llegó de él me llevó a sospechar sus logros científicos. Dejó el hotel antes que yo, con intenciones de ir a Nueva York, y de ahí a Bremen; fue en la última ciudad que su gran descubrimiento fue hecho público por primera vez; o, mejor, fue allí que por primera vez sospechó haberlo logrado. Así principalmente es que sé personalmente sobre el ahora inmortal Von Kempelen; pero pensé que aún estos pocos detalles tendrían interés para el público.

Poca duda cabe de que la mayor parte de los maravillosos rumores circulantes sobre este asunto son pura invención, dignos de casi tanto crédito como la historia de la lámpara de Aladino; y aún, en un caso de esta naturaleza, como en el caso de los

¹⁶¹ Si no nos equivocamos, el nombre de quien inventó al ajedrecista era Kempelen, o algo parecido. Nota del Editor. (Ver El jugador de ajedrez de Maezel).

descubrimientos en California, está claro que la verdad puede ser más extraña que la ficción. La anécdota siguiente, al menos, está tan bien certificada, que podemos recibirla implícitamente.

Von Kempelen nunca había llegado a ser siquiera tolerablemente adinerado durante su residencia en Bremen; y a menudo, era bien sabido, se había tenido que recurrir a salidas extremas para acumular sumas triviales. Cuando ocurrió la gran conmoción por la falsificación en la casa de Gutsmuth & Co., la sospecha fue dirigida hacia Von Kempelen, debido a la compra de una propiedad considerable en Gasperitch Lane, y a su rechazo, al ser cuestionado, a explicar como consiguió el dinero para la compra. A la larga fue arrestado, pero nada decisivo apareció contra él, al final fue puesto en libertad. La policía, sin embargo, mantuvo una estricta vigilancia sobre sus movimientos, y así descubrió que dejaba su casa frecuentemente, haciendo siempre el mismo camino, y dándole invariablemente a sus vigilantes una vuelta por el vecindario de ese laberinto de pasajes angostos y retorcidos conocido por el apodo de 'Dondergat.' Finalmente, gracias a una gran perseverancia, lo rastrearon hasta un altillo de una vieja casa de siete historias, en un callejón llamado Flatzplatz, y, cayéndole sorpresivamente, lo encontraron, como imaginaron, en medio de sus maniobras de falsificación. Su agitación es representada como tan excesiva que los oficiales no tuvieron la menor duda de su culpabilidad. Después de esposarlo, revisaron su habitación, o mejor habitaciones, porque parece que ocupaba toda la mansarda.

Abriéndose en el desván donde lo atraparon, había un armario, diez pulgadas por ocho, acondicionado con algunos aparatos químicos, de los cuales aún no se ha determinado el objeto. En un esquina del armario había un incinerador muy pequeño, con un fuego encendido, y en el fuego una especie de crisol duplicado, dos crisoles conectados por un tubo. Uno de estos crisoles estaba casi lleno de plomo en estado de fusión, aunque sin alcanzar la apertura del tubo, que estaba cerca del borde. El otro crisol contenía algún líquido, que, cuando los oficiales entraron, parecía estar furiosamente disipándose en vapor. Ellos contaron que, al encontrarse atrapado, Kempelen tomó los crisoles con ambas manos (que estaban enfundadas en guantes que posteriormente resultaron ser de amianto), y tiró los contenidos en el piso embaldosado. Fue entonces que lo esposaron; y antes de proceder a registrar los límites buscaron en su persona, pero nada inusual fue encontrado en él, exceptuando una porción de papel, en el bolsillo de su saco, contenido lo que posteriormente fue determinado que era una mezcla de antimonio y alguna sustancia desconocida, en casi, pero no exactamente, igual proporción. Todos los intentos por analizar la sustancia desconocida han, hasta el momento, fallado, pero de que será analizada hasta el final, no caben dudas.

Saliendo del armario con su prisionero, los oficiales pasaron a través de una especie de antecámara, en la cual ningún material fue encontrado, hasta el dormitorio del químico. Aquí registraron algunas cajas y cajones, pero sólo descubrieron unos pocos papeles, de ninguna importancia, y alguna buena moneda, plata y oro. A la larga,

buscando bajo la cama, vieron un gran baúl, común, sin bisagras, pasador, o cerradura, y con la parte superior yaciendo descuidadamente sobre el fondo. En el momento de sacar el baúl de debajo de la cama, encontraron que, con sus fuerzas unidas (había tres de ellos, todos hombres fuertes), no podían 'moverlo una pulgada.' Muy sorprendido por ello, uno de ellos se metió debajo de la cama, y mirando dentro del baúl, dijo:

¡'No es sorprendente que no podamos moverlo, es que está lleno de bordes de viejos pedazos de bronce!

Poniendo sus pies, ahora, contra la pared para así tener un buen apoyo, y empujando con toda su fuerza, mientras sus compañeros tiraban con las suyas, el baúl, con mucha dificultad, fue sacado de debajo de la cama, y su contenido examinado. El supuesto bronce con el cual estaba lleno estaba en pequeños, finos pedazos, variando del tamaño de una arveja al de un dólar; pero los pedazos eran de forma irregular, aunque de apariencia más o menos plana, en general, 'muy como luce el plomo cuando es arrojado derretido sobre la tierra, y allí sufre para enfriarse.' Entonces, ni uno de esos oficiales sospechó por un momento que este metal fuera otra cosa que bronce. La idea de que eso fuera oro nunca pasó por sus cabezas, por supuesto; ¿Cómo podría haber pasado, semejante fantasía descabellada? Y su sorpresa puede ser bien concebida, cuando al día siguiente se vino a saber, en todo Bremen, que el 'montón de bronce' que ellos habían acarreado tan despectivamente a la oficina de policía, sin tomarse la molestia de guardarse la menor cantidad, no sólo era oro – oro real – sino oro mucho más fino que cualquiera empleado en acuñación, de hecho, absolutamente puro, virgen, sin la más mínima mixtura apreciable.

No necesito repasar los detalles de la confesión y liberación de Von Kempelen (tan lejos como fue), ya que éstos son conocidos por el público. Que él finalmente ha realizado, en espíritu y en efecto, aunque no al pie de la letra, la vieja quimera de la piedra filosofal, ninguna persona sana tiene la libertad de dudarlo. Las opiniones de Arago merecen, por supuesto, la mayor consideración; pero de ninguna manera él es infalible; y lo que dice del bismuto, en su reporte a la Academia, debe ser tomado cum grano salis. La simple verdad es, que hasta este momento todo análisis ha fallado; y hasta Von Kempelen elige dejarnos tener la llave de su propio enigma publicado, es más que probable que el asunto quede, por años, en statu quo. Todo lo que hasta ahora se puede decir que se conozca medianamente es, que 'el oro puro puede ser hecho a voluntad, y muy fácilmente mediante plomo en contacto con otras ciertas sustancias, de tipos y en proporciones, desconocidas.'

La especulación, por supuesto, está ocupada en lo referente a los resultados inmediatos y últimos de este descubrimiento –un descubrimiento que pocas personas pensantes vacilarán en vincular al crecido interés por el asunto del oro en general, debido a los tardíos desarrollos en California; y esta reflexión nos lleva inevitablemente a otra– la excesiva falta de oportunismo del análisis de Von Kempelen. Si muchos se previnieron de aventurarse a California, por la mera noción de que el oro disminuiría

tan materialmente su valor, a cuenta de su abundancia en las minas de allí, como para aportar la especulación de que un dubitativo vaya tan lejos en su búsqueda – ¿que impresión será forjada ahora, en las mentes de quienes están a punto de emigrar, y especialmente en las mentes de quienes de hecho están en la región mineral, por el anuncio de este asombroso descubrimiento de Von Kempelen? Un descubrimiento que declara, en tantas palabras, que más allá de su utilidad intrínseca para propósitos de manufactura (lo que sea que se entienda por utilidad), el oro ahora no tiene, o al menos pronto no tendrá (porque no puede suponerse que Von Kempelen pueda retener mucho tiempo su secreto), mucho más valor que el plomo, y un valor mucho menor que la plata. Es, por cierto, excesivamente difícil especular sobre las consecuencias futuras del descubrimiento, pero una cosa puede ser sostenida positivamente – que el anuncio del descubrimiento seis meses atrás hubiera tenido una influencia material sobre la colonización de California.

En Europa, hasta ahora, los resultados más llamativos han sido una alza del doscientos por ciento en el valor del plomo, y aproximadamente veinticinco por ciento en el de la plata.

X en un suelto

X-ing a paragrab, 1849

Como es bien sabido, "el hombre sabio" viene "del Oriente"; y como Mr. Chiflado Cabeza-de-Bala viene del Éste, se deduce que Mr. Cabeza-de-Bala era un sabio; si se necesita la prueba correspondiente, aquí la tenemos: Mr. B. era un director de periódico. La irascibilidad era su única flaqueza; y de hecho, la obstinación de que le acusaban los demás no era más que flaqueza, ya que él la consideraba justamente como su fuerte. Era su punto fuerte, su virtud; y hubiérase necesitado toda la lógica de un Brownson para convencerle de que era "cualquier cosa".

He demostrado que Chiflado Cabeza-de-Bala era un hombre sabio; y la única vez en que no dio prueba de su infalibilidad fue cuando, abandonando lo que es el hogar legítimo para todo hombre sabio, el Oriente, emigró a la ciudad de Alejandro-el-Grande-o-Nopolis, o hacia algún lugar de nombre parecido en Occidente.

Sin embargo he de hacerle justicia, diciendo que, cuando finalmente tomó la decisión de detenerse en esa ciudad, estaba bajo la impresión de que no había ningún diario, y en consecuencia, ningún director, en aquella parte del país. Con la fundación de *La Tetera* esperaba tener todo el campo libre para sí mismo. Tengo la seguridad de que nunca había soñado en fijar su residencia en Alejandro-el-Grande-o-Nopolis hasta enterarse de que allí vivía un caballero llamado John Smith (si no me falla la memoria), quien durante muchos años había descansado tranquilamente, engordando, mientras editaba y publicaba *La Gaceta* de Alejandro-el-Grande-o-Nopolis. Así fue como, a causa de una mala información, Mr. Cabeza-de-Bala se encontró en Ale... —en adelante diremos Nopolis, para abreviar—, pero al encontrarse allí, decidió sostener su resolución por obsti... —por firmeza—, y se quedó. Se quedó; e hizo más: desempaquetó sus prensas, tipos, etc.; alquiló una oficina exactamente enfrente de *La Gaceta*, y a la tercera mañana de su llegada salía el primer número de *La Tetera* de Alejan... —es decir, *La Tetera* de Nopolis—, según puedo recordar; éste era el nombre del nuevo periódico. El artículo de fondo, he de admitirlo, era brillante, por no decir severo. Era de una amargura especial sobre ciertas cosas generales, y en lo que se refiere al director de *La Gaceta*, en particular, lo despedazaba. Alguna de las observaciones de Cabeza-de-Bala eran verdaderamente tan feroces, que desde entonces me vi obligado a considerar a John Smith, que aún vive, bajo el aspecto de una salamandra. No pretendo dar todos los artículos de *La Tetera verbatim*, pero uno de ellos dice así:

"¡Oh, sí! ¡Oh, nos damos cuenta! ¡Oh, no hay duda! El director de enfrente es un genio. ¡Oh, señor mío! ¡Oh, misericordioso! ¿Qué palabra viene a nuestros labios? *Oh tempora! Oh mores!*"

Una filípica de corte tan clásico y de tanta causticidad, estalló como una bomba entre los hasta entonces pacíficos ciudadanos de Nopolis. Grupos de individuos excitados se reunieron en las esquinas de las calles. Todos esperaban ansiosos la réplica del digno Smith. A la mañana siguiente apareció lo siguiente:

"Citamos de *La Tetera* de ayer el adjunto párrafo: ¡Oh, sí! ¡Oh, nos damos cuenta! ¡Oh, no hay duda! El director de enfrente es un genio: ¡Oh, señor mío! ¡Oh, misericordioso! *Oh tempora! Oh mores!*" Y es que el compañero es todo O. No dice nada de los motivos de su razonamiento en círculo, ni tampoco aclara por qué no tiene principio ni fin. Realmente creemos que el vagabundo no puede escribir una palabra que no tenga O. ¿Acaso es un hábito suyo eso de las oes? Entre tanto, él se retira allá, hacia el Oriente, a toda prisa. ¿Podemos preguntar si él es tan O como aquí lo da a entender? ¡O! ¡Es triste!"

No intentaré hablar de la indignación de Mr. Cabeza-de-Bala ante estas escandalosas insinuaciones. Referente a las razones del desollador de vivos, sin embargo, no pareció muy enfadado ante el ataque contra su integridad, como alguien podría imaginar. Lo que le desesperaba era su *estilo* sarcástico. ¡Cómo! ¿Qué él, Chiflado-Cabeza-de-Bala, no era capaz de escribir una palabra sin una O en ella? Pronto vería aquel chupatintas que estaba absolutamente equivocado. ¡Sí! ¡Haría ver claro a aquel necio todo lo equivocado que estaba! Él, Chiflado-Cabeza-de-Bala, de Frogpondium, le haría ver a Mr. John Smith que él, Cabeza-de-Bala, podía redactar, si se lo proponía, un párrafo entero— ¡qué!, un artículo entero —en el que la condenada letra no apareciese ni una vez, ni una sola vez. Pero no; ¡para qué ser complaciente con un capricho de John Smith! Él, Cabeza-de-Bala, no iba a introducir *ninguna* alteración en su estilo para saciar un capricho de un cualquiera Mr. Smith de la cristiandad. ¡Perezca un pensamiento tan vil! ¡La O para siempre! Él permanecería en la O. Sería tan o, tan o como puede uno serlo.

Excitado con esta caballeresca determinación, el gran Chiflado, en la siguiente *Tetera*, publicó este mero pero sencillo y decidido párrafo en relación con el desdichado asunto:

"El director de *La Tetera* tiene el honor de advertir al director de *La Gaceta* que él (*La Tetera*) aprovechará una oportunidad, mañana, en el periódico, para convencerle (a *La Gaceta*) de que él (*La Tetera*) puede y desea ser su propio maestro en lo referente al estilo; que él (*La Tetera*) intenta mostrarle (a *La Gaceta*) el supremo y real desprecio que la crítica de él (*La Gaceta*) inspira al espíritu independiente de él (*La Tetera*), al componer para la especial gratificación (?) de él (*La Gaceta*) un artículo de fondo, de alguna extensión, en el que la bella vocal —emblema de la Eternidad—, tan ofensiva, no obstante, para la hiperexquisita sensibilidad de él (*La Gaceta*), no será por cierto suprimida por él (de *La Tetera*), su más obediente y humilde servidor, *La Tetera*. Eso por lo que se refiere a Buckingham."

En cumplimiento a la terrible amenaza, más oscuramente insinuada que decididamente enunciada, el gran Cabeza-de-Bala no hizo caso a todas las súplicas de "original" y pidió a su regente que "se fuera al d..." cuando él (el regente) le aseguró a él

(La Tetera) que ya era hora de terminar la redacción: no haciendo caso, repito, el gran Cabeza-de-Bala estuvo sentado hasta que rompió el alba, consumiendo el aceite nocturno y absorto en la redacción del párrafo inigualable que sigue:

"Así, ¡oh John!, ¿qué pasa? ¡Habla usted demasiado!, ¿sabe? ¡Usted fue cuervo en otros tiempos; ¿sabe su madre que usted ha escapado? ¡Oh, no, no! ¡Vuelva a su hogar, ahora, inmediatamente, a su odioso y viejo bosque de Concord! ¡Vuélvase a sus bosques, vieja lechuza, pronto! ¡Cómo que no! ¡Oh!, ¿por qué, por qué, por qué no, John? ¡Usted sabe que no tiene otra posibilidad! Inmediatamente, no se haga de rogar; ninguno de los suyos está junto a usted. Usted lo sabe. ¡Oh, John, John, si usted no se va en seguida a su casa, no...! ¡Usted no es más que un pájaro, un búho; un toro, un cerdo; un muñeco, un tronco; un pobre viejo, bobo, vago, perro, leño, sapo! ¡Lárguese al pantano de Concord! ¡Frío! ¡Ahora! ¡Frío! Está frío, loco, ¡ninguno de sus cuervos, viejo gallo, está junto a usted! ¡No arrugue el entrecejo! ¡No quiero ni chillidos, ni aullidos, ni gruñidos! ¡Santo Dios, John, cómo mira usted! ¡No grite tanto, usted lo sabe, y deje descansar su pluma de ganso, arrancada de un viejo palmípedo, y váyase y ahogue sus penas en un vaso!"

Agotado, naturalmente, por tan ingente esfuerzo, el Gran-Chiflado sólo esperó a que llegase la noche. Firme, compuesto, aunque con un aire de poder consciente, dio aquel original al diablo que estaba esperando, y después, caminando lentamente hacia su casa, se metió con inefable dignidad en el lecho.

Entre tanto, el diablo a quien se había entregado el manuscrito subió las escaleras de su "caja" con una prisa enorme y empezó a componer el texto.

En primer lugar, como la primera palabra era "so", se lanzó hacia las eses mayúsculas, agujereó una s y salió en triunfo con esta mayúscula. Enardecido con este éxito, inmediatamente fue a coger una o minúscula con una gran impetuosidad; pero ¿quién podría describir su terror cuando sus dedos aparecieron sin la letra mencionada? ¿Quién podría pintar su asombro y rabia al ver que había golpeado, sin querer, con sus articulaciones en el fondo de una caja vacía? No había ni siquiera una o minúscula en la caja de las oes; y, mirando, lleno de terror, a la caja de las oes mayúsculas, vio, palideciendo, que allí ocurría algo muy similar. Asustado, su primer impulso fue acudir al regente.

—¡Señor! —dijo tartamudeando— , no me ha sido posible sacar ni una sola o de su caja.

—¿Quéquieres decir con eso?—gruñó el regente, que estaba de muy mal humor por haberse tenido que quedar tanto tiempo.

—Lo que digo, señor, que no he encontrado ni una o en la oficina, ¡ni siquiera para construir un corto no!

—¿Entonces..., entonces, el diablo..., se las ha llevado todas de la caja?

—Yo no lo sé, señor —dijo el muchacho—, pero uno de esos diablos de *La Gaceta* ha estado por aquí dando vueltas toda la noche, y sospecho que las ha llevado todas.

—¡Que lo asen! No lo dudo...—replicó el regente, encendiéndose de rabia—; pero te digo que tú, Bob, que eres un buen muchacho, en la primera ocasión, les robas a ellos, ¡qué el diablo los lleve!, sus zetas.

—Lo haré —contestó Bob, con un guiño y frunciendo el entrecejo—, lo haré, y así sólo podrán hacer una o dos cosas; pero entre tanto, ¿qué hago con el artículo? Tiene que estar para esta noche, usted lo sabe..., y si otro diablo no me ayuda... yo...

—Y no hay ni una gota de pez caliente —interrumpió el regente, suspirando profundamente y pronunciando con énfasis "gota"—. ¿Es muy largo el artículo, Bob?

—No puede considerarse muy largo— dijo Bob.

—Ah, entonces bien; hazlo como puedas. Tiene que entrar en la prensa —dijo el regente, que ya estaba hasta la coronilla—. Pon en su lugar alguna otra letra; de todos modos, nadie lo notará.

—Muy bien —replicó Bob—. ¡Lo haré!

Y se marchó corriendo hacia la caja, mientras murmuraba: "Estupendo; un hombre no puede reparar en una letra más o menos. Y delante de sus narices les voy a quitar sus zetas, y ¡que se vayan al diablo! ¡Muy bien!

El hecho es que, aunque Bob no tenía más que doce años y sólo medía cuatro pies de altura, era igual a cualquiera en la lucha, cuando llegaba la ocasión.

Lo sucedido suele ocurrir a veces en las imprentas; no puedo decir por qué, pero es indudable que cuando ocurre algo así, casi siempre se echa mano de la x para sustituir la letra que falta. Tal vez la verdadera razón es que la x es la letra más abundante en las cajas, o al menos así se hacía en los viejos tiempos, para que la sustitución en cuestión fuera una cosa habitual entre los impresores. Bob, por su parte, consideró heterodoxo el emplear cualquiera otro de los caracteres en un caso semejante, que no fuese la x, a la que se había acostumbrado.

—Compondré este artículo con x —se dijo a sí mismo, mientras lo leía asombrado—; pero este artículo se trata de una broma, por la cantidad de oes que lleva: nunca he visto tantas.

Y así empleó firmemente la x, y lleno de x fue a la prensa.

A la mañana siguiente la población de Nopolis se quedó atónita al leer en *La Tetera* el extraordinario artículo de fondo:

"Así, xh, Jxhn, ¿qué pasa? ¡Habla usted demasiadx!, ¿sabe? ¡Usted fue cuervx en xtrxs tiempxs; ¿sabe su madre que usted ha escapadx? ¡Xh, nx, nx! Vuelva a su hxgar, ahxra, inmediatamente, a su xdixsx y viejx bxsque de Cxncxrd. ¡Vuélvase a sus bxsques, vieja lechuza, prxntx! ¡Cxmx que nx! ¡Xh!, ¿pxr qué, pxr qué, pxr qué nx, Jxhn? ¡Usted sabe que nx tiene xtra pxsibilidad. Inmediatamente, nx se haga de rxgar; ningunx de lxs suyxs está juntx a usted. Usted lx sabe. ¡Xh, Jxhn, Jxhn, si usted nx se va en seguida a su casa, nx...! ¡Usted nx es más que un pájarx, un búhx. un txrx, un cer-dx ; un muñecx, un trxncx; un pxbre viejx, bxbx, vagx, perrx, leñx, sapx! ¡Largúese al pantanx de Cxn-cxrd! ¡Fríx, ahxra! ¡Fríx! Está fríx, lxcx, ningunx de sus cuervxs, viejx gallx, está juntx a usted.

Nx arrugue el entrecejx. ¡Nx quierx ni chillidxs, ni aullidxs, ni gruñidxs! ¡Santx Dixs, Jxhn, cxmlx mira usted! ¡Nx grite tantx, usted lx sabe, y deje descansar su pluma de gansx, arrancada de un viejx palmípedx, y vayase y ahxgue sus penas en un vasx!"

El ruido que ocasionó este misterioso y cabalístico artículo fue inconcebible. La primera idea que se le ocurrió al populacho fue que alguna traición diabólica se agazapaba en aquellos jeroglíficos, y hubo una carrera general hacia la casa de Cabeza-de-Bala para colgarlo de una barandilla; pero no encontraron al gentleman en parte alguna. Se había desvanecido, nadie sabía cómo; y desde entonces nunca se le volvió a ver.

Un gentleman dijo que todo aquello era una broma excelente.

Otro dijo que, realmente, Cabeza-de-Bala había demostrado una fantasía eXuberante.

Un tercero dijo que no era nada más que un eXcéntrico.

Un cuarto sólo pudo suponer el propósito de los yanquis de eXpresar, de un modo general, su eXasperación.

—Yo digo, mejor, que ha dejado un eXemplo para la posteridad —sugirió un quinto.

Que Cabeza-de-Bala se había encontrado en un gran apuro era evidente, y puesto que ese director no pudo ser encontrado, se habló de linchar al otro.

La conclusión más corriente, sin embargo, fue que el asunto, simplemente, era eXtraordinario e ineXplicable. Hasta el matemático de la ciudad confesó que él no había sido capaz de aclarar un problema tan oscuro. Todos sabían que X era una cantidad desconocida; pero en ese caso (como él observó con propiedad) había una cantidad desconocida de X.

En opinión de Bob, el diablo (que se guardaba el secreto de su intervención en "el artículos de las x"), no había puesto tanta atención como pensaba que merecía aquello. Él dijo que, por su parte, no había duda sobre el asunto; que era algo muy claro que al tal Mr. Cabeza-de-Bala "nunca le pudieron convencer que bebiese como las demás gentes; estaba continuamente atareado, le hacían muy feliz XXX cervezas. Y, por una consecuencia natural, se infló de un modo salvaje y esto le llevó al eXtremo de que le hiciesen X (cruz)".

El «cottage» de Landor

Un complemento de «El dominio de Arnheim»

Landor's cottage, 1849

Durante una excursión a pie, que realicé el pasado verano a través de uno o dos de los condados ribereños de Nueva York, me encontré, al caer el día, un tanto desorientado acerca del camino que debía seguir. La tierra se ondulaba de un modo considerable y durante la última hora mi senda había dado vueltas y más vueltas de aquí para allá, tan confusamente en su esfuerzo por mantenerse dentro de los valles, que no tardé mucho en ignorar en qué dirección quedaba la bonita aldea de B..., donde había decidido pernoctar. El sol casi no había brillado durante el día —en el más estricto sentido de la palabra—, a pesar de lo cual había estado desagradablemente caluroso. Una niebla humeante, parecida a la del verano indio, envolvía todas las cosas y, desde luego, contribuía a mi incertidumbre. No es que me preocupara mucho por eso. Si. no llegaba a la aldea antes de la puesta del sol o aun antes de que oscureciese, sería más que posible que surgiera por allí una pequeña granja holandesa o algo por el estilo, aunque, de hecho, los alrededores estaban escasamente habitados, debido, quizás, a ser estos parajes más pintorescos que fértiles. De todos modos, con mi mochila por almohada y mi perro de centinela, vivaquear al aire libre era en realidad algo que debería divertirme. Seguí, por tanto, caminando a mis anchas, haciendo Ponto cargo de mi escopeta, hasta que, finalmente, en el momento que yo había empezado a considerar si los pequeños senderos que se abrían aquí y allí eran auténticos senderos, uno de ellos, que parecía el más prometedor, me condujo a un verdadero camino de carros. No podía haber equivocación. Las ligeras huellas de ruedas eran evidentes, y aunque los altos arbustos y la maleza excesivamente crecida se entrecruzaban formando una maraña elevada, no había obstrucción alguna por abajo, incluso para el paso de una galera de Virginia, que es el vehículo con más aspiraciones de todos cuantos conozco de su clase. Sin embargo, la carretera, excepto en lo de estar trazada a través del bosque —si ésta no es una palabra demasiado importante para tan pequeña agrupación de árboles— y excepto en los detalles de evidentes huellas de ruedas, no guardaba la menor relación con todas las carreteras que yo había visto hasta entonces. Las huellas de las que hablo no eran sino débilmente perceptibles, habiendo sido impresas sobre la superficie firme, pero desagradablemente mojada, que era más parecida al verde terciopelo de Génova que a ninguna otra cosa. Naturalmente, era césped, pero un césped que raras veces vemos en Inglaterra —tan corto, tan espeso, tan nivelado y tan vivo de color—. En aquella vía de ruedas no existía ni un solo obstáculo, ¡ni siquiera una piedra o una ramita seca! Las piedras que una vez obstruyeron el camino habían sido

cuidadosamente colocadas, no tiradas a lo largo de las cunetas, sino puestas alrededor como para señalar sus límites, con una clase de definición medio precisa, medio negligente y totalmente pintoresca. Por todas partes crecían grupos de flores entre las piedras con una gran exuberancia. Desde luego, yo no sabía qué sacar de todo aquello. Sin duda alguna era arte, lo que no me sorprendía, pues todas las carreteras son obras de arte en el sentido corriente de la palabra. No puedo decir que hubiera mucho para maravillarse en el simple exceso de arte manifestado; todo parecía haber sido hecho, debería haber sido hecho allí, con "recursos naturales", tal como se dice en los libros de jardinería del paisaje, con muy poco trabajo y gasto. No eran la cantidad del arte, sino su carácter, lo que me indujo a tomar asiento sobre una de las floridas piedras y mirar de arriba abajo aquella avenida que parecía de hadas, durante media hora o más, con maravillosa admiración. Cualquier cosa se iba haciendo más y más evidente conforme la miraba: aquellos arreglos deberían haber sido dirigidos por un artista, y uno de gusto muy exigente para las formas. Se intentó conservar un equilibrio entre lo delicado y gracioso, por una parte, y lo pintoresco, en el verdadero sentido del término italiano, por la otra. Había pocas líneas rectas y pocas líneas continuas. El mismo efecto de curvatura o de color aparecía repetido en general dos veces, pero no aparecía con más frecuencia, desde ningún punto de vista.

Por todas partes había variedad en la uniformidad. Era una pieza de composición a la que el gusto del crítico más exigente apenas hubiera podido sugerir la más pequeña enmienda. Cuando entré por aquella carretera había torcido a la derecha y ahora, al levantarme, continué en la misma dirección. La senda era tan sinuosa que en ningún momento, desde luego, podía andar más de dos o tres pasos en línea recta. Su carácter no experimentaba ningún cambio material.

De forma repentina, el murmullo del agua se oyó suavemente y algunos momentos después, cuando el camino torcía de forma algo más brusca que la de antes, divisé un edificio de cierta categoría que se alzaba al pie del suave declive, precisamente delante de mí. No podía ver nada claramente a causa de la niebla que ocupaba todo el pequeño valle que se hallaba a mis pies. Sin embargo, ahora que el sol iba a ponerse, se levantaba una suave brisa, y mientras permanecía de pie sobre la cima de la ladera, la niebla se iba disipando gradualmente en espirales y de ese modo flotaba sobre el paisaje. Cuando el escenario fue haciéndose más visible, de forma gradual como lo describo, parte por parte, aquí un árbol, allí un resplandor de agua y aquí de nuevo el final de una chimenea, no pude menos de imaginar que todo no era sino una de esas ilusiones ingeniosas que algunas veces se exhiben bajo el nombre de "cuadros desvanecientes". Sin embargo, durante ese tiempo la niebla había desaparecido totalmente, el sol se había ocultado detrás de las suaves colinas y desde allí, como con un ligero paso hacia el sur, se había vuelto a hacer visible, brillando con reflejos purpúreos a través de una hondonada, por la que se penetraba al valle del Oeste. De repente, y como por arte de magia, todo el valle y todo lo que en él había se hizo visible. La primera ojeada, mientras

el sol se deslizaba en la posición descrita, me impresionó mucho más de lo que me hubiera impresionado, siendo colegial, el final de una buena representación de teatro o melodrama. Ni siquiera se echaba de menos la monstruosidad de color, pues la luz del sol salía a través de la hondonada, coloreada por completo de anaranjado y púrpura, mientras el vivo verde del césped del valle era reflejado más o menos sobre los objetos, desde la cortina de vapor que aún colgaba por encima, como si le costase trabajo abandonar escena de tan encantadora belleza. El pequeño valle que yo curioseaba a mis pies desde aquel dosel de niebla, puede que no tuviera más de cuatrocientos metros de longitud, mientras que su ancho variaba de cincuenta a ciento cincuenta, o tal vez doscientos. Era más estrecho en su extremo norte, abriéndose conforme se acercaba hacia el sur, aunque con regularidad no muy precisa. La parte más ancha estaba a unas ochenta yardas del extremo sur. Las laderas que cerraban el valle no podían llamarse propiamente colinas, al menos en su cara norte. Aquí se elevaba un precipicio de granito escarpado con una altura de unos noventa pies y, como ya he dicho, el valle en este punto no tenía más de cincuenta pies de ancho. A medida que el visitante avanzaba hacia el sur desde el acantilado, encontraba a derecha e izquierda declives de menos altura, menos escarpados y menos rocosos. En una palabra, todo se inclinaba y se suavizaba hacia el sur, y a pesar de ello el valle estaba rodeado por eminencias más o menos altas, excepto en dos puntos. De uno ya he hablado. Se encontraba considerablemente al noroeste y estaba allí donde el sol poniente se abría camino, como ya lo he descrito, en el anfiteatro a través de una grieta natural lisamente trazada en el terraplén de granito; esta grieta tendría diez yardas por su parte más ancha, hasta donde el ojo era capaz de ver. Parecía llevar hacia arriba, como una calzada natural, a los recónditos lugares de inexploradas montañas y bosques. La otra abertura estaba situada directamente en el otro extremo sur del valle. Allí, por regla general, las pendientes no eran sino suaves inclinaciones que se extendían de este a oeste en unas cincuenta yardas, aproximadamente. En medio de esta extensión había una depresión al nivel corriente del suelo del valle. En cuanto a la vegetación, así como a todo lo demás, la escena se suavizaba y ondulaba hacia el sur. Hacia el norte, y sobre el precipicio escarpado, se alzaban a algunos pasos del borde magníficos troncos de numerosos nogales americanos, nogales negros y castaños, entremezclados con algún otro roble. Las fuertes ramas laterales de los castaños, especialmente, sobresalían en mucho sobre el borde del acantilado. Continuando su marcha hacia el sur, el viajero veía al principio la misma clase de árboles, pero cada vez menos elevados. Luego veía el olmo apacible, seguido por el sasafrás; el algarrobo y el curbaril, y éstos a su vez por el tilo, el ciclamor, la catalpa y el arce, y éstos de nuevo por otras variedades más graciosas y modestas. Toda la cara del declive sur estaba cubierta sólo de arbustos salvajes, con excepción de algún sauce plateado o álamo blanco. En el fondo del mismo valle (pues debe recordarse que la vegetación mencionada hasta ahora sólo crecía en los precipicios o laderas de los montes) podían verse tres árboles aislados. Uno era un olmo de hermoso tamaño y

exquisita forma que se alzaba como si guardase la entrada sur del valle. Otro era un nogal americano, mucho mayor que el anterior y en su conjunto mucho más hermoso, aunque ambos eran muy bellos. Éste parecía tener a su cargo la entrada noroeste, brotando de un montón de rocas en la misma embocadura del precipicio y proyectando su graciosa figura en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados, a lo lejos, sobre el iluminado anfiteatro. Casi a unas treinta yardas al este de dicho árbol se levantaba el orgullo del valle, y por encima de toda discusión, el árbol más magnífico que yo he visto jamás, salvo, tal vez, entre los cipreses de Ilchiatuckanee. Era un tulípero de triple tronco, el Liriodendron. Tulipiferum, perteneciente a la familia de las magnolias. Los tres troncos estaban separados del padre unos tres pies del suelo, aproximadamente, y se apartaban muy suave y gradualmente, apenas distando entre ellos cuatro pies de donde el tronco más ancho extendía su follaje; esto ocurría a una altura de unos ochenta pies. La altura del tronco principal era de ciento veinticinco. Nada hay que supere en belleza a la forma y el color verde brillante de las hojas del tulípero. En el ejemplar al que me refiero tenían muy bien ocho pies de anchura, pero su gloria estaba completamente eclipsada por el magnífico esplendor de su profusa floración. ¡Imaginad, congregados en un denso ramillete, un millón de tulipanes de los más grandes y espléndidos! Sólo así puede el lector hacerse una idea del cuadro que intento describir; y luego, la gracia firme de los lisos troncos, finamente pulidos como columnas, el más ancho de los cuales media cuatro pies de diámetro, a veinte del suelo. Las innumerables florescencias, mezclándose con las de los otros árboles de parecida belleza, aunque infinitamente de menor majestad, llenaban el valle de aromas más agradables que los perfumes de Arabia.

El suelo del anfiteatro tenía un césped de la misma clase que el de la carretera y aún más deliciosamente suave, espeso, aterciopelado y de un verde milagroso. Era difícil de concebir cómo se había logrado toda esa belleza. He hablado de las dos aberturas que tenía el valle. En una de ellas, la situada al noroeste, fluía un riachuelo que, con un murmullo suave y espumoso, llegaba hasta estrellarse contra el grupo de rocas sobre las que brotaba el nogal americano. Allí, después de rodear el árbol, pasaba un, poco hacia el nordeste, dejando el tulípero a unos veinte pies hacia el sur y no sufriendo otra alteración en su curso hasta que se aproximaba al centro entre los límites orientales y occidentales del valle. En este punto, después de una serie de revueltas, doblaba en ángulo recto y proseguía generalmente en dirección sur, serpenteando en su cauce hasta llegar a perderse en un pequeño lago de forma irregular (aunque ásperamente ovalado) que se extendía resplandeciente cerca de la extremidad inferior del valle. Este pequeño lago tenía tal vez cien yardas de diámetro en su parte más ancha. Ningún cristal podía ser más claro que sus aguas. Su fondo, que podía verse con claridad, estaba formado todo él de guijarros de un blanco brillante. Sus orillas, de césped esmeralda, ya descritas, redondeadas más bien que cortadas, se hundían en el claro cielo de debajo, y tan claro era éste y tan perfectamente reflejaba a veces los objetos que estaban por encima, que era

un punto difícil de determinar dónde acababa la orilla verdadera y dónde comenzaba su reflejo. Las truchas y otras variedades de peces, de las que aquella laguna parecía estar incomprensiblemente repleta, tenían toda la apariencia de auténticos peces voladores. Resultaba casi imposible de creer que no estaban suspendidos del aire. Una ligera canoa de corteza de abedul que descansaba plácidamente sobre el agua, era reflejada hasta en sus más minuciosas fibras con una fidelidad superior al espejo más pulido. Una pequeña isla, que reía bellamente con flores en todo su apogeo y que ofrecía muy poco más espacio que el justo para sostener alguna pequeña y pintoresca edificación, como una casita de patos, se levantaba sobre la superficie del lago, no muy lejos de la orilla norte, a la cual estaba unida por medio de un puente inconcebiblemente ligero y rústico. Estaba formado por una tabla única, ancha y gruesa, de madera de tulípero que media cuarenta pies de larga y que salvaba el espacio comprendido entre orilla y orilla con un ligero, como perceptible arco que prevenía toda oscilación. Del extremo sur del lago salía una prolongación del arroyo que después de serpentejar tal vez treinta yardas, pasaba, finalmente, a través de la depresión (ya descrita) en medio de la pendiente sur, y lanzándose por un abrupto precipicio de cien pies, seguía su áspera y desconocida ruta hacia el Hudson.

El lago era profundo —en algunos puntos, treinta pies—, pero el arroyo raras veces excedía de tres, mientras su anchura mayor era casi de ocho. El fondo y las orillas eran semejantes a las del lago, y si se les debiera atribuir algún defecto, de acuerdo con su pintoresquismo, sería el de su excesiva pulcritud. La extensión del verde césped estaba suavizada aquí y allí por algún bonito arbusto, tal como la hortensia, la corriente bola de nieve o la aromática lila; o más frecuentemente por un macizo de geranios floreciendo magníficos en grandes variedades. Estos últimos crecían en tiestos que estaban cuidadosamente enterrados en el suelo, como para dar a las plantas la apariencia de ser naturales. Además de esto, el terciopelo del césped estaba exquisitamente moteado por un rebaño considerable que pastaba por el valle en compañía de tres gamos domesticados y un gran número de patos de brillantes plumas. Un mastín enorme parecía estar vigilando a cada uno de aquellos animales.

A lo largo de las colinas de la parte este y oeste, hacia la parte superior del anfiteatro, donde eran más o menos escarpados los linderos, crecía una gran profusión de brillante hierba —de modo que sólo de tarde en tarde se podía descubrir algún sitio de la roca que hubiera quedado desnuda—. El precipicio norte estaba del mismo modo enteramente cubierto de viñas de rara exuberancia; algunas brotaban en la base del acantilado y otras sobre los bordes de sus paredes laterales. La ligera elevación que formaba el límite más bajo de esta pequeña posesión estaba coronada por un muro de piedra uniforme, de altura suficiente como para prevenir que escaparan los gamos. Por ningún lado se veía algo que pudiera ser un vallado; es que en realidad no era en modo alguno necesario, pues si, por ejemplo, llegaba a extraviarse alguna oveja que hubiese intentado salir del valle por medio del precipicio, después de unas cuantas yardas,

habría encontrado interrumpido su caminar por el borde de la roca, sobre el cual se precipitaba la cascada que había atraído mi atención cuando por vez primera me acerqué a la finca. En resumen: las únicas entradas o salidas sólo eran posibles a través de una verja que ocupaba un paso rocoso en la carretera a algunas yardas por debajo del lugar donde yo me había detenido para contemplar el paisaje. He descrito el arroyo que serpenteaba de modo muy irregular a lo largo de su curso. Sus dos direcciones principales eran, como dije, primero de oeste a este y luego de norte a sur. En la revuelta, la corriente, retrocediendo en su marcha, describía una curva casi circular, de forma como de península o tal vez como una isla, y que incluía en su interior una extensión de la sexta parte de un acre. Sobre esta península se asentaba una casa, y cuando vi que esta casa, como la terraza infernal vista por Vathek; était d'une architecture inconnue dans les annales de la terre, quiero decir simplemente que todo su conjunto me impresionó con el más agudo sentido de una combinación de novedad y de propiedad —de poesía, en una palabra (en el término más abstracto y riguroso)—, y no es mi intención indicar que el soutre fuera tomado en cuenta en algún momento. De hecho, nada podría ser más sencillo, ni más completamente carente de ambición, que aquel cottage. Su maravilloso efecto radicaba principalmente en la artística disposición, como la de un cuadro. Mientras la miraba, podía haber imaginado que algún eminente paisajista la había creado con su pincel.

El sitio desde el cual vi el valle por vez primera no era por completo, aunque no faltara mucho para ello, el mejor punto desde el cual se pudiera contemplar la casa. Por tanto, la describiré como la vi más tarde, colocándome sobre las piedras en el extremo sur del anfiteatro.

El edificio principal tenía cerca de veinticuatro pies de largo y dieciséis de ancho. Su altura total, desde el suelo a la cúspide del tejado, no debería exceder de dieciocho pies. Al extremo oeste de esta estructura se le unía otra un tercio más pequeña en todas sus proporciones; la línea de su fachada retrocedía cerca de dos yardas en relación con la casa mayor, y la línea del tejado era también considerablemente más baja que el tejado de su compañera. A la derecha de este edificio, y detrás del principal —no exactamente en medio—, se extendía una tercera edificación, muy pequeña, y en general un tercio inferior que la situada en el ala oeste. Los tejados de las dos casas mayores eran muy empinados, descendiendo desde la cima con una larga curva cóncava y extendiéndose, por último, cuatro pies más allá de las paredes de la fachada, como para cubrir los tejados de dos galerías. Estos últimos no necesitaban soportes, desde luego, pero como tenían el aspecto de necesitarlos, unos ligeros y bien pulidos pilares se habían insertado sólo en las esquinas. El tejado del ala norte era simple prolongación de una parte del tejado principal. Entre el edificio principal y el ala oeste se alzaba una chimenea muy alta y esbelta de consistentes ladrillos holandeses que se alternaban en rojo y en negro; una ligera cornisa que sobresalía remataba el tejado. Los tejados se proyectaban mucho sobre los caballetes, haciéndolo en el edificio principal como cuatro pies al este y como

dos al oeste. La puerta principal no estaba precisamente en el centro de la edificación principal, sino un poco hacia el este, mientras las dos ventanas quedaban al oeste. Éstas no bajaban al terreno, sino que, mucho más largas y estrechas que las corrientes, tenían hojas únicas, como las puertas, y cristales con forma de rombos, pero muy anchos. La puerta era de cristal en su medio panel superior, también en forma de rombos, y con una hoja móvil, que se aseguraba por la noche. La puerta del ala oeste estaba en esta pared y era muy sencilla, con una única ventana que miraba hacia el sur. El ala norte no tenía puerta exterior, y sólo una ventana orientada hacia el este. El muro de sujeción del caballete oriental estaba realizado por una escalera de balaustrada que la cruzaba en diagonal. Bajo el tejado del amplio alero, esta escalera daba acceso a una puerta que conducía a la buhardilla, o mejor, al desván, pues éste se iluminaba únicamente por la luz de una ventana orientada al norte y parecía haber sido ideado como almacén. Las galerías del edificio principal y del ala oeste no tenían el suelo que acostumbran tener, pero ante las puertas y ventanas, anchas losas de granito de forma irregular, quedaban encajadas en el delicioso césped, proporcionando en cualquier tiempo un confortable pavimento. Excelentes senderos del mismo material, no ajustado, sino dejando que el césped aterciopelado llenara los frecuentes espacios entre las piedras, llevaban aquí y allá, desde la casa a un manantial cristalino que manaba a muy pocos pasos, a la carretera o a uno de los dos pabellones que se extendían al norte, más allá del arroyo y completamente tapados por algunos algarrobos y catalpas. A menos de seis pasos de la entrada principal del cottage se levantaba el tronco muerto de un fantástico peral, tan recubierto de pies a cabeza por espléndidas flores de bignonia, que uno precisaba una gran atención para determinar qué clase de cosa podía ser aquello. De diversas ramas de este árbol colgaban jaulas de clases diferentes. En una de ellas, un sinsonte se removía con gran algazara en un gran cilindro de mimbre con una anilla en su parte superior; en otra, una oropéndola, y en una tercera, el descarado gorrión de los arrozales, mientras que tres o cuatro más delicadas prisiones estaban ocupadas por canarios de potente canto. Los pilares de las galerías estaban enguinaldados con jazmines y madreselvas, mientras que enfrente del ángulo formado por la estructura principal y su ala oeste brotaba una parra de exuberancia sin igual. Desafiando toda limitación, había trepado primero al tejado más bajo, luego al más elevado, y después, a lo largo del alero de este último, seguía retorciéndose, proyectando zarcillos a derecha e izquierda, hasta alcanzar, por último, el caballete del este y caer rastreando por las escaleras.

Toda la casa, con sus alas, fue construida con arreglo a la vieja moda holandesa de ancho entablado y bordes sin redondear. La particularidad de este material es dar a las casas construidas con él todo el aspecto de ser más anchas en la base que en la parte superior —como en la arquitectura egipcia—, y en el caso presente, aquel efecto, extraordinariamente pintoresco, se basaba en los numerosos tiestos de magníficas flores que casi circundaban la base de los edificios. El entablado estaba pintado de gris oscuro y un artista puede fácilmente imaginar el magnífico efecto que este tono neutro

producía, mezclado con el vivo verde de las hojas de los tulíperos que parcialmente sombreaban el cottage.

Desde una posición cercana a la valla de piedra, tal como he descrito, se podían ver con gran facilidad los edificios., pues el ángulo sudeste avanzaba hacia adelante y la vista podía abarcar en seguida el conjunto de las dos fachadas, junto con el pintoresco caballete del este y, al mismo tiempo, tenía una vista suficiente del ala norte, con retazos del bonito tejado del invernadero y casi la mitad de un puente, puente que se arqueaba sobre el arroyo en las cercanías de los edificios principales. No permanecí mucho tiempo en la cumbre de la colina, aunque sí el suficiente como para hacer una concienzuda recopilación del escenario que tenía a mis pies. Era evidente que me había apartado de la carretera de la aldea, y así tenía una buena disculpa de viajero para abrir la verja que estaba ante mí y preguntar el camino, lo cual hice sin la menor vacilación.

La carretera, después de cruzar la puerta, quedaba sobre un reborde natural que descendía gradualmente por la cara de los acantilados del nordeste. Me llevó al pie del precipicio norte, y de allí, luego de cruzar el puente y rodear el caballete norte, a la puerta de la fachada. Mientras avanzaba pude darme cuenta de que no se podían ver los pabellones. Cuando doblé la esquina del caballete, un mastín saltó hacia mí silenciosamente, pero con la vista y todo el aire de un tigre. Sin embargo, le alargué mi mano en señal de amistad —pues no he conocido perro alguno que se mostrase reacio a una llamada a su cortesía— y no sólo cerró su boca y meneó su cola, sino que me ofreció de verdad su pata, extendiendo después sus muestras de civilidad a Ponto.

No se veía ninguna campanilla y golpeé con mi bastón la puerta, que estaba entornada. Instantáneamente, la figura más bien delgada o ligera y de estatura superior a la media, de una joven de unos veintiocho años, avanzó hacia el umbral. Cuando se acercaba, con cierta humilde decisión, con su paso del todo indescriptible, me dije a mí mismo: "Con seguridad he encontrado aquí la perfección de lo natural, en contraposición a la gracia artificial". La segunda impresión que me causó, y la más viva de las dos, fue la del entusiasmo. Una impresión de romanticismo o tal vez de espiritualidad, tan intensa como aquella que brillaba en sus profundos ojos, jamás se había hundido en el fondo de mi corazón de aquel modo. No sé cómo fue, pero esa peculiar expresión de ojos, que a veces se refleja en los labios, es el atractivo más energético, sino el único, que despierta mi mayor interés hacia una mujer. "Romanticismo", hará comprender a mis lectores, lo que quiero decir con la palabra. Romanticismo y feminidad son para mí términos sinónimos, y después de todo, lo que un hombre ama en la mujer es simplemente su "feminidad". Los ojos de Annie (yo oí a alguien que desde el interior le llamaba "Annie querida..." eran de un "gris espiritual"; su cabello, castaño claro; esto fue todo lo que tuve tiempo de observar en ella.

Atendiendo su cortés invitación, entré, pasando primero a un vestíbulo muy espacioso. Habiendo ido allí principalmente para observar, me fijé que a la derecha, al entrar, había una ventana semejante a las de la fachada de la casa; que a la izquierda,

una puerta conducía a la habitación principal, mientras enfrente de mí una puerta abierta me permitía ver un pequeño apartamiento, precisamente del tamaño del vestíbulo, arreglado como estudio y con una ancha ventana saliente que daba al norte. Pasando al saloncito me encontré con míster Landor, pues éste, como supe después, era su nombre. Era un hombre educado y cordial en su modo de reír; pero precisamente entonces estaba yo más interesado en observar el decorado de la casa que tanto me había atraído, que no presté atención a sus ocupantes. El ala norte, como vi entonces, tenía un dormitorio cuya puerta comunicaba con el saloncito. Al oeste de esta puerta se veía una ventana que daba al arroyo. En el extremo oeste del saloncito había una chimenea y una puerta que conducía al ala oeste, probablemente a la cocina.

Nada podía ser más rigurosamente simple que el mobiliario del saloncito. En el suelo, una alfombra de nudo de excelente tejido, con fondo blanco salpicado de pequeñas figuras circulares verdes. En las ventanas había cortinas de muselina de immaculada blancura, de anchura aceptable y que colgaban formando pliegues rectos y paralelos hasta el suelo. Las paredes estaban empapeladas con papel francés de gran delicadeza: fondo plateado con listas de color verde pálido, corriendo en zigzag de un lado a otro. Sobre él sólo había tres exquisitas litografías de Julien, a tres colores, colgadas de la pared, sin marcos. Uno de los cuadros representaba una escena de lujo oriental, llena de voluptuosidad; la otra era una escena de carnaval, de una fuerza incomparable; la tercera, una cabeza de mujer griega, un rostro tan divinamente hermoso y, sin embargo, con una expresión de inconstancia tan provocativa como jamás mis ojos habían visto hasta entonces.

Los muebles más importantes consistían en una mesa redonda, unas cuantas sillas (incluyendo una mecedora) y un sofá, o mejor, canapé de madera de arce lisa pintada de un tono blanco —crema, ligeramente ribeteado de verde, con asiento de enea. Las sillas y la mesa hacían juego. No cabía duda de que todo había sido diseñado por el mismo cerebro que planeó los terrenos; de otro modo sería imposible concebir algo tan delicado. Sobre la mesa había unos cuantos libros, una botella de cristal ancha y cuadrada en algún perfume nuevo, una lámpara de cristal esmerilado (no solar) con una pantalla de estilo italiano y un gran vaso repleto de espléndidas flores. Estas, de magníficos colores y suave aroma, constituían en verdad la única decoración del departamento. La repisa de la chimenea estaba enteramente repleta de un florero de geranios. Sobre una estantería triangular en cada ángulo de la habitación se veían vasos semejantes que sólo variaban en su bello contenido. Uno o dos pequeños bouquets, adornaban el mantel y tardías violetas se apretaban en las ventanas abiertas.

El propósito de este trabajo no ha sido sino el de dar con detalle una descripción de la residencia de míster Landor, tal y como yo la encontré.

Bibliografía

Año	Título Original	Título en Castellano
1827	<i>Tamerlane and Other Poems</i> -Contiene: Tamerlane, To...; Song; Dreams, Visit of the Dead; Evening Star, Imitation, A Dream Within a Dream; 3 poemas sin título; Stanzas, A Dream, The Happiest Day-The Happiest Hour; The Lake; Spirits of the Dead	Tamerlán y otros poemas -Contiene: Tamerlane, A...; Canción ***; El país de los sueños ***; La estrella de la tarde ***; Un ensueño en un ensueño***3 poemas sin título; Estrofas, Un sueño ***; El día más feliz ***; El lago ***; El espíritu de la muerte.
1829	<i>Al Aaraaf, Tamerlane, and Minor Poems</i> -Contiene: Sonet to Science; Al Aaraaf; Romance, To...; To the River; To M; Fairy land	Al Aaraaf, Tamerlane y poemas menores. -Contiene: A la ciencia ***; Al Aaraaf; Romanza ***; A... ***; Al río ***; A M...; País de hadas ***.
1831	<i>Poems</i> -Contiene: Israfel; To Helen; The Doomed City; The City in the Sea; Irene; The Sleeper; A Paean; Lenore; The Valley Nils; The Valey of Unresí	Poemas-Contiene: A Elena ***; Israfel; La ciudad condenada; La ciudad en el mar ***; Irene; La durmiente ***; Himno ***; Lenore *** El valle Nils; El valle de la inquietud ***.
1832	Metzengerstein ¹	Metzengerstein (s.a.) *.
	The Duke de l'Omelette ¹	El duque de L'Omelette (1956)**.
	A Tale of Jerusalém ¹	Cuento de Jerusalén (s.a.)*.
	Loss of Breath ¹	El aliento perdido (1956)**.
	Bon-bon	Bon-bon (1956) **.
1833	Serenade	Serenata.
	Manuscript Found in a Bottle ²	Manuscrito hallado en una botella.
1834	The Coliseum	El Coliseo ***.
1835	The Assignation ³	La cita (1944)
	Berenice ⁴	Berenice (s.a.) *.
.	Morella ⁴	Morella (s.a.)*
	Lionizing ⁴	Los leones (s.a.) *
	The unparalleled adventures of one Hans Pfall ⁴	La incomparable aventura de un tal Hans Phaall (s.a.) *.
	To Mary	A Mary.
	Shadow-A Parable	Sombra-Una parábola (1942)
	King Pest the First. A Tale Containing an Allegory ⁴	El rey Peste (s.a.) *.
	Escenes Written in an Album-to F...s S. O...d.	A F...s S. O...D ***.

	Scenes from an Unpublished Drama	Escenas de un drama no publicado.
	Politian	Policiano.
	Four Beast in One ⁴	Cuatro bestias en una(s.a.)*
	Maelzel's Chess-player	El jugador de ajedrez de Maezel (s.a.)*.
1837	Ballad-Bridal	Balada nupcial ***.
	Zante	A Zante ***.
	Mystification ⁵	Mixtificación (1956)**
.	Silence. A fable	Silencio. Una fábula (1951)
1838	The Narrative of Arthur Gordon Pym	Aventuras de Arthur Gordon Pym (s.a.)*.
	Ligeia ⁷	Ligeia (s.a.)*.
	How to Write a Blackwood Article ⁷	Cómo escribir un artículo a la manera de Blackwood (1956) **.
	A Predicament ⁷	Una malaventura (1956)**.
1839	The Haunted Palace	El palacio embrujado ***.
	The Devil in the Belfray ⁸	El diablo en el campanario (s.a.)*.
	The Man that Was Used Up ⁹	El hombre que se gastó (1956)*.
	The Fall of the House of Usher ⁹	La caída de la casa Usher (s.a.) *.
	William Wilson ²¹	William Wilson (s.a.)*
	The conversation of Eiros and Charmion	La conversación de Eiros y Charmion.
1840	<i>Tales of the Grotesque and Arabesque</i> (2 vols.) - Contiene 24 cuentos.	Cuentos de lo grotesco y lo arabesco.
	The Journal of Julius Roman	Diario de Julius Roman
	Why the Little Frenchman Wears his Hand in a Sling	Por qué el pequeño francés lleva la mano en cabestrillo (1956)**.
	Peter Pendulum, the Business Man	El hombre de negocios (1956)**.
	Sonnet Silence	Silencio ***.
	The Man of the Crowd ⁹	El hombre de la multitud (s.a.)*
1841	The Murders in the Rue Morgue ¹⁰	Los crímenes de la calle Morgue (s.a.) *
	A Descent into the Maelström ¹⁰	Un descenso al Maelström (s.a.)*
	The Island of the Fay ¹⁰	La isla del hada (1944)
	The Colloquy of Monos and Una ¹⁰	El coloquio de Monos y Una (s.a.)*
	Never Bet your Head. A Moral Tale ¹⁰	Nunca apuestes tu cabeza al diablo.
	Eleonora ²¹	Eleonora (s.a.)*
	Three Sundays in a Week ¹¹	Tres domingos por semana (s.a.)*
1842	The Oval Portrait ¹⁰	El retrato oval (s.a.)*
	The Mask of the Red Death ¹⁰	La máscara de la Muerte Roja (s.a.)*
	The Mystery of Marie Rôget ¹²	El misterio de Marie Rôget(s.a.)*
	The Pit and the Pendulum ²¹	El pozo y el péndulo (s.a.)*
1843	The Conqueror Worm	El gusano conquistador***.

	The Tell-Tale Heart ¹³	El corazón delator (s.a.)*
	The Gold Bug ¹⁴	El escarabajo de oro (s.a.)*
	The Black Cat ¹¹	El gato negro (s.a.)*
	Diddling. Considered as One of the Exact Sciences ¹	El timo (considerado como una de las ciencias exactas.) (1956) **.
	The Prose Romances	Poemas en prosa (1946)
	Morning in the Wissahiccon ²¹	El alce (1956)**.
1844	The Spectacles ¹⁴	Los anteojos (s.a.)*
	A Tale of the Rugged Mountains	Un cuento de las montañas escabrosas.
	The Balloon-Hoax ¹⁵	El camelo del globo (s.a.)*
	Doings of Gotham	Los hechos de Gotham.
	Dream-land	El país de los sueños ***.
	The Premature Burial ¹⁴	El entierro prematuro (1942).
	Mesmeric Revelation ¹⁶	Revelación mesmérica (s.a.)*
	The Oblong Box ³	La caja oblonga (1951).
	The Angel of the Odd ¹⁶	El ángel de lo singular (s.a.)*
	The Purloined Letter	La carta robada (s.a.)*
	«Thou are the Man» ³	«Tú eres el hombre» (1956)**.
	Literary Life of Thingum Bob ⁴	Autobiografía literaria de Thingum Bob.
	<i>The Raven and Other Poems</i>	El cuervo y otros poemas (1895).
1845	The Thousand-and-Second Tale of Scheherezade ³	El cuento mil y dos de Sherezade (1956)**.
	Some Words with a Mummy ¹⁷	Conversación con una momia (s.a.)*
	The Power of Words ¹⁸	El poder de las palabras (s.a.)*
	The Imp of the Pervers ¹⁰	El demonio de la perversidad (s.a.)*
	Eulalie	Elaulalia ***
.	Tales (contiene 12 cuentos)	Cuentos.
	The System of Dr. Tarr and Professor Fether ¹⁰	El sistema del doctor Tarr y del profesor Fether (s.a.)*
	The facts in the case of M. Valdemar ¹⁷	La verdad sobre el caso del señor Valdemar (s.a.)*
1846	The Sphinx ¹⁹	La esfinge (s.a.)*
	A Valentine	«Valentine» ***.
	The Cask of Amontillado ³	El tonel de amontillado (s.a.)*
1847	To M.L.S.	A M.L.S. ***.
	The Domain of Arnheim ¹⁶	El dominio de Arheim, o el jardín-paisaje (s.a.)*
	Ulalume	Ulalume ***.
1848	An Enigma	Un enigma ***
.	To...	A... ***.
	To Helen (II)	A Elena ***.
1849	Mellonta Tauta ³	Mellonta Tauta (s.a.)*

	Hop-Frog, or the Eight Chained Orangoutangs ²⁰	Hop-Frog (s.a.)*
	For Annie	Para Annie ***.
	Von Kempelen and his Discovery ²⁰	Von Kempelen y su descubrimiento (1956)**.
	X-ing a Paragraph ²⁰	X en un suelto (1956) **.
	Landor's Cottage ¹⁹	El «Cottage» de Landor (s.a.)*
	A mi madre ***.	Sonnet-to my Mother
	Annabel Lee	Annabel Lee ***.
	The Bells	Las campanas ***.

NOTAS:

(s.a.)*: Sin año. Publicados en fecha próxima a la edición original en los siguientes títulos:
Historias Extraordinarias, Nuevas Historias Extraordinarias, Historias grotescas y serias y Cuentos de lo grotesco y lo arabesco.

(1956) **: Cuentos publicados por primera vez en Obras en prosa (2 vols.), Puerto Rico.

***: Poemas publicados por primera vez en el volumen Poesía (s.a.)*

- 1 Cuentos publicados en "Saturday Courier".
- 2 Cuentos publicados en "Baltimore Saturday Visiter".
- 3 Cuentos publicados en "Godey's Ladys Book".
- 4 Cuentos publicados en "Southern Literary Messenger".
- 5 Cuentos publicados en "American Monthly Magazine".
- 6 Cuentos publicados en "The BaltimoreBook and New Year's Present".
- 7 Cuentos publicados en "American Museum of Science...".
- 8 Cuentos publicados en "Saturday Chronicle and Mirror of the Times".
- 9 Cuentos publicados en "Burton's Gentleman's Magazine".
- 10 Cuentos publicados en "Graham's Lady's and Gentleman's Magazine".
- 11 Cuentos publicados en "Saturday Evening Post".
- 12 Cuentos publicados en "Ladies Companion".
- 13 Cuentos publicados en "The Pioneer".
- 14 Cuentos publicados en "Dollar Newspaper".
- 15 Cuentos publicados en "New York Sun".
- 16 Cuentos publicados en "Columbian Lady's...".
- 17 Cuentos publicados en "American Review".
- 18 Cuentos publicados en "United States Magazine and Democratic Review".
- 19 Cuentos publicados en "Arthur's Ladies' Magazine".
- 20 Cuentos publicados en "The Flag of our Union".
- 21 Cuentos publicados en "The Gift...". »

Clasificación temática

CUENTOS POLICÍACOS

Los crímenes de la rue Morgue
El misterio de Marie Rogêt
El escarabajo de oro
La carta robada
«Tú eres el hombre»

CUENTOS DE TERROR, MISTERIO y MUERTE

Metzengerstein
Berenice
Morella
La cita
El jugador de ajedrez de Maelzel
El rey Peste
Ligeia
La caída de la casa de Usher
William Wilson
Eleonora
El retrato oval
La máscara de la Muerte Roja
El pozo y el péndulo
El corazón delator
El gato negro
Un cuento de las Montañas Escabrosas
El entierro prematuro
Revelación mesmérica
La caja oblonga
El demonio de la perversidad
Los hechos en el caso de M. Valdemar
El barril de amontillado
Hop-Frog
Von Kempelen y su descubrimiento

CUENTOS FILOSÓFICOS

Sombra

Silencio. Una fábula
La conversación de Eiros y Charmion
El hombre de la multitud
Coloquio entre Monos y Una
El poder de las palabras

CUENTOS HUMORÍSTICOS

El duque de L'Omelette
Cuento de Jerusalén
Pérdida de aliento
Bon-Bon
Los leones
Cuatro bestias en una
Mixtificación
Como escribir un artículo de Blackwood
Una malaventura
El diablo en el campanario
El hombre consumido
Por qué el pequeño francés lleva la mano en cabestrillo
El hombre de negocios
Nunca apuestes tu cabeza al diablo
Tres domingos en una semana
Los anteojos
El timo
El ángel de lo estrambótico
La vida literaria de Thingum Bob
El cuento mil y dos de Sherezade
Breve charla con una momia
El método del doctor Tarr y del profesor Fether
La esfinge
X en un suelto

IMPRESIONES PAISAJÍSTICAS

La isla del hada
El alce
El dominio de Arnhem. El jardín paisajístico
El «cottage» de Landor

VIAJES FANTASTICOS

La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall

El camelo del globo
Mellonta Tauta

AVENTURAS FABULOSAS

Manuscrito hallado en una botella
Las aventuras de Arthur Gordon Pym

Un descenso al Maelström